VIDAS DE LOS SANTOS DE BUTLER

EDICION COMPLETA EN CUATRO VOLUMENES

Traducida y adaptada al español por

WIFREDO GUINEA, S.J.

de la Segunda Edición Inglesa revisada por

HERBERT THURSTON, S.J.

y

DONALD ATTWATER



VOLUMEN II

ABRIL · MAYO · JUNIO

(Indice General en el Tomo IV)

Publicado por
C. I. - John W. Clute, S. A.
México, D. F.

Título en Inglés:
Butler's Lives of the Saints
Edited, revised and supplemented by
Herbert Thurston, S.J. and Donald Attwater
Published in 1954 by Burns & Oates, LTD.
London, England

Primera edición en español
Enero de 1965
10,000 ejemplares
Autor: Alban Butler (Difunto)
Traductor: Wifredo Guinea, S.J.
Orozco y Berra 180
México 4, D. F.

Nihil obstat: Armando Salcedo, S.J., Cens. Eccles.
Imprimi potest: Raphael Gómez Pérez, S.J., Praep. Prov. Mexic. Merid. Mexici, 5 Iun. an. D. 1964.

Imprimatur: †Miguel Darío Miranda, Arz. Primado. México, D. F. 29 de junio de 1964.

CONTENIDO DEL VOLUMEN II

ABRIL

PÁGINA

PÁGINA

MAYO

JUNIO

PÁGINA

PÁGINA

ABREVIATURAS BIBLIOGRAFICAS

Acta Sanctorum — Así, sin ninguna otra especificación, se refiere al Acta Sanctorum de los Bolandistas.

BHG. — *Biblioteca Hagiográfica Griega* de los Bolandistas.

BHL. — *Biblioteca Hagiográfica Latina* de los Bolandistas.

BHO. — *Biblioteca Hagiográfica Oriental* de los Bolandistas.

Burton and Pollen, LEM. — *Lives of the English Martyrs*, segunda serie, editada por E. H. Burton and J. H. Pollen.

Camm, LEM. — *Lives of the English Martyrs*, primera serie, editada por Bede Camm.

CMH. — *Comentario sobre el Martirologio Hieronimiano*, por H. Delehaye, sobre el "Acta Sanctorum", Noviembre, volumen II, 2 parte.

DAC. — *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie*, editado por F. Cabrol y H. Leclercq.

DCB. — *A Dictionary of Christian Biography*, editado por William Smith y Henry Wace.

DHG. — *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastiques*, editado por A. Baudrillart *et al.*

DNB. — *The Dictionary of National Biography*, editado por Leslie Stephen *et al.*

DTC. — *Dictionnaire de Théologie Catholique*, editado por A. Vacant *et al.*

KSS. — *Kalendars of Scottish Saints*, editado por A. P. Frobes.

LBS. — *Lives of British Saints*, por S. Baring-Gould y John Fisher.

LIS. — *Lives of Irish Saints*, por John O'Hanlon.

Mabillon. — *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, editado por J. Mabillon.

MGH. — *Monumenta Germaniae Historica*, editado por G. H. Pertz, *et al.*

MMP. — *Memoires of Missionary Priests*, by Richard Challoner, con referencia a la edición 1924, editada por J. H. Pollen.

PG. — *Patrologia graeca*, editada por J. P. Migne.

PL. — *Patrologia latina*, editada por J. P. Migne.

REPSJ. — *Records of the English Province of the Society of Jesus*, editada por Henry Foley.

Ruinart. — *Acta primorum martirum sincera et selecta*, editada por T. Ruinart.

Stanton's *Menology*. — *A Menology of England and Wales*, por Richard Stanton.

VSH. — *Vitae Sanctorum Hiberniae*, editada por Charles Plummer.

Al citar la obra del Padre Delehaye, *Les Origines du culte des martyrs*, nos referimos a la segunda edición revisada, del año 1933.

Existe una traducción al inglés de la obra *Les légendes hagiographiques*, ("The Legends of the Saints") del padre Delehaye, hecha por la Sra. V. M. Crawford sobre la primera edición. La tercera edición francesa (1927) es edición revisada y por tanto algunas veces hacemos referencia a ella.

El título inglés que aquí citamos como "León, *L'Auréole séraphique* (English translation)", es "*Lives of the Saints and Blessed of the Three Orders of St Francis*" (1885-87), por el P. Léon (Vieu) de Clary. Una edición corregida y aumentada de esta obra se comenzó a publicar en el año 1951: *Aureola Serafica*, en italiano, por el padre G. C. Guzzo. En el año 1954 habían aparecido cuatro volúmenes que incluían desde enero hasta agosto.

No se ha juzgado necesario dar las referencias de obras tan conocidas como *Dictionary*

of Christian Biography, los *Dictionnaires* publicados por Letouzey, y la *Histoire de l'Eglise*, aunque de ellas hacemos referencia en las notas bibliográficas.

Debemos hacer caer en la cuenta al lector, de una vez por todas, que tratándose de los santos y beatos modernos, la más segura fuente de información sobre el aspecto espiritual de sus vidas, es el *Summarium de virtutibus*, junto con las notas críticas del *Promotor fidei*, los cuales están publicados en el proceso de beatificación. Para los demás santos nombrados en el Martirologio Romano, puede hacerse referencia al *Acta Sanctorum, Decembris Propylaeum*: *Martirologium Romanum ad formam editionis typicae scholiis historicis instructum* (1940). Esta gran obra trae un abundante comentario sobre los nombres incluídos en el Martirologio Romano, que enmienda, donde es necesario, las conclusiones que se encontraban en el antiguo *Acta Sanctorum* de sesenta volúmenes. Esta obra da por adelantado un material que se encontrará redactado con mayor amplitud en los siguientes volúmenes que están por publicarse. Esta obra es indispensable para cualquier estudio serio y para referencia.

Llamamos la atención del lector sobre las siguientes obras generales de reciente publicación:

R. — F. AGRAIN, *L'Hagiographie: ses sources, ses méthodes, son histoire* (París, 1953). *Vies des saints et des bienheureux*, de los RR.PP. Benedictinos. Enero-Diciembre, 12 volúmenes. Especialmente los seis últimos volúmenes.

E. G. BOWEN, *The Settlements of the Celtic Saints in Wales* (University of Wales Press, Cardiff, 1954).

E. DEKKERS, *Clavis Patrum Latinorum* (Brujas, 1951). La mejor guía para las ediciones de los Padres desde Tertuliano hasta Beda.

J. DELORME, *Chronologie des civilisations* (Presses Universitaires de France, 1949).

A. EHRHARD (continuada por el P. Heseler), *Ueberlieferung und Bestand der hagiographischen Literatur der griechischen Kirche*. Tres volúmenes en *Texte und Untersuchungen* (Leipzig, 1937-1943).

E. GRIFFE, *La Gaule chrétienne a L'époque romaine*, volumen I (París, 1947). Desde el principio al fin del siglo cuarto.

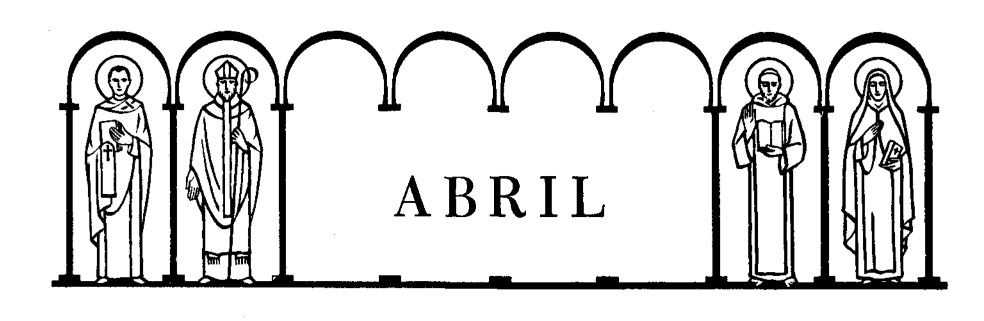
A. HAMMAN, *La Geste du sang* (París, 1953). Traducción de los textos auténticos de los procesos de los mártires.

R. JANIN, *Les églises et les monasteres* (de Constantinopla), volumen III, en *La Géographie ecclésiastique de l'empire byzantin*, parte I (París, 1954).
Esta obra es importante por el estudio del culto de las reliquias de los santos.

Menologium cisterciense a monachis ordinis cisterciensis strictioris observantiae compositum... (Westmalle, 1952).

Además, en relación a algunos sitios importantes de Francia, el trabajo de J. Hubert y de F. Benoir (Arles), M. de Laugardière (Bourges), J. de la Martinière (Orléans), J. Perrin (Sens) y, especialmente René Louis (Auxerre). En la *Revue d'histoire ecclésiastique* (Lovaina), son de importante valor las recensiones de libros y las bibliografías (que vienen en un suplemento separado).

VIDAS DE LOS SANTOS
DE BUTLER



1: SAN MELITON, Obispo de Sardes (*c.* 180 p.c.)

EUSEBIO Y otros escritores eclesiásticos recomiendan los escritos de San Melitón, obispo de Sardes de Lidia. Compuso éste, en el siglo II, una apología del cristianismo dedicada al emperador Marco Aurelio y muchas otras obras de teología y ética. Eusebio y San Jerónimo dan una lista de varios títulos de las obras de San Melitón; pero sólo se conservan algunos fragmentos de las mismas. Según el testimonio de Tertuliano, que no apreciaba particularmente el lenguaje y el estilo oratorios del obispo, muchos consideraban a San Melitón como un profeta. Su nombre aparece en varios martirologios antiguos; pero lo único que sabemos de él es que era célibe y que regía su vida por las enseñanzas del Espíritu de Dios.

Como el nombre latino de Sardes y el de Cerdeña se parecen mucho, se ha confundido frecuentemente a San Melitón con uno de sus homónimos imaginarios, el cual, según la tradición, fue discípulo de San Bonifacio, primer obispo de Cagliari, y sufrió el martirio en Cerdeña, durante la persecución de Domiciano.

En DTC., vol. x, cc. 540-547, hay un artículo muy completo sobre San Melitón, particularmente por lo que se refiere a las obras que se le atribuyen; en el apéndice de dicho artículo, el autor, E. Amann, da una larga bibliografía. Ver también G. Salmon, en DCB., vol. III, pp. 894-900, y Bardenhewer, *Altkirchliche Literatur*, vol. I, pp. 546-557.

SAN VALERIO o WALARICO, Abad (*c.* 620 p.c.)

SAN VALERIO nació en Auvernia, en el seno de una familia humilde. Guillermo el Conquistador mandó exponer solemnemente sus reliquias para obtener del cielo un viento favorable a fin de que zarpara su expedición a Inglaterra. El santo, que era pastor, se las arregló para aprender a leer mientras cuidaba el ganado y llegó a conocer de memoria el salterio. Un día, su tío le llevó a visitar el monasterio de Autumo; Valerio insistió en quedarse y su tío le permitió con tinuar ahí su educación, aunque no es del todo cierto que el santo haya tomado el hábito en ese convento. Algunos años después, pasó a la abadía de San Germán de Auxerre; pero no parece que haya vivido ahí mucho tiempo. En aquella época los monjes podían pasar libremente de un convento a otro; algunos eran simplemente espíritus inquietos, incapaces de establecerse en un sitio, pero otros cambiaban de monasterio por verdadero espíritu de perfección, en busca de directores espirituales capaces de ayudarlos a santificarse. San Valerio se contaba entre estos últimos. La fama de San Columbano y sus discípulos le movió a ir a Luxueil para ponerse bajo la dirección del gran santo irlandés. Con él fue

su amigo Bobo, un noble a quien Valerio había convertido y que abandonó todas sus posesiones para seguirle. Ambos se establecieron en Luxeuil, donde encontraron el director espiritual y la forma de vida que necesitaban. San Valerio estaba encargado de cultivar una parte del huerto. Los otros monjes consideraron como un milagro que los insectos no atacasen la parte del huerto confiada a Valerio, en tanto que devastaban todo el resto; también parece que esto fue lo que movió a San Columbano, quien tenía ya una idea muy elevada de la santidad de Valerio, a admitirle a la profesión después de un noviciado excepcionalmente breve.

El rey Teodorico expulsó al abad del monasterio y sólo permitió que partiesen con él los monjes irlandeses y bretones. San Valerio, que no quería quedarse en el monasterio sin su maestro, obtuvo permiso de acompañar a un monje llamado Waldolano, quien iba a partir a una misión de evangelización. Se establecieron en Neustria, donde predicaron con gran libertad; la elocuencia y los milagros de Valerio lograron numerosas conversiones. Sin embargo, el santo se sintió pronto llamado de nuevo a retirarse del mundo, esta vez a la vida eremítica. Siguiendo el consejo del obispo Bercundo, escogió un sitio solitario cerca del mar, en la desembocadura del río Somme. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos por ocultarse, no consiguió permanecer ignorado; pronto se le reunieron algunos discípulos y las celdas empezaron a multiplicarse en lo que más tarde se convertiría en la célebre abadía de Leuconaus. San Valerio partía, de vez en cuando, a predicar misiones en la región; obtuvo un éxito tan grande, que se cuenta que evangelizó no sólo lo que ahora se llama Pas-de-Calais, sino toda la costa oriental del estrecho..

San Valerio era alto y de figura ascética; su singular bondad suavizó la rigidez de la regla de San Columbano con excelentes resultados. Los animales acudían a él sin temor: los pájaros iban a posarse sobre sus hombros y a comer en sus manos; en más de una ocasión, el buen abad dijo a los que iban a visitarle: "Dejad comer en paz a estas inocentes criaturas de Dios."

San Valerio gobernó el monasterio durante seis años por lo menos y murió hacia el año 620. Los numerosos milagros que obró después de su muerte, contribuyeron a propagar rapidamente su culto. Dos poblaciones francesas le deben su nombre: Saint-Valéry-sur-Somme y Saint-Valéry-en-Caux. Ricardo Corazón de León trasladó las reliquias del santo a esta última ciudad, que se halla en Normandía, pero más tarde fueron nuevamente llevadas a Saint-Valéry-sur-Somme, a la abadía de Leuconaus.

Se dice que Raginberto, quien fue abad de Leuconaus poco después de la muerte de San Valerio, escribió su biografía. Hasta hace algún tiempo, se pensaba que un autor posterior había conservado todo lo sustancial de dicha biografía, cambiando únicamente el estilo; pero Bruno Krusch parece haber demostrado que la obra de ese autor posterior, data del siglo XI y que se basa en otros documentos hagiográficos que no tienen nada que ver con San Valerio. Ver MGH., *Scriptores Merov.*, vol. IV, pp. 157-175; ahí se encontrará un texto más moderno que el de los bolandistas y el de Mabillon. Pueden verse algunas críticas de la edición de B. Krusch en Wattenbach-Levison, *Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter Vorzeit und Karolinger*, vol. I (1952), p. 137.

SAN MACARIO EL TAUMATURGO (*c.* 830 P.C.)

MACARIO EL Taumaturgo nació en Constantinopla. Recibió una excelente educa-

ción y mostró particular aptitud para la Sagrada Escritura, "que aprendió entera en breve tiempo", según leemos. Después, se trasladó de Constantinopla al monasterio de Pelekete, donde cambió su nombre de bautismo, que era Cristóbal, por el de Macario. Como era un monje modelo, fue elegido abad, y pronto se hizo famoso por las curaciones milagrosas que obró. Las multitudes acudían a Pelekete para obtener la curación de enfermedades de cuerpo y alma. San Tarasio, patriarca de Constantinopla, quien había oído hablar mucho de su santidad y milagros, quiso entrevistarse con él; para escoltarle, envió al patricio Pablo, pues tanto a éste como a su esposa, ya desahuciada por los médicos, San Macario había devuelto la salud. Cuando se encontraron los dos santos, Tarasio bendijo a Macario y no le dejó volver a su monasterio, sino después de haberle conferido la ordenación sacerdotal. El santo abad no estaba destinado a vivir mucho tiempo en la paz del monasterio; el emperador Leo el Armenio se dedicó a perseguir a todos los que defendían el culto de las imágenes, y Macario fue torturado y estuvo prisionero hasta la muerte de Leo. El sucesor de éste, Miguel el Tartamudo, devolvió la libertad al santo y trató de ganarle con amenazas y promesas; pero, como San Macario permaneciese inflexible, el emperador lo desterró finalmente a Afusia, en la costa de Bitinia, donde murió el santo el 18 de agosto, pero es imposible precisar el año.

En *Analecta Bollandiana* se encontrará una biografía griega de San Macario, escrita por el monje Sabas (vol. XVI (1897), pp. 140-163). Algunas cartas de Teodoro el Estudita confirman el carácter histórico de esa obra. Ver *Analecta Bollandiana*, vol. XXXII (1913), pp. 270-273; y cf. *Echos d'Orient*, I (1898), pp. 274-280. Parece que la fecha de la traslación de las reliquias es el 1o. de abril.

SAN CELSO, ARZOBISPO DE ARMAGH (1129 P.C.)

CELSO ES el nombre latino de Ceallach mac Aedha, en cuya familia la sede de Armagh había sido hereditaria durante varias generaciones. Como sus ocho predecesores, Celso era laico, al asumir la sede en 1105, a los veintiséis años de edad. Consagrado obispo, fue un excelente pastor. San Bernardo de Claraval escribió sobre él: "Era un hombre bueno y temeroso de Dios." Fue muy asiduo en las visitas pastorales, administró sabiamente las posesiones de su diócesis y restauró la disciplina eclesiástica. Con este último punto se relaciona su presencia en el gran sínodo de Rath Breasail, al que asistieron no menos de cincuenta obispos, bajo la presidencia del legado pontificio Gilberto de Limerick. El pueblo no recibió de buen grado ni las reformas que llevó al cabo el sínodo, ni la nueva división de las diócesis. Los anales de Four Masters cuentan que San Celso reconstruyó la catedral de Armagh. La época en que vivió fue muy agitada; tuvo que ejercer el oficio de mediador en las discordias de los príncipes irlandeses y sufrió las invasiones de los O'Rourke y los O'Brien.

En todas sus dificultades le asistió San Malaquías, quien fue primero archidiácono suyo y después obispo de Connor. Poco antes de su muerte, ocurrida en Ardpatrick de Munster, en 1129, Celso acabó con la costumbre de la sucesión hereditaria, nombrando por sucesor a Malaquías. Según su deseo, fue enterrado en Lismore.

El cardenal Baronio introdujo el nombre de San Celso en el Martirologio Romano. Su fiesta se celebra el 1o. de abril, día de su muerte, en todas las diócesis de Irlanda.

Ver *Acta Sanctorum*, abril 6; la biografía de San Malaquías escrita por San Bernardo; (Migne, PL., vol. clxxxii, col. 1086); DNB, vol. ix, p. 418; O'Hanlon, LIS., vol. iv, p. 43; y todas las biografías modernas de San Malaquías.

SAN HUGO, Obispo de Grénoble (1132 p.c.)

San Hugo nació en Châteauneuf, cerca de Valences del Delfinado, en 1052. Su padre, Odilón, que se había casado dos veces, entró en la Cartuja y murió a los cien años de edad; su propio hijo, en cuyos brazos expiró, le administró el santo viático. Hugo empezó su educación en Valences y la terminó brillantemente en el extranjero. Aunque era todavía laico, obtuvo una canonjía en la catedral de Valences, pues en aquella época se conferían ciertos beneficios eclesiásticos a los estudiantes que aún no habían recibido las sagradas órdenes. Hugo, obispo de Die, quedó conquistado por las cualidades de nuestro santo y decidió tomarlo a su servicio. Nada tiene esto de extraño, pues San Hugo era muy joven, simpático y extremadamente tímido; por otra parte, su cortesía y su modestia, que le llevaban a ocultar su talento y su ciencia, le habían ganado los corazones. El obispo de Die tuvo pronto ocasión de comprobar las excelentes cualidades de su protegido, en unas difíciles negociaciones de la campaña contra la simonía. En 1080, le llevó consigo al sínodo de Aviñón, que se había reunido, entre otras cosas, para tomar medidas contra los abusos que se habían introducido en la sede vacante de Grénoble. Tanto el concilio como los delegados de Grénoble vieron en el canónigo Hugo al hombre capaz de poner fin a los desórdenes de Grénoble, pero tuvieron gran dificultad en hacerle aceptar esa elección unánime. El delegado pontificio le confirió las órdenes sagradas y le llevó consigo a Roma para que recibiese la consagración episcopal de manos del Sumo Pontífice. La bondadosa acogida que le dispensó San Gregorio VII, movió a San Hugo a consultarle acerca de las tentaciones de blasfemia que le asaltaban con frecuencia, pues naturalmente le hacían sufrir mucho y, según pensaba él, le hacían inepto para la dignidad episcopal. El Papa le tranquilizó, explicándole que Dios permitía esas pruebas para purificarle y convertirle en un instrumento más apto para la realización de sus planes. San Hugo fue presa de las mismas tentaciones hasta su última enfermedad, pero jamás cedió a las instigaciones del demonio.

La condesa Matilde regaló al nuevo obispo, que no tenía más que veintiocho años, el báculo pastoral y algunos libros, entre los que se contaban el De *officiis ministrorum* de San Ambrosio y un salterio que contenía algunos comentarios de San Agustín. San Hugo partió a su diócesis inmediatamente después de la consagración y quedó aterrado al ver el estado de su grey. Se cometían abiertamente los más graves pecados; la simonía y la usura abundaban; el clero hacía caso omiso de la obligación del celibato; el pueblo carecía de instrucción; los laicos se habían apoderado de las propiedades de la Iglesia y la sede estaba en bancarrota. La tarea que el santo tenía frente a sí era inmensa. Durante dos años luchó contra los abusos, predicando incansablemente, denunciando a los culpables, ayunando rigurosamente y orando sin interrupción. Sin embargo, los excelentes resultados que consiguió con ello eran patentes a todos, excepto para él; no veía sino los fracasos, que atribuía a su ineptitud. Desalentado, se retiró furtivamente a la abadía cluniacense de Chaise-Dieu, donde tomó el hábito benedictino. Pero su retiro no duró mucho, ya que el Papa le ordenó que volviese a Grénoble a continuar en el

gobierno de su diócesis. A su vuelta de la soledad, San Hugo, como Moisés cuando bajó de la montaña, predicó con mayor fervor y éxito que antes. San Bruno y sus compañeros acudieron a él, decididos a abandonar el mundo, y el santo obispo les regaló el desierto de Chartreuse, del que la nueva orden tomó el nombre de Cartuja. San Hugo concibió gran cariño por los monjes; gustaba mucho de ir a visitarlos en la soledad, se les unía en los ejercicios de piedad y en los más humildes oficios. Algunas veces se quedaba tanto tiempo con ellos, que San Bruno se veía obligado a recordarle sus deberes pastorales. Esos períodos de retiro eran como claros oasis en una existencia dura y agitada.

San Hugo tuvo gran éxito con el clero y el pueblo, pero los nobles le opusieron resistencia hasta el fin de su vida. Por otra parte, durante los últimos cuarenta años sufrió de terribles dolores de cabeza y trastornos gástricos y se vio atormentado por tremendas tentaciones. Pero Dios no dejó de concederle algunos consuelos espirituales que le llenaban de gozo. Cuando San Hugo predicaba, no era raro que llorasen todos sus oyentes y que algunos se sintiesen movidos a hacer confesiones públicas. El santo tenía gran horror al pecado; las calumnias le disgustaban tanto, que tenía dificultad en cumplir su deber de leer los informes oficiales y cerraba los oídos a las noticias del día. Las cosas temporales le parecían tediosas en comparación con las espirituales en las que tenía puesto el corazón. En vano rogó a varios Papas que le diesen permiso de renunciar al gobierno de su diócesis; siempre recibió negativas rotundas. Honorio II, a quien se quejó de su edad y su debilidad, replicó que prefería tenerle a él, viejo y enfermo, en el gobierno de la sede de Grénoble, que al hombre más fuerte y más sano que pudiese encontrar.

San Hugo era muy generoso con los pobres. En una época de hambre, vendió un cáliz de oro y muchas joyas y piedras preciosas de su iglesia. Su ejemplo movió a los ricos a combatir el hambre del pueblo y a contribuir a las necesidades de la diócesis. Hacia el fin de su vida, San Hugo sufrió una dolorosa enfermedad, pero jamás habló de ello ni pronunció una sola palabra de queja. Olvidado de sí mismo, sólo se preocupaba por los demás. Su humildad era tanto más extraordinaria, cuanto que todos le manifestaban la mayor reverencia y afecto. Alguien le preguntó un día: "¿Por qué lloras tan amargamente, tú que no has ofendido jamás a Dios a sabiendas?" El santo respondió: "La vanidad y los afectos desordenados bastan para condenar a un hombre. Sólo la misericordia de Dios puede salvarnos, de suerte que no debemos dejar de implorarla." Poco antes de su muerte, perdió totalmente la memoria, excepto para la oración y pasaba el tiempo repitiendo el salterio y el Padrenuestro. Su muerte ocurrió el 1º de abril de 1132, dos meses antes de que cumpliese ochenta años, después de haber gobernado su diócesis durante cincuenta y dos años. El Papa Inocencio II le canonizó dos años más tarde.

La principal fuente sobre la vida de San Hugo es la biografía latina, escrita por Guigo, prior de la Grande Chartreuse, quien murió cinco años después de San Hugo. Puede verse dicha biografía en *Acta Sanctorum*, abril, vol. I y en otras partes. Ver también Albert du Boys, *Vie de St. Hugues* (1827); Bellet, en *Bulletin Soc. Archéol.* Drome (1894), XXVIII, 5-31, y Marion, *Circulaire de l'Eglise de Grénoble* (1869). San Hugo se cuenta entre los escritores eclesiásticos sobre todo por su contribución a los cartularios; en la biblioteca de Grénoble existen algunas copias, con curiosas notas históricas. Con frecuencia se cita a San Hugo con San Bruno como cofundador de la "Grande Chartreuse".

SAN HUGO DE BONNEVAUX, ABAD (1194 P.C.)

EN UNA de sus cartas San Bernardo prodiga grandes alabanzas a un novicio llamado Hugo, que había renunciado a una fortuna considerable y entrado en la abadía de Mézières siendo muy joven, contra los deseos de sus parientes. Se trataba de un sobrino de San Hugo de Grénoble. Un día en que le asaltaban terribles tentaciones de volver al mundo, entró a una iglesia a pedir el auxilio divino. La Virgen de la Merced se le apareció, le miró con gran cariño, y le dijo: "Muestra que eres hombre y abre tu corazón a la fortaleza de Dios. Puedes estar seguro de que jamás te asaltará de nuevo esta tentación." Hugo se entregó a penitencias tan severas, que acabó con su salud y empezó a perder la memoria; pero logró restablecerse gracias al sentido común de San Bernardo, quien le envió a la enfermería con instrucciones de que le atendiesen bien y le dejasen hablar con quien quisiera.

Poco después, Hugo fue nombrado abad de Bonnevaux, y la abadía floreció mucho bajo su gobierno. Se cuenta que podía leer el pensamiento y que tenía un sentido especial para descubrir las tentaciones de sus hermanos. Los relatos que han llegado hasta nosotros confirman sus dones de adivinación y exorcismo. Como el de tantas otras lumbreras de la vida monásttica, el celo de Hugo no se confinaba a su monasterio ni a su orden. Movido por divina inspiración, fue a Venecia en 1177 para actuar como mediador entre el Papa Alejandro III y el emperador Federico Barbarroja. Gracias a él, se hizo la paz entre los dos. San Hugo murió en 1194, y su antiquísimo culto fue aprobado en 1907.

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, se hallarán algunos detalles tomados de las crónicas de Helinando, Vicente de Beauvais, etc. G. Müller, en *Cistercienser-Chronik*, vol. XI, (1899), publicó en varios números una biografía completa, basada en gran parte en los cartularios de Bonnevaux y Léoncel, publicados por el canónigo Ulises Chevalier. Ver la *vita* en *Collectanea O. C. R.*, vol. VI (1939), pp. 214-218, editada por A. Dimier, así como el *St Hugues de Bonnevaux* (1941) del mismo autor.

SAN GILBERTO, OBISPO DE CAITHNESS (1245 P.C.)

LOS ESCOCESES honraron desde antiguo a San Gilberto como a un gran patriota, porque defendió la libertad de la Iglesia escocesa contra las amenazas de Inglaterra, según cuenta la tradición. Nacido en Moray, San Gilberto recibió las órdenes sagradas y fue nombrado archidiácono de Moray. Según la tradición, siendo todavía muy joven, fue convocado con los obispos de la Iglesia de Escocia a un concilio que tuvo lugar en Northampton, en 1176. Como portavoz de los obispos escoceses, se opuso con fervor y elocuencia a la idea de convertir a los prelados del norte de la Gran Bretaña en sufragáneos del arzobispo de York. Sostuvo firmemente la tesis de que la Iglesia de Escocia había sido libre desde el principio y que sólo estaba sujeta a la autoridad del Papa; por tanto, habría sido injusto someterla a la autoridad de un metropolitano inglés, tanto más cuanto que los ingleses y los escoceses vivían perpetuamente en guerra. Según parece, ésta fue la idea que se impuso en el concilio. Es cierto que en el sínodo de Northampton un clérigo llamado Gilberto pronunció un discurso en este sentido, pero es muy difícil probar que se trataba del Gilberto que fue nombrado obispo de Caithness, en 1223.

Según el Breviario de Aberdeen, San Gilberto sirvió a varios monarcas. La leyenda cuenta que sus amigos quemaron los libros en que guardaba las cuentas, con la esperanza de desacreditarle; pero las oraciones del santo lograron que los libros aparecieran íntegros. Después del asesinato del obispo Adam, el rey Alejandro nombró a Gilberto obispo de Caithness. El santo gobernó su diócesis sabiamente durante veinte años, construyó varios albergues para los pobres, erigió la catedral de Dornoch y, con su predicación y ejemplo, contribuyó a la civilización de su pueblo.

En su lecho de muerte dijo a los que le rodeaban: "Os recomiendo tres máximas que yo he tratado de observar toda mi vida: No hagáis daño a nadie y no tratéis de vengaros si os lo hacen. Soportad con paciencia los sufrimientos que Dios os envíe, teniendo presente que Él purifica así a sus hijos para el cielo. Por último, obedeced a la autoridad para no escandalizar a nadie."

Ver Forbes, KSS., pp. 355-356; *Aberdeen Breviary* (854), y DNB. (vol. XXI, p. 317) y las citas ahí indicadas.

BEATO LUIS PAVONI, FUNDADOR DE LOS HIJOS DE MARÍA INMACULADA DE BRESCIA (1849 P.C.)

LUIS PAVONI fue uno de los predecesores de San Juan Bosco en la educación y cuidado de los niños huérfanos y desamparados. Nació en Brescia de Lombardía, en 1784. Sus padres eran Alejandro Pavoni y Lelia Pontecarli, descendientes de familias nobles y con suficientes riquezas para mantener su posición. Luis era de carácter serio desde niño; su hermana Paulina declaró; "Luis fue desde niño muy devoto, en tanto que yo era muy traviesa." El joven empezó a descubrir su vocación durante las vacacionès que pasaba en Alfinello, donde jugaba con los hijos de los campesinos y les enseñaba el catecismo. En cierta ocasión arrojó desde la ventana su camisa a un mendigo que tiritaba de frío en la calle. Luis tenía aptitudes para las bellas artes y probablemente habría sido un buen pintor o arquitecto, pero a nadie sorprendió que decidiese estudiar para sacerdote. Como la revolución había acabado con todos los seminarios, el joven tuvo que estudiar bajo la dirección de los dominicos, hasta que fue ordenado sacerdote en 1807.

El P. Pavoni no tenía cargo fijo, sino que ayudaba en diversas parroquias de Brescia, particularmente en los "oratorios" fundados por el P. Manelli y algunos otros. En este género de trabajo demostró extraordinaria habilidad. En 1818, cuando sólo tenía treinta y cuatro años, fue nombrado canónigo de la catedral de Brescia y párroco de San Bernabé. Junto a la iglesia había un antiguo convento de agustinos, en una de cuyas secciones se alojaba el párroco, en tanto que el resto servía de almacén militar. El nuevo párroco concibió el proyecto de transformar el edificio en "oratorio permanente", es decir en un instituto que albergase en un ambiente de familia y preparase para la vida a los niños abandonados. Viendo todas las dificultades que se oponían a su proyecto, el P. Pavoni lo consultó con el crucifijo y tuvo la impresión de que Cristo le animaba a lanzarse a la empresa.

El obispo, Mons. Nava, le prometió su apoyo, y el P. Pavoni inauguró su oratorio en un rincón del antiguo monasterio, llamado "el nido de ratas". El primer oficio que escogió para sus chicos fue el de impresor. Los veinte años

siguientes de la vida del beato son un tejido de notables éxitos y enojosas negociaciones con las autoridades para conseguir el permiso de imprimir y de utilizar todo el monasterio para el orfanatorio. En aquella época, Lombardía dependía aún de Austria; la Revolución Francesa y Napoleón seguían ejerciendo su influencia y la voz del difunto José II de Austria ("nuestro hermano el sacristán"), todavía se dejaba oír. Como el deseo de independencia agitaba ya al pueblo, las autoridades veían con gran desconfianza la fundación de una imprenta italiana. En cuanto a la cuestión del monasterio, aunque el gobernador austriaco admiraba al P. Pavoni, era demasiado josefinista para devolver a la Iglesia una propiedad que el Estado le había arrebatado. Además, las dificultades inherentes a toda burocracia eran aún más grandes en Lombardía.* En 1823, se concedió al P. Pavoni la licencia de imprimir (aunque la imprenta ya estaba funcionando desde antes), pero el permiso de ocupar el monasterio entero no se le concedió sino hasta 1841. Con la ayuda de sus generosos bienhechores, entre los que se contaban Mons. Nava y la hermana del beato, Paulina Trivellini, pudo éste instalar por fin una escuela de oficios, de dibujo y de música. Naturalmente, no le faltaron las dificultades pecuniarias.

En 1832, el trabajo de la imprenta del oratorio se distinguió en la exposición de Brescia y el año siguiente, el Papa Gregorio XVI alabó la fundación como "Cosa buona" (una buena cosa). Pero en 1836, la fundación tuvo que hacer frente a los efectos del cólera, que dejó en Brescia a centenares de niños huérfanos. Entre las enfermeras que más se distinguieron durante la epidemia, se hallaba Paula di Rosa, fundadora de las Siervas de la Caridad (15 de diciembre), quien sugirió a Mons. Pinzoni que organizara una escuela para niños sordomudos. Dicha escuela se confió al P. Pavoni. Por otra parte, el gobernador civil le pidió que se encargase también del Orfanatorio de la Misericordia. La generosa conducta del beato logró por fin que el Concejo Municipal le regalase el edificio de San Bernabé.

Luis Pavoni era un hombre de mediana estatura, robusto y de cabello sedoso. Era de temperamento ardiente e impulsivo y hablaba con soltura y autoridad. La paciencia y serenidad que había adquirido a fuerza de dominarse, producían una impresión de energía reprimida. Era un hombre bastante culto, de intereses variados y equilibrados. No era superficial, pero tampoco podía decirse que fuese un sabio. Su ideal de la educación, muy abierto, consistía en formar a todo hombre para que pudiese ser realmente bueno. Hay que notar que, cincuenta años antes de la publicación de la "Rerum novarum", el beato comprendió la transcendencia religiosa de la justicia social y la puso en práctica con sus empleados. Aunque muchos de sus chicos eran literalmente el desecho de la sociedad, el P. Pavoni estaba decidido a hacer de ellos hombres buenos, buenos trabajadores, buenos ciudadanos y buenos cristianos. Sus métodos pedagógicos, como los de San Juan Bosco, consistían más bien en prevenir y alentar, que en reprimir. El beato prefería la bondad a la severidad. "El rigorismo —decía— no lleva a nadie al cielo." Sin embargo, no faltarán sin duda

* El oratorio tuvo que sufrir toda clase de vejaciones. Durante el carnaval de 1828, el ayuntamiento de la ciudad concedió el permiso de que un circo acampase en el patio del monasterio. El lector puede fácilmente imaginar lo difícil que resultaría conservar el orden entre los chicos, en tales circunstancias.

quienes encuentren todavía demasiado severos los métodos del P. Pavoni, olvidando que el material humano que tenía que educar no era precisamente fácil. El P. Pavoni deseaba que en el oratorio hubiese una atmósfera de familia y no de institución. Basta con leer un poco sobre su manera de tratar a los chicos para convencerse de que se trataba de un santo "que amaba a los niños de todo corazón, y al que éstos pagaban con la misma moneda." El P. Pavoni expulsaba sin piedad a los malos elementos para evitar que corrompieran a los buenos; pero, en vez de abandonarles a su suerte, seguía velando por ellos fuera del oratorio.

Cierto que la elección del "Tratado de Perfección" del P. Rodríguez como libro de lectura espiritual para los niños, no era de lo más acertado. Pero había en cambio, cosas magníficas. Por ejemplo; el beato consideraba tan importante la cocina, que el cocinero y sus ayudantes estaban bajo la vigilancia inmediata del director, quien les exigía buena comida, puntualidad y buenas maneras con los niños; el vino no estaba prohibido, simplemente había que beberlo "con discreción"; una de las formas de recreo que más recomendaba el beato a sus chicos era la representación de comedias. Esto último significaba atraerse las críticas de la sociedad bienpensante de la época, y ni siquiera la presencia del obispo, de los seminaristas y de los alumnos del colegio de los jesuítas, en la primera representación teatral del oratorio, consiguieron acallarlas del todo.

Durante largos años el beato había acariciado el proyecto de fundar una congregación religiosa que se encargase de continuar su obra. Poco a poco había elaborado las reglas y constituciones de una congregación de sacerdotes y hermanos legos que debían trabajar en sus oficios respectivos. Después de pensarlo y orar mucho, consultó el asunto con Mons. Nava y con el cardenal Angelo Mai, quienes le alentaron a realizar sus planes. Esto decidió al P. Pavoni a poner manos a la obra, a pesar de las críticas de quienes consideraban indigno de un religioso enseñar artes y oficios, aunque encontraban muy normal que enseñase ciencias y literatura. No faltaba razón a Santa Teresa cuando pedía a Dios que la protegiese de los tontos piadosos . . .

El beato compró una propiedad para el noviciado, en Saiano, cerca de Brescia; restauró los antiguos edificios; estableció una colonia agrícola y trasladó ahí la escuela de sordomudos. En 1844, obtuvo de la Santa Sede el permiso de recibir novicios. Pero para ello necesitaba también la licencia de las autoridades civiles austriacas, de suerte que pasaron todavía tres años antes de que la congregación de los Hijos de María Inmaculada quedase formalmente fundada.* El 8 de diciembre de 1847, Luis Pavoni, que había sido nombrado previamente superior general, hizo la profesión religiosa. El día anterior había renunciando a la canojía y transferido a la nueva congregación los títulos de su casa de Brescia, de sus propiedades personales y de los edificios de San Bernabé y de Saiano. Sin duda que, junto con la cruz de canónigo, renunció también a la condecoración de caballero de la corona de bronce que le había conferido en 1844 el emperador Fernando I. En esa ocasión, el beato había comentado en privado: "¿Por qué no me mandó el emperador un saco de harina para la comida de mis chicos en vez de esta medalla?"

Poco después de fundada la congregación, estalló la rebelión de los lombardos contra Austria. La situación fue haciéndose más angustiosa de día en

* No hay que confundir esta Congregación con la de los Hijos de la Inmaculada Virgen María, fundada en Luçon por el Venerable Luis Baudouin, en 1828.

día. En enero de 1849, el gobierno impuso una gravosa multa a la ciudad de Brescia; los ánimos se enardecieron tanto, que el beato juzgó prudente clausurar su querida imprenta. La tormenta se desató el 26 de marzo, con lo que se llamó "la decena de Brescia". Al día siguiente, el beato partió con todos sus chicos a Saiano, bajo una lluvia tempestuosa. Cuando pasó por Torricelle, su hermana Paulina quiso prestarle un carruaje, pero el anciano se rehusó, diciendo: "No, yo puedo ir a pie como mis chicos." Finalmente la caravana llegó a su destino, exhausta y empapada. El beato subió todavía a la cumbre de la colina para ver arder Brescia y el oratorio en el que había pasado treinta años de su vida. En ese momento tuvo el primer espasmo cardíaco, que había de llevarle a la tumba en unos cuantos días.

El párroco de Santa María le mandó inmediatamente a la cama, y el P. Pavoni obedeció. Era la primera vez que se acostaba en sábanas de lino, desde que había salido de la casa de su padre. Poco a poco se fue debilitando; murió una semana más tarde, a los sesenta y seis años de edad, entre las lágrimas de sus hermanos y de sus chicos. Era el Domingo de Ramos, 1o. de abril de 1849. La víspera, el beato había oído todo el día y toda la noche el rugido de los cañones que bombardeaban la ciudad de Brescia.

El P. Pavoni fue sepultado en Saiano. Su cuerpo fue más tarde trasladado a Brescia, donde reposa actualmente en la iglesia de la Inmaculada. La causa de beatificación se introdujo en 1919; veintiocho años más tarde, en 1947, Luis Pavoni fue solemnemente beatificado.

Según parece, todas las biografías del beato están escritas en italiano. El canónigo Luigi Traverso publicó en Monza, en 1928, *Un Apostolo della Gioventu Derelitta*; se trata de una biografía muy completa, resumida por Giovanni della Cioppa en *Lodovico Pavoni* (1946), con algunas correcciones. Vale la pena leer la selección de cartas del beato *Lettere del Servo di Dio P. Lodovico Pavoni,* que revelan a ese hombre tan simpático y tan poco conocido fuera de Italia.

2: SAN FRANCISCO DE PAULA, FUNDADOR DE LOS FRAILES MÍNIMOS (1507 P.C.)

FRANCISCO nació hacia 1416 en Paula, pequeña ciudad de Calabria. Sus padres eran humildes e industriosos y ponían todo su empeño en amar y servir a Dios. Como no tenían hijos después de varios años de matrimonio, pidieron ardientemente a Dios que les concediese uno que, al nacer, recibió el nombre de Francisco en honor del "Poverello" de Asís, a cuya intercesión se había acudido especialmente. A los trece años de edad, Francisco entró en la escuela del convento franciscano de San Marcos, donde aprendió a leer y empezó a practicar las austeras virtudes en que había de distinguirse durante toda su vida. Aunque no estaba obligado a seguir las reglas de la orden, casi sobrepasaba a los religiosos en la observancia, a pesar de su tierna edad. Al cabo de un año, acompañó a sus padres en una peregrinación a Asís y a Roma. A la vuelta, obtuvo permiso para retirarse a un sitio que distaba unos dos kilómetros de Paula y más tarde, a una cueva a la orilla del mar. Cuando tenía veinte años, se le reunieron otros dos compañeros. Los vecinos les construyeron tres celdas y

una capilla, en la que cantaban las divinas alabanzas y un sacerdote de la iglesia más próxima les celebraba la misa.

El año de 1436 se considera como el de la fundación de la congregación. Unos diecisiete años más tarde, cuando el número de discípulos había ya aumentado, el arzobispo de Cosenza les permitió construir un monasterio en el mismo sitio. El pueblo quería tanto a los religiosos, que todos los vecinos ayudaron en la construcción. Se cuenta que San Francisco obró varios milagros cuando se levantaba el edificio; uno o dos de ellos constan en el proceso de canonización. Cuando el nuevo convento quedó terminado, el santo se consagró enteramente a establecer la disciplina regular en la comunidad, en la que precedía a todos con su austero ejemplo. Aunque su lecho ya no era la dura roca, no pasaba de ser una tabla o el piso de la celda; una piedra le servía de almohada. La penitencia, la caridad y la humildad formaban la base de sus reglas. San Francisco escogió la caridad como lema de su congregación e inculcaba constantemente a sus religiosos la humildad. Además de los tres votos ordinarios, impuso a sus discípulos la obligación de observar una cuaresma perpetua, con abstinencia de carne, huevos y alimentos lácteos. El santo consideraba el ayuno como el camino real para la conquista de sí mismo; deplorando la mitigación de la estricta regla cuaresmal que la Iglesia se había visto obligada a conceder, esperaba que la abstinencia que practicaban sus religiosos serviría de ejemplo y de reparación por la tibieza de tantos cristianos.

Además del don de milagros, San Francisco poseía también el de profecía. Escribiendo al Papa León X sobre la futura canonización de Francisco de Paula, el obispo de Grénoble (tío de Bayardo, "el caballero sin miedo y sin tacha") decía: "Santísimo Padre, Francisco me reveló muchas cosas que sólo Dios y yo conocemos". El Papa Pablo II envió un delegado a Calabria para que investigara las maravillas que se contaban del santo. Al ver llegar al visitante, San Francisco, que estaba ocupado con los obreros en la construcción de la iglesia, los dejó al punto para salir a su encuentro. El delegado papal trató de besarle las manos; en vez de permitirlo, el santo protestó que a él era a quien correspondía besar aquellas manos santificadas por treinta años de celebrar el santo sacrificio. Sorprendido el delegado al ver que Francisco sabía exactamente cuánto tiempo hacía que había recibido la ordenación, le pidió una entrevista, sin revelarle su verdadera misión. Siguió al santo al interior de la clausura y habló con elocuencia de los peligros de la singularidad y manifestó que la regla del convento, le parecía demasiado austera para la naturaleza humana. El santo trató de defender la regla para demostrar al delegado lo que la gracia era capaz de hacer soportar a quienes estaban decididos a servir a Dios, sacó del fuego unos carbones ardientes y los tuvo en sus manos varios minutos, sin recibir la menor quemadura. Digamos de paso que existen muchos otros ejemplos de la inmunidad de que gozaba el santo respecto del fuego. El delegado papal volvió a Roma lleno de veneración por el siervo de Dios, y la nueva familia religiosa recibió la aprobación pontificia en 1474. En aquella época, casi todos los miembros de la comunidad carecían de instrucción y sólo había un sacerdote entre ellos. El pueblo los llamaba "los ermitaños de San Francisco de Asís". En 1492, a instancias del fundador, que quería que sus religiosos fuesen los más pequeños en la mansión del Señor, adoptaron el nombre de "mínimos".

San Francisco de Paula hizo varias fundaciones en el sur de Italia y en Sicilia. El rey Fernando de Nápoles, molesto por las severas amonestaciones que

tanto él como sus dos hijos habían recibido del santo, dio la orden de arrestarle y conducirle a Nápoles. El encargado de ejecutar el mandato real quedó tan impresionado por la personalidad y humildad de San Francisco, que volvió a la corte sin el prisionero y persuadió al rey a que le dejase en paz. A decir verdad, ya en aquella época toda Italia celebraba a Francisco de Paula como santo, profeta y taumaturgo.

En 1481, Luis XI de Francia estaba agonizando lentamente a resultas de un ataque de apoplejía. El amor por la vida y el terror a la muerte de aquel monarca eran verdaderamente excepcionales; la enfermedad le había vuelto tan impaciente e irritable, que nadie se atrevía a acercársele. Dándose cuenta de que su estado empeoraba, el rey ordenó que trajesen a la corte a San Francisco, prometiéndole que el monarca apoyaría su congregación. Como el santo se negase a ir, Luis XI recurrió al Papa Sixto IV, quien ordenó a Francisco ir a la corte. San Francisco se puso inmediatamente en camino; el rey regaló diez mil coronas al heraldo que anunció la llegada del siervo de Dios y envió al delfín a escoltarle a Plessis-les-Tours. Luis XI se arrodilló ante San Francisco y le rogó que le devolviese la salud. El santo replicó que las vidas de los reyes están en las manos de Dios y tienen un límite, como la del resto de los mortales y que a El era a quien había que dirigir las súplicas. Muchos nobles acudieron a ver a San Francisco. Aunque era éste un hombre sin instrucción, Felipe de Commines, que tuvo ocasión de escucharle varias veces, escribió que la sabiduría de sus palabras demostraba que el Espíritu Santo hablaba por su boca. La oración y el ejemplo del siervo de Dios cambiaron el corazón del monarca, quien murió con gran resignación en brazos de Francisco. Carlos VIII honró al santo, tanto como su padre y le consultaba en todos los asuntos de conciencia y aun de Estado. Igualmente construyó un convento de la congregación en el parque de Plessis y otro en Amboise, en el sitio en que había encontrado a San Francisco por primera vez. Además, construyó en Roma el monasterio de Santa Trinita dei Monte, en el Pinicio, donde sólo se admitía a los franceses.

San Francisco pasó veinticinco años en Francia y murió en ese país. El Domingo de Ramos de 1507 cayó enfermo y el Jueves Santo, reunió a sus hermanos y los exhortó al amor de Dios, a la práctica de la caridad y a la observancia de las reglas. En seguida recibió el Viático, descalzo y con una cuerda al cuello, según la costumbre de su congregación. Murió al día siguiente, Viernes Santo, a los noventa y un años de edad. Su canonización tuvo lugar en 1519.

San Francisco compuso para su religiosos las reglas y un "correctorium" o método de imponer penitencias. Igualmente redactó un ceremonial, unas reglas para religiosas y otras para las personas que vivían en el mundo. En la actualidad se ha reducido el número de los "mínimos" y apenas se encuentran fuera de Italia.

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, se hallará la mayor parte de las deposiciones de los testigos en el proceso de canonización. Aunque ésta tuvo lugar sólo doce años después de la muerte del santo, fue difícil encontrar testimonios de sus contemporáneos sobre sus primeros años, por la avanzada edad en la que murió. Casi todos los que le habían conocido cuando fundó la Orden de los Mínimos habían muerto ya. En cambio, los hechos de la segunda parte de su vida constan perfectamente, no sólo por las deposiciones de los testigos, sino por las crónicas, las cartas y otros documentos de la época. Existen muchas biografías modernas; entre ellas, hay que mencionar las de Dabert (1875), Ferrante (1881), Rolland (1874), Pradier (1903), Porpora (1901) y G. M. Roberti (1915). En los volúmenes de

G. M. Roberti, *Disegno storico dell'Ordine dei Minimi*, 1902, 1909, etc., se encontrarán muchos datos sobre la fundación de la congregación.

SANTOS APIANO y TEODOSIA, MÁRTIRES (306 P.C.)

ENTRE LOS mártires de Palestina, a los que Eusebio conoció personalmente y cuyos sufrimientos describió, se cuentan dos, cuya tierna edad impresionó especialmente al escritor. Uno era Apiano, joven de veinte años y la otra era una muchacha de dieciocho años, llamada Teodosia.

Apiano había nacido en Licia y había estudiado en la famosa escuela de Berytus de Fenicia, donde se había convertido al cristianismo. A los dieciocho años se fue a vivir a Cesarea. Poco después, el gobernador de la ciudad recibió la orden de exigir que todos los habitantes ofreciesen sacrificios públicos. Al tener noticia de ello, Apiano, sin comunicar a nadie sus planes —"ni siquiera a nosotros", dice Eusebio, que vivió entonces con él—, se dirigió al sitio en que el gobernador Urbano estaba ofreciendo sacrificios y logró llegar hasta él, sin que los guardias lo advirtiesen. Tomando a Urbano por el brazo, le impidió ofrecer el sacrificio y clamó contra la impiedad que cometía quien abandonaba el culto del verdadero Dios para adorar a los ídolos. Los guardias se lanzaron sobre Apiano y le molieron a puntapiés; después le arrojaron en un oscuro calabozo, donde pasó veinticuatro horas con apretados grilletes en los tobillos. Al día siguiente tenía el rostro tan hinchado, que era imposible reconocerle. El juez mandó desgarrarle con garfios hasta los huesos, de suerte que las entrañas del santo quedaron a la vista. A todas las preguntas respondía de la misma manera: "Yo soy siervo de Cristo". Después se le aplicaron en las plantas de los pies lienzos mojados en aceite hirviente; pero, por más que le quemaron hasta los huesos, no consiguieron vencer su constancia. Cuando los guardias le decían que ofreciese sacrificios a los dioses, Apiano respondía: "Yo confieso al Cristo, el Dios verdadero que es uno con el Padre". Al ver que no flaqueaba en su resolución, el juez le condenó a ser arrojado al mar. Inmediatamente después de ejecutada la sentencia, ocurrió un milagro que, según dice Eusebio, tuvo lugar en presencia de toda la población, ya que un violento temblor arrojó a la playa el cuerpo del mártir, a pesar de que los verdugos le habían atado al cuello losas muy pesadas.

Teodosia parece haber sido también martirizada durante la persecución de Maximino. Eusebio describe así su triunfo: "A los cinco años de persecución, el . . . cuarto día después de las nonas de abril, que era la fiesta de la Resurrección del Señor, llegó a Cesarea una joven muy santa y devota, llamada Teodosia, originaria de Tiro. Teodosia se aproximó a unos prisioneros que estaban esperando la sentencia de muerte delante del pretorio, con la intención de saludarles y, probablemente también, de pedirles que no la olvidasen al llegar a la presencia de Dios. Los guardias cayeron sobre ella como si hubiese cometido un crimen y la arrastraron ante el presidente, quien se dejó llevar por la crueldad y la condenó a terribles tormentos; los verdugos le desgarraron los costados y los pechos hasta dejar los huesos al descubierto. La mártir respiraba todavía y su rostro reflejaba una deliciosa sonrisa, cuando el presidente mandó que la arrojasen al mar."

Este relato está tomado de *Los Mártires de Palestina* de Eusebio. Han llegado hasta nosotros dos versiones, que pueden verse en la edición de E. Grapin en la colección

Textes et Documents pour l'Etude historique du Christianisme, vol. III, pp. 183-227. Ver también *Analecta Bollandiana*, vol. XVI (1897), pp. 122-127.

SANTA MARIA EGIPCIACA (¿Siglo V?)

SEGÚN PARECE, la biografía de Santa María Egipciaca se basa en un corto relato, bastante verosímil, que forma parte de la "Vida de San Ciriaco", escrita por su discípulo Cirilo de Escitópolis. El santo varón se había retirado del mundo con sus seguidores y, según parece, vivía en el desierto al otro lado del Jordán. Un día, dos de sus discípulos divisaron a un hombre escondido entre los arbustos y le siguieron hasta una cueva. El desconocido les gritó que no se acercasen, pues era mujer y estaba desnuda; a sus preguntas, respondió que se llamaba María, que era una gran pecadora y que había ido ahí a expiar su vida de cantante y actriz. Los dos discípulos fueron a decir a San Ciriaco lo que había sucedido. Cuando volvieron a la cueva, encontraron a la mujer muerta en el suelo y la enterraron ahí mismo.

Este relato dio origen a una complicada leyenda muy popular en la Edad Media, que se halla representada en los ventanales de las catedrales de Bourges y de Auxerre. Podemos resumir así la leyenda:

Durante el reinado de Teodosio, el Joven, vivía en Palestina un santo monje y sacerdote llamado Zósimo. Tras de servir a Dios con gran fervor en el mismo convento durante cincuenta y tres años, se sintió llamado a trasladarse a otro monasterio en las orillas del Jordán, donde podría avanzar aún más en la perfección. Los miembros de ese monasterio acostumbraban dispersarse en el desierto, después de la misa del primer domingo de cuaresma, para pasar ese santo tiempo en soledad y penitencia, hasta el Domingo de Ramos. Precisamente en ese período, hacia el año 430, Zósimo se encontraba a veinte días de camino de su monasterio; un día, se sentó al atardecer para descansar un poco y recitar los salmos. Viendo súbitamente una figura humana, hizo la señal de la cruz y terminó los salmos. Después levantó los ojos y vio a un ermitaño de cabellos blancos y tez tostada por el sol; pero el hombre echó a correr cuando Zósimo avanzó hacia él. Este le había casi dado alcance, cuando el ermitaño le gritó: "Padre Zósimo, soy una mujer; extiende tu manto para que puedas cubrirme y acércate". Sorprendido de que la mujer supiese su nombre, Zósimo obedeció. La mujer respondió a sus preguntas, contándole su extraña historia de penitente. "Nací en Egipto —le dijo—. A los doce años de edad, cuando mis padres vivían todavía, me fugué a Alejandría. No puedo recordar sin temblar los primeros pasos que me llevaron al pecado ni los excesos en que caí más tarde." A continuación le contó que había vivido como prostituta diecisiete años, no por necesidad, sino simplemente para satisfacer sus pasiones. Hacia los veintiocho años de edad, se unió por curiosidad a una caravana de peregrinos que iban a Jerusalén a celebrar la fiesta de la Santa Cruz, aun en el camino se las arregló para pervertir a algunos peregrinos. Al llegar a Jerusalén, trató de entrar en la iglesia con los demás, pero una fuerza invisible se lo impidió. Después de intentarlo en vano dos o tres veces más, se retiró a un rincón del atrio y, por primera vez reflexionó seriamente sobre su vida de pecado. Levantando los ojos hacia una imagen de la Virgen María, le pidió con lágrimas que le ayudase y prometió hacer penitencia. Entonces pudo entrar sin dificultad en la iglesia a venerar la Santa Cruz. Después volvió a dar gracias a la imagen de Nuestra Señora y oyó una voz que

le decía: "Ve al otro lado del Jordán y ahí encontrarás el reposo".

Preguntó a un panadero por dónde se iba al Jordán y se dirigió inmediatamente al río. Al llegar a la iglesia de San Juan Bautista, en la ribera del Jordán, recibió la comunión y, en seguida cruzó el río y se internó en el desierto, en el que había vivido cuarenta y siete años, según sus cálculos. Hasta entonces no había vuelto a ver a ningún ser humano; se habia alimentado de plantas y dátiles. El frío del invierno y el calor del verano le habían curtido y, con frecuencia había sufrido sed. En esas ocasiones se había sentido tentada de añorar el lujo y los vinos de Egipto, que tan bien conocía. Durante diecisiete años se había visto asaltada de éstas y otras violentas tentaciones, pero había implorado la ayuda de la Virgen María, que no le había faltado nunca. No sabía leer ni había recibido ninguna instrucción en las cosas divinas, pero Dios le había revelado los misterios de la fe. La penitente hizo prometer a Zósimo que no divulgaría su historia sino hasta después de su muerte y le pidió que el próximo Jueves Santo le trajese la comunión a la orilla del Jordán.

Al año siguiente, Zósimo se dirigió al lugar de la cita, llevando al Santísimo Sacramento y el Jueves Santo divisó a María al otro lado del Jordán. La penitente hizo la señal de la cruz y empezó a avanzar sobre las aguas hasta donde se hallaba Zósimo. Recibió la comunión con gran devoción y recitó los primeros versículos del "Nunc dimittis". Zósimo le ofreció una canasta de dátiles, higos y lentejas dulces, pero María sólo aceptó tres lentejas. La penitente se encomendó a sus oraciones y le dio las gracias por lo que había hecho por ella. Finalmente, después de rogarle que volviese al año siguiente al sitio en que la había visto por primera vez, María pasó a la otra ribera, en la misma forma en que había venido. Cuando fue Zósimo al año siguiente al sitio de la cita, encontró el cuerpo de María en la arena; junto al cadáver estaban escritas estas palabras: "Padre Zósimo, entierra el cuerpo de María la Pecadora. Haz que la tierra vuelva a la tierra y pide por mí. Morí la noche de la Pasión del Señor, después de haber recibido el divino Manjar." El monje no tenía con qué cavar, pero un león vino a ayudarle con sus zarpas a abrir un agujero en la arena. Zósimo tomó su manto, que consideraba ahora como una preciosa reliquia y regresó, para contar a sus hermanos lo sucedido. Siguió sirviendo a Dios muchos años en su monasterio y murió apaciblemente a los cien años de edad.

Esta leyenda se difundió mucho y alcanzó gran popularidad en el oriente. Según parece, San Sofronio, patriarca de Jerusalén, que murió en el año 638, fue quien le dio forma definitiva. Sofronio tenía a la vista dos textos: la digresión que Cirilo de Escitópolis introdujo en su Vida de San Ciriaco y una leyenda semejante relatada por Juan Mosco en el *Prado Espiritual*. Tomando numerosos datos de la vida de San Pablo de Tebas, dicho autor construyó una leyenda de dimensiones respetables. San Juan Damasceno, que murió a mediados del siglo VIII, cita largamente la Vida de Santa María Egipciaca, que considera aparentemente como un documento auténtico. H. Leclercq, en DAC., vol. x (1932), cc. 2128-2136, presenta toda la cuestión y da una bibliografía muy nutrida. Ver también *Acta Sanctorum*, abril, vol. I; y A. B. Bujila Rutebeuf; *La Vie de Sainte Marie l'Egyptienne* (1949).

SAN NICECIO, Obispo de Lyon (573 p.c.)

San Nicecio, que era tío abuelo de San Gregorio de Tours, descendía de una familia de Borgoña y había sido destinado al servicio de la Iglesia desde muy joven. Después de su ordenación sacerdotal, siguió viviendo con su madre, que

era viuda, obedeciéndola con la sencillez del último de los criados. Nicecio tenía en tan alta estima la instrucción, que insistía en que todos los niños nacidos en sus posesiones aprendiesen a leer y a recitar los salmos; ello no le impedía ayudar personalmente a sus criados y servidores en el trabajo manual para cumplir con el precepto apostólico y tener algo que dar a los pobres. Cuando San Sacerdote, obispo de Lyon, se hallaba en París en su lecho de muerte, el rey Childeberto fue a visitarle y le rogó que nombrase a su sucesor. El anciano prelado nombró a su sobrino Nicecio, quien fue poco después consagrado obispo. Era un hombre de vida irreprochable, que combatía con todas sus fuerzas las conversaciones ligeras y poco caritativas, predicando contra ellas siempre que podía. Sus poderes de exorcista le ganaron gran fama. Durante su episcopado, que duró casi veinte años, San Nicecio resucitó y mejoró el canto en las iglesias de su diócesis. San Gregorio de Tours cuenta muchos milagros obrados en su tumba.

Ver *Acta Sanctorum,* abril, vol. I, donde se encontrará una biografía anónima y un relato de San Gregorio de Tours. B. Krusch hizo una edición crítica de la biografía anónima en MGH., *Scriptores Merov.,* vol. III, pp. 521-524. Ver también Duchesne, *Fastes Episcopaux,* vol. II, pp. 166-167; Hefele-Leclercq, *Conciles,* vol. III, pp. 182-184; y sobre todo Coville, *Rècherches sur l'histoire de Lyon* (1928), pp. 323-346.

BEATO JUAN PAYNE, MÁRTIR (1582 P.C.)

SEGÚN PARECE, el Beato Juan Payne nació en Peterborough. Lo único que sabemos de su familia es que uno de sus hermanos era un protestante muy fervoroso, lo cual permite conjeturar que tal vez el beato se había convertido del protestantismo.

La primera noticia cierta que tenemos sobre Juan es que llegó a Douai, en 1574, a estudiar teología en el seminario. Menos de tres semanas después de su ordenación, partió a la misión inglesa. Su sitio de destino era Essex, en tanto que su compañero, el Beato Cutberto Mayne, se dirigía a Devonshire. El beato se alojó en Ingatestone, en casa de lady Petre, como si fuera uno de los criados que estaban a su servicio; pero tenía también un cuarto en Londres. Parece que el Beato Juan era muy activo; a diferencia de tantos otros mártires, el éxito coronó sensiblemente sus esfuerzos. En una de sus cartas escribe: "En todas partes y cada día más se multiplican las reconciliaciones con la Iglesia católica, con gran asombro de los herejes." A continuación, explica que eso exige que el seminario de Douai envíe más sacerdotes. Menos de un año después de su llegada, fue hecho prisionero en casa de lady Petre; pero cuatro semanas más tarde, le pusieron en libertad. A los nueve meses salió de Inglaterra, aunque ignoramos por qué razón y por cuánto tiempo. Lo cierto es que en la Navidad de 1579 estaba ya de vuelta en Essex, pues el hombre que le traicionó afirmó que le había visto por primera vez, en esa fecha, en casa de lady Petre y no hay razón para dudar de ello. En la casa de lady Petre, llamada "Ingatestone Hall", se refugiaban con frecuencia los sacerdotes que pasaban por el lugar; en 1855, se redescubrió casualmente la covacha en que se ocultaban, que tenía unos cuatro metros de largo por sesenta centímetros de ancho y tres metros de alto.

El P. Payne fue arrestado por segunda y última vez en Warwckshire. Aunque estaba acusado de conspiración, el juez Walsingham, después de interrogarle,

declaró a Burleigh que la acusación carecía de fundamento. Pero, como era sacerdote, no pareció prudente dejarle en libertad, aunque todavía no existía la ley que consideraba como traición el hecho de recibir la ordenación sacerdotal en el extranjero. Así pues, el hombre que había denunciado a Payne hubo de declarar que éste había tratado de enredarle en una conspiración para asesinar a la reina, al tesorero y a Walsingham. Dicho testigo se llamaba Juan Eliot (más tarde conocido con el sobrenombre de "Judas Eliot"), quien había ocupado puestos de confianza en casa de lady Petre y de otras familias católicas y demostró ser un bribón y un asesino. Para escapar del castigo y ganar dinero, denunció a más de treinta sacerdotes, entre los que se contaba Edmundo Campion. La simple acusación de un testigo tan dudoso, costó al P. Payne ocho meses de prisión en la Torre de Londres, antes de ser juzgado. Fue torturado varias veces. El 31 de agosto se lee en el diario de la Torre de Londres: "Juan Payne, sacerdote, fue sometido a terrible tortura en el potro."

La noche del 20 de marzo de 1582, los verdugos despertaron al P. Payne y le condujeron inmediatamente a la prisión de Chelmsford, sin darle tiempo de vestirse y tomar su cartera. Lady Hopton recuperó más tarde la cartera. Ante los jueces, Eliot repitió la acusación. No había ningún otro testigo, cosa que importó bien poco a los jueces. El mártir se declaró inocente y protestó que era contrario a todas las leyes divinas y humanas condenarle por el testimonio de un solo testigo, por añadidura muy sospechoso. A pesar de ello, los jueces le condenaron a muerte. La sentencia se ejecutó el 2 de abril. La multitud, compadecida del mártir, impidió que el verdugo le descuartizase y desentrañase antes de morir. La fiesta del Beato Juan Payne se celebra en las diócesis de Northampton y Brentwood (el 3 de abril).

Ver Challoner, MMP., pp. 39-44, y B. Camm, LEM. (1905) vol. II, pp. 424-442.

BEATO LEOPOLDO DE GAICHE (1815 P.C.)

EL BEATO Leopoldo nació en Gaiche de la diócesis de Perugia. Era hijo de una familia humilde y recibió en el bautismo el nombre de Juan. Un sacerdote de la iglesia vecina le enseñó las primeras letras. Juan tomó el hábito franciscano en el convento de Cibotola y recibió el nombre de Leopoldo. Ordenado sacerdote en 1757, sus superiores le destinaron a predicar los sermones cuaresmales, que le hicieron pronto muy famoso. Con su elocuencia y fervor, obtuvo numerosas conversiones; los enemigos se reconciliaban y los penitentes asaltaban su confesionario. Durante diez años, a partir de 1768 en que fue nombrado misionero pontificio en los Estados de la Iglesia, predicó misiones en varias diócesis. Después fue nombrado provincial de su orden, pero ello no le impidió continuar su trabajo apostólico. Movido por el ejemplo del Beato Tomás de Cori y de San Leonardo de Puerto Mauricio, decidió fundar una casa para los ejercicios anuales de los misioneros y predicadores, en la que pudiesen también hacer sus retiros los miembros de su orden y sus amigos; pero tuvo que superar muchas dificultades y decepciones antes de conseguir fundar la casa en la solitaria colina de Monte Luco, en las cercanías de Espoleto.

En 1808, cuando Napoleón ocupó Roma y tomó prisionero al Papa Pío VII, las casas religiosas fueron suprimidas. El Beato Leopoldo, que tenía ya setenta y tres años, hubo de abandonar su amado convento para retirarse con

otros tres de sus hermanos a una miserable casucha de Espoleto. Ahí trabajó como ayudante de un párroco; más tarde se le confió una parroquia, cuyo pastor había sido desterrado por los franceses. Estuvo en la cárcel por haberse negado a prestar un juramento que él consideraba pecaminoso; pero su prisión duró poco, pues algún tiempo después estaba ya entregado nuevamente al trabajo misional. Su don de profecía y los extraños fenómenos de que era objeto no hacían sino aumentar su fama; por ejemplo, sus oyentes le veían con frecuencia coronado de espinas mientras predicaba.

Cuando cayó Napoleón, el beato se apresuró a volver a Monte Luco, donde trató de recomenzar la vida normal de la casa; pero sólo sobrevivió unos cuantos meses. El Señor le llamó el 15 de abril de 1815, a los ochenta y tres años de edad. Como en su tumba se obraron muchos milagros, la causa de beatificación se introdujo rápidamente y llegó a feliz término en 1893.

En los documentos del proceso de beatificación se encuentran numerosos datos sobre el beato. También existe una biografía escrita por Fray M. Antonio da Vicenza. Ver Kempf, *Holiness of the Church in the Nineteenth Century*, pp. 95-96; y Seeböck, *Die Herrlichkeit der Katolischen Kirche*, pp. 212-213.

3: SAN PANCRACIO, OBISPO DE TAORMINA, MÁRTIR (*c.* 90 P.C.)

NO EXISTE ningún documento fidedigno acerca de la vida y muerte de San Pancracio. Aunque mucho menos conocido que su homónimo romano, es muy venerado en Sicilia. Según la leyenda, San Pancracio nació en Antioquía y fue convertido y bautizado junto con sus padres por San Pedro. El mismo San Pedro le mandó a evangelizar Sicilia y le consagró primer obispo de Taormina. Ahí predicó San Pancracio, destruyó los ídolos y, con su elocuencia y milagros, convirtió al prefecto de la ciudad, llamado Bonifacio, quien le ayudó a construir una iglesia. Después de haber bautizado a muchos neófitos, fue asesinado a pedradas por unos bandoleros que bajaron de la montaña y le capturaron por sorpresa.

En *Acta Sanctorum* hay un panegírico con detalles biográficos (abril, vol. I), pero se trata de un documento que carece de valor histórico. El culto de San Pancracio parece ser muy antiguo. El *Hieronymianum* le menciona dos veces, y hasta en Georgia se conserva la tradición de que fue discípulo de San Pedro. Según parece, antiguamente se celebraba su fiesta el 8 de julio; ver el calendario de piedra de Nap, y *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, pte. 2, p. 359. El texto griego del penegírico de Teófanes puede verse en Migne, PG., vol. CXXXII, cc. 989 ss.

SAN SIXTO I, PAPA Y MÁRTIR (*c.* 127 P.C.)

SAN SIXTO I sucedió a San Alejandro I hacia fines del reinado de Trajano y gobernó la Iglesia durante diez años, en una época en que la dignidad pontificia era un preludio del martirio. Todos los martirologios antiguos le veneran como mártir, pero carecemos de detalles sobre su vida y su muerte. Era romano de nacimiento. Se supone que la casa de su padre se hallaba en la antigua Vía Lata, en el sitio en que se levanta actualmente la iglesia de Santa María de Calle Ancha. Según el *Liber Pontificalis*, San Sixto ordenó que sólo los miembros

del clero tocasen los vasos sagrados y que el pueblo se uniese al sacerdote en el canto del "Sanctus". Probablemente el Sixto del que se hace mención en el canon de la misa es San Sixto II, cuyo martirio fue mucho más famoso.

Ver *Liber Pontificalis* ed. Duchesne, vol. I, pp. 56 y 128; y *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, pars posterior, pp. 137 y 177.

SANTAS AGAPE, QUIONIA e IRENE, VÍRGENES Y MÁRTIRES (304 P.C.)

EL AÑO 303, el emperador Diocleciano publicó un decreto que condenaba a la pena de muerte a quienes poseyesen o guardasen una parte cualquiera de la Sagrada Escritura. En aquella época vivían en Tesalónica de Macedonia tres hermanas cristianas, Agape, Quionia e Irene, hijas de padres paganos, que poseían varios volúmenes de la Sagrada Escritura. Tan bien escondidos los tenían, que los guardias no los descubrieron sino hasta el año siguiente, después de que las tres hermanas habían sido arrestadas por otra razón.

Dulcicio presidió el tribunal, sentado en su trono de gobernador. Su secretario, Artemiso, leyó la hoja de acusaciones, redactada por el procurador. El contenido era el siguiente: "El pensionario Casandro saluda a Dulcicio, gobernador de Macedonia, y envía a su Alteza seis cristianas y un cristiano que se rehusaron a comer la carne ofrecida a los dioses. Sus nombres son: Agape, Quionia, Irene, Casia, Felipa y Eutiquia. El cristiano se llama Agatón."

El juez dijo a las mujeres: "¿Estáis locas? ¿Cómo se os ha metido en la cabeza desobedecer al mandato del emperador?" Después, volviéndose hacia Agatón, le preguntó: "¿Por qué te niegas a comer la carne ofrecida a los dioses, como lo hacen los otros súbditos del emperador?" "Porque soy cristiano, replicó Agatón. "¿Estás decidido a seguir siéndolo?" "Sí." Entonces, Dulcicio interrogó a Agape sobre sus convicciones religiosas. Su respuesta fue: "Creo en Dios y no estoy dispuesta a renunciar al mérito de mi vida pasada, cometiendo una mala acción." "Y tú, Quionia, ¿qué respondes?" "Que creo en Dios y por consiguiente no puedo obedecer al emperador." A la pregunta de por qué no obedecía al edicto imperial, Irene respondió: "Porque no quiero ofender a Dios." "¿Y tú, Casia?", preguntó el juez. "Porque deseo salvar mi alma. "¿De modo que no estás dispuesta a comer la carne ofrecida a los dioses?" "¡No!" Felipa declaró que estaba dispuesta a morir antes que obedecer. Lo mismo dijo Eutiquia, una viuda que pronto iba a ser madre. Por esta razón, el juez mandó que la condujesen de nuevo a la prisión y siguió interrogando a sus compañeros: "Agape, preguntó, ¿has cambiado de decisión? ¿Estás dispuesta a hacer lo que hacemos quienes obedecemos al emperador?" "No tengo derecho a obedecer al demonio", replicó la mártir; todo lo que digas no me hará cambiar." "¿Cuál es tu última decisión, Quionia?", prosiguió el juez. "La misma de antes." "¿No poseéis ningún libro o escrito referente a vuestra impía religión?" "No. El emperador nos los ha arrebatado todos." A la pregunta del juez de quién las había convertido al cristianismo, Quionia respondió simplemente: "Nuesto Señor Jesucristo."

Entonces Dulcicio dictó la sentencia: "Condeno a Agape y a Quionia a ser quemadas vivas por haber procedido deliberada y obstinadamente contra los edictos de nuestros divinos emperadores y césares y porque se niegan a renunciar a la falsa religión cristiana, aborrecida por todas las personas piadosas. En

cuanto a los otros cuatro, los condeno a permanecer prisioneros hasta que yo lo juzgue conveniente."

Después del martirio de sus hermanas mayores, Irene compareció de nuevo ante el gobernador, quien le dijo: "Ahora se ha descubierto vuestra superchería; cuando te mostramos los libros, pergaminos y escritos referentes a la impía religión cristiana, tuviste que reconocer que eran tuyos, aunque antes habías negado los hechos. Sin embargo, a pesar de tus crímenes, estoy dispuesto a perdonarte, con tal de que adores a los dioses... ¿Estás dispuesta a hacerlo?" "No", replicó Irene, "pues con ello correría peligro de caer en el infierno." "¿Quién te aconsejó que ocultaras esos libros y escritos tanto tiempo?" "Nadie me lo aconsejó fuera de Dios, pues ni siquiera lo dijimos a nuestros criados para que no nos denunciaran." "¿Dónde os escondísteis el año pasado, cuando se publicó el edicto imperial?" "Donde Dios quiso: en la montaña." "¿Con quién vivíais?" "Al aire libre; a veces en un sitio, a veces en otro." "¿Quién os alimentaba?" "Dios, que alimenta a todos los seres vivientes." "¿Vuestro padre estaba al corriente?" No, ni siquiera lo sospechaba." "¿Quién de vuestros vecinos estaba al tanto?" "Manda preguntar a los vecinos." "Cuando volvísteis de las montañas, ¿leísteis esos libros a alguien?" "Los libros estaban escondidos y no nos atrevíamos a sacarlos; eso nos angustiaba, pues no podíamos leerlos día y noche, como estábamos acostumbradas a hacerlo."

La sentencia que dictó el gobernador contra Irene fue más cruel que la pena impuesta a sus hermanas. Dulcicio declaró que Irene había incurrido también en la pena de muerte por haber guardado los libros sagrados, pero que sus sufrimientos serían más prolongados. En seguida ordenó que la llevasen desnuda a una casa de vicio y que los guardias vigilasen las puertas. Como el cielo protegió la virtud de la joven, el gobernador la mandó matar. Las actas afirman que pereció en la hoguera, obligada a arrojarse ella misma a las llamas. Esto es muy poco probable y algunas versiones posteriores dicen que murió con la garganta atravesada por una flecha.

Ante el ejemplo de estas mujeres que prefirieron morir antes que entregar la Sagrada Escritura y, ante el ejemplo de los monjes que pasaron su vida más tarde en copiar e iluminar los Evangelios, se impone un examen del aprecio en que tenemos la Palabra de Dios. Irene y sus hermanas se angustiaban de no poder leer la Sagrada Escritura día y noche. Muchos de nosotros no la leemos cada día, a pesar de que tenemos la oportunidad de hacerlo. La historia de Agape, Quionia e Irene es una lección saludable.

Pío Franchi de Cavalieri descubrió y publicó en 1902 las actas de estas mártires en *Studi e Testi*, pte. IX. Todos los autores admiten que dicho documento se basa en las actas oficiales verídicas, pero la traducción latina publicada por Ruinart en *Acta Martyrum Sincera* no es del todo satisfactoria. Véase la traducción directa del griego en A. J. Mason, *Historic Martyrs of the Primitive Church* (1905), pp. 341-346. El martirologio o *Breviarium* sirio, que data de principios del siglo V, menciona a Quionia y Agape el 2 de abril. Probablemente la omisión del nombre de Irene se debe a que fue juzgada y martirizada más tarde. Nada sabemos sobre la suerte que corrieron sus otros cuatro compañeros. Ver *Acta Sanctorum*, nov., vol. II, pars posterior (1932), pp. 169-170; y Delehaye, *Les Passions des Martyrs...*, pp. 141-143.

SANTA BURGUNDOFORA o FARA, VIRGEN (657 P.C.)

UNO DE los cortesanos más famosos del rey Teodoberto II fue el conde Agnerico,

tres de cuyos hijos estaban destinados a llegar a los altares. Eran éstos San Cagnoaldo de Laon, San Faro de Meaux y Santa Burgundófora, conocida en Francia con el nombre de Fara. San Columbano había bendecido a Burgundófora cuando era niña, una vez que fue huésped de Agnerico. Burgundófora decidió abrazar la vida religiosa, a pesar de la terrible oposición de su padre, quien quería casarla. Esta oposición hizo sufrir tanto a la joven, que perdió la salud, pero San Eustacio la curó de su prolongada enfermedad. Aunque el conde no se dio por vencido, Burgundófora consiguió finalmente ingresar en el convento. Al cabo de algún tiempo, los sentimientos del conde se transformaron de tal modo, que construyó un convento para su hija y lo dotó generosamente. A pesar de su juventud, Santa Burgundófora fue nombrada abadesa del nuevo convento, según la costumbre de la época, y lo gobernó hábil y santamente durante treinta y siete años. El convento, que abrazó la regla de San Columbano, se llamaba Evoriaco; pero después de la muerte de la santa tomó su nombre y con el tiempo llegó a ser la célebre abadía benedictina de Faremoutiers.

Existen bastantes documentos primitivos sobre la vida de Santa Burgundófora; el principal de ellos es la narración de las maravillas obradas en Faremoutiers, escrita por el abad Jonás de Bobio. Puede leerse en *Acta Sanctorum O.S.B.* de Mabillon. También lo publicó más recientemente B. Krusch, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. IV. Beda menciona a Santa Burgundófora en su *Historia Eclesiástica*, vol. III, c. 8. Probablemente este pasaje del gran escritor inglés y la confusión entre "Eboracum" (York) y "Evoriacum" dieron pie a la fantástica afirmación de las antiguas ediciones del Martirologio Romano de que la santa había muerto en Inglaterra. Ver la admirable biografía de H. M. Delsart, *Sainte Fare, sa vie et son culte.*

SAN NICETAS, ABAD (824 P.C.)

LOS PADRES de San Nicetas residían en Cesarea de Bitinia. La madre del santo murió cuando éste tenía apenas unas cuantas semanas de nacido y su padre se retiró al convento unos días después. El niño creció en la austeridad monástica. Tan buena educación produjo excelentes frutos, pues Nicetas ingresó muy joven al monasterio de Medikión, en el Monte Olimpo, en Asia Menor. Dicho monasterio había sido fundado poco antes por un eminente abad llamado Nicéforo, quien fue más tarde venerado como santo. El año 790, Nicetas recibió las sagradas órdenes de manos de San Tarasio. Primero fue coadjutor de Nicéforo y después le sucedió en el cargo. El emperador iconoclasta, Leo el Armenio, arrancó a Nicetas y a otros abades de la paz de sus monasterios, convocándolos a Constantinopla para que manifestasen su adhesión al usurpador de la sede patriarcal de San Nicéforo. Como Nicetas se negase a obedecer, fue enviado a una fortaleza de Anatolia; ahí le encerraron en una prisión sin techo, en la que tenía que dormir expuesto a la nieve y a la lluvia. Trasladado de nuevo a Constantinopla, se dejó persuadir, junto con los otros abades, por los engaños del emperador; todos recibieron la comunión del pseudopatriarca y volvieron a sus monasterios.

Pero Nicetas reconoció pronto su error. Aunque se había embarcado ya con rumbo a la isla de Proconeso, su conciencia le obligó a volver a Constantinopla, donde se retractó de la adhesión que había prestado al usurpador de la sede patriarcal y protestó que no abandonaría jamás la tradición de los Padres sobre el culto de las sagradas imágenes. En 813, fue desterrado a una isla, donde estuvo encarcelado seis años en un oscuro calabozo. Todo su alimento

consistía en el pan viejo que le introducían por un agujero y en un poco de agua corrompida. Cuando el emperador, Miguel el Tartamudo, subió al trono, puso en libertad a Nicetas y a otros muchos prisioneros. El santo volvió a las cercanías de Constantinopla, donde se retiró a una ermita, en la que murió apaciblemente.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, donde se halla el original griego y una traducción de una biografía de San Nicetas, escrita, según parece, poco después de su muerte por uno de sus discípulos llamado Teosterícto. Mai *Nova Patrum Bibliotheca*, vol. VIII, cartas 176, 195, 196, publicó lo sustancial de tres cartas de Teodoro el Estudita a San Nicetas. Ver también C. Van de Vorst, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI, pp. 149-155, y vol. XXXII, pp. 44-45.

SAN RICARDO DE WYCHE, Obispo de Chichester (1253 p.c.)

Ricardo de Wyche, o Ricardo de Burford, como se le llama algunas veces, nació hacia 1197, en Wyche (actualmente Droitwich), ciudad famosa entonces por sus fuentes de agua salada. Su padre era un modesto caballero que poseía algunas tierras; pero tanto el padre como la madre de San Ricardo murieron cuando sus hijos eran todavía pequeños, y las posesiones perdieron todo su valor por el descuido del hombre a quien se confiaron. Ricardo era el menor de los hijos. Aunque era muy dado al estudio desde niño, tenía un temperamento más vivo que su hermano; cuando se dio cuenta del estado en que se hallaban sus tierras, tomó el arado y se puso a trabajar como simple campesino hasta que, con su industriosidad y buena administración, logró rehacer la fortuna de la familia. En un arranque de gratitud, Roberto su hermano le cedió los títulos de las posesiones; pero cuando Ricardo descubrió que quería casarlo con una rica heredera, le devolvió los títulos, le cedió a la joven y partió, casi sin un centavo, a la Universidad de Oxford. La pobreza no era una vergüenza ni un obstáculo en las universidades medievales; más tarde, Ricardo consideraba sus años de Oxford como los más felices de su vida. Poco le importaba haber pasado hambres y haber sido tan pobre, que no podía permitirse el lujo de comprar leña y tenía que correr, durante el invierno, para calentarse. Y no se avergonzaba del hecho de que él y los compañeros que compartían su habitación no tuviesen más que una túnica, que vestían por turno para asistir a las clases. Lo importante era aprender y en aquella época, la Universidad de Oxford tenía maestros muy famosos; Grossatesta era profesor en la casa de estudios de los franciscanos. Por otra parte, los dominicos llegaron a Oxford en 1221 e inmediatamente atrajeron a los más brillantes talentos. No sabemos cómo se las arregló Ricardo, que era un simple estudiante, para entrar en contacto con el gran canciller de la Universidad, Edmundo Rich; pero no hay razones para dudar de que entonces empezó la amistad que habría de unirles toda la vida.

Ricardo pasó de Oxford a París, pero volvió a su "alma mater" para recibir el título de Maestro. Algunos años más tarde, fue a Bolonia a estudiar derecho canónico en la que pasaba entonces por ser la principal escuela de derecho de Europa. Ahí permaneció siete años, obtuvo el grado de doctor y se ganó la estima de todos; pero cuando uno de sus profesores trató de hacerle su heredero, casándole con su hija, Ricardo, que se sentía llamado al celibato, renunció cortésmente y volvió a Oxford. La Universidad había seguido su carrera con interés. Casi inmediatamente fue nombrado canciller de la Universidad, y poco después,

San Edmundo Rich, que era ya arzobispo de Canterbury, junto con Grossatesta, que era obispo de Lincoln, le convidaron a trabajar con ellos. Ricardo aceptó la invitación de San Edmundo y se convirtió en confidente y brazo derecho suyo, ayudándole cuanto podía en su difícil cargo. El dominico Ralph Bocking, más tarde confesor y biógrafo de San Ricardo, escribe: "El uno descansaba en el otro: el santo en el santo, el maestro en el discípulo y el discípulo en el maestro, el padre en el hijo y el hijo en el padre."

San Edmundo necesitaba mucho la ayuda y el cariño de su canciller para hacer frente a las dificultades. La principal de ellas era la reprensible e inveterada costumbre de Enrique III de mantener vacantes los beneficios eclesiásticos para gozar de las rentas, o nombrar para ellos a sus favoritos. El arzobispo hizo cuanto pudo para corregir ese estado de cosas, sin lograr nada; al fin se retiró, ya viejo y enfermo, al monasterio cisterciense de Pontigny, a donde le acompañó Ricardo y le asistió hasta su muerte. Después, como no se sintiese llamado a permanecer en el monasterio, pasó a la casa de estudios de los dominicos de Orléans, donde ejerció el cargo de maestro durante dos años y recibió la ordenación sacerdotal, en 1243. Aunque tenía intenciones de entrar en la Orden de Santo Domingo, volvió a Inglaterra, no sabemos por qué, a trabajar en una parroquia de Deal. Muy probablemente, San Edmundo, siendo arzobispo, le había concedido las rentas de ese beneficio. Pero un hombre de los méritos y cualidades de San Ricardo, no podía pasar inadvertido mucho tiempo y el nuevo arzobispo de Canterbury le llamó a seguir ejerciendo su antiguo cargo de canciller de la arquidiócesis.

En 1244, murió el obispo de Chichester, Ralph Neville. Haciendo presión sobre los canónigos, Enrique III consiguió que eligiesen a Roberto Passelewe, hombre sin cualidades, quien, según Mateo Paris, "había obtenido el favor regio mediante una transacción injusta que había añadido algunos miles de marcos al tesoro real." El arzobispo de Canterbury, Bonifacio de Saboya, se negó a confirmar la elección y reunió a sus sufragáneos en capítulo, el cual declaró inválida la elección y escogió a Ricardo, que era el candidato del primado, para ocupar la sede. El rey montó en cólera al oír la noticia; retuvo todos los beneficios de la diócesis y prohibió que se admitiese a San Ricardo en cualquier baronato o posesión secular de su diócesis. En vano intentó el obispo entrevistarse con el monarca en dos ocasiones: no logró obtener ni la confirmación de su elección, ni la devolución de los beneficios a los que tenía derecho. Finalmente, el obispo y el rey presentaron el caso al Papa Inocencio IV, que estaba entonces en Lyon, presidiendo el Concilio. El Papa resolvió en favor de San Ricardo y le consagró el 5 de marzo de 1245. Al llegar a Inglaterra, San Ricardo se encontró con la noticia de que el rey, lejos de renunciar a las rentas de los beneficios, había dado la orden de que nadie le prestase dinero ni le ofreciese albergue. El obispo encontró las puertas del palacio de Chichester cerradas. Los que hubiesen podido ayudarle temían la ira del rey. El santo habría tenido que errar por su diócesis como un vagabundo, a no ser por un buen sacerdote, llamado Simón de Tarring, que le ofreció su casa. San Ricardo, según la expresión de Bocking, "se albergó en aquella hospitalaria casa, compartiendo la comida con un extraño y calentando sus pies al calor de un hogar ajeno".

Teniendo esa modesta casa por residencia, San Ricardo trabajó dos años como obispo misionero. Visitaba a los pescadores y campesinos, viajaba casi siempre a pie y aun así logró reunir varios sínodos a pesar de las dificultades, se-

gún consta por las "Constituciones de San Ricardo", colección de las leyes eclesiásticas que el santo dictó para acabar con los abusos de la época. Finalmente, amenazado por el Papa con la excomunión, Enrique III reconoció al obispo y le devolvió los beneficios, aunque nunca le pagó las rentas atrasadas. Con ello cambió totalmente la posición de San Ricardo, quien, una vez entronizado, pudo ofrecer la generosa hospitalidad y dar las espléndidas limosnas acostumbradas por los prelados medievales. Pero lo que no cambió fue la austeridad personal del santo; en tanto que sus huéspedes comían ricamente, el obispo observaba su modesta dieta, de la que estaban excluidos el pescado y la carne. Cuando veía que sus criados llevaban a la cocina los pollos y los corderos, decía con cierta tristeza no exenta de humor: "¡Pobres criaturas. Si pudiérais razonar y hablar, cómo nos maldeciríais porque os condenamos a muerte, sin que lo hayáis merecido!" Los vestidos del santo obispo eran lo más sencillos posible, en vez de pieles finas usaba lana y en el interior, llevaba una camisa de pelo y una especie de coraza de acero.

Durante los ocho años que duró su gobierno, se ganó el afecto de su pueblo; pero, aunque era muy paternal, se mostraba muy severo con la avaricia, la herejía y la inmoralidad del clero. Ni siquiera la intercesión del arzobispo y del rey lograron que suavizara el castigo que había impuesto a un sacerdote que había cometido un pecado contra la castidad. Tenía tal horror al nepotismo, que jamás dio la preferencia a sus conocidos, alegando el ejemplo del Divino Pastor que no dio las llaves del cielo a su primo San Juan, sino a San Pedro. Cuando el mayordomo de su casa anunció al obispo que sus limosnas eran más grandes que sus rentas, éste le dio la orden de vender las vajillas de oro y de plata. "También puedes vender mi caballo, agregó; como es robusto, te darán un buen precio; tráeme el dinero para darlo a los pobres." San Ricardo tenía la más baja opinión de sí mismo y de sus propias fuerzas alguien ha hecho notar que casi todos los numerosos milagros que obró, los hizo a petición de otros.

A las abrumadoras cargas de su oficio, el Papa añadió la de que predicara una Cruzada contra los sarracenos. Precisamente cuando San Ricardo volvió a Dover, después de una intensa campaña de predicación en la costa, le sobrecogió su última enfermedad. Murió en una casa para sacerdotes pobres y peregrinos, llamada la "Maison Dieu", acompañado por Ralph Bocking, Simón de Tarring y otros fieles amigos. Tenía entonces cincuenta y cinco años de edad. Fue canonizado nueve años después. No se conserva en Chichester ningún vestigio de sus reliquias ni de su tumba. Las diócesis de Westminster, Birmingham y Southwark celebran la fiesta de San Ricardo.

En *Acta Sanctorum* se hallan dos vidas de San Ricardo: la de Ralph Bocking y otra, tomada de la *Nova Legenda Angliae* de Capgrave. Según parece, esta última es la copia de una biografía escrita antes de la canonización. Hay un excelente artículo sobre San Ricardo en *Lives of the English Saints* de J. H. Newman; unos atribuyen ese artículo al P. Dalgairns y otros a R. Ornsby. La más completa de las biografías modernas es la de M. R. Capes, *Richard of Wyche* (1913). Se encontrarán otras referencias bibliográficas en DNB y en el *Dictionary of English Church History.*

BEATO GANDULFO DE BINASCO (1260 P.C.)

LOS SICILIANOS tienen gran devoción al Beato Gandulfo de Binasco. Era un franciscano, originario de Binasco, cerca de Milán, que vivió y murió en Sicilia.

Había ingresado en la Orden Seráfica cuando San Francisco vivía aún, y llevó una vida de gran abnegación. Temiendo que las alabanzas le hiciesen caer en la tentación de vanagloria, el beato decidió retirarse a la soledad; así pues, en compañía del hermano Pascual, partió del convento de Palermo, al sitio que había escogido para retirarse. De vez en cuando, dejaba por algún tiempo la soledad para ir a evangelizar las regiones circundantes. Sus sermones y milagros le ganaron gran fama. En cierta ocasión en que se hallaba predicando en Polizzi, el alboroto de los gorriones impedía que el auditorio oyese lo que decía; el beato Gandulfo pidió a los gorriones que se callasen y, según cuenta la tradición, éstos guardaron silencio hasta el fin del sermón. En esa ocasión, Gandulfo anunció al pueblo que era la última vez que predicaba. Su predicción se cumplió, pues a su vuelta al hospital de San Nicolás, donde se alojaba, fue presa de una grave fiebre y murió el Sábado Santo de 1260.

Los que asistieron al entierro del beato en la iglesia declararon que una parvada de golondrinas que invadió el recinto, se había dividido en dos grupos y cada uno cantó el "Te Deum", en coro alternado.

Ver *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. v; Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. III, pp. 201-205, y Mazara, *Leggendario Francescano* (1679), vol. II, pp. 472-476.

BEATO JUAN DE PEÑA (1271 P.C.)

ESTE PIADOSO minorita nació en Peña, de la Marca de Ancona. Movido por la predicación de uno de los primeros discípulos de San Francisco, pidió ser admitido en la orden y tomó el hábito en el convento de Recanati. Más tarde pasó de Italia a la Provenza francesa. En Francia trabajó veinticinco años, fundó varios conventos de su orden y se ganó los corazones con su vida ejemplar y su bondad. Al regresar a Italia se entregó a la oración en la soledad. En sus últimos años soportó, con perfecta resignación, el sentimiento de aridez en la oración y una dolorosa enfermedad. Dios le premió, en el lecho de muerte, con grandes consuelos espirituales y con la certeza de que ya había pasado su purgatorio en la tierra. Pocos instantes antes de morir, una luz celestial invadió la celda del beato, quien entregó el alma a Dios con las manos levantadas hacia el cielo y una acción de gracias en los labios. Su culto fue aprobado por Pío VII.

La vida del Beato Juan de Peña ocupa un largo capítulo (45) de las *Florecillas*. Ver también Léon, *Auréole Séraphique*, vol. III, pp. 276-278, y Mazara, *Leggendario Francescano* (1679), vol. I, pp. 474-476.

4: SAN ISIDORO, OBISPO DE SEVILLA, DOCTOR DE LA IGLESIA (636 P.C.)

SAN BRAULIO, discípulo y amigo de San Isidoro, decía que Dios parecía haberle destinado a oponer un dique a la barbarie y ferocidad de los ejércitos godos en España. El padre de Isidoro, que se llamaba Severiano, había nacido en Cartagena, probablemente de una familia romana, pero estaba emparentado con los reyes visigodos. Dos de los hermanos de San Isidoro, Leandro,

que era mucho mayor que él, y Fulgencio, llegaron también a ser obispos y santos. Santa Florentina, su hermana, fue abadesa de varios conventos. La educación de Isidoro se confió a Leandro, quien parece haber sido bastante severo. Según la leyenda, Isidoro, siendo niño, huyó de la casa para escapar a la severidad de su hermano y a las lecciones, que encontraba demasiado difíciles; aunque Isidoro volvió espontáneamente al hogar lleno de buenos propósitos, Leandro le encerró en una celda para impedir que se fugase de nuevo. Tal vez le envió a un monasterio a continuar su educación.

Cualquiera que haya sido el sistema empleado por Leandro, los resultados fueron excelentes, ya que Isidoro llegó a ser uno de los hombres más sabios de su época y, cosa muy notable en aquellos tiempos, un hombre muy interesado en la educación. Aunque es casi seguro que nunca fue monje, profesaba gran amor a las órdenes religiosas; los monjes le rogaron que compusiese el código de reglas que lleva su nombre y que se generalizó en toda España. En dicho código insiste San Isidoro en que no debe haber en los monasterios ninguna distinción entre hombres libres y siervos, porque todos son iguales ante Dios. Muy probablemente, San Isidoro ayudó a San Leandro en el gobierno de la diócesis de Sevilla y le sucedió en ella después de su muerte. Durante su episcopado, que duró treinta y siete años, bajo seis reyes, completó la obra comenzada por San Leandro de convertir a los visigodos del arrianismo al catolicismo. También continuó la costumbre de su hermano de arreglar las cuestiones de disciplina eclesiástica en los sínodos, cuya organización se debió en gran parte a San Leandro y a San Isidoro. Modelo de gobierno representativo, dichos sínodos han sido estudiados con admiración por quienes se interesan en el moderno sistema parlamentario.

San Isidoro presidió el segundo Concilio de Sevilla en 619, y el cuarto Concilio de Toledo, en 633; en este último, sus excepcionales méritos como principal maestro de España le valieron la precedencia sobre el arzobispo de Toledo. Muchos de los decretos del Concilio fueron obra de San Isidoro, en particular el decreto de que se estableciese en todas las diócesis un seminario o escuela catedralicia. El sistema educativo del anciano prelado era extraordinariamente abierto y progresista; lejos de imitar servilmente el sistema clásico, propuso un sistema que abarcaba todas las ramas del saber humano, así las artes, la medicina y las leyes, como el hebreo y el griego; por lo demás, en España se estudiaba a Aristóteles mucho antes de que los árabes le pusiesen de moda.

Según parece, San Isidoro previó que la unidad religiosa y un sistema educativo suficientemente amplio eran capaces de unificar los elementos heterogéneos que amenazaban desintegrar a España. Gracias a él, en gran parte, España se convirtió en un centro de cultura, en tanto que el resto de Europa se hundía en la barbarie. La principal contribución de San Isidoro a la cultura fue la compilación de una especie de enciclopedia, llamada "Etimologías" u "Orígenes", que sintetizaba toda la ciencia de la época. Se ha llamado a San Isidoro "el Maestro de la Edad Media"; su obra fue uno de los textos clásicos hasta mediados del siglo XVI. El santo fue un escritor muy fecundo: entre sus primeras obras, se contaban un diccionario de sinónimos, un tratado de astronomía y geografía física, un resumen de la historia del mundo desde la creación, una biografía de los hombres ilustres, un libro sobre los valores del Antiguo y del Nuevo Testamento, un código de reglas monacales, varios tratados teológicos y eclesiásticos y la historia de los godos, de los vándalos y de los suevos. De todas

estas obras, la más valiosa en nuestros días es, sin duda, la historia de los godos, ya que constituye nuestra única fuente de información sobre un período de la época visigótica. Otro de los grandes servicios que San Isidoro prestó a la Iglesia española fue el de completar el misal y el breviario mozárabes, que San Leandro había empezado a adaptar de la antigua liturgia española para uso de los godos.

A pesar de que vivió casi hasta los ochenta años, San Isidoro no abandonó nunca la práctica de la austeridad, no obstante que su salud se había debilitado mucho. En los últimos seis meses de su vida aumentó de tal modo sus limosnas, que los pobres invadían su casa, de la mañana a la noche. Cuando comprendió el santo que se acercaba su fin, invitó a dos obispos a que fuesen a verle. En su compañía se dirigió a la iglesia, donde uno le cubrió con una burda manta y el otro le echó ceniza sobre la cabeza. Así, vestido de penitente, San Isidoro antó los brazos hacia el cielo y pidió en voz alta perdón por sus pecados; en seguida recibió el viático, se encomendó a las oraciones de los presentes, perdonó a sus enemigos, exhortó al pueblo a la caridad y distribuyó entre los pobres el resto de sus posesiones. Después volvió a su casa y murió apaciblemente, al poco tiempo.

La Iglesia le declaró Doctor universal en 1722. Su nombre aparece en el canon de la misa de rito mazárabe que se celebra todavía en Toledo. El Venerable Beda comenzó a escribir, poco antes de morir, un comentario de las obras de San Isidoro.

Los materiales biográficos primitivos sobre San Isidoro no son muy satisfactorios. Existe un relato de su muerte, escrito por Redempto y un panegírico de su discípulo Braulio; pero la biografía que se atribuye a Lucas, obispo de Tuy, es muy pobre y carece de valor histórico, ya que fue escrita varios siglos después de la muerte del santo. Puede leerse en *Acta Sanctorum*, abril, vol. I. En DTC., vol. III, cc. 98-111 se encontrará una bibliografía completa, así como muchos otros detalles sobre la vida del santo. Cf. P. Séjourné, *St. Isidore de Séville* (1929). En 1936, se publicó en Roma una *Miscellanea Isidoriana* en varios idiomas.

SANTOS AGATOPO y TEODULO, MÁRTIRES (303 P.C.)

EL BREVIARIO sirio da testimonio del culto de estos mártires antes del año 411. El *Hieronymianum* menciona a los dos santos, en tanto que el calendario de Nápoles sólo habla de San Teódulo. El Martirologio Romano dice lo siguiente: "En Tesalónica, la conmemoración de los santos mártires Agatopo, diácono y Teódulo, lector, los cuales, bajo el emperador Maximiano y el gobernador Faustino, fueron arrojados al mar con piedras atadas al cuello por haber confesado la fe." Entre los manuscritos griegos de la Biblioteca Vaticana se conservan las "actas" de estos mártires. En realidad, se trata de un documento poco fidedigno, con unos cuantos detalles históricos: el gobernador Fausto trató repetidas veces de hacer abjurar a los mártires, exigió que entregasen las Sagradas Escrituras y los sometió a crueles tormentos; los cuerpos de los mártires, según las "actas", fueron milagrosamente recuperados del mar.

En *Acta Sanctorum* se halla ese documento griego con una traducción latina (abril, vol. I). Los sinaxarios resumen las *actas*. Ver también *Acta Sanctorum*, pars posterior (1932), nov., vol. II, pp. 173-174.

SAN PLATON, Abad (814 p.c.)

Los padres del santo murieron en Constantinopla cuando éste tenía trece años. Uno de sus tíos, que era tesorero imperial, se encargó de su educación y le formó para que fuese su colaborador; pero a los veinticuatro años de edad, Platón abandonó el mundo y abrazó la vida religiosa. Vendió sus posesiones, dividió el producto entre su hermana y los pobres e ingresó en el monasterio Simboleon del Monte Olimpo, en Bitinia. Después de dar muestras de perfecta virtud en el desempeño de los oficios más humildes y en la paciencia con que sobrellevó las reprensiones por faltas que no había cometido, sus superiores le dedicaron a copiar libros y extractos de las obras de los Santos Padres.

A la muerte del abad Teoctisto, en 770, fue elegido para sucederle, a pesar de que no tenía más que treinta y seis años. Era una época de tribulación y peligro para los monjes ortodoxos; sin embargo, el monasterio de San Platón se salvó de la persecución del emperador iconoclasta, Constantino Coprónimo, gracias a lo escondido de su posición. En 775, San Platón visitó Constantinopla, donde fue recibido con grandes honores; se le ofreció el gobierno de otro monasterio y el de la sede de Nicomedia, pero el santo no aceptó y ni siquiera quiso ser ordenado sacerdote. Sin embargo, más tarde abandonó el monasterio de Simboleon para ir a gobernar el de Sakkudión, que habían fundado cerca de Constantinopla los hijos de su hermana Teoctista. Después de desempeñar ese cargo durante doce años, lo cedió a su sobrino San Teodoro el Estudita.

Esto aconteció por la época en que el emperador Constantino Porfirogénito se divorció de su esposa María para casarse con Teódota. San Platón y San Teodoro encabezaron el movimiento monástico que excomulgó prácticamente al monarca. A resultas de ello, San Platón fue encarcelado y desterrado. Cuando recobró la libertad, los monjes de Sakkudión habían tenido que ir a refugiarse en el monasterio de Studios, huyendo de los sarracenos. Allá fue a reunirse con ellos San Platón, quien se puso bajo las órdenes de su sobrino Teodoro. Vivía en una celda alejada de las demás y pasaba el tiempo en la oración y el trabajo manual; pero siguió oponiéndose a los excesos del emperador y tuvo que sufrir mucho por ello. Aunque era ya muy anciano y estaba enfermo, el emperador Nicéforo le desterró a las islas del Bósforo. Durante cuatro años soportó con ejemplar paciencia que le trasladasen constantemente de una isla a otra. Finalmente, en 811, el emperador Miguel I le puso en libertad. San Platón fue recibido en Constantinopla con muestras de gran respeto. El resto de su vida lo pasó postrado en cama. Fue a visitarle a su retiro el patriarca San Nicéforo, a cuya elección se había opuesto antes, para encomendarse a sus oraciones. San Platón murió el 4 de abril del año 814; San Teodoro pronunció su oración fúnebre.

Los únicos datos biográficos que poseemos provienen del panegírico de San Teodoro el Estudita, traducido al latín en *Acta Sanctorum*, abril, vol. I. Pero se encuentran también informaciones sueltas en otros documentos de la época. Se ha discutido mucho, por lo menos indirectamente, el papel que jugó San Platón en los disturbios religiosos de ese período; ver, por ejemplo, C. Van de Vorst, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXII (1913), pp. 27-62 y 439-447; y J. Pargoire, en *Byzantinische Zeitschrift*, vol. VIII (1899), pp. 98-101. Ver también los artículos de Pargoire en *Echos d'Orient*, vol. II (1899), pp. 253 ss, y vol. IV (1901), pp. 164 ss.

SAN BENITO EL NEGRO (1589 P.C.)

BENITO nació en un pueblecito de los alrededores de Messina de Sicilia. Sus padres, que eran buenos cristianos, habían nacido en Africa y eran esclavos de un rico propietario. Habían adoptado el apellido de su amo (Manasseri), según la costumbre de la época. El amo de Cristóbal, como se llamaba el padre del santo, le nombró mayordomo de su casa y le había prometido la libertad de Benito, su hijo mayor. Benito era tan amable y piadoso, que a los diez años ya le llamaban las gentes "il moro santo" (el negro santo) apodo que conservó toda su vida. Cuando tenía alrededor de veintiún años, uno de sus vecinos le insultó groseramente, aludiendo al color de su piel y a la esclavitud de sus padres. Precisamente en ese momento, pasaba por ahí un joven llamado Lanzi, que se había retirado a una ermita con algunos compañeros para imitar a San Francisco de Asís. Impresionado por la mansedumbre de las respuestas de Benito, dijo a los presentes: "Ahora os burláis de este pobre negro; pero yo os digo que dentro de poco oiréis grandes cosas de él." Poco después, Benito vendió sus escasas posesiones y fue a reunirse con los ermitaños.

En los años siguientes, los ermitaños cambiaron varias veces de residencia; al fin se establecieron en Montepellegrino, cerca de Palermo, donde antes había habitado Santa Rosalía. A la muerte de Lanzi, la comunidad eligió superior a Benito, a pesar de la resistencia que éste opuso. Cuando Benito tenía más o menos treinta y ocho años, Pío IV ordenó a los ermitaños que se dispersasen o se fundiesen con alguna de las órdenes religiosas ya existentes. Benito entró como hermano lego en el convento franciscano de Santa María, cerca de Palermo. Primero desempeñó el cargo de cocinero, que cuadraba bien con su gusto por la vida retirada y le ofrecía numerosas ocasiones de mostrarse servicial. Pero su extraordinaria santidad no podía pasar inadvertida; su rostro se iluminaba en la capilla con un fulgor sobrenatural y la comida parecía multiplicarse en sus manos.

En 1578, en el capítulo de Palermo, los Frailes Menores de la Observancia decidieron transformar el convento de Santa María en monasterio reformado. Hacía falta confiar esa misión a un superior excepcionalmente prudente. La elección del capítulo recayó sobre Benito, aunque era simple hermano lego y no sabía leer ni escribir. Benito trató de renunciar, pero sus superiores le impusieron el cargo por obediencia. Los hechos dieron razón a los electores. Benito fue un superior ideal, muy equilibrado y de un tacto tan grande, que sus amonestaciones no herían a nadie y producían siempre el efecto apetecido. Pronto se divulgó por Sicilia la fama de su santidad y milagros; cuando Benito fue al capítulo provincial de Girgenti, el clero y el pueblo salieron a recibirle y las mujeres y los niños se disputaban el honor de besarle la mano y de arrancarle los hilos del hábito para guardarlos como reliquias.

Cuando dejó de ser superior, Benito fue nombrado vicario del convento y maestro de novicios. También en este último cargo se distinguió mucho. Parecía poseer una ciencia infusa para explicar la Sagrada Escritura, en forma que edificaba por igual a los sacerdotes y a los novicios y, sus profundas intuiciones sobre las verdades teológicas admiraron más de una vez a los sabios. Su don de leer el pensamiento y su extraordinaria bondad hicieron de él un excelente maestro de novicios. Sin embargo, el santo se alegró cuando sus superiores le relevaron del cargo y le mandaron de nuevo a la cocina, aunque natu-

ralmente ya no podía pasar ahí tan inadvertido como en los primeros años. Los visitantes de todas las clases sociales acudían continuamente: los pobres en busca de limosna, los enfermos en busca de curación y las personas distinguidas en busca de consejo. San Benito no se negaba a nadie, pero detestaba las muestras de respeto. Cuando tenía que salir del convento, procuraba hacerlo por la noche y se cubría el rostro con la capucha para que no le reconocieran. Toda su vida siguió practicando las austeridades de los ermitaños. Sin embargo, por lo que se refiere al ayuno, acostumbraba decir que la mejor forma de mortificación no consistía en privarse de la comida, sino en dejar de comer antes de haber satisfecho del todo el hambre; decía también que era bueno probar la comida que se recibía como limosna para demostrar el agradecimiento a los bienhechores y darles gusto.

San Benito murió en 1589, a los sesenta y tres años de edad, después de una breve enfermedad. Es el patrono de los negros de los Estados Unidos y el protector de la ciudad de Palermo. Fue canonizado en 1807.

Ver a Juan de Capistrano, *Vita di San Benedetto di San Fradello* (1808), y la biografía escrita por el P. B. Nicolosi (1907); igualmente Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 14-31.

BEATO PEDRO, OBISPO DE POITIERS (1115 P.C.)

EL CULTO del Beato Pedro no ha recibido nunca la aprobación oficial de la Iglesia. Sin embargo, la diócesis de Poitiers celebra su fiesta por la santidad de su vida y el ejemplo de rectitud y buenas costumbres que dio. Felipe I de Francia había repudiado a su esposa Berta para casarse con Bertrada de Montfort. El Beato Pedro, junto con San Ivo de Chartres y San Bernardo de Tiron, convocó a un sínodo para discutir el asunto. Cuando la asamblea se hallaba reunida, Guillermo el Trovador, conde de Poitou, irrumpió en la sala con sus soldados para intimidarles; a pesar de ello, la asamblea acusó de adulterio al rey y le excomulgó.

Roberto de Arbrissel se estableció en la diócesis del Beato Pedro y, gracias a la ayuda que éste le prestó, pudo fundar la famosa abadía de Fontevrault. El mismo beato fue a Roma en 1106 para conseguir la aprobación de la abadía, la cual le considera como uno de sus fundadores.

Pedro no cesó nunca de oponerse a los vicios de los nobles, especialmente a las atrocidades de Guillermo de Poitou. En cierta ocasión, éste le amenazó con la espada en la mano. "Descarga el golpe", le dijo tranquilamente el obispo. El conde no se atrevió a hacerlo, pero desterró al beato al castillo de Chauvigny. Ahí murió Pedro dos años más tarde.

No existe ninguna biografía primitiva del obispo de Poitiers, pero se encuentran algunos datos sobre él en las crónicas de la época y en la "Vida de Roberto de Arbrissel". En *Gesta Regum* (párrafo 439), Guillermo de Malmesbury llama a Pedro "hombre de santidad eminente" y cita una poema muy laudatorio en su honor. Ver también Auber, *Vies des Saints de l'Eglise de Poitiers* (1858).

5: SAN VICENTE FERRER (1419 P.C.)

SAN VICENTE descendía de un inglés o escocés radicado en España. Nació en Valencia, probablemente en 1350. Inspirados por las profecías que se les habían hecho sobre la futura grandeza de Vicente, sus padres le inculcaron un gran amor por Cristo y la Virgen María y una gran caridad por los pobres. Para ello le constituyeron en administrador de las generosas limosnas que hacían. De sus padres aprendió también Vicente la práctica del ayuno riguroso de los miércoles y sábados, que conservó toda su vida. El santo era de inteligencia muy precoz. En 1367, tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de Valencia y, antes de cumplir los veintiún años, fue nombrado profesor de filosofía en Lérida, que era entonces la más famosa de las universidades de Cataluña. Durante su profesorado, publicó dos tratados de gran mérito. Más tarde, sus superiores le destinaron a predicar en Barcelona, aunque no era más que diácono. La ciudad atravesaba entonces por un período de hambre; los navíos que traían el grano no habían llegado aún y el pueblo estaba desesperado. San Vicente predicó un sermón al aire libre, en el que predijo que los navíos llegarían antes de la caída de la noche. Su superior le reprendió severamente por hacer profecías, pero los navíos llegaron, como él lo había predicho y el pueblo se precipitó jubilosamente al convento para aclamar al profeta. Al ver esto, sus superiores juzgaron prudente trasladar a Vicente a Tolosa, donde permaneció un año. Después volvió a Valencia, donde sus clases y sermones tuvieron un éxito extraordinario. Sin embargo, su estancia en Valencia fue también un período de prueba: por una parte, el demonio le asaltó con violentas tentaciones; por otra, como era extraordinariamente bien parecido, varias mujeres se enamoraron de él y acabaron por calumniarle, ya que no habían conseguido hacerle caer. Todo ello curtió al santo para la dura vida que le esperaba y le preparó para la ordenación sacerdotal. Pronto se convirtió en un predicador de gran fama; su elocuencia impulsó a la penitencia y al fervor a numerosos católicos negligentes y atrajo a la fe a muchos judíos; entre éstos se contaba el rabino Pablo de Burgos, quien murió en 1435 siendo obispo de Cartagena.

Era la época del gran cisma de occidente. Un Papa reinaba en Roma y otro en Aviñón, y aun los hombres más santos de la época se hallaban divididos. El terrible escándalo había comenzado en 1378. A la muerte de Gregorio XI, dieciséis de los veintitrés cardenales habían elegido a toda prisa a un Papa italiano para complacer al pueblo; pero después, declararon que habían procedido movidos por el temor y eligieron, junto con los otros siete cardenales, al cardenal Roberto de Ginebra, que era francés. Roberto tomó el nombre de Clemente VII y se estableció en Aviñón, en tanto que Urbano reinaba en Roma. San Vicente fue uno de los que reconocieron al Papa Clemente y a su sucesor, Pedro de Luna o Benedicto XIII, quien convocó a los dominicos a Aviñón.*

Vicente fue acogido por Pedro de Luna con grandes muestras de honor y aun se le ofreció el gobierno de una diócesis, que él rehusó. Pero su posición era muy difícil, pues pronto cayó en la cuenta de que la obstinación de Pedro de Luna obstaculizaba todos los intentos de unificación. En vano le exhortó Vicente

* En razón de las circunstancias tan especiales de su reinado, Clemente VII y Benedicto XIII no figuran en la lista de los antipapas propiamente dichos.

a tratar de llegar a un acuerdo con el Papa de Roma. Aun cuando el sínodo de teólogos de París resolvió en contra de Pedro de Luna, éste permaneció inconmovible. San Vicente, que era consejero y confesor de Pedro de Luna, sufrió tanto por ello, que cayó enfermo; en cuanto se repuso, logró obtener el permiso de abandonar la corte pontificia para volver a su trabajo misional. Su primer objetivo no era, sin embargo, huir de la corte pontificia, sino obedecer a un llamamiento de Dios, ya que, según se cuenta, Jesucristo se le había aparecido durante su enfermedad, con Santo Domingo y San Francisco, le había ordenado que fuese a predicar la penitencia, como lo habían hecho los dos santos y le había devuelto instantáneamente la salud. San Vicente partió de Aviñón en 1399 y predicó a enormes multitudes en Carpentras, Arles, Aix y Marsella. Además de los habitantes de cada lugar, se contaban entre sus oyentes los hombres, mujeres y niños que le seguían de un sitio a otro. Al principio se trataba de una turba heterogénea, pero poco a poco, el santo los fue organizando: les dio una regla y los convirtió en valiosos colaboradores; los "Penitentes de Maese Vicente", como se los llamaba, se quedaban, por ejemplo, en la ciudad en que había tenido lugar la misión para consolidar el trabajo del santo. Es cosa digna de notarse que, en una época de costumbres tan relajadas, no parece que se hayan levantado sospechas contra ninguno de los miembros de aquella heterogénea compañía. Algunos sacerdotes formaban parte de ella y se encargaban de organizar los coros y de confesar a los peregrinos.

Entre 1401 y 1403, San Vicente predicó en el Delfinado, en Saboya y en los valles de los Alpes; después fue a Lucerna, Lausana, Tarentaise, Grénoble y Turín. Las multitudes se apiñaban para oírle, y en todas partes el santo obró extraordinarias conversiones y milagros. Los principales temas de su predicación eran el pecado, la muerte, el infierno, la eternidad y sobre todo, la proximidad del día del juicio. Hablaba con tal energía, que algunos de sus oyentes caían desmayados y los gemidos de la multitud le obligaban con frecuencia a hacer largas pausas. Sus enseñanzas penetraban a fondo y producían verdaderos frutos de conversión y enmienda de vida. Bonifacio, uno de los hermanos de San Vicente, era prior de la Gran Cartuja; el santo estuvo ahí varias veces. Los anales de la Cartuja dicen: "Dios obró maravillas por medio de estos dos hermanos. Quienes se convertían por la predicación del uno, tomaban el hábito de manos del otro."

En 1405, San Vicente estuvo en Génova; de ahí se dirigió a otro puerto para embarcarse con rumbo a Flandes. Entre otras reformas, consiguió que las damas de Liguria simplificasen sus fantásticos tocados; según uno de los biógrafos de San Vicente, "este fue el mayor de sus milagros." En los Países Bajos obró tantas maravillas, que hubo de reservar una hora diaria para la curación de los enfermos. Algunos autores suponen que visitó también Inglaterra, Escocia e Irlanda, pero no existe el menor indicio de ello. Aunque el mismo San Vicente afirma que, fuera de su lengua, no había aprendido más que el latín y un poco de hebreo, debía poseer un don de lenguas absolutamente extraordinario ya que, según autores dignos de fe, sus oyentes ya fueran franceses, alemanes, italianos, etc, entendían todo lo que decía, y su voz se oía claramente a distancias enormes. No podemos seguir a San Vicente en todo su itinerario. En realidad no se trataba de un itinerario ordenado, sino que iba de un sitio a otro según las inspiraciones divinas y las peticiones que recibía. Volvió a España en 1407.

Granada estaba entonces ocupada por los moros; San Vicente predicó en dicha ciudad, y se cuenta que 8000 moros pidieron el bautismo. En Sevilla y Córdoba tuvo que predicar al aire libre, porque no había ninguna iglesia suficientemente grande para tan enorme auditorio. El santo volvió a Valencia después de quince años de ausencia; predicó, obró muchos milagros y acabó con las discordias que dividían la ciudad.

Según una carta de los magistrados de Orihuela, los efectos de sus sermones fueron maravillosos: desaparecieron de la ciudad el juego, la blasfemia y el vicio; los enemigos se reconciliaron. En Salamanca convirtió San Vicente a muchos judíos; ahí fue donde, en un ardiente sermón al aire libre sobre su tema favorito, San Vicente declaró que él era el ángel del juicio predicho por San Juan (Apoc. XIV, 6). Como algunos de sus oyentes se mostrasen incrédulos, el santo hizo que le llevasen el cadáver de una mujer y le ordenó que diese testimonio de la veracidad de sus palabras; la mujer resucitó un momento, dio testimonio y volvió a cerrar los ojos definitivamente. Casi resulta superfluo advertir que San Vicente no pretendía ser de naturaleza angélica; sus palabras significaban que se consideraba como heraldo de Dios para anunciar la proximidad del fin del mundo.

San Vicente había sufrido siempre ante la falta de unidad que reinaba en la Iglesia, ya que, a partir de 1409, había nada menos que tres Papas, con gran escándalo de la cristiandad. Finalmente, en 1414 se reunió el Concilio de Constanza para resolver la cuestión; el Concilio depuso a Juan XXIII y pidió a los otros dos que renunciasen para poder proceder a una nueva elección. Gregorio XII se manifestó dispuesto a ello, pero Benedicto XIII se negó rotundamente. San Vicente fue a verle a Perpignan para convencerle de que abdicase, pero todos sus esfuerzos fueron vanos. El rey Fernando de Castilla y Aragón le consultó sobre el asunto, y el santo declaró que, si Benedicto XIII impedía con su conducta la unidad vital de la Iglesia, los fieles podían legítimamente negarle la obediencia. El rey aceptó el consejo de San Vicente y por fin, Pedro de Luna fue depuesto. Gersón escribió a San Vicente: "Sólo gracias a vos se ha realizado la unión."

El santo pasó los últimos tres años de su vida en Francia. Bretaña y Normandía fueron el escenario de los últimos trabajos de ese "legado ad latere de Cristo". San Vicente estaba ya tan agotado, que apenas podía moverse sin ayuda; pero su vigor y elocuencia en el púlpito eran los mismos de sus primeros años. A principios de 1419 volvió a Vannes ya moribundo, después de pronunciar una serie de sermones. Murió el Jueves de Pasión de 1419, a los setenta años de edad. La veneración del pueblo fue inmensa desde el primer momento, y San Vicente Ferrer fue canonizado en 1455.

La humildad de San Vicente fue extraordinaria, teniendo en cuenta los honores y alabanzas que se le prodigaron en todas partes. Para él, su vida no había sido más que una cadena ininterrumpida de pecados. "Mi cuerpo y mi alma son una pura llaga; todo en mí huele a corrupción por mis pecados e injusticias." Lo mismo sucede con todos los grandes santos: cuanto más cerca están de Dios, más viles se sienten.

Según H. Finke, uno de los historiadores más competentes de la época de Vicente Ferrer, no se ha escrito, hasta ahora, ninguna biografía satisfactoria del santo, que distinga lo legendario de lo histórico. Pedro Razzano, que escribió la primera biografía treinta y seis años después de la muerte de San Vicente, dio muy mal ejemplo de credu-

lidad, que han seguido la mayoría de los biógrafos posteriores. H. Fages publicó en 1904 las deposiciones de 1453 y 1454 para el proceso de canonización; en 1905 publicó otros documentos y en 1909 las obras de San Vicente; pero la biografía del mismo autor (1901) no está, ni con mucho, a la altura de las exigencias críticas de la actualidad. R. Chabas, en *Revista de Archivos*... 1902-1903, estudia otros materiales. El P. S. Hogan publicó en 1911 una corta biografía inglesa, basada en la obra de Fages. Más recientes son las biografías de R. Johannet (1930) y M. Gorce, 1924 y 1935, en la colección *Les Saints*. Sobre la obra de S. Brettle (1924), cf. *Analecta Bollandiana*, XLIV (1926), pp. 216-218. Sobre los sermones de San Vicente en 1413, cf. Finke, *Gustav Schnürer Festschrift* (1930). También habla mucho sobre San Vicente la *Histoire des Maitres Généraux O.P.* de Mortier (vol. IV). El estudio psicológico de H. Ghéon ha sido traducido al inglés.

SANTA ETELBURGA, ABADESA DE LYMINGE, MATRONA (*c.* 647 P.C.)

SANTA ETELBURGA era hija de uno de los convertidos de San Agustín, el rey Etelberto de Kent y de su esposa Berta. Etelburga, llamada también Tata, se casó con el rey Edwino de Nortumbría, que era pagano. Uno de los compañeros de San Agustín partió con ella como capellán. Edwino se inclinaba a abrazar el cristianismo, sin decidirse a ello. El Papa Bonifacio V escribió expresamente a Etelburga, urgiéndole a trabajar por la conversión de su marido. Finalmente, Edwino recibió el bautismo en 627. El cristianismo progresó mucho en Nortumbría durante el resto de su reinado, con el ejemplo de la real pareja; pero, después de la muerte de Edwino en Hatfield Chase, los paganos invadieron el reino. La reina y San Paulino tuvieron que volver a Kent, donde Santa Etelburga fundó la abadía de Lyminge y la gobernó hasta su muerte.

Lo único que sabemos sobre Santa Etelburga es lo que nos dicen Beda, *Historia Ecclesiástica* vol. II, cc. 9 ss. y Thomas of Elmham pp. 176-177.

SAN GERARDO DE SAUVE-MAJEURE, ABAD (1095 P.C.)

SAN GERARDO nació en Corbie de Picardía. En la abadía de Corbie hizo sus estudios y llegó a ser abad. Súbitamente le sobrevino una dolorosa enfermedad que, por los síntomas que describe su biógrafo, debió ser una meningitis. Los dolores le impedían pegar los ojos y casi le hacía perder la razón. Los doctores le sangraron y medicinaron, sin conseguir ningún resultado. Naturalmente, el santo no podía ni siquiera orar. Al recuperar la salud, comprendió que lo mejor que podía hacer era servir a Dios en el prójimo y se dedicó a cuidar a tres enfermos, en honor de la Santísima Trinidad. Su abad le llevó consigo a Roma, con la esperanza de que ahí obtendría la salud. Juntos visitaron la tumba de los Apóstoles, y San León IX confirió a Gerardo la ordenación sacerdotal. Sin embargo, las terribles jaquecas recrudecían de cuando en cuando, hasta que, por la intercesión de San Adelardo, cuya vida había escrito San Gerardo, desaparecieron del todo, tan súbitamente como habían aparecido. Lleno de agradecimiento, el santo redobló sus penitencias y mortificaciones. Tuvo una visión de Cristo que descendía de la cruz, posaba la mano sobre su cabeza y le decía: "Hijo mío, ten confianza en Dios y en el poder de su brazo". Una peregrinación a Jerusalén fue para San Gerardo otra fuente de inspiración y consuelo.

Poco después de su vuelta, los monjes le eligieron abad de San Vicente de Laon. Pero se trataba de una abadía en la que reinaban la indisciplina y la

relajación. Incapaz de reformar a los monjes, San Gerardo renunció al cargo y partió con algunos compañeros hacia el sur, en busca de un sitio apto para una nueva fundación. En Aquitania, no lejos de la actual ciudad de Burdeos, Guillermo VII, conde de Poitou, les regaló unos bosques; ahí fundaron en 1079 la abadía de Sauve-Majeure (Silva Major), de la que San Gerardo fue el primer abad. Los monjes trabajaban la tierra y misionaban en los alrededores; San Gerardo se distinguió entre todos comopredicador y confesor. Introdujo la costumbre de celebrar la misa y rezar el oficio de difuntos, durante treinta días después de la muerte de los miembros de la comunidad y la práctica de poner pan y vino en el sitio que el difunto ocupaba en la mesa, para darlos después a los pobres. La costumbre se popularizó en otros monasterios y hasta en algunas parroquias; pero al cabo de un tiempo, las ofrendas que se depositaban sobre las tumbas empezaron a destinarse a los sacerdotes en vez de darse a los pobres. San Gerardo fue canonizado en 1197.

Nuestras fuentes principales son dos biografías medievales, una escrita por un contemporáneo anónimo y otra, un poco posterior por el monje Cristián. Pueden leerse en *Acta Sanctorum*, abril, vol. I. Ver también Cirot de la Ville, *Histoire de Saint Gérard* (1869), y F. Moniquet, *Un fondateur de Ville...* (1895).

SAN ALBERTO, OBISPO DE MONTECORVINO (1127 P.C.)

EL PADRE de San Alberto se estableció con su hijito en Montecorvino de Apulia, cuando el pueblo empezaba a transformarse en ciudad. La gran estima que la población profesaba a Alberto le mereció ser elegido obispo de Montecorvino. Poco después, el santo perdió la vista; pero el cielo le concedió una gran penetración interior y el don de profecía. La fama de San Alberto creció mucho a raíz de dos milagros. En un ardiente día de verano, el santo pidió a uno de sus criados que fuese a traerle agua de la fuente. "Hijo mío", le dijo el obispo después de beber un sorbo, "yo te pedí agua y me has traído vino". El criado declaró que le había llevado agua de la fuente y fue de nuevo a llenar el vaso; pero el agua se convirtió otra vez en vino. Poco después, un habitante de Montecorvino, que había sido hecho prisionero, invocó el nombre del obispo; al punto un ángel le sacó de su prisión en los Abruzos y le trasladó a los alrededores de Montecorvino. El hombre fue a ver a San Alberto al día siguiente, y éste le dijo: "No me lo agradezcas a mí, sino a Dios, hijo mío; es El quien, con su gran poder, consuela a los afligidos y liberta a los cautivos."

Cuando el santo era ya muy anciano, se le dio como ayudante a un sacerdote llamado Crescencio. Era éste un hombre poco escrupuloso, que deseaba que San Alberto muriese cuanto antes para sucederle en el cargo. En vez de ayudar al obispo, Crescencio y sus amigos le dificultaban la tarea y se burlaban de él cruelmente. El siervo de Dios lo soportó todo con gran paciencia, pero predijo a Crescencio que no disfrutaría mucho tiempo de la sede que codiciaba.

El pueblo de Montecorvino amó a su obispo hasta el fin. Cuando corrió la noticia de que había entrado en agonía, los hombres, las mujeres y los niños se reunieron llorando a las puertas de su casa. El santo les dio la bendición y los exhortó a vivir piadosa y rectamente. Después se quedó dormido y murió apaciblemente.

La única biografía antigua de San Alberto fue escrita trescientos o cuatrocientos

años después de su muerte, por uno de sus sucesores en la sede de Montecorvino y Vulturaria. Se trata de Alejandro Gerardino, autor muy fecundo, como lo ha demostrado Ughelli. Según parece, Gerardino se limitó simplemente a readaptar la biografía escrita por Ricardo, uno de los sucesores inmediatos de San Alberto. La obra se encuentra en *Acta Sanctorum*, abril, vol. I y en Ughelli, *Italia sacra*, vol. VIII (1662), cc. 469-474.

SANTA CATALINA DE PALMA, VIRGEN (1574 P.C.)

CATALINA TOMÁS, que nació en el pueblecito de Valdemuzza y murió en Palma, pasó toda su vida en la isla de Mayorca. Sus padres murieron cuando la niña, que era la séptima hija, sólo tenía siete años, sin dejarle nada de herencia. Se cuentan cosas muy tristes de los malos tratos que sufrió Catalina en la casa del tío paterno a cuyo cuidado había quedado; era prácticamente una esclava, a la que los mismos criados podían sobrecargar el trabajo y maltratar a su gusto. Catalina soportó esos sufrimientos con invencible paciencia y mansedumbre. Cuando tenía unos quince años de edad, las apariciones de San Antonio y de su patrona Santa Catalina despertaron en ella la vocación religiosa. La joven confió sus deseos a un santo ermitaño, el P. Antonio Castañeda. Para probar su vocación, el ermitaño le dijo que continuase encomendando el asunto a Dios y que él lo haría también hasta obtener la respuesta del cielo. Catalina obedeció, pero tuvo que esperar largo tiempo; la espera resultó tanto más larga, cuanto que el temor de verse privado de sus servicios hizo que su tío la maltratase aún más que antes. Sin embargo, el P. Antonio no la olvidó, a pesar de lo difícil que era encontrar sitio en un convento para una joven sin dote. Para empezar, el P. Antonio arregló que Catalina fuese a servir a una familia de Palma, donde su vida espiritual no encontraría ninguna oposición. La hija de la casa le enseñó a leer y a escribir; pero, en cuestiones de vida espiritual, se convirtió en discípula de Catalina, pues ésta, había ya avanzado mucho en el camino de la perfección.

Varios conventos abrieron sus puertas a Catalina, casi al mismo tiempo, y la joven decidió ingresar en el de Santa María Magdalena de Palma, de las Canonesas de San Agustín. Tenía entonces veinte años. Desde le primer momento, se ganó el respeto de todos por su santidad, su humildad y su deseo de ser útil a los demás. Durante algún tiempo, Catalina no se distinguía en nada de sus fervorosas connovicias; pero pronto fue objeto de una serie de extraordinarios fenómenos, que se cuentan detalladamente en su vida. Todos los años, desde un par de semanas antes de la fiesta de Santa Catalina de Alejandría, entraba en un profundo trance. Inmediatamente después de comulgar, le sobrevenía una especie de éxtasis, que duraba buena parte del día, cuando no varios días y aun dos semanas. Algunas veces era como un estado cataléptico en el que desaparecía toda señal de vida; otras veces, la santa avanzaba con los pies juntos y los ojos cerrados, conversando con los espíritus celestiales y totalmente abstraída del mundo exterior. Sólo en algunos casos podía responder a las preguntas que se le hacían. También poseía el don de profecía.

La santa se vio además sujeta a tremendas pruebas y asaltos del enemigo. No sólo tuvo que sufrir los malos pensamientos que le sugería el demonio, sino también alarmantes alucinaciones y aun ataques materiales del espíritu del mal. En tales ocasiones, sus hermanas oían horribles gritos y ruidos y observaban los efectos de los ataques en la santa, pero no veían al enemigo y tenían que con-

tentarse con tratar de aliviar los sufrimientos de Catalina. La santa trató siempre de evitar que esto le impidiese el puntual cumplimiento de sus deberes. Su muerte, que ella misma había predicho, ocurrió cuando no tenía más que cuarenta y un años de edad. Fue beatificada en 1792 y canonizada en 1930.

En la bula de canonización, *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXII, 1930, pp. 371-380 se hallará un resumen de la vida de Santa Catalina y una narración detallada de los milagros aprobados en la última parte del proceso. Las primeras biografías se deben al canónigo Salvador Abrines, confesor de Santa Catalina, y al P. Pedro Caldes. En los documentos del proceso, cuya primera parte fue probablemente impresa en 1669, hay numerosas citas de esas biografías. En la época de la beatificación se publicó en Roma una obra titulada *Ristretto della Vita della Beata Catarina Tomas.*

BEATA JULIANA DE MONTE CORNILLON, VIRGEN (1258 P.C.)

LA INTRODUCCIÓN de la fiesta del Corpus Christi se debe principalmente a los esfuerzos de la Beata Juliana. Nació ésta cerca de Lieja en 1192. A los cinco años quedó huérfana, al cuidado de las religiosas de Monte Cornillon. Era éste un monasterio doble, de religiosos y religiosas de San Agustín, que se dedicaba a atender a los enfermos, especialmente a los leprosos. Para evitar que Juliana y su hermana Inés se contagiaran, la superiora les mandó a una finca de las cercanías de Amercoeur. Ahí las educó con gran cariño la hermana Sapiencia. Inés murió joven. Juliana se convirtió en una muchacha muy estudiosa. Profesaba gran devoción a lSantísimo Sacramento y pasaba horas enteras hojeando los volúmenes de San Agustín, San Bernardo y otros Santos Padres, en la biblioteca. Cosa extraña, desde los quince o dieciséis años de edad, veía constantemente una especie de luna dividida por una banda negra. Al principio, temía Juliana que se tratase de un artificio del demonio para distraerla del estudio; pero poco a poco se convenció de que la aparición tenía un significado sobrenatural que todavía no era capaz de comprender. Finalmente tuvo una visión en la que el Señor le explicó que la luna representaba el año litúrgico con todas las fiestas y que la banda negra representaba la falta de la fiesta del Santísimo Sacramento que debía completar el ciclo.

Años más tarde, Juliana tomó el hábito en Monte Cornillon; pero era desconocida en el mundo y carecía de influencia para lograr la introducción de la fiesta de Corpus Christi. En 1225, fue elegida superiora y empezó a hablar de su misión a algunos amigos, en particular a la Beata Eva. Era ésta una solitaria que vivía junto a la iglesia de San Martín, al otro lado del río. La beata habló también de sus planes con Isabel de Huy, que era una santa religiosa de su comunidad. Alentada por estas dos piadosas mujeres, se atrevió a confiarse a un sabio canónigo de San Martín, Juan de Lausana, rogándole consultase el asunto con los teólogos. El canónigo conferenció la cosa con Jacobo Pantaleón (quien fue más tarde Urbano IV), con Hugo de Saint Cher, provincial de los dominicos, con el obispo Guido de Cambrai, canciller de la Universidad de París, y con otros sabios, y todos aseguraron que no había ninguna objeción teológica ni canónica que oponer a la institución de la fiesta. Pero la oposición se levantó por otro lado. Aunque Juan de Cornillon había compuesto un oficio del Santísimo Sacramento, adoptado por los canónigos de San Martín, y aunque Hugo de Saint Cher habló en defensa de la beata, algunos empezaron a decir que era una visionaria y otras cosas peores. Aun en el

monasterio se levantó la oposición contra Juliana. La dirección del monasterio dependía, en último término, del prior, pero parece que el burgomaestre y los ciudadanos tenían voz en la dirección del hospital, aunque el prior administraba las rentas. El nuevo prior, que se llamaba Rogelio, acusó a Juliana de falsificar las cuentas y de malversar los fondos para promover una fiesta que a nadie interesaba. El pueblo se enfureció y obligó a Juliana a partir del convento. El obispo Roberto mandó que se hiciesen investigaciones sobre el asunto; los resultados fueron excelentes: Juliana volvió a Monte Cornillon, el prior fue transladado al hospital de Huy y la diócesis de Lieja adoptó, en 1242, la fiesta del Corpus Christi. Sin embargo, después de la muerte del obispo se renovó la persecución y Juliana tuvo que salir de nuevo de la ciudad.

Con tres de las religiosas, Isabel de Huy, Inés y Otilia, anduvo errante de un sitio a otro hasta que encontró asilo en Namur. Ahí vivieron algún tiempo de limosnas. Finalmente, la abadesa de Salzinnes tomó por su cuenta la causa de Juliana y obtuvo que el convento de Monte Cornillon le cediese una parte de su dote. Sin embargo, las dificultades siguieron lloviendo, como Juliana misma lo había predicho. Durante el sitio de Namur, las tropas de Enrique II de Luxemburgo quemaron la abadía de Salzinnes, y Juliana tuvo que huir con la abadesa. En Fosses pasó sus últimos días, enferma y muy pobre. Murió el 5 de abril de 1258, asistida por la abadesa y por su fiel amiga Ermentrudis.

Eva, la antigua amiga de Juliana, completó su gran misión. Cuando subió a la catedral de San Pedro Urbano IV, quien había sido uno de los primeros en apoyar a Juliana, Eva acudió al obispo de Lieja para que solicitase del Sumo Pontífice la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento. El Papa accedió y, para demostrar a Eva su reconocimiento por la parte que había tenido en la institución de la fiesta, le envió la bula de aprobación y el oficio de Corpus Christi que Santo Tomás de Aquino había compuesto a petición suya. En 1312, bajo Clemente V, el Concilio de Viena confirmó la bula de Urbano IV. Desde entonces, la fiesta del Corpus Christi se convirtió en día de obligación en el occidente; muchos católicos del rito oriental celebran también la fiesta. Juliana fue beatificada en 1869.

En *Acta Sanctorum, abril*, vol. I, se encontrará la biografía original francesa traducida al latín, que constituye nuestra principal fuente sobre la beata. Ver también Clotilde de Sainte-Julienne, *Sainte Julienne de Cornillon* (1928); y E. Denis, *La vraie histoire de Ste. Julienne...* (1935). En flamenco existe una biografía escrita por J. Coenen (1946).

BEATA CRESCENCIA DE KAUFBEUREN, VIRGEN (1744 P.C.)

CRESCENCIA Höss nació en Kaufbeuren, Baviera, en 1682. Sus padres, humildes tejedores de lana, carecían de los bienes de este mundo, pero dieron a sus hijos gran ejemplo de vida cristiana. Su ejemplo fructificó en Crescencia, cuyo nombre de bautismo era Ana. Desde muy temprana edad, acostumbraba ir a orar a la capilla del convento de las franciscanas en su pueblo. En una de esas ocasiones, el Cristo del crucifijo le dijo: "Aquí vivirás un día." Sin embargo, cuando el padre de Ana pidió que admitiesen a su hija, las franciscanas respondieron que, dada la pobreza de la casa, la dote era condición esencial. Crescencia tuvo, pues, que esperar hasta los veintiún años, trabajando en el negocio de su padre. Entonces se cumplió la promesa del crucifijo en forma inesperada. Junto al

convento había una taberna cuyos ruidosos parroquianos molestaban mucho a las religiosas, quienes habían tratado de comprarla, pero el dueño había pedido por ella un precio exagerado. Finalmente, con la ayuda del burgomaestre, que era protestante, las religiosas lograron comprar la taberna. La única condición que puso el burgomaestre fue que admitiesen a Crescencia, diciendo que era una pena que aquel cordero inocente permaneciese en el mundo. Así ingresó Crescencia en la tercera orden regular de San Francisco.

En los años que siguieron, Crescencia tuvo que soportar humillaciones terribles por parte de su superiora y de las religiosas antiguas, quienes no podían perdonarle que hubiese entrado sin dote; le echaban en cara su pobreza, le dejaban los trabajos más desagradables y la llamaban hipócrita. Crescencia tenía, al principio, una pequeña celda, pero pronto hubo de cederla a una novicia que había pagado la dote. Durante tres años tuvo que rogar, ya a una religiosa, ya a otra, que la admitiesen a dormir en el suelo de sus celdas. Por último, se le asignó un rincón del convento. Crescencia aceptaba todas esas humillaciones como si las hubiese merecido y no admitía que sus compañeras más jóvenes murmurasen de los malos tratos que recibía. La suerte de Crescencia mejoró con la nueva superiora, que tenía mayor caridad y discernimiento que la anterior. Las religiosas acabaron por reconocer que tenían a una santa entre ellas y Crescencia llegó a ser maestra de novicias y superiora. Tuvo muchas visiones y éxtasis; todos los viernes, desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, sufría místicamente la Pasión del Señor; con frecuencia acababa desmayada. Por otra parte, el demonio la asaltaba con graves tentaciones.

Crescencia defendía siempre a los ausentes de la maledicencia de los presentes. Aunque era muy dura consigo misma, decía a sus hijas: "Lo que más agrada al Señor es que soportemos con paciencia y mansedumbre las adversidades que El nos envía y las contrariedades que nos causan nuestros prójimos." La fama de su santidad se divulgó entre el pueblo. Quienes iban a consultarla salían impresionados de su prudencia y hablaban de ella a otros; las altas personalidades de la Iglesia y del Estado iban a ver a la hija del tejedor o sostenían correspondencia con ella. Su sepulcro es muy visitado hasta el día de hoy. Crescencia fue beatificada por León XIII en 1900.

El decreto de beatificación, que resume la vida de Crescencia Höss, puede leerse en *Analecta Ecclesiastica*, vol. VIII (1900), pp. 455-457. La Congregación de Ritos publicó varios documentos en el curso del proceso de beatificación. Alfredo Schröder publicó algunos materiales inéditos en *Hagiographischer Jahresbericht*, 1903, pp. 1-111. En alemán existen numerosas biografías populares de la beata, como las de Offner, Seeböck, Gatz (1930) y Jailer; esta última está traducida al italiano.

BEATA MARIA ASUNCION PALLOTTA, VIRGEN, MISIONERA FRANCISCANA DE MARÍA (1905 P.C.)

MARÍA ASUNCIÓN Pallotta nació el 20 de agosto de 1878, en Force (Ascoli Piceno), en la Marca de Ancona. Fue la mayor de cinco hermanos. Durante su juventud, dócil y piadosa, aprendió a leer y a escribir. Muy pronto debió trabajar para ayudar a sus padres, obligados a mudarse para cultivar un pequeño terreno en Castel di Croce. Al principio trabajaba al igual que un hombre, durante toda la jornada en obras de albañilería, en el acarreo de ladrillos, piedras y cemento. Afortunadamente, un buen hombre que era el sastre del pueblo, le

propuso emplearla, y sus padres estuvieron contentos al verla ejercer un oficio menos penoso.

Madurada rápidamente por una vida tan austera, María Asunción mostró una piedad poco común. Sus actitud en el pueblo causaba la admiración de todos. Ayunaba tres veces por semana, llevaba un cilicio y metía piedras en su cama. Ninguno se asombró de su deseo de ingresar a la vida religiosa; pero, tan pobre y abandonada como estaba, no sabía a dónde ir. Un prelado romano, Monseñor Canestrari, vino a Force durante el verano de 1897, la encontró y, después de asegurarse de la firmeza de su vocación, obtuvo su admisión en la casa de las Misioneras Franciscanas de María, "a título de caridad". porque María Asunción no estaba en condiciones de conseguir una dote, ni siquiera el ajuar necesario.

Entró al convento el 5 de mayo de 1898 y, después del postulantado, durante el cual conquistó a todo mundo por su sencillez encantadora, recibió el hábito religioso, sin renunciar a su bonito nombre de María Asunción. Hizo el noviciado en Grottaferrata. Poco instruida, fue sobre todo empleada en trabajos manuales, como el de lavar y planchar o cuidar de los animales; pero ya desde entonces, su exactitud y su amor por la regla eran legendarios.

Pronunció sus primeros votos en Roma, el 8 de diciembre de 1900. A los dos años fue enviada a Florencia, donde estuvo empleada en los trabajos humildes de la casa: lavado, planchado, jardinería, aseo y el cargo de cuidar a los enfermos y conducir a los niños al catecismo. Era admirable su actividad entusiasta y su actitud siempre sonriente.

El 1o. de enero de 1904, escribió a la madre general: "... Quiero pedirle que se acuerde de mí, cuando haya una tarea, particularmente si es para el cuidado de los leprosos ..." Pronunció sus votos perpetuos, en Florencia, el 13 de febrero de 1904 y recibió su destino para China.

Después de una corta estancia en Roma, partió el 9 de marzo, en una travesía de cerca de tres meses, que debía conducirla a la misión de Chang-Si, donde, cuatro años antes, siete religiosas de la congregación habían sufrido el martirio. Designada para la casa de Tong-Eul-Keou, fue encargada de la cocina, con la ayuda de una nativa, de quien debía, al mismo tiempo, aprender el idioma.

Su gran sufrimiento fue, precisamente, no poder darse a entender. Decía que, en estas condiciones, jamás le sería posible ejercer la menor acción sobre las almas. Esta inquietud no fue, sin duda, extraña a la crisis de decaimiento y de escrúpulos que, durante un tiempo, le hicieron perder su habitual sonrisa. Pensando que era infiel a su vocación, había pedido aumentar sus mortificaciones corporales y ayunar a pan y agua; pero sus superioras rehusaron, temerosas por su salud. La crisis no fue de larga duración. Volvió a encontrar su natural alegría y continuó con la vida eficaz y activa que buscaba siempre.

Después de un crudo invierno, el tifo apareció a mediados de febrero de 1905. El mal, relativamente poco peligroso para los chinos, más o menos inmunizados por su naturaleza, era muy grave para los europeos, sobre todo para aquellos que, recientemente llegados, no estaban habituados todavía al clima. Las hermanas más jóvenes fueron atacadas, y una de ellas murió el 10 de marzo. La hermana María Asunción parecía mejorar y se pensaba que sanaría pronto. Cuando pidió la extremaunción, el confesor y el médico, sin ver la

urgencia, consintieron en satisfacerla para darle tranquilidad. Su estado parecía mejorar todavía y las hermanas le hacían bromas diciéndole que el buen Dios no la quería consigo; pero pronto fue presa de una fuerte fiebre, acompañada de un violento delirio y de crueles sufrimientos. Esta terrible crisis duró una semana larga. Cuando la enferma volvió en sí, pidió la confesión y la comunión. Recibió la absolución, pero como no podía tragar, fue imposible darle la comunión. Esto la apenó sobremanera y no pareció consolarse. Repetía, en chino: "Eucaristía ..., Eucaristía ..." Estas fueron sus últimas palabras. La dolorosa y larga agonía comenzó: no pudo hablar más; sonreía únicamente a las hermanas. En la tarde del 7 de abril de 1905, los presentes percibieron un misterioso perfume, "olor delicioso, como aroma de incienso, de rosas y violetas", escribió la superiora. Todos se miraban conmovidos. La hermana María Asunción expiró dulcemente.

El misterioso perfume desapareció al punto; pero no tardó en surgir de nuevo. Los chinos se apresuraron a acudir para aspirarlo. Su entierro fue una marcha triunfal. La pequeña hermana ignorada aparecía como una santa. En 1913, su tumba fue abierta y el cuerpo apareció intacto, a pesar de la humedad de la fosa y de los efectos acostumbrados del tifo. Pío X ordenó abrir el proceso de beatificación y la hermana María Asunción fue proclamada beata por Pío XII, el 7 de noviembre de 1954.

Acta Apostolicae Sedis vol. XLVII, 1955, pp. 28-33. De Loppinot, *La Hermana María Asunción, misionera franciscana de María*, 1924. C. Salotti, *La Hermana María Asunción Pallotta*, Roma, 1925. B. Bazzochini, *La Hermana María Asunción*, Quebec, 1923. *La Hermana María Asunción, misionera franciscana de María*, obra publicada por el Instituto de Franciscanos Misioneros de María, según Monseñor Salotti, Woluwe Bruselas, 1930. *La Beata María Asunción*, Vanves, 1954.

6: LOS CIENTO VEINTE MARTIRES DE PERSIA (304 P.C.)

IGNORAMOS LOS nombres de estos mártires, pero, según la tradición, en el reinado del rey Sapor II de Persia, más de cien cristianos fueron martirizados el mismo día, en Seleucia de Tesifonte. Entre ellos, había nueve vírgenes consagradas a Dios; el resto eran sacerdotes, diáconos y monjes. Como todos se negasen a adorar al sol, fueron encarcelados durante seis meses en sucias prisiones. Una rica y piadosa mujer, llamada Yaznadocta les ayudó, enviándoles alimentos. A lo que parece, Yaznadocta se las arregló para averiguar la fecha en que los mártires iban a ser juzgados. La víspera, organizó un banquete en su honor, fue a visitarles en la prisión y regaló a cada uno un vestido de fiesta. A la mañana siguiente, volvió muy temprano y les anunció que iban a comparecer ante el juez y que aún tenían tiempo de implorar la gracia de Dios para tener el valor de dar su sangre por tan gloriosa causa. Yaznadocta añadió: "En cuanto a mí, os ruego que pidáis a Dios que tenga yo la dicha de volver a encontraros ante su trono celestial".

El juez prometió nuevamente la libertad a los mártires, con tal de que adorasen al sol, pero ellos respondieron que los vestidos de fiestas que llevaban eran la mejor prueba de que estaban dispuestos a dar la vida por su Maestro. El juez les condenó a ser decapitados. Esa misma noche, Yaznadocta consiguió

recuperar los cadáveres y los quemó para evitar que fuesen profanados.

Aunque no hay en esta narración los elementos milagrosos que generalmente despiertan sospechas en los críticos, contiene sin embargo algunos detalles improbables; como lo demostró el P. Peters (*Analecta Bollandiana*, vol. XLIII, 1925, pp. 261-304), el ciclo de las actas de los mártires de Adiabene, al que este relato pertenece, no siempre es fidedigno. E. Assemani publicó por primera vez el texto sirio en *Acta Martyrum Orientalium*, vol. I, p. 100; también lo publicó Bedjan sin traducción. El P. Delehaye publicó las antiguas versiones griegas en *Patrologia Orientalis*, vol. II (1905). Ver la traducción francesa en H. Leclercq, *Les Martyrs*, vol. III.

SAN MARCELINO, Mártir (413 p.c.)

San Agustín dedicó varias de sus obras, entre las que se cuenta la "Ciudad de Dios", a su amigo Marcelino, secretario del emperador Honorio. Se conservan, además, los panegíricos que sobre el mártir pronunciaron el mismo San Agustín y San Jerónimo. El año 409, el emperador concedió la libertad de culto a los donatistas. Se trataba de un movimiento de puritanos católicos que se negaban a admitir a la comunión a quienes habían caído en pecado mortal después del bautismo y, en particular, a los que habían renegado de la fe durante la persecución. Los donatistas del norte de Africa, habían aprovechado esto para abusar de los católicos ortodoxos, quienes apelaron al emperador. Marcelino fue a Cartago a presidir una reunión de obispos católicos y donatistas y a juzgar el asunto. Después de tres días de discusiones, resolvió la cuestión en favor de los católicos. El emperador revocó los privilegios que había concedido a los donatistas y dio la orden de que volviesen a la comunión de la Iglesia católica. A Marcelino y su hermano Agripino se confió el encargo de hacer ejecutar el decreto. Los dos hermanos se dedicaron a ello con una severidad que tal vez estaba justificada por la ley, pero que provocó las protestas de San Agustín. Para vengarse, los donatistas los acusaron de haber participado en la rebelión de Heracliano; el general Marino, a quien se había confiado la represión de la rebelión, los tomó prisioneros. San Agustín fue a visitarles en la prisión y trató en vano de salvarlos, pues fueron ejecutados sin que hubiese precedido ningún juicio. El emperador censuró severamente la conducta de Marino y calificó a San Marcelino de "hombre de gloriosa memoria". El cardenal Baronio introdujo el nombre del mártir en el Martirologio Romano.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, donde se encontrarán los principales pasajes de las cartas y escritos de San Agustín y San Jerónimo sobre San Marcelino. Ver también DCB., vol. III, pp. 806-807.

SAN CELESTINO I, Papa (432 p.c.)

El Martirologio Romano transladó la conmemoración de San Celestino del 6 de abril al 27 de julio, día de su muerte. Sin embargo, en Irlanda todavía se celebra su fiesta el 6 de abril. Apenas sabemos algo de su vida privada. Nació en Campania y se había distinguido como diácono en Roma, antes de su elección a la cátedra de San Pedro en septiembre del año 422. Durante los diez años que duró su pontificado, mostró gran energía y encontró gran oposición. Los obispos de Africa, que ya se habían quejado de que se convocaba a Roma a muchos de sus sacerdotes, criticaron al Papa por haber llamado a Apiario en forma pre-

cipitada y sin tener en cuenta a los obispos. Sin embargo, San Agustín profesaba gran veneración y cariño a San Celestino, como consta por sus cartas. San Celestino se opuso enérgicamente a los brotes de herejía de su época, particularmente al pelagianismo y al nestorianismo. El sínodo que reunió en Roma en el año 430, fue una especie de preludio del Concilio ecuménico de Efeso, al que San Celestino envió tres legados de gran envergadura. Igualmente apoyó a San Germán de Auxerre en su lucha contra el pelagianismo y escribió un tratado dogmático de gran importancia contra el semipelagianismo, que era una forma mitigada de la misma herejía. De San Celestino proviene la obligación de los clérigos de órdenes mayores de recitar el oficio divino. Es poco probable que San Celestino haya enviado a San Patricio a Irlanda; sin embargo, debía tener muy presentes las necesidades de ese país, ya que fue él quien envió a Paladio allá a sostener la fe de los que creían en Cristo, inmediatamente antes de que San Patricio empezara su gran obra de evangelización.

Ver Acta Sanctorum, abril, vol. I; Duchesne, *Liber Pontificalis,* vol. I, pp. 230-231; Hefele-Leclercq, *Conciles,* vol. II, pp. 196 ss.; Cabrol, en DAC., vol. II, cc. 2794-2802; Portalié, en DTC., vol. II, cc. 2052-2061; y *Revue Bénédictine,* vol. XLI, pp. 156-170. Probablemente los llamados *Capitula Caelestini* contra la doctrina semipelagiana no son obra de San Celestino sino de San Próspero de Aquitania.

SAN EUTIQUIO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA (582 P.C.)

AUNQUE EL Martirologio Romano no conmemora a San Eutiquio, y su carrera pertenece más bien a la historia de la Iglesia que a la hagiografía, los griegos le veneran como santo (lo mismo sucede en Venecia, que pretende tener sus reliquias). En todo caso, Eutiquio resistió noblemente a las pretensiones del emperador Justiniano para que actuara como árbitro en cuestiones teológicas. Después de recibir las órdenes sagradas, Eutiquio ingresó en un monasterio de Amasea del Ponto. En 552, fue enviado como representante de su obispo a Constantinopla. Su actuación atrajo la atención de Justiniano, quien le nombró sucesor del patriarca Menas. Eutiquio presidió el Concilio ecuménico de Constantinopla en 533, junto con los patriarcas de Alejandría y Constantinopla. Como se sabe, el Papa Vigilio había renunciado a asistir, debido a las complicaciones de aquella época turbulenta. Algunos años más tarde, en las intrincadas controversias teológicas sobre la herejía monofisita, Eutiquio entró en conflicto con el emperador y fue desterrado a una isla de la Propóntide. Ahí obró numerosos milagros, según cuenta su biógrafo. No volvió a su sede sino veinte años después, a la muerte de Justiniano. Hacia el fin de su vida, Eutiquio tuvo una controversia con Gregorio, el representante de la Santa Sede en Constantinopla, quien debía suceder al Papa San Gregorio el Grande. Se dice que Eutiquio reconoció su error antes de morir.

La larga biografía de Eutiquio, escrita en griego por su capellán Eustrasio, fue publicada, junto con una traducción latina, en *Acta Sanctorum, abril,* vol. I. Sobre las controversias de la época véase Hefele-Leclercq, *Conciles,* vol. III, pp. 1-145, y Duchesne, *l'Eglise au VIeme. siècle* (1925), pp. 156-218.

SAN PRUDENCIO, OBISPO DE TROYES (861 P.C.)

SAN PRUDENCIO fue uno de los más doctos prelados de la Iglesia en la Galia

durante el siglo IX. Cierto que su actuación no fue muy firme en la complicada controversia sobre la predestinación en la que se vio envuelto; pero debe recordarse que la cuestión era particularmente intrincada y que Prudencio estaba dispuesto a someter sus conclusiones equivocadas al juicio de la Iglesia. Era español de nacimiento y se apellidaba Galindo. Hacia el año 840 u 845 fue elegido obispo de Troyes. En un sermón sobre Santa Maura dice de sí mismo que se ocupaba en oír confesiones y administrar los últimos sacramentos, sin descuidar por ello sus deberes episcopales. Sin duda que gozaba ya de gran fama como teólogo, pues fue llamado por el obispo Hincmar de Reims para dar su opinión sobre la doctrina del monje Gotescalco, quien había sido condenado porque sostenía que Cristo sólo había muerto por los predestinados y que Dios había condenado a la mayor parte de la humanidad al infierno, desde toda la eternidad. Gotescalco había sido torturado y estaba preso. Prudencio juzgó que ese castigo era excesivo, particularmente la excomunión lanzada por Hincmar; según parece, él fue uno de los que sospecharon que Hincmar negaba la absoluta necesidad de la gracia y se inclinaba al semipelagianismo. San Prudencio desempeñó un importante papel en las controversias subsiguientes. Todavía se conserva un libro que escribió para corregir los errores de Juan Escoto Erígena.

Aparte de su trabajo en las controversias teológicas, San Prudencio luchó ardientemente en favor de la disciplina eclesiástica y la reforma de las costumbres. Murió el 6 de abril del año 861. Aunque el Martirologio Romano no le conmemora ni los bolandistas le incluyen en *Acta Sanctorum*, la diócesis de Troyes celebra todavía su fiesta.

Los datos sobre la vida de San Prudencio hay que buscarlos en las crónicas y documentos de la época; generalmente los editores de esos tratados teológicos ponen al principio una introducción. Ver, p.e., Migne, PL., vol. CXV, y Ebert, *Literatur des Mittelalters*, vol. II. En Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. IV, p. 138, se hallará una bibliografía muy nutrida sobre la controversia de la predestinación; cf. todo el libro XXII.

SAN GUILLERMO DE ESKILL, ABAD (1203 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano hace mención de la muerte de San Guillermo, "famoso por su vida y milagros." Guillermo nació en 1125, en Saint-Germain, Crépy-en-Valois. Fue nombrado canónigo de la colegiata de Santa Genoveva de París. En 1148, Sugerio, abad de Saint-Denis, para cumplir el deseo del Papa Eugenio II, estableció a los canónigos regulares en dicha iglesia y Guillermo fue uno de los que aceptaron con más entusiasmo la austera vida regular. La fama de su santidad y disciplina canónica llegó hasta Dinamarca, ya que, hacia 1170, recibió la visita de un joven danés, llamado Saxo Grammaticus, que había de distinguirse como historiador. Saxo había ido a invitar a Guillermo, de parte del obispo Absalón o Axel de Roskilde, a restaurar la disciplina de los monasterios de su diócesis. Guillermo aceptó y empezó su tarea con los canónigos regulares de Eskilsoe, en el fiordo de Ise. El éxito coronó los esfuerzos del santo, pero no sin dificultad. Los canónigos regulares de la región no tenían reglas ni disciplina alguna y no observaban la clausura. San Guillermo tuvo que expulsar a dos de ellos, pero a base de paciencia fue logrando que los otros entrasen por el camino recto. El clima riguroso, las persecuciones de los nobles y las

pruebas interiores hicieron todavía más arduo el trabajo del santo; sin embargo, en los treinta años que desempeñó el cargo, tuvo el consuelo de ver que la mayoría de sus hermanos seguían sus pasos.

Tras de fundar el monasterio de Santo Tomás en Seelandia, Guillermo emprendió la reforma de otras casas religiosas. El obispo Absalón, que era ya arzobispo de Lund, le sostuvo en todas las dificultades. En sus últimos años, el santo se vio envuelto en algunos asuntos semipolíticos y tuvo que salir de Dinamarca por un tiempo; finalmente volvió a su abadía, donde murió apaciblemente el 6 de abril de 1203.

San Guillermo de Eskill (a quien no hay que confundir con San Guillermo de Roskilde, 2 de septiembre) fue canonizado en 1224. Su fiesta se celebra en la actual diócesis de Copenhague, que sustituyó en 1952 al antiguo vicariato apostólico de Dinamarca, con ocasión del octavo centenario de la reorganización eclesiástica llevada al cabo por Nicolás Breakspear.

La biografía de Guillermo, escrita por uno de sus canónigos poco después de su muerte, se halla en *Acta Sanctorum*, abril, vol. I; pero es mejor la edición de C. Gertz en *Vitae Sanctorum Danorum* (1910). Según parece, el autor embelleció mucho los hechos. Sobre los escritos que se atribuyen a San Guillermo, ver Migne, PL., vol. CCIX, cc. 655-746.

BEATA CATALINA DE PALLANZA, VIRGEN (1478 P.C.)

MÁS DEVASTADORA que las múltiples guerras que agitaron a Europa en la Edad Media fue la terrible enfermedad, conocida con el nombre de "la plaga", que azotó regularmente el continente y acabó con poblaciones enteras. En una de esas epidemias pereció en Pallanza, de la diócesis de Novara, toda una familia, excepto una pequeñita llamada Catalina. Un noble de la localidad le recogió y la confió a una dama milanesa, quien la adoptó y se encargó de su educación. A los quince años de edad, Catalina oyó un sermón sobre la Pasión del Señor; tan al alma le llegó, que ahí mismo decidió consagrarse a su servicio. Como su bienhechora había muerto ya, Catalina pudo retirarse libremente a la región montañosa de Varese, donde, según la leyenda, San Ambrosio había erigido un altar en honor de la Madre de Dios. Ya antes había habido ahí algunos ermitaños, pero Catalina fue la primera mujer que se estableció en ese sitio. Durante quince años llevó una vida de gran austeridad. Ayunaba diez meses al año; aun fuera de ese tiempo de mayor penitencia, sólo se alimentaba con el pescado que le llevaban algunas gentes piadosas, pues ella rara vez salía de su retiro. A pesar de sus esfuerzos por permanecer ignorada, se le unieron otras mujeres que querían seguir su ejemplo. La comunidad adoptó las reglas de San Agustín y el convento tomó el nombre de Santa María del Monte. Catalina murió a los cuarenta años de edad, después de haber ejercido cuatro años el cargo de superiora. Dios le concedió durante su vida el don de profecía. Su culto fue aprobado en 1769.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, donde hay una traducción latina de la biografía escrita en italiano por Cesare Tettamanzi. Cf. también Sevesi, en *Studi Francescani*, vol. XXV (1928), pp. 389-449.

7: SAN HEGESIPO (*c.* 180 P.C.)

ACTUALMENTE se considera a San Hegesipo como el padre de la Historia de la Iglesia. Era judío de nacimiento y pertenecía a la Iglesia de Jerusalén. En Roma pasó casi veinte años, desde el pontificado de San Aniceto hasta el de San Eleuterio. El año 177 volvió al oriente, donde murió ya muy anciano, probablemente en Jerusalén. A lo que parece, en el curso de sus viajes visitó los principales centros cristianos del occidente y del oriente e hizo notar con gran satisfacción que todas las herejías provenían de individuos, pero que ninguna de las Iglesias ni sedes episcopales había caído en el error; en todas partes había encontrado la unidad de la fe, tal como lo había querido Cristo. Desgraciadamente, sólo se conservan unos cuantos capítulos de los cinco libros de la Historia de la Iglesia que escribió; comprendían desde la Pasión del Señor hasta la época del autor. Eusebio y otros historiadores tenían en gran estima esa obra y la citaban mucho. San Hegesipo era un hombre lleno del espíritu apostólico. San Jerónimo dice que su humildad "se reflejaba en la sencillez de su estilo". El Martirologio Romano conmemora a San Hegesipo el día de hoy.

Las escasas noticias sobre San Hegesipo que nos dejaron San Jerónimo y otros autores, se hallarán en *Acta Sanctorum,* abril, vol. I, Ver también A. J. Chapman, en *Revue Bénédictine,* vol. XVIII (1901) y XIX (1902); y Bardenhewer *Gesch. der altkirch. Literatur,* vol. I, pp. 385-392. Antiguamente se atribuían también a San Hegesipo los cinco libros de la Guerra Judía; en realidad se trata simplemente de la traducción latina de la obra de Josefo. La confusión se originó de que un copista escribió Egesippus en vez de Iosippus.

SAN AFRAATES (*c.* 345 P.C.)

SEGÚN LOS bolandistas, en los que se basa Alban Butler, debemos todas las noticias sobre San Afraates a Teodoreto. Dicho autor, siendo todavía niño, fue con su madre a visitar al santo y recordaba que Afraates había abierto la puerta para bendecirles y les había prometido enconmendarlos en sus oraciones. Teodoreto siguió invocando la intercesión de Afraates toda su vida, persuadido de que el poder del santo no había hecho sino crecer después de su muerte.

Afraates era de familia persa. Después de su conversión al cristianismo, se estableció en Edesa de Mesopotamia, que era entonces uno de los principales centros cristianos, con el objeto de aprender a servir más perfectamente a Dios. Cuando comprendió que la única manera de conseguirlo era la soledad, se encerró en una celda en las afueras de la ciudad, y en ella se dedicó a la penitencia y la contemplación. Sólo comía un poco de pan al atardecer; en sus últimos años tomaba también algunas verduras. Dormía en el suelo y se vestía con pieles. Después de algún tiempo, se transladó a una ermita en las proximidades de un monasterio de Antioquía de Siria, adonde acudía el pueblo en busca de consejo. En cierta ocasión, Antemio, que fue más tarde cónsul del oriente, trajo de Persia una túnica y la ofreció al santo como un producto de su tierra natal. Afraates le preguntó si encontraba razonable cambiar a un criado, que le hubiese servido fielmente durante muchos años, por otro, simplemente porque éste último era originario de su tierra natal. "Indudablemente que no", replicó Antemio. "Entonces llévate la túnica, porque la que tengo puesta me ha servido

durante dieciséis años y no necesito otra."

El emperador Valente había desterrado al obispo San Melecio, y la persecución arriana hacía estragos en la Iglesia de Antioquía. En tales circunstancias, Afraates abandonó su retiro para acudir en ayuda de Flaviano y Diodoro, quienes gobernaban la diócesis en ausencia de San Melecio. La fama de los milagros y de la santidad de Afraates daban gran peso a sus acciones y palabras. Como los arrianos se habían apoderado de las iglesias, los fieles tenían que practicar el culto en la otra ribera del Orontes o en el campo militar que se extendía en las afueras de la ciudad. En cierta ocasión, cuando San Afraates se dirigía a toda prisa al campo militar, el emperador, que se hallaba en la terraza de su palacio que daba sobre el camino, ordenó que le detuviesen y le preguntó a dónde iba: "Voy a orar por el mundo y por el emperador", replicó el ermitaño. Entonces le preguntó por qué, si estaba vestido de monje, había abandonado su celda. Afraates le respondió con una parábola: "Si fuese yo una doncella retirada en la casa de su padre y viese la casa incendiarse, ¿me aconsejaríais que permaneciese tranquila, sin hacer nada por extinguir el fuego? Así, pues, más bien hay que acusaros a vos, que habéis desatado el incendio, que a mí que no hago sino tratar de apagarlo. Cuando nos reunimos para instruir y fortalecer a los fieles, no hacemos nada contrario a la profesión monástica."

El emperador no respondió, pero uno de sus criados insultó al varón de Dios y aun le amenazó con matarle. Poco después, el criado cayó en un caldero de agua hirviente; su muerte impresionó tanto al supersticioso Valente, que se negó a prestar oídos a los arrianos, quienes le aconsejaban que desterrase a San Afraates. También impresionaron mucho al emperador los milagros del santo, el cual curó a muchos hombres y mujeres y, según cuenta la leyenda, devolvió también la salud al caballo favorito del emperador.

Es difícil determinar si el Afraates descrito así por Teodoreto en *Philotheus* y en la *Historia Ecclesiastica* se identifica con el escritor sirio primitivo, cuyas homilías o discursos han llegado hasta nosotros. Todos los historiadores están de acuerdo en que esas homilías datan de 336 a 345. Valente murió en 378 y, según parece, Teodoreto no nació antes de 386. Es difícil suponer que Teodoreto haya sido llevado muy niño a recibir la bendición del autor de las homilías. Por otra parte, apenas sabemos algo de la vida del escritor. Parece que ejerció un cargo eclesiástico y es muy probable que haya sido obispo. El dato de que vivió cerca de Mosul no puede considerarse como fidedigno. El Breviario sirio menciona a un Afraates que murió probablemente en la persecución de Sapor. La mejor edición de las obras de Afraates, con texto sirio y latino, es la *Patrologia Syriaca* de Parisot, vols. I y II. Ver también los artículos de Dom Connolly y F. C. Burkitt en *Journal of Theological Studies*, vols. VI y VII; y Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. IV, pp. 327-342.

SAN JORGE EL JOVEN, OBISPO DE MITILENE (*c.* 816 P.C.)

LESBOS FUE la cuna de varios hombres y una mujer célebres. Pítaco, uno de los siete sabios de Grecia, nació en Mitilene, la capital. El poeta Alceón, la poetisa Safo y el historiador Teófanes nacieron también en la isla. Además, tres santos llamados Jorge gobernaron la sede episcopal en el mismo siglo. Jorge el Joven era un hombre rico que había repartido sus posesiones entre los enfermos y los pobres para entrar al convento. De ahí, fue llamado a dirigir la Iglesia de Lesbos como obispo de Mitilene. Se distinguió por la generosidad de sus limosnas, por su singular humildad y por sus rigurosos y prolongados ayunos.

Las gentes le consideraban como un ángel, pues vivía sin comer ni beber. Desde el principio de la persecución iconoclasta de Leo el Armenio, defendió valientemente la tradición católica, animando a sus fieles a venerar las sagradas imágenes. Ello le valió ser desterrado al Quersoneso, donde murió hacia el año 816. Su cuerpo fue más tarde transladado a Mitilene, donde, según una narración griega, obró tantos milagros, que las gentes empezaron a llamarle "el doctor de las enfermedades incurables y el gran exorcista de los espíritus inmundos".

La información que poseemos sobre San Jorge, basada principalmente en el *Menaion* griego, no es muy satisfactoria. Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, y Nilles, *Kalendarium Manuale*, vol. I, p. 134.

BEATO GERMAN JOSE (1241 P.C.)

UNO DE los místicos alemanes más interesantes de los siglos XII y XIII es el Beato Germán José, no tanto por sus escritos como por sus visiones, que inspiraron más tarde a muchos poetas y pintores.

Germán, para llamarle con su nombre de bautismo, nació en la ciudad de Colonia. Desde los siete años hasta su muerte, que ocurrió a muy avanzada edad, el beato estuvo en trato continuo con los espíritus celestiales. Ya desde muy niño, iba a arrodillarse en una iglesia ante la imagen de Nuestra Señora y conversaba familiarmente con la Virgen y el Niño. En una ocasión les ofreció una manzana y tuvo el gozo de ver que la Madre de Dios extendía la mano para tomarla. Se dice que varias veces fue transladado al paraíso y jugó con el Niño Jesús y con los ángeles. Un día helado de invierno acudió a la iglesia sin zapatos, porque sus padres eran muy pobres; una voz, a lo que parece la de la Madre de Dios, le ordenó que levantase una piedra, y el niño encontró ahí dinero para comprarse zapatos.

A los doce años de edad, Germán pidió ser admitido en el convento premonstratense de Steinfeld. Como era todavía muy joven para tomar el hábito, los superiores le enviaron a Frieslandia a estudiar en una de las casas de la orden. Ahí estudió con gran ahínco, aunque deploraba el tiempo que debía consagrar a las letras profanas. El estudio le parecía inútil cuando no le llevaba directamente al conocimiento de Dios. Una vez terminados sus estudios, volvió a Steinfeld, donde hizo la profesión religiosa y fue destinado a servir a sus hermanos en el refectorio. Cumplía escrupulosamente con su oficio, pero sufría de tener tan poco tiempo para orar. La Madre de Dios se le apareció y le dijo que nada podía hacer más agradable a Dios que servir caritativamente a los otros. Más tarde fue nombrado sacristán, oficio que le gustaba mucho, ya que le permitía pasar gran parte del día en la iglesia. Era tan bueno e inocente, que sus hermanos empezaron a llamarle por broma "José". El beato declinaba modestamente ese sobrenombre, hasta que en una visión la Santísima Virgen le puso en el dedo un anillo de esponsales. Tal es la escena que representó Van Dyck en su célebre cuadro. No sabemos cuándo recibió Germán la ordenación sacerdotal; en todo caso, cada celebración del santo sacrificio constituía para él una explosión de misticismo. Con frecuencia era arrebatado en éxtasis. Como los arrobamientos se prolongaban cada vez más, era difícil encontrar quien quisiese ayudarle la misa. El beato se ganó el amor de sus hermanos por su solicitud. A pesar de sus visiones, tenía mucho sentido práctico y era un excelente mecáni-

co; así pues, iba de convento en convento reparando los relojes. Se cuenta que compuso también cierto número de oraciones e himnos y uno o dos tratados místicos. Su tratado sobre el Cantar de los Cantares, que no ha llegado hasta nosotros, fue muy admirado. También compuso un himno en honor de Santa Ursula y sus compañeras, cuyas supuestas reliquias se conservaban en Colonia. El Beato Germán trabajó mucho por propagar el culto de la santa. Probablemente los dos libros de revelaciones sobre la vida y la muerte de Santa Ursula y sus compañeras, que se han atribuido al beato, se deben a la pluma de otro autor. Algunos historiadores sostienen que esos dos libros no son más que una parodia jocosa de mal gusto.

El Beato Germán José no había sido nunca robusto, y sus ayunos y austeridades debilitaron todavía más su salud. Tenía frecuentes jaquecas y tan mala digestión, que apenas podía comer; era verdaderamente un esqueleto viviente. Sin embargo, al fin de su vida, Dios le concedió nueve años de mejoría, que el beato aprovechó para escribir. En 1241, sus superiores le enviaron a celebrar los oficios de Semana Santa y Pascua en el convento de religiosas cistercienses de Hoven; ahí le sorprendió su última enfermedad. El proceso de canonización de Germán José no se llevó nunca al cabo, pero la Iglesia aprobó oficialmente su culto.

Felizmente existe una detallada biografía del beato, escrita por uno de sus contemporáneos, que fue tal vez prior de Steinfeld. Puede leerse, junto con otros documentos, en *Acta Sanctorum*, abril, vol. I. En épocas posteriores se hicieron varios resúmenes y adaptaciones de la biografía primitiva; el más notable es el de Raso Bonus Vicinus (Goetgebuer). La leyenda, tal como la presenta en alemán F. Kaulen, tiene un encanto sencillo que recuerda las Florecillas de San Francisco de Asís. Existen varias biografías modernas de tipo popular; en alemán la de Pösl; en francés las de Timmermans (1900) y la de Petit (1929). Ver también a Michael en *Geschichte des deutschen Volkes...*, vol. III, pp. 211 ss; R. van Waefelghem, *Répertoire de l'Ordre de Prémontré* (1930), e *Histoire littéraire de la France*, vol. XXI, p. 583.

BEATA URSULINA, VIRGEN (1410 (P.C.)

LA MÁS joven y no la menos intrépida de las mujeres que trataron de poner fin a los escándalos del "cautiverio de Babilonia" en Aviñón y del cisma de occidente, fue la Beata Ursulina de Parma. Desde los diez años había tenido visiones y experiencias místicas. A los quince años, oyó una voz que le ordenó repetidas veces que fuera a Aviñón a persuadir a Clemente VII para que abdicase. El día de Pascua tuvo una visión que acabó de decidirla a emprender el viaje. Con otras dos compañeras, además de su madre, quien la siguió en todos sus viajes, la joven cruzó valientemente los Alpes y consiguió varias entrevistas con Clemente VII. Sus esfuerzos resultaron infructuosos y Uruslina volvió a Parma. Muy poco después, partió a Roma para ver al legítimo Papa Bonifacio IX, quien la recibió amablemente y, según parece, la animó a visitar de nuevo a su rival. Ursulina retornó, pues, a Aviñón, pero tropezó otra vez contra la obstinación de Clemente; además, fue acusada de hechicería, separada de su madre y estuvo a punto de ser condenada. Ursulina hizo aún otro viaje a Roma y una peregrinación a Tierra Santa. Si ella y su madre esperaban establecerse definitivamente en Parma a la vuelta de Palestina, debieron quedar decepcionadas, ya que la guerra civil las obligó a salir de su ciudad natal. Se dirigieron entonces a Bolo-

nia y luego a Verona, donde la beata parece haber vivido hasta su muerte, acaecida a los treinta y cinco años de edad.

Casi nuestra única fuente de información es la biografía que escribió en latín Simón Zanachi, un cartujo de Parma. Puede verse en *Acta Sanctorum*, abril, vol. I. En 1897, H. M. Girofani publicó una adaptación popular de dicha biografía, con el título de *Vita e Viaggi della B. Orsolina di Parma.*

BEATO GUILLERMO DE SCICLI (1411 P.C.)

GUILLERMO Cufitella era terciario franciscano. Abrazó la vida eremítica en Scicli de Sicilia y pasó casi setenta años en una pequeña celda, entregado a la oración y penitencia. Se alimentaba de las verduras que cultivaba en su huertecito y de las limosnas que los fieles le llevaban. Rara vez salía de su ermita, si no era para asistir a los enfermos pobres, por quienes sentía gran compasión, o para ir a la cercana capilla de Nuestra Señora de la Misericordia, que le había sido confiada. Muchas gentes iban a buscar su consejo y dirección. Una estrecha amistad unía a Guillermo con el Beato Conrado de Piacenza, quien viajaba de Pizzoni a Scicli a pasar la cuaresma con él.

El Beato Guillermo murió a los noventa y cinco años de edad. Al oír las campanas, los vecinos de Scicli acudieron a la ermita; ahí encontraron al siervo de Dios ya muerto, pero todavía de rodillas, con las manos juntas y bañado por una luz celestial. La ciudad, que nombró a Guillermo su protector, en acción de gracias por haberla preservado de la peste, todavía celebra su fiesta. El culto del beato fue aprobado en 1537.

Ver *Acta Sanctorum*, abril 4, vol. I, donde hay algunos documentos del proceso de beatificación; cf. también Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 34-35.

BEATOS ALEJANDRO RAWLINS y ENRIQUE WALPOLE, MÁRTIRES (1595 P.C.)

ALEJANDRO Rawlins, sacerdote diocesano y Enrique Walpole, jesuita, sufrieron juntos el martirio en 1595. Ambos eran de buena familia; el primero había nacido entre Worcestershire y Gloucestershire; el segundo en Norfolk. Según parece, Rawlins entró directamente al Colegio Inglés de Reims con intención de prepararse para el sacerdocio. Walpole estudió leyes en Cambridge y vivió en Gray's Inn. Dándose cuenta de que las autoridades sospechaban de él y sintiéndose llamado al sacerdocio, fue primero a Reims y luego a Roma, donde ingresó en la Compañía de Jesús. Después de sus últimos votos, fue como misionero a Lorena y más tarde a los Países Bajos; ahí los calvinistas le tuvieron prisionero durante un año. Cuando salió de la prisión, pidió a sus superiores que le mandasen a la misión de Inglaterra, pero éstos le nombraron profesor de inglés en los seminarios de Sevilla y de Valladolid. Después fue nuevamente a misionar en Flandes. Finalmente, recibió de sus superiores la autorización de partir a Inglaterra. Desembarcó en Flamborough Head, el 4 de diciembre de 1593; menos de veinticuatro horas más tarde, fue arrestado y trasladado a York.

En los interrogatarios el P. Walpole confesó abiertamente que era sacerdote de la Compañía de Jesús y que había ido a Inglaterra a salvar almas. De York fue enviado a la Torre de Londres, donde le torturaron catorce veces. Según

parece, no se mostró muy valiente en la prueba, pero lo cierto es que no denunció a nadie ni abjuró de la fe. La crueldad del verdugo Topcliffe era tan grande, que uno de los carceleros, compadecido del beato, le dio un colchón de paja y avisó a sus amigos que el P. Walpole no tenía ni cama, ni cobertores, a pesar del frío del invierno. Al cabo de un año de prisión, el P. Walpole fue nuevamente trasladado a York. El juicio tuvo lugar a mediados de la cuaresma, y el beato fue condenado a muerte por delito de traición. Los jueces condenaron al mismo tiempo al P. Rawlins, quien había ejercido el ministerio sacerdotal en Inglaterra desde marzo de 1590, inmediatamente después de su ordenación y había sido arrestado por la época en que el P. Walpole volvió de la Torre de Londres al castillo de York. Fueron conducidos al sitio de la ejecución en el mismo carro; pero, para que no tuviesen el consuelo de hablarse, los verdugos colocaron la cabeza del uno entre las piernas del otro. El Beato Alejandro Rawlins fue ejecutado primero. Aunque los verdugos le obligaron a presenciar el bárbaro martirio de su compañero, el Beato Enrique Walpole demostró el mismo valor que su hermano en el sacerdocio.

Ver Challoner, MMP., pp. 217-227; acerca del P. Walpole, véanse las pubicaciones de la Catholic Record Society, vol. v, *Documents relating to the English Martyrs*, pp. 244-269, etc. Cf. también A. Jessopp, *One Generation of a Norfolk House* (1878), y la autobiografía de John Gerard (1951).

BEATOS EDUARDO OLDCORNE y RODOLFO ASHLEY, MÁRTIRES (1606 P.C.)

EDUARDO OLDCORNE había nacido en York. Hizo sus estudios eclesiásticos primero en Reims y después en Roma. Seis años después de su llegada a la Ciudad Eterna, fue ordenado sacerdote para ir a la misión de Inglaterra. Como tenía gran deseo de entrar en la Compañía de Jesús, el P. Aquaviva, teniendo en cuenta lo peligroso de su misión, le admitió sin los dos años de noviciado. El P. Oldcorne desembarcó en Inglaterra con el P. Gerard. Inmediatamente después se separaron, y el P. Oldcorne se dirigió a Worcester. Ahí trabajó diecisiete años con el nombre de Hall; escapó varias veces, casi milagrosamente, de los perseguidores, reconcilió con la Iglesia a muchos católicos y convirtió a numerosos protestantes. Entre éstos se contaba a Dorotea Abington, dama de honor de la reina Isabel y hermana de un caballero católico, en cuya casa vivió el P. Oldcorne durante su estancia en Worcestershire. La "conspiración de la pólvora" levantó una ola de hostilidad contra los católicos; las autoridades publicaron un decreto contra el P. Garnet, superior de los jesuitas ingleses, a quien consideraban envuelto en la conspiración. El P. Garnet se refugió en Henlip, junto con el P. Oldcorne. Con la esperanza de salvar la vida, un prisionero católico denunció el escondite de los dos sacerdotes. El P. Oldcorne fue conducido a Worcester y después a la Torre de Londres. Aunque le torturaron cinco veces en el potro, el mártir declaró firmemente que no había participado en la "conspiración de la pólvora" ni había estado al tanto de ella. A pesar de eso, los jueces le condenaron a ser colgado, arrastrado y descuartizado. Junto con él, fue martirizado su criado, Rodolfo Ashley, hermano lego de la Compañía de Jesús, cuya única acusación era haber estado al servicio del P. Oldcorne. Littleton, el hombre que había denunciado al P. Oldcorne y por cuyo testimonio

se condenó al mártir, pidió públicamente perdón de su traición y murió con los dos jesuitas. El Beato Eduardo fue descuartizado vivo; sus miembros fueron expuestos al público en las puertas de la ciudad.

Ver Challoner, MMP., pp. 289-291; John Morris, *Life of Father John Gerard*; Foley, REPSJ., vol. IV; y *la autobiografía del P. Gerard* (1951).

8: SAN DIONISIO, Obispo de Corinto (*c.* 180 p.c.)

SAN DIONISIO, obispo de Corinto durante el reinado del emperador Marco Aurelio, fue uno de los más distinguidos hombres de Iglesia del siglo II. Además de instruir y guiar a su grey, escribió cartas a las Iglesias de Atenas, Lacedemonia, Nicomedia, Knosos y Roma, a los cristianos de Sortina y Amastris y a una dama llamada Crisófora. Los escasos fragmentos de las obras de San Dionisio que han llegado hasta nosotros, se hallan en la "Historia Eclesiástica" de Eusebio. En una carta en que agradece a la Iglesia de Roma, entonces gobernada por San Sotero, las limosnas que no dejó de enviarle, escribe San Dionisio: "Desde los primeros tiempos habéis practicado la limosna y ayudado a las Iglesias necesitadas. Siguiendo el ejemplo de vuestros padres, socorréis a los pobres, especialmente a los que trabajan en las minas. Vuestro santo obispo Sotero no cede en nada a sus predecesores, sino que les aventaja. La paternal solicitud con que consuela y aconseja a cuantos se acercan a él, es de todos conocida. Esta mañana celebramos en comunidad el día del Señor y leímos vuestra carta, así como la que antes nos había escrito Clemente". Esto significa que en la Iglesia de Corinto se leyó aquella carta de instrucción, después de leerse la Sagrada Escritura y de celebrarse los sagrados misterios. Casi todas las herejías de los tres primeros siglos provenían de los principios de la filosofía pagana. San Dionisio se dedicó a hacerlo notar y a descubrir la escuela filosófica que había dado origen a cada herejía. Al hablar de la escuela de los marcionitas, dice: "Nada tiene de extraño que hayan llegado incluso a falsificar el texto de la Sagrada Escritura, puesto que estaban acostumbrados a falsificarlos todos". Aunque es probable que Dionisio haya muerto naturalmente, los griegos le veneran como mártir, por lo mucho que sufrió por la fe.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, donde se cita el texto de Eusebio; Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. I, pp. 235 y 785; DCB., vol. I, pp. 849-850; DAC, vol. VIII, cc. 2745-2747.

SAN PERPETUO, Obispo de Tours (*c.* 494 p.c.)

SAN PERPETUO sucedió a Eustoquio en la sede de Tours. Durante los treinta o más años que gobernó la diócesis, luchó mucho por propagar la fe, imponer la disciplina y determinar los ayunos y fiestas en su territorio. Entre otras cosas, decidió que se observara el ayuno un día por semana, probablemente el lunes, desde la fiesta de San Martín hasta la Navidad. San Gregorio de Tours, que escribió un siglo más tarde, dice que estas disposiciones se observaban todavía en su época. San Perpetuo profesaba gran devoción a San Martín de Tours,

en cuyo honor construyó o ensanchó la basílica que lleva su nombre. Como la iglesia que San Bricio había construido sobre la tumba de San Martín resultaba demasiado pequeña para el número de peregrinos, San Perpetuo mandó trasladar las reliquias a la nueva basílica, cuya consagración tuvo lugar hacia el año 491. La construcción había durado veintidós años.

Se dice que el dolor que causaron al santo las invasiones de los godos y la propagación del arrianismo apresuraron su muerte. Unos quince años antes, había escrito su testamento; en caso de ser genuino, el documento sería de gran importancia. En él perdona el santo a todos sus deudores y concede la libertad a sus esclavos; deja a su iglesia su biblioteca y varias fincas, establece una fundación para las lámparas de la iglesia y la compra de vasos sagrados y señala a los pobres como herederos del resto de sus posesiones. El testamento empieza con estas palabras: "En el nombre de Jesucristo, Amén. Yo, Perpetuo, pecador, sacerdote de la Iglesia de Tours, no queriendo morir sin hacer testamento para evitar que los pobres queden defraudados..." Al fin del documento, el santo dirige estas palabras a sus herederos. "Vosotros, mis amadísimos hermanos, vosotros los pobres, los necesitados, los enfermos, las viudas y los huérfanos, vosotros que fuisteis mi alegría y mi corona, sois también mis herederos. Os dejo todo lo que tengo, excepto las cosas que he indicado más arriba. Os dejo mis campos, pastizales, viñedos, casas, jardines, aguas, molinos, oro, plata y vestidos..." Perpetuo dejó a su hermana, Fidia Julia Perpetua, una crucecita de oro con algunas reliquias; a una iglesia, una píxide de plata para el Santísimo Sacramento. Por la manera como se expresa el santo acerca de la píxide, se puede suponer que en aquella época prevalecía la costumbre de reservar al Santísimo Sacramento en una caja en forma de nave, que se colgaba encima del altar.

Es una pena tener que advertir que este documento, cuya autenticidad aceptaban d'Achéry, Henschenius, Alban Butler y aun el "Diccionario de Biografías Cristianas" de 1887, es una falsificación del siglo XVII, debida a la pluma del desvergonzado Jerónimo Vigner. Esto demuestra una vez más la necesidad de estudiar críticamente las fuentes hagiográficas de todas las épocas.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. I; y cf. *Analecta Bollandiana*, vol. XXXVIII (1920), pp. 121-128, y Duchesne *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 300-301. Sobre el pretendido testamento de San Perpetuo, ver Havet, *Bibliotheque de l'Ecole de Chartres*, vol. XLVI (1885), pp. 207-224. También el epitafio, que se creía genuino, es una falsificación.

SAN GUALTERIO o WALTERIO DE PONTOISE, ABAD (1095 P.C.)

NO ES raro encontrar en la historia de los santos a hombres y mujeres que se sentían llamados a la soledad y sin embargo, obedeciendo a una autoridad superior, se vieron obligados a cargar con pesadas responsabilidades en un mundo para el que no estaban hechos. Tal es el caso de San Gualterio de Pontoise. Nacido en Picardía, se educó en varias universidades y había llegado a ocupar la cátedra de filosofía y retórica. Abrazó la vida religiosa en la abadía de Rebais-en-Brie, y el rey Felipe I le obligó a aceptar el cargo de abad en un monasterio de las proximidades de Pontoise. Aun cuando, según la costumbre de la época, había recibido la investidura de manos del monarca, el nuevo abad puso las cosas en su lugar, diciendo: "Mi autoridad proviene de Dios y no de Vuestra Majestad." Lejos de sentirse ofendido, el rey aprobó las palabras

del santo. Molesto por las muestras de veneración que le prodigaban los nobles, San Gualterio huyó, algún tiempo después de Pontoise y se refugió en Cluny. San Hugo era entonces abad del célebre monasterio, donde San Gualterio esperaba llevar una vida retirada; pero sus monjes descubrieron su escondite y le llevaron de nuevo a Pontoise. Gualterio abandonaba a veces el cuidado de los asuntos a su cargo para retirarse a una cueva de los terrenos de la abadía; cuando sus numerosos visitantes descubrieron dónde se escondía, el santo huyó nuevamente; pero, aunque se refugió en una ermita, situada en una isla del Loira, pronto se vio obligado a volver al monasterio.

Al poco tiempo, fue a Roma a pedir al Papa que le permitiese renunciar a su cargo. En vez de concedérselo, San Gregorio le exhortó a hacer fructificar sus talentos en el desempeño de su oficio. Gualterio no tuvo más remedio que resignarse. Por otra parte, si no podía practicar todas las mortificaciones de la vida eremítica, no le faltaron, en cambio, las persecuciones por haberse opuesto valientemente a la simonía y a los abusos del clero. En una ocasión, sus enemigos le molieron a golpes y le encarcelaron; pero sus partidarios le pusieron en libertad. En sus últimos años, San Gualterio acrecentó las penitencias; rara vez se sentaba en la iglesia y, cuando las piernas empezaron a flaquearle por la edad, permanecía en pie, apoyado en su bastón. Cuando los otros monjes se retiraban, después del oficio de media noche, el santo se quedaba en la iglesia, sumido en la contemplación; más de una vez los monjes le encontraron por la mañana, en el suelo, arrebatado en éxtasis. Su última obra fue la fundación de un convento de religiosas en Bertaucourt, en honor de Nuestra Señora. Aunque dejó construida la iglesia y una parte de la casa, murió antes de la inauguración del convento, el Viernes Santo de 1095.

Los bolandistas (*Acta Sanctorum*, abril, vol I) y Mabillon publicaron dos biografías escritas, según parece, por contemporáneos del santo. I. Hess publicó un texto más correcto de la primera y más antigua de esas biografías, en *Studien und Mittheilungen aus dem Benedictiner und dem Cistercienser Orden*, vol. XX (1899), pp. 297-406.

BEATO CLEMENTE DE OSIMO (1291 P.C.)

El Beato Clemente nació probablemente en San Elpidio de la Marca de Ancona. Su nombre está relacionado con el de la ciudad de Osimo, porque debió vivir en ella bastante tiempo. En 1270 y 1284, fue elegido prior general de los Ermitaños de San Agustín, cuyas constituciones redactó o revisó; por ello se le considera como segundo fundador de la orden. Se dice que fue también confesor del cardenal Benito Gaetani, quien fue después Papa con el nombre de Bonifacio VII. En todo caso, dicho Pontífice tenía en alta estima al beato. Clemente murió, ya muy anciano, en Orvieto. Jordán de Quedlinburg afirma que el Papa Nicolás IV mandó construir un relicario para los restos del beato, por los muchos milagros que éste había obrado; con esa ocasión, la municipalidad de Orvieto tuvo que mandar derribar varias casas y ensanchar el camino que llevaba a la iglesia del convento a fin de que la multitud pudiese pasar.

Poco sabemos sobre el Beato Clemente, como sucede con la mayoría de los siervos de Dios de la Orden de San Agustín. El corto artículo de *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, se basa en las *Vitae Fratrum de Jordán* de Quedlinburg. Ver también Hélyot, *Ordres Monastiques*, vol. III (1721), pp. 15-16.

BEATO JULIAN DE SAN AGUSTIN (1606 P.C.)

El Beato Julián Martinet, descendiente de una antigua familia de caballeros franceses, nació en Medinaceli, en Castilla. Las difíciles circunstancias económicas por las que atravesaba su padre obligaron a Julián a entrar de aprendiz en un taller de sastrería. Siendo todavía muy joven, abrazó la vida religiosa en el convento d[redacted]franciscanos de su ciudad natal. Su tendencia a las prácticas de devoción extravagantes y a las penitencias exageradas hicieron pensar a sus superiores que se trataba de un desequilibrado y le despidieron del convento. Julián pasó de Medinaceli a Santorcaz, donde ejerció su oficio. Ahí conoció al P. Francisco de Torres, cuando éste predicaba una misión. El misionero reconoció las cualidades del joven y le convirtió en su colaborador. Durante el resto de la misión, Julián se dedicó a recorrer las calles, sonando una campana para invitar a los habitantes a los sermones. El P. Torres consiguió que el convento franciscano de Nuestra Señora de Salceda abriese sus puertas al joven. Pero la historia volvió a repetirse; los superiores creyeron que Julián era un desequilibrado y le despidieron. Decepcionado, pero sin darse por vencido, Julián se retiró a practicar la austeridad en una ermita solitaria, de la que sólo salía para ir con los otros mendigos a pedir un poco de pan al convento.

Al cabo de un tiempo, la fama de santidad del ermitaño movió a los franciscanos a admitirle por tercera vez. El beato hizo la profesión religiosa al fin de un año de noviciado y tomó el nombre de Julián de San Agustín. Nunca se ordenó sacerdote. Los superiores le permitieron entregarse con toda libertad a la penitencia. Julián se mortificaba con cuantos instrumentos de penitencia encontraba; sólo dormía unas cuantas horas, al aire libre, o reclinado contra un muro, o en uno de los confesionarios de la iglesia. El P. Torres le empleaba, de cuando en cuando, en sus misiones. El beato poseía una elocuencia sencilla que llegaba al corazón. Su fama se extendió rápidamente, y la reina Margarita, madre de Felipe IV, manifestó el deseo de conocerle. Muy contra su voluntad, Julián tuvo que obedecer a sus superiores e ir a la corte; pero estaba tan intimidado, que no pudo pronunciar una sola palabra. En 1606, le sobrecogió una grave enfermedad a dos leguas de Alcalá de Henares; rehusándose a admitir que le transportasen en un carruaje, el beato se arrastró hasta el convento de San Diego, donde murió. El pueblo empezó inmediatamente a venerarle como santo, pero no fue oficialmente beatificado sino hasta 1825.

La fuente más fidedigna sobre la vida del Beato Julián son los documentos del proceso de beatificación. Basándose en ellos, el P. José Vidal publicó en 1825 una biografía popular en italiano. Ver también Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 47-59; y Mazzara, *Leggendario Francescano*, vol. I (1676), pp. 518-520.

BEATA JULIA BILLIART, Virgen Cofundadora del Instituto de Nuestra Señora de Namur (1816 P.C.)

El cardenal Sterckx calificó la fundación del Instituto de Nuestra Señora, de "explosión del espíritu apostólico en el corazón de una mujer que sabía creer y amar." Esa mujer era la Beata María Rosa Julia Billiart. Se crió en el seno de una familia de agricultores acomodados, que poseían además un pequeño comercio en Cuvilly de Picardía. Ahí nació la beata en 1751. Un tío

suyo, que era el maestro de escuela del pueblo, le enseñó a leer y escribir; pero las delicias de la niña eran las clases de catecismo y las cosas divinas. A los siete años, explicaba ya el catecismo a otros niños menos inteligentes que ella. El párroco del pueblo fomentó esas cualidades y le permitió hacer la primera comunión a los nueve años, cosa excepcional en aquella época. A los catorce años, la autorizó a hacer un voto de castidad. Aunque Juliana tenía que trabajar mucho, pues su familia había sufrido graves pérdidas, encontraba tiempo para visitar a los enfermos, instruir a los ignorantes y hacer oración. Ya desde entonces empezó a llamársele "la Santa de Cuvilly".

Su activa existencia cambió súbitamente a resultas de un accidente. Un día en que Juliana se hallaba sentada junto a su padre, alguien disparó una pistola contra éste desde una ventana; el atentado impresionó tanto a Juliana, que cayó gravemente enferma, sufrió terribles dolores y perdió, poco a poco, el uso de las piernas. La parálisis no hizo más que aumentar su unión con Dios. En el lecho enseñaba el catecismo a los niños, aconsejaba sabiamente a quienes iban a visitarla y exhortaba a todos a la comunión frecuente. A menudo le oían las gentes repetir: "Qu'il est bon le bon Dieu!" (¡Qué bueno es Dios!) En 1790, un sacerdote que había prestado el impío juramento constitucional, sustituyó al párroco de Cuvilly; Julia fue entonces la principal organizadora de un movimiento para aislar al intruso. Esto y el hecho de haber ayudado a esconderse a varios sacerdotes le ganaron el odio de los jacobinos, quienes llegaron incluso a las amenazas de quemarla viva. Los amigos de la beata la sacaron furtivamente de la casa, la colocaron en un carro de mulas y la trasladaron a Compiegne. Ahí tuvo que cambiar de residencia constantemente. Un día, la beata exclamó en voz alta: "Señor, en la tierra no hay posada para mí. ¿Quieres reservarme un rinconcito en el paraíso?" Las penalidades agravaron de tal suerte su enfermedad, que la beata perdió casi completamente el uso de la palabra durante varios meses.

Sin embargo, Dios le tenía reservado un período de paz. Al fin del reinado del Terror, un antiguo amigo de Julia aprovechó la confusión para trasladarla a Amiens, a la casa del vizconde Blin de Borbón. En esa hospitalaria mansión la beata recobró la palabra. Ahí mismo conoció a una inteligente y culta mujer, Francisca Blin de Borbón, vizcondesa de Gézaincourt, que había de convertirse en su íntima amiga y colaboradora. En la enfermería, donde se celebraba diariamente la misa, se reunía un grupo de mujeres piadosas, inspiradas por el ejemplo de Julia, que consagraban su tiempo y su dinero a las buenas obras. Pero la persecución estalló nuevamente, dispersó al grupo y obligó a la beata a retirarse a una casa de la familia Doria, en Bettencourt. Julia y Francisca recomenzaron ahí sus clases de catecismo y consiguieron que, prácticamente todos los habitantes, cumplieran con sus deberes religiosos.

Allá iba algunas veces a visitarla el P. José Varin, a quien sorprendían la personalidad y las cualidades de Julia. El P. Varin llegó al convencimiento de que Dios iba a obrar grandes cosas por medio de la beata. En cuanto las dos amigas pudieron volver a Amiens, emprendieron, bajo la dirección del P. Varin, la fundación del Instituto de Nuestra Señora. El fin del instituto era, ante todo, el cuidado espiritual de los niños pobres, pero también la educación cristiana de las niñas de todas las clases sociales y la formación de profesoras de catecismo. En ciertos aspectos, las reglas eran muy diferentes a las de otras congregaciones de la época, particularmente por la supresión de la distin-

ción entre las religiosas de coro y las legas. Pronto ingresaron al instituto algunas postulantes, se abrió un orfanatorio y se inauguró una serie de clases de catecismo por la noche. "Hijas mías", decía la beata, "pensad cuán pocos sacerdotes hay actualmente y cuántos niños pobres se debaten en la ignorancia. Tenemos que luchar por ganarlos para Cristo." En 1804, los "Padres de la Fe" predicaron una gran misión en Amiens y confiaron a las hermanas de Nuestra Señora la instrucción da las mujeres. Hacia el fin de la misión, ocurrió un suceso extraordinario. El P. Enfantin pidió a la Beata Julia que se uniese a él en una novena por una intención particular. Al quinto día de la novena, que era el de la fiesta del Sagrado Corazón, el padre se acercó a la beata, quien estaba paralítica desde hacía veintidós años, y le dijo: "Madre, si tiene fe, dé un paso en honor del Sagrado Corazón de Jesús". La beata se levantó al punto y comenzó a caminar.

La salud permitió a la beata no sólo consolidar y extender la fundación, sino ayudar personalmente en las misiones que los "Padres de la Fe" predicaron en otros pueblos, hasta que el gobierno le prohibió ocuparse en ello. La labor educacional del instituto siguió creciendo rápidamente; se inauguraron los conventos de Namur, Gante y Tournai y todo parecía ir viento en popa, cuando un acontecimiento puso en peligro la vida misma de la congregación. El P. Varin había sido trasladado de Amiens a otra ciudad. En el oficio de confesor de las hermanas de Nuestra Señora, fue a sustituirle un sacerdote joven, inteligente, pero poco juicioso y muy pagado de sí mismo, quien trató de modificar las reglas de la congregación. Como la fundadora se opusiese, modestamente, el sacerdote se convirtió en enemigo personal suyo y consiguió alejar de la beata a muchas personas que hasta entonces habían visto la fundación con buenos ojos. Entre esas personas se contaba el obispo de Amiens, quien prácticamente exigió que la madre Julia saliese de su diócesis. La beata tuvo que retirarse con casi todas sus religiosas, al convento de Namur, donde el obispo de la ciudad las recibió cordialmente. Al poco tiempo, la madre Julia fue reivindicada y el obispo de Amiens la invitó a volver a la ciudad; pero las dificultades prácticas de un nuevo cambio de residencia decidieron a la beata a establecer definitivamente la casa madre en Namur. La santa religiosa pasó los siete últimos años de su vida formando a sus hijas y fundando nuevos conventos. Cuando murió, la congregación contaba ya con quince casas. El obispo de Namur, que conocía bien a la beata, dijo: "La madre Julia es una de esas almas que pueden hacer por la Iglesia de Dios, en unos cuantos años, más de lo que otros serían capaces de hacer en un siglo." Para dar una idea de su prodigiosa actividad, bastará con decir que realizó no menos de ciento veinte viajes para asuntos de su congregación.

En 1816, la salud de la beata empezó a decaer rápidamente. También la madre Blin de Borbón estaba entonces enferma; pero Dios permitió que recobrase la salud para llevar adelante el trabajo de la madre Julia, quien entregó apaciblemente su alma al Creador el 8 de abril, mientras recitaba el "Magnificat". Su beatificación tuvo lugar en 1906.

Existen numerosas vidas de la beata, en francés, inglés y alemán. No hay que confundir la obra del P. Charles Clair, S. J., *La bse. Mère Julie Billiart* (1906), con otra escrita por una hermana de Nuestra Señora y publicada por el P. James Clare, S. J. En 1907, el P. Griselle hizo una edición corregida y aumentada de la ohra del P. C. Clair, La mejor biografía alemana es la de B. Arens (1908). Entre las biografías más recientes se

cuentan las de T. Réjalot (1922), F. de Chantal, *Julie Billiart and Her Institute,* (1939), y M. G. Carroll, *The Charred Wood* (1951).

9: SANTA MARIA CLEOFAS, MATRONA (Siglo I)

SANTA MARIA Cleofás, cuyo nombre aparace en primer término en el Martirologio Romano, el día de hoy, no tiene fiesta litúrgica universal, pero los pasionistas y los latinos de Palestina la celebran. Parece que era esposa de un hombre llamado Cleofás, quien tal vez se identifica con el Cleofás que acompañó al Señor a Emaús después de la Resurrección. Los comentaristas de la Escritura discuten cuál de las Marías mencionadas en los Evangelios era María Cleofás. El Martirologio Romano dice simplemente: "San Juan Evangelista la llama hermana de María, la Madre de Dios y afirma que estaba con ella al pie de la cruz." Pero no es imposible que la hermana de la Madre de Jesús, mencionada por San Juan (XIX, 25), haya sido otra matrona cuyo nombre desconocemos.

Naturalmente, la leyenda bordó mucho sobre el nombre de María Cleofás en épocas posteriores. Se cuenta que acompañó a España a Santiago el Mayor, que murió en Ciudad Rodrigo y que fue muy venerada en Santiago de Compostela. Otra leyenda, no menos extravagante, cuenta que fue a la Provenza francesa con los Santos Lázaro, María Magdalena y Marta, y que fue sepultada en Saint-Maries, cerca de la desembocadura del Ródano.

Ver *Acta Sanctorum,* abril, vol. I; Moroni, *Dizionario di Erudizione,* vol. XCIV, pp. 10-60; Vigouroux, *Dictionnaire de la Bible,* vol. IV, cc. 818-819; Durand, *L'Enfance de Jésus-Christ* (1908).

SAN ESIQUIO, MÁRTIR (362 P.C.)

ESIQUIO, originario de Cesarea, en Capadocia, acababa de casarse, cuando Juliano el Apóstata, que iba de paso a Antioquía, se detuvo en aquella ciudad. El emperador se asombró al ver que casi todos los habitantes eran cristianos y montó en cólera cuando le informaron que acababan de destruir el templo de la diosa Fortuna. A todos los que creyó autores de tal acto los condenó a muerte o al exilio. Según el historiador Sozomeno, Esiquio se encontraba entre esos mártires y pereció en el año 362.

El Apóstata ordenó a los habitantes que reconstruyeran el templo arrasado; pero en lugar de obedecerle, levantaron una iglesia al verdadero Dios, bajo la advocación de San Esiquio. Ocho años más tarde, San Basilio de Cesarea, celebró la fiesta del santo mártir, el 9 de abril, y convocó a ella a todos los obispos del Ponto.

Al nombre de Esiquio está asociado el de Dámaso.

Se ha señalado en Cesarea de Capadocia a otro mártir de nombre Esiquio, "Martirologio Romano", 7 de septiembre, que había sido martirizado por el emperador Adriano. El R. P. Stilting, *Act. Sant.,* septiembre, vol. III, p. 7, se pregunta si son efectivamente dos mártires diferentes, como lo indica la referencia a dos emperadores, Juliano y Adrián. H. Delehaye, "Orígenes del culto de los mártires", p. 205, opina que hay que identificarlos: él se documentó en las cartas de San Basilio en donde se hace referencia al santo mártir ligado al 7 ó al 15 de septiembre. Pero por otra parte según el *Synaxaire de Constantinople,* col. 593 y 596, hay otro Esiquio los días 9 y 10 de abril.

Acta Sanctorum. 9 de abril. San Basilio, "Cartas" en P.G., vol. XXVII. Ver también San Gregorio Nazianceno, P. G., vol. XXXVII.

SAN HUGO, OBISPO DE ROUEN (730 P.C.)

LA HISTORIA ha conservado pocos detalles sobre la vida de San Hugo de Rouen, cuya fama se debió principalmente a las nobles familias con las que estaba emparentado. Era hijo de Drogo, duque de Borgoña; nieto paterno de Pepino de Heristal y sobrino de Carlos Martel. Fue nombrado "primicerius" de la iglesia de Metz; más tarde la influencia de su tío Carlos le llevó a ocupar las sedes de París, Rouen y Bayeux, así como los cargos de abad de Fontenelle y Jumièges. En aquellos tiempos, por desgracia, no era raro que una persona gozase de varios beneficios eclesiásticos; pero Hugo, en vez de enriquecerse con las rentas de sus beneficios, gastó su propia fortuna, que era muy considerable, en enriquecer las iglesias que gobernó. La crónica de Fontenelle, que es nuestra fuente principal, habla largamente de los generosos dones que el santo obispo hizo a la abadía. San Hugo murió en la abadía de Jumièges, el año 730.

Nuestra principal fuente es la *Gesta Abbatum* de la abadía de Fontenelle. La biografía que escribió el obispo Baudri de Dol, unos cuatrocientos años después de la muerte de San Hugo, carece de valor histórico. Ver *Acta Sanctorum,* abril, vol. I. La biografía de Baudri puede leerse en Migne, PL., vol. CLXVI, cc. 1163-1172. Ver también Duchesne, *Fastes Episcopaux,* vol. II, pp. 208 y 460.

SANTA CASILDA DE TOLEDO, VIRGEN (1007 P.C.)

CASILDA ERA hija de Aldemón, rey de Toledo, cruel enemigo de los cristianos. Mientras su padre enviaba a prisión a los fieles discípulos de Cristo y los dejaba morir en sucias mazmorras, esta joven virgen, llena de compasión por todos los que sufrían, llevaba alimentos a los desgraciados prisioneros. El rey, su padre, tuvo conocimiento de ello y furioso, quiso espiar a su hija para asegurarse de lo que había oído decir. Pero en esa ocasión, iba a renovarse el *milagro del pan* convertido en rosas que encontramos en otras vidas de santos. Así, la joven, autorizada a proseguir su camino después del encuentro con su padre, vio que las flores volvían a convertirse en pan, cuando llegó a la prisión.

Casilda no era sino una catecúmena que deseaba ardientemente recibir la gracia del bautismo. Dios permitió que fuera tocada por un mal incurable y le reveló, en una visión, que recuperaría la salud en Burgos, al bañarse en el lago de San Vicente. Pidió a su padre permiso para ir allí. Este cedió a sus insistentes súplicas, y la curación tuvo lugar. Casilda, para señalar su agradecimento, hizo construir cerca del lago un oratorio y una pequeña habitación en donde, después de hacerse bautizar, pasó en el retiro el resto de su vida. Murió santamente el año de 1007.

Muchos milagros se obraron en su tumba y su culto se extendió por toda España. Tamayo de Salazar inscribió su nombre en el Martirologio, el 9 de abril, día en que tuvo lugar la traslación de sus reliquias a la iglesia de Burgos.

Acta Sanctorum, 9 de abril.

BEATO UBALDO DE FLORENCIA (1315 P.C.)

EN 1276, uno de los más importantes jefes del partido gibelino de Florencia, era el joven Ubaldo Adimari. Rico, favorecido por la naturaleza y de familia muy distinguida. Ubaldo había llevado hasta los treinta años una vida turbulenta y disipada. Pero un día, al oír un sermón de San Felipe Benizi, se sintió movido a penitencia y, en uno de esos arranques de las naturalezas generosas, prometió no volver a llevar armas en toda su vida. San Felipe Benizi le recibió en la Orden de los Servitas. Ubaldo se dedicó a hacer penitencia por sus pecados para vencer su carácter orgulloso y altivo. Con los años llegó a ser tan bondadoso que, en cuanto salía al jardín del monasterio de Monte Senario, los pájaros iban a posarse sobre su cabeza, sus hombros y sus manos. Poseía también el don de milagros. Se cuenta que una vez, al llegar su turno de sacar agua de la fuente para la comida de los monjes, se le rompió el único cántaro que llevaba; Ubaldo transportó entonces el agua en su propio hábito y el líquido alcanzó para satisfacer la sed de todos los monjes.

San Felipe quería mucho a su piadoso discípulo; durante varios años se hizo acompañar por él en sus viajes y le nombró su confesor. Cuando San Felipe enfermó, en Todi, Ubaldo tuvo el presentimiento sobrenatural de que se aproximaba la muerte de su maestro y se apresuró a ir a verle. San Felipe pidió "su libro", y los presentes le dieron la Biblia, el Breviario y el rosario; pero Ubaldo, que le conocía mejor, le alargó el crucifijo, en el que el santo había aprendido toda su sabiduría. San Felipe fijó sus ojos en Cristo hasta que la muerte se los cerró. Ubaldo le sobrevivió treinta años, en Monte Senario. El culto del Beato Ubaldo fue confirmado en 1821.

Ver Gianni-Garbi, *Annales Ordinis Servorum B.V.M.*, vol. I, pp. 228-229; Spörr, *Lebensbilder aus dem Servitenorden*, pp. 437 ss. La mayoría de las vidas de San Felipe Benizi, por ejemplo la de P. Soulier, hablan también de Ubaldo.

BEATO TOMAS DE TOLENTINO, MÁRTIR (1321 P.C.)

ENTRE los primeros misioneros que, a principios del siglo XIV, lucharon por la propagación del cristianismo en el Lejano Oriente, se hallaba el franciscano Tomás de Tolentino. En la India, donde alcanzó la corona del martirio, todavía se venera su memoria. Desde que ingresó en la Orden de los Frailes Menores, siendo todavía muy joven, Tomás se distinguió por su espíritu apostólico. Cuando el gobernador de Armenia pidió al superior general de los minoritas que le enviase algunos misioneros, Tomás fue uno de los cinco escogidos. Dios premió su trabajo con la reconciliación de muchos cismáticos y la conversión de numemerosos infieles. Como los sarracenos constituyesen una seria amenaza para Armenia, Tomás volvió a Europa a pedir ayuda al Papa Nicolás IV y a los reyes de Inglaterra y Francia.

El beato retornó a Armenia con otros doce franciscanos y después pasó a Persia. Más tarde, fue nuevamente enviado a Italia a informar sobre el estado de las misiones al Papa Clemente V, con miras a la penetración de Tartaria y de China. A raíz de su embajada, el Papa nombró a Juan de Monte Corvino, arzobispo y delegado pontificio en el oriente, con otros siete franciscanos como sufragáneos. Entre tanto, el Beato Tomás había vuelto al oriente, lleno de celo

por la conversión de la India y de China. Según parece, se embarcó con rumbo a Ceilán y Catay; pero el viento llevó la nave a la isla de Salsete, cerca de Bombay. Tomás fue hecho prisionero por los sarracenos, con algunos de sus hermanos. El siervo de Dios fue decapitado, después de haber sido azotado y expuesto a los ardientes rayos del sol. El Beato Odorico de Pordenone recobró más tarde su cuerpo y lo trasladó a Xaitou. El culto a Santo Tomás de Tolentino fue aprobado en 1894.

Se conservan algunas cartas de Jordán de Severac y otros autores, en las que se encuentran muchos datos acerca de Tomás de Tolentino. Ver BHL., nn. 8257-8268. Algunas de las cartas se hallan en *Acta Sanctorum*, abril, vol. I y otras en *Analecta Franciscana*, vol. III. Pueden verse otros documentos en los diversos volúmenes de la *Bibliotheca bio-bibliographica della Terra Santa e dell'Oriente Francescano* de Fray Jerónimo Golubovich. Cf. también Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 61-64; y el artículo sobre el Beato Odorico de Pordenone (14 de enero), cuya bibliografía está en gran parte relacionada con Tomás de Tolentino.

BEATO ANTONIO PAVONI, Mártir (1374 p.c.)

Antonio Pavoni nació en Savigliano del Piamonte. Siendo muy joven, entró en el convento de los dominicos de la misma ciudad. La fama de su saber y piedad hizo que le nombrasen inquisidor general del Piamonte y Liguria; con este grado, juzgó y refutó a numerosos enemigos de la fe. Naturalmente, esto le creó muchos enemigos, como el mismo beato lo preveía. En la Pascua de 1374, Antonio Pavoni profetizó su próxima muerte en el pueblecito de Bricherasio. En efecto, pidió al barbero que le resurase bien la tonsura, pues iba a asistir a un matrimonio; el barbero, que estaba muy al día en cuestión de noticias, como todos los de su oficio, le respondió muy sorprendido que no había ningún matrimonio anunciado en la localidad. El beato replicó: "Aunque os parezca extraño, os aseguro que no miento." Pocos días después, cuando salía de la iglesia donde acababa de predicar y celebrar la misa dominical, siete hombres armados cayeron sobre él y le asesinaron. En su sepulcro se obraron muchos milagros, uno de cuyos beneficiarios fue el Beato Haymo Taparelli. En 1856, la Santa Sede autorizó oficialmente el culto del Beato Antonio.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, y *Archivio storico italiano*, tercera serie, vol. XII, pp. 29 ss. En el *Catalogus hagiographicus O.P.* de Taurisano se encontrará una bibliografía más amplia. Hay una corta biografía del beato en Procter, *Lives of the Dominican Saints*, pp. 85-87.

10: SAN BADEMO, Abad (376 p.c.)

Una de las víctimas de la persecución del rey Sapor II de Persia, fue un santo abad, cuyo nombre latinizado es Bademo. Era originario de Bethlapat y había fundado, cerca de la ciudad, un monasterio que él mismo gobernó con gran fama de santidad. Fue arrestado con otros siete monjes y condenado a ser golpeado diariamente; el resto del tiempo lo pasaba cargado de cadenas en un oscuro calabozo. Poco después, fue arrestado en la corte de Persia un cristiano llamado Nersano, porque se había negado a adorar al sol.

Nersano resistió valientemente al principio; pero la tortura le hizo flaquear y prometió cumplir la ley. Para probar su sinceridad, Sapor le pidió que ejecutase a Bademo, prometiéndole que si lo hacía, le devolvería todas sus posesiones y le restituiría a la corte. Nersano aceptó, tomó la espada y se dirigió a la celda de Bademo; pero al levantar la espada para descargar el golpe, el terror le paralizó el brazo. Bademo, que no había perdido la serenidad, le dijo, mirándole a los ojos: "Nersano, ¿a qué grado de maldad has llegado? No sólo has negado a Dios, sino que te ofreces a matar a sus servidores. Yo muero con gusto por Jesucristo, pero hubiese querido que fuese otro quien me matase." A pesar de ello, Nersano descargó el golpe, pero con mano tan trémula que hubo de asestarlo varias veces antes de infligirle una herida mortal.

S. E. Assemani, en *Acta Martyrum Orientalium*, dio a conocer el texto sirio de las actas de San Bademo, que después reprodujo Bedjan. El P. Delehaye publicó una traducción griega en *Patrologia Orientalis*, vol. II. Ver también *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, y BHO., 131; BHG., 210.

LOS MARTIRES DE LOS DANESES (*c.* 870 P.C.)

En una de sus numerosas incursiones a Inglaterra, los daneses subieron por el Támesis hasta la abadía de Chertsey, donde asesinaron al abad Beocca, a un sacerdote llamado Héctor y a varios monjes. Se dice que hubo alrededor de noventa víctimas. La Iglesia les considera como mártires, porque los daneses trataron con especial ferocidad a los cristianos. Las matanzas se repitieron en diferentes regiones de Inglaterra. En Medeshamstede, donde se levanta actualmente Peterborough, los daneses asesinaron al abad Hedda con ochenta y tres de sus monjes. Cosas parecidas sucedieron en Bardney, Ely y Croyland, donde probablemente los daneses acabaron con todos los religiosos. En la iglesia de la abadía de Thorney, en Cambridgeshire, se veneraban las reliquias de tres anacoretas, quienes, según la tradición, habían muerto a manos de los daneses el mismo año de 870. Probablemente la falta de datos que se observa en las crónicas, se debe precisamente a que los daneses atacaron sobre todo a los monjes, que eran los únicos hombres cultos de la época.

Sólo existen datos sueltos sobre estas incursiones de los daneses; por ejemplo, en la *Crónica Anglosajona*, en *Gesta Pontificum* de Guillermo de Malmesbury, en Brompton y algunas fuentes más. Ver Stanton, *Menology*, pp. 150-151. Acerca de las invasiones cf. F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England* (1943), pp. 234 ss. La más conocida de las víctimas de los daneses fue el rey San Edmundo (20 de noviembre).

SAN MACARIO DE GANTE (1012 P.C.)

San Macario es muy popular en Flandes, donde el pueblo le venera como patrono contra las epidemias. Sabemos muy poco sobre él. Como sucede con frecuencia cuando se trata de santos no canonizados formalmente, la leyenda sustituye a la historia. Se dice que San Macario fue obispo de Antioquía; no es imposible que el Macario que gobernaba el año 970 la Iglesia de Antioquía de Pisidia, haya nombrado a nuestro santo por sucesor suyo. En todo caso, San Macario no fue nunca arzobispo de Antioquía de Siria. Para huir de los honores que ponían en peligro su humildad, dice la leyenda, Macario distribuyó sus posesio-

nes entre los pobres y partió en una peregrinación a Jerusalén, donde los sarracenos le tomaron prisionero y le torturaron. El santo logró finalmente escapar y atravesó Europa, haciendo milagros. Según se cuenta, pasó por Mainz, Colonia, Malinas, Cambrai y Tournai, hasta llegar a Gante. Ahí le recibieron hospitalariamente los monjes de Saint-Bavon en la casa de huéspedes del convento. San Macario fue víctima de la peste; como la epidemia cesó inmediatamente después de su muerte, tal como él lo había profetizado, se cree que San Macario se ofreció a Dios por los pecados del pueblo.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, donde se hallan dos biografías latinas. La primera de ellas fue escrita por un monje de Gante, llamado Eremboldo, en 1047; la segunda es un documento extravagante que apareció en 1067, cuando se colocaron en un relicario los restos del santo. Cf. el volumen de *Aufsätze* en honor de G. Waitz (1886), pp. 642 ss. En flamenco y en francés existen varias biografías de tipo popular, como la de J. J. de Smet (1867).

SAN FULBERTO, Obispo de Chartres (1029 p.c.)

El mismo San Fulberto afirmaba que había nacido de padres humildes, pero lo único que sabemos de sus primeros años es que nació en Italia y pasó ahí su infancia. Después fue a estudiar a Reims, donde debió distinguirse mucho, ya que el célebre Gerberto, que enseñaba ahí matemáticas y filosofía, le mandó llamar en cuanto subió a la cátedra de San Pedro con el nombre de Silvestre II. A la muerte del Pontífice, Fulberto volvió a Francia. El obispo Odón, de Chartres, le concedió una canonjía y le nombró canciller de su diócesis. También le confió la dirección de las escuelas de la diócesis de Chartres, de las que San Fulberto hizo pronto uno de los centros educacionales más importantes de Francia, a las que acudían estudiantes de Alemania, Italia e Inglaterra. Las gentes consideraban a Fulberto como la reencarnación de Sócrates y Platón, por su extraordinaria inteligencia. El santo se opuso firmemente a las tendencias racionalistas de la época, pero por lo menos uno de sus discípulos, el célebre Berengario, cayó en la herejía. Fulberto fue elegido para suceder al obispo de Chartres, Rogelio. Lleno de humildad, escribió a San Odilón de Cluny que temblaba ante la idea de tener que guiar a otros en el camino de la santidad, en el que él había tropezado con tanta frecuencia; a pesar de ello, tuvo que aceptar el cargo.

La influencia de Fulberto era inmensa. Sin dejar de dirigir las escuelas, se convirtió en el consejero nato de los jefes espirituales y temporales de Francia. El santo se creyó hasta su muerte, inepto para desempeñar el alto cargo que ocupaba; se llamaba a sí mismo "el pequeño obispo de una gran Iglesia". Los asuntos administrativos no le impedían cumplir con sus deberes pastorales; predicaba regularmente en su catedral y luchó mucho por propagar la instrucción en su jurisdicción. La catedral de Chartres se incendió, poco después de la consagración de Fulberto, quien la reconstruyó con tal magnificencia que, hasta la fecha, es una de las glorias de la cristiandad. En esa obra le ayudaron los más diferentes personajes; entre otros, el rey Canuto de Inglaterra contribuyó con una generosa suma. San Fulberto profesaba especial devoción a la Santísima Virgen, en cuyo honor compuso varios himnos. Cuando se inauguró la hermosa catedral, el santo determinó que se celebrase en ella y en toda su diócesis, la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, que se había introducido recientemente.

Como tantas otras grandes figuras en la historia de la Iglesia de aquel siglo, se opuso abiertamente a la simonía y a la práctica de conceder beneficios ecle-

siásticos a los laicos. San Fulberto murió el 10 de abril de 1029, después de casi veintidós años de episcopado. Sus escritos incluyen cierto número de cartas, un corto penitencial, nueve sermones, una colección de los pasajes de la Biblia que se refieren a la Santísima Trinidad, a la Encarnación, a la Eucaristía, y algunos himnos y prosas.

No existe ninguna biografía antigua de San Fulberto; pero sus cartas y las crónicas de la época contienen muchos materiales biográficos. Ver en particular A. Clerval, *Les Ecoles de Chartres au moyen age* (1895), pp. 30-102, y el artículo del mismo autor en DTC., vol. VI (1920), cc. 964-967. Cf. también Pfister, *De Fulberti Carnotensis ep. vita et operibus* (1885). El himno de San Fulberto *Chorus novae Hierusalem* forma parte del Breviario Saro. Las obras del santo se hallan en Migne, PL., vol. CXLI. En J. de Ghellinck, *Le Mouvement Théologique du XIIe. Siècle* (1914), pp. 31-38, se encontrarán algunas observaciones importantes.

SAN PATERNO DE ABDINGHOF (1058 P.C.)

MUCHOS escritores eclesiásticos hablan de San Paterno, el solitario, cuya muerte causó profunda impresión entre sus contemporáneos, particularmente en San Pedro Damián y en el Beato Mariano Escoto. Probablemente era de origen irlandés, pero vivió en Westfalia, donde fue uno de los primeros monjes del monasterio de Abdinghof, fundado por San Meinwerk. Sintiéndose llamado al retiro absoluto, obtuvo permiso de amurallarse dentro de una celda próxima a la abadía. Profetizó que el fuego destruiría a la ciudad en el espacio de un mes, si los habitantes no hacían penitencia por sus pecados. Las gentes se burlaron de él; pero el viernes anterior al Domingo de Ramos de 1058, estallaron simultáneamente siete incendios y la ciudad quedó completamente destruida, junto con el monasterio. Los monjes consiguieron salvarse, excepto San Paterno, quien se rehusó a quebrantar su voto de reclusión perpetua. Murió quemado, o tal vez sofocado por el humo. Mariano Escoto cuenta que visitó las ruinas quince días después de la conflagración y oró en el sitio en que San Paterno había sufrido y muerto.

Las pocas noticias que poseemos sobre el santo se hallan en *Acta Sanctorum*, abril, vol. I, y en Mabillon. Provienen sobre todo de Mariano Escoto y Pedro Damián. Ver Grève, *Geschichte der Benedict. Abtei Abdinghof* (1894), pp. 33-34; y Gougaud, *Gaelic Pioneers of Christianity*, p. 89.

SAN MIGUEL DE SANCTIS (1625 P.C.)

MIGUEL nació en Vich, en Cataluña, en 1589 o 1591. A los seis años de edad, anunció que un día sería monje. Como su madre le relatase la vida de San Francisco de Asís, el niño se dedicó a imitar al santo en una forma exagerada. Naturalmente, sus padres calmaron un poco su fervor, pero el niño no perdió por ello su devoción a San Francisco. A la muerte de sus padres, Miguel quedó bajo la tutela de un tío suyo, quien le puso al servicio de un mercader. Miguel cumplía perfectamente con sus obligaciones, pero reservaba todo su tiempo libre para sus devociones. Siempre que podía, asistía al oficio divino y rezaba diariamente el oficio parvo de Nuestra Señora. El comerciante con el que trabajaba, muy edificado, ponía a Miguel como ejemplo a su propia familia y no se opuso a que el joven ingresase en el convento de los Trinitarios de Barcelona. Miguel

hizo su profesión religiosa en el monasterio de San Lamberto, en Zaragoza, en 1607.

Por aquella época, muchos de los trinitarios de España habían abrazado la reforma trinitaria del Beato Juan Bautista de la Concepción. Dichos religiosos demostraban su deseo de mayor austeridad con el uso de sandalias en vez de zapatos. Uno de esos frailes fue a recibir las sagradas órdenes en el convento de San Lamberto y su ejemplo movió a Miguel a seguirle en esa vida de penitencia. Sus superiores le concedieron el permiso necesario. Miguel entró, pues, en el noviciado de Madrid y algún tiempo después, renovó sus votos en Alcalá. Hizo sus estudios en Sevilla y Salamanca, donde recibió la ordenación sacerdotal. Dos veces fue elegido superior del convento de Valladolid, por su virtud y prudencia. Sus religiosos le querían como a un padre y le veneraban como a un santo. Miguel se distinguió por su devoción al Santísimo Sacramento. Varias veces fue arrebatado en éxtasis durante la misa. Dios obró por su medio muchos milagros, tanto durante su vida, como después de su muerte, ocurrida el 10 de abril de 1625, cuando el santo no tenía sino treinta y seis años. La canonización se llevó a cabo en 1862. El Martirologio Romano dice que San Miguel de Sanctis "se distinguió por su inocencia de vida, su maravillosa penitencia y su amor a Dios."

En 1779, año de la beatificación de Miguel de Sanctis, el postulador de la causa, Fray Niccolo della Vergine, publicó una obra titulada *Ristretto istorico della vita, virtu e miracoli del B. Michele de Santi,* en la que da algunos detalles sobre las levitaciones del santo. Fray Antonino de la Asunción, descubrió y publicó un tratado sobre *La Paz del Alma,* escrito por San Miguel. La Orden Trinitaria celebra su fiesta el 5 de julio.

BEATO ANTONIO NEYROT, MÁRTIR (1460 P.C.)

ANTONIO NEYROT nació en Rívoli del Piamonte. Ingresó en el convento dominicano de San Marcos en Florencia, del que San Antonino era superior. Después de hacer su profesión religiosa, fue enviado a una de las casas de la orden en Sicilia. Los piratas se apoderaron de la nave, entre Nápoles y Sicilia; el beato fue vendido como esclavo en Túnez. Logró finalmente que le libertasen, pero cayó en una esclavitud todavía peor, pues el estudio del Corán le hizo perder la fe y abrazar la religión de Mahoma. Algunos meses después, comprendió súbitamente su error, gracias, según se cuenta, a una aparición de San Antonino. Lleno de contrición, repudió a su esposa, hizo penitencia y volvió a rezar diariamente el oficio divino. Más tarde, vestido con su hábito de fraile, se presentó ante el gobernador de Túnez y, en presencia de una gran multitud, abjuró de la herejía y proclamó que el cristianismo era la única religión verdadera. Las razones, las promesas y las amenazas no le hicieron mella alguna. Entonces el juez le condenó a muerte. El beato fue apedreado y descuartizado por la espada; murió arrodillado en oración, con las manos levantadas al cielo. Su cadáver fue quemado; unos mercaderes genoveses llevaron a Italia las pocas reliquias que pudieron recoger. El culto al Beato Antonio fue aprobado en 1767.

En *Acta Sanctorum,* agosto, vol. IV, hay dos relatos del martirio del Beato Antonio. En *Analecta Bollandiana,* vol. XXIV (1905), pp. 357-374, se encontrará una fuente todavía más valiosa: se trata de una carta que Pedro Ranzano, provincial de los dominicos de Sicilia, escribió en 1461 al Papa Pío II. Ver también Procter, *Dominican Saints,* pp. 87-90.

BEATO MARCOS FANTUCCI (1479 P.C.)

UNO DE los más distinguidos franciscanos del siglo XV fue el Beato Marco Fantucci de Bolonia. A él se debe, en gran parte, la preservación de la rama de la observancia, que iba a fundirse con la de los conventuales. Era heredero único de una gran fortuna y había recibido una educación excelente, como lo exigía su elevada posición social; pero a los veintiséis años abandonó el mundo para tomar el hábito de San Francisco. Tres años después de su profesión, fue elegido guardián de Monte Colombo, donde San Francisco había recibido del cielo las reglas de su orden. Convirtió ahí a tantos pecadores, que San Juan Capistrano, por entonces vicario general de los observantes de Italia, le dio permiso de predicar fuera de su provincia.

Tras de desempeñar dos veces el cargo de provincial, el beato Marcos sucedió a San Juan Capistrano en el oficio de vicario general; exigió celosamente la observancia, y las reformas que realizó tenían por fin reavivar el espíritu del fundador. Después de la toma de Constantinopla, los turcos aprehendieron a numerosos franciscanos; el beato escribió entonces a todos los provinciales, urgiéndoles a que juntasen limosnas para rescatar a sus hermanos; pero no por ello los retiró del peligro, sino que ordenó a todos los misioneros en los sitios amenazados por los turcos, que permaneciesen firmes en sus puestos e hiciesen frente a la tempestad. El Beato Marcos pudo finalmente realizar el proyecto, que había acariciado muchos años, de fundar un convento de Clarisas Pobres en Bolonia. Santa Catalina de Bolonia pasó, con algunas de sus religiosas, de Ferrara a Bolonia para establecerlo, y el Beato Marcos la ayudó eficazmente. Nombrado comisario de su orden, el beato visitó todos los conventos de Candia, Rodas y Palestina. A su vuelta a Italia, fue elegido vicario general por segunda vez. Sin arredrarse ante las dificultades, emprendió largas y fatigosas expediciones a Bosnia, Dalmacia, Austria y Polonia, haciendo a pie largos trechos del camino. El Papa Paulo II intentó nombrarle cardenal, pero el beato huyó a Sicilia para no verse forzado a aceptar un honor que le repugnaba.

El siguiente Papa, Sixto IV, concibió el proyecto de reunir a todos los franciscanos en un cuerpo único, sin exigir ninguna reforma a los conventuales. En la asamblea en que se discutió el asunto, el Beato Marcos empleó toda su elocuencia para disuadir al Pontífice, sin conseguirlo. Entonces, con las lágrimas en los ojos, arrojó el libro de las reglas a los pies de Sixto IV, diciendo: "Seráfico Padre mío, defiende tú mismo tu regla, pues yo soy un miserable, incapaz de defenderla". Acto seguido, abandonó la sala. Ese gesto logró lo que los argumentos no habían conseguido; la asamblea se disolvió, sin llegar a ninguna decisión, y el plan fracasó. En 1479, mientras predicaba una misión de Cuaresma en Piacenza, el beato cayó enfermo. Murió poco después, en el convento de la observancia, en las afueras de la ciudad. Su culto fue confirmado en 1868.

Se habla largamente del Beato Marcos en los *Annales Ordinis Minorum* de Wadding. En Mazzara, *Leggendario Francescano*, vol. I (1676), pp. 431-440, hay un resumen de su vida. Ver también Léon *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 1-13. Faloci Pulignani publicó varias cartas y otros documentos en *Miscellanea francescana*, vol. XIV (1913), y en *Archivum Franciscanum Historicum*, vol. XXI (1928). Según se cuenta, el beato fue uno de los fundadores del "Monte de piedad" para combatir la usura.

SANTOS TERENCIO, POMPEYO y Compañeros, Mártires
(c. 250 p.c.)

Durante la persecución de Decio, Fortunato gobernador de las provincias africanas, publicó el decreto imperial y anunció a la población de Cartago: "¡Sacrificad a los dioses o preparáos al suplicio!", e hizo una demostración de los instrumentos de tortura. Muchos cristianos, atemorizados renunciaron a su fe, pero hubo cuarenta que se mantuvieron firmes. Fortunato los hizo comparecer ante su tribunal para echarles en cara su obstinación. Entonces habló en nombre de los cristianos un joven llamado Terencio, con estas palabras: "Jesucristo es el Hijo de Dios, que murió en la cruz para salvarnos. Es a El a quien adoramos". El gobernador repuso: "¡Adorad a nuestros dioses o moriréis!" "Hablo por mí y por mis hermanos, repuso Terencio, ninguno de nosotros es tan cobarde para abandonar a Jesucristo y adorar a tus dioses de piedra. Haz lo que quieras".

El gobernador ordenó que los cuarenta cristianos fueran conducidos desnudos a la explanada del templo de Hércules, donde reiteró sus amenazas, pero como los cristianos permanecieron firmes, mandó que Terencio, Pompeyo, Africano y Máximo fueran azotados hasta que invocaran el nombre de Hércules. Ante la firmeza de los cuatro, mandó que los arrojaran a la hoguera en presencia de sus compañeros. Entre las llamas los mártires de Cristo, entonaron el himno de los Macabeos. Terminado el suplicio, Fortunato, trató de hacer apostatar a los treinta y seis restantes sin mayor éxito; los envió a prisión cargados de cadenas y sucesivamente, uno por uno, alcanzaron la gloria del martirio, por la espada y por el fuego.

Los restos de estos mártires fueron recogidos por los cristianos y sepultados en Cartago hasta el siglo IV, cuando fueron trasladados a Constantinopla. Sus nombres se encuentran registrados en diversas fechas de los *sinaxarios*. El Martirologio Romano los inscribió el 10 de abril.

Ver *Acta Sanctorum*, 10 de abril; los textos griegos de P.G., vol. cxv col. 96. Sus "actas" están en Tillemont *Mémoire Hist. Eccl.* vol. iii, pp. 379-390.

11: SAN LEON MAGNO, Papa y Doctor de la Iglesia
(461 p.c.)

La SAGACIDAD de León I, el éxito con que defendió la fe contra las herejías y su intervención ante Atila y Genserico, realzaron el prestigio de la Santa Sede y al Papa le valieron el título de "Magno". La posteridad sólo ha concedido ese título a otros dos Pontífices: San Gregorio I y San Nicolás I. La Iglesia honra a San León entre sus doctores, por sus incomparables obras teológicas, de las que hay muchos extractos en las lecciones del Breviario.

Probablemente la familia de San León era toscana, pero él llamó a Roma su "patria", lo cual nos inclina a pensar que nació en dicha ciudad. No sabemos nada acerca de sus primeros años y desconocemos la fecha de su ordenación. Sus escritos prueban que había recibido una educación excelente, aunque ésta no comprendía el estudio del griego. Fue diácono de los Papas San Celestino I

y Sixto III; ese puesto era tan importante, que San Cirilo le escribía directamente a él, y Casiano le dedicó su tratado contra Nestorio. El año 440, cuando las disputas de los dos generales imperiales, Aecio y Albino, amenazaban con dejar a la Galia a merced de los bárbaros, León fue enviado a mediar entre ellos. Cuando murió Sixto III, San León estaba todavía en Galia; una embajada fue allá a anunciarle que había sido elegido Sumo Pontífice.

La consagración tuvo lugar el 29 de septiembre de 440. Desde el primer momento, San León dio pruebas de sus excepcionales cualidades de pastor y jefe. La predicación era entonces privilegio casi exclusivo de los obispos; San León se dedicó a instruir sistemáticamente al pueblo de Roma para convertirle en ejemplo de las otras Iglesias. Los noventa y seis sermones auténticos de San León que han llegado hasta nosotros, muestran que insistía en la limosna y otros aspectos sociales de la vida cristiana y que explicaba al pueblo la doctrina, particularmente lo relativo a la Encarnación. Afortunadamente, se conservan 143 cartas de San León y otras treinta que le fueron escritas. Por ellas, podemos darnos una idea de la extraordinaria vigilancia con que el santo Pontífice seguía la vida de la Iglesia en todo el Imperio. Al mismo tiempo que combatía a los maniqueos en Roma, escribía al obispo de Aquileya dándole instrucciones sobre la manera de enfrentarse al pelagianismo, que había reaparecido en dicha diócesis.

Santo Toribio, obispo de Astorga, España, envió a San León una copia de su carta circular sobre el priscilianismo, una secta que había progresado mucho en España, gracias a la connivencia de una parte del clero. Dicha secta era una mezcla de astrología, de fatalismo y de la doctrina maniquea sobre la maldad de la materia. En su respuesta el Papa, refutó ampliamente a los priscilianistas, refirió las medidas que había tomado contra los maniqueos y mandó que se reuniese un sínodo para combatir la herejía. Varias veces tuvo que intervenir también en los asuntos de la Galia; en dos ocasiones reprendió a San Hilario, obispo de Arles, quien se había excedido en el uso de sus poderes de metropolitano. Escribió algunas cartas a Anastasio, obispo de Tesalónica, para confirmarle su oficio de Vicario de los obispos de Iliria; en una ocasión le recomendó mayor tacto y en otra, le recordó que los obispos tenían derecho de apelar a Roma, "según la antigua tradición". El año 446, San León escribió a la Iglesia africana de Mauritania, prohibiendo la elección de laicos para las sedes episcopales, así como las de los casados en segundas nupcias y de los casados con una viuda; en la misma carta tocó el delicado problema de la manera de tratar a las vírgenes consagradas a Dios que habían sido violadas por los bárbaros. Respondiendo a ciertas quejas del clero de Palermo y Taormina, San León escribió a los obispos de Sicilia, ordenándoles que no vendiesen las propiedades de la Iglesia sin el consentimiento del clero.

En las decisiones de San León, escritas en forma autoritaria y casi dura, no hay la menor nota personal ni la menor incertidumbre; no es el hombre el que habla, sino el sucesor de San Pedro. Ese es el secreto de la grandeza y de la unidad del carácter de San León. Sin embargo, hay que mencionar también un rasgo muy humano, que conocemos nada más por tradición, pero que ilustra la importancia, que el santo daba a la elección de los candidatos a las ordenes sagradas. En el "Prado Espiritual", Juan Mosco cita estas palabras de Amós, patriarca de Jerusalén: "Por mis lecturas estoy enterado de que el bienaventurado Papa León, hombre de costumbres angélicas, veló y oró durante cua-

renta días en la tumba de San Pedro, pidiendo a Dios, por la intercesión del Apóstol, el perdón de sus pecados. Al fin de esos cuarenta días, se le apareció San Pedro y le dijo: 'Dios te ha perdonado todos tus pecados, excepto los que cometiste al conferir las sagradas órdenes, pues de esos tendrás que dar cuenta muy estricta'." San León prohibió que se confiriesen las órdenes a los esclavos y a todos los que habían practicado oficios ilegales o indecorosos e introdujo una ley, por la que se restringía la ordenación al sacerdocio sólo a los candidatos de edad madura que habían sido probados a fondo y se habían distinguido en el servicio de la Iglesia por su sumisión a las reglas y su amor a la disciplina.

El santo Pontífice, en su calidad de pastor universal, tuvo que enfrentarse en el oriente con dificultades más grandes que las de cualquiera de sus predecesores. El año 448, recibió una carta de un abad de Constantinopla, llamado Eutiques, quien se quejaba del recrudecimiento de la herejía nestoriana. San León respondió discretamente que iba a investigar el asunto. Al año siguiente, Eutiques escribió otra carta al Papa y mandó copia de ella a los patriarcas de Alejandría y de Jerusalén. En dicha carta protestaba contra la excomunión que había fulminado contra él San Flaviano, patriarca de Constantinopla, a instancias de Eusebio de Dorileo y pedía ser restituido a su cargo. Con su carta iba otra del emperador Teodosio II en defensa suya. Como en Roma no se había recibido la noticia oficial de la excomunión, San León escribió a San Flaviano, quien le envió amplias informaciones sobre el sínodo que había excomulgado a Eutiques. En ella ponía en claro que Eutiques había caído en el error de negar la existencia de dos naturalezas en Cristo, cosa que constituía una herejía opuesta al nestorianismo. Por entonces, el emperador Teodosio convocó a un concilio en Efeso, so pretexto de estudiar a fondo el asunto, pero el concilio estaba lleno de amigos de Eutiques y lo presidía uno de sus principales partidarios, Dióscoro, patriarca de Alejandría. El conciliábulo absolvió a Eutiques y condenó a San Flaviano, quien murió poco después, a resultas de los golpes que había recibido. Como los legados del Papa se negaron a aceptar la sentencia del conciliábulo, se les prohibió leer la carta de San León ante la asamblea. En cuanto San León se enteró del asunto, anuló las decisiones de la asamblea y escribió al emperador con estos consejos: "Deja a los obispos defender libremente la fe, pues ningún poder humano ni amenaza alguna son capaces de destruirla. Proteje a la Iglesia y consérvala en paz para que Cristo proteja, a su vez, tu Imperio".

Dos años después, en el reinado del emperador Marciano, se reunió en Calcedonia un Concilio ecuménico. Seiscientos obispos, entre los que se contaban los legados de San León, acudieron a él. El Concilio reivindicó la memoria de San Flaviano y excomulgó y depuso a Dióscoro. El 13 de junio de 449, San León había escrito a San Flaviano una carta doctrinal, en la que exponía claramente la fe de la Iglesia en las dos naturalezas de Cristo y refutaba los errores de los eutiquianos y nestorianos. Dióscoro había ignorado esa famosa carta, conocida con el nombre de "Carta Dogmática" o "Tomo de San León"; en esa ocasión se leyó en el Concilio. "¡Pedro ha hablado por la boca de León!", exclamaron los obispos, después de oír esa lúcida exposición sobre la doble naturaleza de Cristo, que se convirtió desde entonces en doctrina oficial de la Iglesia.

Entre tanto, habían tenido lugar en occidente varios acontecimientos de im-

portancia, en los que San León dio muestras de la misma firmeza y prudencia. Atila invadió Italia al frente de los hunos, el año 452; quemó la ciudad de Aquileya, sembró el terror y la muerte a su paso, saqueó Milán y Pavía y se dirigió hacia la capital. Ante la ineficacia del general Aecio, el pueblo se llenó de pánico; todas las miradas se volvieron hacia San León, y el emperador Valente III y el Senado le autorizaron para negociar con el enemigo. Poseído de su carácter sagrado y sin vacilar un solo instante, el Papa partió de Roma, acompañado por el cónsul Avieno, por Trigecio, gobernador de la ciudad y unos cuantos sacerdotes. Entró en contacto con el enemigo en la actual ciudad de Peschiera. San León y su clero se entrevistaron con Atila y le persuadieron para que aceptase un tributo anual, en vez de saquear la ciudad. Esto salvó a Roma de la catástrofe por algún tiempo. Pero tres años más tarde, Genserico se presentó a la cabeza de los vándalos ante las puertas de la ciudad, totalmente indefensa. En esta ocasión, San León tuvo menos éxito, pero obtuvo que los vándalos se contentasen con saquear la ciudad, sin matar ni incendiar. Quince días después, los bárbaros se retiraron al Africa con numerosos cautivos y un inmenso botín.

San León emprendió inmediatamente la reconstrucción de la ciudad y la reparación de los daños causados por los bárbaros. Envió a muchos sacerdotes a asistir y rescatar a los prisioneros en Africa y restituyó, en cuanto le fue posible, los vasos sagrados de las iglesias. Gracias a su ilimitada confianza en Dios, no se desalentó jamás y conservó gran serenidad, aun en los momentos más difíciles. En los veintiún años de su pontificado se había ganado el cariño y la veneración de los ricos y de los pobres, de los emperadores y de los bárbaros, de los clérigos y de los laicos. Murió el 10 de noviembre de 461. Sus reliquias se conservan en la basílica de San Pedro. Su fiesta, que se celebra el día de hoy, conmemora la fecha de la traslación de sus reliquias. El historiador Jalland, anglicano, resume el carácter de San León con cuatro rasgos: "su energía indomable, su magnanimidad, su firmeza y su humilde devoción al deber". La exposición que hizo San León de la doctrina cristiana de la Encarnación, fue uno de los "momentos" más importantes de la historia del cristianismo. "La más grande de sus realizaciones personales fue el éxito con que reivindicó la primacía de la Sede Romana en las cuestiones doctrinales." San León fue declarado doctor de la Iglesia mucho tiempo después, en 1754.

Entre los sermones que se conservan del santo, hay uno que predicó en la fiesta de San Pedro y San Pablo, poco después de la retirada de Atila. Empieza por comparar el fervor de los romanos en el momento en que se salvaron de la catástrofe con su actual tibieza y les recuerda la ingratitud de los nueve leprosos que sanó Cristo. A continuación les dijo: "Así pues, mis amados hermanos, debéis volveros al Señor, si no queréis que os reproche lo mismo que a los nueve leprosos ingratos. Recordad las maravillas que El ha obrado con vosotros. Guardáos de atribuir vuestra liberación a los astros, como lo hacen algunos impíos; atribuidla únicamente a la infinita misericordia de Dios, que ablandó el corazón de los bárbaros. Sólo podéis obtener el perdón de vuestra negligencia, haciendo una penitencia que supere a la culpa. Aprovechemos el tiempo de paz que nos concede el Señor para enmendar nuestras vidas. Que San Pedro y todos los santos, que nos han socorrido en nuestras innumerables aflicciones, secunden las fervientes súplicas que elevamos por vosotros a la misericordia de Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo."

A pesar del importante papel que desempeñó San León en la historia de su época, no existe ninguna biografía contemporánea. La narración del *Liber Pontificalis* es muy corta. Acerca de la nota que se conserva en los *Menaion* griegos, ver *Analecta Bollandiana*, vol. XXIX (1910), pp. 400-408. A. Regnier presenta en forma breve pero inteligente la vida y el carácter de San León en la colección *Les Saints* (1910). En el excelente artículo de Mons. Batiffol, en DTC., se hallará una abundante bibliografía, vol. IX cc. 218-301. Naturalmente, la figura de San León ocupa un sitio importante en obras de carácter general como las de Duchesne *Histoire ancienne de l'Eglise*, vol. III, Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. II, y Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. IV. Merecen especial atención la discusión que hace Turner de las cartas dogmáticas de San León en *Miscellanea Ceriani* (1910), y la valiosísima obra de T. G. Jalland, *Life and Times of St Leo the Great* (1941), en la que se hallará una bibliografía.

SAN ISAAC DE ESPOLETO (*c.* 550 P.C.)

EN LAS faldas del Monte Luco, que los paganos consideraban como sagrado, hay una multitud de cuevas en las que vivieron muchos anacoretas cristianos en la Edad Media. Uno de los más famosos fue San Isaac. San Eleuterio, el amigo de San Gregorio, que le conoció bien, habla de este santo ermitaño en sus "Diálogos". Isaac era de origen sirio. Durante la persecución monofisita se había trasladado a Italia. Al llegar a Espoleto, entró en una iglesia, en la que permaneció tres días y tres noches, absorto en oración. Uno de los guardianes, creyendo que se trataba de un ladrón, le llamó hipócrita, le golpeó y le echó fuera de la iglesia. En castigo de ello, el demonio se posesionó del guardián y no le soltó hasta que San Isaac se tendió sobre el cuerpo de su atacante. "Isaac me echa fuera", gritó el mal espíritu y en esa forma reveló a los habitantes de Espoleto la identidad del extranjero. Los vecinos, persuadidos de que tenían entre ellos a un santo, le ofrecieron regalos y se mostraron prontos a construirle un convento; pero San Isaac se negó a aceptar los regalos y se retiró a una cueva del Monte Luco. Al cabo de varios años, se le apareció la Madre de Dios y le ordenó que reuniese algunos discípulos; en esa forma el santo empezó a dirigir una "laura", aunque nunca fundó un monasterio propiamente dicho. Sus discípulos le incitaron varias veces a recibir los regalos de los fieles, pero San Isaac les respondía siempre: "Un monje que desea los bienes de este mundo no es un verdadero monje." El siervo de Dios poseía el don de profecía y el de obrar milagros.

Todo lo que sabemos sobre Isaac se basa en el tercer libro de los *Diálogos* de San Gregorio. Ver también *Acta Sanctorum*, abril, vol. II.

SANTA GODEBERTA, VIRGEN (*c.* 700 P.C.)

CUANDO Santa Godeberta llegó a la edad de contraer matrimonio, sus padres la llevaron a la corte, donde esperaban encontrarle un buen marido. Los padres de Godeberta ignoraban que su hija se sentía llamada a la vida religiosa, pero San Eligio, obispo de Noyon, que pasó por casa de la santa cuando se discutía el asunto y que conocía, tal vez, los deseos de Godeberta, puso su anillo pastoral en el dedo de la joven y declaró que era la prometida de Jesucristo. Godeberta, llena de gozo, pidió al punto al santo que le diese el velo y fuese su director espiritual. Los padres de Godeberta no parecen haberse opuesto y, sin duda, quedaron muy satisfechos al saber que el rey Clotario III le había rega-

lado su casa de Noyon para que fundase un convento. Pronto se reunieron en él doce vírgenes para llevar una vida de oración y mortificación. Esto debió aumentar mucho la influencia del cristianismo en aquella región, que hasta entonces no se había convertido del todo. Durante una terrible epidemia, Godeberta aconsejó al clero que proclamase tres días de ayuno general y penitencia. Esto acabó con la epidemia. Más tarde, estalló en la ciudad un gran incendio; Godeberta, que estaba entonces enferma, pidió que, la transportasen hasta el sitio del incendio y lo apagó tan sólo con hacer la señal de la cruz, según cuenta la leyenda. Los milagros que hizo, en vida, le ganaron gran fama. Su culto se extendió en Noyon, inmediatamente después de su muerte. Los habitantes de dicha diócesis la invocan contra toda especie de calamidades, especialmente contra la sequía y las epidemias.

La vida latina de Santa Godeberta se halla en *Acta Sanctorum*, vol. II; generalmente se atribuye a Radbod II, obispo de Noyon. Ver también Laffineur, *Vie de Ste Godeberthe* (1856) y Corblet, *Hagiopraphie d'Amiens* (1870), vol. II, pp. 550-569.

SANTA GEMA GALGANI, VIRGEN (1903 P.C.)

LA CORTA vida de esta santa, que nació en Camigliano de Toscana en 1878 y murió en Lucca a los veinticinco años, es poco pintoresca. Se trata de una existencia de ardiente piedad y caridad y de continuas penas. La fuente de sus sufrimientos fue la mala salud, la pobreza en que cayó su familia, el desprecio que mostraron a Santa Gema aquellos o quienes molestaban sus prácticas de devoción, éxtasis y otros fenómenos y finalmente, lo que ella consideraba como ataques físicos del demonio. En cambio, tuvo el consuelo inmenso de vivir en constante comunión con Nuestro Señor, quien le hablaba como si estuviese corporalmente presente, así como encontrar a la bondadosa familia Giannini, que después de la muerte de su padre la trató como a una hija.

La mala salud de Santa Gema era congénita, pues padecía de tuberculosis en la espina dorsal, por lo que se fue encorvando cada vez más. Los doctores no podían hacer nada, pero San Gabriel de la Dolorosa, a quien la joven profesaba gran devoción, se le apareció y la curó instantáneamente. Gema quería entrar en el convento de las pasionistas; pero, a pesar del milagro, no pudo conseguir el certificado médico de perfecta salud, que las religiosas le exigían, prudentemente para recibirla en el noviciado. Desde junio de 1899 hasta febrero de 1901, tuvo periódicamente los estigmas de la Pasión; más tarde aparecieron en todo su cuerpo las llagas de la flagelación del Señor. Durante un corto período estuvo poseída por el demonio; entonces llegó hasta a escupir al crucifijo y romper el rosario de su confesor. Pero en su estado normal disfrutaba de una gran paz interior. En sus éxtasis hablaba en voz baja y agradable con los espíritus celestiales, y los presentes tomaron nota de lo que decía en varias ocasiones. Santa Gema murió apaciblemente un Sábado Santo, el 11 de abril de 1903, después de una larga y penosa enfermedad.

El pueblo cristiano empezó a venerarla inmediatamente después de su muerte, gracias en parte a lo que escribieron sobre ella sus directores espirituales. Su beatificación tuvo lugar en 1933 y su canonización en 1940. Su causa encontró gran oposición, debido a las extraordinarias experiencias místicas de la santa. Hay que hacer notar que, cuando la Congregación de Ritos declaró que

Gema había practicado en grado heroico las virtudes cristianas, se abstuvo expresamente de pronunciarse sobre el carácter preternatural de los fenómenos de tipo místico, explicando que la Iglesia nunca se pronuncia en esa materia.

Las dos biografías del P. Germanus y el P. Amadeus C.P. (1914) (1935), han sido traducidas al inglés; pero las ediciones italianas posteriores de la primera de esas biografías, incluyen muchos documentos nuevos que no se hallan en la traducción inglesa. Quien quiera conocer más a fondo la vida interior de Santa Gema puede leer la obra editada en 1909 por el P. Germanus con el título de *Lettere ed Estasi della beata Gemma Galgani.* Entre las biografías inglesas, se cuentan las de Mons. Leo Prosperpio (1941) y del P. P. Coghlan (1949). La obra de M. St. Michel, *Portrait of St Gemma* (1950), se basa en las cartas y visiones de la santa. El decreto de beatificación puede verse en *Acta Apostolicae Sedis,* vol. xxv (1933), pp. 363-367; ver también vol. xxiv (1932), p. 57. Cf. H. Thurston, *Physical Phenomena of Mysticism* (1952).

BEATO RAINERIO EL EMPAREDADO (1237 P.C.)

A PRINCIPIOS del siglo XIII, había en la catedral de Osnabrück una estrecha celda con una ventanita que daba sobre el altar. En esa celda vivió encerrado, durante veintidós años, un ermitaño llamado Rainerio. Su extraordinaria austeridad, más que las pocas palabras que pronunciaba, convirtió a muchos pecadores. Aunque había llevado desde niño una vida inocente, Rainerio castigaba y mortificaba su carne de todos los modos posibles. Sobre el cuerpo, debajo del hábito, llevaba una camisa tejida con pelo y provista de picos de acero; regularmente se sometía a disciplinas sangrientas. Cuando le preguntaban por qué se mortificaba en esa forma, respondía: "Como Jesucristo sufrió por mí en cada uno de sus miembros, así quiero yo sufrir por El en los míos". Los domingos, martes y jueves sólo comía pan y verduras; los lunes, miércoles y sábados, pan y cerveza; los viernes, sólo pan y agua. Recitaba diariamente el salterio por los vivos y difuntos y, algunas veces, no le quedaba tiempo ni para comer. Generalmente guardaba absoluto silencio; sólo predicaba un poco los días de fiesta y en esas ocasiones, introducía una piedra en su boca para evitar la tentación de las palabras inútiles. Cuando tenía que pedir algo, lo hacía por señas. Se dice que el Beato Rainerio murió en 1237.

Ver *Acta Sanctorum,* abril, vol. II; y Strunck, *Westphalia Sancta,* vol. II, pp. 192-195.

BEATO JORGE GERVASIO, MÁRTIR (1608 P.C.)

JORGE GERVASIO (o Jervis) nació en 1569, en el puerto de Bosham de Sussex, como puede leerse todavía en el acta bautismal que se halla en el registro de la famosa parroquia. Según parece, fue educado en el protestantismo o abandonó la fe católica durante algún tiempo, a pesar de que su madre pertenecía a la familia del Beato Eduardo Shelley. Challoner cuenta que los piratas raptaron a Jorge a los doce años y le llevaron a las Indias Occidentales, donde pasó los siguientes doce años. Lo que sucedió en realidad fue que, a los veintiséis años de edad, Jorge tomó parte en la desastrosa expedición a las Indias que partió de Plymouth en 1595, al mando de Sir Francis Drake, aunque es muy probable que Jorge haya tenido que ir en la expedición contra su voluntad. A su regreso, sirvió dos años en Flandes en el ejército español. Tal vez en 1599, "entró finalmente a servir en el ejército de Cristo, en el Colegio Inglés de Douai".

Se ordenó sacerdote en Cambrai, en 1603 y al año siguiente, partió a Inglaterra. Durante dos años ejerció los ministerios apostólicos en diversas regiones, hasta que cayó prisionero en Haggerston. Todavía se conservan las actas de las preguntas que le hizo el dean de Durham, con las respuestas del beato. Estuvo preso en Londres hasta julio de 1606, fecha en que fue desterrado del reino con otros sacerdotes. Jorge hizo entonces una peregrinación a Roma y probablemente solicitó ahí el hábito de los benedictinos ingleses, porque en el mismo año de 1607, a su vuelta a Douai, entre los meses de julio y septiembre, recibió el hábito de manos del prior general, Dom Agustín Bradshaw. A causa de la oposición que existía en el Colegio Inglés contra los benedictinos, el hecho no se puso en conocimiento de las autoridades del Colegio.

En septiembre, se embarcó para Inglaterra. Apenas dos meses después de su llegada, fue arrestado y encarcelado en la prisión de Gatehouse, en Westminster. Juzgado en el tribunal de Old Bailey, se rehusó a prestar el juramento de lealtad al rey, en la forma en que había sido condenado por la Santa Sede, pero protestó de su lealtad a la corona. Cuando le interrogaron sobre el poder del Papa para deponer a los monarcas, respondió: "Declaro que el Papa puede deponer a los reyes y emperadores cuando éstos lo merecen." También confesó que era sacerdote. Fue condenado a muerte inmediatamente.

Roberto Chamberlain, confesor del mártir, anota que, cuando el verdugo le echó la cuerda al cuello, el P. Jorge levantó los brazos y miró al cielo, en la actitud del novicio que recita el "Suscipe" el día de su profesión. Y así, "abriendo los brazos como si fuesen alas", voló a recibir el premio celestial.

El Beato Jorge Gervasio, protomártir de San Gregorio de Douai (actualmente San Gregorio de Downside), murió el 11 de abril de 1608. El mismo día y a la misma hora, un incendio destruyó casi toda la ciudad de Bury St. Edmunds, en la que el Beato Jorge había pasado gran parte de su juventud.

Camm cuenta por extenso la vida del Beato Jorge en *Nine Martyrs Monks* (1931). Su obra se basa en Pollen, *Acts of the English Martyrs*, algunas cartas que se hallan en *Westminster Archives*, vol. IX, *Middlesex County Records*, vol. VII, un relato italiano del juicio y la ejecución del beato que se conserva en el *Record Office*, una carta del embajador español, Don Pedro de Zúñiga, que se halla en la Biblioteca Vaticana y otras fuentes. La Biblioteca Vaticana posee también un relato manuscrito del proceso del beato, considerado desde el punto de vista de los perseguidores; Camm lo traduce en su obra.

12: SAN JULIO I, Papa (352 p.c.)

EL MARTIROLOGIO Romano menciona a San Julio el día de hoy y dice que trabajó mucho por la fe católica contra los arrianos. Era hijo de un ciudadano romano llamado Rústico; sucedió al Papa San Marcos el año 337. Al año siguiente, San Atanasio, que había sido desterrado por las intrigas de los arrianos, volvió a su sede de Alejandría; pero el obispo Eusebio de Nicomedia había logrado introducir en el patriarcado a un jerarca arriano o semiarriano, el cual creó graves dificultades a San Atanasio. A instancias de los partidarios de Eusebio, el Papa Julio convocó a un concilio para que aclarase la situación, pero los mismos que habían solicitado la reunión del concilio se negaron a asistir a él. Sin embargo, la asamblea no dejó por ello de examinar

a fondo el caso de San Atanasio. A raíz de eso, el Papa escribió una carta a los obispos eusebianos del oriente, escrito que Tillèmont califica de "uno de los más grandes monumentos eclesiásticos de la antigüedad" y Mons. Batiffol de "modelo de equilibrio, prudencia y caridad." En dicha carta el Papa discute con gran serenidad e imparcialidad las acusaciones de los eusebianos y las refuta una por una. Al fin explica cómo debían haber procedido: "¿No sabéis que existe la costumbre de escribir primero a Nos para que hagamos justicia? . . . En cambio, vosotros pretendéis que aprobemos una condenación en la que no hemos tenido parte alguna. Esto se opone a los preceptos de San Pablo y a la tradición de los Padres y es una manera nueva y peregrina de proceder. No os ofendáis de que hable así; lo que escribo lo escribo pensando en el interés común y mi manera de ver coincide con la tradición recibida del bienaventurado Apóstol Pedro."

En 342, los emperadores del oriente y de occidente reunieron el Concilio de Sárdica (Sofía), que reivindicó a San Atanasio y ratificó el decreto de San Julio, según el cual, cualquier obispo depuesto por un sínodo provincial tenía derecho a apelar al obispo de Roma. A pesar de ello, San Atanasio no pudo volver a Alejandría, sino hasta el año 346. De camino hacia allá, se detuvo en Roma, donde San Julio le recibió cordialmente y escribió una carta al clero y los fieles de Alejandría, en la que los felicitaba por el retorno de su obispo, hablaba de la acogida que iban a darle y pedía a Dios que derramase sus bendiciones sobre ellos y sus hijos.

San Julio construyó en Roma varias iglesias; entre otras, la basílica Julia (actualmente la iglesia de los Doce Apóstoles) y la basílica de San Valentín en la Vía Flaminia. El santo Pontífice murió el 12 de abril de 352. Fue primero sepultado en el cementerio Calepodio y más tarde trasladado a la iglesia de Santa María in Transtévere, que había ampliado y embellecido.

La vida de San Julio forma parte de la historia general de la Iglesia; hay estudios muy buenos sobre ella en obras como las de Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*; Grisar, *Geschichte Roms und der Päpste* (trad. ingl.); Duchesne, *Liber Pontificalis* e *Histoire anciénne de l'Eglise;* J. P. Kirsch, *Die Kirche inder antiken Griechisch-Römischen Kulturwelt;* y P. Batiffol, *La paix constantinienne.*

SAN ZENON, OBISPO DE VERONA (371 P.C.)

LOS "DIÁLOGOS" de San Gregorio y algunos martirologios ponen a San Zenón en el número de los mártires, pero San Ambrosio, que fue contemporáneo suyo, en una carta dirigida a su sucesor Siagrio, habla de la apacible muerte del santo. Pero, aunque hubiese muerto en paz, San Zenón puede considerarse como mártir, por lo que tuvo que sufrir en las persecuciones de Constancio, Juliano y Valente.

De un panegírico que San Zenón pronunció sobre San Arcadio, mártir de la Mauretania, se desprende que nació en Africa. El excelente latín de sus escritos y las frecuentes citas de Virgilio, prueban que conocía muy bien a los clásicos. Según parece, fue hecho obispo de Verona el año 362. En sus tratados, que son breves sermones de estilo familiar, hay muchos detalles interesantes sobre el santo y su diócesis. Así, sabemos que todos los años bautizaba a muchos paganos y que luchó con celo y éxito contra los arrianos, a los que había favorecido mucho el emperador Constancio. El gran número de conversiones de herejes

y gentiles que consiguió, le obligó a construir una gran basílica. Los habitantes de Verona contribuyeron generosamente. Por lo demás, la liberalidad de los veroneses era proverbial: todas las casas de la ciudad estaban abiertas a los extranjeros; los pobres apenas tenían tiempo de manifestar sus necesidades, pues al punto encontraban quien les socorriese. San Zenón felicitó a su grey por acumular en esa forma un tesoro en el cielo. Después de la batalla de Adrianópolis, en 378 cuando los godos derrotaron a Valente e hicieron una terrible matanza, los bárbaros tomaron muchos prisioneros de las provincias de Iliria y Tracia. Según parece, en esa ocasión los veroneses rescataron de la esclavitud, de la muerte o de los trabajos forzados a un gran número de prisioneros. Aunque esto ocurrió probablemente después de la muerte de San Zenón, el desinterés de sus compatriotas se inspiraba sin duda en el ejemplo de su celo.

San Zenón vivía en gran pobreza. Con frecuencia habla en sus sermones de la formación de su clero y de los regalos que sus hermanos en el sacerdocio recibían en Pascua. También hace alusión a las ordenaciones que llevaba a cabo en el tiempo pascual y a la solemne reconciliación de los penitentes, que tenía lugar en Semana Santa. San Ambrosio cuenta que San Zenón había formado en Verona un cuerpo de religiosas que vivían en sus casas y consagraban su virginidad a Dios. El santo obispo fundó y dirigió también un convento, propiamente dicho, de religiosas, antes de que San Ambrosio hiciese lo propio en Milán. El celoso obispo condenó los escandalosos abusos que se cometían en el "ágape" o fiesta del amor, así como la costumbre de interrumpir las misas de difuntos con lamentaciones. Los sermones del santo conservan el recuerdo de muchas costumbres de la época. Según parece, por lo menos en Verona, se practicaba todavía el bautismo de inmersión, pero se calentaba previamente el agua. San Zenón es el único escritor que menciona la costumbre de dar medallas a los bautizados.

San Gregorio el Grande cuenta un notable milagro ocurrido dos siglos después de la muerte de San Zenón, tal como se lo había relatado uno de los testigos presenciales, Juan el Patricio. El año 598, el río Adige amenazaba inundar la ciudad de Verona. El pueblo se refugió en la iglesia de su santo obispo y patrón para protegerse de la inundación; aunque las aguas llegaron hasta la altura de los ventanales, no penetraron en la iglesia. El pueblo permaneció ahí, orando, durante veinticuatro horas, hasta que bajó la inundación. Este y otros milagros no hicieron sino aumentar el prestigio del santo. Durante el reinado de Pepino, hijo de Carlomagno, se construyó una iglesia; las reliquias de San Zenón se conservan todavía en una de las capillas de la cripta. Se suele representar a San Zenón con un caña de la que cuelga un pescado; se trata de un símbolo de la tradición, según la cual, el santo acostumbraba pescar en el Adige, aunque el pescado puede también representar el bautismo.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, y algunos documentos biográficos sueltos en BHL., nn. 9001-9013. La mejor biografía es la de Bigelmair, *Zeno von Verona* (1904); pero cf. Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. III, pp. 478-481, y DCB., vol. IV.

SAN SABAS EL GODO, MÁRTIR (372 P.C.)

EN EL siglo III, los godos cruzaron el Danubio y se establecieron en las provincias romanas de Dacia y Moesia. De ahí partían a sus expediciones al Asia

Menor, especialmente a Galacia y Capadocia, de las que traían muchos esclavos cristianos, tanto sacerdotes como laicos. Los prisioneros empezaron pronto a convertir a sus amos y construyeron varias iglesias. El año 370, uno de los jefes godos emprendió una persecución contra los cristianos para vengarse, según se cree, de la declaración de guerra del emperador romano. Los martirologios griegos conmemoran a cincuenta y un mártires de esa persecución; los dos más famosos son San Sabas y San Nicetas. Sabas, que se había convertido al cristianismo cuando era muy joven, trabajaba como cantor o lector en la iglesia. Al principio de la persecución, los magistrados dieron la orden de que los cristianos comiesen la carne ofrecida a los ídolos; pero algunos paganos, que querían salvar a sus parientes cristianos, persuadieron a los guardias de que los hiciesen comer carne que no había sido ofrecida a los ídolos. Sabas denunció valientemente este método ambiguo; no sólo se negó a comer la carne, sino que declaró que quien la comía era reo de traición. Algunos cristianos aplaudieron su manera de proceder, pero otros se rebelaron y le obligaron a salir de la ciudad. Sin embargo, el santo pudo volver pronto. Al año siguiente, la persecución volvió a desencadenarse y algunos de los principales personajes de la ciudad se ofrecieron a jurar que no quedaba ya ningún cristiano. Cuando estaban a punto de prestar el juramento, se presentó Sabas y dijo: "No juréis por mí, pues yo soy cristiano." El juez preguntó a los presentes si Sabas era rico; al saber que lo único que poseía eran los vestidos que llevaba puestos, le dejó en libertad, diciendo despectivamente: "Este pobre diablo no puede hacernos bien ni mal."

Dos o tres años más tarde, se recrudeció nuevamente la persecución. Tres días después de la Pascua, llegó a la ciudad un pelotón de soldados, al mando de un tal Ataridio. Inmediatamente se precipitaron a la casa del sacerdote Sansala, donde Sabas se hallaba descansando, después de las fiestas. Los soldados maniataron a Sansala en el lecho y le arrojaron en un carro; a Sabas le sacaron también de la cama, le arrastraron desnudo sobre unos arbustos espinosos y le molieron a palos. A la mañana siguiente, Sabas dijo a los perseguidores: "¿No es cierto que me arrastrasteis anoche sobre las espinas? Pues, como veis, no hay en mi cuerpo ninguna herida ni cicatriz." Los perseguidores, en efecto, no pudieron descubrir el más leve rasguño en su piel. Decididos a hacerle sufrir, le ataron de brazos y pies a las rejas de un carro y le torturaron gran parte de la noche. Cuando se cansaron de ello, la mujer en cuya casa se alojaban, movida a compasión, desató a San Sabas, pero éste se negó a huir. A la mañana siguiente, los verdugos le ataron de las manos a una de las vigas de la casa. Después pusieron delante de Sabas y Sansala la carne ofrecida a los ídolos. Ambos se rehusaron a comerla y Sabas exclamó: "Esta carne es tan sucia e impura como Ataridio, quien nos la ha enviado." Entonces uno de los soldados le golpeó con su jabalina, con tal violencia, que todos creyeron que le había matado. Pero el siervo de Dios no sintió el golpe, y dijo: "¿Creías haberme matado? Pues te confieso que si tu jabalina fuera de lana, no me habría hecho más daño."

En cuanto Ataridio se enteró de lo ocurrido, mandó que ahogasen a San Sabas en el río. Al llegar a la orilla, uno de los soldados dijo a sus compañeros: "Dejemos escapar a este inocente, pues su muerte no hará ningún bien a Ataridio." Pero Sabas increpó al soldado que no quería cumplir las órdenes que había recibido, diciéndole: "Yo veo lo que tú no ves. Del otro lado del río hay una multitud que está esperando a mi alma para conducirla a la gloria; lo único que hace falta es que mi alma se separe del cuerpo." Entonces los verdugos

le sumergieron en el río y le mantuvieron debajo del agua con una losa atada al cuello. Según parece, el martirio de San Sabas tuvo lugar en Targovisto, al noroeste de la actual ciudad de Bucarest.

El relato del martirio de San Sabas, en forma de carta, recuerda ciertas frases de la carta en que los habitantes de Esmirna describieron el martirio de San Policarpo; sin embargo, Delehaye considera que el documento es sustancialmente auténtico y fidedigno. Dicho autor publicó una revisión crítica del texto griego en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 216-221; en las pp. 288-291 hay algunos comentarios importantes. El P. Delehaye demostró, entre otras cosas (cf. *Analecta Bollandiana*, XXIII (1904), pp. 96-98, que la hipótesis de H. Boehmer-Romundt de que el autor de las *actas* de San Sabas es Ulfilas, *Neue Jahrbücher*, etc., vol. XI, p. 275, es inadmisible. El texto puede verse también en la edición que hizo G. Krüger de las *Ausgewählte Martyrerakten* de R. Knopf, en 1929.

SANTOS ALFIERO Y COMPAÑEROS, ABADES DE LA CAVA (Siglos XI, XIII)

EL 12 de abril y el 16 de noviembre se conmemora a los santos abades de La Cava. Aquí hablaremos únicamente de San Alfiero, el fundador de la abadía, aunque todos sus sucesores inmediatos: León I de Lucca, Pedro I de Policastro y Constable de Castelabbate, fueron santos, y ocho abades posteriores Simeón, Falcón, Marino, Benincasa, Pedro II, Bálsamo, Leonardo y León II, se cuentan en el número de los beatos.

Alfiero pertenecía a la familia Pappacarboni, que descendía de los antiguos príncipes lombardos. Fue enviado como embajador ante la corte francesa por Gisulfo, duque de Salerno. Ahí contrajo una grave enfermedad y prometió que, si sanaba, abrazaría la vida religiosa. Dios le concedió la salud y Alfiero entró en la abadía de Cluny, gobernada entonces por San Odilón. Pero pronto le llamó de nuevo el duque de Salerno, quien deseaba reformar los monasterios de su principado. Sin embargo, la tarea estaba por encima de las fuerzas de Alfiero, quien en 1011 se retiró a la soledad, en una pintoresca región montañosa de las cercanías de Salerno. Ahí se le reunieron pronto muchos discípulos, de los que sólo aceptó a doce en un principio. De ese núcleo se desarrolló la que más tarde sería la célebre abadía de La Cava. Se cuenta que Alfiero vivió hasta los 120 años de edad y que murió solo en su celda un Jueves Santo, después de haber celebrado la misa y lavado los pies a sus hermanos. Pocos años después de su muerte, había ya en el sur de Italia y en Sicilia más de treinta abadías e iglesias y 3000 monjes que dependían de La Cava. Uno de los discípulos del santo fue Desiderio, quien, al llegar al trono pontificio tomó el nombre de Víctor III y es venerado como beato.

El culto de los abades de La Cava canonizados, fue confirmado en 1893; el de los beatos en 1928.

Existe una biografía un tanto legendaria de San Alfiero, escrita por el abad Hugo de Venosa, hacia 1140. Puede leerse en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, y en Mabillon. En 1912, la abadía de La Cava hizo una edición de dicha biografía y de las de otros abades, escritas también por Hugo, que fueron reeditadas por D. M. Cerasoli en Bolonia en 1941 (*Rerum italicarum scriptores*, vol. VI, pte. 5). Pero véase E. Sackur, *Die Cluniacenser*, vol. II, p. 472 ss. Se sabe muy poco de la vida de los beatos de La Cava aunque su nombre no aparece en los *Anales Cavenses*, resumidos por Ughelli en *Italia Sacra*, vol. VII, cc. 520-522. Ver igualmente *Acta Sanctae Sedis*, vol. XXVI (1893), p. 369 y *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XX (1928), p. 304

BEATO ANDRES DE MONTEREALE (1480 P.C.)

ANDRÉS de Montereale nació en Mascioni de la diócesis de Rieti. A los catorce años, ingresó en la Orden de los Ermitaños de San Agustín. Predicó el Evangelio en Francia e Italia durante cincuenta años. El libro de honor de los agustinos dice que "se distinguió por su paciencia en los sufrimientos, por la extraordinaria austeridad de su vida, por su gran saber y, sobre todo, por el éxito de su predicación". Se cuenta que San Andrés no asistió nunca a ningún espectáculo público ni se rió jamás. También se dice que a su muerte, las campanas repicaron solas y que se oyó su tañido, a intervalos, durante veinticuatro horas. El agustino José Pamphili, quien fue consagrado obispo de Segni en 1570, afirma en la *Chronica O.F.E.A.* que un siglo después de su muerte, el cuerpo del beato estaba incorrupto y la túnica que lo cubría estaba intacta, como en el momento de la sepultura. La multitud de los que querían ver por última vez al beato y presenciar los numerosos milagros que obraba en el sarcófago, fue tan grande, que hubo necesidad de dejar su cuerpo expuesto durante un nes. El culto del Beato Andrés fue confirmado en 1764.

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, hay una breve biografía italiana de S. Ricetelli (1614), traducida al latín. Ver también L. Torelli, *Ristretto delle Vite degli Huomini... O.F.E.A.* (1647), pp. 380-382.

BEATO ANGEL DE CHIVASSO (1495 P.C.)

ANGEL CARLETTI nació en el pueblecito de Chivasso. Sus padres pertenecían a la nobleza del Piamonte. Estudió en la Universidad de Bolonia, donde se doctoró en derecho civil y canónico. Cuando volvió al Piamonte, fue nombrado senador. Mientras vivió su madre, el beato llevó una vida ejemplar en el mundo, dedicado al cumplimiento de sus deberes senatoriales, a la oración y a visitar a los enfermos. A la muerte de su madre, repartió sus posesiones entre su hermano y los pobres antes de entrar en el convento de los franciscanos observantes de Génova. Los superiores del beato cayeron en la cuenta de sus excepcionales cualidades, de su gran celo misionero y le admitieron pronto al sacerdocio. Inmediatamente emprendió fray Angel una intensa campaña de evangelización. Predicó con gran celo y elocuencia hasta en los más remotos pueblecitos de las montañas y valles del Piamonte, haciendo caso omiso de las inclemencias del tiempo y de las dificultades del camino. Amaba a los pobres con predilección: los buscaba en las ciudades, los visitaba en sus enfermedades y, con frecuencia, pedía limosna para ellos. Hizo cuanto pudo en su favor; en particular, apoyó la fundación de los "Montes de piedad" para salvarles de los abusos de los usureros. Pero entre sus penitentes no se contaban únicamente los pobres. Santa Catalina de Génova le consultaba con frecuencia y Carlos I, duque de Saboya, se confesaba con él. El beato escribió un libro de teología moral, llamado la "Summa Angelica", que fue muy popular. En el cargo de superior se mostró muy celoso de conservar la regla en toda su pureza. Por sus extraordinarias cualidades, fue reelegido tres veces para el cargo de vicario general.

Cuando la flota de Mahoma II tomó la ciudad de Otranto, el Papa Pío VI pidió misioneros para contrarrestar la invasión del Islam. Los observantes se

distinguieron en la tarea de alentar al pueblo y el Beato Angel, en particular, escogió para sí los puestos de mayor peligro. En 1491, cuando tenía ya ochenta años, aceptó el oficio de comisario apostólico para evangelizar a los valdenses de los valles del Piamonte. Dios premió su fervor e intrepidez con un éxito extraordinario. El beato ganó a la fe a muchos herejes y católicos renegados; rehusó, sin embargo, aceptar la dignidad episcopal que el Papa Inocencio VIII le ofreció para premiar sus esfuerzos.

En 1493, fray Angel renunció finalmente a su cargo y empezó a prepararse para la muerte. Siempre se había mostrado muy humilde. Cuando era vicario general, vestía los hábitos que los otros desechaban y se complacía en ayudar en los quehaceres más bajos; al fin de su vida, pidió permiso de salir a mendigar para los pobres. Pasó los dos últimos años en el convento de Cuneo del Piamonte, donde murió a los ochenta y cuatro años de edad. Su culto fue aprobado en 1753.

Los principales hechos externos de la vida del beato se hallan en los *Annales Ordinis Minorum* de Wadding. La mejor biografía es la de C. Pellegrino, *Vita del beato Angelo Carletti* (1888). Ver también Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 69-76. Se cuenta que, cuando Lutero quemó públicamente, en 1520, la bula de excomunión, arrojó también a las llamas la *Summa* de Santo Tomás y la *Summa Angelica* de Angel de Chivasso, que consideraba como obras del demonio. Sobre la *Summa Angelica* ver DTC., vol. I, cc. 1271-1272.

13: SAN HERMENEGILDO, MÁRTIR (585 P.C.)

HERMENEGILDO y su hermano, Recaredo eran hijos de Leovigildo, rey de los visigodos de España, y de su primera esposa, Teodosia. Su padre los educó en la herejía arriana. Hermenegildo se casó, sin embargo, con una ferviente católica, Indegundis o Ingunda, hija del rey Sigberto de Austrasia; al ejemplo y oraciones de su mujer, así como a la predicación de San Leandro, arzobispo de Sevilla, debió Hermenegildo su conversión. Leovigildo se enfureció cuando supo que su hijo había hecho profesión pública de fe católica y le ordenó que renunciase a todas sus dignidades y posesiones. Pero Hermenegildo se negó a hacerlo y se rebeló contra su padre. Como los arrianos eran muy poderosos en la España visigótica, Hermenegildo envió a San Leandro a Constantinopla para pedir auxilio. La misión del arzobispo no tuvo éxito; entonces Hermenegildo pidió ayuda a los generales romanos que, al mando de un pequeño ejército, gobernaban todavía la estrecha faja de tierra de las costas del Mediterráneo, que pertenecía aún al Imperio. Los generales romanos se llevaron a la esposa y al hijo de Hermenegildo como rehenes y le prometieron ayuda, pero no cumplieron sus promesas. Hermenegildo opuso resistencia en Sevilla, durante un año, a las tropas de su padre; al fin, tuvo que huir al territorio romano, donde descubrió que su padre había sobornado a sus aliados. Desesperado de obtener ayuda de los hombres, entró en una iglesia y se refugió detrás del altar. Leovigildo no se atrevió a violar el santuario, pero mandó a su hijo Recaredo, que era todavía arriano, a ofrecer la reconciliación a Hermenegildo, con tal de que pidiese perdón a su padre. Hermenegildo aceptó y la reconciliación se llevó a cabo; según parece, fue sincera por ambas partes. Leo-

vigildo devolvió a su primogénito muchas de sus antiguas dignidades; pero Gosvinda, la segunda esposa del rey, consiguió despertar nuevas sospechas contra Hermenegildo, quien fue encarcelado en Tarragona. Esta vez no se le acusaba de traición, sino de herejía; se le ofrecía la libertad a condición de que se retractase. Hermenegildo pidió fervorosamente a Dios que le fortaleciese en su combate por la fe, añadió mortificaciones voluntarias a sus sufrimientos y se vistió con un saco, como los penitentes.

En Pascua, su padre le envió a un obispo arriano, prometiéndole que le perdonaría con tal de que aceptase la comunión de manos del prelado. Al saber que Hermenegildo se había negado rotundamente, Leovigildo entró en uno de sus frecuentes paroxismos de cólera y mandó a la prisión a un pelotón de soldados con la orden de matar a su hijo. Hermenegildo recibió la noticia con gran resignación y murió instantáneamente de un solo golpe de mazo. San Gregorio el Grande atribuye a los méritos de San Hermenegildo la conversión de su hermano Recaredo y de toda la España visigótica. Leovigildo fue pronto presa de los remordimientos. Aunque nunca abjuró del arrianismo, en su lecho de muerte encomendó a su hijo Recaredo a San Leandro, con la esperanza de que éste le convertiría a la fe ortodoxa.

No podemos menos de condenar a Hermenegildo por haberse levantado en armas contra su padre; pero, como lo hace notar San Gregorio de Tours, expió abundantemente su pecado con sus sufrimientos y su heroica muerte. Otro Gregorio, el gran Pontífice, hizo notar que Hermenegildo recibió en el martirio la verdadera corona de los reyes.

Se ha discutido violentamente el derecho de Hermenegildo a ser considerado como mártir. A pesar del relato de San Gregorio el Grande en sus *Diálogos* (lib. III, c. 31), otros escritores antiguos —entre los que se cuentan algunos españoles, como el abad de Valclara, Johannes Biclariensis (Florez, *España Sagrada*, vol. VI, p. 384), Isidoro de Sevilla y Pablo de Mérida— parecen decir que Hermenegildo fue pura y simplemente un rebelde y que por ello fue condenado a muerte. Puede verse un excelente resumen de la controversia en DCB., vol. II, pp. 921-924, que se basa en gran parte en un artículo de F. Görres en *Zeitschrift f. his. Theologie*, vol. I, 1873. El P. R. Rochel (*Razón y Fe*, particularmente vol. VII, 1903) respondió apasionadamente a los críticos de San Hermenegildo; pero el P. Albert Poncelet (*Analecta Bollandiana*, XXIII, 1904, pp. 360-361) demostró que la respuesta del P. Rochel era insuficiente en muchos puntos. P. Gams, en *Kirchengeshcichte Spaniens*, se sitúa en un punto de vista más moderno. Hay que decir que la mejor edición de la crónica de Johannes Biclariensis es la de Mommsen en MGH., *Auctores Antiquissimi*, vol. XI. Una traducción muy posterior dice que S. Hermenegildo murió en Sevilla; pero Johannes Biclariensis, que era contemporáneo del santo, afirma expresamente que murió en Tarragona. Ver *Analecta Bollandiana*, vol. XXIII, p. 360. La comisión nombrada por Benedicto XIV recomendó que se suprimiese del calendario el nombre de San Hermenegildo.

SANTOS CARPO, PAPILO Y AGATONICA, MÁRTIRES
(*c.* 170 o 250 P.C.)

EN EL reinado de Marco Aurelio o en el de Decio, un obispo llamado Carpo, de Furdos de Lidia, y un diácono de Tiateira llamado Papilo, comparecieron ante el gobernador de Pérgamo, en el Asia Menor. Cuando el juez preguntó su nombre a Carpo, éste respondió: "Mi primero y más noble nombre es Cristiano; pero si quieres saber también mi nombre mundano, me llamo Carpo." El gobernador le exhortó a ofrecer sacrificios a los dioses, pero el prisionero replicó: "Soy cristiano. Yo adoro a Cristo, el Hijo de Dios que vino a salvarnos de las

acechanzas del demonio y no sacrificaré a tus ídolos." Como el gobernador le ordenase obedecer al punto el edicto del emperador, Carpo contestó citando a Jeremías: "Los dioses que no han creado el cielo y la tierra, perecerán" y declaró que los vivos no debían sacrificar a los muertos. "¿Crees acaso que los dioses están muertos?", le preguntó el magistrado. "Como nunca vivieron, no pueden haber muerto", replicó el mártir. El gobernador le cortó la palabra y le condenó a la tortura.

Entonces empezó el interrogatorio de Papilo, quien declaró que era originario de Tiateira. "¿Tienes hijos?" "Sí, muchos." Uno de los presentes explicó al juez que era una manera de hablar de los cristianos y que significaba que tenía muchos hijos en la fe. "Tengo hijos en la fe en todas las ciudades y provincias", corroboró el diácono. "¿Estás dispuesto a sacrificar, o no?", preguntó el juez con impaciencia. Papilo respondió: "Yo he servido a Dios desde la juventud y nunca he ofrecido sacrificios a los ídolos. Soy cristiano. Esa es la única respuesta que daré a tus preguntas, porque no puedo decir nada más grande ni más noble que ese nombre." El juez le condenó también a la tortura. Pero al fin comprendió éste que ningún tormento sería capaz de hacerles cambiar y mandó que pereciesen en la hoguera. Papilo murió primero. Cuando los verdugos ataban a Carpo, su rostro se iluminó con tal expresión de gozo, que uno de los presentes le preguntó si veía algo. El mártir replicó: "Miraba la gloria de Dios y por eso me sentí transportado de gozo." * Cuando las llamas empezaron a consumirle, el santo exclamó: "¡Bendito seas, Señor Jesucristo, Hijo de Dios, porque te has dignado compartir conmigo tus suplicios, aunque soy un pecador!"

Después, el gobernador mandó que trajesen a su presencia a Agatónica, la cual se negó también a ofrecer sacrificios a los dioses. Los presentes la exhortaron a que abjurase de la fe por amor de sus hijos; pero ella respondió: "Mis hijos tienen a Dios, y El mirará por ellos." El gobernador la amenazó con condenarla a la hoguera, pero Agatónica permaneció inconmovible. Los soldados la condujeron al sitio de la ejecución; cuando la desnudaron, la multitud se maravilló de su belleza.

El fuego empezó a consumirla y Agatónica exclamó: "¡Ayúdame, Señor Jesús, a sufrir por Ti!" Murió al repetir esta oración por tercera vez.

* Otra versión atribuye estas palabras a Papilo.

Estas actas tan sencillas se cuentan entre los documentos más importantes de la época de los mártires que han llegado hasta nosotros. Sin embargo, como se ve claramente en los textos publicados por Pío Franchi de Cavalieri en *Studi e Testi*, núm. 33 (1920), todas las recensiones que existen han sido retocadas. Para probar la antigüedad del culto de estos mártires, basta con recordar que los mencionan Eusebio (*Historia Ecclesiástica*, vol. IV, 15) y el Breviario sirio; en esta última obra se dice que el culto de los mártires es ya una tradición antigua. No sabemos con certeza si murieron en el reinado de Marco Aurelio o en el de Decio. Sobre este punto, ver Delehaye, *Les Passions des Martyrs et les gènres littéraires*, pp. 136-142 y los comentarios de Pío Franchi arriba mencionados. Cf. Harnack, *Texte und Untersuchungen*, vol. III, n. 4; pero el texto latino recientemente descubierto anula su hipótesis del origen montanista de las actas. Tanto el texto latino como el de los dos mejores textos griegos pueden verse en *Analecta Bollandiana*, vol. LVIII (1940), pp. 142-176, con una introducción del P. Delehaye.

SAN MARCIO o MARTE, Abad (*c.* 530 p.c.)

El recuerdo de San Marcio o Marte, abad de Clermont en Auvernia, ha llegado hasta nosotros gracias a San Gregorio de Tours, cuyo padre fue curado por San Marcio, cuando él era todavía muy niño. Desde joven, Marcio había determinado consagrarse a Dios. Al llegar a la mayoría de edad, se retiró del mundo a la vida eremítica; él mismo cavó una cueva en la ladera de una montaña y en ella se talló un lecho de piedra. Su santidad y sus dones espirituales atrajeron a muchos discípulos. Pronto se formó una comunidad, que dividía su tiempo entre la oración y el trabajo de la tierra; la montaña, que era antes desértica, se transformó en un huerto. San Gregorio de Tours cuenta la siguiente anécdota. Una noche, un ladrón penetró en la clausura del monasterio y empezó a recoger manzanas, cebollas, ajos y yerbas. Una vez que había reunido todo lo que podía transportar, trató de salir del monasterio, pero no pudo encontrar el camino; no tuvo, pues, más remedio que tenderse por tierra y esperar la llegada del día. Pero el abad Marcio, que se hallaba en su celda, sabía todo lo que pasaba. A la mañana siguiente, llamó al prior y le dijo que fuese al huerto a sacar a un buey que se había metido en él. "Pero —añadió el santo—, no le hagáis ningún daño y dejad que se lleve cuanto quiera, pues está escrito: 'No pondrás bozal al buey que ara tu campo'." El prior fue al huerto y descubrió al ladrón, quien al verle arrojó el botín e intentó escapar, pero se enredó en las zarzas. El monje, sonriendo, le puso en libertad y le tranquilizó; en seguida reunió el botín del ladrón, lo echó sobre sus hombros y le condujo hasta la puerta, diciendo: "Vete en paz y no vuelvas a robar." San Marcio vivió hasta los noventa años de edad, y en su tumba ocurrieron numerosos milagros.

Todo lo que sabemos sobre San Marcio se halla en las *Vitae Patrum* de San Gregorio de Tours, c. XIV; ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. II.

BEATA IDA DE BOULOGNE, Viuda (1113 p.c.)

Ida de Boulogne fue hija y madre de reyes, ya que sus padres eran descendientes de Carlomagno; dos de sus hijos, Godofredo y Balduino, fueron reyes de Jerusalén, y su nieta, Matilde, fue reina consorte de Inglaterra. Ida era hija de Godofredo IV, duque de Lorena, y de su primera esposa, Doda. A los diecisiete años, Ida se casó con Eustacio II, conde de Boulogne. Según parece, fue un matrimonio muy feliz. La condesa Ida consideraba como su principal deber introducir a sus hijos en el camino de la santidad y darles ejemplo de liberalidad con los pobres. Para su fortuna, tuvo por director espiritual a uno de los hombres más extraordinarios de la época, San Anselmo, abad de Bec de Normandía, quien fue más tarde arzobispo de Canterbury; todavía se conservan algunas de las cartas que el santo escribió a la condesa. A la muerte de su esposo, Ida se encargó de administrar sus ricas propiedades y empleó gran parte de sus rentas en socorrer a los necesitados y en construir monasterios. Fundó las abadías de Vasconvilliers y Saint-Wulmer en Boulogne, reconstruyó las de Samer y Nuestra Señora de la Capilla en Calais y favoreció mucho a las de Saint-Bertin, Bouillon y Afflighem.

La beata oró ardientemente por el éxito de la primera Cruzada; se cuenta que, cuando pedía a Dios que ayudase a su hijo Godofredo de Bouillon, le fue

revelado que éste estaba entrando victoriosamente en Jerusalén. Ida se retiró cada vez más del mundo, pero no parece que haya llegado a tomar el velo. Murió a los setenta años de edad, tras de una larga y penosa enfermedad. Fue sepultada en la iglesia del monasterio de St. Vaast.

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, se encontrarán dos cortas biografías de la beata. La primera se atribuye a un monje de St. Vaast, contemporáneo de Ida; la otra es obra del canónigo regular Juan Gielemens, de época muy posterior. La mejor biografía de tipo popular es la de F. Ducatel, *Vie de Ste. Ide de Lorraine* (1900).

BEATO JACOBO DE CERTALDO, ABAD (1292 P.C.)

EL BEATO Jacobo nació en Certaldo, cerca de Florencia, pero pasó prácticamente toda su vida en Volterra, donde sus padres se habían establecido. Acostumbraba ir con ellos a la iglesia de San Clemente y San Justo, que estaba atendida por monjes camaldulenses; ahí se despertó su temprana vocación religiosa. En 1230, ingresó en la orden de la Camáldula. Su piedad y austeridad eran la edificación de todos, especialmente de su padre, quien cedió sus propiedades a sus dos hijos y entró en el monasterio, donde pasó sus últimos años como hermano lego. Los superiores confiaron al Beato Jacobo una parroquia, que gobernó con mucho acierto, llevando a muchas almas a la santidad. Dos veces se negó a ocupar el cargo de abad y aunque la tercera vez tuvo que aceptarlo, renunció poco después para continuar su trabajo de párroco. Uno de los hermanos del beato ingresó en la orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, pero a los seis meses cambió la espada por el humilde hábito de los hermanos legos de San Justo. El Beato Jacobo sobrevivió diez años a su hermano y murió en 1292.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. II. Existe también una biografía italiana publicada por S. Razzi a principios del siglo XVII.

BEATA IDA DE LOVAINA, VIRGEN (¿1300? P.C.)

ES CURIOSO que dos beatas del mismo nombre y que vivieron en siglos diferentes hayan muerto el mismo día del año; sin embargo, sus respectivos biógrafos afirman formalmente que las dos murieron el 13 de abril.

Debemos reconocer que la biografía de la Beata Ida de Lovaina es un tanto sospechosa, en parte, porque no existe ninguna confirmación externa de los hechos ahí narrados y también porque abundan en ella los portentos más asombrosos. La beata había nacido en el seno de una familia acomodada de Lovaina, y se cuenta que Dios le concedió, desde la infancia, gracias muy especiales. Aunque tuvo que sufrir mucho por parte de su padre y hermanas, quienes encontraban exagerados su ascetismo, sus prácticas de devoción y su ilimitada caridad, Ida no cedió un ápice, convencida de que Dios la guiaba por ese camino. Una de sus prácticas de devoción consistía en hacer repetidas genuflexiones y postraciones ante una imagen de la Virgen, recitando una Avemaría a cada genuflexión; algunas veces hacía esto hasta 1000 veces al día. Su increíble devoción a la Pasión de Cristo le mereció la gracia de llevar los estigmas del Señor en las manos, en los pies y en el costado; parece que también las heridas de las espinas se veían sobre su frente. Ida se esforzaba por ocultar los estig-

mas, sin conseguirlo del todo; así pues, pidió a Dios que los hiciese desaparecer, pero sin suprimirle el dolor que le causaban. Su devoción a la Sagrada Eucaristía no era menos extraordinaria. Su biógrafo cuenta que más de una vez recibió la comunión de un modo milagroso. Digamos de paso que la costumbre de comulgar bajo las dos especies, subsistía aún, después de 1250, en Lovaina y Malinas. Se dice que en una ocasión la beata, cediendo a su deseo de estar cerca del Señor, tomó la píxide en que se hallaba el Santísimo Sacramento sobre el altar, pero que no consiguió abrirla.

Desgraciadamente, en la biografía de la Beata Ida no hay fechas, de suerte que ignoramos a qué edad entró en el convento cisterciense de Roosendael, cerca de Malinas, ni a qué edad murió; ni siquiera podemos estar seguros de que el año 1300, en que se sitúa su muerte, no sea un error del copista. Ida se distinguió en la vida religiosa por sus éxtasis y milagros. Se cuenta que su rostro se iluminaba a veces con una luz celestial, que leía en los corazones y que despedía un fragante perfume. Lo que sí parece cierto es que su tumba se convirtió en sitio de peregrinación, pero las reliquias de la beata se perdieron en 1580.

La biografía de la beata que se halla en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, pasa por ser una compilación de los recuerdos de Hugo, el confesor de Ida. Es un documento interesante desde el punto de vista de la teología mística, y el tono corresponde ciertamente al de otros documentos del mismo tipo del siglo XIII. Ver el artículo de C. Kolb en *Cistercienser Chronik*, vol. V (1893), pp. 129-140.

BEATA MARGARITA DE CITTA-DI-CASTELLO, VIRGEN (1320 P.C.)

PROBABLEMENTE hacia 1293, algunas mujeres de Citta-di-Castello, en la Umbría, encontraron cierta vez en su parroquia a una cieguecita de seis o siete años, que había sido abandonada ahí. Compadecidas de la pobre niña, las mujeres, que no eran ciertamente ricas, le ofrecieron hospitalidad por turno, de suerte que la chiquilla se convirtió, prácticamente, en hija adoptiva del pueblo. Las caritativas mujeres estuvieron de acuerdo en declarar, más tarde que Margarita, lejos de ser una carga, había sido una fuente de bendiciones para sus bienhechoras. Algunos años después, las monjas de un convento de la localidad se ofrecieron a guardar a la joven, quien se regocijó mucho ante la perspectiva de vivir con las religiosas; pero su alegría duró muy poco, pues se trataba de una comunidad relajada y mundana. El fervor de Margarita era un constante reproche para las religiosas y éstas no habían conseguido las limosnas que esperaban por alojar a la huérfana. Las religiosas, que al principio habían simplemente ignorado a Margarita, empezaron después a perseguirla y llegaron hasta a calumniarla; la joven, cubierta de ignominia, tuvo que volver al mundo.

Pero sus antiguos amigos no la abandonaron. Un matrimonio le ofreció una casita, donde la beata vivió desde entonces. A los quince años, Margarita recibió el hábito de terciaria de Santo Domingo, pues los dominicos se habían establecido recientemente en Citta-di-Castello y, a partir de ese momento, se consagró totalmente al Señor. Dios la bendijo en la misma medida. Margarita curó a otra terciaria de una enfermedad de los ojos, contra la cual los médicos se habían declarado impotentes. Con su manto apagó un incendió en la casa de sus protectores. Deseosa de mostrar su gratitud a sus bienhechores

de Citta-di-Castello, la beata se dedicó a cuidar a los niños, en tanto que los padres trabajaban. La escuelita de la beata prosperó, ya que su sencillez la ayudaba a entenderse perfectamente con los niños. Los hacía ejecutar pequeños trabajos, en los que ella misma participaba; los instruía en sus deberes para con Dios y para con el prójimo, los hacía amar al Niño Jesús y les enseñaba los salmos, que había aprendido de memoria en el convento, a pesar de su ceguera. Se cuenta que, cuando estaba en oración, se elevaba frecuentemente un palmo del suelo y permanecía así largo tiempo. Así vivió, ignorada de todos, excepto de sus más próximos vecinos, hasta los treinta y tres años. A esa edad murió, rodeada por sus amigos, quienes consiguieron que fuese sepultada en la iglesia parroquial. En su tumba se obraron muchos milagros. El culto de la Beata Margarita fue confirmado en 1609.

El principal documento que poseemos sobre Margarita es un resumen de su vida, escrito en el siglo XIV; se encuentra en *Analecta Bollandiana*, vol. XIX (1900), pp. 21-36. Ver también *Acta Sanctorum*, abril, vol. II; Procter *Dominican Saints*, pp. 90-93; y Ganay, *Les Bienheureuses Dominicaines*. Es probable que la nota entusiasta que dedica el franciscano Ubertino di Casale en *Arbor Vitae* a una mística de Citta-di-Castello se refiera a la Beata Margarita. W. R. Bonniwell publicó en 1952, en los Estados Unidos, una interesante biografía de tipo popular, titulada *The Story of Margaret of Metola*, que se basa en una biografía descubierta por el autor y difiere en algunos detalles de nuestra narración. Cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1952), p. 456.

BEATOS JUAN LOCKWOOD y EDMUNDO CATHERICK, MÁRTIRES (1642 P.C.)

AMBOS mártires eran originarios de York. El Beato Juan, que algunas veces usaba el nombre de familia de su madre, Lassels, nació en 1561. Había hecho sus estudios en Douai y en Roma y había sido arrestado ya dos veces. Después de su primer período de prisión fue desterrado, en 1610, pero volvió a Inglaterra. Arrestado por segunda vez, fue, sin embargo, indultado y recobró la libertad, aunque ignoramos de qué medios se valió para ello. De nuevo recomenzó su trabajo apostólico y fue capturado por tercera y última vez, a los ochenta y un años de edad, en casa de la Sra. Catesby.

El Beato Edmundo era mucho más joven. Después de sus estudios sacerdotales en Douai, fue a trabajar en la misión de Inglaterra hacia 1635, cuando tenía treinta años de edad. Al cabo de doce años de ejercicio del ministerio sacerdotal, cayó en manos de los perseguidores. Compareció ante el juez Dodsworth, pariente político suyo, quien le encarceló en el castillo de York y más tarde testificó indignamente contra él, valiéndose de lo que sabía de Edmundo por conducto privado. Ambos prisioneros fueron condenados a muerte por ser sacerdotes. Al llegar al cadalso, en la ciudad de York, el Beato Juan, notando que su compañero flaqueaba un poco, solicitó el privilegio de morir el primero; esto animó al Beato Edmundo a arrostrar la muerte con valor. La comunidad de Mary Ward consiguió algunas reliquias de los beatos y las trasladó a su convento de Augsburgo, donde se conservan todavía. Una parte del cuerpo del Beato Juan Lockwood se halla en Downside.

Ver Challoner, MMP., pp. 411-416; y Stanton, *Menology*, pp. 155-157.

14: SAN JUSTINO, Mártir (*c.* 165 p.c.)

Uno de los más distinguidos mártires del reinado de Marco Aurelio fue San Justino. A pesar de que era laico, fue el primer apologeta cristiano, cuyas obras principales han llegado hasta nosotros. Sus escritos ofrecen detalles muy interesantes sobre los primeros años del santo y las circunstancias de su conversión. El mismo Justino cuenta que era samaritano, ya que había nacido en Flavia Neápolis (Nablus, cerca de la antigua Sichem); no conocía el hebreo, pues sus padres eran paganos, probablemente de origen griego. Justino recibió una excelente educación liberal, que aprovechó muy bien, y se consagró especialmente al estudio de la retórica y a la lectura de los poetas e historiadores. Más tarde, su sed de saber le movió a estudiar filosofía. Durante algún tiempo profundizó el sistema de los estoicos, pero lo abandonó al comprender que no tenían nada que enseñarle sobre Dios. Recurrió entonces a un maestro peripatético, pero el interés de éste por el dinero, le decepcionó muy pronto. Los pitagóricos le dijeron que, para empezar, necesitaba conocer la música, la geometría y la astronomía. Finalmente, un discípulo de Platón le ofreció enseñarle la ciencia de Dios. Un día en que paseaba por la playa, tal vez en Efeso, reflexionando sobre uno de los principios de Platón, vio que le seguía un venerable anciano; al punto empezó a discutir con él el problema de Dios. El anciano despertó su interés, diciéndole que él conocía una filosofía más noble y satisfactoria que cuantas Justino había estudiado; Dios mismo había revelado dicha filosofía a los profetas del Antiguo Testamento y su punto culminante había sido Jesucristo. El anciano exhortó al joven a pedir que se le abrieran las puertas de la luz para llegar al conocimiento que sólo Dios podía dar. La conversación con el anciano movió a Justino a estudiar la Sagrada Escritura y a informarse sobre el cristianismo, aunque ya desde antes se había interesado por la religión de Jesús: "Aun en la época en que me satisfacían las enseñanzas de Platón —escribe—, al ver a los cristianos arrostrar la muerte y la tortura con indomable valor, comprendía yo que era imposible que hubiesen llevado la vida criminal de que se les acusaba." A lo que parece, Justino tenía unos treinta años cuando se convirtió al cristianismo; pero ignoramos el sitio y la fecha exacta de su bautismo. Muy probablemente tuvo éste lugar en Efeso o en Alejandría, pues consta que Justino estuvo en esas ciudades.

Aunque ya había habido antes algunos apologetas cristianos, los paganos conocían muy poco de las creencias y las prácticas de los discípulos de Cristo. Los primitivos cristianos, la mayor parte de los cuales eran hombres sencillos y poco instruidos, aceptaban tranquilamente las falsas interpretaciones para proteger los sagrados misterios contra la profanación. Pero Justino estaba convencido, por su propia experiencia, de que muchos paganos abrazarían el cristianismo, si se les presentaba en todo su esplendor. Por otra parte —citemos sus propias palabras— "tenemos la obligación de dar a conocer nuestra doctrina para no incurrir en la culpa y el castigo de los que pecan por ignorancia." Así pues, tanto en su enseñanza como en sus escritos, expuso claramente la fe y aun describió las ceremonias secretas de los cristianos. Ataviado con las vestimentas características de los filósofos, Justino recorrió varios países, discutiendo con los paganos, los herejes y los judíos. En Roma tuvo una argumenta-

ción pública con un cínico llamado Crescencio, en la que demostró la ignorancia y la mala fe de su adversario. Según parece, la aprehensión de Justino en su segundo viaje a Roma se debió al odio que le profesaba Crescencio. Justino confesó valientemente a Cristo y se negó a ofrecer sacrificios a los ídolos. El juez le condenó a ser decapitado. Con él murieron otros seis crisitanos, una mujer y cinco hombres. Desconocemos le fecha exacta de la ejecución. El Martirologio Romano conmemora a San Justino el 14 de abril, al día siguiente de la fiesta de San Carpo, cuyo nombre precede inmediatamente al de San Justino en la crónica de Eusebio.

Los únicos escritos de Justino mártir que nos han llegado completos son las dos Apologías y el Diálogo con Trifón. La primera Apología, de la que la segunda no es más que un apéndice, está dedicada al emperador Antonino, a sus dos hijos, al senado y al pueblo romanos. En ella protesta Justino contra la condenación de los cristianos por razón de su religión o de falsas acusaciones. Después de demostrar que es injusto acusarles de ateísmo y de inmoralidad insiste en que no sólo no son un peligro para el Estado, sino que son ciudadanos pacíficos, cuya lealtad al emperador se basa en sus mismos principios religiosos. Hacia el fin, describe el apologeta el rito del bautismo y de la misa dominical, incluyendo el banquete eucarístico y la distribución de limosnas. El tercer libro de Justino es una defensa del cristianismo en contraste con el judaísmo, bajo la forma de un diálogo con un judío llamado Trifón. Parece que San Ireneo utilizó un tratado de Justino contra la herejía.

Las actas del juicio y del martirio de San Justino son uno de los documentos más valiosos y auténticos que han llegado hasta nosotros. El prefecto romano, Rústico, ante el que comparecieron Justino y sus compañeros, los exhortó a someterse a los dioses y a obedecer a los emperadores. Justino replicó que no era un delito obedecer a la ley de Jesucristo:

Rústico: ¿En qué disciplina estás especializado?

Justino: Estudié primero todas las ramas de la filosofía; acabé por escoger la religión de Cristo, por desagradable que esto pueda ser para los que se hallan en el error.

Rústico: Pero, debes estar loco para haber escogido esa doctrina.

Justino: Soy cristiano porque en el cristianismo está la verdad.

Rústico: ¿En qué consiste exactamente la doctrina cristiana?

Justino le explicó que los cristianos creían en un solo Dios, creador de todas las cosas y que confesaban a su hijo, Jesucristo, anunciado por los profetas, quien había venido a salvar y juzgar a la humanidad. Rústico preguntó entonces dónde se reunían los cristianos.

Justino: Donde pueden. ¿Acaso crees que todos nos reunimos en el mismo sitio? No. El Dios de los cristianos no está limitado a un solo lugar; es invisible y se halla en todas partes, así en el cielo como en la tierra, de suerte que los cristianos pueden adorarle en todas partes.

Rústico: Está bien. Pero dime entonces, dónde te reuniste tú con tus discípulos.

Justino: Siempre me he hospedado en casa de un hombre llamado Martín, junto a los baños de Timoteo. Este es mi segundo viaje a Roma y nunca me he alojado en otra parte. Todos los que lo desean pueden ir a verme y oírme en casa de Martín.

Rústico: Así pues, ¿eres cristiano?

Justino: Sí, soy cristiano

Después de preguntar a los otros si eran también cristianos, Rústico dijo a Justino: Dime, tú que eres elocuente y crees poseer la verdad, si yo te mando torturar y decapitar, ¿crees que irás al cielo?

Justino: Si sufro por Cristo todo lo que dices, espero recibir el premio prometido a quienes guardan sus mandamientos. Yo creo que todos los que cumplen sus mandamientos permanecen en gracia de Dios eternamente.

Rústico: ¿De suerte que crees que irás al cielo a recibir el premio?

Justino: No es una simple creencia, sino una certidumbre. No tengo la menor duda sobre ello.

Rústico: Está bien. Acércate y sacrifica a los dioses.

Justino: Ningún hombre sensato renuncia a la verdad por la mentira.

Rústico: Si no lo haces, te mandaré torturar sin misericordia.

Justino: Nada deseamos más que sufrir por nuestro Señor Jesucristo y salvarnos. Así podremos presentarnos con confianza ante el trono de nuestro Dios y Salvador para ser juzgados, cuando se acabe este mundo.

Los otros cristianos ratificaron cuanto había dicho Justino. El juez los sentenció a ser flagelados y decapitados. Los mártires murieron por Cristo en el sitio acostumbrado. Algunos de los fieles recogieron, en secreto, los cadáveres y les dieron sepultura, sostenidos por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Como es natural, existe una literatura muy abundante sobre un apologeta, cuya vida y escritos plantean tantos problemas. Recomendamos a este propósito la excelente bibliografía que da G. Bardy en su artículo *Justin* en DTC., vol. VIII (1924), cc. 2228-2277. Fuera del hecho de su martirio, todo lo que sabemos acerca de San Justino se reduce a lo que él mismo nos cuenta en su "Diálogo" con Trifón. San Ireneo, Eusebio y San Jerónimo, mencionan a San Justino, pero apenas añaden algún dato nuevo. El texto de las actas de su martirio se halla en *Acta Sanctorum* (junio, vol. I), así como en las obras de Pío Franchi de Cavalieri (*Studi e Testi*, vol. VIII) y de Burkitt (*Journal of Theological Studies*, 1910, vol. XI pp. 61-66). Hay excelentes estudios sobre la vida y los escritos de San Justino; por ejemplo, Lagrange (en la colección *Les Saints*); J. Rivière *St Justin et les Apologistes du IIème siècle* (1907); A. Béry, *St Justin, sa vie et sa doctrine* (1911); y otros. En casi todas las colecciones modernas de actas de los mártires, se encuentran las actas de San Justino; ver, por ejemplo, las de Krüger-Knopf. Owen, Monceaux. Ver sobre todo Delehaye, *Les Passions des Martyrs et les Genres Littéraires*, pp. 119-121. Es curioso que en Roma no se conserve ninguna huella del culto a San Justino; su nombre no se halla ni en el calendario filocaliano ni en el *Hieronymianum*. Hay una excelente obrita del P. C. C. Martindale, *St Justin the Martyr* (1923). En los Estados Unidos han aparecido en los últimos años la traducción de la "Apología" y la del "Diálogo" con Trifón.

SANTOS TIBURCIO, VALERIO y MAXIMO, MÁRTIRES
(Fecha desconocida)

LA IGLESIA veneró, desde tiempos muy antiguos, a los mártires Tiburcio, Valerio y Máximo. La catacumba de San Calixto, en la que se descubrieron sus restos, se llamó en una época el cementerio de Tiburcio. Algunos martirologios antiguos afirman que Valerio (o Valeriano) era hermano de Tiburcio y prometido de Santa Cecilia; pero en realidad sabemos muy poco sobre estos mártires y ni siquiera podemos precisar la fecha de su martirio. Tal como ha llegado hasta nosotros, su leyenda forma parte de la de Santa Cecilia; y es necesario recordar

que las "actas de Santa Cecilia" fueron escritas y se popularizaron en el siglo IV. Por consiguiente, no podemos considerar ese documento, que ni siquiera se basa en materiales auténticos, como una fuente fidedigna. Vale la pena comparar el sobrio y convincente relato del juicio y la muerte de San Justino, citado en el artículo anterior, con la leyenda, plagada de sucesos inverosímiles, en la que aparecen los nombres de Tiburcio, Valerio y Máximo.

Ver el artículo y la bibliografía sobre Santa Cecilia en esta misma obra (22 de noviembre, vol. IV).

SAN ARDALION, MÁRTIR (*c.* 300 P.C.)

ENTRE LOS primitivos mártires se cuentan varios actores que se convirtieron al cristianismo, precisamente cuando ridiculizaban en el teatro los sufrimientos de los mártires y las verdades de la fe católica. Uno de dichos actores fue Ardalión, quien vivió durante el reinado del emperador Maximiano. Un día, representó con gran habilidad el papel de un cristiano que se negaba a abjurar de la fe e iba a ser ejecutado. Su actuación le ganó un estruendoso aplauso de los espectadores; pero, cuando Ardalión salió a agradecer la ovación, se sintió súbitamente convertido al cristianismo. Ahí mismo confesó en alta voz que era cristiano. Llevado ante el juez, repitió su confesión y fue quemado vivo. Los hechos tuvieron lugar en una ciudad de oriente, cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros. Probablemente se trata de una simple leyenda.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. II. Para el *eulogio* del Martirologio Romano, Baronio tomó los datos de fuentes griegas.

SAN LAMBERTO, ARZOBISPO DE LYON (688 P.C.)

LOS PADRES de San Lamberto le enviaron cuando era muy joven, a la corte de Francia, donde se ganó el favor del rey Clotario III. Sin embargo, al cabo de unos años, Lamberto abandonó el mundo y entró en la abadía de Fontenelle. Ahí sucedió en el cargo de abad a San Wandregisilo. Entre sus más distinguidos discípulos, hay que mencionar a San Eremberto y al inglés San Condedo; el primero de estos dos santos renunció al obispado de Toulouse para hacerse discípulo de San Lamberto. A la muerte de San Genesio, hacia el año 679, Lamberto fue nombrado arzobispo de Lyon. Las actas de su época no se conservan, de suerte que apenas sabemos algo sobre sus últimos años. Según parece, acostumbraba retirarse, de cuando en cuando, a la abadía de Donzère, que dependía de la de Fontenelle y que había sido fundada por el mismo San Lamberto.

Existe un fragmento biográfico sobre San Lamberto o Landeberto, que puede leerse en Mabillon y en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II. Ver también Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 170-171.

SAN BERNARDO DE TIRON, ABAD (1117 P.C.)

BERNARDO DE Tirón, conocido también con el nombre de Bernardo de Abbeville, tuvo una vida muy variada y turbulenta. En su juventud fue monje en el convento de San Cipriano, cerca de Poitiers; después fue prior del monasterio

de San Sabino, cuya disciplina se esforzó por restaurar. Sintiéndose llamado a la vida eremítica, abandonó el monasterio y entró en una especie de Tebaida, en el bosque de Craon. Sin embargo, los monjes de San Cipriano le persuadieron para que volviese al monasterio y fuese su abad. Como la abadía de Cluny exigiera al monasterio de San Cipriano algunas cosas que el santo no estaba dispuesto a conceder, renunció a su cargo y volvió a la soledad de Craon. En las regiones circundantes predicó misiones, con el Beato Roberto de Arbrissel y otros monjes. En 1109, construyó un monasterio benedictino de gran observancia en unas tierras que le habían regalado. La nueva comunidad prosperó y se extendió aun fuera de Francia, hasta Caldey Island. La iglesia de Caldey Island fue devuelta a los católicos en 1913, y ahí se empezó a celebrar de nuevo la fiesta de San Bernardo de Tirón.

G. Grossus escribió una biografía latina muy poco satisfactoria, basándose en materiales antiguos; ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. II. Ver también Corblet, *Hagiographie d'Amiens*, vol. I, pp. 271-307, y vol. IV, pp. 699-700; J. von Walter, *Die ersten Wanderprediger Frankreichs* (1906). Cf. D. Knowles, *The Monastic Order in England* (1949), pp. 200-202, 227.

SANTOS JUAN, ANTONIO y EUSTACIO, MÁRTIRES (1342 P.C.)

LOS JÓVENES Juan, Antonio y Eustacio ocupaban altos cargos en la corte del duque Olgierdo, quien llegó a ser rey de Lituania y fue padre del famoso Jagielo. Como la mayoría de sus compatriotas, los mártires habían sido paganos antes de convertirse al cristianismo. Fueron encarcelados por su fidelidad a la fe, en particular por haberse rehusado a comer alimentos prohibidos en los días de ayuno. Después de muchos tormentos, fueron condenados a muerte. A Juan le ahorcaron el 14 de abril, a Antonio el 14 de junio y a Eustacio, que era el más joven de los tres, lo torturaron cruelmente antes de ejecutarlo, el 13 de diciembre. El martirio tuvo lugar en Vilna, alrededor del año 1342. Los mártires fueron sepultados en la famosa iglesia de la Santísima Trinidad de esa ciudad. Son muy populares, no sólo en Lituania sino también en Rusia.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. II; y cf. Maltsev, *Menologium der Orthodox-Katholischen des Morgenlandes*, y Martinov, *Annus Ecclesiasticus Graeco-Slavicus.*

BEATO LANVINO (1120 P.C.)

EN 1893, el Papa León XIII confirmó el culto del monje cartujo Lanvino. Aunque es poco conocido en el exterior, su orden le ha profesado siempre gran veneración. Lanvino era normando de nacimiento. Hacia el año 1090, llegó a la gran Cartuja y más tarde acompañó a San Bruno a Calabria. Cuando el santo fundador murió, en 1101, Lanvino fue elegido para sucederle en el gobierno de las dos abadías que la orden tenía entonces en el sur de Italia. Algunos monjes se habían opuesto a la elección de Lanvino. Queda todavía una carta que escribió el Papa Pascual II al nuevo superior, para felicitarle de que sus monjes hubiesen resuelto pacíficamente sus diferencias; en la misma carta les recomienda que no presuman de la austeridad de su regla, sino que busquen en todas las ocasiones la paz y la unión con Dios. En 1102, Lanvino

fue a un sínodo a Roma. En 1104, el mismo Sumo Pontífice le escribió otras cartas, en las que alababa el celo con que había ejecutado los mandatos del sucesor de Pedro y le confiaba una difícil negociación con los obispos del sur de Italia. En 1105, Lanvino fue nombrado visitador de todos los conventos de Calabria para restaurar la disciplina monástica. Ocho años más tarde, el beato fue a Roma y obtuvo del Papa Pascual una bula de protección de las abadías de la Cartuja. El Beato Lanvino murió el 11 de abril de 1120, rodeado de la veneración de sus monjes, pero su fiesta se celebra el día de hoy.

En los *Annales Ordinis Cartusiensis* de Dom Le Couteulx (vol. I) y en otras crónicas de la orden, se habla extensamente del Beato Lanvino.

BEATO PEDRO GONZALEZ (1246 P.C.)

LOS MARINOS españoles y portugueses profesan gran veneración al Beato Pedro González, a quien invocan con el nombre de San Telmo; se trata de un pseudónimo que el beato comparte con otro patrón de los hombres de mar, San Erasmo. Pedro era hijo de una noble familia castellana. Su tío, el obispo de Astorga, se encargó de su educación, pero se preocupó más por su bienestar material que por sus progresos en la vida espiritual. Nombrado canónigo de la catedral antes de la edad requerida, el joven entró en Astorga, montado en un soberbio caballo, para asumir su nueva dignidad el día de Navidad. Pero el caballo resbaló y derribó al jinete, en medio de las risas de la multitud. Se dice que entonces pronunció Pedro estas palabras proféticas: "Puesto que el mundo se burla de mí, yo voy a burlarme del mundo." En todo caso, el incidente le hizo comprender su propia vanidad y le cambió el corazón. Pedro renunció al beneficio e ingresó en la Orden de Santo Domingo. Después de su profesión, sus superiores le enviaron a predicar, y Dios bendijo desde el primer momento su ministerio.

El beato causó tan profunda impresión en el rey Fernando III, que éste le nombró capellán suyo. Pedro emprendió al punto la difícil tarea de reformar a los cortesanos y a los soldados, lo cual le ganó, naturalmente, la oposición de los nobles más jóvenes. También predicó la Cruzada contra los moros y, con sus sabios consejos, sus oraciones y el buen espíritu que supo sembrar, contribuyó en gran manera al éxito de las campañas del rey Fernando. El beato estuvo con el ejército en el sitio de Córdoba. Cuando se rindió la ciudad, hizo cuanto pudo por evitar que los soldados cometiesen excesos y consiguió que se tratase con clemencia a los vencidos. Después obtuvo permiso de abandonar la corte y consagró el resto de su vida a evangelizar diversas regiones, especialmente Galicia y las costas. Las iglesias eran con frecuencia insuficientes para la multitud que acudía a oírle, y el Beato Pedro tenía que predicar al aire libre. Sentía especial predilección por los marineros, a los que iba a visitar en sus navíos. El beato pasó sus últimos días en Tuy, donde murió el domingo de Pascua de 1246. Su culto fue confirmado en 1741.

Florez, *España Sagrada*, vol. XXIII, pp. 245-285, publicó una antigua biografía latina del Beato Pedro y una colección de los milagros obrados en su santuario; esta última data probablemente de 1258. Ver también Mortier, *Maîtres Généraux O.P.*, vol. I, pp. 401-403; Taurisano, *Catalogus Hagiographicus O.P.*, y Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 94-96. Por lo que se deduce del artículo del P. Papebroch en *Acta Sanctorum* (abril, vol. II), el

beato no empezó a ser llamado San Telmo, sino hasta el siglo XVI: cf. San Erasmo, 2 de junio.

BEATA LIDUVINA DE SCHIEDAM, VIRGEN (1433 P.C.)

EL CULTO a la Beata Liduvina se ha extendido mucho más allá de las fronteras de su patria, pues se ha convertido en la patrona de las almas escogidas que viven retiradas del mundo y hacen penitencia por los pecados de los otros. El oficio de su fiesta dice que Liduvina fue "un prodigio de miseria humana y de paciencia heroica".

Liduvina, que era la única hija en una familia de nueve hermanos, nació en Schiedam de Holanda, el Domingo de Ramos de 1380. Su padre era un labrador que trabajaba de velador para poder sostener a su familia. Se trataba de un cristiano tan ejemplar y de miras tan elevadas, que se negó siempre a tocar los regalos que más tarde, se hacían a su hija para que ésta pudiese repartirlos entre otras gentes más pobres. Hasta los quince años, Liduvina no se distinguía de cualquier otra muchacha buena, alegre y bonita, más que por el voto de castidad que había hecho. En el invierno, excepcionalmente severo de 1395 a 1396, sufrió una grave enfermedad. Se había repuesto ya enteramente, cuando sus amigos la convidaron a patinar en un canal helado. Uno de los miembros del grupo, que se había quedado atrás, golpeó fuertemente a Liduvina por alcanzar a los otros; la joven cayó de bruces y se rompió la clavícula derecha. Sus amigos la condujeron a su casa y le prodigaron toda clase de cuidados; a pesar de ello, se presentaron complicaciones y el estado de Liduvina fue empeorando. Se le formó un absceso interno, que al reventar le produjo violentos vómitos y la dejó exhausta. A ello siguieron terribles jaquecas y dolores en todo el cuerpo, acompañados de fiebre y de una sed insaciable. La joven no encontraba descanso en ninguna postura. Aunque eran tan pobres, sus padres acudieron a varios médicos, pero todos se declararon incapaces de diagnosticar la enfermedad de Liduvina. Uno de ellos, el Dr. Andrés de Delft, confesó que todos los remedios humanos serían inútiles y no harían sino empobrecer aún más a la familia.

Al principio, Liduvina no se dio cuenta de que se trataba de una vocación especial. Deseaba la salud y huía del sufrimiento como lo hubiera hecho cualquiera otra joven de su edad y le apenaban las dificultades y gastos que su enfermedad imponía a sus padres. Pero la luz se fue haciendo poco a poco en ella, gracias al bondadoso P. Juan Pot, quien, según parece, era el cura de la parroquia. El P. Pot visitó a la enferma regularmente desde el principio y le fue enseñando, sencillamente, a pensar en la Pasión de Cristo y a unir sus sufrimientos con los de El. Así fue aprendiendo Liduvina a meditar constantemente en la Pasión y, unos tres años más tarde, empezó a comprender que Dios la había escogido como víctima por los pecados ajenos. En cuanto comprendió de lleno esta tremenda verdad, aceptó su vocación con entusiasmo. A partir de entonces, sus sufrimientos se convirtieron en una fuente de gozo espiritual, de suerte que, si hubiese creído que con una simple Avemaría podía recobrar la salud, no la hubiera recitado. A los dolores de la enfermedad, empezó a añadir otras mortificaciones voluntarias, como la de dormir sobre planchas de madera, en vez de usar el colchón de plumas que sus padres le habían comprado.

Cuando su enfermedad la clavó definitivamente en el lecho, el P. Pot

empezó a llevarle la comunión, primero dos veces al año y después cada dos meses y en todas las grandes fiestas. Según la expresión de su biógrafo, Brugman, "la meditación de la Pasión y la comunión eran como los dos brazos con que Liduvina abrazaba a su Amado." Liduvina necesitaba realmente toda esa ayuda espiritual, ya que, a los diecinueve años de edad, su enfermedad empezó a presentar síntomas todavía más alarmantes. Los espasmos y vómitos constantes le produjeron un síncope cardíaco que acabó de postrarla. De su antigua belleza no quedaba nada, pues tenía una llaga desde la frente hasta la mitad de la nariz, y el labio inferior le colgaba medio separado de la mandíbula. Uno de los ojos estaba completamente ciego, en tanto que el otro era tan sensible a la luz, que la enferma no podía soportar siquiera el reflejo del fuego. Ya no podía levantarse del lecho; el único de sus miembros que conservaba algún movimiento era el brazo izquierdo; en el hombro derecho se le había formado otro absceso, que le producía una neuritis casi insoportable. A todo esto vino a añadirse una fiebre terciana.

Parecía que la corrupción del sepulcro había empezado en vida y que la beata estaba condenada a soportar esto hasta el fin de sus días. Su caso había empezado a interesar, ya desde entonces, a los especialistas, quienes hacían lo imposible por curarla. La fama de la extraordinaria paciencia con que soportaba sus sufrimientos llegó a oídos de Guillermo VI de Holanda y de su esposa, Margarita de Borgoña, quienes le enviaron a su propio médico. Era éste un hábil y bondadoso doctor, a quien el pueblo llamaba Godofredo Zonderdank ("Nome-dé-las-gracias"), porque acostumbraba decir esa frase de los pobres, a quienes no cobraba por atenderles. El doctor Zonderdank y un colega consiguieron aliviar las llagas gangrenosas que se habían formado en el cuerpo de Liduvina, pero eso le produjo una inflamación general y la hidropesía. Sin embargo, Dios quiso evitar una prueba a la beata: la de ser mal comprendida o descuidada por su familia. Los padres de Liduvina, que tenían una piedad sencilla, no pudieron menos de reconocer la santidad de su hija y empezaron a recibir el premio de ello desde la tierra. Es un verdadero milagro que los repugnantes síntomas de la enfermedad de la joven, cuya descripción detallada preferimos evitar al lector, no hayan asqueado a quienes la rodeaban; pero la familia de la beata afirmaba que su cuerpo despedía un fragante perfume y, aunque no había en la habitación ninguna luz natural, con frecuencia estaba iluminada por una claridad sobrenatural tan brillante, que más de una vez los vecinos creyeron que se trataba de un incendio. Los elementos sobrenaturales empezaron a multiplicarse en la vida de Liduvina.

Al principio de su enfermedad, podía comer algunos alimentos sólidos, pero pronto tuvo que reducir su dieta a un poco de vino del Mosela y agua. En los últimos diecinueve años de su vida, según declararon los testigos, vivía únicamente de la sagrada comunión. La beata poseía los dones de curación, de telepatía y de profecía. Hacia el año de 1407, empezó a tener éxtasis y visiones místicas. Mientras su cuerpo entraba en un estado cataléptico, su alma conversaba con Dios, con los santos y con su ángel guardián y era transportada a Roma, a Palestina y a las iglesias de la localidad. Unas veces ayudaba al Señor a cargar la cruz hasta el Calvario, otras veces presenciaba los sufrimientos de las almas del purgatorio y la bienaventuranza de los santos del cielo. Sus biógrafos subrayan dos cosas: en primer lugar, sus éxtasis no le hicieron perder nunca de vista su vocación y, en segundo lugar, a ellos seguía siempre un aumento

de sufrimientos. Aunque las gentes aclamaban a Liduvina como santa, no le faltó la detracción y en forma particularmente dolorosa. El nuevo párroco de Schiedam era Maese Andrés, un premonstratense de Marienwerd, hombre mundano y sensual, absolutamente incapaz de comprender a la beata. Lleno de prejuicios contra ella, —creía que se trataba de una hipócrita—, le negó durante algún tiempo la comunión y llegó hasta a decir a los fieles que Liduvina era víctima de ilusiones diabólicas y que había que orar por ella. Pero el pueblo de Schiedam, que amaba y veneraba a Liduvina, habría echado de la ciudad al párroco, si las autoridades no lo hubiesen impedido. Eso provocó una serie de investigaciones por parte de las autoridades eclesiásticas, que demostraron la absoluta sinceridad de Liduvina. Desde entonces, se le concedió que recibiese la comunión cada quince días. La beata sufrió mucho cuando su joven sobrina, Petronila, murió a resultas de los golpes que recibió al defenderla de los ataques de dos soldados. Finalmente, llegó la hora en que Dios había determinado poner fin a los sufrimientos de su sierva. La beata no había dormido prácticamente durante los últimos siete meses a causa del dolor. Su estado empeoró rápidamente en la Pascua de 1433. Poco antes de las tres de la tarde, el hermano menor de Petronila fue a toda prisa a buscar a un sacerdote; pero, cuando volvió a los pocos momentos, Liduvina había muerto ya, sola, tal como lo había deseado.

El culto de la beata había empezado prácticamente durante su vida. Después de su muerte no hizo sino aumentar, gracias a las biografías que escribieron su primo Juan Gerlac, Tomás de Kempis y Brugman, así como a los incansables esfuerzos de un médico, el hijo de Godofredo Zonderdank. Este fue quien, para cumplir el último deseo de la beata, construyó un hospital en el sitio que ocupaba la casa en que Liduvina había vivido.

Los bolandistas publicaron en *Acta Sanctorum* (abril, vol. II) las dos versiones de la biografía escrita por Brugman, así como algunos extractos de la de Tomás de Kempis. La biografía que Juan Gerlac escribió en holandés, apareció en Delft en 1487. En la excelente obra de Hubert Meuffels, *Sainte Lydwine* (colección *Les Saints*, 1925), hay una amplia biografía. Esta última es sin duda la mejor de las biografías de tipo popular y corrige en muchos aspectos las exageraciones y errores de la obra de Huysmans, *Sainte Lydwine de Schiedam*, que ha tenido tantas ediciones. Existen muchas otras biografías de menor importancia. Dom Vincent Scully tradujo al inglés, en 1912, la biografía de Tomás de Kempis, con una excelente introducción; en ella incluye una traducción del impresionante documento que las autoridades de Schiedman publicaron en 1421, en el que afirman, entre otras cosas, que "durante los últimos siete años Liduvina no ha comido ni bebido nada, ni lo hace actualmente". Aunque muy frecuentemente se la llama "Santa", Liduvina no ha sido formalmente canonizada, pero su culto fue confirmado por León XIII en 1890.

15: SANTAS BASILISA y ANASTASIA, MÁRTIRES (c. 65 P.C.)

SEGUN LA tradición, Basilisa y Anastasia eran dos matronas romanas, convertidas al cristianismo por la predicación de San Pedro y San Pablo. Después del martirio de los Apóstoles, las dos mujeres recuperaron los cuerpos durante la noche y les dieron honrosa sepultura. Cuando las autoridades se enteraron de ello, encarcelaron a las culpables. Basilisa y Anastasia confesaron, ante Nerón, que eran cristianas y el tirano las condenó a ser mutiladas y decapitadas.

Aunque estas santas aparecen en primer lugar en el Martirologio Romano, el día de hoy, es necesario admitir que aún se duda de su existencia. Lo poco que sabemos sobre ellas se basa en documentos griegos, que no son generalmente de lo más fidedigno. En *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, hay una colección de las diversas noticias de los *Manaia* griegos. Ver también el *Synaxarium Constantinopolitanae* que publicó el P. Delehaye en *Acta Sanctorum*, noviembre, vol. II, c. 106, donde se dice que la conmemoración de estas santas tiene lugar el 17 de abril.

SAN PATERNO, OBISPO DE CEREDIGION (Siglo V o VI)

LA BIOGRAFÍA que poseemos de San Paterno, a quien antiguamente se profesaba gran veneración en Gales, fue escrita en Llanbadarn Fawr, probablemente hacia el año 1120. Se trata de la fusión de las leyendas de dos santos del mismo nombre, el primero de los cuales fue abad y obispo en Gales y el segundo, obispo de Vannes de Bretaña en el siglo V. Dicha biografía es, en realidad, una colección de leyendas y tradiciones vagas. Según ella, San Paterno nació en Letavia (ya sea en Bretaña o en el sureste de Gales). Era hijo de Paterno y de Güena. El padre de San Paterno se fue a vivir a Irlanda como ermitaño, dejando a su esposa el cuidado de la educación de su hijo. San Paterno decidió seguir los pasos de su padre. Con algunos compañeros se embarcó rumbo a Gales; ahí fundó un monasterio en Cardiganshire, en un sitio que se llamó más tarde Llanbadarn Fawr, es decir, la gran iglesia de Paterno. Según la tradición, no sólo fue abad, sino también obispo de la región, durante veintiún años. Se cuenta que recorría su diócesis como misionero, predicando el Evangelio a los hombres de toda condición, "sin paga ni premio" y que se distinguió por su caridad y mortificaciones. El monasterio de Llanbadarn, cerca de Aberystwyth, ejerció gran influencia, como lo atestiguan la "Vida de San David", de Rhygyfarch y el "Libro de Llandaff". Dicho monasterio desapareció entre 1188 y 1247.

Las vidas de San David y de San Teilo cuentan que San Paterno los acompañó en una peregrinación a Jerusalén, donde el patriarca le regaló un báculo y una "túnica" que codició más tarde "cierto tirano llamado Arturo"; pero se trata indudablemente de una fábula. San Paterno, después de fundar otros monasterios e iglesias en Gales, volvió ya muy anciano a la Bretaña. Ahí fue nombrado obispo de Vannes, pero la envidia de sus enemigos le obligó a buscar refugio entre los francos. Otra tradición cuenta que fue sepultado en Ynis Enlli, es decir, Bardsey.

Rees publicó la *Vita Paterni* en *Lives of the Cambro-British Saints;* también hizo una edición crítica de ella Kuno Meyer en *Y Cymmrodor*, vol. XIII (1900), pp. 88 ss.; en A. W. Wade-Evans, *Vitae Sanctorum Britanniae...* (1944), se hallarán el texto y la traducción. El excelente estudio del canónigo Doble, *St Patern* (1940), modifica algunas de las conclusiones de F. Duine, *Memento des sources hagiographiques de... Bretagne* (1918); cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LXVII (1949), p. 388 ss. Ver también LBS., vol. IV, pp. 39-51; y F. R. Lewis, *Short History of the Church of Llanbadarn Fawr* (1937). Existe una descripción de Llanbadarn en 1118 en el *Itinerary* de Giraldus, lib. II, c. 4.

SANTA UNA, MATRONA (c. 679 P.C.)

SANTA UNA, descendiente de la familia ducal que reinaba en Alsacia, se casó con un noble llamado Uno, señor de Hunnaweyer, pueblecito de la diócesis de Estrasburgo. Como la santa se dedicó a lavar la ropa de sus pobres vecinos, sus

contemporáneos la apodaron "la santa lavandera". Según parece, San Deodato, obispo de Nevers, ejerció gran influencia en la familia de la santa, pues bautizó a su hijo Deodato, quien más tarde entró en el monasterio que él había fundado en Ebersheim. Santa Una murió el año 679, León X la canonizó en 1520, a instancias del duque Ulrico de Würtenberg.

Es difícil encontrar documentos fidedignos sobre la historia de Santa Una. En la biografía de San Deodato, que data del siglo XI, se habla de Uno y de "su santa esposa"; Henschenius, en una nota sobre ese pasaje, cita una obra francesa de Juan Ruyms acerca de los santos de los Vosgos. Ver *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV, 3a. edic., p. 731; y *Analecta Bollandiana*, vol. LXVI, pp. 343-345. Parece que hay un culto local de Santa Una, del que Hunckler habla con cierto detenimiento en *Saints d'Alsace*.

16: SANTOS OPTATO Y COMPAÑEROS Y SANTA ENCRATIS, VIRGEN, MÁRTIRES (304 P.C.)

EL POETA Prudencio afirmaba con orgullo que en ninguna población de España hubo tantos mártires como en su ciudad natal de Zaragoza. Durante la persecución de Diocleciano, San Optato murió por Cristo con otros diecisiete compañeros, el año 304, bajo el gobernador Daciano. Prudencio, que escribió un poema sobre el triunfo de estos mártires, cita sus nombres; entre ellos había cuatro que se llamaban Saturnino. Aunque ignoramos el género de muerte que padecieron, sabemos que dos de ellos, Cayo y Cremencio, sucumbieron a resultas de las heridas que recibieron en la tortura.

En el mismo largo poema Prudencio habla de la virgen Encratis con mayor detenimiento. Se trataba, indudablemente, de una mujer de gran valor, como lo demuestra su enérgico testimonio de la fe; pero Prudencio no nos dice qué fue exactamente lo que le mereció el título de "virgo violenta" ("doncella enérgica") y qué fue lo que provocó el furor de los perseguidores, quienes la sometieron a las más crueles torturas. Después de la flagelación acostumbrada, los verdugos la desgarraron con garfios de hierro, le cortaron el pecho izquierdo y la desentrañaron. El poeta cuenta que él vio las reliquias de la santa en una de las iglesias de Zaragoza. Después de la tortura, los verdugos condujeron a Encratis nuevamente a la prisión, pero el gobernador no quiso dejarla morir en paz. Sin embargo, la santa tenía tal vitalidad, que parece haber sobrevivido a la persecución, pues Prudencio habla de su casa como de un santuario viviente. No sabemos si el martirio de Encratis tuvo lugar durante la persecución de Diocleciano. La vívida descripción de Prudencio hace pensar que la santa vivió en una época mucho más cercana a la del poeta.

Ver Acta *Sanctorum*, abril, vol. II, donde se cita por extenso el poema de Prudencio; cf. igualmente Delehaye *Les origines du culte des martyrs*, pp. 363-364 y Férontin, *Liber mozarabicus sacramentorum*, col. 276. Hay muchas variantes del nombre de Santa Encratis, a quien se veneraba muy especialmente en España y los bajos Pirineos. Las actas del grupo de mártires de Zaragoza, al que pertenece la santa, se hallan en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II (texto y apéndice); hay otra recensión en noviembre, vol. I, pp. 642-649. Ver también Florez, *España Sagrada*, vol. XXX, pp. 260-267, y V. Dubart, *Etudes hist. relig. Bayonne*, vol. I, p. 188 ss.

SANTO TORIBIO, Obispo de Astorga (*c.* 450 p.c.)

Santo Toribio fue nombrado obispo de Astorga en el momento en que los errores de los priscilianistas empezaban a divulgarse en España. Esa herejía, que se basaba en escritos apostólicos falsificados, era una forma sutil de maniqueísmo, que atraía tanto a los clérigos como a los laicos. Se cuenta que el mismo Dictino, quien precedió a Santo Toribio en la sede de Astorga, había sido priscilianista. Santo Toribio defendió sin desfallecimiento la fe católica. No sólo denunció valientemente las nuevas doctrinas, sino que tomó severas medidas contra quienes las sostenían. Escribió al Papa San León Magno, dándole cuenta de las medidas que había tomado y pidiéndole apoyo. San León le contestó con una larga carta en la que condenaba categóricamente las tesis de los priscilianistas. Gracias al esfuerzo de Santo Toribio y al apoyo que le prestó la Santa Sede, la herejía chocó contra un dique macizo. Esto permitió al santo obispo consagrar sus energías a consolidar la disciplina del clero y a reformar las costumbres del pueblo. Su muerte ocurrió hacia el año 450.

Ver la biografía de Santo Toribio en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II; y sobre todo el ensayo del P. V. De Buck en *Acta Sanctorum*, octubre, vol. XIII, pp. 226-230. Existe gran confusión entre los tres santos españoles del mismo nombre; cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LIX (1941), pp. 34-37.

SAN PATERNO, Obispo de Avranches (564 p.c.)

Los principales hechos de la vida de San Paterno de Avranches son mucho más claros que los del otro San Paterno (15 de abril), por más que muchos martirologios los confundan y los conmemoren el mismo día. El obispo de Avranches había nacido en Poitiers, donde su padre gozaba de cierta consideración. Paterno ingresó muy joven en el monasterio de Ansion del Poitou. Pero, al cabo de algún tiempo, se retiró con otro monje, San Escubilio, a practicar la vida eremítica en los bosques de Coutances de Normandía. Se establecieron en Scissy, cerca de Granville y más tarde fundaron la abadía que después se llamó de Saint-Pair. Paterno fue elegido abad y fundó otros conventos, que ejercieron gran influencia sobre los paganos de los alrededores. A los setenta años, Paterno fue nombrado obispo de Avranches, donde vivió los trece últimos años de su vida. Consta que asistió a un concilio en París y es muy probable, que haya conocido personalmente al rey Childeberto. Se dice que murió el mismo día que su amigo San Escubilio, con quien fue enterrado en la iglesia de Scissy.

Venancio Fortunato escribió una biografía de San Paterno. El texto, que ha sufrido interpolaciones, fue editado por Bruno Krusch en MGH., *Auctores Antiquissimi*, vol. IV, pte., 2, pp. 33-37. Ver también Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 223. Ciertos manuscritos del *Hieronymianum*, que proceden de Fontenelle, mencionan a San Paterno el 15 de abril, pero el Martirologio Romano, le conmemora el 16 del mismo mes. Ver *Analecta Bollandiana*, vol. LXVII, pp. 384-400.

SAN FRUCTUOSO, Arzobispo de Braga (665 p.c.)

Fructuoso era hijo de un general visigodo español. Desde muy niño determinó consagrarse a Dios y la temprana muerte de sus padres le permitió seguir libre-

mente su vocación. Entró a hacer sus estudios en la escuela que había fundado el obispo de Palencia, Conancio. El joven distribuyó una parte de su cuantiosa herencia entre sus esclavos, a quienes había devuelto la libertad, y entre los pobres; el resto lo consagró a la fundación de monasterios, el primero de los cuales lo construyó en sus posesiones de las montañas de Vierzo. El mismo Fructuoso dirigió ese monasterio, que se llamó Complutum, hasta dejarlo perfectamente encarrilado. Después renunció al cargo de abad y se retiró a la soledad, donde llevó una vida tan austera, que recordaba la de los ermitaños de la antigüedad. Pero, a pesar de sus esfuerzos por abandonar el mundo, no consiguió permanecer oculto. En una ocasión, un cazador estuvo a punto de disparar su arco contra él, tomándole por un animal salvaje, hasta que vio que tenía las manos levantadas en oración. En otra ocasión en que el santo se había refugiado más adentro del bosque, según cuenta la leyenda, su retiro fue descubierto gracias al grito gozoso de los pájaros, que habían encontrado en los alrededores a una de las aves que anidaban en los jardínes del monasterio.

No es seguro que estas leyendas tengan algo de verdad; pero, en todo caso, sirven para hacer comprender que San Fructuoso tenía discípulos donde quiera que iba. Para ellos construyó el santo varios conventos; también construyó un convento de religiosas, que se llamó Nona, porque distaba nueve leguas del mar. Entre los discípulos de San Fructuoso que abrazaron la vida religiosa, se contaban familias enteras, padres e hijos. Esto creaba probablemente serias dificultades al santo, ya que no todos los aspirantes tenían verdadera vocación, sino que algunos pretendían simplemente huír del servicio militar o de las exacciones de algún tiranuelo. Pero lo cierto es que los monasterios familiares empezaron a popularizarse tanto, que el gobernador de una provincia pidió al rey que obligase a los ciudadanos a solicitar su permiso antes de entrar en la vida religiosa. San Fructuoso redactó dos reglas: una muy estricta para Complutum, fundada en la de San Benito, aunque exigía la obediencia ciega y otra para los monasterios familiares. En esta última, determinaba que el pabellón de los hombres y los niños estuviese totalmente separado del de las mujeres y las niñas; cuando los niños de ambos sexos llegaban al uso de razón, tenían que ser instruidos en las reglas; después se los enviaba a otra casa de la orden como oblatos, "oblati a parentibus".

Viendo que no podía vivir en la soledad si permanecía en su país, San Fructuoso determinó ir a Egipto; pero, cuando se disponía a partir, el rey se lo prohibió. El monarca, que le tenía en gran estima, le llamó a la corte y mandó que le vigilasen constantemente para que no pudiese escapar. Poco después, San Fructuoso fue elegido obispo de Dumium. El año 656 fue nombrado arzobispo de Braga y asistió al Concilio de Toledo. Al principio encontró violenta oposición en su arquidiócesis, pero su paciencia y mansedumbre triunfaron, poco a poco, de sus enemigos. Cuando comprendió que había llegado su última hora, pidió que le transportasen a una iglesia, donde murió sobre una cruz de ceniza.

Existe una corta biografía de San Fructuoso, que se atribuye a su contemporáneo, el abad Valerio de Alcalá. Puede leerse en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, en Mabillon y otros autores, F. C. Knock la tradujo al inglés (Washington, 1946). Ver también Gams, *Kirchengeschichte Spaniens*, vol. II, pte. 2, pp. 152-158, y A. C. Amaral, *Vida e reglas religiosas de S. Fructuoso* (1805).

SAN MAGNO DE ORKNEY, MÁRTIR (1116 P.C.)

EN LA segunda mitad del siglo XI, gobernaban las islas Orkney dos hermanos, Pablo y Erlingo, que eran cristianos de nombre, como todos sus súbditos. Erlingo tenía dos hijos: Magno, nuestro santo, y Erlendo. El único hijo de Pablo era Haakon, joven tan ambicioso y pendenciero, que su padre hubo de enviarle a la corte de Noruega para poner fin a sus intrigas. Pero el tiempo y la distancia no cambiaron el carácter de Haakon, quien logró que el rey Magno Descalzo equipase una flota para atacar las islas y costas de Escocia. La armada, a cuya cabeza iban el rey Magno y Haakon, se apoderó de las islas de Orkney. San Magno y su hermano Erlendo tuvieron que partir en los barcos a las Híbridas y después a las costas de Escocia y del Norte de Inglaterra.

Frente a Anglesey, los condes de Chester y Shewsbury, al mando de un numeroso ejército de galeses, presentaron batalla. San Magno se negó a tomar parte en ella, diciendo que no tenía derecho a hacer daño a quienes ningún daño le habían hecho. El rey le trató de cobarde y le mandó a la retaguardia, donde el santo se entretuvo recitando el salterio. Poco después, logró escapar a nado por el mar. En la corte del rey Malcolm III fue muy bien recibido. No sabemos exactamente si fue ahí o en la casa de un obispo que le dio albergue, donde Magno se arrepintió de los excesos de su juventud y empezó a llevar una vida de penitencia y oración, que no terminaría sino con la muerte.

Después de la muerte del rey Magno Descalzo, quien pereció en una batalla contra los irlandeses, su hijo Sigurdo dio permiso a Haakon para volver a las islas Orkney, de las que quería ser amo y señor. Pero San Magno, cuyo hermano Erlando había también perecido, reunió un ejército y consiguió reinvindicar su derecho a compartir el gobierno con Haakon. Los dos primos se unían para combatir a los enemigos comunes, pero surgían entre ellos frecuentes disputas. Finalmente Haakon, cuyo espíritu altivo no podía soportar la presencia de un rival, invitó a Magno a ir con unos cuantos caballeros a la isla de Egilsay, con el pretexto de firmar una paz duradera. Magno acudió, sin sospechar la traición. Haakon, cuyos acompañantes eran mucho más numerosos que los de Magno, le asesinó, sin que el santo opusiese resistencia. San Magno fue sepultado en la catedral de Kirkwall (donde se descubrieron lo que se supone que son sus restos, en 1919). Hay muchas iglesias consagradas a San Magno, a quien se considera como mártir, a pesar de que su asesinato se debió a motivos más bien políticos que religiosos. Se dice que se apareció a Roberto Bruce la víspera de la batalla de Bannockburn y le prometió la victoria. Su fiesta se celebra todavía en la diócesis de Aberdeen.

Las fuentes sobre la historia de San Magno son mucho más fehacientes de lo que cabría esperar. La *legenda* latina del Breviario de Aberdeen, así como los himnos, etc., pueden verse en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II. Sir G. W. Dansent (en el vol. II de *Orkneyinga Saga*, Rolls Series) publicó otra versión de la *legenda*, tomada de un manuscrito diferente. La parte propiamente biográfica se basa en un antiguo texto islandés, acerca del cual dice el historiador Vigfusson: "Su estilo más elaborado y menos clásico no debe hacernos imaginar que fue escrito en una época tardía. Seguramente fue escrito cuando la muerte del santo conde estaba todavía viva en la memoria de sus contemporáneos y despertaba gran interés en ellos." Un tal Roberto amplió la narración con algunas adiciones; dicho autor era también originario de Orkney y parece haber escrito en 1136, veinte años después de la muerte de San Magno. Algunos fragmentos de la biografía retocada por Roberto fueron incorporados y traducidos en la *Magnus Saga principal*. El texto original

y la traducción de las dos "sagas" se halla en los volúmenes de la Rolls Series citados arriba. Ver también G. Walker, *St Magnus, Kirkwall* (1926). J. Mooney publicó en 1935 un excelente estudio, con el título de *St Magnus, Earl of Orkney;* ver la obra del mismo autor *The Cathedral and Royal Burgh of Kirkwall* (2a. edic., 1947).

SAN DRAGON (1198 P.C.)

SAN DRAGÓN, patrón de los pastores, nació de padres nobles en Flandes. Pero su padre murió antes de que naciera Dragón y su madre murió en el parto. A los diez años de edad, Dragón supo que se había sacrificado la vida de su madre para salvar la suya e imaginó que él la había asesinado. Su pena fue tan grande que, según dice su biógrafo, "lloraba amargamente, acusándose de todos los crímenes." Felizmente esos remordimientos morbosos no le impidieron ponerse, con toda confianza, en las manos de Dios, aunque no dejó de expiar sus pecados con la penitencia, la oración y distribuyendo entre los pobres cuanto dinero caía en sus manos. Hacia los dieciocho años de edad, se dedicó a peregrinar en hábito de penitente; así visitó los santuarios de varios países. Dejando aparte las ventajas espirituales de las peregrinaciones, debieron hacer mucho bien a aquel joven, tan dado a la introspección, el cambio de aire, el ejercicio y el interés que despertaban en él las gentes que encontraba en el camino y el ejemplo de los santos cuyos santuarios visitaba. Al cabo de algún tiempo, Dragón se estableció en Sebourg, cerca de Valenciennes, donde empezó a trabajar como pastor al servicio de una buena señora llamada Isabel de la Haire. No obstante su humilde situación, su ama y los habitantes de la región, empezaron a estimarle muy pronto; le consideraban como santo y afirmaban que se bilocaba para asistir a la misa, sin dejar de cuidar el ganado. De ahí se originó más tarde el dicho de la región: "Como no soy San Dragón, no puedo estar en dos sitios a la vez."

Seis años más tarde, el varón de Dios recomenzó sus peregrinaciones, pero iba de cuando en cuando a visitar a su antigua ama. Había visitado ya nueve veces la ciudad de Roma, cuando una repugnante hernia, que no podía ocultar, vino a interrumpir su carrera de peregrino. Se hallaba entonces en Sebourg. Al punto se retiró a la celda de una iglesia, donde podía seguir la misa por una ventanita, sin molestar a los demás fieles. Jamás volvió a salir de ahí, ni siquiera cuando se declaró un incendio en la iglesia. Vivió todavía cuarenta años, a pan y agua, sufriendo lo indecible, pero con gran resignación. Las gentes del lugar le veneraron como santo desde el momento de su muerte. Su tumba sigue siendo todavía un sitio de peregrinación.

Prácticamente todas las noticias que tenemos de San Dragón provienen de una biografía latina, escrita en 1320, que se halla en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II. En francés y en flamenco existen varias biografías cortas, de tipo popular.

SAN BENITO JOSE LABRE (1783 P.C.)

AMETTES ERA, en el siglo XVIII, un pueblecito de la diócesis de Boulogne-sur-Mer. Ahí nació, en 1748, Benito José Labre, el mayor de los quince hijos de un librero acomodado de la localidad. Cuando tenía doce años, sus padres le enviaron a proseguir sus estudios, bajo la dirección de un tío suyo, que era párroco

de Erin. La Sagrada Escritura y las vidas de los santos fascinaban de tal modo a Benito, que su tío tenía que recordarle con frecuencia la importancia del latín y de las otras materias de cultura general en la formación de un candidato a las órdenes sagradas. Benito se sentía, ya desde entonces, llamado a una vida de total retiro del mundo. Su tío murió en una epidemia de cólera; el joven se dedicó a asistir a los otros enfermos y después volvió a su casa. Su único deseo era ingresar en la orden más austera que pudiese encontrar. A los dieciocho años, tras de haber conseguido con gran dificultad el permiso de sus padres, emprendió en pleno invierno el viaje a la Trapa, que distaba unos cien kilómetros de su pueblo. Cuál no sería su decepción cuando los monjes le dijeron que era todavía demasiado joven para ingresar. Tampoco tuvieron éxito sus intentos de entrar en los conventos de los cartujos y de los cistercienses. En tres ocasiones empezó el noviciado, pero tenía claramente un temperamento inepto para la vida comunitaria. Su gran piedad tenía algo de excentricidad; la vida en la celda le hacía tanto daño corporal como espiritual. Viéndolo debilitarse por momentos, sus superiores no tuvieron más remedio que despedirlo. "Hágase la voluntad de Dios" —exclamó el joven cuando los cistercienses de Septfons lo despidieron por última vez, en 1770.

Benito decidió entonces ir a pie hasta Roma pidiendo limosna. A su paso por Ars, conoció al Sr. Vianney, padre del futuro Cura. Después de haber cruzado los Alpes, escribió a sus padres desde el Piamonte una carta conmovedora, que fue la última que recibieron de él. En ella les pedía perdón por lo que les había hecho sufrir, involuntariamente, y les anunciaba su deseo de entrar en algún monasterio italiano. Sin embargo, parece que no solicitó su admisión en ninguno, pues por entonces empezó a comprender que su verdadera vocación no consistía en encerrarse en un monasterio, sino en practicar los consejos evangélicos en el mundo. Decidido a imitar exactamente el ejemplo del Señor y de tantos santos, visitó como peregrino los principales santuarios de Europa occidental. Haciendo caso omiso de las inclemencias del clima, viajaba siempre a pie, sin dinero y sin provisiones. Con frecuencia dormía al aire libre, en el duro suelo; rara vez aceptaba un lecho; lo más que admitía era un saco para recostarse en él. Como su Maestro, no quería tener dónde reclinar la cabeza. En el camino no saludaba a nadie. A no ser que se sintiese especialmente movido a ello, no despegaba los labios sino para dar las gracias por las limosnas que recibía para darlas a otros. Lo mismo cuando recorría los caminos, sumido en la contemplación, que cuando pasaba el día entero orando en alguna iglesia, vivía tan absorto en Dios, que en sus últimos años un pintor tuvo tiempo de retratarle arrodillado frente a un crucifijo, sin que él se diese cuenta. Dicho retrato ha conservado la figura del santo a las siguientes generaciones. Benito vestía una andrajosa túnica y un par de zapatos viejos; en un saco, que se echaba a la espalda, guardaba dos o tres libros y el resto de sus minúsculas posesiones. ¿No había dicho acaso el Señor: "No os preocupéis por las cosas materiales, ni por el vestido"? Benito llevaba el olvido de las cosas materiales hasta tal extremo, que no sólo constituía una tremenda mortificación de la carne, sino que le valía el desprecio de las gentes, que él deseaba tanto. Por lo demás, nadie hubiese podido despreciarle tanto, como él se despreciaba a sí mismo. Rara vez pedía limosna; si nadie le ofrecía algo de comer, recogía en algún basurero una cáscara de naranja o un fruto medio podrido, o simplemente dejaba de comer. Cuando le daban dinero, lo regalaba siempre a otros.

Un hombre que le regaló una suma irrisoria, confesó más tarde que lo había molido a palos, al ver que Benito la daba a otro mendigo, pues imaginó que lo hacía por desprecio. Benito se dejó apalear, sin pronunciar una sola palabra.

Durante unos tres años, Benito recorrió el occidente de Europa de santuario en santuario; así conoció Italia, Suiza, Alemania, Francia y España y los santuarios de Loreto, Asís, Bari, Einsiedeln, Aquisgrán y Santiago de Compostela. Los malos tratos eran frecuentes. En Moulins le confundieron con un ladrón y le arrojaron de la iglesia; en Gascuña le arrestaron por haber asaltado a un hombre herido, a quien en realidad estaba curando. En cierta ocasión se hizo notar, muy contra su voluntad, por haber multiplicado el pan para los pobres y haber curado a un inválido.

En 1774, después de haber visitado por quinta vez el santuario de Einsiedeln, dejó de peregrinar y se estableció en Roma, de donde sólo salía una vez al año para ir a Loreto. Pasaba la noche en las ruinas del Coliseo y el día en las iglesias de la ciudad. Como asistía siempre a las cuarenta horas, los romanos acabaron por llamarle "el Santo de las Cuarenta Horas." Muchas gentes que sólo le conocían de vista, testificaron en el proceso de beatificación que se habían sentido profundamente impresionadas al verle absorto en oración, ante el Santísimo Sacramento o delante de un crucifijo. La debilidad obligó a Benito a pasar las noches en un albergue de pobres, donde su obediencia y piedad llamaron la atención de los encargados. Benito era siempre el último en acudir a recibir su porción de sopa y con frecuencia la regalaba a algún otro que tenía más hambre que él.

A principios de la Cuaresma de 1783, Benito contrajo un violento resfriado. Pero no por ello interrumpió sus prácticas de piedad. El Miércoles Santo asistió a la misa en su iglesia favorita, Santa María del Monte y ahí se desmayó. Las gentes que le conocían le atendieron en la escalinata exterior de la iglesia, y un carnicero de la vecindad le transportó a su propia casa. Benito estaba agonizando: recibió los últimos sacramentos y murió a las ocho de la noche, a los treinta y cinco años de edad. Apenas acababa de exhalar el último suspiro, cuando los niños empezaron a gritar: "¡Ha muerto el santo!" La noticia se divulgó al punto por toda la ciudad. En muy poco tiempo, el nombre de Benito José Labre se hizo famoso en toda la cristiandad; a ello contribuyó sin duda el relato llamado "El mendigo de Roma", escrito por el sacerdote que había sido el confesor de Benito en los últimos años de su vida. Su canonización tuvo lugar exactamente un siglo más tarde, en 1883.

En el Museo Británico pueden verse varios volúmenes de documentos del proceso de beatificación, publicados entre 1820 y 1840. Cualquier lector avisado se dará cuenta del rigor con que se llevaron a cabo las investigaciones sobre la vida del santo. Existen muchas biografías de San Benito José. Una de las mejores es la que escribió en alemán N. Heim. En francés se encuentran las de Desnoyers (2 vols.), E. Rossière, F. Audigèr (1906), Gaquere (1936) y P. Doyere (1948); no podemos recomendar, sin reservas, la de la colección *Les Saints.*

SANTA BERNARDITA, VIRGEN (1879 P.C.)

YA HEMOS hablado en nuestro artículo del 11 de febrero sobre las apariciones de Nuestra Señora de Lourdes, cuya fiesta se celebra en todo el occidente cristiano. Ahora, en el aniversario de la muerte de la humilde intermediaria de

que se sirvió la Santísima Virgen para transmitir su mensaje al mundo, hablaremos de esa alma escogida, cuyos méritos conocía Dios, pero permanecieron ocultos a la mayor parte de sus contemporáneos. Había nacido el 7 de enero de 1844 y era la mayor de una familia de seis hermanos. Su nombre de bautismo era María Bernarda, pero todos la llamaban Bernardita. Su padre era molinero; en 1844 había alquilado un molino; pero el espíritu de empresa y la efectividad no eran ciertamente las virtudes características de Francisco Soubirous ni de su esposa, Luisa Casterot. Esta última no había cumplido todavía los veinte años y era dieciocho años menor que su esposo. Bernardita era muy delicada de salud y padecía de asma; por otra parte, contrajo el cólera en la epidemia de 1854, lo cual ciertamente no favoreció su desarrollo normal. La familia había ido hundiéndose, poco a poco en la pobreza; esto contribuyó sin duda a que la educación de Bernardita, aun desde el punto de vista religioso, no fuese particularmente esmerada. En la fecha de la primera de las apariciones (11 de febrero de 1858), la familia vivía en el oscuro sótano de una vieja casa de la calle de Petits Fossés. Aunque Bernardita tenía ya catorce años, no había hecho aún la primera comunión y en la escuela pasaba por tonta. Era, sin embargo, extraordinariamente buena, obediente y cariñosa con sus hermanitos y hermanitas, no obstante sus continuas enfermedades.

La resonancia que tuvieron las apariciones en el pueblo favoreció en cierto sentido a la familia Soubirous, porque las gentes se preocuparon por conseguir trabajo al padre de Bernardita. En cambio, para la niña empezó una época muy difícil, pues el consuelo de las apariciones duró menos de dos meses y, a partir de entonces, se vio acosada por los curiosos e indiscretos, que no le dejaban un momento de reposo. Las gentes quirían averiguar cuáles eran los tres secretos que la Virgen María le había confiado, darle dinero, verla a todas horas del día y de la noche, recibir su bendición para ellos y sus enfermos y hasta llegaban a arrancarle trozos de su vestido. Todo ello constituía una extraña prueba para una muchacha de la sensibilidad de Bernardita. En realidad, a los dieciocho años, era ya una verdadera mártir. La madre Victoria, a cuyo cuidado estaba confiada, escribió que Bernardita "se rehusaba casi siempre a responder a las preguntas de los que iban a verla, pues eso la fatigaba extraordinariamente. El esfuerzo nervioso que debía hacer para responder, le producía ataques de asma. Cuando la llamaba yo al recibidor, la veía detenerse delante de la puerta, con los ojos cubiertos de lágrimas. 'Entra —le decía yo—, ten valor'. Entonces, Bernardita enjugaba sus lágrimas, saludaba amablemente a los visitantes y respondía a todas sus preguntas, sin dar la menor muestra de impaciencia cuando éstas eran indiscretas, ni la menor muestra de irritación cuando los visitantes ponían en duda su veracidad."

Un inglés no católico, que visitó a Bernardita en 1859, un año después de las apariciones, nos dejó un interesante relato de la impresión que Bernardita producía en quienes imaginaban que se trataba de una histérica o de una impostora. Dicho relato está tomado de un diario y dice lo siguiente:

> "Pero antes debería yo haber hablado de la chiquilla. Era una muchachita de catorce años (en realidad tenía quince años y medio), con grandes ojos soñadores y muy tranquila; su quietud hacía pensar que era menos joven y no cuadraba con una chiquilla de tan corta estatura. Bernardita nos recibió con la naturalidad de quien está acostumbrado a tratar

con extraños y nos rogó que la siguiésemos a un cuarto del piso superior de la casucha que se levantaba junto al molino de su padre. Sus hermanos, dos alegres pilluelos, jugaban ahí alborozadamente y nuestra presencia no pareció afectarles . . . La chiquilla nos ofreció asiento. Ella se quedó de pie, junto a la ventana y respondió brevemente a todas mis preguntas, pero sin añadir comentarios . . . Le ofrecimos de regalo una nadería, pero ella se negó cortésmente a aceptarla y no nos permitió que diésemos tampoco nada a sus hermanitos. En pocas palabras, nos hizo comprenedr que, a pesar de su pobreza, la familia no aceptaría ningún regalo . . . Nuestra impresión fue que se trataba de una chiquilla muy agradable, superior a su edad y educación, por sus maneras y su cortesía. Cualquiera que sea el juicio que haya que dar sobre las apariciones, estamos persuadidos de que Bernardita cree sinceramente en ellas."

Los visitantes protestantes mostraron mucha más delicadeza que algunos de los sacerdotes católicos que fueron a hablar con Bernardita. Citamos a continuación el escrito de cierto sacerdote que pasó un día en Lourdes, en enero de 1860. Leyéndole, tiene uno la impresión de que creía que, con su interés por las apariciones, hacía un insigne favor a Bernardita y a toda la Iglesia. El sacerdote hizo venir a la niña a su cuarto del hotel, a pesar de que habían advertido que el viento y la lluvia podían hacerle daño, pues estaba resfriada y era débil de salud. Durante casi dos horas interrogó a la pobre Bernardita sobre las apariciones, la fuente y los tres secretos de la Santísima Virgen. La entrevista terminó como sigue, según lo narra él mismo:

"Hija mía, debes estar ya cansada de mis preguntas. Toma estos dos luises de oro para consolarte." —"No, señor, no necesito nada."

Bernardita dijo esto con sequedad, por lo que comprendí que la había herido. Traté sin embargo de ponerle el dinero en la mano; pero su silencio, que era la mejor expresión de su disgusto e indignación, me convenció de que no debía yo seguir insistiendo. Así pues, metí el dinero en mi bolsa y proseguí:

"Hija mía, ¿quieres mostrarme las medallas de la virgen?"

—"Las tengo en la casa. Me las quitaron para imponerlas a unos enfermos y rompieron la cadenita."

"Entonces, enséñame tu rosario."

Bernardita me mostró un rosario muy sencillo, con una medalla en el extremo.

"¿Me permites guardar este rosario? Te daré exactamente lo que te costó." —"No, señor, no quiero regalar mi rosario ni venderlo."

"Pero, ¡me gustaría tanto tener un recuerdo tuyo! Piensa en el largo viaje que he hecho para venir a verte. Permíteme que me quede con tu rosario."

Al fin cedió la niña. Yo acaricié ese rosario sobre el que la niña había llorado más de una vez y que había sido el instrumento de tantas fervorosas y agradecidas oraciones en presencia de la Virgen María; porque Bernardita había tenido entre las manos ese rosario, cuando la aparición contaba las Avemarías en el suyo en la gruta de Massabielle. Desde entonces me he sentido dueño de un tesoro muy precioso.

"¿Me permites que te ofrezca el precio del rosario? Por favor, acepta esta monedita sin valor." —"No, señor, yo me compraré otro con mi dinero."

Pero no terminó todo ahí. El imprudente sacerdote prosiguió todavía:

"Te voy a enseñar mi escapulario. ¿Es como el tuyo?" —No, señor, el mío es doble."

"Enséñamelo". Bernardita dejó modestamente ver un extremo de su escapulario; como me lo había dicho, tenía dos cordones.

"Alabado sea Dios, hija mía. Yo conozco un alma muy piadosa, que se consideraría feliz de tener tu escapulario. Como ves, es muy fácil dividirlo en dos partes." —"Sí, pero . . ."— "¿No quieres hacerme el favor de regalarme la mitad? Con ello no pierdes nada, pues tu escapulario valdrá lo mismo." —"¿Va Ud. a reglar la mitad del rosario que acabo de darle?" — "No". — "Pues tampoco yo quiero regalar la mitad de mi escapulario."

Comprendí entonces que tenía yo que ceder y dejar las cosas como estaban. Le dije que le iba a dar mi bendición, y se arrodilló para recibirla, con la reverencia de un ángel."

Si Bernardita, que tenía entonces dieciséis años, no temblaba de indignación al fin de esa entrevista, debía ya haber alcanzado un grado muy alto de perfección o de resignación para aceptar el tipo de prueba en el que su alma estaba destinada a purificarse. Por todo lo que sabemos sobre ella, era una muchacha excepcionalmente sensible. En 1864, después de solicitar consejo, pidió la admisión en el convento de Nuestra Señora de Nevers. La enfermedad le impidió partir de Lourdes tan pronto como hubiese deseado; pero en 1866, ingresó en el noviciado en la casa madre de la orden. Le costó mucho apartarse de su familia y de la gruta. Sin embargo, no era menos alegre que las otras novicias de Nevers y seguía siendo tan paciente y humilde como siempre. A los cuatro meses, enfermó tan gravemente, que hubo de hacer los primeros votos y recibir los últimos sacramentos. Pero se rehizo de esa enfermedad y pudo desempeñar, más tarde, los oficios de enfermera y sacristana; pero siguió padeciendo de asma y, antes de morir, tuvo otras complicaciones.

Las virtudes características de Santa Bernardita eran su sencillez infantil, su buen juicio de mujer del campo y su modestia. Se consideraba como un instrumento de la Santísima Virgen: "Nuestra Señora quiso valerse de mí. Ahora me han arrinconado. Aquí estoy bien y aquí quiero morir . . ." Pero en el convento tuvo también que recurrir, de vez en cuando, a algunos estratagemas para evitar la "publicidad". Aunque tenía el corazón puesto en Lourdes, no participó en las celebraciones que tuvieron lugar con motivo de la consagración de la basílica en 1876. Según parece, ella misma decidió no asistir, por modestia. Pero indudablemente que eso le costó mucho, como lo prueba su doloroso grito: "¡Oh! si je pouvais voir, sans être vue!" ("¡Si yo pudiera ver sin que me vieran!"). No es aventurado conjeturar que uno de los "secretos" de Bernardita consistía precisamente en no hacer nunca nada que atrajese sobre ella las miradas.

Bernardita murió el 16 de abril de 1879, a los treinta y cinco años de edad.

Fue canonizada en 1933. Los documentos oficiales de la Iglesia la llaman Santa María Bernarda, pero en el corazón de los fieles es y seguirá siendo siempre "Bernardita".

Además de los testimonios bajo juramento, que se hallan en el proceso de beatificación, los principales documentos sobre Santa Bernardita son probablemente los de la *Histoire de Notre-Dame de Lourdes* (3 vols., 1925-1927) del P. L. J. M. Cros. Existen numerosas biografías en muchas lenguas. Una de las primeras fue la de Henri Lasserre (muy poco fidedigna); una de las más recientes es la del P. H. Petitot, *The True Story of St Bernadette* (1949). Entre las más conocidas se cuenta la de Mons. Ricar, *La Vraie Bernadette* (1949), que es una réplica a Emilio Zola; la *Bernadette Soubirous* de Jean Barbet, que se basó principalmente en las deposiciones de los testigos de Lourdes; *La confidente de l'Immaculée* (1921), escrita por una religiosa de Nevers; la del P. J. Blazy, traducida al inglés en 1926. Dom Bede Lebbe criticó en *The Soul of Bernadette* (1947) la popularísima novela de Franz Werfel, *Song of Bernadette* (1942). Otras biografías muy conocidas son la de F. Parkinson Keyes, *Sublime Shepherdess* (1940) y la de la Sra. M. G. Blanton, *Bernadette of Lourdes* (1939). Entre las biografías cortas la mejor es sin duda la del P. C. C. Martindale. Sobre los detalles de las entrevistas con Bernardita, ver *The Month*, junio de 1924, pp. 526-535, y julio de 1924, pp. 26 a 36.

BEATO JOAQUIN DE SIENA (1305 P.C.)

El Beato Joaquín, que nació en Siena, pertenecía a la distinguida familia de los Piccolomini. Desde la niñez profesó singular devoción a la Santísima Virgen, ante cuyo altar solía hacer oración. También su caridad con los pobres fue muy precoz. Pedía con tanta frecuencia a su padre dinero para socorrer a los necesitados, que éste se quejó un día, medio en broma, que con sus limosnas iba a acabar con el patrimonio familiar; pero no tuvo nada que responder cuando el niño le contestó: "Pero, papá, tú me has dicho que lo que damos a los pobres lo damos a Cristo. ¿Cómo vamos a negarle algo a Él?"

A los catorce años de edad, Joaquín recibió el hábito de servita de manos de San Felipe Benizi. Desde el primer momento de su vida religiosa, fue modelo de todas las virtudes, particularmente de espíritu de oración y de humildad. Se sentía tan indigno del sacerdocio, que nadie consiguió persuadirle de que aceptase la ordenación, aunque su mayor delicia era ayudar la misa. Con frecuencia entraba en éxtasis cuando asistía al santo sacrificio. Desempeñaba gozosamente los más humildes oficios, pues su principal deseo era vivir ignorado del mundo. Como no pudiese evitar que el pueblo de Siena le diese algunas muestras de respeto, rogó a su superior que le enviase a algún convento distante, donde nadie le conociera. Su superior le mandó a Arezzo, pero la estancia del beato en dicha ciudad duró muy poco, porque en cuanto el pueblo de Siena advirtió su ausencia, levantó tal clamor, que el superior tuvo que mandarle llamar inmediatamente. Desde entonces hasta su muerte, vivió el Beato Joaquín en su ciudad natal, edificándola y sosteniéndola con su ejemplo y oraciones. Su muerte ocurrió en 1305, cuando tenía cuarenta y cinco años de edad.

La más antigua biografía del Beato Joaquín se atribuye a Cristóbal de Parma, contemporáneo suyo. Fue publicada por el P. Soulier en *Analecta Bollandiana*, vol. XIII (1894), pp. 383-397. En *Acta Sanctorum* hay dos biografías del siglo XV: la de Pablo Attavanti y la de Nicolás Borghesi.

BEATO GUILLERMO DE POLIZZI (*c.* 1317 P.C.)

GUILLERMO GNOFFI nació en Polizzi, cerca de Palermo. Tras de haber practicado la vida eremítica un tiempo, ingresó en un convento de religiosos mendicantes. En uno de los viajes que hacía para pedir limosna, una mujer intentó seducirle; el hecho produjo tal tempestad en la imaginación del joven, que abandonó el convento, decidido a volver al mundo. Pero un sueño le hizo retirarse como anacoreta a la soledad de las montañas de Sicilia. Así vivió once años y murió en 1317 o 1318. Los habitantes de Castelbuono le veneran como patrón.

No existe ninguna biografía contemporánea del beato. En *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, hay dos biografías abreviadas, que datan del siglo XVII. Ver también Cajetanus, *Vitae Sanctorum Siculae*, vol. II, pp. 230-233, y notas 79-80.

BEATO ARCANGEL DE BOLONIA (1513 P.C.)

EL MARTIROLOGIO de los Canónigos Regulares de San Agustín menciona, el 16 de abril, al Beato Arcángel, cuyas reliquias se hallan en la iglesia de San Ambrosio de Gubbio. En vida se distinguió por su santidad, su don de profecía y su espíritu de amor fraternal. Generalmente se le identifica con cierto Arcángel Canetuli, de Bolonia, el cual, según sus biógrafos, abrazó la vida religiosa después de haberse salvado providencialmente de una matanza en la que perecieron sus padres y sus hermanos. En el convento de Venecia se le encargó de atender a los huéspedes y, en cierta ocasión, tuvo que albergar al asesino de su padre, al que reconoció instantáneamente. Venciendo todo deseo de venganza, le atendió con la mayor amabilidad y cortesía, como si fuese su mejor amigo. Se dice que fue elegido arzobispo de Florencia, pero nunca desempeñó ese cargo. Vivió algunos años en el monasterio de San Ambrosio de Gubbio y murió en Castiglione, cerca de Arezzo, en 1513.

Los bolandistas ofrecen una biografía más o menos completa del beato en *Acta Sanctorum*, octubre, vol. XIII, pp. 186-193.

17: SAN ANICETO, PAPA Y MÁRTIR (c. 165 P.C.)

SAN ANICETO ascendió a la Cátedra de San Pedro hacia el fin del reinado del emperador Antonino Pío. El Martirologio Romano y otros le ponen en el número de los mártires. En realidad no murió en defensa de la fe católica, pero merece el título de mártir por las pruebas que debió sufrir. Parece que combatió especialmente los errores de Valentino y Marción y luchó por evitar que la herejía contaminase a su grey. Durante el pontificado de San Aniceto, San Policarpo, el famoso obispo de Esmirna, fue a Roma a tratar la cuestión de la fecha de la celebración de la Pascua. Los dos santos no pudieron llegar a un acuerdo; pero, como dice Eusebio, "no se rompieron los lazos de la caridad". Según la tradición, San Aniceto era originario de Siria.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, y el *Liber Pontificalis* con la introducción y las notas de Mons. Duchesne.

SAN INOCENCIO, Obispo de Tortona (*c.* 350 p.c.)

Los padres de San Inocencio vivían en Tortona, al norte de Italia. Aunque eran cristianos, un edicto del emperador los libró de todas las molestias durante la persecución. Pero el privilegio de los padres no alcanzaba a los hijos, de suerte que, a la muerte de aquéllos, San Inocencio compareció ante los magistrados. El joven se rehusó valientemente a ofrecer sacrificio a los dioses, fue torturado y condenado a morir en la hoguera. La víspera de la ejecución, Inocencio tuvo un sueño, en el que su padre le aconsejó que se refugiase en Roma. Cuando se despertó, vio que el guardia estaba dormido y escapó de la cárcel. El Papa San Melquiades le acogió amablemente en Roma. El Papa San Silvestre le confirió el diaconado y le nombró obispo de Tortona a la muerte del emperador Constantino. Durante los veintiocho años que duró su episcopado, San Inocencio trabajó celosamente por la propagación de la fe, también construyó numerosas iglesias y convirtió varios templos paganos en santuarios cristianos.

Estos datos provienen de una vida muy posterior y poco fidedigna del santo, que se halla en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II. Pero el P. F. Savio demostró en *Analecta Bollandiana*, vol. XV (1896), pp. 377-384, que San Inocencio existió realmente y que hay ciertos fundamentos de verdad en la leyenda, aunque el conjunto es imaginario. Pero véase también el folleto del canónigo V. Legé (1913), a cuyas objecciones respondió más tarde el P. Savio.

SAN ROBERTO DE CHAISE-DIEU, Abad (1067 p.c.)

Roberto de Turlande fue el fundador y primer abad del monasterio de Chaise-Dieu, en Auvernia. Después de una juventud inocente, fue ordenado sacerdote y llegó a ser canónigo de la iglesia de San Julián de Brioude. Su caridad se manifestó en el celo con que promovió el culto divino y en su cariño por los pobres. En una época de su vida, pensó en tomar el hábito religioso en Cluny; pero, a lo que parece, no llegó a decidirse a ello. Para obtener la luz del cielo sobre su vocación, hizo una peregrinación a la tumba de los Apóstoles en Roma. A su vuelta, le consultó un caballero llamado Esteban, que quería saber cómo podía expiar sus pecados. San Roberto le aconsejó que abandonase el mundo para servir a Dios como anacoreta. Esteban se mostró dispuesto a ello, y Roberto se ofreció a acompañarle. El santo consideró esto como la respuesta directa del cielo a sus oraciones y confesó a Esteban que durante algún tiempo había acariciado ese proyecto.

Esteban, lleno de entusiasmo, no sólo ganó a otro caballero para la empresa, sino que descubrió un sitio conveniente a cinco leguas de Brioude, junto a una iglesia en ruinas. Ahí construyeron sus celdas y emprendieron una vida de oración y trabajo manual; así pudieron proveer a sus necesidades y socorrer a los pobres. Tres años más tarde, la fama de los ermitaños atrajo a tantos discípulos, que se hizo necesario organizar un monasterio. El pueblo contribuyó con regalos y pronto quedó erigida la famosa abadía de Chaise-Dieu. Había en ella 300 monjes, a los que San Roberto dio las reglas de San Benito. Chaise-Dieu se convirtió en el centro de otros muchos monasterios; pero en 1640, la congregación se fundió con la de San Mauro.

Marbod, obispo de Rennes, escribió una biografía de San Roberto, treinta años después de la muerte de éste. Puede verse en *Acta Sanctorum*, abril, vol. III (abril 24), y en Mabillón (*Acta Sanctorum O. S. B.*) vol. VI, pte. 2, pp. 188-197. Ahí mismo hay una corta biografía escrita por Bernardo, monje de Chaise-Dieu, y una colección de los milagros del santo. Cf. *Bulletin historique et scientifique d'Auvergne*, 1906, pp. 47, 72, 82, 116.

SAN ESTEBAN HARDING, ABAD DEL CISTER, COFUNDADOR DE LA ORDEN CISTERCIENSE (1134 P.C.)

SAN ESTEBAN Harding, el inglés que colaboró en la fundación del monasterio de Cîteaux y dio la forma definitiva a las constituciones de la Orden Cisterciense, se educó en la abadía de Sherborne, en Dorsetshire. No sabemos nada sobre sus padres ni sobre su familia. Según parece, al salir de la abadía no estaba decidido a hacerse monje. Primero fue a Escocia y luego a París, probablemente a estudiar y a conocer el mundo. Hizo un viaje a Roma con un amigo; en realidad se trataba de una peregrinación propiamente dicha, pues ambos jóvenes recitaban diariamente juntos todo el salterio. A la vuelta, al pasar por un bosque de Borgoña, llegaron a una especie de aldea de toscas cabañas. Los habitantes eran monjes que llevaban vida de pobreza y dividían su tiempo entre la oración y el rudo trabajo manual. Su abnegación y austeridad conquistaron a San Esteban, quien se despidió de su amigo y se quedó a vivir con los monjes en Molesmes. Ahí encontró Esteban en San Roberto el abad y San Alberico el prior, espíritus semejanes al suyo; para los tres era motivo de consuelo la comunión de plegaria y mortificación y la pobreza en que vivían, que en ciertas ocasiones llegaba a la carencia absoluta de todo. Sin embargo, al cabo de algunos años, el espíritu de la comunidad había bajado y, en 1098, el abad Roberto, acompañado de Alberico, Esteban y otros cuatro monjes, fue a Lyon a ver al arzobispo Hugo, que era también el delegado pontificio en Francia, para pedirle permiso de abandonar Molesmes. El arzobispo comprendió sus razones y, en un documento cuyo contenido ha llegado hasta nosotros, les dio el permiso que solicitaban. San Roberto dispensó a los monjes del voto de obediencia a él y partió de Molesmes con veinte de los suyos. No sabemos exactamente si erraron al acaso, o si ya desde antes habían escogido para la nueva fundación el sitio más solitario y salvaje que conocían. Como quiera que fuese, llegaron a Cîteaux, que no era entonces más que un prado perdido en el bosque, lejos de la civilización. Rainaldo, el señor de aquellas tierras, les regaló de buena gana el prado y Odón, el duque de Borgoña, a quien el arzobispo Hugo había puesto al tanto del asunto, les envió algunos albañiles para que los ayudasen en la construcción del monasterio.

El 21 de marzo de 1098, se inauguró la nueva abadía; Roberto era el abad, Alberico el prior y Esteban el subprior. Pero el año siguiente, los monjes de Molesmes, que necesitaban mucho a su antiguo abad, pidieron a Roma que mandase volver a Roberto. En realidad, Roberto no había sido nunca la cabeza del movimiento de Cîteaux y parece que volvió con gusto a Molesmes, a juzgar por la alusión que se encuentra en una carta de la época, a la "habitual versatilidad" de Roberto.

Alberico fue nombrado abad de Cîteaux y Esteban prior. Pero las dificultades de la nueva fundación estaban apenas empezando. La transformación del bosque en tierra laborable tomó cierto tiempo y los monjes atravesaron algunos períodos de gran estrechez; pero no perdieron el ánimo y siguieron

sirviendo a Dios en la práctica de la regla de San Benito, con algunas modificaciones que tendían a hacerla aún más rigurosa.

En 1109, murió el Beato Alberico y Esteban le sucedió en el cargo de abad. En su primer decreto prohibió que los magnates tuviesen cortes en Cîteaux, aunque con ello privaba a la abadía de su principal apoyo humano y se malquistó, durante algún tiempo, con el duque Hugo, el sucesor de Odón. Su segundo decreto fue todavía más severo, pues prohibió el uso de objetos costosos en la liturgia y suprimió toda pompa; los cálices debían ser simplemente plateados, las casullas de tejido ordinario, etc. El efecto inmediato de estas medidas fue disminuir el número de visitantes y, sobre todo, el número de novicios, cosa que ya desde antes preocupaba a los monjes. Así, llegó el día en que el monasterio se hallaba prácticamente en la miseria, pero los monjes permanecieron leales a su superior. Entonces el abad, en un acto de total confianza en Dios, mandó a uno de los monjes al mercado de Vézelay a comprar tres carros y tres caballos y le ordenó que los cargase con víveres. Cuando el monje le pidió el dinero necesario, el abad replicó que sólo tenía tres céntimos. El monje partió obedientemente; al llegar a Vézelay contó a un amigo suyo la situación en que se hallaba. El buen hombre corrió al punto a la cabecera de un rico vecino, que estaba en su lecho de muerte y consiguió que éste pagase toda la mercancía.

Sin embargo, el número de monjes seguía disminuyendo en Cîteaux. Una misteriosa epidemia empezó a diezmar a los que quedaban, de suerte que Esteban, a pesar de su heroico valor, no pudo menos de preguntarse si estaba haciendo realmente la voluntad de Dios. En esa situación, pidió a un monje moribundo que, si Dios se lo permitía, volviese de la tumba a iluminarle sobre la voluntad del Señor. Poco después de su muerte, el monje se apareció a Esteban, cuando éste iba a partir al campo, y le dijo que Dios no sólo estaba contento de su manera de proceder, sino que el monasterio se vería muy pronto lleno de monjes que, "como abejas afanosas que revolotean alrededor de la colmena, irían a fundar nuevas colonias en diversas partes del mundo". Satisfecho con esa respuesta del cielo, Esteban aguardó pacientemente el cumplimiento de la profecía. ¡Pero nadie hubiera podido prever hasta qué punto se iba a cumplir!

Un día se presentaron a la puerta del monasterio treinta jóvenes, quienes manifestaron al asombrado portero que habían ido a solicitar la admisión en la vida religiosa. Todos eran de noble linaje, en el pleno vigor de la juventud. El que capitaneaba al grupo, era un mozo de singular apostura, llamado Bernardo. Sintiéndose llamado a la vida religiosa y no queriendo separarse de sus amigos y parientes, se había ganado, uno tras otro, a sus hermanos, a un tío y a varios de sus conocidos. Después de ese momento culminante, el monasterio no tuvo que temer ya ni la falta de novicios, ni el hambre, pues Francia entera empezó a admirar al Císter. También fue el momento culminante en la vida de San Esteban. A partir de ese momento, casi desapareció de los ojos del mundo, entregado como estaba a las dos grandes tareas de la formación de San Bernardo y de la redacción de las constituciones de la Orden Cisterciense.

El número de novicios obligó pronto a los monjes a fundar una nueva abadía en Pontigny, a la que siguieron las de Morimond y Claraval. Para gran sorpresa de todos, Esteban nombró a Bernardo abad de Claraval, aunque éste no tenía más que veinticuatro años. Con el objeto de mantener los lazos entre Cîteaux y sus filiales, San Esteban dispuso que todos los abades se reuniesen

cada año en capítulo general. En 1119, había ya nueve abadías dependientes de Cîteaux y Claraval. Entonces, San Esteban redactó los estatutos, conocidos con el nombre de "Carta de Caridad", que organizaban la Orden Cisterciense y determinaban su modo de vida.

Siendo ya muy viejo y casi ciego, San Esteban renunció al báculo abacial para prepararse a morir. Ya en su lecho de muerte, oyó a unos monjes decir, en tono de alabanza, que sin duda iba a presentarse sin temor al juicio de Dios; irguiéndose entonces en el lecho, les dijo: "Os aseguro que voy a presentarme ante Dios con temor y temblor, como si ninguna cosa buena hubiese hecho en mi vida, porque lo que pude haber hecho de bueno y el fruto que haya podido recoger, son obra de la gracia de Dios. Tengo miedo de haber administrado la gracia con menos celo y humildad de lo que debiera." Esas fueron sus últimas palabras. Fue canonizado en 1623. Los Cistercienses celebran su fiesta, así como las diócesis de Westminster (el 28 de marzo) y de Plymouth.

Los materiales para el estudio de la primitiva historia de la Orden del Cister son relativamente numerosos. Los principales son el *Exordium Parvum*, el *Exordium Magnum*, las crónicas de Guillermo de Malmesbury y Ordericus Vitalis y una vida de San Roberto de Molesmes. El P. Dalgairns publicó en la colección *Lives of English Saints*, una excelente biografía de San Esteban Harding, reeditada en 1898 con algunas notas por el P. Herbert Thurston, y en 1946, en los Estados Unidos, Gregor Müller escribió varios artículos importantes sobre los primeros años de Cîteaux en *Die Cistercienser-Chronik;* ver sobre todo el que se titula *Cîteaux unter dem Abte Alberich*, vol. XXI (1909), nn. 239-243. Sobre la *Carta de Caridad*, véase D. Knowles, *The Monastic Order in England* (1949), pp. 208-216.

BEATO EVERARDO DE MARCHTHAL, ABAD (1170 P.C.)

HACIA el año 1100, los condes de Suabia acabaron de construir o de restaurar una iglesia en Marchthal, en la orilla meridional del Danubio, y establecieron en ella a unos canónigos seculares. La fundación fue languideciendo con el tiempo; algunos de los canónigos murieron y otros abandonaron la iglesia, "prefiriendo las vacas gordas a las flacas", según la expresión de un antiguo cronista. Por último, la iglesia y la casa quedaron totalmente abandonadas. Isabel, la esposa de Hugo, conde de Tubingen, quedó muy impresionada al ver aquellas ruinas en las que ya no se cantaban las alabanzas a Dios. A instancias suyas, su esposo reconstruyó nuevamente el monasterio y lo regaló a los premonstratenses de Roth, en agradecimiento por sus triunfos militares. La donación incluía cuatro iglesias, una gran cantidad de terreno y los derechos de pesca en el Danubio. Entre los doce canónigos que llegaron de Roth, figuraba Everardo de Wolfegg, un varón de Dios que había renunciado a sus cuantiosas riquezas y a la dignidad de archidiácono para ingresar en la Orden Premonstratense. Everardo gobernó Marchthal sabiamente durante doce años y murió en 1178.

Parece que no existe ninguna biografía propiamente dicha de Everardo. Su culto no ha sido nunca aprobado oficialmente. En *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, hay un esbozo biográfico. Ver también F. Walter, *Geschichte des Klosters Obermarchtal*, pp. 5-7, y J. Vochezer, *Geschichte des Hauses Waldburg*, vol. I, pp. 5-6.

BEATA CLARA DE PISA, VIUDA (1419 P.C.)

LA BEATA CLARA era hija de Pedro Gambacorta, quien llegó a ser prácticamente el amo de la República de Pisa. Clara nació en 1362; su hermano, el Beato

Pedro de Pisa (17 de junio), era siete años mayor que ella. Pensando en el futuro de su hijita, a la que la familia llamaba Dora, apócope de Teodora, su padre la comprometió a casarse con Simón de Massa, era un rico heredero, aunque la niña sólo tenía siete años. No obstante su corta edad, Dora solía quitarse, durante la misa, el anillo de esponsales y murmuraba: "Señor, Tú sabes que el único amor que yo quiero es el tuyo". Cuando sus padres la enviaron, a los doce años de edad, a la casa de su esposo, ya había empezado la joven su vida de mortificación. Su suegra se mostró amable con ella; pero, cuando advirtió que era demasiado generosa con los pobres, le prohibió la entrada en la despensa de la casa. Deseosa de practicar de algún modo la caridad, Dora se unió a un grupo de señoras que asistían a los enfermos y tomó a su cargo a una pobre mujer cancerosa. La vida de matrimonio de Dora duró muy poco tiempo; tanto ella como su esposo fueron víctimas de una epidemia, en la que su marido perdió la vida. Como la beata era todavía muy joven, sus parientes intentaron casarla de nuevo, pero ella se opuso con toda la energía de sus quince años. Una carta de Santa Catalina de Siena, a quien había conocido en Pisa, la animó en su resolución.

Dora se cortó los cabellos y distribuyó entre los pobres sus ricos vestidos, cosa que provocó la indignación de su suegra y de sus cuñadas. Después, con la ayuda de una de sus criadas, se las arregló para tramitar en secreto su entrada en la Orden de las Clarisas Pobres. Cuando todo estuvo a punto, huyó de su casa al convento, donde recibió inmediatamente el hábito y tomó el nombre de Clara. Al día siguiente, sus hermanos se presentaron en el convento a buscarla; las religiosas, muy asustadas, la descolgaron por el muro hasta los brazos de sus hermanos, los cuales la condujeron a su casa. Ahí estuvo Clara prisionera durante seis meses, pero ni el hambre, ni las amenazas consiguieron hacerla cambiar de resolución. Finalmente, Pedro Gambacorta se dio por vencido y no sólo permitió a su hija ingresar en el convento dominicano de la Santa Cruz, sino que prometió construir un nuevo convento. Ahí conoció Clara a María Mancini, que era también viuda e iba a alcanzar un día el honor de los altares. Los escritos de Santa Catalina de Siena ejercieron profunda influencia en las dos religiosas, las cuales, en el nuevo convento, fundado por Gambacorta en 1382, consiguieron establecer la regla en todo el fervor de la primitiva observancia. La Beata Clara fue primero subpriora y luego priora del convento, del que partieron en lo sucesivo muchas de las santas religiosas destinadas a difundir el movimiento de reforma en otras ciudades de Italia. Hasta el día de hoy, se llama en Italia a las religiosas de clausura de Santo Domingo "las Hermanas de Pisa". En el convento de la beata reinaban la oración, el trabajo manual y el estudio. El director espiritual de Clara solía repetir a las religiosas: "No olvidéis nunca que en nuestra orden hay muy pocos santos que no hayan sido también sabios."

Clara tuvo que hacer frente, durante toda su vida, a las dificultades económicas, pues el convento exigía constantemente alteraciones y nuevos edificios. A pesar de ello, en una ocasión en que llegó a sus manos una cuantiosa suma que hubiese podido emplear en el convento, prefirió regalarla para la fundación de un hospital. Pero las virtudes en que más se distinguió fueron, sin duda, el sentido del deber y el espíritu de perdón, que practicó en grado heroico. Giacomo Appiano, a quien Gambacorta había ayudado siempre y en quien había puesto toda su confianza, le asesinó a traición, cuando éste se esforzaba por

mantener la paz en la ciudad. Dos de sus hijos murieron también a manos de los partidarios del traidor. Otro de los hermanos de Clara, que consiguió escapar, llegó a pedir refugio en el convento de la beata, seguido de cerca por el enemigo; pero Clara, consciente de que su primer deber consistía en proteger a sus hijas contra la turba, se negó a introducirle en la clausura. Su hermano murió asesinado frente a la puerta del convento, y la impresión hizo que Clara enfermase gravemente. Sin embargo, la beata perdonó tan de corazón a Appiano, que le pidió que le enviase un plato de su mesa para sellar el perdón, compartiendo su comida. Años más tarde, cuando la viuda y las hijas de Appiano se hallaban en la miseria, Clara las recibió en el convento.

La beata sufrió mucho hacia el fin de su vida. Recostada en su lecho de muerte, con los brazos extendidos, murmuraba: "Jesús mío, heme aquí en la cruz." Poco antes de morir, una radiante sonrisa iluminó su rostro, y la beata bendijo a sus hijas presentes y ausentes. Tenía, al morir, cincuenta y siete años. Su culto fue confirmado en 1830.

Una religiosa, contemporánea de la beata, escribió su biografía en italiano; en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, se halla traducida al latín. También se han publicado algunas de las cartas de Clara. Ver M. C. Ganay, *Les Bienheureuses Dominicaines* (1913), pp. 193-238; y Procter, *Lives of the Dominican Saints*, pp. 96-100. La biografía más completa es la de Taurisano, *Catalogus hagiographicus O.P.*, p. 34.

BEATA MARIA-ANA DE JESUS, Virgen (1624 p.c.)

María-Ana, nació en Madrid, en 1565. Sus padres fueron Luis Navarra de Guevara y Juana Romero. Desde su más tierna edad se consagró a Dios y tuvo que resistir a las insistencias de su padre que quería casarla y aun tuvo que soportar malos tratos por parte del autor de sus días y de la mujer que había tomado en segundas nupcias. Pero María-Ana permaneció inquebrantable en su generosa decisión. Para sustraerse a la injusta persecución, buscó entrar en un monasterio, pero todos se negaban a recibirla por temor al resentimiento de su familia. Así, obligada a permanecer bajo el techo paterno, llevó una vida de retiro y de rigurosas austeridades. Dios la colmó de favores extraordinarios. Finalmente, a la edad de cuarenta y dos años, obtuvo de su padre el permiso para entrar en la orden de Nuestra Señora de la Merced, donde recibió el hábito con el nombre de María-Ana de Jesús.

En 1614, pronunció sus votos solemnes de religión, al mismo tiempo que otra santa religiosa recibió el nombre de María de Jesús. Las dos formaron el núcleo de un nuevo instituto, que tomó el nombre de Religiosas Descalzas de Nuestra Señora de la Merced. María-Ana, que visitaba con frecuencia a la reina, edificaba con su modestia a toda la corte. Aplicó sus oraciones y mortificaciones por tres clases de infortunados: los pecadores, las almas del purgatorio y los cristianos cautivos en Africa. A causa de una enfermedad que puso a prueba su paciencia y la hizo sumisa a la voluntad de Dios, murió el 17 de abril de 1624.

Los milagros que operó en su tumba, fueron causa de que se abriera el proceso de beatificación, por Pío VI, en 1783.

Los datos para esta nota, fueron tomados de *Vies des Saints*, de los PP. Benedictinos de París, vol. IV, pp. 432-433.

18: SAN APOLONIO EL APOLOGETA, Mártir (*c.* 185 p.c.)

EL EMPERADOR Marco Aurelio había perseguido a los cristianos por sistema; en cambio, su hijo Cómodo, quien le sucedió hacia el año 180, no odiaba a los cristianos, a pesar de que era un hombre vicioso. Durante el período de paz de que gozó el cristianismo en su reinado, aumentó el número de los fieles y muchos nobles abrazaron el cristianismo. Entre éstos, se contaba un senador llamado Apolonio, tan versado en la filosofía como en la Sagrada Escritura. Uno de sus esclavos le acusó de ser cristiano ante Perenne, prefecto de los pretorianos. Hasta entonces, no se habían vuelto a poner en vigor las leyes persecutorias de Marco Aurelio; pero Perenne, aunque condenó a muerte al esclavo por haber denunciado a su amo, exigió a Apolonio que abjurase de su religión. Como éste se negase, el prefecto dejó el asunto al juicio del Senado romano. En presencia de los senadores, Apolonio, a quien probablemente trataban con especial consideración por su saber y posición social, tuvo un debate público con Perenne y defendió valientemente su religión. Como persistiera en negarse a ofrecer sacrificios a los dioses, el Senado le condenó a morir decapitado. Según otra versión menos probable, murió a causa de las heridas recibidas en las piernas durante la tortura.

Los especialistas opinan que el diálogo entre el mártir y su juez tiene todas las trazas de ser un relato auténtico, tomado por un escribiente durante el proceso. Alban Butler, quien vivió en el siglo XVIII, no conoció ese documento, recientemente descubierto. Citaremos algunos fragmentos de las frases que pronunció el santo apologeta poco antes de morir. Su vibrante defensa de la fe, que data de hace tantos siglos, vale por todas las homilías posteriores. Tomamos nuestra cita de la traducción ligeramente abreviada, pero sustancialmente exacta, del difunto canónigo A. J. Mason.

Según dijo el mártir, todos los hombres estaban destinados a morir, y los cristianos no hacían más que prepararse para ese momento, muriendo un poco cada día. Las calumnias de los paganos contra los cristianos estaban tan lejos de ser ciertas que, en realidad, éstos no se permitían ni una mirada impura ni una mala palabra. Arguyó, además, que no era peor morir por el verdadero Dios que sucumbir víctima de la fiebre, de la disentería o de cualquier otra enfermedad. "Entonces, ¿deseas morir?", le preguntó Perenne. "No", respondió Apolonio, "yo amo la vida; pero ese amor no me hace temer la muerte. Nada hay mejor que la Vida, la verdadera Vida que confiere la inmortalidad a las almas que han vivido bien en el mundo." El prefecto confesó que no entendía, y el prisionero replicó: "Siento mucho que seas tan insensible a las bellezas de la gracia. Sólo un corazón sensible puede percibir la Palabra de Dios, como sólo un ojo sensible puede percibir los matices de la luz".

Un filósofo de la escuela de los cínicos interrumpió a Apolonio, diciendo que sus palabras eran un insulto a la inteligencia, aunque Apolonio creyese que estaba diciendo verdades muy profundas. El mártir respondió: "A mí me han enseñado a orar y no a insultar; sólo a los ojos de los insensatos, la verdad puede parecer un insulto". El juez le pidió que se explicase claramente. Apolonio pronunció entonces lo que Eusebio califica de elocuentísima defensa de la fe:

"El Verbo de Dios, que creó los cuerpos y las almas, se hizo hombre en Judea y fue nuestro Salvador, Jesucristo. El, que era perfectamente puro y sabio, nos reveló al Dios verdadero y nos enseñó el camino de la virtud, haciéndonos conscientes de nuestra dignidad y nuestro papel en la sociedad. Con su muerte marcó definitivamente el alto al pecado. El nos enseñó a consolar a los afligidos, a ser generosos, a propagar la caridad, a renunciar a la vanagloria, a refrenar el deseo de venganza y a despreciar la muerte, cuando ésta se nos impone, no por nuestros crímenes, sino por los crímenes de los otros. También nos enseñó a obedecer su Ley, a honrar al soberano, a adorar únicamente al Dios inmortal, a creer en la inmortalidad de nuestras almas, a esperar el juicio de Dios, después de la muerte, y el premio de resurrección que Dios dará a las almas de los que vivieron según su ley. Todo eso nos los enseñó con palabras sencillas, apoyándose en razones convincentes, y ello le mereció gran gloria; pero también le ganó el odio de los malvados, como había sucedido a otros filósofos y hombres rectos. Porque los malos no soportan a los buenos. Según cierto proverbio (del Libro de la Sabiduría), los malos dicen: 'Pongámonos al acecho del que hace el bien, porque está contra nosotros'. Y uno de los personajes de la *República* de Platón dice también 'El hombre bueno será azotado, torturado, maniatado, y al fin le arrancarán los ojos y le crucificarán.' Como los sicofantes atenienses se ganaron a la multitud y condenaron injustamente a Sócrates, así un puñado de malvados condenó a muerte a nuestro Maestro y Salvador, reprochándole lo mismo que habían reprochado antes a los profetas ... Si nosotros honramos a Cristo —concluyó el mártir—, es porque nos reveló esa doctrina divina que no conocíamos. Y eso no es engaño, pero supongamos que, como vosotros decís, sea un engaño que el alma es inmortal, que hay un juicio después de la muerte, que la virtud será premiada con la resurrección y que Dios ha de juzgarnos a todos, pues bien, os aseguro que aun en ese caso, nos consideraríamos felices de morir por un engaño tan sublime, que es capaz de hacernos vivir rectamente aun en la adversidad y de tener una esperanza".

Algo se sabía de la apología de Apolonio ante el Senado por los escritos de Eusebio, Rufino y San Jerónimo; pero se creía que no existían las actas auténticas, hasta que F. C. Conybeare tradujo un texto armenio, publicado en 1874 por los monjes mekhitaristas (ver Conybeare, *The Apology and Acts of Apollonius*, etc., 1894, pp. 29-48). Poco después, los bolandistas encontraron una copia del texto griego en un manuscrito de París y la publicaron en *Analecta Bollandiana*, vol. XIV (1895), pp. 284-294. Ambos textos llamaron la atención de los especialistas, quienes los reeditaron y tradujeron a varias lenguas. Ver la admirable exposición de las actas que hace el P. Delehaye en *Les Passions des Martyrs et les genres littéraires* (1921), pp. 125-136. Aunque dicho autor se pronuncia abiertamente por la autenticidad sustancial del diálogo, hace notar que tanto en la versión griega como en la armenia se advierte ya el principio del proceso de falsificación. El mismo autor da una amplia bibliografía sobre las aportaciones de Harnack, Mommsen, Klette, Greffcken y otros. Ver igualmente A. J. Mason, *Historic Martyrs of the Primitive Church* (1905), pp. 70-75.

SAN ELEUTERIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (Sin fecha)

LA LEYENDA de San Eleuterio y sus compañeros es una de tantas novelas piadosas de origen griego que alcanzaron gran popularidad en épocas poco críticas, como si se tratase de historias verdaderas. Resumiremos dicha novela, ya que sigue exactamente las líneas tradicionales del género y es un verdadero modelo de tales fábulas. Eleuterio era hijo de una viuda romana llamada Antia; fue

educado cristianamente por un tal Dinamio, obispo; ordenado diácono a los dieciséis años y sacerdote a los dieciocho, el joven fue consagrado obispo de Iliria a los veinte años. Después de convertir y bautizar al oficial del emperador que había ido a arrestarle, Eleuterio compareció ante Adriano, quien mandó que le atasen sobre una parrilla calentada al rojo vivo. Pero las ataduras se rompieron solas y el mártir se levantó y predicó a la multitud. Entonces Adriano mandó traer otra parrilla más grande, trató de ganarse al prisionero con promesas y amenazas y, finalmente, le puso ante la disyuntiva de abjurar de la fe o morir quemado a fuego lento. El joven obispo no vaciló, pero la hoguera se apagó y no hubo manera de encenderla nuevamente. Entonces, los verdugos arrojaron a Eleuterio en un horno, del que salió dos horas más tarde sin la menor quemadura. El emperador, enfurecido, ordenó entonces que le atasen por los pies a un carro tirado por caballos salvajes; los caballos le llevaron a una montaña, donde un ángel le desató y las fieras salvajes le rodearon, cual mansos corderos. Ahí permaneció hasta que unos cazadores le descubrieron y le entregaron a los soldados del emperador. Durante los juegos públicos fue arrojado a las fieras, pero el león y la leona no hicieron más que lamerle las manos y los pies. Finalmente, Eleuterio murió apaleado, junto con once compañeros. Su madre pereció decapitada poco después.

Pueden leerse estas actas imaginarias en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II; cf. Delehaye, *Les Légendes Hagiographiques* (3a. edic. 1927), p. 77.

SAN PERFECTO, MÁRTIR (850 P.C.)

PERFECTO NACIÓ en Córdoba, durante la época en que la ciudad española estaba ocupada por los moros y se educó en la comunidad de sacerdotes que servían en la iglesia de San Asisclo. Se dedicó de manera muy especial al estudio de las Sagradas Escrituras. Ordenado sacerdote, dedicó su tiempo a instruir y consolar a los fieles que gemían bajo el yugo de sus opresores. Cierto día fue detenido en la ciudad por unos árabes que le obligaron a decir lo que pensaba sobre Jesucristo y sobre Mahoma. Perfecto les explicó lo que la Iglesia enseña sobre la divinidad de Nuestro Señor y sobre su misión de Redentor del género humano. En cuanto a Mahoma, guardó cierta reserva para no irritarlos; pero en vista de que ellos le invitaron a que se expresara con libertad sobre el profeta y le prometieron no enfadarse, les declaró que los cristianos veían en Mahoma a un falso profeta y concluyó su perorata con una exhortación para que salieran del estado de condenación en que los había sumido la doctrina mahometana.

Los moros, al oír aquella declaración, no pudieron contener su ira, pero como habían prometido no irritarse, se contentaron con volverle la espalda y dejarle con la palabra en la boca.

Sin embargo, mientras Perfecto regresaba en paz a su comunidad, los moros se confabularon para buscar los medios de vengar a su profeta. Considerando que después de un tiempo ya no estaban ligados a su promesa, dejaron pasar unos días y apostaron gentes en torno a la casa de Perfecto para que le aprehendiesen en la primera oportunidad. Los emisarios se apoderaron del sacerdote y le condujeron ante el juez de los moros como reo de blasfemia. Cargado de grillos y de cadenas, lo arrojaron en una mazmorra para que aguardase ahí el día de la pascua árabe, fecha en que sería inmolado. En el

intervalo, Perfecto se preparó para el martirio con ayunos y oraciones. El día de la fiesta árabe, lo sacaron de su cárcel y lo llevaron al lugar de la ejecución. Al momento de expirar, el mártir confesó de nuevo a Jesucristo y maldijo a Mahoma y al Corán (18 de abril de 850).

Los cristianos recogieron su cuerpo y lo sepultaron en la iglesia de San Asisclo, en donde le tributaron los honores debidos a los santos. Usuardo inscribió el nombre de Perfecto en el Martirologio Romano.

Acta Sanctorum, 18 de abril, extracto del *Memorial des saints*, de San Eulogio de Córdoba.

SAN GALDINO, ARZOBISPO DE MILÁN Y CARDENAL (1176 P.C.)

SAN GALDINO es uno de los principales patrones de Milán. Su nombre aparece, junto con los de San Ambrosio y San Carlos Borromeo, en todas las letanías del rito milanés. El santo descendía de la famosa familia Della Scala. Fue canciller y archidiácono de dos arzobispos de Milán; desempeñó tan hábilmente esos cargos en una época muy difícil, que se ganó la estima del clero y del pueblo. El Papa Alejandro III fue elegido en 1159, pero algunos cardenales disidentes, eligieron poco después a un antipapa amigo del emperador Federico Barbarroja. Milán había ofendido antes al emperador, reclamando el derecho de elegir a sus magistrados, y el apoyo que la ciudad prestó a la causa del Papa Alejandro III enfureció todavía más a Federico. El arzobispo Huberto y su archidiácono Galdino, tuvieron que salir de la ciudad y, al año siguiente, Federico la sitió con un gran ejército y la tomó. Fue entonces cuando el emperador dio la orden de trasladar los supuestos cuerpos de los tres Reyes Magos, de la iglesia de San Eustorgio a Colonia, donde se conserva todavía esas "reliquias".

En 1165, Galdino fue consagrado cardenal. Al año siguiente, murió el arzobispo Huberto y él fue escogido para sucederle. En vano alegó su mala salud, debilitada con las pruebas que había tenido que sufrir; Alejandro III le consagró personalmente. El nuevo prelado se dedicó, ante todo, a consolar y alentar a su grey. Los lombardos habían formado una unión para reconstruir Milán, y el santo colaboró, con todas sus fuerzas, en la empresa. Pero ello no le impidió desempeñar celosamente sus deberes pastorales, pues predicaba constantemente e iba a visitar a los pobres a su casa. También se ocupó de restablecer la disciplina del clero, que inevitablemente se había relajado un tanto, durante la época tormentosa que había atravesado la ciudad. El santo consagró toda su elocuencia y sabiduría a subsanar los efectos del cisma y a refutar las doctrinas de los cátaros, que se habían divulgado mucho en Lombardía. El último día de su vida, aunque estaba ya muy débil para celebrar la misa, pronunció todavía un ardiente sermón contra la herejía; pero perdió el conocimiento antes de bajar del púlpito y murió al terminar la misa.

El año de la muerte de San Galdino, la Liga Lombarda derrotó a los ejércitos imperiales en la batalla de Legnano. En la famosa reunión, que tuvo lugar en Venecia en 1177, Barbarroja abjuró del cisma e hizo la paz con la Iglesia. En realidad, todos los historiadores sensatos están de acuerdo en afirmar que el Papa jamás puso el pie sobre el cuello del emperador, excepto en un sentido

metafórico. Ninguno de los escritores de la época menciona ese hecho que, por lo demás, no cuadra con el carácter magnánimo de Alejandro III.

En *Acta Sanctorum* (abril, vol. II) hay una corta biografía antigua con muchas notas. Ver también Ughelli, *Italia Sacra*, vol. IV, cc. 219-226, y L. Marazz, *La Lega Lombarda e S. Galdino*, (1897).

BEATO ANDRES HIBERNON (1602 P.C.)

EL BEATO Andrés Hibernón descendía de una noble familia española, pero sus padres, que vivían en Alcantarilla, cerca de Murcia, eran tan pobres, que Andrés tuvo que empezar a trabajar desde muy niño, con un tío suyo, para ayudar al sostenimiento de su familia. Había ya logrado reunir una suma suficiente para dotar a su hermana cuando unos bandidos le asaltaron y le dejaron sin un céntimo. Muy decepcionado, Andrés empezó a comprender cuán inestables eran las riquezas de la tierra en comparación con las del cielo. Poco después, ingresó en un monasterio de los conventuales franciscanos, de donde pasó más tarde al convento de la Reforma de San Pedro de Alcántara, en el que hizo su profesión de hermano lego. El beato trató de llevar una vida oculta de humildad y oración, pero Dios le glorificó con el don de profecía y el de milagros. Su celo convirtió a innumerables personas. Andrés predijo la fecha de su muerte, que ocurrió en Gandía, cuando tenía sesenta y ocho años de edad.

San Pascual Bailón y el Beato Juan de Ribera, contribuyeron mucho a extender el culto del Beato Andrés; pero sus paisanos habían empezado a venerarle ya desde antes de su muerte. Su beatificación tuvo lugar en 1791.

El postulador de la causa, Fray Vicente Mondina, escribió una *Vita del B. Andrea Ibernón* (1791); ver también Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 77-83.

BEATA MARIA DE LA ENCARNACION, VIUDA (1618 P.C.)

BÁRBARA ACARIE —"la bella Acarie"—, conocida más tarde con el nombre de María de la Encarnación, introdujo en Francia la reforma carmelitana que había iniciado Santa Teresa en España. También contribuyó a establecer en París a las Ursulinas y a las Oratorianas. Bárbara era hija de Nicolás Avrillot, alto funcionario del gobierno. Su extraordinaria piedad llamó la atención de las monjas del convento de Longchamps, dirigido por una tía suya, donde se educó. Para prepararse a la primera comunión, a los doce años, se mortificó severamente. Bárbara hubiese querido abrazar la vida religiosa en el convento de las franciscanas de Longchamps o como enfermera del hospital de París; pero sus padres tenían otros planes sobre la única hija que se les había logrado. Bárbara no tuvo más remedio que resignarse, diciendo humildemente: "Puesto que mis pecados me hacen indigna de ser esposa de Cristo, trataré por lo menos de ser su esclava." A los diecisiete años, contrajo matrimonio con Pedro Acarie, un joven abogado de la aristocracia que ocupaba un alto puesto en la tesorería real. Pedro era piadoso y caritativo, como lo demostró ayudando a los católicos ingleses a quienes las leyes isabelinas habían desterrado y privado de todo su haber; pero tenía un temperamento un poco extravagante e hizo sufrir bastante a su esposa. Sin embargo, el matrimonio fue en lo esencial feliz, y Bárbara fue una excelente esposa y madre. Se preocupó tanto por la formación espiritual de

sus seis hijos, que alguien le preguntó si los estaba preparando para la vida religiosa. Bárbara respondió: "Los estoy preparando simplemente para que cumplan la voluntad de Dios, pues El es el único que puede dar la vocación religiosa". Sus tres hijas entraron más tarde en la Orden del Carmelo, uno de sus hijos fue sacerdote y los otros dos practicaron en el mundo los principios cristianos en que habían sido educados. Parece que Bárbara comunicó su piedad a toda su servidumbre, cuyo bienestar procuraba constantemente. Cuando caían enfermos, atendía a sus criados con verdadera ternura. Andrea Levoix, su doncella, la acompañaba en todas sus devociones y obras de caridad.

Grandes pruebas materiales aguardaban a la familia Acarie. Pedro había prestado su apoyo a la Liga Católica y, para ayudarla, había contraído grandes deudas. Al subir al trono, Enrique IV le desterró de París, y los acreedores se apoderaron de todas sus propiedades. La familia llegó a tal grado de pobreza, que en ciertas ocasiones la beata no tenía nada que dar de comer a sus hijos. Ella misma se encargó de llevar a la corte el proceso de su marido, demostró que era inocente de la acusación de conspiración contra el rey y consiguió que los acreedores concediesen nuevos plazos. Así obtuvo que su marido volviese a París. Aunque naturalmente su fortuna había disminuido, el buen nombre de la familia quedó a salvo. La generosa e inteligente caridad de la Sra. Acarie empezó a ser tan conocida, que muchas gentes le confiaban la distribución de sus limosnas. María de Médicis y Enrique IV la tenían en alta estima, de suerte que la beata pudo obtener de ellos el permiso y la ayuda necesarios para introducir a las carmelitas en París. La bondad de su corazón alcanzaba a todos: alimentaba a los hambrientos, tendía la mano a los caídos, ayudaba a los que habían venido a menos, asistía a los agonizantes, instruía a los herejes y favorecía a todas las órdenes religiosas.

Dos apariciones de Santa Teresa le movieron a interesarse por la introducción de las Carmelitas Teresianas en Francia. Tres años después de la segunda visión, en noviembre de 1604, dichas religiosas inauguraban su primer convento en París. En los cinco años siguientes, se fundaron cuatro conventos más. La Sra. Acarie no sólo era el alma de todo el movimiento, sino que se ocupaba también de preparar a las jóvenes para la vida religiosa. Era, por decirlo así, una especie de maestra de novicias casada. Sus principales consejeros de aquella época eran San Francisco de Sales y Pedro de Bérulle, el fundador de los oratorianos franceses.

Nada tiene, pues, de sorprendente que, poco después de la muerte de su esposo, ocurrida en 1613, haya solicitado la admisión en la Orden del Carmelo como hermana lega. Pero sólo fue religiosa durante cuatro años. Esencialmente fue una mujer que se santificó en el estado matrimonial, pues era ya santa mucho antes de tomar el hábito. Con el nombre de María de la Encarnación, ingresó en el convento de Amiens, del que su hija mayor fue poco después nombrada subpriora. La beata fue la primera en prometerle obediencia. Aunque caminaba con mucha dificultad, pues había sido operada tres veces de la pierna, veinte años antes, practicaba gozosamente los más humildes oficios, como el de limpiar las ollas de la cocina. Más tarde fue trasladada a Pontoise, a raíz de ciertas dificultades con el P. de Bérulle.

La vida exterior de la Beata María de la Encarnación estaba sostenida por una profunda vida mística. Durante la contemplación, que en su caso rayaba en éxtasis. Dios le reveló grandes verdades espirituales. Los efectos de estas

gracias se habían manifestado ya desde los primeros años de su vida matrimonial y le habían producido ciertas dificultades en la familia y otras graves pruebas. Uno de los directores espirituales que más la ayudaron, fue el P. Benito Fitch, capuchino de Canfield, en Essex. En 1618, la beata tuvo un ataque de apoplejía que la dejó paralítica e hizo prever el desenlace próximo. La priora mandó que todas las religiosas se reuniesen alrededor del lecho de la beata para recibir su bendición. La hermana María de la Encarnación empezó por decir: "Señor, perdóname el mal ejemplo que he dado"; después bendijo a las religiosas y añadió: "Si Dios se digna admitirme en la felicidad eterna, le pediré que la voluntad de su Hijo se cumpla en cada una de vosotras." A las tres de la mañana del día de Pascua, recibió el viático y murió durante la extremaunción. Tenía entonces cincuenta y dos años. Fue beatificada en 1791.

Hay muchas biografías de la beata. La primera de ellas fue la de André du Val (1621). Mencionaremos entre las principales las de Boucher, Cadoudal, Griselle, y el resumen de E. de Broglie en la colección *Les Saints*. Pero la mejor biografía es sin duda la del P. Bruno, *La belle Acarie* (1942) y contiene una extensa bibliografía. La influencia que la beata ejerció en su época fue suficiente como para que la mencionasen Pastor (*Geschichte der Päpste*, vols. XI y XII) y H. Bremond (*Histoire littéraire du sentiment religieux en France*, vol. II, pp. 193-262). Es muy buena la biografía inglesa de L. C. Sheppard, *Barbe Acarie* (1953).

19: SAN LEON IX, PAPA (1054 P.C.)

SAN LEON IX nació en 1002 en Alsacia, que formaba entonces parte del Sacro Romano Imperio. Hugo, su padre, estaba estrechamente emparentado con el emperador; su madre se llamaba Heilewida. Ambos formaban un excelente matrimonio cristiano; eran tan cultos, que hablaban corrientemente el francés, además del alemán, cosa excepcional en aquella época. A los cinco años, Bruno, como se llamaba el futuro León IX, fue a estudiar a la escuela de Bertoldo, obispo de Toul. En ella empezó a mostrar su talento excepcional. Su tutor era un primo suyo, mucho más grande que él, llamado Adalberto, quien fue luego obispo de Metz. Un suceso de la niñez se quedó profundamente grabado en la mente del futuro Papa. En cierta ocasión un animal ponzoñoso le mordió y le dejó entre la vida y la muerte; entonces se le apareció San Benito y le tocó con una cruz; cuando despertó el niño, estaba completamente curado. Una vez terminados sus estudios, fue nombrado canónigo de la iglesia de San Esteban de Toul. En 1026, el emperador Conrado II fue a Italia a combatir una rebelión de los lombardos; Bruno, que era entonces diácono, le acompañó al mando del regimiento con el que había contribuido el anciano obispo de Toul. Su éxito en la dirección del regimiento le ganó fama de hábil militar, cosa que tal vez no fue muy buena, teniendo en cuenta el porvenir. El obispo de Toul murió cuando Bruno se hallaba todavía en Italia y el clero y el pueblo de la ciudad le eligieron para sustituir al difunto. El día de la Ascensión de 1027, Bruno entró en Toul, en medio de las aclamaciones del pueblo y fue consagrado inmediatamente. Habría de gobernar la diócesis durante veinte años. Su primera ocupación consistió en introducir una disciplina más estricta entre su clero, tanto secular como regular. Inspirado sin duda por su gran devoción a San Benito, tenía en alta estima la vida religiosa; hizo, pues, cuanto estuvo en su mano por

reavivar la disciplina y el fervor de los grandes monasterios de su diócesis e introdujo en ella la reforma de Cluny.

En el verano de 1048, murió el Papa Dámaso II, después de un pontificado de veintitrés días. El emperador Enrique III eligió a su pariente, Bruno, para sucederle. De camino para Roma, Bruno se detuvo en Cluny, donde se unió a su comitiva el monje Hildebrando, quien sería más tarde el Papa San Gregorio VII. Después de ser elegido según los cánones, Bruno ascendió al trono pontificio con el nombre de León IX, a principios de 1049. Durante muchos años los buenos cristianos, así clérigos como laicos, habían luchado contra la simonía; pero el mal estaba tan profundamente arraigado, que hacía falta una mano fuerte para combatirlo. El Papa procedió sin vacilaciones. Poco después de su elección, convocó en Roma a un sínodo que condenó y privó de sus beneficios a los clérigos culpables de simonía y lanzó severos decretos contra la decadencia del celibato eclesiástico. León IX empezó a promover entre el clero de Roma la vida comunitaria, que ya antes había ayudado a instituir en Toul, cuando era diácono del obispo de dicha ciudad. Además, convencido de que la reforma exigía algo más que simples decretos, empezó a visitar los países de Europa occidental para dar mayor fuerza a las leyes y sacudir la conciencia de las autoridades. La reforma de las costumbres era su principal objetivo pero también insistió en la predicación y en el canto sagrado, que amaba particularmente. San León se vio también obligado a condenar las doctrinas de Berengario de Tours, quien negaba la presencia real de Cristo en la Eucaristía. El enérgico Papa cruzó dos veces más los Alpes: una vez para visitar su antigua diócesis de Toul y otra, para reconciliar a Enrique III con Andrés de Hungría. Debido a esos viajes, el pueblo le llamó "Peregrinus Apostolicus", el peregrino apostólico.

León consiguió ver aumentado el patrimonio de San Pedro con Benevento y otros territorios del sur de Italia, lo cual acrecentó el poder temporal de los Papas. Pero ello no dejó de traerle dificultades, pues los normandos invadieron dichos territorios. León IX salió en persona al encuentro del enemigo, pero fue derrotado y hecho prisionero, en Civitella y los invasores le detuvieron algún tiempo en Benevento. El golpe para el prestigio de León fue muy rudo; además, San Pedro Damián y otros varones de Dios le criticaron severamente, diciendo que, si la guerra era necesaria, tocaba al emperador hacerla y no al Vicario de Cristo.

El patriarca de Constantinopla, Miguel Cerulario, aprovechó la ocasión para acusar de herejía a la Iglesia de occidente, a propósito de ciertos puntos de disciplina y liturgia en que difería de la Iglesia de oriente. El Papa respondió con una larga carta, vibrante de indignación, pero no exenta de moderación. Muy característico de León IX fue el hecho de empezar a aprender el griego para comprender mejor los argumentos de sus acusadores. Pero, aunque ése fue el principio de la separación definitiva de la Iglesia oriental y occidental, San León no vivió lo suficiente para ver el resultado de la delegación que envió a Constantinopla. Ya para entonces, su salud estaba muy debilitada. Ordenó, pues, que colocasen su lecho junto a un sarcófago, en San Pedro, y murió apaciblemente ante el altar mayor, el 19 de abril de 1054.

"El cielo ha abierto sus puertas a un Pontífice del que el mundo no era digno; León ha llegado a la gloria de los santos", declaró el abad de Monte Cassino, formulando exactamente el pensamiento de la cristiandad. En los cuarenta días que siguieron a su muerte, se habló de setenta curaciones milagrosas.

En 1087, el Beato Víctor III confirmó la canonización popular y ordenó que los restos mortales de San León fuesen solemnemente trasladados a un monumento.

León IX fue el primer Papa que propuso que la elección del Sumo Pontífice recayese siempre sobre uno de los cardenales. La proposición se convirtió en ley, cinco años después de su muerte. Uno de los monarcas con quien San León mantuvo relaciones amistosas fue San Eduardo el Confesor, a quien concedió la autorización de fundar nuevamente la abadía de Westminster, en vez de hacer una peregrinación a Roma. Se cuenta que durante su pontificado, el rey MacBeth visitó la Ciudad Eterna, tal vez para expiar sus crímenes.

Es imposible enumerar aquí en detalle todas las fuentes de la vida de San León IX. Baste con hacer una referencia general a BHL., nn. 4818-4829 y al excelente artículo sobre el pontificado de León IX en *Lives of the Popes in the Middle Ages* (vol. VI, pp. 19-182), de Mons. H. K. Mann. Acerca del aspecto ascético de la vida de este Papa, es particularmente valiosa la primera parte de la biografía de Wiberto, así como los documentos publicados por el P. A. Poncelet en *Analecta Bollandiana,* vol. XXV (1906), pp. 258-297. Aunque O. Delarc no conocía esos documentos cuando escribió su obra *Un pape alsacien* (1876), ésta es interesante por lo que se refiere a las condiciones de la época. El *St Léon IX* de E. Martin (colección *Les Saints*), es un buen resumen. Quien quiera estudiar más a fondo la cuestión, debe consultar las obras de Martens, Drehmann, Hauck y Brucker, escritas con puntos de vista muy diferentes. El *St Léon IX* de L. Sittler y P. Stintzi (1950) contiene una serie de estudios y citas interesantes, de los que algunos se refieren particularmente a Alsacia.

SAN EXPEDITO (Sin fecha).

PARECE NECESARIO hablar de San Expedito, ya que en una época fue muy famoso y las gentes creían que se debían encomendar a él los asuntos que necesitaban ser resueltos de prisa. Sin entrar en demasiados detalles, podemos afirmar con seguridad dos cosas. La primera es que no existe ninguna razón para pensar que se haya invocado a ese santo en los primeros siglos de la Iglesia y es más que dudoso que haya existido jamás. Cierto que en el *Hieronymianum* se nombra a un Expedito en dos grupos de mártires, los que murieron en Roma el 18 de abril, y los que padecieron el martirio, el día siguiente en Melitene de Armenia. Pero no hay ninguna tradición en apoyo de la existencia de esos mártires y hay razones para creer que la introducción del nombre de Expedito en ambas listas, se debe a la iniciativa de un copista. En todo caso, hay cientos de errores de los copistas en ese documento.

La segunda afirmación se refiere a la leyenda, que pretende explicar el origen de esta "devoción", fundándose en un suceso muy posterior. Según dicha leyenda, una comunidad de religiosas de París recibió en Roma un paquete con un "corpo santo" de las catacumbas. En la fecha de expedición del paquete se hallaba escrita la palabra "spedito"; las religiosas, creyendo que se trataba del nombre del mártir, se dedicaron a propagar su culto. Y así, según la fábula, se extendió rápidamente la devoción de San Expedito en varios países. En respuesta haremos notar que, si bien es cierto que la relación de San Expedito con la rapidez se basa en un juego de palabras (cosa de que hay muchos otros ejemplos en la hagiología), la leyenda de las religiosas de París es totalmente falsa, porque ya en 1781 el hipotético santo era patrón de Acireale, de Sicilia y en el siglo XVIII, existían ya en Alemania ciertas imágenes que representaban a San Expedito como patrón contra toda especie de dilaciones.

Ver *Analecta Bollandiana*, vol. xxv (1906), pp. 90-98, y *Acta Sanctorum*, nov., vol. II pte. 2, p. 198. La leyenda de las monjas francesas apareció en la *Fortnightly Review*, oct., 1906, p. 705; acerca de ese punto cf. *The Month*, nov., 1906, pp. 544-546. Delehaye en *Legends of the Saints*, pp. 47-49, da varios ejemplos de devociones que tienen por origen un juego de palabras o un nombre mal comprendido.

SAN USMARO, Abad y Obispo (713 p.c.)

La abadía de Lobbes, que es una de las más famosas de Bélgica, fue fundada por San Landelino el año 654. No conocemos el nombre de su sucesor inmediato, pero el año 689 o poco después, tomó el gobierno de la abadía San Usmaro, aunque ignoramos si ya era obispo o no. Existen varias biografías de San Usmaro que datan de uno o dos siglos después de su muerte, pero en realidad sabemos muy poco sobre él, fuera de las frases de rigor sobre su santidad, austeridad y celo apostólico. Se cuenta que consagró la iglesia de la abadía de Lobbes a San Pedro y San Pablo, el 26 de agosto del año 697 y, que más tarde, construyó otra iglesia para el pueblo, en la ladera de la colina. Se le atribuye, además, la fundación de otros monasterios y se habla mucho de su trabajo misional en la evangelización de Flandes.

Las diferentes biografías de San Usmaro fueron publicadas por Mabillon en *Acta Sanctorum O.S.B.*, vol. III, pte. I, pp. 248-335, y pte. 2, pp. 608-611. También existen varias colecciones de milagros. Ver sobre todo U. Berliére, *Monasticon Belge*, vol. I pp. 200-201; Van der Essen, *Etudes critiques... méroving*, pp. 71-73 y 76-82; y G. Morin, *Analecta Bollandiana*, vol. XXIII (1904), pp. 315-319. También hay una biografía moderna escrita por C. L. Declèves (1886).

SAN ALFEGIO, Arzobispo de Canterbury, Mártir (1012 p.c.)

San Alfegio ingresó muy joven en el monasterio de Deerhurst, en Gloucestershire. Más tarde se retiró a la soledad, cerca de Bath y llegó a ser abad del monasterio de Bath, fundado por segunda vez por San Dunstano. Alfegio no toleraba la menor relajación de la regla, pues sabía cuán fácilmente las concesiones acaban con la observancia en los conventos. Solía decir que era mejor permanecer en el mundo que ser un monje imperfecto.

A la muerte de San Etelwoldo, el año 984, San Dunstano obligó a Alfegio a aceptar el obispado de Winchester, a pesar de que no tenía más que treinta años de edad y se resistía a ello. En esa alta dignidad las excepcionales cualidades de San Alfegio encontraron ancho campo de actividad. Su liberalidad con los pobres era tan grande que, durante su episcopado, no había un solo mendigo en Winchester. Como seguía practicando las mismas austeridades que en el convento, los prolongados ayunos le hicieron adelgazar tanto, que algunos testigos declararon que se podía ver a través de sus manos cuando las levantaba en la misa. Después de haber gobernado sabiamente su diócesis durante veintidós años, fue trasladado a Canterbury, donde sucedió al arzobispo Aelfrico. Fue a Roma a recibir el palio de manos del Papa Juan XVIII.

En aquella época, los daneses hacían frecuentes incursiones en Inglaterra. En 1011, unidos al conde Edrico, que se había rebelado, marcharon contra Kent y pusieron sitio a Canterbury. Los principales de la ciudad rogaron al arzobispo que huyese, pero San Alfegio se negó a hacerlo. La ciudad cayó, por traición

y los daneses degollaron a gran cantidad de hombres y mujeres de todas las edades. San Alfegio se dirigió al lugar de la ciudad en que se estaban cometiendo los peores crímenes y, abriéndose camino entre la multitud, gritó a los daneses: "No matéis a esas víctimas inocentes. Volved vuestra espada contra mí." Inmediatamente fue atacado, maltratado y encarcelado en un oscuro calabozo. Algunos meses más tarde, fue puesto en libertad, a raíz de una misteriosa epidemia que se había propagado entre los daneses; pero, a pesar de que San Alfegio había curado a muchas víctimas con su bendición y con el pan bendito, los bárbaros exigieron todavía tres mil coronas de oro por su persona. El arzobispo declaró que la región era demasiado pobre para pagar esa suma. Así pues, los daneses le llevaron a Greenwich y le condenaron a muerte, por más que un noble danés, Thorkell el Alto, trató de salvarle. La Crónica Anglosajona narra en verso su trágico fin:

"Hicieron prisionero a aquél que había sido
cabeza de Inglaterra y de la Cristiandad.
En la infeliz ciudad, antaño tan sonriente,
de la que recibimos esa herencia cristiana
que nos hizo felices ante Dios y los hombres,
todo era miseria . . ."

El cuerpo de San Alfegio fue recuperado y sepultado en San Pablo de Londres. En 1023, el rey Canuto de Dinamarca le trasladó solemnemente a Canterbury. Uno de los sucesores de San Alfegio, Lanfranco, dijo a San Anselmo que su antecesor no había muerto por la fe, pero el santo le respondió que morir por la justicia era lo mismo que morir por Dios. Los ingleses siempre han considerado como mártir a San Alfegio. Su nombre se halla en el Martirologio Romano y las diócesis de Westminster, Clifton, Portsmouth y Southwark, celebran todavía su fiesta.

La mejor edición de la biografía de San Alfegio escrita por Osbern, monje de Christchurch de Canterbury, es la de *Anglia Sacra* de Wharton (vol. II, pp. 122-142). Como lo hizo notar Freeman en *Norman Conquest*, vol. I, pp. 658-660, la obra de Osbern, escrita hacia el año 1087, no constituye una fuente fidedigna; más de fiar son los datos que nos dan la *Crónica Anglosajona*, Thietmar y Adán de Bremen. Ver también Stanton, *Menology*, pp. 164-166; las citas de los calendarios ingleses que se encuentran en dicha obra demuestran que en toda Inglaterra se veneraba a San Alfegio.

BEATO BERNARDO EL PENITENTE (1182 P.C.)

NADA SABEMOS sobre los primeros años de Bernardo, excepto que nació en la diócesis de Maguelone, en la Provenza. Ni siquiera su biógrafo y contemporáneo pudo averiguar cuáles eran los crímenes que había cometido al participar en un motín contra un gobernador impopular, que resultó muerto. Sin embargo, ha llegado hasta nosotros el texto exacto del certificado que le extendió su obispo en el momento en que abrazó la vida de penitencia:

"Juan, por la gracia de Dios, obispo de Maguelone, desea la salvación eterna de todos los pastores y fieles de la Iglesia Católica. Queremos haceros saber que, a causa de los horribles crímenes por él cometidos, hemos

impuesto al portador de esta carta, que se llama Bernardo, la penitencia siguiente: debe andar descalzo durante siete años; no podrá usar camisa durante el resto de su vida; se abstendrá de carne y grasas todos los miércoles y, los viernes sólo podrá comer pan y beber un poco de vino. Igualmente, ayunará durante los cuarenta días anteriores a la fiesta de la Navidad. Los viernes de cuaresma y los otros viernes de ayuno obligatorio, sólo beberá agua. Los sábados que no coincidan con alguna gran festividad, no comerá carne ni grasas, a no ser por enfermedad. Así pues, rogamos a vuestras caridades en Jesucristo que, por la salvación de vuestras almas y por compasión, déis a este pobre penitente la comida y el vestido necesarios y le abreviéis la penitencia en cuanto sea razonable. Dada en Maguelone, en el mes de octubre del Año de la Encarnación de 1170. Válida sólo por siete años."

Vestido con el hábito de los penitentes y cargado de cadenas, Bernardo hizo varias peregrinaciones, en el curso de las cuales sufrió mucho. Se cuenta que fue tres veces a Jerusalén y una vez a la India, para implorar la intercesión de Santo Tomás. En cierta ocasión en que se hallaba en Saint-Omer, recibió del cielo la orden de no hacer más peregrinaciones. Un generoso bienhechor le cedió una casita contigua al monasterio de Saint-Bertin y los monjes le permitieron entrar en la iglesia a cualquier hora del día o de la noche. Bernardo era siempre el primero en los oficios nocturnos. Aun en lo más crudo del invierno, permanecía en pie, descalzo, sobre las losas de piedra. El resto del tiempo lo ocupaba en asistir a los pobres y en limpiar las iglesias. Las gentes se acostumbraron pronto a ver a aquel penitente que saludaba a todos con estas palabras: "Que Dios nos conceda un buen fin". Al cabo de cierto tiempo, Bernardo se atrevió a pedir la admisión en el monasterio; los monjes se la concedieron de buena gana, pues le consideraban como un santo. Hacia el fin de su vida, Dios le concedió el don de profecía y, a la intercesión de Bernardo se atribuyeron numerosos milagros. La multitud que invadió la iglesia durante sus funerales fue inmensa. Todos querían un fragmento de sus vestidos o algún objeto tocado por el beato. El biógrafo de Bernardo afirma que había sido testigo presencial de muchas de las curaciones milagrosas que narra.

El autor de la biografía que se halla en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, se llama a sí mismo Juan, monje de la abadía de Saint Bertin.

BEATO JAIME DUCKET, MÁRTIR (1602 P.C.)

LA VIDA del Beato Jaime Ducket es particularmente interesante, ya que casi todas las sentencias de prisión pronunciadas contra él, así como la condena a muerte, se debieron a sus esfuerzos por propagar la fe mediante la prensa católica. Había nacido en Gilfortriggs, en Westmorland. En Londres aprendió el oficio de impresor. El estudio de un libro, llamado "El firme fundamento de la Religión Católica", le hizo dudar de la verdad del protestantismo, en el que había sido educado y, desde entonces, dejó de asistir a los oficios protestantes. El pastor de la iglesia de San Edmundo le mandó llamar; Jaime le confesó francamente que no pensaba volver a una iglesia protestante hasta que se le diesen argumentos más convincentes en favor del protestantismo. Por ello, fue

condenado a dos años de prisión, uno en Bridewell y otro en Compter. Gracias a la intervención del impresor con el que trabajaba, Jaime fue puesto en libertad; pero a causa de la sentencia, su patrón juzgó más prudente despedirle. Jaime recurrió entonces a un anciano sacerdote, llamado Weekes, para que le instruyese. Por el momento, el sacerdote se hallaba preso en Gatehouse; pero dos meses más tarde, quedó libre y, lo primero que hizo fue instruir a Jaime en el catolicismo.

La vida de Jaime fue realmente ejemplar. Se casó con una viuda católica, a la que quiso mucho. Su hijo, que fue más tarde superior de los Cartujos de Newport, escribió un relato del juicio y la muerte del beato. Jaime se dedicó a la venta de libros, "tanto para consuelo e instrucción de los católicos, como para que pudiesen ayudar a otras almas". Ese trabajo era tan peligroso en aquella época, que de sus doce años de matrimonio, Jaime pasó nueve en la prisión, en diversas ciudades de Inglaterra. La última vez fue denunciado por un tal Pedro Bullock, quien había empastado varios libros para el beato y creyó que, delatándole, lograría conseguir una conmutación de la pena de muerte que había merecido por otro delito. Era falso que Jaime hubiese publicado las "Súplicas de la Reina" del P. Southwell, pero el beato confesó que poseía otros libros católicos.

El jurado se rehusó al principio a condenarle por el testimonio de un solo testigo, pero el supremo magistrado, Popham, pidió al jurado que reflexionase sobre su veredicto. Bastó un breve receso para cambiar la sentencia; el jurado declaró al Beato Jaime culpable de felonía y le condenó a muerte. La esposa del beato fue a visitarle a la prisión llorando sin consuelo. Jaime le dijo: "Si me hubiesen nombrado secretario o tesorero de la reina, no llorarías. Pues ahora que voy a estar cerca del trono del Rey de reyes no debe haber lágrimas. Desde arriba podré hacerte todavía más bien, con tal de que sigas sirviendo a Dios en la unidad de su Iglesia ... Yo considero como un gran favor de Dios morir entre ladrones como mi Maestro y Señor". El beato perdonó de todo corazón a su delator, quien fue ejecutado junto con él, a pesar de su traición. Ambos fueron conducidos a Tybrun en el mismo carro. La esposa del beato le dio un poco de vino en Holborn Bars. Jaime repitió una vez más a Bullock que le perdonaba, le exhortó a morir en la Iglesia católica y le dio un beso cuando les echaron la cuerda al cuello.

Ver Challoner, MMP., pp. 261-264; Pollen, *Acts of the English Martyrs* (1891), pp. 238-248; publicaciones de la *Catholic Record Society*, vol. v, pp. 390-391; y M. M. Merrick, *James Ducket* (1947).

20: SAN MARCELINO, Obispo de Embrun (*c.* 374 p.c.)

SAN MARCELINO, primer obispo de Embrun, era un sacerdote africano. Junto con San Vicente y San Domnino evangelizó buena parte de la región que más tarde se llamó el Delfinado. Marcelino hizo de Embrun su centro de operaciones: primero construyó un oratorio en un acantilado que se yergue junto a la ciudad, y más tarde, una gran iglesia, capaz de albergar a todos los habitantes, convertidos por su predicación. En el bautisterio de la iglesia se realizaron muchas curaciones milagrosas. San Gregorio de Tours y San Adón de Vienne, aseguran que, en su época, la fuente se llenaba sola, hasta los bordes,

el Sábado Santo y el día de Navidad y que el agua tenía propiedades medicinales extraordinarias. Su celo y santidad merecieron a San Marcelino la elevación a la dignidad episcopal. Como San Eusebio de Vercelli, que había sido desterrado, San Marcelino fue también perseguido por los arrianos en sus últimos años; finalmente el anciano obispo logró escapar y pasó el resto de su vida escondido en las montañas de Auvernia; de vez en cuando bajaba por la noche a Embrun para aconsejar y alentar al clero y al pueblo.

La corta biografía de San Marcelino que se halla en *Acta Sanctorum* (abril, vol. II) es un documento antiguo y fidedigno. Ver Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 290-291.

SAN MARCIANO o MARIANO (488 P.C.)

CUANDO SAN Mamertino era abad del monasterio que San Germán había fundado en Auxerre, se presentó un joven llamado Marciano, quien había huído de Bourges, ocupada entonces por los visigodos. San Mamertino le concedió el hábito y el joven edificó a todos por su piedad y obediencia. Para probarle, el abad le designó para el puesto más humilde, que era el de pastor en la granja que la abadía poseía en Mérille. Marciano aceptó el cargo con gran alegría y, bajo su cuidado, el ganado empezó a multiplicarse prodigiosamente. El santo poseía un extraño poder sobre los animales: los pájaros iban a comer en sus manos; los osos y los lobos se retiraban al oír su voz; un jabalí, perseguido por los cazadores, fue a refugiarse junto al santo, quien le defendió y le dejó en libertad. A la muerte de San Marciano, la abadía tomó su nombre.

Ver la breve biografía de San Marciano en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II.

SANTA HILDEGUNDA, VIRGEN (1188 P.C.)

LA IGLESIA no ha aprobado nunca oficialmente el culto de Santa Hildegunda, quien fue muy popular a fines de la Edad Media, por su romántica vida. Era hija de un caballero de Neuss, junto al Rin. A la muerte de su esposa, el caballero decidió emprender una peregrinación a Tierra Santa en compañía de su hijita, que tenía entonces doce años. Para protegerla, la vistió de hombre y la llamó José. El padre de la santa murió en el camino de vuelta y el hombre al que había encomendado a la muchacha, la desvalijó y la abandonó en Tiro. Sin embargo, la santa consiguió volver a Europa —no sabemos exactamente de qué manera, pues las narraciones son contradictorias—, disfrazada todavía de hombre. A su regreso, "José" entró a servir a un anciano canónigo de Colonia; con él fue a Roma a ver al Papa y después a Verona y tuvo extraordinarias aventuras en sus viajes. Las autoridades la confundieron con un ladrón y la condenaron a muerte; la santa demostró su inocencia con la prueba de fuego. Después la colgaron realmente los cómplices del ladrón, pero logró salir con vida y llegar a Verona. De vuelta a Alemania, una anacoreta le aconsejó que entrase en el convento de Schönau. Según otra leyenda, el consejo se lo dio un anciano hermano lego de la abadía. Hildegunda tomó el hábito cisterciense y permaneció en Schönau hasta la muerte, aunque intentó escaparse dos o tres veces, por temor a que se descubriese su sexo, según parece. Hildegunda murió antes de hacer los votos. Después de su muerte descubrieron los monjes que era

mujer. Su biógrafo fue el monje que había estado encargado de instruirla, pues era muy ignorante. La santa había contado a dicho monje y al prior sus aventuras, pero sin revelarles su verdadero sexo.

Por extraño que parezca, este relato no es puramente legendario. Además de la larga biografía publicada en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, existen una vida en verso (*Neues Archv*, vol. VI, pp. 533-536), otra versión en prosa (en el Catálogo de Manuscritos de Bruselas, vol. II, pp. 92-95), y sobre todo un relato de Engelhardo, abad de Ebrach, quien escribió en 1188, o sea en el año mismo de la muerte de la novicia. J. Schwartzer descubrió ese manuscrito y lo publicó por primera vez en *Neues Archiv*, vol. VI, pp. 516-521. Ver también el artículo del P. Thurston en *The Month*, feb. de 1916, pp. 145-155. Cesareo de Heisterbach menciona de paso la historia en *Dialogus Miraculorum* (trad. ing., 1929).

SANTA INES DE MONTEPULCIANO, VIRGEN (1317 P.C.)

EN EL pueblecito toscano de Gracchiano-Vecchio, que dista unos cinco kilómetros de Montepulciano, nació, hacia 1268, una niña que estaba destinada a ser una de las grandes figuras femeninas de la Orden de Santo Domingo. Descendía de familia acomodada. A los nueve años, la niña consiguió que sus padres confiasen su educación a las austeras religiosas de un convento de Montepulciano. El pueblo llamaba a dichas religiosas "las saquinas", porque sus hábitos estaban hechos de tela de saco. La tutora de la santa era la madre Margarita, una religiosa de gran experiencia. Inés empezó muy pronto a edificar a sus compañeras por sus rápidos progresos. Como tenía una prudencia muy superior a su edad, a los catorce años fue encargada de la portería. Algún tiempo después, las autoridades de Procena pidieron al convento que enviasen a una religiosa para que fuese superiora de un nuevo convento en la ciudad. La elegida fue la madre Margarita, quien aceptó con la condición de que Inés fuese su asistenta. En cuanto circuló la noticia de que Inés se hallaba en Procena, varias jóvenes pidieron la admisión en el nuevo convento. Poco después, Inés fue elegida abadesa. Para ello hubo que solicitar una dispensa del Papa Nicolás IV, pues Inés no tenía más que quince años. Desde entonces, la santa redobló sus austeridades. Durante quince años vivió a pan y agua, durmiendo en el suelo con una piedra por almohada. Sólo después de una grave enfermedad, que soportó con admirable paciencia, consintió Inés en mitigar sus penitencias. Dios le concedió gracias extraordinarias. En una visión, la santa tuvo al Niño Jesús en sus brazos. Se cuenta que en varias ocasiones un ángel le llevó la comunión y las religiosas del convento declararon que la habían visto muchas veces en éxtasis, levantada a cierta altura del suelo. También dieron testimonio de muchos de los milagros obrados por Inés, en particular de una multiplicación del pan y el aceite del convento en un período de gran pobreza. Una de las manifestaciones preternaturales más curiosas se producía en ciertas ocasiones, cuando Inés era arrebatada en éxtasis y, sobre su manto y en el sitio donde había estado arrodillada, aparecían copos de un "maná" blanco. Parecía, según los cronistas, que la santa había atravesado una espesa tempestad de nieve.

Entre tanto, los habitantes de Montepulciano empezaron a hacer gestiones para que volviese a la ciudad una religiosa de tanta fama. Inés aceptó la proposición de tomar la dirección de un convento en Montepulciano, construido especialmente para ella. Como la santa había comprendido ya lo difícil que resultaba la supervivencia a comunidades como la suya, que no pertenecía a

ninguna de las grandes órdenes, aunque practicaba la regla de San Agustín, sugirió a las autoridades de Montepulciano que anexasen el nuevo convento a la Orden de Santo Domingo. Se construyó el convento en el sitio que ocupaban antes varias casas de mala fama, que habían sido motivo de escándalo para la ciudad. En cuanto quedó terminado, Inés partió de Procena.

En Montepulciano fue inmediatamente nombrada abadesa, puesto que desempeñó hasta su muerte. En esa época de su vida se sitúan algunas de las más notables profecías y curaciones de la santa. El convento floreció bajo su gobierno. La santa sufrió una dolorosa enfermedad en sus últimos años, pero no por ello dejó de cumplir fielmente con sus deberes. Antes de esa enfermedad, se le había aparecido un ángel, quien la condujo bajo un olivo y le ofreció un cáliz, con estas palabras: "Bebe, esposa de Cristo, este cáliz que el Señor Jesús bebió por ti". Obedeciendo a los deseos de sus súbditos y dado que el convento no era de estricta clausura, Inés fue a unas fuentes curativas de la región; pero ello no le hizo ningún bien; y la santa volvió a Montepulciano para morir. Viendo llorar a sus hijas alrededor de su lecho, Inés les dijo sonriendo: "Si me amáseis de verdad, estaríais contentas de verme partir a la gloria de mi Esposo. No lloréis mi muerte; yo no os olvidaré; vosotras os apenaréis, pero me tendréis con vosotras para siempre". Santa Inés tenía, al morir, cuarenta y nueve años.

Entre los innumerables peregrinos que visitaron su tumba figuraron el emperador Carlos IV y Santa Catalina de Siena; ambos profesaban gran veneración a Santa Inés. Se cuenta que, cuando Santa Catalina de Siena se inclinó para besar el pie del cadáver de Inés que se hallaba incorrupto en su santuario, la pierna se levantó para acercar el pie a sus labios. Varios pintores han hecho famoso el incidente. Santa Inés fue canonizada en 1726.

Debido a la época relativamente tardía de la canonización de Inés, casi todos los documentos del proceso se hallan impresos. El principal es una biografía escrita por el Beato Raimundo de Capua, quien fue confesor en el convento de la santa unos cincuenta años después de la muerte de ésta. Dicha biografía puede leerse también en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II. Hay varias biografías de épocas posteriores, casi todas en italiano; por ejemplo la de G. Bartoli, *Storia di S. Agnese di Montepulciano* (1779). A. Walz escribió una biografía en alemán (1922). Ver también Künstle, *Ikonographie*, vol. II, pp. 42-43, y Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 100-103.

BEATO HUGO DE ANZY (*c.* 930 P.C.)

HUGO SE educó en la abadía de Saint-Savin del Poitou, donde recibió posteriormente el hábito y la ordenación sacerdotal. Era un organizador y administrador muy hábil. Sus superiores le enviaron de ayudante del abad Arnulfo en la reforma del monasterio de San Martín de Autun y más tarde, como compañero del Beato Berno a Baume-les-Messieurs de la diócesis de Besançon. El duque Guillermo de Aquitania regaló al Beato Berno la abadía de Cluny, y el Beato Hugo le ayudó a organizar la nueva fundación. Finalmente fue nombrado prior de Anzy-le-Duc. Según parece, fundó un hospital y otras casas de beneficencia y alcanzó gran fama por su sabiduría y sus milagros. Combatió incansablemente las supersticiones que quedaban aún en el pueblo, especialmente las orgías del primer día del año y de la víspera de la fiesta de San Juan. El santo prior, que vivió hasta edad muy avanzada, pasó sus últimos años en el retiro, preparándose para la muerte. No sabemos con exactitud la fecha en que murió.

Algunas veces se llama al beato "Hugo de Poitiers", porque nació en esa ciudad, pero hay otro Hugo de Poitiers. Ver la biografía de los bolandistas en *Acta Sanctorum*, abril, vol. II; y Mabillon, *Acta Sanctorum O.S.B.*, vol. v, pp. 92-104. Cf. Cucherat, *Le B. Hugues de Poitiers* (1862).

BEATO SIMON DE TODI (1322 P.C.)

SIMÓN RINALDUCCI de Todi ingresó a la orden de los Ermitaños de San Agustín en el año de 1280. Fue un predicador notable, ejerció el cargo de prior en varios conventos y fue provincial en Umbría. Algunos de sus hermanos lanzaron contra él acusaciones graves en un capítulo general al que no asistió. Aunque hubiese podido probar su inocencia, prefirió sufrir en silencio, en vez de exigir una investigación que habría causado escándalo y provocado discordias en la orden. El Beato Simón murió en Bolonia. En su tumba tuvieron lugar numerosas curaciones.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, donde se hallará también una colección de los milagros que se atribuyen a la intercesión del beato. Su culto fue confirmado en 1833.

21: SAN ANSELMO, ARZOBISPO DE CANTERBURY Y DOCTOR DE LA IGLESIA (1109 P.C.)

ES CIERTO que los normandos esclavizaron a Inglaterra y la privaron de muchas ventajas temporales; pero hay que admitir que con los invasores llegaron a dicho país algunos de sus hombres de Iglesia y de Estado más eminentes. Entre ellos, se cuentan dos arzobispos de Canterbury, Lanfranco y su sucesor inmediato, San Anselmo. Este nació en Aosta del Piamonte hacia el año 1033. A los quince años intentó ingresar en un monasterio, pero el abad, sabiendo que el padre de Anselmo se oponía a ello, no quiso admitirle. Anselmo olvidó durante algún tiempo su vocación, descuidó la práctica religiosa y vivió una vida mundana, ya que no disipada, de la que no dejó de arrepentirse más tarde hasta el último día de su vida. Anselmo no se entendía con su padre. Tan severo era éste, que Anselmo no tuvo más remedio que abandonar la casa paterna, después de la muerte de su madre, para proseguir sus estudios en Borgoña. Tres años más tarde, pasó a Bec, en Normandía, atraído por la fama del gran abad Lanfranco. A los veintisiete años, en 1060, Anselmo ingresó en el monasterio de Bec, donde se convirtió en discípulo y gran amigo de Lanfranco. Este fue nombrado abad de San Esteban de Caen, tres años más tarde y Anselmo pasó a ser el prior de Bec. Algunos monjes murmuraron contra la elección de Anselmo, quien era todavía muy joven; pero su paciencia y bondad acabaron por ganarle los ánimos de sus más acerbos críticos. Entre éstos se contaba un joven muy rebelde, llamado Osberno, a quien San Anselmo convirtió poco a poco a la observancia y asistió tiernamente en su última enfermedad. San Anselmo, que era un pensador original e independiente, de gran cultura, fue sin duda el mayor teólogo de su tiempo y el "padre de la escolástica". La Iglesia no había tenido un metafísico de su talla desde la época de San Agustín. Siendo todavía prior de Bec, compuso el *Monologium*, en el que daba las pruebas metafísicas de la existencia y la naturaleza de Dios, así como el *Proslogium* o contemplación

de los atributos de Dios. Igualmente compuso los tratados de la verdad, la libertad, el origen del mal y el arte de razonar. Su manera de considerar la educación de los jóvenes era muy avanzada. A un abad que se quejaba del pobre fruto de sus esfuerzos pedagógicos, dijo San Anselmo: "Si plantas un árbol en tu huerto y lo cercas por todos lados, de suerte que no pueda extender sus ramas, tendrás al cabo de un tiempo un árbol inútil de ramas torcidas... Pues así es como tratas a tus hijos..., con amenazas y golpes y privándoles del privilegio de la libertad".

En 1078, después de quince años de priorato, Anselmo fue elegido abad de Bec. Eso le obligaba a viajar con frecuencia a Inglaterra, donde la abadía contaba con algunas propiedades. Lanfranco era entonces obispo de Canterbury. Eadmero, un monje inglés, discípulo y biógrafo de Anselmo, cuenta que tenía éste un método muy personal de instruir, empleando comparaciones muy conocidas, de suerte que aun la gente más sencilla podía entenderle. Anselmo fue a Inglaterra en 1092, tres años después de la muerte de Lanfranco. El rey Guillermo el Rojo mantenía vacante la sede de Canterbury para disfrutar de sus rentas. Como San Anselmo le exhortase a nombrar un arzobispo, Guillermo juró "por la Santa Faz de Lucca" (tal era su juramento favorito) que ni Anselmo ni otro alguno sería arzobispo de Canterbury mientras él viviese. Pero una enfermedad que le puso a las puertas de la muerte le hizo cambiar de opinión. Lleno de temor, el rey prometió que en adelante gobernaría de acuerdo con las leyes y nombró arzobispo a San Anselmo. El buen abad alegó en vano su avanzada edad, su falta de salud y su ineptitud para el gobierno. Los obispos y todos los presentes le obligaron a tomar el báculo pastoral y le condujeron a la iglesia, donde cantaron un "Te Deum".

Pero el corazón del rey no había cambiado en realidad. Apenas acababa de instalarse el nuevo arzobispo, cuando Guillermo, quien quería arrebatar a su hermano el ducado de Normandía, empezó a exigirle dinero. Anselmo le ofreció quinientos marcos, suma importante en aquellos tiempos; pero el rey le pidió mil como precio de la elección. El santo se negó rotundamente a pagarlos y exhortó al rey a proveer las abadías vacantes y a sancionar las convocación de los sínodos necesarios para reprimir los abusos de los clérigos y los laicos. El rey replicó ásperamente que defendería las abadías como si se tratase de su propia corona y, desde entonces, no tuvo otro pensamiento que el de arrojar a Anselmo de su sede. Consiguió, en efecto, que cierto número de obispos le negasen la obediencia; pero los barones no aceptaron condenar la actitud de Anselmo. El mismo legado pontificio, encargado de comunicar a Guillermo la negativa de Roma, llevó a Anselmo el palio que le hacía inamovible.

Viendo que el rey oprimía a la Iglesia siempre que podía cuando el clero no se plegaba a su voluntad, San Anselmo le pidió permiso de ir a Roma a consultar a la Santa Sede. El rey se lo rehusó dos veces; a la tercera, le respondió que podía salir del país, pero que confiscaría todas sus rentas y no le permitiría volver a entrar. A pesar de ello, San Anselmo partió de Canterbury en octubre de 1097, acompañado por Eadmero y otro monje llamado Balduino. En el camino se hospedó primero con San Hugo, abad de Cluny y después con otro Hugo, el arzobispo de Lyon. En Roma expuso el asunto al Papa, quien no sólo le prometió su protección, sino que escribió al rey exigiéndole que restituyese a San Anselmo sus derechos y posesiones. San Anselmo se retiró a un monasterio de Campania por razones de salud y ahí terminó su famosa obra *Cur Deus*

Homo, que es el más famoso tratado que existe sobre la Encarnación. Convencido de que podría hacer más bien en la vida oculta que en su sede de Canterbury, Anselmo rogó al Papa que le descargase de su oficio, pero el Pontífice, se negó. Sin embargo, dado que no podía volver por el momento a Inglaterra, el Papa le dio permiso de quedarse en Campania. Anselmo asistió así al Concilio de Bari, en 1098, y se distinguió por su manera de abordar las dificultades de los obispos grecoitálicos sobre la cuestión del "Filioque". El Concilio acusó al rey de Inglaterra de simonía, de opresión a la Iglesia, de persecución al arzobispo y de vida viciosa; sin embargo, no llegó a condenarle solemnemente gracias a la intervención de San Anselmo, quien persuadió al Papa Urbano de que se contentase con la amenaza de excomunión.

La muerte de Guillermo el Rojo puso fin al destierro de San Anselmo, quien entró en Inglaterra entre las aclamaciones del pueblo. Pero la paz no fue duradera. Las dificultades surgieron en cuanto Enrique I se arrogó el derecho de reconfirmar la elección de San Anselmo. Eso se oponía a los decretos del sínodo romano de 1099, que había suprimido los derechos de investidura de los laicos sobre las abadías y catedrales. San Anselmo se negó, pues, a obedecer al rey. Pero en ese momento Inglaterra estaba bajo la amenaza de una invasión de Roberto de Normandía, a quien muchos barones ingleses no veían con malos ojos. Deseando ganarse el apoyo de la Iglesia, Enrique prometió total obediencia a la Santa Sede en el futuro, y San Anselmo hizo cuanto pudo por evitar la rebelión. Aunque, como lo hace notar Eadmero, Enrique debía en gran parte al santo el hecho de no haber perdido la corona, reclamó de nuevo su derecho de investidura en cuanto pasó el peligro. Por su parte, el arzobispo se negó a consagrar a los obispos nombrados por el rey, a no ser que hubiesen sido canónicamente elegidos. La oposición entre el rey y el arzobispo fue agravándose de día en día. Finalmente Anselmo decidió ir personalmente a Roma a exponer el asunto al Papa y Enrique envió por su parte a un delegado personal. Después de madura consideración, Pascual II confirmó la decisión de su predecesor. Al saberlo, Enrique prohibió a San Anselmo que volviese a Inglaterra y confiscó sus bienes. Más tarde, el rumor de que San Anselmo iba a excomulgar al rey parece haber alarmado al monarca, quien fue a Normandía a reconciliarse con el arzobispo. En un consejo real que tuvo lugar en Inglaterra, Enrique I renunció al derecho de investidura sobre las abadías y los obispados y Anselmo, con el consentimiento del Papa, aceptó que los obispos prestasen homenaje al monarca por sus posesiones temporales. El rey observó realmente el pacto y llegó a tener tal confianza en el arzobispo, que le nombró regente durante el viaje que hizo a Normandía en 1108. Pero la salud de San Anselmo, que era ya muy anciano, se había debilitado mucho. El santo murió al año siguiente, 1109, entre los monjes de Canterbury.

San Anselmo fue un hombre de singular encanto. Su simpatía y sinceridad le ganaron el afecto de hombres de todas clases y nacionalidades. La caridad del santo se extendía aun a los más humildes de sus fieles. El fue uno de los primeros que se opusieron a la esclavitud. En el concilio nacional de Westminster, que reunió en 1102 para resolver algunos asuntos eclesiásticos, el arzobispo obtuvo la aprobación de un decreto que prohibía vender a los esclavos como animales. San Anselmo fue declarado Doctor de la Iglesia en 1720, aunque no había sido canonizado. Dante le pone en el paraíso entre los espíritus de luz y poder de la esfera solar, junto a San Juan Crisóstomo. Eadmero cuenta que el santo encontró un día a un niño que había atado un hilo a la pata de un pájaro

y se divertía dejándole escapar y volviéndole a coger. Anselmo, lleno de indignación, cortó el hilo, y dijo: "ecce filum rumpitur, avis avolat, puer plorat, pater exultat —"el pájaro escapa, el niño llora y el padre se alegra." Se cree que el cuerpo del gran arzobispo descansa en la catedral de Canterbury, en la capilla de su nombre, del lado sudoeste del altar mayor.

La fuente casi única sobre la vida espiritual y la personalidad de San Anselmo es la *Historia Novorum*, a la que se añade la *Vita Anselmi* de Eadmero. La mejor edición de esta última es la de Martin Rule en la *Rolls Series*. También las cartas del santo, que son interesantísimas, constituyen una fuente importante; Dom Gerberon las publicó por primera vez; de ahí las tomó Migne (PL., vols. CLVIII y CLIX). Martin Rule publicó en 1883 una vida muy completa de San Anselmo en dos volúmenes. Existen otras biografías menos importantes en inglés y en francés, como las de J. Clayton (1933) y Cochin (en la colección *Les Saints*). Citaremos también la obra del diácono Church (1873), que representa el punto de vista no católico. Sobre la bibliografía de los numerosos estudios literarios, filosóficos y teológicos consagrados a la obra de San Anselmo, ver DTC., vol. I, y *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. I, cc. 467-468. El P. Francis Schmitt hizo la edición definitiva de las obras completas de San Anselmo (6 vols.). El estudio de Dom A. Stolz sobre el pensamiento de San Anselmo (Munich, 1937) es excelente. Hay que emplear con cierta precaución la obra del P. Ragey, *Histoire de S. Anselme* (2 vols., 1892).

SAN SIMEON BARSABAS, OBISPO DE SELEUCIA Y CLESIFONTE Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (341 P.C.)

TAL VEZ el párrafo más largo del Martirologio Romano sea el que celebra el triunfo de los mártires persas de este día. Dice así: "En Persia, el nacimiento de San Simeón, obispo de Seleucia y Clesifonte, quien, por mandato del rey persa Sapor, compareció ante un tribunal inicuo, cargado de cadenas. Como se rehusase a adorar al sol y diese testimonio de Cristo con voz firme y vibrante, fue primero encarcelado con otros cien cristianos, algunos de los cuales eran obispos, otros sacerdotes y otros clérigos de diversa jerarquía. Después, al día siguiente del martirio de Ustazanes, tutor del rey, quien había abandonado la fe y a quien el obispo había convertido nuevamente, los compañeros de San Simeón fueron decapitados en su presencia, en tanto que el santo los exhortaba celosamente; por fin él mismo fue decapitado. Junto con él murieron sus dos famosos sacerdotes, Ananías y Abdecalas. También Pusicio, el jefe de los trabajadores del rey, fue víctima de una cruel muerte por haber alentado a Ananías cuando éste comenzaba a flaquear; los verdugos le cortaron la cabeza y le arrancaron la lengua; después martirizaron a su hija, que era una virgen consagrada al Señor."

El Martirologio Romano dedica al día siguiente un elogio casi tan largo como el anterior a otro grupo de mártires persas. El breviario sirio del año 412, bajo el título de "Los nombres de nuestros señores, los confesores y obispos de Persia", menciona en primer lugar, en su suplemento, a San Simeón, llamado Barsabas. No cabe ninguna duda de que Sapor desató una cruel persecución contra los cristianos, el año 340 ó 341, pues hablan mucho de ella Sozomeno y otros autores de importancia.

Probablemente el mejor texto del martirio de San Simeón sea el que editó M. Kmosko en *Patrologia Syriaca*, vol. II, pp. 661-690. E. Assemani había publicado mucho tiempo antes dicho documento en *Acta Martyrum Orientalium*; existe también una traducción

armenia. Como lo hacía notar el P. Peeters en *Analecta Bollandiana* (vol. XXIX, pp. 151-156; vol. XLIII, pp. 264-268) y en *Acta Sanctorum* (nov., vol. IV, pp. 419-421), las actas de San Simeón plantean varios problemas muy interesantes. El nombre de Ustazanes que aparece en el Martirologio Romano (Guhistazad en sirio) se identifica probablemente con el nombre de Azadas, que figura en la lista de los mártires persas del día siguiente. En *Les Martyrs* (vol. III, pp. 145-162) de Dom Leclercq, se hallará una traducción francesa de las actas.

SAN ANASTASIO I, Patriarca de Antioquía (599 p.c.)

San Anastasio I era un hombre de gran saber y piedad. Según Evagrio, era muy poco inclinado a hablar y cuando alguien discutía de asuntos temporales en su presencia, parecía no tener oídos ni lengua; en cambio, poseía el don de consolar a los afligidos. Durante veintitrés años estuvo desterrado de su sede por haberse opuesto a las herejías que apoyaban los emperadores Justiniano I y Justino II; pero el emperador Mauricio le restituyó a su sede, a instancias de su amigo, el Papa Gregorio I. Han llegado hasta nosotros algunas de las cartas y sermones de San Anastasio.

Muy frecuentemente se confunde a nuestro santo con San Anastasio el Sinaíta, el cual fue un anacoreta que vivió en el Monte Sinaí un siglo más tarde. El Martirologio Romano cae en dicha confusión. Este segundo San Anastasio fue más tarde llamado el "Nuevo Moisés". Se conservan varios de sus escritos, en particular algunas obras contra los monofisitas. Su muerte ocurrió hacia el año 700.

Casi todas las noticias que tenemos sobre el patriarca Anastasio, provienen de Evagrio y Teófanes. Sobre los dos Anastasios ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. II; DCB., vol. I; DTC., vol. I, y DHG., vol. II.

SAN BEUNON, Abad (*c.* 640 p.c.)

Como en el caso de tantos otros santos celtas, la biografía de Beunón es una novela fantástica que no merece ningún crédito. Al principio de la vida del santo, un ángel anunció a sus ancianos padres, quienes ya habían perdido toda esperanza de tener herederos, que Dios les concedería un hijo. Beunón los abandonó pronto para estudiar en un monasterio y después fundó una comunidad. Pero, a juzgar por lo que cuenta el biógrafo, el santo no residió nunca mucho tiempo en un sitio. Beunón viajó mucho y construyó iglesias y monasterios en las tierras que los nobles le regalaron. Así, entró en contacto con hombres tan prominentes como Idón, Ynir Gwent y Cadwallon. El más famoso de los milagros de San Beunón fue la resurrección de San Winifredo, quien había sido decapitado por Caradoc. Se cuenta que en otras dos ocasiones, San Beunón resucitó a los muertos.

Lo cierto es que el ejemplo y la enérgica predicación del santo impresionaron profundamente a sus compatriotas. Los habitantes de Clynnog Fawr, donde se cree que San Beunón fundó una especie de monasterio en el que, probablemente fue sepultado le veneran especialmente. En las regiones que profesaban especial devoción al santo, subsistieron durante varios siglos ciertas prácticas más o menos supersticiosas. Los habitantes regalaban a los monjes de San Beunón los corderos y becerros que presentaban determinadas características y los rescataban por cierto precio. Un escritor de la época de la reina Isabel

cuenta que la gente del pueblo se precipitaba a comprar esos animales, porque "Beunón se encarga de hacer prosperar su ganado". La práctica continuaba todavía dos siglos más tarde, y los encargados de las iglesias ponían en caja aparte el dinero de la venta para consagrarlo a obras de caridad. Pennant (*c.* 1700) cuenta las muestras de veneración que daba el pueblo en la supuesta tumba de San Beunón en Clynnog Fawr: "La cubrían de enredaderas y dejaban sobre ella a los niños enfermos toda una noche, después de haberlos bañado en la santa fuente de las proximidades. Yo mismo tuve ocasión de ver, sobre la tumba, a un pobre paralítico de Merionthshire, que pasó toda la noche en una especie de nido de plumas, después de haberse bañado en la fuente." En las excavaciones que se llevaron a cabo en Clynnog, poco antes de 1914, se descubrió una cámara oblonga con muros de noventa centímetros de ancho; probablemente se trataba de "una de las pequeñas basílicas que se construían en el siglo VII". La diócesis de Menevia celebra la fiesta de San Beunón.

Existe una biografía galesa de San Beunón, cuyo primer ejemplar data de 1346. La traducción que hizo A. W. Wade-Evans (publicada con notas en *Archaeologia Cambrensis*, vol. LXXXV, 1930, pp. 315-341) es la más importante aportación a la historia de San Beunón. El texto galés se halla en *Vitae Sanctorum Britaniae* (1944) de Wade-Evans; ver *Welsh Christian Origins* (1934), pp. 170-176, del mismo autor. Cf. igualmente J. H. Pollen, en *The Month*, vol. LXXX (1894), pp. 235-247; LBS., vol. I, pp. 208-221; y *Analecta Bollandiana*, vol. LXIX, pp. 428-431.

SAN CONRADO DE PARZHAM (1894 P.C.)

EN SU aspecto exterior, la vida de este humilde hermano lego capuchino no tiene nada de romántica. Nació en el pueblecito bávaro de Parzham. Sus padres eran piadosos y sencillos, pero no demasiado pobres; Conrado fue el noveno y último de sus hijos. Desde los primeros años se distinguió por su laboriosidad y su gran devoción a la Madre de Dios. Después de la muerte de sus padres, ingresó en el convento de los capuchinos, cuando tenía treinta y un años. En 1852 hizo los votos solemnes. Poco después, sus superiores le enviaron a Altötting, sitio famoso por el santuario de Nuestra Señora. Durante cuarenta años ejerció ahí el santo el oficio de portero. La abundancia de peregrinos le proporcionaba mil oportunidades de practicar la caridad, la paciencia, el tacto y el celo apostólico. Plenamente unido con Dios y olvidado de sí mismo, San Conrado se distinguió, en efecto, por la práctica de esas virtudes. Poseía el don de leer en los corazones y, en algunas ocasiones, predijo acertadamente el porvenir. Consumido por el trabajo, enfermó gravemente en 1894 y murió el 21 de abril del mismo año. Tal vez el mejor testimonio sobre la excepcional virtud de San Conrado sea que, aunque su proceso de beatificación se vio interrumpido por la guerra de 1914-1918, fue canonizado en 1934, apenas cuarenta años después de su muerte.

El proceso de beatificación, que contiene un esbozo biográfico, puede leerse en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXII (1930), pp. 319-323. Ver Felice da Porretta, *Il B. Corrado da Parzham* (1930), y Dunstan, *St. Conrad of Parzham* (1934).

22: SANTOS SOTERO Y CAYO, Papas y Mártires (174 y 296 p.c.)

San Sotero sucedió a San Aniceto en la cátedra de San Pedro. Eusebio nos ha conservado una carta en la que San Dionisio, obispo de Corinto, da las gracias a los romanos; en ella alude el santo a la paternal bondad y liberalidad del Papa, especialmente con los que habían sufrido por la fe. San Dionisio dice que en las iglesias de Corinto se iba a leer una carta que San Sotero le había escrito, junto con la carta del Papa San Clemente. Algunos autores sostienen que se trata aquí de la que nosotros conocemos como "segunda carta de San Clemente". La Iglesia venera a San Sotero como mártir, pero no existe ningún relato de su martirio.

San Cayo sucedió a San Eutiquiano en el trono pontificio, pero no sabemos nada de su vida. Según una tradición posterior, era originario de Dalmacia y pariente del emperador Diocleciano. La violencia de la persecución le obligó a vivir ocho años en las catacumbas. Sus sufrimientos por la fe le merecieron el título de mártir. El calendario filocaliano y el epitafio de San Cayo, descubierto en la catacumba de San Calixto en estado fragmentario, fijan la fecha de su sepultura el 22 de abril.

Lo poco que sabemos sobre estos dos Papas se halla resumido en *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, y en el texto y las notas de la edición de Duchesne del *Liber Pontificalis*. Sobre San Cayo ver De Rossi, *Roma Sotterranea*, vol. III, pp. 115, 120 y 263 ss.; G. Schneider, en *Nuovo Bullettino di archeolog. crist.*, vol. XIII (1902), pp. 147-168; y Leclercq, en DAC., vol. II, cc. 1736-1740; y vol. VI, cc. 33-37.

SANTOS EPIPODO y ALEJANDRO, Mártires (178 p.c.)

Durante el reinado de Marco Aurelio recrudeció violentamente la persecución en la ciudad de Lyon. Dos de sus víctimas fueron los jóvenes Epipodo y Alejandro. Habían sido amigos desde niños. Después del martirio de San Fotino y sus compañeros, los dos jóvenes se trasladaron de Lyon a un pueblecito cercano y ahí se escondieron en casa de una viuda. Más tarde fueron arrestados. Epipodo perdió una sandalia cuando trató de huir y los cristianos la conservaron como reliquia. Conducidos ante el gobernador, los jóvenes confesaron abiertamente que eran cristianos. El pueblo gritó enfurecido pero el gobernador se maravilló de que hubiese todavía quien tuviera el valor de confesarse cristiano, a pesar de las torturas y ejecuciones anteriores. Separando a los dos amigos, el gobernador se enfrentó primero con Epipodo, a quien creía más débil porque era más joven y trató de ganarle con promesas. El mártir permaneció inconmovible. El magistrado exasperado ante su firmeza, ordenó que le golpeasen en la boca; pero Epipodo continuó confesando a Cristo con los labios ensangrentados. El gobernador ordenó que le tendiesen en el potro y le desgarrasen los costados con garfios; finalmente, para complacer al pueblo, le mandó degollar. Dos días después, compareció Alejandro. Cuando el juez le contó lo que había sufrido su amigo, Alejandro dio gracias a Dios por ese ejemplo y manifestó su ardiente deseo de correr la misma suerte que Epipodo. Los verdugos le tendieron en el potro, tiraron hasta desconyuntarle las piernas y se turnaban para azotarle; pero el mártir persistió en confesar a Cristo y en burlarse

de los ídolos. Fue sentenciado a ser crucificado, pero murió en el momento en que los verdugos le clavaban las piernas a la cruz.

Las actas pueden leerse en Ruinart y en *Acta Sanctorum*, abril, vol. III. Delehaye dice que "no son muy importantes" (*Origines du culte des martyrs*, p. 352.)

SAN LEONIDAS, MÁRTIR (202 P.C.)

EL MÁS ilustre de los mártires de Alejandría, en el reinado del emperador Severo, fue un sabio filósofo cristiano llamado Leonidas. El mayor de los hijos de Leonidas fue el sapientísimo Orígenes, a quien el santo amaba tiernamente y educó con el mayor esmero. Leonidas fue encarcelado en el peor momento de la persecución, cuando Leto era el gobernador de Egipto. Orígenes, que no tenía más que diecisiete años, deseaba tanto el martirio, que su madre tuvo que esconderle los vestidos para retenerle en casa. El joven escribió entonces una carta a su padre, exhortándole a ganar valiente y gozosamente la corona que se le ofrecía; en ella le decía: "Guardáos bien, padre mío, de flaquear a causa de nosotros". Leonidas fue decapitado el año 202. Todas sus propiedades fueron confiscadas y su familia quedó en la mayor pobreza.

Casi todo lo que sabemos sobre San Leonidas proviene del libro IV de la *Historia Eclesiástica* de Eusebio.

SAN AGAPITO I, PAPA (536 P.C.)

SAN AGAPITO era hijo de un sacerdote romano, llamado Gordiano. Cuando era diácono en la iglesia de los Santos Juan y Pablo, fue elegido Papa a la muerte de Juan II, en 535. Era ya muy anciano y no sobrevivió más de once meses. Pasó casi todo su pontificado en una visita a Constantinopla, como intermediario del rey ostrogodo Teodato. Agapito tuvo que empeñar algunos vasos sagrados para pagar su viaje y su misión política fracasó. Pero tuvo valor para enfrentarse al emperador Justiniano el Grande y consiguió sacar de la sede de Constantinopla al patriarca monofisita Antimo. El mismo consagró al monje San Menas para sucederle. Agapito murió en Constantinopla; su cuerpo fue trasladado a Roma. El dato más importante que poseemos sobre la personalidad de San Agapito es el que nos da San Gregorio I, quien le califica de "trompeta del Evangelio y heraldo de la justicia".

Antiguamente el Martirologio Romano mencionaba a San Agapito el 20 de septiembre; el *Acta Sanctorum* le menciona también en esa fecha (vol. VI). Ver el *Liber Pontificalis* y las notas de Duchesne; Grisar *Geschishte Roms und der Päpste* (trad. ingl.), párrafos 326, etc.; y DHG., vol. I, cc. 887-890.

SAN TEODORO DE SIKEON, OBISPO DE ANASTASIÓPOLIS (613 P.C.)

TEODORO nació en Sikeon de Galacia, en Asia Menor. Era hijo de una prostituta, pero desde niño manifestó tan marcada inclinación a la plegaria que con frecuencia se privaba de la comida en la escuela para ir a orar en la iglesia. Era todavía muy joven y ya llevaba vida de solitario, primero en el sótano de su casa y después en una capilla abandonada. Deseoso de alejarse todavía más del mun-

do, se retiró algún tiempo a una montaña desierta. En una peregrinación que hizo a Jerusalén, tomó el hábito monacal y recibió la ordenación sacerdotal de manos del obispo. Llevaba una vida terriblemente austera. Sólo comía verduras y en poca cantidad; usaba sobre el cuerpo un cilicio de acero. Dios le concedió el don de profecía y el de obrar milagros. En otro viaje a Tierra Santa, San Teodoro obtuvo, con sus oraciones, una abundante lluvia después de una larga sequía.

El santo fundó varios monasterios; entre los más notables figuran el que se encontraba cerca de un antiguo santuario de San Jorge, a quien Teodoro profesaba gran devoción, y el monasterio de Sikeon, en su ciudad natal. San Teodoro fue abad de este último, aunque siguió viviendo la mayor parte del tiempo en una apartada celda. Mauricio, el comandante del ejército del emperador Tiberio, fue a ver a San Teodoro al volver de su victoriosa campaña en Persia; el santo le predijo entonces su ascensión al trono imperial. La profecía se cumplió el año 582 y Mauricio se encomendó a sí mismo y a todo su Imperio a las oraciones de San Teodoro. Casi por fuerza, Teodoro fue consagrado obispo de Anastasiópolis, puesto para el que se sentía totalmente inepto. Finalmente, al cabo de diez años, obtuvo permiso de renunciar a su sede. En seguida se retiró, lleno de gozo, a Sikeon. Poco después, tuvo que ir a Constantinopla a bendecir al emperador y al senado. Ahí curó a uno de los hijos del emperador de una enfermedad de la piel, que tal vez era la lepra. San Teodoro murió en Sikeon el 22 de abril del año 613. Durante su vida había trabajado mucho por propagar el culto de San Jorge.

Uno de sus contemporáneos escribió una larga biografía de San Teodoro. Para nuestro gusto moderno, hay ahí demasiados milagros y encuentros con el demonio, aparte de lo que el historiador Baynes llama "portentosa retórica que, con frecuencia, convierte la lectura de las obras hagiográficas bizantinas en un verdadero martirio para la carne". A pesar de ello, se trata de una obra fascinante, que el mismo historiador considera como "la mejor descripción que existe sobre la vida en Asia Menor en la época bizantina, antes de las invasiones de los árabes".

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. II, hay una traducción latina de la biografía griega, que se atribuye a Eleusio (llamado también Jorge), discípulo de San Teodoro. Teófilo Joannis publicó el texto griego. Hay una excelente traducción inglesa, un tanto abreviada, en *Three Byzantine Saints* (1948) de E. Dawes y N. H. Baynes. También se conserva el texto griego de un extenso *Encomium* escrito por Nicéforo Scevophylax, que añade algunos detalles. Puede leerse en *Analecta Bollandiana*, vol. XX (1901), pp. 249-272.

SANTA OPORTUNA, VIRGEN Y ABADESA (*c.* 770 P.C.)

SANTA OPORTUNA nació cerca de Hyesmes, en Normandía. Desde muy joven entró en un convento benedictino de las cercanías de Almenèches. Recibió el velo de manos de su hermano Crodegango, quien era obispo de Séez. Como simple religiosa y, más tarde, como abadesa, edificó a la comunidad por su piedad y austeridad. El hermano de Santa Oportuna murió asesinado; el hecho impresionó tan profundamente a la sierva de Dios, que murió poco después, no sin dejar el recuerdo de una vida de humildad, obediencia, mortificación y oración. Las leyendas que corrieron más tarde sobre la santa y la fama de sus milagros, le alcanzaron gran popularidad en Francia.

Existe una "vida" por Adalelmus, obispo de Séez (mejor texto en Mabillon, vol. III, pte. 2, pp. 222-231), pero la prominencia concedida al elemento milagroso, no inspira confianza. Ver también L. de la Sicotière, *La vie de Ste. Opportune* (1867) y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 231-234.

BEATO FRANCISCO DE FABRIANO (*c.* 1322 P.C.)

EL AÑO de 1251, nació en Fabriano un niño que recibió en el bautismo el nombre de Francisco. Era hijo de un médico, Compagno Venimbeni y de su esposa, Margarita. Según cuenta le leyenda, Francisco nació con una sonrisa en sus labios y fue, desde niño, muy piadoso y dado al estudio. A los dieciséis años, ingresó en la orden franciscana, donde se distinguió, tanto por su santidad como por su ciencia. Al terminar el noviciado, fue a Asís a ganar la indulgencia de la Porciúncula. Ahí conoció al hermano León, secretario y confesor de San Francisco. A raíz de las conversaciones que tuvieron, el Beato Francisco escribió un tratado en defensa de la indulgencia. Francisco tenía pasión por los libros y fue el primer franciscano que reunió una biblioteca. Predicador elocuente y persuasivo, movió a tres de sus sobrinos a renunciar a un brillante porvenir en el mundo e ingresar en la Orden de San Francisco. El beato profesaba gran devoción a las almas del purgatorio, por las que celebraba la misa de difuntos con mucho fervor. Murió a los setenta y un años de edad, a consecuencia de una fiebre maligna. Su culto, que data de muy antiguo, fue aprobado en 1775.

Domingo de Fessis, uno de los sobrinos del beato arriba mencionados, escribió su biografía. El texto se halla en *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, se basa en una versión muy defectuosa. Ver también Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 171-175; Tassi, *Vita del B. Francesco Venimbeni* (1893); y sobre todo las páginas que Sabatier consagra al beato en su edición del *Tractatus de Indulgentia S. Mariae de Portiuncula* de Francisco Bartholi, prefacio, pp. LXVI-LXIX.

23: SAN JORGE, MÁRTIR, PATRONO DE INGLATERRA (¿303? P.C.)

LA VIDA de San Jorge se popularizó en Europa durante la Edad Media, en la forma en que la presentó el Beato Jacobo de Vorágine en la "Leyenda Aurea". William Caxton tradujo dicha obra al inglés y la publicó. En ella se cuenta que San Jorge era un caballero cristiano, originario de Capadocia. Un día en que cabalgaba por la provincia de Lidia, llegó a una ciudad llamada Silene, cerca de la cual había un pantano. Ahí habitaba un dragón "que asolaba toda la región". La población entera se había reunido para darle muerte pero el aliento de la monstruosa fiera era tan terrible, que nadie se atrevió a acercársele. Para evitar que atacase la ciudad, le arrojaban todos los días algunos corderos; pero cuando se agotaron los animales, hubo que sustituirlos con seres humanos. Las víctimas se escogían por sorteo. Cuando San Jorge llegó a la ciudad, la elección había recaído sobre la hija del rey. Como nadie se prestó para sustituir a la princesa, ésta tuvo que salir al encuentro del dragón, vestida de novia. Pero San Jorge se adelantó hacia la fiera y la atravesó con su lanza. En seguida pidió a la princesa su ceñidor, lo ató al pescuezo del monstruo y lo entregó a la joven quien lo llevó cautivo a la ciudad.

"El dragón siguió a la princesa como un perrito". El pueblo sobrecogido de temor, se disponía ya a huir, cuando San Jorge dijo que bastaba con que creyesen en Jesucristo y se bautizasen para que el dragón muriese. El rey y sus súbditos aceptaron al punto y el monstruo murió. Hubo que emplear cuatro carros tirados por bueyes para trasportar el cadáver del dragón al pudridero. "Hubo pues, unos veinte mil bautismos, sin contar los de las mujeres y los niños". El rey ofreció grandes riquezas a San Jorge, quien le pidió que las diese a los pobres. Antes de partir, el santo caballero formuló cuatro deseos: que el rey mantuviese las iglesias, honrase a los sacerdotes, asistiese sin falta a los oficios religiosos y se mostrase compasivo con los pobres.

Por entonces estalló la cruel persecución de Diocleciano y Maximiano. San Jorge, para alentar a los que vacilaban en la fe, empezó a gritar en una plaza pública: "Todos los dioses de los paganos y gentiles son demonios. Mi Dios, que creó los cielos y la tierra, es el verdadero Dios." Daciano, el preboste, le mandó arrestar. Como no consiguiese moverle con promesas, ordenó a los verdugos que le azotasen y le torturasen con hierros al rojo vivo. Pero Dios curó, durante la noche, las heridas del caballero. Entonces, Daciano ordenó a un mago que prepararse una pócima para envenenar al santo, pero el veneno no hizo su efecto. El mago se convirtió y murió mártir. El tirano intentó después dar muerte a San Jorge, aplastándole entre dos piedras erizadas y sumergiéndole en un caldero de plomo derretido; pero todo fue en vano. Viendo esto, Daciano recurrió nuevamente a las promesas. San Jorge fingió que estaba dispuesto a ofrecer sacrificios a los ídolos. Todo el pueblo se reunió en el templo para presenciar la rendición del osado detractor de los dioses. Pero San Jorge se puso en oración, y al punto bajó del cielo una llama que consumió a los ídolos y a los sacerdotes paganos, y la tierra se abrió para tragarles. La mujer de Daciano, que había presenciado la escena, se convirtió; pero Daciano mandó decapitar al santo. La sentencia se llevó a cabo sin dificultad. Cuando volvía del sitio de la ejecución, Daciano fue consumido por el fuego que bajó del cielo.

Aquí no hemos hecho más que dar una versión bastante sobria de las actas de San Jorge, que se popularizaron desde muy antiguo en Europa en diferentes formas. Notemos que la leyenda del dragón, aunque ocupa un lugar tan prominente, es una adición no anterior al siglo XII. Con ello caen por tierra las hipótesis de quienes presentan la leyenda de San Jorge como una reliquia de la mitología pagana; según dichos autores, San Jorge no era más que otra personificación de Teseo, quien venció al minotauro, o de Hércules, el vencedor de la hidra de Lerena. Todo nos induce, en realidad, a pensar que San Jorge fue verdaderamente un mártir de Dióspolis (es decir, Lida) de Palestina, probablemente anterior a la época de Constantino. Fuera de eso, nada podemos afirmar con certeza. El culto de San Jorge es muy antiguo. Su nombre no aparece en el "Breviario" sirio, pero el *Hieronymianum* le menciona el 25 de abril y sitúa su martirio en Dióspolis. Los peregrinos del siglo VI al VIII, como Teodosio, el llamado Antonino y Arculfo, dicen que el centro del culto a San Jorge y el sitio donde se hallaban sus reliquias era Lida o Dióspolis. La idea de que San Jorge era originario de Capadocia y de que sus actas habían sido escritas ahí "proviene sin duda alguna de un copista que le confundió con el célebre Jorge de Capadocia, el arriano enemigo de San Atanasio que se apoderó de la sede de Alejandría." (P. H. Delehaye).

No se sabe exactamente cómo llegó a ser San Jorge patrón de Inglaterra. Ciertamente, su nombre era ya conocido en las Islas Británicas antes de la conquista de los normandos. El "Félire" de Oengus menciona el 23 de abril a "Jorge, sol de victoria, con otros treinta mil"; y el abad Aelfrico narra toda la extravagante leyenda en una homilía en verso. Guillermo de Malmesbury afirma que los santos Jorge y Demetrio, "los caballeros mártires", lucharon en las filas de los francos en Antioquía, en 1098. En todo caso, es muy probable que los cruzados y especialmente Ricardo I, hayan vuelto del oriente con una idea muy elevada sobre el poder de intercesión de San Jorge. En el sínodo nacional de Oxford de 1222, se incluyó la fiesta de San Jorge entre las festividades menores. En 1415 el arzobispo Chichele la convirtió en una de las principales. En el intervalo, el rey Eduardo III había fundado la Orden de la Charretera, de la que San Jorge ha sido siempre el patrón. En los siglos XVII y XVIII, hasta 1778, la fiesta de San Jorge era de obligación en Inglaterra. El Papa Benedicto XIV nombró al santo Protector de Inglaterra.

En 1960 la Sagrada Congregación de Ritos suprimió del calendario la fiesta de San Jorge.

Existen muchas recensiones de las pretendidas Actas de San Jorge, no sólo en griego y en latín, sino en sirio, copto, armenio y etíope. Dichas recensiones presentan considerables variantes. Acerca de esos textos ver K. Krumbacher, *Der heilige Georg*, en *Abhandlungen der K. bayerischen Akademie*, vol. XXV, n. 3. Probablemente la más importante entre las numerosísimas obras sobre San Jorge es la de H. Delehaye, *Les légendes grecques des saints militaires* (1909), pp. 45-76, en cuyas notas se encontrarán múltiples referencias bibliográficas. Sir E. A. Wallis Budge publicó un volumen sobre los manuscritos etíopes, con el título de *St George of Lydda* (1930). Acerca de los aspectos más populares de la vida del santo, cf. G. F. Hill, *St George the Martyr* (1915) y G. J. Marcus, *Saint George of England* (1929). En la *Catholic Encyclopaedia*, vol. VI, hay un excelente artículo del P. Thurston.

SANTOS FELIX, FORTUNATO y AQUILEO, MÁRTIRES
(212 P.C.)

A PRINCIPIOS del siglo III, San Ireneo, obispo de Lyon, envió al sacerdote Félix y a los diáconos Fortunato y Aquileo a evangelizar la región de Valence, que después se llamó el Delfinado. Los tres fueron martirizados durante el reinado de Caracalla, hacia el año 212. Eso es todo lo que sabemos de cierto sobre nuestros santos, pero la leyenda se ha encargado de bordar sobre sus vidas. Según las pretendidas "actas" de estos mártires, fueron arrestados después de convertir a la mayor parte de los paganos de la región. Los ángeles los pusieron en libertad y les dieron la orden de derribar los ídolos de los templos y destrozar a martillazos las imágenes de Mercurio y Saturno y una valiosa estatua de Júpiter, tallada en ámbar. Aprisionados nuevamente por ese crimen, los verdugos les quebraron las piernas, los torturaron en el torno y los sometieron día y noche a las inhalaciones de sofocantes fumarolas. Finalmente, los mártires fueron decapitados.

Una leyenda todavía más fantástica relaciona a San Félix, San Fortunato y San Aquileo con Valencia de España. Las reliquias que se veneran en dicha ciudad son ciertamente las de otros santos.

Véanse las "actas" en *Acta Sanctorum.* Aunque el relato carece de valor, el *Hieronymianum* conmemora a estos mártires y los sitúa en Valencia de España. Ver *Acta Sanctorum,* nov., vol. II, pte. 2, p. 205.

SAN GERARDO, OBISPO DE TOUL (994 P.C.)

SAN GERARDO nació en Colonia, el año 935. Se educó en la escuela catedralicia, pues tenía la intención de recibir las sagradas órdenes. Pero, cuando la madre de Gerardo murió, víctima de un rayo, el santo consideró eso como un castigo de sus propios pecados y decidió seguir un camino de mayor penitencia y devoción. Ingresó, pues, en la comunidad de canónigos de la iglesia de San Pedro, que era la catedral y, el año 963, Bruno, el arzobispo de Colonia, le nombró obispo de Toul. No por ello redujo Gerardo sus penitencias. Consagraba buena parte de su tiempo al rezo del oficio divino y otras oraciones; leía diariamente la Biblia y las vidas de los santos. Su cargo era especialmente difícil, ya que no sólo comprendía el cuidado espiritual de su diócesis, sino también el gobierno temporal y la administración de la justicia.

San Gerardo era un predicador notable, conocido no sólo en Toul, sino en todas las iglesias de la región. El santo reconstruyó la catedral de San Esteban, enriqueció el antiguo monasterio de Saint-Evre y terminó la fundación de Saint-Mansuy, emprendida por su predecesor. Su caridad brilló especialmente durante la carestía del año 982 y la peste que se desencadenó como consecuencia. San Gerardo fue el fundador del "Hôtel-Dieu", que es el hospital más antiguo de Toul. Siguiendo los pasos de su predecesor, trató de convertir la ciudad en un centro del saber, para lo cual llamó a su diócesis a muchos monjes griegos e irlandeses. Gracias en parte a aquellos monjes, que enseñaron el griego y las ciencias de la época, Toul llegó a ser famosa por su piedad y como centro de estudios. San Gerardo gobernó la diócesis durante treinta y un años y murió en 994, después de una vida de gran santidad e incesante mortificación.

Uno de los primeros santos canonizados formalmente fue San Gerardo. El Papa, San León IX, quien fue uno de los sucesores del santo en la sede de Toul, narró en el sínodo romano de 1050 la gloriosa aparición de San Gerardo al monje Albizo. Los Padres ahí reunidos declararon unánimemente que 'el susodicho Señor Gerardo estaba en la gloria y que los hombres debían venerarle como santo."

El mejor texto de la vida de San Gerardo (escrita por uno de sus contemporáneos: Widrico, abad de Saint-Evre) es el de Pertz, en MGH., *Scriptores,* vol. IV, pp. 490-505. Ver también la introducción y notas de *Acta Sanctorum,* abril, vol. III. Acerca de la canonización ver H. Delehaye, *Sanctus* (1927); y E. W. Kemp, *Canonization and Authority...* (1948), pp. 62-64.

SAN ADALBERTO, OBISPO DE PRAGA, MÁRTIR (997 P.C.)

ADALBERTO nació en Bohemia de noble familia y fue bautizado con el nombre de Voytiekh. Sus padres le enviaron a Magdeburgo, donde el arzobispo San Adalberto se encargó de su educación y le dio su propio nombre en la confirmación. A la muerte del arzobispo, el joven retornó a Bohemia con los libros de su biblioteca. Dos años más tarde, fue ordenado subdiácono por el arzobispo Tietmar de Praga, quien murió el año 982. Aunque era todavía muy joven, Adalberto fue

elegido para sucederle. El joven arzobispo había quedado muy impresionado por los escrúpulos que asaltaron a su predecesor en el lecho de muerte sobre el cumplimiento de sus deberes pastorales, por lo que repetía: "Es muy agradable portar báculo y cruz pastoral; pero es terrible tener que dar cuenta de una diócesis al Juez de vivos y muertos." San Adalberto entró descalzo en Praga, donde el rey Boleslao II de Bohemia y todo el pueblo le acogieron con gran júbilo. El primer cuidado del santo fue dividir en cuatro partes las rentas de la diócesis: una para la construcción de iglesias y la fabricación de ornamentos sagrados; otra para el sostenimiento de los canónigos; la tercera para los pobres y la cuarta para el mantenimiento del propio arzobispo, de sus criados y huéspedes.

Después de su consagración en Metz, San Adalberto había conocido a San Máyolo, abad de Cluny, en Pavía y se había contagiado del ideal cluniacense. Pero, por más que predicaba asiduamente y visitaba a los pobres y a los presos, no lograba conseguir gran cosa con su grey. Muchos de sus súbditos eran todavía paganos y los otros no eran cristianos más que de nombre. Muy desalentado, San Adalberto fue a Roma el año 990. Un buen obispo no tiene naturalmente derecho de abandonar su diócesis por grandes que sean las dificultades pastorales, pero parece que en el caso de Adalberto había otras razones de orden político.

En Italia conoció San Adalberto al abad San Nilo de Vallelucio, que era de origen griego. Movido por éste, el arzobispo ingresó junto con su hermanastro Gaudencio en la abadía de los Santos Bonifacio y Alejo, en Roma. Pero pronto, el duque Boleslao pidió que volviese el arzobispo, y el Papa Juan XV envió nuevamente a Adalberto a Praga, con la condición de que las autoridades civiles le apoyasen en su tarea. Adalberto fue muy bien recibido. Inmediatamente comenzó a construir la famosa abadía benedictina de Brenov, cuya iglesia consagró el año 993. Pero nuevamente surgieron dificultades, que culminaron cuando una mujer de la nobleza, sorprendida en adulterio, se refugió en la casa del santo para escapar a la pena de muerte con que se castigaba ese crimen en aquellos tiempos. Adalberto le dio asilo en la iglesia de unas religiosas y se enfrentó con los perseguidores, alegando el arrepentimiento de la mujer y el derecho de asilo. Pero éstos penetraron en la iglesia, sacaron a la pobre mujer de su escondite en el altar y la asesinaron ahí mismo. San Adalberto excomulgó a los cabecillas. Esto le creó tales dificultades, que se vio obligado a salir de Praga por segunda vez.

Volvió, pues, el santo a su monasterio de Roma, del que fue nombrado prior. Pero durante un sínodo, el Papa Gregorio V, a instancias del metropolitano de San Adalberto, San Wiligis de Mainz, le envió nuevamente a Bohemia. El santo se mostró pronto a obedecer, pero quedó entendido que, en caso de que no pudiese entrar en Bohemia, donde los ciudadanos de Praga habían asesinado a varios de sus parientes y quemado sus castillos, se consagraría a predicar el Evangelio a los gentiles. En efecto, si San Adalberto entraba en Praga contra la voluntad de sus conciudadanos, corría el riesgo de provocar nuevos derramamientos de sangre. Así pues, fue a pedir consejo a su amigo, el duque Boleslao de Polonia, el cual le sugirió que enviase a algunos delegados a Praga para averiguar si sus conciudadanos estaban dispuestos a recibirle y prestarle obediencia. El pueblo de Praga amenazó a los delegados y se manifestó indoblegable. Entonces, con la ayuda de Boleslao, San Adalberto se dedicó a evan-

gelizar a los prusianos de Pomerania. Acompañado por Benito y Gaudencio, consiguió convertir a unos cuantos en Dantzig; pero pronto se levantaron sospechas de que eran espías polacos, y fueron expulsados del territorio. Como los misioneros se negasen a abandonar a sus cristianos, fueron condenados a muerte el 23 de abril del año 997. Según la tradición, la ejecución tuvo lugar a corta ditancia de Königsberg, en un sitio que se halla entre Fischausen y Pillau; pero lo más probable es que se haya llevado a cabo entre el riachuelo de Elbing y el río Nogat. El cuerpo de Adalberto fue arrojado a las aguas, que le transportaron a la costa de Polonia. Fue sepultados en Gnienzno, de donde sus reliquias fueron trasladadas (por la fuerza) a Praga, en 1039.

Tal vez no se ha puesto todavía suficientemente de relieve la importancia de San Adalberto en la historia de la Europa central. El santo era íntimo amigo del emperador Otón III y parece haber estado de acuerdo con el plan del monarca para la "renovación del Imperio Romano" y la cristianización y unificación de las más remotas regiones de Europa. Adalberto envió misioneros a los pueblos magiares y los visitó personalmente. El rey San Esteban se inspiró remotamente en la figura del santo obispo. San Bruno de Querfurt escribió su biografía y fue su amigo y discípulo, lo mismo que San Astrik, el primer arzobispo de Hungría. El recuerdo de San Adalberto ejerció también profunda influencia en Polonia, donde se le atribuye la fundación de un monasterio en Miedrzyrzecze o en Trzemeszno. Aun en Kiev hay huellas del culto al santo. Su nombre está relacionado con la himnología checoslovaca y polaca. En todo caso, es seguro que el santo no se opuso al empleo de la liturgia eslava de la tradición de San Cirilo y San Metodio, pues la hostilidad contra dicha liturgia surgió medio siglo más tarde, como efecto de la reforma gregoriana. Por encima de todo, San Adalberto fue un hombre de Dios y un mártir que prefirió perder la vida a dejar de dar testimonio de Cristo. La extensión de su culto es la mejor prueba del aprecio que el pueblo le profesa.

Las fuentes sobre la vida de San Adalberto son excepcionalmente antiguas y abundantes. Baste con mencionar BHL., nn. 37-56, donde se hallará una detallada lista de los documentos existentes. Hay dos biografías escritas por contemporáneos del santo: la de San Bruno de Querfurt y la del monje romano Juan Canaparius. La mejor biografía moderna es la de H. G. Voigt, *Adalbert von Prag* (1898), que incluye una lista detallada de las fuentes. Ver también B. Bretholz, *Geschichte Böhmens und Mährens...* (1912); R. Hennig, *Die Missionsfahrt des hl. Adalbert ins Preusseland*, en *Forschungen zur Preussins chen und Brandenburgischen Geschichte*, vol. XLVII (1935), pp. 139-148; y la *Cambridge History of Poland*, vol. I (1950), pp. 66-68 y passim. Pero el relato más al día es el de F. Dvornik, *The Making of Central and Eastern Europe* (1949), pp. 97-135 y passim.

BEATO GIL DE ASIS (1262 P.C.)

De todos sus primeros compañeros, el más caro a San Francisco fue, sin duda, aquél a quien llamaba "nuestro caballero de la tabla redonda". Gil, que era un joven de singular piedad y pureza de vida, admiraba de lejos al "poverello" de Asís, pero no se atrevía a acercársele hasta que se enteró de que sus amigos Bernardo y Pedro se habían reunido con él para llevar una vida de pobreza. Al punto decidió Gil imitarles y salió de la ciudad al encuentro de San Francisco. Se hallaban los dos en gran conversación, cuando se acercó a ellos una mendiga. Como ninguno tenía dinero, San Francisco pidió a Gil que regalase su capa a la mujer. Esa prueba bastó: al día siguiente, Gil tomó el hábito. Al

principio acompañó a San Francisco en sus campañas de evangelización por la Marca de Ancona y los alrededores de Asís; pero en un sermón, el fundador aconsejó a sus discípulos que fuesen por todo el mundo y Gil decidió hacer una peregrinación a Santiago de Compostela. El hermano Gil se ganó prácticamente su viaje, pues siempre que podía, prestaba algún servicio a cambio de la limosna que le daban. Compartía con otros todas sus posesiones, incluso su capa y no se preocupaba ni un adarme por el aspecto de su triste figura. A su vuelta a Italia Gil fue enviado a Roma, donde se ganó el sustento con su trabajo de aguador y de leñador. Después de visitar la Tierra Santa, fue a Túnez para evangelizar a los sarracenos. Dicha expedición fue un fracaso; los cristianos, atemorizados por la posible venganza de los sarracenos, lejos de acoger y ayudar a los misioneros, los obligaron a embarcarse antes de que hubiesen podido empezar sus prédicas. El hermano Gil pasó el resto de su vida en Italia, sobre todo en Fabriano, Rietti y Perugia, donde murió.

Aunque era muy sencillo y carecía de instrucción, el hermano Gil poseía una sabiduría infusa y, por ello, le consultaban personas de todas las condiciones. Sus visitantes aprendieron pronto, por experiencia, a no mencionar ciertos temas, pues sólo con oír hablar de ellos, Gil entraba en éxtasis y perdía todo contacto con el mundo exterior. Sabiendo esto, los pilluelos de la calle gritaban "¡paraíso, paraíso!" cuando pasaba el fraile. Gil tenía en gran estima a los hombres de ciencia y, una vez, preguntó a San Buenaventura si los ignorantes podían amar a Dios tanto como los sabios. "Naturalmente —respondió el santo—; una mujercilla sin letras puede amar a Dios más que un sabio doctor de la Iglesia." Encantado con esa respuesta, el buen hermanito corrió a la puerta del jardín, que daba sobre la ciudad y empezó a gritar: "Escuchad, buenas mujeres: ¡Vosotras podéis amar a Dios más que el hermano Buenaventura!" Después fue arrebatado en éxtasis durante tres horas. El hermano Gil llevaba la vida más retirada que podía, junto con un discípulo. Este declaró más tarde que su maestro no había pronunciado una sola palabra inútil en los veinte años que habían pasado en compañía. En efecto, Gil tenía un extraordinario amor por el silencio. Una hermosa leyenda narra que San Luis, rey de Francia, en camino a Tierra Santa, desembarcó secretamente en Italia y fue a Perugia a visitar al hermano Gil, de quien había oído hablar mucho. Después de abrazarse fraternalmente, los dos siervos de Dios se arrodillaron a orar juntos y se separaron, sin haber pronunciado una sola palabra.

El demonio molestó durante toda su vida al beato con crueles tentaciones. Por su parte, el hermano Gil encontraba muy natural tener que enfrentarse con el enemigo de su Maestro. Una de las cosas que más adioba era la ociosidad. Cuando vivía en Rietti, el cardenal obispo de Túsculo quería que comiese con él todos los días, pero el siervo de Dios sólo aceptaba, a condición de ganarse la comida. Un día lluvioso, el cardenal dijo al hermano Gil que, en vista de que no se podía ir a trabajar en el campo, tenía que aceptar gratuitamente la comida. Pero el hermanito no se dejó convencer tan fácilmente sino que, deslizándose a la cocina, que estaba muy sucia, ayudó a limpiarla antes de sentarse a la mesa.

A la gran pena que tuvo por la muerte de San Francisco, siguió, en el mismo año, el mayor gozo de la vida del hermano Gil, pues el Señor se le apareció en Cetona, tal como había vivido en Palestina. Más tarde, el beato decía a sus hermanos que había nacido cuatro veces: el día de su nacimiento, el de su bautismo,

el de la toma de hábito y el día en que vio a Cristo. Los dichos del hermano Gil han sido publicados muchas veces; en ellos se manifiesta su profunda espiritualidad y su macizo sentido común. Su culto fue aprobado por Pío VI.

Las fuentes sobre la vida del hermano Gil son tan numerosas, que es imposible enumerarlas aquí. El principal documento es la biografía originalmente escrita, según parece, por el hermano León, de la que se conservan una recensión breve y una larga. W. W. Seton, *Blessed Giles of Assisi* (1918), discute a fondo los principales documentos; atribuye prioridad a la recensión breve y publica el texto latino y una traducción. La biografía larga se halla en la *Chronica XXIV Generalium*, publicada en Quaracchi en 1897. Ver también las *Florecillas de San Francisco* y a Léon, *Auréole Séraphique* (trad ingl.), vol. II pp. 89-101.

BEATA ELENA DE UDINE, VIUDA (1458 P.C.)

LOS PRIMEROS cuarenta años en la vida de la Beata Elena, contrastan violentamente con los años de penitencia que los siguieron. La beata pertenecía a la familia Valentini de Udine, en el noroeste de Italia. A los quince años, se casó con un caballero llamado Antonio dei Cavalcanti y, durante veinticinco años de matrimonio feliz, llevó la vida normal de una madre de familia numerosa. A la muerte de su esposo, que constituyó un rudo golpe para ella, Elena se cortó sus hermosos cabellos y los depositó en la tumba, junto con sus joyas, diciendo: "Sólo por tu amor he llevado estos adornos; llévalos, pues, contigo al seno de la tierra." La beata se hizo terciaria de los Ermitaños de San Agustín y, a partir de ese momento, se entregó a la oración, la mortificación y las obras de caridad.

Con permiso de su director, hizo voto de silencio perpetuo, de suerte que sólo hablaba la noche de Navidad. Evidentemente, del voto estaban excluidos todos los miembros de su casa, entre los que se contaba su hermana Perfecta, a quien debemos estos detalles. Elena tuvo que sufrir grandes pruebas; oía extraños ruidos y se sentía acometida de tentaciones de suicidio; varias veces, sus criados la encontraron caída en el suelo, llena de golpes y, en dos ocasiones, con una pierna quebrada. Una vez, al cruzar un puente, de camino a la iglesia, el diablo la arrojó al río; pero la beata salió ilesa y se dirigió a oír la misa, a pesar de que sus vestidos estaban empapados. Pero cuando más tentaciones sufría, más la consolaba Dios con gozos espirituales y éxtasis. Según parece, le concedió también el don de sanar a los enfermos, pues muchas personas obtuvieron la salud por intercesión de la beata. Pasó los tres últimos años de su vida, sin poder levantarse de su lecho de piedra y paja. Murió a los sesenta y dos años de edad, el 23 de abril de 1458.

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, hay dos biografías; la primera y más extensa está traducida del italiano. Aunque ambas biografías pretenden basarse en las fuentes contemporáneas, no parecen ser documentos muy fidedignos.

24: SAN FIDEL DE SIGMARINGA, MÁRTIR (1622 P.C.)

LA CONGREGACION de "Propaganda Fide", venera a San Fidel como su primer mártir. Era éste un sacerdote capuchino, conocido también con el nombre de Marcos Rey. Había nacido en Sigmaringen de Hohenzollern. Como era un joven muy inteligente, fue enviado a la Universidad de Friburgo, en

Brisgovia, donde enseñó filosofía, al mismo tiempo que preparaba su doctorado en leyes. Ya desde entonces, empezó a llevar una vida de penitencia, pues vestía una camisa de pelo y se abstenía del vino. En 1604, fue nombrado tutor de un reducido grupo de muchachos suabos que querían completar su educación en las principales ciudades universitarias de Europa occidental. Durante el viaje, que duró seis años, Fidel se ganó la estima de sus pupilos, edificándolos con el ejemplo de su devoción y de su liberalidad con los pobres, a quienes algunas veces regalaba los vestidos que llevaba puestos. A su vuelta a Alemania, obtuvo el título de doctor en leyes y empezó a trabajar como abogado en Ensisheim de la Alsacia superior. Pronto se dio a conocer por su integridad y por el cuidado con que evitaba las invectivas que se empleaban entonces en la defensa de los casos. Como defendía con frecuencia a los más necesitados, el pueblo empezó a llamarle "el abogado de los pobres". Pero, hastiado de los bajos e inicuos expedientes a los que recurrían los otros abogados, decidió finalmente ingresar en la rama capuchina de la orden franciscana, de la que su hermano Jorge era miembro. Después de recibir las sagradas órdenes, Marcos tomó el hábito y escogió el nombre de Fidel, como una alusión a la corona de vida prometida a quienes perseveran (Apoc. II, 10).

El P. Fidel pedía constantemente a Dios que le preservase de la ociosidad y la tibieza. Con frecuencia exclamaba: "¡Ay de mí que soy el mediocre soldado de un Capitán coronado de espinas!" Dividió su herencia en dos partes: una la repartió entre los pobres y la otra, la regaló al arzobispo para que formase un fondo de ayuda a los seminaristas pobres. En cuanto terminó sus estudios de teología, el jovén capuchino empezó a predicar y a oír confesiones. Fue sucesivamente guardián en Rheinfelden, Friburgo y Feldkirch. Mientras desempeñaba este último puesto, consiguió la reforma de las costumbres de la ciudad y las regiones circundantes y convirtió a numerosos protestantes. Su cariño por los enfermos se manifestó principalmente en los cuidados que les prodigó durante una violenta epidemia; ello no hizo más que aumentar su reputación y, a instancias del obispo de Chur, sus superiores le enviaron con otros ocho capuchinos a predicar a los swinglianos de Grisons. Como era la primera vez que la Iglesia trataba de conquistar esa región, después de la Reforma, los protestantes amenazaron seriamente a los misioneros. San Fidel no prestó oídos a tales amenazas, aunque sabía bien el riesgo que con ello corría.

Dios bendijo abundamentemente la misión desde el primer momento y la Congregación de Propaganda Fide, que se acaba de fundar, nombró al P. Fidel jefe del movimiento de Grisons. A diario conseguía el santo nuevas conversiones. Sus éxitos se debían, sin duda, tanto a las largas horas de la noche que dedicaba a la oración, como a sus sermones e instrucciones cotidianos. Los maravillosos efectos de su celo acabaron por encolerizar a sus adversarios, quienes excitaron a los campesinos contra el misionero, diciendo que se oponía a sus aspiraciones de independencia nacional y aconsejaba la sumisión al emperador de Austria, por quien estaba pagado. Enterado de esos rumores, San Fidel pasó varias noches en oración ante el Santísimo Sacramento o delante de su crucifijo. El 24 de abril de 1622, fue a predicar a Grüsch. Al terminar su sermón, que había sido aún más ardiente que de costumbre, fue arrebatado en éxtasis durante varios minutos, con los ojos fijos en el cielo. En un sermón que predicó en Feldkirch se refirió a su muerte próxima y poco antes había firmado así su última carta:

"Hermano Fidel, que pronto será pasto de los gusanos." De Grüsch se dirigió a Sewis; estaba predicando ahí un sermón sobre el texto: "Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo", cuando alguien disparó contra él, pero erró el tiro y la bala fue a incrustarse en la pared.

En el tumulto que se produjo intervinieron los soldados austriacos, estacionados en la ciudad. Un protestante ofreció albergue en su casa al P. Fidel, quien le dio las gracias, pero se negó a aceptar, diciendo que su vida estaba en las manos de Dios. Cuando se dirigía a Grüsch, fue atacado por un puñado de hombres armados, quienes le exigieron que abjurase de la fe católica. El santo respondió: "He venido para dar testimonio de la verdad y no para abrazar vuestros errores". Sus atacantes le derribaron por tierra y le acabaron a puñaladas. San Fidel tenía cuarenta y cinco años.

Uno de los primeros frutos de su martirio fue la conversión de un ministro swingliano que lo había presenciado. Fidel de Singmaringa fue canonizado por el Papa Benedicto XIV.

La biografía más fidedigna de San Fidel es probablemente la de F. della Scala, *Der hl. Fidelis von Sigmaringen* (1896). El P. E. de la Motte-Servolex aprovechó mucho dicha biografía para su *St. Fidele de Sigmaringen* (1901), que es una obra de tipo más popular. Ver también *Nel terzo centenario di San Fedele da Sigmaringa* (1922). Existen algunas otras biografías, particularmente en alemán, como la de B. Gossens (1933); cf. Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 101-104, y J. G. Mayer, *Geschichte des Bistums Chur* (1914), pp. 399-405.

SAN GREGORIO DE ELVIRA, OBISPO (Siglo IV)

GREGORIO, OBISPO de Elvira, cerca de Granada, en España, estuvo ligado con todos los defensores de la verdad contra los arrianos. Por el año de 357, se hizo eco de San Hilario de Poitiers, contra Osio de Córdoba. Después del Concilio de Alejandría, en 362, Gregorio se unió a Lucifer de Cagliari para oponerse a toda tentativa de conciliación con los seguidores del semi-arrianismo. Después de la muerte de Lucifer, en 370, se convirtió en la cabeza de los rigoristas o luciferianos.

En 359, se rehusó a firmar las fórmulas de Rimini y escribió sobre este asunto a Eusebio de Verceil, quien le respondió desde lo más apartado de la Tebaida. Dos sacerdotes luciferianos, Faustino y Marcelino, en el *Libellus precum* que enviaron a los emperadores, el año de 383, hicieron la apología de Gregorio de Elvira, al mismo tiempo que condenaban a Osio.

Gregorio vivía aún en 390, época en que San Jerónimo escribía al respecto: "Hasta la extrema vejez, escribió diversos tratados en un estilo mediocre; después hizo un libro con estilo elegante, que tiene por título: *De fide.* Este libro, por largo tiempo, fue atribuído a San Febado, obispo de Agen, como lo pensaba todavía el padre Durenges; pero Dom G. Morin y Dom A. Wilmart lo reivindicaron en favor de Gregorio de Elvira ("Revue Bénédictine"., 1902, vol. XIX, p. 229).

Numerosos críticos trataron a Gregorio con dureza y le acusaron de haberse adherido formalmente al cisma, pero no se ha podido probar que se hubiera separado efectivamente de la Iglesia católica.

Desde el siglo IX, este obispo ha sido objeto de culto en la Iglesia. Usuardo en su martirologio, marcó su fecha el 24 de abril, y los otros martirologios lo

han seguido. Algunos lo han puesto el 17 de noviembre para acercarlo así a San Gregorio de Tours o a San Gregorio el Taumaturgo. Aunque algunos sabios persisten en ver a Gregorio de Elvira como cismático e indigno del culto de los fieles, la Iglesia romana ha mantenido su nombre en el martirologio, en la fecha del 24 de abril (no se sabe ni el día, ni el año de su muerte). La Iglesia juzga que la constancia admirable de este obispo por la defensa de la fe ortodoxa, es una prueba suficiente de la santidad de toda su conducta.

No se puede uno contentar con lo que han escrito de Gregorio los sacerdotes luciferianos Faustino y Marcelino, pero se puede recurrir a los escritos de San Atanasio, San Eusebio de Vercelli y San Jerónimo, para encontrar su elogio. Ver también *Acta Sanctorum*, 24 de abril, *Dictionaire de Théologie catholique*, vol. VI, col. 1838.

SAN MELITON, ARZOBISPO DE CANTERBURY (624 P.C.)

SAN MELITÓN era un abad romano, probablemente del monasterio de San Andrés, a quien el Papa San Gregorio el Grande envió a Inglaterra en el año 601, a la cabeza de un segundo grupo de misioneros para ayudar a San Agustín. Después de haber trabajado tres años en Kent, Melitón fue nombrado obispo de Londres o de los sajones del este. Por entonces bautizó al rey Saberto y a muchos de sus súbditos. A la muerte del monarca, sus tres hijos, que no habían sido bautizados, volvieron abiertamente a la idolatría. Sin embargo, pidieron a Melitón que les diese a comer "el buen pan blanco" —como llamaban al Santísimo Sacramento—, pues su padre acostumbraba comerlo. Como el santo se negase a ello, le expulsaron del reino. Melitón pasó a Francia, pero al poco tiempo fue llamado nuevamente a Kent, donde había trabajado al desembarcar en Inglaterra. Sucedió a San Lorenzo en la sede de Canterbury, en 619. Derribado en el lecho por la gota, el santo arzobispo detuvo con sus oraciones un gran incendio que amenazaba a la ciudad. Las diócesis de Westminster, Brentwood y Southwark celebran su fiesta.

Ver la *Historia Eclesiástica* de Beda con las notas de Plummer.

SAN EGBERTO, OBISPO (729 P.C.)

UNO DE los múltiples ingleses que, en la época anglosajona, cruzaron el mar hacia Irlanda en busca de la ciencia y de la santidad, fue un joven monje de Lindisfarne, llamado Egberto. Víctima de una terrible epidemia, que le sorprendió en el monasterio de Rathmelsigi, prometió a Dios que nunca volvería a su patria, si le daba tiempo para hacer penitencia. Después de su ordenación sacerdotal, concibió un ardiente deseo de evangelizar la Frislandia y el norte de Alemania; pero Dios le reveló que tenía otros planes sobre él y el santo abandonó la empresa en manos de San Wigberto, San Wilibrordo y algunos otros. La tarea para la que Dios le tenía destinado era menos brillante, pero igualmente difícil. En las Islas Británicas la gran controversia pascual había terminado con la aceptación de la costumbre romana. Sólo el monasterio de Iona seguía oponiéndose, y ni siquiera los esfuerzos del abad Adamnano habían conseguido que los monjes abandonasen la tradición columbana. San Egberto escogió como campo de trabajo dicho monasterio y pasó los últimos trece años de su

vida en la isla. Sus pacientes exhortaciones, apoyadas por su fama de santidad y saber, consiguieron lo que otros no habían logrado. Precisamente el día de su muerte, que ocurrió cuando tenía noventa años, los monjes de Iona celebraban, por primera vez la Pascua, al mismo tiempo que el resto de la Iglesia occidental. Era el 24 de abril de 729. Las diócesis de Hexham y Argyll, que celebran la fiesta de San Egberto, le veneran como confesor, aunque Beda afirma que fue obispo.

Casi todo lo que sabemos sobre el santo se reduce a lo que cuenta Beda en su *Historia Eclesiástica*, libs. III-V, anotada por Plummer. Ver también Forbes, KSS., p. 331.

SAN GUILLERMO FIRMATO (*c.* 1090 P.C.)

LAS CANONJIAS no estaban reservadas exclusivamente al clero, en el siglo XI. Guillermo Firmato, distinguido ciudadano de Tours, fue nombrado canónigo de San Venancio, cuando era todavía muy joven y no había elegido aún carrera. Primero se enroló en el ejército y después estudió medicina, hasta que el diablo se le apareció en forma de mono y se sentó sobre la bolsa en que Guillermo guardaba el dinero, lo cual le hizo comprender su inconsciente inclinación a la avaricia. Al punto abandonó su profesión y se retiró a la soledad con su madre, que era viuda. Cuando ésta murió, Guillermo emprendió una vida aún más austera, como anacoreta en un bosque de Laval de Mayenne. Ahí tuvo que sufrir los ataques de los habitantes, especialmente por las tentaciones y acusaciones de una desvergonzada mujer. Después de una peregrinación a Jerusalén, Guillermo vivió como solitario en varias regiones de la Bretaña y de Francia, como Vitré, Savigny y Mantilly y alcanzó gran reputación de santidad. Como poseía poderes sobre los animales, los campesinos acudían a su intercesión para defender sus huertos y sus campos de las bestias. Se cuenta que el santo amonestaba cariñosamente a las liebres y cabras, que pacían a su alrededor y a los pájaros, que se cobijaban entre los pliegues de su hábito en busca de calor. Pero en el caso de un jabalí muy salvaje, empleó medidas más severas: tomándole por la oreja, le encerró en una celda y le ordenó que ayunase toda la noche. Al día siguiente, puso en libertad a la fiera, que había aprendido para siempre la lección. San Guillermo murió el año 1090 o un poco antes.

La biografía que se halla en *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, se atribuye a Esteban de Fouguères. Ver también E. A. Pigeon, *Vies des Saints du diocèse de Coutances*, vol. II, p. 398.

SANTA MARIA EUFRASIA PELLETIER, VIRGEN, FUNDADORA DEL INSTITUTO DE NUESTRA SEÑORA DE LA CARIDAD DEL BUEN PASTOR (1868 P.C.)

ROSA VIRGINIA Pelletier nació en 1796, en la isla de Noirmoutier, frente a la costa de Bretaña, donde sus padres se habían refugiado cuando el levantamiento de La Vendée. En la escuela de Tours, Rosa oyó hablar del convento del Refugio, perteneciente a una congregación que San Juan Eudes había fundado en 1641, para rescatar a las mujeres caídas y defender a las que se hallaban en peligro. La congregación se llamaba "Instituto de Nuestra Señora de la Caridad del

Refugio" y tenía una casa en Tours. Rosa entró en el noviciado en 1814 y, unos once años más tarde, cuando tenía sólo veintinueve años, fue elegida superiora. De Angers le pidieron una nueva fundación, y la santa fue a esa ciudad a tomar posesión de una casa de refugio que existía desde hacía varios años y se llamaba "El Buen Pastor". El éxito que consiguió ahí fue tan maravilloso, que las gentes se opusieron a dejarla volver a su comunidad de Tours. Finalmente, al cabo de largas negociaciones, la madre Pelletier fue nombrada superiora de la nueva fundación. Comprendiendo que inevitablemente surgirían dificultades si cada casa dependía de un obispo diferente y tenía su propio noviciado, como sucedía en el Instituto de Nuestra Señora de la Caridad, la madre Santa Eufrasia (como la llamaban las gentes) decidió centralizar la organización, fundar un noviciado único y hacer que se nombrara a una superiora general con poder de trasladar a las religiosas de una casa a otra, según las necesidades. A pesar de la oposición y del temor natural que le producía el ejecutar un cambio tan radical, la madre Pelletier defendió con firmeza ese medio de promover la causa por la que todas las religiosas trabajaban.

Sin perder un ápice de su humildad y de su respeto por la autoridad, la joven superiora (de la que una de sus admiradoras dijo que "tenía madera para gobernar un reino"), consiguió, con la ayuda de la providencia, fundar en Angers el nuevo Instituto del Buen Pastor. En 1835, llegó la aprobación pontificia. Los progresos de la congregación fueron muy rápidos y, las nuevas fundaciones hacían un bien inmenso en dondequiera. Cuando Santa Eufrasia murió, en 1868, la congregación contaba con 2760 religiosas y era ya conocida en todo el mundo. En sus múltiples pruebas y dificultades, que incluyeron acusaciones de espíritu de innovación, ambición personal y deseo de autoridad, Santa Eufrasia dio pruebas de fortaleza heroica y absoluta confianza en Dios. "Como he dado a luz a mis hijas en la cruz —dijo en cierta ocasión—, las quiero más que a mí misma. Mi amor tiene sus raíces en Dios y en el conocimiento de mi propia miseria, pues comprendo que a la edad en que hacen la profesión, yo no hubiese sido capaz de soportar tantas privaciones y un trabajo tan duro." Santa Eufrasia fue canonizada en 1940.

En francés existen dos biografías muy completas, ambas en dos volúmenes: la de Mons. Pasquier (1894) y la del canónigo Portais (1895). G. Bernoville, que publicó la vida de la santa en 1946, aprovechó los documentos inéditos de las actas de beatificación. Más breves son las biografías escritas por E. Georges (1942) y H. Joly (1933, en la colección *Les Saints*). Una religiosa de la congregación publicó en 1933 una biografía en inglés. *Redemption* (1940), de G. F. Powers, es un buen relato de tipo popular. La biografía de A. M. Clarke se basa en las obras de Pasquier y Portais.

25 : SAN MARCOS, EVANGELISTA (*c.* 74 P.C.)

LO QUE sabemos sobre la vida personal de San Marcos, autor del segundo Evangelio, proviene más o menos de conjeturas. Los autores le identifican generalmente con el "Juan llamado Marcos" de los Hechos de los Apóstoles (XII, 12 y 25); por consiguiente, la María, en cuya casa de Jerusalén se reunían los Apóstoles, era su madre. Por la epístola a los Colosenses (IV, 10), sabemos que Marcos era pariente de San Bernabé, el cual (según Hechos IV, 36) era un levita chipriota. Resulta, pues, probable que Marcos haya pertenecido

a una familia levítica. Cuando Pablo y Bernabé regresaron a Antioquía después de haber llevado a Jerusalén las limosnas para dicha Iglesia, trajeron consigo a Juan llamado Marcos, quien los ayudó en el ministerio apostólico en la misión de Salamina, en Chipre (Hechos, XIII, 5); pero Marcos no les acompañó a Perga de Panfilia, sino que volvió a Jerusalén (Hechos, XIII, 13). A raíz de aquella deserción, San Pablo creyó ver cierta inestabilidad en el carácter de Marcos y, aunque Bernabé quería que los acompañase a visitar las Iglesias de Cilicia y el resto de Asia Menor, San Pablo se opuso a ello. Como no lograron ponerse de acuerdo, Bernabé se separó de San Pablo y fue con Marcos a Chipre. Sin embargo, cuando San Pablo se hallaba en su primer cautiverio en Roma, Marcos estaba con él y le ayudaba (Col. IV, 10). Durante su segundo cautiverio, poco antes de su martirio, el Apóstol escribió a Timoteo, quien se hallaba entonces en Efeso: "Toma contigo a Marcos, pues me ha ayudado en el ministerio."

Por otra parte, la tradición sostiene que el autor del segundo Evangelio estaba en estrecha relación con San Pedro. Clemente de Alejandría (según el testimonio de Eusebio), Irineo y Papías llaman a San Marcos el intérprete o portavoz de San Pedro, si bien Papías afirma que Marcos no había oído al Señor ni había sido su discípulo. No obstante esta última afirmación, los comentaristas se inclinan a pensar que el joven que siguió al Señor en el Huerto de los Olivos (Marc. XIV, 51) era San Marcos. Lo cierto es que San Pedro, cuando escribía desde Roma (1 Pedro, V, 13), habla de "mi hijo Marcos", el cual, según parece, estaba entonces con él. Apenas cabe duda de que en ese pasaje se trata del evangelista, pero en todo caso, no hay ninguna prueba concluyente de que ese Marcos no haya sido el "Juan llamado Marcos" de los Hechos.

Examinemos ahora otros documentos menos seguros. En primer lugar tenemos una narración muy sobria —porque el elemento milagroso es muy reducido y el conocimiento de los sitios es excepcional— de la segunda visita de Bernabé y Marcos a Chipre, que terminó con el martirio del primero. Dicha narración, cuyo pretendido autor es el mismo San Marcos, sitúa el martirio de San Bernabé en el año 53. Es de notar que el autor de esta "pasión" apócrifa ignoraba que Marcos era el autor del segundo Evangelio, ya que subraya con especial énfasis, que San Bernabé había recibido de San Mateo un relato de los hechos y palabras del Señor. Este es un detalle que difícilmente pudo ser inventado en boca de uno de los cuatro evangelistas. Por otra parte, al fin de la narración, Marcos se embarca con rumbo a Alejandría y ahí se dedica a enseñar a otros "lo que había aprendido de los apóstoles de Cristo."

La tradición de que San Marcos vivió algún tiempo en Alejandría y fue obispo de esa ciudad, es muy antigua, aunque Orígenes y Clemente, que eran originarios de Alejandría, no mencionan el hecho. En cambio lo mencionan Eusebio y el antiguo prefacio del Evangelio de San Marcos de la vulgata latina. Dicho prefacio, refiriéndose a una deformidad corporal del evangelista, mencionada anteriormente por Hipólito, deja entender que se trataba de la mutilación que el mismo San Marcos se había infligido para no ser ordenado sacerdote, pues se juzgaba indigno de ello. Aunque es muy probable que San Marcos haya terminado sus días como obispo de Alejandría, no merecen ninguna fe las "actas" de su supuesto martirio. El Martirologio Romano las resume así, en el párrafo que consagra al santo: "En Alejandría, el nacimiento de San Marcos el Evangelista, quien fue discípulo e intérprete de San Pedro Apóstol. Fue enviado a Roma por los hermanos; ahí escribió su Evangelio y después pasó a

Egipto. Fue el primer predicador de Cristo en Alejandría, donde fundó una Iglesia. Más tarde fue hecho prisionero por la fe, atado con cuerdas y arrastrado sobre las piedras. Un ángel fue a confortarle en la prisión y finalmente, después de que el mismo Cristo se le había aparecido, fue llamado a recibir el premio celestial, en el octavo año del reinado de Nerón."

La ciudad de Venecia pretende poseer el cuerpo del santo que, según la tradición, fue trasladado de Alejandría en el siglo IX. Se ha discutido mucho la autenticidad de esas reliquias que se conservaron intactas durante tantos siglos; muy probablemente las filtraciones de agua, que durante largos períodos impedían el acceso a la confessio * en que reposan, han causado un daño irreparable al frágil contenido del relicario. Venecia venera a San Marcos como patrón desde tiempo inmemorial. El león, símbolo de San Marcos, data de muy antiguo, como los emblemas de los otros evangelistas. Ya desde la época de San Agustín y San Jerónimo, "las cuatro creaturas vivientes" (Apoc. IV, 7-8), simbolizaban a los evangelistas. Los dos santos doctores relacionaron a San Marcos con el león, haciendo notar que el Evangelio de San Marcos empieza hablando del desierto y que ¡el león es el rey del desierto!

El día de San Marcos se celebran las "letanías mayores", pero la solemne procesión, que estaba originalmente relacionada con un período de ayuno, no tiene nada que ver con la fiesta del Evangelista. Muy probablemente la festividad de las "letanías mayores" se originó en Roma, en la época de San Gregorio el Grande o aun antes, en tanto que la celebración litúrgica de San Marcos en este día, data de una fecha muy posterior. Como lo demostró hace mucho Mons. Duchesne, es indudable que las letanías (es decir, "súplicas") no son más que una adaptación cristiana de las antiguas "Robigalia" de las que habla Ovidio en sus "Fasti". Algo hemos dicho ya sobre las procesiones y lustraciones que los paganos hacían en este día, al hablar de la fiesta del 2 de febrero.

En los martirologios y en la tradición litúrgica del oriente y del occidente, Marcos el Evangelista y Juan Marcos aparecen como dos personajes diferentes. El *Menaion* griego menciona a Juan Marcos el 27 de septiembre. El mismo día, el Martirologio Romano dice lo siguiente: "En Biblos de Fenicia, San Marcos obispo, a quien San Lucas llama también Juan. Era hijo de la bienaventurada María, cuya memoria se venera el 29 de junio." La idea de que Juan Marcos fue obispo de Biblos, es una tradición griega que más tarde pasó también al occidente.

* *Confessio*: Parte o sitio del templo donde se guardaban las reliquias de los santos en el altar. Nota del Editor.

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, se encontrarán las llamadas *actas* y otros documentos apócrifos relacionados con San Marcos. En la misma obra (junio, vol. II) puede verse el texto de la *pasión* de San Bernabé que se atribuye a Juan Marcos; dicho texto se halla también en Tischendorf, *Acta Apostolorum Apocrypha*, vol. III, pp. 292 ss. Ver igualmente el *Dictionnaire de la Bible* y DTC, *Marc*. Entre las obras no católicas, recomendamos especialmente la introducción de C. H. Turner al Evangelio de San Marcos en el *New Commentary on Holy Scripture* (1928) de Gore, así como el artículo de F. Chase en el *Dictionary of the Bible* de Hastings. Acerca de las reliquias de San Marcos, cf. G. Pavanello, en *Revista della Citta di Venezia*, agosto de 1928; y Moroni, *Dizionario di Erudizione*, vol. XC, pp. 265-268.

SAN ANIANO, OBISPO DE ALEJANDRÍA (Siglo I)

SEGÚN LAS llamadas "Actas de San Marcos", San Aniano era zapatero. Habiéndose herido una mano con la lezna, fue curado por San Marcos durante el primer viaje de éste a Alejandría. Pero otros autores afirman que San Aniano pertenecía a una distinguida familia de Alejandría. Se cuenta que fue consagrado obispo para suplirle durante su ausencia y que después le sucedió en el cargo. Eusebio le califica de "hombre agradable a Dios y admirable en todos sentidos". Epifanio dice que en Alejandría se construyó una iglesia en su honor.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. III.

SAN HERIBALDO, OBISPO DE AUXERRE (*c.* 857 P.C.)

UN ANTIGUO martirologio de la Galia dice que la luz de las virtudes de San Heribaldo, quien estuvo retirado durante algún tiempo en una celda monacal, brilló después en toda la Galia y le ganó el amor y la admiración de sus contemporáneos. San Heribaldo era abad de San Germán, cuando fue nombrado obispo de Auxerre. El santo trasladó las reliquias de San Germán a un sitio más honroso. No sabemos con certeza la fecha de su muerte.

Ver Mabillon, *Acta Sanctorum O.S.B.*, vol. IV, pte. 2, pp. 573-578, y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 445-446.

26: SANTOS CLETO y MARCELINO, PAPAS Y MÁRTIRES (*c.* 91 y 304 P.C.)

NO SE ha podido establecer, en forma plenamente satisfactoria, el orden de sucesión de los primeros Papas, y sigue siendo oscuro si San Cleto fue el tercero o el cuarto Pontífice. La confusión es todavía mayor, porque unas veces se le llama Cleto y otras Anacleto, que son sinónimos en griego. Sin embargo, los principales autores están de acuerdo en que se trata de un solo Papa que murió hacia el año 91, probablemente víctima de la persecución de Domiciano. Eso es todo lo que sabemos sobre él. El canon de la misa le nombra como tercer Papa. El nombre de Anacleto ha sido excluido de la lista de Papas del "Anuario Pontificio".

San Marcelino sucedió a San Cayo en la sede romana y gobernó la Iglesia ocho años. Teodoreto afirma que alcanzó gran gloria en la época tempestuosa de la persecución de Diocleciano; sin embargo, en la Edad Media se creía que, sometido a cruel tortura, había entregado los Libros Sagrados y ofrecido incienso a los dioses. Actualmente ha perdido todo crédito la leyenda, fomentada por los donatistas, de que San Marcelino reconoció su culpa ante un supuesto "Sínodo de Sinuessa" y pronunció su propia deposición; la cosa es simplemente imposible, porque nunca existió ese sínodo. Sin embargo, algunos antiguos breviarios y catálogos de los Papas aluden a la culpa de San Marcelino, que lavó más tarde con la penitencia y el martirio. Lo más probable es que, en caso de haber flaqueado temporalmente, haya expiado su culpa con una santa muerte. La Iglesia le honra como santo y como mártir, aunque la realidad de su martirio está muy lejos de haber sido probada. San Marcelino fue sepultado en el

cementerio de Priscila, que él mismo había construido o agrandado.

En la edición del *Liber Pontificalis* hecha por Duchesne, con introducción y notas, se hallan los datos más fidedignos sobre los primeros Papas. Ver también Grisar, *Geschichte Roms und der Päpste* (trad. ingl.), párrafos 185 y 467; y E. Casper, *Die älteste röm. Bischofsliste* (1926). Es curioso que el nombre de Marcelino no aparezca en el catálogo titulado *Depositio Episcoporum* del año 354. Tampoco le menciona el nuevo calendario benedictino, aprobado en 1915.

SAN PEDRO, Obispo de Braga (*c.* 350 p.c.)

El principal patrono de Braga de Portugal es uno de sus primeros obispos, llamado Pedro. Probablemente vivió en el siglo IV. Baltasar Limpo, arzobispo de Braga, trasladó en 1552 sus reliquias de Rates a Braga. El cuerpo del santo fue depositado en una tumba de mármol; la cabeza en una urna de plata. No sabemos nada de su vida. Una tradición local le hace discípulo de Santiago el Mayor. Siendo ya obispo de Braga, sufrió el martirio, después de haber bautizado y curado de la lepra a la hija del reyezuelo de la región.

Naturalmente, si San Pedro hubiese sido discípulo de Santiago el Mayor, no habría muerto en 350; sin embargo, véase *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, y Florez, *España Sagrada*, vol. III, pp. 404-405.

SAN RICARIO, Abad (*c.* 645 p.c.)

La ciudad de Abbeville pretende que su nombre se deriva de la abadía de San Ricario, a la que pertenecía en otra época el terreno en que se levanta la ciudad. San Ricario nació en Celles, cerca de Amiens, cuando la población de la región era todavía pagana en su mayoría. Los habitantes recibieron con recelo a dos sacerdotes irlandeses que habían desembarcado en la costa y querían cruzar por la región; si Ricario no les hubiese protegido, su vida habría corrido peligro. Para demostrarle su gratitud, los sacerdotes instruyeron a Ricario, quien concibió el deseo de hacerse sacerdote. Después de haberse preparado con grandes penitencias, recibió las órdenes sagradas y partió algún tiempo a Inglaterra, a lo que parece, para aprender la ciencia de los santos. A su vuelta a Francia, empezó a predicar con gran celo y éxito. Ejerció particular influencia sobre San Adalbaldo y Santa Rictrudis, habló al rey sobre los peligros y vanidades del mundo y sobre sus responsabilidades. "Los que obedecen, sólo tienen que dar cuenta a Dios de sí mismos —declaró—; pero los que mandan tienen que dar cuenta de todos sus súbditos." Siendo ya anciano, San Ricario renunció al gobierno de la abadía que había fundado en Celles y se retiró a una ermita, donde pasó el resto de su vida con uno de sus discípulos, llamado Sigobardo. La ermita fue más tarde sustituida por el monasterio de Forêt-Montiers, entre Rue y Crécy.

Existen dos biografías importantes de San Ricario: la de Alcuino y la de Angilramno. Ambas se hallan en *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, y en Mabillon. Ver también Corblet, *Hagiographie d'Amiens*, vol. III, pp. 417-462; y MGH., *Scriptores Merov.*, vol. II, pp. 438-453, donde se encontrará la biografía en verso de Hariulfo.

SAN PASCASIO RADBERTO, ABAD (*c.* 860 P.C.)

SAN RADBERTO fue abandonado, poco después de nacer, a las puertas del convento de las religiosas de Nuestra Señora de Soissons, las cuales le adoptaron y le enviaron a educarse en el convento de los monjes de San Pedro de la misma ciudad. Enamorado de los clásicos latinos, Radberto vivió durante algunos años en el mundo antes de decidirse a entrar en religión. En Corbie, donde tomó el hábito, se consagró de lleno a los estudios sagrados, en los que llegó a ser muy aventajado. El abad San Adalardo y su hermano Wala, quien le sucedió en el cargo, hicieron de Radberto su confidente y compañero de viajes; el santo les pagó esta distinción con el gran afecto que les profesó. El fue quien escribió las biografías de los dos santos abades. El año 822, sus superiores le llevaron consigo para que los ayudara en la fundación de Nueva Corbie, en Westfalia. En los años en que fue instructor de novicios, hizo muy famosas las escuelas de Corbie. Añadió a su nombre el de Pascasio, siguiendo la costumbre de los hombres de letras de la época, que adoptaban un nombre tomado de los clásicos o de la Sagrada Escritura. Aunque nunca quiso ordenarse sacerdote, fue elegido abad de Corbie. Como no se sentía llamado a ser superior, renunció al cargo a los siete años y se retiró a la abadía de Saint-Riquier a escribir en paz. Pasó los últimos años de su vida en Corbie. San Pascasio Radberto fue un escritor muy fecundo. Entre sus obras se cuenta un extenso comentario sobre San Mateo y otro sobre el salmo 44, un tratado sobre el libro de las Lamentaciones, las dos biografías arriba mencionadas, y la famosa obra *De Corpore et Sanguine Christi.*

Mabillon y Pertz (MGH., *Scriptores*, vol. XV, pp. 452-454) publicaron una breve biografía de San Pascasio. Ver también *Acta Sanctorum*, abril, vol. III. Se ha discutido mucho la doctrina eucarística de San Pascasio; acerca de este punto cf. *Die Lehre d. h. Paschasius Radbertus* (1896).

SANTA FRANCA DE PIACENZA, VIRGEN Y ABADESA (1218 P.C.)

FRANCA VISALTA tenía apenas siete años cuando entró a educarse en el convento benedictino de San Siro de Piacenza. A los catorce años hizo su profesión religiosa. Aunque era tan joven, aventajaba a todas las religiosas en obediencia, devoción y olvido de sí misma. A la muerte de la abadesa, fue elegida para sucederla. Todo iba viento en popa al principio. Pero la joven y celosa abadesa empezó a tirar las riendas de la disciplina, prohibiendo algunas innovaciones contrarias a la pobreza, como la de cocer las legumbres en vino. La oposición que se produjo logró deponer del cargo a Franca y nombró en su lugar a la hermana del obispo, que no compartía su espíritu de reforma. Franca tuvo que sufrir, durante años, calumnias, falsos testimonios y graves pruebas interiores. Su único consuelo humano era la frecuente visita de una joven llamada Carencia. Por consejo de Franca, Carencia hizo un año de noviciado en el convento cisterciense de Rapallo y después, persuadió a sus padres para que construyesen una nueva casa de la orden en Montelana. Carencia se trasladó a ella y consiguió que Santa Franca fuese nombrada abadesa de la nueva fundación. La comunidad se trasladó, más tarde, a Pittoli. Aunque reinaba en el convento la austeridad y pobreza de la regla cisterciense, la abadesa no estaba todavía satisfecha.

Noches enteras pasaba en la capilla entregada a la oración el tiempo que sus hijas consagraban al descanso. Al ver que se debilitaba en forma alarmante la salud de la abadesa, las religiosas ordenaron al sacristán que guardase la llave de la capilla; pero ello no bastó para impedir que la fervorosa superiora continuase sus vigilias. Santa Franca murió en 1218. El Papa Gregorio X, que era pariente de Carencia, sancionó el culto de la santa en Piacenza.

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, hay una carta de un superior cisterciense, contemporáneo de la santa, en la que cuenta que uno de sus monjes tuvo una visión de la gloria de Santa Franca; ahí mismo se hallará la biografía que escribió en 1336 el P. Bertrán Recoldi.

SAN ESTEBAN, OBISPO DE PERM (1396 P.C.)

SE CUENTA en la vida de San Sergio de Radonezh que un obispo que pasaba a diez kilómetros de su monasterio, camino de Moscú, se tornó hacia el convento y dijo: "La paz sea contigo, hermano Sergio". El santo, que se hallaba en ese momento en el refectorio, se levantó y, volviéndose hacia el sitio en que se encontraba el obispo, respondió: "Buenos días, pastor del rebaño de Cristo; la paz de Dios sea siempre contigo." Después explicó a sus monjes que el obispo Esteban, que iba a Moscú, había saludado al monasterio y atraído sobre él las bendiciones del cielo.

Desde los primeros tiempos de su conversión, los rusos habían enviado misioneros a los mongoles y a los finlandeses. En el siglo XIV se renovó su celo misionero y la principal figura fue el obispo San Esteban. Era éste un monje de Rostov. Hacia 1370, fue a evangelizar a los zirios o permiaks, un pueblo ruso que habitaba al este del Volga, al suroeste de los Montes Urales de donde era originario San Esteban.

Los métodos misionales del santo recordaban a los de sus maestros San Cirilo y San Metodio. Según cuenta su biógrafo, Esteban estaba convencido de que cada pueblo debía adorar a Dios en su propia lengua, puesto que Dios era el origen de todos los idiomas. Por ello, una de las primeras cosas que hizo fue traducir lo esencial de la liturgia y muchos pasajes de la Sagrada Escritura, al idioma de los zirios. Tan convencido estaba de que cada pueblo tiene algo que aportar al cristianismo, que ni siquiera enseñaba a sus convertidos los caracteres rusos, sino que inventó un alfabeto especial, basado en los dibujos de los bordados y grabados de la región. También estableció escuelas para enseñar ese alfabeto. Como otros misioneros rusos, San Esteban empleaba la celebración pública de los oficios litúrgicos, como un medio inicial de atraer a los paganos con su impresionante belleza y solemnidad. El santo no sólo se distinguió como misionero, sino también como campeón de los oprimidos, en regiones tan lejanas como Novgorod y Moscú.

En 1383, en reconocimiento por su gran obra misional, fue nombrado primer obispo de Perm. Ahí hizo frente, con la predicación y la pluma, a las doctrinas de los primeros herejes de Rusia, los strigolniks, cuyas enseñanzas se asemejaban a las de los lolardos y a las de los husitas. San Esteban murió en Moscú, en 1396.

Ver en el artículo sobre San Sergio de Radonezh (25 de sept.) las referencias bibliográficas acerca de los santos rusos.

BEATO JUAN I, OBISPO DE VALENCE (1146 P.C.)

EL BEATO Juan nació en Lyon. En su juventud, siendo canónigo de la catedral de su ciudad natal, hizo voto de ingresar en la abadía de Cîteaux; pero, desconfiando después de sus fuerzas, prefirió hacer una peregrinación a Santiago de Compostela. Sin embargo, su vocación era demasiado fuerte para que pudiese resistir a ella. A raíz de un sueño terrible, partió en plena noche a Cîteaux. Como era un monje ejemplar, sus superiores le enviaron a fundar la abadía de Bonnevaux.

La diócesis de Valence había sufrido mucho durante el gobierno de un obispo indigno, llamado Eustacio, hombre extraño y duro, a quien San Bernardo había reprendido y la Santa Sede había excomulgado. Como no obstante, el obispo siguiese aferrado al cargo, el pueblo, exasperado, le echó fuera de la ciudad, en 1141. Tres días más tarde, el abad de Bonnevaux fue conducido a la catedral, casi por la fuerza y consagrado obispo. El tiempo demostró que el pueblo había tenido razón, pues San Juan fue un excelente pastor y un administrador muy caritativo. Cuando sus subordinados murmuraban de su excesiva bondad, el beato les recordaba que su predecesor había colmado la medida de la severidad y les hacía notar que no todos los jueces que condenan a los culpables serían capaces de resistir a la tentación, si se hallasen en las mismas circunstancias. Su culto fue aprobado en 1901.

La biografía de este santo obispo, escrita por un tal Giraudo, se halla en el *Thesaurus novus anecdotorum* de Martène y Durand, vol. III, pp. 1693-1702. Ver también Nadal, *Histoire hagiologique de Valence*, pp. 273 ss., y las obras de los historiadores del Cister, como Manrique y Le Nain.

BEATA ALDA o ALDOBRANDESCA, VIUDA (1309 P.C.)

LA TUMBA de la Beata Alda era antiguamente un importante centro de devoción. en la iglesia de Santo Tomás de Siena. Era la beata una matrona de buena posición, la cual, viéndose viuda y sin hijos, se retiró a una casita en las afueras de las murallas de Siena. Ahí se consagró a hacer el bien y a contemplar la Pasión de Cristo con sus sufrimientos. Tuvo numerosas visiones de la vida del Salvador en la tierra. Poco a poco distribuyó todas sus posesiones. Después, se sintió llamada a sacrificar aun su misma soledad, y se trasladó a un hospital para ocuparse de los enfermos más pobres. Ahí siguieron repitiéndose sus éxtasis. La primera vez que los escépticos empleados del hospital la vieron en un estado de trance, parecido a la catalepsia, se burlaron de la beata y llegaron hasta atravesarle las manos con agujas y aplicarle candelas encendidas. Cuando Alda volvió en sí, experimentó, naturalmente, el dolor de las heridas, pero todo lo que dijo a sus verdugos fue: "Dios os perdone." Los empleados no volvieron a hacerle daño. La beata se ganó, con el tiempo, la veneración de todos y a su intercesión se atribuían numerosas curaciones.

G. Lombardelli publicó en 1584 una breve biografía de la beata, que se halla traducida al latín en *Acta Sanctorum*, abril, vol. III.

27: SAN PEDRO CANISIO, Doctor de la Iglesia (1597 p.c.)

SE HA llamado a San Pedro Canisio el segundo apóstol de Alemania, comparándole con San Bonifacio, que fue el primero. También se le venera como uno de los creadores de la prensa católica. Además, fue el primero del numeroso ejército de escritores jesuitas. Nació en 1521, en Nimega de Holanda, que dependía entonces de la arquidiócesis alemana de Colonia. Era el hijo mayor de Jacobo Kanis, quien recibió un título de nobleza por haber desempeñado el oficio de tutor de los hijos del duque de Lorena y fue nueve veces burgomaestre de Nimega. Aunque Pedro tuvo la desgracia de perder a su madre cuando era todavía pequeño, su madrastra fue para él una segunda madre. El joven creció en el temor de Dios. Cierto que él mismo se acusa de haber perdido el tiempo, de niño, en juegos inútiles; pero, dado que a los dicienueve años obtuvo el grado de Maestro en Artes, en Colonia, resulta difícil creer que haya sido muy perezoso. Por complacer a su padre, que deseaba darle una carrera de abogado, Pedro estudió algunos meses el derecho canónico en Lovaina; pero, al caer en la cuenta de que ésa no era su verdadera vocación, desechó el matrimonio, hizo voto de castidad y volvió a Colonia a enseñar teología. La predicación del Beato Pedro Fabro había despertado gran interés en las ciudades del Rin. Fabro era el primer discípulo de San Ignacio. Bajo su dirección, hizo Canisio los Ejercicios de San Ignacio, en Mainz y durante la segunda semana, prometió a Dios ingresar en la Compañía de Jesús. Fue admitido en el noviciado y pasó varios años en Colonia, consagrado a la oración, al estudio, a visitar a los enfermos y a instruir a los ignorantes. El dinero que recibió como herencia a la muerte de su padre, lo dedicó en parte a los pobres y en parte al mantenimiento de la comunidad. Canisio había empezado ya a escribir. Su primera publicación había sido la edición de las obras de San Cirilo de Alejandría y San León Magno.* Después de su ordenación sacerdotal, comenzó a distinguirse en la predicación. Había asistido a dos sesiones del Concilio de Trento como delegado: una en Trento y otra en Bolonia. De ahí le llamó San Ignacio a Roma, donde le retuvo cinco meses, en los que Canisio dio pruebas de ser un religioso modelo, dispuesto a ir a cualquier parte y a desempeñar cualquier oficio. Fue enviado a Mesina a enseñar en la primera escuela de los jesuitas de la que la historia guarda memoria, pero al poco tiempo volvió a Roma a hacer su profesión religiosa y a desempeñar un cargo más importante.

Recibió la orden de volver a Alemania, pues había sido elegido para ir a Ingolstadt con otros dos jesuitas, ya que el duque Guillermo de Baviera había pedido urgentemente algunos profesores capaces de contrarrestar las doctrinas heréticas que invadían las escuelas. No sólo tuvo éxito Canisio en la reforma de la Universidad, de la que fue nombrado primero rector y luego vicecanciller, sino que, con sus sermones, consiguió la renovación religiosa, en la que también colaboró con su catequesis y su campaña contra la venta de libros inmorales. Grande fue el duelo general cuando el santo partió a Viena, en 1552, a petición del rey Fernando, para emprender una tarea semejante. La situación en Viena

* No se ha probado que él haya sido el editor de los sermones de Juan Taulero, publicados en Colonia en 1543.

era peor que en Ingolstadt. Muchas parroquias carecían de atención espiritual, y los jesuitas tenían que llenar las lagunas y enseñar en el colegio recientemente fundado. En los últimos veinte años no hubo una sola ordenación sacerdotal; los monasterios estaban abandonados; las gentes se burlaban de los miembros de las órdenes religiosas; el noventa por ciento de la población había perdido la fe y los pocos católicos que quedaban, practicaban apenas la religión. San Pedro Canisio empezó por predicar en iglesias casi vacías, en parte por el desinterés general, o bien porque su alemán del Rin resultaba muy duro para los oídos de los vieneses. Pero, poco a poco, fue ganándose el cariño del pueblo por la generosidad con que atendió a los enfermos y agonizantes durante una epidemia. La energía y espíritu de empresa del santo eran extraordinarios; se ocupaba de todo y de todos, lo mismo de la enseñanza en la universidad, que de visitar en las cárceles a los criminales más abandonados. El rey, el nuncio y el mismo Papa hubiesen querido nombrarle arzobispo de la sede vacante de Viena, pero San Ignacio sólo permitió que administrase la diócesis durante un año, sin el título ni los emolumentos de arzobispo. Por aquella época, San Pedro empezó a preparar su famoso catecismo o "Resumen de la Doctrina Cristiana", que apareció en 1555. A esa obra siguieron un "Catecismo Breve" y un "Catecismo Brevísimo", que alcanzaron enorme popularidad. Dichas obras serían para la Contrarreforma Católica lo que los catecismos de Lutero habían sido para la Reforma Protestante. Fueron reimpresos más de doscientas veces y traducidos a quince idiomas (incluyendo el inglés, el escocés de Braid, el hindú y el japonés) en vida del autor. El santo no despertó, ni en ésas ni en sus otras obras, la hostilidad de los protestantes contra las verdades que sostenía, ya que nunca los atacó violentamente.

En Praga, a donde había ido a fundar un colegio, se enteró con gran pena de que había sido nombrado provincial de una nueva provincia, que comprendía el sur de Alemania, Austria y Bohemia. Inmediatamente escribió a San Ignacio: "Carezco absolutamente del tacto, la prudencia y la decisión necesarias para gobernar. Soy orgulloso y apresurado por temperamento, y mi falta de experiencia me hace totalmente inepto para el oficio de provincial." Pero San Ignacio sabía lo que hacía. En los dos años que pasó en Praga, Pedro Canisio devolvió la fe a gran parte de la ciudad, y el colegio que fundó era tan bueno, que aun los protestantes enviaban a él a sus hijos. En 1557, fue invitado a Worms a tomar parte en la discusión entre los teólogos católicos y protestantes. Asistió a dicha conferencia, aunque estaba convencido de que ese tipo de reuniones provocaban disputas que no hacían más que ensanchar el abismo que separaba a los cristianos. Es imposible, dado el reducido espacio de que disponemos, seguir al santo en los numerosos viajes de su provincialato y en sus múltiples actividades. El P. Brodrick calcula que, entre 1555 y 1558, recorrió diez mil kilómetros a pie y a caballo y que, en treinta años, anduvo cerca de treinta mil kilómetros. Para responder a quienes le criticaban por trabajar demasiado, el santo solía decir: "Quien tenga demasiado qué hacer será capaz de hacerlo todo con la ayuda de Dios."

Además de los colegios que fundó o inauguró, dispuso la fundación de muchos otros. En 1559, a instancias del rey Fernando, fue a residir a Augsburgo durante seis años. Ahí reavivó una vez más la llama de la fe, alentando a los fieles, tendiendo la mano a los caídos y convirtiendo a muchos herejes. Ade-

más, convenció a las autoridades para que abriesen de nuevo las escuelas públicas, que habían sido destruidas por los protestantes. Al mismo tiempo que hacía todo lo posible por impedir la divulgación de los libros inmorales y heréticos, divulgaba en cuanto podía los libros buenos, ya que comprendía, por intuición, la importancia que la prensa tendría con el tiempo. En aquella época recopiló y editó una selección de las cartas de San Jerónimo, el "Manual de los Católicos", un martirologio y una revisión del Breviario de Augsburgo. En Alemania se reza todavía, los domingos, la oración general compuesta por el santo. Al fin de su provincialato, San Pedro residió en Dilinga de Baviera, donde los jesuitas tenían un colegio y dirigían la universidad. Además, ahí residía también el cardenal Otón de Truchsess, que desde hacia largo tiempo era íntimo amigo de San Pedro Canisio. El santo se dedicó sobre todo a la enseñanza, a oír confesiones y a escribir los primeros libros de una colección que había comenzado por orden de sus superiores. Dicha obra tenía por fin responder a una historia del cristianismo, muy anticatólica, que habían publicado recientemente los escritores protestantes, conocidos con el nombre de "Centuriadores de Magdeburgo". Alguien ha dicho que se trataba de "la primera y la peor de las historias de la Iglesia escritas por los protestantes." Canisio continuó su obra mientras desempeñaba el cargo de capellán de la corte en Innsbruck y sólo la interrumpió en 1577, a causa de su mala salud. Sin embargo, seguía tan activo como siempre, pues predicaba, daba misiones, acompañaba al provincial en sus visitas y aun desempeñó, durante algún tiempo, el puesto de viceprovincial.

En 1580 se hallaba en Dilinga, cuando recibió la orden de ir a Friburgo de Suiza. Dicha ciudad, que se hallaba situada entre dos regiones muy protestantes, quería que se fundase desde hacía tiempo un colegio católico, pero, además de otros obstáculos que se oponían a la empresa, carecía de fondos suficientes para realizarla. En pocos años, venció San Pedro Canisio esos obstáculos y consiguió dinero, eligió el sitio y supervisó la erección del espléndido colegio que es en la actualidad la Universidad de Friburgo, aunque nunca fue rector ni profesor en él. Además del interés con que seguía los progresos del colegio, su principal actividad, durante los ocho años que pasó en Friburgo, fue la predicación; los domingos y días de fiesta predicaba en la catedral y, entre semana, visitaba los pueblos del cantón. Se puede afirmar sin temor a equivocarse, que a San Pedro Canisio se debe el que Friburgo haya conservado la fe en una época tan crítica. La debilidad obligó al santo a renunciar a la predicación. En 1591, un ataque de parálisis le puso a las puertas de la muerte, pero se rehizo lo suficiente para seguir escribiendo, con la ayuda de un secretario, hasta poco antes de su muerte, que aconteció el 21 de diciembre de 1597.

San Pedro Canisio fue canonizado y declarado doctor de la Iglesia en 1925. Una de las principales lecciones de su vida es el espíritu y el estilo de sus controversias religiosas. El mismo San Ignacio había insistido en la necesidad de dar "ejemplo de caridad y moderación cristianas en Alemania". San Pedro Canisio advertía que era un error "citar en una conversación los temas que antipatizan a los protestantes . . . , como la confesión, la satisfacción, el purgatorio, las indulgencias, los votos monásticos y las peregrinaciones, pues, como algunos enfermos, tienen el paladar estragado, son incapaces de apreciar esos manjares. Necesitan leche, como los niños; sólo poco a poco es posible llevarles a aceptar los dogmas sobre los que no estamos de acuerdo con ellos." San Pedro Canisio se mostraba duro con los que propagaban la herejía y, como la mayor

parte de sus contemporáneos, estaba dispuesto a emplear la fuerza para impedírselo. Pero su actitud era muy diferente con quienes habían nacido en el luteranismo o habían sido arrastrados a él. El santo pasó toda su vida oponiéndose a la herejía y tratando de restaurar la fe y la vida católicas. Sin embargo decía, hablando de los alemanes: "Es cierto que muchísimos de ellos abrazan las nuevas sectas y yerran en la fe, pero su manera de proceder demuestra que lo hacen más por ignorancia que por malicia. Yerran, lo repito, pero sin intención, sin deseo y sin obstinación." Según San Pedro Canisio, no había que enfrentarse ni siquiera a los más conscientes y peligrosos de los herejes "con aspereza y descortesía, pues ello no sólo es el reverso del espíritu de Cristo, sino que equivale a quebrar la rama desquebrajada y a apagar la mecha que humea todavía."

Dada la relación de la vida de San Pedro Canisio con la historia religiosa de Europa central, cualquier bibliografía resulta superficial. Sin embargo, tenemos que citar la colección de sus cartas, editadas en ocho volúmenes por el P. O. Braunsberger, con notas muy abundantes e índices extraordinariamente detallados. También hay documentos muy importantes en la obra de J. Metzler, *Die Bekentnisse des heiligen P. Canisius und sein Testament* y en muchos de los volúmenes de *Monumenta Historica S.J.* Las biografías son muy numerosas, especialmente en alemán; mencionemos las de O. Braunsberger, J. Metzler y A. O. Plülf, y en francés las de Michel, J. Genoud y E. Morland. El desinterés de los escritores ingleses por San Pedro Canisio quedó ampliamente compensado con la obra magnífica, definitiva y tan agradable del P. James Brodrick, *St Peter Canisius* (1935). La biografía de W. Reany, *A. Champion of the Church* (1931), es de tipo más popular.

SAN ANTIMO, Obispo de Nicomedia (303 p.c.)

La persecución de Diocleciano y Maximiano fue especialmente feroz en Nicomedia, en Bitinia, residencia favorita de los emperadores. Cuando apareció el decreto persecutorio, los cristianos lo desgarraron; Lactancio condena esa iniciativa, en tanto que Eusebio la alaba. A partir de ese momento, los cristianos no podían comprar ni vender, sacar agua del pozo ni moler grano, sin que los guardias les exigiesen que ofrecieran sacrificios a los dioses. Eusebio, después de decir que el obispo Antimo fue decapitado por haber confesado a Cristo, afirma que otros muchos mártires murieron en la misma persecución y añade: "En esos días, no sé cómo, hubo un incendio en palacio y corrió el falso rumor de que nosotros, los cristianos, lo habíamos provocado. Por orden del emperador se dio muerte a gran cantidad de cristianos: a los unos por la espada y a los otros por el fuego. Cierto número de fieles, movidos por una inexplicable inspiración divina, se arrojaron espontáneamente en las hogueras. Muchos otros fueron arrojados al mar, atados a losas de piedra." Casi todos los cristianos permanecieron firmes en la fe y obtuvieron la corona del martirio. Algunas veces se habla de once compañeros de San Antimo en el martirio.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, donde se hallan los pasajes de Eusebio y de los martirologios y el texto griego de las supuestas *actas* de San Antimo. La leyenda inverosímil de las santas Indes y Domna habla de algunas cartas de Antimo a dichas mártires, pero en realidad no hay razón para suponer que él las haya escrito. Por la misma razón es probablemente falso un curioso documento publicado por el cardenal G. Mercati en *Studi e Testi*, n. 5 (1901), que pasa por ser una parte de un tratado de San Antimo "sobre la Santa Iglesia". Ver Bardenhewer, *Geschichte der altkirklichen Literatur*, vol. II, pp. 333-334.

SAN FLORIBERTO, OBISPO DE LIEJA (746 P.C.)

SAN FLORIBERTO era hijo de San Huberto y de su esposa Floribana, la cual murió al dar a luz a su hijo. Nada sabemos sobre sus primeros años, ya que la tradición que le presenta como abad de los monasterios de Stavelot y de San Pedro, en Gante, se basa casi seguramente, en una confusión con un homónimo del santo. Floriberto sucedió al obispo Huberto en la sede de Lieja, que gobernó durante dieciocho años. Construyó urnas para las reliquias de sus padres, de su tía-abuela, Santa Oda y de San Landoaldo y sus compañeros. Sus biógrafos le describen como un hombre muy humilde, amante de los pobres y "vehemente para corregir".

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. III (25 de abril) hay una breve biografía de San Floriberto, que se basa en diversas fuentes. A lo que parece, no existe ninguna biografía primitiva. Cf. Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 192.

SAN ESTEBAN PECHERSKY, OBISPO DE VLADIMIR (1094 P.C.)

ESTEBAN FUE discípulo de San Teodosio en el monasterio de las Cavas de Kiev. Asimiló tan bien su espíritu y se inspiró tanto en su ejemplo que, a la muerte de Teodosio, en 1074, fue elegido por unanimidad abad del monasterio. Hasta entonces había sido sacristán y jefe de cantores, pues era muy hábil para el canto y la liturgia. Uno de los primeros actos de su gobierno fue terminar la construcción de la iglesia que San Teodosio había comenzado. Pero a los cuatro años, San Esteban tuvo que salir de Kiev, no sabemos por qué motivo. Pronto fundó otro monasterio en Klov y lo gobernó según el espíritu de San Teodosio. Dicho monasterio recibió el nombre de Blackhernae, pues la iglesia estaba consagrada a Nuestra Señora de Blackhernae (cuya imagen era muy venerada en Constantinopla).

San Esteban fue consagrado obispo de Vladimir de Volhynia en 1091. Murió tres años más tarde, con fama de gran santidad.

Tomamos estos datos de Martynov, *Annus ecclesiasticus graecoslavicus* y de *Acta Sanctorum*, oct., XI.

SANTA ZITA, VIRGEN (1278 P.C.)

LOS PADRES de Santa Zita, patrona de los servidores domésticos, eran tan piadosos como pobres. Una hermana suya entró en un convento de religiosas cistercienses y su tío, Graciano, era un ermitaño a quien el pueblo veneraba como santo. La madre de Zita no tenía más que decirle: "Esto es agradable a Dios" o "Esto desagrada a Dios", para que la niña obedeciese inmediatamente. A los doce años, Zita entró a servir en una casa de Lucca, a unos quince kilómetros de su pueblo de Monte Sagrati, en la casa de Pagano di Fatinelli, quien tenía un negocio de hilados y tejidos de seda y lana. Desde el principio se acostumbró Zita a levantarse por la noche para orar y asistir a la misa en la iglesia de San Frediano. Distribuía entre los pobres lo mejor de sus alimentos y dormía generalmente en el suelo, pues había regalado su cama a un mendigo. Durante varios años la hicieron sufrir mucho los otros criados, quienes llevaban

a mal su piedad, consideraban como un mudo reproche su laboriosidad y se molestaban por el desagrado con que oía sus palabras, provocativas y groseras. La envidia de sus compañeros despertó el recelo del señor de la casa contra Zita, que lo soportó todo sin una queja. Zita se defendió del atrevimiento de un criado, rasguñándole la cara; cuando su amo le preguntó lo que había pasado, Zita no pronunció ni una sola palabra para excusarse. Poco a poco su paciencia le fue ganando los ánimos de todos y el señor y la señora de la casa empezaron a comprender el tesoro que tenían en la doncella.

La santa consideraba el trabajo como una práctica piadosa. Más tarde solía decir: "Una sirvienta que no es laboriosa no es buena; en las gentes de nuestra posición, la piedad que impide el trabajo es mala piedad." La señora de la casa le confió el cuidado de los niños y la nombró ama de llaves. Un día, el amo decidió inspeccionar la provisión de habas, pues esperaba obtener un buen precio por ellas. En aquella época, todas las familias cristianas daban alimentos a los pobres, pero Zita había regalado demasiados sacos de habas, como lo había confesado a su ama. Pagano era de tempermento muy violento y la pobre de Zita se echó a temblar y pidió a Dios que arreglase las cosas. Cuando Pagano fue al granero, no faltaba un solo saco; la única explicación posible fue la de que el cielo había multiplicado las habas. En otra ocasión en que Zita se había entretenido en la iglesia, olvidando que era el día en que se cocía el pan, se dirigió a toda prisa a la casa; cuando llegó, encontró los panes listos para introducirlos en el horno.

Un helado día de Navidad, como Zita insistiese en ir a la iglesia, su amo le echó su propia capa sobre los hombros, con la recomendación de que la cuidase bien. Al llegar a la iglesia de San Frediano, Zita encontró a un mendigo mal vestido que tiritaba de frío. Como el mendigo señalase ansiosamente la capa que llevaba la santa, ésta se la echó al punto sobre los hombros, diciéndole que podía guardarla hasta que ella saliese de la iglesia. Naturalmente, al acabar la misa el mendigo había desaparecido con la capa. Muy abatida, Zita recibió una dura reprimenda de su amo, como era de temerse. Cuando la familia se disponía a empezar la cena de Navidad, unas horas después, se presentó a la puerta del comedor un desconocido, quien devolvió a Zita la capa de su amo. Los señores de la casa intentaron darle las gracias, pero el desconocido desapareció tan misteriosamente como había aparecido, y dejó el corazón de la familia lleno de gozo celestial. Desde entonces, la puerta de la iglesia de San Frediano en la que Zita encontró al mendigo se llama "la Puerta del Angel".

Con el tiempo, Zita llegó a ser la amiga y consejera de toda la casa. Era la única que sabía cómo tratar a Pagano, cuando éste montaba en cólera. Pero la veneración que todos le profesaban le molestaba infinitamente más que los malos tratos del principio. Para entonces, la santa estaba ya suficientemente libre de los quehaceres domésticos para visitar a su gusto a los enfermos, a los pobres y a los presos. Tenía particular cariño por los condenados a muerte, por quienes pasaba largas horas en oración. En esas obras de piedad y misericordia pasó los últimos años de su vida. Murió apaciblemente el 27 de abril de 1278. Tenía entonces sesenta años de edad y había estado al servicio de la familia de Pagano durante cuarenta y ocho años. El cuerpo de Santa Zita reposa en la iglesia de San Frediano, en Lucca, a donde la santa había ido con tanta regularidad durante los años que pasó ahí.

La principal fuente de información es la biografía escrita por Fatinellus de Fatinellis, que se halla en *Acta Sanctorum*, abril, vol. III. Existen muchas biografías recientes, como las de Toussaint (1902) y Ledóchowsky (1911). Ver también la biografía escrita por Bartolomeo Fiorito en 1752 y *Analecta Bollandiana*, vol. XLVIII (1930), pp. 229-230.

SANTO TORIBIO, ARZOBISPO DE LIMA (1606 P.C.)

SANTO TORIBIO es, junto con Santa Rosa de Lima, el primer santo del Nuevo Mundo. Cierto que Toribio no nació en América y fue canonizado cincuenta y cinco años después de Santa Rosa, pero ambos vivieron en la misma ciudad, en la misma época, y Toribio confirió a Rosa el sacramento de la confirmación y murió antes que ella. El Perú profesa gran devoción a nuestro santo. Aunque Toribio no fue el primer evangelizador de dicho país, promovió enormemente la causa católica y libró a la Iglesia de los graves abusos que sofocaban su vitalidad y desacreditaban su nombre. Toda la América Latina celebra la fiesta del santo.

Toribio Alfonso de Mogrovejo nació en Mayorga, España, en 1538. Aunque fue muy devoto desde joven, no tenía intenciones de ordenarse de sacerdote e hizo la carrera de leyes. Siendo ya profesor de derecho en la Universidad de Salamanca, llamó la atención de Felipe II, quien le nombró juez principal de la Inquisición, en Granada. Era cosa extraordinaria que un laico ocupase ese puesto, por lo demás tan difícil y desagradable para los laicos como para los clérigos. Pero más sorprendentes todavía fueron los acontecimientos a que dio lugar. Algunos años más tarde, la sede arzobispal de Lima quedó vacante. Toribio había desempeñado con tanta habilidad sus deberes de juez y había mostrado tal espíritu misionero, que el rey decidió enviarle a Lima como arzobispo, ya que era el único hombre con la suficiente fuerza de carácter para acabar con los escándalos que obstaculizaban la conversión de los peruanos.

Sorprendido por la decisión del rey, Toribio escribió al punto al Consejo Real, alegando su incapacidad y apelando a los cánones que prohibían la promoción de los laicos a las dignidades eclesiásticas. Pero sus objeciones cayeron por tierra cuando se le confirieron las órdenes sagradas y la consagración episcopal. Toribio se embarcó inmediatamente y llegó a Lima en 1581. Pronto empezó a comprender cuán difícil era la tarea que se le había confiado. Su diócesis tenía casi 700 kilómetros de costa y penetraba tierra adentro hasta las estribaciones de los Andes, de suerte que las comunicaciones eran sumamente difíciles. Pero más graves que las dificultades geográficas eran las que producía la actitud de los conquistadores respecto de los indios. Fuera de excepciones muy contadas, los colonizadores iban allá con el objeto de hacer fortuna y, para conseguirlo, no tenían el menor escrúpulo en tratar a los indios como esclavos. Las comunicaciones con la metrópoli eran muy lentas. Con ello, los peores abusos podían durar años enteros. Por otra parte, el Consejo de Indias no sabía a quién creer. Lo peor era que los colonizadores en muchos casos, parecían haber perdido todo sentido religioso y daban a los indios un desastroso ejemplo de rapacidad y vida disoluta.

Los clérigos eran, con frecuencia, los más desbocados. El primer cuidado del nuevo arzobispo fue restaurar la disciplina eclesiástica. Inmediatamente emprendió la visita de su diócesis y se mostró inflexible con los escándalos del clero. Castigaba la injusticia y el vicio, sin distinción de personas, y em-

pleaba su autoridad para proteger a los pobres de la opresión. Naturalmente, tuvo que sufrir la persecución de las autoridades, las cuales obstaculizaban lo más posible su trabajo, pero la resolución y paciencia del santo acabaron por imponerse. A los que trataban de justificar sus abusos con una interpretación torcida de la ley divina, el santo respondía con las palabras de Tertuliano: "Cristo dijo: Yo soy la verdad. No dijo: Yo soy la costumbre". El arzobispo consiguió desarraigar muchos abusos y fundó numerosas iglesias, monasterios y hospitales. En 1591, fundó en Lima el primer seminario del Nuevo Mundo.

Hasta edad muy avanzada siguió estudiando los dialectos indígenas para poder hablar a los indios sin necesidad de intérprete. Con ese método, logró innumerables conversiones. Para instruir a su grey, pasaba a veces dos o tres días en sitios en que no le podían ofrecer ni cama, ni comida suficiente. El santo obispo visitó toda su extensa diócesis. Cuando alguien trataba de disuadirle, alegando las dificultades geográficas o el peligro de los bandoleros, Santo Toribio respondía que Cristo no había tenido miedo de hacerse hombre para salvarnos y que, por consiguiente, el hombre no debía temer los peligros por Su gloria. Aun cuando se hallaba de viaje, celebraba todos los días la misa con intenso fervor y se confesaba diariamente con su capellán. Santo Toribio confirió la confirmación, no sólo a Santa Rosa, sino también a San Martín de Porres y al Beato Juan Macías. A partir de 1590, contó con el apoyo del franciscano San Francisco de Solano, otro gran misionero, cuyos ardientes sermones sobre la podredumbre espiritual de Lima alarmaron tanto al pueblo, que el virrey tuvo que rogar al arzobispo que calmase a los habitantes. La caridad de Santo Toribio era ilimitada. Sabía muy bien que la altivez española impedía que los pobres manifestasen a otros sus necesidades y aceptasen limosnas de sus conocidos; así pues, él se dedicaba a ayudarles discretamente, sin que los beneficiarios supiesen de quién venía el socorro.

A los sesenta y ocho años, Santo Toribio cayó enfermo en Pacasmayo, muy al norte de Lima. Sin doblegarse ante la enfermedad, llegó todavía hasta la ciudad de Santa, donde comprendió que su fin estaba próximo. Hizo, pues, su testamento, por el que dejó a sus criados sus efectos personales y, a los pobres el resto de sus propiedades. El santo pidió a quienes le asistían que le condujesen a la iglesia a recibir el viático y, después, recibió la extremaunción en el lecho. Murió el 23 marzo de 1606, en tanto que los presentes entonaban el salmo: "Mi corazón se llenó de gozo cuando me dijeron que iremos a la casa del Señor." Fue canonizado el 23 de marzo de 1606.

Es muy importante la obra en cuatro volúmenes de Mons. G. G. Irigoyen, *Santo Toribio:* obra escrita con motivo del tercer centenario de la muerte del santo arzobispo de Lima (1906), ya que la mayoría de los documentos eran inéditos. Ver también las biografías escritas por el P. Cipriano de Herrera y A. Nicoselli, así como la obra en francés de T. Bérengier (1872).

BEATO PEDRO ARMENGOL (1304 P.C.)

Es MUY difícil aceptar la historia del Beato Pedro Armengol tal como aparece en los relatos de los mercedarios. Se cuenta que nació hacia 1238, en la familia de los condes de Urgel, en Guardia de Cataluña. Era apenas un mozalbete cuando se unió a una banda de malhechores. En 1258, el rey Jaime de Aragón, que quería atravesar la región, envió por delante a un destacamento mandado por el

padre de Pedro. En un encuentro entre los bandoleros y el destacamento, Pedro y su padre estuvieron a punto de batirse cuerpo a cuerpo. Lleno de remordimientos al reconocer a su padre, Pedro le pidió perdón, se convirtió y pasó el resto de su vida haciendo penitencia en la Orden de los Mercedarios, que se dedicaba al rescate de prisioneros. Pedro fue dos veces al Africa para rescatar cautivos de los moros. En el segundo viaje, como la suma que llevaba no alcanzase para pagar la libertad de dieciocho jóvenes, el santo se ofreció a quedarse como rehén, mientras su compañero iba a traer la suma necesaria. Cuando volvió el otro religioso, supo que Pedro había sido ahorcado hacía varios días. Al descolgar el cuerpo del mártir, el religioso tuvo la sorpresa de encontrar todavía vivo a Pedro, quien pudo volver a Guardia. Ahí vivió aún diez años, con el cuello torcido y las piernas desfiguradas, dando maravilloso ejemplo de virtud. Su culto fue oficialmente aprobado en 1686 y desde entonces, su nombre se halla en el Martirologio Romano.

En *Acta Sanctorum* hay una biografía suficientemente detallada, pero los escasos documentos tomados del proceso de beatificación despiertan inevitablemente muchas dudas. Cf. nuestro artículo sobre San Pedro Nolasco (28 de enero), en el que hablamos de los orígenes de la Orden de Nuestra Señora de la Merced. En 1898 J. Cartier publicó en francés una corta biografía del Beato Pedro.

BEATO ANTONIO DE SIENA (1311 P.C.)

ANTONIO DE Patrizi, que descendía de una de las principales familias de Siena, ingresó en la Orden de los Ermitaños de San Agustín y fue más tarde superior del convento de Monteciano. Lo único que sabemos sobre él es que concibió un gran deseo de conversar con otro santo ermitaño, Pedro de Camerata. Partió, pues, de viaje en busca de Pedro, pero en el camino cayó gravemente enfermo; sin embargo, Dios respondió a sus oraciones, curándole milagrosamente, y el beato realizó el objetivo de su viaje. El biógrafo de Antonio compara el encuentro de los dos varones de Dios con el encuentro de San Pablo el Ermitaño y San Antonio en los comienzos de la historia de la ascética. El Beato Antonio llevó una santa vida y murió en 1311.

En *Acta Sanctorum* se encontrará una corta biografía, abril, vol. III (30 de abril); pero casi toda ella versa sobre los milagros que obró el beato después de su muerte. Ver también G. Ballati, *Vita, miracoli e grazie del B. Antonio Patrizi* (1728).

BEATO JACOBO DE BITETO (*c.* 1485 P.C.)

AUNQUE ORIGINARIO de Dalmacia, donde se le conoce con el nombre "el eslavo" o "el ilirio", el Beato Jacobo pasó la mayor parte de su vida en la costa del Adriático. Era hermano lego de los Frailes Menores de la Observancia, en el convento de Biteto, pueblecito que dista unos quince kilómetros de Bari. Su humildad, olvido de sí mismo y espíritu de contemplación, le llevaron a un alto grado de santidad. Dios le concedió el don de profecía. Según el testimonio de uno de los hermanos en el proceso de beatificación, en ciertas ocasiones se elevaba del suelo, mientras hacía oración. Durante algunos años fue cocinero en el convento de Conversano. Las llamas del horno le hacían pensar, unas veces, en el fuego del infierno y otras, en el fuego del amor de Dios que incendia los

corazones de los bienaventurados en el cielo. Por ello entraba frecuentemente en éxtasis, durante el trabajo, y permanecía inmóvil y totalmente absorto en Dios. Más tarde, sus superiores le enviaron de nuevo a Bitetto, donde murió santamente. A su intercesión se atribuyeron numerosos milagros. Según se cuenta, el fruto de un junípero que el beato había plantado en el huerto, tenía propiedades curativas. Jacobo fue beatificado por el Papa Inocencio XII.

El artículo de *Acta Sanctorum* (abril, vol. III) sobre el beato es particularmente interesante, ya que se trata de uno de los casos en que los bolandistas tuvieron acceso a los documentos del proceso de beatificación y pudieron citar los diferentes testimonios. Ver también Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 104-105.

BEATA OSANNA DE CATTARO, VIRGEN (1565 P.C.)

CATERINA COSIE nació en Montenegro, en 1493. Sus padres eran ortodoxos disidentes. La niña pasó sus primeros años cuidando el ganado. Más tarde, sus padres le permitieron entrar al servicio de una señora católica de Cáttaro, de la que se hizo querer mucho. Siete años después, se retiró a vivir como anacoreta, primero en una celda contigua a la iglesia de San Bartolomé y después en otra, contigua a la iglesia de San Pablo. Al hacerse terciaria de Santo Domingo, tomó el nombre de Osanna en honor de la Beata Osanna Andreasi, que había muerto poco antes, en 1505. Las jóvenes y las matronas acudían a visitarla para pedirle consejo y dirección. A sus oraciones se debe, según se cree piadosamente, que la ciudad no haya caído en manos de los turcos y otros invasores. La beata sufrió mucho, tanto por los ataques del diablo, como por las calumnias que se levantaron contra ella. Dios la colmó de dones sobrenaturales, como el de profecía. Después de una dolorosa enfermedad que duró dos meses y que la beata sobrellevó con ejemplar paciencia, fue a recibir el premio celestial el 27 de abril de 1565. Su culto fue confirmado en 1928.

Hemos tomado los datos de nuestro artículo del decreto de *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XX (1928), pp. 39-42. Dicho decreto se basa en el testimonio de los autores antiguos. El principal de ellos es el P. Bazzi (1589), lo mismo que el P. Cerva (1738). Ambos autores dan testimonio de la santidad de vida de la beata y de la veneración que el pueblo empezó a profesarle desde su muerte.

28: SAN PABLO DE LA CRUZ, FUNDADOR DE LOS CLÉRIGOS DESCALZOS DE LA SANTA CRUZ Y PASIÓN (1775 P.C.)

SAN PABLO de la Cruz, fundador de los pasionistas, nació en Ovada, en la República de Génova, en 1604, casi al mismo tiempo que Voltaire. Pablo Francisco era el hijo mayor de Lucas Danei, hombre de negocios de buena familia. Tanto éste como su esposa eran excelentes cristianos. Siempre que Pablo empezaba a llorar por cualquier motivo, su madre le mostraba el crucifijo y le hablaba de los sufrimientos de Cristo. Así, fue formando poco a poco en el niño, la gran devoción a la Pasión, que había de distinguirle toda su vida. El padre de Francisco leía en familia las vidas de los santos y exhortaba a sus hijos a guardarse de los peligros del juego y de los pleitos. Aunque Pablo era una de esas almas selectas que se entregan a Dios desde la infancia, a los

quince años, un sermón que oyó le dejó convencido de que no correspondía suficientemente a la gracia. Así pues, luego de hacer una confesión general, emprendió una vida de austeridad: dormía en el suelo, pasaba varias horas de la noche en oración y tomaba severas disciplinas. En estas prácticas le imitaba su hermano, Juan Bautista, dos años menor que él. También fundó una especie de sociedad de santificación mutua con sus amigos, varios de los cuales entraron más tarde en la vida religiosa. En 1714, Pablo partió a Venecia para responder al llamado del Papa Clemente XI, quien había pedido voluntarios para la guerra contra los turcos; pero un año después se dio de baja, convencido de que no estaba hecho para la vida militar. Sintiendo que Dios no le llamaba tampoco a una vida ordinaria en el mundo, rechazó una cuantiosa herencia y un matrimonio brillante. Pero antes de que él o sus directores lograsen descubrir su verdadera devoción, vivió varios años en casa de sus padres, en Castellazzo de Lombardía, donde mediante la práctica constante de la oración, alcanzó un alto grado de contemplación.

En tres extraordinarias visiones que tuvo, en 1720, observó un hábito negro sobre el que estaba grabado el nombre de Jesús, en caracteres blancos, bajo una cruz, a la altura del pecho. En la tercera de esas visiones, la Santísima Virgen, vestida con el hábito negro, le ordenó que fundase una congregación cuyos miembros vistiesen ese hábito y sufriesen constantemente por la pasión y muerte de Cristo. Pablo presentó por escrito un relato de sus visiones al obispo de Alejandría, el cual consultó con varias personas de autoridad, entre las que se contaba el capuchino Columbano de Génova, antiguo director espiritual de Pablo. Conociendo la heroica vida de virtud y oración que el joven había llevado desde niño, todos declararon que se trataba, realmente, de una vocación señalada por Dios. Entonces, el obispo autorizó a Pablo a seguir el divino llamamiento y le confirió el hábito negro. La insignia de la cruz la reservó hasta que el Papa aprobase la nueva fundación. Pablo empezó inmediatamente a redactar las reglas de la futura congregación. Durante cuarenta días se retiró a una oscura y húmeda celda triangular, contigua a la sacristía de la iglesia de San Carlos de Castellazzo, donde vivió a pan y agua y durmió en un lecho de paja. Las reglas que redactó entonces, sin consultar ningún libro, son sustancialmente las mismas que observan actualmente los pasionistas.

Después de ese retiro, permaneció algún tiempo con Juan Bautista y otro discípulo, en las cercanías de Castellazzo, ayudando al clero en la catequesis y dando misiones con gran éxito. Pero pronto comprendió que, para cumplir plenamente su misión, necesitaba la aprobación de Roma. Así pues, descalzo, con la cabeza descubierta y sin un centavo en la bolsa, emprendió el viaje a la Ciudad Eterna. En Génova dejó a su hermano Juan Bautista. En cuanto llegó a Roma, se presentó en el Vaticano; pero, como no tenía credenciales, no pudo entrar. Pablo vio en ello una señal de que todavía no sonaba la hora de Dios y emprendió tranquilamente el viaje de vuelta. Pasó por las solitarias laderas de Monte Argentaro, que el mar separa casi enteramente de la península. El sitio le impresionó tanto, que poco después volvió con Juan Bautista, decidido a llevar en una de las ermitas abandonadas en aquel lugar, una vida tan austera como la de los padres del desierto. Más tarde, pasaron algún tiempo en Roma, donde recibieron las órdenes sagradas; pero en 1727, retornaron a Monte Argentaro, con la intención de fundar el primer noviciado, para el cual habían recibido ya la autorización pontificia.

En la empresa tuvieron que hacer frente a numerosas dificultades. Todos los primeros candidatos encontraron demasiado duro el régimen de vida y se volvieron atrás. Por otra parte, a causa de la amenaza de la guerra, los bienhechores no pudieron cumplir sus promesas. Finalmente, se desató una grave epidemia en los pueblos de los alrededores. Pablo y Juan Bautista, que habían recibido en Roma facultades de misioneros, se consagraron a dar los últimos sacramentos a los agonizantes, a cuidar a los enfermos y a reconciliar con Dios a los pecadores. Las misiones que predicaron por entonces tuvieron tal éxito, que pronto empezaron a llamarles de otros pueblos. Igualmente, solicitaron la admisión varios nuevos novicios (de los que no todos perseveraron) y, en 1737, se acabó de construir el primer "retiro" o monasterio pasionista. A partir de entonces, la congregación empezó a florecer, aunque las pruebas y decepciones no escasearon. En 1741, Benedicto XIV aprobó las reglas, un tanto mitigadas, e inmediatamente aumentó el número de vocaciones para la congregación. Seis años después, cuando los pasionistas tenían ya tres casas, se reunieron en capítulo general. Ya para entonces, la fama de sus misiones y de la austeridad de su vida se había divulgado por toda Italia. San Pablo en persona evangelizó casi todas las ciudades de los Estados Pontificios y la región de Toscana. El tema constante de su predicación era la Pasión de Cristo. Con una cruz en la mano y los brazos extendidos, el santo hablaba de los sufrimientos del Señor, en forma que conmovía aun a los más duros. Cuando se disciplinaba violentamente en público por los pecados del pueblo, hacía llorar aun a los soldados y a los bandoleros. Un oficial que asistió a una de las misiones confesó al santo: "Padre, yo he estado en muchas batallas, sin pestañear siquiera al tronar del cañón, pero la voz de vuestra reverencia me hace temblar de pies a cabeza". El apóstol trataba tiernamente a los penitentes en el confesionario, confirmándolos en sus buenos propósitos, exhortándolos a cambiar de vida y sugiriéndoles medios prácticos para perseverar en el buen camino.

Dios colmó a San Pablo de la Cruz de dones extraordinarios. El santo predijo el futuro, curó a muchos enfermos y, aun en su vida mortal, se apareció en varias ocasiones a personas que se hallaban muy distantes del sitio en que él se encontraba. En las ciudades, las gentes se arremolinaban a su alrededor, tratando de tocarle y de arrancarle un fragmento del hábito para guardarlo como reliquia, a pesar de que él desechaba toda muestra de veneración. En 1765, San Pablo tuvo la pena de perder a su hermano Juan Bautista, del que nunca se había separado y con quien le unía un cariño extraordinario. De temperamento muy diferente, ambos hermanos se completaban el uno al otro y luchaban juntos por adquirir la perfección. Desde que habían recibido la ordenación sacerdotal, se había confesado el uno con el otro, ejerciendo por turno el oficio de jueces. La única vez en que no estuvieron de acuerdo fue el día que Juan Bautista se atrevió a alabar a su hermano en su presencia. Ello hirió tan profundamente la humildad de San Pablo, que prohibió a su hermano que le dirigiese la palabra, lo cual resultó ser una penitencia tan dura para uno como para el otro. La nube de la desavenencia se esfumó finalmente al tercer día, cuando Juan Bautista pidió de rodillas perdón a su hermano. Jamás volvió a haber una dificultad entre ellos. En memoria de la amistad que los había unido, el Papa Clemente XIV confió, muchos años más tarde, a San Pablo de la Cruz, la basílica romana de San Juan y San Pablo.

En 1769, Clemente XIV aprobó definitivamente la nueva congregación. San

Pablo hubiese querido retirarse entonces a la soledad, pues su salud se había debilitado mucho y el siervo de Dios consideraba terminada su tarea. Pero sus hijos se resistieron a cambiar de superior, y el Papa, que tenían gran cariño por el santo, quiso que pasase en Roma una temporada. Durante sus últimos años, San Pablo de la Cruz se consagró a la fundación de las religiosas pasionistas. Después de muchas dificultades, se inauguró en 1771 el primer convento, en Corneto; pero la mala salud del fundador le impidió asistir a la ceremonia y nunca llegó a ver a sus hijas espirituales vestidas con el hábito. Sintiéndose ya muy enfermo, mandó pedir al Papa su bendición, pero el Pontífice le respondió que la Iglesia necesitaba que viviese algunos años más. San Pablo mejoró un poco y vivió todavía tres años. Su muerte ocurrió el 18 de octubre de 1775, cuando tenía ochenta años. Su canonización tuvo lugar en 1867, cuando se estableció la fecha del 28 de abril para su fiesta.

Aparte de los testimonios del proceso de beatificación, la aportación más importante que se ha hecho a la historia de San Pablo de la Cruz es la publicación de sus cartas en cuatro volúmenes: *Lettere di S. Paolo della Croce, disposte ed annotate dal P. Amedeo della Madre del Buon Pastore* (1924). Merece especial atención el diario espiritual de los cuarenta días de retiro en Castellazzo, en 1720, pues revela, más que cualquier otro documento, el trabajo de la gracia en el alma del santo. Existen numerosas biografías en varios idiomas. La primera fue la que escribió San Vicente Strambi, traducida al inglés, en tres volúmenes, en 1853; incluída en la colección del Oratorio. En 1924, apareció una edición corregida de la obra del P. Pío del Espíritu Santo; ver también *Hunter of Souls* (1946), del P. Edmund, C.P. Habría que citar muchas otras biografías, pero la longitud de los nombres religiosos de sus autores —Pío del Nombre de María, Luis de Jesús Agonizante, Amadeo de la Madre del Buen Pastor, etc.—, harían la lista demasiado larga.

SANTOS VITAL y VALERIA, MÁRTIRES (¿Siglo II?)

EL NOMBRE de San Vital aparece en el canon de la misa del rito milanés. La liturgia romana le conmemora el día de hoy y es el titular de la famosa basílica de San Vital, en Ravena. Pero todo lo que sabemos sobre él es que sufrió el martirio, junto con Santa Valeria, en los primeros tiempos de la Iglesia, probablemente en las cercanías de Milán.

La carta espuria de San Ambrosio, que pretende relatar la vida de los mártires gemelos Gervasio y Protasio, afirma sin razón que eran hijo de Vital y Valeria. Según la leyenda, Vital era un soldado que alentó al médico, San Ursicino de Ravena, a morir por Cristo, cuando éste empezaba a flaquear ante la perspectiva del martirio. Por ello, el gobernador condenó a Vital a ser torturado en el potro y a morir en la hoguera. Los paganos de los alrededores de Milán maltrataron a su esposa, Santa Valeria, hasta darle muerte. La leyenda afirma que los hechos tuvieron lugar durante la persecución de Nerón, pero es más probable que hayan sucedido en el siglo II, en la época de Marco Aurelio.

Ver *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, y Tiillemont, *Mémoires*, vol. II. Cf. también *Analecta Bollandiana*, vol. XLVI (1928), pp. 55-59.

SAN POLION, MÁRTIR (304 P.C.)

EL MARTIRIO de San Polión tuvo lugar en la ciudad de Cibala o Cibalis de Panonia inferior (actualmente Mikanovic de Yugoeslavia), donde nacieron los

emperadores Graciano, Valentiniano y Valente. Polión era lector de la iglesia. Después del martirio del obispo Eusebio, se convirtió en el jefe de los cristianos de las diócesis que se negaban a obedecer los edictos de Diocleciano. Conducido ante el presidente Probo, hizo una valiente confesión de su fe. Como se rehusase a ofrecer sacrificios a los dioses y a rendir honores divinos a los emperadores, fue condenado a morir en la hoguera, algunos años después del martirio de Eusebio.

No cabe duda de que San Polión existió realmente, aunque Ruinart exageró al clasificar sus "actas" entre las *acta sincera.* El texto de dicho documento puede leerse en Ruinart y en *Acta Sanctorum,* abril, vol. III. Es indudable que el nombre de San Polión figura en el *Hieronymianum.* En cuanto al obispo Eusebio, es posible que se le haya confundido con el presbítero martirizado en Nicomedia, al que el *Breviario* sirio conmemora el día de hoy.

SANTOS TEODORA y DIDIMO, MÁRTIRES (¿304? P.C.)

SEGÚN LA leyenda, Teodora era una hermosa doncella de Alejandría. Luego de rehusarse a ofrecer sacrificios a los dioses, durante la persecución de Diocleciano, fue sentenciada a perder la virginidad en una casa del mal nombre. Un cristiano llamado Dídimo la rescató, cambiando sus vestidos con ella. Teodora murió de la impresión, cuando se hallaba ya a salvo. Dídimo fue pronto descubierto y decapitado.

Alban Butler cuenta ampliamente la historia de estos mártires, fundado en Ruinart, quien incluye sus "actas" entre las *Acta martyrum sincera.* Pero los historiadores posteriores, como el P. Delehaye, las consideran como una simple novela.

Ver las pretendidas "actas" de Ruinart y en *Acta Sanctorum,* abril, vol. III. El P. Delehaye las compara con las actas de los Santos Alejandro y Antonina en *Acta Sanctorum,* mayo, vol. I.

SAN PANFILO, OBISPO DE SULMONA (*c.* 700 P.C.)

EN LOS últimos años del siglo VII, había en los Abruzos un obispo llamado Pánfilo, que gobernaba la diócesis de Sulmona y Corfinium. Era un hombre de Dios, celoso predicador, de vida muy austera y gran generosidad con los pobres, pero se atrajo la hostilidad del pueblo, introduciendo ciertas innovaciones. Los domingos se levantaba poco después de la media noche, celebraba solamente los oficios nocturnos y la misa. En seguida salía a repartir limosnas y, al despuntar la aurora, ofrecía una comida a los pobres, con los que se sentaba a la mesa. Una parte del clero y del pueblo se oponía violentamente a esta costumbre, arguyendo que ningún otro obispo de Italia celebraba la misa antes de las dos o tres de la mañana y llegaron incluso a acusar de arrianismo a San Pánfilo. El obispo probó tan claramente su ortodoxia ante el Papa, que éste le despidió con una generosa limosna para sus pobres. La devoción a San Pánfilo pasó más tarde de Italia a Alemania.

Ver *Acta Sanctorum,* abril, vol. III, donde hay una biografía latina no muy fidedigna.

SAN CIRILO, OBISPO DE TUROV (1182 P.C.)

CIRILO DE Turov es una de las tres figuras principales del cristianismo ruso, anterior a las invasiones de los mongoles, junto con Clemente Smoliatich e Hilarión, obispos de Kiev. A pesar de ello, apenas sabemos nada de su vida. Si alguno de sus contemporáneos escribió su biografía, su obra se perdió; las crónicas no dicen nada sobre él. San Cirilo vivió a mediados del siglo XII. Primero fue monje y después ermitaño. Abandonó su celda al ser nombrado obispo de Turov, ciudad no muy distante de Kiev. El historiador Fedotov, dice: "Sus escritos dejan la impresión de un hombre muy alejado de la vida, aun de las exigencias morales de la vida, completamente perdido en las esferas de la contemplación y el pensamiento, en el mundo de los misterios del dogma. San Cirilo es un caso único de devoción teológica en la antigua Rusia."

Cirilo de Turov es "prácticamente un representante de la tradición griega en Rusia", ya que no hay en su temperamento ninguno de los rasgos característicos de los rusos. No se sabe con certeza si leía el griego y conocía a los Padres Griegos en su lengua original, pero lo más probable es que no, y es difícil determinar la profundidad de su cultura patrística. En todo caso, era indudablemente el más culto de los escritores rusos primitivos, aunque Fedotov ha encontrado en sus obras algunos errores de monta. Su inclinación a la interpretación alegórica, le llevaba hasta el extremo. Sus ideales ascéticos, más bien dirigidos a los monjes, consistían principalmente en la mortificación espiritual y en la obediencia, frutos de la humildad: "Hay que ser como un trozo de tela, que sólo sirve cuando alguien lo toma entre las manos y que no se molesta, si lo emplean para limpiar el suelo."

Pero San Cirilo fue, sobre todo, famoso por sus sermones, en los que imitó fielmente la fluida retórica de los griegos, pero sin la capacidad de explicación de un San Juan Crisóstomo. Como, por otra parte, el santo no trata de aplicar su teología a la vida diaria, algunos autores critican sus sermones como "pura oratoria", sin tomar en cuenta que lo importante en el espíritu del santo era la contemplación de los divinos misterios. Lo que equilibra un poco su obra, tanto en cuestión de estilo como de tema, son las oraciones que escribió, en las que predomina un lenguaje más directo, con el que habla de su maldad y la necesidad que tiene del perdón divino. Dios se hizo hombre para traernos el perdón de Dios; la Redención constituye el tema de los más hermosos pasajes en los sermones de San Cirilo.

Es imposible determinar la importancia del papel del santo en los asuntos eclesiásticos de su época. Se dice que a ese propósito escribió varias cartas, pero no han llegado hasta nosotros. Su muerte ocurrió en 1182.

Fedotov, *The Russian Religious Mind* (1946) habla largamente sobre la personalidad, los sermones y los escritos de San Cirilo, sobre todo en las pp. 69-84 y 136-141. Cf. también la bibliografía de nuestro artículo sobre San Sergio de Radonezh (25 de sept.).

SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONTFORT, FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA Y DE LAS HIJAS DE LA SABIDURÍA (1716 P.C.)

SAN LUIS María era el mayor de los ocho hijos de Juan Bautista Grignion, modesto ciudadano de Montfort que pertenecía, entonces, a la diócesis de Saint-

Malo. Ahí nació el santo en 1673. Después de educarse en el colegio de los jesuítas de Rennes, fue al cumplir veinte años, a París, a prepararse para el sacerdocio. Como era demasiado pobre para entrar en el seminario de San Sulpicio, ingresó en otra institución dirigida por el P. de la Barmondière. A la muerte de éste, pasó a un seminario todavía más estricto, en el que reinaba una gran pobreza. Los mismos seminaristas preparaban por turno la comida, "para tener el gusto de envenenarse a sí mismos", según la irónica expresión de uno de ellos. Luis cayó tan enfermo, que hubo de ser trasladado al hospital. Cuando recobró la salud, consiguió ingresar en el seminario de San Sulpicio, donde permaneció hasta el fin de sus estudios. Un año, tuvo el honor de ser uno de los dos mejores estudiantes que, según la costumbre, visitaban un santuario de Nuestra Señora. La peregrinación de aquel año fue a la catedral de Chartres.

El éxito que obtuvo durante sus años de seminario, en la catequesis de los niños más abandonados de la ciudad, no hizo más que confirmar su deseo de consagrarse al apostolado. Después de recibir la ordenación sacerdotal, en 1700, estuvo algún tiempo en Nantes, con un sacerdote que se encargaba de preparar a los jóvenes para diversas clases de apostolado y, al fin, fue nombrado capellán del hospital de Poitiers. Pronto emprendió las reformas que necesitaba aquella institución de caridad y organizó, entre el personal femenino, el núcleo de lo que más tarde había de convertirse en la Compañía de las Hijas de la Divina Sabiduría, cuyas reglas redactó entonces. Pero las reformas que había introducido provocaron una violenta reacción, y el santo tuvo que renunciar a su cargo. En seguida, se dedicó a predicar misiones entre los pobres que acudían en masa a oírle; pero el obispo de Poitiers, a instancias de los enemigos del siervo de Dios, le prohibió predicar en su diócesis. Sin desalentarse por ello, San Luis emprendió, a pie, el viaje a Roma, donde fue recibido amablemente por el Papa Clemente XI; al volver a Francia, llevaba el título de misionero apostólico. Como Poitiers siguió cerrándole las puertas, volvió a su tierra natal de Bretaña, donde emprendió una serie de misiones hasta su muerte.

Cierto que la mayoría de las parroquias le recibían con los brazos abiertos, pero no faltaban quienes le criticaban severamente, hasta el grado de que varias diócesis jansenizantes le cerraron las puertas. El santo exhortaba a sus oyentes a llevarle todos los libros impíos para quemarlos públicamente en una gran hoguera, sobre la que colocaba la efigie de una mujer mundana que representaba al diablo. En otras ocasiones, organizaba la representación de la escena en que agonizaba un pecador, cuya alma se disputaban el diablo y su ángel guardián. El santo representaba el papel del pecador y otros dos sacerdotes, los del diablo y el ángel custodio. A pesar de ello, su predicación no era puramente emocional y conseguía frutos prácticos y duraderos, simbolizados por la restauración de alguna iglesia en ruinas, la erección de gigantescas cruces misionales, limosnas muy generosas y profunda reforma de las costumbres. Casi sesenta años después de la muerte del santo, el párroco de Saint-Lô declaraba que muchos de sus feligreses practicaban todavía las devociones que Luis María había inculcado en una de sus misiones. La principal de ellas era la recitación del rosario, para promover la cual, fundó numerosas cofradías. Además, hacía aprender al pueblo oraciones rimadas e himnos que él mismo componía y que se cantan aún en muchas regiones de Francia. A lo que parece, su amor al rosario fue lo que le movió a ingresar en la tercera orden de Santo Domingo.

Pero el esfuerzo de evangelización de San Luis no se limitaba a las misiones, pues era de los que creían que debe predicarse la Palabra de Dios oportuna e inoportunamente. En una ocasión en que navegaba por el río, entre Dinant y Rouen, sus compañeros de travesía empezaron a entonar canciones obscenas; cuando el santo los invitó a rezar el rosario, se burlaron de él, pero al fin, acabaron todos por arrodillarse a rezar y escucharon atentamente el sermón que siguió a las oraciones. En otra ocasión, un baile al aire libre terminó de la misma manera. Pero tal vez el santo obtuvo sus mayores triunfos en La Rochelle, que era el centro del calvinismo, donde predicó una serie de misiones famosas y reconcilió a numerosos protestantes con la Iglesia. San Luis tenía, desde hacía tiempo, el proyecto de fundar una asociación de sacerdotes misioneros; pero sólo pocos años antes de su muerte, logró reunir a los primeros misioneros de la Compañía de María. La súbita enfermedad que le llevó a la tumba le sorprendió cuando predicaba una misión en Saint-Laurent-sur-Sèvre. Entregó su alma a Dios en 1716, a los cuarenta y dos años de edad.

Además de sus versos e himnos, la más conocida de sus obras es el tratado de "La verdadera devoción a la Santísima Virgen", que se divulgó de nuevo con motivo de su canonización, en 1947.

Aparte de las biografías de los contemporáneos, como J. Grandet y el P. de Clorivière (1775), hay que mencionar la obra de A. Laveille, *Le b. I.-M Grignion de Montfort d'après des documents inédits* (1907). Pero existen muchas otras biografías en francés, como las más recientes de G. Bernoville (1946) y la del P. Morineau (1947). Recomendamos también el volumen de L. Jac, en la colección *Les Saints*. La obra más completa en inglés es la de Gruikshank, *Bd. Luis Marie Grignion de Monfort and His Devotion* (2 vols., 1892); ver también la biografía más breve escrita por el P. E. C. Bolger (1952). Acerca del testamento que dictó el santo poco antes de morir, cf. *Analecta Bollandiana*, vol. LXVIII (1950), pp. 464-474.

SAN PEDRO MARIA CHANEL, MÁRTIR (1841 P.C.)

PEDRO LUIS María Chanel, primer mártir de Oceanía y el primero de la Compañía de María, nació en 1803, en la diócesis de Belley. Desde los siete años cuidó el ganado en los campos de su padre. Ahí le conoció el P. Trompier, párroco de Cras, el cual, impresionado por la inteligencia y pieded del niño, consiguió que sus padres le permitiesen educarle en la escuelita de latín que había fundado. "Era la flor de mis discípulos", solía decir más tarde el buen párroco. En efecto, tanto en Cras como en el seminario, Pedro se ganó el afecto y la estima de sus maestros y condiscípulos. Un obispo que le conocía muy bien, dijo: "Tenía un corazón de oro, una fe de niño y una vida de ángel." Un año después de su ordenación, fue destinado a la parroquia de Crozet, que se hallaba situada en un distrito de muy mala reputación. En los tres años que estuvo ahí, Pedro María reavivó la práctica religiosa; su caridad para con los enfermos le abría las puertas que, de otro modo, hubiesen permanecido cerradas. Pero el santo se sentía llamado desde tiempo atrás, a las misiones extranjeras. Así pues, en 1831 ingresó en la Compañía de María, una congregación que tenía por finalidad atender al trabajo misionero en Francia y en el extranjero. Sin embargo, las aspiraciones del santo se vieron frustradas algún tiempo, ya que tuvo que enseñar cinco años en el seminario de Belley.

En 1836, el Papa Gregorio XVI concedió la aprobación canónica a la

nueva congregación. San Pedro partió, con un reducido grupo de misioneros, a predicar el Evangelio en las islas del Pacífico. El y otro compañero se establecieron en Futuna, una de las islas de las Nuevas Hébridas. La población los acogió bien y, muy pronto, los misioneros se ganaron la confianza de los indígenas, asistiendo a los enfermos. Pero cuando consiguieron aprender la leguna y empezaron a predicar, el jefe del pueblo empezó a mostrarse menos benévolo; su mala voluntad se convirtió en odio cuando su propio hijo le anunció que quería bautizarse. El 28 de abril de 1841, mandó a un pelotón de guerreros a atacar la misión; uno de ellos descargó su mazo sobre la cabeza del P. Chanel, en tanto que los otros le destrozaron con sus sables. La muerte del santo misionero no hizo más que completar su obra, pues, a los pocos meses, toda la isla era ya cristiana. Pedro María Chanel fue canonizado en 1954. Su fiesta se celebra en Australia y Nueva Zelandia y en las instituciones de la Compañía de María.

Hay una biografía escrita en francés, por C. Nicolet (1920). Ver también J. Hervier, *Les missions Maristes en Océanie* (1902); y F. Gilmore, *The Martyr of Futuna* (1917).

29: SAN PEDRO DE VERONA, MÁRTIR (1252 P.C.)

PEDRO NACIO en Verona, en 1205. Sus padres pertenecían a la secta de los cátaros, una herejía muy semejante a la de los albigenses, que negaba, entre otras cosas, que Dios hubiese creado la materia. Pedro asistió a una escuela católica, no obstante la indignación de un tío suyo, cuando supo que el niño, no sólo había aprendido el Símbolo de los Apóstoles, sino que defendía el artículo "Creador del cielo y de la tierra". En la Universidad de Bolonia Pedro tuvo que hacer frente a todas las tentaciones, pues sus compañeros eran muy licenciosos. Pronto decidió solicitar la admisión en la Orden de Santo Domingo y, en cuanto tomó el hábito, el joven novicio se entregó ardientemente a las prácticas de la vida religiosa, que comprendían el estudio, la lectura, la oración, el cuidado de los enfermos y la limpieza de la casa.

Más tarde, le encontramos dedicado a la actividad de predicar en Lombardía. Una de sus mayores pruebas fue que se le prohibiese enseñar y se le enviase a un remoto convento, pues había sido falsamente acusado de recibir extraños y aun mujeres en su celda. Un día, arrodillado ante el crucifijo, exclamó: "Señor, Tú sabes que no soy culpable. ¿Por qué permites que me calumnien?" La respuesta del crucifijo no se hizo esperar: "¿Y qué hice yo, Pedro, para merecer la pasión y la muerte?" Avergonzado y consolado a la vez, el fraile recuperó el valor y, poco después, su inocencia quedó probada. A partir de entonces, su predicación tuvo más éxito. Pedro iba de pueblo en pueblo para sacudir a los negligentes, convertir a los pecadores y reconquistar a los que habían abandonado la religión. A la fama de su elocuencia se añadió pronto la reputación de sus milagros. En cuanto aparecía en público, la multiutd se apretujaba junto a él para pedirle la bendición, para presentarle a los enfermos y para oír la Palabra de Dios.

Hacia el año 1234, el Papa Gregorio IX nombró a Pedro, inquisidor general para los territorios milaneses. El santo desempeñó su oficio con tal celo y eficacia,

Cremona, Ravena, Génova, Venecia y aun en la Marca de Ancona, predicó la fe, que su jurisdicción llegó a extenderse a casi todo el norte de Italia. En Bolonia, discutió con los herejes, desenmascaró los errores y reconcilió con la Iglesia a quienes la habían abandonado. Sin embargo, Pedro sabía perfectamente que sus éxitos le habían ganado también muchos enemigos y, frecuentemente, pedía a Dios la gracia del martirio. En un sermón que predicó el Domingo de Ramos de 1252, anunció públicamente que se estaba tramando una conspiración contra él y que su cabeza había sido puesta a precio. "Dejadles tranquilos —añadió—; después de muerto seré todavía más poderoso."

Dos semanas después, cuando viajaba de Como a Milán, dos asesinos cayeron sobre él, en un bosque de los alrededores de Barlassina. Uno de ellos, llamado Carino, le golpeó en la cabeza y después se lanzó sobre su acompañante, un fraile llamado Domingo. Aunque herido muy gravemente, el santo no perdió el conocimiento y aún tuvo tiempo de encomendarse a sí mismo y a su asesino a Dios, usando las palabras de San Esteban. Después, si hemos de creer a la tradición, mojó un dedo en su propia sangre y empezó a escribir las palabras "Credo in Deum". En ese momento, uno de los asesinos le remató con otro golpe en la cabeza. Era el 6 de abril de 1252. El mártir acababa de cumplir cuarenta y seis años. El hermano Domingo sólo le sobrevivió unos cuantos días.

El Papa Inocencio IV canonizó a San Pedro de Verona al año siguiente de su muerte. Carino huyó a Forli, donde se arrepintió de su crimen, abjuró de la herejía, entró en la Orden de Santo Domingo y murió tan santamente, que el pueblo empezó a venerarle. En 1934, los restos de Carino fueron trasladados de Forli a Balsamo, su pueblo natal, en las cercanías de Milán, donde se le tributa cierto culto.

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, hay varios documentos sobre San Pedro de Verona; entre otros, la bula de canonización y una biografía escrita por su contemporáneo Fray Tomás Agni de Lentino. Ver también Mortimer, *Maîtres Généraux O.P.*, vol. III, pp. 140-166; *Monumenta Historica O.P.*, vol. I, p. 236 ss. En el *Catalogus Hagiographicus O.P.* de Taurisano, p. 13, hay una biografía más completa. Fra Angelico inmortalizó a San Pedro de Verona en un famoso cuadro en que aparece con la cabeza herida y el dedo sobre los labios; pero existen otras muchas representaciones del santo: cf. Künstle, *Ikonographie*, vol. II. Ver S. Orlandi, *S. Pietro martire da Verona: Legenda di fr. Tommaso Agni...* (1952), y otras obras más recientes.

SAN WILFRIDO EL JOVEN, OBISPO DE YORK (*c.* 744 P.C.)

UNO DE los obispos que, segun el Venerable Beda, se educaron en la abadía de Whitby bajo la regla de Santa Hilda, fue Wilfrido el Joven, discípulo predilecto de San Juan de Beverley. Nombrado capellán del obispo, Wilfrido supervisó la formación del clero de la catedral. Durante varios años, San Juan de Beverley le empleó prácticamente como coadjutor y le nombró su sucesor cuando se retiró a Beverley. San Wilfrido desplegó particular celo en la instrucción de su grey. Siguiendo el ejemplo de su predecesor, renunció al cargo poco antes de su muerte a fin de retirarse a un monasterio, probablemente el de Ripon. A lo que parece, sólo un calendario antiguo menciona a San Wilfrido.

Ver Mabillon, *Acta Sanctorum O. S. B.*, vol. III, pte. 2, p. 506. Se encuentran también breves alusiones a San Wilfrido II en Simeón de Durham y Guillermo de Malmesbury, *Gesta Pontificum*. Ver Stanton, *Menology*, pp. 185-186.

SAN HUGO EL GRANDE, ABAD DE CLUNY (1109 P.C.)

HONRADO COMO consejero por nueve Papas, consultado y venerado por todos los soberanos de Europa occidental, director de más de doscientos monasterios, San Hugo alcanzó un prestigio inaudito durante los sesenta años en que fue abad de Cluny. Había nacido en 1204. Era el primogénito del conde de Semur. Desde niño fue tan clara su vocación a la vida religiosa, que San Odilón le recibió en la abadía de Cluny, a los catorce años de edad. A los veinte recibió la ordenación sacerdotal y, antes de alcanzar la mayoría de edad, fue elevado al cargo de prior. Cinco años después, a la muerte de San Odilón, sus hermanos le eligieron abad, por unanimidad.

Algo más tarde, Hugo tomó parte en el Concilio de Reims, que presidió el Papa San León IX. El joven superior de Cluny que era en el Concilio el segundo entre los abades, apoyó las reformas propuestas por el Sumo Pontífice y atacó, en términos tan elocuentes, la simonía y la relajación del celibato sacerdotal, que se ganó el aplauso de la asamblea (muchos de cuyos miembros habían comprado sus beneficios). Hugo acompañó al Papa a Roma y ahí tomó parte en el sínodo que condenó los errores de Berengario de Tours. En 1057, fue padrino de bautismo, en Colonia, del hijo del emperador, el futuro Enrique IV. Poco después fue a Hungría, como legado pontificio, a negociar la paz entre el rey Andrés y el emperador. En 1058, el Papa Esteban X, que se hallaba moribundo, le llamó a Florencia. Al subir al trono pontificio San Gregorio VII, quien había sido monje en Cluny, se estrecharon aún más los lazos de San Hugo con el pontificado. Ambos siervos de Dios trabajaron juntos para remediar los abusos y libertar a la Iglesia de la opresión del Estado. Durante la áspera contienda entre Gregorio y Enrique IV, el santo abad hizo cuanto pudo por reconciliarles, aprovechando el cariño y la confianza que ambos le tenían. Enrique IV, muy decepcionado, escribía a Hugo poco antes de morir: "¡Qué no daríamos por contemplar una vez más, con nuestros ojos mortales, vuestro rostro angelical, por arrodillarnos ante vos a fin de reposar un instante nuestra cabeza, la misma que vos sostuvísteis en la pila baustimal, sobre vuestro pecho y confesaros nuestros pecados y contaros nuestras penas!"

A pesar de haberse visto obligado a ausentarse con tanta frecuencia de Cluny, San Hugo elevó el nivel de vida en la abadía a un alto grado de perfección y así lo sostuvo durante toda su vida. En uno de sus viajes a Francia, el asceta San Pedro Damián dio a entender que San Hugo debía gobernar más severamente. El santo abad respondió simplemente: "Venid a pasar una semana en la abadía." San Pedro Damián aceptó la invitación, pero no repitió su exhortación al terminar su estancia ahí. En 1068, San Hugo redactó las reglas de toda la congregación cluniacense. Las abadías se multiplicaron en Francia, Suiza, Alemania, España e Italia, y muchas antiguas fundaciones se afiliaron a Cluny para reformarse y gozar de los mismos privilegios. Por entonces, se construyó en Lewes el primer monasterio cluniacense de Inglaterra. El mismo Hugo fundó un convento de religiosas de estricta clausura en Marcigny, del que la hermana de San Hugo fue la primera superiora. Las religiosas observaron tan fielmente la regla, que se negaron a abandonar el convento cuando un incendio destruyó un ala del edificio. El santo fundó también un hospital para leprosos, a los que iba a curar con sus propias manos, siempre que podía.

Pocas figuras de la historia han sido tan estimadas como San Hugo. El

sínodo de Roma de 1081 y el Concilio de Clermont de 1095, le dieron públicamente las gracias por los servicios que había prestado a la Iglesia. Dos años más tarde, San Anselmo de Canterbury acudió instintivamente a él en sus dificultades. La posteridad ha confirmado el veredicto de sus contemporáneos. Heriberto, que fue discípulo de San Hugo, le describe así en un hermoso párrafo: "Era insaciable en la lectura e infatigable en la oración; no perdía un sólo instante para perfeccionarse o para ayudar al prójimo. Es difícil decir si su prudencia aventajaba a su sencillez o su sencillez a su prudencia. Jamás pronunciaba una palabra inútil y todas sus acciones eran irreprochables. Sólo era capaz de encolerizarse contra el pecado. En sus consejos a las personas, tenía siempre en cuenta a la comunidad. Era más padre que juez, y su clemencia era mayor que su severidad. Era alto y de porte impresionante, pero sus dotes espirituales eran todavía más grandes que su atractivo físico. Cuando no hablaba, sostenía una conversación con Dios y, al hablar lo hacía de Dios y en Dios. Jamás fracasaba en una empresa, porque se entregaba a ella en cuerpo y alma. Su amor tenía la jerarquía perfecta: Dios estaba por encima de todo, el prójimo exactamente a su altura y el mundo, bajo sus pies."

Como verdadero benedictino, San Hugo promovió ardientemente la perfección litúrgica. El fue quien introdujo la práctica actual de la Iglesia de occidente de cantar el "Veni Creator", en tercia, durante el tiempo de Pentecostés. San Hugo gobernó su orden hasta los ochenta y cinco años. Sus facultades mentales estaban intactas, a pesar de que sus fuerzas habían ido disminuyendo progresivamente. Cuando comprendió que se acercaba su última hora, recibió el viático, se despidió de sus hijos y pidió que le transportasen a la iglesia. Ahí murió, tendido sobre un saco, cubierto de ceniza, el 29 de abril de 1109. Fue canonizado en 1120.

Aun fuera de las crónicas se encuentran abundantes datos sobre la vida de San Hugo. Existe un esbozo biográfico escrito por Gilo (Pertz, MGH., *Scriptores*, vol. XV, pp. 937-940); además de una biografía más extensa escrita por Rainaldo, abad de Vézelay, y otra que se debe a la pluma de Hildeberto de Le Mans. (Las dos pueden leerse en *Acta Sanctorum*, abril, vol. III). Los documentos de menor importancia son innumerables. Ver BHL., nn. 4007-4015; y L'Huillier, *Vie de St Hugues* (1888); Sackur, *Die Cluniacenser*, vol. I.

SAN ROBERTO DE MOLESMES, Abad (1110 p.c.)

Roberto de Molesmes, uno de los fundadores de la Orden Cisterciense, nació hacia 1024, en el seno de una noble familia, cerca de Troyes, en Champagne. A los quince años, tomó el hábito benedictino en Moutier-la-Celle. Tan rápidos fueron sus progresos, que se le nombró prior antes de terminar el noviciado, aunque era el más joven de toda la comunidad. Más tarde, fue nombrado abad de la filial de San Miguel de Tonnerre, donde la disciplina se había relajado un tanto. En vano había luchado por reformar el convento, cuando unos ermitaños del bosque de Collan le rogaron que fuese a instruirles en la regla de San Benito. El santo habría aceptado de buena gana, pero sus monjes no le dejaron partir y, poco después, hubo de volver a Moutier-la-Celle. Entre tanto, los ermitaños habían pedido la autorización de Roma y el Papa Alejandro II, nombró a Roberto superior de la comunidad. Una de las primeras tareas del santo fue hacer que la comunidad emigrase de Collan, que era un lugar malsano, al

bosque de Molesmes. Ahí se construyeron, en 1075, varias celdas de madera y un modesto oratorio.

La austeridad y pobreza de los monjes eran tan grandes, que con frecuencia no tenían qué comer. Pero pronto empezó a divulgarse por los alrededores la fama de su santa vida. Encabezados por el obispo de Troyes, los magnates de la localidad se disputaban el honor de proveer a las necesidades de los monjes, y el número de novicios comenzó a aumentar. Pero la prosperidad no resultó benéfica; algunos de los candidatos eran ineptos para la vida religiosa, y los pequeños abusos en materia de pobreza produjeron, poco a poco, una relajación de la disciplina. Desalentado ante la desobediencia de sus súbditos, Roberto se retiró durante algún tiempo a una ermita. Pero sus monjes, que no habían prosperado durante su ausencia, le llamaron nuevamente a Molesmes y prometieron obedecerle fielmente. Sin embargo, como sólo habían llamado a su abad movidos por intereses temporales, el retorno de Roberto no produjo frutos duraderos. Un reducido grupo de la comunidad, encabezado por San Alberico y San Esteban Harding, pidió permiso a San Roberto de emigrar a otro sitio, donde pudiesen vivir a la altura de su vocación. San Roberto se mostró pronto a seguirles y juntos, fueron a Lyon a consultar al arzobispo Hugo, que era delegado pontificio. El prelado no sólo aprobó el proyecto, sino que los animó a abandonar Molesmes y a perseverar en su resolución de practicar, en todo su rigor, la regla de San Benito. Así pues, Roberto renunció oficialmente al báculo abacial y partió, con otros veinte monjes, a Cistercium (Cîteaux), una región boscosa, bañada por un riachuelo, a cinco leguas de Dijon. Ahí empezaron a construir, el 21 de marzo de 1098, algunas cabañas de madera y se comprometieron a seguir, en toda su pureza, la regla de San Benito. Walterio, obispo de Chalon, elevó la nueva fundación a la categoría de abadía y nombró abad a Roberto. Tales fueron los orígenes de la gran Orden del Cister.

Un año más tarde, los monjes de Molesmes enviaron una delegación a Roma, para pedir que Roberto volviese a la abadía. Arguían que la disciplina religiosa había decaído mucho desde su partida y que el bien de las almas y la prosperidad de la abadía dependían del retorno de Roberto. El Papa Urbano II dejó la decisión en manos del arzobispo Hugo. San Roberto volvió, pues, a Molesmes con otros dos monjes, "a los que no les gustaba la soledad de Cîteaux". Parece que San Roberto se alegró también de partir del Cister, pero más tarde, lo lamentaba en una carta que escribió a los cistercienses: "Os entristeceríais mucho si pudiese yo usar mi lengua como pluma, mis lágrimas como tinta y mi corazón como papel... Mi cuerpo está aquí por obediencia, pero mi alma está con vosotros". Sin embargo, el retorno de Roberto a Molesmes produjo frutos sazonados, pues los monjes habían aprendido ya la lección y se mostraron sumisos a Roberto hasta su muerte, ocurrida el 21 de marzo de 1110, cuando tenía noventa y dos años.

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, puede leerse una biografía de Roberto escrita en el siglo XII por un monje anónimo de Molesmes. Ver también Dalgairns *Life of St Stephen Harding* (1898), Duplus, *Saints de Dijon;* y un artículo de W. Williams en *Journal of Theological Studies*, vol. XXXVII (1936), pp. 404-412.

30: SANTA CATALINA DE SIENA, VIRGEN (1380 P.C.)

SANTA CATALINA nació en Siena el día de la fiesta de la Anunciación de 1347. Junto con su hermana gemela, quien murió poco después de nacida, era la más joven de los veinticinco hijos de Giacomo Benincasa, un pintor acomodado. Lapa, la madre de la santa, era hija de un poeta que ha caído en el olvido. Toda la familia vivía en la espaciosa casa, que la piedad de los habitantes de Siena ha conservado intacta hasta el día de hoy. Cuando niña, Catalina era muy alegre. En ciertas ocasiones, al subir por la escalera, se arrodillaba en cada escalón para decir una Avemaría. A los seis años tuvo una extraordinaria experiencia mística, que definió prácticamente su vocación. Volvía con su hermano Esteban, de la casa de su hermana Buenaventura, que estaba casada, cuando se detuvo de pronto, como si estuviese clavada en el suelo y fijó los ojos en el cielo. Su hermano, que se había adelantado algunos pasos, regresó y la llamó a gritos, pero la niña no le oía. Catalina no volvió en sí hasta que su hermano la tomó por la mano: "¡Oh! —exclamó—, si hubieses visto lo que yo veía no me habríais despertado." Y empezó a llorar porque había desaparecido la visión en la que el Salvador se le apareció en su trono de gloria, acompañado por San Pedro, San Pablo y San Juan. Cristo había sonreído y bendecido a Catalina. A partir de ese instante, la muchacha se entregó enteramente a Cristo. En vano se esforzó su madre, que no creía en la visión, por despertar en ella los intereses de los niños de su edad; lo único que interesaba a Catalina eran la oración y la soledad y sólo se reunía con los otros niños para hacerles participar en sus devociones.

A los doce años de edad, sus padres trataron de que empezase a preocuparse un poco más de su apariencia exterior. Por dar gusto a su madre y a Buenaventura, Catalina arregló sus cabellos y se vistió a la moda durante algún tiempo, pero pronto se arrepintió de esa concesión. Hizo a un lado toda consideración humana y declaró abiertamente que no pensaba casarse nunca. Como sus padres insistieron en buscarle un partido, la santa se cortó los cabellos, que con su color de oro mate constituían el principal adorno de su belleza. La familia se indignó y trató de vencer la resistencia de Catalina por medio de una verdadera persecución. Todos se burlaban de ella, de la mañana a la noche, le confiaban los trabajos más desagradables y, como sabían que amaba la soledad, no la dejaban sola un momento y le quitaron su antiguo cuartito. La santa soportó todo con invencible paciencia. Muchos años más tarde, en su tratado sobre la Divina Providencia, más conocido con el nombre de "El Diálogo", dijo que Dios le había enseñado a construirse en el alma un santuario, al que ninguna tempestad ni tribulación podía entrar. Finalmente, el padre de Catalina comprendió que era inútil toda oposición y le permitió llevar la vida a la que se sentía llamada. La joven dispuso nuevamente de su antiguo cuartito, no mayor que una celda, en el que se enclaustraba con las ventanas entreabiertas para orar y ayunar, tomar disciplinas y dormir sobre tablas. Con cierta dificultad, logró el permiso que había deseado tanto tiempo, de hacerse terciara en la Orden de Santo Domingo. Después de su admisión, aumentó todavía las mortificaciones para estar a la altura del espíritu, entonces tan riguroso, de la regla.

Aunque tuvo consolaciones y visiones celestiales, no le faltaron pruebas muy duras. El demonio producía en su imaginación formas horrendas o figu-

ras muy atractivas y la tentaba de la manera más vil. La santa atravesó por largos períodos de desolación, en los que Dios parecía haberla abandonado. Un día en que el Señor se le apareció al cabo de uno de aquellos períodos, Catalina exclamó: "Señor, ¿dónde estabas cuando me veía yo sujeta a tan horribles tentaciones?" Cristo le contestó: "Hija mía, yo estaba en tu corazón, para sostenerte con mi gracia." A continuación le dijo que, en adelante, permanecería con ella de un modo más sensible, porque el tiempo de la prueba se acercaba a su fin. El martes de carnaval de 1366, mientras la ciudad se entregaba a la celebración de la fiesta, el Señor se apareció de nuevo a Catalina, que estaba orando en su cuarto. En esta ocasión acompañaban a Cristo, su Madre Santísima y un coro celestial. La Virgen tomó por la mano a la joven y la condujo hacia el Señor, quien puso en su dedo un anillo de esponsales y la alentó al anunciarle que ahora estaba ya armada con una fe capaz de vencer todos los ataques del enemigo. La santa veía siempre el anillo, que nadie más podía ver. Esos esponsales místicos marcaron el fin de los años de soledad y preparación. Poco después, Catalina recibió aviso del cielo de que debía salir a trabajar por la salvación del prójimo y la santa empezó, poco a poco, a hacerse de amigos y conocidos. Como las otras terciarias, fue a asistir a los enfermos en los hospitales, pero escogía de preferencia los casos más repugnantes. Entre las enfermas que atendió, se contaban una leprosa llamada Teca y otra mujer que sufría de un cáncer particularmente repulsivo. Ambas correspondieron ingratamente a sus cuidados, la insultaban y esparcían calumnias sobre ella cuando se hallaba ausente. Pero la bondad de la santa acabó por conquistarlas.

Nuestro Señor había dicho a Catalina: "Deseo unirme más contigo por la caridad hacia el prójimo." De hecho, la vida de apostolado de la santa no interfería su unión con Dios. El Beato Raimundo de Cápua dice que la única diferencia era que "Dios no se le aparecía únicamente cuando estaba sola, como antes, sino también cuando estaba acompañada". Catalina era arrebatada en éxtasis, lo mismo mientras conversaba con sus parientes, que cuando acababa de recibir la comunión en la iglesia. Muchas gentes la vieron elevarse del suelo mientras hacía oración. Poco a poco, la santa reunió a un grupo de amigos y discípulos que formaban como una gran familia y la llamaban "Mamá". Los más notables de entre ellos, eran sus confesores de la Orden de Santo Domingo, Tomás della Fonte y Bartolomé Domenici; el agustino Tantucci, el rector del hospital de la Misericordia, Mateo Cenni; Mateo Vanni, el artista a quien la posteridad debe los más hermosos retratos de la santa, el joven aristócrata y poeta, Neri de Landoccio dei Pagliaresi, Lisa Colombini, cuñada de Catalina, la noble viuda Alessia Saracini, el inglés Guillermo Flete, ermitaño de San Agustín y el P. Santi, un anacoreta al que el pueblo llamaba "El Santo", que frecuentemente iba a visitar a Catalina porque, según decía, al charlar con ella alcanzaba mayor paz del alma y valor para perseverar en la virtud de los que había conseguido en toda su vida de anacoreta. Catalina amaba tiernamente a su familia espiritual y consideraba a cada uno de sus miembros como a un hijo que Dios le había dado para que le condujese a la perfección. La santa no sólo leía el pensamiento de sus hijos, sino que, con frecuencia, conocía las tentaciones de los que se hallaban ausentes. El motivo de sus primeras cartas fue el de mantenerse en contacto con ellos.

Como era de esperar, la opinión de la ciudad estaba muy dividida a propósito de Catalina. Mientras unos la aclamaban como santa, otros —entre los que

se contaban algunos miembros de su propia orden— la trataban de fanática e hipócrita. Probablemente a raíz de alguna acusación que se había levantado contra ella, Catalina compareció, en Florencia, ante el capítulo general de los dominicos. Si la acusación existió en verdad, la santa probó claramente su inocencia. Poco después, el Beato Raimundo de Cápua fue nombrado confesor de Catalina. La elección fue una gracia para los dos. El sabio dominico fue, a la vez, director y discípulo de la santa, y ésta consiguió, por medio suyo el apoyo de su orden. El Beato Raimundo fue, más tarde, superior general de los dominicos y biógrafo de su dirigida.

El retorno de Catalina a Siena, coincidió con una terrible epidemia de peste, en la que se consagró, con toda "su familia", a asistir a los enfermos. "Nunca fue más admirable que entonces", escribió Tomás Caffarini, quien la había conocido desde niña. "Pasaba todo el tiempo con los enfermos; los preparaba a bien morir y les enterraba personalmente". El Beato Raimundo, Mateo Cenni, el P. Santi y el P. Bartolomé, que habían contraído la enfermedad al atender a las víctimas, debieron su curación a la santa. Pero ésta no limitaba su caridad al cuidado de los enfermos: visitaba también, regularmente, a los condenados a muerte, para ayudarlos a encontrar a Dios. El mejor ejemplo en este sentido fue el de un joven caballero de Perugia, Nicolás de Toldo, que había sido condenado a muerte por hablar con ligereza sobre el gobierno de Siena. La santa describe los pormenores de su conversión, en forma muy vívida, en la más famosa de sus cartas. Movido por las palabras de Catalina, Nicolás se confesó, asistió a la misa y recibió la comunión. La noche anterior a la ejecución, el joven se reclinó sobre el pecho de Catalina y escuchó sus palabras de consuelo y aliento. Catalina estaba junto al cadalso a la mañana siguiente. Al verla orar por él, Nicolás sonrió lleno de gozo y murió decapitado, al tiempo que pronunciaba los nombres de Jesús y de Catalina. "Entonces vi al Dios hecho Hombre, resplandeciente como el sol, que recibía a esa alma en el fuego de su amor divino", afirma ésta.

Estos sucesos y la fama de santidad y milagros de Catalina le habían ganado ya un sitio único en el corazón de sus conciudadanos. Muchos de ellos la llamaban "la Beata Popolana" y acudían a ella en todas sus dificultades. La santa recibía tantas consultas sobre casos de conciencia, que había tres dominicos encargados especialmente de confesar a las almas que Catalina convertía. Además, como poseía una gracia especial para arreglar las disensiones, las gentes la llamaban constantemente para que fuese el árbitro en todas sus diferencias. Sin duda que Catalina quiso encauzar mejor las energías que los cristianos perdían en luchas fratricidas, cuando respondió enérgicamente al llamamiento del Papa Gregorio XI para emprender la Cruzada que tenía por fin rescatar el Santo Sepulcro de manos de los turcos. Sus esfuerzos en ese sentido le hicieron entrar en contacto con el Papa.

En febrero de 1375, Catalina fue a Pisa, donde la recibieron con enorme entusiasmo y, su presencia produjo una verdadera reforma religiosa. Pocos días después de su llegada a dicha ciudad, tuvo otra de las grandes experiencias místicas que preludiaron las nuevas etapas de su carrera. Después de comulgar en la iglesita de Santa Cristina, se puso en oración, con los ojos fijos en el crucifijo; súbitamente se desprendieron de él cinco rayos de color rojo, que atravesaron las manos, los pies y el corazón de la santa y le causaron un dolor agudísimo. Las heridas quedaron grabadas sobre su carne como estigmas de la

pasión, invisibles para todos, excepto para la propia Catalina, hasta el día de su muerte.

Se hallaba todavía en Pisa, cuando supo que Florencia y Perugia habían formado una Liga contra la Santa Sede y los delegados pontificios franceses. Bolonia, Viterbo, Ancona y otras ciudades se aliaron pronto con los rebeldes, debido en parte, a los abusos de los empleados de la Santa Sede. Catalina consiguió que Lucca, Pisa y Siena, se abstuviesen durante algún tiempo, de participar en la contienda. La santa fue, en persona, a Lucca y escribió numerosas cartas a las autoridades de las tres ciudades. El Papa apeló, en vano, desde Aviñón, a los florentinos; después despachó a su legado el cardenal Roberto de Ginebra, al frente de un ejército y lanzó el interdicto contra Florencia. Esta medida produjo efectos tan desastrosos en la ciudad, que las autoridades pidieron a Catalina, quien se hallaba entonces en Siena, que ejerciese el oficio de mediadora entre Florencia y la Santa Sede. Catalina, siempre dispuesta a trabajar por la paz, partió inmediatamente a Florencia. Los magistrados le prometieron que los embajadores de la ciudad la seguirían, en breve, a Aviñón; pero de hecho, éstos no partieron sino después de largas dilaciones. Catalina llegó a Aviñón el 18 de junio de 1376 y, muy pronto, tuvo una entrevista con Gregorio XI, a quien ya había escrito varias cartas "en un tono dictatorial intolerable, dulcificado apenas por las expresiones de deferencia cristiana". Pero los florentinos se mostraron falsos; sus embajadores no apoyaron a Catalina, y las condiciones que puso el Papa eran tan severas, que resultaban inaceptables.

Aunque el principal objeto del viaje de Catalina a Aviñón habia fracasado, la santa obtuvo éxito en otros aspectos. Muchas de las dificultades religiosas, sociales y políticas en que se debatía Europa, se debían al hecho de que los Papas habían estado ausentes de Roma durante setenta y cuatro años y a que la Curia de Aviñón estaba formada, casi exclusivamente, por franceses. Todos los cristianos no franceses, deploraban esa situación, y los más grandes hombres de la época habían clamado en vano contra ella. El mismo Gregorio XI había tratado de partir a Roma, pero la oposición de los cardenales franceses se lo había impedido. Como Catalina había tocado el tema en varias de sus cartas, nada tiene de extraño que el Papa haya tratado el asunto con ella, cuando se encontraron frente a frente. "Cumplid vuestra promesa", le respondió la santa, aludiendo a un voto secreto del Papa, del que éste no había hablado a nadie. Gregorio decidió cumplir su voto sin pérdida de tiempo. El 13 de septiembre de 1376, partió de Aviñón para hacer, por mar, la travesía a Roma, en tanto que Catalina y sus amigos salían, por tierra, rumbo a Siena. Las dos comitivas se encontraron de nuevo, casi incidentalmente, en Génova, donde Catalina había tenido que detenerse debido a la enfermedad de dos de sus secretarios, Neri di Landoccio y Esteban Maconi. Este último era un noble sienés, a quien la santa había convertido y quería tal vez más que a ningún otro de sus hijos, excepto Alessia. Un mes después, Catalina llegó a Siena, desde donde escribió al Papa para exhortarle a hacer todo lo que estaba en su mano por la paz de Italia. Por deseo especial de Gregorio XI, Catalina fue nuevamente a Florencia, que seguía estragada por las facciones y obstinada en su desobediencia. Ahí permaneció algún tiempo, a riesgo de perder su vida en los diarios asesinatos y tumultos; pero siempre se mostró valiente y se mantuvo serena cuando la espada se levantó contra ella. Finalmente, consiguió hacer la paz con la Santa Sede, bajo el sucesor de Gregorio XI, Urbano VI.

Después de esa memorable reconciliación, Catalina volvió a Siena, donde, según escribe Raimundo de Cápua, "trabajó activamente en componer un libro, que dictó bajo la inspiración del Espíritu Santo". Se trataba de su famosísima obra mística, dividida en cuatro tratados, conocida con el nombre de "Diálogo de Santa Catalina". Pero ya desde antes, la ciencia infusa que poseía se manifestó en varias ocasiones, tanto en Siena como en Aviñón y en Génova, para responder a las abrumadoras cuestiones de los teólogos, con tal sabiduría, que los había dejado desconcertados. La salud de Catalina empeoraba por momentos y tenía que soportar grandes sufrimientos, pero en su pálida faz se reflejaba una perpetua sonrisa y, con su encanto personal ganaba amigos en todas partes.

Dos años después del fin del "cautiverio" de los Papas en Aviñón, estalló el escándalo del gran cisma. A la muerte de Gregorio XI, en 1378, Urbano VI fue elegido en Roma, en tanto que un grupo de cardenales entronizaba, en Aviñón, a un Papa rival. Urbano declaró ilegal la elección del Pontífice de Aviñón, y la cristiandad se dividió en dos campos. Catalina empleó todas sus fuerzas para conseguir que la cristiandad reconociese al legítimo Papa, Urbano. Escribió carta tras carta a los príncipes y autoridades de los diferentes países de Europa. También envió epístolas a Urbano, unas veces para alentarle en la prueba y, otras, para exhortarle a evitar una actitud demasiado dura que le restaba partidarios. Lejos de ofenderse por ello, el Papa la llamó a Roma para disfrutar de su consejo y ayuda. Por obediencia al Vicario de Cristo, Catalina se estableció en la Ciudad Eterna, donde luchó infatigablemente, con oraciones, exhortaciones y cartas, para ganar nuevos partidarios al Papa legítimo. Pero la vida de la santa tocaba a su fin. En 1380, en una extraña visión se contempló aplastada contra las rocas por la nave de la Iglesia; al recuperar el sentido, se ofreció como víctima por Ella. Nùnca más se rehizo. El 21 de abril del mismo año, un ataque de apoplejía la dejó paralítica de la cintura para arriba. Ocho días después, murió en brazos de Alessia Saracini, a los treinta y tres años de edad.*

Además del "Diálogo" arriba mencionado, se conservan unas cuatrocientas cartas de la santa. Muchas de ellas son muy interesantes, desde el punto de vista histórico, y todas son notables por la belleza del estilo. Los destinatarios eran Papas, príncipes, sacerdotes, soldados, hombres y mujeres piadosos y constituyen, por su variedad, "la mejor prueba de la personalidad múltiple de la santa." Las cartas a Gregorio XI, en particular, muestran una extraordinaria combinación de profundo respeto, franqueza y familiaridad. Se ha llamado a Catalina "la mujer más grande de la cristiandad." Cierto que su influencia espiritual fue inmensa, pero, tal vez, su influencia política y social fue menor de lo que se ha afirmado algunas veces. Como escribió el P. de Gaiffier, "la grandeza de Catalina consiste en su devoción a la causa de la Iglesia de Cristo". Catalina fue canonizada en 1461.

* Robert Fawtier puso en duda la fecha del nacimiento de Santa Catalina y, por consiguiente, la edad que tenía al morir. Sobre este punto, ver *Analecta Bollandiana*, vol. xl (1922), pp. 365-411.

Casi todos los biógrafos ingleses de alguna importancia —como la madre Frances Raphael Drane (1887), el historiador E. G. Gardner (1907) y Alice Curtayne— discuten en detalle la cuestión de las fuentes. Los principales materiales de la vida de Catalina, provienen de la *Legenda Major*, escrita por su confesor, el Beato Raimundo de Cápua; del

Supplementum de Tomás Caffarini, que es también el autor de la *Legenda Minor;* del *Processus Contestationum super sanctitatem et doctrinam Catharinae de Senis* y de los *Miracoli.* Naturalmente, otra de las fuentes son las cartas de la santa, sobre cuyas fechas y texto original exacto, se discute mucho. Hay, en fin, muchos otros documentos de menor importancia. La crítica drástica que el historiador Robert Fawtier hizo de las fuentes, despertó cierta inquietud. La mayor parte de sus críticas, aparecieron en forma de artículos o contribuciones a las revistas de sociedades históricas, y el mismo autor se encargó de reeditar algunos de los textos menos conocidos, como la *Legenda Minor.* Pero Fawtier reunió sus principales críticas en dos volúmenes, titulados *Sainte Catherine de Sienne: Essai de Critique des Sources.* El primero de esos volúmenes está consagrado a las *Sources hagiographiques* (1921) y el segundo, a *Les oeuvres de Ste Catherine* (1930). En el apéndice de la obra de Alice Curtayne, *Saint Catherine of Siena* (1929), puede verse una crítica de los comentarios de Fawtier; en ese excelente libro se encontrará también una reimpresión del original italiano de un estudio de Taurisano. Cf. igualmente *Analecta Bollandiana,* vol. XLIX (1930), pp. 448-451. Otras obras útiles son las de J. Jöergenses, *Sainte Catherine de Sienne* (trad. ingl. 1938); E. de Santis Rosmini, *Santa Caterina da Siena* (1930); y F. Valli, *L'infanzia e la puerizia di S. Caterina* (1931). Entre los libros más recientes, hay que mencionar N. M. Denis-Boulet, *La carriere politique de Ste Catherine de Sienne* (1939); M. de la Bedoyère, *Catherine, Saint of Siena* (1946); y una biografía italiana muy completa escrita por el P. Taurisano (1948). *La double expérience de Catherine Benincasa* (1948), de R. Fautier y L. Canet, es una obra muy completa desde otro punto de vista. La obra de J. Leclecq, *Ste Catherine de Sienne* (1922), conserva todavía su valor. Algar Thorold editó, en inglés, el *Diálogo.* Existe un artículo muy bueno y conciso sobre ciertos problemas relacionados con la vida de Santa Catalina, escritos por el P. M. H. Laurent, en DHC., vol. XI, cc. 1517-1521. Sobre las fuentes del *Diálogo,* ver A. Grion, *Santa Caterina da Siena: Dottrina e fonti* (1953). Acerca de otras obras recientes, cf. *Analecta Bollandiana,* vol. LXIX (1951), pp. 182-191.

SAN MAXIMO, MÁRTIR (250 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano afirma que el martirio de San Máximo tuvo lugar en Efeso en la fecha de hoy, aunque las "actas" dicen claramente que ocurrió el 14 de mayo. Por otra parte, es posible que el santo haya muerto en Lampasco y no en Efeso; pero sobre este punto no se expresa claramente el relato contemporáneo del martirio, que ha llegado hasta nosotros con ciertos retoques, pero en forma sustancialmente exacta.

Cuando el emperador Decio promulgó su decreto contra los cristianos, un modesto negociante y fiel siervo de Dios, llamado Máximo, se entregó voluntariamente, en Asia Menor. El procónsul Optimo, ante el cual compareció, le preguntó su nombre y condición social. El mártir respondió: "Máximo. Nací libre, pero ahora soy esclavo de Cristo."

Optimo: ¿En qué te ocupas?

Máximo: Soy un hombre del pueblo y vivo del comercio.

Optimo: ¿Eres cristiano?

Máximo: Sí, aunque indigno de serlo.

Optimo: ¿Estás al tanto de los recientes decretos de los invencibles emperadores?

Máximo: ¿Qué decretos?

Optimo: Los que ordenan que todos los cristianos abjuren de la superstición reconozcan al verdadero y supremo príncipe y adoren a los dioses.

Máximo: Sí, conozco ese decreto del rey de este mundo y, por ello he venido a entregarme.

Optimo: Ofrece sacrificios a los dioses.

Máximo: Yo sólo ofrezco sacrificios al Dios único, a quien me he sacrificado gozosamente desde la infancia.

Optimo: Si ofreces sacrificios, te pondré en libertad. Si no, te condenaré a la tortura y a la muerte.

Máximo: Es lo que siempre he deseado. Si me entregué, fue precisamente para cambiar esta vida miserable por la eterna.

El procónsul mandó a los verdugos que azotasen a Máximo. Como esto no produjese ningún efecto, los verdugos le colgaron en el instrumento de tortura llamado el "potro". Pero como el mártir permaneció inconmovible, Optimo pronunció la sentencia de muerte: "Máximo se ha negado a obedecer a la ley y a ofrecer sacrificios a la excelsa Diana: por ello, la "Divina Clemencia" (es decir, el emperador) le condena a ser lapidado para que su muerte sirva de escarmiento a los otros cristianos." Máximo fue apedreado fuera de la ciudad y murió mientras glorificaba y daba gracias a Dios.

Ver el texto de las *actas* en *Acta Sanctorum* y en Ruinart, *Acta sincera.* En la obra de Leclercq, *Les Martyrs,* se encontrarán otras referencias y notas.

SANTOS MARIANO y SANTIAGO, MÁRTIRES (259 P.C.)

ESTOS dos mártires murieron en Lambesa, en Numidia, durante la persecución de Valeriano, Mariano era lector y Santiago diácono. Fueron arrestados en Cirta (actualmente Constantine, en Argelia). Los verdugos trataron con especial furor a Mariano. El mártir contó al autor de las actas de su martirio que se había quedado dormido después de la tortura y había soñado que San Cipriano, quien había sido martirizado en Cartago el año anterior, le invitaba a subir al cadalso. También Santiago tuvo una visión de su próximo triunfo.

El gobernador, después de interrogarlos, los envió a Lambesa, que distaba unos ciento treinta kilómetros y ahí fueron sentenciados a muerte. Su martirio tuvo lugar en un cauce seco, "donde los bancos de las riberas formaban una especie de circo en el que se sentaban los espectadores". Los mártires fueron tan numerosos en aquella ocasión, que los verdugos los colocaban en fila "para que la espada del impío asesino decapitase a los fieles uno tras otro, en un arranque de cólera." Antes de que llegase su turno, Mariano habló, como un profeta, de las desgracias que caerían sobre los que mataban a los cristianos. La madre de Mariano, "llamada con razón María, bendita en su nombre y en su hijo", besó el cadáver del fruto de sus entrañas.

La pasión de los santos Mariano, Santiago y sus compañeros es un documento auténtico de gran interés, compuesto por un cristiano que estuvo prisionero con ellos. El antiguo Calendario de Cartago los conmemora el 6 de mayo, pero el Martirologio Romano, de acuerdo con el *Hieronymianum,* los menciona el 30 de abril. De otros mártires cuyos nombres aparecen en las actas, como San Agapio y San Secundino, se hace mención la víspera. La catedral de Gubbio está dedicada a los santos Mariano y Santiago y pretende poseer sus reliquias.

Las actas se hallan en Ruinart, *Acta sincera,* y en Gebhardt, *Acta Martyrum Selecta;* ver también Pío Franchi de Cavalieri, *Studi e Testi* (1900). En *Some Authentic Acts of the Early Martyrs* (1927), de E. C. E. Ownen, hay una traducción inglesa de las actas.

SAN EUTROPIO, Obispo de Saintes, Mártir (Siglo III)

La ciudad de Saintes, en el suroeste de Francia, venera a San Eutropio como su primer obispo. El santo fue enviado de Roma, en el siglo III, a evangelizar a los habitantes. No sabemos exactamente si fue martirizado por ellos o por las autoridades romanas. La tradición local afirma, que San Eutropio fue a Francia en compañía de San Dionisio, en su misión apostólica. El pueblo de Saintes, al que había predicado, le expulsó de la ciudad. San Eutropio se retiró a vivir en una cueva de los alrededores, donde se dedicó a la oración y a instruir a quienes se lo pedían. Entre otros, convirtió y bautizó a Eustela, la hija del gobernador romano. Cuando el padre de la joven supo que era cristiana, la arrojó de la casa y encargó a los carniceros de Saintes que asesinaran a Eutropio. Eustela encontró a San Eutropio muerto, con el cráneo hecho pedazos y le dio sepultura en la cueva en que había vivido.

En *Acta Sanctorum,* abril, vol. III, hay una antigua biografía latina de San Eutropio, pero no merece fe ninguna. San Gregorio de Tours (*Gloria Martyrum,* c. 55), y Venancio Fortunato, dan testimonio de la translación de las reliquias del santo en el siglo VI. Cf. Duchesne, *Fastes Episcopaux,* vol. II, p. 138, y *Analecta Bollandiana,* vol. LXIX (1951), pp. 57-66. Tanto San Gregorio como Venancio escriben *Eutropis.*

SAN JOSE COTTOLENGO, Fundador de las Sociedades de la "Piccola Casa" de la Divina Providencia (1842 p.c.)

Un día de septiembre de 1827, un sacerdote fue a llevar los últimos sacramentos a una joven dama francesa que, mientras viajaba de Milán a Lyon, con su esposo y sus tres hijitos, había caído enferma en Turín. Ahí en la miserable casucha de un barrio inmundo, la joven dama murió por falta de atención médica con el consuelo espiritual que le había llevado el sacerdote. Este era el canónigo José Benito Cottolengo originario de Bra del Piamonte. El buen canónigo, un hombre de gran caridad, quedó aterrado al saber que no había en Turín ninguna institución que se ocupase de los casos semejantes al de la señora francesa. Aunque no tenía dinero, el padre José alquiló inmediatamente cinco cuartos en una casa llamada "Volta Rossa" una dama le proporcionó algunas camas; un médico y un farmacéutico ofrecieron sus servicios y pronto, se inauguró el hospital con cinco pacientes. Al poco tiempo, hubo que aumentar el número de cuartos. El padre José organizó a los voluntarios, de suerte que pudiesen prestar sus servicios en forma permanente. A los hombres los llamó hermanos de San Vicente; las mujeres, que pronto adoptaron una regla, un hábito y una superiora, recibieron el nombre de Hijas de San Vicente de Paúl, o Hermanas Vicentinas.

En 1831, se desató una epidemia de cólera en Turín. Las autoridades, temerosas de que "Volta Rossa" se convirtiese en un foco de infección, clausuraron el hospital. El P. José comentó, sin inmutarse: "En mi tierra dicen que los nabos se multiplican por transplantación. Cambiaremos, pues, de sitio". Las vicentinas asistieron a los enfermos, en sus casas, durante la epidemia. Después, el hospital se trasladó a Valdocco, que quedaba entonces fuera de Turín. El canónigo llamó a la nueva residencia "la Piccola Casa" o Casita de la Divina Providencia. Sobre la entrada colocó un letrero que decía: "Caritas Christi urget nos". Poco a poco se construyeron otros edificios para hacer frente a la

creciente demanda. Los nombres eran característicos: "Casa de la Fe", "Casa de la Esperanza", "Casa de la Madonna", "Belén". En lo que San José Cottolengo llamaba su "Arca de Noé", albergaba a los epilépticos, a los sordomudos, a los enfermos de cualquier clase, a los huérfanos, a los contrahechos y a los inválidos de toda especie. Construyó dos casas para los retrasados mentales, a los que llamaba tiernamente "mis buenos chicos" y fundó una casa de refugio, en la que se desarrolló una congregación religiosa, bajo el patrocinio de Santa Thaís. Un escritor francés calificó el conjunto de edificios de "Universidad de la Caridad Cristiana", pero el fundador seguía llamándola "la Piccola Casa". Convencido de que era un simple instrumento en las manos de Dios, el P. Cottolengo jamás atribuyó el éxito a su talento de organizador. En cierta ocasión formuló sus sentimientos de manera muy gráfica, al dirigirse a las vicentinas: "Somos como las marionetas de un teatro. Los títeres se mueven, brincan, bailan y dan señales de estar vivos, en tanto que el manipulador los mueve. Unas veces representan a un rey, otras a un payaso... Pero en cuanto termina el acto, quedan desmadejados en un rincón, cubiertos de polvo. Lo mismo sucede con nosotros: la Divina Providencia nos manipula y nos mueve en nuestras diferentes funciones. Nuestro deber es acomodarnos a sus planes y representar el papel que nos ha destinado; responder pronta y exactamente al movimiento que nos imprime la mano de Dios."

"Don Cottolengo" dirigía toda la organización, sin llevar cuentas de ninguna especie; gastaba el dinero tan pronto como lo recibía y jamás hizo inversiones productivas. Llegó hasta a rehusar el patronato real para su obra, pues estaba bajo el patrocinio del Rey de Reyes. En vano le aconsejaron sus amigos, repetidas veces que obrase con prudencia para asegurar el futuro de su obra. Los acreedores le molestaban continuamente, la caja estaba vacía y las provisiones escaseaban, pero el siervo de Dios confiaba en la Divina Providencia, que jamás le abandonó. Y, para asegurar el porvenir de la "Piccola Casa", contaba con las oraciones y no con el dinero. Para cumplir lo que él consideraba como la voluntad de Dios, fundó, junto con la organización, varias comunidades religiosas, cuya principal finalidad consistía en orar por todas las necesidades. Entre dichas comunidades se contaban las Hijas de la Compasión, que se dedican a orar por los moribundos; las "Sufragistas" de las santas almas, que piden por las ánimas del Purgatorio; las Hijas del Buen Pastor, que trabajan y oran por las jóvenes que se hallan en peligro y una comunidad muy estricta de carmelitas, que ofrecen oraciones y sacrificios por toda la Iglesia. Para los hombres, fundó las congregaciones de los ermitaños del Santo Rosario y la de sacerdotes de la Santísima Trinidad.

A los cincuenta y seis años, extenuado por una fiebre tifoidea y por una vida de trabajo y penitencia, "Don Cottolengo" entró en agonía. Sin experimentar la menor ansiedad por el futuro de su obra, nombró a su sucesor, se despidió de sus hijos espirituales y se trasladó a Chieri, donde murió nueve días después, en casa de su hermano, el canónigo Luis Cottolengo. Casi todas las obras que fundó siguen florecientes en la actualidad y la "Piccola Casa", hospeda todavía a miles de gentes pobres. San José Cottolengo fue canonizado en 1934.

La biografía más completa es la que escribió, en italiano, el P. Gastaldi en tres volúmenes (1910; trad. francesa, 1934). J. Guillermin escribió en francés una biografía más breve, con motivo de la beatificación, en 1917. En inglés existe una traducción abreviada

de la obra de Gastaldi y un esbozo biográfico de Lady Herbert. Ver también S. Ballario, *L'apostolo della carita* (1934).

BEATA HILDEGARDA, Matrona (783 p.c.)

La historia conserva pocos datos sobre la Beata Hildegarda. Carlomagno se casó con ella, cuando era una joven de diecisiete años, después de haber repudiado a la princesa lombarda Hermengarda. Ni siquiera sabemos quiénes eran los padres de Hildegarda, aunque, probablemente, estaba emparentada con los duques de Suabia. Se dice que era tan buena como piadosa y que era extraordinariamente bella. De sus nueve hijos, uno fue Luis el Bueno y otros tres murieron antes que ella. Santa Hildegarda era muy amiga de la abadesa, Santa Lioba, parienta de San Bonifacio. La beata murió en Thionville (Diedenhofen), a orillas del Mosela. Sus reliquias fueron trasladadas, más tarde, a la abadía de Kempten, en Suabia, de la que Hildegarda había sido gran bienhechora. El pueblo veneraba a la beata desde antes de su muerte, y su santuario se convirtió en sitio de peregrinación.

El relato de *Acta Sanctorum,* abril, vol. III, está lleno de elementos legendarios. Los únicos datos seguros son los que proceden de las crónicas y otras fuentes históricas. Naturalmente, Hildegarda figura en mayor o menor grado en todas las biografías modernas de Carlomagno.

BEATO FRANCISCO DICKENSON y MILES GERARD, Mártires (1590 p.c.)

Francisco Dickenson nació en Yorkshire y Miles Gerard en Lancashire. Ambos estudiaron en el seminario de Douai, en Reims. En 1589, seis años después de la ordenación sacerdotal de Miles, partieron a la misión de Inglaterra, pero el navío naufragó y a duras penas los pasajeros lograron llegar a la costa de Kent. Sea porque sospechaban de ellos o porque tenían informaciones precisas, las autoridades arrestaron a los dos misioneros. El tribunal que los juzgó, los condenó a muerte por haber ido a Inglaterra a ejercer el sacerdocio. Juntos sufrieron el martirio en Rochester, el 13 o el 30 de abril de 1590.

Ver Challoner, MMP., p. 162. Se encuentran otros datos interesantes en los documentos oficiales de los interrogatorios de los dos mártires. Ver *Publications* de la Catholic Record Society, vol. v, pp. 171-173; y cf. Pollen, *Acts of English Martyrs,* pp. 314-315.

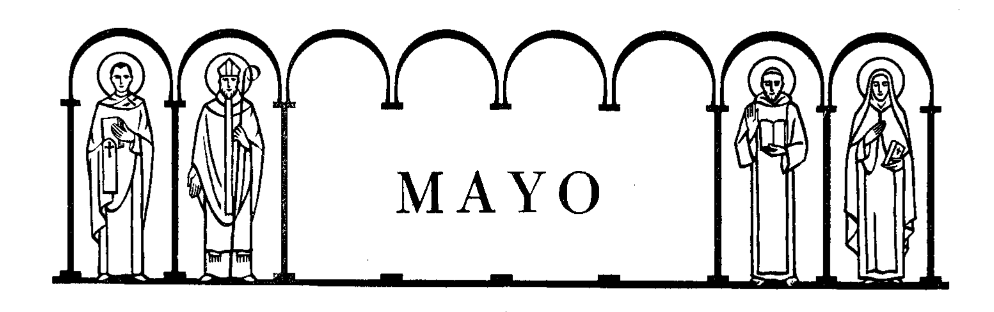
BEATO BENITO DE URBINO (1625 p.c.)

El padre de Benito de Urbino pertenecía a la familia principesca de los Passionei. Su madre se llamaba Magdalena Cibo. El niño, que había sido bautizado con el nombre de Martín, perdió a sus padres antes de los siete años, pero sus tutores se encargaron de educarle con esmero. Tanto en la Universidad de Perugia, donde estudió filosofía, como en la de Padua, donde obtuvo el grado de doctor en leyes, se distinguió por su ejemplar conducta. Después de obtener el doctorado, pasó a Roma; pero, insatisfecho con la carrera que había escogido, pidió ser admitido en el convento capuchino de Fossombrone. Le costó algún trabajo conseguir la admisión, a causa de la oposición de sus parientes, pero

finalmente tomó el hábito en Fano, en 1584. Entonces recibió el nombre de Benito. Pero las pruebas no habían terminado. Durante el noviciado enfermó tan gravemente, que sus superiores estuvieron a punto de despedirle. Aunque se rehizo un tanto de la enfermedad, estaba demasiado débil para hacer la profesión. Finalmente, el maestro de novicios logró que se le concediesen los votos, alegando la extraordinaria piedad del joven.

Fray Benito acompañó, durante tres años, al Vicario General, San Lorenzo de Brindisi, en sus viajes por Austria y Bohemia. Los sermones que predicó entonces el beato convirtieron a muchos herejes y católicos tibios. Movido por el celo de la casa del Señor, Benito, que ya era superior, tomaba algunas veces una escoba y se encargaba, personalmente, de la limpieza de la iglesia. Frecuentemente predicaba sobre la Pasión, a la que consagraba una hora diaria de meditación, con el rostro en tierra. Su mayor deseo era ser consumido por el fuego que Cristo había venido a traer a la tierra. En 1625, no obstante que su salud dejaba mucho que desear, partió en medio de una tempestad, a predicar la cuaresma en Sassocorbaro. Emprendió el viaje el Miércoles de Ceniza, pero la enfermedad le impidió llegar a su destino. Fue nuevamente transportado a Fossombrone, donde murió el 30 de abril. Uno de los dichos favoritos del beato era: "Quien espera y pone su confianza en Dios, no quedará confundido". Benito fue beatificado en 1867.

En el año de la beatificación aparecieron varias biografías entre las que se cuentan las de Eusebio de Montesanto y Pellegrino da Forli. Eugenio de Potenza publicó posteriormente otra vida del beato (1920). Cf. también Ernest-Marie de Beaulieu, *Liber Memorialis O. M. Cap.* (1928), pp. 258-260; y Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 147-150.



1: SAN JOSE OBRERO

ANTE 150,000 trabajadores congregados en la Plaza de San Pedro, en Roma, el día 1o. de mayo de 1955, Su Santidad Pío XII anunció su determinación de instituir la fiesta litúrgica de San José Obrero, señalando para ella el día primero de mayo.

La intención del Vicario de Cristo al establecer esta nueva festividad fue la de "que todos reconozcan la dignidad del trabajo y que ella inspire la vida social y las leyes fundadas sobre la equitativa repartición de derechos y deberes".

Juzgaba el Sumo Pontífice que habiendo recibido así su consagración cristiana, la celebración del 1o. de Mayo que el mundo del trabajo se había adjudicado como propia, "lejos de ser fomento de discordia, de odios y de violencias, es y será una invitación constante a la sociedad moderna a completar lo que aún falta a la paz social".

(Ver, 19 de marzo)

SANTOS FELIPE Y SANTIAGO APOSTOLES

(Ver, 11 de mayo)

SAN AMADOR, Obispo de Auxerre (418 p.c.)

Los datos de la vida de San Amador provienen de una biografía escrita 160 años después de la muerte del santo por un sacerdote africano llamado Esteban. El contenido de dicha biografía revela que se trata, en gran parte, de una invención audaz. Según leemos, Amador era el hijo único de un distinguido matrimonio de Auxerre. Sus padres le prometieron en matrimonio a una rica heredera, llamada Marta, aunque Amador había manifestado que no quería casarse. El día del matrimonio acudieron muchos invitados. El obispo Valeriano era el encargado de celebrar la ceremonia. Accidental o providencialmente, Valeriano, que era ya muy anciano, en vez de leer la bendición nupcial, recitó la fórmula de la ordenación de los diáconos, pero sólo el novio y la novia cayeron en la cuenta del error. Después de la ceremonia, ambos jóvenes convinieron en llevar vida de continencia. Marta se retiró al poco tiempo a un convento. Amador, después de haber trabajado varios años como sacerdote, fue elegido obispo de Auxerre. En el curso de su largo episcopado, convirtió a los paganos que quedaban en la región, obró numerosos milagros y construyó varias iglesias. Existen pruebas de que él confirió a San Patricio la ordenación sacerdotal.

En los últimos años de la vida de San Amador, el gobernador de Auxerre era Germán, un joven patricio muy temperamental que tenía pasión por la cacería. Aunque era cristiano, siguió practicando la costumbre pagana de colgar, en un peral de la plaza central de la ciudad, las cabezas de los animales que había cazado, para que todo el pueblo admirase sus proezas. Los paganos practicaban este rito para ofrecer al dios Wotan el producto de la cacería. Naturalmente, la actitud de Germán escandalizó mucho a los cristianos. San Amador, después de haber amonestado, en vano, varias veces al gobernador, mandó cortar el árbol, mientras aquel se hallaba ausente. Germán se puso furioso al saberlo y amenazó de muerte al santo obispo. Este juzgó prudente salir de la ciudad por algún tiempo. Por otra parte, como era ya de edad avanzada, deseaba, desde hacía algunos años, renunciar a su cargo. Hallándose en Autun con Julio, el prefecto de la Provincia, se le ocurrió súbitamente —ya fuese por revelación o por intuición—, que el propio Germán debía ser su sucesor. Con permiso de Julio, a cuyas órdenes estaba Germán, Amador retornó a Auxerre y convocó a todo el pueblo en la catedral. Germán se hallaba también presente. El obispo ordenó a todos que dejasen las armas fuera de la iglesia y mandó cerrar las puertas; en seguida, con la ayuda de algunos de sus clérigos, se apoderó de Germán, le arrancó las insignias seculares, le tonsuró y le nombró obispo de Auxerre.

Con ello, presintió San Amador que estaba terminada su misión, ya que había trabajado muchos años y había nombrado a un sucesor que sería, con el tiempo, el más grande de los obispos de Auxerre. Unos cuantos días después, el santo pidió que le trasportasen a la catedral, donde exhaló apaciblemente el último suspiro. El cuerpo de San Amador reposa, junto con los de sus predecesores, en el antiguo cementerio de la carretera de Entrains.

Ver en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, la biografía latina escrita por San Esteban. Muchos detalles extravagantes son puramente fabulosos, pero no hay ninguna razón para dudar de la existencia histórica de San Amador. Mons. Duchesne, en *Fastes Episcopaux* (vol. II, pp. 427-446), habla hermosamente de las listas episcopales de Auxerre. Ver también DHG., vol. II, c. 981; y el comentario del P. Delehaye sobre el *Hieronymianum* (p. 224), en el que se conmemora a San Amador. Pero, sobre todo, véase el artículo de R. Louis sobre *L'Eglise d'Auxerre ... avant S. Germain*, en *S. Germain d'Auxerre et son temps* (1951), y la obra del mismo autor titulada *Les églises d'Auxerre ... au xi siècle* (1952).

SAN SEGISMUNDO DE BORGOÑA (524 P.C.)

A PRINCIPIOS del siglo VI, el reino de Borgoña comprendía una gran parte del sureste de Francia y del suroeste de Suiza. Estaba gobernado por un príncipe de origen vándalo, llamado Gunebaldo, que era arriano; pero, un año antes de que muriese, su hijo y sucesor, Segismundo, se convirtió al catolicismo, gracias al obispo de Vienne, San Avito. No obstante eso, Segismundo siguió siendo, en muchos aspectos, un bárbaro que se dejaba llevar frecuentemente por la ira. En una ocasión, movido por las calumnias de su segunda esposa, mandó estrangular a su hijo Sigerico. Pero, apenas acababa de perpetrar ese asesinato, volvió en sí y se horrorizó del crimen que había cometido. Tal vez el servicio más grande que Segismundo prestó a la Iglesia, fue el de haber fundado, prácticamente de nuevo, el monasterio de San Mauricio de Agaunum, en el actual cantón de Valais; lo dotó liberalmente y, a fin de que en él se

celebrase constantemente la "laus perennis" —el canto ininterrumpido—, llevó al monasterio de monjes de Lérins, Gigny, Ile-Barbe y Condat.* San Avito predicó el día de la dedicación un sermón del que se conservan aún algunos fragmentos.

Segismundo, arrepentido del asesinato de su hijo, había pedido a Dios que le castigase. Dios escuchó su oración. Los tres reyes de Francia, hijos de Clodoveo, le declararon la guerra para vengar a su abuelo materno, Chilperico, a quien había matado el padre de Segismundo. Segismundo fue derrotado y escapó en dirección de Agaunum. Durante algún tiempo vivió en una ermita de las cercanías de Saint-Maurice; pero ahí fue hecho prisionero y conducido a Orléans, donde el rey Clodomiro le condenó a muerte, a pesar de los ruegos de San Avito. Su cuerpo fue arrojado en un pozo, del que fue sacado más tarde. Sus reliquias se conservan en Praga. El Martirologio Romano no sólo menciona al santo, sino que le considera como mártir.

La *Passio Sancti Sigismundi*, escrita por un monje de Agaunum, constituye un valioso documento histórico. Puede leerse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I; pero es mejor la edición que hizo Bruno Krusch en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. II, pp. 333-340. También Gregorio de Tours da algunos datos sobre el santo en *Historia Francorum*, vol. III, y en *De Gloria Martyrum*, c. 74. En su artículo sobre Agaunum en DAC., vol. I, cc. 850-871, H. Leclercq da una larga bibliografía; también en Hefele-Leclerq, *Histoire des Conciles*, vol. II, pp. 1017-1022 y 1031-1042.

SAN TEODULFO, ABAD (590 P.C.)

TEODULFO (Theodulphus), perteneciente a una ilustre familia de la segunda Aquitania, se retiró al monte de Oro, llamado también de San Teodorico, cerca de Reims, para vivir allí como discípulo del santo abad. Teodorico, que gobernaba el monasterio. Durante veintidós años sirvió como ecónomo de la casa, mientras que, privadamente, practicaba grandes austeridades. Después de la muerte de Teodorico, fue elegido abad y gobernó con firmeza y dulzura. Murió a edad muy avanzada el 1o. de mayo del 590.

Sus reliquias, que fueron conservadas cuidadosamente, operaron numerosos milagros. En 1776, fueron trasladadas a Saint Remi, en Reims, en donde se conservaron hasta la Revolución. Su cabeza, que fue cedida a la parroquia de San Teodorico, se conserva todavía ahí.

No debe confundirse a este santo con otro Teodulfo, ermitaño de Tréves, quien vivió en la misma época, entre las ruinas del antiguo palacio imperial, y cuya fiesta se celebra el 15 de marzo. Las reliquias de este santo se han conservado en la iglesia de Tréves.

Existen de este santo dos biografías: una publicada por Mabillon en *Acta Sanctorum, O.S.B.*,, vol. I, p. 346 y la otra en *Acta Sanctorum* mayo, vol. I p. 96; ésta última parece ser la original. Ambas son anteriores a Flodoardo. *Histoire Littéraire de la France*, vol. III, p. 640. Molinier, *Sources*, n. 285.

* La "laus perennis" propiamente dicha, era una forma particular de algunos monasterios para que se cantasen, en todo instante, las divinas alabanzas. Los monjes o las religiosas se sucedían unos a otros, de suerte que los oficios no se interrumpían. Naturalmente, esto solo era posible en comunidades muy numerosas. Según parece, era una práctica de origen oriental, pero se propagó mucho en los conventos de tradición celta; el monasterio de Agaunum ha quedado especialmente asociado con esa costumbre, que desapareció en todas partes, en el transcurso de los siglos. Cf. San Alejandro Akimetes (23 de febrero).

SAN TEODARDO, ARZOBISPO DE NARBONA (893 P.C.)

SAN TEODARDO nació en Montauriol, un pequeño pueblecito sobre el que se levanta la actual ciudad de Montauban. Según parece, estudió la carrera de leyes en Toulouse ya que lo primero que sabemos de él es que las autoridades de esa ciudad emplearon al abogado Teodardo. Se trataba de un curioso proceso que los judíos de Toulouse, en Francia, hicieron a las autoridades eclesiásticas, no sin razón, ya que en el transcurso de una procesión religiosa, los cristianos habían abofeteado a un judío frente a las puertas de la catedral. Dicha procesión se celebraba tres veces al año: en Navidad, el Viernes Santo y el día de la Asunción. El arzobispo Sigeboldo, que fue a Toulouse a una de las audiencias del proceso, quedó tan bien impresionado por el joven abogado, que le llevó consigo a Narbona. Al poco tiempo, Teodardo fue ordenado diácono y nombrado archidiácono de Sigeboldo. El breviario de Montauban dice de él que era "la vista de los ciegos, las piernas de los cojos, el padre de los pobres y el consuelo de los afligidos." Sigeboldo, al morir, le nombró su sucesor; el pueblo, que le amaba tanto, se apresuró a ratificar la elección. Los peligros que representaban entonces los viajes, no impidieron al nuevo prelado ir a Roma para recibir el palio.

En su cargo trabajó incansablemente por reparar los daños que habían hecho los sarracenos y por reavivar la tibia fe del pueblo. San Teodardo reconstruyó, prácticamente, su catedral y, el año 886, restableció la diócesis de Ausona (actualmente Vich) que, desde hacía largo tiempo, dependía de una abadía. Para rescatar a los prisioneros de los sarracenos y alimentar a los hambrientos, durante una carestía que duró tres años, no sólo gastó todas sus rentas, sino que aun vendió algunos vasos sagrados y otros tesoros de sus iglesias. La vida de constante esfuerzo y ansiedad por su grey acabó con su salud; no podía dormir un solo instante y sufría de una fiebre continua. Con la esperanza de que los aires natales le ayudarían a recobrar la salud, San Teodardo retornó a Montauriol. Los monjes de San Martín, que le recibieron con inmenso gozo, comprendieron pronto que sólo había vuelto para morir. En efecto, después de hacer una confesión pública, en presencia de todos sus hermanos, el santo expiró apaciblemente. Más tarde, la abadía tomó el nombre de San Teodardo.

La vida de San Teodardo que se halla en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, data de fines del siglo XI. Ver también *Gallia Christiana*, vol. VI, pp. 19-22; y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, p. 306. En francés existe la biografía de tipo popular de J. A. Guyard (1887).

SAN PEREGRINO LAZIOSI (1345 P.C.)

SAN PEREGRINO nació en 1260, en Forli, de la Romagna. Era hijo único de un matrimonio acomodado. De joven, tomó parte muy activa en la política de su ciudad natal, que pertenecía al partido del antipapa. Durante un motín popular, los jefes de la insurrección maltrataron ferozmente a San Felipe Benizi, a quien el Papa había mandado a tratar la paz; Peregrino le golpeó violentamente el rostro, con el puño. San Felipe, por toda respuesta, presentó la otra mejilla a su agresor. El hecho impresionó tanto a Peregrino que, a partir de ese momento, cambió de vida. Abandonaba a sus compañeros para

orar varias horas cada día, en la catedral de Nuestra Señora. Una vez, la Santísima Virgen se le apareció ahí y le dijo: "Vé a Siena, donde encontrarás a un grupo de hombres que se llaman siervos míos. Reúnete con ellos." Peregrino obedeció al instante. Habiendo tomado el hábito de los servitas, se entregó con ardor a la conquista de la perfección. Su principio fundamental era el de no detenerse nunca en el camino de la virtud, sino ir siempre adelante. Se dice que, en treinta años, no se sentó nunca y que buscaba todas las ocasiones de retirarse a la soledad y el silencio.

Después de haber pasado varios años en Siena, sus superiores le enviaron a Forli para fundar un nuevo monasterio de la orden. Para entonces, ya había recibido las órdenes sagradas y había dado pruebas de ser un sacerdote perfecto: fervoroso en la celebración de los sagrados misterios, elocuente en la predicación e infatigable en la reconciliación de los pecadores. Por entonces, contrajo un cáncer en el pie, que le hacía sufrir mucho y resultaba particularmente repugnante a los que le rodeaban. El santo soportó su enfermedad sin una queja. Al fin, los médicos decidieron amputarle el pie. San Peregrino pasó en oración la noche anterior a la operación; al amanecer, cayó en un profundo sueño y, cuando despertó, se encontró completamente curado. Los doctores quedaron maravillados al examinarle, pues no quedaba la menor huella de la enfermedad. Este milagro aumentó todavía más la fama de santidad del varón de Dios. San Peregrino murió a los ochenta años y fue canonizado en 1726.

En *Acta Sanctorum*, abril, vol. III, los bolandistas publicaron algunos documentos del proceso de canonización. En italiano existen muchas biografías del santo, pero la mayor parte son más devotas que críticas. Ver, por ejemplo, B. Albicini, *Vita e Morte del B. Pellegrino Laziosi* (1648); F. A. Monsignani, *Notizie della Vita, Morte e Miracoli*, etc. (1727). Ver también Giani, *Annales FF. Servorum B.V.M.*, vol. I, pp. 285 ss.

2: SAN ATANASIO, Arzobispo de Alejandría, Doctor de la Iglesia (373 p.c.)

SAN ATANASIO, "el campeón de la ortodoxia", nació probablemente hacia el año 297, en Alejandría. Lo único que sabemos de su familia es que sus padres eran cristianos y que tenía un hermano llamado Pedro. Rufino nos ha conservado una tradición, según la cual, Atanasio llamó la atención del obispo Alejandro un día que se hallaba "jugando a la iglesia" con otros niños, en la playa. Pero esta tradición es muy discutible, ya que, cuando Alejandro fue consagrado obispo, Atanasio debía tener unos quince o dieciséis años. Como quiera que fuese, con ayuda del obispo o sin ella. Atanasio recibió una educación excelente, que comprendía la literatura griega, la filosofía, la retórica, la jurisprudencia y la doctrina cristiana. Atanasio llegó a poseer un conocimiento excepcional de la Sagrada Escritura. El mismo dice que sus profesores de teología habían sido confesores durante la persecución de Maximiano que había sacudido a Alejandría cuando él era todavía un niño de pecho. Es interesante hacer notar que, según parece, Atanasio estuvo desde muy joven en estrecha relación con los ermitaños del desierto, sobre todo con el gran San Antonio. "Yo fui discípulo suyo —escribe— y, cual Eliseo, vertí el agua en las manos de ese nuevo Elías". La amistad de Atanasio con los

ermitaños, le sirvió de mucho en su vida posterior. En 318, cuando tenía alrededor de veintiún años, Atanasio hizo su aparición, propiamente dicha, en el escenario de la historia, al recibir el diaconado y ser nombrado secretario del obispo Alejandro. Probablemente en ese período compuso su primer libro: el famoso tratado de la Encarnación, en el que expuso la obra redentora de Cristo.

Probablemente hacia el año 323, un sacerdote de la iglesia de Baukalis, llamado Arrio, empezó a escandalizar a Alejandría, al propagar públicamente que el Verbo de Dios no era eterno, sino que había sido creado en el tiempo por el padre y que, por consiguiente, sólo podía llamársele Hijo de Dios de un modo figurativo. El obispo le ordenó que pusiese por escrito su doctrina y la presentó al clero de Alejandría y a un sínodo de obispos egipcios. Con sólo dos votos en contra, la asamblea condenó la herejía de Arrio y le depuso, junto con otros once sacerdotes y diáconos que le apoyaban. El heresiarca pasó entonces a Cesarea, donde siguió propagando su doctrina y consiguió el apoyo de Eusebio de Nicomedia y otros prelados sirios. En Egipto se había ganado ya a los "melecianos" y a muchos de los intelectuales; por otra parte, sus ideas, acomodadas al ritmo de las canciones populares, habían sido divulgadas con increíble rapidez, por los marineros y mercaderes en todos los puertos del Mediterráneo. Se supone, con bastante probabilidad que Atanasio, en su calidad de archidiácono y secretario del obispo, tomó parte muy activa en la crisis y que escribió una carta encíclica, en la que anunciaba la condenación de Arrio. Pero en realidad, lo único que podemos afirmar con certeza, es que acompañó a su obispo al Concilio de Nicea, donde se fijó claramente la doctrina de la Iglesia, se confirmó la excomunión de Arrio y se promulgó la confesión de fe conocida con el nombre de Credo de Nicea. Es muy poco probable que Atanasio haya tomado parte activa en las discusiones de la asamblea, puesto que no tenía sitio en ella. Pero, si Atanasio no ejerció ninguna influencia sobre el Concilio, el Concilio la ejerció sobre él, ya que —como ha dicho un escritor moderno—, toda la vida posterior de Atanasio fue, a la vez, un testimonio de la divinidad del Salvador y una ratificación heroica de la profesión de fe de los Padres de Nicea.

Poco después del fin del Concilio murió Alejandro. Atanasio, a quien había nombrado para sucederle, fue elegido obispo de Alejandría, a pesar de que aún no había cumplido los treinta años. Casi inmediatamente, emprendió la visita de su enorme diócesis, sin excluir la Tebaida y otros monasterios; los monjes le acogieron en todas partes con gran júbilo, pues Atanasio era un asceta como ellos. Otra de sus medidas fue nombrar a un obispo para Etiopía, que acababa de convertirse al cristianismo. Pero desde el principio de su gobierno, Atanasio tuvo que hacer frente a las disensiones y a la oposición. No obstante sus esfuerzos por realizar la unificación, los melecianos se obstinaron en el cisma e hicieron causa común con los herejes; por otra parte, los arrianos, a los que el Concilio de Nicea había atemorizado por un momento, reaparecieron con mayor vigor que antes, en Egipto y en Asia Menor, donde encontraron el apoyo de los poderosos. En efecto, el año 330, Eusebio de Nicomedia, el obispo arriano, volvió del destierro y consiguió persuadir al emperador Constantino, cuya residencia favorita se encontraba en su diócesis, a quien escribiese a Atanasio y le obligase a admitir nuevamente a Arrio a la comunión. El santo obispo respondió que la Iglesia católica no podía estar en comunión con los herejes que atacaban la divi-

nidad de Cristo. Entonces, Eusebio escribió una amable carta a Atanasio, tratando de justificar a Arrio; pero ni sus halagos ni las amenazas del emperador lograron hacer mella en aquel frágil obispo de corazón de león, a quien más tarde Juliano el Apóstata trató de ridiculizar con el nombre de "el enano".

Eusebio de Nicomedia escribió, entonces, a los melecianos de Egipto, exhortándolos a poner por obra un plan para deponer a Atanasio. Así, los melecianos acusaron al santo obispo de haber exigido un tributo para renovar los manteles de sus iglesias, de haber enviado dinero a un tal Filomeno, de quien se sospechaba de haber traicionado al emperador y de haber autorizado a uno de sus legados para destruir el cáliz en el que celebraba la misa un sacerdote meleciano, llamado Iskiras. Atanasio compareció ante el emperador; demostró plenamente su inocencia y volvió, en triunfo, a Constantinopla, con una carta ecomiástica de Constantino. Sin embargo, sus enemigos no se dieron por vencidos, sino que le acusaron de haber asesinado a Arsenio, un obispo meleciano y le convocaron a comparecer ante un concilio que iba a tener lugar en Cesarea. Sabedor de que su supuesta víctima estaba escondida, Atanasio se negó a comparecer. Pero el emperador le ordenó que se presentase ante otro concilio, convocado en Tiro el año 335. Como se vio más tarde, la asamblea estaba llena de enemigos de San Atanasio, y el presidente era un arriano que había usurpado la sede de Antioquía. El conciliábulo acusó a Atanasio de varios crímenes, entre otros, el de haber mandado destruir el cáliz. El santo demostró inmediatamente su inocencia, por lo que tocaba a algunas de las acusaciones, y pidió que se le concediese algún tiempo para obtener las pruebas de su inocencia en las otras. Sin embargo, cuando cayó en la cuenta de que la asamblea estaba decidida de antemano a condenarle, abandonó inesperadamente la sala y se embarcó con rumbo a Constantinopla. Al llegar a dicha ciudad, se hizo encontradizo con la comitiva del emperador, en la calle, y obtuvo una entrevista. Atanasio probó su inocencia en forma tan convincente que, cuando el Concilio de Tiro anunció en una carta que Atanasio había sido condenado y depuesto, Constantino respondió convocando al Concilio en Constantinopla para juzgar de nuevo el caso. Pero súbitamente, por razones que la historia no ha logrado nunca poner en claro, el monarca cambió de opinión. Los escritores eclesiásticos no se atrevieron naturalmente a condenar al cristianísimo emperador; pero al parecer, lo que le había molestado fue la libertad apostólica con que le habló Atanasio en una entrevista posterior. Así pues, antes de que la primera carta imperial llegase a su destino, Constantino escribió otra, por la que confirmaba la sentencia del Concilio de Tiro y desterraba a Atanasio a Tréveris en las Galias.

La historia no ha conservado ningún detalle sobre ese primer destierro, que duró dos años, excepto que el obispo de la localidad acogió hospitalariamente a Atanasio, y que éste se mantuvo en contacto epistolar con su grey.

El año 337 murió Constantino. Su imperio se dividió entre sus tres hijos: Constantino II, Constancio y Constante. Todos los prelados que se hallaban en el destierro fueron perdonados. Uno de los primeros actos de Constantino II fue el de entronizar nuevamente a Atanasio en su sede de Alejandría. El obispo entró triunfalmente en su diócesis. Pero sus enemigos trabajaban con la misma actividad de siempre y Eusebio de Nicomedia se ganó enteramente al emperador Constancio, en cuya jurisdicción se encontraba Alejandría. Atanasio fue acusado ante el monarca, de provocar la sedición y el derramamiento de sangre y de robar el grano destinado a las viudas y los pobres. Eusebio consiguió,

además, que un concilio realizado en Antioquía, depusiese nuevamente a Atanasio y ratificase la elección de un obispo arriano para su sede. La asamblea llegó incluso a escribir al Papa, San Julio, para invitarle a suscribir la condenación de Atanasio. Por otra parte, la jerarquía ortodoxa de Egipto escribió una encíclica al Papa y a todos los obispos católicos, en la que exponía la verdad sobre San Atanasio. El Sumo Pontífice aceptó la proposición de los eusebianos para que se reuniese un sínodo a fin de zanjar la cuestión.

Entre tanto, Gregorio de Capadocia había sido instalado en la sede de Alejandría; ante las escenas de violencia y sacrilegio que siguieron a su entronización, Atanasio decidió ir a Roma a esperar la sentencia del concilio. Este tuvo lugar sin los eusebianos, que no se atrevieron a comparecer, y terminó con la completa reivindicación de San Atanasio. El Concilio de Sárdica ratificó poco después esa sentencia. Sin embargo, Atanasio no pudo volver a Alejandría sino hasta después de la muerte de Gregorio de Capadocia, y sólo porque el emperador Constancio, que estaba a punto de declarar la guerra a Persia, pensó que la restauración de San Atanasio podía ayudarle a congraciarse con su hermano, Constante. El obispo retornó a Alejandría, después de ocho años de ausencia. El pueblo le recibió con un júbilo sin precedente y, durante tres o cuatro años, las guerras y disturbios en que estaba envuelto el imperio le permitieron permanecer en su sede, relativamente en paz. Pero Constante, que era el principal sostén de la ortodoxia, fue asesinado y, en cuanto Constancio se sintió dueño del oriente y del occidente, se dedicó deliberadamente a aniquilar al santo obispo, a quien consideraba como un enemigo personal. El año de 353, obtuvo en Arles que un conciliábulo de prelados interesados condenase a San Atanasio. El mismo año, el emperador se constituyó en acusador personal del santo en el sínodo de Milán; y, sobre un tercer concilio, no mejor que los anteriores, escribió San Jerónimo: "El mundo se quedó atónito al verse convertido al arrianismo". Los pocos prelados amigos de San Atanasio fueron desterrados; entre ellos se contaba al Papa Liberio, a quien los perseguidores mantuvieron exilado en Tracia hasta que, deshecho de cuerpo y espíritu, aceptó momentáneamente la condenación de Atanasio.

El santo consiguió mantenerse algún tiempo en Egipto con el apoyo del clero y del pueblo. Pero la resistencia no duró mucho. Una noche, cuando se hallaba celebrando una vigilia en la iglesia, los soldados forzaron las puertas y penetraron para herir o matar a los que opusieran resistencia. Atanasió logró escapar, providencialmente y se refugió entre los monjes del desierto, con los que vivió escondido seis años. Aunque el mundo sabía muy poco de él, Atanasio se mantenía muy al tanto de lo que sucedía en el mundo. Su extraordinaria actividad, reprimida en cierto sentido, se desbordó en la esfera de la producción literaria; muchos de sus principales tratados se atribuyen a ese período.

A poco de la muerte de Constancio, ocurrida en 361, siguió la del arriano que había usurpado la sede de Alejandría, quien pereció a manos del populacho. El nuevo emperador, Juliano, revocó todas las sentencias de destierro de su predecesor, de suerte que Atanasio pudo volver a su ciudad. Pero la paz duró muy poco. Los planes de Juliano el Apóstata para paganizar la cristiandad encontraban un obstáculo infranqueable en el gran campeón de la fe en Egipto. Así pues, Juliano le desterró "por perturbar la paz y mostrarse hostil a los dioses", Atanasio tuvo que refugiarse una vez más en el desierto. En una ocasión estuvo a punto de ser capturado. Se hallaba en una barca, en el Nilo, cuando

sus compañeros, muy alarmados, le hicieron notar que una galera imperial se dirigía hacia ellos. Sin perder la calma, Atanasio dio la orden de remar al encuentro de la galera. Los perseguidores les preguntaron si habían visto al fugitivo: "No está lejos —fue la respuesta—; remad aprisa si queréis alcanzarle." La estratagema tuvo éxito. Durante su destierro, que era ya el cuarto, San Atanasio recorrió la Tebaida de un extremo al otro. Se hallaba en Antinópolis cuando dos solitarios le dieron la noticia de que Juliano acababa de morir, en Persia, atravesado por una flecha.

El santo volvió inmediatamente a Alejandría. Algunos meses más tarde, fue a Antioquía invitado por el emperador Joviniano, quien había revocado la sentencia de destierro. Pero el reinado de Joviniano fue muy breve y, en mayo de 365, el emperador Valente publicó un edicto por el que desterraba a todos los prelados a quienes Constancio había exilado y los sustituía por los de su elección. Atanasio se vio obligado a huír una vez más. El escritor eclesiástico Sócrates dice que se ocultó en la sepultura de su padre; pero una tradición más probable sostiene que se refugió en una casa de los alrededores de Alejandría. Cuatro meses después, Valente revocó el edicto, tal vez por temor de que estallase un levantamiento entre los egipcios, que estaban cansados de ver sufrir a su amado obispo. El pueblo le escoltó hasta su casa, con grandes demostraciones de júbilo. San Atanasio había sido desterrado cinco veces y había pasado diecisiete años en el exilio; pero, en los últimos siete años de su vida, nadie le disputó su sede. En ese período escribió, probablemente, la vida de San Antonio. Murió en Alejandría, el 2 de mayo del año 373; su cuerpo fue, después, trasladado a Constantinopla y más tarde, a Venecia.

San Atanasio fue el hombre más grande de su época y uno de los más grandes jefes religiosos de todos los tiempos. No se puede exagerar el valor de los servicios que prestó a la Iglesia, pues defendió la fe en circunstancias particularmente difíciles y salió triunfante. El cardenal Newman sintetizó su figura al decir que fue "uno de los principales instrumentos de que Dios se valió, después de los Apóstoles, para hacer penetrar en el mundo las sagradas verdades del cristianismo". Aunque casi todos los escritos de San Atanasio surgieron al calor de la controversia, debajo de la aspereza de las palabras corre un río de profunda espiritualidad que se deja ver en todos los recodos y revela las altas miras del autor. Como un ejemplo, citaremos su respuesta a las objecciones que los arrianos oponían a los textos "Pase de Mí este cáliz" y "¿Por qué me has abandonado?"

> "¿No es acaso una locura admirar el valor de los ministros del Verbo y decir que el Verbo, de quien ellos recibieron el valor, tuvo miedo? Precisamente el valor invencible de los santos mártires prueba que la Divinidad no tuvo miedo y que el Salvador acabó con nuestro temor. Porque, así como con su muerte destruyó la muerte y con su humanidad nuestras miserias humanas, así, con su temor destruyó nuestro temor y consiguió que nunca más temiésemos la muerte. Su palabra y su acción son una misma cosa... Humanas fueron las palabras: "Pase de mí este cáliz" y "¿Por qué me has abandonado?"; pero devina fue la acción por la que El, el mismo Verbo, hizo que el sol se detuviera y los muertos resucitasen. Así, hablando humanamente, dijo: "Mi alma está turbada"; y, hablando divinamente: "Tengo poder para entregar mi vida y volver a tomarla".

Turbarse era propio de la carne; pero tener poder para entregar la vida y recobrarla a voluntad no es propiedad del hombre, sino del poder del Verbo. Porque el hombre no muere voluntariamente, sino por obra de la naturaleza y contra su voluntad; pero el Señor, que es inmortal puesto que no tiene carne mortal, podía, a voluntad, como Dios que es, separarse del cuerpo y volver a tomarlo . . . Así pues, dejó sufrir a su cuerpo, pues para ello había venido, para sufrir corporalmente y conferir con ello la impasibilidad y la inmortalidad a la carne; para tomar sobre sí ésas y otras miserías humanas y destruírlas; para que después de El todos los hombres fueran incorruptibles como templos del Verbo."

La principal fuente sobre la vida de San Atanasio es la de sus propios escritos; pero el santo estuvo tan mezclado a la historia de su época, que habría que citar a innumerables autores. El cardenal Newman, siendo todavía anglicano, hizo inteligible la complicada situación de la época, tanto en su obra sobre San Atanasio mismo, como en *Causes of the Rises and Success of Arrianism.* Hay también un brillante capítulo sobre San Atanasio en *The Greek Fathers* (1908), de A. Fortescue. En francés existen dos excelentes obras cortas: la de F. Cavallera (1908) y la de G. Bardy (1914), en la colección *Les Saints.* Hay que citar también, cuatro valiosos artículos de E. Schwartz, en *Nachrichten* de la Academia de Göttingen (1904 y 1911). Quien desee una bibliografía más extensa, puede consultar Bardenhewer, *Patrologie* y *Geschichte der altkirchlichen Literatur;* las obras más recientes están citadas en *The Study of St Athanasius* (1945).

SANTOS EXUPERIO y ZOE, MÁRTIRES (*c.* 135 P.C.)

EXUPERIO (o Héspero) y su esposa Zoe eran esclavos de un hombre muy rico, llamado Cátalo. Vivían en Atalía, ciudad de Panfilia, en el Asia Menor, en la época del emperador Adriano. Ambos habían nacido cristianos y, aunque habían abandonado la práctica religiosa, educaron en la fe a sus dos hijos, Ciríaco y Teódulo. El ejemplo de sus hijos los hizo salir de su indiferencia y se rehusaron a aceptar el pan ofrecido a los dioses, que su amo les había enviado con motivo del cumpleaños de su hijo. Por ello, fueron arrestados junto con Ciríaco y Teódulo. Los cuatro confesaron valientemente a Cristo ante el juez. Ciríaco y Teódulo fueron torturados en presencia de sus padres. Los cuatro murieron en un horno ardiente. Justiniano construyó en Constantinopla una iglesia en honor de Santa Zoe, probablemente destinada a guardar sus reliquias. Pero, una parte de los restos de los cuatro mártires, fueron trasladados a Clermont, donde se veneran todavía.

Todos los sinaxarios conmemoran el 2 de mayo a estos mártires (ver en particular el *Synaxarium Constantinopolitanum,* ed. Delehaye, cc. 649-650). En *Acta Sanctorum,* mayo, vol. I, puede verse el texto de las actas griegas, que carecen de valor histórico. Es difícil explicar la transformación del nombre de Héspero, que aparece en todos los manuscritos, en el nombre de Exuperio, que da el Martirologio Romano.

SAN WALDEBERTO, ABAD (665 P.C.)

ENTRE LOS sucesores de San Columbano en el monasterio de Luxeuil, el más famoso durante su vida y el más venerado después de muerto, fue el tercer abad, llamado Waldeberto (o Walberto o Gauberto). Esto se debe, en parte, a que su largo gobierno coincidió con el período más glorioso de la historia de la

abadía y en parte, a los numerosos milagros que se atribuyeron al santo. El pueblo conservó, como reliquias extraordinariamente milagrosas, todos los objetos que San Waldeberto había tocado, en particular la taza de madera en que bebía. En el siglo X, un monje de Luxeuil, llamado Anso, escribió todo un libro sobre los milagros del santo.

Waldeberto era un noble franco. Siendo todavía joven, se presentó con uniforme militar en la abadía de Luxeuil y pidió ser admitido en ella al abad San Eustacio. Sus armas y el uniforme, que cambió por el hábito, estuvieron muchos siglos colgados del techo de la iglesia abacial. Era tal el fervor de Waldeberto, que sus superiores le concedieron sin dificultad el permiso de llevar vida de solitario, a cinco kilómetros de la abadía. A la muerte de San Eustacio, como San Galo se rehusase a sucederle en el cargo, los monjes eligieron abad a San Waldeberto, quien gobernó sabiamente durante cuarenta años. El fue quien sustituyó la regla de San Columbano por la de San Benito y obtuvo, para Luxeuil, del Papa Juan IV, el privilegio de la exención de la autoridad episcopal, del que ya gozaban las abadías de Lérins y Agaunum. San Waldeberto regaló a la abadía toda su herencia, en tanto que otros muchos bienhechores la enriquecieron bajo su gobierno. En realidad, todos los dones eran insuficientes para mantener a los numerosos candidatos que pedían la admisión en Luxeuil, de donde partían constantemente grupos nutridos de monjes a fundar otros monasterios en diferentes regiones de Francia. San Waldeberto gobernó también varios conventos de religiosas y ayudó a Santa Salberga a fundar el famoso convento de Laon. El santo abad murió hacia el año 665.

El abad Anso escribió un relato de la vida y milagros de San Waldeberto unos tres siglos después de la muerte del santo; dicho relato se halla en Mabillon y *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I. Ver también J. B. Clerc, *Ermitage et vie de S. Calbert* (1861); H. Baumont, *Etude historique sur Luxeuil* (1896); J. Poinsotte, *Les Abbés de Luxeuil* (1900).

SANTA MAFALDA o MATILDE (1252 P.C.)

EL AÑO de 1215, a los once de edad, la princesa Mafalda o Matilde, hija del rey Sancho I de Portugal, se casó con su pariente, el rey Enrique I de Castilla, que era también menor de edad. El matrimonio fue anulado al año siguiente, a causa del parentesco de los cónyuges y Matilde volvió a su patria, donde tomó el velo en el convento benedictino de Arouça. Como la disciplina religiosa estuviese muy relajada, Matilde persuadió a la comunidad para que adoptase la regla cisterciense. La santa era extraordinariamente austera. Consagró su cuantiosa herencia a obras de piedad y de caridad. Entre otras cosas, restauró la catedral de Oporto, fundó un albergue para peregrinos, construyó un puente sobre el Talmeda e instituyó una fundación para el sostenimiento de doce viudas, en Arouça. Cuando comprendió que se aproximaba su última hora, pidió que la recostasen sobre un montón de ceniza, según la costumbre medieval. Sus últimas palabras fueron: "Señor, espero en Tí." Su cuerpo resplandeció con un brillo misterioso y, cuando lo desenterraron, en 1617, estaba tan fresco y flexible como si acabase de morir. El culto a Santa Matilde fue confirmado en 1793:

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, hay un artículo sobre Santa Matilde, basado principalmente en documentos cistercienses. También hay una biografía de las santas Matilde, Teresa y Sancha en *Portugal glorioso e illustrado*, etc. de J. P. Bayao (1727).

BEATO CONRADO DE SELDENBÜREN (1126 P.C.)

EL BEATO Conrado, descendiente de la familia de los príncipes de Seldenbüren, fue el fundador de la célebre abadía benedictina de Engelberg, en Unterwalden. Conrado había decidido consagrar una parte de su herencia a la fundación de un monasterio en un sitio que, según la tradición, le había revelado la Santísima Virgen. Por razones que ignoramos, la construcción debió interrumpirse durante algún tiempo, ya que había comenzado en 1082 y no quedó determinada sino hasta 1120. Después de emplear el resto de su fortuna en la construcción de un convento para religiosas, el fundador fue a Roma, donde obtuvo el reconocimiento de los dos establecimientos y numerosos privilegios. En seguida abandonó el mundo y recibió el hábito de hermano lego, de manos de San Adelelmo. Conrado tuvo que salir de su apacible retiro, por orden de su superior, para defender algunas de las propiedades que había regalado a la abadía, contra las reclamaciones de ciertos usurpadores. En Zurich, donde fue a entrevistarse con sus adversarios, sin sospechar lo que le esperaba, éstos cayeron sobre él y le mataron. Su cuerpo fue trasladado a Engelberg, donde se conservó incorrupto hasta que la abadía fue incendiada, en 1729.

No existe ninguna biografía contemporánea del beato: En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, hay un breve relato de su vida. Ver los dos artículos de A. Brackmann, en *Abhandlungen*, de la Academia Prusiana (1928) y la obra de B. Egger, *Konrad von Seldenbüren* (1926). Los monjes de Engelberg fundaron, en los Estados Unidos las abadías de Mount Angel, (Oregon), y Conception, (Missouri).

3: LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ (*c.* 326 P.C.)

LA FIESTA de la "Inventio", es decir, del descubrimiento de la Santa Cruz, que se celebra el día de hoy con rito doble de segunda clase, podría parecer más importante que la fiesta de la "Exaltatio", que se celebra en septiembre con rito doble simplemente. Sin embargo, existen muchas pruebas de que, la fiesta del mes de septiembre es más antigua y de que hubo muchas confusiones sobre los dos incidentes de la historia de la Santa Cruz, que dieron origen a las respectivas celebraciones. A decir verdad, ninguna de las dos fiestas estaba originalmente relacionada con el descubrimiento de la Cruz. La de septiembre conmemoraba la solemne dedicación, que tuvo lugar el año 335, de las iglesias que Santa Elena indujo a Constantino a construir en el sitio del Santo Sepulcro. Por lo demás, no podemos asegurar que la dedicación se haya celebrado, precisamente, el 14 de septiembre. Es cierto que el acontecimiento tuvo lugar en septiembre; pero, dado que cincuenta años después, en tiempos de la peregrina Eteria, la conmemoración anual duraba una semana, no hay razón para preferir un día determinado a otro. Eteria dice lo siguiente: "Así pues, la dedicación de esas santas iglesias se celebra muy solemnemente, sobre todo, porque la Cruz del Señor fue descubierta el mismo día. Por eso precisamente, las susodichas santas iglesias fueron consagradas el día del descubrimiento de la Santa Cruz para que la celebración de ambos acontecimientos tuviese lugar en la misma fecha." De aquí parece deducirse que en Jerusalén se celebraba en

septiembre el descubrimiento de la Cruz; de hecho, un peregrino llamado Teodosio lo afirmaba así, en el año 530.

Pero en la actualidad, la Iglesia celebra el 14 de septiembre un acontecimiento muy diferente, a saber: la hazaña del emperador Heraclio, quien, el año 629, recuperó las reliquias de la Cruz que el rey Cosroes II, de Persia, se había llevado de Jerusalén unos años antes. El Martirologio Romano y las lecciones del Breviario lo dicen claramente. Sin embargo, hay razones para pensar que el título de "Exaltación de la Cruz" aluda al acto físico de levantar la sagrada reliquia para presentarla a la veneración del pueblo y es también probable que la fiesta se haya llamado así desde una época anterior a la de Heraclio.

Por lo que se refiere a los hechos reales del descubrimiento de la Cruz, que son los que aquí interesan, debemos confesar que carecemos de noticias de la época. El "Peregrino de Burdeos" no habla de la Cruz el año 333. El historiador Eusebio, contemporáneo de los hechos, de quien podríamos esperar abundantes detalles, no menciona el descubrimiento, aunque parece no ignorar que había tres santuarios en el sitio del Santo Sepulcro. Así pues, cuando afirma que Constantino "adornó un santuario consagrado al emblema de salvación", podemos suponer que se refiere a la capilla "Gólgota", en la que, según Eteria, se conservaban las reliquias de la Cruz. San Cirilo, obispo de Jerusalén, en las instrucciones catequéticas que dio en el año 346, en el sitio en que fue crucificado el Salvador, menciona varias veces el madero de la Cruz, "que fue cortado en minúsculos fragmentos, en este sitio, que fueron distribuídos por todo el mundo." Además, en su carta a Constancio, afirma expresamente que "el madero salvador de la Cruz fue descubierto en Jerusalén, en tiempos de Constantino". En ninguno de estos documentos se habla de Santa Elena, que murió el año 330. Tal vez el primero que relaciona a la santa con el descubrimiento de la Cruz sea San Ambrosio, en el sermón "De Obitu Theodosii", que predicó el año 395; pero, por la misma época y un poco más tarde, encontramos ya numerosos testigos, como San Juan Crisóstomo, Rufino, Paulino de Nola, Casiodoro y los historiadores de la Iglesia, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto. San Jerónimo, que vivía en Jerusalén, se hacía eco de la tradición, al relacionar a Santa Elena con el descubrimiento de la Cruz. Desgraciadamente, los testigos no están de acuerdo sobre los detalles. San Ambrosio y San Juan Crisóstomo nos informan que las excavaciones comenzaron por iniciativa de Santa Elena y dieron por resultado el descubrimiento de tres cruces; los mismos autores añaden que la Cruz del Señor, que estaba entre las otras dos, fue identificada gracias al letrero que había en ella. Por otra parte, Rufino, a quien sigue Sócrates, dice que Santa Elena ordenó que se hiciesen excavaciones en un sitio determinado por divina inspiración y que ahí, se encontraron tres cruces y una inscripción. Como era imposible saber a cuál de las cruces pertenecía la inscripción, Macario, el obispo de Jerusalén, ordenó que llevasen al sitio del descubrimiento a una mujer agonizante. La mujer tocó las tres cruces y quedó curada al contacto de la tercera, con lo cual se pudo identificar la Cruz del Salvador. En otros documentos de la misma época aparecen versiones diferentes sobre la curación de la mujer, el descubrimiento de la Cruz y la disposición de los clavos, etc. En conjunto, queda la impresión de que aquellos autores, que escribieron más de sesenta años después de los hechos y se preocupaban, sobre todo, por los detalles edificantes, se

dejaron influenciar por ciertos documentos apócrifos que, sin duda, estaban ya en circulación.

El más notable de dichos documentos es el tratado "De inventione crucis dominicae", del que el decreto pseudogelasiano (*c.* 550) dice que se debe desconfiar. No cabe duda de que ese pequeño tratado alcanzó gran divulgación. El autor de la primera redacción del *Liber Pontificalis* (*c.* 532) debió manejarlo, pues lo cita al hablar del Papa Eusebio. También debieron conocerlo los revisores del *Hieronymianum*, en Auxerre, en el siglo VII.* Aparte de los numerosos anacronismos del tratado, lo esencial es lo siguiente: El emperador Constantino se hallaba en grave peligro de ser derrotado por las hordas de bárbaros del Danubio. Entonces, presenció la aparición de una cruz muy brillante, con una inscripción que decía: "Con este signo vencerás". La victoria le favoreció, en efecto. Constantino, después de ser instruido y bautizado por el Papa Eusebio en Roma, movido por el agradecimiento, envió a su madre Santa Elena a Jerusalén para buscar las reliquias de la Cruz. Los habitantes no supieron responder a las preguntas de la santa; pero, finalmente, recurrió a las amenazas y consiguió que un sabio judío, llamado Judas, le revelase lo que sabía. Las excavaciones, muy profundas, dieron por resultado el descubrimiento de tres cruces. Se identificó la verdadera Cruz, porque resucitó a un muerto. Judas se convirtió al presenciar el milagro. El obispo de Jerusalén murió precisamente entonces, y Santa Elena eligió al recién convertido Judas, a quien en adelante se llamó Ciríaco, para suceder al obispo. El Papa Eusebio acudió a Jerusalén para consagrarle y, poco después, una luz muy brillante indicó el sitio en que se hallaban los clavos. Santa Elena, después de hacer generosos regalos a los Santos Lugares y a los pobres de Jerusalén, exhaló el último suspiro, no sin haber encargado a los fieles que celebrasen anualmente una fiesta, el 3 de mayo ("quinto Nonas Maii"), día del descubrimiento de la Cruz. Parece que Sozomeno (lib. II, c. I) conocía ya, antes del año 450, la leyenda del judío que reveló el sitio en que estaba enterrada la Cruz. Dicho autor no califica a esa leyenda como pura invención, pero la desecha como poco probable.

Otra leyenda apócrifa aunque menos directamente relacionada con el descubrimiento de la Cruz, aparece como una digresión, en el documento sirio llamado "La doctrina de Addai." Ahí se cuenta que, menos de diez años después de la Ascensión del Señor, Protónica, la esposa del emperador Claudio César, fue a Tierra Santa, obligó a los judíos a que confesaran dónde habían escondido las cruces y reconoció la del Salvador por el milagro que obró en su propia hija. Algunos autores pretenden que en esta leyenda se basa la del descubrimiento de la Cruz por Santa Elena, en tiempos de Constantino. Mons. Duchesne opinaba que "La Doctrina de Addai" era anterior al *De inventione crucis dominicae*, pero hay argumentos muy fuertes en favor de la opinión contraria.

Dado el carácter tan poco satisfactorio de los documentos, la teoría más probable es la de que se descubrió la Santa Cruz con la inscripción, en el curso de las excavaciones que se llevaron a cabo para construir la basílica cons-

* Es curioso que Mons. Duchesne haya dicho en *Origines* ("Christian Worship", p. 275, n. 2; y cf. *Liber Pontificalis*, vol. I, p. 378, n. 29) que "en el manuscrito Epternach no se menciona la fiesta de la cruz". Se habla de ella el 7 de mayo, lo mismo que en el calendario de San Wilibrordo.

tantiniana del Calvario. El descubrimiento, al que siguió sin duda un período de vacilaciones y de investigación, sobre la autenticidad de la cruz, dio probablemente origen a una serie de rumores y conjeturas, que tomaron forma en el tratado *De inventione crucis dominicae.* Es posible que la participación de Santa Elena en el suceso, se redujese simplemente a lo que dice Eteria: "Constantino, movido por su madre ("sub praesentia matris suae"), embelleció la iglesia con oro, mosaicos y mármoles preciosos." La victoria se atribuye siempre a un soberano, aunque sean los generales y los soldados quienes ganan las batallas. Lo cierto es que, a partir de mediados del siglo IV, las pretendidas reliquias de la Cruz se esparcieron por todo el mundo, como lo afirma repetidas veces San Cirilo y lo prueban algunas inscripciones fechadas en Africa y otras regiones. Todavía más convincente es el hecho de que, a fines del mismo siglo, los peregrinos de Jerusalén veneraban con intensa devoción el palo mayor de la Cruz. Eteria, que presenció la ceremonia, dejó escrita una descripción de ella. En la vida de San Porfirio de Gaza, escrita unos doce años más tarde, tenemos otro testimonio de la veneración que se profesaba a la santa reliquia y, casi dos siglos después el peregrino conocido con el nombre, incorrecto de Antonino de Piacenza, nos dice: "adoramos y besamos" el madero de la Cruz y tocamos la inscripción.

Por un Motu Proprio de Juan XXIII del 25 de julio de 1960, esta fiesta fue suprimida del Calendario Romano.

Existe una abundante literatura sobre los puntos que hemos discutido en nuestro artículo. Véanse las referencias bibliográficas del artículo de Dom Leclercq en DAC., vol. III, cc. 3131-3139. También *Acta Sanctorum,* mayo, vol. I; Duchesne, *Liber Pontificalis,* vol. I, pp. CVII-CIX y pp. 75, 167, 378; Kellner *Heortology* (1908), pp. 333-341; J. Straubinger, *Die Kreuzauffindungslegende* (1912); A. Halusa, *Das Kreuzesholz in Geschichte und Legende* (1926); H. Thurston en *The Month,* mayo de 1930, pp. 420-429. Los historiadores se inclinan a creer que esta fiesta no es de origen romano, ya que el Sacramentario Gregoriano no la menciona; pero, por lo que toca al occidente, el primer país que empezó a celebrarla fue probablemente la Galia. El *Félire* de Oengus y la mayoría de los manuscritos del *Hieronymianum* hacen mención de la fiesta; pero, como lo hicimos notar más arriba, el manuscrito Epternach asigna como la fecha el 7 de mayo. Según parece, esta última fecha se relaciona con la fiesta que se celebraba en Jerusalén y Armenia en memoria de la cruz de fuego que apareció en el cielo el 7 de mayo del año 351, como lo cuenta San Cirilo en una carta al emperador Constancio. Muy probablemente la fecha del 3 de mayo proviene del tratado apócrifo *De inventione crucis dominicae.* La más antigua mención de la celebración de la Santa Cruz en occidente parece ser la del leccionario de Silos (*c.* 650), donde se lee: "dies sanctae crucis".

SANTOS ALEJANDRO, EVENCIO Y TEODULO, MÁRTIRES (*c.* 113 P.C.)

EL SEGUNDO párrafo del Martirologio Romano, en este día, dice lo siguiente: "En Roma, en la Vía Nomentana, el martirio de los santos Alejandro, Papa, Evencio y Teódulo, sacerdotes. Alejandro, después de haber soportado las cadenas, la prisión, el potro, los garfios de acero y la tortura del fuego, bajo el emperador Adriano y el juez Aureliano, murió atravesado en todos sus miembros por agudos punzones. Evencio y Teódulo, al cabo de una larga prisión, sufrieron la tortura del fuego y fueron decapitados." Aunque los martirologios sucesivos han repetido lo esencial de este párrafo durante 1200 años, las "actas" en que se basa son un documento que carece absolutamente de valor histórico. La afir-

mación de que el Alejandro aquí mencionado fue Papa, constituye, casi seguramente, un error. En el *Hieronymianum* el nombre de Evencio aparece en primer lugar; y, en una inscripción fragmentaria, descubierta en 1855, en la Vía Nomentana, donde se sitúa el martirio, debía haber otro nombre antes del de Alejandro. Por otra parte, en ninguno de esos dos monumentos históricos se le llama "episcopus". Indudablemente que había tres mártires sepultados en ese sitio, pero lo único que sabemos de ellos es su nombre. El *Liber Pontificalis* habla apenas del Papa Alejandro; le atribuye la introducción de la cláusula "Qui pridie quam pateretur", en el canon de la misa y la costumbre de guardar agua bendita en las casas; pero el dato de que su sepultura se halla en la Vía Nomentana, está tomado de una versión de las "actas" tan poco fidedignas, arriba mencionadas.

Las *actas* se hallan en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I. Ver también Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, p. XCI; Quentin, *Les Martyrologes historiques*, p. 58 y passim; Delehaye, CMH., pp. 227-228; y Marucchi, *Il Cimetero e la Basilica di S. Alessandro alla via Nomentana* (1922).

SANTOS TIMOTEO y MAURA, Mártires (*c.* 286 P.C.)

ARRIANO PREFECTO de la Tebaida, en el Alto Egipto, aplicó con particular severidad los crueles edictos persecutorios de Diocleciano. Entre sus víctimas se contaron los jóvenes esposos Timoteo y Maura. Timoteo era lector en la iglesia de Penapeis, cerca de Antinoe y, tanto él como su esposa, se dedicaban con ardor al estudio de la Sagrada Escritura. Veinte días después de su matrimonio, Timoteo fue conducido ante el gobernador, quien le ordenó que entregase los libros sagrados para quemarlos públicamente. Como se negase a ello, los verdugos le introdujeron hierros candentes en las orejas, le cortaron los párpados y le aplicaron otras torturas. Al ver que permanecía inconmovible, el gobernador mandó llamar a Maura para que le hiciese flaquear en su resolución. En vez de obedecer al gobernador, Maura declaró que estaba pronta a morir con su esposo. Los verdugos le arrancaron los cabellos y después la clavaron a un muro junto con Timoteo; los mártires estuvieron clavados nueve días antes de morir.

En oriente se veneraba mucho a estos mártires, aunque su culto se introdujo en una época relativamente tardía en Constantinopla. Las actas griegas pueden verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, (apéndice); ver también el *Synaxarium Constantinopolitanum* (ed. Delehaye), cc. 649-652.

SAN JUVENAL, Obispo de Narni (*c.* 376 P.C.)

EL PATRONO principal de Narni y titular de su catedral es San Juvenal, primer obispo de la ciudad, cuyo santuario y cuya tumba original se conservan todavía. En el curso de la historia, se le ha confundido con otros santos prelados del mismo nombre. La biografía completa trazada por los bolandistas, a partir de las noticias fragmentarias que se encuentran en los libros y en los manuscritos, contiene evidentemente muchos detalles legendarios. Según dicha narración, Juvenal, que era sacerdote y médico, se trasladó del oriente a Narni, donde le acogió amablemente una mujer llamada Filadelfia. Movido por los ruegos de los cristianos de la región, el Papa Dámaso transformó a Narni en diócesis y con-

sagró obispo a Juvenal. Un día en que el santo pasaba frente a un toro de bronce que se hallaba en el pórtico de un templo de Baco, un sacerdote pagano le golpeó en la boca con el pomo de su espada, porque se negaba a ofrecer sacrificios a los dioses. El obispo retuvo el arma entre los dientes y el sacerdote, en un violento esfuerzo por recuperarla, se degolló a sí mismo. El incidente provocó instantáneamente la conversión de los paganos que lo presenciaron. En el quinto año del gobierno de San Juvenal, las tropas de ligurianos y sármatas que habían tomado Terni, atacaron la ciudad de Narni. San Juvenal subió a la muralla, donde entonó el salmo XXXIV y oró en voz alta por el pueblo. Apenas acababa la asamblea de responder: "Amén", cuando se desató una violenta tempestad en la que perecieron ahogados tres mil hombres del enemigo. Así se salvó la ciudad de Narni. El santo gobernó su diócesis durante siete años y murió hacia el año 376. San Gregorio el Grande habla varias veces de San Juvenal y le presenta como mártir; pero parece que le confunde con otro San Juvenal que fue martirizado en Benevento.

Los bolandistas han reunido gran cantidad de materiales arqueológicos relacionados con el culto de San Juvenal. Ver *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I; Lanzoni, *Le Diocesi d'Italia*, vol. I, pp. 402 ss.; *Römische Quartalschrift*, 1905, pp. 42-49; y 1911, pp. 5-71. Cf. *Neues Archiv*, 1919, pp. 526-555.

SAN FELIPE DE ZELL (Siglo VIII)

En el reinado de Pepino, padre de Carlomagno, vivía en el palatinado del Rin, no lejos de la actual ciudad de Worms, un ermitaño llamado Felipe, muy famoso por su santidad y milagros. Era inglés de nacimiento. Se había establecido en Nahegau, después de una peregrinación a Roma, donde había recibido la ordenación sacerdotal. Uno de los principales visitantes del santo ermitaño era el rey Pepino, quien, según la leyenda, solía ir frecuentemente a conversar con él de cosas espirituales. El biógrafo de Felipe, que escribió un siglo después de la muerte del santo, afirma que sus conversaciones hicieron que Pepino "empezara a temer y a amar a Dios y a poner toda su confianza en El". Como en el caso de tantos otros ermitaños, Felipe tenía un extraño dominio sobre los animales del bosque: los pájaros iban a posarse sobre sus hombros y a comer en sus manos, las liebres correteaban junto a él y lamían sus pies. Otro sacerdote, llamado Horscolfo, se unió a San Felipe para orar en su compañía y ayudarle a cultivar la tierra. Una noche, unos ladrones se robaron los dos bueyes que los ermitaños empleaban para labrar la tierra. Los ladrones anduvieron errantes toda la noche por el bosque, sin encontrar el camino y, a la mañana siguiente, se encontraron de nuevo delante de la ermita. Llenos de arrepentimiento, se arrojaron a los pies de San Felipe a pedirle perdón. El siervo de Dios los tranquilizó, los trató como huéspedes y les mostró el camino. Poco a poco, se unieron otros discípulos a los dos ermitaños y se construyó una iglesia.

Se dice que, al volver de un viaje, Horscolfo encontró a Felipe muerto. Con las lágrimas en los ojos, el discípulo rogó a su maestro que le diese la bendición, pues no había podido pedírsela antes de partir. El cadáver se irguió y dijo: "Vé en paz y que Dios te ayude en todo. Cuida este sitio mientras vivas. Sano y salvo partirás, sano y salvo retornarás." Después de dar la bendición a Horscolfo, el cadáver se recostó nuevamente en el féretro. Horscolfo se quedó a vivir ahí

hasta los cien años y, a esa edad, fue a reunirse con su maestro. Más tarde, se construyeron en ese sitio un monasterio y una iglesia, En el transcurso de los siglos, la parroquia ahí erigida tomó el nombre de Zell, es decir, celda, en honor de la ermita de San Felipe.

El autor de la vida de San Felipe (*Acta Sanctorum*, mayo, vol. I) es desconocido; pero ciertamente no fue contemporáneo del santo como afirman algunos autores. El texto de esa biografía y otros documentos han sido editados en forma más crítica por A. Hofmeister en el volumen suplementario de *Scriptores*, vol. xxx, pte. 2, pp. 796-805, Pertz, MGH. En la revista *Der Katholik* de Mainz (1877, 1896, 1898 y 1899) se publicaron algunos datos interesantes sobre el culto de San Felipe.

BEATO NUNZIO SULPRIZIO (1836 P.C.)

DIOS, QUIEN a menudo, con su inefable sabiduría elige a los débiles del mundo para confundir a los fuertes (1 Cor. 1,27) y de la boca de los párvulos y de los lactantes hace brotar sus alabanzas (Ps. 8,3) distinguió a Nunzio Sulprizio con tan celestiales gracias, que desde niño floreció en virtudes y fue después un nuevo ejemplo para los obreros, principalmente jóvenes.

Nunzio nació en el pueblo de Pesculo Sampsonisco, de la diócesis de Pinna, en 1817, de padres pobres y piadosos. Muerto su padre muy pronto, su madre contrajo nuevas nupcias, por lo que se hizo cargo del niño su tío José. Este, de oficio herrero, puso a trabajar al niño, tierno aún, en la fragua, mientras la abuela de Nunzio se encargaba de infundirle la piedad de su alma.

Con mucho empeño Nunzio respondió a los cuidados religiosos de su abuela. Desde entonces, el niño se dedicaba a la oración y al ejercicio de las obras buenas.

Su tío, sin embargo, impuso a Nunzio, que no contaba con más de 6 años, trabajos de herrería superiores a sus fuerzas, fatigándole en demasía y privándole muchas veces de alimento. No raras veces el niño tenía que soportar los azotes de su tío. Por ello enfermó el pequeño de una espantosa llaga en la pierna. Fue llevado a un hospital de Nápoles, en donde trataron de curarle la herida durante dos años y en donde dejó ejemplo de sus sólidas virtudes, al grado de que todos volvían hacia él sus ojos y sus corazones. En especial un hombre ilustre vio con tanto amor a Nunzio, que lo llevó a su casa y él mismo se encargó de atenderlo durante los dos años que le quedaban de vida.

Nunzio agradeció al ilustre varón sus cuidados con sincero afecto, a la par que se esforzaba por adelantar en las virtudes de la perfección evangélica. No hubo fuerza humana que pudiera sanar su enfermedad. Por el contrario, se agravaba poco a poco, hasta el grado de no poderse levantar ya más de su lecho. El día 3 de mayo de 1836, fortificado con el alimento celestial y con todos los consuelos de la religión cristiana, durmió en el Señor a la edad de 19 años.

La fama de santidad que dio Nunzio durante su vida, se aumentó y se difundió considerablemente después de su muerte. Dios quiso dar testimonio de su siervo con señales milagrosas, por lo que se introdujo su causa de beatificación.

Examinado el proceso por la potestad ordinaria en las curias eclesiáticas de Pinna y Nápoles, se introdujo su causa ante la Sagrada Congregación de Ritos el día 14 de julio de 1859. El Papa León XIII decretó el 21 de julio de 1891

que las virtudes ejercitadas por Nunzio Sulprizio eran dignas de considerarse heroicas.

Pío IX lo declaró venerable, en virtud del decreto que introducía el proceso. Su Santidad Juan XXIII, el día 7 de marzo, declaró solemnemente que constaba con claridad de sus dos milagros. Finalmente el 1o. de diciembre de 1963, el Papa Pablo VI lo beatificó solemnemente.

Los datos de esta biografía están tomados del Decreto de Beatificación, *Acta Apostolicae Sedis*, 7-12 octubre, 1963, vol. LV.

4: SANTA MONICA, VIUDA (387 P.C.)

LA IGLESIA venera a Santa Mónica, santa esposa y santa viuda, que no sólo dio la vida corporal al famosísimo doctor San Agustín, sino que fue el principal instrumento de que Dios se valió para darle la vida de la gracia. Mónica nació en Africa del Norte, probablemente en Tagaste, a cien kilómetros de Cartago, el año 332. Sus padres, que eran cristianos, confiaron la educación de la niña a una institutriz que sabía formar a sus pupilas, aunque las trataba con cierta rudeza. Una de las costumbres que les inculcaba, era la de no beber nunca entre comidas. "Ahora queréis agua —les decía—; pero cuando seáis amas de casa y tengáis la bodega a vuestra disposición, querréis vino, de suerte que tenéis que acostumbraros desde ahora." Pero cuando Mónica tenía ya la edad suficiente para que le encargasen que trajera el vino de la bodega, olvidó los excelentes consejos de la institutriz; empezó por beber unos tragitos a escondidas y acabó por beber vasos enteros. Pero cierto día un esclavo que la había visto beber y con quien Mónica tuvo un altercado, la llamó "borracha". La joven sintió tal vergüenza, que no volvió a ceder jamás a la tentación. A lo que parece, desde el día de su bautismo, que tuvo lugar poco después de aquel incidente, llevó una vida ejemplar en todos sentidos.

Cuando llegó a la edad de contraer matrimonio, sus padres la casaron con un ciudadano de Tagaste, llamado Patricio. Era éste un pagano que no carecía de cualidades, pero era de temperamento muy violento y vida disoluta. Mónica tuvo que perdonarle muchas cosas, pero todo lo soportó con la paciencia de un carácter fuerte y bien disciplinado. Por su parte, Patricio, aunque criticaba la piedad de su esposa y su liberalidad para con los pobres, la respetó siempre mucho y, ni en sus peores explosiones de cólera, levantó la mano contra ella. Cuando otras mujeres casadas se quejaban con Mónica de la conducta de sus maridos y le mostraban las huellas de los golpes que habían recibido, la santa no vacilaba en decirles que muy probablemente lo habían merecido por tener la lengua tan suelta. A la larga, Mónica, con su ejemplo y oraciones, convirtió al cristianismo no sólo a su esposo, sino también a su suegra, mujer de carácter difícil, cuya presencia constante en el hogar de su hijo había dificultado aún más la vida de Mónica. Patricio murió santamente en 371, al año siguiente de su bautismo. Tres de sus hijos habían sobrevivido, dos hombres y una mujer. Las ambiciones de Patricio y Mónica se habían concentrado en el primogénito, Agustín, que era extraordinariamente inteligente, por lo que habían decidido darle la mejor educación posible. Pero el carácter caprichoso, egoísta e indolente

del joven había hecho sufrir mucho a su madre. Agustín había sido catecúmeno en la adolescencia y, durante una enfermedad que le había puesto a las puertas de la muerte, estuvo a punto de recibir el bautismo; pero al recuperar rápidamente la salud, pospuso el cumplimiento de sus buenos propósitos. Cuando murió su padre, Agustín tenía diecisiete años y estudiaba retórica en Cartago. Dos años más tarde, Mónica tuvo la enorme pena de saber que su hijo llevaba una vida disoluta y había abrazado la herejía maniquea. Cuando Agustín volvió a Tagaste, Mónica le cerró las puertas de su casa, durànte algún tiempo, para no oír las blasfemias del joven. Pero una consoladora visión que tuvo, la hizo tratar menos severamente a su hijo. Soñó, en efecto, que se hallaba en el bosque, llorando la caída de Agustín, cuando se le acercó un personaje resplandeciente y le preguntó la causa de su pena. Después de escucharla, le dijo que secase sus lágrimas y añadió: "Tu hijo está contigo." Mónica volvió los ojos hacia el sitio que le señalaba y vio a Agustín a su lado. Cuando Mónica contó a Agustín sl sueño, el joven respondió con desenvoltura que Mónica no tenía más que renunciar al cristianismo para estar con él; pero la santa respondió al punto: "No se me dijo que yo estaba contigo, sino que tú estabas conmigo."

Esta hábil respuesta impresionó mucho a Agustín, quien más tarde la consideraba como una inspiración del cielo. La escena que acabamos de narrar, tuvo lugar hacia fines del año 337, es decir, casi nueve años antes de la conversión de Agustín. En todo ese tiempo, Mónica no dejó de orar y llorar por su hijo, de ayunar y velar, de rogar a los miembros del clero que discutiesen con él, por más que éstos le aseguraban que era inútil hacerlo, dadas las disposiciones de Agustín. Un obispo, que había sido maniqueo, respondió sabiamente a las súplicas de Mónica: "Vuestro hijo está actualmente obstinado en el error, pero ya vendrá la hora de Dios." Como Mónica siguiese insistiendo, el obispo pronunció las famosas palabras: "Estad tranquila, es imposible que se pierda el hijo de tantas lágrimas." La respuesta del obispo y el recuerdo de la visión eran el único consuelo de Mónica, pues Agustín no daba la menor señal de arrepentimiento.

Cuando tenía veintinueve años, el joven decidió ir a Roma a enseñar la retórica. Aunque Mónica se opuso al plan, pues temía que no hiciese sino retardar la conversión de su hijo, estaba dispuesta a acompañarle si era necesario. Fue con él al puerto en que iba a embarcarse; pero Agustín, que estaba determinado a partir solo, recurrió a una vil estratagema. Fingiendo que iba simplemente a despedir a un amigo, dejó a su madre orando en la iglesia de San Cipriano y se embarcó sin ella. Más tarde, escribió en las "Confesiones": "Me atreví a engañarla, precisamente cuando ella lloraba y oraba por mí." Muy afligida por la conducta de su hijo, Mónica no dejó por ello de embarcarse para Roma; pero al llegar a esa ciudad, se enteró de que Agustín había partido ya para Milán. En Milán conoció Agustín al gran obispo San Ambrosio. Cuando Mónica llegó a Milán, tuvo el indecible consuelo de oír de boca de su hijo que había renunciado al maniqueísmo, aunque todavía no abrazaba el cristianismo. La santa, llena de confianza, pensó que lo haría, sin duda, antes de que ella muriese.

En San Ambrosio, por quien sentía la gratitud que se puede imaginar, Mónica encontró a un verdadero padre. Siguió fielmente sus consejos, abandonó algunas prácticas a las que estaba acostumbrada, como la de llevar vino, legumbres y pan a las tumbas de los mártires; había empezado a hacerlo así, en Milán, como lo hacía antes en Africa; pero en cuanto supo que San Ambrosio

lo había prohibido porque daba lugar a algunos excesos y recordaba las "parentalia" paganas, renunció a la costumbre. San Agustín hace notar que tal vez no hubiese cedido tan fácilmente de no haberse tratado de San Ambrosio. En Tagaste Mónica observaba el ayuno del sábado, como se acostumbraba en Africa y en Roma. Viendo que la práctica de Milán era diferente, pidió a Agustín que preguntase a San Ambrosio lo que debía hacer. La respuesta del santo ha sido incorporada al derecho canónico: "Cuando estoy aquí no ayuno los sábados; en cambio, ayuno los sábados cuando estoy en Roma. Haz lo mismo y atente siempre a la costumbre de la Iglesia del sitio en que te halles." Por su parte, San Ambrosio tenía a Mónica en gran estima y no se cansaba de alabarla ante su hijo. Lo mismo en Milán que en Tagaste, Mónica se contaba entre las más devotas cristianas; cuando la reina madre, Justina, empezó a perseguir a San Ambrosio, Mónica fue una de las que hicieron largas vigilias por la paz del obispo y se mostró pronta a morir por él.

Finalmente, en agosto del año 386, llegó el ansiado momento en que Agustín anunció su completa conversión al catolicismo. Desde algún tiempo antes, Mónica había tratado de arreglarle un matrimonio conveniente, pero Agustín declaró que pensaba permanecer célibe toda su vida. Durante las vacaciones de la época de la cosecha, se retiró con su madre y algunos amigos a la casa de veraneo de uno de ellos, que se llamaba Verecundo, en Casiciaco. El santo ha dejado escritas en sus "Confesiones" algunas de las conversaciones espirituales y filosóficas en que pasó el tiempo de su preparación para el bautismo. Mónica tomaba parte en esas conversaciones, en las que demostraba extraordinaria penetración y buen juicio y un conocimiento poco común de la Sagrada Escritura. En la Pascua del año 387, San Ambrosio bautizó a San Agustín y a varios de sus amigos. El grupo decidió partir al Africa y con ese propósito, los catecúmenos se trasladaron a Ostia, a esperar un barco. Pero ahí se quedaron, porque la vida de Mónica tocaba a su fin, aunque sólo ella lo sabía. Poco antes de su última enfermedad, había dicho a Agustín: "Hijo, ya nada de este mundo me deleita. Ya no sé cuál es mi misión en la tierra ni por qué me deja Dios vivir, pues todas mis esperanzas han sido colmadas. Mi único deseo era vivir hasta verte católico e hijo de Dios. Dios me ha concedido más de lo que yo le había pedido, ahora que has renunciado a la felicidad terrena y te has consagrado a su servicio."

Mónica había querido que la enterrasen junto a su esposo. Por eso, un día en que hablaba con entusiasmo de la felicidad de acercarse a la muerte, alguien le preguntó si no le daba pena pensar que sería sepultada tan lejos de su patria. La santa replicó: "No hay sitio que esté lejos de Dios, de suerte que no tengo por qué temer que Dios no encuentre mi cuerpo para resucitarlo." Cinco días más tarde, cayó gravemente enferma. Al cabo de nueve días de sufrimientos, fue a recibir el premio celestial, a los cincuenta y cinco años de edad. Agustín le cerró los ojos y contuvo sus lágrimas y las de su hijo Adeodato, pues consideraba como una ofensa llorar por quien había muerto tan santamente. Pero, en cuanto se halló solo y se puso a reflexionar sobre el cariño de su madre, lloró amargamente. El santo escribió: "Si alguien me critica por haber llorado menos de una hora a la madre que lloró muchos años para obtener que yo me consagre a Ti, Señor, no permitas que se burle de mí; y, si es un hombre caritativo, haz que me ayude a llorar mis pecados en Tu presencia." En las "Confesiones", Agustín pide a los lectores que rue-

guen por Mónica y Patricio. Pero en realidad, son los fieles los que se han encomendado, desde hace muchos siglos, a las oraciones de Mónica, patrona de las mujeres casadas y modelo de las madres cristianas.

Apenas sabemos nada de Santa Mónica, fuera de lo que sobre ella cuenta San Agustín en sus escritos, particularmente en el lib. IX de las *Confesiones.* Ciertamente no es auténtica la carta en que se dice que San Agustín describió a su hermana Perpetua los últimos momentos de su madre. El texto de dicha carta puede verse en *Acta Sanctorum,* mayo, vol. I. En su artículo *Mónica* en DAC, vol. XI, cc. 2332-2356, Dom H. Leclercq da muchos datos sobre Tagaste (actualmente Suk Arrhas) y los restos de la basílica de Cartago, recientemente descubiertos. Sin embargo, hay que confesar que todo ello tiene poco que ver con Santa Mónica, a no ser porque en los tiempos modernos se ha consagrado a la santa una capilla de la ciudad. Hay que hacer notar también que no existen, prácticamente, huellas del culto a Santa Mónica antes del traslado de sus restos, de Ostia a Roma, en 1430, según se dice. Se cree que las reliquias de la santa se conservan en la iglesia de S. Agostino. Entre las numerosas vidas modernas de Santa Mónica, recomendamos especialmente la de Mons. Bougaud. Citaremos además las de F. A. M. Forbes (1915) y E. Procter (1931), por no hablar de las biografías en francés, alemán e italiano.

SAN CIRIACO o JUDAS CIRIACO, OBISPO (¿133? P.C.)

SAN JUDAS Ciriaco, el principal patrono de Ancona, era, probablemente, un obispo de dicha ciudad, que fue asesinado durante una peregrinación a Jerusalén. Por otra parte, algunos autores han lanzado la hipótesis de que se identifica con el obispo de Jerusalén, llamado Judas, que murió en un levantamiento popular, el año 133. Pero la tradición local de Ancona relaciona a su patrono con la figura legendaria del judío Judas Ciriaco que reveló a la emperatriz Elena el sitio en que se hallaba enterrada la Cruz y, después de haber recibido el bautismo y la consagración episcopal, sufrió el martirio en la persecución de Juliano el Apóstata. Las "actas de su martirio relatan su conversación imaginaria con el emperador Juliano y los tormentos a que sometido, junto con su madre, Ana. Se dice que la emperatriz Gala Placidia regaló a la ciudad de Ancona las reliquias del santo, excepto la cabeza; ésta fue trasladada, desde Jerusalén, por el conde Enrique de Champagne, quien construyó una iglesia para esa reliquia en Provins.

En la segunda parte del tratado *De inventione crucis dominicae,* se habla del martirio de Judas Ciriaco; puede verse dicho texto, tanto en latín como en griego, en *Acta Sanctorum,* mayo vol. I. Ver también E. Pigoulewsky en *Revue de l'Orient chrétien,* 1929, pp. 305-356. En el artículo sobre la Invención de la Santa Cruz (3 de mayo), hicimos mención de la leyenda de Judas Ciriaco.

SANTA PELAGIA DE TARSO, VIRGEN Y MÁRTIR (¿304? P.C.)

LA LEYENDA de Santa Pelagia de Tarso es una de esas novelas griegas destinadas a edificar a los fieles de la época. Según dicha leyenda, Santa Pelagia era muy hermosa. Sus padres, que eran paganos, intentaron casarla con el hijo del emperador Diocleciano; pero la joven no quería casarse y, para dar largas al asunto, pidió permiso para ir a visitar a su antigua nodriza. Aprovechó la ocasión para recibir instrucción cristiana de un obispo llamado Clino, quien la bautizó y le dio la primera comunión. Cuando se supo en su casa que era cristiana, su pretendiente se suicidó y su madre la denunció al emperador. Pero

Pelagia era tan hermosa, que Diocleciano, en vez de castigarla, le propuso matrimonio. Pelagia se negó a ello y a abjurar de la fe. Entonces, el emperador ordenó que muriese atada a un becerro de bronce calentado al rojo vivo. Las reliquias de la santa fueron arrojadas a los cuatro vientos, pero los leones se encargaron de guardarlas hasta que las recogió el obispo, quien les dio honrosa sepultura en una montaña de los alrededores de la ciudad.

Existen muchas santas del mismo nombre, San Juan Crisóstomo nos dejó un panegírico sobre Pelagia de Antioquía. Todas las otras son legendarias y sus leyendas se han mezclado unas con otras. En el caso de Pelagia de Tarso, no hay ningún fundamento para sospechar que haya existido realmente; pero de ahí no se sigue que deban considerarse estas fábulas hagiográficas como un reflorecimiento del culto de Afrodita, como lo hacen algunos.

Acerca de las teorías de H. Usener, *Legenden der heiligen Pelagia* (1897) y otros folkloristas, ver los comentarios del P. Delehaye, *Légendes hagiographiques* (1927), pp. 186-195. Por lo demás, en las actas de Pelagia de Tarso (*Acta Sanctorum*, mayo, vol. I), no hay nada que haga pensar, particularmente, en Afrodita.

SAN FLORIAN, MÁRTIR (304 P.C.)

SAN FLORIÁN, a quien el Martirologio Romano conmemora en este día, era un oficial del ejército romano. Tras de desempeñar un alto puesto administrativo, en Nórico de Austria, fue martirizado por la fe, en tiempos de Diocleciano. Sus "actas", que son legendarias, cuentan que él mismo se entregó en Lorch a los soldados del gobernador Aquilino que perseguían a los cristianos. Por su valiente confesión de la fe, se le azotó dos veces, fue despellejado en vida y, finalmente, se le arrojó al río Enns con una piedra al cuello. Una piadosa mujer recuperó su cuerpo, que fue más tarde depositado en la abadía agustiniana de San Florián, cerca de Linz. Las reliquias del santo fueron después trasladadas a Roma; el Papa Lucio III, en 1138, regaló una parte de ellas al rey Casimiro de Polonia y al obispo de Cracovia. Desde entonces, se considera a San Florián como patrono de Linz, de Polonia y de Austria superior. Es muy probable que en tantas traslaciones se hayan confundido las reliquias de San Floriano con las de otros santos del mismo nombre. Lo cierto es que en muchas regiones de Europa central, el pueblo le profesa gran devoción. La tradición que afirma que su martirio tuvo lugar en la confluencia de Enns con el Danubio es antigua y digna de crédito. A la intercesión del santo se atribuyen numerosas curaciones. El pueblo cristiano le invoca como protector contra el fuego y el agua.

A diferencia de tantos otros renombrados mártires de la persecución de Diocleciano, en el caso de San Florián hay razones de peso para pensar que fue realmente martirizado en Laurianum (Lorch). Las actas se encuentran en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I; B. Krusch hizo una edición crítica de ellas en MGH., *Scriptores Merov*, vol. III, pp. 68-71. Dichas actas datan de fines del siglo VIII, pero carecen de fundamento histórico. El *Hieronymianum* habla también del santo y de su martirio, el 4 de mayo. Se ha discutido mucho sobre San Florián en el *Neues Archiv* y otras revistas especializadas de Alemania. Ver también J. Zeiller, *Les Origines chrétiennes dans les Provinces Danubiennes* (1919).

SAN VENERO, Obispo de Milán (409 p.c.)

El tercer obispo de Milán, después de San Ambrosio, fue San Venero. Había sido diácono de San Ambrosio y sucedió en la sede a San Simpliciano el año 400. Sabemos muy poco sobre él. Su culto se popularizó mucho en 1579, cuando San Carlos Borromeo desenterró sus restos y los trasladó a la catedral. El santo era muy amigo de San Paulino de Nola, San Delfino de Burdeos y San Cromacio de Aquileya. También tuvo ocasión de manifestar a San Juan Crisóstomo la pena con que veía sus sufrimientos. Cuando los obispos de Africa, reunidos en Cartago el año 401, apelaron al Papa Anastasio, pidieron también socorro a San Venero. El poeta cristiano Ennodio cantó loas al santo y a su singular elocuencia.

Tomamos estos datos de *Acta Sanctorum*, mayo, vol. i.

SAN GOTARDO, Obispo de Hildesheim (1038 p.c.)

San Gotardo nació en el pueblecito bávaro de Reichesdorf. Su padre estaba al servicio de los canónigos que vivían en la antigua abadía benedictina de Nieder-Altaich. Los canónigos se encargaron de la educación del niño. Gotardo dio muestras de un ingenio tan precoz, que llamó la atención de los obispos de Passau y Regensburg y se ganó el favor del arzobispo Federico de Salzburgo. Este último le llevó consigo a Roma y le nombró superior de los canónigos, a los diecinueve años. Gracias a los esfuerzos de los tres prelados, se restableció la regla benedictina en Nieder-Altaich, en 990. Gotardo, que ya entonces era sacerdote, tomó el hábito monacal junto con otros canónigos. Cuando fue elegido abad, San Enrique, que era entonces duque de Baviera y tenía en gran estima a Gotardo, acudió a su consagración. La emperatriz Cunegunda tejió para el santo un cíngulo que se conservó mucho tiempo como reliquia. El éxito con que Gotardo gobernó su abadía, hizo que San Enrique le mandase a reformar los monasterios de Tegernsee, en el Freising, Herfeld, en Turingia y Kremsmünster, en Passau. El santo desempeñó con gran acierto el cargo, sin abandonar la dirección de Nieder-Altaich, en donde dejaba a un vicesuperior cuando estaba ausente. En veinticinco años, San Gotardo formó nueve abades de diversos monasterios.

Dios le llamó entonces a una vida muy diferente. San Bernwaldo, obispo de Hildesheim, murió el año 1022. Al punto decidió San Enrique nombrar a Gotardo para sucederle. En vano alegó el abad su avanzada edad y su falta de cualidades; al fin tuvo que plegarse a los deseos del monarca, a quien apoyaba todo el clero de la región. Aunque tenía ya sesenta años, emprendió las labores episcopales con el empuje y la energía de un joven. Construyó y restauró varias iglesias; fomentó mucho la educación, particularmente en la escuela catedralicia; estableció tal disciplina en su capítulo, que parecía un monasterio; finalmente, en un terreno pantanoso que obtuvo de las autoridades, en las afueras de Hildesheim, construyó un hospital para los pobres y enfermos. San Gotardo tenía particular predilección por los pobres; en cambio veía con muy malos ojos a los vagabundos profesionales, a los que llamaba "los peripatéticos" y no les permitía hospedarse por más de dos o tres días, en el hospital. El santo obispo murió en 1038 y fue canonizado en

1131. Los autores están generalmente de acuerdo en que el célebre Paso de San Gotardo tomó su nombre de una capilla que los duques de Baviera construyeron en la cumbre, en honor del gran prelado de Hildesheim.

Existe una biografía muy completa y digna de crédito, escrita por Wolfher, fiel discípulo de San Gotardo. En realidad, dicho autor escribió dos biografías: una antes de la muerte del santo y otra unos treinta años después. Las dos pueden leerse en Pertz, MGH., *Scriptores*, vol. XI, pp. 167-218. También ha llegado hasta nosotros una parte de la correspondencia de San Gotardo (MGH., *Epistolae Selectae*, vol. III, pp. 59-70 y 105-110). San Gotardo es una de las figuras más importantes del tercer volumen de la *Kirchengeschichte Deutscheslând* de Hauck. Citaremos, entre las biografías modernas, las de F. K. Sulzbeck (1863) y O. J. Blecher (1931). Ver también *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I; y E. Tomek, *Studien z. Reform d. deutsch. Kloster*, vol. I (1910), pp. 23 ss.

BEATA CATALINA DE PARC-AUX-DAMES, VIRGEN
(Principios del siglo XIII)

LA BEATA Catalina de Parc-Aux-Dames era hija de padres judíos, que residían en Lovaina. Maese Rainero, el capellán del duque de Brabante, visitaba frecuentemente a la familia de Catalina y mantenía con ella largas conversaciones sobre problemas religiosos. Desde que tenía cinco años, la pequeña Raquel —como se llamaba entonces Catalina— escuchaba atentamente a Maese Rainero. Viendo éste, un día, la atención con que le escuchaba, le dijo: "Raquel ¿te gustaría ser cristiana?" "Sí, respondió al punto la chiquilla, pero quisiera saber cómo." Desde entonces, el buen sacerdote aprovechó todas las ocasiones para instruirla en la fe. Pero los padres no veían con buenos ojos el cambio que se estaba obrando en su hija y, al cumplir los siete años de edad, decidieron enviarla al otro lado del Rin para alejarla de toda influencia católica. Raquel se afligió mucho al saberlo; pero la Virgen se le apareció una noche, le dio un bordón de peregrino y le mandó que huyese. La niña se levantó al punto y fue a buscar a Maese Rainero, quien la condujo a la abadía de las religiosas cistercienses de Parc-aux-Dames, a tres kilómetros de Lovaina. Ahí recibió Raquel el bautismo, el hábito y el nombre de Catalina. Sus padres apelaron al obispo de Lovaina, al duque de Brabante y aun al Papa Honorio, para conseguir que Catalina volviera a su casa, por lo menos hasta que cumpliese doce años. El obispo y el duque favorecían a los padres de Catalina; pero Engelberto, arzobispo de Colonia y Guillermo, abad de Claraval, decidieron en favor de Catalina. La beata permaneció en Parc-aux-Dames hasta su muerte y fue muy famosa por sus visiones y milagros.

Ver el relato de *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, que se basa sobre todo en fuentes cistericienses, como Cesario de Heisterbach y Henríquez. El dominico Tomás de Cantimpré, que conoció personalmente a Catalina, da testimonios de la veracidad de la historia.

BEATO GREGORIO DE VERUCCHIO (1343 P.C.)

EL PADRE de Gregorio dei Celli de Verucchio murió antes de que su hijo cumpliese cuatro años. A partir de ese momento, la madre del niño, que se encargó de su educación, se dedicó a prepararle para el servicio de Dios. Cuando Gregorio cumplió quince años, el joven y su madre decidieron consagrarse a San Agustín y Santa Mónica. Gregorio tomó el hábito de los ermitaños de San

Agustín, y su madre gastó toda su fortuna en fundar y dotar un convento de la orden en Verucchio. Gregorio vivió diez años en dicho convento, donde edificó a todos por su virtud y convirtió a numerosos pecadores que se habían dejado arrastrar a la herejía. Pero después de la muerte de su madre, los otros religiosos, que envidiaban el éxito de Gregorio o estaban cansados de su austeridad, le expulsaron del convento que había sido construido con su patrimonio. Viéndose pobre y abandonado, Gregorio acudió a los franciscanos de Monte Carnerio, cerca de Reati, quienes le recibieron tan amablemente, que el joven religioso decidió quedarse con ellos. Gregorio vivió hasta edad muy avanzada, ya que, según se cuenta murió a los 118 años. La leyenda relata que la mula que transportaba su cadáver al cementerio de Reati se desbocó, espoleada por una mano invisible y llevó su carga a Verucchio, donde las campanas se echaron a vuelo solas, a su llegada. Los habitantes de Verucchio invocan particularmente al beato para obtener la lluvia.

El artículo de *Acta Sanctorum*, mayo, vol I, se basa principalmente en un documento firmado por un notario público de la familia Celli, que el P. H. Torelli, historiador de los Ermitaños de San Agustín, transmitió a los bolandistas. Es necesario decir que ciertas características de ese documento notarial despiertan las sospechas de los críticos. Lo que es indudable es que en 1769 el Papa Clemente XIV confirmó solemnemente el culto del Beato Gregorio, a quien se atribuían numerosos milagros.

BEATO JUAN MARTIN MOYE, Fundador de las Hermanas de la Providencia, en Lorena y de las Vírgenes Catequistas, en China (1793 p.c.)

El sexto de una familia de trece hijos, Juan Martín Moyé nació el 27 de enero de 1730, en Cuttin, cerca de Dieuze (Mosela), en la diócesis de Metz, donde su padre era labrador y, a partir de 1755, oficial de correos. Su vocación se manifestó desde temprano. Comenzó el estudio del latín con uno de sus hermanos, después estudió con los jesuitas, en Pony-à-Mousson y, en Estrasburgo, hizo la teología en el seminario de Metz, donde aprendió el hebreo; fue ordenado sacerdote el 9 de marzo de 1754.

El superior del seminario mayor quería hacerlo profesor de literatura. El joven sacerdote, que prefería un ministerio más activo, fue sucesivamente vicario en varias parroquias de Metz. Muy piadoso, resueltamente austero para consigo mismo y siempre amable con los demás, no pudo ni quiso limitar su actividad a una parroquia. Se propuso fundar una congregación de religiosas y, con ese fin predicó por todas partes, en la ciudad y los alrededores. La miseria material y espiritual que observaba, lo impresionó. Quería hacer cualquier cosa y, como no era hombre a dar largas, no tardó en decir cuáles auxiliares deseaba para su fundación:

"Primero, hijas que no busquen sino la mayor gloria de Dios, sin ningún motivo de interés, ya que, bien lejos de poder pretender pensiones y rentas fijas, deberán consagrar lo que ellas mismas tengan, dinero y muebles, a esta buena obra.

"En segundo lugar, hijas celosas, que tomen de corazón la salvación de los pobres niños que les serán confiados, de suerte que estén dispuestas a acometer toda clase de trabajos para atenderlos.

"En tercero, hijas sobrias y mortificadas, capaces de satisfacerse con una

alimentación frugal, de modo que la puedan encontrar en el campo.

"Para el cuarto lugar, hijas desligadas de todo, listas a renunciar a todo.

"Y, por último, hijas de una virtud probada y no de aquellas que siguen un primer movimiento de fervor y, a menudo vacilan al verse obligadas a desdecirse, cuando las consolaciones que encuentran en la piedad comienzan a faltar...; personas que sepan soportar la privación de toda consolación divina y humana..."

Lo maravilloso fue que, rápidamente, encontró lo que buscaba. El 14 de enero de 1763, con la autorización de M. Bertin, vicario capitular, instaló sus primeras institutrices en Vigy y en Befy, a una veintena de kilómetros al noreste de Metz. La pobreza era total, de lo que el fundador se regocijaba. Algunos altos personajes, laicos y eclesiásticos, que no podían imaginar que una obra no estuviese fundada sobre bienes seguros, hicieron tal alboroto, que el obispo creyó conveniente pedir a M. Moyé que no abriera nuevas escuelas. El se sometió. El éxito paradójico de su empresa modificó la opinión del prelado, quien comenzó por autorizar una escuela en Sillegny, sobre el Seille, al sur de Metz y, en seguida levantó su prohibición, sin restricción alguna.

Las pequeñas escuelas de campo no bastaban para emplear todo el celo de M. Moyé. Siempre en contacto con el pueblo, constató que, frecuentemente, los niños pequeños morían sin bautismo. Sin pérdida de tiempo, escribió un tratado para descubrir las negligencias de los responsables. Los curas de los pueblos se sintieron señalados y recibieron mal la lección. A pesar de todo los pastores, que habían tenido la suficiente confianza en M. Moyé lo nombraron director espiritual del seminario, y lo eligieron vicario de Dieuze. Este traslado fue provechoso para las pequeñas escuelas. M. Moyé reclutó nuevas institutrices, principalmente a María Morel, en la que descubrió la inteligencia y la virtud necesarias. Aunque María estaba por cumplir los sesenta, se lanzó resueltamente a la obra de las escuelas y fundó muchas, incluso una en Cutting. Por consiguiente, ella debía ser la encargada de reclutar y de formar a las novicias. Ante el éxito de su empresa, M. Moyé escribió un "Proyecto de las Escuelas de las Hijas de la Providencia" para el campo y las "Reglas e Instrucciones" para la conducta de las hermanas. El nombre de Providencia se le impuso como un programa, porque abarcaba el abandono en Dios, la pobreza efectiva y tranquila, la sencillez y la caridad que se ejerce, por la educación cristiana, sobre todos, pequeños y grandes. Y, en cuanto a la educación de los niños, dio las normas precisas y juiciosas. Repitió a las hermanas que no debían jamás recibir a un nuevo elemento sin estar bien seguras de que había comprendido bien lo precedente, y que ellas debían conmover el corazón, después de haber convencido al espíritu.

Una actividad desbordante no es siempre bien aceptada. Un día, el vicario de Dieuze fue llamado para ver a un niño que había caído en el fuego. Reconfortó a la madre, diciéndole: "Rezad, no os desoléis. El niño sanará." El niño sanó. La mujer se apresuró a publicar que el vicario hacía milagros. El informe que llegó al obispado, transformó este encantador episodio en una acusación en regla: el vicario jugaba al profeta y al taumaturgo. Y el Martes Santo de 1767, M. Moyé tuvo la desagradable sorpresa de recibir una prohibición para seguir en la ciudad de Dieuze.

Sin ningún puesto, él aprovechó su libertad para predicar por todos lados y fundar nuevas escuelas. En 1768, el preboste del capítulo de Saint-

Dié le pidió que se encargara de dirigir el seminario del territorio *nullius diocesis* de Saint-Dié. El aceptó, pero su protector murió y la institución fue cerrada, al cabo de un año. De nuevo sin empleo, Juan Martín Moyé pensó en realizar un proyecto que acariciaba desde largo tiempo atrás; partir a las misiones lejanas. Se incorporó al seminario de Misiones Extranjeras de París, a fines de 1769, y estudió durante muchos meses. En espera de un barco, regresó a la diócesis de Metz, predicó acerca de las misiones y fundó nuevas escuelas. Confió las Hermanas de la Providencia a dos excelentes sacerdotes, sus amigos: M. Raulin canónigo de Saint-Dié, y M. Lacombe, entonces cura de Haut-Clocher, parroquia de lengua alemana, situada a cinco kilómetros al noroeste de Sarrebourg.

El 7 de septiembre de 1771, recibió el aviso de partir para Macao. Se embarcó en Lorient, el 30 de diciembre. En el mes de mayo siguiente, estaba en Ile de France, actualmente Isla Maurice. En espera de poder ir más lejos, estableció contacto con los indígenas y buscó a los malgaches, a quienes apreciaba a tal punto, que pensó en su evangelización. Mas el prefecto apostólico le aconsejó continuar su viaje hacia la China. Pasó a Malaca, donde se debió quitar la sotana, obedeciendo a las exigencias de los protestantes holandeses. Encontró los primeros chinos. Desembarcó en Macao, en septiembre de 1772. Le asignaron la región de Se-Tchoan. La entrada a la China estaba prohibida a los misioneros. El debió disfrazarse para emprender el viaje de tres meses que, por el río Azul y a través de altas montañas, lo llevó a su puesto, a donde llegó en marzo de 1773. El vicario apostólico, monseñor Pottier, lo recibió con gusto y le confió la parte oriental de Se-Tchoan, el Kouy-Tcheou, con el título de provicario. Moyé aprendió el chino con una facilidad sorprendente. A pesar de la persecución, se dedicó a recorrer su extenso territorio. La destreza y vigilancia de los cristianos, no pudieron evitarle ser arrestado dos veces. La primera, se hablaba de cortarle la cabeza, cuando un desconocido intervino para que le dejaran en libertad. La segunda, cuando él puso en un cruel aprieto al mandarín, quien, para no ser acusado de dejar penetrar a un extranjero en su territorio, simuló tomarlo por un chino y acabó por soltarlo, después de someterlo a interrogatorios y amonestaciones con acompañamiento de bofetadas y golpes.

El estado de persecución permanente no tenía fuerza bastante para detener la actividad de Juan Martín Moyé; en cambio, sí le contrariaron las dificultades para viajar y la alimentación china, que siempre se rehusó a asimilar su estómago. Esta vida errante y llena de inquietud acabó por ejercer una consecuencia funesta sobre los misioneros. Agotados físicamente, incapacitados para el entretenimiento intelectual, faltos de libros o de contactos con los teólogos, estaban fatalmente conducidos a conformarse con una cierta rutina y evitar hacerse preguntas. Llegado a China en la edad madura, seguro de su experiencia y poco inclinado por temperamento a las concesiones, M. Moyé no tardó en reformar las arraigadas costumbres de los misioneros.

Rápidamente había comprendido a los chinos y había visto sus necesidades espirituales. De acuerdo con los otros misioneros, insistió para que los futuros sacerdotes chinos fueran formados en el país y no en Pondichery, donde ellos contraían enfermedades y perdían la vocación. Le sorprendió la oposición de sus compañeros, cuando declaró inmorales los "contratos de empeño", mediante los cuales, los prestamistas guardaban en prenda los inmuebles de sus deudores

a cambio de sumas muy inferiores al valor de aquellos. Las discusiones sobre la moralidad de este sistema fueron ásperas, pero cuando, el 15 de febrero de 1781, la Congregación de la Propaganda los hubo declarado lícitos, todos se sometieron.

M. Moyé había propiciado en China, como en Metz, la cuestión del bautismo de los niños: él opinaba que se podía bautizar a todos los niños paganos que se encontraran en peligro de muerte. A los otros misioneros esto les parecía exagerado, pero la respuesta romana autorizó esta práctica para los niños atacados de una enfermedad grave. Moyé se sometió sin discusión. Para salvar el mayor número posible de almas, él se mostraba demasiado blando, lo cual resultaba paradójico, puesto que sus compañeros le reprochaban su rigorismo. Aconsejó, en efecto, no usar del privilegio concedido a los chinos de tomar manteca los días de ayuno; organizó largas horas santas, con la participación de los misioneros o sin ella, impuso a los apóstatas reincidentes tales penitencias, que la Propaganda debió llamarle a las reglas más suaves del Papa Benedicto XIII. Los otros misioneros, que estaban asombrados de la severidad de M. Moyé, le eran más opuestos todavía al comprobar que, en su radio de acción, era donde se encontraban los cristianos más fervientes.

Desde su llegada a China, M. Moyé había soñado con la creación de escuelas. Instruído por sus experiencias en la Lorena, conocía las ventajas y las dificultades de la empresa. Consultó a los otros misioneros, rezó mucho y, al cabo de seis años, se decidió. Escogió algunas viudas y algunas muchachas, las instruyó, les dio normas de prudencia y las lanzó a la acción. Ellas debieron tomar grandes precauciones para no llamar la atención de los paganos, lo que las obligaba, algunas veces, a permanecer encerradas en las casas donde recibían a los niños; mientras que, en otras ocasiones, debían recorrer grandes distancias para visitar a las familias aisladas. Las viudas desempeñaron sobre todo el papel de asistentes, se ocupaban de los quehaceres temporales y acompañaban a las doncellas para evitarles los peligros de andar solas. Estas doncellas vivían como verdaderas religiosas, y Moyé deseaba para ellas una formación espiritual amplia y sólida. Los primeros resultados fueron tan prometedores, que muchos misioneros y el vicario apostólico, el mismo Pottier, pidieron a Moyé que enviara a las vírgenes cristianas a sus distritos para formar a las muchachas que ellos les confiaran.

Menos todavía que en Lorena, M. Moyé podía escapar a las contradicciones en China. El más rudo adversario fue un joven misionero, doctor en teología, Juan Didier de San Martín, que resintió la influencia de Moyé porque no se privaba de hacerle algunas observaciones desagradables sobre la manera de administrar su distrito, el menos floreciente de todos. Juan Didier acertó a colocarse cerca del vicario apostólico, Pottier, quien, muy fatigado, le dejaba una parte de su carga y terminó por hacerlo su coadjutor. Pronto vióse el resultado de sus intrigas. Juan Didier publicó las oraciones compuestas por Moyé, haciéndoles, sin prevenirlo, importantes modificaciones. Las vírgenes cristianas tropezaban con toda clase de molestias; Francisca Yen, una de las mejores, murió de pesar. El vicario apostólico, tan favorable al principio, se mantuvo en reserva, mientras que Didier pretendía tomar por su cuenta las ideas de Moyé para mejorarlas.

Perseguido por los paganos, contrariado por los cristianos, imposibilitado para alimentarse convenientemente —su estómago no soportaba el arroz—,

todo se sumó para hacer insoportable la vida en China a M. Moyé. Preguntó al vicario apostólico y a algunos compañeros si no sería mejor que él volviera a Europa. Después de algunas dudas, ellos se inclinaron por la afirmación, y la Propaganda debió, en seguida, reconocer la legitimidad de su partida. Visitó por última vez a sus cristianos, multiplicó las recomendaciones a las vírgenes cristianas y dejó la China el 2 de julio de 1783. Su viaje de regreso duró cerca de un año, que aprovechó para escribir el relato de su apostolado. Llegó a París en junio de 1784. Algunos meses antes, la Propaganda había dado instrucciones en las que, siempre recordando las reglas de la prudencia, confirmaba la acción de Moyé en China y aseguraba, en lo sucesivo, a las vírgenes cristianas y sus escuelas.

Se habría podido creer que la experiencia adquirida por M. Moyé sería utilizada en el seminario de Misiones Extranjeras, pero el procurador de Macao, Descourvières y Mons. Pottier habían formulado críticas contra él, que, aunque injustificadas, causaron mala impresión en los directores del seminario. Sin pedirle que abandonara la congregación, le dejaron retornar a su Lorena natal, donde su vuelta fue, por cierto, mal interpretada.

Durante su ausencia, las "Hermanas de la Providencia" habían prosperado. Eran ya sesenta en cuarenta pequeñas escuelas. M. Raulin, que lo había reemplazado, le devolvió, sin segunda intención, sus derechos de fundador. El se reincorporó al punto a la obra, reunió a las hermanas para darles retiros y creó un nuevo noviciado en su pueblo natal de Cutting, donde fijó el centro de su apostolado.

Durante los años siguientes, fue a predicar las misiones por los lugares donde le querían bien: a Essgney, Pechicourt-le-Château, Rambervilliers y, lo mismo, a lugares de habla alemana, como Hoff, cerca de Sarrebourg, donde obtuvo un triunfo considerable a pesar de su deficiente conocimiento de la lengua. Como en China, recomendó las oraciones vocales y editó en francés aquéllas que había ya hecho imprimir en chino. Enseñó así a rezar a las buenas gentes que no habían podido practicar un riguroso método de oración mental.

La China ocupaba un gran sitio en sus pensamientos y en sus sermones. Mantenía una activa correspondencia y hacía pasar las cartas recibidas de China, a Carmel de Saint-Denis, donde la señora Luisa de France las aguardaba impacientemente. Recolectaba envíos para las misiones y mandaba todo lo que él mismo podía aportar de sus propios recursos; su antiguo rival, Didier se lo agradecía y le informaba del progreso de las escuelas. Trató de fundar en Cutting una escuela para preparar a los niños a entrar al seminario de Misiones Extranjeras. La Revolución llegó pronto a desquiciarlo todo, antes de que el proyecto hubiera tenido tiempo de tomar cuerpo.

La Constitución civil del clero dio una nueva dirección al celo de Martín Moyé. Recorrió los campos para fortalecer a los sacerdotes que dudaban sobre la conducta a seguir. Esto no sirvió más que para atraer sobre él la atención de los poderes públicos. Ya sus escuelas habían sido cerradas. Para salvar su obra, se desterró a Trèves con unas quince hermanas, a quienes pronto se sumaron seis hermanas del noviciado de Essegney. Regresó, sin embargo, a Francia en 1792, para predicar una misión en Vich. Esa fue la última vez. Cada día más y más debilitado, aprovechaba sin embargo sus jornadas para rezar y visitar a los enfermos y a los pobres. En esas visitas al hospital, se contagió de una enfermedad y, el 19 de abril de 1793, se hallaba muy grave.

El 26 le dieron la extremaunción. Sufrió mucho, perdió el uso de la palabra, pero conservó la lucidez. En la mañana del 4 de mayo, abrió los ojos, extendió los brazos en cruz y murió.

Fue sepultado en Trèves, en el cementerio de San Lorenzo. Este camposanto fue clausurado en 1803 y el cuerpo del beato no ha podido ser encontrado. Su obra continúa: la rama francesa, llamada generalmente "Providencia de Portieux" y la rama de lengua alemana, llamada "San Juan de Bassel", son hasta hoy muy florecientes y han dado nacimiento a muchas otras congregaciones.

Juan Martín Moyé fue beatificado el 21 de noviembre de 1954 por el Papa Pío XII quien, en su infancia, había sido alumno de las hermanas de la Providencia de Portieux.

Citemos solamente las obras más importantes: *El Dogma de la Gracia*, vol. II, Nancy, 1774. El *Directorio* de las Hermanas de la Providencia de Portieux, contiene las obras escritas para ellas por M. Moyé, ed. 1858, por el P. Puy Peny; ed. 1874, por el P. Marchal. *Relatos de lo que me ha ocurrido en China durante seis años*, inédito conservado en Portieux, así como las copias de las cartas. Consúltense además a F. Antonelli. *Disquisitio circa fontes historicas causam respicientes et circa quasdam peculiares animadversiones super virtutibus* (servi Dei J. M. Moyé). S. Congregación de Ritos, Sección Histórica, 62. A. G. Foucault, *El Venerable Juan Martín Moyé, fundador de las Hermanas de la Providencia*, Lila, 1929. J. Marchal, *Vida del Abad Moyé*, París, 1937. *Enciclopedia Católica* vol. VIII, Roma; 1952, col. 1493-1494. J. M. Leclercq, *El Beato Moyé, autor espiritual. Ensayo biográfico*, en la *Revista Eclesiástica de la Diócesis de Metz*, 1955, pp. 339-349; 1956, p. 16-20, 49-59, *Juan Martín Moyé y el Clero de Metz en su tiempo*, ibidem, 1954, p. 305-314, 332-345; 1955, p. 22-26, 56-63. *Misiones predicadas por el Beato Moyé en Rahling y Sarralbe, al principio de la Revolución Francesa*, ibidem, 1955, p. 141-144.

5: SAN PIO V, PAPA (1572 P.C.)

MIGUEL GHISLIERI nació en 1504, en Bosco, en la diócesis de Tortona y tomó el hábito de Santo Domingo a los catorce años, en el convento de Voghera. Después de su ordenación sacerdotal, fue profesor de filosofía y teología durante dieciséis años. Además, ejerció los cargos de maestro de novicios y superior de varios conventos. En 1556, fue elegido obispo de Nepi y Sutri y al año siguiente, fue nombrado inquisidor general y cardenal. Como él lo hacía notar, con cierta ironía, esos cargos eran como grillos con que la Iglesia le ataba los pies para impedirle volver a la paz del claustro. El Papa Pío IV le transladó a la sede piamontesa de Mondovi, que estaba prácticamente en ruinas a causa de las guerras. El nuevo prelado consiguió, en poco tiempo, restablecer la calma y la prosperidad; pero pronto fue llamado a Roma a ejercer otros cargos. Aunque las opiniones del cardenal Ghislieri no siempre coincidían con las de Pío IV, jamás dejó de manifestarlas abiertamente.

Pío IV murió en diciembre de 1565. El cardenal Ghislieri fue elegido para sucederle, gracias, sobre todo, a los esfuerzos de San Carlos Borromeo, quien veía en él al reformador que la Iglesia necesitaba. Miguel Ghislieri tomó el nombre de Pío V. Desde el primer momento de su pontificado, puso de manifiesto que estaba decidido a aplicar no sólo la letra, sino también el espíritu del Concilio de Trento. Con motivo de la coronación de un nuevo Papa, solían distribuirse regalos a la multitud; Pío V ordenó que se diesen dichos regalos a

los pobres de los hospitales y que se repartiese, entre los conventos más necesitados de la ciudad, el dinero que estaba destinado a cubrir los gastos de un banquete que solía ofrecerse a los cardenales, embajadores y otras altas personalidades. Uno de los primeros decretos del nuevo Pontífice fue para que los obispos residiesen en sus diócesis y los párrocos en sus parroquias, so pena de severos castigos. San Pío V se ocupó con el mismo celo de purificar la curia, que de acabar con los bandoleros en los Estados Pontificios; de promulgar leyes contra la prostitución, que de prohibir las corridas de toros. En una época de escasez, importó de Francia y Sicilia grandes cantidades de grano y mandó distribuir gratuitamente la mayor parte y vender el resto a un precio inferior al de costo. Resuelto a acabar con el nepotismo, mantuvo a sus parientes a distancia; aunque continuando la tradición tuvo que elevar a uno de sus sobrinos al cardenalato, le concedió poderes muy reducidos. El nuevo Breviario fue publicado en 1568; en él se omitían las fiestas y extravagantes leyendas de algunos santos y se daba a las lecciones de la Sagrada Escritura su verdadero lugar. El nuevo Misal, que apareció dos años más tarde, restableció muchas costumbres antiguas y adaptó la vida litúrgica a las necesidades de la época.* A San Pío V debió la Iglesia la mejor edición que se había hecho hasta entonces de las obras de Santo Tomás de Aquino, quien fue titulado Doctor de la Iglesia por el mismo Papa. Las penas que decretó San Pío V contra las violaciones del orden moral eran tan severas, que sus enemigos le acusaron de que quería convertir a Roma en un monasterio. El éxito del Papa se debió, en gran parte, a la veneración que el pueblo le profesaba por su santidad. Ayunaba en el adviento y durante la cuaresma, aun en sus últimos años de vida, a pesar de sus achaques. Su oración era tan fervorosa, que el pueblo aseguraba que obtenía cuanto pidiese a Dios. Frecuentemente visitaba los hospitales y asistía personalmente a los enfermos.

Las reformas que hemos enumerado, habrían consumido todas las energías de un hombre común y corriente; en el caso de San Pío V no eran siquiera su principal preocupación. Los dos grandes problemas de su pontificado fueron la divulgación del protestantismo y las invasiones de los turcos. Contra ambas amenazas trabajó incansablemente; dio nuevo impulso a la Inquisición, de suerte que el sabio Bayo, cuyos escritos fueron condenados, sólo pudo salvar la vida al retractarse. Pero no todos los éxitos del Papa contra el protestantismo se debieron a métodos tan drásticos, ya que, por ejemplo, San Pío V convirtió a un inglés, simplemente con la santidad y dignidad que trashumaban de él. Durante su pontificado, se terminó el catecismo que el Concilio de Trento había mandado redactar y el santo Pontífice mandó traducirlo inmediatamente a varias lenguas. Igualmente impuso a los párrocos la obligación de impartir instrucción religiosa a los niños y jóvenes. Aunque San Pío V era más bien conservador, se adelantó a la mayoría de sus contemporáneos en la importancia que atribuía a la instrucción en el caso del bautismo de los adultos.

Los términos que empleó el Pontífice en la reedición de la bula "In Caena Domini" (1568), dejaban ver claramente que, en cuanto Papa, defendía cierta soberanía sobre los príncipes. Durante muchos años acarició la esperanza de

* La nueva liturgia fue obligatoria en toda la Iglesia de occidente excepto en los casos en que existían costumbres locales que databan de más de doscientos años, como por ejemplo, en la Orden de Predicadores, a la que pertenecía el Papa.

ganar a la fe a Isabel de Inglaterra; pero, en 1570, publicó contra ella una bula de excomunión ("Regnans in Excelsis"), por la que dispensaba a sus súbditos de la obligación de prestarle obediencia y les prohibía reconocerla como soberana. Fue éste un error de juicio, ciertamente, pero se explica por el desconocimiento de las circunstancias reales de Inglaterra y de los sentimientos del pueblo. Esta medida no hizo más que aumentar las dificultades de los católicos ingleses y dar cierta apariencia de verdad a la acusación de traición que se les hacía tan frecuentemente; por otra parte, agudizó las controversias sobre los juramentos y pruebas de fidelidad que tanto molestaron y debilitaron a los católicos, desde el "Juramento de Obediencia", en 1606, hasta la emancipación, en 1829. Aun actualmente no ha desaparecido del todo la sospecha que la bula despertó acerca de la lealtad cívica de los católicos. Algunos mártires ingleses murieron protestando de su lealtad a la reina y, cuando la Armada Invencible, apoyada por Pío V, quien esperaba que el dominio español en Inglaterra contribuyese a aplicar sus sanciones, zarpó en 1588, los católicos ingleses no se mostraron menos prontos a combatirla, que el resto de sus compatriotas. Europa había cambiado mucho; la época de las luchas entre Gregorio VII y Enrique IV, Alejandro III y Barbarroja, Inocencio III y Juan de Inglaterra, la época de la "Unam Sanctam" de Bonifacio VIII, habían pasado a la historia. Se acercaba el momento en que otro Sumo Pontífice, Pío IX, iba a declarar: "Actualmente ya nadie piensa en el derecho de deponer a los príncipes, que la Santa Sede ejerció antiguamente y el Sumo Pontífice menos que nadie."

Pío V olvidó su fracaso ante los ingleses, al año siguiente, cuando Don Juan de Austria y Marcantonio Colonna, apoyados política y económicamente por la Santa Sede, acabaron con el poder de los turcos en el Mediterráneo. Al mando de un ejército de veinte mil soldados, zarparon de Corfú y encontraron a la flota turca en el Golfo de Lepanto. Ahí derrotaron a los turcos en una de las más famosas batallas navales. El Papa había orado por la flota cristiana —frecuentemente con los brazos en cruz—, desde que ésta zarpó. Además, había decretado oraciones públicas y ayunos privados. Precisamente a la hora de la batalla, se llevaba a cabo en la iglesia de la Minerva una procesión del santo rosario para pedir por la victoria de los cristianos. El Papa se hallaba tratando algunos negocios con varios cardenales; súbitamente interrumpió la conversación, abrió la ventana y permaneció unos minutos con los ojos clavados en el cielo. Después cerró la ventana y dijo a los cardenales: "No es el momento de hablar de negocios; demos gracias a Dios por la victoria que ha concedido a los ejércitos cristianos." Para conmemorar dicha victoria, incluyó más tarde, en las Letanías de la Virgen, la invocación "Auxilio de los cristianos" e instituyó una fiesta en honor del santo rosario. El día de la gran victoria fue el 7 de octubre de 1571. Al año siguiente, el Papa sufrió el violento ataque de una dolorosa enfermedad de la que había sufrido mucho tiempo y que sus austeridades habían agravado. Dicha enfermedad le llevó a la tumba el 1o de mayo de 1572, a los sesenta y ocho años de edad.

San Pío V —el último de los Papas que alcanzó el honor de los altares hasta el advenimiento de San Pío X— fue canonizado en 1712. El santo Pontífice practicó durante toda su vida la austeridad monacal de su juventud. Su bondad y fervor eran proverbiales: no se contentaba con ayudar económicamente a los pobres y a los enfermos, sino que los asistía personalmente. Cierto que en el carácter de San Pío V había también un aspecto de rudeza, que

muchos historiadores se han encargado de subrayar; pero durante su pontificado, en el que no le faltó el apoyo y el ejemplo de hombres de la talla de un San Felipe Neri, Roma empezó a percibir los resultados del Concilio de Trento y volvió a merecer el título de Ciudad Apostólica y Primera Sede del mundo. Un pariente de San Francisco Javier, el Doctor Martín de Azpilcueta, dejó un interesante testimonio del ambiente que reinaba en Roma, en una carta que escribió a su familia. El Doctor Azpilcueta, que había viajado mucho, se hace lenguas de los habitantes de Roma, de su buena conducta y de su espíritu religioso. Ciertamente los viajeros de la época de León X y Paulo III no se expresaban en los mismos términos y el cambio se debió, sobre todo, a San Pío V.

Dada la importancia del papel histórico de San Pío V, resulta imposible dar una bibliografía completa. En la obra de Emilio Calvi, *Bibliografia di Roma*, se hallará una lista de los libros y artículos antiguos. También Pastor, en el tomo VIII de la *Historia de los Papas*, consagrado exclusivamente al pontificado de Pío V, cita las principales obras. Aquí mencionaremos únicamente el *Summarium de Virtutibus*, impreso durante el proceso de canonización para uso de la Sagrada Congregación de Ritos, y las biografías de Catena y Gabutius. Dichas biografías pueden verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, junto con otros documentos de muy diverso valor. En *Analecta Bollandiana*, vol. XXXIII (1914), pp. 187-215, hay un excelente artículo del P. Van Ortroy, en el que se halla el esbozo biográfico más antiguo que se conoce de San Pío V. La biografía de G. Grente (1914) en la colección *Les Saints* es muy buena, así como la obrita inglesa de C. M. Antony (1911). Es curioso notar que la primera obra que se menciona en la bibliografía sobre San Pío V de la *Catholic Encyclopedia* es la biografía de Joseph Mendham (1832). Ahora bien, dicha obra es un violento ataque contra San Pío V y la Iglesia católica en general; el autor afirma, por ejemplo, que el oficio parvo de Nuestra Señora, sancionado por San Pío V, "es la más repugnante mezcla de blasfemias e idolatrías de la liturgia papista" y condena "la brutal beatería y la intolerancia sanguinaria de ese Pontífice".

SAN HILARIO, OBISPO DE ARLES (449 P.C.)

IGNORAMOS DÓNDE nació San Hilario, pero sabemos que descendía de una noble familia y que era pariente cercano de San Honorato, fundador y primer abad del monasterio de Lérins. Hilario, que había recibido una excelente educación y poseía dotes excepcionales, tenía un brillante porvenir en el mundo. Pero San Honorato, que le quería mucho, estaba convencido de que Dios le tenía destinado a mayores cosas. Así pues, el santo abad abandonó algún tiempo su retiro para ir a persuadir a Hilario de que entrase en la vida religiosa. Como el joven permaneciese inconmovible, San Honorato le dijo al despedirse: "Voy a obtener de Dios lo que no he podido obtener de ti." El cielo respondió pronto a sus oraciones. Dos o tres días después, Hilario sufrió un violento combate interior: "Por una parte sentía yo que el Señor me llamaba, pero por otra parte, me atraía el mundo. Mi voluntad oscilaba de un extremo al otro: unas veces consentía y otras veces se negaba. Pero al fin, Cristo triunfó en mí." Hilario jamás se arrepintió de su decisión. Inmediatamente distribuyó su herencia entre los pobres y fue a reunirse con San Honorato en Lérins. De la vida santa y feliz que llevó entre los monjes nos dejó una hermosa descripción; pero Dios no le tenía destinado a permanecer ahí mucho tiempo. El año 426, San Honorato fue elegido obispo de Arles. Como era ya anciano, necesitaba de la ayuda y de la compañía de su mejor amigo. Hilario hubiese querido permanecer en Lérins; pero San Honorato fue personalmente a buscarle y los dos santos vivieron juntos hasta la muerte del obispo. Aunque muy afligido de haber perdido a su padre

en Cristo, Hilario no pudo menos de regocijarse ante la perspectiva de volver a Lérins. Había ya emprendido el viaje, en efecto, cuando unos mensajeros de Arles le comunicaron que la ciudad deseaba elegirle arzobispo. Hilario no tuvo más remedio que aceptar y fue consagrado a los veintinueve años de edad.

El santo siguió practicando, en su alta dignidad, las austeridades del claustro, al mismo tiempo que desempeñaba con enorme energía sus deberes pastorales. Apenas se permitía lo indispensable para la vida, empleaba la misma capa en verano e invierno y viajaba siempre a pie. Además de consagrar a la oración las horas prescritas, practicaba también el trabajo manual y daba el producto a los pobres. Su celo por el rescate de los cautivos era tan grande, que vendió los objetos preciosos de las iglesias y se contentó con un cáliz y una patena de vidrio. Era un gran orador y sabía adaptar su lenguaje a las diversas circunstancias, de suerte que hasta los más ignorantes podían entenderle. El santo obispo construyó varios monasterios y visitó infatigablemente todos los de su diócesis, resuelto a conservar un alto nivel de disciplina y buenas costumbres entre sus sufragáneos y su clero. San Hilario presidió varios sínodos; pero su celo y tal vez su temperamento, un tanto autoritario, le pusieron más de una vez en graves dificultades. Los límites de la Provincia del metropolitano de la Galia del sur no habían sido nunca fijados exactamente. En una ocasión en que San Hilario se hallaba en el territorio en disputa, depuso a un obispo llamado Celedonio, acusado de haberse casado con una viuda antes de recibir las órdenes sagradas y de haber dictado una sentencia de muerte cuando era magistrado..Ambos cargos constituían impedimentos dirimentes para el episcopado. Celedonio fue a Roma y probó su inocencia ante el Papa San León Magno. En cuanto Hilario supo que Celedonio había ido a Roma, se dirigió allá también él. El santo asistió ahí a un Concilio, no para defender su causa, sino para probar que se trataba de un caso que caía bajo la jurisdicción de los representantes del Papa en la Galia y, ni siquiera se quedó a esperar la sentencia del Concilio. Sabía que le vigilaban y temía que le obligasen a comulgar con Celedonio, por lo que abandonó secretamente la ciudad y retornó a Arles. El Concilio dictó sentencia contra él. Poco después, fue acusado nuevamente ante la Santa Sede. San Hilario había nombrado a un obispo cuando su antecesor se hallaba agonizante, pero no había muerto aún. El antecesor recobró la salud, de suerte que los dos obispos empezaron a disputarse el gobierno de la diócesis. San Hilario apoyó al que él había nombrado, tal vez porque el otro obispo estaba demasiado débil para desempeñar sus funciones; pero San León, a cuya decisión se remitieron los contendientes, determinó con razón que el proceder de San Hilario había sido ilegal y podía conducir al cisma, le reprendió severamente, le prohibió nombrar obispos y transfirió la dignidad de metropolitano al obispo de Fréjus.

Sabemos muy poco sobre los últimos años de San Hilario, fuera de que siguió gobernando su diócesis con el mismo celo y que murió a los cuarenta y nueve años. Seguramente que se reconcilió con el Papa, ya que San León, en una carta que escribió a su sucesor en la sede de Arles, habla de "Hilario de santa memoria". En base a pruebas muy insuficientes, algunos autores han acusado a San Hilario de semipelagianismo; pero, si bien el santo no estaba de acuerdo con los términos en que San Agustín había formulado la doctrina de la predestinación, sus opiniones personales eran perfectamente ortodoxas.

La biografía que se atribuye en *Acta Sanctorum* a un tal Honorato, supuesto obispo de Marsella (mayo, vol. II), fue probablemente escrita por Reverencio, a principios del siglo VI. Se trata de una obra de edificación, que pretende reproducir las memorias de un contemporáneo de San Hilario y carece en realidad de valor histórico. Ver sobre este punto B. Kolon, *Vita S. Hilarii Arelatensis* (1925), y cf. Hefele-Leclerq, *Histoire des Conciles,* vol. II, pp. 477-478; Bardenhewer, *Altkirchlichen Literatur,* vol. IV, p. 571.

SAN MAURUNCIO, Abad (701 p.c.)

San Mauruncio nació en Flandes el año 634. Era el hijo primogénito de San Adalbaldo y Santa Gertrudis. Pasó su juventud en la corte del rey Clodoveo II y de la reina Batilde, donde ocupó varios cargos de importancia. A la muerte de su padre, volvió a Flandes a poner en orden los asuntos de su casa y a hacer arreglos para su propio matrimonio. Pero Dios le tenía escogido para la vida religiosa. El instrumento del que se valió para guiar al joven hacia su verdadero camino fue San Amando, obispo de Maestricht, que vivía entonces retirado en el monasterio de Elnone. El santo prelado predicó un sermón que impresionó tan profundamente a Mauruncio, que decidió retirarse al punto al monasterio de Marchiennes. En dicho monasterio se le confirió el diaconado. El santo construyó en sus tierras de Merville de la diócesis de Thérouanne la abadía de Breuil, de la que fue primer abad. Cuando el rey Thierry III desterró de Sens a San Amado y le mandó retirarse a Breuil, San Mauruncio, que tenía en alta estima a San Amado, le cedió el puesto de superior y le prestó obediencia hasta su muerte, ocurrida el año 690. Entonces San Mauruncio reasumió las funciones abaciales. Santa Rictrudis, en su lecho de muerte, confió al santo la supervisión del doble monasterio de Marchiennes, del que era abad Santa Clotsinda, hermana de San Mauruncio. El santo se hallaba en Marchiennes, cuando le sobrecogió una enfermedad que le llevó al sepulcro.

El artículo sobre San Mauruncio (*Acta Sanctorum,* mayo, vol. II) se basa casi exclusivamente en la biografía de Santa Rictrudis; cf. nuestro artículo sobre dicha Santa (12 de mayo).

SAN AVERTINO (¿1180? p.c.)

El Acta Sanctorum y otras colecciones hagiográficas menos importantes mencionan el 5 de mayo a San Avertino, cuya fiesta se celebra aún en la diócesis de Tours. Su vida puede resumirse así: Un canónigo llamado Avertino prestó ayuda a Santo Tomás de Canterbury en las amarguras del exilio. Santo Tomás le confirió el diaconado y le llevó de secretario al sínodo de Tours, en 1163. Después del martirio del arzobispo, Avertino se estableció en la Touraine, cerca de Vançai, donde se consagró a cuidar a los pobres y a los forasteros. Parece que en sus últimos años vivió en la soledad. El pueblo le invoca especialmente contra los desmayos y los dolores de cabeza. Los numerosos "ex votos" que se conservaban en la iglesia de San Avertino, cerca de Tours, en el siglo VIII, daban testimonio de que el culto del santo había sido muy popular en una época.

Hemos mencionado a San Avertino, porque su caso es una curiosa ilustración de la manera como las conjeturas sin fundamento y las leyendas populares se transforman en "historia". Es posible que haya existido un ermitaño llamado Avertino en las cercanías de Tours, venerado en diversas regiones de Francia. Pero no existe el menor fun-

damento para relacionarle con Santo Tomás de Canterbury. En la abundante colección de materiales sobre el gran arzobispo, publicada en la *Rolls Series*, no se halla ninguna mención de Avertino. Por otra parte, los biógrafos modernos de Santo Tomás de Canterbury, como el P. John Morris y Dom A. L'Huillier, no hubiesen pasado por alto a un discípulo y amigo tan íntimo de su biografiado.

SAN ANGEL, Mártir (1220 p.c.)

San Angel, que fue uno de los primeros miembros de la Orden del Carmelo, conquistó la corona del martirio en Leocata de Sicilia. El relato de su vida, tal como ha llegado hasta nosotros, no es muy digno de fe. Se puede resumir así: Los padres de San Angel, que eran judíos originarios de Jerusalén, se convirtieron al cristianismo gracias a una aparición de la Santísima Virgen. La Madre de Dios les reveló que el Mesías esperado había venido ya y había redimido a su pueblo. Además, les prometió que tendrían dos hijos que florecerían como olivos del Carmelo, el uno como patriarca y el otro como mártir. Los dos gemelos poseyeron, desde la infancia, dones extraordinarios, tanto desde el punto de vista intelectual como espiritual. A los quince años, cuando ingresaron en la Orden del Carmelo, hablaban ya el griego, el latín y el hebreo. Angel vivió como ermitaño en el Monte Carmelo durante cinco años, al cabo de los cuales se le apareció Jesucristo y le mandó ir a Sicilia, donde le esperaba la corona de un glorioso martirio. El santo obedeció al punto. Tanto durante el viaje como después de su llegada a Sicilia, convirtió a numerosos pecadores con su predicación y milagros. Sólo en Palermo se convirtieron más de 200 judíos. En Locata consiguió un éxito parecido, pero se ganó la enemistad de un tal Berengario, cuyos vicios había denunciado con libertad apostólica. Un día que se hallaba predicando a la multitud, una banda de malhechores, encabezados por Berengario, se abrió paso entre la muchedumbre y le apuñaleó. Herido de muerte, San Angel cayó de rodillas y oró por todo el pueblo y particularmente por Berengario.

El Martirologio Romano conmemora el martirio de San Angel el día de hoy. La leyenda de su vida, tomada de las fuentes de la Orden del Carmelo, puede verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II. Véase también *Analecta Bollandiana*, vol. XVII (1898), p. 315, y DHG., vol. III, cc. 6-9.

SAN EULOGIO DE EDESA, Obispo (*c.* 382 p.c.)

Como Barsimeo (ver el 30 de enero), Eulogio fue también un ermitaño. Cuando Barsimeo ascendió a obispo de Edesa, se llevó consigo a Eulogio para que fuera su coadjutor en el santo ministerio. Eulogio supo mantener a su grey dentro de la ortodoxia, cuando Barsimeo fue exilado a Mesopotamia y reemplazado por un obispo arriano; pero no sin padecer muchas penalidades. El arriano Valente fue a Edesa para visitar la iglesia donde reposaban las reliquias del Apóstol Santo Tomás y se encolerizó tanto al encontrar ahí reunidos a muchos católicos, que ordenó al prefecto Modesto que los expulsara a palos y golpes de mazo. Ante el valor de que dieron muestra los católicos al reunirse de nuevo a pesar de las amenazas, Modesto no quiso ejecutar las órdenes del emperador y acudió a exponerle la situación. Existía la alternativa de dejar a los católicos tranquilos, o matarlos a todos, lo que sería una crueldad inaudita.

Valente pidió que, al menos, llevaran a su presencia a los sacerdotes y a

los diáconos, para ordenarles que se pusieran de acuerdo con el obispo arriano, substituto de Barsimeo y, si rehusaban, se ordenaría su destierro. Eulogio y Protógeno fueron, por tanto, convocados por el prefecto Modesto, quien les comunicó la voluntad de Valente. Eulogio replicó que los católicos estaban ya bajo el cuidado de un pastor católico y no podían entrar en relaciones con un arriano. Como éste era el sentir de todos, el prefecto hizo detener a 80 eclesiásticos y los desterró a la Tracia. Eulogio y Protógeno fueron enviados a Antinoo, para que no tuviesen ocasión de comunicarse con los demás. Ahí había un obispo católico, pero los fieles eran muy escasos y, en cambio, abundaban los paganos. El celo de Eulogio y sus milagros lograron numerosas conversiones.

Cuando se restableció la calma en la Iglesia, Eulogio y Protógeno retornaron a su patria. En Edesa, Eulogio fue nombrado obispo, en reemplazo de Barsimeo, quien había muerto en el destierro. A Protógeno se le encomendó la Iglesia de Carrhes (Haran). Eulogio fue consagrado en el Concilio de Antioquía, al que asistió en 370. También estuvo presente en el Concilio Ecuménico de Constantinopla y murió cerca del 382.

Acta Sanctorum, 5 de mayo y 30 de enero. Teodoreto, *Historia Ecclesiástica*, vol. IV, c. XXVII *Vies des pères des déserts d'Orient.*

6: SAN JUAN ANTE PORTAM LATINAM (¿94? P.C.)

EL PRIMER párrafo del Martirologio Romano, el 6 de mayo, dice lo siguiente: "En Roma, la conmemoración de San Juan ante Portam Latinam, el cual, por orden de Domiciano, fue llevado prisionero de Efeso a Roma. El senado le condenó a morir en un caldero de aceite hirviente, frente a dicha Puerta; pero el santo salió de la prueba más fuerte y joven que antes." La frase "más fuerte y joven" ("purior atque vegetior") se halla en el *Adversus Jovinianum* (I, 26) de San Jerónimo, quien la tomó, a su vez, de Tertuliano (*De praescriptionibus* c. 36). Alban Butler, que sigue en esto a los bolandistas y a los críticos de su tiempo, como Tillemont, no discute la historicidad del hecho y considera a San Juan como mártir. Resumimos a continuación su artículo.

Cuando Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, que no habían comprendido aún el misterio de la cruz y la naturaleza del Reino de Cristo, se valieron de su madre para pedir al Señor que les colocase en el sitio de honor el día de su triunfo, Jesucristo les preguntó si estaban dispuestos a beber su cáliz. Ambos hermanos aseguraron audazmente al Señor que estaban prontos a sufrirlo todo por su causa. Entonces, Jesucristo les predijo que su sinceridad sería puesta a prueba y que compartirían con El su cáliz de la Pasión. En el caso de Santiago, que murió a manos de Herodes, la profecía se cumplió literalmente. La iglesia celebra el día de hoy la manera especial como se cumplió la profecía en el caso de San Juan. A decir verdad, el discípudo amado, que quería tanto a su Maestro, había participado ya del cáliz del Señor en el Calvario. Pero la profecía de Cristo iba a cumplirse, todavía, de un modo especial, que le valdría el mérito y la corona del martirio. El instrumento del que el Señor se sirvió para cumplir su palabra, cincuenta años más tarde, fue Domiciano, el último de los doce césares

Domiciano, que se distinguió entre los emperadores romanos por la crueldad de su tiranía, desató la segunda persecución. San Juan era el último superviviente de los Apóstoles y era objeto de la más grande veneración de parte de los cristianos de Efeso, desde donde gobernaba las iglesias de Asia. Ahí fue arrestado y enviado prisionero a Roma, hacia el año 94. Sin tener en cuenta la avanzada edad y la bondad de la víctima, el emperador le condenó a una forma de muerte especialmente salvaje. Probablemente los verdugos, de acuerdo con la costumbre romana, azotaron a San Juan antes de echarle en el caldero de aceite hirviente. Sin duda que el santo estaba lleno de gozo ante la perspectiva de dar su vida por la fe y de ir a reunirse con su Maestro. Dios aceptó su sacrificio y, en cierto sentido, cumplió su deseo, concediéndole el mérito del martirio, pero suspendió el efecto del fuego, como lo había hecho en el caso de los tres jóvenes que fueron arrojados al horno en Babilonia. El aceite hirviente se transformó en un baño refrigerante. Viendo esto, Domiciano, que era muy dado a la magia y que, según la tradición, había tenido ya la ocasión de presenciar otro milagro, cuando Apolonio de Tiana compareció ante él, se contentó con desterrar al Apóstol a la isla de Patmos. Según parece, durante el reinado de Nerva, quien fue mucho más benigno que su predecesor, San Juan volvió a Efeso, donde murió apaciblemente.

Ciertamente, la localización del pretendido milagro frente a la Puerta Latina, es inexacta, ya que dicha Puerta pertenecía a la muralla que construyó Aureliano dos siglos después. La mención más antigua de esta fiesta es la del Sacramentario del Papa Adriano, a fines del siglo VIII. Existe una iglesia de San Juan ante Portam Latinam, en el sitio en que el Papa Adriano construyó la primera, cuya dedicación tuvo lugar probablemente en la fecha de hoy. Mons. Duchesne piensa que la elección del 6 de mayo para celebrar esta fiesta está relacionada con la conmemoración que hace el calendario bizantino de un milagro de San Juan, en Efeso, el 8 de mayo. En el *Missale Gothicum* hay una misa de San Juan Evangelista que se celebraba seguramente en mayo, poco después de la festividad de la Invención de la Cruz. Según parece, el dato del aceite hirviente proviene de las "Actas de San Juan", apócrifas, pero muy antiguas, de las que sólo han llegado hasta nosotros algunos fragmentos.

Por un Motu Proprio de Juan XXIII, del 25 de julio de 1960, esta fiesta fue suprimida en el Calendario Romano.

Ver L. Duchesne, *Liber Pontificalis,* vol. I, pp. 508, 521, y *Christian Worship* (1920), pp. 281-282. Sobre el problema de conjunto, ver K. A. Kellner, *Heortology* (1908), p. 298.

SAN EVODIO, Obispo de Antioquía (*c.* 64 p.c.)

Por Orígenes y Eusebio sabemos que el predecesor de San Ignacio en la sede de Antioquía fue Evodio, quien había sido consagrado obispo por los Apóstoles, seguramente poco antes de que San Pedro saliese de Antioquía. Los escritores posteriores trataron de identificarle con la Evodia que menciona San Pablo, a pesar de que se trataba de una mujer, y le dieron el título de mártir. Según la tradición, Evodio era uno de los setenta discípulos que el Señor envió a predicar. A él se atribuye el nombre de "cristiano" que, según se cuenta en los Hechos de los Apóstoles, se empleó por primera vez en Antioquía para designar a los miembros de la Iglesia de Cristo. El cronista Malalas, que escribió en el

siglo VI, fue el primer autor que atribuyó a San Evodio la invención de ese nombre. El mismo Malalas relata que San Pedro estaba de paso en Antioquía cuando murió San Evodio y que consagró obispo a San Ignacio en la habitación de San Evodio. Si este dato es verdadero, Evodio debió morir antes del año 64.

Ver el breve artículo de *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I; cf. igualmente G. Salmon en DCB., vol. II, p. 428, y Harnack, *Chronologie d. Altchrist. Literatur*, vol. I, p. 94, y *Die Zeit des Ignatius* del mismo autor.

SAN EDBERTO, Obispo de Lindisfarne (698 p.c.)

Al referirse a San Edberto, el Venerable Beda afirma que se distinguió por su conocimiento de la Biblia y por su fidelidad a los mandamientos. Fue sumamente generoso con los pobres, a los que reservaba la décima parte de las rentas de la Iglesia. Sucedió a San Cutberto en el gobierno de la sede de Lindisfarne, que desempeñó sabiamente, durante once años. Mandó recubrir de plomo la gran catedral de madera de San Finiano que, originalmente estaba cubierta de enredaderas, al estilo escocés. Dos veces al año, se retiraba a orar durante cuarenta días, probablemente a la islita de San Cutberto, en la que su predecesor había vivido un tiempo antes de retirarse definitivamente a Farne. San Edberto mandó que las reliquias de San Cutberto, que estaban incorruptas, fuesen colocadas en un relicario nuevo y expuestas a cierta altura para que el pueblo pudiese venerarlas; además, determinó que el espacio que las separaba del suelo no quedase al descubierto. En cuanto acababan de cumplirse sus órdenes, el santo fue víctima de un fiebre mortal. Se le dio sepultura en la antigua tumba de San Cutberto. La diócesis de Hexham conmemora todavía a San Edberto.

Prácticamente todos los datos que poseemos sobre San Edberto provienen de la *Historia Ecclesiastica* de Beda, lib. IV., ya que las notas de C. Plummer y los artículos del canónigo Raine en DCB., y de *Acta Sanctorum*, añaden muy poco. Las reliquias de San Edberto siguieron a las de San Cutberto en todas sus translaciones y descansan junto con ellas en Durham.

SAN PETRONAX, Abad de Monte Cassino (*c.* 747 p.c.)

San Petronax, segundo fundador de Monte Cassino, nació en Brescia. En una visita que hizo a Roma el año de 717, el Papa San Gregorio II, le movió a hacer una peregrinación a la tumba de San Benito. San Petronax encontró ahí, entre las ruinas del antiguo monasterio que había sido destruido en 581 por los lombardos, a unos cuantos solitarios, quienes le eligieron por superior. Pronto se les reunieron otros discípulos. Gracias a la generosa ayuda de algunos nobles, entre los que se distinguió el duque lombrado de Benevento, y al decidido apoyo de tres Pontífices, San Petronax logró reconstruir Monte Cassino. El monasterio recuperó su antigua reputación bajo el largo y vigoroso gobierno del santo. San Wilibaldo, el obispo inglés de Eichstät, recibió el hábito de manos de San Petronax. San Esturmio, el fundador de la abadía de Fulda, pasó algún tiempo en Monte Cassino para embeberse en la primitiva regla de San Benito. Otros muchos grandes hombres, tanto eclesiásticos como príncipes seculares, estuvieron en el hospitalario monasterio. San Petronax fue superior hasta su muerte, ocurrida probablemente el año 747. Las investigaciones recientes

han demostrado que San Wilibaldo, en los diez años que pasó en Monte Cassino, contribuyó mucho al restablecimiento de la regla benedictina y al desarrollo de la gran abadía.

Los bolandistas y Mabillon (vol. VII, pte. I, pp. 693-698) citan los párrafos más importantes de la *Historia Longobardorum* de Paul Warnefrid. Ver sobre todo J. Chapman, *La restauration du Mont Cassin par l'Abbé Petronax*, en *Revue Bénédictine*, vol. XXI (1904), pp. 74-80, y H. Leclercq en DAC, vol. XI, cc. 3451-3468.

BEATA PRUDENCIA, VIRGEN (1492 P.C.)

LA VIDA de la Beata Prudencia no tiene nada de pintoresco. Su fama se debe a los milagros que obró después de su muerte. Prudencia pertenecía a la noble familia milanesa de Casatori. Ingresó en el convento de las ermitañas de San Agustín de su ciudad natal. Pronto fue elevada a la dignidad de superiora del convento de San Marcos de Como, donde logró acabar con las disensiones que dividían a las dos comunidades. No sólo desplegó su celo con sus religiosas, a las que gobernó con gran prudencia, sino que reconstruyó también la iglesia de la Visitación de Como. Llena de años, trabajos y méritos, pasó a recibir la recompensa celestial, después de haber gobernado el convento de Como durante treinta y ocho años.

Los bolandistas se quejan, con razón, de la falta de documentos, por más que el historiador agustino, A. Torelli, hizo lo imposible por ayudarles. Véase *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II.

7: SAN ESTANISLAO, OBISPO DE CRACOVIA, MÁRTIR (1079 P.C.)

EL CULTO de San Estanislao está muy extendido en Polonia, sobre todo en la sede episcopal de Cracovia, donde se le honra como patrono principal y se conservan sus reliquias en la catedral. La biografía que escribió el historiador Juan Dlugosz, tutor de San Casimiro, unos cuatrocientos años después de la muerte de San Estanislao, parece ser una compilación de diferentes documentos antiguos y tradiciones orales, hecha con poco espíritu crítico, pues contiene varias afirmaciones contradictorias y muchos datos claramente legendarios.

Estanislao Szczepanowski nació el 26 de julio del año 1030, en Szczepanow. Sus padres, que eran nobles, habían vivido muchos años sin hijos, hasta que el cielo les concedió a Estanislao, en respuesta a sus oraciones. Consagraron a su hijo a Dios desde el día de su nacimiento y fomentaron ardientemente la piedad que Estanislao mostró desde niño. El joven se educó primero en Gnesen y después "en la Universidad de París", según cuenta la leyenda; pero la Universidad de París no existía todavía. Fue ordenado sacerdote por Lamberto Zula, obispo de Cracovia, quien le hizo canónigo de la catedral y más tarde le nombró predicador y archidiácono suyo. La elocuencia y el ejemplo del joven sacerdote produjeron grandes frutos de reforma de costumbres entre sus penitentes, así clérigos como laicos. El obispo Lamberto intentó cederle el gobierno de la sede, pero San Estanislao se negó a ello. Sin embargo, a la muerte de

Lamberto, las súplicas del pueblo y una orden del Papa Alejandro II le obligaron a aceptar la sucesión y fue consagrado obispo en 1072. Fue un celoso apóstol, infatigable en la predicación, estricto en el mantenimiento de la disciplina y muy cumplido en las visitas pastorales. Los pobres invadían constantemente la casa del santo obispo, quien tenía una lista de las viudas y de los necesitados, para socorrerles constantemente.

En aquella época, gobernaba Polonia el rey Boleslao II, monarca de grandes cualidades, pero extremadamente disoluto y cruel. San Estanislao era el único que se atrevía a enfrentarse al tirano y reprocharle el escándalo que daba. Al principio, el rey trató de defenderse, pero finalmente dio ciertas señales de arrepentimiento. Sin embargo, pronto olvidó los reproches del obispo y cayó nuevamente en las mismas faltas. Sus actos de vandalismo y sus injusticias políticas le hicieron chocar repetidas veces con San Estanislao. Pero la indignación pública llegó al colmo, cuando Boleslao cometió uno de los actos más viles de su vida. La esposa de uno de los nobles era extraordinariamente bella. Boleslao se dejó llevar por sus malos deseos y trató de conquistarla; como la fiel esposa le respondiese con el desprecio, el rey mandó raptarla y llevarla a su palacio. Los nobles polacos convocaron al arzobispo de Gnesen y a los prelados de la corte para que amonestasen al monarca; pero el miedo les impidió enfrentarse con el rey y el pueblo los acusó de connivencia con Boleslao. Cuando los nobles acudieron a San Estanislao, éste se presentó valientemente ante el rey y le echó en cara su pecado; terminó su exhortación diciéndole que, si persistía en su crimen, la Iglesia fulminaría contra él la pena de excomunión.

Esta amenaza enfureció al monarca, quien declaró que una persona que se atrevía a hablar en esos términos a su soberano, debía ser más bien pastor de puercos que de almas y puso fin a la entrevista amenazando a San Estanislao. La primera arma que empleó contra él fue la calumnia. San Estanislao había comprado unas tierras para la Iglesia a un tal Pedro, quien murió poco después de la transacción. El rey hizo correr la voz de que los sobrinos de Pedro podían recobrar las tierras, porque el obispo no las había pagado. Cuando el caso fue llevado ante el rey, éste no quiso oír a los testigos de la defensa. La sentencia condenatoria parecía inevitable, cuando el santo obispo invocó al muerto, quien apareció vestido con las mismas ropas con que fue enterrado y dio testimonio en su favor. La leyenda, de dudosa veracidad, añade que el hecho no convirtió al rey, cuya ferocidad no hizo sino aumentar con los años.

Al ver que todos los medios resultaban inútiles, San Estanislao excomulgó al monarca. El tirano, haciendo caso omiso, se presentó en la catedral de Cracovia; pero el obispo mandó interrumpir los oficios. Furioso, el rey se dirigió a la capillita de San Miguel, en las afueras de la ciudad, donde el santo estaba celebrando la misa, y mandó a sus guardias que entrasen a asesinarle; pero éstos volvieron a decir a Boleslao que el santo estaba rodeado por una luz misteriosa que les impedía darle muerte. Echándoles en cara su cobardía, el monarca entró en la capilla y mató con su propia mano a San Estanislao. Los guardias se encargaron de despedazar el cadáver y de esparcir los restos para que las fieras los devorasen. Según la leyenda, las águilas protegieron los restos del santo, hasta que, tres días más tarde, los canónigos los recogieron y les dieron sepultura frente a la capilla de San Miguel.

Hasta aquí no hemos hecho sino resumir la versión más conocida del martirio de San Estanislao. La obra crítica que publicó en 1904 el profesor

Wojchiechowski, fue muy discutida en Polonia. Dicho autor sostenía que San Estanislao era reo de traición, pues había tratado de deponer al monarca, y que por ello había sido condenado a muerte. El profesor Miodonski y otros historiadores respondieron vigorosamente a estas acusaciones. Sin embargo, está fuera de duda que en el asesinato de San Estanislao intervinieron las consideraciones políticas, aunque se trata de un punto extremadamente oscuro. Es falso que el asesinato de San Estanislao haya provocado un levantamiento que arrojó del trono a Boleslao, aunque ciertamente apresuró su caída. El Papa San Gregorio lanzó el entredicho contra Polonia. San Estanislao fue canonizado casi dos siglos más tarde, en 1253, por el Papa Inocencio IV.

La larga biografía de San Estanislao escrita por Juan Dlugosz se halla en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II. Más tarde se descubrieron dos biografías más breves y más antiguas. Cf. Poncelet, BHL., nn. 7832-7842. Sobre la reacción del Papa San Gregorio VII, ver Gfrörer, *Kirchengeschichte*, vol. VII, p. 557 ss. Cf. igualmente la *Cambridge History of Poland*, vol. I (1950). Existen numerosas biografías del santo, en polaco, pero muy pocas en otros idiomas.

SAN DOMICIANO, Obispo de Maestricht (*c.* 560 p.c.)

El principal patrono de Huy-sur-Meuse es San Domiciano, cuyas reliquias se conservan en un hermoso relicario medieval, en la iglesia de Nuestra Señora. El santo, que era originario de Francia, fue elegido obispo de Tongres, pero más tarde fue trasladado a la sede episcopal de Maestricht. En el sínodo de Orléans, que tuvo lugar el año 549, se distinguió por su hábil refutación de las doctrinas heréticas. Evangelizó el valle del Meuse, convirtió a numerosos paganos y construyó en su diócesis iglesias y hospitales. Hacia el fin de una larga época de carestía, los ricos, temerosos de no tener lo suficiente para sí, empezaron a dejar de socorrer a los pobres; en esa ocasión, el santo obispo apeló, con gran elocuencia y éxito, a su generosidad, acusándolos de falta de fe y anunciando una rica cosecha. Según la tradición, San Domiciano dio muerte a un terrible monstruo que asolaba la región, envenenando el agua del río Huy. Todavía en la actualidad se celebra una procesión en el sitio en que el santo venció a ese dragón real o mítico.

Las biografías de San Domiciano, que se hallan en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II, son muy posteriores. Más de fiar, son los datos que se encuentran en *Gesta Ep. Leodiensium* (ver Pertz, MGH., *Scriptores*, vol. VII, p. 178, y vol. XXV, pp. 26-27). Cf. también Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 189.

SANTOS SERENICO Y SERENO (*c.* 669 y 680 p.c.)

Serénico y su hermano Sereno eran dos jóvenes patricios de Espoleto, los cuales, según la leyenda, recibieron de un ángel la orden de abandonar a su familia y sus posesiones e ir a Roma. En aquella época, las tumbas de los Apóstoles estaban al cuidado de los benedictinos. Los dos jóvenes entraron en contacto con ellos y tomaron el hábito de San Benito. Durante algún tiempo, vivieron en comunidad en Roma, edificando a sus hermanos con su piedad; pero de nuevo se les apareció un ángel y les dio la orden de emigrar a Francia. Serénico y Sereno se entregaron, en la soledad, a una vida de gran abnegación,

primero, en el sitio que ocupa actualmente la ciudad de Château Gontier, de la diócesis de Angers y, más tarde, en el bosque de Charnie, cerca del pueblecito de Saulges de Maine. Pero, aunque querían permanecer ignorados del mundo, la fama de su santidad empezó a atraer a los peregrinos. Viendo así turbada su soledad y sintiéndose llamado al total olvido del mundo, Serénico se despidió de su hermano, del que nunca se había separado, y partió hacia la región desconocida de Hyesmes, acompañado de un niño al que había bautizado y que no quiso separarse de él. Decidieron establecerse en un paraje rodeado de rocas, no lejos del río Sarthe, a donde sólo se podía llegar por un estrecho sendero. Pero la soledad no era para Serénico, quien pronto se vio rodeado de discípulos y llegó a ser superior de una numerosa comunidad. El santo enseñó a sus súbditos a cantar la salmodia entera, que comprendía el oficio romano y el oficio benedictino. San Serénico gobernó hasta su muerte el monasterio que había fundado. Murió cuando era ya muy anciano, hacia el año 669.

Su hermano Sereno había permanecido en la soledad de Saulges, donde sus ayunos y oraciones le atrajeron innumerables gracias, entre las que se contaban las visiones, los éxtasis y los milagros. En una época en que el hambre, la peste y la sequía asolaron la región, a raíz de una guerra civil, San Berario, obispo de Le Mans, encomendó al pueblo a las oraciones de San Sereno. El pueblo atribuyó la lluvia, que acabó con la infección y refrescó la tierra, a las oraciones del santo anacoreta, la fama de cuyos milagros aumentó enormemente. Como su hermano Serénico, San Sereno vivió hasta edad muy avanzada. Los que le rodeaban en su lecho de muerte escucharon los coros celestiales.

Este relato poco convincente, del que no hemos dado más que un resumen, fue escrito en el siglo VIII, probablemente. Puede verse completo en Mabillon, *Acta Sanctorum O.S.B.*, vol. II, pp. 572-578, y en los bolandistas.

SAN JUAN DE BEVERLEY, OBISPO DE YORK (721 P.C.)

POCOS SANTOS han sido tan populares en Inglaterra como San Juan de Beverley, cuyo santuario fue uno de los principales sitios de peregrinación hasta la época de la Reforma. El sabio Alcuino le profesaba gran devoción y celebró sus milagros en verso. Athelstan atribuía a San Juan su victoria sobre los escoceses y Enrique IV su triunfo sobre los franceses, en Agincourt. San Juan nació en el pueblecito de Harpham, en Yorkshire. De joven fue a estudiar a Kent, en la famosa escuela de San Teodoro, donde se distinguió entre sus condiscípulos, en la época del santo abad Adrián. Más tarde volvió a Yorkshire y entró en la abadía de Whitby. La abadesa Hilda era entonces superiora de los dos conventos.

Por sus excepcionales cualidades, Juan fue elegido obispo de Hexham, después de la muerte de San Eata. El tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones pastorales, lo consagraba a la contemplación. Para ello, se retiraba en determinados períodos del año a una celda contigua a la iglesia de San Miguel, del otro lado del Tyne, en las cercanías de Hexham. Con frecuencia le acompañaba algún pobre, a quien el santo servía humildemente. En una ocasión, llevó consigo a un joven mudo que sufría de una repugnante enfermedad de la piel. El santo obispo le enseñó a decir "Géa" —la forma anglosajona del "Yes" inglés. Poco a poco, a partir de ese momento, fue enseñándole a pronunciar todas las sílabas

y las palabras enteras. Gradualmente, el joven logró expresarse mejor y se vio también libre de la enfermedad de la piel.

A raíz de la muerte de San Bosa, San Juan fue nombrado obispo de York. El Venerable Beda, a quien el santo había conferido las órdenes cuando era obispo de Hexham, habla de él con cierto detenimiento en su "Historia Eclesiástica": da testimonio de su santidad y narra algunos milagros que habían presenciado testigos tan autorizados como los abades de Beverley y de Tynemouth. Después de su translación a York, San Juan conservó la costumbre de retirarse, periódicamente, a la soledad de la abadía que él había construido en el bosque de Beverley. El año 717, consumido por la edad y la fatiga, el santo renunció a su sede en favor de su capellán, San Wilfrido el Joven y se retiró a Beverley, donde pasó los cuatro últimos años de su vida, en la práctica de la disciplina monacal. Murió el 7 de mayo del año 721. La diócesis de Hexham celebra su fiesta el día de hoy, en tanto que otras diócesis del norte la celebran el 25 de octubre. Las reliquias de San Juan de Beverley fueron trasladadas en 1037.

Nuestra principal fuente de información es la *Historia Ecclesiastica* de Beda. Más de tres siglos después, Folcardo, un monje de St. Bertin que residía entonces en Inglaterra, escribió una biografía del santo y una larga serie de milagros. El canónigo Raine editó éste y otros documentos en *The Historians of the Church of York*, vol. I (*Rolls Series*). Ver también los dos volúmenes del mismo autor sobre Hexham, en las publicaciones de la *Surtees Society*. Los calendarios (cf. Stanton, *Menology*, p. 201) dan testimonio de la popularidad y antigüedad del culto de San Juan de Beverley. Stanton (p. 676) habla del descubrimiento de ciertas reliquias en 1664. Hay una encantadora alusión al santo en *Revelations* de la señora Julian, c. 38.

BEATA ROSA VENERINI, VIRGEN (1728 P.C.)

LA BEATA ROSA nació en Viterbo en 1656. Era hija de un médico llamado Godofredo Venerini. A la muerte de su prometido, Rosa ingresó en el convento; pero poco después tuvo que volver a su casa a velar por su madre, que había enviudado. Rosa acostumbraba reunir a las mujeres de la ciudad para rezar con ellas el rosario, al caer de la tarde. Cuando se dio cuenta de que muchas de ellas eran muy ignorantes, desde el punto de vista religioso, se dedicó a instruirlas. Su director espiritual era el P. Ignacio Martinelli, de la Compañía de Jesús, quien la persuadió de que su verdadera vocación era la de enseñar "en el mundo". Rosa renunció, pues, a sus proyectos de vida contemplativa. En 1685, con otras dos amigas, inauguró una escuela gratuita para niñas en Viterbo.

El éxito fue inmediato. Rosa poseía el don de educar; era extraordinariamente hábil para adiestrar a otras en la enseñanza, y, nada la detenía en el servicio de Dios. La fama de la beata se extendió pronto. En 1692, la llamó el cardenal Barbarigo para preparar profesoras y organizar escuelas en la diócesis de Montefiascone. Ahí fue profesora y amiga de Lucía Filippini, la fundadora del instituto de "Maestre Pie", que fue canonizada en 1930. Rosa organizó escuelas en diversos sitios. La oposición tomó, en ciertos casos, las formas más increíbles; en una ocasión, las profesoras fueron asaltadas a flechazos y su casa incendiada. Pero la paciencia y energía de la beata superaron todos los obstáculos. En 1713, su fundación de Roma mereció los elogios del Papa Clemente XI. La beata murió en la Ciudad Eterna, el 7 de mayo de 1728. Los milagros confirmaron la fama de su santidad y Rosa fue beatificada en 1952. La asociación

de profesoras que había fundado la beata, se convirtió después de su muerte en una congregación religiosa. Las Hermanas Venerini trabajan en Italia y en los Estados Unidos; en este último país se han ocupado de los inmigrantes italianos, desde principios del siglo.

Hay una corta biografía de la beata en el decreto de beatificación (*Acta Apostolicae Sedis*, vol. XLIV (1952), pp. 405-409).

8: LA APARICION DE SAN MIGUEL ARCANGEL (¿492? P.C.)

YA QUE el pueblo estaba convencido de que San Miguel Arcángel no sólo era el capitán de las huestes celestiales y un gran protector, sino el árbitro de la suerte de los hombres en su paso hacia la eternidad (cf. 29 de septiembre), era imposible que las numerosas oraciones que el pueblo cristiano elevaba a tan poderoso intercesor, no llegasen a manifestarse en forma externa y pública. Cualquier leyenda milagrosa relacionada con San Miguel bastaba para cristalizar en una forma determinada la devoción latente de los cristianos. Hay algunos indicios de que, en tiempos muy antiguos, se atribuían a San Miguel las maravillas obradas en las fuentes termales de Frigia, especialmente en Hierápolis. Parece cierto que ya en el siglo IV, había cerca de Constantinopla una iglesia dedicada al Arcángel, probablemente en la época de Constantino, el primer emperador cristiano. La devoción a San Miguel nació en el oriente; pero hay pruebas de que, desde época muy antigua, se había construido una basílica en honor del Arcángel cerca de Roma, en la Vía Salaria. El primer misal romano, llamado el "Leonianum", contiene varias misas, relacionadas, según parece, con ése u otros santuarios de Roma, dedicados a San Miguel; dichas misas ocurren a fines de septiembre. Es imposible determinar si la dedicación del santuario del Monte Gárgano, en Apulia, donde predominaba la influencia griega, tuvo lugar en una época anterior. Según la leyenda escrita, resumida en el Breviario, la dedicación se llevó a cabo en tiempos del Papa Gelasio (492-496). Un toro extraviado, que escapó de los establos de algún propietario rico, se refugió en una cueva cerca de la cumbre de la colina conocida con el nombre de Monte Gárgano. En el curso de la búsqueda, San Miguel manifestó, por medio de ciertos portentos, su deseo de que se le consagrara aquel sitio. Se cuenta que ocurrieron numerosos milagros en la cueva, donde había una fuente a la que se atribuían propiedades curativas. Es evidente que el santuario se hizo pronto muy famoso en todo el occidente, pues uno de los más antiguos manuscritos del *Hieronymianum* lo menciona a propósito de la fiesta de San Miguel Arcángel el 29 de septiembre. En Inglaterra, la colección anglosajona de sermones, conocida con el nombre de "Blicling Homilies", escrita a fines del siglo X, relata los acontecimentos de la cueva del Monte Gárgano. Citemos una traducción moderna de dicho documento: "De la misma piedra del techo de la iglesia, en el costado norte del altar, brotaba un agua clara y sabrosa, de la que se servían los habitantes del lugar. Junto a la fuente, colgado de una cadena de plata, había un vaso de cristal que recogía las gotas de agua. El pueblo, después de recibir la comunión, acostumbraba subir la escalera que conducía hasta el vaso para gustar ese líquido celestial." Este documento es un

excelente testimonio de que, mucho antes de que se suprimiese la comunión bajo las dos especies, existía la costumbre de beber un poco de agua después de haber recibido la Preciosa Sangre, ya por separado, ya en la hostia mojada en el cáliz, como se hace todavía en el oriente.

Juan XXIII, por un Motu Proprio del 25 de julio de 1960, suprimió esta fiesta del Calendario Romano.

El texto completo de la leyenda se halla en Ughelli, vol. VII, cc. 1107-1111, y en *Acta Sanctorum*, septiembre, vol. VIII; cf. Ebert, *Geschichte der Literatur des Mittelalters*, vol. II, p. 358. Ver igualmente K. A. Kellner, *Heortology* (1908), pp. 328-332, y H. Leclercq en DAC., vol. XI, cc. 903-907. Ha habido cierta confusión entre esta fiesta y la del 29 de septiembre; el Papa Benedicto XIV propuso la supresión de la celebración del día de hoy, que ya no existe en el Calendario Benedictino. Apenas se puede dudar de que la fundación de Saint-Michel au Péril de Mer —el famoso Mont-Saint-Michel de las cercanías de Avranches—, que la tradición sitúa en 709, haya tenido su origen en la leyenda del Monte Gárgano. No sabemos con certeza cuándo se dio el nombre de San Miguel al santuario de Marazion de Cornwall; pero debió ocurrir antes de que Roberto de Mortain entregase el santuario de Mont-Saint-Michel a los monjes de San Miguel, in Periculo Maris (c. 1086), si las "actas" son genuinas. Ver T. Taylor, *The Celtic Christianity of Cornwall* (1916), pp. 141-168; *St Michael's Mount* (1932), del mismo autor, y J. R. Fletcher, *Short History of St Michael's Mount* (1951).

SAN VICTOR MAURO, MÁRTIR (303 P.C.)

SAN AMBROSIO dice que San Víctor era uno de los patronos de Milán, junto con San Félix y San Nabor. Según la tradición, San Víctor era originario de Mauritania; por ello se le llamó Mauro o Moro, para distinguirle de otros confesores del mismo nombre. Fue cristiano desde su juventud, formó parte de la guardia pretoriana y fue hecho prisionero cuando era ya muy anciano. Después de soportar crueles torturas, fue decapitado en Milán, hacia el año 303, durante el reinado de Maximiano. Por orden del obispo San Materno, su cuerpo fue enterrado junto a un bosquecito, donde más tarde se construyó una iglesia. San Gregorio de Tours afirma que Dios glorificó la tumba del mártir con numerosos milagros. San Carlos Borromeo, en 1576, trasladó las reliquias de San Víctor a la nueva iglesia de los monjes olivetanos, que todavía lleva el nombre del mártir.

En las "actas" de San Víctor, como de costumbre, se acumulan los acontecimientos fantásticos. Por ejemplo, se cuenta que el plomo derretido que le vertieron sobre la cabeza, se enfrió instantáneamente al contacto de su piel y no le causó ningún daño. Pero la existencia real del martirio de San Víctor y del culto que se le profesó en Milán, desde muy antiguo, está fuera de duda.

Hay una abundante literatura sobre San Víctor el Moro; cf. CMH., p. 238. Ver sobre todo F. Savio, *I santi Martiri di Milano* (1906), pp. 3-24 y 59-65. Las actas del martirio se hallan en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II.

SAN ACACIO o AGATO, MÁRTIR (303 ó 305 P.C.)

SAN ACACIO o Agato es, junto con San Mucio, el único mártir auténtico de Bizancio, en la antigüedad. Había nacido en Capadocia y era centurión del ejército imperial. Murió por la fe durante la persecución de Diocleciano y Maximiano.

Como sufrió solo el martirio, hay que situar en otra fecha a los setenta y siete compañeros que se le atribuyen generalmente. Según las "actas" de San Acacio, que no son fidedignas, fue denunciado por el tribuno Firmo, en Perinto de Tracia, donde el juez Bibieno le mandó torturar cruelmente. Después, fue trasladado a Bizancio, donde le flagelaron públicamente y le decapitaron.

En Constantinopla había dos o tres iglesias dedicadas a San Acacio. Una de ellas fue construida por Constantino el Grande. El pueblo la conocía con el nombre de "el nogal", porque en su estructura había un trozo del nogal en ei que, según la leyenda, el santo había sido colgado durante la flagelación.

El texto griego de las *actas* de San Acacio se halla en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II, junto con la antigua versión siria editada por P. Bedjan. Ver el artículo del P. Delehaye sobre San Acacio en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), p. 228, así como las páginas que consagró al santo en *Origines du Culte des Martyrs*, pp. 233-236; y en CMH., p. 239. El nombre de San Acacio aparece tanto en el antiguo *Breviarium* sirio, como en el calendario español de Carmona. Cf. Salaville, *Les Eglises de St Acace,* en *Echos d'Orient*, vol. XI, pp. 105 ss.

SAN DESIDERATO o DESEADO, Obispo de Bourges
(*c.* 550 p.c.)

San Desiderato y sus dos hermanos, Desiderio y Deodato, son venerados como santos, aunque el Martirologio Romano no hace mención de ninguno de los tres. Según cuenta la leyenda, sus padres, que vivían en Soissons, no sólo empleaban su tiempo y su dinero en socorrer a los pobres, sino que prácticamente convirtieron su casa en un hospital. Desiderato fue a servir a la corte del rey Clotario, del que llegó a ser una especie de secretario de estado y sobre el cual ejerció una influencia muy benéfica. En medio del esplendor de la corte, San Desiderato llevaba una vida muy austera. Aprovechó el poder que le otorgaba su cargo, para desarraigar la herejía y castigar la simonía. En varias ocasiones manifestó deseos de retirarse a un monasterio; pero el rey se opuso siempre a ello, diciéndole que debía pensar más en el bienestar del pueblo, que en sus propias inclinaciones. A la muerte de San Arcadio, en el año 541, San Desiderato fue elegido obispo de Bourges. Durante los nueve años en que gobernó dicha diócesis, la fama de sus milagros y de sus intervenciones en favor de la paz se extendió mucho. El santo obispo tomó parte en varios sínodos, en particular en el quinto Concilio de Orléans y en el segundo de Auvernia; esos dos concilios combatieron las herejías de Nestorio y Eutiques y promovieron la disciplina eclesiástica. En sus últimos años, San Desiderato tuvo por coadjutor a un joven sacerdote llamado Flaviano, cuya muerte prematura apresuró la del santo. La muerte de San Desiderato ocurrió probablemente, el 8 de mayo del año 550.

El relato, reproducido en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II, es de época tardía y poco fidedigno. Sin embargo, no puede ponerse en duda la existencia y la santa vida de San Desiderato. Véase Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 28.

SAN BONIFACIO IV, Papa (615 p.c.)

Poco es lo que sabemos sobre el santo Pontífice que gobernó a la Iglesia con

el nombre de Bonifacio IV. Era hijo de un médico y había nacido en la "ciudad" de Valeria, en los Abruzos. Se dice que fue discípulo de San Gregorio Magno, en Roma y, por ello, los benedictinos afirman que fue miembro de su orden. En el reinado de este Papa, el Panteón Romano, erigido por Marco Agripa en honor de todas las divinidades romanas, fue transformado en iglesia católica y dedicado a la Reina de los Mártires. El emperador Focas regaló el Panteón al Pontífice, quien lo consagró el 13 de mayo del año 609, según cuenta el Martirologio Romano. Actualmente se llama con frecuencia a dicha iglesia "Santa María la Rotonda", por la forma que tiene. En un sínodo de obispos italianos que había convocado para restaurar la disciplina, San Bonifacio habló con San Melitón, que se hallaba de visita en la ciudad, sobre el estado de la Iglesia en Inglaterra. San Columbano escribió a Bonifacio IV una carta muy famosa y discutida, en la que las manifestaciones de devoción y lealtad a la Santa Sede se mezclan con increíbles acusaciones de laxitud doctrinal. San Bonifacio fue sepultado en el pórtico de la basílica de San Pedro, pero sus restos fueron trasladados más tarde, al interior.

El *Acta Sanctorum* habla de San Bonifacio el 25 de mayo, vol. II. En Mann, *The Lives of the Popes*, vol. I, pp. 268-279, puede verse un estudio más actual del pontificado de Bonifacio IV. Ver también Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, pp. 317-318; y Laux, *Der hl. Kolumban* (1919); existe una traducción inglesa de una versión anterior, con el título de *The Life and Writings of St Columban* (1914).

SAN BENEDICTO II, PAPA (685 P.C.)

EL PAPA San Benedicto II se educó, desde niño, en el servicio de la Iglesia. Desde muy joven se distinguió por sus conocimeintos de la Sagrada Escritura y del canto sagrado, por el que sentía gran entusiasmo. Era romano de nacimiento y participó en el gobierno de la Iglesia, bajo los Papas San Agatón y San León II. Después de la muerte de este último, el año 683, fue elegido para sucederle. Sus virtudes, su liberalidad y su inteligencia, le hacían especialmente apto para esa altísima dignidad. En aquella época, todavía privaba la costumbre antigua de que el clero y el pueblo de Roma eligiesen al Pontífice, con el consentimiento del emperador. Pero los viajes entre Roma y Constantinopla que se necesitaban para obtener la sanción imperial, creaban grandes dificultades y producían largas dilaciones; por ello, pasó un año entre la fecha de la muerte de San León y la consagración de Benedicto II. El nuevo Papa consagró sus esfuerzos a obtener que el emperador aceptase que, en adelante, los sufragios del clero y el pueblo bastasen para elegir al Pontífice, y que suprimiese la necesidad de la sanción imperial o delegase sus poderes en el exarca de Italia. Aunque Benedicto II consiguió la aprobación de Constantino IV, el caso de la sanción imperial volvió a repetirse más tarde en la historia.

El emperador profesaba tal estima al Pontífice, que le envió mechones de cabellos de sus dos hijos, Justiniano y Heraclio, para manifestarle, según el simbolismo de la época, que los consideraba como hijos espirituales de Benedicto II. El santo Pontífice hizo cuanto pudo para que Macario, el patriarca de Antioquía, que había sido depuesto por herejía, volviese a la verdadera fe. En su corto pontificado, que no duró más que once meses, el Papa restauró varias iglesias de Roma. Igualmente manifestó su interés por la Iglesia de Inglaterra,

apoyando la causa de San Wilfrido de York. San Benedicto II murió el 8 de mayo de 685 y fue sepultado en San Pedro.

El *Acta Sanctorum* habla de Benedicto II el 7 de mayo (vol. II). La principal fuente es el *Liber Pontificalis* (Duchesne, vol. I, pp. 363-365). Ver también Muratori, *Annales*, ad ann. 684, y Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. III, p. 549 ss. Mons. Mann reunió en su obra *Lives of the Popes*, vol. I, pte. 2, pp. 54-63, todas las informaciones que existen sobre San Benedicto II.

SAN PEDRO, ARZOBISPO DE TARENTAISE (1175 P.C.)

SAN PEDRO de Tarentaise, una de las glorias de la orden cisterciense, nació cerca de Vienne, en la provincia francesa del Delfinado. Desde joven, dio pruebas de una memoria extraordinaria y de gran inclinación a los estudios religiosos y, a los veinte años, entró en la abadía de Bonnevaux. Con gran celo, abrazó la austeridad de la regla y edificó a cuantos le trataron, por su caridad, humildad y modestia. Al cabo de algún tiempo, su padre y sus dos hermanos ingresaron también en Bonnevaux, en tanto que su madre y su única hermana tomaron el hábito en un convento cisterciense de los alrededores. Además de esos miembros de la humilde familia de San Pedro, muchos nobles abrazaron también la vida religiosa en Bonnevaux, movidos por el ejemplo del santo. Todavía no cumplía éste los treinta años, cuando fue elegido superior del nuevo convento de Tamié, en las solitarias montañas de Tarentaise. Dicho convento quedaba sobre la principal ruta que unía entonces la Saboya con Ginebra, de suerte que los monjes podían prestar inapreciables servicios a los viajeros. Con la ayuda de Amadeo III, conde de Saboya, que le tenía en gran estima, el santo fundó un hospital para los enfermos y forasteros, en el que asistía personalmente a sus huéspedes.

En 1142, San Pedro fue elegido arzobispo de Tarentaise. San Bernardo, con el capítulo general de su orden, le obligó a aceptar el cargo, muy contra su voluntad. El nuevo arzobispo encontró su arquidiócesis en un estado lamentable, debido principalmente a los excesos de su predecesor, que había sido depuesto. Las parroquias se hallaban en manos de los laicos, no se atendía a los pobres y el clero, en vez de oponer un dique a la injusticia, la promovía más con su mal ejemplo. San Pedro sustituyó a los sacerdotes de la catedral, que eran indisciplinados y negligentes, por los canónigos regulares de San Agustín y el Capítulo empezó muy pronto a dar ejemplo de regularidad. San Pedro visitaba constantemente su diócesis, recuperó las propiedades confiscadas, destinó a los mejores sacerdotes a las parroquias, fundó instituciones para la educación de la juventud y el socorro de los pobres y promovió la celebración de los divinos oficios en todas las iglesias. El autor de su biografía, que le acompañó en todos sus viajes de aquella época, da testimonio de las numerosas curaciones que obró el santo y de las multiplicaciones de pan que realizó en los períodos de carestía.

Molesto al verse honrado por sus milagros y deseoso de volver a la soledad del monasterio, San Pedro empezó a pensar en el claustro; en 1155, después de trece años de gobierno de su diócesis, desapareció sin dejar huellas. En realidad se había retirado a una lejana abadía cisterciense de Suiza, donde los monjes no le conocían y le aceptaron como hermano lego. El pueblo de Taren-

taise se afligió mucho al saber la noticia de la desaparición de su arzobispo y le buscó en los monasterios de las provincias vecinas, pero no logró descubrirle sino hasta un año más tarde. Cuando los superiores de San Pedro supieron quién era, le obligaron a volver a su sede, donde el pueblo le recibió jubilosamente. El santo desempeñó su oficio con mayor celo que nunca. Su primera preocupación eran los pobres; en dos ocasiones regaló su hábito, en lo más crudo del invierno, con riesgo de su vida. San Pedro reconstruyó el albergue del "Pequeño San Bernardo" y construyó otros albergues en los Alpes. También instituyó la costumbre, que se conservó hasta poco después de la Revolución Francesa, de distribuir gratuitamente pan y sopa en los meses anteriores a la cosecha, cuando la comida escaseaba en su abrupta diócesis. El pueblo bautizó esta costumbre con el nombre de "el pan de mayo". San Pedro conservó siempre el hábito cisterciense y vivió con la austeridad de un monje; pero suplía el trabajo manual con el desempeño de las funciones espirituales de su oficio.

San Pedro, que era un hombre de paz, poseía un don singular para reconciliar a los más implacables enemigos, de suerte que en más de una ocasión logró evitar el derramamiento de sangre. Pero, sobre todo, consagró sus esfuerzos políticos a apoyar al legítimo Papa, Alejandro III, contra el antipapa Víctor, al que sostenía, a su vez, Federico Barbarroja. En una época, el arzobispo de Tarentaise fue prácticamente el único súbdito del emperador que se atrevió a oponerse abiertamente al antipapa, pero pronto se le unió toda la Orden del Cister. En defensa de los derechos del Papa legítimo, Pedro predicó en las provincias francesas de Alsacia, Lorena, Borgoña y en muchas regiones de Italia. A la elocuencia de su palabra, se añadía el prestigio de sus milagros. El santo habló también, valientemente, en varios sínodos y en la misma presencia del emperador. Este último admiraba tanto su santidad y su valor, que le permitió expresarse con una libertad que no habría soportado en ningún otro.

Dios no quiso que el santo muriese en su diócesis. Su fama de hábil pacificador movió a Alejandro III a enviarle para tratar de negociar la reconciliación entre Luis VII de Francia y Enrique II de Inglaterra. Aunque era ya bastante anciano, el santo partió al punto y predicó durante todo el viaje. Cerca de Chaumont de Vexin, donde se hallaba instalada la corte, se entrevistó con Luis VII y con el rebelde heredero al trono de Inglaterra, el príncipe Enrique. Este último descendió del caballo para recibir la bendición de San Pedro y pidió respetuosamente permiso de besar la vieja capa del arzobispo. El rey de Inglaterra, que le recibió en Chaumont y en Gisors, le prodigó toda clase de honores. Sin embargo, la paz no se hizo sino hasta después de la muerte del santo. Cuando volvía a su diócesis, San Pedro cayó enfermo cerca de Besançon y murió cuando le transportaban a la abadía de Bellevaux. Su canonización tuvo lugar en 1191.

La más importante y fidedigna de las fuentes sobre San Pedro es la biografía que el abad cisterciense de Hautecombe, Godofredo de Auxerre, escribió por orden del Papa Lucio III. Puede verse dicha obra en *Acta Sanctorum*. Godofredo terminó esa biografía en 1185, es decir, menos de diez años después de la muerte del santo. Además, se menciona frecuentemente a San Pedro en la correspondencia, en las crónicas y en la literatura hagiográfica de la época. Aun Walter Map, que se expresaba de la Orden Cisterciense con la mayor acritud, habla en términos elogiosos de San Pedro de Tarentaise. Ver *The Life of St Hugh of Lincoln* (*Quarterly Series*), pp. 625-626; también se encontrará ahí un resumen de las relaciones entre San Hugo, que era cartujo, y el arzobispo cisterciense (pp. 60-64). Véase igualmente Le Couteulx, *Annales Ordinis Cartusiensis*,

vol. II, passim; G. Müller, *Leben des hl. Petrus von Tarentaise* (1892); y las biografías francesas de Dom M. A. Dimier (1935) y H. Brultey (1945).

9: SAN GREGORIO NAZIANCENO, OBISPO DE CONSTANTINOPLA, DOCTOR DE LA IGLESIA (390 P.C.)

SAN GREGORIO de Nazianzo fue declarado Doctor de la Iglesia y apodado "el teólogo", (título que comparte con el Apóstol San Juan), por la habilidad con que defendió la doctrina del Concilio de Nicea. Nació hacia el año 329, en Arianzo de Capadocia. Era hijo de Santa Nona y San Gregorio el Mayor. Su padre era un antiguo propietario y magistrado que, después de convertirse al cristianismo junto con su esposa, recibió el sacerdocio y gobernó durante cuarenta y cinco años la diócesis de Nazianzo. Sus hijos, Gregorio y Cesario, recibieron una educación excelente. Después de haber hecho sus primeros estudios en Cesarea de Capadocia, donde conoció a San Basilio, San Gregorio de Nazianzo, que quería ser abogado, pasó a Cesarea, en Palestina, donde había una famosa escuela de retórica. Más tarde volvió a reunirse con su hermano en Alejandría. En aquella época, los estudiantes pasaban con facilidad de una escuela a otra; San Gregorio, después de una corta estancia en Egipto, decidió ir a terminar sus estudios en Atenas. Una furiosa tempestad que sacudió durante varios días la nave en que iba Gregorio, le hizo caer en la cuenta del riesgo en que se hallaba de perder su alma, ya que aún no había recibido el bautismo. Sin embargo, no se bautizó sino hasta varios años después, probablemente porque compartía la creencia de su época de que era muy difícil obtener el perdón de los pecados cometidos después del bautismo. Gregorio pasó diez años en Atenas; casi todo ese tiempo estuvo con San Basilio, de quien llegó a ser íntimo amigo. Otro de sus compañeros, aunque no de sus amigos, fue el futuro emperador Juliano, cuya afectación y extravagancia eran muy poco del gusto de los jóvenes capadocios. Gregorio partió de Atenas a los treinta años de edad, después de aprender cuanto sus maestros podían enseñarle. No sabemos exactamente qué pensaba hacer en Nazianzo; en todo caso, si tenía intenciones de practicar su carrera de leyes o enseñar retórica, modificó sus planes. Gregorio había sido siempre muy devoto; pero por entonces abrazó una forma de vida mucho más austera, transformado, según parece, por una profunda experiencia religiosa, que tal vez fue el bautismo. Basilio, que vivía como solitario en el Ponto, en las riberas del Iris, le invitó a reunirse con él, y Gregorio aceptó al punto. En medio de aquel hermoso paisaje solitario, del que San Basilio nos dejó una bellísima descripción, los dos amigos pasaron un par de años, consagrados a la oración y al estudio; durante ellos, hicieron una colección de extractos de las obras de Orígenes y echaron los fundamentos de la vida monástica de oriente, cuya influencia había de dejarse sentir también en el occidente a través de San Benito.

Gregorio tuvo que arrancarse de aquel remanso de paz para ir a ayudar a su padre, que tenía ya ochenta años, en la administración de su diócesis y de sus bienes. Pero el anciano, al que no satisfacía plenamente la ayuda que su hijo le prestaba como laico, le ordenó sacerdote más o menos por la fuerza, con la ayuda de algunos fieles. Aterrorizado al verse elevado a la dignidad sacerdotal,

de la que la conciencia de su indignidad le había mantenido alejado hasta entonces, San Gregorio se dejó llevar de su primer impulso y huyó en busca de su amigo Basilio. Sin embargo, diez semanas más tarde, volvió a la casa de su padre, decidido a aceptar las responsabilidades de su vocación. La apología que escribió sobre su fuga es, en realidad, un tratado sobre el sacerdocio, en el que se fundaron cuantos han escrito posteriormente sobre el tema, empezando por San Juan Crisóstomo. Un incidente se encargó pronto de demostrar cuán necesaria era la presencia de Gregorio en Nazianzo. Su padre y muchos otros prelados habían aceptado las decisiones del Concilio de Rímini, con la esperanza de ganarse así a los semiarrianos. Esto produjo una violenta reacción entre los mejores católicos, especialmente entre los monjes, y sólo la habilidad de San Gregorio consiguió evitar el cisma. Todavía se conserva el discurso que pronunció el día de la reconciliación, así como dos oraciones fúnebres de la misma época: la de su hermano San Cesario, que había sido médico del emperador en Constantinopla, en el año 369 y la de su hermana Santa Gorgonia.

El año 370, San Basilio fue elegido metropolitano de Cesarea. En aquella época, el emperador Valente y el procurador Modesto hacían lo imposible por introducir el arrianismo en Capadocia y San Basilio se convirtió en el principal obstáculo para la realización de sus planes. Con el objeto de disminuir la influencia de este último, Valente dividió la Capadocia en dos provincias e hizo de la ciudad de Tiana la capital de la nueva. El obispo de Tiana, Antimo, reclamó inmediatamente la jurisdicción archiepiscopal sobre la nueva provincia; pero San Basilio arguyó que la nueva división política no afectaba en nada su autoridad de metropolitano. A fin de consolidar su posición, contando con un amigo en el territorio en disputa, San Basilio nombró a San Gregorio obispo de la nueva diócesis de Sásima, ciudad malsana y miserable, que se hallaba situada en la frontera de las dos provincias. Gregorio aceptó contra su voluntad la consagración, pero nunca se trasladó a Sásima, cuyo gobernador era su enemigo declarado. San Basilio acusó de cobardía a San Gregorio, el cual declaró que no estaba dispuesto a batirse por una diócesis. Aunque más tarde volvieron a reconciliarse los dos amigos, San Gregorio quedó herido y su amistad no volvió a ser nunca tan íntima como antes. San Gregorio permaneció, pues, en Nazianzo, actuando como coadjutor de su padre, quien murió al año siguiente. A pesar de su deseo de retirarse a la soledad, San Gregorio tuvo que aceptar el gobierno de la diócesis, hasta que fuese nombrado el nuevo obispo. Pero la enfermedad le obligó a retirarse a Seleucia, el año 375 y ahí permaneció cinco años.

A la muerte del emperador Valente, cesó la persecución contra la Iglesia. Naturalmente, los obispos decidieron enviar a los más celosos y cultos de sus hombres a las ciudades y provincias que más habían sufrido con la persecución. La Iglesia de Constantinopla era, sin duda, la que se hallaba en peor estado, ya que estuvo sometida a la influencia de los arrianos, durante treinta o cuarenta años, y no tenía una sola iglesia para reunir a los que habían permanecido fieles al catolicismo. Un consejo episcopal invitó a San Gregorio a encargarse de la restauración de la fe en Constantinopla. Este, cuyo temperamento sensible y pacífico le hacía temer aquel remolino de intrigas, corrupción y violencia, se negó al principio a salir de su retiro, pero finalmente aceptó. Sus pruebas empezaron desde que llegó a Constantinopla, pues el populacho, acostumbrado a la pompa y al esplendor, recibió con recelo a aquel hombrecillo mal vestido, calvo y prematuramente encorvado. San Gregorio se alojó al principio en casa de unos

amigos, que pronto se transformó en iglesia, y le dio el nombre de "Anastasia", es decir, el sitio en que la fe iba a resucitar. En aquel reducido santuario se dedicó a predicar e instruir al pueblo. Ahí fue donde predicó sus célebres sermones sobre la Santísima Trinidad que le merecieron el título de "el teólogo", por la profundidad con que captó la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo Poco a poco creció su fama y la capacidad de su iglesia resultó insuficiente. Por su parte, los arrianos y los apolinaristas no dejaban de esparcir insultos y calumnias contra él. En una ocasión llegaron incluso a irrumpir en la iglesia para arrastrar a San Gregorio a los tribunales. Pero el santo se consolaba al saber que, si la fuerza estaba del lado de sus enemigos, la verdad, en cambio, estaba de su parte; si ellos poseían las iglesias, él tenía a Dios; si el pueblo apoyaba a sus adversarios, los ángeles le sostenían a él. San Gregorio se ganó la estima de los más grandes hombres de su tiempo: San Evagrio del Ponto se trasladó a Constantinopla para ayudarle como archidiácono y San Jerónimo fue, del desierto de Siria a Constantinopla, para oír las enseñanzas de San Gregorio.

Pero siguió la lluvia de pruebas sobre el campeón de Cristo, tanto por parte de los herejes como de sus propios fieles. Un tal Máximo, un aventurero al que el santo había prestado oídos y alabado públicamente, se hizo consagrar obispo por unos prelados que se hallaban de paso en la ciudad y aprovechó una enfermedad de San Gregorio para apoderarse de la sede. Este consiguió imponerse sobre el usurpador, pero el incidente le dolió mucho, sobre todo cuando supo que varios de aquellos a quienes él consideraba amigos habían apoyado a Máximo.

En los primeros meses del año 380, el obispo de Tesalónica confirió el bautismo al emperador Teodosio. Poco después, éste promulgó un edicto por el que obligaba a sus súbditos bizantinos a practicar la fe católica, tal como la profesaban el Papa y el arzobispo de Alejandría. En Constantinopla, Teodosio puso al obispo arriano ante la disyuntiva de aceptar la fe de Nicea o abandonar la ciudad. El prelado escogió el destierro y Teodosio determinó instalar a San Gregorio en su lugar, ya que hasta entonces había sido prácticamente obispo *en* Constantinopla, pero no obispo *de* Constantinopla. Un sínodo confirmó el nombramiento de San Gregorio, quien fue entronizado en la catedral de Santa Sofía, en medio de las aclamaciones del pueblo. Pero su gobierno duró apenas unas cuantos meses. Sus antiguos enemigos se levantaron contra él y la hostilidad no hizo sino aumentar, ante la decisión de San Gregorio sobre el asunto de la sede vacante de Antioquía. El pueblo empezó a dudar sobre la validez de la elección del santo, quien fue objeto de algunos atentados. Tan amante de la paz como siempre, y temeroso de que la inquietud del pueblo llevase al derramamiento de sangre, San Gregorio determinó renunciar a su cargo: "Si mi gobierno de la diócesis produce disturbios, manifestó ante la asamblea, estoy dispuesto, como Jonás, a dejarme arrojar al mar para calmar la tempestad, aunque no la he provocado yo. Si todos siguiesen mi ejemplo, la Iglesia gozaría pronto de la paz. Yo jamás aspiré a la dignidad que ocupo y la acepté contra mi voluntad. Por consiguiente, si lo juzgáis conveniente, estoy dispuesto a partir." El emperador acabó por dar su consentimiento y San Gregorio pronunció un noble y conmovedor discurso de despedida. Su tarea, ahí, estaba terminada; quedaba encendida de nuevo la llama de la fe, que se había apagado en Constantinopla y la mantuvo encendida en las horas más sombrías por las que había

atravesado la Iglesia. Un rasgo característico del santo fue el que mantuvo siempre relaciones cordiales con su sucesor, Nectario, quien le era inferior en todo, excepto en la nobleza del linaje.

San Gregorio pasó algunas temporadas en las posesiones que había heredado y en Nazianzo, donde aún no se había instalado el sucesor de su padre. Pero el año 383, después de lograr que su primo Euladio fuese elegido para ocupar la sede vacante, se retiró por completo a la vida privada, en la paz de su hermoso parque, donde había un bosquecillo y una fuente. Pero aun ahí practicaba la mortificación, ya que jamás se calzaba ni encendía fuego. Hacia el fin de su vida, escribió una serie de poemas religiosos, tan bellos como edificantes. Dichos poemas son muy interesantes desde el punto de vista biográfico y literario, ya que el santo cuenta en ellos su vida y sus sufrimientos; su forma exquisita raya, a veces, en lo sublime. La fama de escritor de que ha gozado San Gregorio hasta nuestros días, se debe a esos poemas, a sus sermones y a sus deliciosas cartas. San Gregorio murió en su retiro, el año 309. Sus restos, que fueron, primero, trasladados de Nazianzo a Constantinopla, reposan actualmente en San Pedro de Roma.

San Gregorio gustaba de hablar de la condescendencia que Dios había mostrado a los hombres. En una de sus cartas, escribía: "Admirad la extraordinaria bondad de Dios, que se digna tomar en cuenta nuestros deseos como si tuviesen gran valor. Desea ardientemente que le busquemos y le amemos y recibe nuestras peticiones como si se tratase de un favor o un beneficio que los hombres le hiciésemos. Dios tiene más gozo en dar que nosotros en recibir. Lo único que no soporta es que le pidamos tibiamente y que pongamos límites a nuestras peticiones. Pedirle cosas frívolas sería hacer una ofensa a la liberalidad con que Dios está dispuesto a oírnos."

Las cartas y escritos de San Gregorio, especialmente el largo poema *De Vita Sua* (que tiene casi dos mil versos) son nuestra principal fuente de información sobre su vida. Desgraciadamente, la aparición de la gran edición benedictina de sus obras sufrió muchas dilaciones. Varios de los editores murieron sucesivamente y el primer volumen de los sermones no vio la luz sino hasta 1778. Cuando se preparaba el segundo volumen, estalló la Revolución Francesa, de suerte que no fue publicado sino hasta 1840. La Academia de Cracovia ha emprendido una nueva edición crítica. Muchos de los antiguos manuscritos de las obras de San Gregorio, algunos de los cuales datan del siglo IX, están adornados con hermosas miniaturas. Ver sobre ellos el artículo de Dom Leclercq (DAC., vol. VI, cc. 1667-1710), con numerosas reproducciones de las miniaturas. En inglés, el ensayo del cardenal Newman en *Historical Sketches*, vol. III, pp. 50-94, y el artículo de H. W. Watkins en DCB., vol. II, pp. 741-761, conservan todo su valor. Ver también C. Ullmann, *Gregory of Nazianzus* (1851); A. Benoit, *S. Gregoire de Nazianze* (1885) y las biografías de M. Guignet (1911) y P. Gallay (1943); E. Fleury, *Hellénisme et christianisme: S. Grégoire et son temps* (1930); y L. Duchesne, *History of the Early Church* vol. II, 1912. Se encontrará una bibliografía más abundante en las obras de Bardenhewer, *Patrologie* y *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. III (2a. ed.), pp. 162-188 y 671.

SAN BEATO (¿112? P.C.)

BEATENBERG, pueblecito a orillas del lago de Thun, toma su nombre de San Beato. Era éste un ermitaño de época muy remota, el cual, según la tradición, vivió y murió ahí hacia el año 112. Más tarde, se inventó toda una leyenda sobre él. Según esa fábula, fue bautizado en Inglaterra por el Apóstol San Bernabé; San Pedro le ordenó sacerdote en Roma y le envió a predicar en Suiza. La cueva

en que vivió, donde había matado a un dragón, se convirtió en sitio de peregrinación hasta que la cerraron los discípulos de Zwinglio. Entonces se trasladó el centro de su culto a Lungern, en Oberwalden, donde San Pedro Canisio trabajó mucho por reavivarlo y propagarlo. Sin embargo, las investigaciones modernas han demostrado que la tradición de que San Beato evangelizó Suiza data de una época tardía, pues no hay huellas de ella antes del siglo XI.

Con frecuencia se confunde a este San Beato con su homónimo, cuya fiesta se celebra también el día de hoy, quien evangelizó, primero, en las riberas del Garona y después, en Vendôme y en Nantes. Este otro San Beato, que vivió a fines del siglo III, tiene más garantías de veracidad histórica, ya que el *Hieronymianum* le menciona en este día y en su leyenda se basan los principales hechos que se atribuyen al San Beato de Suiza.

Ambas leyendas se encuentran en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II. El culto del San Beato de Suiza todavía subsiste actualmente, y sus compatriotas le consideran más o menos como patrono de la nación. Sobre las relaciones de estos dos ermitaños ver *Analecta Bollandiana*, vol. XXVI (1907), pp. 423-453; O. Scheiwiller, en *Zeitschrift f. Schweitzer Kirchengeschichte*, vol. V (1911), pp. 21-52. Sobre los aspectos folklóricos ver Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. I, pp. 964-966.

SAN PACOMIO, ABAD (348 P.C.)

AUNQUE generalmente se considera a San Antonio como el fundador del monaquismo cristiano, San Pacomio el Viejo tiene todavía mayor derecho a ese título. En efecto, aunque él no fue el primero que reunió comunidades numerosas de ascetas cristianos, fue el primero que les dio una verdadera organización y dejó reglas escritas. Pacomio nació de padres paganos en la Tebaida superior hacia el año 292. A los veinte años fue llamado al servicio militar en los ejércitos imperiales. Durante la travesía del Nilo, que se realizó en pésimas condiciones, los cristianos de Latópolis (Esneh), compadecidos de Pacomio y sus compañeros, los trataron con gran bondad. Pacomio no olvidó nunca ese ejemplo de caridad. Tan pronto como terminó el servicio militar, volvió a Khenoboskion (Kasr-as-Syad), donde había un templo cristiano, y entró a formar parte de los catecúmenos. Después del bautismo, su principal preocupación fue encontrar la manera de corresponder perfectamente a la gracia que había recibido. Cuando oyó decir que un ermitaño llamado Palemón servía a Dios con gran perfección en el desierto, fue a buscarle y le rogó que le tomase por discípulo. El anciano anacoreta no le ocultó las dificultades de la vida solitaria, pero Pacomio no se amedrentó. Después de prometer obediencia a su maestro, recibió el hábito. Ambos anacoretas llevaban una vida muy austera. Sólo comían pan y sal; no bebían vino ni empleaban aceite; oraban buena parte de la noche y, con frecuencia, pasaban la noche entera sin dormir. Unas veces recitaban juntos todo el salterio; otras, se dedicaban al trabajo manual en tanto que su espíritu oraba.

Un día que Pacomio había ido, como acostumbraba hacerlo de vez en cuando, a un vasto desierto de las riberas del Nilo, llamado Tabennisi, oyó una

* Algunos críticos racionalistas, basándose en la leyenda de que Pacomio había vivido antes del bautismo en un templo de Serapis, han tratado de demostrar que la idea del monaquismo era originalmente pagana. Pero Ladeuze y otros arguyen, con razón, que cuando Pacomio vivió en dicho templo, que era probablemente un santuario abandonado, ya había decidido abrazar el cristianismo.

voz que le ordenaba fundar ahí un monasterio; al mismo tiempo, se le apareció un ángel, el cual le instruyó sobre la vida religiosa.* Pacomio contó lo sucedido a Palemón, quien se trasladó, con él, a Tabennisi, hacia el año 318, le ayudó a construir una celda y permaneció con él algún tiempo.

El primer discípulo que se reunió con San Pacomio en Tabennisi, fue su hermano mayor, Juan. Pronto acudieron otros discípulos y, al poco tiempo, la comunidad contaba ya con más de cien monjes. San Pacomio los condujo a una alta perfección, sobre todo dándoles ejemplo de fervor. El santo vivió quince años sin acostarse. Tomaba su frugal comida sentado en una piedra y, desde el momento de su conversión, nunca comió hasta saciarse. Sin embargo, acomodaba sus exigencias a la capacidad de cada uno de los monjes y no se negaba a aceptar a los candidatos más ancianos y débiles. Estableció, además, otros seis monasterios en la Tebaida. A partir del año 336, fijó su residencia en el monasterio de Pabau, cerca de Tebas, que llegó a ser más famoso que Tabennisi. Para que los pastores pudiesen asistir a los divinos misterios, fundó también una iglesia, en la que ejerció algún tiempo el cargo de lector; pero sus discípulos no pudieron nunca persuadirle a que recibiese la ordenación sacerdotal ni a permítir que sus monjes se ordenasen, aunque no rehusaba la admisión en el monasterio a quienes ya eran sacerdotes. San Pacomio se opuso valientemente a los arrianos y, el año 333, recibió la visita de San Atanasio. A instancias de su hermana, a la que nunca quiso volver a ver, construyó un convento para religiosas del otro lado del Nilo. Convocado ante un sínodo en Latópolis para responder a ciertas acusaciones, San Pacomio dio muestras de tal humildad, que todos quedaron maravillados. Ciertamente San Pacomio practicó la humildad y la paciencia en grado heroico. Dios obró por su intercesión numerosas curaciones.

El santo murió el 15 de mayo de 348, durante una epidemia que diezmó a los monjes. A su muerte, había ya tres mil monjes en los nueve monasterios que dirigía. Casiano cuenta que cuanto más numerosas eran las comunidades, más perfecta era su disciplina, ya que todos los monjes obedecían al superior con la prontitud de una sola persona. Para mantener la observancia, San Pacomio tenía la costumbre de clasificar a sus súbditos en veinticuatro categorías, según las letras del alfabeto; así, por ejemplo, la "iota" significaba que se trataba de un monje sencillo e inocente; la "beta" indicaba que tenía un carácter terco y difícil, etc., etc. Los monjes vivían en grupos de tres en cada celda, repartidos según sus oficios, y se reunían los sábados y domingos para los oficios de la noche y la misa. Se daba gran importancia a la lectura de la Biblia, y los monjes aprendían de memoria pasajes enteros. Generalmente, los discípulos de San Pacomio eran gentes del pueblo.

No todos los autores prestan fe a la leyenda de que un ángel se apareció a San Pacomio y le ordenó fundar un monasterio en Tabennisi y, mucho menos, que le dio las reglas escritas sobre una tabla de bronce. Sin embargo, el resumen de las reglas, que se halla en la "Historia Lausiaca" de Paladio, no es una caricatura de las costumbres de los monjes. Tal vez el origen de las reglas de San Pacomio es legendario y sería muy difícil determinar exactamente su contenido; pero no se puede negar que los textos griego y etíope se parecen al original sahídico, que sólo conocemos a través de la traducción que hizo San Jerónimo, valiéndose de un intérprete. Probablemente es verdad que, como lo hace notar

Paladio, San Pacomio mitigaba la regla sagún las posibilidades de cada monje. En efecto, una de las reglas que el ángel dio al santo decía: "Dejarás que cada uno coma y beba según sus fuerzas, y le darás un trabajo proporcionado a ellas. No prohibas a nadie comer o beber. Pero haz que los que comen y tienen más fuerzas, ejecuten los trabajos que exigen mayor vigor y deja para los más débiles y ascéticos los trabajos menos pesados." De igual modo, Paladio refleja probablemente la práctica usual cuando escribe: "Que no duerman acostados, sino sentados en sillas inclinadas, que son fáciles de construir. Durante la comida, los monjes deben tener el capuchón bajado para que nadie vea masticar a su vecino. Los monjes no deben hablar en la mesa ni mirar más allá de su plato." Una cosa es cierta, a saber: que San Benito, el fundador del monaquismo en occidente, tomó muchas cosas de las reglas de San Pacomio. En su edición de la *Regula S. Benedicti,* el abad Cuthbert Butler cita treinta y tres veces las *Pachomiana* de San Jerónimo; pero, más que en las frases, el parecido de la regla de San Benito con la regla "angélica" está en el espíritu.

San Pacomio es probablemente el santo oriental que mayor interés ha despertado en los últimos años. Se han descubierto varios textos coptos (es decir, sahídicos), aunque por desgracia casi todos son fragmentarios. También se han editado en diversas lenguas otros documentos a los que en el pasado se había prestado menos atención. Esto se debe en gran parte al trabajo de los antiguos bolandistas (*Acta Sanctorum,* mayo, vol III); pero en el siglo XVII era imposible investigar a fondo en las fuentes orientales. La actual generación de bolandistas publicó una magnífica edición de *S. Pachomii Vitae Graecae* (1932), dirigida por el P. F. Halkin. A esta gran obra hay que añadir el estudio, no menos importante, de L. T. Lefort, *S. Pachomii Vitae Sahidicae Scriptae* (publicado en dos partes en el *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium,* 1933 y 1934), y su edición de la biografía bohaírica de San Pacomio (1925) y *Vies coptes de S. Pacome,* en la misma colección. Sobre estas obras cf. *Analecta Bollandiana,* vol. III (1934), pp. 286-320, y vol. LXIV (1946), pp. 258-277. Entre otras obras de investigación hay que mencionar la de A. Boon, *Pachomiana latina* (1932), que es un ensayo sobre la traducción jeronimiana de la regla, con un apéndice sobre los textos griego y copto. Ver también B. Albers, *S. Pachomii... Regulae Monasticae* (1923). Entre los estudios más antiguos merecen especial atención el ensayo de F. Ladeuze, *Le Cénobitisme Pakhomien* y el largo artículo de H. Leclercq sobre el "monaquismo" (DAC., vol. XI, 1933), sobre todo cc. 1807-1831, donde se hallarán numerosas referencias bibliográficas. Existen también algunas biografías en sirio y en árabe, con ligeras variantes. M. Amélineau, que fue uno de los primeros que tomaron en cuenta los textos coptos, publicó en 1887 *Etude historique sur S. Pachome.* En 1948, con motivo del décimosexto centenario de San Pacomio, celebrado en Egipto, varios historiadores y autoridades eclesiásticas de diferentes países publicaron un volumen de conferencias, titulado *Pachomiana.* Sobre la Regla Angélica y el monaquismo de occidente, véase J. McCann, *St Benedict* (1938), p. 152 y ss., passim. Pero, a pesar de todas las investigaciones que se han llevado a cabo, la vida y la obra de San Pacomio plantean todavía muchos problemas, como lo confiesan autoridades de la talla del P. Paul Peeters.

SAN GERONCIO, OBISPO DE CERVIA (501 P.C.)

TODO lo que sabemos sobre San Geroncio se reduce a que fue obispo de Cervia (Ficocle), en la arquidiócesis de Ravena, y que fue asesinado por "hombres impíos". Probablemente, se tratada de un grupo de bandoleros que dieron muerte al santo en Cagli, en la Via Flaminia, cerca de Ancona, cuando regresaba del sínodo que había presidido en Roma el Papa San Símaco. Más tarde, se construyó en el sitio en que fue asesinado una abadía benedictina en su honor. La Iglesia le venera como mártir.

Lo que los bolandistas dicen sobre San Geroncio se refiere más bien a su culto que a su vida. Ver *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II, y Ughelli, *Italia Sacra*, vol. II, c. 486. En su patria se venera mucho a San Geroncio.

BEATO NICOLAS ALBERGATI, Obispo de Bolonia y Cardenal (1443 p.c.)

El culto del beato fue aprobado en 1744, pero los cartujos y los agustinos le tenían, desde mucho antes, en gran veneración. Nicolás Albergati era un boloñés de buena familia. Había empezado a estudiar leyes, pero a los veinte años decidió entrar en la cartuja. Llegó a ser superior de varias casas y, en 1417, fue elegido obispo por el clero y el pueblo de Bolonia. Nicolás se vio obligado a aceptar el cargo por orden de sus superiores. Conservó durante toda su vida la austeridad monástica. Vivía en una modesta casita e iba, con frecuencia, a visitar a los pobres. El Papa Martín V y sus sucesores en la Cátedra de San Pedro le confiaron varias misiones diplomáticas de importancia, que el beato desempeñó con gran éxito. En 1426, recibió el capelo cardenalicio. Se lo confirió Tomás Parentucelli de Sarzana, su antiguo discípulo, que al ser elegido Papa, no olvidó la gratitud y la veneración que de niño le había profesado. El cardenal Albergati gozaba de gran fama de mediador; el Papa le envió a diversas cortes de Italia y del extranjero a negociar la paz, y el éxito con que ejerció sus funciones le mereció el título de "el ángel pacificador". Como legado pontificio, el beato tomó parte con el Concilio de Ferrara, y la reconciliación de los griegos, en Florencia, se debió en gran parte a él. El Papa Eugenio IV le profesaba gran estima, le consultaba con mucha frecuencia, le nombró penitenciario mayor y fue a visitarle muchas veces cuando se hallaba enfermo.

El Beato Nicolás murió en Siena, durante una visita a un convento de los agustinos, de los que era protector. Aunque era inaudito que un Papa acudiese a las exequias de un cardenal, Eugenio IV asistió al entierro del purpurado Albergati en Bolonia. El beato fue un gran protector de la cultura y escribió varios libros.

En *Acta Sanctorum* hay una extensa bibliografía y un panegírico (mayo, vol. II), Pueden verse otros panegíricos en *Analecta Bollandiana*, vol. VII (1888), pp. 381-386. Le Couteulx, *Annales Ordins Cartusiensis*, vol. VII, consagra un largo artículo al beato. Véase, Pastor, *Historia de los Papas*, vol. II.

10: SAN ANTONINO, Arzobispo de Florencia (1459 p.c.)

San Antonino es, sin duda, el prelado que mejor supo ganarse el cariño y la veneración de los florentinos, entre todos los obispos que han gobernado esa diócesis en el curso de los siglos. Su padre, llamado Nicolás Pierozzi, era un ciudadano de buena familia que ejercía el cargo de notario de la República: El santo recibió, en el bautismo, el nombre de Antonio; pero sus compañeros le llamaron desde niño "Antonino", por su bondad y corta estatura. Antonino era un muchacho serio y muy amante de la oración. Asistía frecuentemente a los sermones del Beato Juan Dominici, que era entonces prior de Santa María Novella; a los quince años, pidió la admisión en la Orden de Santo Domingo.

El Beato Juan, juzgándole demasiado débil para ese género de vida, trató de desalentarle, mandándole que aprendiese de memoria el "Decretum Gratiani". Un año más tarde, recitó todo el decreto y fue admitido al punto. Antonino fue el primer postulante que tomó el hábito en el nuevo convento que el Beato Juan había construido en Fiésole. Fue enviado al noviciado de Cortona, donde tuvo por maestro de novicios al Beato Lorenzo de Ripafratta y, por compañeros, al Beato Pedro Capucci y al famosísimo artista Fra Angélico da Fiésole. Pronto demostró Antonino sus excepcionales dotes de hombre de estudios y de gobierno. Era todavía muy joven, cuando fue elegido superior del gran convento de la Minerva en Roma; después fue, sucesivamente, prior en Nápoles, Gaeta, Cortona, Siena, Fiésole y Florencia. Como superior de las congregaciones reformadas de Nápoles y Toscana y, como superior a cargo de la Provincia Romana, Antonino puso celosamente en vigor las medidas que el Beato Juan Dominici había dictado para restaurar la primitiva observancia. Asimismo, en 1436, fundó en Florencia el famoso convento de San Marcos; los silvestrinos habían ocupado antes esos edificios, pero San Antonino los reconstruyó prácticamente, según los planos de Michelozzi y encargó a Fra Angélico que los decorase con frescos.

Cosme de Medicis, por su parte, reconstruyó con gran magnificencia la iglesia adyacente (del siglo XIII) y la puso a disposición de los dominicos. Además del desempeño de sus deberes oficiales, San Antonino predicaba frecuentemente, y las obras que escribió le hicieron muy famoso. Recibía consultas de Roma y de toda la cristiandad, particularmente sobre puntos de derecho canónico. El Papa Eugenio IV le invitó al Concilio de Florencia; el santo asistió a todas las sesiones. Se hallaba ocupado en la reforma de los conventos de la provincia de Nápoles cuando se enteró, con gran pena, de que el Papa le había nombrado arzobispo de Florencia. En vano alegó su incapacidad, su mala salud y su avanzada edad; Eugenio IV se mostró inflexible. San Antonino fue consagrado en marzo de 1446, con gran júbilo por parte de los florentinos.

El santo practicó estrictamente las reglas de su orden, en cuanto se lo permitían sus deberes. En su casa reinaba la mayor sencillez. Su servidumbre constaba únicamente de seis criados; no tenía vajilla de plata ni caballos. Una vez vendió la única mula que poseía, pero algún ciudadano rico la compró y la regaló al santo quien, desde entonces, renovó con frecuencia el procedimiento. San Antonino recibía, diariamente, a cuantos deseaban verle, pero protegía de modo especial a los pobres, a cuya disposición estaban su bolsa y su despensa. Cuando ambas se agotaban, el santo arzobispo vendía los muebles de su casa y sus propios vestidos. Para socorrer a los pobres vergonzantes, fundó una asociación consagrada a San Martín y pudo ayudar así a miles de familias.

Aunque era de temperamento bondadoso, sabía mostrarse firme y decidido cuando las circunstancias lo exigían. Acabó con los juegos de azar en su diócesis, se opuso vigorosamente a la usura y la magia y ejecutó toda clase de reformas. Además de predicar todos los domingos y fiestas, visitaba una vez al año su diócesis, viajando siempre a pie. Su fama de prudencia e integridad era tal, que cuantos ejercían alguna autoridad, así clérigos como laicos, le consultaban incesantemente. Sus sabias respuestas le merecieron el título de "el consejero". Cuando Eugenio IV se hallaba en su lecho de muerte, mandó llamar a San Antonino a Roma, recibió de sus manos los últimos sacramentos y murió en sus brazos. Nicolás V le consultaba en materias de Iglesia y Estado, prohibió que se pudiese apelar a Roma sobre las decisiones del arzobispo y declaró que

éste era tan digno del honor de los altares como San Bernardino de Siena, a quien iba a canonizar. Pío II escogió a San Antonino para que formase parte de la comisión encargada de la reforma de la corte pontificia. El santo no era menos estimado por el gobierno de Florencia, que le confió importantes embajadas y le hubiese enviado de representante ante el emperador, si la enfermedad no hubiera impedido al santo salir de Florencia.

Durante una severa epidemia de peste, que duró más de un año, el santo arzobispo trabajó incansablemente para asistir a los enfermos y, con su ejemplo, movió al clero a hacer lo propio. Muchos de los frailes de Santa María Novella, Fiésole y San Marcos, murieron en la epidemia. Como de costumbre, al flagelo siguió el hambre. El santo se privó entonces hasta de lo más necesario y consiguió la ayuda del Papa Nicolás V, quien era incapaz de negarle algo. A partir de 1453, Florencia se vio asolada durante dos años por frecuentes terremotos y una tempestad destruyó un barrio de la ciudad. San Antonino sostuvo a las víctimas, reconstruyó las ruinas y dio la mano a todos. También curó a muchos enfermos, pues toda la ciudad sabía que estaba dotado con el don de hacer milagros. Cosme de Medicis afirmó públicamente que la preservación de la ciudad, de los peligros que la amenazaban, se debía en gran parte a los méritos y oraciones de su santo arzobispo. San Antonino fue canonizado en 1523.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, hay una biografía de San Antonino, escrita por Francisco de Castiglione, que fue miembro de su casa, y además un suplemento de Leonardo de Seruberti y algunos extractos del proceso de canonización. Existen muchas otras fuentes, como las crónicas, correspondencias y diarios de la época; naturalmente casi ninguna de esas fuentes era accesible en el siglo XVII. Sin duda quien mejor ha aprovechado dichos materiales es el P. Raoul Morçay en su voluminosa obra *Saint Antonin* (1914). Se trata de una excelente biografía, que incluye muchos de los detalles que el notario de San Antonino, Baldovino Baldovini, dejó escritos en un documento descubierto recientemente. La biografía de A. Masseron en la colección *Les Saints* es más breve. Ver las múltiples referencias a San Antonino en Pastor, *Historia de los Papas*, vol. I, y en Mortier, *Histoire des Maîtres Généraux O. P.* Sobre las obras de San Antonino véase DTC., vol. I, cc. 1451-1453, y J. B. Walker, *The Chronicles of St Antoninus* (1933); esta última obra va más a fondo que la de Schaube, quien fue el primer investigador que se adentró en este tema. Quien desee una bibliografía de las obras más antiguas vea Taurisano, *Catalogus Hagiographicus O.P.* San Antonino tiene importancia como moralista práctico. El P. Bede Jarrett, en *Social Theories of the Middle Ages* (1926), arroja cierta luz sobre la doctrina moral y social del santo; ver *Medieval Socialism* (1913) y *St Antonino and Medieval Economics* del mismo autor.

SAN CALEPODIO, MÁRTIR (222 P.C.)

SAN CALEPODIO creó el famoso cementerio romano que lleva su nombre. Era un sacerdote romano que, según las actas legendarias del Papa San Calixto, sufrió el martirio en el reinado de Alejandro Severo, durante un fanático levantamiento del populacho contra los cristianos. Calepodio fue decapitado y su cuerpo se arrojó al Tíber. Un pescador recogió el cadáver en su red y lo llevó al Papa Calixto. Entre los mártires que dieron testimonio de la fe en Jesucristo, durante ese levantamiento, se contaba el cónsul Palmacio, su familia y cuarenta y dos miembros de su casa; el senador Simplicio y sesenta y ocho miembros de su casa y los esposos Félix y Blandina. Las pretendidas reliquias de San Calepodio se hallan en las iglesias romanas de Santa María in Transtévere y San Pancracio, así como en la catedral de Taranto.

Es indudable que en la Vía Aurelia, a cinco kilómetros de la ciudad, había una pequeña catacumba que llevaba el nombre de San Calepodio; y existen pruebas muy antiguas y fehacientes de que el Papa Calixto I estuvo enterrado en ella. Fuera de eso, no sabemos prácticamente nada más. Ver Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, pp. 141-142; CMH., pp. 555-556; y Dom Leclercq, en DAC., vol. II, cc. 1593-1595.

SANTOS GORDIANO y EPIMACO, MÁRTIRES (250 P.C.)

PRÁCTICAMENTE todos los martirologios occidentales posteriores al siglo V mencionan a los santos Gordiano y Epímaco. El Martirologio Romano los conmemora el día de hoy. Se dice que Epímaco fue arrojado en un horno para cocer ladrillo, en Alejandría, el año 250, junto con otro mártir llamado Alejandro, tras de haber sufrido crueles torturas por la fe. El cuerpo de San Epímaco fue después trasladado a Roma. San Gordiano fue decapitado en Roma y sus restos fueron depositados en la tumba de San Epímaco. Santa Hildegarda, la esposa de Carlomagno, regaló la mayor parte de las reliquias de estos dos santos a la abadía de Kempten, en Baviera, que ella había restaurado. Las "actas" de estos mártires son espurias.

No se puede dudar de la existencia histórica y del culto de San Gordiano y San Epímaco. Todavía se conserva el epitafio de San Gordiano escrito por el Papa San Dámaso. El Pontífice dice que San Gordiano era adolescente, en tanto que las "actas" afirman que fue ministro ("vicarius") del emperador Juliano.

Ver sobre este punto el texto y las notas de CMH., p. 244. Las *actas* se hallan en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II. No hay ninguna razón para suponer, como hace Butler, que los dos santos vivieron en diferentes siglos. Cf. J. P. Kirsch, *Der Stadtromische christliche Festkalender*, pp. 54-55

SANTOS ALFIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (251 P.C.)

LOS PRINCIPALES patronos de Vaste, en la diócesis de Otranto, y de Lentini, en Sicilia, son San Alfio, San Filadelfo y San Cirino. Probablemente nacieron en Vaste y fueron martirizados en Lentini. Los documentos que poseemos sobre ellos son contradictorios y poco fidedignos. Según una leyenda, después de haber sido instruidos en la fe por su padre y un tal Onésimo, fueron aprehendidos junto con su hermana Santa Benedicta y otros compañeros, durante la persecución de Decio. En Roma, a donde los trasladaron, sufrieron atroces torturas. Onésimo y algunos otros fueron martirizados en Pozzuoli, cerca de Nápoles. Los otros fueron llevados a Sicilia, donde los torturaron de nuevo. La valentía con que confesaron la fe convirtió a muchos de los presentes, entre los que se contaban veinte soldados. Alfio, que tenía veintidós años, murió a causa de una hemorragia cuando le arrancaron la lengua. Filadelfo, joven de veintiún años, murió en la hoguera. Cirino, que no tenía más de diecinueve años, pereció en un caldero de aceite hirviente. En 1517, se descubrieron los cuerpos de los tres mártires. El pueblo de Lentini, ciudad que dista unos veinticinco kilómetros de Catania, honró sus reliquias con grandes fiestas.

El Martirologio Romano menciona a estos pretendidos mártires y el *Acta Sanctorum* (mayo, vol. II) les consagra sesenta páginas infolio. Sin embargo, no existe ninguna prueba de que se les haya tributado culto en la antigüedad. Sus *actas* no pasan de ser una novela. Ver DHG., vol. II, c. 676.

BEATO JUAN DE AVILA (1569 P.C.)

UNO DE los más influyentes y elocuentes jefes religiosos de la España del siglo XVI, fue el Beato Juan de Avila. Fue amigo de San Ignacio de Loyola y consejero espiritual de Santa Teresa, San Juan de Dios, San Francisco de Borja, San Pedro de Alcántara y Luis de Granada. Este último escribió su biografía. Juan nació en Almodóvar del Campo, en Castilla la Nueva. Sus padres, que eran muy ricos, le enviaron, a los catorce años, a estudiar leyes en la Universidad de Salamanca. Pero Juan, que no tenía gusto por esa carrera, volvió pronto a su casa, donde se entregó, durante tres años, a la práctica de la devoción y la austeridad. Un franciscano a quien había impresionado profundamente la piedad del joven, le aconsejó que fuese a Alcalá a estudiar filosofía y teología. En aquella Universidad, el beato tuvo por maestro al célebre Domingo de Soto y conoció a Pedro Guerrero, quien fue más tarde arzobispo de Granada y con quien le unió una amistad que duró toda la vida. Los padres de Juan murieron cuando él se hallaba en Alcalá y le dejaron una rica herencia, pero el beato distribuyó todos sus bienes entre los pobres, inmediatamente después de su ordenación sacerdotal. Pronto dio muestras de poseer una elocuencia extraordinaria, de suerte que, cuando pidió permiso de partir de misionero a México, el arzobispo de Sevilla le rogó que permaneciese en España para evangelizar a sus compatriotas. Juan trabajó incansablemente en las misiones de Andalucía, durante nueve años. Ricos y pobres, jóvenes y viejos, letrados e iletrados, santos y pecadores, todos acudían a oírle. El beato convirtió a mejor vida a innumerables pecadores y, con su dirección, ayudó a alcanzar la perfección a muchos otros. Predicaba como si estuviese directamente inspirado por Dios, ya que la única preparación de sus sermones consistía en las cuatro horas que consagraba diariamente a la meditación. A un sacerdote que le preguntaba lo que debía hacer para llegar a ser un buen predicador, Juan de Avila respondió que el único medio era amar a Dios con toda el alma.

Los enemigos del beato, que le odiaban por la libertad evangélica con que denunciaba sus vicios, le acusaron ante la Inquisición de Sevilla de predicar el rigorismo y la exclusión de los ricos del Reino de los Cielos. Juan de Avila fue arrestado, pero sus enemigos no pudieron probar sus acusaciones. Cuando el beato salió de la prisión, el pueblo le ovacionó como a un héroe. Una vez terminado su trabajo en Andalucía, Juan de Avila se dedicó a misionar en todas las regiones de España, particularmente en las ciudades. Al mismo tiempo, mantenía una voluminosa correspondencia con sus hijos espirituales y con cuantos le pedían consejo. Durante sus diecisiete últimos años de vida, su mala salud le hizo sufrir mucho, pero soportó la prueba sin una queja. Los más famosos de sus escritos son sus cartas y el tratado "Audi Filia"; el beato escribió ese tratado para Doña Sancha Carrillo, rica y hermosa joven que, bajo su dirección, había renunciado a un brillante porvenir en el mundo y vivía en la soledad de la casa paterna, consagrada a la oración.

Juan de Avila fue beatificado en 1894. La Compañía de Jesús celebra su fiesta como si se tratase de uno de sus miembros. En realidad, como lo probó Don Vicente García, Juan de Avila había decidido, a los cincuenta y nueve años, ingresar en ese instituto, pero tuvo que renunciar a ello, debido al rigorismo y la actitud extravagante del P. Bustamante, que era entonces provincial de Andalucía. Ello no modificó en lo más mínimo la veneración que el beato había

profesado siempre a la orden y a su fundador. Un jesuita asistió a Juan de Avila en su lecho de muerte, y su cuerpo fue sepultado en la iglesia de la Compañía de Jesús, en Montilla.

La mejor fuente sobre el beato es el *summarium de virtutibus* del proceso de beatificación. A ese documento hay que añadir los escritos del propio Juan de Avila y la biografía escrita por su amigo Fray Luis de León. Cf. "*Obras del B. Maestro Juan de Avila*" (2199 páginas), Madrid, 1927. Las cartas del beato, que son una de las glorias de la literatura española, fueron publicadas en la colección *Clásicos Castellanos*, 1912. El prefacio de Don V. García constituye una valiosa contribución a la biografía de Juan de Avila, sobre todo desde el punto de vista cronológico. La biografía escrita por el P. degli Oddi está traducida al inglés (1898). En 1927, el P. J. M. de Buck publicó otra biografía en Lovaina. Las monjas benedictinas de Stanbrook publicaron, en 1904, una reducida colección de cartas del beato, con un prefacio del cardenal Gasquet. Es imposible juzgar de la elocuencia de Juan de Avila basándose sobre los sermones que se conservan, pues se trata de versiones muy imperfectas, tomadas directamente por sus oyentes.

11: SANTOS FELIPE y SANTIAGO, APÓSTOLES (Siglo I)

SAN FELIPE era originario de Betsaida de Galilea. Según parece, formaba parte del reducido grupo de judíos piadosos que seguían a San Juan Bautista. Los Evangelios sinópticos sólo mencionan a Felipe en la lista de los Apóstoles, pero San Juan habla de él varias veces y narra, en particular, que el Señor llamó a Felipe al día siguiente de las vocaciones de San Pedro y San Andrés. Un siglo y medio más tarde, Clemente de Alejandría sostuvo que Felipe fue el joven que respondió al llamamiento del Señor, con estas palabras: "Permite que vaya, primero, a enterrar a mi padre". A lo cual contestó Cristo: "Deja que los muertos entierren a los muertos; tú, ven a predicar el Reino de Dios (Luc. IX, 60). Es probable que Clemente de Alejandría no tuviese más argumento que el hecho de que el Señor había dicho en ambos casos: "Sígueme". De todas maneras, tanto en el Evangelio de San Lucas como en el de San Mateo, el incidente parece haber tenido lugar algún tiempo después de que Cristo había empezado su vida pública, cuando ya los Apóstoles estaban con él. Por otra parte, consta que San Felipe fue llamado antes de las bodas de Caná, a pesar de que, como lo dijo el mismo Cristo, su hora no había llegado aún, es decir, todavía no había empezado su vida pública.

De la narración del Evangelio se deduce que Felipe respondió sin vacilaciones al llamamiento del Señor. Aunque aún no conocía a fondo a Cristo, puesto que afirmaba que era "el hijo de José de Nazaret", inmediatamente fue en busca de su amigo Natanael (casi seguramente el Apóstol Bartolomé) y le dijo: "Hemos encontrado a Aquél sobre el que escribieron Moisés, en el libro de la Ley, y los Profetas". Esto prueba que Felipe estaba ya plenamente convencido de que Jesús era el Mesías. Sin embargo, su celo no era indiscreto, ya que no trataba de imponer, por la fuerza su descubrimiento. Cuando Natanael le objetó: "Pero, ¿puede salir algo bueno de Nazaret?", no puso el grito en el cielo, sino que invitó a su amigo a convencerse por sí mismo: "Ven a ver." Felipe figura también en la escena de la multiplicación de los panes: "Jesús, levantando los ojos, vio la gran multitud que le seguia y dijo a Felipe: ¿Dónde

podremos comprar pan suficiente para que coman? Esto lo dijo para probarle, porque El sabía lo que iba a hacer." Una vez más, se manifiestó el sentido común de Felipe, quien respondió: "Doscientos denarios no bastarían para dar un trozo de pan a cada uno." Concuerda perfectamente con el carácter de Felipe, que rehuía un tanto las responsabilidades, su manera de actuar cuando unos gentiles que se dirigían a celebrar la Pascua en Jerusalén, se acercaron a él y le dijeron: "Señor, queremos ver a Jesús." En vez de responder inmediatamente, fue a pedir consejo: "Felipe fue a hablar con Andrés; y Andrés y Felipe hablaron con Jesús." Otra escena manifiesta la seriedad y lealtad de Felipe y, al mismo tiempo, su carencia de intuición. La víspera de la Pasión, el Señor dijo a sus discípulos: "Ninguno va al Padre sino por Mí. Si me conociérais, conoceríais también al Padre. En adelante le conoceréis, puesto que lo habéis visto." Felipe le dijo: "Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta." Jesús le dijo: "¡Tánto tiempo he estado con vosotros y aún no me conocéis! Felipe, quien me ve a Mí, ve al Padre." (Juan, XIV, 6-9).

Nada más sabemos sobre Felipe, sino que estaba con los otros discípulos en el cenáculo, esperando la venida del Espíritu Santo, en Pentecostés.

Por otra parte, Eusebio, el historiador de la Iglesia y algunos escritores de la Iglesia primitiva, nos han conservado ciertos detalles sobre la tradición referente a la vida posterior de Felipe. El más verosímil de dichos detalles es el de que predicó el Evangelio en Frigia y que murió en Hierápolis, donde fue también enterrado. Sir W. M. Ramsay encontró, en las tumbas de esa ciudad, un fragmento de inscripción que hace referencia a una iglesia dedicada a San Felipe. Sabemos también que Polícrates, obispo de Efeso, escribió al Papa Víctor, hacia fines del siglo II para hablarle de dos hijas del Apóstol que habían vivido como vírgenes hasta edad muy avanzada, en Hierápolis y menciona también a otra hija de Felipe que había sido sepultada, en Efeso. Papías, que era obispo de Hierápolis, conoció personalmente, según parece, a las hijas de San Felipe y supo por ellas que se atribuía al Apóstol el milagro de la resurrección de un muerto. Hacia el año 180, Heracleón, el gnóstico, sostuvo que los Apóstoles Felipe, Mateo y Tomás, habían tenido una muerte natural; pero Clemente de Alejandría afirmó lo contrario y, la opinión que ha prevalecido es la de que Felipe fue crucificado, cabeza abajo, durante la persecución de Domiciano. Un detalle que oscurece mucho la cuestión, es la confusión que existió indudablemente entre el Apóstol Felipe y el diácono Felipe, llamado también a veces, el Evangelista, quien ocupa un sitio prominente en el capítulo VIII de los Hechos de los Apóstoles. De ambos Felipes se afirma que tuvieron hijas que gozaron de especial consideración en la Iglesia primitiva. La tradición cuenta que los restos de San Felipe fueron trasladados a Roma y que reposan en la basílica de los Apóstoles, desde la época del Papa Pelagio (561 P.C.). Un documento apócrifo griego, que data del fin del siglo IV, por lo menos, pretende narrar las actividades de evangelización de San Felipe en Grecia, entre los partos y en otras regiones; por lo que toca a la muerte y sepultura de Felipe en Hierápolis, dicho documento se atiene a la tradición recibida.

Ordinariamente se considera al Apóstol Santiago el Menor (o el joven), a quien la liturgia asocia con San Felipe, como el personaje designado con los nombres de "Santiago, el hijo de Alfeo" (Mat. X, 3; Hechos I, 13) y "Santiago, el hermano del Señor" (Mat. XIII, 55; Gal. I, 19). Tal vez se identifica también con Santiago, hijo de María y hermano de José (Marc. XV, 40). Pero no

vamos a discutir aquí el complicado problema de los "hermanos del Señor", ni las cuestiones que se relacionan con él. Podemos suponer, como lo hace Alban Butler, que el Apóstol Santiago que fue obispo de Jerusalén (Hechos XV y XXI, 18), era el hijo de Alfeo y hermano (es decir, primo carnal) de Jesucristo. Aunque los Evangelios hablan apenas de este Apóstol, San Pablo cuenta que fue favorecido con una aparición particular del Señor, antes de la Ascensión. Además, cuando San Pablo fue a Jerusalén, tres años después de su conversión y los apóstoles que quedaban todavía en la ciudad le miraban con cierto recelo, Santiago y San Pedro le acogieron cordialmente. Sabemos también que, después de escapar de la prisión, Pedro envió aviso de ello a Santiago, lo cual parece indicar que era una figura de importancia entre los cristianos de Jerusalén. En el Concilio de Jerusalén, donde se determinó que los gentiles no necesitaban circuncidarse para ser admitidos como cristianos, Santiago se encargó, después de oír la opinión de San Pedro, de formular la decisión de la asamblea con estas palabras: "Ha parecido al Espíritu Santo y a Nos..." (Hechos XV). Clemente de Alejandría y Eusebio afirman explícitamente que Santiago era el obispo de Jerusalén. El mismo historiador judío, Josefo, da testimonio de la gran estima en que se tenía a Santiago y declara —según cuenta Eusebio— que las terribles calamidades que había sufrido la ciudad, habían sido el justo castigo por la forma infame en que había tratado "al más bueno de los hombres". Eusebio nos ha conservado, en el párrafo que citamos a continuación, el relato que del martirio de Santiago hizo Hegesipo, a fines del siglo II:

"Santiago, el hermano de nuestro Señor, recibió junto con los otros Apóstoles el encargo de gobernar la Iglesia. Desde la época del Señor hasta nuestros días, todos le llaman "el Justo" para distinguirle de otros numerosos Santiagos. Había sido un santo desde el vientre de su madre. No tomaba vino ni bebidas embriagantes, ni comía ningún alimento que proviniese de un ser viviente. La navaja no tocó jamás su cabeza. No se ungía con aceite. Era el único que podía penetrar en el santuario, ya que no vestía túnica de lana, sino de lino (es decir, ornamentos sacerdotales). Entraba solo en el santuario y se postraba de rodillas a orar por el pueblo, de suerte que sus rodillas eran tan callosas como las de un camello, pues se arrodillaba continuamente a adorar a Dios y a pedir perdón por los pecados del pueblo. Su gran justicia le mereció el nombre de "el Justo". También se le llamaba "Oblías", es decir, protector del pueblo.

Hegesipo continúa así su relato:

"Muchos de los que creyeron debieron la fe a Santiago. Como muchos de los principales se habían convertido, los judíos, los escribas y los fariseos, empezaron a murmurar: "Dentro de algún tiempo, todos van a creer en Jesús". Así pues, fueron en busca de Santiago y le dijeron: "Te rogamos que moderes al pueblo, pues se está desviando hacia Jesús, imaginando que es el Mesías. Te rogamos que hables claramente sobre Jesús a todos los que vienen a la fiesta, pues todos tenemos confianza en ti; todos confesamos, junto con el pueblo, que tú eres justo y que no eres aceptador de personas. Así pues, convence a la multitud de que no se deje desviar por Jesús, pues en verdad, el pueblo y todos nosotros tenemos confianza en ti. Sube, pues, al pináculo del templo para que todo el pueblo pueda verte

y oírte fácilmente, ya que todas las tribus y los mismos gentiles se han reunido con motivo de la fiesta. Entonces, los susodichos escribas y fariseos condujeron a Santiago al pináculo del templo y le dijeron en voz muy alta: "¡Oh tú, Justo, en el que todos tenemos entera confianza; en vista de que todo el pueblo se está desviando a causa de Jesús, el crucificado, explícanos cuál es la puerta de Jesús!" (cf. Juan, x, 1-9). Y él replicó, también en voz muy alta: "¿Por qué me preguntáis acerca del Hijo del Hombre, que está sentado a la diestra del Todopoderoso y ha de bajar, un día, sobre las nubes del cielo?" Como muchos creyeron y dieron gloria a Dios por este testimonio de Santiago, gritaron: "¡Hosanna al Hijo de David!", los escribas y fariseos se dijeron: "Hemos hecho mal en permitir este testimonio sobre Jesús. Vayamos a arrojarle desde el pináculo del templo para que el pueblo se atemorice y no crea en su testimonio." Entonces gritaron: "¡Vaya, vaya!, ¿de modo que también el Justo se ha dejado engañar?" Y cumplieron la palabra de Isaías en la Escritura: "Suprimamos al Justo, porque constituye un estorbo. Así tendrán que comer el fruto de sus propias acciones." Y, subiendo al pináculo, arrojaron desde ahí al Justo. Y decían entre sí: "Apedreemos a Santiago el Justo". Y empezaron a apedrearle, pues todavía no estaba muerto. Santiago se puso de rodillas y dijo: "Padre, te ruego que los perdones, porque no saben lo que hacen." Como continuasen apedreándole, uno de los sacerdotes de los hijos de Recab, el hijo de Recabim, por quien había testimoniado el profeta Jeremías, les gritó: "¿Qué estáis haciendo? ¡Cesad de apedrearle! ¿No veis que el Justo está orando por vosotros?" Y uno de ellos, que era batanero, tomando el bastón con que sacudía los vestidos, lo descargó sobre la cabeza del Justo. Así fue martirizado Santiago. El pueblo le dio sepultura ahí mismo, junto al templo y su sepultura está todavía junto al templo."

Josefo cuenta el suceso de un modo un tanto diferente y no dice que Santiago haya sido arrojado desde el pináculo del templo. Pero relata que murió apedreado y sitúa los acontecimientos en el año 62. Es interesante notar, en relación con la fiesta litúrgica de la Cátedra de San Pedro, que Eusebio dice que los cristianos de Jerusalén conservaban todavía y veneraban el trono o cátedra de Santiago. Ordinariamente, se considera a Santiago como el autor de la epístola del Nuevo Testamento que lleva su nombre, cuya insistencia en el valor de las buenas obras molestaba tanto a los que predicaban la justificación por la fe sola.

Fuera del Nuevo Testamento y de las tradiciones (no siempre fidedignas) transmitidas por Eusebio, existen muy pocos datos sobre la vida de San Felipe y Santiago. En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, los bolandistas han reunido los testimonios de los escritores eclesiásticos más antiguos. Los Actos apócrifos de San Felipe, que datan, probablemente, del siglo III o del IV, fueron editados por R. A. Lipsius en *Apokryphen Apostelgeschichten und Apostellegenden*, vol. II, pte. 2, pp. 1-90. Ver también E. Hennecke, *Neutestamentliche Apokryphen* (2a. edic., 1924), y el *Handbuch* del mismo autor. Casi todas las enciclopedias discuten las biografías de los dos Apóstoles; ver, por ejemplo, el *Dictionnaire de la Bible* y sus suplementos. Se ha discutido enormemente sobre quién es el autor de la Epístola de Santiago. No podemos detenernos aquí sobre ese punto. En todo caso, el texto de la Epístola deja ver muy poco del carácter y la vida del autor. Dado que los autores admiten generalmente que el martirio de Santiago tuvo lugar el año 62 ó 63, la epístola

tiene que ser anterior, si él es el autor. Mons. Duchesne opina que la conmemoración conjunta de San Felipe y Santiago el 1o. de mayo, que aparece también en los sacramentarios gregoriano y gelasiano, data de la dedicación de la iglesia "de los Apóstoles" en Roma, llevada a cabo por el Papa Juan III hacia el año 563. Esa iglesia, conocida más tarde con el nombre vago de "iglesia de los Apóstoles", estaba originalmente dedicada a San Felipe y Santiago, como lo demuestra la inscripción que se conserva en ella:

"Quisquis lector adest Jacobi pariterque Philippi
Cernat apostolicum lumen inesse locis".

Pero hay indicios, en ciertos manuscritos del *Hieronymianum* y en otros documentos, de que originalmente, el 1o. de mayo se celebraba únicamente la fiesta de San Felipe.

SAN MAMERTO, Obispo de Vienne (*c.* 475 p.c.)

No sabemos gran cosa sobre la vida de San Mamerto. Era el hermano mayor del poeta Claudiano, autor del *De statu animae*, a quien él ordenó sacerdote. Ambos hermanos gozaron de merecida fama de santidad y sabiduría. En 463, se produjeron algunas dificultades con motivo de la consagración del nuevo obispo de la sede de Die. El Papa San León I había cambiado poco antes dicha sede de la jurisdicción de Vienne a la de Arles y algunos se quejaron ante el Papa San Hilario de que San Mamerto había cometido un abuso al consagrar a un nuevo obispo para la sede de Die. El Papa respondió, en una severa carta que Mamerto merecía ser depuesto por ese abuso; pero, en realidad, no se hizo ningún cambio y el nuevo obispo de Die recibió la confirmación del de Arles. Poco después, San Mamerto trasladó a Vienne los restos del mártir Ferréolo, quien había dado testimonio de la fe en esa región uno o dos siglos antes. San Mamerto es famoso sobre todo en la historia de la Iglesia, porque instituyó las procesiones penitenciales en los días de Rogativas, en la semana anterior a la fiesta de la Ascensión. Se trata de la celebración de las "Litaniae minores", que fue adoptada en Roma por el Papa San León III (795-816); de ese modo, la influencia de los francos y particularmente de Carlomagno se dejó sentir en toda la Iglesia de occidente.

Numerosos testimonios prueban sin lugar a dudas que San Mamerto fue realmente quien introdujo las Rogativas. En una carta que le escribió San Sidonio Apolinar, habla de las procesiones por él instituidas y dice que han sido un remedio muy eficaz contra el pánico del pueblo. Al mismo tiempo, alaba el valor de San Mamerto, quien había permanecido en su puesto en tanto que otros huían. San Avito, que había sido bautizado por San Mamerto y ocupó la sede de Vienne quince años después de la muerte del santo, predicó una homilía que se conserva todavía, durante una procesión de Rogativas. Por esa homilía podemos darnos una idea de las tribulaciones que afligían a la región cuando se instituyó la celebración. San Avito menciona un terremoto, varios incendios y un ciervo salvaje que se había refugiado en la ciudad. Muy de acuerdo con las ideas de su época, San Mamerto había interpretado esas calamidades como un castigo de Dios por los pecados del pueblo y, en consecuencia, propuso el remedio de la penitencia y la obligación de ayunar y organizó una procesión popular en la que se cantaran los salmos. El ejemplo de Vienne se extendió pronto a otras regiones de Francia y, más tarde, llegó a ser práctica universal en el occidente. El vigésimo séptimo decreto del primer Concilio de Orléans (511 p.c.) mandó que todas las iglesias celebraran las

procesiones de Rogativas en los días que preceden a la fiesta de la Ascensión; también ordenó que se observase un ayuno tan estricto como el de la cuaresma y prohibió todo trabajo servil para que aun los esclavos pudiesen asistir a las procesiones. Los clérigos que no asistieran a las procesiones serían castigados por sus obispos. Los escritos de los contemporáneos y de los historiadores de la época, como San Gregorio de Tours, prueban que San Mamerto era un santo y generoso pastor de almas y un jefe osado y prudente. San Avito, en la homilía que hemos citado, alaba la prudencia que desplegó para conseguir que las autoridades civiles y el pueblo aceptasen de buena gana los sacrificios que imponían las procesiones de las Rogativas.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II, se hallan reunidos casi todos los documentos que poseemos sobre San Mamerto. Sobre los días de Rogativas cf. K. A. Kellner, *Heortology*, pp. 189-194. Edmund Bishop hace notar atinadamente que no hay que atribuir al nombre de "letanías" el significado que tiene actualmente: "El resultado de mis investigaciones me lleva a la conclusión de que las letanías no se cantaban en las procesiones de Rogativas. Según los testimonios de la época, las Rogativas comprendían el canto de los salmos y tal vez también las colectas y oraciones correspondientes." Cf. igualmente el artículo de Cabrol sobre las *Letanías*, en DAC., y nuestros artículos del 2 de febrero y del 25 de abril (La Purificación y San Marcos, respectivamente).

SAN GANGULFO (760 P.C.)

SAN GANGULFO era un caballero de Borgoña que durante algún tiempo fue mayordomo de palacio. Pepino el Breve le profesaba tal cariño, que le hacía dormir en su tienda durante las campañas militares. Gangulfo se casó con una joven de alta dignidad, la cual le traicionó escandalosamente al cabo de muchos años de matrimonio. Como no consiguiese nada con sus exhortaciones, San Gangulfo se retiró discretamente a su castillo de Avallon (la ciudad en que había nacido San Hugo de Lincoln, entre Auxerre y Autun), no sin dejar a su mujer bien provista de dinero. En dicho castillo se entregó el santo a la penitencia y al socorro de los pobres. Según cuenta la leyenda, San Gangulfo murió asesinado por el amante de su esposa, a quien ésta había incitado a darle muerte una noche, en su propio lecho. La distribución de las reliquias del santo y la fama de sus milagros popularizaron, más tarde, su culto en Holanda, Bélgica y Saboya.

La corta biografía de *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II, es en gran parte fabulosa. W. Levison, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. II, p. 142 ss., hizo una edición crítica de dicha biografía. La famosa religiosa Roswita de Gandersheim escribió a fines del siglo X un relato del martirio de San Gangulfo en verso; ver la edición de sus obras, hecha por Winterfeld, 1902, pp. 32 ss. El culto del santo fue muy popular en Francia y Alemania. Sobre los aspectos folklóricos ver Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch der deutschen Aberglaubens*, vol. III, pp. 289-290.

SAN MAYOLO, ABAD DE CLUNY (994 P.C.)

LA PROVENZA, a principios del siglo X, sufrió violentas incursiones de los sarracenos; por ello, San Máyolo, que desde muy joven había heredado grandes posesiones en las cercanías de Riez, tuvo que refugiarse en casa de unos parientes, en Mâcon de Borgoña. Ahí recibió la tonsura, de manos de su tío, el obispo Berno, quien le concedió una canonjía y le envió más tarde a Lyon a estudiar filosofía bajo la dirección del célebre maestro Antonio, abad de L'Ile

Barbe. A su vuelta a Mâcon, San Máyolo fue nombrado archidiácono, a pesar de que era muy joven, y poco después fue elegido obispo de Besançon. Para evitar que le consagrasen por la fuerza, pues se sentía indigno de tan alto cargo, San Máyolo se refugió en la abadía de Cluny, de la que su padre había sido gran bienhechor. Ahí tomó el hábito y fue nombrado bibliotecario y procurador por el abad Ainardo. Como bibliotecario, tenía la dirección de los estudios y como procurador, estaba encargado de la administración y de la gestión de los múltiples bienes de la abadía. Durante los viajes que se vio obligado a hacer, dio gran ejemplo de humildad y prudencia. San Berno,* primer abad de Cluny, había elegido como coadjutor a San Odón; éste a su vez, había elegido a Ainardo, el cual escogió a San Máyolo para que le ayudase en el gobierno de la abadía, pues había perdido la vista.

La prudencia y la virtud de San Máyolo, le ganaron el respeto de los más grandes hombres de la época. El emperador Otón el Grande tenía gran confianza en él y le encargó de supervisar todos los monasterios de Alemania y otras partes del Imperio. No menor estima profesaban al santo la emperatriz, Santa Adelaida y su hijo Otón II; San Máyolo les pagó el afecto reconciliándolos cuando tenían puntos de vista diferentes. Gracias a los privilegios concedidos a la orden que gobernaba, San Máyolo logró reformar numerosos monasterios, muchos de los cuales adoptaron la regla cluniacense. Otón II quería que San Máyolo fuese elegido Papa, pero el santo se opuso terminantemente; a los argumentos del emperador, respondió que sabía muy bien cuán poco preparado estaba para tan alta dignidad y que su carácter era muy diferente del de los romanos. San Máyolo era muy culto y promovió mucho la ciencia. Tres años antes de su muerte, escogió por coadjutor a San Odilón y, desde entonces, se consagró enteramente a la penitencia y la contemplación. Sin embargo, no pudo negarse a la petición del rey de Francia, Hugo Capeto, quien solicitó que fuese a reformar la abadía de St. Denis, en las cercanías de París. San Máyolo enfermó durante el viaje y murió en la abadía de Souvigny, el 11 de mayo de 944. El rey de Francia asistió a sus funerales en la iglesia de San Pedro de Souvigny.

Existen abundantes materiales biográficos sobre San Máyolo. En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II, hay tres biografías antiguas, cuyo resumen puede verse en BHL., nn. 5177-5187. Sobre el complicado problema de la interdependencia de dichas biografías, véase el pertinente artículo de L. Traube en *Neus Archiv...*, vol. XVII (1892), pp. 402-407. Ver también J. H. Pignot, *Histoire de l'Ordre de Cluny*, vol. I, pp. 236-303; E. Sackur, *Die Cluniacenser*, vol. I, pp. 205-256; C. Hilpisch, *Geschichte des Ben. Mönchtumes*, pp. 170 ss. Dom G. Morin publicó en la *Revue Bénédictine*, vol. XXXVIII (1926), pp. 56-57, un himno escrito por San Odilón en honor de San Máyolo. Cf. Zimmermman, *Kalendarium Benedictinum*, vol. II, pp. 171-173.

SAN ANSFRIDO, Obispo de Utrecht (1010 p.c.)

En su juventud, San Ansfrido se distinguió en la lucha contra los bandoleros y los piratas, lo que le valió el favor de los emperadores Otón III y Enrique II. San Ansfrido era duque de Brabante. Cuando la sede de Utrecht quedó vacante,

* Berno era en aquella época un nombre bastante común. Por ello hacemos notar que Berno, el abad de Cluny, no tenía nada que ver con el obispo de Mâcon mencionado antes.

a la muerte del obispo Balduino, el emperador propuso que Ansfrido le sucediese; a pesar de que se opuso con todas sus fuerzas, el santo fue consagrado obispo el año 994. Fundó un convento de religiosas en Thorn, cerca de Roermond, y la abadía de Hohorst o Heiligenberg, a la que se retiró al quedarse ciego. Ahí mismo murió. Cierto número de habitantes de Utrecht asistieron a los funerales; aprovechando un momento en que todo el pueblo se hallaba apagando un incendio, tal vez provocado por ellos, los visitantes se apoderaron de los restos de San Ansfrido y los llevaron a Utrecht. Cuando los monjes de Heiligen cayeron en la cuenta, se dispusieron a perseguir violentamente a los autores del robo; pero la abadesa de Thorn consiguió, con sus oraciones, evitar el derramamiento de sangre. San Ansfrido fue sepultado en la catedral de Utrecht.

Lo que el *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, presenta como un fragmento de la vida de San Ansfrido, es en realidad un extracto del *De diversitate temporum* del monje benedictino Alberto de Saint Symphorian de Metz. Alberto, contemporáneo de San Ansfrido, escribió su tratado en 1022; aunque no da muchos datos, su relato es sustancialmente verídico.

SAN FRANCISCO DE JERONIMO (1716 P.C.)

ESTE ELOCUENTE misionero jesuíta se distinguió por su ilimitado celo en favor de la conversión de los pecadores y por su amor a los pobres, los enfermos y los oprimidos. Los habitantes de las dos Sicilias le veneran como "el apóstol de Nápoles". Francisco era el mayor de siete hermanos. Había nacido en Grottaglie, cerca de Taranto, en 1642. Después de hacer su primera comunión, a los doce años, ingresó en la casa de unos sacerdotes diocesanos de la localidad que vivían en comunidad. Los buenos padres cayeron pronto en la cuenta de que Francisco no era un niño ordinario; primero le confiaron el cuidado de la iglesia, después le dedicaron a la catequesis y, finalmente, le concedieron la tonsura a los dieciséis años de edad. Francisco fue a Nápoles a estudiar derecho civil y canónico, acompañado por su hermano, que iba a estudiar pintura. En 1666, recibió Francisco la ordenación sacerdotal; para ello hubo de obtener una dispensa, pues aún no había cumplido los veinticuatro años. Durante los cinco años siguientes, enseñó en el "Collegio dei Nobili," que los jesuítas tenían en Nápoles. La mejor prueba de la veneración que le profesaban sus discípulos es que le llamaban "el santo sacerdote". A los veintiocho años, Francisco consiguió vencer la oposición de sus padres e ingresó en la Compañía de Jesús.

En el primer año de su noviciado, los superiores le sometieron a pruebas excepcionales; en ellas dio tales muestras de virtud que, en cuanto terminó el noviciado, le enviaron a ayudar al célebre predicador Agnello Bruno en su trabajo misional. De 1671 a 1674, los dos misioneros trabajaron infatigablemente; el éxito que tuvieron entre los campesinos de Otranto fue enorme. A Francisco se le envió entonces a terminar sus estudios de teología, al término de los cuales hizo la profesión. Los superiores le nombraron predicador en la iglesia del Gesú Nuovo, de Nápoles. Francisco se ofreció para ir al Japón, pues se hablaba entonces de enviar un contingente de misioneros al Extremo Oriente, donde se había exterminado a todos los predicadores del Evangelio; pero sus

superiores le respondieron que Nápoles era para él un verdadero Japón. En efecto, la ciudad iba a ser el escenario de la incansable labor del santo, hasta su muerte, durante los cuarenta años que Dios le iba a conceder todavía en este mundo.

Desde el primer momento, la predicación de Francisco le conquistó gran popularidad. Los resultados que obtuvo fueron tan notables, que pronto empezó a preparar a otros misioneros para la tarea. Predicó por lo menos cien misiones en las regiones de los alrededores, pero los habitantes de Nápoles no le dejaban ausentarse por mucho tiempo. A donde quiera que iba, su confesionario y las iglesias en que predicaba estaban siempre llenos. Se dice que por lo menos cuatrocientos pecadores endurecidos se reconciliaban anualmente con la Iglesia, gracias a sus esfuerzos. Francisco visitaba las prisiones, los hospitales y aun las galeras; en una de ellas, que pertenecía a la flota española, convirtió a veinte prisioneros turcos. Ni siquiera vacilaba en seguir a los pecadores hasta los antros del vicio, donde algunas veces fue brutalmente maltratado. Con frecuencia predicaba en las calles, según la inspiración del momento. En cierta ocasión, en medio de una furiosa tempestad que se desató durante la noche, se sintió irresistiblemente movido a salir a predicar en un barrio aparentemente desierto. Al día siguiente, se presentó en su confesionario una joven de mala vida que se había sentido tocada por la gracia al oír, desde su ventana, la conmovedora predicación de San Francisco. Sus penitentes pertenecían a todas las clases sociales. Tal vez la más notable de ellas era una francesa llamada María Elvira Cassier, quien había asesinado a su padre y había servido en el ejército español, disfrazada de hombre. El santo la movió a penitencia y, con su dirección, la condujo a un alto grado de perfección.

A la elocuencia de San Francisco se añadía la fama de sus milagros; pero él negaba siempre que Dios le hubiese concedido poderes sobrenaturales y atribuía todos sus milagros a la intercesión de San Ciro (31 de enero), de quien era muy devoto. San Francisco murió a los setenta y cuatro años de edad, al cabo de una penosa enfermedad. Fue sepultado en la iglesia de los jesuítas de Nápoles, donde se hallan todavía sus reliquias. Su canonización tuvo lugar en 1839.

Se conserva todavía el interesante documento que el santo escribió a sus superiores para darles cuenta de las extraordinarias manifestaciones de la gracia que había visto en sus cincuenta años de misionero. El P. Boero publicó esas *Brevi Notizie* en su obra *Francesco de Girolamo e le sue Missioni* (1882). Existen también dos biografías italianas escritas por jesuítas compañeros del santo: la de Stradiotti vio la luz en 1719 y la de Bagnati en 1725. Entre las biografías modernas, tal vez la más popular es la del P. degli Oddi, *Vita di San Francesco di Girolamo;* pero la de J. Bach, *Histoire de S. François de Geronimo* es la más completa. Ver también *Raccolta di Avvenimenti singolari e Documenti autentici* del canónigo Alfonso Muzzarelli (1806), y la biografía que escribió C. de Bonis. A. M. Clarcke publicó una biografía en *Quarterly Series* (1891), y en la *Catholic Encyclopedia* hay un admirable artículo del P. Van Ortroy.

SAN IGNACIO DE LACONI (1781 P.C.)

LACONI ES un pintoresco pueblecito en la isla de Cerdeña. Hace doscientos cincuenta años era apenas una aldehuela de callecitas estrechas, bordeadas por las casuchas de los campesinos, junto al parque y la casa solariega del marqués de Laconi. En la "Via Prezzu" vivía un hombre llamado Mateo Cadello Peis,

casado con Ana María Sanna Casu. Los esposos eran honrados ciudadanos, muy trabajadores y extremadamente pobres, que tenían tres hijos y seis hijas. Alguien que los conocía bien, dijo que su casa era "un hogar de santos". Tal vez no hay que tomar esta alabanza a la letra, pero lo cierto es que uno de los hijos, el segundo, alcanzó el honor de los altares.

Francisco Ignacio Vicente nació el 17 de diciembre de 1701. En su casa le llamaban por su último nombre. Sabemos muy poco sobre sus primeros años, fuera de que, desde muy joven, empezó a trabajar en las rudas faenas del campo, con su padre. Vicente era de constitución delicada y la vida de jornalero no consiguió fortalecerle; todos los testigos afirman que era delgado y pálido. Precisamente su mala salud fue lo que le determinó a abrazar la vida religiosa. La madre de Vicente le había consagrada a San Francisco de Asís y, sin duda que en más de una ocasión, le dijo que algún día vestiría el hábito del santo. Así pues, durante una grave enfermedad que sufrió a los diecisiete o dieciocho años, el joven prometió que entraría a la orden franciscana, si salía con vida. Sin embargo, cuando Vicente recuperó la salud, su padre se mostró renuente: "No prometimos que tomarías el hábito inmediatamente, le dijo; que lo hagas hoy o mañana, este año o el próximo, es lo mismo. Ninguna necesidad hay de que cumplas al punto lo prometido". Pero durante el otoño de 1721, un acontecimiento impulsó al joven a cumplir pronto su promesa. Cuidaba el rebaño de su padre, cuando su caballo se encabritó en un sendero muy peligroso. Vicente no pudo contenerlo y pensó que iba a morir; pero de pronto, el caballo se detuvo por sí mismo. El joven consideró esto como un milagro.

Pocos días después, a pesar de los ruegos de su padre, Vicente partió a Buoncammino, cerca de Cagliari, y pidió ser admitido en el convento de los capuchinos. Después de una corta espera tomó el hábito de San Francisco y el nombre de Ignacio en el convento de San Benito. Dicho convento era una de esas deliciosas casitas religiosas que se ven todavía en ciertas regiones de Italia.

El hermano Ignacio tuvo al principio un maestro de novicios bondadoso e inteligente, bajo cuya dirección todo iba bien; pero el segundo de los mentores era menos inteligente, creyó que Ignacio no era sincero y consideró que tenía una salud demasiado débil para la vida conventual. Hacia el fin del noviciado, todo hacía creer que Ignacio tendría que abandonar el convento; pero el joven redobló sus esfuerzos, y la profesión le fue concedida a fines de 1722. Ignacio estaba muy contento en el convento de San Benito; pero, poco después de su profesión, los superiores le enviaron, durante breves períodos, a los conventos vecinos de Buoncammino, Cagliari e Iglesias. En Iglesias fue donde el santo hermano lego hizo sus primeros milagros, de suerte que, cuando iba a pedir limosna ahí, las gentes no sólo le daban algo, sino que le rogaban que volviese. Cerca del pueblecito de Sant' Antioco, existe todavía un promontorio que se llama "la colina del hermano Ignacio", aunque no sabemos por qué razón. Ignacio pasó de Iglesias a Cagliari, donde trabajó durante quince años en la hilandería. Generalmente la vida de un hermano lego tiene pocos detalles pintorescos; en todo caso, nada sabemos sobre el hermano Ignacio en este período de su vida, excepto que continuó el progreso constante en el amor de Dios.

Al fin de esos quince años, ocurrió un cambio que le dio oportunidad de manifestar sensiblemente su amor al prójimo. El hermano lego iba a ser, real-

mente, el hermano de todos. Hasta entonces había sido un hombre que trabajaba tranquilamente en la soledad y el silencio del monasterio; ahora estaba a punto de salir al mundo, a andar por los caminos y a predicar a todos, con el ejemplo. En 1741, los superiores del convento de San Antonio de Buoncammino le enviaron a pedir limosna. A partir de entonces y durante los cuarenta años que le restaban de vida, ésa iba a ser su principal ocupación. Es muy fácil imaginar de un modo romántico la vida de un discípulo del Pobrecito de Asís que pide limosna; pero la realidad no tiene nada de romántica. Algunas puertas se cerraban estrepitosamente ante el hermano Ignacio, los caminos estaban llenos de bandoleros y los caprichos del tiempo no eran siempre más agradables que los de las gentes. El hermano Ignacio convirtió su humilde tarea en un verdadero apostolado: aconsejaba a quienes se hallaban en dificultades, visitaba a los enfermos, exhortaba a los pecadores, enseñaba a los ignorantes, reconciliaba a los enemigos, llevaba limosnas a sus hermanos y Dios se glorificaba en él, porque todos querían al hermano Ignacio, sobre todo los niños, por quienes él tenía también particular cariño. Más de una madre atribuyó el fin de su esterilidad a las oraciones del santo hermanito.

Una religiosa capuchina, que conoció al hermano Ignacio una vez que éste había ido a pedir limosna a su casa, cuando ella tenía siete años, le describió como hombre de estatura mediana, de facciones finas y de barba y cabello blancos; llevaba un báculo de peregrino, era alegre y simpático y "acariciaba bondadosamente a los niños". El hermanito tenía realmente la sencillez franciscana y la mesura de sus palabras reflejaba la paz de su corazón. A pesar de que su trabajo era muy fatigoso, encontraba la soledad conventual en las largas horas que consagraba a la contemplación durante la noche. Dormía muy poco, sobre una cama maltrecha y con un madero por almohada.

El hermano Francisco María de Iglesias afirmó que había visto a San Ignacio elevarse del suelo durante la oración; su testimonio tiene un tono de veracidad: "Cuando la campana sonó para el oficio de la noche, dice el hermano Francisco María, el hermano Ignacio descendió lentamente al suelo y se dirigió al coro con los demás." En el proceso de beatificación hay testimonios sobre muchos de los milagros obrados por el santo, particularmente sobre las curaciones; eran éstas tan abundantes, que el P. Manuel de Iglesias y otros solían decir que el hermano Ignacio era el médico de los alrededores. El santo decía frecuentemente: "No soy médico. ¿Cómo queréis que haga algo si no sé nada?" Lo que hacía, generalmente, era recomendar un remedio sencillo, exhortar a la confianza en el Señor y decir: "Que Dios te devuelva la salud, si es su vonluntad."

Había en Cagliari un rico y malvado usurero, llamado Franchino, a quien el hermano Ignacio jamás pedía limosna. Considerando esto como una ofensa pública, Franchino se quejó de ello al padre guardián del convento de San Antonio, quien ordenó al hermanito que se corrigiese. Ignacio obedeció sin decir una palabra y volvió de la casa de Franchino con una bolsa llena de alimentos. Cuando el guardián del convento abrió la bolsa, vio que los alimentos estaban llenos de sangre. "¿Qué es esto?", preguntó el guardián asombrado. El hermano Ignacio respondió: "Es la sangre de los pobres. Por eso yo nunca había pedido limosna a Franchino".

En 1781, San Ignacio cumplió ochenta años. A principios de la primavera su salud empezó a flaquear. El hermanito hizo entonces una visita a su hermana

María Inés, que pertenecía a las Clarisas Pobres y le dijo que no volvería a verla en esta tierra. Poco después, tuvo que guardar cama y, el 11 de mayo, a la hora de la agonía de Cristo en la cruz, el hermano Ignacio entrelazó las manos, murmuró: "Es la agonía" y entregó el alma. Fue canonizado en 1951.

En 1870, F. Sequi publicó en Cagliari la *Vita del Ven. Fra Ignazio da Laconi.* La biografía escrita por el P. G. de Dominicis (1929) se basa en los documentos del proceso y las investigaciones que hizo el autor, en los sitios donde vivió el santo. El P. Samuel de Chiaramonte publicó, en 1940, la biografía oficial que reune todos los documentos existentes sobre San Ignacio, pero tiene el defecto de ser prolija. Un pastor protestante alemán, que estuvo en Cerdeña de 1773 a 1776, publicó una serie de cartas descriptivas (Leipzig, 1870), en las que hay muchos datos importantes sobre San Ignacio; dichas cartas fueron traducidas al italiano en 1899. El P. Majella publicó una biografía en francés (Bélgica, 1946).

BEATO ALBERTO DE BERGAMO (1279 P.C.)

EL BEATO Alberto de Bérgamo, campesino del Valle d'Ogna, llevaba una vida ejemplar. Era terciario de Santo Domingo, estaba casado y no tenía hijos. Su mujer, que era muy socarrona, y sus vecinos, a los que molestaba la liberalidad de Alberto con los pobres, le hicieron sufrir mucho. Cuando tenía ya cierta edad, Alberto hizo peregrinaciones a Roma y a Jerusalén; según se dice, visitó ocho veces Santiago de Compostela y trabajaba en el camino para ganarse el sustento. Finalmente, se estableció en Cremona, donde se hizo muy amigo de otro varón de Dios, el Beato Homobono; ahí murió en 1279. Era famoso por sus milagros en toda la ciudad. Ciertamente, algunos de los milagros que se le atribuyen son de lo más extraordinario. Así, leemos en las "Biografías cortas de los Santos Dominicos" del P. Procter, O.P.: "Un día, llevaba Alberto un barril de vino a la casa de una pobre mujer, cuando la barrica se le deslizó de los hombros y se hizo pedazos. '¡Rey de la gloria, asísteme!', exclamó el hombre de Dios, como acostumbraba hacerlo en todas sus dificultades. Al decir esto, reunió los trozos de madera como si se tratase de un rompecabezas y recogió con las manos hasta la última gota de vino."

En la edición de Prato de *Opera Omnia,* de Benedicto XIV, vol. VI (1842), hay un resumen de los documentos presentados para probar que existía un culto inmemorial del Beato Alberto de Bérgamo. La Sagrada Congregación de Ritos mandó imprimir dichos documentos, junto con el decreto de confirmación, fechado el 9 de mayo de 1748. Véase *Année Dominicaine* (1891), pp. 375-381. También se encontrará una corta noticia biográfica del beato en *Acta Sanctorum,* mayo, vol. II.

BEATO VIVALDO (1300 P.C.)

VIVALDO o Ubaldo era discípulo y compatriota del Beato Bartolo de San Gemignano, a quien asistió durante veinte años, cuando éste contrajo una forma particularmente repugnante de lepra. Después vivió como solitario en el hueco de un tronco de nogal, en Montajone de Toscana. Un día, los lebreles de un cazador descubrieron el escondite del beato; se hallaba éste arrodillado como si estuviese en oración, pero estaba ya muerto. Se cuenta que en el momento de su muerte las campanas de Montajone empezaron a doblar y no cesaron sino hasta que el cazador llegó a avisar que había descubierto el cadáver. El Beato Vivaldo había

estado en estrechas relaciones con la Orden de San Francisco y, los observantes construyeron un convento en el sitio en que había vivido y muerto.

El breve relato de *Acta Sanctorum*, mayo, vol. I, contiene todos los datos que poseemos sobre el beato. El decreto de aprobación de su culto, firmado por Pío X, se halla en *Analecta Ecclesiástica* (1908), p. 145; pero no añade nada a lo que hemos dicho en el artículo. Lo mismo sucede con el artículo del P. Ghilardi en *Miscellanea Storica della Valdelsa*, vol. XI (1903), pp. 38-42.

BEATO LUIS RABATA (1490 P.C.)

EN LA vida del Beato Luis Rabata hay pocos detalles pintorescos. Ingresó en la Orden del Carmelo, en Trapani de Sicilia, cuando era todavía muy joven. Más tarde, fue prior del convento de Randazzo. Vivía a pan y agua y se distinguía por su humildad, paciencia y celo por las almas. Aun cuando fue superior, salía a pedir limosna personalmente. Tomaba tan a pecho los pecados de sus penitentes que, en una ocsaión en que un hombre muy pobre le confesó que había cometido un robo y que no podía restituir, el beato fue a pedir perdón, en su nombre, al propietario. Murió a resultas de un golpe que le infligió en la cabeza un malhechor. El beato se negó a delatar a su asesino.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. II, hay un artículo bastante completo, basado en los documentos de 1533 y 1573 para promover la canonización, que nunca se llevó a cabo. El culto del beato fue confirmado por Gregorio XVI en el siglo XIX.

BEATO LADISLAO DE GIELNIOW (1505 P.C.)

EL BEATO Ladislao es uno de los principales patronos de Polonia, la Galicia rusa y Lituania. Nació en Polonia en 1440. Después de estudiar en la Universidad de Varsovia, ingresó en el convento franciscano de dicha ciudad, fundado por San Juan Capistrano. Fue varias veces provincial de su orden y redactó una revisión de la constitución, que fue aprobada por el capítulo general de Urbino, en 1498. A petición del duque Alejandro, Ladislao envió a un grupo de frailes a evangelizar Lituania. El beato les dijo que el ejemplo de santidad debía preceder al trabajo de evangelización. Dios bendijo abundantemente a los misioneros, quienes convirtieron a miles de paganos y reconciliaron con la Iglesia a muchos cismáticos. El Beato Ladislao era también un ardiente misionero de gran elocuencia; su predicación le valió gran fama cuando era guardián en Varsovia. Predicó en todas las regiones de Polonia, tanto en latín como en polaco, y los himnos que compuso se cantaban en los oficios de la tarde. Sus temas favoritos eran la Pasión de Cristo y el texto evangélico: "Jesús Nazareno, Rey de los judíos".

En 1498, Polonia estaba amenazada por los tártaros que, aliados con los turcos, formaban un ejército de 70,000 hombres. Ladislao exhortó al pueblo a orar y a poner toda su confianza en Dios, el único que podía salvar a la nación. Los invasores acamparon entre el Pruth y el Dniester; súbitamente se desbordaron ambos ríos e inundaron toda la región; a ello siguió una intensa helada y una furiosa tempestad. Millares de hombres y caballos perecieron ahogados, otros murieron de frío y, los pocos que quedaron vivos, fueron fácilmente exterminados por el príncipe Esteban. El pueblo atribuyó la victoria a las oraciones del

Beato Ladislao, cuyo prestigio se acrecentó prodigiosamente. Varios de sus hermanos le vieron elevarse en éxtasis sobre el suelo. El Viernes Santo que precedió a su muerte, mientras predicaba a un inmenso auditorio, fue arrebatado en el aire en la actitud de un crucificado; poco a poco descendió al suelo; cuando tocó tierra estaba tan débil, que se le transportó en vilo a la enfermería. Ahí murió un mes más tarde, con gran pena de toda la ciudad. Fue beatificado en 1586.

El franciscano Vicente Morawski publicó a principios del siglo XVII una extensa biografía; puede leerse en *Acta Sanctorum,* mayo, vol. I. También existe un corto relato en Léon, *Auréole Seraphique* (trad. ingl.), vol. IV, pp. 335-337. El *Lexikon fur Theologie und Kirche* menciona las obras de C. Bogdalski y K. Kantak, quienes a propósito de las misiones de los franciscanos en Polonia, hablan del Beato Ladislao; ambas obras están escritas en polaco.

12: SANTOS NEREO, AQUILEO y DOMITILA, Mártires (¿Siglo I?)

EL CULTO de los Santos Nereo y Aquileo es muy antiguo, ya que data, por lo menos, del siglo IV. En la fiesta de estos santos, que se celebraba en Roma con cierta solemnidad, San Gregorio Magno predicó dos siglos más tarde, su vigésima octava homilía: "Los santos ante los que nos hallamos reunidos despreciaron al mundo y pisotearon la paz, las riquezas y la vida que las ofrecía." La iglesia en que el santo pronunció esa homilía se hallaba en el cementerio de Domitila, en la Vía Ardeatina, sobre la tumba de los mártires. Hacia el año 800, León III construyó una nueva iglesia; el cardenal Baronio, que fue titular de ella, la reconstruyó y llevó de nuevo allá las reliquias de San Nereo y San Aquileo, que habían sido transladadas a la iglesia de San Adrián.

Nereo y Aquileo eran soldados pretorianos, según dice la inscripción que el Papa San Dámaso mandó poner sobre su tumba. Las "actas" de estos mártires, que son legendarias, dicen que eran eunucos y estaban al servicio de Flavia Domitila, a la que siguieron al destierro. Eusebio escribe sobre esta dama, que era sobrina nieta del emperador Domiciano * : "En el décimo quinto año de Domiciano, por haber dado testimonio de Cristo, Flavia Domitila, sobrina de Flavio Clemente, uno de los cónsules de Roma, fue desterrada con muchos otros a la isla Poncia", es decir, Ponza. San Jerónimo describe el destierro como un largo martirio. Probablemente Nerva y Trajano no tenían ningún empeño en llamar del destierro a los parientes de Domiciano, cuando levantaron la pena a los otros exilados. Las "actas" relatan que Nereo, Aquileo y Domitila fueron desterrados a la isla de Terracina; los dos primeros fueron ahí decapitados durante el reinado de Trajano, en tanto que Domitila pereció en la hoguera por haberse negado a ofrecer sacrificios a los ídolos. Probablemente la leyenda se

* Actualmente la opinión más común es que había dos Flavias. La mayor era hija de una hermana de Domiciano y Tito, esposa de Flavio Clemente, que fue desterrada a la isla de Pandatania, según escribe Dion Casio. La otra Flavia Domitila era, por su matrimonio, sobrina de Domiciano; San Jerónimo considera como un martirio su destierro a Ponza.

basa en el hecho de que los cuerpos de Nereo y Aquileo fueron quemados en un sepulcro familiar, que se hallaba en lo que fue después el cementerio de Domitila. Durante las excavaciones que llevó a cabo Rossi en 1874, en dicha catacumba, se descubrió su sepulcro vacío, en la cripta de la iglesia que el Papa San Siricio construyó el año 390.

Así pues, todo lo que podemos afirmar acerca de los santos Nereo y Aquileo es lo que se halla consignado en las inscripciones que San Dámaso mandó colocar en su sepulcro a fines del siglo IV. El texto ha llegado hasta nosotros a través de las citas de los viajeros que vieron las inscripciones cuando estaban todavía enteras; pero los fragmentos que descubrió Rossi bastan para identificar la inscripción perfectamente. He aquí el texto, traducido al español: "Los mártires Nereo y Aquileo habían entrado voluntariamente en el ejército y desempeñaban el cruel oficio de poner en práctica las órdenes del tirano. El miedo les hacía ejecutar todos los mandatos. Pero, por milagro de Dios, los dos soldados abandonaron la violencia, se convirtieron al cristianismo y huyeron del campamento del malvado tirano, dejando tras de sí los escudos, las armaduras y las lanzas ensangrentadas. Después de confesar la fe de Cristo, se regocijan ahora al dar testimonio del triunfo del Señor. Que estas palabras de Dámaso te hagan comprender, lector, las maravillas que es capaz de hacer la gloria de Cristo."

Hay una literatura muy abundante sobre la leyenda de Nereo y Aquileo y el descubrimiento del cementerio de Domitila. Las *actas* pueden verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. Hay innumerables ediciones y comentarios de ellas: Wirth (1890); Achelis, *Texte und Untersuchungen*, vol. XI, pte. 2, (1892); Schaefer, *Römische Quartalschrift*, vol. VIII (1894), pp. 89-119; P. Franchi de Cavalieri, *Note Agiografiche*, n. 3 (1909), etc. Cf. también J. P. Kirsch, *Die römischen Titelkirchen* (1918), pp. 90-94; Huelsen, *Le Chiese di Roma nel medio evo*, pp. 388-389, etc., y CMH., p. 249. Se encontrarán abundantes referencias sobre la literatura arqueológica del cementerio de Domitila en el artículo de Leclercq en DAC., vol. IV (1921), cc. 1409-1443.

SAN PANCRACIO, MÁRTIR (¿304? P.C.)

NO POSEEMOS datos ciertos sobre San Pancracio, cuyo martirio se celebra el día de hoy. La versión que se da ordinariamente de su vida se basa en las llamadas "actas", las cuales fueron inventadas mucho tiempo después de la muerte del santo y contienen serios anacronismos. Según esas actas, San Pancracio era un huérfano de origen sirio o frigio. Un tío suyo le llevó consigo a Roma, donde ambos se convirtieron al cristianismo. Pancracio fue decapitado por la fe a los catorce años de edad, en tiempos de Diocleciano, y fue sepultado en el cementerio de Calepodio, que después tomó su nombre. Hacia el año 500, el Papa Símaco construyó o reconstruyó una basílica sobre el sepulcro de San Pancracio. San Agustín de Canterbury le consagró la primera iglesia que erigió en esa ciudad; unos cincuenta años más tarde, el Papa San Vitaliano envió a Oswy, rey de Nortumbría, una parte de las reliquias del mártir, cuya distribución ayudó a propagar su culto en Inglaterra. San Gregorio de Tours, que llamó a San Pancracio "el vengador del perjurio", afirmaba que Dios obraba el milagro perpetuo de castigar visiblemente todos los falsos juramentos que se hicieren en presencia de las reliquias de San Pancracio.

La tumba del santo estaba en la Vía Aurelia, a dos kilómetros de Roma. El Papa Honorio (625-638) restauró elegantemente la iglesia que

había construido el Papa Símaco; todavía se conserva la inscripción que mandó poner con ese motivo. El Papa Gregorio Magno había construido un monasterio benedictino en honor de San Pancracio; probablemente, San Agustín de Canterbury dedicó al santo la iglesia arriba mencionada, en recuerdo del convento en que había vivido en Roma. Otro cementerio muy conocido que llevaba también el nombre de San Pancracio era el de Londres, donde fueron enterrados muchos mártires católicos; el barrio y la estación del ferrocarril tomaron de esa iglesia el nombre del santo.

Existen varias recensiones de las *actas*, tanto en latín como en griego; pueden verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. Pío Franchi de Cavalieri discute el texto griego en *Studi e Testi*, vol. XIX, pp. 77-120. Ver también *Analecta Bollandiana*, vol. IX, pp. 258-261.

SAN EPIFANIO, Obispo de Salamis (403 p.c.)

San Epifanio nació en Besandulk, pueblecito en los alrededores de Eleuterópolis de Palestina, hacia el año 310. Como preparación para el estudio de la Sagrada Escritura, aprendió desde joven el hebreo, el copto, el sirio, el griego y el latín. El trato frecuente con los anacoretas, a los que iba a visitar regularmente, despertó en él la inclinación a la vida religiosa, que abrazó desde muy joven. Aunque uno de sus biógrafos dice que tomó el hábito en Palestina, lo cierto es que pasó poco después a Egipto para perfeccionarse en la disciplina ascética, en el seno de alguna de las comunidades del desierto. Hacia el año 333, volvió a Palestina, donde fue ordenado sacerdote. En Eleuterópolis fundó y gobernó un convento. Las mortificaciones que practicaba parecían exageradas a algunos de sus discípulos; pero el santo respondía a sus objecciones: "Dios sólo da el Reino de los Cielos a los que sufren por El, y cuanto hagamos será siempre poco en comparación con la corona que nos espera." Sus mortificaciones corporales no le impedían dedicarse al estudio y la oración; puede decirse que la mayoría de los libros importantes de la época pasaron por las manos de San Epifanio. En el curso de sus lecturas, le impresionaron particularmente los errores que descubrió en los escritos de Orígenes, a quien consideró desde entonces como la fuente de todas las herejías que afligían a la Iglesia en su tiempo.

En Palestina y en los países circundantes se llegó a considerar a San Epifanio como un oráculo y se decía que cuantos le visitaban salían espiritualmente consolados. Su fama se extendió, con el tiempo, hasta regiones muy distantes y, en el año de 367 fue elegido obispo de Salamis (que entonces se llamaba Constancia), en Chipre. Sin embargo, siguió gobernando su monasterio de Eleuterópolis, al que iba de vez en cuando. La caridad del santo con los pobres era ilimitada, y numerosas personas le constituyeron administrador de sus limosnas. Santa Olimpia le confió con ese fin una importante donación de tierras y dinero. La veneración que todos le profesaban le libró de la persecución del emperador arriano Valente; prácticamente fue el único obispo ortodoxo en las riberas del Mediterráneo a quien el emperador no molestó para nada. En 376, San Epifanio emprendió un viaje a Antioquía para convertir a Vital, el obispo apolinarista; pero sus esfuerzos fueron vanos. Seis años más tarde, acompañó a San Paulino de Antioquía a Roma, donde asistieron al Concilio convocado por San Dámaso. Ambos se hospedaron en casa de una amiga de San Jerónimo, la

viuda Paula, a la que San Epifanio encontró tres años más tarde en Chipre, cuando se dirigía a Jerusalén para reunirse con su padre espiritual.

San Epifanio era un santo, pero era también un hombre apasionado, y sus prejuicios de hombre de edad le llevaron en algunas ocasiones a excesos lamentables. Así, por ejemplo, después de que el obispo Juan de Jerusalén le había acogido honrosamente como huésped, tuvo el mal gusto de predicar en la catedral un sermón contra el prelado, a quien sospechaba contagiado de origenismo. Como si esto no hubiera sido suficiente, en Belén, que no era su diócesis, se atrevió a ordenar, contra todos los cánones, a Pauliniano, el hermano de San Jerónimo. Las quejas del obispo de Jerusalén y el escándalo provocado por su conducta, le obligaron a llevar consigo a Pauliniano a Chipre. En otra ocasión, furioso al ver una imagen de Nuestro Señor o de un santo sobre la cortina que cubría la puerta de una iglesita de pueblo, desgarró la tela y dijo a los presentes que se sirivesen de los harapos para limpiar el suelo. Cierto que después pagó otra cortina; pero tal vez los habitantes del lugar no quedaron muy contentos. El malvado Teófilo de Alejandría se sirvió de San Epifanio, enviándole a Constantinopla para acusar a los cuatro "hermanos altos", quienes habían escapado de la persecución de Teófilo por apelación al emperador. Al llegar a Constantinopla, San Epifanio se negó a aceptar la hospitalidad que le ofrecía San Juan Crisóstomo, porque éste había protegido a los monjes fugitivos; pero, cuando San Epifanio compareció junto con los cuatro hermanos ante el juez, y éste le exigió que probase sus acusaciones, el santo debió reconocer que no había leído ninguno de sus libros ni conocía nada de sus doctrinas. Muy humillado, se embarcó, poco después, con rumbo a Salamis, pero falleció en el camino.

San Epifanio es, sobre todo, famoso por sus escritos. Los principales son: el *Anachoratus*, una apología de la fe; el *Panarium* o remedio contra todas las herejías; el "Libro de los Pesos y Medidas", en el que describe las costumbres y las medidas de los judíos; y un estudio sobre las piedras preciosas que el sumo sacerdote judío ostentaba en su pectoral. Estas obras, que eran muy apreciadas antiguamente, revelan la vasta cultura del autor; pero, juzgándole con nuestra sensibilidad moderna, San Epifanio carece de sentido crítico y es incapaz de exponer claramente una idea. ¡Con razón, San Juan le describía como "la última reliquia de la antigua piedad"!

La biografía de San Epifanio que se atribuye a un hipotético obispo llamado Polibio, carece de valor histórico; los bolandistas no la publicaron en su artículo sobre San Epifanio, *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. Los detalles sobre la vida del santo hay que entresacarlos de las obras de los historiadores de la Iglesia, como Sozomeno y de los controversistas que estudiaron los escritos de Orígenes y la vida de San Juan Crisóstomo. La Academia Prusiana de Ciencias tomó por su cuenta la edición crítica de las obras de San Epifanio, pero la publicación avanzó muy lentamente. Acerca de la vida y los escritos del santo, cf. DTC., vol. V (1913), cc. 363-365; Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. III, pp. 293-302; y P. Mass, en *Byzantinische Zeitschrift*, vol. 30 (1930), pp. 279-289. Hay un excelente artículo en DCB., vol. II, pp. 149-156, de R. A. Lipsius.

SAN MODOALDO, OBISPO DE TRÉVERIS (*c.* 640 P.C.)

EL SANTO obispo Modoaldo, conocido también con el nombre de Romualdo, nació en Aquitania. Según parece, pertenecía a una noble familia en la que

abundaban los santos, pues una de sus hermanas era la abadesa Santa Severa y otra fue la Beata Iduberga, esposa de Pepino de Landen y madre de Santa Gertrudis de Nivelles. Modoaldo iba con frecuencia a la corte del rey Dagoberto, donde conoció a San Arnulfo de Metz y a San Cuniberto de Colonia, de los que fue muy amigo. Dagoberto estimaba tanto al joven clérigo, que le nombró obispo de Tréveris; pero el santo no dejó por ello de reprender constantemente al rey por su vida licenciosa y la frivolidad de su corte. Finalmente, las reprensiones del santo obtuvieron el fruto deseado, ya que Dagoberto se arrepintió sinceramente y trató de reparar sus pasadas faltas. San Modoaldo se convirtió en consejero y director espiritual del rey y éste, a su vez, le regalaba tierras y dinero para la fundación de nuevos monasterios. En realidad, sabemos muy poco sobre la vida del santo, ni siquiera podemos determinar con certeza las fechas de su consagración y de su muerte. Sí es seguro que asistió al Concilio de Reims, el año 625. San Modoaldo ordenó al mártir San Germán de Grandval, a quien había educado y ofreció hospedaje a San Desiderio de Cahot, según se desprende de la carta que éste último le escribió para darle las gracias. Los bolandistas calculan que San Modoaldo fue obispo de Tréveris del año 622 al año 640.

La biografía sumaria de San Modoaldo, escrita cuatro siglos después de su muerte por el abad Esteban de Lieja, carece de valor histórico. Puede verse, junto con una introducción y un comentario, en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III.

SANTA RICTRUDIS, VIUDA (688 P.C.)

LA FAMILIA de Santa Rictrudis era una de las más ilustres de Gascuña. Los padres de la santa eran tan devotos como ricos. Cuando niña, Rictrudis conoció en la casa de su padre al que, con el tiempo, habría de ser su director espiritual. Nos referimos a San Amando, a quien desterró el rey Dagoberto por haberle echado en cara su conducta licenciosa. El santo prelado evangelizaba entonces la Gascuña, cuyos habitantes eran todavía paganos. Más tarde, los padres de Rictrudis recibieron a otro ilustre personaje, San Adabaldo, noble francés que gozaba del favor del rey Clodoveo. Los padres de la joven le concedieron la mano de su hija, a pesar de la oposición de los que veían con malos ojos toda alianza con los francos. Adalbaldo se transladó con su esposa a Ostrevant de Flandes. Dios los bendijo con cuatro hijos: Mauronte, Eusebia, Clotsinda y Adalsinda, destinados también a alcanzar el honor de los altares. Al término de su destierro, San Amando pasaba algunas temporadas con sus antiguos amigos, cuya vida santa y feliz describió en términos idílicos, en el siglo X, el biógrafo de Santa Rictrudis. Después de dieciséis años de matrimonio, San Adalbaldo fue asesinado en Gascuña por algunos parientes de su esposa que nunca le perdonaron su matrimonio con ella. Fue un golpe terrible para Santa Rictrudis, quien decidió entrar inmediatamente en el convento; pero San Amando le aconsejó que esperase hasta que su hijo pudiera establecerse en la corte. La dilación provocó más tarde serias dificultades a Santa Rictrudis, pues el rey Clodoveo II, al verla tan rica y atractiva, determinó casarla con uno de sus favoritos. En tales casos, los deseos del rey eran órdenes. Santa Rictrudis se defendió en vano; pero al fin San Amando persuadió al monarca de que dejase a su protegida seguir su vocación. Santa Rictrudis se trasladó entonces a Marchiennes, donde

fundó un monasterio para hombres y otro para mujeres; en éste último recibió el velo de manos de San Amando. Sus dos hijas menores, Clotsinda y Adalsinda, la siguieron al convento, en tanto que Eusebia fue a vivir con Santa Gertrudis, su abuela paterna, en Hamage. Tras de pasar algunos años en la corte, Mauronte determinó también abandonar el mundo; recibió la tonsura en Marchiennes, en presencia de su madre. Adalsinda murió joven. Clotsinda sucedió a Santa Rictrudis en el gobierno del convento. Santa Rictrudis murió a los sesenta y seis años de edad.

Hubaldo de Elnone, que escribió la vida de Santa Rictrudis, el año 907, trató de exponer realmente la verdad histórica, a pesar de que casi todos los documentos se habían perdido cuando los normandos saquearon e incendiaron Marchiennes, en 881. Ver el admirable estudio que hizo sobre el tema L. Van der Essen, en *Revue d'histoire ecclésiastique*, vol. XIX (1923), sobre todo pp. 543-550, y *Etude Critique... des Saints Mérovingiens* (1907, pp. 260-267) del mismo autor. La biografía de Hubaldo y otros documentos se hallan en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. W. Levison, en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. VI, reeditó únicamente el prólogo. Algunas veces se confunde a Santa Rictrudis con Santa Rotrudis; se venera a esta última en Saint-Bertin y Saint-Omer, pero no sabemos nada de su vida.

SAN GERMAN, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA (732 P.C.)

SAN GERMÁN era hijo de un senador de Constantinopla. Después de su ordenación sacerdotal ejerció, durante algún tiempo, un cargo en la iglesia metropolitana; pero, a la muerte de su padre, fue elegido obispo de Cízico, aunque no sabemos exactamente la fecha. Nicéforo y Teófanes afirman que no se opuso abiertamente a la divulgación de la herejía monoteleta por parte del emperador Filípico; pero esto cuadra mal con la actitud posterior del santo respecto de la herejía, y con las alabanzas que le tributó el segundo Concilio Ecuménico de Nicea, el año 787. Durante el reinado de Anastasio II, San Germán fue trasladado de Cízico a la sede de Constantinopla. Un año después, convocó un sínodo de cien obispos, que definió la doctrina católica frente a la herejía monoteleta.

El año 717, San Germán coronó en Santa Sofía al emperador León el Isáurico, quien juró solemnemente defender la fe católica. Diez años más tarde, cuando el emperador empezó a favorecer a los iconoclastas y se opuso a la veneración de las imágenes, San Germán le recordó su juramento. No obstante, León el Isáurico promulgó un decreto por el que prohibió el culto público a las imágenes y mandó que éstas fuesen colocadas de tal modo que el pueblo no pudiese besarlas. Poco después, con un decreto más drástico, ordenó la destrucción de las sagradas imágenes. El patriarca, que era ya muy anciano, predicó sin temor en defensa de las imágenes y escribió para recordar la tradición cristiana a los obispos que se inclinaban a favorecer a los iconoclastas. En una carta al obispo Tomás de Claudiópolis, decía: "Las imágenes son la concretización de la historia y no tienen más fin que el de dar gloria al Padre celestial. Quien venera las imágenes de Jesucristo, no adora la forma de la madera, sino que rinde homenaje al Dios invisible que está en el seno del Padre; a El es a quien adora en espíritu y en verdad". El Papa San Gregorio II respondió a San Germán con una carta que se conserva todavía, en la que le felicita por el valor con que había defendido la doctrina y la tradición católicas.

León el Isáurico hizo cuanto pudo por ganar para su causa al anciano

patriarca, hasta que, al ver que todos sus esfuerzos resultaban inútiles, obligó a renunciar a San Germán, el año 730. El santo se retiró entonces a la casa paterna, donde pasó el resto de su vida apegado a las reglas monacales y preparándose para la muerte. Fue a recibir el premio celestial cuando tenía ya más de noventa años. La mayor parte de sus escritos se han perdido. El más famoso de ellos es una defensa de San Gregorio de Nissa contra los origenistas. Baronio dice que los escritos de San Germán eran como un faro que iluminaba a toda la Iglesia.

A. Papadópulos Kerameus editó en 1881 una biografía medieval de San Germán, escrita en griego; pero se trata de un documento sin valor. Por ejemplo, el autor de esa biografía cuenta que el patriarca, huyendo de la ira de León el Isáurico, se refugió en un convento de religiosas en Cízico y que, con el hábito de las monjas parecía realmente una viejecita; ahora bien, esto es muy poco verosímil, teniendo en cuenta que todos los obispos de oriente se dejaban crecer la barba. La mejor fuente de información es la colección de cartas de la época y las actas de los concilios. En DTC., vol. VI (1920), cc. 1300-1309, hay un excelente artículo sobre San Germán, con una bibliografía muy abundante; ver también Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. V, pp. 48-51, y Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. III, pp. 599 ss.

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA (*c.* 1109 P.C.)

SANTO DOMINGO construyó un camino para los peregrinos de Santiago de Compostela, por lo que el pueblo le llamó Santo Domingo de la Calzada. Nació en Villoria, España, en el país vasco. De joven, intentó varias veces ingresar en la Orden de San Benito, pero los monjes no quisieron recibirle en ningún convento, por su apariencia insignificante y su absoluta ignorancia. Entonces, Domingo se retiró a vivir en una ermita que él mismo construyó, junto a la cual cultivaba un huerto. Cuando San Gregorio de Ostia fue a predicar en el norte de España, Domingo le acompañó a todas partes hasta su muerte. Después volvió a su ermita, no lejos de la cual estaba el bosque de Bureba, por donde pasaban los peregrinos para ir a Santiago de Compostela. Ese bosque era muy peligroso, no sólo porque carecía de caminos transitados, sino porque constituía un refugio ideal para los bandoleros. Santo Domingo construyó ahí su cabaña y su oratorio y se dedicó a abrir un camino entre los árboles. Al poco tiempo se establecieron ahí algunas familias, con cuya ayuda construyó Domingo un albergue y un puente. Ahí murió hacia el año 1109; su tumba, que él mismo había cavado, se hizo famosa por los milagros obrados en ella. En una época, la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, en la que se hallaba la tumba del santo, fue cabecera de la diócesis cuya sede se encuentra actualmente en Calahorra.

El relato de *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III, se basa principalmente en las lecciones del breviario y en la biografía que escribió Luis de la Vega en 1606. Ver también la *Enciclopedia Europeo-Americana*, vol. XVIII, p. 1846.

BEATO FRANCISCO PATRIZZI (1328 P.C.)

UNO DE los hombres ilustres de la Orden de los Servitas y, ciertamente que no el menor, fue el Beato Francisco Arrighetto. El beato descendía de la noble familia Patrizzi de Siena y, generalmente, se le conoce por su apellido. Francisco hubiese querido retirarse a la soledad a vivir como anacoreta, pero el deber

filial le obligó a quedarse con su madre, que era viuda y estaba ciega. A la muerte de ésta, tomó el hábito de la Orden de los Siervos de María de manos de San Felipe Benizi y pronto se convirtió en un predicador y misionero muy famoso. Su confesonario estaba siempre lleno. Su popularidad parece haber despertado cierta envidia entre sus hermanos. Afligido y perplejo por el conflicto al que daba lugar, Francisco invocó a la Santísima Virgen para que le ayudase a sortear aquel contratiempo y, súbitamente, quedó sordo. La enfermedad no duró mucho tiempo, pero hizo comprender al beato que Dios quería que le sirviese más con la lengua que con los oídos. Dotado de una extraordinaria capacidad para improvisar, Francisco se dedicó a predicar incansablemente. Practicaba toda clase de mortificaciones corporales, pero jamás iba demasiado lejos en el ayuno, pues sabía que necesitaba de todas las fuerzas que Dios le había dado para hacer el bien. El beato predijo que su muerte tendría lugar el día de la Ascensión en 1328. Ese día salió a predicar, como se lo habían pedido, pero murió en el camino. El biógrafo del beato cuenta, muy por menudo, su conmovedora muerte. Francisco Patrizzi vivió siempre en Siena, donde se le venera todavía. Su culto fue aprobado en 1743.

Todo lo que sabemos sobre el Beato Francisco se halla en la biografía publicada en *Analecta Bollandiana*, vol. XIV (1895), pp. 167-197, por el P. Soulier, O.S.M. El autor de dicha biografía es el P. Cristóbal de Palma, contemporáneo del beato.

BEATA GEMA DE SOLMONA, VIRGEN (1429 P.C.)

SOLMONA DE los Abruzos, donde nació Ovidio, fue cuna también de la Beata Gema, tan diferente del poeta. La santa reclusa vivió y murió en su ciudad natal, donde se veneran todavía sus reliquias en la iglesia de San Juan. Los padres de Gema, que eran campesinos, fomentaron la precoz piedad de la niña a la que encargaron de cuidar los ovejas. En esa tranquila ocupación, Gema pudo consagrarse libremente a la oración y a la contemplación. Según cuenta la tradición, cuando Gema tenía doce años, un conde de la localidad, llamado Roberto, se prendó de ella y envió a sus servidores a raptarla; pero Dios puso tal sabiduría en las palabras con que la niña respondió a los requerimientos de Roberto, que éste se arrepintió de su fechoría y le construyó una ermita. No sabemos qué fundamento histórico tiene esta leyenda; pero lo cierto es que Gema vivió santamente durante cuarenta y dos años en una celda contigua a la iglesia. El culto que sus compatriotas le habían tributado sin cesar, desde el día de su muerte fue aprobado en 1890.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III, hay un corto artículo sobre la beata. El decreto de aprobación del culto, que equivale a la beatificación, se halla en *Acta Sanctae Sedis*, vol. XXIII (1890), p. 48. B. Silvestri publicó una pequeña biografía de Gema (Prato, 1896).

BEATA JUANA DE PORTUGAL, VIRGEN (1490 P.C.)

LA BEATA Juana de Portugal era hija del rey Alfonso V. La salud delicada de su hermano, nacido tres años después de ella, y la muerte prematura de su madre, Isabel de Coimbra, hacían de la joven princesa la probable heredera al trono de Portugal. Naturalmente, recibió una educación acorde con el alto cargo que tal vez iba a ocupar un día. Sin embargo, desde niña, la princesa no encon-

traba ningún placer en las delicias del mundo y sólo se preocupaba del servicio de Dios. Apenas dos o tres damas de su séquito sabían que Juana vestía una camisa de pelo, se disciplinaba y pasaba varias horas de la noche en oración. Cuando Juana tenía dieciséis años, supo que su padre proyectaba su matrimonio; inmediatamente le pidió permiso de entrar en religión, pero recibió una rotunda negativa. Sin embargo, el rey Alfonso desistió de sus planes de casarla por el momento y le permitió llevar en palacio una vida retirada.

En 1471, el rey Alfonso y el príncipe Juan emprendieron una expedición contra los moros. Juana, que no tenía más que diecinueve años, se quedó de regente del reino. La campaña tuvo éxito, y la princesa aprovechó las fiestas que se celebraron con ese motivo para pedir nuevamente permiso de entrar en el convento. Su padre se lo concedió, con la condición de que el príncipe Juan aceptase; éste se negó durante algún tiempo, pero en cuanto Juana se sintió segura, empezó a prepararse para abandonar la corte. Así pues, distribuyó sus propiedades personales y partió al convento de las bernardinas de Ordivellas a esperar el permiso de entrar en el convento dominicano de Aveiro. Finalmente, el 4 de agosto de 1472, ingresó en él, pero su familia no le permitió hacer los votos ni renunciar definitivamente a sus posesiones. Sin embargo, la princesa hizo todo lo posible por llevar la vida de una simple religiosa, reservando para sí las más humildes tareas. Consagró todas sus rentas a la caridad, especialmente al rescate de cautivos. Sus parientes interrumpieron, en más de una ocasión, la paz del convento, pues no se resignaban a ver a la princesa rehusar cuantos matrimonios le proponían. Según se dice, entre los pretendientes de la princesa Juana se contaban el rey de romanos, Maximiliano, y Ricardo III de Inglaterra. Además, los parientes de la princesa se preocuparon realmente por su salud y, durante una epidemia de fiebre, insistieron que saliera de Aveiro, cuyo clima no había sido nunca muy saludable. La princesa murió a los treinta y ocho años, a resultas de una fiebre que había contraído bebiendo el agua, contaminada o envenenada, que le había dado una mujer de posición. Esa mujer, a quien la beata había desterrado de Aveiro a causa de su vida escandalosa, aprovechó un viaje que la princesa hizo a la corte para perpetrar el asesinato. El culto de la beata fue aprobado en 1693.

La relación más auténtica de la vida de la Beata Juana es la que escribió Margarita Pinheira dama de su séquito. El original está en portugués, pero en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VII, hay una traducción latina. De Belloc publicó en francés una biografía de tipo popular, con algunos grabados (1897); M. C. de Ganay, *Les Bienheureuses Dominicaines* (1913), habla de la beata en las pp. 279-304. También hay una breve biografía en J. Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 122-126.

13: LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA EN FATIMA (1917 P.C.)

ERA EL año de 1916. La guerra se había extendido sobre Europa y, hacía apenas unos meses que Portugal se hallaba mezclado también en la lucha, cuando tres pequeños campesinos portugueses del interior se encontraron de pronto, en una de las colinas áridas que rodean a Fátima, con una figura resplandeciente que les dijo: "Soy el Angel de la Paz". Durante aquel mismo año, vieron otras dos veces la misma aparición. Los exhortó a "ofrecer constantes

plegarias y sacrificios". "Sobre todo, les dijo, aceptad y soportad con sumisión los sufrimientos que el Señor os envíe". Los pastores: Lucía de 9 años, Francisco de 8, y Jacinta de 6, guardaron silencio respecto a estas visiones. No sospechaban que eran como la preparación para un encuentro más importante. La presencia del ángel, aunque los llenaba de gozo, los dejaba azorados, llenos de confusión: "Me gusta mucho ver al Angel, comentó un día Francisco, pero lo malo es que, después no podemos hacer nada. Yo no puedo ni andar, no sé lo que me sucede".

El 13 de mayo de 1917, fue distinto el estado de ánimo que les produjo la aparición de una "Señora toda de blanco, más brillante que el sol", a cuya aparición habían precedido dos relámpagos, y que resplandecía en lo alto de un arbusto de la sierra. "¿De dónde viene Vuestra Merced?", preguntó Lucía. "Vengo del cielo". Les pidió en seguida que regresaran al mismo lugar durante seis meses seguidos, los días trece.

"¿Deséais ofreceros a Dios para soportar todo el sufrimiento que a El plazca enviaros, como un acto de reparación por los pecados con que El es ofendido y para pedir por la conversión de los pecadores?", inquirió la aparición posteriormente. "Sí queremos". Los niños quedaron llenos de una "paz y una alegría expansiva", cuando la Señora se alejó. "*Ai, que Senhora tao bonita*" repetía Jacinta. Lucía les recomendó a sus primos que no dijeran lo que habían visto; pero Jacinta, la más alegre y comunicativa de los tres, no pudo ocultar su alegría y lo contó a su madre. Cuando los rumores llegaron a casa de Lucía, la madre y los hermanos de ésta se mostraron totalmente escépticos. Pensaron que todo era un invento de los tres niños. Para el 15 de junio de 1917, los tres niños habían comprendido rápidamente el sentido redentor del sufrimiento. La Señora les había pedido sacrificios y ellos, durante ese mes, se dedicaron a buscarlos con empeñoso entusiasmo. La comida que recibían en sus casas para llevar al campo, la entregaban a los pobres y se contentaban después con raíces y frutas silvestres. El hambre, la sed, las burlas de los que no creían en la aparición, los ofrecían, como la Señora lo había pedido, por la conversión de los pecadores. Ese 13 de junio, mientras Fátima celebraba a San Antonio, el patrono de su iglesia, unas 50 personas se reunieron alrededor de los niños en Cova da Iría a esperar la llegada de la Señora. Al mediodía, dijo Lucía con voz fuerte: "Jacinta, allá viene nuestra Señora. Ahí está la luz". A los asistentes les pareció oír "como una voz muy apagada", pero nada pudieron entender. La Señora dijo que Jacinta y Francisco irían pronto al cielo, que Lucía permanecería más tiempo aquí abajo para ayudar a establecer la devoción al Corazón de María. Como lo había hecho en la primera ocasión, al despedirse, la Señora abrió las manos, de ellas brotaron rayos de luz que rodearon a los niños. En esa luz "nos veíamos como sumergidos en Dios", escribió después Lucía.

Era el 13 de julio de 1917. Lucía estuvo a punto de no acudir a la cita. El padre Ferreira, párroco de Fátima, había aventurado la opinión de que se trataba, tal vez, de un engaño diabólico. Además, continuaba la oposición en casa de la niña. Pero, aquella mañana, sus primos lograron persuadirla y fue con ellos a la que sería una de las más largas conversaciones con la Señora. Les fue prometido que en octubre se realizaría un milagro para demostrar la verdad de las apariciones. Cuando la Señora extendió sus manos y los niños se sintieron rodeados del resplandor celestial, vieron abierta la tierra y dentro, "un mar de fuego ... los demonios y las almas como si fueran carbones al rojo

vivo..." La Señora les pidió la consagración de Rusia al Inmaculado Corazón de María y la Comunión de reparación, cinco primeros sábados en otros tantos meses. Añadió: "cuando recéis el Rosario, decid después de cada misterio: ¡Oh Jesús mío, perdónanos y líbranos del fuego del infierno! Atráe todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas". Al terminar, les comunicó un secreto que no ha sido revelado todavía. La multitud que los rodeaba sólo había visto descender una especie de nubecilla sobre la carrasca, el arbolillo de las apariciones, y escuchado un murmullo sordo, durante la visión.

Así llegó el 13 de agosto de 1917. La visión del infierno que les fue concedida a los niños había despertado en ellos un anhelo incontenible de oración y penitencia. El anticlerical administrador de Ourem, empeñado en combatir la fama creciente de las apariciones, les brindó una oportunidad de ofrecer padecimientos. Con engaños, los alejó de Fátima y logró impedir que asistieran a la cita del 13 de agosto. Viendo que los interrogatorios no daban resultado, los encerró en una celda común con los malhechores de la cárcel. Y, en un último esfuerzo dramático por atemorizarlos, afirmó que los haría hervir en aceite, uno por uno. Se llevaron a Jacinta, luego a Francisco y, cuando Lucía esperaba ser arrojada en un caldero, se encontró con sus primos, a quienes creía muertos. No habiendo obtenido ni una retractación, ni la confesión del secreto, el administrador acabó por soltarlos. Una muchedumbre numerosa había esperado inútilmente la aparición de aquel mes. Pero, los niños pudieron ver a la Señora, cuando se les apareció y renovó sus advertencias y peticiones.

Gran parte de la prensa de Portugal se había lanzado contra las apariciones, antes del 13 de septiembre de 1917, sin embargo, para esta ocasión se reunió una muchedumbre mucho mayor, con peregrinos venidos de todas las partes del país. Iba a ser la más breve de todas las apariciones. Apenas un momento de conversación: "...continuad rezando el Rosario..." insistió nuestra Señora.

El 13 de octubre de 1917: Nuestra Señora había dicho que en ese día se llevaría a cabo un milagro para demostrar la veracidad de las apariciones y los niños así lo habían anunciado. A pesar del frío y de la lluvia, que desde la tarde anterior comenzó a caer, a través de los caminos enlodados de la sierra llegaron más y más peregrinos hasta aquel rincón casi incomunicado del resto de Portugal. Aproximadamente 70,000 personas habían venido a presenciar el milagro de Fátima.

Los familiares y vecinos de Lucía estaban atemorizados. Si el milagro no se verificaba, ¿cómo iba a reaccionar aquella multitud defraudada? Al mediodía, después de una espera tensa por parte de la multitud arrodillada bajo la lluvia, la Señora se presentó ante los niños: "Quiero decirte que construyan aquí, en mi honor, una capilla. Soy la Virgen del Rosario. Que continúen rezando el rosario todos los días..." La multitud no vio a la Señora, pero asistió a un espectáculo sobrecogedor: oyó a Lucía gritar: "mirad el sol". Las nubes se abrieron de pronto y apareció el sol como un gran disco de plata al que, aunque brillante como cualquier sol, se podía mirar directamente sin cerrar los ojos y con una satisfacción única y deliciosa. Esto sólo duró un momento. Mientras lo contemplaban, la gigantesca bola comenzó a "danzar": esta fue la palabra que todos los observadores aplicaron al fenómeno. Giró rápidamente. Se detuvo. Volvió a girar con más fuerza. Como un prisma gigantesco cubrió el cielo y la tierra con franjas de colores. "Girando locamente bajo esta apariencia, por tres veces, la ígnea esfera pareció temblar, estremecerse y después arrojarse precipi-

tadamente en zigzag hacia la multitud". Cuando todo terminó, la muchedumbre estaba conmovida y convencida por completo de la verdad de las apariciones.

Antes de que pasaran tres años, Francisco y Jacinta habían muerto ya, como se los había dicho la Señora y ellos lo habían dado a conocer. Lucía es religiosa con las Hermanas de Santa Dorotea desde 1925.

La carrasca, el humilde arbolillo de la sierra sobre el que Nuestra Señora se mostró, ha desaparecido: los fieles lo cortaron, rama a rama, para llevarlas como reliquia. En su lugar, en la tierra reseca de la colina, ha brotado una basílica enorme a la "Señora Blanca" que vino a este rincón portugués a pedir oraciones y sacrificios para la conversión de los pecadores, a la Señora que insistió una y otra vez en el rezo del Rosario y pidió que consagraran a su Corazón Inmaculado a esa potencia misteriosa que en 1917 apenas surgía: Rusia.

Un libro que ofrece una narración completa, interesante de estas apariciones, es el de William Thomas Walsh: *Nuestra Señora de Fátima.* Compendia las principales obras, anteriores a 1946: *Jacinta: episodios ineditos das aparições de Nossa Senhora,* del P. José Galamba de Oliveira; *Le Meraviglie di Fatima,* del P. Luis Gonzaga Aires da Fonseca S.J.; *Era una Senhora mais brilhante que o Sol,* del P. J. Joaõ de Marchi, IMC.

SAN ROBERTO BELARMINO, ARZOBISPO DE CAPUA Y CARDENAL, DOCTOR DE LA IGLESIA (1621 P.C.)

UNO DE los más grandes controversistas de todos los tiempos y el más distinguido de los defensores de la Iglesia contra la Reforma protestante, fue Roberto Francisco Rómulo Belarmino, cuya fiesta se celebra en este día. Roberto nació en 1542 en la ciudad de Montepulciano, en Toscana. Era miembro de una noble familia venida a menos. Sus padres eran Vicente Belarmino y Cintia Cervi, hermana del Papa Marcelo II. Desde niño, Roberto dio muestras de una inteligencia superior; conocía a Virgilio de memoria, escribía buenos versos latinos, tocaba el violín y así, pronto empezó a desempeñar un brillante papel en las disputas públicas, con gran admiración de sus conciudadanos. Su devoción no cedía a su inteligencia; cuando tenía diecisiete años, el rector del colegio de los jesuítas de Montepulciano escribió sobre él en una carta: "Es el mejor de nuestros alumnos y no está lejos del Reino de los Cielos". Roberto quería ingresar en la Compañía de Jesús, pero su padre, que tenía otros planes sobre él, se oponía firmemente; sin embargo, con la ayuda de su madre, el joven consiguió al fin el deseado permiso. En 1560, se presentó Roberto en Roma ante el general de los jesuítas, quien le redujo mucho el tiempo de noviciado y le destinó casi inmediatamente a proseguir los estudios en el Colegio Romano.

Roberto tuvo que luchar toda la vida contra la mala salud. Al fin de los tres años de filosofía estaba tan débil, que los superiores le enviaron a tomar los aires natales; el joven religioso aprovechó su estancia en Toscana para instruir a los niños y dar conferencias de retórica y poética latinas. Un año más tarde, fue trasladado a Mondovi del Piamonte y destinado a dar cursos sobre Cicerón y Demóstenes. Roberto no conocía del griego más que el alfabeto, pero, con su obediencia y energía características, preparaba por la noche la lección de gramática griega que debía impartir al día siguiente. El futuro cardenal se oponía al castigo corporal de los alumnos y jamás lo empleó. Además de ejercer el magisterio, predicaba con frecuencia y el pueblo acudía en masa a sus sermones. Su provincial, el P. Adorno, que le oyó predicar un día, le envió inmediatamente

a la Universidad de Padua para que recibiese cuanto antes la ordenación sacerdotal. Roberto se entregó ahí nuevamente a la predicación y al estudio; pero al poco tiempo, el padre general, San Francisco de Borja, le envió a Lovaina a proseguir sus estudios y a predicar en la Universidad, para contrarrestar las peligrosas doctrinas que esparcía el canciller Miguel Bayo y otros. En el viaje a Bélgica tuvo por compañero al inglés Guillermo Allen, que sería también, un día, cardenal. Belarmino pasó siete años en Lovaina. Sus sermones fueron extraordinariamente populares desde el primer día, a pesar de que predicaba en latín y era de tan corta estatura, que subía en un banquillo para sobresalir en el púlpito a fin de que el auditorio pudiese verle y oírle. Pero sus oyentes decían que su rostro brillaba de una manera extraordinaria y que sus palabras eran inspiradas.

Después de recibir la ordenación sacerdotal, en Gante, en 1570, ocupó una cátedra en la Universidad de Lovaina. Fue el primer jesuíta a quien se confirió ese honor. Sus cursos sobre la "Summa" de Santo Tomás, en los que exponía brillantemente la doctrina del santo Doctor, le proporcionaban la ocasión de refutar las doctrinas de Bayo sobre la gracia, la libertad y la autoridad pontificia. Pero jamás cedió a la brutalidad de las controversias de la época, pues ni atacaba personalmente a sus adversarios, ni mencionaba sus nombres. No obstante el trabajo abrumador que tenía con sus sermones y clases, San Roberto encontró todavía tiempo en Lovaina para aprender solo el hebreo y estudiar a fondo la Sagrada Escritura y los escritos de los Santos Padres. La gramática hebrea que escribió entonces para ayuda de los estudiantes llegó a ser muy popular.

Como su salud empezara a flaquear, los superiores le llamaron nuevamente a Italia. San Carlos Borromeo trató de que le destinasen a Milán, pero fue nombrado para ocupar la nueva cátedra de teología apologética en el Colegio Romano. Durante nueve años, a partir de 1576, trabajó incansablemente en esa cátedra y en la preparación de los cuatro enormes volúmenes de sus "Discusiones sobre los puntos controvertidos". Tres siglos más tarde, el competente historiador Hefele calificaba esa obra como "la más completa defensa del catolicismo que se ha publicado hasta nuestros días". San Roberto conocía tan a fondo la Biblia, los Santos Padres y los escritos de los herejes, que muchos de sus adversarios no podían creer que sus "Controversias" fuesen la obra de un solo escritor y sostenían que su nombre era el anagrama de un conjunto de sabios e hipócritas jesuítas. Las "Controversias" de San Roberto aparecieron en el momento más oportuno, pues los principales reformadores acababan de publicar una serie de volúmenes en los que se proponían demostrar que, desde el punto de vista histórico, el protestantismo era el verdadero representante de la Iglesia de los Apóstoles. Como esos volúmenes habían sido publicados en Magdeburgo y cada tomo correspondía a un siglo, la colección recibió el nombre de "los siglos o las centurias de Magdeburgo". Baronio refutó dicha obra desde el punto de vista histórico, y Belarmino desde el dogmático. El éxito de las "Controversias" fue instantáneo: clérigos y laicos, católicos y protestantes leyeron ávidamente los volúmenes. En Londres, donde la obra fue prohibida, un librero declaró: "Este jesuíta me ha hecho ganar más dinero que todos los otros teólogos juntos".

En 1589, San Roberto tuvo que interrumpir algún tiempo sus estudios para acompañar al cardenal Cayetano en una embajada diplomática a Fran-

cia, desgarrada entonces por la guerra entre Enrique de Navarra y la Liga. La embajada no produjo ningún resultado; pero sus miembros vivieron la experiencia de ocho meses de sitio en París, donde, según San Roberto Belarmino, "no hicieron nada pero sufrieron mucho". Al contrario del cardenal Cayetano, quien favorecía a los españoles, San Roberto apoyaba abiertamente la idea de pactar con Enrique de Navarra, con tal de que se convirtiese al catolicismo; pero el Papa Sixto V murió por entonces, poco después del fin del sitio, y los embajadores fueron llamados de nuevo a Roma. Algo más tarde, San Roberto dirigió una comisión a la que el Papa Clemente VIII había encargado de preparar la publicación de una edición revisada de la Vulgata, según la consigna del Concilio de Trento. Ya en la época de Sixto V se había preparado una edición, bajo la supervisión del Pontífice; pero la falta de conocimientos de los exegetas y el temor de modificar demasiado el texto corriente, la habían convertido en un trabajo inútil, de circulación muy reducida. La nueva versión, que recibió el "imprimatur" de Clemente VIII, precedida de un prefacio de San Roberto Belarmino, es el texto latino que se usa actualmente. San Roberto vivía entonces en el Colegio Romano. Como director espiritual de la casa, había estado en estrecho contacto con San Luis Gonzaga, a quien atendió en su lecho de muerte. El futuro cardenal profesaba tanto cariño al santo joven, que pidió ser enterrado a sus pies, "pues fue en una época mi hijo espiritual".

Por entonces empezó para San Roberto la carrera de los honores. En 1592, fue nombrado rector del Colegio Romano y, en 1594, provincial de Nápoles. Tres años más tarde, volvió a Roma a trabajar como teólogo de Clemente VIII. Por expreso deseo del Pontífice, escribió sus dos célebres catecismos, uno de los cuales se usa todavía en Italia. Se dice que esos catecismos han sido los libros más traducidos, después de la Biblia y la "Imitación de Cristo". En 1598, muy contra su voluntad, Belarmino fue elevado al cardenalato por Clemente VIII, "en premio de su ciencia inigualable". Aunque esto le obligó a vivir en el Vaticano y a tener cierto número de criados, el santo no abandonó por ello su austeridad acostumbrada y limitó su servidumbre y los gastos de su casa a lo estrictamente esencial. Se alimentaba, como los pobres, de pan y ajo y ni siquiera en invierno había fuego en su casa. En cierta ocasión pagó el rescate de un soldado que había desertado y regalaba a los pobres los tapices de sus departamentos, diciendo: "Las paredes no tienen frío".

En 1602, fue inesperadamente nombrado arzobispo de Capua. Cuatro días después de su consagración, partió de Roma a su sede. Aunque fue admirable en todo, tal vez donde más se distinguía era en el ejercicio de las funciones pastorales en su inmensa diócesis. Haciendo a un lado los libros, aquel hombre de estudios, que no tenía ninguna experiencia pastoral, se dedicó a evangelizar a su pueblo con el celo de un joven misionero y a aplicar las reformas decretadas por el Concilio de Trento. Predicaba continuamente, visitaba su diócesis, exhortaba al clero, instruía a los niños, socorría a los necesitados y se ganó el cariño de todos sus hijos. Sin embargo, no iba a permanecer mucho tiempo fuera de Roma. Inmediatamente después de su elección, que tuvo lugar tres años después, Paulo V insistió en que volviese a la Ciudad Eterna, y San Roberto renunció a su diócesis. A partir de entonces, como encargado de la Biblioteca Vaticana y como miembro de casi todas las congregaciones, desempeñó un

papel muy importante en todos los asuntos de la Santa Sede. Cuando Venecia abrogó arbitrariamente los derechos de la Iglesia y fue castigada con el entredicho, San Roberto fue el gran paladín pontificio en la discusión con el famoso servita veneciano, fray Pablo Sarpi. Otro adversario todavía más importante fue Jaime I de Inglaterra. El cardenal Belarmino había reprendido a su amigo, el arcipreste Blackwell, por haber prestado el juramento de fidelidad a dicho monarca, ya que en él se negaban los derechos temporales del Papa. El rey Jaime, que se consideraba como un controversista, intervino en la contienda con dos libros en defensa del juramento, a los que respondió el cardenal Belarmino. En su primera respuesta, San Roberto empleó el tono ligeramente humorístico que manejaba tan bien y se burló un poco del mal latín del monarca. En cambio, en el segundo tratado respondió en forma seria y aplastante a cada una de las objeciones de su adversario. Aunque defendió abierta y lealmente la supremacía pontífica en lo espiritual, las opiniones de Belarmino sobre la autoridad temporal no agradaban a los extremistas de ninguno de los dos campos. Como sostenía que la jurisdicción del Papa sobre los reyes era sólo indirecta, perdió el favor de Sixto V; y como sostuvo contra el jurista escocés *Barclay que la monarquía no era una institución de derecho divino, su libro De potestate Papae* fue quemado públicamente en el Parlamento de París.

El santo era amigo de Galileo Galilei, quien le dedicó uno de sus libros. En 1616, se le confió la misión de amonestar al gran astrónomo; pero en su amonestación, que Galileo tomó muy bien, se limitó a rogarle que propusiese simplemente como hipótesis las teorías que no estaban todavía probadas. Galileo habría ganado mucho si se hubiese atenido a ese consejo. Sería imposible mencionar aquí todas las actividades de San Roberto en sus últimos años. Siguió escribiendo hasta el fin, pero ya no obras de controversia; terminó un comentario de los Salmos y escribió cinco libros espirituales, el último de los cuales se titulaba "Arte de morir". Cuando su vida tocaba a su fin, San Roberto obtuvo permiso de retirarse al noviciado de San Andrés, donde murió a los setenta y siete años, el 17 de diciembre de 1621. Precisamente en esa fecha se celebraba la fiesta de los estigmas de San Francisco de Asís, que se había introducido a petición suya. San Roberto Belarmino fue canonizado en 1930 y declarado Doctor de la Iglesia en 1931.

Resulta casi inútil advertir que las fuentes sobre San Roberto Belarmino son demasiado numerosas para que podamos citarlas en detalle. Simplemente el hecho de que una escuela teológica, que no estaba de acuerdo con las opiniones de Belarmino, se haya opuesto a su beatificación y la haya retardado, multiplicó enormemente los documentos relacionados con el proceso. Además de estos documentos, prácticamente oficiales, y de las biografías del siglo XVII, como las de Fugliatti (1624) y Daniel Bartoli (1678), mencionaremos la breve autobiografía que escribió San Roberto en 1613 y la instancia del P. Mucio Vitelleschi. Este último documento se halla en la obra del P. Le Bachelet, *Bellarmin avant son Cardinalat* (1911), a la que el autor añadió una colección de documentos, titulada *Auctarium Bellarminianum* (1913). En inglés, la obra del P. James Brodrick, *Life of Robert Bellarmine* (2 vols., 1928), es tan agradable como minuciosa. La Sagrada Congregación de Ritos publicó un imponente volumen titulado *De S. Roberto Bellarmino Univ. Eccl. Doctore* (1913), en el que da los motivos por los que Belarmino fue nombrado Doctor de la Iglesia; en las pp. 21-32 hay una biografía muy completa del santo.

SANTA GLICERIA, VIRGEN Y MÁRTIR (*c.* 177 P.C.)

LAS "ACTAS" griegas, único documento que poseemos sobre esta santa son desgraciadamente muy poco fidedignas. Lo único que podemos afirmar es que Santa Gliceria, fue una virgen cristiana que sufrió el martirio en Heraclea, en la Propóntide, a fines del siglo II. La leyenda presenta los rasgos característicos de ese tipo de fábulas. Según ella, Gliceria era hija de un senador romano que vivía en Trajanópolis de Tracia. La santa confesó abiertamente la fe ante el prefecto Sabino, quien ordenó a los soldados que la llevasen a ofrecer sacrificios en el templo de Júpiter. En vez de obedecer, Gliceria derribó la estatua de oro del dios y la hizo pedazos. Los verdugos la colgaron por los cabellos y la azotaron con varillas de acero, pero no consiguieron hacerle daño alguno. Entonces la encarcelaron y la privaron de todo alimento, pero un ángel le llevaba diariamente la comida. La santa fue arrojada en un horno, pero las llamas se apagaron al punto. Finalmente, los verdugos le arrancaron los cabellos y la echaron a las fieras, pero Gliceria murió antes de que éstas la tocasen. En Heraclea se erigió una espléndida iglesia en su honor.

En *Origines du Culte des Martyrs* (pp. 244-245), Delehaye hace notar que está perfectamente probado que en Heraclea se tributaba culto a la santa desde muy antiguo. El emperador Mauricio visitó su santuario en 591 y Heraclio en 610; además, las actas de los cuarenta Mártires de Heraclea, afirman que el sepulcro de Santa Gliceria era un centro de devoción. Sin embargo, como lo dijimos arriba,, las actas griegas, que se hallan en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III, son una simple novela piadosa. Cf. *Byzantinische Zeitschrift*, vol. VI, (1897), pp. 96-99.

SAN MUCIO, MÁRTIR (304 P.C.)

SAN MUCIO era un sacerdote cristiano que fue martirizado en Constantinopla durante la persecución de Diocleciano. Su culto data de muy antiguo. Esto es prácticamente todo lo que sabemos con certeza sobre él, pues sus "actas" son indudablemente espurias. En ellas se lee que San Mucio era un elocuente predicador en Anfípolis de Macedonia. Durante las fiestas de Baco, San Mucio destrozó el altar del dios y derribó por tierra los ex-votos. La muchedumbre le habría asesinado ahí mismo, si el procónsul no le hubiese arrestado. El tribunal le condenó a ser quemado vivo, pero el santo salió ileso de las llamas, junto con tres desconocidos, en tanto que el prefecto y los asistentes perecieron quemados. Entonces, el mártir fue enviado a Heraclea, donde sufrió la tortura de la rueda; después fue arrojado a las fieras, pero éstas no le hicieron daño alguno. Finalmente fue decapitado en Constantinopla.

Delehaye habla detenidamente de San Mucio en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 163-187 y 225-232. Primero presenta el mejor texto de las *actas* y el panegírico de un tal Miguel; después pasa a demostrar que el carácter claramente novelístico de las actas no es una prueba contra la existencia histórica del mártir. Indudablemente existió en Constantinopla, a fines del siglo IV, una iglesia dedicada a San Mucio, construida tal vez por el emperador Constantino. Además, es prácticamente cierto que el antiguo martirologio sirio, de la misma época, menciona al santo, aunque su nombre está transformado en el de "Máximo", no sabemos por qué. También el *Hieronymianum* hace mención de San Mucio.

SAN SERVACIO, Obispo de Tongres (384 p.c.)

San Servacio había nacido probablemente en Armenia. Durante el destierro de San Atanasio, le ofreció hospedaje a éste y defendió la causa del gran patriarca en el Concilio de Sárdica. Después del asesinato de Constante, el usurpador Majencio envió a San Servacio y a otro obispo a Alejandría para defender su causa ante el emperador Constancio. La embajada no tuvo éxito, pero San Servacio tuvo ocasión de volver a ver en Egipto a San Atanasio. El año 359, San Servacio asistió al Concilio de Rímini, donde se opuso valientemente a la mayoría arriana, junto con San Febadio, obispo de Agen; sin embargo, ambos santos se dejaron engañar por la fórmula que se firmó ahí, hasta que los ilustró San Hilario de Poitiers.

San Gregorio de Tours cuenta que San Servacio predijo la invasión de los hunos a las Galias y que, con el ayuno, la oración y una peregrinación a Roma, trató de evitar esa catástrofe. El santo emprendió la peregrinación a Roma en espíritu de penitencia para encomendar su grey a los dos grandes Apóstoles. Casi inmediatamente después de su regreso a Tongres, contrajo la peste y murió. Algunos autores sostienen que murió en Maestricht. En ese mismo año, la ciudad de Tongres fue saqueada; pero la profecía de San Servacio se cumplió plenamente setenta años más tarde, cuando Atila y los hunos invadieron y asolaron toda la región.

En los Países Bajos se profesaba gran devoción a San Servacio en la Edad Media, y las leyendas sobre él se multiplicaron. Las reliquias del santo se conservan en Maestricht, en un hermoso relicario antiguo; también se conservan su báculo, la copa en que acostumbraba beber, y su llave de plata. Según la tradición, el mismo San Pedro le dio esa llave en Roma, durante una visión; pero en realidad se trata de una de las *Claves Confessionis S. Petri* que los Papas solían regalar a algunos personajes distinguidos, fundidas con un poco del acero de las cadenas de San Pedro. Otra tradición cuenta que la copa había sido regalada a San Servacio por un ángel y que tenía la propiedad de curar la fiebre.

Las *actas* de San Servacio son, en realidad, obra de Herigero, abad de Lobbes (siglo X); se hallan reproducidas, en parte, en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. Recientemente se han descubierto algunos textos más antiguos; pueden verse en *Analecta Bollandiana*, vol. I (1882), pp. 88-112, y en G. Kurth, *Deux biographies de St Servais* (1881). Véase también G. Kurth, *Nouvelles recherches sur St Servais* (1884); A. Proost, *Saint Servais* (1891); F. Wilhelm, (1910); G. Gorris (1923); Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 188; y *Anallecta Bollandiana*, vol. lv (1937), pp. 117-120. El culto de San Servacio fue muy popular y la literatura sobre él es considerable. Sobre las llaves de San Pedro, cf. DAC., vol. III, c. 1861.

SAN JUAN EL SILENCIOSO (558 p.c.)

San Juan fue apodado "el silencioso" por su gran amor al silencio y el recogimiento.* Nació al año 454, en Nicópolis de Armenia, de una familia en la que se contaban varios generales y gobernadores de aquella parte del imperio.

* Por lo menos desde mediados del siglo VII, el nombre de "Silencioso" designaba en el oriente a quienes practicaban una forma particular de espiritualidad. A veces se llama a San Juan "el sabaíta".

Después de la muerte de sus padres, Juan, que no tenía más que dieciocho años, construyó un monasterio para él y otros diez compañeros. Bajo la dirección del joven superior, la pequeña comunidad vivía entregada a la devoción y al trabajo. Pronto adquirió San Juan gran fama de santidad y prudencia en el gobierno. Debido a ello, el arzobispo de Sebaste le consagró obispo de Colonia, en Armenia, a los veintiocho años de edad, muy contra la voluntad del joven. San Juan desempeñó durante nueve años las funciones episcopales; instruyó celosamente a su grey, se privó aun de lo más necesario para socorrer a los pobres y conservó, en cuanto pudo, el severo régimen de vida del monasterio. Pero, incapaz de poner remedio a ciertos abusos y sintiéndose llamado al retiro, el santo decidió finalmente abandonar su sede. En vez de volver a Armenia, se dirigió secretamente a Jerusalén, sin saber a ciencia cierta lo que iba a hacer ahí.

Según cuenta su biógrafo, una noche en que San Juan se hallaba en oración, vio una cruz muy brillante en el aire y oyó una voz que le decía: "Si quieres salvarte, sigue esta luz." Guiado por la cruz, San Juan llegó a la "laura" o monasterio de San Sabas. Convencido de que tal era la voluntad de Dios, el santo ingresó al punto en el monasterio, que contaba con más de ciento cincuenta monjes. Tenía entonces treinta y ocho años. San Sabas le puso al principio bajo las órdenes del maestro de obras para que acarrease agua y piedra y ayudase a los obreros en la construcción de un hospital. San Juan iba y venía como una bestia de carga, totalmente concentrado en Dios, siempre alegre y silencioso. Después de esta prueba, el experto superior le nombró encargado de los huéspedes, a los que el santo servía como si se tratase del mismo Cristo. Al ver que su novicio avanzaba rápidamente en el camino de la perfección, San Sabas le permitió retirarse a una ermita para que pudiese entregarse del todo a la contemplación. Los cinco primeros días de la semana, el santo, ayunaba en su celda; pero los sábados y domingos, asistía a los oficios en la iglesia. Al cabo de tres años de vida eremítica, San Juan fue nombrado supervisor de la "laura". A pesar de los numerosos asuntos en que se ocupaba por su cargo, su gran amor a Dios le permitía vivir con el pensamiento fijo en El, continuamente y sin esfuerzo.

Cuatro años más tarde, San Sabas juzgó a San Juan digno del sacerdocio y decidió presentarle al patriarca Elías. Al llegar a la iglesia del Monte Calvario, donde la ordenación iba a tener lugar, Juan dijo al patriarca: "Santo Padre, tengo que deciros algo en privado; si después de oírme me juzgáis apto para el sacerdocio, recibiré las sagradas órdenes." El patriarca le concedió una entrevista a solas. San Juan, después de obligarle al más estricto secreto, le dijo: "Padre, yo soy obispo; pero, por mis muchos pecados, tuve que venir a refugiarme en este desierto a esperar la venida del Señor." Elías quedó sumamente sorprendido y se comunicó con San Sabas para decirle: "No puedo ordenar a este hombre, por lo que me ha comunicado en secreto." San Sabas volvió al monasterio muy preocupado, pues temía que Juan hubiese cometido un crimen horrible; pero, en respuesta a sus oraciones, Dios le reveló la verdad y le obligó a no comunicarla a nadie.

El año 503, algunos monjes rebeldes obligaron a San Sabas a abandonar la "laura". Entonces, San Juan se retiró, durante seis años, a un desierto vecino y volvió a la "laura" al mismo tiempo que San Sabas. Vivió todavía cuarenta años en su celda. La experiencia le había mostrado que las almas

acostumbradas a hablar con Dios no encuentran más que amargura y vacío en el trato con los hombres. Además, su humildad y su deseo de vivir olvidado de todos le impulsaban, más que nunca, a la soledad. Pero la fama de su santidad atraía constantemente a los visitantes y, el santo comprendió que no debía negarse a quienes necesitaban de sus consejos. Entre éstos se contaba a Cirilo de Escitópolis, quien escribió su biografía cuando el santo tenía ya ciento cuatro años; según Cirilo, San Juan conservaba todavía la lucidez que le había caracterizado toda su vida. El mismo biógrafo relata que, de joven, había ido a consultar al santo ermitaño acerca de su vocación. San Juan le aconsejó que entrase en el monasterio de San Eutimio. En lugar de obedecer, Cirilo ingresó en un monasterio de la ribera del Jordán, donde contrajo una fiebre que le puso a las puertas del sepulcro. Pero San Juan se le apareció en sueños, le reprendió bondadosamente y le dijo que en el monasterio de San Eutimio recobraría la salud y el favor de Dios. A la mañana siguiente, Cirilo partió al monasterio de San Eutimio, completamente restablecido. El mismo autor cuenta que, en su presencia, San Juan arrojó el mal espíritu que se había apoderado de un niño, con sólo trazar con aceite, una cruz sobre su frente. Con su ejemplo y sus consejos, San Juan convirtió muchas almas a Dios. Su vida en la ermita fue una imitación perfecta —en cuanto eso sea posible para la naturaleza humana— de la de los gloriosos espíritus que, en el cielo, aman y alaban constantemente a Dios. Con ellos fue a reunirse el santo el año 558, después de pasar setenta y seis años en una soledad sólo interrumpida por los nueve años de episcopado.

Cirilo de Escitópolis, en cuya obra se basa todo lo que sabemos sobre San Juan, ingresó probablemente en el monasterio de San Eutimio el año 544, y pasó a la "laura" de Jerusalén en 554. Como todos sus contemporáneos, Cirilo era muy crédulo y tenía un gusto exagerado por lo maravilloso; pero narró fielmente lo que él consideraba como la verdad. La biografía que escribió puede leerse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. Véase también Erhard, *Römische Quartalschrift*, vol. III (1893), pp. 32 ss.; y el texto de Cirilo en E. Schwartz, *Kyrillos von Skythhopolis* (1939).

SAN EUTIMIO, Abad (1028 p.c.)

Eutimio era hijo de San Juan el Ibérico, de quien se hace mención el 12 de julio. En su artículo se dice que Eutimio acompañó a su padre a su retiro del Monte Athos y le ayudó a fundar el famoso monasterio de Ivirón para los monjes de Iberia (Georgia).* En 1002, a la muerte de su padre, Eutimio le sucedió en el cargo de abad.

Bajo su gobierno, el monasterio prosperó mucho. Los monjes venían no sólo de Iberia, sino también de Palestina y Armenia. El santo tuvo que expulsar a muchos jóvenes ricos que consideraban la vida religiosa como una forma elegante de retirarse del mundo y dedicarse al reposo. Hacia el año 1040, el monje Jorge el Hagiorita escribió las biografías de San Eutimio y su padre; aunque una buena parte de la obra es una simple colección de alabanzas y lugares comunes, alcanza a destacarse suficientemente la figura de San Eutimio. Era éste un superior firme pero no severo, que dirigía a sus súbditos más

* En esa región, cerca de Tiflis, nació José Stalin, cuyo verdadero apellido era Yugashvili.

con el ejemplo que con la palabra y sabía la importancia que tienen los detalles. Jamás bebía vino, cosa extraordinaria para aquella época y aquella región vinícola; pero tenía el buen sentido de exigir que la ración de vino que se daba a sus monjes durante la comida fuese de buena calidad. Insistía también en que no se emplease a trabajadores demasiado jóvenes en las tierras del monasterio: "Sé muy bien que el salario de los hombres maduros es mayor; pero vale la pena gastar un poco más para no exponer a nuestros hermanos a ningún peligro."

El trabajo predilecto del santo era traducir los libros sagrados del griego al caucásico. Jorge el Hagiorita dice que tradujo más de sesenta libros, entre los que se contaban algunos comentarios bíblicos y diversos escritos de San Basilio, San Gregorio de Nissa, San Efrén y San Juan Damasceno, así como los "Institutos" de San Juan Casiano y los "Diálogos" de San Gregorio Magno. Del caucásico al griego tradujo una obra de particular interés para la hagiografía; nos referimos a la "Vida de los Santos Barlaam y Josafat". Esos santos no existieron nunca, pero, desgraciadamente, el cardenal Baronio introdujo sus nombres en el Martirologio Romano (27 de noviembre). Naturalmente, los trabajos que emprendió San Eutimio le dejaban poco tiempo para gobernar; así pués, al cabo de catorce años de superiorato, renunció a su cargo, con la idea de que el pueblo cristiano tenía necesidad de ciertos libros que sólo él podía traducir.

Por desgracia, bajo el superiorato de su sucesor se produjeron ciertos disturbios entre los monjes ibéricos y los griegos, por lo que el emperador Constantino VIII convocó a San Eutimio a Constantinopla para que le diese cuenta de la situación. Cuando se hallaba en dicha ciudad, el santo fue derribado por la mula que montaba y murió a resultas de la caída, el 13 de mayo de 1028. Su cuerpo fue trasladado al Monte Atos y sepultado en la iglesia de la Santísima Madre de Dios.

Sobre la bibliografía, véase nuestro artículo del 12 de julio acerca de San Juan el Ibérico. En *Irenikon*, vol. VI, n. 5 y vol. VII, nn. 1, 2 y 4 (1929-1930) hay una traducción francesa de la biografía escrita por Jorge el Hagiorita. El nombre de Hagiorita, que se da también algunas veces al padre de San Eutimio, se deriva de la expresión griega *Hagion Oros* (Monte Santo) y hace alusión al Monte Atos. Ivirón es, en la actualidad, un monasterio de la Iglesia ortodoxa, habitado por monjes griegos; los ibéricos salieron de ahí hace mucho tiempo.

SAN PEDRO REGALADO (1456 P.C.)

SAN PEDRO Regalado descendía de una noble familia que se había establecido en Valladolid, en España. El padre de Pedro murió cuando éste era todavía muy niño. A los trece años, Pedro consiguió, no sin cierta dificultad, el permiso de su madre para ingresar en el convento franciscano de Valladolid. Pronto se distinguió ahí por su fervor. Pedro Villacrecios inició una vigorosa reforma en la población de Aguilar de la diócesis de Osma y fundó un convento en Tríbulos, junto al Duero; nuestro santo consiguió ser admitido en dicho convento, el cual, según el testimonio de los contemporáneos, era tan estricto, que más parecía una prisión que un monasterio. San Pedro Regalado igualó a los más ilustres santos de su orden por la austeridad de sus penitencias, la asiduidad a la oración y la frecuencia de sus éxtasis. El santo vivía en la

más estrecha unión con Dios. A la muerte de Pedro Villacrecios, le sucedió en el gobierno de la rama reformada por éste. Murió en Aguilar, el 30 de marzo de 1456, a los sesenta y seis años de edad. El sobrenombre de Regalado o Reglado, recuerda el celo con que exigía la observancia de la regla.

En *Acta Sanctorum* hay una traducción latina de la biografía que escribió en español Antonio Daza (1627) y algunos extractos del proceso que iniciaron entonces los auditores de la Rota (marzo, vol. III). Existen varias biografías en español; la principal es la de J. Infantes (1854). Véase la bula de canonización de Benedicto XIV y las referencias que hace al santo el mismo Sumo Pontífice en su tratado *De Beatificatione etc. Sanctorum.* Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 150-159. Los Frailes Menores celebran actualmente la fiesta del santo el 30 de marzo.

SAN ANDRES HUBERTO FOURNET, COFUNDADOR DE LAS HIJAS DE LA CRUZ (1834 P.C.)

ENTRE LOS santos hay muchos que desde pequeños se sintieron inclinados a la forma de vida que abrazaron más tarde. Pero hay también algunos que en sus primeros años tenían verdadera aversión por la vocación a la que Dios los tenía destinados. A esta última categoría pertenece San Andrés Huberto Fournet. Nació el 6 de diciembre de 1752, en Maillé, cerca de Poitiers, en el seno de una familia acomodada. Tal vez la piadosa madre de Andrés alabó con cierta indiscreción la vocación sacerdotal, porque el niño acabó por detestar todas las prácticas religiosas; se negaba a rezar y a estudiar y, lo único que le interesaba era divertirse. En uno de los libros que tenía cuando era niño, escribió con una letra todavía vacilante: "Este libro pertenece a Andrés Huberto Fournet, que es un buen niño, pero no tiene ganas de ser sacerdote ni monje." Su pereza y frivolidad le crearon serias dificultades en la escuela; en una ocasión se escapó de ella, lo cual le valió un buen castigo. Más tarde, Andrés se trasladó a Poitiers, con el pretexto de estudiar filosofía y leyes, pero en realidad para divertirse a sus anchas. Ingresó en el ejército, pero fue expulsado. Su madre trató de conseguirle un puesto de secretario; pero escribía tan mal, que nadie quiso darle trabajo. Habiendo agotado todos sus recursos, los padres de Andrés le enviaron a casa de un tío suyo, que era sacerdote y trabajaba en una parroquia solitaria y muy pobre. Ahí esperaba a Andrés la gracia de Dios.

Su tío, que era un hombre muy espiritual, se ganó la confianza del joven e hizo brotar en él toda la bondad que se ocultaba bajo su aparente frivolidad. El cambio fue sorprendente. Andrés estudió teología, se ordenó sacerdote y fue destinado a ayudar a su tío en la parroquia. Más tarde, trabajó como vicario en un sitio muy difícil y, finalmente, fue nombrado párroco de Maillé, su pueblo natal, en 1781. Pronto se hizo querer de todos sus feligreses por su liberalidad con los pobres y su gran simpatía. Al principio, acostumbraba invitar a sus amigos a su mesa, que estaba muy bien provista; pero, después de oír las críticas de un mendigo, decidió vender los cubiertos de plata y todo lo que no era estrictamente indispensable. A partir de ese momento, empezó a vivir como un monje, en compañía de su madre, su hermana y un vicario. La sencillez de su vida se reflejaba en la sencillez de su predicación. El sacristán le dijo un día: "Su Reverencia predicaba antes con palabras que nadie entendía. Ahora entendemos todo lo que dice."

La Revolución Francesa puso fin a aquella vida apacible. San Andrés se rehusó a prestar el juramento que el gobierno exigía a los clérigos, y con ello quedó fuera de la ley. A salto de mata y con riesgo de su vida a cada instante, mantuvo la atención por su grey, unas veces en medio del bosque y otras en alguna granja solitaria. A fines de 1792, obedeciendo a las órdenes de su obispo, se fue a España; pero cinco años más tarde, comprendió que no podía abandonar a sus fieles indefinidamente. Así pues, se puso en camino y una noche entró secretamente en Maillé. Pronto se divulgó por todo el pueblo la noticia de su vuelta, y los fieles empezaron a acudir a él. El peligro era mayor que nunca; los perseguidores le buscaban desesperadamente y, en varias ocasiones, estuvo a punto de ser capturado. Una vez se presentaron los corchetes cuando el santo se calentaba junto al fuego en una cabaña. La dueña de la casa no perdió la cabeza: plantó al santo un bofetada en plena cara, como si se tratase de un criado tonto y perezoso, le ordenó que cediera su puesto a los gendarmes y fuese inmediatamente a cuidar el ganado. La estratagema tuvo éxito. Cuando San Andrés refería la aventura, solía decir: "¡Qué mano tan pesada tenía la buena señora! Me hizo ver las estrellas . . ."

Con Napoleón Bonaparte mejoraron las cosas, pues el primer cónsul cayó pronto en la cuenta de que le convenía hacer la paz con la Iglesia. El P. Fournet volvió a su parroquia y se dedicó a reavivar la fe de sus feligreses. predicó numerosas misiones y confesó incansablemente. En todos sus esfuerzos le secundaba Santa Isabel Bichier des Ages, quien, bajo la dirección de San Andrés, había fundado una congregación de religiosas que se dedicaba a instruir a los niños y a cuidar a los enfermos y a los pobres. San Andrés se encargaba de la dirección espiritual de las religiosas y redactó las reglas de la congregación. El nombre oficial era el de Hijas de la Cruz, pero la fundadora llamaba a su religiosas "Hermanas de San Andrés."

A los sesenta y ocho años de edad, la fatiga y la debilidad obligaron al santo a renunciar al oficio de párroco y a retirarse a La Puye. Ahí siguió ocupándose de la dirección de las religiosas y ayudando en las parroquias de los alrededores. Tenía innumerables hijos espirituales, así clérigos como laicos. Según consta en el proceso de beatificación, San Andrés multiplicó el trigo en una ocasión en que las religiosas no tenían pan suficiente para ellas y sus niños. San Andrés murió el 13 de mayo de 1834 y fue canonizado el 4 de junio de 1933.

En la bula de canonización hay un resumen biográfico bastante detallado (*Acta Apostolicae Sedis*, vol. xxv, 1933, pp. 417-428). Véase también a L. Rigaud en *Vie de A. H. Fournet* (1885). En italiano existe una biografía anónima, titulada *Il beato Andrea Uberto Fournet* (1885). Cf. la bibliografía que damos en nuestro artículo sobre Santa Isabel Bichier (26 de agosto).

BEATA IMELDA, VIRGEN (1333 P.C.)

LA BEATA Imelda, patrona de la primera comunión, pertenecía a una de las más antiguas familias de Bolonia. Era hija del conde Egano Lambertini y de Castora Galuzzi. Desde muy niña dio muestras de excepcional piedad; era muy amante de la oración y acostumbraba a retirarse en un rincón de la casa, donde se había construido un pequeño oratorio con flores e imágenes. A los nueve años, sus padres, accedieron a su deseo y la enviaron a educarse al convento domini-

cano de Val di Pietra. Ahí se ganó Imelda el cariño de todos, y su fervor edificó mucho a las religiosas. La joven tenía especial devoción a la presencia eucarística de Cristo en la misa y en el tabernáculo. Imelda deseaba ardientemente hacer la primera comunión, pero, según la costumbre de la época, ésta no podía tener lugar antes de cumplir los doce años. Imelda exclamaba algunas veces: "¿Cómo es posible recibir a Jesús y no morir de gozo?"

Cuando tenía once años, Imelda asistió, con el resto de la comunidad, a la misa de la Ascensión. Como era la más joven, fue la única que no recibió la comunión. Las religiosas se disponían ya a salir de la capilla, cuando vieron que una hostia volaba hasta Imelda, quien se hallaba absorta en oración, cerca del tabernáculo. Inmediatamente le hicieron notar al sacerdote que había celebrado la misa, el cual, impresionado por el milagro, dio inmediatamente a Imelda la primera comunión, que fue también la última. La emoción que produjo a la beata la presencia de Cristo fue demasiado grande. Fulminada por un ataque al corazón, Imelda cayó por tierra; cuando las religiosas acudieron a levantarla la encontraron muerta.

Los bolandistas insertaron en *Acta Sanctorum* (mayo, vol. III) un artículo sobre la Beata Imelda, en razón de la antigüedad de su culto, aunque éste no fue confirmado oficialmente sino hasta 1826. Existen varias biografías de tipo devoto, como las de Lataste (1889), Corsini (1892), Wilms (1925) y T. Alfonsi (1927). Ver sobre todo M. C. de Ganay, *Les Bienheureuses Dominicaines* (1913), pp. 145-152. También hay un corto artículo en Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 259-262. La obrita de R. Zeller, *Imelda Lambertini*, es de edificación.

BEATA JULIANA DE NORWICH, VIRGEN (*c.* 1423)

FUERA DE los detalles autobiográficos contenidos en las "Revelaciones del Amor Divino", sabemos muy poco sobre la vida de Juliana de Norwich. Vivió recluida en una ermita contigua a la iglesia de San Julián, donde alcanzó gran fama de santidad. Se cuenta que vivió hasta edad muy avanzada y que en los últimos años tenía dos criadas a su servicio. Ignoramos la fecha exacta de su muerte y la familia a la que pertenecía. Ciertamente no murió antes de los setenta años, como lo prueba el prefacio de un manuscrito del libro de la beata, que, según parece, fue copiado por un contemporáneo y se encuentra actualmente en el Museo Británico. El prefacio dice así: "He aquí la visión que la bondad de Dios concedió a una devota dama, llamada Juliana, que se halla recluida en Norwich y vive todavía. Anno Domini millesimo CCCXIII". En la susodicha visión hay muchas palabras conmovedoras y llenas de consuelo para aquellos que desean amar a Cristo.

Al principio de su libro Juliana cuenta que, antes de recibir lo que ella llama "las revelaciones", había pedido a Dios tres cosas: una intensa participación en los dolores de Cristo, una enfermedad que la pusiese a las puertas de la muerte y la obligase a despegarse de las cosas del mundo y las tres heridas de la "verdadera contrición", de la "amable contrición" y del "deseo ardiente de Dios". Con el tiempo, olvidó Juliana sus dos primeros deseos, pero conservó el tercero durante toda su vida.

A los treinta años de edad, Juliana contrajo una enfermedad tan grave, que se perdió toda esperanza de salvarla. Al cuarto día, recibió los últimos sacramentos y, al séptimo, entró en agonía. Sólo conservaba fuerzas para

mirar el crucifijo. Pero súbitamente desaparecieron los dolores y, entre las cuatro y las nueve de la mañana del 8 ó el 13 de mayo de 1373, tuvo quince visiones sucesivas. Al día siguiente, durante la noche, tuvo la décima sexta y última visión. Casi todas las visiones se referían a la Pasión de Cristo y dejaron en el alma de Juliana una gran compunción y una paz y un gozo admirables, aunque sólo más tarde comprendió todo su significado. La beata escribe: "Desde que tuve las visiones, concebí un gran deseo de comprender lo que el Señor quería darme a entender con ellas. Y quince años más tarde, oí en mi alma estas palabras: '¿Quieres entender el significado de tus visiones? Pues bien, sabe que no tienen otro significado que el amor. El amor fue el que te las otorgó, el amor es lo que significan y te fueron otorgadas para que crecieses en el amor. Atente a esto y así lo comprenderás todo. Pero nunca sabrás otra cosa que el amor.' Así fue como supe que el significado de las visiones era el amor." En otra parte dice la beata que Dios la instruyó durante veinte años. Según su propia confesión, en la época de las visiones "era una mujer simple e iletrada"; pero seguramente que antes de escribir su libro había leído ya mucho a los místicos, pues, aunque su estilo y su mensaje son muy personales, emplea con frecuencia la terminología y las distinciones de los místicos.

El historiador Edmund Gardner pone de relieve un pasaje en el que se ve que Juliana conocía a fondo las cartas de su gran contemporánea Santa Catalina de Siena; también se advierte la influencia del maestro Eckhart. En realidad, lo raro hubiera sido que la renovación espiritual de Europa no hubiese ejercido ninguna influencia sobre ella, puesto que Norwich, que era la segunda ciudad de Inglaterra y el centro del mercado de la lana, estaba en constante comunicación con los Países Bajos. Cierto que las reclusas no salían nunca de sus celdas, pero estaban en contacto con el mundo exterior a través de una ventanita y la fama de la santidad y visiones de Juliana le atraían sin duda muchos visitantes, tanto clérigos como laicos. El libro que escribió la beata es tal vez la expresión más hermosa y ciertamente la más tierna, del amor divino que existe en la lengua inglesa. De la contemplación de la caridad que manifestó a los hombres el Verbo Divino en la Pasión, Juliana se eleva a la consideración de su amor eterno y universal, que creó al mundo y lo dirige. En una época, Juliana no entendía por qué Dios permitía que sus santos cayesen algunas veces en pecado; pero en su libro afirma que hay en ello algo de providencial, puesto que Dios lo permite, y que el pecado es para los santos una ocasión de crecer en el amor por la contrición y la humildad. La beata trató de transmitir al mundo angustiado en que vivía las palabras de consuelo que Dios le había comunicado: "Yo puedo y quiero hacerlo todo bien y Yo haré que todo sea para bien. Tú serás testigo de que todo lo que Yo hago está bien hecho."

En realidad, nunca se ha tributado culto público a Juliana de Norwich, de suerte que el título de "Beata" es simplemente un título de cariño.

Existen cuatro manuscritos de las *Revelaciones del Amor Divino.* El que data de 1413 es más breve que los otros tres, copias muy posteriores. Probablemente la misma Juliana fue ampliando el texto original de 1413. Dom Serenus Cressy editó por primera vez dicho texto en 1670; en 1902, lo publicó de nuevo el P. G. Tyrrell, con un prefacio. A ésta siguieron las ediciones de G. Warrack (1901) y Dom Roger Hudleston (1927). En 1910 apareció una traducción francesa. El texto breve puede verse en *The Shewings of Lady*

Julian de Dundas Harford (1925). Véase Dom. D. Knowles, *English Mystics* (1927). Sobre la referencia que se hace de Juliana en *The Book of Margery Kempe*, cf. la edición E.E.T.S., pp. 42-43.

14 : SAN PONCIO, MÁRTIR (¿Siglo III?)

DURANTE mucho tiempo se creyó que San Poncio era un ilustre mártir de la primitiva Iglesia, que había muerto durante la persecución de Valeriano, hacia el año 258, en Cimella. Dicha ciudad, situada en la Costa Azul de Francia, cerca de Niza, fue destruida por los lombardos y reconstruida más tarde con el nombre de Cimiez. Según cuenta la leyenda, San Poncio era hijo de un senador romano. El Papa Ponciano le enseñó los primeros rudimentos de la fe cuando era niño. A la muerte de su padre, San Poncio distribuyó su herencia entre los pobres y se consagró a la práctica de la caridad. El emperador Felipe y su hijo, que se habían convertido por la predicación del santo, le tenían en alta estima. Después del asesinato del emperador, San Poncio huyó a Cimella. Arrestado ahí por ser cristiano, fue bárbaramente torturado y arrojado a las fieras; pero como éstas no le hicieron daño alguno, el gobernador le mandó decapitar.

En el Martirologio Romano aparece el nombre de San Poncio, a quien, en tiempos de Alban Butler, se consideraba como "un ilustre mártir primitivo". Pero la hagiografía moderna, representada en este caso por el bolandista Delehaye, ha probado que las *actas* (cf. *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III) carecen de valor histórico y datan del siglo VI, por más que el autor intenta hacerse pasar por contemporáneo y testigo presencial del martirio del santo. Además, no existe ninguna manifestación de culto primitivo. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. XXV (1906), pp. 201-203.

SAN BONIFACIO DE TARSO, MÁRTIR (¿306? P.C.)

SEGÚN PARECE, el culto de San Bonifacio de Tarso data solamente del siglo IX, aunque su martirio tuvo lugar el año 306. Por otra parte, es evidente que las actas contienen muchos detalles imaginarios, aunque el fondo es probablemente histórico. La vida del santo puede resumirse así: A principios del siglo IV, vivía en Roma una mujer llamada Aglaé. Noble, rica y hermosa, gustaba de llamar la atención de sus conciudadanos y, para ello, ofreció dos veces al pueblo un espectáculo público que pagó de su propia bolsa. El mayordomo de Aglaé, llamado Bonifacio, vivía en pecado con ella. Bonifacio era licencioso y disoluto, pero también era generoso, hospitalario y muy bondadoso con los pobres. Un día, Aglaé le pidió que fuese al oriente a traerle unas reliquias, "porque —le explicó— he oído decir que quienes honran a los mártires de Cristo compartirán la gloria con ellos y los cristianos de oriente se dejan torturar y matar por Cristo." Bonifacio se preparó para el viaje, pidió a su ama una gruesa suma de dinero y le dijo: "Si en el oriente hay reliquias, yo os las traeré. Pero no es imposible que en vez de ello os traigan mi cuerpo como reliquia." Desde ese momento, Bonifacio cambió completamente; durante el viaje no probó la carne ni el vino, ayunó mucho y pasó largas horas en oración.

En aquella época, la Iglesia atravesaba por un período de paz en el

occidente; en cambio, en el oriente, Galerio Maximiano y Maximino Daya continuaban la persecución de Diocleciano, con particular violencia en Cilicia, donde gobernaba el salvaje Simplicio. Bonifacio se dirigió a Tarso, capital de la provincia, y en seguida fue a ver al gobernador. Simplicio estaba precisamente en el proceso de mandar al tormento a veinte cristianos. Bonifacio corrió a reunirse con ellos y gritó: "¡Grande es el Dios de los Cristianos! ¡Grande es el Dios de los mártires! Pedid por mí, siervos de Jesucristo, para que sea yo digno de acompañaros en la lucha contra el demonio". El gobernador, furioso, le mandó arrestar y ordenó que le clavasen en las uñas astillas afiladas y le echasen en la boca plomo derretido. El pueblo, disgustado por la crueldad del gobernador, empezó a gritar: "¡Grande es el Dios de los cristianos!" Simplicio se retiró muy alarmado, ante la perspectiva de un levantamiento popular. Pero al día siguiente mandó llamar a Bonifacio y le condenó a morir en un caldero hirviente. Como el mártir saliese ileso de la prueba, un soldado le cortó la cabeza. Los criados de Bonifacio compraron su cuerpo, lo embalsamaron y lo llevaron consigo a Italia. Aglaé salió a recibirlo en la Vía Latina, a un kilómetro de Roma, a la cabeza de un grupo de amigos que portaban antorchas. Ahí mismo erigió un santuario para las reliquias de su mayordomo. Al morir, quince años después, pasados en penitencia por sus culpas fue enterrada junto a él. En 1603 se descubrieron las pretendidas reliquias del santo, junto con las de San Alejo, en la iglesia que antes se llamaba San Bonifacio y actualmente lleva el nombre de San Alejo.

Aquí no hemos hecho sino resumir el artículo de Alban Butler, quien no dudaba de la autenticidad de las "actas". Pero Delehaye y otras autoridades en la materia afirman que se trata de una novela piadosa. Las *actas* pueden verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. Véase Duchesne, *Mélanges d'Archéologie*, 1890, pp. 2-10; *Nuovo Bullettino di archeologia crist.*, vol. VI, 1900, pp. 205-234. La leyenda de San Bonifacio fue muy popular en la Edad Media y produjo una serie de manifestaciones folklóricas; cf. Bächtold-Stäubli, *Handwörterbuch des deut. Aberglaubens*, vol. I, pp. 1475 ss.

SAN EREMBERTO, Obispo de Toulouse (672 p.c.)

Entre los numerosos varones de Dios que recibieron el hábito de San Benito en la abadía de Fontenelle, de manos de San Wandrilo, uno de los más distinguidos fue Eremberto. Era originario de Waucourt, cerca de Poissy, en Seine-et-Oise. Eremberto no disfrutó mucho tiempo de la paz del claustro, pues el rey Clotario III le nombró pronto obispo de Toulouse. Sólo ha llegado hasta nosotros el recuerdo de un incidente de su vida de obispo. Se hallaba el santo de visita en casa de su hermano Gamardo, en su pueblo natal, cuando se declaró un incendio que amenazaba acabar con todas las casas. San Eremberto se postró en la oración en la iglesia de San Saturnino y salió de ella con su cruz pastoral en la mano; inmediatamente cambió el viento, se extinguió el incendio y todo el pueblo acudió a la iglesia a dar gracias a Dios. San Eremberto tuvo que renunciar a su sede en el año 668 a causa de su mala salud; después se retiró a Fontenelle, donde permaneció hasta su muerte. Su hermano Gamardo entró más tarde, con sus dos hijos, en la abadía de Fontenelle, a la que hizo donación de todas sus posesiones.

La biografía escrita en Fontenelle un siglo y medio más tarde, no tiene gran valor histórico. Puede leerse en Mabillon y en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. También fue

reeditada por W. Levison en MGH., *Scriptores* ***Merov.***, vol. v (1910), pp. 652 ss. Véase Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, p. 307.

SAN MIGUEL GARICOITS, FUNDADOR DE LOS SACERDOTES DEL SAGRADO CORAZÓN DE BÉTHARRAM (1863 P.C.)

A FINES del siglo XVIII y principios del XIX, vivía en Ibarra, pueblecito de los Bajos Pirineos, la familia Garicoïts. Dios bendecía la humilde casita de aquellos pobres campesinos, cuyas puertas estaban siempre abiertas para recibir a los sacerdotes perseguidos que, durante la Revolución Francesa y los años siguientes, iban en secreto a administrar los sacramentos a los fieles. Ahí nació, el 15 de abril de 1797, Miguel, hijo primogénito de Arnoldo y Graciana Garicoïts. La vida era dura en aquellas regiones montañosas, de suerte que Miguel tuvo que trabajar, desde niño, como pastor de uno de los hacendados del lugar. Miguel manifestó con frecuencia a sus padres su deseo de ser sacerdote, pero éstos replicaban siempre: "Somos demasiado pobres para eso". Sin embargo, la abuela de Miguel, que no estaba de acuerdo con esa actitud, decidió consultar a un sacerdote de Saint-Palais que se había escondido con frecuencia en la cabaña de los Garicoïts. Gracias a la ayuda de ese sacerdote, Miguel pudo ingresar en el colegio de Saint-Palais, de donde pasó más tarde a Bayona. Trabajó en la cocina del obispo y prestó pequeños servicios al clero, con lo que Miguel ganaba lo suficiente para no pesar económicamente sobre su familia. Fue una época difícil para el joven campesino; pero era inteligente y robusto y la idea del sacerdocio bastaba ampliamente para sostenerle. Estudió la filosofía en Aire y la teología en el seminario de Dax, donde sus compañeros le llamaban "nuestro San Luis Gonzaga". Cuando era todavía seminarista, empezó a dar clases en una escuela preparatoria del lugar. En diciembre de 1823, recibió la ordenación sacerdotal en la catedral de Bayona de manos de Mons. d'Astros.

Ejercitó sus primeras armas apostólicas en la parroquia de Cambo, a donde fue enviado como vicario, por razón de la mala salud del párroco. En los dos años que vivió ahí, consiguió grandes éxitos en su lucha contra el jansenismo con la práctica de la comunión frecuente y la introducción de la devoción al Sagrado Corazón. Su fervor desconcertaba a los librepensadores. Uno de ellos exclamó en cierta ocasión: "¡Este pobre diablo sería capaz de dar la vida por salvar el alma de un enemigo!" Más tarde, el P. Garicoïts fue nombrado profesor del seminario mayor de Bétharram, del que llegó a ser superior. En este puesto se distinguió por su extraordinaria habilidad y prudencia. Pero súbitamente, el obispo decidió fundir el seminario de Bétharram con el de Bayona y dejó al P. Goricoïts y a otros dos sacerdotes la cura de almas de la ciudad.

Por aquella época, en que los recursos económicos no eran abundantes, el P. Miguel concibió el proyecto de formar misioneros para los diferentes pueblos. Junto con otros dos o tres compañeros empezó a vivir en comunidad y, para mejor conocer la voluntad de Dios, fue a hacer un retiro a Bayona bajo la dirección del padre jesuita Le Blanc. Dicho religioso, a quien abrió su corazón, le alentó a perservar en la obra emprendida: "Seréis el fundador de una congregación que será hermana de la Compañía de Jesús", le dijo. En efecto, en 1838 el P. Garicoïts redactó unas constituciones que seguían

de cerca a las de San Ignacio. Los nuevos misioneros, como los jesuitas, hacían votos perpetuos y estaban destinados a esparcirse por toda la tierra. Pronto se unieron al santo otros compañeros. Todo parecía ir viento en popa, cuando el obispo que había ordenado al P. Garicoïts y era su protector, fue sustituido por otro que veía con malos ojos la fundación de una nueva congregación. Dicho obispo no se contentó con modificar profundamente las constituciones, sino que ordenó al santo que se limitase a trabajar en la diócesis, bajo su propia dirección. La comunidad no pudo elegir a su superior sino hasta 1852 y ni siquiera entonces gozó de plena libertad de acción. El P. Garicoïts se sometió, pero no sin experimentar gran pena. En cierta ocasión dijo a uno de sus hijos: "¡Qué doloroso es dar a luz a una congregación!" A pesar de todo, soportó con paciencia y silenciosamente todas las pruebas. Dios le llamó a Sí el 14 de mayo de 1863, fiesta de la Ascensión.

Catorce años más tarde, la Santa Sede aprobó la Compañía de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Bétharram y las constituciones redactadas por el fundador. Santa Isabel Bichier des Ages, prestó siempre decidido apoyo a la fundación de San Miguel Garicoïts, quien, en un tiempo, fue director espiritual de las Hijas de la Cruz, en Igon, y mantuvo siempre estrechas relaciones con dicha congregación en el país vasco. Ambos siervos de Dios fueron canonizados en 1947.

El breve de beatificación contiene un resumen biográfico muy detallado (*Acta Apostolicae Sedis*, vol. XV (1932), pp. 263-269). En francés existen las biografías de B. Bourdenne (1921) y del P. Bordachar (1926). Entre las biografías inglesas se cuentan las de C. Otis-Cox (1935) y J. F. Makepeace, y el breve esbozo del P. P. E. Collier titulado *The Saint of Bétharram*. Véase también P. Mazoyer, *Lourdes et Bétharram* (1895), sobre todo pp. 272 ss.

SANTA MARIA MAZZARELLO, VIRGEN, COFUNDADORA DE LAS HIJAS DE NUESTRA SEÑORA AUXILIO DE LOS CRISTIANOS (1881 P.C.)

MORNESE es un pueblecito montañés del sur del Piamonte, cerca de la frontera con Liguria y no lejos de Génova. Ahí vivía, en la primera mitad del siglo XIX, un campesino honrado, testarudo y enérgico, llamado José Mazzarello, con su esposa Magdalena Calcagno. En 1837, nació su hija primogénita, a la que bautizaron con el nombre de María Dominga. Seis años más tarde, la familia se trasladó a "Villa Valponasca", en las afueras de Mornese. Ahí fue donde María se transformó en una chiquilla sana y robusta que correteaba incansablemente por los campos y viñedos.

El camino de Valponasca a la iglesia de Mornese era largo y difícil, aun cortando por los atajos; a pesar de ello, María asistía diariamente a la misa, en cuanto le era posible. El párroco, Don Pestarino, instituyó una congregación mariana, y María fue una de las cinco congregantes fundadoras. El ejemplo de la joven, que era muy popular por su bondad, modestia y simpatía, atrajo a la congregación a otras de sus compañeras. Don Pestarino había fundado la congregación de las Hijas de María Inmaculada, a raíz de una conversación con Don Bosco en Turín. Tal fue el primer contacto indirecto de María Mazzarello con San Juan Bosco. Esto ocurrió en 1855, cuando María tenía diecisiete años. Cinco años más tarde, una violenta epidemia de tifoidea que se desató en Mornese, puso a prueba la virtud de las congregantes. María fue a cuidar, durante

la enfermedad, a su tío y su familia, venció toda repugnancia natural y desempeñó la tarea con el celo de "una Hermana de la Caridad"; contrajo la enfermedad que la puso a las puertas de la muerte.

Durante su larga convalescencia, María comprendió que en adelante no tendría fuerzas suficientes para trabajar en el campo, como antes, y aprendió a confeccionar vestidos, junto con una amiga suya llamada Petronila. Entre las dos abrieron un pequeño comercio en el pueblo; el éxito fue tan grande, que pronto empezaron a tomar algunas aprendices entre las jóvenes de Mornese. De ese modo, casi accidentalmente, aquellas dos campesinitas iniciaron con las niñas, en un pueblecito perdido de la montaña, una obra semejante a la de Don Bosco con los niños, adaptada a su espíritu y sus métodos. Frecuentemente decían a las aprendices: "Reíd, jugad y haced toda la alharaca que queráis; pero guardáos de hacer o decir nada que desagrade a Dios." Un atardecer de agosto de 1865, Don Bosco fue de excursión a Mornese con sus chicos. Las Hijas de María Inmaculada recibieron de rodillas su bendición y María exclamó: "¡Don Bosco es un santo!"

Para seguir los consejos del santo, Don Pestarino ofreció un edificio para una escuela de niños en Mornese. Por otra parte, Don Bosco había confiado ya al Papa Pío IX su proyecto de crear una congregación de religiosas que trabajase con las niñas, como los Salesianos lo hacían con los niños y, el obispo de Acqui, Mons. Sciandra, tenía sus razones para no querer que hubiese un colegio de niños en Mornese. Así pues, el 29 de mayo de 1872, el pueblo de Mornese se encontró con la noticia de que una nueva congregación de religiosas se había establecido en el edificio que Don Pestarino regaló para el colegio. El núcleo de la congregación estaba formado por las Hijas de María Inmaculada. María Mazzarello, que aún no cumplía los treinta y cinco años, era la superiora. El convento se levantaba, por lo demás, exactamente en el sitio en que, años antes, María había tenido la visión de un colegio de niñas atendido por religiosas. Tales fueron los comienzos de la Congregación de las Hijas de Nuestra Señora Auxilio de los Cristianos, a las que algunas veces se llama "Hermanas Salesianas".

Los primeros tiempos no fueron fáciles. Los habitantes del pueblo se molestaron de que la idea del colegio no se hubiese realizado y que las "usurpadoras" fuesen precisamente las antiguas congregantes. Según contaba San Juan Bosco, las religiosas tuvieron que sufrir las burlas y el desprecio de sus propios parientes. Dos meses más tarde, Don Bosco acompañó al obispo a visitar el nuevo convento. María, Petronila y otras nueve religiosas, hicieron entonces los votos trienales, y Don Bosco predicó en esa ocasión. El santo, un educador y un gran hombre en muchos sentidos, fue quien escogió por superiora de la nueva congregación a aquella rústica costurera que apenas sabía escribir. El árbol se conoce por sus frutos. En 1878, seis de las religiosas de Mornese partieron en la segunda misión salesiana a la Argentina y, al año siguiente, el convento de Mornese era ya demasiado pequeño. La madre María tuvo, pues, que trasladarse con lágrimas en los ojos, a la nueva casa madre, situada en Nizza Monferrato, en un antiguo convento capuchino.

Durante la vida de Santa María Mazzarello, se inauguraron otros trece conventos en Italia y Francia (sesenta años después había ya más de 800, en todo el mundo), en todos los cuales reinaban el espíritu y los métodos de San Francisco de Sales y San Juan Bosco. El trabajo principal de las religiosas

consistía en la enseñanza; pero poco a poco emprendieron toda clase de obras en bien de la juventud. La bondad y la sencillez son las características fundamentales de sus métodos; en vez de reprimir, alientan y guían a las niñas, y el ejemplo de Cristo sustituye, con ventaja, a la vara. La actividad continua exige firmeza y sencillez de carácter para no degenerar en "activismo" ni adulterar la plenitud de la vida cristiana. Sin duda que la educación sencilla y enérgica que recibió María Mazzarello en su infancia, le ayudó inmensamente durante sus años de superiorato. Ella atribuía humildemente a Dios todos sus éxitos. Pero Dios ha querido depender, en cierta medida, de la calidad de los instrumentos que El elige y sostiene con su gracia.

A principios de 1881, la madre María acompañó a Marsella a un grupo de sus hijas que iban a partir para Sudamérica. El viaje desde Génova fue muy fatigoso y la santa enfermó en el miserable alojamiento que encontraron en Marsella. Para obedecer al consejo de Don Bosco, la madre María se trasladó a un convento de su congregación, situado entre Marsella y Toulon, donde pasó seis semanas en la cama, gravemente enferma. Al fin pudo volver a Nizza Monferrato. Pero antes de partir para allá, preguntó a Don Bosco si creía que fuese a recobrar la salud. El santo le respondió con una parábola, cuyo sentido indicaba que una verdadera superiora debía preceder a sus hijas aun en la muerte. María dio la mano a Don Bosco sin decir una sola palabra.

El 27 de abril, recibió la extremaunción y comentó alegremente con el sacerdote que la había ungido: "Ahora que ya tengo el pasaporte para el cielo, puedo morir tranquila en cualquier momento". Sin embargo, Dios permitió que sufriese una horrible tentación de desesperación pocos días antes de su muerte. La santa logró vencerla con gran esfuerzo y, al fin, entonó el himno: "Chi ama Maria contento sará" (quien ama a María será feliz). A los pocos días, el 14 de mayo de 1881, la madre María entregó su alma a Dios, a los cuarenta y cuatro años de edad. Fue canonizada en 1951. Su cuerpo descansa junto al de Don Bosco, en Turín.

La biografía escrita por H. L. Hughes (1933) es en gran parte una reconstrucción de la época de la santa, pero tiene detalles biográficos muy interesantes. El folleto del P. J. B. Calvi añade algunos hechos. Ver las numerosas biografías de Don Bosco. Don Fernando Maccono escribió la biografía oficial, titulada *Santa Maria Mazzarello.* Existe, además, un estudio muy extenso de Don Eugenio Ceria.

BEATO GIL DE PORTUGAL (1265 P.C.)

UNO DE los más íntimos consejeros del rey de Portugal, Sancho el Grande, fue Rodrigues de Vagliaditos, gobernador de Coimbra. De los hijos del gobernador, el tercero, llamado Gil o Egidio, fue destinado por su padre al servicio de la Iglesia. Gil estudió en Coimbra, donde se distinguió mucho por su brillante inteligencia. El rey le concedió una canonjía y otros beneficios. Pero el joven se interesaba más por las ciencias experimentales que por la teología y decidió estudiar medicina en París. Poco después de emprender el viaje, le alcanzó por el camino un forastero (el beato pensaba más tarde que era el demonio en persona), quien le invitó a ir a Toledo en vez de proseguir el viaje a Francia. Gil se quedó, pues, en Toledo, donde no sólo estudió alquimia y física, sino que se interesó también por las artes de magia. Según parece, se entregó ahí a todos los vicios y llegó incluso a hacer un pacto con el diablo, firmado con su

propia sangre. Siete años después, pasó a París, donde practicó la medicina con gran éxito. Pero la voz de su conciencia empezó, por fin, a hacerse oír. Una noche Gil tuvo un sueño en el que un espectro gigantesco le gritó: "¡Cambia de vida!" "¡Cambiaré de vida!", exclamó Gil al despertar. Y cumplió su palabra, ya que al punto quemó los libros de magia, destruyó los frascos de ungüentos y emprendió, a pie, el viaje a Portugal.

Con los pies ensangrentados y medio muerto de fatiga, llegó al fin a la ciudad de Valencia, donde los dominicos le recibieron hospitalariamente. Gil aprovechó la ocasión para confesarse. Poco después, tomó el hábito. El resto de su vida fue de lo más edificante. Naturalmente, no le faltaron ataques del demonio y el recuerdo del pacto que había hecho con él le hacía temer mucho por su salvación; pero, con la gracia de Dios, perseveró en la oración y la mortificación. Siete años después, tuvo una visión en la que Nuestra Señora le devolvió el pacto que había firmado con su sangre y, a partir de entonces, vivió en paz. Poco después de su profesión, los superiores le enviaron a la ciudad portuguesa de Santarem. Más tarde, estuvo en un convento de París, donde se hizo muy amigo del Beato Humberto de Romans, futuro maestro general de la Orden de Predicadores. Fue elegido provincial de su orden en Portugal, pero su avanzada edad le obligó a renunciar pronto a ese cargo. Pasó sus últimos años en Santarem, donde Dios le favoreció con frecuentes éxtasis y con el don de profecía. Su culto fue aprobado en 1748.

La leyenda del Beato Gil se parece mucho a la de Cipriano y Justina (26 de septiembre), a la de Fausto y a la de otros muchos; ello hace muy sospechosos todos los elementos sobrenaturales que la adornan. La biografía escrita por el P. Resendio (*Acta Sanctorum*, mayo, vol. III) no tiene suficiente fundamento histórico. Lo mismo hay que decir del artículo de Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 130-133.

BEATA PETRONILA DE MONCEL, VIRGEN (1355 P.C.)

LO ÚNICO que sabemos sobre la Beata Petronila es que pertenecía a la familia de los condes de Troyes y que fue la primera abadesa del convento de Le Moncel, en el Oise. Dicho convento había sido fundado por Felipe el Hermoso, pero no fue terminado sino hasta la época de Luis de Valois. Las religiosas, que siempre habían considerado a la Beata Petronila como su patrona principal, se dispersaron durante la Revolución Francesa. Los franciscanos celebran todavía la fiesta de la Beata Petronila.

Véase H. L. Fautrat, *L'Abbaye du Moncel*, en *Mémoires com. archéo. Senlis*, vol. VI (1892), pp. 1-24; *Gallia Christiana* (*nova*), vol. IX, pp. 852-856.

BEATA MAGDALENA DE CANOSSA, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS HIJAS CANOSIANAS DE LA CARIDAD (1835 P.C.)

EN LAS faldas de los Apeninos, a unos veinticinco kilómetros de Parma, se yerguen las ruinas del que fuera poderoso castillo de Canossa. Ahí fue donde el Papa San Gregorio VII, cuando era huésped de la condesa Matilde de Toscana, humilló al emperador Enrique IV, en el invierno de 1076-1077 (inútil decir que los historiadores han exagerado con frecuencia las circunstancias y el significado de ese hecho). Siete siglos más tarde, entre los descendientes

de la condesa, nació Magdalena Gabriela, marquesa de Canossa, mujer tan entera como su antepasada, aunque muy diferente de ella.

Magdalena era hija del marqués Octavio y de Teresa Szluckhe. Había nacido en Verona, en 1774. Todavía se conserva un retrato de Magdalena a los cuatro años: porte imperioso, facciones muy marcadas y ataviada con la complicada vestimenta que usaban los niños en el siglo XVIII. Quien haya visto ese retrato no podrá extrañarse de que la franqueza y rectitud de la niña fuesen acompañadas de terquedad y mal genio. Su nodriza diría años después: "No acabo de maravillarme de lo que ha cambiado. Nunca me imaginé que la potranca salvaje que yo conocí fuese domesticable."

Magdalena tuvo un hermano y dos hermanas más. Su padre murió a los treinta y nueve años de edad. A este rudo golpe siguió otro, dos años más tarde: la madre de la beata se casó, en segundas nupcias, con el marqués Zanetti y partió con él a Mántua; sus hijos quedaron al cuidado de sus tíos. Magdalena tenía entonces ocho años. Tanto ella como su hermana Laura fueron confiadas a una institutriz. Esta atribuyó a Magdalena las críticas que le hizo una persona sobre la insuficiente formación religiosa que daba a las niñas y se ensañó con ellas. El tío de Magdalena no se enteró, sino hasta seis años más tarde, de los malos tratos que recibía su sobrina y, hasta entonces, despidió a la institutriz. A lo que parece, Magdalena no se quejó jamás e impidió que sus hermanas lo hicieran. Tal vez a consecuencia de esos años de tiranía doméstica, Magdalena sufrió una serie de enfermedades, durante las cuales aprendió a dominar su carácter. Por entonces, decidió que no se casaría nunca; pero no veía claro si debía abrazar la vida religiosa, pues en aquella época eso significaba prácticamente entrar en una orden contemplativa. Finalmente ingresó en el convento carmelita de Conegliano; pero pronto descubrió que no era ésa su vocación y volvió a su casa.

Durante las guerras de revolución, los Canossa se trasladaron a Venecia. Más tarde, Napoleón Bonaparte fue a visitarles en su casa de Verona. La joven marquesa, al advertir la admiración y el respeto que le demostró Napoleón, se atrevió a pedirle que le cediese el antiguo convento de San José de Verona para ocuparse en él de los pobres y de los niños abandonados. Tan vívidamente supo pintarle la miseria en que vivían, que Napoleón le otorgó lo que pedía.

Para comprender esta iniciativa de Magdalena, tenemos que remontarnos a la temporada que había pasado en Venecia. En un sueño que tuvo en aquella ciudad, había visto a la Santísima Virgen rodeada por seis religiosas vestidas con un hábito pardo. La Virgen había conducido por parejas a las religiosas, primero, a una iglesia llena de mujeres y niñas, luego a un hospital y, finalmente, a una sala repleta de niños andrajosos; después les había encargado que se ocupasen de todos, particularmente de los niños. Magdalena tomó el sueño como una inspiración divina y, desde ese momento, se dedicó a trabajar en los hospitales, a enseñar el catecismo y a cuidar a los niños pobres. Pronto se le unieron otras dos mujeres. Magdalena comprendió que si quería una obra perdurable, era necesario tener una casa para la congregación. Y fue el mismo Napoleón quien le proporcionó los medios, precisamente cuando se dedicaba a expulsar a los frailes y a las monjas de los conventos.

Magdalena tenía entonces treinta y cuatro años. Naturalmente le resultó difícil salir de la casa solariega de los Canossa, donde, entre otras cosas, se ocupaba de educar a un primo huérfano. Además, su familia consideraba sus activi-

dades como indignas de una hija de la nobleza. Probablemente Pío XI pensaba en esta actitud de la familia de Magdalena al citar, en la alocución que pronunció con motivo de la beatificación, el ejemplo de un gran hombre "que si era humilde para servir personalmente a los pobres, no lo era bastante para sentarse a la mesa con ellos." Como lo dijo Su Santidad, "esto evoca muchas cosas y va muy lejos". Bonifacio, el hermano de Magdalena, fue quien más se opuso a su salida de la casa. Pero la beata se mostró inflexible y, el 8 de mayo de 1808, inauguró con algunas compañeras un hospicio para niñas pobres en el barrio de San Zenón de Verona. Las profesoras enseñaban a las niñas las oraciones más sencillas y los rudimentos de la doctrina cristiana y les daban también clases de lectura, caligrafía y costura. A los pocos meses, empezaron a sentirse en el barrio los buenos efectos del nuevo centro.

Las buenas noticias corren tan aprisa como las malas, de suerte que, al poco tiempo, la ciudad de Venecia pidió a Magdalena que fuese a fundar ahí otro centro. Como para entonces tenía ya la beata más colaboradoras, accedió gustosamente a la petición. Durante los siguientes veinticinco años, se multiplicaron las fundaciones en Milán, Bérgamo, Trento y otras ciudades del norte de Italia. Sobre todo en los primeros tiempos, las religiosas no eran suficientes; pero la fundadora era la primera en ayudar en los trabajos más humildes, empleando a "sus dos criadas", como llamaba a sus manos. Tenía predilección por los niños más sucios y traviesos, a los que peinaba, lavaba y educaba con especial solicitud. Actualmente todavía se llama, en la congregación, a los niños difíciles "los de nuestra madre fundadora."

Para explicar las palabras que hemos citado antes, el Papa Pío XI dijo: "Muchas personas caritativas ayudan y sirven a los pobres; pero muy pocas llegan hasta hacerse pobres con los pobres". Eso fue exactamente lo que hizo Magdalena. Una vida así supone una profunda humildad. Ciertamente no fue la beata la que contó a todo el mundo el enorme esfuerzo que le costó vencer su imaginación y sus sentidos para llegar al grado de profundo recogimiento que la caracterizaba. Las mil peripecias de la vida diaria no turbaban ese recogimiento, como podría suponerse, a pesar de que, en ciertos casos, la beata tuvo que hacer frente a situaciones verdaderamente difíciles. Así, por ejemplo, en una ocasión, la madre Magdalena ofreció refugio a una joven que había sido seducida. El joven que la había engañado se presentó en el recibidor con una pistola en la mano y amenazó a la beata para que le dijese dónde estaba escondida. Magdalena respondió tranquilamente: "Si lo que quieres es matarme, aquí estoy; pero dudo de que tengas el suficiente valor para hacerlo." El agresor se retiró avergonzado y dejó la pistola en el recibidor; poco después volvió a pedir perdón.

Magdalena acostumbraba decir a sus hijas que su misión en la tierra consistía en dar a conocer a Cristo a los niños, sobre todo a los más pobres y abandonados. Pero las canosianas tenían además escuelas de enseñanza secundaria, institutos para sordomudos y casas de ejercicios para mujeres y jóvenes. Después de la muerte de la fundadora, se dedicaron también a las misiones extranjeras. En 1831, la beata fundó en Venecia una pequeña congregación masculina, que se ocupa del mismo trabajo con los niños y jóvenes.

A fines de 1834, Magdalena cayó enferma en Bérgamo. Fue trasladada a la casa madre, en Verona. En la Semana de Pasión, comprendió que se acercaba el fin, aunque ni sus hijas, ni los médicos se dieron cuenta de ello. La

beata pidió los últimos sacramentos. Después de recibirlos, las cosas se precipitaron. Magdalena se había encorvado progresivamente durante las últimas semanas y sólo podía dormir sentada. La noche del 10 de abril de 1835, pidió a sus hijas que le ayudasen a arrodillarse y se uniesen a sus oraciones; a los pocos momentos, en medio de exclamaciones de gozo, expiró en brazos de la madre Annette. Fue beatificada en 1941.

Existen varias biografías en italiano. Nuestro resumen se basa en la obra de una religiosa de la congregación, publicada en Bangalore (India) en 1933 y titulada *A Short Life of the Venerable Servant of God, Magdalen, Marchionness of Canossa.* En dicha biografía están traducidos el decreto de 1927 sobre las virtudes heroicas de la beata y la alocución que Pío XI pronunció con esa ocasión ante las Hijas Canosianas de la Caridad.

15: SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, FUNDADOR DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS (1719 P.C.)

EL FUNDADOR de los Hermanos de las Escuelas Cristianas nació en Reims, el 30 de abril de 1651. Sus padres descendían de familias nobles. Bajo la dirección de su piadosa madre, Juan Bautista dio desde niño muestras de una piedad anunciadora de que, un día, sería sacerdote. A los once años de edad, recibió la tonsura y, a los dieciséis, fue nombrado miembro del capítulo de la catedral de Reims. En 1670, ingresó en el seminario de San Sulpicio en París; ocho años después fue ordenado sacerdote. Su noble figura, su educación refinada, su cultura y las relaciones de su familia, parecían destinar al joven a una brillante carrera de dignidades eclesiásticas. Pero Dios tenía otros designios sobre él, aunque Juan Bautista no sospechaba nada hasta el momento en que uno de los canónigos de Reims, en su lecho de muerte, le confió la dirección de una escuela y un orfanatorio de niñas y el cuidado de las religiosas encargadas de ellos.

En 1679, Juan Bautista conoció a Adrián Nyel, un laico que había ido a Reims a fundar una escuela de niños pobres. El canónigo de la Salle le alentó cuanto pudo y así pronto se inauguraron dos escuelas, tal vez un poco prematuramente. El joven canónigo tomó cada vez mayor interés en la obra y empezó a ocuparse de los siete profesores que trabajaban en las escuelas. En 1681 alquiló una casa para ellos, los invitaba a comer a la suya y, poco a poco, les infundió los altos ideales educativos que empezaban a tomar forma en su mente. A pesar de que los modales un tanto groseros de los profesores le molestaban, el santo les ofreció alojamiento en su propia casa para poder vigilar de cerca su trabajo. El resultado fue desalentador, pues dos de los hermanos del santo partieron al punto para no convivir con aquellos palurdos y, cinco de los profesores le abandonaron al poco tiempo, porque no querían o no podían someterse a la severa disciplina que el santo les imponía. El reformador supo esperar y Dios premió su paciencia. Al poco tiempo, se presentaron otros candidatos para formar el primer núcleo de la nueva congregación. El santo abandonó la casa paterna y se fue a vivir con sus profesores en un edificio de la Rue Neuve. El movimiento se dio a conocer gradualmente y empezaron a llegar peticiones de diferentes ciudades para que enviase a sus profesores. En parte, por razón de sus

múltiples ocupaciones, y en parte también, para no disfrutar de rentas y asemejarse a sus discípulos, San Juan renunció a su canonjía.

En seguida se le planteó el problema de cómo debía emplear su fortuna personal, que no deseaba conservar. ¿Debía consagrarla al desarrollo de la incipiente congregación, o más bien darla a los pobres? El santo fue a París a consultar al P. Barré, un hombre de Dios muy interesado en la educación, cuyos consejos le habían ayudado en otras ocasiones. El P. Barré se opuso absolutamente a la idea de que el santo emplease sus bienes en su propia fundación. Juan Bautista de la Salle, después de pedir fervorosamente a Dios que le iluminase, determinó vender sus posesiones y distribuir el producto entre los pobres. Su ayuda no pudo ser más oportuna, pues la región de Champagne atravesaba por un período de carestía. A partir de entonces, la vida de Juan Bautista fue todavía más austera. Como estaba acostumbrado a comer muy bien, tenía que ayunar hasta que el hambre le obligaba a comer cualquier platillo, por mal preparado que estuviese.

Pronto inauguró cuatro escuelas. Pero su principal problema era la formación de los profesores. Finalmente, en una junta con doce de sus hijos, se decidió a redactar una regla provisional. Según ella los profesores harían anualmente un voto de obediencia hasta que se viese claramente si tenían o no vocación. En la misma junta se adoptó para la nueva congregación el nombre de Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. La primera prueba que sufrieron fue una epidemia. El santo la atribuyó a su falta de previsión y convenció a sus hijos para que eligiesen a otro superior; pero el vicario general de la diócesis le obligó a tomar de nuevo el gobierno, en cuanto la noticia llegó a sus oídos. A decir verdad, eran muy necesarias la prudencia y la habilidad de San Juan Bautista de la Salle, pues las circunstancias iban a hacer que la nueva congregación se desarrollase mucho más de prisa de lo que se había previsto y que ampliase, al mismo tiempo, su campo de actividades. Hasta entonces, los miembros de la congregación habían sido hombres maduros; pero por aquella época empezaron a presentarse candidatos de quince a veinte años. Por una parte, hubiese sido una lástima rechazar aquellas vocaciones tan prometedoras; pero por la otra, era imposible que hombres tan jóvenes pudiesen adaptarse al rigor de una regla trazada para hombres maduros. Para resolver el problema, San Juan Bautista instituyó, en 1685, una especie de noviciado. Reservó para los jóvenes una casa especial, redactó para ellos una regla más sencilla, y los puso bajo el cuidado de un hermano con experiencia, aunque él conservaba la supervisión general. Pero al poco tiempo, se presentó otro problema semejante y a la vez diferente. Los párrocos de los alrededores enviaban al santo algunos jóvenes para que los formase como profesores y los enviase después, a enseñar en sus parroquias. San Juan Bautista fundó otra casa especial para ese tipo de candidatos y se encargó de su formación. Así quedó establecido en Reims, en 1687, el primer instituto para la formación de profesores, al que siguieron el de París (1699) y el de Saint-Denis (1709).

Entre tanto, había proseguido el trabajo de la enseñanza de los niños pobres en Reims. En 1688, a instancias del párroco de San Sulpicio de París, San Juan Bautista fundó una escuela en dicha parroquia. En realidad se trataba de la última de las escuelas fundadas anteriormente por M. Olier, que se clausuraron una tras otra por falta de profesores suficientemente preparados. El éxito de los Hermanos de las Escuelas Cristianas fue tan grande, que pronto abrieron otra

escuela en el mismo barrio. San Juan Bautista confió la dirección de las escuelas de París al hermano L'Heureux, hombre muy dotado y capaz, a quien el fundador había escogido por sucesor y estaba preparando para el sacerdocio. San Juan Bautista de la Salle tenía la intención de formar algunos sacerdotes para que se encargasen de la dirección de cada una de las casas, pero la inesperada muerte del hermano L'Heureux le hizo pensar que Dios no quería que pusiese en práctica ese proyecto. Después de muchas oraciones, el santo llegó a la conclusión de que la congregación debía limitarse estrictamente a la enseñanza y que era mejor excluir de ella las diferencias entre sacerdotes y hermanos. Así pues, el fundador decretó que ni los Hermanos de las Escuelas Cristianas podían ordenarse sacerdotes en ningún caso, ni la congregación podía recibir a ningún sacerdote. Tal vez sea éste el mayor sacrificio que puede exigirse de una congregación masculina. El decreto sigue en vigor en nuestros días. Durante la estancia del fundador en París, habían surgido algunas dificultades en Reims. Esto movió a San Juan Bautista a comprar una casa en Vaugirard, a donde los hermanos pudiesen retirarse de tiempo en tiempo para recuperar las fuerzas del cuerpo y del espíritu. Con el tiempo, esa casa se convirtió también en noviciado. Ahí fue donde, hacia 1695, redactó el fundador las reglas definitivas, en las que hablaba ya de votos perpetuos. También escribió ahí su tratado sobre la "Dirección de Escuelas", en el que su sistema revolucionario de la educación en las escuelas primarias, que aun produce magníficos frutos en la actualidad, tomó su forma definitiva. El sistema de San Juan Bautista de la Salle venía a reemplazar el método de instrucción individual y el llamado "sistema simultáneo"; insistía en la necesidad de que los alumnos guardasen silencio durante las clases y daba la debida importancia al aprendizaje de las lenguas vernáculas, pues hasta entonces el latín ocupaba el primer puesto. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas se habían dedicado exclusivamente a los niños pobres. Pero en 1698, el rey Jaime II de Inglaterra, que estaba desterrado en Francia, pidió al santo que abriese una escuela para los hijos de sus partidarios irlandeses. San Juan Bautista inauguró entonces una escuela para cincuenta niños de la nobleza. Por la misma época fundó la primera "Academia Dominical" para los artesanos jóvenes; en ella se impartía la instrucción secundaria, la enseñanza del catecismo y se consagraba, naturalmente, algún tiempo al juego. Las Academias Dominicales llegaron a ser muy populares.

San Juan Bautista había tenido que hacer frente a muchas pruebas. A las defecciones de algunos de sus discípulos se añadía el rencor de los profesores laicos, quienes consideraban la actividad del santo como una intrusión en su propio campo. En una ocasión la conducta imprudente de dos hermanos que ocupaban puestos de importancia, puso en peligro la vida misma de la congregación. El arzobispo de París recibió quejas de que se trataba a los novicios con demasiado rigor y mandó al vicario general para que hiciese investigaciones. Los mismos novicios testimoniaron, unánimemente, en favor de su superior; pero el vicario general, que tenía ciertos prejuicios contra la congregación, presentó un informe desfavorable. El arzobispo procedió a deponer del superiorato a San Juan Bautista, quien acogió la sentencia sin una palabra de queja. Pero cuando el vicario general trató de imponer como superior a un extraño, originario de Lyon, todos los hermanos declararon por unanimidad que su verdadero superior era el P. de la Salle y que estaban decididos a abandonar la congregación antes de que aceptar a otro. Posteriormente, el santo les obligó

a someterse formalmente; entretanto, el arzobispo echó tierra al asunto y San Juan Bautista fue, como siempre, el superior. Poco después, al trasladarse el noviciado de Vaugirard a una casa más grande en París, así como al fundarse ahí unas escuelas relacionadas con él, los profesores laicos, los jansenistas y todos los que se oponían a la educación de los pobres, organizaron un violento ataque contra la congregación. San Juan Bautista se vio envuelto en una serie de procesos y tuvo que cerrar todas sus casas y escuelas de París. Al cabo de algún tiempo se calmó la tempestad, tan súbitamente como se había desatado y, los Hermanos de las Escuelas Cristianas volvieron a la capital, donde ampliaron todavía más sus instituciones.

En otros países, la congregación se había desarrollado constantemente. En 1700, el hermano Drolin había fundado una escuela en Roma. En Francia se habían abierto las escuelas de Aviñón, Calais, Languedoc, Provenza, Rouen y Dijon. En 1705, se trasladó el noviciado a Saint Yon, en Rouen, donde se inauguró también un internado y un instituto para jóvenes difíciles, que más tarde se transformó en reformatorio. Tales fueron los principios de la congregación de enseñanza más grande que existe actualmente en la Iglesia. Sus obras comprenden desde las escuelas primarias hasta las Universidades. En 1717, San Juan Bautista renunció al cargo de superior. A partir de ese momento, no volvió a dar una sola orden y vivió como el más humilde de los hermanos. Se dedicó entonces a la formación de los novicios y de los internos, para quienes escribió varios libros, entre los que se cuenta un método de oración mental. Era aquella una época particularmente importante de la espiritualidad francesa. En la obra de San Juan Bautista de la Salle se advierte la influencia de Bérulle y de Olier, de la "escuela francesa" de Rancé y de los jesuítas, pero sobre todo, del canónigo Nicolás Roland y del fraile Nicolás Barré, que eran amigos personales del santo. Uno de los rasgos de San Juan Bautista que deben señalarse fue su oposición al jensenismo, manifestada, sobre todo, por la propaganda que hizo a la comunión frecuente y aun diaria. En la cuaresma de 1719, el santo sufrió varios ataques de asma y reumatismo, pero no dejó de practicar las austeridades habituales. Poco después tuvo un accidente que le dejó muy débil. El Señor le llamó a Sí el 7 de abril de 1719, que era Viernes Santo, a los sesenta y seis años de edad.

El ejemplo de San Juan Bautista nos obliga a un examen de conciencia: ¿Hacemos algo por la enseñanza católica, tan necesaria? ¿Estamos dispuestos a aceptar los sacrificios que nos imponga la educación católica de nuestros hijos, a pesar de todas las dificultades y hostilidades que suscita? La Iglesia demostró su aprecio por el carácter de ese pensador y hombre de acción tan importante en la historia de la educación, al canonizarle, en 1900. La fiesta de San Juan Bautista de la Salle se celebra en toda la Iglesia de occidente. En 1950, Pío XII le declaró celestial patrono de todos los que se dedican a la enseñanza.

Abundan las buenas biografías de San Juan Bautista de la Salle, especialmente en francés. Todas ellas se basan en la que escribió J. B. Blain, su íntimo amigo, en 1733. Entre las obras modernas la más importante es, probablemente, la de J. Guibert, *Histoire de St. Jean Baptiste de la Salle* (1900). Más breves son las biografías de A. Delaire (1900), en la colección *Les Saints*; F. Laudet (1929), y G. Bernoville (1944). El esbozo biográfico de Francis Thompson fue reeditado en 1911; pero la mejor biografía inglesa es la del historiador W. J. Battersby, *De la Salle*, vol. I (1945), *Educador*, vol. II (1950), *Santo y escritor*, vol. III (1952), cartas y documentos.

SANTOS TORCUATO, INDALECIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (¿Siglo I?)

SE DICE que los primeros evangelizadores de España fueron siete varones de Dios, a quienes San Pedro y San Pablo habían designado para la tarea. Según la leyenda, los misioneros llegaron juntos a Cádiz de Granada, en cuyos alrededores acamparon, en tanto que sus criados iban a comprar alimentos a la ciudad. Pero los habitantes atacaron a los forasteros y los siguieron río abajo. El milagro de que se haya derribado un puente cuando los perseguidores pasaban sobre él, les permitió escapar con vida. Los misioneros se separaron después; cada uno de ellos escogió un distrito del que fue obispo y misionero. Torcuato eligió a Cádiz como campo de trabajo. Su fiesta se celebra el día de hoy, junto con Indalecio y sus compañeros, aunque cada uno tiene su fiesta especial. Según parece, San Torcuato y sus compañeros fueron martirizados.

Nuestro relato se basa únicamente en las lecciones del breviario medieval, que pueden leerse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. No existe ninguna huella de culto primitivo. Véase J. P. Kirsch, *Kirchengeschichte*, vol. I, p. 307, n. 25.

SAN ISIDRO DE KIOS, MÁRTIR (¿251? P.C.)

SAN ISIDRO, a quien el Martirologio conmemora en este día, era probablemente originario de Alejandría. Se dice que fue comisario del ejército del emperador Decio y que se hallaba en Kíos con la flota imperial mandada por Numerio. En dicha isla su capitán descubrió que era cristiano y le denunció a Numerio. El santo confesó firmemente la fe durante el juicio, sin dejarse ganar por las promesas ni amedrentar por las amenazas. Como se rehusase a ofrecer sacrificios a los dioses, el juez mandó que le cortasen la lengua y le degollasen. Su cadáver fue arrojado a un pozo, de donde lo rescataron los cristianos. Fue sepultado por un soldado llamado Amiano, que sufrió más tarde el martirio en Cízico y por Santa Mírope, la cual murió en la flagelación que se le infligió por haber dado sepultura a los mártires cristianos. El pozo llegó a ser muy famoso por las propiedades curativas de sus aguas y se construyó una basílica sobre la tumba de San Isidro. En el siglo V, San Marciano, que era tesorero de la catedral de Constantinopla, dedicó a San Isidro, por divina revelación, una de las capillas de la iglesia que edificaba en honor de Santa Irene. El culto del santo se extendió de Constantinopla a Rusia. En 1525, unos mercaderes cristianos trasladaron las reliquias de San Isidro a San Marcos de Venecia, donde se conservan todavía.

Hay razones para sospechar que las actas del martirio de San Isidro (*Acta Sanctorum*, mayo, vol. III) no pasan de ser una novela piadosa. Pero el culto del santo, cuyo centro es Kíos, data de muy antiguo. San Gregorio de Tours menciona a San Isidro. Cf. Delehaye, *Origines du Culte des Martyrs*, pp. 226, etc.; y *Recueuil des historiens des Croisades, Occident*, vol. V, pp. 321-334.

SANTOS PEDRO DE LAMPSACO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (251 P.C.)

DURANTE la persecución de Decio vivía en Lampsaco del Helesponto un joven cristiano de carácter altivo y noble presencia, llamado Pedro. El procónsul

Olimpio, ante el cual compareció, le mandó que ofreciese sacrificios a Venus. Pedro se negó y atacó hábilmente el culto a la licenciosa divinidad. En las "actas" de su martirio se citan sus propias palabras. San Pedro fue decapitado, tras de haber sido torturado en la rueda. Poco después, el mismo procónsul juzgó a otros tres cristianos: Nicómaco, Andrés y Pablo. Durante la tortura, Nicómaco abjuró de la fe. Entonces Dionisia, una joven de dieciséis años que se hallaba presente, lanzó un grito de horror. Fue arrestada, se la interrogó y confesó que era cristiana. Como se negase a sacrificar a los dioses, fue condenada a morir al día siguiente, con Andrés y Pablo; también se le anunció que iba a pasar la noche con dos jóvenes licenciosos, a quienes se autorizó para hacer de ella lo que quisiesen. Pero la misericordia de Dios preservó a Dionisia de sus ataques. A la mañana siguiente, Andrés y Pablo fueron lapidados en las afueras de la ciudad por la turba. Dionisia, que deseaba morir con ellos, los siguió hasta el sitio del martirio; pero el procónsul la obligó a volver y la mandó decapitar dentro de la ciudad.

Las *actas* de esos mártires (*Acta Sanctorum*, mayo, vol. III) son bastante sospechosas; sin embargo, el *Hieronymianum* los menciona. Véase el comentario de Delehaye, p. 256. Apenas se puede dudar que el martirio de uno de ellos, por lo menos, haya tenido lugar en Lampsaco.

SAN HILARIO DE GALEATA, ABAD (558 P.C.)

CUANDO San Hilario tenía doce años, cayó en sus manos un ejemplar de las Epístolas de San Pablo y, al leerlas, concibió el deseo de servir a Dios en la soledad. Poco después, oyó leer en la iglesia el pasaje del Evangelio en que el Señor dice a los que quieran ser sus discípulos que deben abandonar a su padre y a su madre y estar dispuestos a dar su vida por El. Como no comprendiese exactamente el sentido de esas palabras, Hilario consultó a un hombre muy piadoso, quien vacilaba un poco en explicar ese consejo de perfección a un muchacho tan joven; pero Hilario insistió y acabó por persuadirle. Confirmado así en su decisión, Hilario abandonó su casa, que estaba en Toscana, cruzó los Apeninos y se estableció en una ermita de las riberas del Ronco. Poco después, se construyó una celda en la cima de una montaña de las cercanías. Poco a poco se reunieron en torno suyo algunos discípulos. Hilario construyó para ellos un monasterio en las tierras que le había regalado un noble de Ravena que se había convertido con toda su familia, cuando Hilario le libró de un mal espíritu. Dicho monasterio, al que el santo dio el nombre de Galeata, se llamó más tarde Sant'Ilaro. El santo no dejó reglas escritas, pero sus monjes continuaron la práctica de la forma de vida que él les había enseñado, y que consistía en el canto de las divinas alabanzas, la oración y el trabajo manual. Según cuenta la leyenda, el ángel guardián de San Hilario aparecía junto a él en todos los momentos de peligro, como sucedió cuando Teodorico amenazó con matarle y destruir el monasterio, porque el santo se había negado a pagarle tributo. El valor del santo impresionó tanto al conquistador que éste acabó por encomendarse a sus oraciones y regalarle algunas tierras para la abadía. San Hilario murió en 558, a los ochenta y dos años de edad. Sus restos fueron trasladados en 1495, siete años después de la ocupación de la abadía por los monjes camaldulenses.

No hay ninguna razón para dudar de la veracidad sustancial de la biografía escrita por Pablo, discípulo del santo. Puede leerse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III.

SANTOS GEREBERNO Y DIMPNA, MÁRTIRES (*c.* 650 P.C.)

EN EL pueblecito de Gheel, a cuarenta kilómetros de Amberes, se venera mucho a Santa Dimpna y San Gereberno, cuyos cuerpos fueron descubiertos, o redescubiertos, en el siglo XIII, en sendos sarcófagos antiguos de mármol. La devoción de Santa Dimpna se hizo muy popular a causa de las múltiples curaciones que, según se cuenta, obraron sus reliquias entre los epilépticos y lunáticos que visitaban su santuario. Desde entonces, se ha considerado a la santa como patrona de los enfermos mentales y los habitantes de Gheel se distinguen por la generosidad con que han contribuído a la fundación de manicomios y clínicas psiquiátricas. En el siglo XIII, se construyó en Gheel una enfermería para los lunáticos que iban a visitar el santuario, y actualmente existe ahí un sanatorio psiquiátrico de primer orden, en el que se permite a la mayoría de los enfermos trabajar en las granjas de los alrededores y compartir la vida de familia de los campesinos. Los restos de Santa Dimpna descansan en un relicario de plata en la iglesia de su nombre. También se halla ahí la cabeza de San Gereberno, el resto de cuyas reliquias se halla en Sonsbeck de la diócesis de Münster.

Probablemente se ha perdido la verdadera historia de estos dos santos; pero la imaginación popular se encargó de atribuirles, desde la época del descubrimiento de sus reliquias, una leyenda que forma parte del folklore de varios países europeos. Resumámosla brevemente. Dimpna era hija de un monarca pagano de Irlanda, Inglaterra o Armórica y de una princesa cristiana que había muerto muy joven, pero no sin dejar a su hija ya bautizada e instruida en la fe. Con los años, Dimpna se asemejó cada vez más a su madre, a quien el monarca había amado con adoración y en el corazón del rey nació una pasión criminal por su propia hija. Por consejo de su confesor, San Gereberno, Dimpna huyó de su casa y se embarcó rumbo a Amberes, acompañada por el propio San Gereberno y por el bufón de la corte y su esposa. De Amberes se dirigieron hacia el sudeste; a través de los bosques, llegaron a un pequeño oratorio consagrado a San Martín, que se levantaba en el sitio donde actualmente se halla Gheel. Entre tanto, el padre de la santa había emprendido la persecución de su hija; sus espías desembarcaron en Amberes y descubrieron el sitio en que Dimpna se había refugiado, gracias a las monedas extranjeras con que los fugitivos habían pagado sus gastos durante el camino. El rey se presentó de improviso en el sitio en que se hallaba su hija e intentó ganársela con halagos; pero como Dimpna, aconsejada por San Gereberno, se negase a volver con su padre, el rey ordenó a sus criados que diesen muerte ahí mismo a los dos rebeldes. Los criados asesinaron al punto a San Gereberno; pero, como vacilasen en atacar a la princesa, el desnaturalizado padre la degolló por su propia mano. Los cadáveres fueron abandonados; pero los ángeles o los hombres se encargaron de darles sepultura ahí mismo.

Delehaye, *Légendes Hagiographiques* (trad. ingl., pp. 9, 105, 157) considera esta leyenda como un ejemplo típico de las infiltraciones del folklore en la hagiografía. El texto de la leyenda puede verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. Véase también Van der Essen, *Etude critique sur les Vies des Saints mérov.*, pp. 313-320; Künstle, *Ikonographie*, vol. II, pp. 190-192; y Janssens, *Gheel in Beeld en Schrift* (1903). Un dato interesante

es que en Gheel se hace pasar a los lunáticos bajo un arco construido exactamente debajo de las reliquias de la santa. En muchos otros sitios de peregrinación, por ejemplo en Jerusalén, una de las condiciones necesarias para obtener la curación consiste en pasar a través de un pasaje estrecho. La fiesta de Santa Dimpna se celebra en Irlanda; pero no hay que confundir a ésta santa con la santa irlandesa Dahmhnait, (Damnat de Tedavnet).

SANTA BERTA Y SAN RUPERTO (*c.* 840 P.C.)

SANTA HILDEGARDA, que pasó los últimos años de su vida en Rupertsberg, escribió la vida de San Ruperto y Santa Berta y popularizó su culto, tres siglos después de la muerte de dichos santos. Según Santa Hildegarda, el padre de Ruperto era pagano; su madre era una cristiana llamada Berta, que pertenecía a la familia de los duques de Lorena y tenía extensas posesiones junto al Rin y al Nahe. El padre de Ruperto murió en una batalla, cuando su hijo era todavía pequeño. Berta se consagró totalmente a la educación del niño, quien tenía tal intuición en las verdades de la fe, que era más bien él quien enseñaba la religión a su madre. En una ocasión en que varios mendigos se acercaron a pedirle limosna, Ruperto dijo a su madre: "¡Mira! Todos estos son tus hijos". En otra ocasión en que Berta dijo a Ruperto que pensaba construir una iglesia, el niño le respondió: "Está muy bien; pero lo principal es obedecer a Dios, compartir el pan con los pobres y vestir a los desnudos". Estas palabras impresionaron tanto a Santa Berta, que inmediatamente fundó varios hospitales para los pobres. Cuando Ruperto tenía doce años, Berta le llevó a Roma a visitar las tumbas de los Apóstoles; a la vuelta de esa peregrinación, hicieron varias fundaciones piadosas y repartieron entre los pobres el resto de sus bienes. En seguida se retiraron a una ermita de la región montañosa de las cercanías de Bingen, que más tarde recibió el nombre de Rupertsberg. Ruperto murió a los veinte años de edad. Su madre siguió en el servicio de Dios sin cambiar de sitio, durante veinticinco años y fue sepultada junto a su hijo, en el convento que habían construido en las orillas del Nahe.

El texto de la biografía escrita por Santa Hildegarda se halla en *Acta Sanctorum,* mayo, vol. III. Véase también P. Bruder, *St. Rupertus Büchlein* (1883).

SAN ISAIAS, OBISPO DE ROSTOV (1090 P.C.)

ISAÍAS, que era originario de Kiev, fue un monje de la abadía de las Cuevas cuando todavía vivían los fundadores del monasterio, San Antonio y San Teodosio. Por su ejemplar piedad y sus excepcionales cualidades, San Isaías fue elegido abad del monasterio de San Demetrio en la misma ciudad, en 1602. Quince años después, fue elegido obispo de Rostov, donde consagró todas sus energías a la evangelización de los paganos, según el ejemplo de su predecesor San Leontino. Bautizó a numerosos neófitos e instruyó y confirmó en la fe a los que ya eran cristianos. Dios ilustró la predicación del santo con muchos milagros. San Isaías practicó incansablemente toda clase de obras de misericordia, corporales y espirituales, en su eparquía. Desde el instante de su muerte, ocurrida el año 1090, el pueblo empezó a venerarle como santo. Setenta años después, se construyó un santuario para sus restos en la catedral de Rostov.

Véase Martynov, *Annus ecclesiasticus Graeco-Slavicus*; *Acta Sanctorum,* oct., vol. XI, Cf. nuestro artículo y bibliografía sobre San Sergio (25 de sept.).

SAN ISIDRO LABRADOR (1130 P.C.)

EL PATRONO de Madrid nació en lo que es ahora la capital de España. Sus padres, que eran pobres, le dieron el nombre de Isidro o Isidoro, en honor del célebre arzobispo de Sevilla. Como no pudieron enviar a su hijo a la escuela, se encargaron ellos mismos de inculcarle sus escasos conocimientos junto con el horror del pecado y el amor a la oración. En cuanto tuvo edad suficiente para trabajar, Isidro entró al servicio de un rico propietario madrileño llamado Juan de Vargas, en cuya casa estaba destinado a trabajar toda su vida como labrador. Isidro se casó con una muchacha pobre, tan buena como él; pero después del nacimiento de su primer hijo, que murió en la infancia, ambos decidieron servir a Dios en continencia perfecta. La vida de San Isidro fue un modelo de perfección cristiana en el mundo. Se levantaba muy temprano todos los días para ir a misa. Durante la jornada, en tanto que su mano guiaba el arado, su corazón conversaba con Dios, con su ángel guardián y con los santos del cielo. Pasaba los días de fiesta en visitas a las iglesias de Madrid y los alrededores. Aunque era muy amable con los demás y estaba dispuesto a prestar ayuda, San Isidro no escapó de los ataques de las malas lenguas, pues sus compañeros le acusaron de que llegaba tarde al trabajo por meterse en la iglesia. Para averiguar la verdad, Don Juan de Vargas se puso personalmente al acecho y comprobó, en efecto, que Isidro llegaba tarde al trabajo; se disponía ya a reprenderle, cuando vio, con la sorpresa que es de imaginar, que una yunta de bueyes blancos, guiada por la mano de un desconocido, araba el campo junto al arado de San Isidro. Mientras contemplaba la escena, paralizado por el asombro, desapareció la yunta maravillosa y el propietario comprendió que el cielo se encargaba de suplir el trabajo del santo labrador. Otras personas atestiguaron también que habían visto cómo los ángeles ayudaban a San Isidro. Don Juan de Vargas concibió desde entonces gran respeto por su servidor, quien, según la leyenda, obró varios milagros entre los miembros de la familia de su amo.

El santo era muy generoso con los pobres; con frecuencia los invitaba a su mesa y reservaba para sí los restos de la comida. En una ocasión en que había sido invitado a un banquete, por una cofradía, San Isidro permaneció en la iglesia, absorto en oración, y llegó cuando la fiesta tocaba a su fin, seguido por un grupo de mendigos. Sus huéspedes le recibieron con cierta frialdad y le dijeron que le habían guardado su porción, pero que no podían alimentar a todos sus compañeros. San Isidro les contestó que su porción bastaba para él y todo el grupo y así sucedió, en efecto. Una de las leyendas que corren sobre el santo, ilustra su amor por los animales. En un helado día de invierno, cuando transportaba una bolsa de grano, vio una bandada de pájaros acurrucados tristemente en las ramas esqueléticas de los árboles. Comprendió que no habían encontrado qué comer y, al instante el santo abrió la bolsa y echó a las aves la mitad del contenido, a pesar de las burlas de su compañero. Pero, cuando llegaron al sitio de la siembra, la bolsa estaba llena y la semilla produjo en la cosecha el doble de lo acostumbrado.

San Isidro murió el 15 de mayo de 1130. Sus esposa, que le sobrevivió varios años, alcanzó también el honor de los altares. En España se le llama Santa María de la Cabeza, porque se acostumbra llevar en procesión su cabeza durante las épocas de sequía. El cuerpo de San Isidro fue trasladado, cuarenta

años después de su muerte, a un santuario más rico. Su culto se popularizó mucho por los milagros que el santo obró ahí. Se dice que en 1211 se apareció al rey Alfonso de Castilla, que se hallaba entonces combatiendo a los moros en las Navas de Tolosa, para mostrarle un sendero que permitió al monarca caer por sorpresa sobre el enemigo y derrotarle. Más de cuatro siglos después, el rey Felipe III llegó tan enfermo a Casaribios del Monte, que los médicos perdieron toda esperanza de salvarle. Se organizó entonces una procesión para trasladar las reliquias de San Isidro desde Madrid hasta el lecho del monarca; en el momento en que las reliquias salían de la iglesia de San Andrés, desapareció la fiebre y, cuando llegaron al dormitorio del rey, quedó éste completamente curado. La familia real de España, promovió ardientemente la causa de San Isidro, quien fue canonizado en marzo de 1622, junto con San Ignacio, San Francisco Javier, Santa Teresa y San Felipe Neri. En España se les llama, desde entonces, "los cinco santos".

El documento fundamental sobre el que se basa casi totalmente es una vida escrita por "Juan el Diácono", quien probablemente se identifica con el escritor franciscano Juan Egidio de Zamora. Se encuentra impreso en el *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III, pero no puede tenerse como un registro fidedigno, ya que fue compilado ciento cincuenta años después de la muerte de San Isidro. Una edición crítica de este texto latino fue publicada por F. Fita, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. IX, (1886), pp. 102, 152. Existen numerosas vidas escritas en castellano y en italiano, lo mismo que varios poemas de Lope de Vega. La mejor biografía parece ser la del P. J. Bleda (1622). También existe una narración moderna en francés, debida a la pluma de J.P. Toussaint, (1901). Pero sin duda, quien trata más satisfactoriamente los puntos de interés en la historia de San Isidro es el P. García Villada en *Razón y Fe*, mayo, 1929. Este autor proporciona multitud de detalles respecto a la preservación del cuerpo del santo, que aunque momificado se encuentra todavía completo.

BEATA MAGDALENA ALBRIZZI, VIRGEN (1465 P.C.)

LA FAMILIA Albrici o Albrizzi, en el seno de la cual nació Magdalena, pertenecía a la nobleza de Italia. El padre de la beata era un distinguido ciudadano de Como. Después de la muerte de sus padres, Magdalena determinó retirarse al convento de Santa Margarita de Como, en el que ingresaban generalmente las hijas de la nobleza. Pero, al llegar a la puerta del convento, la beata oyó una voz que le repitió por tres veces: "Magdalena, dirígete a Brunate; ahí es donde debes retirarte." En efecto, como la beata lo sabía muy bien, había un claustro muy pobre en las montañas de Brunate; hacia allá se dirigió sin vacilaciones. El convento estaba entonces casi vacío; pero el número de religiosas aumentó considerablemente después del ingreso de Magdalena, quien fue elegida superiora y afilió el convento a la Orden de las Ermitañas de San Agustín.

La miseria obligaba algunas veces a las religiosas a pedir limosna en las casas de Como, donde, con frecuencia, tenían que pasar la noche a causa del mal tiempo. Para evitar que tuviesen que alojarse en cualquier parte y para ofrecer refugio a las jóvenes en peligro, Magdalena fundó en la ciudad otro convento, pero ella permaneció en Brunate. Aunque deseaba llevar una vida de completo retiro, los dones sobrenaturales que Dios le había concedido, atraían inevitablemente a los visitantes. La beata curaba a los enfermos y predecía el futuro. Su confianza en Dios era tan grande, que el Señor obró

muchos milagros por su intercesión. Magdalena exhortaba constantemente a sus religiosas a la comunión frecuente. Según parece, murió el 15 de mayo de 1465, a edad muy avanzada, después de una larga y dolorosa enfermedad.

El relato de *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III, está tomado de la biografía que escribió el P. Pablo Olmo en 1484. El culto de la Beata Magdalena fue confirmado en 1907; puede verse el decreto de confirmación en *Analecta Ecclesiastica*, vol. XVI (1908), pp. 19-20. G. B. Melleoni publicó en 1764 una biografía en Bolonia.

16: SAN UBALDO, OBISPO DE GUBBIO (1160 P.C.)

FELIZMENTE poseemos una excelente biografía de San Ubaldo Baldassini, obispo de Gubbio, escrita por Teobaldo, su sucesor en la sede. Ubaldo pertenecía a una noble familia de Gubbio. Quedó huérfano a temprana edad; su tío, el obispo de la ciudad, se encargó de educarle en la escuela de la catedral. Ubaldo recibió la ordenación sacerdotal al terminar sus estudios. Aunque era muy joven, fue nombrado deán de la catedral para que llevase a cabo la reforma de los canónigos, cuya existencia disipada era el escándalo de la ciudad. La tarea no era fácil, pero Ubaldo logró convencer a tres de los canónigos para que formasen una comunidad. Con el propósito de familiarizarse con la vida en común de los canónigos regulares, Ubaldo fue a pasar tres meses en la comunidad que Pedro de Honestis había fundado en el territorio de Ravena. A su regreso estableció en Gubbio las mismas reglas y, al poco tiempo, las aceptó todo el capítulo. Algo más tarde, un incendio consumió la casa de los canónigos y Ubaldo aprovechó la ocasión para trasladarse a Fonte Avellano y consultar a Pedro de Rímini, pues tenía la intención de retirarse a la soledad. Pero el siervo de Dios le hizo ver que se trataba de una tentación muy peligrosa y le exhortó a volver a ocupar el puesto que Dios le había señalado para bien de los demás. Ubaldo retornó, pues, a Gubbio y, bajo su dirección, el capítulo floreció más que nunca. En 1126, el santo fue elegido obispo de Perugia, pero se escondió para que los delegados de la ciudad no le encontrasen; en seguida fue a Roma a rogar al Papa Honorio III que le permitiese rehusar el cargo. El Papa accedió a su petición, pero dos años después, quedó vacante la sede de Gubbio y el mismo Pontífice aconsejó al clero que eligiese a Ubaldo.

El santo practicó todas las virtudes dignas de un sucesor de los Apóstoles, pero se distinguió sobre todo por la mansedumbre y paciencia con que soportaba las injurias y afrentas, como si fuese insensible a ellas. En cierta ocasión, los obreros que reparaban las murallas de la ciudad, penetraron en la viña de San Ubaldo y dañaron las plantas. Al ver esto, el santo les rogó que procediesen con mayor cuidado; pero el capataz, que probablemente no le reconoció, le propinó un empellón con el que le hizo caer en un charco de mortero. San Ubaldo se levantó cubierto de lodo y se retiró sin decir palabra; pero algunos testigos del incidente esparcieron la noticia y el pueblo pidió que se castigase al capataz. La gran indignación popular estaba a punto de ejecutar un castigo brutal contra el capataz, cuando se presentó San Ubaldo en la corte y manifestó que, como se trataba de una ofensa cometida contra un miembro del clero, el culpable debía ser juzgado por el obispo. Después, se acercó al acusado, le dio el beso de paz en señal de reconciliación, rogó a Dios que le perdonara ésa y

todas las otras injurias que hubiese cometido en su vida y pidió al juez que dejera en libertad al reo.

El santo defendió, repetidas veces, a su grey contra los peligros públicos. El emperador Federico Barbarroja había saqueado Espoleto y amenazaba con caer sobre Gubbio. San Ubaldo salió al encuentro del emperador y consiguió que desistiese de su propósito. Durante los dos últimos años de su vida, el santo obispo tuvo una serie de enfermedades que le hicieron sufrir mucho; pero todo lo soportó con heroica paciencia. El día de Pascua de 1160, aunque estaba muy enfermo, se levantó a celebrar la misa, predicó y dio la bendición al pueblo para que no quedase decepcionado. Al terminar estaba tan débil, que debió ser trasportado a su lecho, del que ya no se levantó. El día de Pentecostés, todo el pueblo de Gubbio desfiló por su habitación para despedirse del que cada uno consideraba como a un padre. San Ubaldo murió el 16 de mayo de 1160. La multitud que acudió a sus funerales, desde muy lejos, fue testigo de los numerosos milagros que Dios obró en su tumba.

La biografía escrita por el obispo Teobaldo se halla en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III; en el vol. VII hay una colección de milagros. En 1885 se publicó otra biografía, en Gianpaoli de Italia. Ha habido cierta confusión, muy curiosa, entre San Ubaldo y el patrono de Thann de Alsacia, San Teobaldo; cf. sobre este punto H. Lempfrid en *Mittheilungen d. Gesellschaft f. Erhalt d. gesch. Denkmaler im Elsass*, vol. XXI (1903), pp. 1-128.

SAN PEREGRINO, OBISPO DE AUXERRE, MÁRTIR (*c.* 261 P.C.)

LA LEYENDA, que data de muy antiguo, cuenta que el Papa Sixto II consagró al primer obispo de Auxerre, San Peregrino, y le envió a la ciudad a instancias de los cristianos. San Peregrino desembarcó en Marsella, donde predicó el Evangelio, y lo mismo hizo en Lyon. Durante su episcopado, se convirtieron al cristianismo casi todos los habitantes de Auxerre. El santo construyó una iglesia en las riberas del Ionne y evangelizó las regiones circundantes. En las montañas de Puisaye, a unas diez leguas al sudeste de Auxerre, se levantaba la ciudad de Intaranum (actualmente Entrains), en la convergencia de varios caminos. El prefecto romano tenía ahí su palacio, y la ciudad se había convertido en un centro de adoración de las divinidades paganas. Durante las fiestas de la dedicación de un nuevo templo a Júpiter, San Peregrino se presentó en Intaranum y exhortó a la turba a renunciar a la idolatría. Inmediatamente fue arrestado y llevado ante el gobernador, quien le condenó a muerte. El santo obispo fue degollado, después de sufrir crueles torturas.

Este relato se basa en dos textos, uno de los cuales se halla en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III y el otro, en Migne, PL., vol. 138, cc. 219-221. No se puede dudar de la historicidad del martirio de San Peregrino, pues el *Hieronymianum* lo conmemora en este día y afirma que tuvo lugar en "vicus Baiacus" (Bouhy), donde fue sepultado el santo. Ver también Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 431.

SAN POSIDIO, OBISPO DE CALAMA (*c.* 440 P.C.)

LO ÚNICO que sabemos sobre los primeros años de San Posidio es que era originario del Africa proconsular y que fue discípulo de San Agustín de Hipona. Probablemente hacia el año 397 fue elegido obispo de Calama, en Numidia. Los

donatistas y los paganos causaban por entonces graves disturbios en esa diócesis. San Posidio se unió estrechamente con San Agustín en la lucha contra la herejía y sufrió un atentado por parte de los donatistas más enconados. El Papa Inocencio I, en el sínodo de Milvio del año 416, alabó la energía que el santo había desplegado en la lucha contra el pelagianismo. San Posidio estableció una especie de congregación religiosa en Calama, más o menos de acuerdo con los conceptos de San Agustín.

El año 429, los vándalos pasaron de España a Africa y pronto se adueñaron de la Mauritania, de Numidia y de toda la provincia proconsular, a excepción de los fuertes de Cartago, Cirta e Hipona. Calama fue destruida. Posidio tuvo que ir a refugiarse en Hipona, con San Agustín, quien murió poco después en sus brazos, durante el sitio a la ciudad. Próspero afirma en su crónica que el arriano Genserico desterró a San Posidio y a otros dos obispos de sus diócesis. El santo murió en el destierro. Sabemos con certeza que vivía aún el año 437, pero ignoramos la fecha exacta de su muerte. La tradición sostiene que pasó sus últimos años en Italia y murió en Mirándola. San Posidio escribió una corta biografía de San Agustín y nos dejó un catálogo de sus escritos.

Las noticias que poseemos sobre San Posidio provienen de diversas fuentes, particularmente de las obras de San Agustín. Ver *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV. Hay un buen artículo sobre San Posidio en DCB., vol. IV, pp. 445-446.

SAN BRENDANO, ABAD DE CLONFERT (577 ó 583 P.C.)

SAN BRENDANO es uno de los más conocidos entre los santos irlandeses. Pero hay que reconocer que su popularidad, más que a la tradición de su santidad, se debe al relato de sus viajes, conocido con el nombre de "Navigatio", que es claramente una obra de imaginación. Existen varios textos latinos e irlandeses de la vida de San Brendano; pero, aun suprimiendo los datos tomados de la "Navigatio", que han sido incorporados a algunos textos, el relato no produce una gran impresión de veracidad. Los antiguos bolandistas que, como todos los historiadores de su generación, eran más bien indulgentes en su actitud respecto de las narraciones extraordinarias, no se atrevieron a publicar en *Acta Sanctorum* la biografía completa del santo, que calificaron de "fabulosa". Sin embargo, no se puede dudar de que San Brendano haya existido realmente y haya ejercido gran influencia sobre sus contemporáneos, en el siglo VI. Probablemente nació cerca de Tralee, en la costa occidental de Irlanda. Su padre se llamaba Findlugh. De niño estuvo cinco años al cuidado de Santa Ita; más tarde, se encargó de su educación el obispo Erc, quien le había bautizado y que habría de conferirle, un día, las órdenes sagradas. Se cuenta que Brendano fue a visitar, entre otros hombres de Dios, a San Jarlath de Tuam para pedirle consejo e inspirarse en su ejemplo.

Resulta imposible ordenar cronológicamente los acontecimientos de la vida del santo. Sin embargo, parece que, poco después de su ordenación sacerdotal, Brendano tomó el hábito de monje y fundó un monasterio con algunos discípulos. Sus biógrafos no se preocupan de explicarnos por qué abandonó a sus primeros discípulos y partió, con otros sesenta compañeros, al mando de una flotilla de canoas de cuero, a explorar las Islas de los Santos. Unos autores hablan de un viaje y otros de dos. Según se dice, el primer viaje duró de cinco a siete

años, durante los cuales los marinos llevaban en las barcas una vida conventual. Aunque es ridículo suponer, como lo han hecho algunos ardientes defensores de la leyenda, que San Brendano fue hasta las Canarias y aun llegó a la costa noroeste de Groenlandia, el historiador J. F. Kenny, cuya autoridad es bien conocida, afirma: "Se puede suponer sin exageración que Brendano llegó a las islas de Escocia y tal vez a Strathclyde, Cumbria o Gales." En todo caso, Adamnán, que escribió algo más de un siglo después de la muerte de San Brendano, dice que visitó a San Columbano en la islita de Himba de Argyll; pero no se ha podido identificar esa isla y, la biografía más antigua de San Brendano no dice una sola palabra sobre esa visita. Los biógrafos posteriores hablan extensamente de la visita que San Brendano hizo a San Gildas en la Bretaña y de las maravillas que acontecieron entonces.

El acontecimiento más verosímil en la vida de San Brendano es la fundación del monasterio de Clonfert, el año 599 (?). Sus biógrafos dicen que durante el gobierno del santo, la comunidad llegó a constar de tres mil monjes y que un ángel le dictó las reglas que escribió. Ignoramos el contenido de dichas reglas, pero los biógrafos nos dicen que los abades sucesores de San Brendano las habían mantenido en vigor "hasta el día de hoy". No hay razón para negarse a aceptar el dato de que el santo no murió en Clonfert, sino que Dios le llamó a Sí cuando se hallaba de visita en el convento de Enach Duin, del que su hermana Briga era abadesa. Después de celebrar el santo sacrificio, San Brendano dijo: "Encomendad mi viaje en vuestras oraciones." Briga le preguntó: "¿Qué es lo que temes?" Brendano replicó: "Como voy a partir solo y el camino es oscuro, temo las regiones desconocidas, la presencia del Rey y la sentencia del Juez". Previendo que el pueblo querría conservar sus restos, San Brendano ordenó que no se diese la noticia de su muerte y que sus restos fuesen transportados a Clonfert en una carreta, como si fuese su propio equipaje que él enviaba por delante. La fiesta del santo se celebra en toda Irlanda.

Los materiales biográficos relativamente abundantes, consisten principalmente en dos biografías latinas, editadas por C. Plummer en VSH., vol. I, pp. 90-151, y vol. II, pp. 270-292; en la biografía que editó el P. Grosjean en *Analecta Bollandiana*, vol. XLVIII (1930), pp. 99-121; en la biografía irlandesa editada por Whitley Stokes en *Lismore Lives*, pp. 99-115; y en otra biografía irlandesa que editó Charles Plummer en *Bethada Náem n-Erenn*, vol. I, pp. 44-95. Plummer discute muy a fondo los problemas de los diferentes textos; véanse los prefacios de las dos obras mencionadas y *Zeitschrift für Celtische Philologie*, vol. V (1905), pp. 124-141. Es muy extensa la bibliografía sobre San Brendano y particularmente sobre la *Navigatio*, que fue traducida en la Edad Media a casi todos los idiomas europeos y tiene ciertos puntos de contacto con las sagas árabes. Véase J. F. Kenney, *Sources for the Early History of Ireland*, I, pp. 408-412; Nutt y Meyer, *The Voyage of Bran* (1897); Schirmer, *Zur Brendanus Legende* (1888); y L. Gougand, *Les Saints irlandais hors d'Irlande* (1936), pp. 6-15. La obrita ilustrada de J. Wilkie, *S. Brendan the Voyager and his Mystic Quest* (1916), es muy agradable. *Brendan the Navigator* (1945), de G. A. Little, es interesante por los conocimientos marítimos del autor, pero resulta floja desde el punto de vista de crítica histórica. Véase el comentario de esta última obra en *Analecta Bollandiana*, vol. LXIV, pp. 290-293.

SAN DOMNOLO, OBISPO DE LE MANS (581 P.C.)

LAS DIVERSAS biografías de San Dómnolo se contradicen entre sí, lo cual demuestra que no son fuentes muy dignas de crédito. Probablemente el santo fue abad de un monasterio de París. En el desempeño de ese cargo llamó la atención del

rey Clotario I quien le ofreció la sede de Aviñón. San Dómnolo no quiso aceptarla, pero el monarca le impuso más tarde la diócesis de Le Mans, que el santo gobernó durante veintiún años. San Dómnolo construyó varias iglesias, así como una posada para peregrinos pobres en las riberas del Sarthe. Junto a la posada había un monasterio y una iglesia, a cuya dedicación convidó San Dómnolo a su amigo San Germán de París. El santo obispo tomó parte en el Concilio de Tours, en el año 566. San Gregorio de Tours cuenta que San Dómnolo alcanzó un alto grado de santidad y obró muchos milagros. Se conservan dos reglas escritas por el santo, que parecen auténticas.

Los datos biográficos que ofrece la biografía del santo (*Acta Sanctorum*, mayo, vol. III) y el *Actus Pont. Cenom.* (ibid.), carecen de valor histórico. Muy probablemente se trata de una falsificación llevada a cabo por el corepíscopo David más de dos siglos después, aunque el autor pretende hacerse pasar por contemporáneo del santo. Ver sobre este punto Havet, en *Bibl, de l'École des Chartres*, vol. LIV, pp. 688-692; Celier, en *Revue Historique et archéol, du Maine*, vol. LV (1904), pp. 375-391; A. Poncelet, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXIV (1905), pp. 515-516; y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 337.

SAN HONORATO, OBISPO DE AMIENS (*c.* 600 P.C.)

EL "FAUBOURG" y la "Rue de Saint-Honoré" de París, que son tan famosos, derivan su nombre de San Honorato, quien fue obispo de Amiens a fines del siglo VI. La historia conserva pocos datos sobre el santo. Sabemos que nació en Port-le-Grand, en la diócesis de Amiens, y que murió ahí mismo. San Honorato expuso a la veneración del pueblo las reliquias de los santos Fusciano, Victorico, y Genciano, que habían sido descubiertas por un sacerdote llamado Lupicino, después de trescientos años de olvido. El culto de San Honorato se popularizó en toda Francia, a raíz de las numerosas curaciones que se le atribuyeron, a partir de 1060, cuando sus reliquias fueron expuestas en un santuario. El año 1204, Raynold Cherez y su esposa Sibila pusieron bajo su patrocinio la iglesia que construyeron en París. Casi un siglo más tarde, otro obispo de Amiens, Guillermo de Maçon, dedicó a San Honorato la cartuja que construía en Abbeville. En Francia se considera al santo como patrono de los panaderos y pasteleros y, en general, de todos los oficios relacionados con la harina; por ello, San Honorato aparece frecuentemente en las imágenes con una pala de panadero.

La biografía en que se basa este relato (*Acta Sanctorum*, mayo, vol. III) es de época tardía y poco digna de fe. Véase Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 125; y H. Josse, *La Légende de S. Honoré* (1879).

SAN SIMON STOCK (1265 P.C.)

SAN SIMÓN Stock fue indudablemente un destacado miembro de la Orden del Carmelo en una época crítica de su historia, y su nombre, relacionado con la revelación del escapulario, es conocido de todos los católicos. Sin embargo, hemos de confesar que sabemos realmente muy poco sobre su vida y su carácter. Se dice que tenía cien años cuando murió, en Burdeos, el 16 de mayo de 1265; pero el dato procede de un catálogo de santos carmelitas redactado más de un siglo y medio después y, por consiguiente, es de autenticidad dudosa. Por otra parte, es inverosímil que el santo haya sido elegido prior general de la orden a los ochenta

y dos años y que haya podido viajar, a esa edad, a sitios tan alejados como Inglaterra, Sicilia, Gascuña y Bolonia. El catálogo arriba citado cuenta que San Simón era vegetariano; como le ofreciesen un día un pescado asado, el santo dio la orden de que lo echaran de nuevo al río y ¡el pez volvió a nadar como si nada hubiera pasado! Tampoco tiene ningún fundamento la leyenda donde se afirma que se dio a San Simón el apellido de Stock (en inglés esta palabra significa tronco) porque el joven había vivido como anacoreta en el hueco de un tronco. En general, los datos que poseemos sobre el santo antes de 1247, se reducen a simples conjeturas.

El P. Benito Zimmerman supone, con bastante probabilidad, que después de haber vivido algunos años como ermitaño en Inglaterra, Simón se trasladó a Tierra Santa. Ahí entró en contacto con algunos de los primeros carmelitas, que originalmente eran ermitaños, e ingresó en dicha orden. Los sarracenos hicieron imposible la vida a los carmelitas, quienes se vieron obligados a disolver las comunidades de oriente y a emigrar a Europa. Según parece, San Simón regresó a Kent, donde había nacido. Como era un hombre muy vigoroso y de excepcional santidad, el capítulo general de Aylesford, de 1247, le eligió para suceder a Alan en el cargo de superior general.

Bajo el gobierno del santo, la orden creció mucho. El P. Zimmerman escribe: "San Simón estableció conventos en cuatro ciudades universitarias: Cambridge, Oxford, París y Bolonia. Con ello ingresaron en la orden muchos jóvenes, algunos de los cuales no eran tal vez muy maduros. Además, San Simón fundó cierto número de conventos en Inglaterra e Irlanda y tal vez, también en Escocia, en España y en diversos países del continente europeo." Es de suponer que, bajo el gobierno del santo, la regla que había sido concebida originalmente para ayudar a los ermitaños a alcanzar la perfección, fue adaptada a las nuevas necesidades de una orden de frailes mendicantes, dedicados a la predicación y al ejercicio de los ministerios sacerdotales. El Papa Inocencio IV, en 1247, aprobó las nuevas constituciones. En 1252, el mismo Sumo Pontífice publicó una carta en defensa de los carmelitas, cuyo éxito provocó la envidia y la hostilidad del clero en varios países.

Por aquellos mismos días tuvo lugar, según se cree piadosamente, la aparición de la Santísima Virgen a San Simón, cuando le comunicó el extraordinario privilegio del escapulario. La Madre de Dios llevaba el escapulario en la mano y dijo a Simón: "Cuantos mueran con este hábito se salvarán. He aquí el privilegio que te concedo a ti y a todos los carmelitas." No vamos a discutir aquí este punto que ha suscitado controversias durante tantos siglos. Lo único que podemos decir es que las pruebas de la historicidad de la aparición no son muy satisfactorias, ya que no existe ningún documento de la época que haga mención de ese suceso. Pero lo cierto es que la devoción del escapulario se ha extendido en toda la Iglesia y ha sido enriquecida con indulgencias por varios Papas. En la liturgia de los carmelitas calzados se conservan dos antífonas, la "Flos Carmeli" y el "Ave Stella Matutina", que se atribuyen unánimemente a San Simón y muestran la devoción que profesaba a la Santísima Virgen. San Simón no ha sido canonizado oficialmente y su nombre no aparece en el Martirologio Romano; pero la Santa Sede ha dado permiso de celebrar su fiesta a la Orden del Carmelo y a las diócesis de Birmingham, Northampton y Southwark. Se cuenta que el

santo obró numerosos milagros en Burdeos, donde fue sepultado. Sus restos fueron solemnemente trasladados, en 1951, al nuevo convento de Aylesford, en Kent.

Prácticamente todos los documentos auténticos sobre el santo se hallan reunidos en *Monumenta Historica Carmelitana* (1907) del P. Benito Zimmerman, O.D.C. Véase también su artículo en *The Month* (oct. 1927), y *De sacro Scapulari Carmelitano* en *Analecta* OCD., vol. II (1927-1928), pp. 70-89. La obra del P. B.M. Xiberta, *De visione Sti. Simonis Stock* (1950), representa bien la actitud conservadora de la Orden del Carmelo en lo referente a la entrega del escapulario. Como ilustración de la actitud extremista, véase H. Thurston en *The Month* (junio y julio de 1927). Cf. *Études Carmélitaines,* vol. XIII (1928), pp. I ss.

SAN JUAN NEPOMUCENO, MÁRTIR (1393 P.C.)

SAN JUAN Nepomuceno nació en Bohemia, probablemente entre los años 1340 y 1350. Su nombre se deriva del de su ciudad natal de Nepomuk o Pomuk. El verdadero apellido de Juan era Wölflein o Welflin. Hizo sus estudios en la Universidad de Praga, que el emperador Carlos IV, rey de Bohemia, acababa de fundar. El santo desempeñó más tarde varios cargos eclesiásticos y llegó a ser vicario general del arzobispo de Praga, Juan de Genzenstein (Jenstein).

El emperador Carlos IV murió en Praga, en 1378. Le sucedió su hijo Wenceslao, joven de conducta licenciosa que en sus accesos de ira cometía las peores crueldades. Se dice que Wenceslao ofreció a San Juan Nepomuceno la diócesis de Litomerice, y que éste se rehusó a aceptarla. Pero no existe ninguna prueba de la veracidad de esta afirmación, ni de que el santo haya sido el confesor de la esposa de Wenceslao. El rey, que era manifiestamente infiel a su esposa, se mostraba sin embargo excesivamente celoso de la conducta de ella que era, por lo demás, irreprochable. Una tradición, que mantiene su popularidad en Bohemia, afirma que el santo perdió la vida por haberse negado a revelar al rey los pecados de la joven reina. Pero este hecho no se menciona en ningún documento contemporáneo y la leyenda no hizo su aparición sino hasta más de cuarenta años después del martirio de San Juan Nepomuceno. Por otra parte, la leyenda y la historia están tan mezcladas que, en una época, se lanzó la hipótesis (actualmente abandonada) de que había en Praga dos canónigos que tenían el nombre de Juan y que ambos fueron asesinados en Praga, dentro de un intervalo de diez años, por razones diferentes.

El único documento de la época que describe las circunstancias del asesinato de San Juan Nepomuceno es un informe que envió a Roma el arzobispo Juan de Genzestein, en el que relata sus dificultades con el rey Wenceslao. Aunque se trata de un documento "ex parte", se saca en claro que la causa de las dificultades entre el arzobispo y el rey, eran ciertos intereses materiales, acerca de los cuales el arzobispo no estaba dispuesto a ceder. También se deduce de dicho documento que la cruel muerte de San Juan Nepomuceno fue uno de tantos incidentes de aquella poco edificante disputa. El rey mandó asesinar a San Juan porque éste se negó a desobedecer a su superior eclesiástico.

En 1393, Wenceslao determinó fundar una nueva diócesis en Kladrau para conceder una sede a uno de sus favoritos. Con el objeto de conseguir dinero para la dotación de la nueva catedral, decidió confiscar la iglesia y las rentas

de la antigua abadía benedictina de Kladrau, en cuanto muriese el abad, que era ya muy anciano. El arzobispo Juan de Genzestein y su vicario general, San Juan Nepomuceno, se opusieron ardientemente al plan del rey. Los monjes de la abadía, por instrucciones del vicario general, eligieron nuevo abad en cuanto murió el anterior. El arzobispo y sus dos vicarios generales aprobaron tan rápidamente la elección del nuevo abad, que el rey recibió al mismo tiempo la noticia de la muerte del anterior y la elección del nuevo. Wenceslao envió a algunos de sus hombres a negociar con el arzobispo y, se llegó a un acuerdo. Pero súbitamente, por razones que desconocemos, el rey tuvo uno de sus famosos accesos de cólera y mandó llamar a los dos vicarios generales y a otros miembros del capítulo. Después de golpear en la cabeza al anciano deán Boleslao, con el pomo de su espada, el monarca condenó a todos a la tortura, pues tal vez sospechaba que se tramaba una conspiración contra él y quería arrancarles informaciones. Tan encolerizado estaba Wenceslao, que él mismo aplicó a los costados de San Juan y de su coadjutor, Nicolás Puchnik, antorchas encendidas.

Cuando el rey volvió en sí de aquel acceso de cólera, puso en libertad a las víctimas, con la condición de que no dijesen nada sobre lo que había pasado. Pero, como San Juan Nepomuceno estaba ya agonizante, Wenceslao ordenó que le matasen para evitar que se divulgara la noticia de la tortura. Los verdugos doblaron el cuerpo del santo hasta que pudieron atarle la cabeza entre sus pies (después de meterle en la boca un trapo para que no gritase) ; así le arrojaron secretamente al río Moldava, desde el puente de Karlsbrücke. El martirio tuvo lugar el 20 de marzo de 1393. El cadáver fue arrastrado por las aguas hasta la orilla, donde los vecinos lo recogieron y lo identificaron inmediatamente. Más tarde, los restos del santo fueron depositados en la catedral de San Vito, donde descansan todavía en la actualidad. En el viejo puente, una placa de metal señala el sitio desde donde el santo fue arrojado al río; sobre la placa están grabadas siete estrellas, en memoria de las que brillaban sobre las aguas del río, cuando el santo fue arrojado a ellas. San Juan Nepomuceno es el patrono principal de Bohemia. Se le invoca sobre todo contra las inundaciones y las calumnias y en favor de la buena confesión.

El artículo de *Acta Sanctorum* (mayo, vol. III) sobre San Juan Nepomuceno no es completamente fidedigno. Los bolandistas no pudieron consultar los documentos del museo de Praga y tuvieron que atenerse a los materiales tomados de fuentes poco satisfactorias que presentó el P. Balbinus para obtener la confirmación del culto. Aun en la bula de canonización se dice que el santo murió en 1383, siendo así que murió en 1393. Por otra parte, no hay ninguna razón seria para afirmar que había dos canónigos de la catedral llamados Juan y que hubo cierta confusión entre ellos. Pero esta controversia (que fue bastante violenta) es demasiado complicada para que podamos exponerla aquí. Hay un buen resumen del problema en la obrita de J. Weisskopf, *S. Johannes von Nepomuk* (1931), así como en el volumen de W. A. Frind, *Der. hl. Johannes von Nepomuk* (1929) ; pero el estudio más reciente y autorizado es el de P. de Vooght, *Jean de Pomuk*, en *Revue d'histoire ecclésiastique*, vol. XLVIII (1953), nn. 3-4, pp. 777-795. El informe de Juan de Jenstein a Roma fue descubierto en los archivos del Vaticano, en 1752, y publicado en el apéndice de la obra de M. Pelzel, *Lebensgeschichte des Römischen und Böhmischen Königs Wenceslaus*, vol. I (1788), pp. 145-164. En el *Kirchenlexikon* (vol. VI, pp. 1725-1742) hay una buena bibliografía crítica sobre los primeros escritos acerca de San Juan Nepomuceno. Véase también J. P. Kirsch, en *Catholic Encyclopaedia*, vol. VIII, pp. 467-468.

SAN ANDRES BOBOLA, Mártir (1657 p.c.)

Andrés Bobola descendía de una aristocrática familia de Polonia. Nació en 1591, en el palatinado de Sandomir y, en 1609, entró en el noviciado de la Compañía de Jesús, en Vilna, en la región de Lituania. Dicho país había sido anexado a Polonia por el matrimonio de la reina Eduviges con el duque Jagiello. Una vez ordenado sacerdote, Andrés fue nombrado predicador de la iglesia de San Casimiro de Vilna, donde su celo apostólico impresionó profundamente al pueblo. Más tarde, Andrés fue elegido superior de la casa que los jesuítas tenían en Bobrinsk y ahí se distinguió por la caridad con que asistió a los moribundos durante una terrible epidemia.

Tan pronto como fue relevado de su cargo, volvió a sus actividades de misionero, que había practicado ya durante más de veinte años. Recorrió todo el país, predicando y consiguió reconciliar con la Santa Sede a pueblos enteros de ortodoxos, además de la reforma de vida que logró entre los católicos tibios. Pero sus éxitos no dejaron de atraerle odios y persecuciones. Una de las cosas que más pena le causaron fue que, durante varios años, cuando entraba en alguna ciudad anticatólica, los padres enviaban a sus hijos a insultarle y a lanzarle piedras. A pesar de todo, el santo no dio jamás ninguna muestra de impaciencia ni profirió una sola amenaza contra los niños. En aquella época, Polonia vivía una guerra civil particularmente sangrienta, provocada principalmente por el levantamiento de los cosacos. Los jesuitas, expulsados de sus casas y sus colegios, tuvieron que refugiarse en Podlesia, en la región pantanosa formada por la confluencia de los ríos Pripet y Berezina. Ahí los recibió el príncipe Radziwill, quien les ofreció, en 1652, su castillo de Pinsk. San Andrés se dirigió allá con sus hermanos, aunque sabía muy bien lo que le esperaba en aquella región.

En mayo de 1657, los cosacos cayeron por sorpresa sobre Pinsk. El P. Bobola fue capturado cerca de Janow y volvió a Pinsk atado al caballo de un cosaco. Como se negase a abjurar de la fe, fue golpeado bárbaramente. Durante el interrogatorio que siguió, las respuestas del santo molestaron tanto a su juez, que éste desenvainó la espada y casi cortó la mano al buen religioso. En seguida le condenó a una muerte lenta. San Andrés fue conducido al matadero de los animales. Ahí, los verdugos le despojaron de sus vestiduras, le golpearon sin misericordia como a un cerdo, le cortaron la nariz y los labios y, con unas pinzas, le arrancaron la lengua hasta su nacimiento, en el cuello. San Andrés invocaba, en la tortura, a Cristo y a su Madre, lo cual no hacía sino excitar más a los verdugos, quienes finalmente le decapitaron y arrojaron su cuerpo en un basurero.

En 1730, los médicos encontraron el cadáver del santo perfectamente conservado; este hecho inexplicable tenía particular importancia en un país en que los ortodoxos veneran especialmente el fenómeno de la incorruptibilidad. El examen médico puso de manifiesto la barbarie de los perseguidores. San Andrés Bobola fue canonizado en 1938.

Véase L. Rocci, *Vita del B. Andrea Bobola* (1924); H. Beylard, *Vie... de St André Bobola* (1938); Thurston, en *Studies*, sept. de 1938, pp. 381-393. L. J. Gallagher y P. V. Donovan adaptaron al inglés (Boston, 1938) la biografía escrita por Mareschini. Los bolcheviques se llevaron a Moscú el cuerpo de San Andrés, que fue trasladado a Roma en 1922; sobre esta extraordinaria historia, véase Gallagher, en *The Month*, feb. de 1924.

17: SAN PASCUAL BAILON (1592 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano nos dice que San Pascual Bailón fue un hombre de maravillosa inocencia y vida austera, a quien proclamó la Santa Sede patrono de los congresos eucarísticos y de las confradías del Santísimo Sacramento. No podemos menos de maravillarnos de que ese humilde frailecillo, que nunca fue sacerdote, cuyos padres eran campesinos y cuyo nombre apenas era conocido en el oscuro pueblo español donde nació, presida actualmente, desde el cielo, las imponentes asambleas de los congresos eucarísticos.

Gracias al P. Jiménez, hermano en religión, superior y biógrafo del santo, poseemos bastantes noticias sobre los primeros años de su vida. Pascual nació en Torre Hermosa, en las fronteras de Castilla y Aragón, el día de Pentecostés. Como en España se llama a esa fiesta "la Pascua de Pentecostés", el niño fue bautizado con el nombre de Pascual. Los padres de Pascual, Martín Bailón e Isabel Jubera, formaban una piadosa pareja de campesinos, muy modestos; prácticamente no poseían más que un rebaño de ovejas. Pascual empezó a trabajar como pastor a los siete años, primero, al cuidado del rebaño de su padre y después al de otros rebaños. En esa ocupación trabajó hasta los veinticuatro años. Probablemente la mayor parte de los incidentes que se cuentan de él, en aquella época de su vida, son legendarios; pero hay entre ellos uno o dos que son verdaderos. Así, por ejemplo, Pascual, que nunca había ido a la escuela, aprendió solo a leer y escribir, pues ansiaba poder rezar el oficio parvo de la Virgen, que era entonces el libro de oraciones de los laicos. A pesar de que las veredas eran muy pedregosas y estaban cubiertas de cardos, Pascual no usaba sandalias; vivía muy pobremente, ayunaba con frecuencia y llevaba bajo su capa de pastor una especie de hábito religioso. Cuando no podía asistir a misa, se arrodillaba a hacer oración durante largas horas, con los ojos fijos en el lejano santuario de Nuestra Señora de la Sierra, donde se celebraba el santo sacrificio. Cincuenta años más tarde, un anciano pastor, que había conocido a Pascual en aquella época, atestiguó que más de una vez, en esas ocsaiones, los ángeles llevaron el Santísimo Sacramento al pastorcito con la hostia suspendida sobre un cáliz para que pudiese verla y adorarla. También se cuenta que San Francisco y Santa Clara se aparecieron a Pascual y le dijeron que debía ingresar en la Orden de los Frailes Menores. Más convincente que éste, es el testimonio que se refiere al escrupuloso sentido de justicia del pastorcito. El daño que sus ovejas causaban, de cuando en cuando, en las viñas y sembrados le preocupaba tanto, que insistía en compensar a los propietarios y, con frecuencia lo hacía así de su propia bolsa, aunque ganaba muy poco. Sus compañeros le respetaban por ello, pero encontraban exagerados sus escrúpulos.

A los dieciocho o diecinueve años, Pascual pidió, por primera vez, la admisión en la Orden de los Frailes Menores Descalzos. Por entonces, vivía aún San Pedro de Alcántara, el autor de la austera reforma que había poblado los conventos de monjes fervorosos. Probablemente los frailes del convento de Loreto, que no conocían a aquel joven procedente de un pueblo a trescientos kilómetros de distancia, no estaban muy seguros de su firmeza y demoraron la admisión. Algunos años más tarde, le recibieron en el convento y muy pronto comprendieron que Dios les había puesto un tesoro entre las manos. Aunque toda la comunidad vivía todavía en el fervor de los primeros años de la reforma, el her-

mano Pascual se distinguió pronto en todas las virtudes religiosas. Muy probablemente, los biógrafos del santo exageran un tanto en sus elogios. Pero la descripción que el P. Jiménez nos dejó de su amigo, tiene toda la sencillez de la verdad. La caridad de Pascual maravillaba aun a aquellos hombres tan mortificados, que compartían con él las austeridades de la vida y de la regla común. El santo se mostraba inflexible en cuestiones de conciencia. Se cuenta que un día, cuando ejercía el oficio de portero, se presentaron dos damas que querían confesarse con el padre guardián. "Dígales que no estoy", le ordenó éste. "Les diré que Vuestra Reverencia está ocupado", respondió Pascual. "No —insistió el guardián—; dígales que no estoy". Entonces el hermanito replicó humilde y respetuosamente: "Padre mío, no puedo decir que vuestra reverencia no está, pues eso sería una mentira y un pecado venial". Dicho esto, volvió tranquilamente a la portería. Estos chispazos de independencia, que iluminan de vez en cuando la monotonía de los catálogos de virtudes, nos permiten asomarnos, por momentos, a la realidad de aquella alma tan fervorosa y tan transparente.

Da gusto leer las ingenuas mañas de que el santo se valía para conseguir, de cuando en cuando, alguna cosa mejor para los pobres y los enfermos; y saber que las lágrimas asomaban a los ojos de aquel hombre austero y poco comunicativo, cuando tenía ocasión de palpar la miseria de los otros. Aunque San Pascual nunca reía, no por ello dejaba de ser alegre. Su piedad y su espíritu de penitencia no tenían nada de triste. El P. Jiménez narra que, en cierta ocasión, cuando el santo se hallaba solo en el refectorio, poniendo la mesa, uno de sus hermanos se asomó por una ventanita y le vio ejecutar una deliciosa danza frente a la estatua de la Virgen que presidía en la sala, como un nuevo "juglar de Nuestra Señora". El curioso fraile se retiró sin hacer ruido; a los pocos minutos entró en el refectorio y pronunció el saludo habitual: "Alabado sea Jesucristo", y encontró a Pascual tan radiante de alegría, que su recuerdo le estimuló en la devoción durante varias semanas. El P. Jiménez, que era nada menos que provincial de los alcantarinos en la época de mayor fervor de la reforma de San Pedro, nos dejó este autorizado testimonio: "No recuerdo haber visto jamás una sola falta en el hermano Pascual, aunque viví con él en varios de nuestros conventos y fuimos compañeros de viaje en dos ocasiones. Ahora bien, el cansancio y la monotonía de los viajes dan fácilmente ocasión de descuidarse un poco en la virtud..."

Pero el rasgo más conocido de San Pascual, por lo menos fuera de España, es su devoción al Santísimo Sacramento. Muchos años antes de que empezasen a organizarse los congresos eucarísticos y de que el santo fuese nombrado patrono de ellos, el P. Salmerón escribió una biografía titulada: "Vida del Santo del Sacramento, San Pascual Bailón". Pascual era, para sus hermanos en religión, "el Santo del Santísimo Sacramento", porque acostumbraba pasar largas horas arrodillado ante el tabernáculo, con los brazos en cruz. Ya el P. Jiménez, el primero de los biógrafos de San Pascual, decía que el santo hermanito, en cuanto tenía un momento libre, se dirigía apresuradamente a la capilla y que su mayor delicia era ayudar a una misa tras otra, desde muy temprano. Al terminar los maitines y laudes, cuando el resto de la comunidad se retiraba a dormir, San Pascual se quedaba con frecuencia arrodillado en el coro; ahí le sorprendía la aurora, dispuesto a ayudar a las misas que iban a celebrarse.

No podemos citar aquí las largas y sencillas oraciones que el santo rezaba

después de la comunión, tal como las dejó escritas el P. Jiménez. Dicho autor supone que el mismo San Pascual las había compuesto, pero la cosa no es tan clara. San Pascual tenía un "cartapacio", que él mismo se había fabricado con trozos de papel que encontró en el basurero; en él había escrito, con su hermosa letra, algunas oraciones y reflexiones que él compuso o que había encontrado en sus lecturas. Se conserva todavía uno de esos cartapacios; probablemente San Pascual tenía dos. Poco después de su muerte, algunas de las oraciones de los cartapacios llegaron a oídos del Beato Juan de Ribera, que era entonces arzobispo de Valencia. El beato quedó tan impresionado, que inmediatamente pidió una reliquia de aquel hermanito lego que había llegado a un conocimiento tan profundo de las cosas divinas. El P. Jiménez le llevó la reliquia y el arzobispo le dijo: "¡Ah!, Padre Provincial, las almas sencillas nos están robando el cielo. No nos queda más que quemar todos nuestros libros." A lo que el P. Jiménez replicó: "Señor, los culpables no son los libros sino nuestra soberbia; eso es lo que deberíamos quemar."

Según parece, San Pascual, el santo de la Eucaristía, sufrió una vez, en propia carne, los feroces ataques con que los protestantes manifestaban su odio a los sacramentos y a los católicos. Había sido enviado a Francia a llevar un mensaje muy importante al P. Cristóbal de Cheffontaines, destacado erudito bretón, que ejercía entonces el cargo de superior general de los observantes. En aquella época en que las guerras de religión estaban en su apogeo, era una locura atravesar Francia vestido con el hábito; resulta muy difícil explicarse por qué los superiores escogieron a aquel sencillo hermanito lego, que no sabía una palabra de francés. Tal vez pensaban que su sencillez y confianza en Dios era más eficaz que otros métodos diplomáticos. San Pascual desempeñó con éxito su misión, pero sufrió muchos malos tratos y, en varias ocasiones, salvó la vida casi por milagro. En una población fue apedreado por los hugonotes y recibió una herida en un hombro que le hizo sufrir toda la vida. Según cuentan casi todos sus biógrafos, empezando por el P. Jiménez, en Orleáns fue sometido a un interrogatorio acerca del Santísimo Sacramento. El santo confesó valientemente la fe y venció a sus adversarios en una disputa pública, gracias a la ayuda sobrenatural de Dios. Entonces los hugonotes le apedrearon nuevamente, pero ninguna de las piedras dio en el blanco. Confesaremos que no nos inclinamos mucho a creer que San Pascual haya realmente tomado parte en una disputa pública formal.

San Pascual murió en el convento de Villarreal, un domingo de Pentecostés, a los cincuenta y dos años de edad. Expiró con el nombre de Jesús en los labios, precisamente cuando las campanas anunciaban el momento de la consagración en la misa mayor. Inmediatamente el pueblo empezó a venerarle como santo, por los numerosos milagros que había obrado en vida y que siguió obrando en el sepulcro. Probablemente las autoridades eclesiásticas decidieron introducir rápidamente su causa por razón del número de milagros. Pascual fue beatificado en 1618, antes que el mismo San Pedro de Alcántara, quien había muerto treinta años antes que él y había reformado la orden a la que Pascual perteneció. Tal vez uno de los factores a los que se debe atribuir la rapidez de la beatificación del santo hermanito es que, en su tumba se oyeron, durante dos siglos, unos "golpecitos" que el pueblo interpretó muy pronto en un sentido portentoso. Los biógrafos del santo consagran largas páginas a los "golpecitos" y a sus interpretaciones. San Pascual fue canonizado en 1690.

Casi todos los datos que poseemos sobre San Pascual provienen de la biografía escrita por el P. Jiménez y del proceso de beatificación. En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV, hay una traducción latina, un tanto abreviada, de la biografía del P. Jiménez. Existen numerosas biografías en español, italiano y francés, como las de Salmerón, Olmi, Briganti, Beufays, Du Lys y L. A. de Porrentruy. Esta última fue traducida al inglés por O. Stainforth, bajo el título de *The Saint of the Eucharist* (1908). Véase el esbozo biográfico escrito en francés por O. Englebert (1944), y Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 177-197. Probablemente la mejor de las biografías modernas es la que escribió en alemán el P. Grotcken (1909).

SAN BRUNO, OBISPO DE WÜRZBURG (1405 P.C.)

SAN BRUNO de Würzburg era hijo de Conrado, duque de Carintia y de la baronesa Matilde, sobrina de San Bruno Bonifacio de Querfurt, el segundo apóstol de Prusia. Nuestro santo recibió el nombre de Bruno en honor de su tío abuelo. El joven, que había abrazado la carrera clerical, fue elegido obispo de Würzburg en 1033, y gobernó sabiamente su diócesis durante once años. Gastó todo su patrimonio en la construcción de la magnífica catedral de San Kilián y en la restauración de otras iglesias. Dos emperadores, que admiraban la gran erudición del santo, le escogieron por consejero. Entre los libros que escribió San Bruno, se cuentan los comentarios de la Sagrada Escritura, del Padrenuestro, del Credo de los Apóstoles y del Credo de San Atanasio. El santo obispo acompañó a Italia a su pariente Conrado II; se dice que, a raíz de una aparición del gran San Ambrosio de Milán, convenció al emperador para que levantase el sitio de Milán. El emperador Enrique III llevó consigo a San Bruno en su campaña de 1045 contra los húngaros. En Panonia, la comitiva regia pasó la noche en el castillo de Bosenburg o Porsenburg, a orillas del Danubio, frente a la actual población de Ips de Austria superior. Durante la cena se derrumbó el techo del comedor, que era muy antiguo. El emperador se salvó de morir al refugiarse bajo el marco de una ventana; pero casi todos sus acompañantes quedaron heridos o perecieron aplastados. San Bruno murió una semana más tarde, a consecuencia de las heridas. Su cuerpo fue trasladado a Würzburg y sepultado en la basílica que él había construido.

No existe ninguna biografía propiamente dicha del santo; pero se encontrará un artículo en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV. Véase también H. Bresslau, *Jahrbücher der deutsche Geschichte unter Konrad II* (1884); y J. Baier, *Der hl. Bruno von Würzburg* (1893).

18: SAN VENANCIO, MÁRTIR (¿257? P.C.)

SE CELEBRA a San Venancio en la Iglesia de occidente con misa y oficio propios el día de hoy. Tres largas lecciones del Breviario y varios himnos compuestos expresamente para su fiesta, perpetúan la fábula de este santo. Los honores que la Iglesia prodiga al joven mártir de Camerino, datan de la época de Clemente X, quien fue elegido Papa a los ochenta años (1670-1676), luego de gobernar la diócesis de Camerino durante cerca de cuarenta.

Apenas hay huellas de que en la antigüedad se haya tributado culto a este mártir. El nombre de San Venancio, que aparece relacionado con ciertas igle-

sias y reliquias, no prueba nada, ya que hubo otro San Venancio, que fue el primer obispo de Salona, en Dalmacia, en las costas del Adriático. Las actas apócrifas del mártir de Camerino dicen que San Venancio confesó la fe cristiana ante el juez; por ello fue azotado, quemado con antorchas, suspendido cabeza abajo en una hoguera; los verdugos le arrancaron los dientes y le quebraron la mandíbula; los leones no hicieron más que lamerle los pies; después de haber sido arrojado a un precipicio, sin recibir daño alguno, San Venancio fue decapitado junto con otros mártires que habían confesado la fe cristiana al verle sufrir con tanta constancia. Durante el martirio hubo varias apariciones sobrenaturales; dos de los jueces ante los que compareció el santo murieron durante el juicio; los terremotos asolaron la región, y, finalmente, se desató una pavorosa tempestad.

El texto en que se narran todos esos portentos se halla en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV (véase también mayo, vol. VII, apéndice), junto con un comentario que subraya su carácter legendario. En realidad las actas datan, a lo que parece, del siglo XII y son una imitación de las *actas*, también espurias, de San Agapito de Praeneste. Probablemente ambos documentos sufrieron la influencia de las leyendas que se habían creado sobre el mártir auténtico San Venancio de Salona. Ver Karl Bihlmeyer, en *Kirchliches Handlexikon*, vol. II, c. 2563.

SANTOS TEODOTO, TECUSA Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (¿304? P.C.)

LA LEYENDA de San Teódoto, Santa Tecusa y sus compañeros, es una simple novela piadosa que carece de fundamento histórico, como tantas otras leyendas que han alcanzado aceptación en la Iglesia del oriente y del occidente. Si dejamos de lado una serie de detalles pintorescos, podemos resumir así lo esencial de la fábula: Teódoto era un cristiano devoto y caritativo, de cuya educación se había encargado una doncella llamada Tecusa. Teódoto ejercía el oficio de posadero, en Ancira de Galacia. Durante la persecución de Diocleciano, los cristianos de dicha provincia sufrieron lo indecible por parte de su cruel gobernador. Teódoto se atrevía a visitar a los prisioneros cristianos y quemaba los cadáveres de los mártires, a riesgo de su vida. Un día, cuando transportaba los restos de San Valente, que acababa de sacar del río Halis, encontró cerca de la población de Malus a varios cristianos que poco antes había recobrado la libertad, gracias a sus buenos oficios. Los cristianos se regocijaron mucho al verle y le invitaron a comer al aire libre con ellos y con un sacerdote de la localidad, llamado Fronto. Durante la conversación, Teódoto hizo notar que aquél era un sitio ideal para construir una capilla para las reliquias de los mártires. "Sí, replicó el sacerdote; pero para ello hace falta tener, primero, las reliquias". "Construid la capilla, respondió Teódoto, que yo me encargo de conseguir las reliquias." En prueba de la seriedad de su promesa, Teódoto dio su anillo al sacerdote.

Poco después, se celebró en Ancira la fiesta anual de Artemisa y Atenea, durante la cual se sumergían en el río las estatuas de esas diosas, en tanto que las jóvenes consagradas a su culto se bañaban a la vista del público. En la prisión de Ancira había entonces siete doncellas cristianas, entre las que se contaba Tecusa. Como no pudiese vencer su constancia, el gobernador ordenó que siguieran desnudas, en una carreta abierta, la procesión de las estatuas de las dio-

sas y, si no consentían en revestir las túnicas y guirnaldas de las sacerdotisas, las condenaba a perecer ahogadas en el río. Como las doncellas se negasen, los verdugos les ataron al cuello grandes piedras y las arrojaron al río. Teódoto recogió los cuerpos de las mártires y les dio cristiana sepultura, una noche tempestuosa, en tanto que los guardias se protegían de la lluvia. Un apóstata denunció a Teódoto, el cual, después de sufrir atroces torturas, fue decapitado.

Precisamente el día del martirio de Teódoto, el sacerdote Fronto fue a Ancira con su asno a vender vino. Llegó ya de noche a la ciudad. Como las puertas estaban cerradas, aceptó gustosamente la invitación que le hicieron los soldados para pasar la noche en su campamento. En el curso de la conversación, se enteró de que los soldados estaban de guardia en el sitio donde se iba a quemar, al día siguiente, el cadáver de su amigo Teódoto. Inmediatamente les dio a beber de su vino hasta que perdieron el conocimiento; después puso en el dedo del difunto Teódoto el anillo que éste le había dado, colocó el cadáver sobre su asno y lo dejó en libertad, con la certeza de que el animal se dirigiría instintivamente a su casa. A la mañana siguiente se puso a dar voces para anunciar a todo el campamento que le habían robado su asno; así se libró de toda sospecha. Como lo había previsto, el asno transportó el cadáver a Malus, donde se edificó para las reliquias de San Teódoto la capilla que éste había proyectado construir.

La actitud de los críticos modernos respecto de la leyenda de San Teódoto simboliza el cambio que se ha operado en la hagiografía. Alban Butler, basándose en la autoridad de Ruinart, de los antiguos bolandistas y de Tillemont, atribuyó la narración del martirio de Teódoto a un tal Nilo, "que había vivido con el mártir, había sido su compañero de prisión y había sido testigo presencial de los hechos". Pero hay serias razones para pensar que Nilo no existió nunca y que la leyenda, que recuerda una narración de Herodoto, es una simple novela escrita por un autor que era más hábil que la mayoría de sus predecesores en el género. Ver Delehaye, en *Analecta Bollandiana*, vol. XXII (1903), pp. 320-328, y vol. XXIII (1904), pp. 478-479. Los textos pueden verse en la obra de P. Franchi de Cavalieri, *Studi e Testi*, n. 6 (1901), y n. 33 (1920). Véase igualmente *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV; y *Revue des questions historiques*, vol. XVIII (1904), pp. 288-291.

SAN POTAMIO, OBISPO DE HERACLEA, MÁRTIR (*c.* 340 P.C.)

SAN POTAMIO o Potamión fue obispo de Heraclea, en Egipto. San Atanasio dice que fue doblemente mártir, tanto por la cruel persecución de que fue objeto en razón de haber defendido la fe católica ante los gentiles, como por su martirio efectivo, a manos de los arrianos. El año 310, durante la persecución de Maximino Daia, San Potamio confesó valientemente la fe y quedó tuerto e inválido a consecuencia de las crueles torturas a que fue sometido. Su martirio hizo de él una de las figuras más prominentes del Concilio de Nicea (325), en el que tomó parte muy activa. Diez años después, acompañó a San Atanasio al Concilio de Tiro y defendió noblemente a ese gran paladín de la fe. Bajo el gobierno del emperador arriano Constancio, Filagrio, prefecto de Egipto, y Gregorio, el sacerdote hereje que había usurpado la sede de San Atanasio, recorrieron todo Egipto para torturar y desterrar a los ortodoxos. La principal de sus víctimas fue Potamio, quien se había atraído la enemistad de los perseguidores con su conducta intachable. Al ser arrestado le apalearon hasta darle por muerto. Los fieles de la región asistieron al santo solícitamente. San Potamio recuperó un tanto las fuerzas, pero murió poco después a resultas de las heridas.

Los datos que poseemos, tomados en su mayor parte de los escritos de San Epifanio y San Atanasio, se hallan reunidos en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV. Véase también Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. I, pp. 658-659.

SAN ERICO DE SUECIA, MÁRTIR (1161 P.C.)

CASI TODA Suecia reconoció a San Erico por rey, en 1150, y la dinastía por él fundada duró un siglo. El santo ayudó mucho al establecimiento de la fe en Suecia superior, y construyó o terminó, en Upsala, la primera gran iglesia que existió en el país. Se cuenta que, durante su gobierno, se reunieron todas las antiguas leyes y constituciones del reino en un volumen llamado "Código del Rey Erico" o "Código de Suecia Superior". San Erico tuvo que hacer frente a los gentiles finlandeses, que hacían frecuentes incursiones en su territorio y lo asolaban. El santo monarca derrotó a los finlandeses y pidió a San Enrique, obispo de Upsala, quien le había acompañado en la expedición, que se quedase a evangelizar Finlandia.

El celo de San Erico estaba lejos de agradar a algunos de sus nobles, quienes organizaron una conspiración con Magnus, el hijo del rey de Dinamarca. Un día de la Ascensión, San Erico se hallaba en la misa, cuando le avisaron que se acercaba un ejército danés, al que se habían unido algunos suecos. El monarca respondió tranquilamente: "Esperemos a que termine la misa; ya celebraremos en otra parte el resto de la fiesta." Terminado el oficio, San Erico encomendó su alma a Dios y partió a la cabeza de sus guardias al encuentro del enemigo. Los conspiradores se echaron sobre él, le derribaron del caballo y le decapitaron. Su muerte ocurrió el 18 de mayo de 1161.

San Erico no fue nunca canonizado formalmente; pero Suecia le consideró como su principal patrón hasta la época de la Reforma. La bandera de San Erico presidió todas las grandes batallas y jugó un importante papel en la historia de Suecia, como símbolo de victoria. Las reliquias del santo monarca reposan en Upsala y su efigie se halla en el escudo de armas de Estocolmo.

La principal fuente de información sobre la vida de San Erico, es la biografía que escribió, más de un siglo y medio después de la muerte del monarca, el dominico Israel Erlandson; pero muy pocas de las cosas que cuenta se hallan confirmadas en otras fuentes. Puede verse dicha biografía, con algunas notas, en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV. En el *Lexikon für Theologie und Kirche*, vol. III, c. 753, se cita a los principales autores suecos modernos que han estudiado la época de San Erico. Véase *Analecta Bollandiana*, vol. LX, p. 267.

SAN FELIX DE CANTALICIO (1587 P.C.)

FÉLIX nació en Cantalicio, cerca de Citta Ducale, en la Apulia. Sus padres eran campesinos, muy piadosos. Tan bien supieron educarle, que sus compañeros de juegos, cuando le veían acercarse, gritaban: "¡Ahí viene San Félix!" El santo pastoreaba las vacas desde niño, conducía a su rebaño a algún paraje tranquilo, donde pasaba largas horas en oración ante una cruz que había grabado en el tronco de un árbol. A los doce años entró a trabajar en la casa de un rico propietario de Citta Ducale, llamado Marco Tulio Pichi o Picarelli, quien le empleó primero como pastor y después como cultivador. Era todavía muy joven cuando aprendió a meditar durante el trabajo y pronto alcanzó un alto grado de con-

templación. Tanto en Dios como en las criaturas que le rodeaban y aun en sí mismo, encontraba abundante materia de meditación. Más tarde, un religioso le preguntó cómo podía vivir en la presencia de Dios en medio del trabajo y de las ocasiones de distracción. El santo replicó: "Todas las criaturas pueden llevarnos a Dios, con tal de que sepamos mirarlas con ojos sencillos." Su materia predilecta para la meditación era la Pasión del Señor, que no se cansaba de contemplar. Félix era tan alegre como humilde; jamás se dio por ofendido cuando alguien le injuriaba; en vez de responder groseramente, replicaba: "Voy a pedir a Dios que te haga un santo." El relato de la vida de los padres del desierto le produjo cierto deseo de seguir la vida eremítica; pero comprendió que era un género de existencia muy peligroso para él.

Todavía se hallaba en duda sobre su vocación, cuando un accidente vino a mostrarle la voluntad divina. Se hallaba un día arando un terreno con un par de bueyes nuevos, cuando su amo se acercó a él. Los animales, asustados por la presencia del propietario u otra razón, derribaron a Félix, quien trataba de contenerlos; aunque el arado le pasó por encima, el santo se levantó ileso. Para agradecer a Dios aquel milagro, Félix pidió ser admitido como hermano lego en el convento capuchino de Citta Ducale. El padre guardián, después de hablarle de la austeridad de la vida conventual, le dejó frente a un crucifijo: "Considera, le dijo, lo que el Señor sufrió por nosotros". Félix rompió a llorar, y el superior comprendió que si sentía tan intensamente la Pasión de Cristo, debía ser un alma elegida.

Félix hizo el noviciado en Antícoli. Desde los primeros meses parecía imbuído en el espíritu de su orden, pues amaba la pobreza, la humillación y la cruz. Con frecuencia rogaba a su maestro de novicios que le redoblase las penitencias y mortificaciones y le tratase con mayor severidad que a los demás, pues sus compañeros eran, según él, más dóciles y más inclinados a la virtud. Aunque estaba persuadido de que todos eran mejores que él, sus hermanos en religión le llamaban "el Santo", como lo habían hecho antaño sus compañeros de juegos. En 1545, hacia los treinta años de edad, hizo los votos solemnes. Cuatro años más tarde, fue enviado a Roma, donde durante cuarenta años, es decir, casi hasta su muerte, salió diariamente a pedir limosna para el sostenimiento de la comunidad. El oficio era muy pesado, pero San Félix se regocijaba por las humillaciones, fatigas e incomodidades que traía consigo y nada lograba distraer su pensamiento de Dios. Con la aprobación de los superiores, que tenían absoluta confianza en su discreción, ayudaba generosamente a los pobres con las limosnas que juntaba. Además, visitaba a los enfermos, a los que asistía personalmente y consolaba a los moribundos. San Felipe Neri le profesaba gran estima y gustaba de conversar con él; a manera de saludo, los dos siervos de Dios se deseaban mutuamente una participación más intensa en la Pasión de Cristo. San Carlos Borromeo envió a San Felipe Neri las reglas que había redactado para los oblatos, pidiéndole que las revisara; San Felipe se excusó de no poder hacerlo y recomendó para ello a San Félix. En vano protestó éste que jamás había hecho estudios; los superiores ordenaron que se le leyesen las reglas y que diese su opinión sobre ellas. El santo recomendó que se suprimiesen algunas disposiciones demasiado severas. San Carlos Borromeo siguió el consejo y manifestó su admiración por la prudencia que lo había dictado.

San Félix se trataba a sí mismo con increíble severidad. Siempre andaba descalzo y portaba un cilicio erizado de picos; ayunaba a pan y agua, siem-

pre que podía hacerlo sin llamar la atención y se contentaba con los mendrugos de pan que encontraba en el fondo de su alforja. Ocultaba celosamente los dones sobrenaturales que Dios le concedía; sin embargo, algunas veces, cuando ayudaba la misa, era arrebatado en éxtasis a la vista de todos y no podía responder al sacerdote. Por todo lo que veía y le acontecía, daba gracias a Dios; tan frecuentemente pronunciaba las palabras "Deo gratias", que los pilluelos de la calle le llamaban el hermano Deogracias. Cuando Félix era ya muy anciano y achacoso, el cardenal protector de la orden, que quería mucho al santo, aconsejó a sus superiores que le relevasen de su oficio; pero Félix les rogó que le dejasen seguir pidiendo limosna, diciendo que el alma se marchita cuando el cuerpo no trabaja. Dios le llamó a Sí a los setenta y dos años de edad, después de consolarle en el lecho de muerte con una visión de la Santísima Virgen. El santo obró numerosos milagros después de su muerte y fue canonizado en 1709.

Los bolandistas publicaron en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV, una selección muy abundante de los documentos del proceso de beatificación. El proceso comenzó poco después de la muerte del hermano Félix, cuando todavía vivían los testigos que le habían conocido y visto el ejemplo de sus virtudes. Existen múltiples biografías, pero todas se basan en los mismos materiales. Citaremos, entre otras, las de Juan Bautista de Perugia, Máximo de Valenza, Angelo Rossi, etc. Lady Amabel Kerr publicó en 1900 un esbozo biográfico muy aceptable, titulado *A Son of St Francis*. Véase también Léon *Auréole Séraphique*, vol. II, pp. 198-213; y *Etudes Franciscaines*, vol. XXXIII, pp. 97-109.

BEATO GUILLERMO DE TOULOUSE (1369 P.C.)

EL BEATO Guillermo de Naurose ingresó muy joven en el convento de los Ermitaños de San Agustín de su ciudad natal, Toulouse. A pesar de sus pocos años, Guillermo había avanzado ya mucho en el camino de la perfección. La triple promesa de sus votos selló su consagración a la Santísima Trinidad. Por el voto de obediencia se ofreció al Padre, a quien están sujetas todas las cosas; por el voto de pobreza, al Hijo, que se hizo pobre por nosotros; por el voto de castidad, se consagró al Espíritu Santo, esposo de la Virgen María y de todas las almas puras. Después de su ordenación sacerdotal, el beato fue a estudiar a la Universidad de París, que era entonces el principal centro de educación de la cristiandad. Al terminar sus estudios, los superiores le dedicaron al trabajo misional, en el que Guillermo se distinguió pronto como predicador y director de almas y promovió mucho la oración por las santas almas del purgatorio. En una ocasión, una rica dama le regaló cierta cantidad de oro y le suplicó que pidiese por sus parientes difuntos. El beato pronunció en voz alta la oración: "Dales, Señor, eterno descanso; haz brillar sobre ellos tu luz inextinguible y concédeles la paz." La dama quedó muy decepcionada, pues pensaba que su dinero valía más oraciones. Entonces el siervo de Dios le dijo que escribiese en un papel la oración que él acababa de pronunciar y que pusiese en un platillo de la balanza el papel y en el otro el oro que le había dado. La dama obedeció y quedó asombrada al ver que la oración pesaba más que el oro. El beato gozaba de gran fama de exorcista; sin embargo, los malos espíritus le molestaban frecuentemente; algunas veces se le aparecieron en forma visible e intentaron hacerle daño. El beato murió el 18 de mayo de 1369; su culto fue confirmado en 1893.

La breve biografía, publicada en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV, fue escrita por Nicolás Bertrand un siglo y medio después de la muerte del Beato Guillermo. También hay un breve resumen biográfico en el decreto de aprobación del culto; N. Mattioli publicó, en 1894, en italiano, una biografía corta.

19: SAN PEDRO CELESTINO V, PAPA (1296 P.C.)

NO EXISTE figura más patética en la historia de los Papas que la de Pedro di Morone, el anciano ermitaño que, a los cinco meses de pontificado, abdicó voluntariamente y murió cuando era prisionero de su sucesor. Los historiadores han juzgado de diversas maneras su abdicación. Unos alaban la humildad de Celestino V, en tanto que otros le acusan de cobardía. Dante, por ejemplo, le colocó en la antesala del infierno, por haber cometido "la gran cobardía".* La Iglesia ha sido más misericordiosa: Celestino V fue canonizado en 1313 y su fiesta se celebra en todo el occidente.

Pedro era el undécimo de los doce hijos de una pareja de campesinos. Nació hacia el año de 1210 en Isernia, en los Abruzos. Como diese muestras de excepcional inteligencia, su madre, que había quedado viuda, hizo el sacrificio de enviarle a la escuela, a pesar de la oposición de sus parientes. Pedro fue, desde niño, "diferente" a sus compañeros. A los veinte años, abandonó el mundo y se retiró a la soledad de la montaña, donde se construyó una celda tan estrecha, que apenas cabía en ella de pie o acostado. A pesar de su deseo de vivir ignorado, recibía, de cuando en cuando, la visita de algunos amigos, quienes acabaron por persuadirle a que recibiese las sagradas órdenes. Pedro se trasladó entonces a Roma, donde fue ordenado sacerdote, pero, en 1246, retornó a los Abruzos. En el camino de vuelta tomó el hábito benedictino, de manos del abad de Faizola, quien le permitió continuar su vida de anacoreta. El santo pasó cinco años en Monte Morone, cerca de Sulmona; pero, en 1251, los vecinos empezaron a talar los bosques de los alrededores y Pedro se refugió con dos compañeros en la soledad de Monte Majella. Pronto fueron a reunírsele otros discípulos. Al ver que le era imposible vivir en completa soledad, se resignó a lo inevitable y volvió a Monte Morone, a fin de presidir una comunidad de ermitaños que vivieron, al principio, en celdas separadas y construyeron, más tarde, un monasterio. Pedro redactó para su comunidad una regla muy severa, basada en la de San Benito y, en 1274, obtuvo del Papa Gregorio X la aprobación de su orden, cuyos miembros se llamaron, después, "celestinos".**

A la muerte de Nicolás IV, la cátedra de San Pedro estuvo vacante durante dos años, pues ninguno de los dos partidos rivales quería ceder. Según se cuenta, el ermitaño de Monte Morone envió a los cardenales, que se hallaban reunidos en Perugia, un mensaje en que les amenazaba con la cólera de Dios si seguían demorando la elección. Para escapar de aquel callejón sin salida, el cónclave eligió Papa a Pedro. Los cinco mensajeros que fueron a Morone a comunicarle

* *L'Inferno*, III, 58-61. Pero no es muy seguro que esos versos se refieran a San Celestino.

** No hay que confundirles con los franciscanos "Celestinos". La orden de San Celestino se extendió por toda Europa. En Francia sobrevivió hasta la Revolución.

oficialmente la noticia, encontraron al anciano (Pedro tenía ya ochenta y cuatro años) bañado en lágrimas, pues ya le había llegado la noticia de su elección. El pueblo se regocijó de tener un Papa tan santo y despegado del mundo; muchos veían en su pontificado el principio de la nueva era que había predicho Joaquín de Fiore, en la que reinaría el Espíritu Santo y las órdenes religiosas gobernarían al mundo en la paz y el amor. Se dice que doscientas mil personas se reunieron en Aquila para aclamar al nuevo Papa, quien llegó a las puertas de la catedral montado en un borrico, cuyas bridas llevaban el rey de Hungría y el rey de Nápoles, Carlos de Anjou.

Pero, una vez pasadas la consagración y la coronación, se vio claro que Celestino V no estaba preparado para el oficio pontifical. Su ingenuidad le convirtió en instrumento del rey Carlos, quien, naturalmente, le utilizó en su favor y aun le convenció de que trasladase su residencia a Nápoles. El Papa ofendió profundamente a los cardenales italianos al negarse a volver a Roma y al crear trece nuevos cardenales, casi todos favorables a los intereses franco-napolitanos. Por otra parte, Celestino V sabía muy poco latín y apenas conocía el derecho canónico, lo cual le llevó a cometer muchos errores. El movimiento rigorista de los "Spirituali" le consideraba como un enviado del cielo, lo mismo que los cazadores de puestos honoríficos, pues el buen Papa daba a todos cuanto le pedían y llegó incluso a otorgar el mismo beneficio a varios individuos. La confusión que todo esto creó fue inaudita.

Desasosegado y perdido en su propio palacio, Celestino V mandó que le construyesen una celda en el interior de él. Al acercarse el adviento, propuso retirarse definitivamente a dicha celda y dejar que tres cardenales se encargasen del gobierno; pero sus consejeros le hicieron ver que eso equivalía, prácticamente, a crear tres Papas rivales. Consciente de su fracaso, desalentado y abrumado por el cansancio, Celestino empezó a cavilar sobre la manera de renunciar a aquella carga insoportable. Aunque la abdicación no tenía precedentes en la historia, el cardenal Gaetani y otros sabios a quienes consultó, le dijeron que era lícita y aun aconsejable, en ciertas circunstancias. El rey de Nápoles y algunos otros elementos se opusieron tenazmente; a pesar de ello, el 13 de diciembre de 1294, en un consistorio que tuvo lugar en Nápoles, San Celestino leyó una solemne declaración de abdicación, en la que alegaba su edad, su ignorancia, su incapacidad y sus maneras y lenguaje de hombre inculto. Inmediatamente después, se quitó las vestiduras pontificias y volvió a revestir el hábito. En seguida, postrándose ante la asamblea, pidió perdón por sus errores y exhortó a los cardenales a repararlos lo mejor posible, mediante la elección de un digno sucesor de San Pedro. La asamblea, muy conmovida, aceptó su renuncia y el santo anciano se retiró gozoso a su convento de Sulmona.

Pero la paz no iba a durar mucho. El cardenal Gaetani, que había sido elegido para sucederle con el nombre de Bonifacio VIII, tuvo que hacer frente a la oposición de un fuerte partido y pidió al rey de Nápoles que enviase a Roma a su predecesor, cuya popularidad podía ayudarle a vencer la oposición. Celestino, al saber la noticia, trató de escapar cruzando el Adriático; pero fue hecho prisionero al cabo de algunos meses de andar errabundo por los bosques. Bonifacio le encerró en una reducida habitación del castillo de Fumone, en las cercanías de Anagni. Ahí murió Celestino V diez meses más tarde, el 19 de mayo de 1296. Se cuenta que acostumbraba decir: "Lo único que yo he deseado en este mundo es una celda y eso es lo que me han dado".

El cuerpo de San Celestino descansa en la iglesia de Santa María del Colle, en Aquila, en los Abruzos, donde había sido consagrado obispo y Papa.

El artículo de Mons. Mann sobre San Celestino en el vol. XVII de *Lives of the Popes in the Middle Ages*, pp. 247-341, vale por muchos libros. Mons. Mann hace notar que las fuentes más importantes sobre San Celestino son una breve colección de documentos pontificios (el "Registrum" oficial se ha perdido), el *Opus Metricum* del cardenal Jacobo Gaetani de Stefaneschi, y los materiales biográficos publicados por los bolandistas modernos, en *Analecta Bollandiana*, vols. IX, X, XVI y XVIII. Véase también F. X. Seppelt, *Monumenta Celestiniana* (1921); B. Cantera, *S. Pier Celestino* (1892); G. Celidonio, *Vita di S. Pietro del Morrone* (1896); y J. Hollnister, *Die Autobiographie Celestins V*, en *Römische Quartalschrift*, vol. XXXI (1923), pp. 29-40. La novela de John Ayscough (Mons. Bickerstaffe-Drew), *San Celestino*, es un estudio muy sutil del infortunado Papa.

SANTOS PUDENCIANA y PUDENTE, MÁRTIRES (Siglos I o II)

EL 19 de mayo se lee en el Martirologio Romano: "En Roma, la conmemoración de Santa Pudenciana, virgen, la cual, después de innumerables trabajos y de haber enterrado a muchos mártires y distribuido todos sus bienes entre los pobres, pasó finalmente a recibir el premio celestial. En la misma ciudad, la *conmemoración de San Pudente, senador, padre de la susodicha virgen, que recibió* de manos de los Apóstoles la túnica inmaculada del bautismo y la conservó sin mancha hasta que Dios le llamó a recibir la corona." Los historiadores discuten si San Pudente se identifica con el personaje del mismo nombre (mencionados en 2 Tim. IV, 21.) En todo caso, está fuera de duda que hubo en Roma, en los primeros tiempos de la Iglesia, un cristiano llamado Pudente, que regaló un terreno para la construcción de una iglesia, que se llamó, primero, "Ecclesia Pudentiana" o "Titulus Pudentis"; más tarde, por mera confusión, el pueblo empezó a llamarla "Ecclesia Sanctae Pudentianae" e inventó la historia de que Santa Pudenciana había sido hija de Pudente y mártir también. Con el tiempo, el nombre de Pudenciana se transformó en Potenciana. A fines del siglo VIII, empezaron a correr las "actas" apócrifas de las santas Pudenciana y Práxedes, según las cuales, ambas vírgenes eran hermanas, hijas de Pudente; Pudenciana tenía dieciséis años al morir. Probablemente el autor de las "actas" unió los nombres de Santa Pudenciana y Santa Práxedes porque encabezan la lista de las vírgenes cuyos cuerpos fueron trasladados de las catacumbas a la iglesia de Práxedes, por el Papa Pascual I (817-824).

Los bolandistas publicaron las *actas* de Santa Pudenciana en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV. Una comisión nombrada por Benedicto XVI para revisar el Breviario, declaró que esas actas eran legendarias y no merecían crédito alguno. Todavía se discuten muchos puntos sobre Pudente, Pudenciana y Práxedes; Delehaye resume la discusión en CMH, p. 263, y cita a los autores principales. Ver también Marucchi, en *Nuovo Bullettino di arch, crist.*, vol. XIV (1908), pp. 5-125.

SANTOS CALOCERO y PARTENIO, MÁRTIRES (304 P.C.)

LOS DOS hermanos Calócero y Partenio, a quienes la Iglesia venera juntos el día de hoy, eran eunucos del séquito de Trifonia, la esposa del emperador Decio y desempeñaban respectivamente los oficios de "praepositus cubiculi" y de "primicerius". Ambos practicaban abiertamente el cristianismo. Al estallar

la persecución, sufrieron el martirio por haberse negado a ofrecer sacrificios a los dioses. Según las pretendidas "actas" de estos mártires, que carecen de valor histórico, Calócero y Partenio eran originarios de Armenia y habían venido del oriente en compañía de cierto cónsul llamado Emiliano. A la muerte de éste, Calócero y Partenio quedaron al servicio de su hija Calixta o Anatolia, quien había recibido en herencia los bienes de su padre y repartió una parte de ellos entre los pobres. Los mártires comparecieron ante Decio, acusados de ser cristianos y de haber dilapidado la herencia de Anatolia. Como defendiesen y confesasen valientemente la fe, el juez los condenó a ser quemados en vida; pero, como salieron ilesos de las llamas, fueron rematados a mazazos. Anatolia les dio sepultura en el cementerio de Calixto.

Existen dos textos de las actas. Uno se halla en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV, y el otro, en *Analecta Bollandiana*, vol. XVI (1897), pp. 240-241. De Rossi atribuye mayor importancia a esta última recensión y sitúa el martirio en el año 250; pero Delehaye respondió en forma satisfactoria a todos los argumentos de De Rossi, en *Analecta Bollandiana*, vol. XLVI (1928), pp. 50-55; véase también CMH., del mismo autor, pp. 261-262.

SAN DUNSTANO, ARZOBISPO DE CANTERBURY (988 P.C.)

SAN DUNSTANO, el más famoso de los santos anglosajones, nació hacia el año 910, en las cercanías de Glastonbury, en el seno de una noble familia muy relacionada con la casa reinante. Estudió las primeras letras en Glastonbury, bajo la dirección de profesores irlandeses. Después fue enviado a la corte del rey Athelstan, cuando era todavía un niño. Debido a su apego por el estudio, algunos envidiosos le acusaron de que practicaba la magia y consiguieron que fuese expulsado de la corte; no contentos con ello, sus enemigos le hicieron caer en un pantano cuando salía de la ciudad. El santo se refugió en casa de su tío, San Alfegio el Calvo, obispo de Winchester. Para entonces ya había recibido la tonsura y su tío le exhortó a abrazar la vida religiosa. Dunstano se resistió durante algún tiempo; pero, en cuanto sanó de una enfermedad de la piel que él había confundido con la lepra, tomó el hábito religioso y fue ordenado sacerdote por su santo tío. Dunstano se dirigió entonces a Glastonbury, donde se construyó una celda junto a la iglesia; ahí se consagró a la oración, el estudio y al trabajo manual. Este último consistía en la fabricación de campanas, vasos sagrados para la iglesia y en la copia de libros y miniaturas. Dunstano era también muy buen músico y tocaba el arpa. Según un artículo del abad Cuthbert Butler ("Downside Review", 1886), todavía se conserva la música original de una o varias de las composiciones de San Dunstano. El himno "Kyrie Rex splendens" es particularmente famoso.

Edmundo, el sucesor del rey Athelstan, llamó de nuevo a San Dunstano a la corte. El año 943, para agradecer a Dios que le hubiese librado de la muerte durante una partida de cacería en Cheddar, el rey nombró a San Dunstano abad de Glastonbury, no sin haber oído antes las quejas de los enemigos del santo. Dicho nombramiento inauguró una época de renovación de la vida monástica en Inglaterra y los historiadores lo consideran como un momento crucial de la vida religiosa de ese país. El nuevo abad emprendió al punto la reconstrucción de muchos monasterios y de la iglesia de San Pedro. Introdujo algunos monjes entre los clérigos que residían ahí y consiguió así que mejorase la disciplina religiosa, sin grandes dificultades. Además, convirtió la abadía en un

gran centro del saber. La reforma de los monasterios se extendió de Glanstonbury a otras regiones, gracias sobre todo a la actividad de San Etelwoldo de Abingdon y de San Oswaldo de Westbury.

Después de seis años y medio de gobierno, el rey Edmundo fue asesinado. Su hermano Edredo le sucedió en el cargo. El nuevo monarca hizo de San Dunstano su principal consejero. El santo inició entonces una política vigorosa e intuitiva, en la que había de insistir toda la vida; sus tres grandes principios eran: la reforma de las costumbres, la propagación de la observancia regular para contrarrestar la negligencia del clero secular y la unificación del país, mediante la paz con los daneses. San Dunstano llegó a ser el jefe de un movimiento muy popular en el centro y el norte de Inglaterra; pero ello le creó numerosos enemigos entre aquellos cuyos vicios denunciaba y entre los nobles anglosajones, cuyas miras políticas no coincidían con las del santo. Edredo murió el año 955. Le sucedió en el trono su sobrino Edwy, joven de dieciséis años, quien se levantó de la mesa del banquete el día de su coronación para ir a reunirse con una joven llamada Elgiva. San Dunstano le reprendió seriamente por ello y el joven monarca no olvidó la reprimenda. El partido de la oposición hizo caer en desgracia a San Dunstano, quien hubo de partir al destierro después de la confiscación de sus bienes. Se refugió entonces en Flandes, donde, por primera vez, entró en contacto con el movimiento monástico del continente europeo, que se hallaba en la plenitud de su vigor. La concepción benedictina iba a ser para Dunstano una fuente de inspiración en sus empresas posteriores. El destierro no fue muy largo. En Inglaterra estalló una rebelión que derrocó a Edwy y entronizó a su hermano Edgardo.

El nuevo monarca llamó inmediatamente a San Dunstano y le confió primero la sede de Worcester y después la de Londres. A la muerte de Edwy, en el año de 959, todo el reino se unió bajo el gobierno de Edgardo y San Dunstano fue nombrado arzobispo de Canterbury. El santo fue a Roma a recibir el palio y el Papa Juan XII le nombró legado de la Santa Sede. San Dunstano se dedicó entonces a restablecer enérgicamente la disciplina eclesiástica, con el apoyo del rey y la ayuda de San Etelwoldo, obispo de Winchester y la de San Oswaldo, obispo de Worcester y arzobispo de York. Los tres santos prelados restauraron la mayoría de los grandes monasterios que habían sido destruidos por los daneses y construyeron otros nuevos. Por otra parte, no se mostraron menos celosos de la reforma del clero, muchos de cuyos miembros llevaban una vida mundana y escandalosa y hacían caso omiso de la ley del celibato. Cuando el clero secular se mostraba recalcitrante, San Dunstano lo sustituía por el clero regular. Igualmente hizo entrar por el buen camino a los laicos que desempeñaban puestos de responsabilidad, pues no se detenía en consideraciones de respeto humano. Cuando el rey Edgardo cometió un crimen atroz, el santo arzobispo le sometió a una penitencia larga y humillante. San Dunstano fue el principal consejero de Edgardo durante los dieciséis años de su reinado, y todavía ejerció su influencia durante el corto reinado del siguiente monarca, Eduardo el Mártir. La muerte de este joven príncipe fue un rudo golpe para San Dunstano, quien, el año 970, coronó a Etelredo, hermanastro de Eduardo y predijo las calamidades que se iban a desatar bajo su reinado.

Ahí terminó la carrera política de San Dunstano, quien se retiró a Canterbury y abandonó totalmente los asuntos temporales. Siempre había protegido la educación y, en los últimos años de su vida, iba de vez en cuando a dar

clases y a contar historias a los estudiantes de su catedral. Uno de ellos fue, más tarde, sacerdote y escribió la biografía del santo; ignoramos su nombre, pues sólo firmó su obra con la inicial B. El recuerdo del santo arzobispo permaneció vivo en la memoria de su grey; muchos años después, los niños pronunciaban todavía el nombre del "buen Padre Dunstano" para librarse de los salvajes castigos corporales que se acostumbraban en aquella época. El día de la Ascensión del año 988, San Dunstano, que estaba ya muy enfermo, celebró la misa y predicó tres veces a su grey para anunciarle su próxima muerte. Por la tarde, fue a la catedral y escogió el sitio de su sepultura. Dos días después, murió apaciblemente.

San Dunstano es el patrono de los herreros y los joyeros. La habilidad con que trabajaba el metal dio origen, en el siglo XI, a la leyenda de que un día había pellizcado con unas pinzas de joyero la nariz del diablo. El historiador Armitage Robinson consideraba esa leyenda como "la ruina de la reputación de Dunstano", porque había hecho olvidar al pueblo que se trataba de "uno de los creadores de Inglaterra". Los benedictinos ingleses y varias diócesis británicas celebran la fiesta del santo.

Stubbs trabajó incansablemente para publicar lo extraído de las principales fuentes sobre la vida de San Dunstano, en un volumen de la *Rolls Series* titulado, *Memorials of St Dunstan* (1874). Existen razones de peso para creer que Stubbs se equivocó al situar el nacimiento de San Dunstano el año 924. Véase sobre este punto a E. Bishop y L. Toke, en *The Bosworth Psalter* (1908), pp. 126-143. Cf. Dom. D. Pontifex, *The First Life of Dunstan,* en *The Downside Review,* vol. 51 (1933), pp. 20-40 y 309-325; Armitage Robinson, *The Times of St Dunstan* (1923). Además de las fuentes principales, como *Acta Sanctorum,* la *History of England* de Lingard y *Anglo-Saxon England,* de Stenton, hay que citar los artículos que sobre las costumbres monásticas publicó Dom. T. Symons, en la *Downside Review,* a partir de 1921. Ver también D. Knowles, *The Monastic Order in England* (1949), pp. 31-56 y passim; T. Symons, *Regularis Concordia* (1954). Existen ciertos indicios de que San Dunstano no se retiró nunca totalmente de la política.

SAN IVON o IVES DE KERMARTIN (1303 P.C.)

SAN IVÓN Hélory, patrono de los juristas, nació en Kermartin, cerca de Tréguier de Bretaña, donde su padre era señor feudal. A los catorce años, Ivón fue a estudiar a París. Diez años después, había ya obtenido títulos en filosofía, teología y derecho canónico en las mejores escuelas. Entonces se trasladó a Orléans a estudiar derecho civil bajo la dirección del célebre jurista Pedro de la Chapelle. Desde sus años de estudiante, San Ivón empezó a practicar la mortificación y sus austeridades aumentaron con el tiempo. Vestía una camisa de cerdas, se abstenía de la carne y del vino, ayunaba a pan y agua durante la cuaresma, el adviento y otros períodos de penitencia y, las pocas horas que consagraba al descanso, las pasaba recostado en un colchón de paja, con una piedra por almohada. Cuando volvió a Bretaña, al terminar sus estudios, el archidiácono de Rennes le nombró juez del tribunal eclesiástico. En el ejercicio de su cargo, San Ivón protegió a los huérfanos, defendió a los pobres y administró justicia con tal imparcialidad y bondad que aun aquellos a quienes castigaba le tenían afecto.

Al poco tiempo, el obispo de Tréguier, Alán de Bruc, reclamó los servicios del santo, quien volvió a su tierra natal para ejercer de nuevo el oficio de juez. Su bondad le ganó ahí el título de "el abogado de los pobres." No contento

con hacerles justicia en su propio distrito, Ivón se trasladaba con frecuencia a otras cortes a defenderlos, a menudo pagaba los gastos de sus clientes y los visitaba en la prisión. Aunque existía la costumbre de hacer costosos regalos a los jueces, el santo se negó siempre a aceptarlos. Hacía lo posible por reconciliar a los enemigos y los exhortaba a dirimir sus querellas, sin recurrir a la corte; así consiguió evitar que muchas personas tuviesen que pagar los gastos tan costosos de los procesos.* San Ivón había recibido en Rennes las órdenes menores; en 1284, fue ordenado sacerdote y se le concedió el beneficio de Trédrez. Tres años más tarde, renunció al oficio de juez y consagró los últimos quince años de su vida al trabajo parroquial, primero en Trédrez y después en una parroquia más importante de Lovannec.

San Ivón construyó un hospital, donde asistía personalmente a los enfermos. Con frecuencia se despojaba de sus ropas para darlas a los pobres. En una ocasión, se enteró de que un vagabundo había pasado toda la noche acurrucado junto a la puerta de su casa; a la noche siguiente, San Ivón cedió al vagabundo su lecho y se fue a dormir junto a la puerta. Se mostraba tan solícito del bienestar temporal de sus feligreses, como de su bienestar espiritual y no perdía la ocasión de instruírlos. Con frecuencia predicaba en otras iglesias, además de la suya y lo hacía en tres lenguas: latín, francés y bretón. Las gentes acudían en todos sus litigios al arbitraje de San Ivón, al que se atenían fielmente por lo general. Inmediatamente después de la cosecha, San Ivón repartía entre los pobres el grano que había recogido, o una cantidad de dinero equivalente a su valor. Una vez, alguien le aconsejó que almacenase la cosecha para obtener más tarde un precio mayor por ella; pero el santo replicó: "Nadie me asegura que voy a vivir tanto tiempo". A principios de la cuaresma de 1303, la salud de Ivón empezó a debilitarse, pero no por ello dejó de practicar las mortificaciones acostumbradas. La víspera de la Ascensión, predicó todavía y celebró la misa, aunque estaba ya tan débil, que no podía tenerse en pie sin que le sostuvieran. Después de la misa, el santo se recostó y recibió los últimos sacramentos. Murió el 19 de mayo de 1303, a los cincuenta años de edad. Fue canonizado en 1347.

Los datos sobre la vida de San Ivón Hélory son particularmente abundantes. En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV, los bolandistas publicaron la mayor parte de los documentos reunidos, veintiocho años después de la muerte de Ivón, para el proceso de canonización. A. de la Borderie los reeditó, con otros documentos suplementarios, en *Monuments Originaux de l'Histoire de S. Yves* (1887). Se hallarán algunos otros materiales en *Analecta Bollandiana*, vol. VI y VII. Véase también BHG., nn. 4625-4637. Existen varias biografías de tipo popular, como, por ejemplo, la de C. de la Roncière (1925) en la colección *Les Saints*. Ver A. Masseron, *S. Ives d'après les témoins de sa vie* (1952).

SAN TEOFILO DE CORTE (1740 P.C.)

BLAS DE Signori, el futuro San Teófilo, nació en Corte, localidad de la isla de Córcega. Era el hijo único de una aristocrática pareja. Sus padres fomentaron hasta cierto punto, la piedad del niño, ya que le permitían invitar los domingos

* Tal es el origen de los famosos versos: "Sanctus Ivo erat Brito —Advocatus, et non latro—, Res miranda populo." ("San Ivo era bretón y abogado; a pesar de ello, no era ladrón, cosa que llamaba mucho la atención del pueblo". Digamos de paso que, aunque los abogados tienen más ocasiones que otros profesionales de cometer injusticias, no son generalmente menos honrados que los otros profesionales.

a sus camaradas para rezar con ellos y repetir el sermón de la mañana. Pero, cuando Blas huyó de la casa, a los quince años, para tomar el hábito en un convento capuchino, sus padres no le permitieron quedarse ahí. Sin embargo, como Blas persistiese en su deseo de abrazar la vida religiosa, sus progenitores acabaron por concederle, luego de dos años de insistencia, el permiso de tomar el hábito franciscano en su ciudad natal. Blas tomó en religión el nombre de Teófilo y estudió filosofía y teología en Corte, en Roma y en Nápoles. En 1700, recibió la ordenación sacerdotal y fue nombrado profesor de teología en la casa de retiros de Civitella, donde se hizo íntimo amigo del Beato Tomás de Cori. En 1705, sus superiores le enviaron a predicar misiones al pueblo y el santo, venciendo su timidez natural, se consagró enteramente a la tarea de evangelizar a sus compatriotas.

Pronto dio muestras de poseer dones oratorios excepcionales, ya que su predicación movía tanto a los cristianos tibios como a los pecadores más endurecidos. A su elocuencia, añadía la santidad de su vida y los milagros que Dios obraba por su intercesión. Nombrado guardián de Civitella, se ganó el cariño y la veneración de sus súbditos. En 1730, sus superiores le enviaron a Córcega para que fundase ahí una o varias casas como la de Civitella. A pesar de todas las dificultades, San Teófilo consiguió fundar una casa en Luani, donde se practicaba la misma pobreza y austeridad que en la de Civitella. Cuatro años después, volvió a Italia, donde fundó otras dos casas: una en Toscana y otra en Fucechio. Ese mismo año, fue a Roma a dar testimonio para la beatificación de Tomás de Cori. Impresionó tan profundamente al obispo de Nicotera, quien estaba encargado del proceso, que el prelado dijo poco después: "He interrogado a un santo acerca de otro santo". San Teófilo murió en Fucechio, el 20 de mayo de 1740. La multitud que acudió a venerar su cuerpo en la iglesia, fue inmensa; todos le besaban las manos y se llevaban un trocito del hábito, de suerte que fue necesario volver a vestir el cadáver con un hábito nuevo. San Teófilo fue canonizado en 1930.

Puede verse el breve de batificación, que incluye un resumen biográfico, en *Analecta Ecclesiástica,* vol. IV (1896), pp. 5-7. En francés existe la excelente biografía del P. Abeau, *Vie du B. Théophile de Corte* (1896), que pasa de las cuatrocientas páginas. El P. Dominichelli utilizó los archivos de los franciscanos de la observancia en su obra, *Vita del B. Teofilo da Corte* (1896). Otra extensa biografía italiana es la de A. M. Paiotti (1930). Más breve es la obra de M. P. Anglade, *Une page d'histoire franciscaine* (1931).

BEATO ALCUINO, ABAD (804 P.C.)

CON FRECUENCIA se atribuye a Alcuino el título de beato y su nombre aparece en el Martirologio Benedictino y en algunos calendarios antiguos. Probablemente nació en York, hacia el año 730, en el seno de la noble familia a la que pertenecía San Wilibrordo. En el año 767, se le confió la dirección de la escuela de la catedral de York, en la que él mismo se había educado. Alcuino no era un gran creador, pero supo conservar y propagar la cultura y atraer a numerosos estudiantes. El más notable de ellos fue San Ludgero, el apóstol de Sajonia. Bajo la dirección de Alcuino, se organizó perfectamente la biblioteca y la escuela de York alcanzó el alto nivel de las de Jarrow y Canterbury.

Por aquella época, Alcuino hizo tres viajes a Roma. El año 781, aceptó la invitación de Carlomagno para residir en la corte y se convirtió en el consejero

del emperador en asuntos eclesiásticos y pedagógicos. En los años 786 y 790, fue de nuevo a Inglaterra. Después se estableció definitivamente en Francia y Carlomagno le nombró abad de San Martín de Tours. No consta con certeza que Alcuino haya sido monje y, de las órdenes sagradas, sólo recibió el diaconado; pero Carlomagno le concedió los beneficios de las abadías de Ferrieres, Troyes y Corméry. Como director de la escuela de la corte de Aquisgrán y en otras ciudades, donde tuvo varios discípulos ingleses, Alcuino convirtió la corte en un centro de cultura e impulsó a Carlomagno a promover la educación en todo el reino. También la abadía de San Martín de Tours llegó a ser un centro educativo famoso en todo el occidente. Ahí murió Alcuino, el 19 de mayo de 804.

Como teólogo, Alcuino se distinguió en la lucha contra el adopcionismo (herejía que sostenía que Cristo era sólo hijo adoptivo del Padre) ; dejó varios comentarios sobre la Sagrada Escritura. Su influencia sobre la liturgia romana se deja todavía sentir en nuestros días. Pero Alcuino se distinguió, sobre todo, en el campo de la educación, ya que fue el principal puente entre la cultura durante la época de San Beda, en Inglaterra, y la renovación cultural del continente europeo, bajo Carlomagno. Alcuino fue por excelencia "el maestro de su época" y, como tal, se consagró con gran entusiasmo a propagar el saber. Algunas de sus obras estaban destinadas a servir de textos (no siempre muy buenos) en las escuelas. Actualmente, los más famosos de sus escritos son sus cartas; se conservan unas trescientas, la mayor parte de las cuales están dirigidas a Carlomagno y a los amigos que Alcuino tenía en Inglaterra. La correspondencia de Alcuino pone de manifiesto la sencillez y moderación de su autor y constituye una fuente importante para el estudio de la historia de su época.

Existe una biografía basada en el testimonio de Sigulfo, discípulo de Alcuino; puede verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV, pp. 335-344. La bibliografía sobre Alcuino es muy abundante. Cf. Stubbs, en DCB.; Bernet, en DTC.; W. Levison, *England and the Continent in the Eighth Century* (1946) ; A. T. Drane, *Christian Schools and Scholars* (1867) ; C. J. B. Gaskoin, *Alcuin* (1904) ; E. M. Wilmot-Buxton, *Alcuin* (1922) ; y E. S. Duckett, *Alcuin* (1951). Las obras de Alcuino se hallan en Migne, PL., vols. C y CI. La mejor edición de sus cartas, es la de *Monumenta Alcuiniana*, ed. Jaffé et al. (1873).

BEATO AGUSTIN NOVELLO (1309 P.C.)

MATEO DE Termini o de Taormina, en Sicilia, tomó en religión el nombre de Agustín Novello. Después de una brillante carrera en Bolonia, donde estudió y enseñó leyes, llegó a ser canciller del rey Manfredo. Dicho monarca pereció en la batalla de Benevento. En la misma batalla Mateo recibió tales heridas, que sus compañeros le abandonaron al creerlo muerto. Mateo prometió entonces consagrarse enteramente al servicio de Dios si salía con vida de aquel trance. En cumplimiento de su promesa, ingresó como hermano lego en la orden de los Ermitaños de San Agustín, sin identificarse. En una ocasión en que el convento se vio envuelto en un proceso muy complicado, Agustín se ofreció a redactar un informe; lo hizo en forma tan clara, inteligente y persuasiva, que el abogado de la otra parte exclamó, según se dice: "Este informe es obra de un ángel o de un demonio, o quizás de Mateo de Termini; pero Mateo murió en la batalla de Benevento". El mismo abogado manifestó su deseo de conocer al autor del informe; al reconocer en el monje Agustín a Mateo, felicitó al superior porque contaba entre sus hijos a un jurista tan distinguido. Agustín acompañó

al Beato Clemente Osimo a Roma, donde ambos redactaron las constituciones de la orden. El Papa Nicolás IV nombró a Agustín penitenciario de la corte pontificia y Bonifacio VIII le envió de legado a Siena. El beato fue elegido prior general de su orden en 1298; pero dos años más tarde, renunció al cargo y se retiró a la ermita de San Leonardo, que él mismo había construido cerca de Siena. Ahí murió el 19 de mayo de 1309.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. IV, hay una biografía escrita, según se dice, por un contemporáneo del santo. Ver también *Analecta Augustiniana*, vol. IV (1908), p. 326 ss, y vol. VI (1910), pp. 120-133. Existen, además, varias biografías de tipo popular, como la de P. Sanfilippo (1835).

20: SAN BERNARDINO DE SIENA (1444 P.C.)

SAN BERNARDINO nació en la Massa Marittima de Toscana, donde su padre, que pertenecía a la noble familia sienesa de los Albizeschi, ejercía el cargo de gobernador. Bernardino quedó huérfano de padre y madre antes de cumplir los siete años. Una tía materna de Bernardino, junto con su hija, se encargó de su educación; ambas mujeres, que eran excelentes, le educaron piadosamente y le quisieron como a un hijo. A los once o doce años, Bernardino ingresó en una escuela de Siena, donde cursó brillantemente los estudios que hacían en aquella época los jóvenes de su posición. Bernardino era muy bien parecido y tan simpático, que todos estaban contentos en su compañía. Pero no soportaba las blasfemias: en cuanto oía a cualquiera profanar el santo nombre de Dios, se le encendían las mejillas y reprendía implacablemente al blasfemo. Cierta vez en la que un compañero suyo intentó inducirle al vicio, Bernardino le golpeó violentamente en el rostro; en otra ocasión semejante, incitó a sus compañeros a arrojar piedras y lodo al vicioso. Pero, fuera de aquellas ocasiones en que se indignaba justamente, Bernardino era pacífico y bondadoso y, precisamente, durante toda su vida se distinguió por su afabilidad, paciencia y cortesía.

A los diecisiete años, ingresó en una cofradía de Nuesrta Señora, cuyos miembros se comprometían a practicar ciertos ejercicios de piedad y a cuidar a los enfermos. Desde entonces empezó a practicar también severas mortificaciones corporales. En 1400, estalló en Siena una violenta epidemia de peste. Entre doce y veinte personas morían diariamente en el famoso hospital de Santa María della Scala y la mayor parte de los enfermeros cayeron víctimas de la epidemia. Bernardino se ofreció entonces a tomar la dirección del establecimiento, junto con otros jóvenes a los que había convencido de que debían sacrificar la vida, si era necesario, para asistir a los enfermos. La ciudad aceptó los servicios de los piadosos jóvenes, quienes trabajaron incansablemente durante cuatro meses, día y noche, bajo la dirección de Bernardino. El santo, que asistía personalmente a los enfermos y los preparaba para la muerte, supervisaba también el trabajo de sus compañeros y miraba por el orden y la limpieza del hospital. Varios de sus compañeros murieron durante la epidemia; Bernardino escapó milagrosamente del contagio y retornó a su casa cuando desapareció el mal; pero estaba tan agotado, que una fiebre le clavó en el lecho durante varios meses.

Cuando se rehizo, un deber de caridad le esperaba en el seno de su familia. Una tía suya, llamada Bartolomea, había perdido la vista y no podía levantarse de la cama. Bernardino se consagró a cuidarla con el mismo celo que a las víctimas de la epidemia. Catorce meses más tarde, Dios llamó a sí a la inválida, que murió en los brazos de su sobrino. Libre ya de todos los lazos terrenos, Bernardino se entregó a la oración y el ayuno para averiguar lo que Dios quería de él. Poco después tomó en Siena el hábito franciscano. Pero, como sus amigos y conocidos insistiesen en ir a visitarle al convento, el joven novicio recabó de sus superiores el permiso de retirarse al convento de Colombaio, en las afueras de la ciudad, donde se observaba la regla de San Francisco en todo su rigor. Ahí hizo sus votos, en 1403. Exactamente un año más tarde, el día de la Natividad de la Virgen, que era también el aniversario de su propio nacimiento, de su bautismo y de su toma de hábito, recibió la ordenación sacerdotal.

Poco sabemos de la vida de Bernardino durante los doce años siguientes. Predicaba de vez en cuando; pero la mayor parte del tiempo vivía retirado. Dios le preparaba poco a poco para su doble misión de apóstol y reformador. Cuando llegó la hora fijada por Dios, Bernardino conoció la voluntad divina de un modo singular. Un novicio del convento de Fiésole, en el que se hallaba Bernardino, le advirtió durante tres días consecutivos al terminar los maitines: "Hermano Bernardino, no ocultes más los dones que Dios te ha concedido. Ve a Lombardía, donde todos te esperan". Tanto Bernardino como sus superiores vieron en aquello una señal de la voluntad divina y obedecieron. El santo inició su carrera apostólica en Milán. Llegó ahí a fines de 1417; aunque nadie le conocía en la ciudad, su elocuencia y su celo empezaron pronto a reunir enormes multitudes. Cuando terminó de predicar la cuaresma, el pueblo le exigió la promesa de que volvería, antes de dejarle partir a predicar en otras regiones de Lombardía. Al principio, Bernardino tenía cierta dificultad en hacerse oír desde el púlpito; pero su voz se hizo, paulatinamente, más clara y penetrante gracias a la intercesión de la Santísima Virgen, a quien Bernardino invocaba con fervor.

Resulta imposible seguir al santo en todas sus misiones, ya que predicó en toda Italia, excepto en el reino de Nápoles. Viajaba siempre a pie; con frecuencia predicaba durante varias horas seguidas y pronunciaba varios sermones en un día. En las ciudades de cierta importancia tenía que hablar al aire libre, pues no había iglesia con capacidad para las multitudes que acudían a oírle. En todas partes aconsejaba la penitencia, ponía al descubierto los vicios más difundidos y propagaba la devoción al Santo Nombre de Jesús. Al terminar sus sermones, exponía a la veneración del pueblo un cuadro en el que estaban pintadas las siglas I.H.S. rodeadas por rayos; exhortaba al auditorio a implorar la misericordia divina y les daba la bendición con el cuadro. En los sitios en que había pleitos reconciliaba a los enemigos y los instaba a sustituir los escudos de los güelfos y de los gibelinos, que se hallaban generalmente sobre las puertas de las casas, por las iniciales del nombre de Jesús. En Bolonia, donde los juegos de azar se practicaban con entusiasmo, el santo predicó con tal éxito, que los habitantes renunciaron al juego y quemaron las cartas y los dados en público. Un fabricante de barajas se quejó de que el santo le había privado de su único medio de subsistencia; San Bernardino le aconsejó que fabricase estampas con las siglas del nombre de Jesús y el comerciante hizo con ello más dinero que con las barajas. En toda Italia se comentaba el éxito de las misiones de San Ber-

nardino y se hablaba de las conversiones, de las restituciones de bienes robados, de la reparación de las injurias y de la reforma de las costumbres. Sin embargo, no faltaba quien se opusiera a la predicación del santo y se le acusaba de fomentar las prácticas supersticiosas. Sus enemigos llegaron a acusarle ante el Papa Martín V, quien le prohibió predicar temporalmente. Pero, después de un detenido examen de la doctrina y conducta de Bernardino, el mismo Pontífice le autorizó a predicar en todas partes. En 1427, Martín V propuso a San Bernardino la sede de Siena; pero el santo se negó a aceptarla y lo mismo hizo, más tarde, con las diócesis de Ferrara y Urbino. Para excusarse de aceptar, alegó que si se limitaba a una sola diócesis, tendría que abandonar a muchas almas.

Sin embargo, en 1430, tuvo que dejar el trabajo misional, al ser nombrado vicario general de los frailes de la estricta observancia. Dicho movimiento de la Orden de San Francisco había comenzado a mediados del siglo XIV en el convento de Brogliano, entre Camerino y Asís, pero no logró imponerse sino hasta la época de San Bernardino, quien fue su segundo fundador y organizador. Cuando éste tomó el hábito, sólo había en Italia unos trescientos frailes de la observancia; cuando murió, había ya más de cuatro mil. En todas las misiones del santo se le reunía un grupo de jóvenes que le pedían la admisión en su orden, y se le hacían ofrecimientos para la fundación de conventos de la observancia. Por consiguiente, nada tenía de extraño que la orden hubiese confiado oficialmente al santo la tarea de consolidar la reforma. San Bernardino desempeñó su oficio con tal prudencia y tacto, que muchas comunidades de la rama conventual se adhirieron espontáneamente a la rama de la observancia. Los primeros observantes despreciaban la ciencia y las riquezas; pero San Bernardino, que no ignoraba los peligros de la incultura, especialmente en una época en que se solicitaba a los observantes para que actuasen como confesores, les impuso la obligación de seguir un curso regular de teología y derecho canónico. El santo poseía una cultura considerable, como se ve por los sermones latinos que compuso en Capriola y por el hecho de que, en el Concilio de Florencia, habló a los delegados griegos en su idioma.

Por importante que fuese la tarea que se le había canfiado, San Bernardino añoraba el trabajo apostólico directo, que consideraba como su verdadera vocación. Finalmente, en 1442, obtuvo del Papa la autorización de renunciar al oficio de vicario general. Inmediatamente empezó a misioner en Romaña, Ferrara y Lombardía. El santo, cuya salud se había debilitado mucho, parecía un cadáver; sin embargo, el único lujo que se permitió fue el de emplear un borrico para sus viajes. En 1444, predicó en Massa Marittima durante cincuenta días consecutivos una misión cuaresmal para exhortar a sus compatriotas a conservar la paz en la ciudad. También aprovechó la ocasión para despedirse de su pueblo natal. Aunque estaba ya moribundo, continuó su trabajo apostólico y emprendió un viaje a Nápoles, sin dejar de predicar en el camino. Al llegar a Aquila, estaba ya exhausto. Ahí murió en el claustro de los conventuales, el 20 de mayo de 1444, víspera de la Ascensión. Estaba a punto de cumplir sesenta y cuatro años, de los cuales había pasado cuarenta y dos en religión. Fue sepultado en Aquila, y Dios honró su tumba con numerosos milagros. Fue canonizado seis años después de su muerte.

Existen muchas biografías latinas antiguas de San Bernardino; se hallan enumeradas en detalle en BHL., nn. 1188-1201. En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. v, están publicadas algunas de ellas y hay extractos de otras. También los estudios modernos sobre la vida

y la obra de San Bernardino son muy numerosos. La primera edición de la biografía escrita por P. Thureaus-Dangin apareció en 1896. Dignas de mencionarse son también las obras de K. Hefele, en alemán (1912); A. G. Ferrers Howell, en inglés (1913); V. Facchinetti (1933), y Piero Bargellini (1933), ambas en italiano. Abundan las obras excelentes. En los tiempos modernos se han descubierto y publicado muchos nuevos documentos; cf. *Archivum Historicum Franciscanum*, sobre todo vols. VI, VIII, IX, XII, XV, etc. Quien desee una bibliografía más detallada la encontrará en las obras de B. Stasiewski, *Der Hl. Bernardin von Siena* (1931), y V. Facchinetti, *Bullettino Bibliografico* (1930). El esbozo biográfico de M. Ward, *St Bernardino, the People's Preacher* (1914), es muy agradable. En el año de 1944, quinto centenario de la muerte del santo, se publicaron muchos libros sobre él, particularmente en italiano. En *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1953), pp. 282-322, hay una biografía.

SAN TALALEO, MÁRTIR (¿284? P.C.)

SEGÚN LA leyenda, San Talaleo era médico y atendía gratuitamente a los enfermos; los griegos le llamaban por ello "el misericordioso" y le clasificaban entre los santos "desinteresados". El Martirologio Romano dice que San Talaleo fue martirizado en Edesa, ciudad de Siria; pero en realidad su martirio tuvo lugar en Aegae, en Cilicia. Se cuenta que el santo había nacido en el Líbano, que era hijo de un general romano y que practicó la medicina en Anazarbus. Cuando estalló la persecución de Numeriano, Talaleo se refugió en un olivar, donde fue capturado. Conducido a la costa de Aegae, fue arrojado al mar atado de pies y manos, no obstante lo cual, alcanzó a llegar con vida a la costa, pero fue ahí decapitado. Por lo menos así es como cuentan la historia las "actas" griegas, que carecen de todo valor histórico. Se ha asociado a San Talaleo con muchos otros mártires; entre ellos se cuentan Alejandro y Asterio, quienes fueron los soldados encargados de la ejecución del mártir o, por lo menos, presenciaron su martirio.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. v, hay dos versiones griegas y una armenia. F. C. Conybeare tradujo esta última al inglés en *Apology and Acts of Apollonius*... (1894). Delehaye (*Origines du Culte des Martyrs*, p. 165) prueba que no hay razones para dudar de la historicidad del martirio de Talaleo y que su culto es muy antiguo.

SANTA BASILA o BASILISA, VIRGEN Y MÁRTIR (304 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano dice que Santa Basila era una doncella emparentada con la familia imperial y que fue martirizada en Roma a mediados del siglo III. Desde su niñez, sus padres la prometieron en matrimonio a un patricio llamado Pompeyo; pero después de su conversión al cristianismo, Basila se negó a casarse, porque se había consagrado al Señor desde el momento de su bautismo. Pompeyo la denunció ante el emperador Galieno, quien dio a escoger a Basila entre el matrimonio o la muerte por la espada. La santa escogió esto último y fue decapitada en la Vía Salaria. Probablemente, los detalles de esta narración y, en particular, la mención de Galieno en el siglo III, son totalmente erróneos. En 1654, se descubrió en la catacumba de San Ciriaco una tumba en la que había una placa con el nombre de Basila, una hoja de palma y una paloma; como es bien sabido, la palma y la paloma simbolizan el martirio y la virginidad. Los huesos que se hallaron en dicha tumba fueron trasladados con gran pompa al hospital de Bayeux, en Normandía; pero probablemente no se trata de los restos de la santa del siglo III, sino de alguna otra mártir desconocida.

No existen las actas de Santa Basila. Su nombre aparece mencionado de paso en la *Pasión de Santa Eugenia*, que es un documento sin valor. Sin embargo, está fuera de duda que el martirio de la santa es auténtico. La *Depositio Martyrum* sitúa el martirio de Santa Basila en el año 304. En las catacumbas se han descubierto varias inscripciones, en las que se invoca a la santa y su nombre se halla también en el *Hieronymianum* en el día de hoy. Pero la *Depositio Martyrum* dice que su martirio tuvo lugar el 22 de septiembre.

SAN BAUDILIO, MÁRTIR (¿380? P.C.)

EN FRANCIA y en España se han dedicado muchas iglesias a San Baudilio, cuya tumba fue, en una época, uno de los más famosos santuarios de la Provenza. Sin embargo, sabemos muy poco sobre la vida del santo, excepto que fue martirizado en Nîmes. Ni siquiera es posible determinar con certeza la fecha de su martirio. Algunos autores lo sitúan en el año 187, otros en el 297 y otros, a fines del siglo IV. Según sus "actas", que constituyen una mera leyenda, San Baudilio, que era casado, había llegado de un país extranjero a evangelizaı el sur de las Galias. Un día en que se celebraba en Nîmes una fiesta en honor de Júpiter, el santo habló a la multitud sobre la verdad del cristianismo y la falsedad del paganismo. Inmediatamente fue arrestado y decapitado. San Gregorio de Tours, que escribió en el siglo VI, menciona numerosos milagros obrados en la tumba del santo y dice que su culto se halla extendido por toda la cristiandad. San Baudilio es el principal patrono de Nîmes, cuyos habitantes le llaman Baudille.

Véase *Acta Sanctorum*, mayo, vol. v. En BHL., nn. 1043-1047, se enumeran otros textos latinos. El *Hieronymianum* conmemora en este día a San Baudilio. El comentario de Delehaye prueba que su culto es muy antiguo.

SAN AUSTREGISILO o AUSTRILLO, OBISPO DE BOURGES (624 P.C.)

EL JOVEN Austregisilo, hijo de un noble venido a menos, gozaba de gran fama en la corte del rey Guntramno, en Chalon-sur-Saône. Víctima de las calumnias, San Austregisilo fue condenado a batirse en duelo con su acusador para demostrar su inocencia. Su adversario murió poco antes del combate como consecuencia de una caída del caballo y el pueblo vio en ello una prueba providencial de la inocencia del joven. El hecho movió a Austregisilo a poner en práctica su proyecto de retirarse del mundo. Así pues, cuando el rey le propuso que contrajese matrimonio, el santo respondió: "Si me toca en suerte una mujer buena, tendré miedo de perderla y si me toca en suerte una mujer mala, desearé una mejor." San Austregisilo fue ordenado sacerdote por su amigo San Eterio, quien le nombró abad de Saint-Nizier, en Lyon. Sus milagros y su prudencia en el gobierno de la abadía le ganaron gran fama. En 1612, fue elegido obispo de Bourges y gobernó esa diócesis hasta su muerte, ocurrida doce años después. Uno de sus discípulos fue San Amando, quien llego a Bourges cuando era muy joven y vivió en una celda cercana a la catedral, bajo la dirección del obispo.

En MGH., *Scriptores Merov.*, vol. IV, pp. 188-208, hay una edición crítica de la biografía publicada antes en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. v. B. Krusch descarta la opinión de que el autor de esa biografía era contemporáneo de San Austregisilo y afirma que la

obra fue compuesta unos dos siglos más tarde. Véase también Duchesne, *Fastes Épiscopaux*, vol. I, p. 29.

SAN ETELBERTO, MÁRTIR (794 P.C.)

LA CATEDRAL de Hereford está dedicada a la Santísima Virgen y a San Etelberto. Dicho santo, cuyo martirio es muy dudoso, fue hijo y sucesor del rey Etelredo en el trono de Inglaterra oriental. Deseoso de perpetuar su dinastía, el joven monarca fue a la corte del rey Offa, en Sutton Walls, de Herfordshire, a pedir la mano de la princesa Alfreda.

Según la leyenda, el rey Offa recibió a Etelberto en forma cortés, en apariencia; pero, unos días después, contrató esbirros para que le asesinaran a traición, "por razones de Estado". Los cronistas de Saint Alban's, para salvaguardar el buen nombre de su presunto fundador, atribuyen el asesinato a Cinetirta, la esposa de Offa. Los asesinos enterraron a toda prisa el cadáver de Etelberto en las riberas del río Lugg, a la altura de Marden, e hicieron desaparecer a puntapiés la cabeza cortada del difunto. Gracias a una visión, los restos del joven monarca fueron descubiertos después y depositados en una "hermosa iglesia" de Hereford. Se dice que la cabeza se halla enterrada en la abadía de Westminster.

Uno de los milagros obrados por Etelberto tuvo lugar en "Bellus Campus". Se trata indudablemente de Belchamp-Otten, en Essex, cuya parroquia está dedicada a San Etelberto y a todos los santos. Las diócesis de Cardiff (incluyendo Herefordshire) y Northampton celebran la fiesta de este "mártir".*

El relato de John Brompton, cuya autoridad es muy discutible, se halla en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. v. Según parece, los bolandistas pudieron consultar también una copia de un relato manuscrito, debido a la pluma de Giraldo Cambrensis, que fue destruido en un incendio, en 1731. Sin embargo, existe un manuscrito posterior de dicha biografía en la biblioteca del Trinity College, de Cambridge (B. II. 16); dicho manuscrito fue publicado en *English Historical Review*, vol. XXXII (1917), pp. 222-236. En el mismo número de esa revista, M. R. James publicó una *pasión* anónima (Corpus Christi College, Cambridge, MS. 308), que es probablemente "la más antigua versión que ha aparecido hasta el presente de la historia de San Etelberto tal como se cuenta en Hereford". La descripción de ésta y otras fuentes puede verse en James, loc. cit., pp. 214-221. Las anotaciones de Edmund Bishop en el calendario inglés del *Menology* de Stanton demuestran que el culto que se tributa a San Etelberto como mártir data de muy antiguo. San Etelberto es uno de los santos representados en las pinturas del Colegio Inglés de Roma. Véase también el relato de W. B. MacCabe, *A Catholic History of England*, vol. I, pp. 683-697; dicha obra no merece el olvido en que ha caído. Cf. el apéndice de la obra de A. T. Bannister, *The Cathedral Church of Hereford*, pp. 109-114; y R. M. Wilson, *The Lost Literature of Medieval England* (1952), pp. 106-108.

BEATA COLUMBA DE RIETI, VIRGEN (1501 P.C.)

EN LAS crónicas de Perugia hay numerosas alusiones a la Beata Columba. Era ésta una terciaria de la Orden de Santo Domingo. La santidad y los dones espirituales de la beata eran tan extraordinarios, que la ciudad la consideraba como su protectora y las autoridades acudían a solicitar su intercesión en los mo-

* Es difícil determinar en qué se basaron los autores del siglo pasado para elegir los santos del propio de las diócesis inglesas.

mentos de peligro y perplejidad. Columba no había nacido en Perugia, sino en Rieti, donde sus padres se ganaban modestamente la vida con el tejido y la confección de vestidos. La niña era tan bella, que sus padres la bautizaron con el nombre de Angiolella; pero, en el momento del bautismo, una paloma fue a posarse sobre la cabeza de la beata, a la que se llamó desde entonces Columba. Con los años, crecieron su belleza y sus virtudes. Unas religiosas de Santo Domingo le enseñaron a leer y le inculcaron la devoción al santo patrón y a Santa Catalina de Siena, quienes se le aparecieron varias veces durante su vida para alentarla y dirigirla. Columba se consagró en secreto a Dios a los diez años de edad. Y así, cuando sus padres quisieron casarla con un joven muy rico, ella se cortó la cabellera y declaró que pertenecía totalmente a Jesucristo. Desde entonces se entregó a la penitencia, sin dejarse ver, en lo posible, por ojos de hombres a imitación del ejemplo de Santa Catalina de Siena. Después de un éxtasis que duró cinco días, durante los cuales estuvo como muerta, Columba podía describir los sitios de Palestina que había visitado en espíritu. A los diecinueve años, una vez que tomó el hábito de terciaria de Santo Domingo que tanto había deseado, Columba salió de su retiro y emprendió lo que podríamos llamar su vida pública.

Un ciudadano de Rieti, condenado a muerte por asesinato, fue perdonado gracias a la intercesión de la beata. Columba fue a visitarle en la prisión, le ayudó a hacer una buena confesión y le predijo que no sería ejecutado. Así sucedió, en efecto, pues el indulto llegó momentos antes de cumplirse la sentencia. La fama de la beata no hizo sino aumentar a causa de los milagros que obraba y de los rigurosos ayunos que practicaba. En Viterbo y en Narni curó a unos posesos; los habitantes de esta última ciudad trataron de retener a Columba por la fuerza, pero logró escapar. Sin embargo, no habría de permanecer mucho tiempo en Rieti. Dios le reveló que la tenía destinada a otro sitio y Columba partió furtivamente, por la madrugada y sin el hábito religioso. Empezó a peregrinar sin rumbo fijo. Al llegar a Foligno, las autoridades la detuvieron, creyendo que se trataba de una fugitiva y comunicaron la noticia a los padres de Columba. Acompañada por su padre, su hermano y una matrona de edad avanzada, la beata pudo continuar finalmente su misterioso viaje, que la llevó a Perugia, que era entonces la ciudad más tumultuosa de Italia. La beata se hospedó con otras terciarias en una humilde vivienda y el pueblo empezó a buscarla inmediatamente, pues sin duda su fama la había precedido. Todos la recibían con los brazos abiertos; no sólo los pobres, sino también los ricos y aun la familia Baglioni, que estaba entonces en el poder. Pero algunas personas piadosas, entre las que se contaban frailes franciscanos y dominicos, miraban con cierto recelo a aquella joven de la que se decía que era capaz de vivir sin otro alimento que unas cuantas fresas silvestres y que tenía frecuentes éxtasis. El P. Sebastián Agnelli, quien más tarde fue el confesor y el biógrafo de la beata, no era el que menos desconfiaba de ella, en los primeros tiempos. En el libro que escribió confiesa humildemente el escepticismo con que recibió la noticia de que Columba había resucitado a un niño: “Esperad diez años —dijo al joven César Borgia, quien proponía que se echasen a vuelo las campanas para

celebrar el suceso—. Dentro de diez años, si su conducta está a la altura de sus milagros, sabremos si tenemos a una santa entre nosotros". Pero los habitantes de Perugia eran menos escépticos y propusieron a la beata construirle un convento. El 1o. de enero de 1490, Columba y algunas de sus compañeras hicieron los votos religiosos de la tercera orden de Santo Domingo. Algunos años después, durante una epidemia de peste, la beata gozaba ya de tal fama, que las autoridades fueron a pedirle consejo y organizaron, a instancias suyas, una serie de procesiones penitenciales. Muchos enfermos sanaban con sólo tocar a Columba, ya en el hospital del convento, donde los asistía personalmente con sus religiosas, ya fuera de él. Columba se había ofrecido a Dios como víctima; así pues, cuando la epidemia cedió, la beata contrajo una forma particularmente virulenta del mal. Ella misma atribuyó su curación a Santa Catalina de Siena, en cuyo honor las autoridades decretaron que se celebrase anualmente una procesión; así se hizo durante cien años. En las feroces discordias que dividieron a Perugia, Columba trabajó como un ángel de paz; en una ocasión avisó a las autoridades que el enemigo se preparaba a caer sobre la ciudad y de ese modo pudo evitarse aquel ataque por sorpresa.

Cuando el Papa Alejandro VI fue a Perugia, pidió expresamente una entrevista con Columba. Tan bien impresionado quedó que más tarde envió a su tesorero a consultar a la beata sobre ciertos planes secretos. La respuesta de Columba fue muy dura, aunque nunca se supo en qué consistió concretamente. Pero Lucrecia Borgia, la hija de Alejandro VI, no compartía el entusiasmo de su padre y se convirtió en enemiga de la beata cuando ésta se negó a recibirla. Probablemente fue Lucrecia Borgia quien desató la persecución contra Columba, al acusarla de practicar la magia y al publicar en Roma un decreto que la privaba de confesor. Columba no pronunció una sola palabra de queja y esperó, pacientemente, a que los ataques perdiesen su fuerza por sí mismos. Hacia el fin de su vida, las enfermedades la hicieron sufrir mucho, pero siguió interesándose por la ciudad tanto como antes. En su lecho de muerte exhortó a las autoridades que habían ido a vistarla, a conservar la caridad cristiana y a hacer justicia a los pobres. Murió a los treinta y cuatro años, en la madrugada de la fiesta de la Ascensión de 1501. Los magistrados organizaron sus funerales por cuenta de la ciudad y todo el pueblo asistió a ellos.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. v, se hallará la biografía latina, escrita por el confesor de la beata, el dominico Sebastián degli Agnelli. Se trata prácticamente del único documento procedente de fuentes de la Orden de Predicadores, ya que la obra publicada en 1521 por el P. Leandro Alberti, es simplemente una traducción del texto latino del P. degli Agnelli. Hemos de confesar que, en dicha biografía hay muchos puntos que llaman la atención y que quisiéramos hubiesen sido tratados de otra manera. La Beata Columba no ha sido canonizada, pero su culto fue confirmado en 1627. Con miras a dicha confirmación, se presentó a la Sagrada Congregación de Ritos un sumario biográfico y un catálogo de milagros; véase *Acta Sanctorum.* Empleando esas fuentes, D. Viretti publicó en 1777 su *Vita della B. Colomba da Rieti,* que tradujo al inglés el P. Faber en 1847 (*Oratorian Series*). La mejor de las biografías modernas de este interesante personaje es la de Ettore Ricci, *Storia della B. Colomba da Rieti* (1901). Véase también M. C. de Ganay, *Les Bienheureuses Dominicaines* (1913), pp. 305-354; y Procter, *Dominican Saints*, pp. 133-136.

21: BEATO BENVENUTO DE RECANATI (1289 P.C.)

LA VIDA del Beato Benvenuto de Recanati es poco pintoresca. Nació en Recanati, pueblecito de las montañas de la Marca de Ancona, a cierta distancia de Loreto e ingresó en el convento de los franciscanos conventuales de su pueblo natal. Se distinguió sobre todo por su piedad y humildad, que le hacía buscar siempre los más bajos oficios. Con frecuencia era arrebatado en éxtasis después de la comunión; en tales casos perdía toda sensibilidad corporal. En una ocasión, al volver en sí de un arrobamiento, el hermano Benvenuto cayó en la cuenta de que se le había pasado la hora de preparar la comida de sus hermanos; pero al entrar en la cocina vio con sorpresa que los ángeles le habían suplido en el trabajo. Los comensales declararon ese día que jamás habían comido mejor. Entre otras gracias sobrenaturales, el hermano Benvenuto tuvo la dicha de tener en sus brazos al Niño Jesús, según se cuenta. Su muerte ocurrió el 5 de mayo de 1289. Pío VII confirmó el culto de este santo hermano lego.

En el artículo que consagra al beato el P. Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 175-176, hace notar que los cronistas de la orden consignaron muy pocos detalles de su vida. La revisión de las crónicas de Mazzara y Marcos de Lisboa confirma esta afirmación.

BEATO CRISPIN DE VITERBO (1750 P.C.)

LOS ROMANOS profesan gran devoción al Beato Crispín de Viterbo, cuyas reliquias reposan en uno de los altares laterales de la iglesia de la Inmaculada Concepción, en Roma. Su madre le inculcó, desde niño, la filial devoción de la Santísima Virgen que le caracterizó toda su vida. Su nombre de bautismo era Pedro. Estudió las primeras letras en el colegio de los jesuitas y, en seguida, entró a trabajar en el taller de un tío suyo que era zapatero. Atraído por la orden seráfica obtuvo, a los veinte años, la admisión en el convento de los capuchinos de Viterbo, donde tomó el nombre de Crispín en honor del patrono de los zapateros. El maestro de novicios de Paranzana vaciló en abrirle las puertas del claustro pues era muy delgado y pequeño; pero el provincial, que ya le había admitido, dio la orden de recibirle. Según se vio más tarde, el hermano Crispín era capaz de desempeñar todos los oficios; él mismo se llamaba *asno* y quería que todos le considerasen como una bestia de carga. En Viterbo fue jardinero y cocinero; en Tolfa, donde fue enfermero durante una epidemia, obró varias curaciones milagrosas.

Después de una corta estancia en Roma, fue enviado a Albano y más tarde a Bracciano. También ahí curó a muchos enfermos durante otra epidemia. En Orvieto, donde estaba encargado de pedir limosna para el convento, el pueblo le quería mucho. Cuando los superiores decidieron enviar a otra parte al hermano Crispín, las amas de casa cerraron la puerta a su sucesor; como el convento vivía de las limosnas de los habitantes, el guardián tuvo que restituir al beato a su puesto. El buen hermanito pasó sus últimos años en Roma, donde todavía se recuerdan sus profecías, sus multiplicaciones del pan y sus sabias máximas. Algunas de éstas han llegado hasta nosotros. Crispín murió a los ochenta y dos años de edad, el 19 de mayo de 1750. Fue beatificado en 1806.

Existe una *Vita del B. Crispino da Viterbo,* anónima, publicada con motivo de su beatificación. Entre las biografías francesas se distinguen las de Ildephonse de Bard (1889) y Pie de Langogne (1901); entre las italianas, las de P. Pacilli (1908) y Paolo di Campello (1923). Véase Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 280-285.

22: SANTOS CASTO y EMILIO, MÁRTIRES (250 P.C.)

EN SU obra sobre "Los Lapsos", San Cipriano habla con cariño del caso de dos cristianos africanos, Casto y Emilio. Durante la feroz persecución de Decio, estos dos cristianos cedieron bajo la presión de la tortura, pero después se arrepintieron y conquistaron por el fuego la corona del martirio. Eso es todo lo que sabemos sobre su vida y las circunstancias de su martirio. Los nombres de estos santos aparecen en varios martirologios antiguos. San Agustín, en un sermón que predicó el día de su fiesta, dice que flaquearon, como San Pedro, por haber confiado demasiado en sus propias fuerzas.

El Calendario de Cartago, que data a lo más de mediados del siglo V, menciona los nombres de estos mártires. Ver *Acta Sanctorum,* mayo, vol. V, y CMH.

SANTA QUITERIA, VIRGEN Y MÁRTIR (¿Siglo V?)

EN EL sur de Francia y en el norte de España hay muchas iglesias dedicadas a Santa Quiteria, a quien se profesa todavía gran devoción en el Aire y la Gascuña. Ahí se conservaron sus reliquias hasta que fueron profanadas por los hugonotes. Sin embargo, aunque el nombre de esta santa aparece en el Martirologio Romano, no la menciona ninguno de los calendarios antiguos. La tradición popular afirma que era hija de un príncipe de Galicia y que huyó de su casa porque su padre quería obligarla a casarse y abjurar de la fe. Los hombres que su padre envió a perseguirla, la condujeron a Aire y ahí la decapitaron. Muchos detalles de esta leyenda, que en una época fue muy popular, están tomados de la conocida fábula del rey Catilio y de la reina Calsia. Lo único que sabemos a ciencia cierta sobre Quiteria, es su nombre y la existencia de su culto. Generalmente se la representa con un perro, por lo que el pueblo la invoca contra los ataques de los perros rabiosos. En Portugal, donde también se venera a la santa, la leyenda ha tomado una forma muy diferente. Se dice que las reliquias de Quiteria se hallan en Portugal.

Los bolandistas modernos se inclinan a aceptar la tradición de Aire, basándose sobre todo en las investigaciones del P. A. Degert, quien publicó en la *Revue de Gascogne,* vol. XLVIII (1907), pp. 463-469, los más antiguos textos de la vida de esta mártir. Ver en la misma revista los vols. XLVI (1905), pp. 333-337 y XLIV (1903), pp. 293-309; y *Analecta Bollandiana,* vol. XXVII (1908), p. 457. La forma más común de la leyenda de la santa puede verse en A. Breuils, *Les légendes de Sainte Quitterie* (1892).

SAN ROMAN (*c.* 550 P.C.)

CUANDO el joven San Benito, que acababa de abandonar el mundo, vagaba por las fragosas laderas de Monte Subiaco, encontró a un santo monje llamado Román, que vivía en uno de los monasterios de los alrededores. San Benito

abrió su corazón al anciano y le contó que quería ser ermitaño. Román no sólo le alentó en su buen propósito, sino que le mostró una cueva de difícil acceso para que viviese en ella. Durante tres años San Román fue el único testigo de la vida de San Benito, sin decir una palabra a nadie. Según la leyenda, durante las invasiones de los vándalos, San Román se trasladó a Auxerre de Francia, donde fundó el monasterio de Fontrouge, en el que murió. Las ciudades de Auxerre, Sens y Vareilles pretenden poseer una parte de las reliquias del santo.

El Martirologio Romano hace el elogio de San Román en esta fecha. En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. v, hay un largo e imaginativo relato de la vida y milagros del santo, escrito a mediados del siglo XI por Gisleberto de Vareilles. Cf. C. Leclerq, *Vie de S. Romain* (1893).; aunque dicha biografía no es muy crítica, hay en ella datos interesantes sobre el culto de San Román en la Galia.

SANTA JULIA, Mártir (¿Siglo VI?)

Muchos martirologios occidentales mencionan el nombre de esta mártir de Córcega. Según opinan los bolandistas, Julia fue martirizada en el siglo V o VI por los piratas sarracenos. Las "actas" legendarias de Santa Julia se basan en una tradición posterior, que embellecen con muchos detalles imaginarios. Lo esencial se reduce a esto: Julia era una noble doncella de Cartago. Cuando Genserico tomó la ciudad, en 439, fue vendida como esclava a Eusebio, un mercader pagano originario de Siria. Julia llevó una vida ejemplar y supo servir con tanto esmero a su amo, que éste la llevó consigo en un viaje que hizo a las Galias para vender productos del oriente. El navío en que hicieron la travesía atracó en las costas de Córcega. Eusebio bajó a tierra para asistir a un festival pagano, mientras Julia, que había condenado abiertamente la conducta de su amo, se quedó en el navío. Félix, el gobernador de la isla, interrogó a Eusebio acerca de la esclava que se había atrevido a insultar a los dioses; Eusebio confesó que era cristiana, pero dijo al gobernador que no podía prescindir de los servicios de una esclava tan fiel y habilidosa. Félix le ofreció cuatro de sus mejores esclavas a cambio de Julia, pero Eusebio replicó: "Todas vuestras posesiones no valen los servicios que ella me presta." Sin embargo, el gobernador aprovechó la circunstancia de que Eusebio había bebido demasiado y mandó traer a Julia para obligarla a ofrecer sacrificios a los dioses. Así pues, propuso a la santa la libertad, con tal de que sacrificase. Julia se negó indignada y proclamó que no deseaba otra libertad que la de seguir en el servicio de su Señor Jesucristo. Esta respuesta enfureció al gobernador, quien ordenó al punto que la golpeasen en el rostro y le arrancasen de raíz los cabellos; después mandó que la crucificaran. Según se cuenta, unos monjes de la isla de Giraglia rescataron el cadáver de Julia, que fue trasladado a Brescia, el año 763. Santa Julia es la patrona de Córcega y Liorna. Esta última ciudad pretende poseer una parte de sus reliquias.

Existen dos textos de la "pasión de Santa Julia", uno de los cuales se halla reproducido íntegramente en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. v. Su nombre aparece en el *Hieronymianum*, lo cual constituye un poderoso indicio en favor de la existencia histórica de la santa, como lo hace notar Delehaye en su comentario. Véanse en particular las dos obras de Mons. Lanzoni: *Diocesi d'Italia*, pp. 685-686, y *Revista Storico-Critica*, vol. vi (1910), pp. 446-543.

SANTA HUMILDAD, Viuda (1310 p.c.)

La fundadora de las religiosas de Valleumbrosa nació en Faenza de la Romaña, en 1226. Sus padres, que eran ricos y nobles, le dieron el nombre de Rosana, porque tenían familia en la población del mismo nombre. Pero en la historia se la conoce con el nombre de Humildad, el que tomó al entrar en religión. Cuando tenía quince años, sus padres la obligaron a contraer matrimonio con un noble de la región, llamado Ugoletto. Era éste tan frívolo, como su joven esposa era devota. Rosana tuvo la desgracia de perder a sus dos hijos poco después de recibir el bautismo. Durante nueve años hizo lo posible por ganarse el amor de su esposo, sin conseguirlo. Al cabo de ese período, Ugoletto contrajo una enfermedad que le puso a las puertas de la muerte; cuando recobró la salud, los médicos le aconsejaron que, en adelante, viviese con su esposa como un hermano. Poco después, ambos entraron en los monasterios gemelos de Santa Perpetua, en las afueras de Faenza: Ugoletto en calidad de hermano lego y Rosana como religiosa de coro.

Humildad tenía entonces veinticuatro años. Pronto cayó en la cuenta de que, la vida en aquella comunidad no era tan solitaria y austera como la que *ella deseaba; así pues, se retiró primero a un convento de* Clarisas Pobres y después a una celda que le construyó un pariente, al que había curado de una dolorosa enfermedad en los pies. La celda se hallaba situada junto a la iglesia de San Apolinar. Santa Humildad podía seguir la misa y recibir la comunión a través de una ventanita. Según parece, dicha iglesia estaba atendida por unos religiosos que dependían de la abadía de San Crispín de Valleumbrosa. De acuerdo con el ceremonial acostumbrado, el abad de San Crispín asistió a la enclaustración solemne de Santa Humildad. A partir de entonces, la santa llevó una vida de mortificación heroica: sólo comía pan y algunas verduras de cuando en cuando; vestía un cilicio de cerdas y, las horas nocturnas que hurtaba al sueño, las pasaba arrodillada de cara a la pared. Santa Humildad se había negado a ver de nuevo a su esposo, después de la separación; pero él no podía olvidarla y, para estar cerca de ella, ingresó en la abadía de San Crispín, donde murió, tres años después. Cuando Humildad llevaba ya doce años de reclusión, el abad de Valleumbrosa la convenció de que abandonase su retiro para fundar un convento femenino. Santa Humildad fundó entonces, fuera de las murallas de Faenza, en un lugar llamado Malta, el primer convento de religiosas de Valleumbrosa. Dicho convento se llamó Santa María Novella della Malta; Humildad fue la primera abadesa. Mucho tiempo después, en 1501, las religiosas tuvieron que trasladarse, por motivos de seguridad, al sitio que había ocupado antiguamente el monasterio de Santa Perpetua. Poco antes de su muerte, Santa Humildad fundó en Florencia otro convento, del que fue también abadesa. Ahí murió, a los ochenta años de edad, el 22 de mayo de 1310.

La tradición atribuye varios tratados a Santa Humildad. Se dice que los dictó en latín, a pesar de que nunca había estudiado esa lengua. Uno de los tratados versa sobre los ángeles y la santa dice que había vivido en constante comunicación con dos espíritu celestiales, uno de los cuales era su ángel guardián.

En *Acta Sanctorum* hay una biografía escrita por un contemporáneo; está tomada de un manuscrito certificado como copia exacta por un notario en 1332. Entre las bio-

grafías modernas citaremos la de M. Ercolani (1910) y la obra más breve de la Sra. de M. E. Pietromarchi, *S. Umilita Negusanti* (1935). Los tratados latinos de Santa Humildad fueron editados por Torello Sala en Florencia (1884); el latín es, según se dice, muy duro y artificial.

SANTA RITA DE CASIA, Viuda (1457 p.c.)

Los padres de Rita eran humildes labradores de Roccaporena, en los Apeninos centrales; pero su hija, que nació en 1381, estaba destinadada a ser excelsa y ejemplar como hija, como esposa y como religiosa. Su gran santidad y su poderosa intercesión iban a merecerle, un día, el título de "la santa de los imposibles y la abogada de los casos desesperados".

Cuando Rita nació, sus padres eran ya bastante viejos. La niña dio, desde los primeros años, muestras de extraordinaria piedad y amor de la oración. Pronto concibió el deseo de consagrarse al servicio de Dios en el convento de las Agustinas de Casia. Pero sus padres determinaron casarla, y la joven se sometió humildemente, con la idea de que la obediencia era el mejor medio de agradar a Dios. Desgraciadamente, sus padres no supieron escogerle marido. El esposo resultó un hombre brutal y disoluto; por su temperamento iracundo, era el terror de los vecinos. Rita soportó durante dieciocho años, con increíble paciencia, sus insultos e infidelidades. Al ver que sus dos hijos seguían cada vez más de cerca el ejemplo de su padre, sufría profundamente, pero no podía hacer otra cosa que llorar a escondidas y orar fervorosamente por ellos. Un día, la gracia de Dios tocó el corazón de su esposo, quien le pidió perdón por todo lo que la había hecho padecer. Pocos días después, los vecinos trajeron a Rita el cadáver de su marido, cubierto de heridas. Rita nunca supo si había muerto en una riña o había perecido víctima de una venganza. Su pena se agudizó todavía más, cuando se enteró de que sus dos hijos habían jurado vengar a su padre. La santa suplicó fervorosamente a Dios que no permitiese que sus hijos se convirtieran en asesinos. Dios escuchó su oración, puesto que los dos jóvenes enfermaron y murieron antes de llevar a cabo su venganza. Rita, que los asistió tiernamente en su enfermedad, consiguió que, antes de morir, perdonasen a sus enemigos.

Al quedar sola en el mundo, Rita concibió de nuevo el deseo de hacerse religiosa. Así pues, pidió la admisión en el convento de Casia, pero se le respondió que las constituciones sólo permitían recibir doncellas. La santa insistió por tres veces y otras tantas recibió la misma respuesta de la priora. Pero, finalmente, se hizo una excepción con ella y pudo tomar el hábito, en 1413.

Santa Rita practicó en el convento la misma sumisión que en su vida de hija y de esposa. Jamás cometió una sola falta contra la regla. Su superiora, para probarla, le mandó en cierta ocasión que fuese a regar una vid seca; la santa no sólo obedeció aquella vez sino que regó la planta todos los días. En los puntos en que la regla permitía cierta libertad, como en el uso de las penitencias corporales, la santa era implacable consigo misma. Manifestó particularmente su caridad en la asistencia a las religiosas enfermas. Con su ejemplo y sus palabras consiguió la conversión de muchos cristianos tibios. Todo cuanto la santa hacía y decía, se fincaba en su gran amor por Dios, que era el motivo de su existencia. Desde niña había sido especialmente devota de la Pasión; como religiosa, fue arrebatada muchas veces en éxtasis, mientras contemplaba

los misterios dolorosos de la vida del Señor. En 1441, la santa asistió a un fervoroso sermón que San Jacobo de la Marca pronunció sobre la coronación de espinas. Poco después, hallándose arrodillada en oración, Rita sintió un agudo dolor en la frente, como si una de las espinas de la corona se le hubiese clavado. La herida supuró y despedía tan mal olor, que Rita debió retirarse a un rincón apartado del convento para no molestar a las demás. Se dice que la herida desapareció temporalmente, como la santa lo había pedido a Dios, para poder acompañar a sus hermanas en la peregrinación que hicieron a Roma, en el año jubilar de 1450; pero reapareció en cuanto Rita volvió al convento, de suerte que se vio obligada a vivir prácticamente como reclusa hasta su muerte.

Durante sus últimos años, la santa padeció, además, otra enfermedad, que soportó con la misma paciencia. Jamás abrevió en la penitencia y, hasta el fin de su vida, durmió sobre un jergón de paja. Murió el 22 de mayo de 1457. Su cuerpo ha permanecido incorrupto hasta nuestros días. En las iglesias de los agustinos se bendicen las rosas de Santa Rita. Según cuenta la tradición, en su lecho de muerte la santa pidió a un visitante de Roccaporena que fuese al jardín a traerle una rosa. Como todavía no empezaba la estación de las rosas, el visitante tenía pocas esperanzas de poder complacer a la enferma; pero, con gran sorpresa, descubrió en el jardín un rosal en flor. Llevó entonces la rosa a la santa y le preguntó si quería otra cosa. "Sí, —replicó Rita—, quiero dos higos". El visitante volvió al huerto y encontró dos higos en una higuera sin hojas.

La leyenda de Santa Rita, tal como se cuenta generalmente, no es del todo satisfactoria desde el punto de vista histórico. La santa murió en 1457. Ahora bien, la primera biografía que se conoce fue publicada en 1600, y desconocemos las fuentes en que el autor se basó. Existen muchas biografías modernas; pero ninguna de ellas añade nada sustancial a la narración de *Acta Sanctorum* (mayo, vol. v), que se basa en la biografía de Cavallucci (siglo XVII). A pesar de lo que dice el P. Vannutelli, quedan todavía muchos puntos oscuros. En inglés existen las biografías de R. Conolly, *Life of St. Rita of Cascia* (1903), y M. J. Corcoran, *Our Own Saint Rita* (1919). En italiano hay muchas vidas, entre las que se distinguen las de P. Marabottini (1923) y L. Vannutelli (1925).

SANTA JOAQUINA DE MAS Y DE VEDRUNA, Viuda, Fundadora de las Carmelitas de la Caridad (1854 p.c.)

La noble familia de Vedruna, muy conocida y respetada en Cataluña, estaba representada, a fines del siglo XVIII, por Don Lorenzo de Vedruna. Vivía este caballero en Barcelona, con su esposa, Teresa Vidal. Tenían ocho hijos. El quinto de ellos, Joaquina, nació en 1783. Joaquina no se distinguía en nada de los otros niños de su edad. Era simplemente una niña devota, seria e inteligente. Sus biógrafos cuentan que era muy industriosa y que le encantaba remendar medias; pero no todos los niños industriosos llegan a santos. Tampoco se puede decir que el atractivo que Joaquina experimentaba por la vida religiosa fuese excepcional, aunque es cierto que no todas las niñas de doce años piden ser admitidas en un convento del carmelo, como lo hizo Joaquina.

Como quiera que fuese, Joaquina conoció, en 1798, al hombre que iba a ser su esposo. Este fue testigo en el matrimonio de Josefina, la hermana de la santa. Teodoro de Mas era un joven abogado barcelonés, de buena familia quien, en una época, había pensado en hacerse franciscano. Es probable, por lo demás,

que los biógrafos hayan exagerado la oposición de los padres de ambos futuros cónyuges a sus deseos de abrazar la vida religiosa, puesto que Teodoro de Mas hizo, muy decididamente la corte a Joaquina. Una de las nietas de Teodoro, religiosa de la Visitación en Madrid, cuenta que el joven vacilaba entre las tres señoritas de Vedruna: Teresa, Francisca y Joaquina. Para salir de dudas, se presentó en la casa de las de Vedruna con una caja de peladillas. Teresa y Francisca se burlaron del obsequio, que consideraban como infantil; en cambio, Joaquina exclamó encantada: "¡Yo quiero las almendras!" Eso le ganó el corazón de Teodoro.

El matrimonio tuvo lugar en 1799, cuando Joaquina tenía dieciséis años. Al principio, Joaquina estaba muy decaída, al pensar que había sido infiel a su vocación religiosa. Para animarla, su esposo le dijo que, después de traer al mundo y educar a sus hijos, ambos podrían retirarse al convento. "Así nos consolábamos mutuamente", dijo más tarde Joaquina a una amiga. Dios les concedió, nada menos, que ocho hijos. La primogénita, Ana, nació en 1800; le siguió José, en 1801; después vinieron Francisco e Inés. Napoleón I invadió España cuando Inés tenía tres años. Para poner a salvo a su familia, Teodoro de Mas la trasladó de Barcelona a Vich y, en seguida, partió a combatir al invasor. Las tropas francesas cruzaron los Pirineos y se dirigieron a Vich; cuando los habitantes evacuaron la ciudad, Joaquina partió con sus hijos a Montseny, acompañada de dos sirvientas y un muchacho. Pensaban pasar la noche en la llanura de La Calma; pero súbitamente apareció una mujer montada en un borrico y condujo a Joaquina a una casa que se hallaba más lejos, cuyos dueños recibieron hospitalariamente a la comitiva. La mujer desapareció tan misteriosamente como había aparecido. Esa noche, los franceses acamparon en La Calma. Nadie pudo identificar a la misteriosa mujer, y Joaquina creyó siempre que había sido la Santísima Virgen.

En aquellos días turbulentos, nació el quinto de los hijos de la santa, Carlota, quien murió poco después. Francisco siguió pronto a la tumba a su hermanita. Después, la familia pudo volver a Vich, donde nacieron Teodora, en 1810 y Teresa, en 1813. Ese mismo año, Teodoro de Mas se retiró del ejército y volvió con los suyos a Barcelona. Ahí nació dos años después la última de sus hijas, Carmen. Por muchas dudas que haya tenido Joaquina sobre su vocación, lo cierto es que supo ganarse el amor de su esposo y el cariño y respeto de sus hijos. Y es de notar que, cuando su hija Inés manifestó deseos de entrar en el convento, Joaquina respondió firmemente: "No. Dios te quiere casada. Otras dos de tus hermanas serán religiosas". Así sucedió. Teodora fue religiosa cisterciense, aunque un joven emprendió contra ella (y perdió) un proceso ante la corte episcopal de Tarragona, acusándola de faltar a la promesa que le había hecho de contraer matrimonio con él. Otros procesos muy diferentes atribularon y acarrearon grandes pérdidas a la familia Mas. Los autores de dichos procesos eran dos hermanos de Teodoro de Mas y otros parientes.

Un día de septiembre de 1815, cuando toda la familia se hallaba sentada a la mesa, Joaquina tuvo súbitamente una visión de su esposo muerto y oyó una voz que le decía: "Dentro de unos cuantos meses quedarás viuda". Joaquina no dijo nada a nadie y trató de resignarse a la voluntad de Dios y olvidar la visión. En enero del año siguiente, Teodora fue a Vich. Su marido le escribía cartas muy cariñosas y parecía gozar de perfecta salud. Sin embargo, murió

dos meses después, a los cuarenta y dos años de edad, cuando Joaquina tenía treinta y tres.

Joaquina pasó los primeros siete años de su viudez en Manso del Escorial, cerca de Vich, entregada al cuidado de sus hijos, a la oración y a la atención de los enfermos del hospital. Vestida con el hábito de terciaria franciscana, llevaba una vida de mortificación y pobreza. "¡Pobre señora!, decían los vecinos. Con la muerte de su esposo ha perdido la cabeza". En 1823, se casaron dos de los hijos: José e Inés y, algo más tarde, José y su esposa se llevaron consigo a las dos hermanas más jóvenes a su casa de Igualada. Joaquina escribía: "Jesús: Tú sabes lo que quiero para mis hijos. No te asustes de la debilidad de mi corazón, pues soy madre; precisamente por ello acudo a tu protección". Joaquina no olvidó nunca a sus hijos en los días turbulentos que iba a vivir por Cristo y por los pobres; siguió siempre en contacto con ellos y todavía se conservan las cartas que les escribía con motivo del día de su santo.

En 1820, en circunstancias extraordinarias, Joaquina había conocido a un capuchino, el P. Esteban Fábregas, originario de Olot, quien le había dicho que no debía ingresar en ningún convento, pues Dios quería que fundase una congregación encargada de la enseñanza de la juventud y del cuidado de los enfermos. Seis años más tarde, la santa recibió el hábito de manos de Mons. Pablo Corcuera, obispo de Vich. Dicho prelado había aprobado la fundación de la congregación y la había puesto bajo el patrocinio de Nuestra Señora del Carmen. Esto último decepcionó al P. Esteban, quien hubiese querido que la congregación se afiliase a su orden. Una de las personas que más se interesaron en la fundación, fue un hombre muy influyente, José Estrada, quien conservó una estrecha amistad con las carmelitas de la caridad hasta el fin de su vida. El P. Esteban redactó las reglas, y los seis primeros miembros de la comunidad se establecieron en Manso del Escorial. Las religiosas vivían en suma pobreza y no en todas partes fueron bien recibidas. Un día que Joaquina pidió una limosna a la marquesa de Portanova, la dama replicó: "No quiero mezclar mi nombre a esta empresa absurda". Sin embargo, a los pocos meses se inauguró un hospital en Tárrega.

La congregación se extendió en Cataluña. Ahí tuvieron lugar todas las fundaciones que se hicieron en vida de la santa. Las guerras carlistas y la actitud antirreligiosa del gobierno liberal retardaron un tanto el desarrollo de la congregación. Las carmelitas de la caridad, que asistieron a los heridos de los dos bandos, tuvieron que refugiarse después en Francia. Al cruzar los Pirineos, la madre Joaquina recibió ayuda de un joven misterioso; creía ella, después, que se trataba de San Miguel Arcángel. El destierro en Perpignan duró tres años. En el otoño de 1843, las religiosas pudieron volver a España. Entonces empezó el período más fructífero en cuanto a la extensión de la nueva congregación se refiere.

A principios del año siguiente, la fundadora y las religiosas más antiguas hicieron la profesión definitiva. El sacerdote que recibió sus votos, en nombre de la Iglesia, fue San Antonio Claret, quien desempeñó un importante papel en la historia de las carmelitas de la Caridad, durante los últimos años de la vida de la santa. En 1850, se dejaron sentir los primeros síntomas de la parálisis que iba a inmovilizar a Joaquina. Entonces, el vicario capitular de Vich, Mons. Casadevall, le aconsejó que renunciase al gobierno de la congregación. En 1851, tomó su dirección el P. Esteban Sala y más tarde,

el monje benedictino Dom Bernardo Sala. Aunque la santa conservaba todas sus facultades mentales, ocupó con gran humildad y ecuanimidad su puesto de simple religiosa. El P. Sala que era un hombre de grandes cualidades, declaró que la santa era siempre "el alma, la cabeza, el corazón y el ser mismo de la congregación".

La salud de Joaquina decayó lentamente durante cuatro años, a medida que la parálisis se apoderaba de sus miembros. En los últimos meses ya no podía moverse ni hablar y parecía haber perdido el uso de sus facultades, excepto cuando le administraban la comunión. Pero lo que la llevó a la tumba, el 28 de agosto de 1854, fue una epidemia de cólera. Su cuerpo fue más tarde trasladado a la capilla de la casa madre de las carmelitas de la caridad, en Vich. Joquina fue solemnemente beatificada en 1940.*

Santa Joaquina estuvo casada diecisiete años. Tenía treinta y tres años y seis hijos vivos cuando murió su esposo. A los cuarenta y dos años de edad, fundó la Congregación de las Carmelitas de la Caridad y murió a los sesenta y un años, después de fundar conventos, escuelas y hospitales en toda Cataluña. Esto basta para probar que se trataba de una mujer excepcional, dotada de una fe y una caridad extraordinarias. Alguien ha aplicado a la santa el elogio que Bossuet hizo de la princesa palatina: "Murió junto con su esposo, al dejar en la tumba de éste todos los lazos que la unían al mundo y, desde entonces, se entregó incesantemente a la oración y el amor total de su verdadero Esposo, Jesucristo". Las religiosas de la congregación vieron varias veces a la santa elevarse del suelo mientras hacía oración en la capilla, con el rostro resplandeciente. El espíritu de oración, la confianza en Dios y el olvido de sí misma infundieron el mérito a sus obras. Joaquina de Mas y de Vedruna fue digna sucesora de otras viudas, como Paula, Brígida de Suecia, Isabel de Hungría, Francisca Romana, Juana de Chantal y Bárbara Acarie, que supieron consagrar fecundamente su viudez a Dios. Fue canonizada por S.S. el Papa Juan XXIII el 12 de abril de 1959.

Entre los autores que han escrito sobre la santa, se cuenta al cardenal Benito Sanz y Fores y a Dom Bernardo Sala. Pero la mejor de las biografías es la del P. Jaime Nonell, titulada *Vida y Virtudes de la Ven. M. Joaquina* (1905), 2 vols. En 1946, apareció la cuarta edición de la obrita del P. Ignacio de Pamplona, *Vida y Obra de... Joaquina de Vedruna de Mas*. La biografía italiana oficial es la del P. Emidio Federici, *La Beata Gioacchina de Vedruna v. de Mas* (1940). Esta última obra, que se basa en los documentos del proceso de beatificación, está dirigida al gran público, a diferencia de las anteriores, que fueron escritas principalmente para los miembros de la congregación de la santa.

23: SAN DESIDERIO, Obispo de Vienne, Mártir (607 p.c.)

CUANDO LA reina Brunequilda ejercía su perniciosa influencia en la corte de sus nietos, Teodoberto de Austrasia y Teodorico de Borgoña, regía la diócesis de Vienne un obispo tan santo como sabio, llamado Desiderio. Era uno de los prelados franceses a quienes San Gregorio Magno había pedido que recibiesen a San Agustín y sus compañeros, cuando se diri-

* Varios descendientes de la santa y veinticinco carmelitas de la caridad, perecieron en España a manos de los terroristas en 1936.

gían a Inglaterra a emprender el trabajo de evangelización. San Desiderio se atrajo la enemistad de muchos altos personajes, entre los que se contaba a Brunequilda, por el celo con que reprimió la simonía y denunció los vicios de la corte. Como el santo era muy afecto a la lectura de los clásicos latinos, sus enemigos le acusaron de paganismo ante el Papa; pero San Gregorio, después de escuchar la defensa del santo, le dio la razón. Entonces, Brunequilda se valió del servil Concilio de Chalons para hacer desterrar a San Desiderio, contra el que se levantaron toda clase de falsos testimonios. Cuatro años después, el santo volvió del destierro. A pesar de que el gobernador de Vienne y otros de sus enemigos obstaculizaban su gobierno, el santo obispo no se mordió la lengua para denunciar valerosamente la mala conducta del rey Teodorico. Cuando Desiderio volvía de la corte a su casa, tres malhechores, pagados por sus enemigos, le dieron muerte en el sitio en que se levanta actualmente la población de Saint-Didier-sur-Chalaronne. Probablemente los asesinos sólo habían sido pagados para que golpearan al santo.

La *Pasion de Saint Didier* (*Analecta Bollandiana*, vol. IX, 1940, pp. 250-262) parece ser un documento fidedigno escrito por un contemporáneo. También el relato que se atribuye al rey visigodo, Sisebuto, es probablemente auténtico; pero no dice gran cosa. Ambos documentos fueron publicados por B. Krusch, *Scriptores Merov.*, en MGH., pp. 620-648. Ver igualmente Duchesne, *Fastes Épiscopaux*, vol. I, pp. 207-208.

SAN GUIBERTO (962 P.C.)

GEMBLOUX DE Brabante, que es actualmente un centro de agricultura y manufactura de cubiertos, se levanta en el sitio que ocupaba antiguamente un célebre monasterio benedictino. Dicho monasterio fue fundado por San Guiberto, quien, el año 963, regaló el terreno para la construcción de la abadía. Guiberto descendía de una de las más ilustres familias de Lotaringia. Después de una brillante carrera militar, Guiberto se sintió llamado por Dios a abandonar el mundo y practicar la vida solitaria en una de sus posesiones. Durante sus años de vida eremítica, maduró el proyecto de fundar un convento en que los monjes, totalmente retirados del mundo, se consagrasen a cantar incesantemente las divinas alabanzas. La abuela de San Guiberto, que se llamaba Gisla, contribuyó a la dotación de la fundación. El primer abad fue un hombre de Dios, llamado Herluino. En cuanto el nuevo convento quedó organizado, San Guiberto se retiró a la abadía de Gorze, en la que tomó el hábito; así pudo librarse de las muestras de respeto que le prodigaban los monjes de Gembloux y evitar toda forma de complacencia. El santo esperaba vivir en Gorze como el último de los monjes, olvidado de todos; pero pronto comprendió que era imposible interrumpir de golpe toda relación con Gembloux. Las tierras que había regalado a la abadía formaban parte de un feudo imperial y no faltaron quienes persuadieron al emperador Otón I de que Guiberto no tenía derecho a disponer de ellas. El monarca convocó a Guiberto a la corte para que se justificase. Tan bien supo el santo defender sus derechos, que Otón I confirmó por un documento la fundación de la abadía y, más tarde, le concedió grandes privilegios.

Pero el documento imperial no bastó para que se dejase en paz a los monjes. El conde de Namur, cuñado de San Guiberto, reclamó, en nombre de su esposa, las tierras de la abadía y confiscó las rentas. Así pues, San Guiberto tuvo que volver, durante algún tiempo, a Gembloux para defender

sus derechos y proteger la abadía que había fundado. Aprovechó la ocasión para evangelizar la región y convirtió a muchos de los húngaros y eslavos que se habían establecido ahí, después de la invasión del año 954. San Guiberto pasó los últimos años de su vida en Gorze, donde sufrió una dolorosa enfermedad. Murió a los setenta años de edad, el 23 de mayo de 962. Su tumba se vio honrada con numerosos milagros.

El cronista Sigeberto de Gembloux escribió unos cien años más tarde una biografía bastante detallada de San Guiberto. Puede verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. v. Varios historiadores han escrito acerca de la fundación de Gembloux. Véase en particular U. Berlière, *Monasticon Belge*, vol. I, pp. 15-26, y *Revue Bénédictine*, vol. IV (1887), pp. 303-307.

SAN LEONCIO, OBISPO DE ROSTOV, MÁRTIR (1077 P.C.)

SAN LEONCIO, que era un griego originario de Constantinopla, fue el primer monje de las cuevas de Kiev que llegó a ser obispo, ya que, poco después de 1051, fue llamado a regir la eparquía de Rostov. En su gobierno, continuó la tradición de los santos obispos misioneros que le habían precedido y tuvo todavía más éxito que sus antecesores en la conversión de los paganos, a pesar de las persecuciones de que fue objeto. Se dice que, gracias al don de milagros que el cielo le concedió, acabó de evangelizar la región; pero esto es poco probable, ya que San Abraham fue a evangelizar los alrededores de Rostov cincuenta años más tarde. (A no ser que la fecha del apostolado de San Abraham no sea exacta).

San Leoncio murió hacia el año 1077. Siempre ha sido considerado como mártir, a causa de los malos tratos que recibió de los paganos. Se dice que los dos primeros mártires de Rusia, en tiempos de San Vladimiro el Grande, eran laicos; por ello se llama a San Leoncio el "hieromártir", es decir, el mártir sacerdote. El nombre de San Leoncio aparece en la liturgia de la preparación de la misa bizantina.

Nuestro artículo está tomado del *Annus ecclesiasticus Graeco-Slavicus* de Martinov, que se halla reproducido en *Acta Sanctorum*, octubre, XI. Cf. San Sergio, 25 de sept., y la bibliografía que damos ahí.

SAN YVES o IVO, OBISPO DE CHARTRES (1116 P.C.)

SAN YVES, uno de los obispos más venerados del siglo XI, pertenecía a la orden de los Canónigos Regulares de San Agustín. Este obispo de Chartres nació en Beauvais e hizo sus estudios de teología en la abadía de Bec, bajo la dirección del célebre Lanfranco. Tras de ocupar una canonjía en Nesle, en Picardía, fue nombrado profesor de teología, derecho canónico y Sagrada Escritura. Más tarde, desempeñó el cargo de Superior durante catorce años. Promovió con tanto éxito la disciplina religiosa y la ciencia en su convento, que los príncipes y los obispos le pedían constantemente que enviase a algunos de sus canónigos como reformadores o fundadores de nuevos monasterios. San Botulfo adoptó las reglas de los monjes de Saint Quentin para el convento de Colchester, que fue el primero que los agustinos tuvieron en Inglaterra.

En el año de 1091, Godofredo, obispo de Chartres, fue depuesto por simonía y otros crímenes. El pueblo eligió a San Yves para sustituirle. El

santo no quería abandonar su retiro, pero Urbano II confirmó su elección. San Yves se dirigió entonces a Cápua, donde fue consagrado por el Papa, quien impidió que Riquerio, el arzobispo de Sens, entronizase de nuevo a Godofredo. Apenas acababa de instalarse en su sede, cuando tuvo que oponerse a los deseos de su soberano. El rey Felipe I, enamorado locamente de Bertrada, la esposa del conde de Anjou, decidió divorciarse de su esposa, Berta, de la que tenía dos hijos, y casarse con Bertrada. Yves hizo cuanto pudo por disuadir al monarca; pero, viendo que todos sus esfuerzos resultaban inútiles, declaró que con tal de no presenciar ese escándalo, estaba dispuesto a ser arrojado al mar con una piedra al cuello. El obispo de Senlis llevó a cabo el matrimonio, al que San Yves se negó a asistir. Para vengarse, el rey le encarceló, confiscó sus rentas y envió a sus soldados a saquear sus tierras. Pero, presionado por el Papa y otros altos personajes y por el pueblo de Chartres, el monarca tuvo que devolver la libertad al obispo. Por lo demás, el rey Felipe no podía ignorar que San Yves era un súbdito leal, ya que éste había denunciado desde la prisión una conspiración contra el soberano. Algunos años después, San Yves trató de reconciliar al rey con la Santa Sede, y en 1104, el Concilio de Beaugency recomendó la absolución del monarca, cuya legítima esposa había muerto. Aunque tenía una gran devoción a la Santa Sede, San Yves mantuvo una actitud de independencia que le permitió actuar como mediador en la lucha de las investiduras y protestar abiertamente contra la codicia de ciertos legados romanos y la simonía de los miembros de la corte pontificia.

San Yves murió el 23 de diciembre de 1116, después de haber gobernado su diócesis durante veintitrés años. Fue un escritor muy fecundo, y se conservan muchas de sus obras. La más famosa de ellas es una colección de decretos tomados de las cartas de los Papas, de los Concilios y de los cánones aceptados por los Padres. También se conservan veinticuatro sermones y 288 cartas, que arrojan luz sobre algunos puntos de historia y de disciplina eclesiástica.

Aunque no ha llegado hasta nosotros ninguna biografía escrita por los contemporáneos del santo, sus cartas, su correspondencia y las crónicas de la época, ofrecen numerosos datos. Ver *Acta Sanctorum*, mayo, vol. v. Ultimamente se ha estudiado mucho a San Ives, particularmente desde el punto de vista de su obra de canonista. Sobre este punto uno de los mejores estudios es el de Le Bras, *Histoire des Collections Canoniques en Occident, dépuis les Fausses Décrétales*, etc., vol. II (1932), pp. 55-114. G. Morin (*Revue Bénédictine*, vol. LX, 1928, pp. 99-115) estudia la posición de San Ives acerca de la superioridad de la vida cenobítica sobre la solitaria. Véase también Fliche y Martin, *Histoire de l'Eglise*, vol. VIII.

SANTA EUFROSINA DE POLOTSK, VIRGEN (1173 P.C.)

A FINES del siglo X, Rusia adoptó, junto con la fe católica, la liturgia bizantina y el nutrido y complicado calendario constantinopolitano. Con el tiempo, los santos rusos se añadieron a los griegos en el santoral. Pero el calendario oriental se distingue del occidental en dos puntos: en primer lugar, los mártires tienen, en aquél, relativamente poca importancia, comparados con los ascetas; en segundo lugar, el calendario oriental apenas celebra a las santas vírgenes, exceptuada, naturalmente, la Madre de Dios. La iconografía rusa primitiva ignoró totalmente a las vírgenes que se mencionan en el calendario griego. Por otra parte, once de las doce santas de la Iglesia rusa fueron casadas; la duodécima es Santa Eufrosina de Polotsk.

Eufrosina era hija del príncipe Sviatoslav de Polotsk. A los doce años tomó el hábito en su ciudad natal y abrazó la vida solitaria en una celda contigua a la catedral de Santa Sofía. Pasaba la mayor parte del tiempo copiando libros y el producto de la venta lo dedicaba a socorrer a los enfermos y necesitados. Según el ejemplo de otras reclusas, Santa Eufrosina viajó bastante. Fundó un convento de religiosas en Seltse; en Constantinopla fue recibida por el emperador Manuel I, y el patriarca Miguel III le regaló el icono de Nuestra Señora de Korsun. La santa hizo en sus últimos años una peregrinación a Tierra Santa, en la época del reino latino de Jerusalén y ahí fue recibida por el rey Amaury I y por el patriarca Amaury; también visitó el famoso monasterio de Mar Saba, entre Jerusalén y el Mar Muerto, que todavía estaba habitado. Eufrosina murió en Jerusalén. Su cuerpo fue trasladado a Kiev, donde quedó sepultado. Además de los rusos, los rutenios y los lituanos veneran también a la santa.

Ver I. Martinov, *Annus ecclesiasticus Graeco-Slavicus*, en *Acta Sanctorum*, oct., vol. XI; y A. Maltsev, *Menologium der Orthodox-Katholischen Kirche des Morgenlandes* (1900). Puede verse una traducción del relato de la peregrinación de Santa Eufrosina en *Revue de l'Orient latin*, vol. III (1895), pp. 32-35.

SAN JUAN BAUTISTA ROSSI (1764 P.C.)

ESTE SANTO sacerdote nació en 1698, en el pueblecito de Voltaggio de la diócesis de Génova. Era uno de los cuatro hijos de una excelente familia, muy respetada. Cuando Juan tenía diez años, un noble y su esposa, que habían ido a veranear en Voltaggio, obtuvieron de los padres del niño, el permiso de llevarle consigo a Génova para educarle en su casa. Juan permaneció ahí tres años y se ganó el aprecio de todos, particularmente de dos frailes capuchinos que acostumbraban visitar a su amo. El tío de Juan era entonces provincial de los capuchinos; tan buenos informes le dieron los dos religiosos sobre su sobrino, que un primo suyo, Lorenzo Rossi, canónigo de Santa María in Cosmedin, le invitó a ir a Roma. Juan Bautista aceptó e ingresó en el Colegio Romano a los trece años. Pronto se hizo muy popular entre sus profesores y condiscípulos. Había terminado ya brillantemente los estudios clásicos, cuando la lectura de un libro de ascética le indujo a practicar penitencias exageradas. A consecuencia de ello, sufrió una depresión nerviosa que le obligó a abandonar el Colegio Romano. Aunque llegó a rehacerse lo suficiente para terminar sus estudios en la Minerva, jamás recuperó del todo las fuerzas. En efecto, en el trabajo apostólico tuvo que luchar siempre contra la mala salud.

El 8 de marzo de 1721, a los veintitrés años de edad, Juan Bautista recibió la ordenación sacerdotal. Celebró su primera misa en el Colegio Romano, en el altar de San Luis Gonzaga, a quien había tenido siempre gran devoción. Ya desde sus años de estudiante acostumbraba visitar los hospitales, con algunos de sus condiscípulos, sobre los que ejercía una influencia tan grande como sobre los niños de Voltaggio. Una vez ordenado sacerdote, pudo trabajar más a fondo por los enfermos. Tenía particular predilección por el albergue de Santa Galla, fundado por el Papa Celestino III, donde pasaban la noche los que no tenían casa. San Juan Bautista trabajó ahí cuarenta años, para impartir consuelo e instrucción a los pobres. Pero pronto descubrió que había otros

menesterosos por los que nadie se preocupaba; a ellos consagró lo mejor de su tiempo y de sus esfuerzos. En primer lugar estaban los campesinos que iban regularmente a vender el ganado en el mercado del Foro Romano. El santo se dirigía allá por la noche o en las primeras horas de la madrugada y, una vez que se había ganado la confianza de los campesinos, les enseñaba el catecismo y los preparaba para recibir los sacramentos. Otra de sus principales preocupaciones eran las mujeres sin casa que mendigaban en las calles y acababan en la prostitución. San Juan Bautista no tenía más renta que el escaso estipendio de la misa; pero, con quinientos escudos que le regaló una persona caritativa y otros cuatrocientos que le regaló el Papa, alquiló una casa situada detrás del albergue de Santa Galla y la convirtió en el "Refugio de San Luis Gonzaga".

En los primeros años de su sacerdocio, Juan había eludido por timidez el oficio de confesor. Pero, durante la convalescencia de una enfermedad, que pasó en la casa de Mons. Tenderini, obispo de Civita Castellana, éste le convenció para que confesase en su diócesis. Tanto el mismo Juan Bautista como sus penitentes, comprendieron al punto que ésa era su verdadera vocación. A su vuelta a Roma, el santo continuó su tarea de confesor. Un día dijo a uno de sus amigos: "Antes me preguntaba yo cuál era el más corto camino para ir al cielo. Ahora sé por experiencia que es el de ayudar a otros en el confesionario... ¡Es increíble el bien que se puede hacer ahí!"

En 1731, el canónigo Rossi consiguió que su primo fuese nombrado vicario de Santa María in Cosmedin. Hasta entonces la iglesia estuvo relativamente abandonada, debido, en parte, a su situación un tanto alejada; pero, en cuanto Juan Bautista empezó a confesar, los penitentes de todas las clases sociales empezaron a invadir la iglesia. El santo pasaba tanto tiempo en el confesionario, que dos pontífices, Clemente XII y Benedicto XIV, le dispensaron de la obligación de asistir al coro.

Cuando murió el canónigo Rossi, San Juan Bautista le sucedió en la canonjía; pero consagró la renta a la adquisición de un órgano para la iglesia y a pagar el sueldo del organista. También devolvió al capítulo la casa que había heredado de su primo y se refugió en una miserable buhardilla. Vivía muy austeramente; su comida era un extremo frugal y sus vestidos, aunque siempre escrupulosamente limpios, eran de tela muy corriente. El Papa Benedicto XIV le confió la misión —perfectamente adaptada a sus gustos personales— de dar clase a los empleados de las prisiones y de otras oficinas públicas. El verdugo de la ciudad era uno de los penitentes del santo. En cierta ocasión tuvo éste que mediar en una violenta disputa entre el verdugo y uno de sus subordinados. Más tarde, decía: "Ese día llevé a feliz término un importante asunto de Estado."

De todas partes le solicitaban para que fuese a predicar misiones y a dar pláticas en las casas religiosas. Los hermanos Juaninos, en cuyos hospitales practicaba con frecuencia el ministerio sacerdotal, le estimaban tanto, que le eligieron para que fuese su confesor ordinario. La mala salud obligó a San Juan Bautista a trasladarse a Trinita dei Pellegrini, en 1763. En diciembre de ese mismo año, sufrió un ataque al corazón y tuvo que recibir los últimos sacramentos. Sin embargo, se rehizo lo suficiente para volver a celebrar la misa, a pesar de sus achaques. El 23 de mayo de 1764, otro ataque al corazón puso fin a su vida. Tenía entonces sesenta y seis años. Era tan pobre, al morir,

que el hospital de Trinita tuvo que pagar los gastos del entierro. Los funerales revistieron una pompa extraordinaria, ya que asistieron a ellos doscientos sesenta sacerdotes, muchos religiosos e innumerables laicos; Mons. Lercari, arzobispo de Andrinópolis, pontificó en la misa de requiem que se celebró en Trinita, y el coro pontificio cantó en ella. Dios había distinguido a su siervo durante su vida con poderes sobrenaturales y obró, por su intercesión, numerosos milagros después de su muerte. El proceso de beatificación empezo en 1781. Cien años después, en 1881, Juan Bautista Rossi fue canonizado.

Existen biografías modernas de gran calidad. Mencionemos, en francés, la del P. Cormier (1901) y, en italiano, la de E. Mougeot (1881), que tradujo al inglés Lady Herbert (1905), con un prefacio del cardenal Vaughan. Un amigo del canónigo Rossi, J. M. Toietti, publicó una biografía de San Juan Bautista en 1768; en ese mismo año apareció la biografía del P. Tavani.

BEATO GERARDO DE VILLAMAGNA (1245 P.C.)

LOS ORÍGENES de la tercera orden de San Francisco son muy oscuros. En realidad, hay muy pocas pruebas de que San Francisco haya admitido personalmente como terciarios de su orden a ciertos laicos que se distinguían por su santidad. Ya hemos dicho algo acerca de este punto a propósito del Beato Luquesio (28 de abril). Tratándose del Beato Gerardo de Villamagna, se afirma también que los documentos que demuestran su admisión en la Tercera Orden por San Francisco, han desaparecido. Gerardo vivía como anacoreta en una ermita en los alrededores de su pueblo natal, Villamagna de Toscana. Llevaba una vida muy austera; consagraba la mayor parte del tiempo a la oración, aunque se ocupaba también de dirigir a las almas que iban a pedirle consejo. Se cuenta que quedó huérfano a los doce años y que había entrado a servir como paje a un noble florentino. Acompañando a su amo, fue a la tercera cruzada, donde cayó prisionero de los sarracenos. Después de ser rescatado, volvió a Tierra Santa con otro cruzado e ingresó en la orden de los Caballeros del Santo Sepulcro. Hastiado del mundo, se retiró a Italia a vivir en la soledad. San Francisco le concedió la cuerda de los terciarios. El Beato Gerardo murió unos veinte años más tarde, aureolado por la fama de sus profecías y milagros. Su culto fue confirmado en 1833.

El único documento que los bolandistas pudieron publicar en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III, fue el relato que escribió un párroco de Villamagna después de 1550. Ver también Wadding, *Annales*, vol. V, p. 19.

BEATO BARTOLOME DE MONTEPULCIANO (1330 P.C.)

ENTRE LAS numerosas personas de toda clase social que abandonaron el mundo y abrazaron la pobreza, movidas por el ejemplo de los primeros franciscanos, se contaba un destacado ciudadano de Montepulciano, llamado Bartolomé Pucci Franceschi. Había llevado una vida ejemplar en compañía de su esposa y de sus hijos, cuando Dios le llamó, al cabo de muchos años, a renunciar totalmente al mundo. Con el consentimiento de su mujer, que hizo también voto de castidad, Bartolomé ingresó en la orden de San Francisco. Pronto aventajó a todos sus hermanos en la piedad. Aunque el beato se resistía a ello, sus superiores

le mandaron que recibiese la ordenación sacerdotal. Bartolomé tuvo numerosas visiones de la Madre de Dios y de los ángeles y realizó muchos milagros, en particular varias multiplicaciones de pan. Para vencer todo respeto humano, se hizo "loco por Cristo" y algunas veces se comportaba de tal modo en las calles, que los niños se burlaban de él y le ridiculizaban. El beato murió a edad muy avanzada, en Montepulciano, el 6 de mayo de 1330.

Véase Ausserer, *Seraphisches Martyrologium* (1889); Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 375-376.

24: MARIA AUXILIADORA (1814 P.C.)

EN LA fecha de hoy, la Iglesia conmemora, una vez más, a la Santísima Virgen, bajo su advocación de María, Auxilio de los Cristianos. La devoción por esta festividad, instituída a principios del siglo pasado por el Papa Pío VII, fue en constante aumento y alcanzó su mayor incremento, que subsiste hasta nuestros días, cuando Don Bosco congregó a una numerosa y entusiasta juventud femenina, en los colegios, los liceos y la orden religiosa de María Auxiliadora.

La historia del establecimiento de la fiesta de María Auxiliadora no puede ser más conmovedora y edificante. La Revolución Francesa había asestado un duro golpe a la Iglesia y desquiciado completamente a la religión cristiana. En 1799, el joven y valiente general Napoleón Bonaparte derrocó al Directorio, asumió el gobierno, acabó con la Revolución y dedicó todos sus esfuerzos a apaciguar los ánimos y a poner en orden a la sociedad. Como Napoleón estaba profundamente convencido de la influencia benéfica que la religión cristiana ejerce sobre los pueblos, desde el principio de su gobierno, determinó restablecer el catolicismo en Francia. Anuló las leyes revolucionarias de proscripción, permitió a los sacerdotes regresar a sus iglesias, devolvió a los obispos sus catedrales, parroquias y seminarios, y ajustó con el Papa Pío VII un concordato para arreglar de manera permanente los asuntos eclesiásticos. Con aquellas medidas, Francia volvió a ser, en poco tiempo, un país floreciente, próspero y cada vez más poderoso. Al mismo tiempo, Napoleón, embriagado por sus triunfos y arrastrado por su ambición desordenada, exigió al Papa algunas cosas que el jefe de la Iglesia no podía conceder, como por ejemplo, anular el legítimo matrimonio de un hermano del emperador, o cerrar los puertos de los Estados Pontificios a los ingleses, los suecos y los rusos. A los emisarios de Napoleón que se presentaron en el Vaticano con semejantes pretensiones, Pío VII les respondió con firmeza: "Nos somos el padre de la cristiandad y a nadie trataremos como enemigo". Aquello bastó para que se enardecieran las pasiones del emperador, que se enfureció ante la firme resistencia del Pontífice, y se lanzó contra el jefe de la Iglsia. En 1809, Napoleón se apoderó de los Estados Pontificios y, después, tuvo la osadía de aprehender a Pío VII. El Papa fue conducido a Savona y, más tarde, al castillo de Fontainebleau, donde quedó en calidad de prisionero. Se dice que a diario durante los cinco años que estuvo preso, dedicaba especialmente una parte del tiempo de sus oraciones a María Santísima, Auxilio de los Cristianos, para que

protegiese a la Iglesia perseguida, desgobernada y desamparada.

En aquel lapso, la buena fortuna dio la espalda a Napoleón y, tras una serie de reveses militares, se produjo la caída del Imperio a principios de 1814. Precisamente en el castillo de Fontainebleau, donde se hallaba prisionero el Papa, firmó el emperador su abdicación. Al jefe de la Iglesia le fueron devueltos los Estados Pontificios, se firmó un acuerdo en el que se proclamaba que, "el poder espiritual recobraría todos sus derechos y la posición de donde lo había lanzado la conquista francesa" y, el 24 de mayo de 1814, Pío VII hizo una entrada triunfal en Roma, entre el doblar de las campanas, las delirantes aclamaciones de la multitud y lluvias de flores, para ocupar su Sede.

Los años de infortunio y de prisión habían fortalecido en vez de agotar a aquel hombre de avanzada edad que dio muestras de una energía, firmeza y decisión extraordinarias, para reorganizar su Iglesia y despertar la vida religiosa que tantas sacudidas había experimentado. Hacía falta mucho tiempo, una gran prudencia y una pacientísima dedicación para hacer entrar de nuevo el catolicismo en los corazones y en el orden social; sin embargo, el anciano Pío VII realizó aquella tarea colosal en un tiempo relativamente corto. Una vez reinstalado en la Cátedra de San Pedro, restauró a la Compañía de Jesús y reabrió sus colegios en la Ciudad Eterna; mediante concordatos y convenios con los reyes y los príncipes, restableció los obispados que habían quedado suprimidos, reorganizó la propaganda, dio impulso a la Propagación de la Fe y, como por un milagro, hacia mediados de 1815, después de la segunda y definitiva abdicación de Napoleón, cuando el Papa dio asilo a la familia del emperador derrotado y exilado, la Iglesia había recuperado su posición y su poder espiritual. Así lo consideró el Pontífice: como un milagro de la Santísima Virgen a la que tanto había pedido por la Iglesia. Fue entonces cuando Pío VII tuvo la feliz idea de manifestar el agradecimiento de todo el orbe católico a la Virgen María, bajo su advocación de Auxilio de los Cristianos y, como un expreso reconocimiento de la infalible protección de la Madre de Dios, tantas veces atestiguada con prodigios extraordinarios, sobre la Iglesia y los hijos de la Iglesia en defensa de la fe contra moros, turcos, herejes, revolucionarios y todos los enemigos declarados de la cristiandad, instituyó la fiesta de María Auxiliadora en el día 24 de mayo, para perpetuar el recuerdo de su entrada triunfal a Roma, al volver de su cautiverio en Francia. Desde entonces, la fiesta de María Auxiliadora ha concentrado la devoción de la cristiandad, hasta nuestros días.

Los datos para este artículo fueron tomados de la *Historia Universal* de César Cantú, vol. VI, pp. 531-538 y de la *Historia de la Iglesia,* de los Hnos. de la Esc. Cristianas, pp. 321-323.

SANTOS DONACIANO y ROGACIANO, MÁRTIRES (289 o 304 P.C.)

EN EL reinado del emperador Maximiano vivía en Nantes, en la región de Bretaña, un joven llamado Donaciano. Era un fervoroso cristiano que pertenecía a una de las más distinguidas familias galo-romanas. Cuando estalló la persecución, el ejemplo de Donaciano arrastró a su hermano Rogaciano a solicitar el bautismo; pero no pudo recibirlo inmediatamente porque el obispo se hallaba escondido. El emperador había publicado un decreto por el que se conde-

naba a muerte a todos los que se negasen a ofrecer sacrificios a Júpiter y Apolo. Cuando el prefecto romano llegó a Nantes, Donaciano tuvo que comparecer ante él, acusado de profesar abiertamente el cristianismo y de haber apartado a su hermano y a otros paganos, del culto a los dioses. Donaciano confesó valerosamente la fe y fue encarcelado. Pronto se reunió con él Rogaciano, quien había defendido ardientemente la fe contra todas las amenazas y promesas. La gran pena de Rogaciano era no haber recibido todavía el bautismo; pero pidió fervorosamente a Dios que el beso de paz que le había dado su hermano, le confiriese la fuerza necesaria para la prueba. Dios le tenía destinado el bautismo de sangre. Ambos hermanos pasaron la noche en oración y, al día siguiente, comparecieron de nuevo ante el prefecto, a quien manifestaron que estaban dispuestos a soportar, por la fe, todos los tormentos. Por orden del prefecto fueron torturados en el potro, se les perforó la cabeza con una lanza y finalmente fueron decapitados. En Nantes se venera mucho a estos mártires, a quienes se conoce con el nombre de "les enfants nantais" ("los hijos de Nantes"). Una parte de sus presuntas reliquias se conserva en la iglesia dedicada a su nombre.

Ruinart incluyó en *Acta Sincera* las actas de estos mártires, que son muy sobrias en comparación con otras. También se encuentran en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. V y hay otra versión de ellas en *Analecta Bollandiana*, vol. VIII (1889), pp. 163-164. Aunque indudablemente no se trata de una obra escrita por un contemporáneo, tampoco hay razón para considerarla como una simple novela. Mons. Duchesne, que trata el punto en *Fastes Épiscopaux* (vol. II, pp. 359-361), hace notar que Donaciano y Rogaciano son los únicos mártires de las Galias que perecieron ciertamente en las persecuciones romanas. Véase también A. de la Borderie, *Histoire de Bretagne*, vol. I, pp. 187-194; Delanoue, *S. Donatien et S. Rogatien* (1904); G. Mollat, en *Annales de Bretagne*, vol. XXII (1907), pp. 205-213; y J. B. Russon, *La passion des enfants nantais* (1945). También H. Leclerq discute el problema con cierto detenimiento en DAC., vol. XII (1935), cc. 628-634; en dicho artículo se encontrarán numerosas referencias.

SAN VICENTE DE LERINS (*c.* 445 P.C.)

En sus dos obras, "Instructiones" y "De laude Eremi", San Euquerio dice que San Vicente de Lérins "se distinguía por la elocuencia y el saber". Se cree que el santo era hermano de San Lupo de Troyes. Probablemente había sido soldado antes de tomar el hábito religioso en la abadía de Lérins, situada en una de las islas de la costa de Cannes, llamada actualmente San Honorato, en honor de su fundador. En el año 434, casi tres años después de terminado el Concilio de Efeso, San Vicente compuso en Lérins, donde había sido ordenado sacerdote y era monje, el "*Commonitorium*" contra las herejías, que le ha hecho famoso. En dicha obra se refiere a sí mismo como a un peregrinc extranjero que, para huir del mundo y de sus placeres vanos y pasajeros, se entregó al servicio de Cristo en el retiro del monasterio como el último de los monjes. El santo hace notar que la lectura de los Santos Padres le permitió reunir una serie de principios o criterios para distinguir la verdad cristiana del error y que se tomó el trabajo de redactarlos, en primer lugar para su propio uso, y como una ayuda para la memoria. San Vicente desarrolló sus primeras notas en un tratado que constaba de dos partes, la segunda de las cuales se refería principalmente al Concilio de Efeso. Pero esa parte se extravió tal vez a consecuencia de un robo y tuvo que contentarse con añadir

a la primera parte una especie de resumen o recapitulación. En la obra de San Vicente, que consta de cuarenta y dos breves capítulos y que San Roberto Belarmino calificaba de "pequeña por su contenido y grande por su valor", se encuentra por primera vez enunciado el principio de que para afirmar que una verdad pertenece a la doctrina católica, tiene que haber sido sostenida siempre y en todas partes por todos los fieles: "quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est". Por consiguiente, hay que resolver los puntos dudosos al aplicar este criterio de universalidad, antigüedad y unanimidad, lo cual equivale, en la práctica, a probar que la mayoría de los obispos y doctores han sostenido, unánimemente, dicha verdad. La Biblia no puede ser el único criterio de verdad, porque está sujeta a diferentes interpretaciones y la citan tanto los ortodoxos como los heterodoxos; así pues, la única interpretación autorizada de la Biblia es la que da la tradición de la Iglesia, puesto que sólo esta tiene derecho de interpretarla. Cuando aparece una nueva doctrina, hay que confrontarla con la universal de la Iglesia; si en algún caso no se puede aplicar este criterio de universalidad a causa de la divulgación de la herejía en un período determinado de la historia, hay que referirse a la doctrina de la Iglesia primitiva. Y si ya en la primitiva Iglesia había empezado a difundirse ese error, hay que resolver el problema basándose en la fe de la mayoría. San Vicente admite la existencia del progreso dogmático, pero afirma que sólo es legítimo cuando conserva la identidad y todas las características esenciales, como el árbol respecto de la semilla y el ser humano respecto de la celula germinal. La tarea principal de los Concilios consiste en dilucidar, definir y subrayar las doctrinas que la Iglesia universal ha enseñado, creído y practicado desde que existe. La autoridad de la Sede Apostólica es la que sostiene el testimonio de los Padres, de los Doctores y de los Concilios.

Existe una literatura inmensa sobre el *Commonitorium* de San Vicente, y los juicios de los autores son muy diversos. El tratado fue escrito en una época en que la controversia sobre la gracia y la libertad estaba en todo su furor, sobre todo en el sur de Francia y muchos autores de nota consideran la obra de San Vicente como un ataque velado contra el predestinacionismo exagerado de la doctrina de San Agustín. Para probarlo, arguyen que, cuando apareció el *Commonitorium*, el abad de Lérins y muchos de los monjes eran semipelagianos; que San Vicente emplea en muchos pasajes la terminología semipelagiana; y que la célebre defensa del agustinismo que publicó San Próspero de Aquitania, refutaba las objecciones de un tal Vicente, a quien dichos autores identifican con San Vicente de Lérins. Pero el nombre de Vicente era entonces muy común; por otra parte, aunque el santo emplea en algunos pasajes la terminología semipelagiana, otros pasajes de su obra recuerdan tanto los términos del Credo de San Atanasio, que no han faltado quienes atribuyeran este último documento a San Vicente de Lérins. Como quiera que sea, el problema del semipelagianismo de San Vicente no está todavía resuelto del todo; pero, si el santo erró en ese punto, erró en compañía de muchos otros hombres de Dios. Ignoramos la fecha exacta de la muerte de San Vicente, pero debió acontecer hacia el año 445.

Sabemos muy poco sobre la vida de San Vicente de Lérins. El breve relato de *Acta Sanctorum* (mayo, vol. v) se basa principalmente en el *De viris illustribus* de Genadio de Marsella. Véase también DCB., vol. IV, pp. 1154-1158; *Dictionnaire Apologétique*, vol. IV, cc. 1747-1754; e *Historisches Jahrbuch*, vol. XXIX (1908), pp. 583 ss. En francés existe una

traducción excelente del *Commonitorium*, hecha por el Labriolle y H. Brunètière (1906).

SAN DAVID I DE ESCOCIA (1153 P.C.)

EL NOMBRE de este rey aparece en varios calendarios escoceses antiguos, y varias iglesias modernas le están dedicadas. San David pertenece a la categoría de los héroes nacionales canonizados por la "vox populi" y su biografía forma parte de la historia de Escocia. Nació alrededor del año 1080. Era el más joven de los seis hijos del rey Malcolm Canmore y de la reina Santa Margarita. En 1093, fue enviado a la corte normanda de Inglaterra, donde permaneció varios años. Cuando su hermano Alejandro heredó el trono escocés, en 1107, David recibió el título de príncipe de Cumbria. Por su matrimonio con Matilde, viuda del conde de Northampton, en 1113, obtuvo el título de conde de Huntingdon. En 1124, sucedió a su hermano en el trono de Escocia.

San Aelredo de Rievaulx fue, en su juventud, camarero mayor de David I, con quien le unía una gran amistad y de quien escribió una biografía después de la muerte del monarca. En ella habla de la repugnancia del santo a aceptar la corona, de la justicia con que gobernó, de su generosidad con los pobres, de los esfuerzos que hizo por mantener la concordia entre el clero, de su piedad y de su obra de consolidación del reino de Escocia. La única crítica que le hace Aelredo es que no consiguió dominar la crueldad y rapacidad de sus tropas, cuando invadió Inglaterra para sostener a su sobrina Matilde contra Esteban. San David se arrepintió mucho de ello; se cuenta que consideraba la muerte de su hijo y sus propias derrotas, en particular la de la batalla de Standard, como justo castigo de ese pecado.

Uno de los sucesores de David I, Jacobo I, se quejaba de que la liberalidad con que dicho monarca había enriquecido a la Iglesia había empobrecido al reino. En efecto, San David no sólo fundó las ciudades reales de Edimburgo, Berwick, Roxburg, Stirling y tal vez Perth, sino que estableció las diócesis de Brechin, Dunblane, Caithness, Ross y Aberdeen, además de numerosos monasterios. Entre estos últimos se contaban las abadías cistercienses de Melrose, Kinloss, Newbattle y Dundrennan y el convento de canónigos agustinos de Holyrood.

San Aelredo escribió un relato muy detallado sobre la muerte de David I en Carlisle, el 24 de mayo de 1153. El viernes recibió la extremaunción, el viático y empezó a recitar los salmos junto con los que le rodeaban. El sábado, sus amigos le rogaron que descansase un poco, pero el monarca respondió: "Déjadme más bien pensar en Dios para que mi espíritu adquiera el suficiente vigor para el viaje desde el destierro a la Casa Paterna. Cuando me presente al juicio tremendo de Dios, vosotros no podréis responder por mí ni defenderme; nadie podrá librarme de sus manos." Dicho esto, oró hasta el momento de su muerte, ocurrida en la madrugada del domingo.

San David había contribuido a dotar la abadía de Dunfermline, fundada por sus padres y había llevado allá a los benedictinos de Canterbury. Ahí fue sepultado, y su memoria se veneraba en la abadía hasta la época de la Reforma.

Sobre los detalles del reinado de los principales monarcas escoceses, véanse las historias de dicho país. Forbes resume el panegírico de San Aelredo en *Kalendars of Scottish Saints*, y cita a Robertson, *Scotland under her Early Kings*, vol. I, Edimburgo 1862, y a Pinkerton, *Vitae Antiquae Sanctorum Scotiae*. Ver también Bellesheim, *History of the Catholic Church*

in Scotland, vol. I, y A. H. Dumbar, *Scottish Kings* (1906). Los protestantes incluyeron el nombre de San David en el calendario del *Prayer-Book* de Escocia (1637).

SAN NICETAS DE PEREASLAV, MÁRTIR (1186 P.C.)

SAN NICETAS fue, en su juventud, recaudador de impuestos en Pereaslav, cerca de Rostov. Las gentes le odiaban por su mala vida y por la forma implacable con que ejercía su oficio. Finalmente, la gracia tocó el corazón de Nicetas, quien quedó muy impresionado al oír citar un día las palabras del profeta Isaías (I, 16): "Lávate y ponte limpio... Cesa de hacer el mal... Aprende a hacer el bien". Abandonó entonces a su esposa, su casa y todas sus posesiones, se retiró a un monasterio y se entregó a la penitencia. Llevaba sobre el cuerpo un cilicio de metal y vivía en una columna como los antiguos estilitas.

No sabemos cuánto tiempo vivió así; pero, cuando murió, las aristas del cilicio estaban gastadas y bruñidas de tanto frotar la piel del santo. Aquel instrumento de mortificación fue la causa de la muerte de Nicetas, pues unos ladrones le asesinaron para apoderarse del cilicio, en la creencia de que era de plata. Por ello se venera al santo como mártir. San Nicetas obró tantas curaciones en vida y después de su muerte, que el pueblo le llamaba "el Santo de los Milagros".

Nuestro artículo se basa en Martynov, *Annus Ecclesiasticus Graeco-Slavicus* (*Acta Sanctorum*, oct. XI), Cf. nuestro artículo y nuestra bibliografía de San Sergio (25 de septiembre).

BEATO JUAN DE PRADO, MÁRTIR (1613 P.C.)

UNO DE los más célebres Frailes Menores de la Observancia fue el Beato Juan de Prado, quien conquistó la corona del martirio en Marruecos, en el siglo XVII, como lo habían hecho aquellos primeros franciscanos, como el Beato Berardo y sus compañeros en el siglo XIII. El beato pertenecía a una noble familia española de Mogrovejo en León. Después de estudiar en la Universidad de Salamanca, tomó el hábito de San Francisco en 1548. Desde el momento en que recibió las órdenes sagradas, pidió a sus superiores que le enviasen a evangelizar a los paganos. Sin embargo, antes de partir a las misiones, tuvo que predicar en su patria y desempeñar los oficios de maestro de novicios y guardián en varios conventos. Aunque era extraordinariamente devoto y humilde, el beato fue calumniado y el provincial le relevó del cargo de superior. Juan aceptó esto con entera resignación, diciendo: "Dios quiere que sufra. Hágase su voluntad. Lo único que me apena es el escándalo que esto puede causar en los débiles y el descrédito que pueda acarrear a nuestra orden." Al cabo de algún tiempo, quedó probada la inocencia del beato, quien, en 1610, fue nombrado provincial de la nueva Provincia de San Diego.

Tres años más tarde, una intensa epidemia de peste acabó con todos los franciscanos que trabajaban en las misiones de Marruecos. Como el período de su provincialato tocaba a su fin, el Beato Juan pidió que le enviasen a socorrer a los cristianos de aquella región. El Papa Urbano VIII le nombró misionero apostólico y le confirió poderes especiales. Acompañado por el P. Matías y el hermano Genesio, Juan de Prado se embarcó con rumbo a Ma-

rruecos, donde empezó inmediatamente a trabajar entre los esclavos cristianos. Aunque recibieron la orden de salir del país, los misioneros prosiguieron administrando los sacramentos a los fieles y reconciliando a los apóstatas. Por ello fueron arrestados en Marrakesh y se les condenó a moler salitre para la fabricación de la pólvora. Poco después, comparecieron ante el sultán; como defendiesen valientemente la fe, éste mandó que fuesen azotados y arrojados de nuevo en la prisión. La segunda vez que el Beato Juan compareció ante el sultán, hizo caso omiso de él y predicó a algunos apóstatas que se hallaban en la sala. Entonces, Muley-al-Walid derribó de un golpe al misionero y le atravesó con dos flechas; en seguida dio la orden de que le echasen a la hoguera antes de que muriera. En medio de las llamas el siervo de Dios seguía predicando a los verdugos, hasta que uno de ellos le rompió el cráneo con una piedra. Juan de Prado fue beatificado en 1728. Es uno de los pocos beatos de los que el Martirologio Romano hace mención.

Ver P. P. Ausserer, *Seraphisches Martyrologium* (1880); Léon, *Auréole Séraphique* (trad. ingl.), vol. II, pp. 292-296; F. Fernández y Romeral, *Los Franciscanos en Marruecos* (1921); y H. Koehler, *L'Eglise chrétienne du Maroc...* (1934), pp. 65-83.

25: SAN GREGORIO VII, PAPA (1085 P.C.)

COMO introducción a la vida de Gregorio VII, los bolandistas hacen notar, en *Acta Sanctorum*, que el santo fue muy perseguido en vida y muy calumniado después de su muerte. Sin embargo, hemos de decir con gran satisfacción que, si en una época estuvo a la orden del día denigrar al gran Pontífice como si hubiese sido un tirano, los historiadores modernos admiten por unanimidad que el motivo que inspiró a Gregorio VII no fue la ambición sino un celo incontenible por hacer reinar la justicia en la tierra.

San Gregorio nació en la aldea de Rovaco, en la Toscana, cerca de Saona. Su nombre de bautismo era Hildebrando. No sabemos nada sobre sus padres. Cuando joven, fue a vivir en Roma, al cuidado de un tío suyo, que era superior del monasterio de Santa María, en el Aventino. Hizo sus estudios en la escuela de Letrán. Uno de sus maestros, Juan Gracián, estimaba tanto a su discípulo que, al ser elevado al trono pontificio con el nombre de Gregorio VI, le escogió como secretario. Después de la muerte de aquel pontífice acontecida en Alemania, Hildebrando se retiró, según cuenta la tradición, a la abadía de Cluny, donde San Odilón era abad y San Hugo prior. Hildebrando hubiese querido terminar ahí sus días; pero el obispo de Toul, Bruno, que fue elegido Papa, le pidió que volviese con él a Roma. Hildebrando desempeñó entonces el cargo de "economus" de San León IX y restableció el orden en la ciudad y en la tesorería pontificia; además apoyó al Papa en todas las reformas que éste emprendió. Como fue también el consejero principal de los cuatro sucesores de San León IX, muchos le consideraban como "el hombre del poder". Así pues, a nadie sorprendió el hecho de que el cardenal archidiácono Hildebrando fuese elegido Papa, por aclamación, a la muerte de Alejandro II, en 1073. Hildebrando adoptó el nombre de Gregorio VII.

El nuevo Pontífice tenía razones para sentirse abrumado ante la tarea que le esperaba. Una cosa era denunciar los abusos que pululaban en la Iglesia,

como lo hacía su amigo San Pedro Damián y aun blandir la espada de la justicia al servicio de otros Papas, como él mismo lo había hecho antes y otra, muy distinta, sentirse como vicario de Cristo en la tierra, responsable ante Dios por la supresión de dichos abusos. No había en la Iglesia nadie mejor preparado que Gregorio VII para desempeñar esa tarea. Guillermo de Metz le escribió: "En vos, que habéis alcanzado la cumbre del poder, están fijos todos los ojos. El pueblo cristiano sabe los gloriosos combates que habéis sostenido en puestos menos importantes y espera, unánimemente, oír de vos grandes cosas." Esa esperanza no se vio frustrada.

Gregorio no podía soñar con el apoyo de las autoridades para llevar a cabo las reformas que proyectaba. De los monarcas de la época, el mejor era Guillermo el Conquistador, por más que en ciertos momentos había dado muestras de gran crueldad. En Alemania reinaba el emperador Enrique IV, joven de treinta y tres años, disoluto, sediento de oro y tiránico. En cuanto a Felipe I de Francia, se ha dicho que "su reinado fue el más largo y desastroso de que conservan memoria los anales de su patria". Las autoridades eclesiásticas no estaban menos corrompidas que los príncipes seculares, a los que se habían esclavizado; los reyes y los nobles vendían los obispados y las abadías al mejor postor, cuando no las concedían a sus favoritos. La simonía era práctica general, y el celibato clerical estaba tan de capa caída, que en muchas regiones los sacerdotes llevaban abiertamente vida conyugal, utilizaban los diezmos y limosnas de los fieles para el sostenimiento de sus familias y, en algunos casos, llegaban incluso a legar sus beneficios a sus hijos. Gregorio VII iba a pasar el resto de su vida entregado a la lucha heroica por libertar y purificar a la Iglesia suprimiendo la simonía y la incontinencia de los clérigos y aboliendo el sistema vigente de las investiduras. Según ese método, los laicos podían conceder beneficios eclesiásticos y ser investidos para obtenerlos, mediante la presentación del báculo y el anillo pastorales.

Poco después de su acceso al trono pontificio, Gregorio depuso al arzobispo de Milán, Godofredo, que había comprado su beneficio. En el primer sínodo romano que se llevó a cabo bajo su pontificado, el nuevo Papa publicó decretos muy severos contra la simonía y el matrimonio de los sacerdotes. Esos decretos no sólo privaban de jurisdicción y de todo beneficio eclesiástico a los sacerdotes casados, sino que ordenaban a los fieles que se abstuviesen de recibir los sacramentos de sus manos. Naturalmente esto provocó gran hostilidad contra Gregorio VII, sobre todo en Francia y en Alemania. Una asamblea, reunida en París, declaró que los decretos pontificios eran intolerables e irracionales, ya que hacían depender la validez de los sacramentos de la virtud personal de quien los administraba. Pero San Gregorio no se amilanó ante la oposición, ni se desvió de la línea de conducta que se había fijado. En el siguiente sínodo romano fue todavía más lejos, puesto que suprimió de golpe las investiduras de los laicos y lanzó la excomunión contra "toda persona, aunque se tratase del emperador o del rey, que osare conferir investiduras relacionadas con cualquier beneficio eclesiástico". Para promulgar y poner en práctica dichos decretos, Gregorio envió legados a toda la cristiandad, pues no podía confiar en los obispos. Los legados, que generalmente eran monjes a quienes el Papa conocía y había probado suficientemente, le sirvieron con gran valor y eficacia en aquella época excepcionalmente difícil.

En Inglaterra, Guillermo el Conquistador se negó a renunciar al derecho

de conferir investiduras y a rendir vasallaje al Pontífice. Como se sabe, en aquellos tiempos varios príncipes cristianos habían puesto sus reinos bajo la protección de la Santa Sede. Pero en cambio, aceptó los otros decretos pontificios y Gregorio VII, que según parece, tenía confianza en él, no insistió en que renunciase al derecho de investidura. En Francia, gracias a la energía del legado, Hugo de Die, las reformas fueron aceptadas y puestas en práctica poco a poco; pero la lucha fue larga y el Papa tuvo que deponer a casi todos los obispos. Sin embargo, quien opuso mayor resistencia fue el emperador Enrique IV, el cual levantó contra el Papa al clero de Alemania y del norte de Italia, así como a los nobles romanos de tendencias antipapistas. Gregorio VII fue hecho prisionero mientras celebraban la misa de Navidad, en Santa María la Mayor y estuvo en manos de sus enemigos varias horas, hasta que el pueblo le rescató. Poco después, un conciliábulo de obispos, reunido en Worms, hizo varias acusaciones al Papa; los obispos de Lombardía le rehusaron obediencia, y el emperador envió a Roma un legado para que informase a los cardenales de que Gregorio era un usurpador y que él estaba decidido a arrojarle del trono pontificio. Al día siguiente, Gregorio excomulgó solemnemente al emperador y desligó a sus súbditos de la obligación de obedecer a Enrique IV. Fue ése un acto que debía tener una repercusión inmensa en la historia del Papado.

También fue una oportunidad para los nobles germánicos, que deseaban deshacerse del emperador. En octubre de 1076, celebraron una reunión y decidieron que el emperador perdería la corona si antes de un año no recibía la absolución pontificia y no comparecía ante un concilio que Gregorio VII iba a presidir en Augsburgo, en febrero del año siguiente. Enrique IV resolvió salvarse, fingiendo someterse. Acompañado de su esposa, su hijo y un servidor, cruzó los Alpes en lo más crudo del invierno y se presentó en el castillo de Canossa, entre Módena y Parma, donde se hallaba el Papa. Este se negó a recibirle, y el emperador pasó tres días a la puerta del castillo, vestido con hábito de penitente. Algunos historiadores han tachado de cruel y arrogante la conducta del Pontífice; pero, probablemente Gregorio VII había reflexionado ya sobre lo que debía hacer. En realidad, Gregorio VII no tenía más alternativa que suponer la buena fe del emperador, pues éste había ido como penitente; así pues, acabó por recibir a Enrique IV, a quien dio la absolución después de haber oído su confesión.

La expresión "ir a Canossa" se ha convertido en el símbolo del triunfo de la Iglesia sobre el Estado. Pero en realidad, aquel fue un triunfo de la astucia política de Enrique IV, ya que, por una parte, el emperador no renunció nunca a su pretensión de conferir las investiduras eclesiásticas y por otra, los acontecimientos posteriores llevaron a Gregorio VII casi a la ruina.

A pesar de la resistencia que opuso Enrique IV, en 1077, algunos de los nobles eligieron a su cuñado, Rodolfo de Suabia, para que le sustituyese en el cargo. San Gregorio trató de permanecer neutral durante algún tiempo; pero, finalmente, tuvo que excomulgar de nuevo a Enrique IV y apoyar la candidatura de Rodolfo, quien murió en una batalla. Por su parte, Enrique IV promovió la elección de Guiberto, arzobispo de Ravena, como antipapa y, después de la muerte de Rodolfo de Suabia, se dirigió a Italia a la cabeza de un ejército. Roma cayó al cabo de tres años de sitio. San Gregorio se retiró al castillo de Sant' Angelo y permaneció ahí hasta que fue a rescatarle el duque de Cala-

bria, Roberto Guiscardo. Sin embargo, los excesos de las tropas de Roberto provocaron la furia del pueblo romano y San Gregorio, que había llamado en su auxilio a los normandos, fue víctima de la antipatía del ejército de Roberto. A consecuencia de ello, tuvo que retirarse a Monte Cassino primero y después a Salerno, humillado, enfermo y abandonado por treinta de sus cardenales.

San Gregorio lanzó un último llamamiento a todos los que creían "que el bienaventurado Pedro es el padre de todos los cristianos y su jefe y pastor en nombre de Cristo y que la Santa Iglesia Romana es la madre y maestra de todas las Iglesias". Al año siguiente murió, el 25 de mayo de 1085. En su lecho de muerte, Gregorio perdonó a todos sus enemigos y levantó las excomuniones que había fulminado, excepto la de Enrique IV y la de Guiberto de Ravena. Sus últimas palabras fueron las siguientes: "He amado la justicia y odiado la iniquidad; por ello muero en el destierro".

San Gregorio VII fue ciertamente uno de los Papas más grandes, aunque no dejó de cometer algunos errores. Sus fallas, que lo fueron más bien del mundo en que vivió, le han ganado la antipatía de numerosos historiadores. Lo que sí se puede afirmar a ciencia cierta, es que no fue ambicioso y que consagró todos sus esfuerzos a purificar y fortalecer a la Iglesia, porque veía en ella a la Iglesia de Dios y quería convertirla en un refugio de paz y caridad sobre la tierra. El cardenal Baronio introdujo el nombre de Gregorio VII en el Martirologio Romano, dándole el título de beato y no de santo. El Papa Benedicto XIII, en 1728, elevó la conmemoración de San Gregorio a la categoría de fiesta de la Iglesia universal, con gran indignación de los galicanos franceses.

En *Acta Sanctorum* (mayo, vol. IV), además de otros materiales, hay tres documentos que pueden ayudarnos a apreciar a Hildebrando como Papa y como santo. El primero es la biografía escrita por Pablo Bernried, en 1128, que se basa en un estudio de las actas de su pontificado y de las memorias de quienes conocieron personalmente a Gregorio VII. El segundo es un informe que se debe probablemente a la pluma de Pandulfo. El tercero es una adaptación del *Liber ad Amicum*, que Bonzio escribió en vida del santo Pontífice, hecha por el cardenal Boso. Pero Gregorio VII pertenece a la historia universal. El estudio de los documentos oficiales y, en particular, de la parte del *Regesta* que se conserva, puede ayudarnos a conocer mejor su carácter. En *Lives of the Popes* de Mons. Mann, vol. VII (1910), pp. 1-217, se encontrará un magnífico estudio del pontificado de Gregorio VII, sobre todo por lo que se refiere al aspecto externo de su gobierno. Ahí mismo hay una bibliografía; en ella Mons. Mann recomienda, con razón, la obra de J. W. Bowden, *Life and Pontificate of Gregory VII*, a pesar de que fue publicada en 1840. La literatura sobre el tema es muy considerable y ha aumentado mucho desde que Mons. Mann publicó su obra en 1910. Hay que mencionar los trabajos de Mons. Batiffol (1928) y H. X. Arquilière (1934). En la colección *Les Saints* hay un admirable esbozo biográfico de A. Fliche, quien se basó en una multitud de obras. El mismo autor publicó una obra completa sobre el tema, titulada *La Réforme grégorienne* (1925); cf. acerca de ella *Analecta Bollandiana*, vol. XLIV (1926), pp. 425-433. Véase también W. Wühr, *Studien zu Gregors VII Kirchenreform* (1930); Fliche y Martin, *Histoire de l'Eglise*, vol. VIII. Acerca del problema de las *Regesta* de Gregorio VII, consúltense los estudios de W. M. Peitz y E. Caspar. En 1932 se publicó una traducción inglesa de la correspondencia de San Gregorio, hecha por E. Emerton. En Roma empezaron a publicarse, en 1947, los *Studi Gregoriani* (ed. G. B. Borino).

SAN URBANO I, PAPA Y MÁRTIR (*c.* 230 P.C.)

EL MARTIROLOGIO Romano dice lo siguiente: "En Roma, en la Vía Nomentana, el nacimiento para el cielo del bienaventurado Urbano, Papa y mártir, por cuyas exhortaciones y enseñanzas muchas personas, entre las que se contaban

Tiburcio y Valeriano, recibieron la fe de Cristo y sufrieron el martirio por ella. Dicho Pontífice tuvo que sufrir mucho durante la persecución de Alejandro Severo y, finalmente, recibió la corona del martirio por la espada". Hay razones para sospechar que este breve resumen contiene muchos elementos apócrifos. La alusión a Tiburcio y Valeriano está tomada de las "actas" de Santa Cecilia, que son un documento muy poco fehaciente. En las mismas "actas" se basa la biografía de Urbano I que da el *Liber Pontificalis*. En todo caso, es absolutamente seguro que Urbano I no fué sepultado en la Vía Nomentana, sino en el Cementerio de Calixto en la Vía Appia, ya que en la era moderna se descubrió ahí una losa sepulcral que lleva su nombre. No lejos del cementerio de Calixto en la Vía Appia se hallaba el cementerio de Pretextato, donde estaba enterrado otro mártir llamado Urbano. Pronto se empezó a confundir a los dos mártires. Uno de los antiguos edificios que rodeaban la catacumba de Pretextato fue transformado en iglesia y recibió, más tarde, el nombre de San Urbano alla Caffarella.

La confusión entre los dos Urbanos y los problemas que ha creado en el *Hieronymianum*, son puntos de estudio muy interesantes, pero demasiado complicados para que podamos discutirlos aquí. Ver CMH. pp. 262 y 273; Duchesne, *Liber Pontificalis*, pp. 47, 93 y 143; De Rossi, *Roma Sotterranea*, vol. II, pp. 22-25, 53, 151. En el catálogo de manuscritos latinos de los bolandistas se han publicado varios textos, entre los que se cuenta la "pasión" del Papa Urbano (*Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI). Ver BHL., nn. 8372-8392.

SAN DIONISIO, OBISPO DE MILÁN (*c.* 360 P.C.)

ENTRE LOS pocos obispos que sostuvieron a San Atanasio cuando todo el mundo estaba contra él, ocupa un sitio de honor San Dionisio, quien sucedió a Protasio en la sede de Milán, en 351. San Dionisio, gran paladín de la fe católica, asistió en el año 355, en el palacio de su ciudad episcopal, a un sínodo que el emperador Constancio, favorecedor de los arrianos, había reunido para que condenase a Atanasio. San Dionisio, San Eusebio de Vercelli y Lucifer de Cagliari, formaron parte del reducido grupo de los que se negaron a firmar el decreto. El emperador los desterró por ello. San Dionisio se retiró a Capadocia, donde murió hacia el año 360, probablemente poco antes de que el emperador Juliano restituyese a los obispos desterrados a sus diócesis. Hay que hacer notar que San Basilio envió, desde Capadocia a Milán, los despojos mortales de San Dionisio. Todavía se conserva la carta en que San Basilio cuenta a San Ambrosio las medidas que tomó para asegurarse de la autenticidad de las reliquias.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, hay una biografía de San Dionisio. Se trata de una obra de reducido valor histórico, ya que el texto primitivo en que se basa se debe probablemente a la pluma de un cronista tan poco escrupuloso como Landulfo (siglo XI). Así lo ha demostrado el P. Savio en su obra, *Gli Antichi Vescovi d'Italia, La Lombardia*, pp. 114 ss. y 753 ss. Véase también Lanzoni, *Le Diocesi d'Italia*, vol. II (1927), p. 1014, y sobre todo CMH., pp. 81 y 271; Hefele-Leclercq, *Conciles*, vol. I, pp. 873-877. Acerca de la carta de San Basilio, véase Migne, PG., vol. XXXII, cc. 712-713.

SAN CENOBIO, OBISPO DE FLORENCIA (¿390? P.C.)

LA HISTORIA y la novela están muy mezcladas en la leyenda tradicional de San

Cenobio, el patrono principal de Florencia. Desgraciadamente no existe ningún documento contemporáneo del santo que nos permita reconstruir los hechos. San Cenobio pertenecía a la familia florentina de los Geronimo. Se cuenta que fue bautizado a los ventiún años por el obispo Teodoro, quien también le confirió las órdenes sagradas y le hizo archidiácono suyo. Por su virtud y saber, San Cenobio se ganó la amistad de San Ambrosio de Milán, quien aconsejó al Papa San Dámaso que le llevase a Roma. Tras de desempeñar, con éxito, una misión que le confió la Santa Sede en Constantinopla, San Cenobio volvió a Italia. A la muerte de Teodoro, fue elegido obispo de Florencia, donde edificó a todos por su elocuencia, sus milagros y su santidad. Tuvo a San Eugenio como diácono y a San Crescencio como subdiácono. Según se cuenta, resucitó a cinco muertos; uno de ellos era un niño que había sido atropellado por un carro, cuando jugaba frente a la catedral. San Cenobio murió a los ochenta años. Fue, primero, sepultado en San Lorenzo y más tarde, trasladado a la catedral. En las galerías florentinas hay numerosas pinturas primitivas que representan diversas escenas de la vida de San Cenobio.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, hay varias biografías breves; pero ninguna de ellas es anterior al siglo XI. Por otra parte, no es del todo cierto que haya existido el obispo Teodoro. Véase Davidsohn, *Forschungen zur älteren Geschichte von Florenz*, vol. I. Acerca de las pretendidas reliquias de San Cenobio, cf. Cocchi, *Ricognizioni... delle Reliquie di S. Zenobio*.

SAN LEON, ABAD (*c.* 550 P.C.)

SAN LEÓN pasó su vida en Mantenay, pueblecito de la diócesis de Troyes. Ahí nació y ahí ingresó en un monasterio, fundado poco antes por el obispo de Reims, San Romano. San León edificó a todos sus hermanos, tanto como simple monje como al suceder a San Romano en el cargo de abad. Una noche, mientras dormía en el bautisterio de la iglesia, como tenía por costumbre, se le aparecieron San Hilario, San Martín de Tours y San Anastasio de Orléans, para anunciarle que iba a morir tres días después. San León les rogó que le obtuviesen de Dios otros tres días, para que una buena mujer pudiese terminar el hábito mortuorio que le había prometido. Habiendo obtenido esa gracia, el santo envió inmediatamente a un mensajero a traer el hábito morturio. La dama en cuestión dijo que todavía no lo había tejido, porque el abad gozaba de perfecta salud, pero que lo terminaría en tres días. La dama cumplió su palabra y envió el hábito en la fecha prometida. El santo murió, exactamente, cuando se le había predicho.

Tanto en Mabillon como en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, hay una breve biografía, pero muy poco fidedigna. Sin embargo, el nombre de San León aparece en ciertas recensiones tardías del *Hieronymianum*.

SAN ALDHELMO o ADELMO, OBISPO DE SHERBORNE (709 P.C.)

SAN ALDHELMO fue el primer sabio inglés cuya fama fama llegó al continente europeo. Se conservan varios de sus escritos, así en prosa como en verso, redactados en un latín singularmente oscuro. San Aldhelmo, que era pariente de Ine, rey de los sajones del oeste, nació hacia el año 639. Se educó en Malmesbury, bajo la dirección de un maestro irlandés, llamado Maildub. No sabemos

exactamente dónde vivió al terminar sus estudios. Entre los treinta y los cuarenta años, San Aldhelmo se trasladó a Canterbury, que se había convertido en un importante centro de las ciencias humanas y divinas, gracias al arzobispo San Teodoro y a San Adrián. San Aldhelmo atribuía al abad Adrián los éxitos que obtuvo posteriormente en el terreno de la cultura. En Canterbury, o tal vez antes de ir a esa ciudad, el santo recibió la tonsura y tomó el hábito. Cuando Maildub se retiró de la enseñanza, San Aldhelmo pasó a Malmesbury para encargarse de la escuela. Hacia el año 683, fue nombrado abad.

El santo fomentó mucho la religión y la educación en Wessex, particularmente después de la elevación del rey Ine al trono, ya que fue consejero de dicho monarca. Para instrucción y edificación de los pobres, a quienes amaba mucho, el santo, que era un músico destacado, compuso versos y cantos en inglés. El rey Alfredo admiraba mucho los himnos ingleses de San Aldhelmo y las baladas compuestas por el siervo de Dios fueron muy populares durante varios siglos; pero, desgraciadamente, no se conserva el texto de ninguna de ellas. San Aldhelmo fundó los monasterios subsidarios de Frome y Bradford-on-Avon y construyó varias iglesias. Todavía se conserva la que dedicó a San Lorenzo, en Bradford-on-Avon, que es, sin duda, el más hermoso monumento del arte sajón. A instancias de un sínodo reunido por el rey Ine, San Aldhelmo escribió una carta a Gerainto, rey de Dummonia (Cornwall y Devon); gracias a ella, aceptaron la costumbre romana muchos clérigos que hasta entonces habían seguido la tradición celta, en la cuestión de la fecha de la Pascua. Se cuenta que el santo hizo un viaje a Roma, pero no hay pruebas suficientes de la veracidad de esta afirmación.

A la muerte de San Hedda, en 705, el territorio de Wessex se dividió en dos diócesis; a San Aldhelmo tocó gobernar la región occidental y fijó su sede episcopal en Sherborne. Cuatro años más tarde murió, cuando se hallaba visitando la población de Doulting, cerca de Westbury. Su cuerpo fue trasladado a Malmesbury con gran solemnidad. En el camino se plantaron cruces en los sitios donde su cuerpo había descansado. El más conocido de los escritos de San Aldhelmo es el tratado de la virginidad, que dedicó a las religiosas de Barking. También se conservan algunos poemas latinos y un tratado de prosodia, en el que la medida de los versos se ejemplifica con adivinanzas; por ello se ha dicho que San Aldhelmo habría gozado con los crucigramas y juegos de palabras de nuestra época. La fiesta del santo se celebra en las diócesis de Clifton, Plymouth y Southwark. En esta última, la fiesta tiene lugar el 28 de mayo.

Las biografías de San Aldhelmo, escritas por Faricio de Abingdon y Guillermo de Malmesbury (*Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI), no son del todo fehacientes, puesto que datan del siglo XII. Beda habla con respeto de San Aldhelmo, pero dice muy poco sobre él. La mejor edición de las obras del santo, es la de Ehwald, en MGH., *Auctores Antiquissimi*, vol. XV. Véase también *Cambridge History of English Literature*, vol. I, pp. 72-79; Thurston, en *Catholic Encyclopaedia*, vol. I, pp. 280-281; y E. S. Dukett, *Anglo-Saxon Saints and Scholars* (1947). Probablemente la iglesia actual de Brandford está construida sobre las ruinas de la "ecclesiola" de San Aldhelmo.

SANTA MAGDALENA SOFIA BARAT, VIRGEN, FUNDADORA DE LA CONGREGACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN (1865 P.C.)

MAGDALENA SOFÍA Barat nació el 12 de diciembre de 1779, en Joigny de Bor-

goña, donde su padre era herrero y poseía unas pequeña viña. Su padrino de bautismo fue su propio hermano Luis, doce años mayor que ella. Cuando éste, que se preparaba para el sacerdocio, volvió de Sens, ya ordenado diácono, para trabajar como maestro en su ciudad natal, su ahijada era una chiquilla vivaracha de diez años. Muy pronto se convenció Luis de que Dios tenía destinada a Magdalena a una misión muy alta, por lo cual era su deber ayudarla a prepararse. Con ese objeto, la condujo según los principios que empleaba para la educación de sus discípulos, pero con la preocupación principal de enseñarle a dominar sus emociones y su voluntad. Magdalena pasaba prácticamente el día entero sola y sin ningún recreo, entregada al estudio del latín, el griego, la historia, la física y las matemáticas, bajo la dirección de su joven maestro, que era pródigo en la reprensión o el castigo y avaro en las alabanzas. Felizmente, la niña tenía la pasión de aprender, ya que su único premio era la satisfacción de progresar en la ciencia. Cualquier manifestación afectiva era castigada severamente, hasta el grado de que, en cierta ocasión en que Magdalena hizo un pequeño regalo a su hermano, éste lo arrojó inmediatamente al fuego. Por duro que fuese este sistema, produjo buenos efectos en aquel caso particular. Se puede decir que Magdalena hacía progresos muy rápidos, cuando se vio, súbitamente, privada de su maestro.

En el año de 1793, cuando Luis XVI fue guillotinado y comenzó el reinado del terror, Luis Barat, que se había negado a firmar la constitución civil del clero, tuvo que huír de Joigny para ocultarse en París. En la ciudad fue arrestado y, durante dos años, vivió en constante espera de la muerte. Cuando Luis volvió a Joigny, ya sacerdote, Magdalena era una muchacha encantadora y vivaz, a la que sus padres adoraban y sus amigos admiraban sin límites. Temeroso de que aquellas dotes pusiesen en peligro la vocación religiosa que su hermana había manifestado desde pequeña, Luis se la llevó consigo a París, a fin de continuar ahí su educación. A la estricta disciplina de los años anteriores, el maestro añadió la obligación de la penitencia corporal y la práctica constante del examen de conciencia; por otra parte, sustituyó el estudio de los clásicos por el de la Biblia, los Santos Padres y la teología. Magdalena se sometió resignadamente, sin sospechar los grandes planes que Dios había trazado para ella.

En cuanto se calmó un poco la primera llamarada de la Revolución, hubo que pensar en el problema de educar a la nueva generación, pues todas las escuelas católicas habían sido suprimidas. Entre los que más se interesaron por el problema, se contaban dos sacerdotes jóvenes, que formaron una asociación para pedir el restablecimiento de la Compañía de Jesús, a la que Clemente XIV había suprimido, treinta años antes. El superior de la nueva asociación, el P. Varin, proyectaba desde hacía algún tiempo la fundación de un instituto religioso femenino que se encargase de la educación de las niñas. Cuando el P. Barat le habló de la formación y cualidades de Magdalena, el P. Varin manifestó deseos de conocerla. Pronto quedó convencido de que la joven poseía todas las cualidades necesarias para realizar su proyecto. Magdalena le objetó, tímidamente, que pensaba entrar como hermana lega en la Orden del Carmelo. Pero el P. Varin replicó en forma contundente: "No, Dios no la quiere ahí. Las cualidades que le ha dado y la educación que ha recibido, la llaman a otras cosas." Acto seguido, le expuso su proyecto de fundar una congregación de educadoras, inspirada por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Magdalena aceptó humildemente la tarea, llena de desconfianza en sus fuerzas. Al referirse a aquellos momentos,

decía más tarde: "Lo acepté todo, sin comprender ni prever nada."

El 21 de noviembre de 1800, Magdalena y otras tres aspirantes empezaron a vivir en comunidad. El año siguiente, Magdalena partió a Amiens para enseñar en una escuela, que fue el primer convento de la congregación. Pronto inauguró otra escuela gratuita para niñas pobres. La comunidad empezó a crecer; pero la religiosa que actuaba como superiora abandonó el convento a los dos años, ya que carecía de verdadera vocación y de las cualidades necesarias para gobernar. El P. Varin nombró a Magdalena para sustituirla, aunque ésta no tenía más que veintitrés años y era la más joven de la comunidad. A pesar de su repugnancia inicial, la santa iba a gobernar la congregación durante sesenta y tres años.

El éxito de las escuelas de Amiens motivó que otras ciudades llamasen a las religiosas. En 1804, la madre Barat fue a Grénoble a tomar posesión del convento abandonado de Sainte Marie-d'en-Haut y a recibir en la congregación a las religiosas de la Visitación que lo habían ocupado antiguamente. Entre ellas se contaba la Beata Filipina Duchesne, a quien más tarde correspondería introducir la Congregación del Sagrado Corazón en los Estados Unidos. Poco después, la madre Barat transformó la antigua abadía cisterciense de Feuillants, en Poitiers, en la casa para el noviciado de la congregación. Ahí pasó la santa dos años, que fueron tal vez los más felices de su vida. Ella misma se encargaba de la formación de las novicias y sólo interrumpió su trabajo para ir a fundar las casas de Belley, Niort, Gante y Cugnières. Todo iba viento en popa, cuando, súbitamente la madre Barat tuvo que hacer frente a una de esas pruebas extraordinarias que parecen ser el sino de todos los fundadores. La superiora de Amiens, "madame" Baudemont, apoyada por el P. de Saint-Esteve, quien había sustituido como capellán al P. Varin, llevó a cabo una serie de reformas, sin consultar a la superiora general. Durante ocho años, esos dos personajes hicieron la guerra a la madre Barat, con el objeto de expulsarla de su cargo y moldear a su gusto la congregación. La santa empleó como armas principales la paciencia y la oración, cosa que sus enemigos interpretaron como un signo de debilidad. El P. de Saint-Esteve llegó incluso a redactar para la congregación unas constituciones que la cambiaban totalmente y modificaban hasta el nombre. Pero, precisamente en el momento en que estaba a punto de triunfar, el P. de Saint-Esteve cometió el error de exagerar su celo, con el resultado de que el congreso general de 1815 aprobó las constituciones que había redactado la madre Barat con la ayuda del P. Varin, que había ingresado en la Compañía de Jesús.

Al fracaso de la oposición, siguió un período de intensa expansión. En 1818, la madre Duchesne partió a los Estados Unidos con otras cuatro religiosas. Dos años más tarde, la madre Barat reunió a todas las superioras locales de París, en donde se hallaba la casa madre de la congregación, con el objeto de elaborar un plan general de estudios para las escuelas. La tarea consistió, sobre todo, en la determinación de ciertos principios generales, pues, con su previsión acostumbrada, la madre Barat insistió en que se dejase cierto margen para las mejoras y adaptaciones. En la misma asamblea se resolvió que las superioras debían reunirse cada seis años, entre otras cosas para que la congregación pudiese mantener al día su plan de estudios. Bajo el gobierno de Santa Magdale-

na, los internados de París alcanzaron tal fama, que muchas otras ciudades pidieron la fundacion de instituciones semejantes.

En nuestros días, cuando las comunicaciones son tan fáciles, resulta difícil comprender lo que debió costar a la santa la fundación de las ciento cinco casas. Para ello tuvo que atravesar Francia muchas veces y hacer tres viajes a Roma. En 1830, se vio obligada a ir a Suiza para trasladar allá el noviciado, que había sido expulsado de Francia. En 1844, fue a Inglaterra y, once años más tarde, a Austria. La misma madre Barat dijo una vez: "Siempre estoy en camino". Y los viajes no debían resultar precisamente agradables a una persona que nunca había sido robusta.

Llena de amor por la juventud, la santa trataba de fundar en cada sitio, en cuanto era posible, una escuela para niñas pobres y un pensionado de paga. Como no podía visitar todas las fundaciones, se mantenía en contacto epistolar con ellas, lo cual la obligaba a escribir innumerables cartas. En los períodos que pasaba en la casa madre, se ocupaba del trabajo administrativo, además de recibir a las numerosas personas que la buscaban para pedirle consejo. En realidad, se pueden aplicar a Santa Magdalena las palabras que escribió a una de sus hijas: "El trabajo excesivo es un peligro para las almas imperfectas; pero las almas perfectas obtienen, por ese medio, una rica cosecha."

En diciembre de 1826, en respuesta a un memorandum de la madre Barat, el Papa León XII aprobó oficialmente la Sociedad del Sagrado Corazón. Parecía que esto confería a la congregación una estabilidad definitiva. Sin embargo, trece años después, estalló una crisis que la puso en peligro de muerte, ya que, en el Congreso general de 1839 se propusieron y se llevaron a efecto ciertas reformas contra el parecer de la madre Barat. La mejor prueba del tacto y lealtad de la santa fue que, en vez de oponer el veto a esas reformas, permitió que se pusiesen a prueba durante tres años. El tiempo dio la razón a la santa: las reformas no tuvieron éxito, el Papa Gregorio XVI se negó a sancionarlas y el siguiente congreso general las suprimió. Una vez más se habían impuesto la oración y la paciencia, las mismas religiosas que habían promovido las reformas, fueron las primeras en reconocer su error.

No podemos seguir, paso a paso, la actividad de Santa Magdalena en sus últimos años, pues se confunde prácticamente con la historia de su congregación. Cuando la santa murió, la congregación se hallaba ya firmemente establecida en doce países y dos continentes. En 1864, a los ochenta y cinco años de edad, Santa Magdalena rogó al congreso general que le permitiese renunciar a su cargo; pero la asamblea no le permitió más que nombrar a una vicaria para que le ayudase en el trabajo. El 21 de mayo de 1865, la santa sufrió un ataque que la dejó paralítica y entregó el alma a Dios cuatro días más tarde, en la fiesta de la Ascensión. Fue canonizada en 1925.

Santa Magdalena Sofía ha tenido muy buenos biógrafos. La admirable *Histoire de la Vén. Mère Madeleine-Sophie Barat,* de Mons. Baunard fue espléndidamente traducida al inglés por Lady Georgiana Fullerton. Una de las religiosas de la congregación, la madre Cahier, publicó otra excelente biografía en dos volúmenes (1884). En la colección *Les Saints* hay una vida escrita por Geoffroy de Grandmaison (1909). La mejor obra en inglés, es la de la madre Maud Monahan, *Sainte Madeleine Sophie* (1925). También es buena la obrita de M. K. Richardson que tiene el divertido título de *Heaven on Thursday* (1948).

26: SAN FELIPE NERI (1595 P.C.)

SAN FELIPE NERI nació en Florencia, en 1515. Era uno de los cuatro hijos del notario Francisco Neri. Felipe y sus hermanos perdieron a su madre muy pronto; pero la segunda esposa de su padre fue para ellos una verdadera madre. Felipe se distinguió, desde niño, por su docilidad y su bondad, lo cual le mereció el apodo de "Pippo buono" ("el bueno de Felipillo"). Sus padres no tuvieron que reprenderle más que en dos ocasiones: cuando dio un empellón a su hermana mayor que le había molestado durante largo tiempo y otro a su hermanita menor, durante la recitación de los salmos. Los primeros maestros de Felipe fueron los dominicos de San Marcos, cuyo ejemplo y enseñanzas se le quedaron grabados para toda la vida. Felipe se convirtió en un joven piadoso, simpático y muy alegre, a quien todos querían. A los dieciocho años, fue enviado a San Germano a casa de un pariente próspero, del que el joven podía llegar a ser el heredero. Pero su estancia ahí no fue muy prolongada, ya que al poco tiempo tuvo Felipe la experiencia mística que él llamaría, más tarde, su "conversión" y, desde ese momento, dejaron de interesarle los negocios. Como no se hallaba a gusto en casa de su pariente, partió a Roma, sin dinero y sin ningún proyecto, confiado únicamente en la Providencia. En la Ciudad Eterna se hospedó en la casa de un aduanero florentino llamado Galeotto Caccia, quien le cedió una buhardilla y le dio lo necesario para comer. Por lo demás, Felipe no necesitaba gran cosa, ya que sólo se alimentaba una vez al día y su dieta se reducía a pan, aceitunas y agua. En su habitación no había más que la cama, una silla, unos cuantos libros y una cuerda para colgar la ropa. Felipe pagaba la comida y la renta de la habitación, por medio de clases a los hijos de su huésped, los cuales —según el testimonio de su propia madre y de una tía— se portaban como ángeles bajo la dirección del santo.

Fuera del tiempo que consagraba a la enseñanza, Felipe vivió como un anacoreta, los dos primeros años que pasó en Roma, entregado día y noche a la oración en su buhardilla. Fue ese un período de preparación interior, en el que se fortaleció su vida espiritual y se confirmó en su deseo de servir a Dios. Al cabo de esos dos años, Felipe hizo sus estudios de filosofía y teología en la Sapienza y en Sant'Agostino. Pero, tres años después, cuando el tesón y el éxito con que había trabajado abrían ante él una brillante carrera, Felipe abandonó súbitamente los estudios. Movido probablemente por una inspiración divina, vendió la mayor parte de sus libros y se consagró al apostolado. La vida religiosa del pueblo de Roma, que se resentía aún por los efectos del saqueo de 1527, dejaba mucho que desear. Por otra parte, no faltaban motivos para ello. Los más graves abusos abundaban en la Iglesia; todo el mundo lo reconocía, pero nadie hacía nada por remediarlo. En el Colegio cardenalicio gobernaban los Medici, de suerte que casi todos los cardenales eran más bien príncipes seculares que eclesiásticos. El renacimiento de los estudios clásicos había sustituido los ideales cristianos por los paganos, con el consiguiente debilitamiento de la fe y descenso del nivel moral. El clero había caído en la indiferencia, cuando no en la corrupción; la mayoría de los sacerdotes no celebraba la misa sino rara vez, dejaba tranquilamente arruinarse las iglesias y se desentendía del cuidado espiritual de los fieles. Nada tiene, pues, de extraño que el pueblo hubiese caído en una especie de paganismo. La obra de San Felipe habría de

consistir en reevangelizar la ciudad de Roma y lo hizo con tal éxito, que un día se le llamaría "el Apóstol de Roma".

Los comienzos fueron modestos. Felipe iba a la calle o al mercado y empezaba a conversar con las gentes, particularmente con los empleados de los bancos y las tiendas del barrio de Sant'Angelo. Como era muy simpático y tenía un buen sentido del humor, no le costaba trabajo entablar conversación, en el curso de la cual dejaba caer alguna palabra oportuna acerca del amor de Dios o del estado espiritual de sus interlocutores. Así fue logrando, poco a poco, que numerosas personas cambiasen de vida. El santo acostumbraba saludar a sus amigos con estas palabras: "Y bien, hermanos, ¿cuándo vamos a empezar a ser mejores?" Si éstos le preguntaban qué debían hacer para mejorar, el santo los llevaba consigo a cuidar a los enfermos de los hospitales y a visitar las siete iglesias, que era una de su devociones favoritas. Felipe consagraba el día entero al apostolado; pero al atardecer, se retiraba a la soledad y, con frecuencia, pasaba la noche en el pórtico de alguna iglesia, o en las catacumbas de San Sebastián, junto a la Vía Appia. Se hallaba ahí, precisamente, la víspera de Pentecostés de 1544, pidiendo los dones del Espíritu Santo, cuando vio venir del cielo un globo de fuego que penetró en su boca y se dilató en su pecho. El santo se sintió poseído por un amor de Dios tan enorme, que parecía ahogarle; cayó al suelo, como derribado y exclamó con acento de dolor: ¡Basta, Señor, basta! ¡No puedo soportarlo más!" Cuando recuperó plenamente la conciencia, descubrió que tenía en el pecho un tumor grande como un puño; pero jamás le causó dolor alguno. A partir de entonces, San Felipe experimentaba tales accesos de amor de Dios, que todo su cuerpo se estremecía. A menudo tenía que descubrirse el pecho para aliviar un poco el ardor que lo consumía; y rogaba a Dios que mitigase sus consuelos para no morir de gozo. La autopsia del cadáver del santo reveló que tenía dos costillas rotas y que éstas se habían arqueado para dejar más sitio al corazón.

En 1458, con la ayuda del P. Persiano Rossa, su confesor, que vivía en San Girolamo della Carita, San Felipe fundó una cofradía de pobres, que se reunían para los ejercicios espirituales en la iglesia de San Salvatore in Campo. Dicha cofradía, que se encargaba de socorrer a los peregrinos necesitados, ayudó a San Felipe a difundir la devoción de las cuarenta horas. Dios bendijo el trabajo de la cofradía, que pronto fundó el célebre hospital de Santa Trinita dei Pellegrini; en el año jubilar de 1575, los miembros de la cofradía atendieron ahí a 145,000 peregrinos y se encargaron, más tarde, de cuidar a los pobres durante la convalescencia. Así pues, a los treinta y cuatro años de edad, San Felipe había hecho ya grandes cosas; pero su confesor estaba persuadido de que las haría todavía mayores, si recibía la ordenación sacerdotal. Aunque el santo se resistía a ello, por humildad, acabó por seguir el consejo de su confesor. El 23 de mayo de 1551, recibió las órdenes sagradas y se fue a vivir con el P. Rossa y otros sacerdotes, a San Girolamo della Carita. A partir de ese momento, ejerció el apostolado sobre todo en el confesonario, en el que se sentaba desde la madrugada hasta mediodía, algunas veces hasta las horas de la tarde, para atender a una multitud de penitentes de toda edad y condición social. El santo tenía el poder de leer el pensamiento de sus penitentes y logró numerosas conversiones. Para ayudar a sus penitentes, organizaba conversaciones y discusiones espirituales, que terminaban con una visita al Santísimo Sacramento en alguna iglesia, o con la asistencia a las vísperas. En dichas reuniones

se leían, con frecuencia, las vidas de los mártires y de los misioneros. El ejemplo de la vida y muerte heroicas de San Francisco Javier movió a San Felipe a ofrecerse como voluntario para las misiones; pero un cisterciense, con quien consultó el asunto, le aseguró que Dios le quería de misionero en Roma, y el santo se atuvo a su consejo.

En la iglesia de San Girolamo se construyó una gran sala para las conferencias de San Felipe, y varios sacerdotes empezaron a ayudarle en la obra. El pueblo los llamaba "los Oratorianos", porque tocaban la campana para llamar a los fieles a rezar en su oratorio. Sin embargo, la fundación oficial de la Congregación del Oratorio no tuvo lugar sino varios años después, cuando San Felipe envió a cinco de sus discípulos, que acababan de recibir la ordenación sacerdotal, a encargarse de la iglesia de San Giovanni, cuyo cuidado le habían confiado los florentinos de Roma. El santo redactó una regla muy sencilla para sus jóvenes discípulos, entre los cuales se contaba el futuro historiador César Baronio. Vivían y oraban en comunidad, bajo la dirección de San Felipe; pero el santo les prohibió obligarse con votos y renunciar a sus propiedades. La congregación creció rápidamente, debido quizá, en parte, a la oposición que despertaba en ciertos círculos. En 1575, el Papa Gregorio XIII la aprobó formalmente y, algún tiempo después, le confió la iglesia de Santa María in Vallicella. Como el edificio estaba en ruinas y resultaba demasiado pequeño, San Felipe decidió demolerlo y construir uno más grande. El Papa, San Carlos Borromeo y otros distinguidos personajes de Roma contribuyeron a la obra con generosas limosnas. San Felipe tenía por amigos a varios cardenales y príncipes, a pesar de que, con frecuencia, decía y hacía cosas desconcertantes; unas veces por reírse, pues tenía un gran sentido del humor y, otras, para ocultar las gracias de que era objeto, o para bajar en la estima de sus amigos. Porque la humildad era, sin duda, la virtud que el santo practicaba más fervorosamente y trataba de inculcar a sus penitentes. A pesar de ello, no consiguió ocultar su santidad, ni los dones extraordinarios que Dios le había concedido.

San Felipe fue siempre de salud delicada. En cierta ocasión, la Santísima Virgen se le apareció y le curó de una enfermedad de la vesícula. El suceso aconteció así: el santo había casi perdido el conocimiento, cuando súbitamente se incorporó, abrió los brazos y exclamó: "¡Mi hermosa Señora! "Mi santa Señora!" El médico que le asistía le tomó por el brazo, pero San Felipe le dijo: "Dejadme abrazar a mi Madre que ha venido a visitarme". Después, cayó en la cuenta de que había varios testigos y escondió el rostro entre las sábanas, como un niño avergonzado. El santo devolvió la salud a numerosos enfermos y, en diversas ocasiones predijo acertadamente el porvenir. Vivía en tan estrecho contacto con lo sobrenatural que, algunas veces, lo difícil para él era no despegarse demasiado del mundo. Los éxtasis le sorprendían lo mismo cuando rezaba el oficio o celebraba la misa, que al vestirse. Quienes le vieron durante sus arrebatos, dieron testimonio de que su rostro brillaba con una luz celestial.

En abril de 1577, la construcción de Chiesa Nuova estaba suficientemente avanzada para que los oratorianos pudiesen trasladarse a Vallicella; pero San Felipe prefirió vivir en San Girolamo como hasta entonces, puesto que sentía apego por la habitación que había ocupado durante treinta y tres años. Sin embargo, en 1584 se trasladó a Chiesa Nuova, como el Papa se lo había pedido. Pero aun entonces vivió y comió aparte de la comunidad, aunque sus hijos podían ir a verle cuantas veces quisieran. Por lo demás, el santo no vivía como

un anacoreta, pues su cuarto estaba siempre lleno de gente de todas clases. El pueblo romano le profesó gran veneración durante sus últimos años: prácticamente todos los cardenales le tenían por consejero y director espiritual y numerosos peregrinos pedían ver al famoso santo. Así pues, San Felipe pudo continuar su apostolado desde su cuarto, cuando la edad y las enfermedades le impedían salir. Ricos y pobres subían las empinadas escaleras que conducían al apartamiento del santo, en la azotea de la casa, con una hermosa vista sobre Roma; ahí, aquel hombre de Dios, que siempre había amado los paisajes abiertos, daba a cada uno el consejo que necesitaba.

Hacia el fin de su vida, San Felipe tuvo varias enfermedades que le pusieron al borde del sepulcro y le obligaron a recibir los últimos sacramentos. Dos años antes de su muerte, consiguió renunciar a su cargo de superior y fue sustituido por su discípulo Baronio. También obtuvo permiso de celebrar diariamente la misa en el pequeño oratorio que estaba junto a su cuarto. Como frecuentemente era arrebatado en éxtasis durante la misa, los asistentes acabaron por tomar la costumbre de retirarse al "Agnus Dei". El acólito hacía lo mismo, después de apagar los cirios, encender una lamparilla y colgar de la puerta un letrero para anunciar que San Felipe estaba celebrando todavía; dos horas después volvía el acólito, encendía de nuevo los cirios y la misa continuaba. El día de Corpus Christi, 25 de mayo de 1595, el santo estaba desbordante de alegría, de suerte que su médico le dijo que nunca le había visto tan bien durante los últimos diez años. Pero San Felipe sabía perfectamente que había llegado su última hora. Confesó durante todo el día y recibió, como de costumbre, a los visitantes. Pero antes de retirarse, dijo: "A fin de cuentas, hay que morir". Hacia medianoche sufrió un ataque tan agudo, que se convocó a la comunidad. Baronio, después de leer las oraciones de los agonizantes, le pidió que se despidiese de sus hijos y los bendijese. El santo, que ya no podía hablar, levantó la mano para dar la bendición y murió un instante después. Tenía entonces ochenta años y dejaba tras de sí una obra imperecedera. Sus reliquias se hallan en Chiesa Nuova, donde los oratorianos siguen a cargo del culto. San Felipe Neri fue canonizado en 1622.

La más documentada y profunda de las biografías de San Felipe es la de los PP. Louis Poncelle y Louis Bourdet, *St Philip Neri and the Roman Society of his times* (traducción inglesa del P. Kerr, 1932). El primer capítulo de dicha obra está consagrado a las fuentes, de suerte que aquí citaremos sólo algunas de las primeras biografías, o de las más conocidas. La primera biografía fue la del P. Gallonio (oratoriano), quien escribió en latín (1600). En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, puede verse dicha biografía, así como la del P. Bernabei, que se reduce prácticamente a un resumen del proceso de beatificación. Bacci publicó una biografía italiana en 1622; G. Ricci la reeditó, corregida y aumentada, en 1678. La obra de Ricci fue traducida al inglés en la *Oratorian Series* dirigida por el P. Faber (1847). La biografía escrita por el cardenal Capecelatro está también traducida al inglés (1882 y 1926). El esbozo biográfico del P. V. J. Matthews (1934) es excelente. Véase también la biografía publicada por A. Baudrillart en la colección *Les Saints* (1939); a pesar de su título sensacionalista de mal gusto, la biografía de T. Maynard, *Mystic in Motley* (1946), es de lectura agradable.

SAN CUADRATO, Obispo de Atenas (*c.* 129 p.c.)

El primero de los grandes apologetas cristianos fue San Cuadrato, el cual, según suponen algunos autores, ocupó el cargo de obispo de Atenas a la muerte

de San Publio. Eusebio y otros escritores eclesiásticos hablan con respeto de cierto Cuadrato, gran profeta y siervo de Dios, que había sido discípulo de los Apóstoles. Pero es imposible determinar si se trata de nuestro santo. Cuando el emperador Adriano fue a los juegos eléusicos a Atenas, San Cuadrato le dedicó un tratado en defensa de la fe. Gracias a ello, el emperador reprimió la persecución, o por lo menos no dio nuevos decretos persecutorios. Eusebio y tal vez también San Jerónimo, conocieron esa apología que desgraciadamente se ha perdido. El santo citaba los milagros de Cristo como prueba de su divinidad y afirmaba que él había conocido a algunos de los enfermos curados por el Señor y de los muertos que había resucitado. No sabemos exactamente cuándo murió San Cuadrato; probablemente fue hacia el año 129, o poco después.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, se encontrarán los pasajes de Eusebio y San Jerónimo, a través de los cuales conocemos a San Cuadrato. El nombre de Cuadrato era bastante común, de suerte que es difícil determinar si el apologeta, el obispo de Atenas y el profeta de Asia Menor se identifican. Véase Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. I, pp. 168-169; Harnack, en *Texte und Untersuchungen*, vol. I, pte. I, p. 100 ss; Harnack, *Chronologie der altchristlichen Literatur*, vol. I, pp. 269-271; y DTC., vol. XIII, cc. 1429-1431.

SAN ELEUTERIO, PAPA (*c.* 189 P.C.)

COMO sucede con el resto de los primeros Papas, poseemos muy pocos datos ciertos sobre San Eleuterio. Se cuenta que era de origen griego. En la época de San Eleuterio, el montanismo turbaba la paz de la Iglesia, tanto en oriente como en occidente. San Ireneo llevó a Roma una carta de los cristianos de Lyon sobre ese problema; pero ignoramos cuál fue la reacción del Pontífice.

Se recuerda sobre todo a San Eleuterio, en la historia, por la correspondencia que sostuvo, según se afirma, con el monarca inglés Lucio, quien le había escrito pidiéndole que autorizase su bautismo. Este paso trajo consigo la primera evangelización de Inglaterra (cf. San Lucio, 3 de diciembre). Los historiadores no aceptan ya esa leyenda; sin embargo, las diócesis de Westminster y Portsmouth celebran aún la fiesta de San Eleuterio el 30 de mayo.

Ver el *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I, pp. 102-104, 58 y 136; y J. P. Kirsch, en *Catholic Encyclopedia*, vol. V, pp. 378-379.

SANTOS PRISCO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (*c.* 272 P.C.)

LA PERSECUCIÓN del emperador Aureliano se dejó sentir con especial crueldad en la Galia romana, particularmente en la ciudad de Besançon. Para seguir el consejo del Evangelio: "Cuando os persiguieren en una ciudad, huíd a otra", dos distinguidos ciudadanos, Prisco y Coto, acompañados por otros cristianos, se trasladaron de Basançon a Auxerre, que estaba rodeada de bosques. Sin embargo, los perseguidores lograron arrestarlos y los decapitaron. San Germán, que descubrió los cuerpos de los mártires, en la primera mitad del siglo V, construyó dos iglesias en su honor. Gracias a los esfuerzos de San Germán, el culto de estos mártires se extendió mucho en Auxerre. Las ciudades de Besançon y Sens celebran todavía la fiesta de San Prisco.

Véase la leyenda de estos mártires en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI. Aunque dicha

leyenda es relativamente poco extravagante, no es fidedigna. Pero la mención de San Prisco en el *Hieronymianum* constituye una prueba de la existencia histórica de ese mártir y de la antigüedad de su culto.

SAN LAMBERTO, OBISPO DE VENCE (1154 P.C.)

SAN LAMBERTO nació en Bauduèn, de la diócesis de Riez, y tomó el hábito en la abadía de Lérins, donde había vivido desde la infancia. Aunque era muy amable con todos y muy popular entre sus hermanos, amaba tanto la soledad y el estudio, que jamás salía de su celda sino por obediencia. En 1114, fue elegido obispo de Vence, muy contra su voluntad. Gobernó su diócesis durante cuarenta años, instruyó al pueblo y sanó a muchas personas, mediante la oración y la imposición de las manos. Su saber y milagros le hicieron muy famoso. Murió el año 1154, muy amado de todos y fue sepultado en su catedral.

Según parece, la biografía que se halla en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, fue escrita menos de diez años después de la muerte de San Lamberto; pero lo único interesante que hay en ella es la narración de algunos milagros muy dudosos. La *Revue des Sociétés Savantes*, vol. IV (1876), p. 196, publicó el epitafio del santo.

BEATA EVA DE LIEJA, VIRGEN (*c.* 1265 P.C.)

CUANDO la Beata Juliana era priora de Mont Cornillon, una de sus más íntimas amigas fue una santa reclusa, Eva de Lieja, a quien inspiró su entusiasmo por obtener la institución de una fiesta del Santísimo Sacramento. La Beata Juliana se refugió en la celda de Eva, cerca de la iglesia de San Martín, cuando fue expulsada por primera vez de Mont Cornillon. Y Eva de Lieja se encargó de llevar adelante la misión de la Beata Juliana, cuando ésta murió. La ascensión de Urbano IV al trono pontificio fue para Eva un motivo de esperanza, ya que, Jacobo Pantaleón, como se llamaba el Papa cuando no era más que un archidiácono, se había mostrado favorable al proyecto de la Beata Juliana. Las esperanzas de Eva se vieron colmadas, pues el Sumo Pontífice no sólo instituyó la fiesta del Corpus Christi, sino que envió a la beata la bula de institución y el oficio especial de la fiesta, compuesto por Santo Tomás de Aquino. El culto de la Beata Eva fue confirmado en 1902.

El breve de aprobación del culto de la Beata Eva puede verse en *Analecta Ecclesiastica*, vol. X (1902), p. 245. Véase también Demarteau, *La premiere auteur wallonne, Eve de Saint-Martin* (1898); *Analecta Bollandiana*, vol. XVI (1897), pp. 531-532. Cf. la bibliografía de nuestro artículo sobre la Beata Juliana (5 de abril).

BEATO ANDRES, OBISPO DE PISTOIA (1401 P.C.)

EL BEATO ANDRÉS, que nació en Pistoia, pertenecía a la noble familia Franchi Boccagni. Muy joven, ingresó en la Orden de Santo Domingo. Era un gran predicador y un hábil administrador, como lo demostró al gobernar sucesivamente tres conventos en Italia. En 1378, fue elegido obispo de Pistoia. Desempeñó con prudencia ese alto cargo durante veintitrés años; promovió activamente la paz y empleó las rentas de la diócesis en reconstruir las iglesias y socorrer a los pobres. Siempre llevó una vida de gran sencillez y trató de observar, en lo posi-

ble, las reglas de su orden. Un año antes de su muerte, renunció a su cargo y se retiró al convento de Pistoia a prepararse para el juicio de Dios. Murió el 26 de mayo de 1401. En 1921, el Papa Benedicto XV sancionó su culto en la Orden de Santo Domingo y en la ciudad de Pistoia.

En el decreto de confirmación del culto (*Acta Apostolicae Sedis*, vol. XIV, 1922, pp. 16-19), hay un breve resumen biográfico. Puede verse una biografía más extensa en *Année Dominicaine*, vol. V (1891), pp. 689-693. El P. Taurisano publicó una corta vida en italiano en 1922.

BEATOS PEDRO SANZ, Obispo y Compañeros, Mártires (1747 y 1748 p.c.)

El ejército de aquellos que, en plena juventud, han renunciado a una brillante carrera para ir a enfrentarse con la persecución y la muerte en las misiones extranjeras, constituye una de las glorias de la Iglesia católica. De ese ejército forman parte los cinco sacerdotes dominicos que fueron martirizados en la provincia china de Fu-kien, entre 1747 y 1748. Sus nombres son los siguientes: Pedro Sanz, Francisco Serrano, Joaquín Royo, Juan Alcober y Francisco Díaz. Los cinco eran españoles y los cinco habían ansiado, desde sus primeros años, ir a predicar el Evangelio entre los paganos. El jefe de la expedición, Pedro Sanz, nació en Asco, en Cataluña. En 1714 fue enviado a la provincia de Fu-kien, donde trabajó con gran éxito. En 1730, se le nombró obispo de Maruicastro y vicario apostólico de Fu-kien; además, se le confió la supervisión de toda la misión.

La persecución había estallado un año antes en China, y Pedro Sanz había escapado, a duras penas, de sus perseguidores. La tempestad se disipó, poco a poco; pero, en 1746, se desató con mayor violencia que antes. Un habitante de Fogan, a quien el obispo había rehusado el dinero que le pedía, presentó una acusación formal contra los misioneros europeos, porque, según él, infringían las leyes y trataban de convertir al cristianismo a millares de sus compatriotas. La acusación llegó a oídos del virrey, enemigo declarado del cristianismo, quien decretó al punto medidas muy severas contra los cristianos. El obispo y los PP. Royo y Alcober fueron arrestados inmediatamente. Poco después, se les trasladó, cargados de cadenas y debilitados por el hambre, a la ciudad de Fuchow, donde se ganaron la admiración de sus propios enemigos por el valor con que soportaron la tortura. Después de un año de encierro en horrorosa prisión, el Beato Pedro fue decapitado. Las últimas palabras que dirigió a sus compañeros fueron éstas: "Tened valor y regocijáos de morir por guardar la ley de Dios".

Los otros cuatro prisioneros (los PP. Serrano y Díaz habían ido a reunirse con sus hermanos en la mazmorra) no tardaron en seguir al santo obispo. La llegada de un documento pontificio que nombraba al P. Francisco Serrano coadjutor de Mons. Sanz, precipitó los acontecimientos. El P. Serrano, obispo electo de Tipasa, lo mismo que los PP. Royo, Alcober y Díaz, fueron cruelmente ejecutados en la prisión. Su beatificación tuvo lugar en 1893.

Ver M. J. Savignol, *Les Martyrs Dominicains de la Chine au XVIIIme. siècle* (1894); A. Marie, *Missions Dominicaines dans l'Extreme Orient* (1865); *Monumenta Historica, O.P.* vol. XIV, p. 128 ss; Wehofer, *Die Apostel Chinas* (1894).

27: SAN BEDA, EL VENERABLE, Doctor de la Iglesia (735 p.c.)

CASI TODOS los datos que poseemos sobre San Beda proceden de un corto escrito del propio santo y de una emocionante descripción de sus últimas horas, debida a la pluma de uno de sus discípulos, el monje Cutberto. En el último capítulo de su famosa obra, "Historia Eclesiástica del Pueblo Inglés", el Venerable Beda dice: "Yo, Beda, siervo de Cristo y sacerdote del monasterio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, de Wearmouth y Jarrow, he escrito esta historia eclesiástica con la ayuda del Señor, basándome en los documentos antiguos, en la tradición de nuestros predecesores y en mis propios conocimientos. Nací en el territorio del susodicho monasterio. A los siete años de edad, mis parientes me confiaron al cuidado del muy reverendo abad Benito (San Benito Biscop) y después, al de Ceolfrido, para que me educasen. Desde entonces, viví siempre en el monasterio, consagrado al estudio de la Sagrada Escritura. Además de la observancia de la disciplina monástica y del canto diario en la iglesia, mis mayores delicias han sido aprender, enseñar y escribir. A los diecinueve años, recibí el diaconado y a los treinta, el sacerdocio; ambas órdenes me fueron conferidas por el muy reverendo obispo Juan (San Juan de Beverley), a petición del abad Ceolfrido. Desde entonces hasta el presente (tengo actualmente cincuenta y nueve años), me he dedicado, para mi propia utilidad y la de mis hermanos, a anotar la Sagrada Escritura, basándome en los comentarios de los Santos Padres y de acuerdo con sus interpretaciones." En seguida, el Venerable Beda hace una enumeración de sus obras y concluye con estas palabras: "Te suplico, amante Jesús, que, así como me has concedido beber las deliciosas palabras de tu sabiduría, me concedas un día llegar a Tí, fuente de toda ciencia y permanecer, para siempre, ante tu faz."

Algunos días del año 733 los pasó San Beda en York, con el arzobispo Egberto; esto permite suponer que, de cuando en cuando, iba a visitar a sus amigos a otros monasterios; pero, fuera de esos cortos períodos, su vida estaba consagrada a la oración, al estudio y a la composición de libros. Dos semanas antes de la Pascua del año 735, el santo se vio afligido por una enfermedad del aparato respiratorio y todos comprendieron que se acercaba su fin. Sin embargo, sus discípulos continuaron sus estudios junto al lecho del santo, aunque las lágrimas ahogaban frecuentemente la voz durante las lecturas. Por su parte, el Venerable Beda dio gracias a Dios. Durante los cuarenta días que median entre la Pascua y la Ascensión, San Beda se dedicó a traducir al inglés el Evangelio de San Juan y una colección de notas de San Isidoro, sin interrumpir por ello la enseñanza y el canto del oficio divino. A propósito de esas traducciones, dijo el santo: "Las hago porque no quiero que mis discípulos lean traducciones inexactas ni pierdan el tiempo en traducir el original después de mi muerte." El martes de Rogativas se agravó su enfermedad; sin embargo, San Beda dio sus lecciones como de costumbre, aunque decía, de vez en cuando: "Id de prisa, porque no sé cuánto tiempo podré resistir, ni si Dios va a llamarme pronto a El."

Tras de pasar la noche en oración, San Beda empezó a dictar el último capítulo del Evangelio de San Juan. A las tres de la tarde, mandó llamar a los sacerdotes del monasterio, les repartió un poco de pimienta, incienso y unas

piezas de tela que tenía en una caja y les rogó que orasen por él. Los monjes lloraron mucho cuando el santo les dijo que no volvería a verlos sobre la tierra, pero se regocijaron al pensar que su hermano iba a ver a Dios. Al anochecer, el joven que hacía las veces de amanuense le dijo: "Sólo os queda una frase por traducir." Cuando el amanuense le anunció que el trabajo estaba terminado, Beda exclamó: "Has dicho bien; todo está terminado. Sostenme la cabeza para que pueda yo sentarme y mirar hacia el sitio en que acostumbraba a orar y así, podré invocar a mi Padre." A los pocos momentos exhaló el último suspiro, postrado en el suelo de la celda, mientras cantaba: "Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo."

Se han inventado leyendas fantásticas para explicar el título de "Venerable" que se ha dado a Beda. En realidad se trata de un título de respeto que se daba frecuentemente en aquella época a los miembros más distinguidos de las órdenes religiosas. El Concilio de Aquisgrán aplicó ese título a San Beda, el año 836 y, evidentemente fue aceptado por las generaciones posteriores, que lo mantuvieron en uso a través de los siglos. Aunque Beda fue oficialmente reconocido como santo y doctor de la Iglesia en 1899, hasta hoy se le llama Venerable.

San Beda es el único inglés que ha merecido el título de Doctor de la Iglesia y el único inglés a quien Dante consideró suficientemente importante para mencionarle en el "Paraíso". La cosa no tiene nada de sorprendente, ya que, aunque Beda vivió recluido en su monasterio, llegó a ser conocido mucho más allá de las fronteras de Inglaterra. La Iglesia occidental ha incorporado algunas de sus homilías a las lecciones del Breviario. La "Historia Eclesiástica" de Beda es prácticamente una historia de la Inglaterra anterior al año 729, "el año de los cometas". San Beda fue una de las columnas de la cultura de la época carolingia, tanto por sus propios escritos, como por la influencia que ejerció en Europa, a través de la escuela de York, fundada por su discípulo, el arzobispo Egberto. Cierto que sabemos muy poco acerca de la vida de San Beda; pero el relato de su muerte, escrito por Cutberto, basta para recordarnos que "la muerte de los santos es preciosa a los ojos del Señor". San Bonifacio dijo que San Beda había sido "la luz con que el Espíritu Santo iluminó a su Iglesia". Y las tinieblas no han logrado nunca extinguir esa luz.

Existen muchas obras sobre San Beda y su época, escritas principalmente por autores anglicanos. Desde el punto de vista católico, se pueden poner ciertas objeciones a la obra del historiador William Bright, *Chapters of Early English Church History* (1878); pero pocos autores han escrito páginas tan elocuentes e inteligentes sobre el santo. *Bede: His Life, Times and Writings*, editado por A. Hamilton Thompson (1935), es una valiosa colección de ensayos de autores no católicos. La biografía de H. M. Guillet, de tipo popular es excelente, lo mismo que el estudio sobre Beda que hay en la obra de R. W. Chambers, *Man's Unconquerable Mind* (1939), pp. 23-52. En *Acta Sanctorum* apenas se encuentra algo más que una biografía atribuida a Turgot; en realidad se trata de un extracto de Simeón de Durham, en el que dicho autor relata la translación de los restos de San Beda a la catedral de Durham. La mejor edición de la *Ecclesiastical History* y de las otras obras históricas del santo, es la del C. Plummer (1896). Pero existen otras ediciones de tipo popular que han sido traducidas a varios idiomas. P. Herford modernizó, en 1935, la sabrosa traducción de Stapleton (1565), que había sido reeditada en 1930. Sobre el martirologio de Beda, cf. D. Quentin, *Les martyrologes historiques* (1908). Véase también T. D. Hardy, *Descriptive Catalogue* (*Rolls Series*), vol. I, pp. 450-455. El cardenal Gasquet escribe: "Recuérdese que en su lecho de muerte, Beda estaba traduciendo al inglés los evangelios..." Pero no se conserva ni un fragmento de esa obra destinada "a hacer llegar la Palabra de Dios a los pobres e iletrados."

SANTA RESTITUTA DE SORA, Virgen y Mártir (¿271? p.c.)

Santa Restituta era una doncella romana que descendía de una familia patricia. Se dice que fue martirizada hacia el año 271 en la ciudad de Sora, que pretende poseer sus reliquias y la venera como patrona principal. Las "actas" de Santa Restituta son una simple fábula. Según dicha leyenda, Dios ordenó a la santa que fuese a Sora, y un ángel la trasladó a esa ciudad. Restituta se alojó en la casa de una viuda, a cuyo hijo había curado de la lepra. Ese milagro convirtió al joven, a la viuda y a otras treinta y nueve personas. Al saberlo, el procónsul Agacio encarceló a Restituta. Como la santa se negase a ofrecer sacrificios a los dioses, fue cruelmente azotada; en seguida la arrojaron nuevamente a la mazmorra, cargada de pesadas cadenas, y la privaron de todo alimento y bebida durante siete días. Pero un ángel se apareció a Restituta, y su presencia hizo que las cadenas se derritieran como si fuesen de cera, sus heridas quedaran curadas y la santa dejó de sentir el hambre y la sed. Ese milagro convirtió a varios de los guardias, los cuales sufrieron el martirio por la fe. Santa Restituta fue decapitada junto con el sacerdote Cirilo, a quien había convertido y otros dos cristianos. Los cuerpos de los mártires fueron arrojados al río Liri, donde los cristianos los recobraron poco después.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. vi, pueden verse las *actas*, el relato de algunos milagros atribuidos a la intercesión de Santa Restituta y la descripción del descubrimiento de sus reliquias en el siglo XVII. Los milagros de la santa, reales o imaginarios, popularizaron pronto su culto. Aunque sabemos también muy poco sobre la santa africana del mismo nombre, que el Martirologio Romano conmemora el 17 de mayo y cuyas reliquias se hallan, según se dice, en la catedral de Nápoles, no parece que se identifique con la santa romana de la que hablamos.

SANTOS JULIO y Compañeros, Mártires (¿302? p.c.)

San Julio, soldado veterano, fue acusado de cristiano por sus oficiales ante Máximo, el gobernador de la baja Mesia. Máximo residía en Durostorum (actualmente Silistria, en Bulgaria). Poco antes habían sido martirizados Pisícrates y Valencio, que pertenecían a la legión de Julio. A pesar de las promesas y amenazas del juez, éste declaró que no deseaba otra cosa que morir por Cristo para vivir eternamente con El. Entonces, el juez le condenó a ser decapitado. Cuando se dirigía al sitio de la ejecución, Hesiquio, otro soldado cristiano que sufrió el martirio pocos días más tarde, le dijo: "Ten valor, y acuérdate de mí, que voy a seguirte pronto. Encomiéndame a los siervos de Dios, Pisícrates y Valencio, que nos precedieron en la confesión del nombre de Jesús." Julio abrazó a Hesiquio y respondió: "Hermano querido, apresúrate a reunirte con nosotros, pues aquellos a quienes acabas de invocar han oído ya tu oración." Julio se vendó los ojos con un pañuelo y dijo, al presentar el cuello al verdugo: "Señor Jesús, por cuyo nombre voy a morir, dígnate recibir mi alma entre tus santos." El martirio tuvo lugar el 27 de mayo, en Durostorum, dos días después de la ejecución de San Pisícrates, probablemente hacia el año 302.

El Martirologio Romano conmemora por separado a San Pisícrates y San Valencio el 25 de mayo; pero en realidad fueron compañeros de martirio, ya que, como lo hace notar Delehaye (*Analecta Bollandiana*, vol. xxxi, 1912, pp. 268-269), jamás se ha discutido el valor histórico de estas actas. La parte que se refiere a Pisícrates y su compañero sólo ha

llegado hasta nosotros a través de un resumen de los sinaxarios griegos; en cambio, se conserva el original de la sección del martirio de San Julio. Puede verse en Ruinart, *Acta Sincera*, y en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI. Ver P. Franchi de Cavalieri, en *Nuovo Bullettino di arch. crist.*, vol. X (1904), pp. 22-26; sobre todo CMH., p. 272, donde se hace notar que la mención de "Policarpo" en el antiguo Breviario sirio se refiere probablemente a Pisícrates. Tal vez el "Polícrato" del texto de Epternach explica la confusión del nombre. En el mismo artículo se confunde la palabra "coronatorum" con el nombre de la ciudad de Gortyna, en Creta.

SAN EUTROPIO, OBISPO DE ORANGE (*c.* 476 P.C.)

EUTROPIO, originario de Marsella, llevó una vida bastante libre en la juventud. El matrimonio le hizo entrar en razón y, a la muerte de su esposa, el obispo Eustaquio le convenció para que recibiese las órdenes sagradas. El cielo derramó abundantes gracias sobre Eutropio, cuya conversión fue total, según se dice. El santo se entregó a la oración y al ayuno. Muy pronto fue elegido para suceder a Justo, el obispo de Orange. Los visigodos acababan de asolar aquella diócesis. La ruina material y moral era tan grande, que Eutropio se sintió tentado a huir de Orange. Pero un hombre de Dios, con quien consultó el asunto, le mostró el camino del deber. A partir de ese momento, el nuevo obispo fue un admirable ejemplo para su grey. Los términos en que habla de él San Sidonio Apolinar en una carta que ha llegado hasta nosotros, muestran la fama de piedad y ciencia de que gozaba San Eutropio.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, se encontrará una biografía fragmentaria escrita por Vero, el sucesor del santo en la sede de Orange. Una inscripción sepulcral califica al santo de "innocentissimus", lo cual significa probablemente que ejerció sin tacha el cargo de obispo. El nombre de San Eutropio aparece en el *Hieronymianum*. Ver Duchesne, *Fastes Épiscopaux*, vol. V, pp. 265-266.

SAN JUAN I, PAPA Y MÁRTIR (526 P.C.)

JUAN I era toscano de nacimiento. Desde muy joven abrazó la carrera eclesiástica en Roma, donde llegó a ser archidiácono. A la muerte de San Hormisdas, el año 523, fue elegido para sucederle en el trono pontificio. Teodorico el godo había gobernado Italia durante treinta años. Aunque era un arriano convencido, siempre trató con respeto a sus súbditos católicos. Pero su actitud tolerante cambió por aquella época, en parte porque había descubierto una correspondencia desleal entre los principales miembros del senado romano y Constantinopla y en parte, a causa de las severas medidas que había dictado contra los arrianos el emperador Justino I. Los arrianos de oriente apelaron a Teodorico, quien decidió enviar una embajada a negociar con el emperador. El Papa Juan, que dirigía la embajada muy contra su voluntad, fue recibido con entusiasmo en Constantinopla; el emperador y todo el pueblo salieron a su encuentro, y el Papa ofició en la catedral el día de Pascua. Los relatos sobre la misión de Juan I y la forma en que la desempeñó varían mucho. Sin embargo, parece que el Papa indujo al emperador a tratar con mayor moderación a los arrianos para evitar la persecución de los católicos en Italia. Pero, durante la ausencia de Juan I, el resentimiento de Teodorico contra los católicos había ido en aumento. El monarca había condenado a muerte al filósofo San Severino Boecio y a su suegro Símaco, que habían sido acusados de alta traición e interpretó la

amistad del Papa y el emperador como prueba de que tramaban una conspiración contra él. En cuanto el Papa llegó a Ravena, que era la capital, el emperador le mandó encarcelar. Juan I murió pocos días después en la prisión, a consecuencia de los malos tratos que había recibido.

El texto y las notas de la edición de Duchesne del *Liber Pontificalis*, vol. I, pp. 275-278, dicen prácticamente todo lo que se sabe sobre Juan I. Véase *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI; y Hartmann, *Geschichte Italiens im Mittelalter*, vol. I, pp. 220-224. G. Pfeilschifter, *Theodorich der Grosse*, etc. (1896), pp. 184-203, discute el hecho del martirio de Juan I; el P. Grisar lo defiende en *Geschichte Roms und der Päpste*, vol. I, pp. 481-483. Ver también F. X. Seppelt, *Der Aufstieg des Päpstums* (1931), pp. 274-276.

SAN HIDELBERTO, OBISPO (680 P.C.)

HIDELBERTO nació cerca de Hebécourt, en la diócesis de Amiens. Su padre, Adalberto, lo puso bajo la vigilancia de San Farón, obispo de Meaux, quien lo educó según la disciplina monástica y lo ordenó sacerdote. A la muerte de San Farón, fue promovido a la sede de Meaux. Se consagró con ardor a la oración y al estudio de las Sagradas Escrituras, a la predicación y a la caridad. Se distinguió sobre todo, por su gran dulzura y una inalterable tranquilidad de alma. Murió el 27 de mayo del 680.

San Hidelberto tuvo un culto muy extenso y fervoroso en la iglesia de Vignely, en los alrededores de Meaux, que él mismo edificó y donde fue enterrado, a causa de los numerosos milagros que se realizaron sobre su tumba. Sus reliquias fueron trasladadas de Vignely a Meaux por San Mayel, quien, supuestamente, fue abad en Cluny. Pero no se sabe ni en qué ocasión, ni por qué razón, este piadoso abad intervino en dicha traslación. Mabillon estima que hay más probabilidades de que se trate aquí de otro Mayel, abad de San Farón de Meaux.

Durante el siglo XII, el cuerpo de San Hidelberto fue llevado de Meaux a Gournay, sobre la orilla de Epte, en Normandía, en donde se conservó en la iglesia insigne que ha recibido su nombre, que antes era colegiata y ahora parroquia.

El 5 de mayo de 1375, un terrible incendió amenazó con convertir a Gournay en cenizas. Los clérigos de San Hidelberto llevaron en procesión las reliquias del santo hacia las llamas y el incendio se detuvo. La reina Blanca, viuda de Felipe de Valois, hizo poner en un relicario de oro una parte de la cabeza del santo. Desde esa época, se celebraba todos los años la fiesta de la traslación de la cabeza del santo y se conmemoraban los milagros obrados en aquella oportunidad.

El 29 de noviembre de 1639, se abrió el relicario y se distribuyeron fragmentos de la reliquia entre el rey Luis XIII, el arzobispo de Rouen y el obispo de Meaux.

Durante la Revolución, un canónigo de la antigua colegiata salvó los preciosos restos, que fueron llevados solemnemente, el 22 de mayo de 1803, a la iglesia de San Hidelberto de Gournay, en donde se conservan piadosamente hasta ahora. Se invoca a San Hidelberto contra la epilepsia y la locura.

Acta Sanctorum, mayo, vol. VI, pp. 712-716. *Gallia Christiana* vol. VIII, p. 1601. *Histoire Littéraire de la France* vol. VI, p. 333. Duverdier de Vauprivás, *La légend de Saint Hidélvert, éveque de Meaux, en Brie*, Rouen, sin fecha.

28: SAN AGUSTIN, ARZOBISPO DE CANTERBURY (*c.* 605 P.C.)

CUANDO el Papa San Gregorio el Grande comprendió que había llegado el momento de emprender la evangelización de la Inglaterra anglosajona, escogió como misioneros a treinta o más monjes del monasterio de San Andrés, en la Colina Coeli. Como jefe de la expedición nombró al prior del monasterio, Agustín. San Gregorio debía tenerle en muy alta estima para confiarle la realización de un proyecto tan caro a su corazón. La expedición partió de Roma en 596. Cuando los misioneros llegaron a la Provenza, tuvieron las primeras noticias de la ferocidad de los anglosajones y de los peligros que les aguardaban al otro lado del Canal de la Mancha. Muy descorazonados por ello, convencieron a Agustín para que volviese a Roma a fin de hacer ver al Pontífice que se trataba de una aventura imposible. Pero San Gregorio, por su parte, estaba informado de que los ingleses no eran hostiles al cristianismo, de suerte que ordenó a Agustín que volviera a reunirse con sus hermanos. Las palabras de aliento que les envió el Sumo Pontífice, dieron valor a los misioneros para seguir adelante. La expedición desembarcó en la isla de Thanet, gobernada entonces por el rey Etelberto de Kent. En nuestro artículo del 25 de febrero sobre San Etelberto relatamos ya en detalle el primer encuentro: los misioneros acudieron a presentar sus respetos al rey, quien los recibió sentado bajo una encina, les ofreció en Canterbury una casa, la antigua iglesia de San Martín y les dio permiso de predicar el cristianismo a sus súbditos.

Etelberto recibió el bautismo el día de Pentecostés del año 597. Casi inmediatamente después, San Agustín fue a Francia, donde San Virgilio, el metropolitano de Arles, le consagró obispo. En la Navidad de ese mismo año, muchos de los súbditos de Etelberto recibieron el bautismo en Swale, como lo relató gozosamente San Gregorio en una carta a Eulogio, patriarca de Alejandría. Agustín envió a Roma a dos de sus monjes, Lorenzo y Pedro, para que informasen al Papa sobre los acontecimientos, le pidiesen más misioneros y le preguntasen su opinión sobre varios asuntos. Los misioneros volvieron a Inglaterra con el palio para Agustín, acompañados por un nuevo contingente de evangelizadores, entre los que se contaban San Melito, San Justo y San Paulino. Beda escribe: "Con esos ministros de la Palabra, el Papa envió todo lo necesario para el servicio divino en la iglesia: vasos sagrados, manteles para los altares, imágenes para las iglesias, ornamentos para los sacerdotes, reliquias y también muchos libros." El Papa explicó a Agustín cómo debía proceder para fundar la jerarquía en todo el país y dio, tanto a Agustín como a Melito, instrucciones muy prácticas acerca de otros puntos. No debían destruir los templos paganos, sino purificarlos y emplearlos como iglesias. Debían respetar en cuanto fuese posible las costumbres locales y sustituir las fiestas paganas por las de los mártires cristianos y las de la dedicación de las iglesias. San Gregorio escribía: "Para llegar muy alto hay que avanzar paso a paso y no a saltos."

San Agustín reconstruyó en Canterbury una antigua iglesia, la cual, junto con una casa de troncos, formó el primer núcleo de la basílica metropolitana y del futuro monasterio de "Christ Church". Ambos edificios se hallaban en el sitio que ocupa actualmente la catedral que Lanfranco empezó a construir en el año 1070. Fuera de las murallas de la ciudad, San Agustín fundó el monasterio de San Pedro y San Pablo. Después de su muerte, el monasterio tomó

el nombre de abadía de San Agustín, y en ella fueron sepultados los primeros arzobispos.

La evangelización de Kent avanzaba lentamente. San Agustín empezó entonces a pensar en los obispos de la antigua Iglesia, que habían sido arrojados por los conquistadores sajones a las regiones salvajes de Gales y Cornwall. Aislada del resto de la cristiandad, la Iglesia conservaba en aquellas comarcas algunas costumbres que diferían de la tradición romana. San Agustín invitó a los principales obispos a reunirse con él en un sitio de los confines de Wessex, que todavía en tiempos de Beda se conocía con el nombre de "la encina de Agustín". Ahí los exhortó a adoptar las costumbres del resto de la Iglesia de occidente y les pidió que le ayudasen en la tarea de evangelizar a los anglosajones. Para demostrar su autoridad, San Agustín obró una curación milagrosa en presencia de los obispos; pero éstos se negaron a seguir el consejo del santo, por fidelidad a la tradición local y por rencor contra los conquistadores. Más tarde, se llevó a cabo otra reunión que fracasó también: como Agustín no se levantó de su asiento cuando llegaron los otros obispos, éstos interpretaron su actitud como falta de humildad y se negaron a prestarle oídos y a reconocerle por metropolitano. Desgraciadamente, según cuenta la tradición, San Agustín profirió entonces la amenaza de que "si no querían hacer la paz como hermanos, se les haría la guerra como enemigos." Algunos autores afirman que esta profecía se cumplió diez años después de la muerte de San Agustín, cuando el rey Etelfrido de Nortumbría derrotó a los británicos en Chester y asesinó a los monjes que habían ido a Bangor Iscoed a orar por la victoria.

El santo pasó sus últimos años empeñado en difundir y consolidar la fe en el reino de Etelberto e instituyó las sedes de Londres y Rochester. Unos siete años después de su llegada a Inglaterra, San Agustín pasó a recibir el premio celestial, hacia el año 605, el 26 de mayo. En Inglaterra y Gales se celebra su fiesta en ese día; pero en los otros países se le conmemora el 28 de mayo.

San Agustín escribió con frecuencia a San Gregorio el Grande para consultarle acerca de cuantas dificultades encontraba en su ministerio. Ello demuestra su delicadeza de conciencia, ya que, en muchas cosas en que hubiese podido decidir por su propio saber y prudencia, prefería consultar al Papa y atenerse a sus decisiones. En cierta ocasión, San Gregorio exhortó a San Agustín a guardarse de las tentaciones de orgullo y vanagloria que podían asaltarle a causa de los milagros que Dios obraba por su intermedio: "Alégrate con temor y teme con alegría ese don que el cielo te ha concedido. Debes alegrarte, porque los milagros exteriores atraen a los ingleses a la gracia interior. Pero debes temer que los milagros te hagan concebir una gran estima de ti mismo, porque con ello transformarías en vanagloria lo que debe servir para el honor de Dios ... No todos los elegidos hacen milagros y, sin embargo, sus nombres están escritos en el cielo. Los verdaderos discípulos de la Verdad sólo deben regocijarse del bien que todos comparten y en el que encontrarán el gozo interminable."

En el texto y las notas de la edición hecha por Plummer de la *Historia Ecclesiastica* de Beda, se encontrarán prácticamente todos los documentos fidedignos que poseemos sobre la vida de San Agustín. Los biógrafos y cronistas posteriores —como Goscelin (*Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI), Guillermo de Malmesbury, Tomás de Elmham y Juan Brompton— no añaden nada importante. Las fuentes galesas son también tardías y poco fehacientes. La biografía del P. A. Brou, *St. Augustine of Canterbury and his Companions* (trad. ingl. 1897)

es excelente. En *Lives of the English Saints* de Newman, el canónigo F. Oakeley publicó una biografía muy seria e inteligente de San Agustín; la obra data de la época en que todavía era anglicano. Ver F. A. Gasquet, *The Mission of St. Augustine* (1925); F. M. Stenton, *Anglo-Saxon England* (1943), pp. 104-112; A. W. Wade-Evans, *Welsh Christian Origins* (1934), discute inteligentemente la cuestión del "British trouble"; y la importante obra de S. Brechter, *Die Quellen zur Angelsachsenmission Gregors der Grossen* (1941), de la que hay una reseña en *Analecta Bollandiana*, vol. LX (1942). Cf. W. Levison, *England and the Continent...* (1946), p. 17.

SAN SENADOR, OBISPO DE MILÁN (475 P.C.)

LA IGLESIA de oriente se hallaba en peligro de caer en el cisma o la herejía, a consecuencia de la reivindicación del monofisita Eutiques y la condenación de San Flaviano por un conciliábulo. Entonces, San León Magno decidió enviar a Constantinopla una embajada para exhortar al emperador Teodosio II a reunir un Concilio ecuménico, encargado de definir la verdadera doctrina de la doble naturaleza de Cristo. El Papa necesitaba, para esa misión, hombres de gran saber, tacto e integridad, y escogió a San Abundio, obispo de Como, y a un distinguido sacerdote llamado Senador. Cuando los legados del Papa llegaron a Constantinopla, Teodosio ya había muerto. A pesar de ello, consiguieron que el emperador Marciano reuniese el Concilio de Calcedonia. Un año después de haber regresado a Italia, San Senador representó al Papa en un sínodo que tuvo lugar en Milán. A la muerte de San Benigno, le sucedió en la Sede de Milán. Gobernó tres años dicha diócesis y murió probablemente el año 475.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, se hallarán reunidos los materiales biográficos de San Senador. En MGH., *Auctores Antiquissimi*, vol. VII, p. 166, se citan los versos de Ennodio sobre los obispos de Milán, en los que alaba a San Senador. Ver sobre todo la obra del P. Savio, *Gli antichi Vescovi d'Italia*, vol. I, pp. 197-199.

SAN JUSTO, OBISPO DE URGEL (*c.* 550 P.C.)

SEGÚN PARECE, la diócesis de Urgel, en España, fue fundada en el siglo VI. El primer obispo de la sede del que se conserva memoria fue San Justo, hermano de Justiniano, obispo de Valencia, de Nebridio, obispo de Egara y de Elpidio, obispo de Huesca. San Justo asistió a los concilios de Toledo y Lérida, en los años 527 y 546 respectivamente. Además, escribió un comentario del Cantar de los Cantares, que dedicó a su metropolitano, el arzobispo Sergio de Terragona. El tono del tratado y de la dedicatoria son una prueba de la inteligencia y piedad del autor.

Lo poco que sabemos sobre San Justo se halla resumido en un párrafo de *De viris illustribus* de San Isidoro de Sevilla, citado en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI. Ver también Florez, *España Sagrada*, vol. XLII, pp. 75 y 187; y sobre todo H. Quentin, en *Revue Bénédictine*, vol. XXIII (1906), pp. 257-260 y 487-488.

SAN GERMAN, OBISPO DE PARÍS (576 P.C.)

SAN GERMÁN, que fue una de las glorias de Francia en el siglo VI, nació el año 496 cerca de Autun. Tras de recibir una esmerada educación, fue ordenado sacerdote por San Agripino. Más tarde se le eligió abad de San Sinforiano,

en los suburbios de Autun. Como se hallase casualmente en París cuando la sede quedó vacante, el rey Childeberto le nombró obispo de dicha diócesis. Ello no modificó, en lo absoluto, la vida de austeridad de San Germán, quien siguió vistiendo y comiendo con la misma sencillez que hasta entonces. Su casa estaba siempre llena de mendigos, a los que invitaba a su mesa. Con su ejemplo y elocuencia el santo convirtió a mejor vida a muchos pecadores endurecidos; entre éstos se contaba el rey, que vivía absorbido por los intereses materiales y acabó por transformarse en generoso bienhechor de los pobres y en fundador de monasterios. Cuando Childeberto cayó enfermo en su palacio de Celles, cerca de Mélun, San Germán fue a visitarle. Se cuenta que, enterado de que los médicos habían desahuciado al soberano, el santo pasó toda la noche en oración por él y, a la mañana siguiente, le devolvió la salud, imponiéndole las manos. Se dice también que el rey relató este milagro en un documento en el que, para manifestar su agradecimiento a Dios, cedía a la diócesis de París y a su obispo el territorio de Celles, en el que había ocurrido el milagro. Desgraciadamente, la autenticidad de dicho documento es muy dudosa.

Childeberto fundó en París una iglesia y un monasterio dedicados a la Santa Cruz y a San Vicente. San Germán consagró ambos edificios y construyó ahí mismo la capilla de San Sinforiano, en la que fue sepultado. Después de la muerte del santo, la iglesia tomó el nombre de Saint-Germain-des-Prés, y en ella recibieron sepultura varias generaciones de la familia real. San Germán se esforzó durante su gobierno por reprimir el libertinaje de los nobles y tuvo el valor de excomulgar al rey Chariberto por su conducta licenciosa. Durante las guerras fratricidas que dividieron a los sobrinos de Childeberto, el santo hizo cuanto pudo por mediar entre ellos y llegó hasta a escribir a la reina Brunequilda, con la esperanza de ganarla, junto con su marido, a la causa de la paz. Pero todos los esfuerzos del santo obispo resultaron infructuosos. Sen Germán murió el 28 de mayo del año 576, a los ochenta años de edad. Todo el pueblo le lloró, y el rey Chilperico compuso personalmente, según se dice, el epitafio del santo, en el que alababa las virtudes, los milagros y el celo del obispo por las almas.

A propósito de San Germán, conviene decir que las dos cartas sobre las costumbres litúrgicas, que se atribuían antiguamente al santo y que parecían ofrecer una descripción detallada y fidedigna de la liturgia "galicana" del siglo VI, datan de más de un siglo después, según se ha probado.

La principal fuente biográfica sobre San Germán es la vida escrita por su contemporáneo Venancio Fortunato, aunque deja mucho que desear, ya que consiste principalmente en un catálogo de milagros dudosos. Dicha obra ha sido editada muchas veces (por ejemplo, en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI). Pero el texto más crítico es el de B. Krusch en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. VII (1920), pp. 337-428, que contiene un valioso prefacio, además de las notas y los documentos suplementarios. En el *Kirchenlexikon* y en DCB. hay muchos buenos artículos sobre San Germán. Acerca de las cartas sobre la liturgia, véase el convincente artículo de A. Wilmart, en DAC., vol. VI, cc. 1049-1102. En el mismo volumen H. Leclercq estudia muy a fondo la historia de Saint-Germain-des-Prés.

SAN BERNARDO DE MONTJOUX (¿1081? P.C.)

EL FUNDADOR de los dos célebres albergues del Gran San Bernardo y el Pequeño San Bernardo, que han salvado la vida a tantos viajeros en los Alpes, merece

la gratitud de la posteridad. Por ello es extraño que el estudio crítico de las biografías claramente legendarias del santo no se haya emprendido sino hasta muy recientemente. Con frecuencia se le llama Bernardo de Menthon, porque, según la leyenda, había nacido en Saboya y era hijo del conde Ricardo de Menthon y de su esposa, que pertenecía a la familia Duyn. Pero lo más probable es que Bernardo haya nacido en Italia. No sabemos nada sobre su familia. En cuanto a la historia donde se cuenta que el santo huyó poco antes de contraer matrimonio, se trata, casi, seguramente, de una simple invención. Se dice que, después de recibir las órdenes sagradas, Bernardo fue nombrado vicario general de la diócesis de Aosta. Durante cuarenta y dos años recorrió toda la región; llegó hasta los más remotos valles de los Alpes, donde quedaban los últimos restos de superstición y paganismo, y su trabajo de evangelización se extendió más allá de su jurisdicción, hasta las diócesis de Novara, Tarantaise y Ginebra. En el territorio de su jurisdicción el santo fundó escuelas, restableció la disciplina entre el clero e insistió en la limpieza y buen cuidado de las iglesias. San Bernardo ayudaba a todos los necesitados, pero particularmente a los viajeros, generalmente peregrinos franceses y alemanes que iban a Roma, al cruzar los Alpes por los dos puertos del territorio de Aosta. Algunos se extraviaban y perecían de frío, otros morían arrastrados por los aludes y, los que escapaban a las inclemencias del tiempo, caían víctimas de bandoleros que les robaban cuando no los raptaban para pedir rescate. Con la ayuda del obispo y de otras almas caritativas, San Bernardo construyó en la cumbre los dos albergues que más tarde recibieron en su honor los nombres de Gran San Bernardo y Pequeño San Bernardo.

San Bernardo no fue el primero en construir albergues en los Alpes. Se sabe que, en el siglo IX, había en Mons Jovis (Montjoux) un albergue atendido por el clero; pero había desaparecido desde tiempo atrás. En los dos albergues que construyó San Bernardo, se recibía a todos los viajeros, sin discriminación alguna. Al principio estaban atendidos por clérigos y laicos. Más tarde se encargaron de ellos los Canónigos Regulares de San Agustín, para quienes se construyó un monasterio en las cercanías. Dicha orden sigue encargada de los albergues en nuestros días. La afluencia de viajeros hizo pronto famoso el nombre de San Bernardo, y muchos personajes importantes visitaron los albergues y contribuyeron con generosos donativos. En alguna época de su vida, San Bernardo fue a Roma, donde, según se dice, obtuvo del Papa una aprobación formal de los albergues y el privilegio de recibir novicios para perpetuar su congregación. El santo vivió hasta los ochenta y cinco años de edad y murió, probablemente, el 28 de mayo de 1081, en el monasterio de San Lorenzo de Novara.

En *Acta Sanctorum*, junio, vol. III, además de otros documentos, hay una biografía de San Bernardo, que se atribuye a su contemporáneo Ricardo, archidiácono de Aosta. Pero en realidad todos esos documentos son posteriores, y las leyendas que relatan no merecen crédito alguno. En particular, la biografía atribuida a Ricardo es un zurcido de fábulas que defienden la tradición saboyana contra la italiana. Parece que está probado que San Bernardo no murió en 1008 sino en 1081. Véase el artículo de A. Lütolf en *Theologische Quartalschrift*, vol. 61 (1879), pp. 179-207. La fecha de la muerte del santo se halla confirmada por el texto publicado en la *Biblioteca de la Societa Storica Subalpina*, vol. XVII (1903), pp. 291-312; se trata probablemente del texto más antiguo que existe sobre el santo; en él se narra el encuentro de Bernardo con el emperador Enrique IV en Pavía, en 1081. Ver también Mons. Duc, en *Miscellanea di Storia Italiana*, vol. XXXI (1894), pp. 341-388. Otros autores fijan la muerte del santo en fechas diferentes; así, Gonthier, *Oeuvres*

historiques, sostiene que San Bernardo murió en 1086. Henri Ghéon, en su obra teatral *La merveilleuse histoire du jeune Bernard de Menthon*, resucitó la forma primitiva de la leyenda de San Bernardo, que había constituído ya el tema de varios misterios medievales. En 1923, el Papa Pío XI, en una carta latina de singular elocuencia, proclamó a San Bernardo patrono de los alpinistas; el texto se halla en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XV (1923), pp. 437-442. Sobre las investigaciones más recientes, véase *Analecta Bollandiana*, vol. XXVI (1907), pp. 135-136, y vol. LXIII (1945), pp. 269-270. Cf. las referencias de DHG., vol. VIII, cc. 690-696.

SAN IGNACIO, Obispo de Rostov (1288 p.c.)

San Ignacio era archimandrita del monasterio de Teofania, en Rostov, cuando fue nombrado obispo de la misma ciudad, en 1262. Desempeñó con gran valor su cargo en una época particularmente difícil, ya que tuvo que defender a su grey contra la tiranía de los tártaros y mediar en las hostilidades de los nobles de Rostov. El metropolitano de Kiev, ante quien se le había calumniado, le suspendió durante algún tiempo del ejercicio de las funciones episcopales. En 1274, San Ignacio asistió al sínodo de la iglesia de Rusia, en Vladimir. Una cita tomada de los decretos de dicho sínodo nos permitirá formarnos una idea de las dificultades con que el clero ruso ha tenido que luchar casi hasta nuestros días: "El pueblo practica todavía las malditas costumbres paganas: celebra las fiestas en forma diabólica, silbando y gritando; los hombres se embriagan, se baten a palos y roban los vestidos a los que mueren en la lucha."

San Ignacio pasó a mejor vida el 28 de mayo de 1288. Inmediatamente después de su muerte, empezaron a contarse los más fantásticos milagros; por ejemplo, se decía que, cuando llevaban a enterrar al santo, el cadáver se irguió para bendecir a todos los presentes. Hasta la época de la revolución rusa, las reliquias de San Ignacio se hallaban en la iglesia de la Asunción de Rostov. Ignoramos si han desaparecido de ahí después de esa fecha.

Nuestro artículo se basa en los datos de Martynov, *Annus ecclesiasticus Graeco-Slavicus* (*Acta Sanctorum*, ocubre, XI). Cf. nuestro artículo sobre San Sergio (25 de sept.) y la bibliografía que damos en él.

BEATA MARGARITA POLE, Viuda y Mártir (1541 p.c.)

Margarita Plantagenet, sobrina de los monarcas ingleses Eduardo IV y Ricardo III, era hija del duque de Clarence, hermano de dichos soberanos, y de Isabel, la hija de Warwick "the Kingmaker." Enrique VII, cuya esposa era prima de Margarita, casó a la beata con Sir Reginald Pole. Era éste un caballero de Buckinghamshire, que había prestado grandes servicios al rey en la campaña de Escocia y en otras empresas militares. Cuando Enrique VIII subió al trono, Margarita había ya enviudado y tenía cinco hijos. El joven monarca, que la consideraba como la mujer más santa de Inglaterra, devolvió a Margarita los bienes de su hermano, de los que se le había impedido tomar posesión en el reinado precedente y la nombró condesa de Salisbury. Cuando nació la princesa María, Margarita fue nombrada su institutriz. Pero la beata desaprobó abiertamente el matrimonio de Enrique con Ana Bolena, lo cual le costó la pérdida de su puesto en la corte y del favor del rey. El cuarto hijo de la beata, Reginaldo, que más tarde fue el cardenal Pole, escribió un tratado contra la supre-

macía eclesiástica del soberano; esto enfureció tanto a Enrique VIII, que dijo al embajador francés que tenía intenciones de hacer desaparecer a toda la familia de Margarita. Cuando Sir Henry Neville se levantó en armas en el norte, el rey envió a algunos emisarios a interrogar a Margarita, con la esperanza de mezclarla en la conspiración; pero, aunque el interrogatorio duró desde el mediodía hasta la noche, los emisarios no consiguieron descubrir la menor huella de culpabilidad y debieron reconocer que aquella mujer alta y de noble porte tenía, no sólo la estatura, sino también la inteligencia de un hombre. A pesar de su hábil defensa, Margarita fue encarcelada, primero en la casa de Lord Southampton, en Cowdray y después, en la Torre de Londres. Ahí sufrió mucho durante el invierno, ya que no tenía suficientes vestidos y no podía encender fuego. Como no existían pruebas para condenarla en un juicio legal, el rey obligó al Parlamento a declararla culpable de alta traición. El 28 de mayo de 1541, Margarita fue conducida al patio de la Torre para ser decapitada. Lord Herbert cuenta que se negó a arrodillarse y a reclinar la cabeza en el tronco porque no se consideraba culpable de traición. El verdugo, que carecía de práctica en el oficio, erró varias veces el golpe. Según el relato del embajador francés, Margarita no se negó a arrodillarse pero el verdugo principal se hallaba ausente, y el substituto manejó el hacha con suma torpeza. Por lo demás, casi todos los historiadores de peso consideran muy poco probable la versión de Lord Herbert. Margarita murió a los setenta años de edad. En la National Portrait Gallery de Londres hay un interesante retrato de la beata. Varias diócesis de Inglaterra celebran su fiesta.

En Camm, LEM., vol. I, pp. 502-540, hay una biografía muy documentada de la beata, escrita por el P. E. S. Keogh. La principal fuente de información sobre la beata Margarita es *Letters and Papers, Foreign and Domestic* de Enrique VIII. Lingard, Gairdner y otros historiadores del reinado de Enrique VIII estudian en detalle la vida de Margarita.

BEATA MARIA BARTOLOMEA DE FLORENCIA, VIRGEN (1577 P.C.)

LA HISTORIA de la Beata María Bartolomea de Bagnesiis es la de una vida de sufrimientos soportados con heroica paciencia. La beata pertenecía a una noble y rica familia florentina. Pero su infame aya le hizo padecer tanta hambre en sus primeros años, que la salud de la beata se resintió para siempre, hasta el grado de que jamás pudo volver a comer normalmente. Desde muy pequeña, María Bartolomea, que era muy piadosa, había resuelto seguir al convento a sus dos hermanas mayores. Pero la madre de la beata murió cuando ésta tenía diecisiete años, y ello la obligó a permanecer al lado de su padre. Según parece, la idea de casarse no había pasado por la mente de María; así pues, cuando su padre le dijo que le había escogido ya un marido, la joven sufrió una depresión nerviosa que no sólo le impidió casarse, sino que la dejó inválida para siempre. María soportó con gran resignación todas las complicaciones de su enfermedad y se sometió, con paciencia, a las prescripciones absurdas y dolorosas de los charlatanes que su padre llamó para que la curasen. Desde su lecho de enferma, María Bartolomea ejerció una influencia bienhechora sobre las numerosas personas que iban a visitarla: reconciliaba a los enemigos, consolaba a los tristes, convertía a los pecadores y curaba a los enfermos, totalmente olvidada de sus

propios sufrimientos. A los treinta y dos años tomó el hábito de terciaria de Santo Domingo y, durante algún tiempo, se rehizo lo suficiente para ir a la iglesia; pero la mejoría no duró mucho, y la beata tuvo que volver al lecho. La enfermedad era muy dolorosa; María Bartolomea recibió ocho veces la extremaunción. Felizmente se le había concedido el privilegio de oír la misa en su habitación y podía comulgar con frecuencia. En varias ocasiones fue arrebatada en éxtasis; pero la humildad le impedía hablar de sus experiencias místicas aun con su propio director espiritual. María Bartolomea murió al cabo de cuarenta y cinco años de enfermedad. Según su deseo, fue sepultada en la iglesia del Carmen de Santa María de los Angeles.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, apéndice, hay una traducción de la detallada biografía que escribió en italiano el capellán doméstico de la beata.

LOS MARTIRES DE LONDRES DE 1582

EL 28 de mayo de 1582, tres sacerdotes, TOMAS FORD, JUAN SHERT y ROBERTO JOHNSON, fueron ahorcados, arrastrados y descuartizados en Tyburn. El motivo aparente de su ejecución fue su participación en una conspiración imaginaria contra la reina, conocida con el nombre de "la conspiración de Roma y Reims"; pero, en realidad, fueron martirizados por haber ejercido el ministerio sacerdotal y por haberse negado a reconocer a Isabel como cabeza de la Iglesia.

Tomás Ford nació en Devonshire. Después de obtener el grado de Maestro de Artes en Oxford, pasó al Colegio de la Trinidad. Pero por motivos de orden religioso, decidió abandonar la Universidad. Se trasladó entonces al Colegio Inglés de Douai, donde hizo sus estudios sacerdotales y fue uno de los primeros que recibieron las sagradas órdenes en dicha institución. Hacia 1576, fue enviado a la misión de Inglaterra, donde trabajó con gran éxito. En 1581, fue arrestado junto con el Beato Edmundo Campion en casa del señor Yates, en Lyford, de Berkshire. Encarcelado en la Torre de Londres, fue condenado a muerte, en base a las deposiciones de testigos que jamás le habían visto. El P. Ford declaró, ya en el carro que le llevaba al sitio de la ejecución: "Soy católico y muero como católico". En el cadalso proclamó que reconocía a la reina como soberana y que jamás había hecho nada que pudiese ofenderla.

Juan Shert nació en Cheshire y estudió también en Brasenose, en Oxford. Después de terminar sus estudios universitarios, ejerció el oficio de maestro, en Londres. Entristecido por las condiciones religiosas de su país, fue, como el P. Ford, a hacer sus estudios sacerdotales en Douai y recibió las órdenes en Roma. En 1579, fue enviado a Inglaterra, donde trabajó dos años, hasta que fue detenido, el 14 de julio de 1581. Aunque no se le pudo probar ningún crimen, fue condenado a la horca. En Tyburn le obligaron a presenciar la ejecución y el descuartizamiento de Tomás Ford. En vez de amilanarse por ello, gritó al mártir: "¡Feliz de ti, alma bendita! ¡Ruega por mí!" Aunque podía haberse salvado con sólo pedir perdón y declarar que Isabel era la cabeza de la Iglesia en Inglaterra, proclamó terminantemente: "La reina no es ni puede ser la cabeza de la Iglesia; ese título pertenece exclusivamente al Supremo Pastor."

Roberto Johnson, a quien algunas veces se confunde con Lorenzo Richardson, nació en Shropshire. Después de servir en una casa particular, pasó a Douai, donde se ordenó sacerdote en 1576. Trabajó unos cuatro años en la misión

de Inglaterra, hasta que fue arrestado. Tres veces sufrió la tortura del potro en la Torre de Londres. En noviembre de 1581, fue condenado a muerte por las mismas razones que sus dos compañeros de martirio. Cuando el verdugo le echó la cuerda al cuello, el P. Johnson empezó a orar en voz alta, en latín. Como alguien le indicase que debía orar en inglés, el mártir respondió: "Rezo la oración que el Señor nos enseñó, en una lengua que conozco bien." Uno de los presentes le gritó entonces: "Ora como Cristo nos enseñó a orar." A lo cual el P. Johnson replicó hábilmente: "¿Acaso creéis que Cristo nos enseñó a orar en inglés?" En el momento en que el carro se retiró para dejarle colgado, el mártir seguía orando en latín.

Dos días después, otros cuatro sacerdotes fueron ejecutados en Tyburn: GUILLERMO FILBY, LUCAS KIRBY, LORENZO RICHARDSON (cuyo verdadero apellido era Johnson) y TOMAS COTTAM. Los cuatro habían estudiado en universidades inglesas antes de emprender los estudios sacerdotales. Fueron juzgados en noviembre de 1581, junto con el Beato Edmundo Campion. El motivo aparente de su proceso fue su participación en la conspiración imaginaria de "Roma y Reims"; pero en realidad, fueron condenados por haber ejercido el ministerio sacerdotal en Inglaterra. Los mártires pasaron en la Torre de Londres los seis meses que mediaron entre el pronunciamiento de la sentencia y la ejecución.

Guillermo Filby, originario de Oxford, había estudiado en Lincoln College. Abandonó la universidad por motivos religiosos y, poco después, ingresó en el seminario de Reims. Después de su ordenación sacerdotal, que tuvo lugar en 1581, pasó a la misión de Inglaterra, donde fue pronto detenido junto con el Beato Edmundo Campion. En julio de 1581, fue trasladado a la Torre de Londres, donde pasó seis meses encadenado. A las siete de la mañana del 30 de mayo de 1582 fue trasladado a Tyburn, junto con sus tres compañeros. Su ejecución fue la primera que se llevó a cabo. El beato tenía sólo veintisiete años de edad.

Lucas Kirby era originario de Durham, en el Yorkshire. Después de obtener el grado de Maestro en Artes, se trasladó al colegio de Douai, donde fue ordenado sacerdote en 1577. Estuvo unos meses en Inglaterra, al cabo de los cuales fue a estudiar al Colegio Inglés de Roma. Después volvió a Inglaterra, donde fue pronto encarcelado.

Lorenzo Richardson nació en Lancashire. Su verdadero apellido era Johnson. En Brasenose College, de la Universidad de Oxford, se convirtió al catolicismo. En seguida se trasladó al seminario de Douai, donde recibió la ordenación sacerdotal. Trabajó durante algún tiempo en su país natal y fue arrestado a principios de 1581. Los perseguidores le ofrecieron el perdón, en el cadalso, con tal de que confesara su traición y renegara del Papa. El beato respondió: "Agradezco la bondad de Su Majestad, pero no puedo confesar lo que no es cierto, ni renunciar a la fe."

Tomás Cottam era también originario de Lancashire y graduado de Brasenose. Después de su conversión al catolicismo, se trasladó, primero al colegio de Douai y después a Roma. En esa ciudad ingresó en la Compañía de Jesús. La enfermedad le impidió terminar el noviciado. Sin embargo, se ordenó sacerdote en Reims. Sus superiores le enviaron, a instancias suyas, a la misión de Inglaterra. Un espía, que había logrado ganarse la amistad del P. Cottam, envió a las autoridades una detallada descripción del misionero, quien fue identificado a su llegada a Dover. Uno de sus compañeros de viaje, el Dr. Ely, profesor del

colegio de Douai, que no despertó sospechas en los perseguidores, recibió la orden de conducir al P. Cottam a la casa de Lord Cobham. Naturalmente aceptó la misión, sin la menor intención de ponerla en práctica. Cuando llegaron a Londres, el Dr. Ely consiguió, no sin dificultad, persuadir a su compañero de que prosiguiese su camino. Pero el P. Cottam se entregó espontáneamente cuando supo que las autoridades molestaban al Dr. Ely. Fue encarcelado primero en Marshalsea y después en la Torre de Londres. Ahí fue torturado en el potro, junto con Lucas Kirby. Fue el último en ser ejecutado y tuvo que presenciar el descuartizamiento de sus tres compañeros.

En Camm, LEM, vol. II, pp. 443-563, hay un relato detallado de la vida y sufrimientos de estos siete mártires. Es menos completo el relato de Challoner, MMP., pp. 44-66.

29: SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZZI, VIRGEN (1607 P.C.)

LA FAMILIA de Pazzi, emparentada con la familia Médicis que gobernaba Florencia, era una de las más ilustres de la ciudad. Dio al Estado una brillante serie de políticos, gobernantes, militares, y a la Iglesia, una mujer cuya fama supera a la de toda su parentela. El padre de la santa, Camilo Geri, estaba casado con María Buondelmonte, que pertenecía a una familia tan distinguida como la de su esposo. María Magdalena nació en Florencia, en 1556. Su nombre de bautismo era Catalina, en honor de Santa Catalina de Siena. Fue extraordinariamente piadosa desde niña, e hizo la primera comunión a los diez años, con gran fervor. Como su padre había sido nombrado gobernador de Cortona, Magdalena se quedó como pensionaria en el convento de San Juan, en Florencia. Ahí pudo entregarse, a su gusto, a las prácticas de devoción y empezó a familiarizarse con la atmósfera de la vida conventual.

Quince meses después, su padre la llamó a Cortona, con la intención de casarla. Entre los pretendientes había varios personajes destacados; pero la inclinación a la vida religiosa que mostraba la joven era tan fuerte, que sus padres acabaron por darle el permiso de ingresar en el convento. Catalina eligió el de las carmelitas, en Florencia, porque las religiosas comulgaban casi todos los días. La víspera de la fiesta de la Asunción de 1582 ingresó en el convento de Santa María de los Angeles. La única condición que le impuso su padre fue que no hiciese profesión antes de haber experimentado a fondo las dificultades de la vida religiosa. Dos semanas más tarde, su padre la obligó a volver a casa, con la esperanza de hacerla cambiar de parecer. Catalina permaneció firme en su resolución y, tres meses después, volvió al convento con la bendición de sus padres.

El 30 de enero de 1583, tomó el hábito y el nombre de María Magdalena. El sacerdote que se lo impuso, depositó el crucifijo en sus manos con estas palabras: "Líbreme Dios de gloriarme en otra cosa que en la cruz de Jesucristo". El rostro de Magdalena se transfiguró, y su corazón se inflamó en el deseo de sufrir toda su vida con Cristo. Ese deseo no haría más que crecer con los años. Al cabo de un fervoroso noviciado, Magdalena hizo los votos antes que sus compañeras, pues una enfermedad la puso a las puertas de la muerte. Como

la santa sufría terriblemente, una religiosa le preguntó cómo podía soportar sus dolores sin una palabra de impaciencia. Magdalena señaló el crucifijo y respondió: "Mirad con qué amor infinito sufrió Cristo para salvarme. Ese amor fortalece mi debilidad y me da valor. Quien piensa en la Pasión de Cristo y ofrece sus dolores a Dios, encuentra dulce el sufrimiento." Cuando la transportaban de nuevo a la enfermería después de haber hecho los votos, Magdalena fue arrebatada en éxtasis durante más de una hora. En los siguientes cuarenta días, tuvo intensas consolaciones espirituales y fue objeto de gracias extraordinarias. Los especialistas en la vida espiritual hacen notar que Dios suele consolar a las almas escogidas después del primer momento en que se entregan completamente a El, a fin de prepararlas para las pruebas que los esperan y las somete a la cruz de las tribulaciones interiores para acabar con todo rastro de egoísmo, darles un perfecto conocimiento de sí mismas y convertirlas plenamente al amor. Esto se comprueba una vez más en el caso de Magdalena de Pazzi, a cuyos transportes de gozo espiritual siguió un período de amarga desolación. Dios colmó así su deseo de sufrir por Jesucristo.

Temiendo ofender a Dios con el deseo de compartir la vida de las profesas, Magdalena pidió a sus superioras que le permitiesen continuar en el noviciado otros dos años, después de haber hecho los votos. Al cabo de ese período, fue nombrada subdirectora del pensionado y, tres años más tarde, instructora de las religiosas jóvenes. Por aquella época sufría intensas pruebas interiores. Constantemente se veía asaltada por tentaciones de gula y de impureza, a pesar de que ayunaba a pan y agua toda la semana, excepto los domingos. Para vencer esas tentaciones, castigaba su cuerpo con crueles disciplinas e imploraba constantemente el auxilio del Salvador y de la Virgen Santísima. Vivía en un estado de oscuridad interior en el que sólo percibía sus propias debilidades y los defectos de las personas y objetos que la rodeaban. Al cabo de cinco años de desolación y sequedad espiritual, Dios le devolvió la paz y le hizo sentir intensamente su presencia. En 1590, durante el canto del Te Deum en maitines, Magdalena fue arrebatada en éxtasis; cuando se rehizo, dio un apretón de manos a la superiora y a la maestra de novicias, diciéndoles: "Alegráos conmigo, pues el invierno ha pasado. Ayudadme a dar gracias a Dios." Desde entonces, Dios manifestó su gracia en la santa religiosa.

Magdalena poseía el don de leer el pensamiento y prever el futuro. Así, por ejemplo, predijo a Alejandro de Médicis que un día sería Papa. En otra ocasión, le advirtió que su pontificado sería muy breve; en efecto, sólo duró veintiséis días. La santa se apareció, en vida, a muchas personas ausentes y curó a numerosos enfermos. Con el tiempo, los éxtasis se hicieron más y más frecuentes; en algunos casos, Magdalena podía continuar su tarea, pero en otros entraba en un estado de rigidez próximo a la catalepsia. Por las palabras que pronunciaba, los circunstantes comprendían que participaba de un modo especial en la Pasión de Cristo, o que conversaba con Dios y los espíritus celestiales. Tan edificantes eran esos coloquios, que sus hermanas solían apuntarlos y los reunieron en un libro, después de la muerte de la santa. Magdalena parecía gozar de una unión con Dios sin interrupción; acostumbraba exhortar a todas las criaturas a glorificar al Creador y ansiaba que todos los hombres le amasen como ella. Con frecuencia exclamaba: "El Amor no es amado. Las criaturas no conocen a su Creador. ¡Oh, Jesús! Si tuviese yo una voz suficientemente poderosa para

hacerme oír en todo el mundo, gritaría para dar a conocer tu amor, para lograr que todos los hombres amasen y honrasen ese bien inmenso."

En 1604, Santa Magdalena tuvo que guardar cama: sufría de violentos dolores de cabeza, había perdido el uso de los miembros y el más leve contacto constituía una verdadera tortura. A esto se añadía una aguda desolación espiritual. Pero, cuanto mayores eran los sufrimientos, mayor el deseo de la santa de participar en la Pasión de Cristo. "¡Señor —repetía—; quiero sufrir sin morir! ¡Déjame que viva para que sufra más!" Cuando sus oraciones no eran escuchadas, se regocijaba de que se hiciese la voluntad de Dios y no la suya. Cuando sintió acercarse su última hora, se despidió de sus hermanas con estas palabras: "Reverenda madre y queridas hermanas: pronto voy a dejaros. Lo último que os pido, en el nombre de Jesucristo, es que le améis a El sólo, que confiéis plenamente en El y que os alentéis mutuamente a cada instante a sufrir por El y amarle." La santa fue a recibir el premio celestial el 25 de mayo de 1607, a los cuarenta y un años de edad. Su cuerpo se conserva todavía incorrupto en el santuario contiguo al convento de Florencia en el que pasó su vida. Fue canonizada en 1669.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, hay una traducción latina de las dos primeras biografías de Santa María Magdalena de Pazzi. La primera fue publicada en 1611 por Vicente Puccini, que fue su confesor en sus últimos años. La parte narrativa es relativamente corta; pero hay unas 700 páginas de extractos de los escritos y cartas de Santa Magdalena. El P. Cepari, que había sido también confesor suyo, escribió una biografía; pero no la publicó para no ofender al P. Puccini. Dicha biografía vio la luz en 1669, con algunas adiciones, tomadas del proceso de canonización. Esas dos biografías, las cartas de la santa y los relatos, cinco volúmenes de notas tomadas por las religiosas durante los éxtasis de Magdalena, constituyen las principales fuentes. Maurice Vaussard editó, en 1945, una nueva selección de pensamientos de la santa, con el título de *Extases et Lettres*; al mismo autor se debe la biografía de la colección *Les Saints*. En 1849, apareció en la *Oratorian Series* una traducción inglesa de la obra del P. Cepari. La biografía francesa escrita por la vizcondesa de Beausire-Seyssel (1913) es muy completa. Véase el estudio del P. E. E. Larkin sobre *Los éxtasis de los cuarenta días de Santa María M. de Pazzi*, en *Carmelus*, vol. I (1954), pp. 29-71.

SAN CIRILO DE CESAREA, MÁRTIR (¿251? P.C.)

SE CUENTA que Cirilo se convirtió al cristianismo cuando no era más que un niño, a ocultas de su padre. Pero éste, al ver que se negaba a adorar a los ídolos, le arrojó fuera de la casa. Entonces el gobernador de Cesarea, en Capadocia, dio la orden de que llevasen a Cirilio a su presencia; pero las promesas y amenazas del juez no consiguieron doblegar al niño. El gobernador fingió que condenaba a muerte a Cirilo y aun le mostró la hoguera encendida, con la esperanza de atemorizarlo. Luego le dejó ir, pero impartió a los guardias la orden de traerlo de nuevo al día siguiente. Cuando compareció otra vez ante el gobernador, Cirilo se quejó de que la sentencia no hubiese sido ejecutada. Esto enfureció tanto al juez, que mandó decapitarle ahí mismo.

El relato del martirio de San Cirilo, que sólo se conserva en latín, parece más bien un fragmento de panegírico que un documento histórico. Puede verse en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VII, y en Ruinart. Pero lo cierto es que el nombre de San Cirilo aparece ya en el *Breviarium* sirio de principios del siglo V, donde se hace notar que su martirio tuvo lugar en Cesarea de Capadocia, y en la edición del *Hieronymianum* revisada en las Galias uno o dos siglos después. El *Breviarium* menciona a San Cirilo el 28 de mayo, y el *Hieronymianum* el 29 de mayo.

SAN MAXIMINO, Obispo de Tréveris (*c*. 347 p.c.)

San Maximino, que nació probablemente en Poitiers, se trasladó, desde muy joven, a Tréveris, atraído tal vez por la fama de San Agricio, obispo de esa ciudad. Ahí terminó sus estudios y sucedió al obispo en el cargo. Cuando San Atanasio fue desterrado a Tréveris, el año 336, San Maximino le recibió con grandes muestras de respeto y consideró como un privilegio, poder ofrecer hospitalidad a tan distinguido siervo de Dios. San Atanasio, que permaneció dos años en Tréveris, alaba el valor, la prudencia y las nobles cualidades de su huésped, que ya entonces era famoso por sus milagros. También San Pablo, obispo de Constantinopla, encontró refugio y protección con el obispo de Tréveris, cuando el emperador Constancio le desterró. San Maximino convocó el sínodo de Colonia que condenó a Eufratas como hereje y le depuso de su sede. Además, previno al emperador Constante, cuya residencia favorita era Tréveris, contra los errores de los arrianos y se opuso a ellos en todas las ocasiones que se le presentaron. Por eso, posteriormente, los arrianos de Filipópolis excomulgaron al mismo tiempo a San Atanasio y a San Maximino. No sabemos con exactitud cuándo murió San Maximino; pero se dice que su sucesor, Paulino, tomó posesión de la sede el año 347. A lo que parece, San Maximino compuso muchas obras, pero no se conserva ninguno de sus escritos.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VII, hay una vida de San Maximino; pero probablemente es mejor la biografía que Servatus Lupus escribió en el siglo IX. B. Krsch editó esta última obra en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. III, pp. 71-82. El problema del concilio de Colonia se ha discutido mucho. Mons. Duchesne niega que se haya realizado (*Revue d'Histoire Ecclésiastique*, vol. III, 1902, pp. 16-29); pero véase H. Quentin, en *Revue Bénédictine*, vol. XXIII (1906), pp. 477-486, y Hefele-Leclercq, *Histoire des Conciles*, vol. I, pp. 830-836. Acerca de Maximino, cf. Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 35, y la breve biografía de J. Hau, *Sankt Maximinus* (1935).

SANTOS SISINIO, MARTIRIO y ALEJANDRO, Mártires (397 p.c.)

Entre los numerosos extranjeros que vivían en Milán durante el reinado de Teodosio el Grande, se contaban tres capadocios: Sisinio y los hermanos Martirio y Alejandro. San Ambrosio les profesaba tal estima, que los recomendó a San Vigilio, obispo de Trento, quien tenía gran necesidad de misioneros. Sisinio recibió el diaconado y Martirio el lectorado. San Vigilio confió a los tres misioneros la evangelización de los Alpes tiroleses, donde el cristianismo había hecho muy pocos progresos. El campo de sus labores fue el valle de Anaunia (Val di Non), donde, a pesar de la oposición y los malos tratos de que fueron objeto, ganaron numerosas almas. Sisinio construyó una iglesia en el pueblecito de Methon o Medol y en ella completó la instrucción de los neófitos. Los paganos, furiosos al ver el éxito de los misioneros, resolvieron obligar a los cristianos recientemente bautizados a participar en una de sus celebraciones. Sisinio y sus compañeros se opusieron a ello; los paganos los atacaron en la iglesia y los golpearon tan ferozmente, que Sisinio murió a las pocas horas. Martirio consiguió esconderse en un huerto, pero los paganos le descubrieron al día siguiente y le arrastraron sobre las piedras hasta que murió. También Alejandro cayó en manos de los paganos, quienes intentaron hacerle abjurar de la fe, mientras

quemaban los cuerpos de sus compañeros. Como todos sus esfuerzos resultasen inútiles, le arrojaron en la misma hoguera. Los fieles recogieron las cenizas de los mártires y las llevaron a Trento. San Vigilio erigió más tarde una iglesia en el sitio en que los mártires habían perecido.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VII, pueden verse las *actas* de Sisinio. Se trata de un documento de muy reducido valor histórico; pero el hecho del martirio de estos santos está fuera de duda, pues se conservan las cartas de San Vigilio al obispo de Milán y a San Juan Crisóstomo. También San Agustín y San Máximo de Turín hablan de estos mártires. Véanse las referencias de CMH., p. 281.

SANTA TEODOSIA, VIRGEN Y MÁRTIR (745 P.C.)

CONSTANTINO Acropolita escribió la vida de Santa Teodosia en el siglo XIV. Dicho autor, que vivía en Constantinopla, cerca de la tumba de la mártir y le profesaba gran devoción, se basó para escribir la biografía en algunos escritos y en la tradición oral. Según cuenta Constantino, Teodosia pertenecía a una noble familia y perdió a sus padres desde muy joven. Más tarde, tomó el velo en el monasterio constantinopolitano de la Anástasis. La santa vivió en la época de los emperadores León el Isáurico y Constantino Coprónimo, quienes trataron de acabar con el culto de las imágenes. Como el emperador diese la orden de destruir una imagen muy venerada de Cristo, Teodosia, a la cabeza de un grupo de mujeres, derribó la escalera en que se hallaba el esbirro que iba a echar abajo la imagen. El hombre murió a consecuencia de la caída. Las mujeres se dirigieron entonces al palacio del pseudopatriarca Anastasio, lo apedrearon, y obligaron a huir al usurpador. Las autoridades castigaron a todas las integrantes de grupo, pero sobre todo a Teodosia, que lo había encabezado. Los verdugos la torturaron en la prisión y la hirieron en el cuello. Teodosia murió poco después, a consecuencia de las heridas.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VII, hay un relato suficientemente detallado. Probablemente el texto más digno de crédito es el del *Sinaxario de Constantinopla* (ed. Delehaye), cc. 828-829, 18 de julio. En Dom Leclercq, *Les Martyrs*, hay una traducción de la *pasión* de Santa Teodosia.

SANTOS VOTO Y FELIX (*c.* 757 P.C.)

DURANTE la ocupación de España por los moros, había en la ciudad de Zaragoza dos hermanos: Voto y Félix, excelentes cristianos, nobles y ricos. Voto era aficionado a la cacería y, cierto día del año 714, cuando perseguía a un ciervo, descubrió en una capillita perdida en las montañas, dedicada a San Juan Bautista, el cadáver de San Juan de Atares. Bajo la cabeza del virtuoso ermitaño encontró una piedra sobre la cual estaba grabada la inscripción siguiente: "Yo, Juan, constructor y primer habitante de esta iglesia, dedicada a San Juan Bautista, habiendo renunciado al mundo por amor a Dios, después de haber llevado por largo tiempo la vida eremítica, muero en el Señor". Voto enterró el cuerpo del santo lo mejor que pudo y, de regreso a su casa, vendió todos sus bienes, liberó a sus siervos y sirvientes y se consagró por entero, junto con su hermano Félix, al servicio de Dios. Ambos se retiraron a la iglesia que había descubierto Voto, construyeron su celda junto a la tumba de Juan de Atares y

llevaron una vida de ermitaños hasta su muerte, acaecida por el año 757. Después de su muerte, se obraron muchos milagros en su tumba y, posteriormente se construyó en aquel lugar una iglesia grande, dedicada a San Juan Bautista.

Acta Sanctorum, mayo, vol. VII.

BEATO PEDRO PETRONI (1361 P.C.)

LA ORDEN de los cartujos profesa gran veneración al Beato Pedro Petroni. Pedro pertenecía a una distinguida familia de Siena. Desde niño manifestó una extraordinaria inclinación por la vida espiritual. Solía retirarse con frecuencia a orar y reunía a los niños pobres, en las calles, para enseñarles el catecismo y socorrerlos. Sus padres se quejaban de que ensuciaba sus ricos vestidos al mezclarse con tan baja compañía. Uno de los parientes de Pedro construyó, en las afueras de la ciudad, la cartuja de Maggiano; en ella ingresó el beato a los diecisiete años de edad, a pesar de la oposición de sus padres. Los superiores de Pedro querían que recibiese la ordenación sacerdotal, pero el beato les expuso su temor de aceptar esa elevada responsabilidad y, como no consiguiese disuadirlos, se cortó el índice de la mano izquierda, con lo cual evitó radicalmente la ordenación. Pedro se distinguió por su decisión, rayana en el fanatismo, de romper toda relación con su familia. Dios le bendijo con gracias extraordinarias y con el don de profecía. Poco antes de su muerte, mandó a Gioacchino Ciani, uno de sus devotos, a decir al famoso humanista satírico Boccacio que, si no dejàba de escribir libros pornográficos y cambiaba de vida, Dios le llamaría pronto a juicio. Boccacio tomó al principio a risa la advertencia, pero se convirtió cuando Ciani hizo alusión, en nombre del Beato Pedro, a ciertos detalles de su vida pasada que nadie conocía. El beato murió el 29 de mayo de 1361. Cuando los numerosos milagros obrados en la tumba de Pedro empezaron a constituir una amenaza para la paz del monasterio, las maravillas cesaron como por encanto.

Existe una biografía italiana del Beato Pedro, escrita, por lo menos en parte, por su discípulo, el Beato Juan Colombini; puede verse una traducción latina de ella en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VII. Véase también *Annales Ordinis Cartusiensis*, de Dom Le Couteulx, vols. V, VI y VII. Boccacio habla de su conversión en su correspondencia con Petrarca.

30: SAN FELIX I, PAPA (274 P.C.)

SEGUN el Martirologio Romano y el *Liber Pontificalis*, Félix I, romano por nacimiento, murió mártir. Pero, casi seguramente, este dato proviene de una confusión con un mártir llamado Félix, que fue sepultado en la Vía Aurelia. De la misma confusión procede el dato del *Liber Pontificalis* de que el Papa Félix "construyó, en la Vía Aurelia, la iglesia en la que fue sepultado". En realidad sabemos muy poco sobre San Félix. Según parece, ese Pontífice respondió al informe del Concilio de Antioquía sobre la deposición de Pablo de Samosata, quien había comparecido, en Roma, ante el Papa San Dionisio, predecesor de San Félix. Duchesne, Bardenhewer, Harnack y otros especialistas, sostienen que la carta de San Félix que se leyó en el Concilio de Efeso era

un documento falsificado por los apolinaristas. La afirmación de que San Félix "decretó que se celebrase la misa sobre las tumbas de los mártires" significa, tal vez, que dicho Papa prohibió la costumbre de dejar un espacio vacío sobre los sepulcros de las catacumbas ("arcosalia"), excepto cuando se trataba de las tumbas de los mártires. De ser así, el sentido del decreto era que sólo podía celebrarse la misa sobre los sepulcros de los mártires. San Félix murió el 30 de diciembre (III kal. jan.); sin embargo se le conmemora el 30 de mayo, debido a una confusión entre "jan" y "jun". La "Depositio Episcoporum", que muestra claramente que se trata de un error de fecha, dice que San Félix fue sepultado en el cementerio de Calixto.

Ver J. P. Kirsch en *Catholic Encyclopedia*, vol. VI, pp. 29-30; Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, p. 158; CMH., pp. 14-16; Bardenhewer, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. II, pp. 645-647.

SAN ISAAC DE CONSTANTINOPLA, Abad (*c.* 410 p.c.)

Durante la persecución del emperador arriano Valente, un ermitaño llamado Isaac se sintió movido por Dios a abandonar la soledad para ir a reprender al emperador. Así pues, se trasladó a Constantinopla y advirtió varias veces a Valente que, si no interrumpía la persecución y devolvía a los católicos las iglesias que había dado a los arrianos, le aguardaba una gran catástrofe y un fin atroz. Valente se burló de las predicciones del ermitaño. En una ocasión en que Isaac cogió la brida del corcel en que el emperador cabalgaba por las afueras de la ciudad, Valente ordenó a sus hombres que arrojasen al profeta en un pantano. Isaac escapó milagrosamente, pero como volviese a repetir su profecía, fue encarcelado. La profecía se cumplió poco después, ya que Valente fue derrotado y murió en la batalla de Andrinópolis. Teodosio, el sucesor de Valente, devolvió la libertad a San Isaac, a quien profesó siempre gran veneración. El siervo de Dios se retiró de nuevo a la soledad, donde pronto fueron a reunírsele varios discípulos. Como se negasen a abandonarle, a pesar de sus instancias, San Isaac fundó para ellos un monasterio, que fue, según se dice, el primero que hubo en Constantinopla. Dicho monasterio tomó después el nombre de San Dálmato, discípulo y sucesor de San Isaac. Nuestro santo asistió al primer Concilio de Constantinopla, que fue el segundo de los Concilios ecuménicos. Murió a edad muy avanzada.

En *Acta Sanctorum*, mayo, VII, hay una biografía griega de San Isaac. Del último párrafo de dicha biografía han deducido algunos que el santo murió en 383; pero es un error, como lo demostró J. Pargoire en *Echos d'Orient*, vol. II (1899), pp. 138-145. La única biografía fidedigna de San Isaac prueba que el santo no murió antes del año 406. Ver *Analecta Bollandiana*, vol. XVIII (1899), pp. 430-431.

SAN EXUPERANCIO, Obispo de Ravena (418 p.c.)

San Exuperancio o Superancio sucedió a San Urso en la sede de Ravena y trabajó incansablemente por el bienestar material y espiritual de su grey. El santo vivió en la época del emperador Honorio. Cuando el ejército de Estilicón invadió Ravena, San Exuperancio logró evitar que los soldados profanasen y saqueasen la catedral. El santo obispo construyó la población de Argenta,

llamada así porque estaba obligada a pagar a Ravena determinada cantidad en plata. San Exuperancio murió en 418, al cabo de veinte años de gobernar pacíficamente su diócesis, y fue sepultado en la iglesia de Santa Inés. Sus reliquias se hallan actualmente en la catedral de Ravena.

En *Acta Sanctorum* hay una breve biografía; pero los datos provienen, a lo que parece, de la obra poco fidedigna de Andreas Agnellus, *Liber pontificalis seu vitae pontificum Ravennatum.* Esta última obra puede verse en Migne, PL., vol. 106, cc. 525-528; pero el mejor texto es el de Holder-Egger, en MGH., *Scriptores Rerum Longobardicarum,* pp. 265 ss.

SAN FERNANDO III DE CASTILLA (1252 P.C.)

FERNANDO III era hijo de Alfonso IX, rey de León, y de Berengaria, la hija mayor de Alfonso III de Castilla y de una de las hijas de Enrique II de Inglaterra. Blanca de Castilla, madre de San Luis de Francia, era hermana de Berengaria, quien hubiese debido heredar el trono de Castilla a la muerte de Enrique, su hermano, pero prefirió ceder sus derechos a su hijo Fernando, quien tenía entonces dieciocho años. Dos años más tarde, Fernando contrajo matrimonio con Beatriz, hija del rey Felipe de Suabia, de la que tuvo siete hijos y tres hijas.

El rey Fernando era severo en la administración de la justicia, pero perdonaba fácilmente las injurias personales. Manifestó particularmente su prudencia en la elección de los gobernadores, magistrados y generales. Rodrigo Jiménez, arzobispo de Toledo, fue durante muchos años gobernador de Castilla y principal consejero del monarca. En 1230, a la muerte de su padre, Fernando heredó el trono de León, pero no sin dificultad, ya que algunos nobles apoyaban la causa de sus dos medias hermanas.

Fernando III fue el verdadero fundador de la gran Universidad de Salamanca. Pero en España se le recuerda y se le admira, sobre todo, por sus infatigables y victoriosas campañas contra los moros. En efecto, el santo monarca pasó casi veintiséis años consecutivos en lucha contra el invasor, al que logró expulsar de Ubeda (1234), Córdoba (1236), Murcia, Jaén, Cádiz y aun de Sevilla (1249). Se dice que en la batalla de Jerez, donde sólo perecieron diez españoles, Santiago el Apóstol dirigió las huestes victoriosas, montado en un caballo blanco. Para agradecer a Dios sus triunfos, Fernando reconstruyó la catedral de Burgos y convirtió la mezquita de Sevilla en iglesia. A diferencia de otros guerreros, el santo era un gobernador prudente; acostumbraba decir que "temía más la mala lengua de una mujer que a todo un ejército de moros" y el motivo principal de sus campañas no fue la extensión de sus dominios, sino el rescate de los cristianos esclavizados por los moros.

A la muerte de la reina Beatriz, Fernando III se casó con Juan de Ponthieu, con la que tuvo dos hijos y una hija, Eleonor, la cual contrajo matrimonio con Eduardo I de Inglaterra. San Fernando murió el 30 de mayo de 1252; fue sepultado en la catedral de Sevilla, revestido con el hábito franciscano. El Papa Clemente X le canonizó en 1671.

En *Acta Sanctorum,* mayo, vol. VII, hay una traducción latina de los párrafos de la crónica del arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez, que se refieren a San Fernando; también puede verse ahí entre otros documentos, la breve biografía escrita por Lucas, obispo de Tuy, contemporáneo del santo. Se conserva también un relato del franciscano Gil de Zamora

(*c.* 1300); puede verse en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. 1 (1884), pp. 308-321. Naturalmente, San Fernando ocupa un sitio importante en las obras consagradas al estudio de ese período de la historia de España. Entre las biografías modernas hay que mencionar la de J. Laurentie, en francés (1910), la de F. Maccono, en italiano (1924), y la biografía de tipo popular de J. R. Coloma, en español (1928).

SANTA JUANA DE ARCO, Virgen (1431 p.c.)

Santa Juana de Arco nació el día de la Epifania de 1412, en Domrémy, pequeño pueblecito de Champagne, a orillas del Mosa. Su padre, Jacobo d'Arc, era un hacendado de cierta importancia, hombre bueno, frugal y un tanto huraño. La madre de Juana, que amaba tiernamente a sus cinco hijos, educó a sus dos hijas en los quehaceres domésticos. Juana declaró más tarde: "Sé coser e hilar como cualquier mujer". Pero nunca aprendió a leer ni a escribir. Los vecinos de la familia, en el proceso de rehabilitación de la santa, dejaron testimonios conmovedores de la piedad y ejemplar conducta de la joven. Tanto los sacerdotes que la conocieron como sus compañeros de juegos, atestiguaron que gustaba de ir a orar en la iglesia, que recibía con frecuencia los sacramentos, que se ocupaba de los enfermos y era particularmente bondadosa con los peregrinos, a los que más de una vez cedió su lecho. Según uno de los testigos, "era tan buena, que todo el pueblo la quería." A lo que parece, Juana tuvo una infancia feliz, aunque un tanto turbada por los desastres que asolaban el país y por el constante peligro de un ataque armado sobre la población de Domrémy, situada en la frontera de Lorena. Antes de acometer su gran empresa, Juana tuvo que huír, por lo menos una vez, con sus padres, a la población de Neufchâtel, a trece kilómetros de distancia, para escapar de las manos de los piratas borgoñones que saquearon Domrémy.

Juana era todavía muy niña cuando Enrique V de Inglaterra invadió Francia, asoló la Normandía y reclamó la corona de Carlos VI. Francia se hallaba en aquel momento dividida por la guerra civil entre los partidarios del duque de Borgoña y el duque de Orléans, de suerte que no había podido organizar rápidamente la resistencia. Por otra parte, después de que el duque de Borgoña fue traidoramente asesinado por los hombres del delfín, los borgoñeses se aliaron con los ingleses, que apoyaban su causa. La muerte de los monarcas rivales, ocurrida en 1422, no mejoró la situación de Francia. El duque de Bedford, regente del monarca inglés, prosiguió vigorosamente la campaña y las ciudades cayeron, una tras otra, en manos de los aliados. Entre tanto, Carlos VII, o el delfín, como se insistía en llamarle, consideraba la situación perdida sin remedio y se entregaba a frívolos pasatiempos en su corte.

A los catorce años de edad, Santa Juana tuvo la primera de las experiencias místicas que habían de conducirla por el camino del patriotismo hasta la muerte en la hoguera. Primero oyó una voz, que parecía hablarle de cerca, y vio un resplandor; más tarde, las voces se multiplicaron y la joven empezó a ver a sus interlocutores, que eran, entre otros, San Miguel, Santa Catalina y Santa Margarita. Poco a poco, los aparecidos explicaron la abrumadora misión a que el cielo la tenía destinada: ¡Ella, una simple campesina debía salvar a Francia! Para no despertar la cólera de su padre, Juana mantuvo silencio. Pero, en mayo de 1428, las voces se hicieron imperiosas y explícitas: la joven debía presentarse ante Roberto de Baudricourt, comandante de las fuerzas

reales, en la cercana población de Vaucouleurs. Juana consiguió que un tío suyo que vivía en Vaucouleurs, la llevase consigo. Pero Baudricourt se burló de sus palabras y despidió a la doncella, diciéndole que lo que necesitaba era que su padre le diese unas buenas nalgadas.

En aquel momento, la posición militar del rey era desesperada, pues los ingleses atacaban a Orléans, el último reducto de la resistencia. Juana volvió a Domrémy, pero las voces no le dejaron descanso. Cuando la joven respondió que era una campesina que no sabía ni montar a caballo, ni hacer la guerra, las voces replicaron: "Dios te lo manda". Incapaz de resistir a este llamamiento, Juana huyó de su casa y se dirigió nuevamente a Vaucouleurs. El escepticismo de Baudricourt desapareció cuando recibió la noticia oficial de una derrota que Juana había predicho; así pues, no sólo consintió en mandarla a ver al rey, sino que le dio una escolta de tres soldados. Juana pidió que le permitiesen vestirse de hombre para proteger su virtud. Los viajeros llegaron a Chinon, donde se hallaba el monarca, el 6 de marzo de 1429; pero Juana no consiguió verle sino hasta dos días después. Carlos se había disfrazado para desconcertar a Juana; pero la doncella le reconoció al punto por una señal secreta que le comunicaron las voces y que ella transmitió sólo al rey. Ello bastó para persuadir a Carlos VII del carácter sobrenatural de la misión de la doncella. Juana le pidió un regimiento para ir a salvar Orléans. El favorito del rey, La Trémouille, y la mayor parte de la corte, que consideraban a Juana como una visionaria o una impostora, se opusieron a su petición. Para zanjar la cuestión, el rey decidió enviar a Juana a Poitiers a que la examinara una comisión de sabios teólogos.

Al cabo de un interrogatorio que duró tres semanas por lo menos, la comisión declaró que no encontraba nada que reprochar a la joven y aconsejó al rey que se valiese, prudentemente, de sus servicios. Juana volvió entonces a Chinon, donde se iniciaron los preparativos para la expedición que ella debía encabezar. El estandarte que se confeccionó especialmente para ella, tenía bordados los nombres de Jesús y María y una imagen del Padre Eterno, a quien dos ángeles presentaban, de rodillas, una flor de lis. La expedición partió de Blois, el 27 de abril. Juana iba a la cabeza, revestida con una armadura blanca. A pesar de algunos contratiempos, el ejército consiguió entrar en Orléans, el 29 de abril y su presencia obró maravillas. Para el 8 de mayo, ya habían caído los fuertes ingleses que rodeaban la ciudad y, al mismo tiempo, se levantó el sitio. Juana recibió una herida de flecha bajo el hombro. Antes de la campaña, había profetizado todos esos acontecimientos, con las fechas aproximadas. La doncella hubiese querido continuar la guerra, pues las voces le habían asegurado que no viviría largo tiempo. Pero La Trémouille y el arzobispo de Reims, que consideraban la liberación de Orléans como obra de la buena suerte, se inclinaban a negociar con los ingleses. Sin embargo, se permitió a Juana emprender una campaña en el Loira con el duque de Alençon. La campaña fue muy breve y dio el triunfo aplastante sobre las tropas de Sir John Fastolf, en Patay. Juana trató de coronar inmediatamente al delfín. El camino a Reims estaba prácticamente conquistado y el último obstáculo desapareció con la inesperada capitulación de Troyes.

Los nobles franceses opusieron cierta resistencia; sin embargo, acabaron por seguir a la santa a Reims, donde, el 17 de julio de 1429, Carlos VII fue solemnemente coronado. Durante la ceremonia, Santa Juana permaneció de pie

con su estandarte, junto al rey. Con la coronación de Carlos VII terminó la misión que las voces habían confiado a la santa y también su carrera de triunfos militares. Juana se lanzó audazmente al ataque de París, pero la empresa fracasó por la falta de los refuerzos que el rey había prometido enviar y por la ausencia del monarca. La santa recibió una herida en el muslo durante la batalla y, el duque de Alencon tuvo que retirarla casi a rastras. La tregua del invierno que siguió, la pasó Juana en la corte, donde los nobles la miraban con mal disimulado recelo. Cuando recomenzaron las hostilidades, Juana acudió a socorrer la plaza de Compiègne, que resistía a los borgoñones. El 23 de mayo de 1430, entró en la ciudad y ese mismo día organizó un ataque que no tuvo éxito. A causa del pánico, o debido a un error de cálculo del gobernador de la plaza, se levantó demasiado pronto el puente levadizo, y Juana, con algunos de sus hombres, quedaron en el foso a merced del enemigo. Los borgoñeses derribaron del caballo a la doncella entre una furiosa gritería y la llevaron al campamento de Juan de Luxemburgo, pues uno de sus soldados la había hecho prisionera. Desde entonces hasta bien entrado el otoño, la joven estuvo presa en manos del duque de Borgoña. Ni el rey ni los compañeros de la santa hicieron el menor esfuerzo por rescatarla, sino que la abandonaron a su suerte. Pero, si los franceses la olvidaban, los ingleses en cambio se interesaban por ella y la compraron, el 21 de noviembre, por una suma equivalente a 23,000 libras esterlinas actuales. Una vez en manos de los ingleses, Juana estaba perdida. Estos no podían condenarla a muerte por haberles derrotado, pero la acusaron de hechicería y de herejía. Como la brujería estaba entonces a la orden del día, la acusación no era extravagante. Además, es cierto que los ingleses y borgoñeses habían atribuido sus derrotas a los conjuros mágicos de la santa doncella.

Los ingleses la condujeron, dos días antes de Navidad, al castillo de Rouen. Según se dice sin suficiente fundamento, la encerraron, primero, en una jaula de acero, porque había intentado huír dos veces; después la trasladaron a una celda, donde la encadenaron a un poyo de piedra y la vigilaban día y noche. El 21 de febrero de 1431, la santa compareció por primera vez ante un tribunal presidido por Pedro Cauchon, obispo de Beauvais, un hombre sin escrúpulos, que esperaba conseguir la sede archiepiscopal de Rouen con la ayuda de los ingleses. El tribunal, cuidadosamente elegido por Cauchon, estaba compuesto de magistrados, doctores, clérigos y empleados ordinarios. En seis sesiones públicas y nueve sesiones privadas, el tribunal interrogó a la doncella acerca de sus visiones y "voces", de sus vestidos de hombre, de su fe y de sus disposiciones para someterse a la Iglesia. Sola y sin defensa, la santa hizo frente a sus jueces valerosamente y muchas veces los confundió con sus hábiles respuestas y su memoria exactísima. Una vez terminadas las sesiones, se presentó a los jueces y a la Universidad de París un resumen burdo e injusto de las declaraciones de la joven. En base a ello, los jueces determinaron que las revelaciones habían sido diabólicas y la Universidad la acusó en términos violentos.

En la deliberación final el tribunal declaró que, si no se retractaba, debía ser entregada como hereje al brazo secular. La santa se negó a retractarse, a pesar de las amenazas de tortura. Pero, cuando se vio frente a una gran multitud en el cementerio de Saint-Ouen, perdió valor e hizo una vaga retractación. Digamos, sin embargo, que no se conservan los términos de su retracta-

ción y que se ha discutido mucho sobre el hecho. La joven fue conducida nuevamente a la prisión, pero ese respiro no duró mucho tiempo. Ya fuese por voluntad propia, ya por artimañas de los que deseaban su muerte, lo cierto es que Juana volvió a vestirse de hombre, contra la promesa que le habían arrancado sus enemigos. Cuando Cauchon y sus satélites fueron a interrogarla en su celda sobre lo que ellos consideraban como una infidelidad, Juana, que había recobrado todo su valor, declaró nuevamente que Dios la había enviado y que las voces procedían de Dios. Según se dice, al salir del castillo, Cauchon dijo al conde de Warwick: "Tened buen ánimo, que pronto acabaremos con ella". El martes 29 de mayo de 1431, los jueces, después de oír el informe de Cauchon, resolvieron entregar a la santa al brazo secular como hereje renegada. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, Juana fue conducida a la plaza del mercado de Rouen para ser quemada en vida. La conducta de la santa doncella en aquella ocasión fue conmovedora. Cuando los verdugos encendieron la hoguera, Juana pidió a un fraile dominico que mantuviese una cruz a la altura de sus ojos y murió invocando el nombre de Jesús.

La santa no había cumplido aún los veinte años. Sus cenizas fueron arrojadas al Sena. Más de uno de los espectadores debió hacer eco al comentario amargo de Juan Tressart, uno de los secretarios del rey Enrique "¡Estamos perdidos! ¡Hemos quemado a una santa!" Veintitrés años después de la muerte de Juana, su madre y dos de sus hermanos pidieron que se examinase nuevamente el caso, y el Papa Calixto III nombró a una comisión encargada de hacerlo. El 7 de julio de 1456, el veredicto de la comisión rehabilitó plenamente a la santa. Más de cuatro siglos y medio después, el 16 de mayo de 1920, Juana de Arco fue solemnemente canonizada.

Con ocasión de la canonización, se despertó de nuevo, lo mismo en Inglaterra que en otros países, el interés por la santa. Inevitablemente, ese interés favoreció el desarrollo de las leyendas. Tal, por ejemplo, la leyenda de la Juana de Arco "protestante", popularizada por George Bernard Shaw, con un error excusable, porque el autor no conocía suficientemente el catolicismo, pero no por ello deja de ser un error. Una variante de esta leyenda es la Santa Juana dramatizada, una figura en parte atractiva y en parte sin relieve, pero de todos modos irreal. Existe también la leyenda de la Juana de Arco "nacionalista". Es cierto que Santa Juana fue una gran patriota, pero en sus labios, la palabra "Francia" sólo significaba "Justicia". Otra leyenda es la de la Juana de Arco "feminista", que es sin duda la más absurda de todas, tanto desde el punto de vista histórico como desde el punto de vista de los sentimientos de la santa. Naturalmente, existe también la Juana de Arco de la estatuaria, de la que se puede dar como ejemplo la estatua de la catedral de Winchester. Mencionemos, por último, el error de los que creen que la Iglesia venera a la santa como mártir.

¿Cómo era en realidad Juana de Arco? Simplemente una campesina bien dotada, desde el punto de vista humano, con mucho sentido común y llena de la gracia de Dios. Como conocía bien la historia de la Anunciación, cuando le fue revelada la voluntad de Dios —que debió parecer menos extraordinaria a su sencillez de lo que parece a nuestra complicación—, supo reconocerla inteligentemente y someterse a ella. Tal es la Juana de Arco que revela cada una de las líneas de los documentos originales del juicio.

De esos documentos se desprenden también otras lecciones, de las que

alguna no nos hacen honor a los católicos. Cierto que el tribunal que condenó a la santa no fue el de la Iglesia, pero entre los clérigos que apoyaron el veredicto había varios personajes eclesiásticos de importancia, de los que unos eran hombres de buena voluntad y otros no. La condenación de Juana de Arco es una mancha indeleble en la historia de Inglaterra.

Imposible dar una bibliografía completa sobre Santa Juana de Arco en el estrecho espacio del que disponemos. La bibliografía del canónigo U. Chevalier (1906) comprendía más de 1,500 títulos; y eso era antes de la beatificación. De entonces a acá, se han escrito innumerables libros y artículos. Las principales fuentes fueron publicadas, por primera vez, por Quicherat, *Procès de Condamnation et Réhabilitation*, 5 vols. (1841-1849). En dicha obras, las fuentes están en latín, pero hay varias traducciones, como la de Champion en francés, y la de T. D. Murray en inglés. W. P. Barret tradujo exclusivamente las actas del proceso (1931). También hay una enorme serie de documentos, la mayor parte de ellos traducidos, en los cinco volúmenes del P. Ayroles, *La Vraie Jeanne d'Arc* (1890-1901); pero el autor exagera la nota polémica. Lo mismo hay que decir de la obra, excelente por otros capítulos, del canónigo Dunand, *Histoire complète de Jeanne d'Arc*, 4 vols. (1912); y *Etudes Critiques*, 4 vols. (1909). Cf. Denifle, *Chartularium Universitatis Parisiensis* y el suplemento; C. Lemire, *Le Proces de Jeanne d'Arc*. Sobre la bibliografía, véase *Cambridge Medieval History*, vol. VIII, pp. 871 ss. y J. Calmette, *La France et l'Angleterre en Conflit* (1937), pp. 405 ss. Entre las biografías y estudios franceses hay que mencionar: L. H. Petitot (1921); M. Gasquet (1929); P. Champion (1934); Funck-Brentano (1943); J. Cordier (1948). Una de las mejores obras en inglés es la de Andrew Lang, *The Maid of France* (1908), particularmente en la crítica que hace de la biografía llena de prejuicios escrita por Anatole France. Citemos además las obras de Hilaire Belloc (1930), C. F. Oddie (1931) y V. Sackville West (1937). Acerca de la pieza de Bernard Shaw, *St. Joan*, cf. Bede Jarrett, en *Blackfriars* mayo de 1924, pp. 67 ss., y E. Robo, *St. Joan* (1948), donde hay una carta de Shaw. Es importante la obra del P. Doncoeur, *La minute française des interrogatoires de Jeanne la Pucèlle* (1958). Recomendamos el número de la *Vie Spirituelle*, enero de 1954, pp. 84-98, donde se encontrarán documentos, bibliografías y juicios sobre la santa.

BEATO JACOBO BERTONI (1483 P.C.)

EL PADRE de Jacobo, Felipe Bertoni confió a su hijo al cuidado de los servitas del convento de Faenza, cuando el niño tenía nueve años, en cumplimiento de un voto que había hecho durante una grave enfermedad. Jacobo tomó el hábito en dicho convento y fue un santo religioso. Tenía tal horror al pecado, que se confesaba diariamente. Era alto, delgado, y muy pálido. Después de su ordenación sacerdotal, fue nombrado procurador del convento de Faenza y desempeñó otros cargos de importancia. Murió el 25 de mayo de 1483, a los treinta y nueve años de edad. Los milagros obrados en su tumba, en la iglesia de San Juan de Faenza, popularizaron el culto de Jacobo en dicha ciudad. La Santa Sede lo confirmó oficialmente en 1766. Poco después de la muerte del beato, su padre fue nombrado ciudadano honorario de Faenza y exceptuado de la obligación de pagar impuestos, en señal de reconocimiento de la santidad de su hijo.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI, hay una breve biografía latina escrita por Nicolás Borghesi; también puede verse en *Monumenta Ordinis Servorum B. V. M.*, vol. IV (1901), pp. 63-67. Más moderno es el esbozo biográfico de S. Trebbi (1867).

31: MARIA REINA

MARIA, como Madre del Hombre-Dios, Rey del universo por derecho de naturaleza y por mérito de conquista, es REINA MADRE. La dignidad real de María ha recibido el tributo de homenaje más insigne y la justificación teológica más amplia y convincente por boca de los Sumos Pontífices.

León XIII veneró a María, con todo el pueblo cristiano, "elevada sobre la gloria de todos los santos, coronada de estrellas por su divino Hijo, sentada junto a El, Reina y Señora del universo". (Encíclica *Iucunda semper,* 8 de septiembre 1894). Indagando, a continuación, en su vida los títulos y méritos de tan universal soberanía, que une a Madre e Hijo en el imperio espiritual del mundo, escribió el Papa: "Mientras que es elegida para Madre, sin dudar un momento se proclama y se confiesa esclava del Señor. Y, como ha prometido santamente, y santa y prontamente establece, desde este momento, una perpetua comunidad de vida con su Hijo Jesús, ya sea en la alegría o en el llanto. De esta manera, llega a tales alturas de gloria como ningún ángel podrá jamás alcanzar, porque ninguno podrá parangonarse con Ella, ni en virtud, ni en méritos. Por esto le pertenece a Ella la corona del cielo y, porque se convertirá en la Reina de los mártires, la corona de la tierra. Así, en la celestial ciudad de Dios estará sentada en el trono, coronada por toda la eternidad, junto a su Hijo, porque constantemente, durante toda su vida, pero de manera especial en el Calvario, beberá con El el cáliz rebosante de amargura". (Encíclica *Magnae Dei Matris,* 8 de septiembre 1892).

Pío XII no es menos generoso en las alabanzas a la celestial Señora cuando afirma: "Todos saben que, como Jesucristo es Rey universal, Señor de los señores y tiene en sus manos la suerte de los individuos y de los pueblos, de la misma manera, su santa Madre, honrada por todos los fieles como Reina del mundo, tiene junto a El mayor poder de intercesión". (Litt. apost. *Dum saeculum,* 15 de abril 1942). Parangonando, en otro lugar, la realeza de la Madre y del Hijo, observa sabiamente: "Jesús es Rey de los siglos, por naturaleza y por conquista; por El, subordinadamente a El, María es Reina, por gracia, por parentesco divino, por conquista, por singular elección. Su reino es vasto como el reino de su Hijo Dios, porque nada se halla excluído de su dominio. Por lo cual, la Iglesia saluda a María como Señora y Reina de los ángeles y de los santos, de los patriarcas y de los profetas, de los apóstoles y de los mártires, de los confesores y de las vírgenes; por idéntico motivo, la aclama como Reina del cielo y de la tierra, gloriosa y dignísima Reina del universo y nos invita a invocarla, de día y de noche, entre los gemidos y lágrimas en que abunda tanto este destierro: *Salve Regina, Mater misericordiae, vita, dulcedo, spes nostra, salve* (Nuncio radiofónico de 13 de mayo 1946).

Bastan estas autorizadas afirmaciones de los Romanos Pontífices, depositarios fidelísimos e intérpretes infalibles de la divina revelación, para asegurarnos de que la realeza de María, aunque no se halla definida como dogma de fe, es, sin embargo, una verdad ciertísima, que sería, por lo menos, temerario y escandaloso poner en duda.

Esta certeza recibió un nuevo sello, cuando el Romano Pontífice Pío XII, como digna coronación del Congreso Internacional Mariológico-Mariano y, para

perpetuo y más vivo recuerdo del primer centenario de la definición de la Inmaculada Concepción, proclamó en la Encíclica *Ad Coeli Reginam* (11 octubre 1954), la festividad litúrgica de la realeza de María.

El sentido, el fundamento teológico y el fin de tal proclamación, además de haber sido expuestos en la susodicha Encíclica, fueron nuevamente ilustrados, en la Alocución de 1o. de noviembre de 1954, con estas memorables palabras: "No ha sido intención Nuestra introducir novedad alguna, sino más bien hacer que brille a los ojos del mundo, en las actuales circunstancias, una verdad capaz de traer remedio a sus males, de liberarlo de sus angustias y de enderezarlo hacia el camino de salvación que él mismo busca ansiosamente. Menos aún que la realeza de su Hijo, la realeza de María no ha de ser concebida en analogía con las realidades de la vida política moderna. Indudablemente, no podemos representar las maravillas del cielo sino mediante las palabras y las expresiones, tan imperfectas, del lenguaje humano: pero esto no significa precisamente que, para honrar a María, debamos de adherirnos a una concreta estructura política. La realeza de María es una realidad ultraterrena, que, al mismo tiempo, penetra hasta lo más íntimo de los corazones y los toca en su esencia profunda, es decir, en lo que ellos tienen de espiritual y de inmortal. El origen de las glorias de María, el momento solemne que ilumina toda su persona y toda su misión, es aquel en el cual, llena de gracia, dirigió al arcángel Gabriel el *Fiat*, que expresaba su consentimiento a la disposición divina; de esta manera se convertía, Ella, en Madre de Dios y en Reina y recibía el oficio real de velar por la unidad y por la paz del género humano. Por Ella tenemos la firme confianza de que la humanidad se irá, poco a poco, encaminando por este camino de salvación; Ella guiará a los jefes de las naciones y los corazones de los pueblos, hacia la concordia y la caridad".

Ver en *Enciclopedia Mariana* el artículo *Theotocos.*

SANTA PETRONILA, Virgen y Mártir (¿251? p.c.)

El Martirologio Romano dice en este día: "En Roma, la conmemoración de Santa Petronila, virgen, hija del bienaventurado Apóstol San Pedro, la cual se negó a contraer matrimonio con Flaco, joven de noble cuna. Habiendo aceptado reflexionar durante tres días, la santa los pasó en el ayuno y la oración. Al tercer día, entregó el alma a Dios, tras de haber recibido el sacramento del Cuerpo de Cristo." Está perfectamente probado que Petronila no era hija de San Pedro. La idea de que el Apóstol tenía una hija, procede, a lo que parece, de ciertos escritos apócrifos de los gnósticos. La identificación de Petronila, a quien se veneraba en Roma, con la hija del Apóstol, se introdujo en la leyenda de la santa en el siglo VI o un poco antes. En el cementerio de Domitila se descubrió un fresco de mediados del siglo IV, en el que Petronila aparece revestida con la túnica de los mártires. Por eso se ha impuesto la teoría del martirio de Santa Petronila, a pesar de la oposición de De Rossi. La leyenda, de la que se hace eco el Martirologio Romano, según la cual la santa murió en su lecho, se basa en las Actas de Nereo y Aquileo, que carecen absolutamente de autoridad. Véase nuestro artículo del 12 de mayo.

H. Delehaye, *Sanctus* (1927), pone el problema en su punto; veanse también las referencias que da el mismo autor en CMH., pp. 285-286. El artículo de Mons. J. P. Kirsch en

Catholic Encyclopedia, vol. XI, pp. 781-782, es excelente, aunque desproporcionadamente largo.

SANTOS CANCIO, CANCIANO y CANCIANILA, MÁRTIRES (¿304? P.C.)

SEGÚN LAS "actas" de estos mártires, de las que se conservan varios textos, los tres hermanos, Cancio, Canciano y Cancianila, pertenecían a la noble familia de los Anicios. Al quedar huérfanos, fueron educados en la fe cristiana en su propia casa por su tutor, que se llamaba Proto. Cuando estalló la persecución de Diocleciano, los mártires devolvieron la libertad a sus esclavos, distribuyeron entre los pobres el producto de la venta de sus posesiones y se trasladaron a Aquilea. Pero la persecución hacía también estragos en esa ciudad. En cuanto los nobles romanos llegaron a Aquilea, las autoridades los obligaron a comparecer para que ofreciesen sacrificios a los dioses y enviaron a un mensajero a pedir instrucciones a Diocleciano. El emperador, que quería librarse de los Ancios, tanto por razones políticas como por razones religiosas, respondió que debían decapitarles si se negaban a sacrificar a los dioses. Entretanto, los tres mártires habían logrado escapar de Aquilea en una carreta de mulas; pero un accidente los obligó a detenerse, a siete kilómetros de la población de Aquae Gradatae. Ahí los alcanzaron los perseguidores y les comunicaron la orden del emperador. Los tres hermanos respondieron que por nada del mundo podían abjurar de su fe en el verdadero Dios y fueron decapitados, junto con su tutor Proto, el año 304.

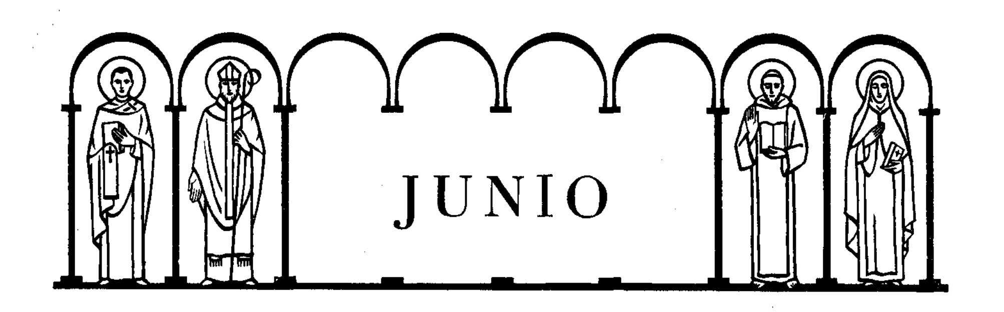
No podemos asegurar que todos los detalles del relato sean verdaderos. Existen varios textos de las "actas"; uno de ellos puede verse en *Acta Sanctorum*; en BHL., nn. 1453-1459, hay un catálogo de los otros. El sermón sobre los mártires que se atribuye a San Ambrosio no es ciertamente del santo, pero tal vez sea obra de San Máximo de Turín. Por otra parte, existen numerosas pruebas de la antigüedad del culto de San Cancio y sus hermanos en Aquilea. El cofre de Grado (reproducido por Leclercq en DAC., vol. VI, cc. 1449-1453), en el que están grabados los nombres de los mártires, data tal vez del siglo VII. Pero los versos de Venancio Fortunato y la mención del *Hieronymianum* son anteriores. Ver el comentario de Delehaye en su edición del *Hieronymianum*, p. 284, y en *Origines du Culte des Martyrs*, p. 331.

BEATO JACOBO DE VENECIA (1314 P.C.)

JACOBO SALOMONIO, hijo de una noble familia, nació en Venecia, en 1231. Jacobo, que era muy joven cuando murió su padre, fue educado por su madre y por su abuela, y aquélla se retiró, al cabo de algún tiempo, a un convento cisterciense. A los diecisiete años, Jacobo, que había sido siempre muy piadoso, distribuyó sus bienes entre los pobres e ingresó en la Orden de Santo Domingo. Muy contra su voluntad, tuvo que ejercer el cargo de prior en los conventos de Forli, Faenza, San Severino y Ravena. Después se retiró al convento de Forli, donde llevó una vida de gran austeridad, dedicado a la oración, a la lectura y al cuidado de los enfermos, por quienes tenía especial cariño. Estudiaba continuamente la Biblia y el martirologio y afirmaba que el ejemplo de los mártires le daba abundante materia de meditación. El santo fraile fue arrebatado en éxtasis en varias ocasiones; poseía, además, el don de profecía y curó milagrosamente a varios paralíticos y otros enfermos. Durante cuatro años sufrió de un

cáncer muy doloroso, pero llevó la enfermedad con paciencia y alegría. Se dice que el cáncer desapareció poco antes de su muerte, ocurrida el 31 de mayo de 1314, cuando el beato tenía ochenta y dos años de edad. Dios obró, por su intercesión, numerosos milagros. Un año después de la muerte del beato, se formó una cofradía para promover su culto. La Santa Sede lo aprobó en Forli, en 1526; Paulo V lo extendió a Venecia y Gregorio XV a la Orden de Santo Domingo.

En *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VII, hay una prolija biografía escrita por un contemporáneo del beato; el documento está tomado de un manuscrito. Ver también Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 155-159.



1: SANTA ANGELA MERICI, VIRGEN, FUNDADORA DE LA COMPAÑÍA DE SANTA URSULA (1540 P.C.)

LA FUNDADORA de las Ursulinas, primera congregación femenina dedicada a la enseñanza, nació el 21 de marzo de 1470 o de 1474, en el pueblecito de Desenzano, a orillas del Lago de Garda, en Lombardía. Los padres de la santa, más piadosos que ricos, la educaron cristianamente. Ambos murieron cuando Angela tenía diez años y dejaron a sus dos hijas y a su hijo al cuidado de un tío acomodado que vivía en Saló. Cuando Angela tenía trece años, murió su hermana mayor, lo cual constituyó un rudo golpe; a la pena de verse separada de quien era para ella como una segunda madre, se añadía la incertidumbre acerca de su suerte eterna, ya que su hermana, una buena mujer, piadosa y de sólidos principios, no había podido recibir los últimos sacramentos. Angela tuvo, por entonces, la primera de sus numerosas visiones, y en ella le fue revelado que su hermana se había salvado. Llena de gratitud, Angela se consagró, con mayor ahinco que antes, al servicio de Dios y, poco después, tomó el hábito de terciaria franciscana. Llevaba una vida extremadamente austera. A imitación de San Francisco, no quería poseer nada, ni siquiera una cama y se alimentaba exclusivamente de pan, agua y algunas verduras.

Angela volvió a Desenzano después de la muerte de su tío, hacia los veintidós años de edad. En sus visitas a los vecinos, quedó sorprendida por la total ignorancia de los niños, a quienes sus padres no podían o no querían enseñar ni siquiera lo más elemental del catecismo. Poco a poco se sintió llamada a remediar ese estado de cosas y habló de ello con algunas amigas. La mayoría de ellas eran terciarias franciscanas o jóvenes de la clase social de Angela, con poco dinero y menos influencia, pero dispuestas a seguir generosamente a la santa. Angela era de baja estatura, pero tenía todas las cualidades de un jefe y no carecía de belleza y encanto. Encabezadas por Angela, las buenas mujeres empezaron a reunir a las niñas de la vecindad y a educarlas sistemáticamente. La obra, que había tenido comienzos tan humildes, prosperó rápidamente, y se invitó a Angela a fundar, en Brescia, una escuela semejante. La santa aceptó y recibió cordial hospitalidad en la casa de un noble matrimonio al que había consolado en un momento de tribulación. Por medio de sus huéspedes, entró en contacto con las principales familias de Brescia y se convirtió en la inspiradora de un devoto círculo de hombres y mujeres. De cuando en cuando, hacía una peregrinación a algún santuario. Se hallaba en Mántua, a donde había ido para visitar la tumba de la Beata Osanna, cuando aprovechó la oportunidad que se le ofreció para acompañar a Tierra Santa a una joven pariente. Antonio

de Romanis, un mercader ya anciano, sufragó los gastos de Angela. En Creta, la santa sufrió un ataque de ceguera. Sus compañeros le propusieron volver a Italia, pero ella se negó a hacerlo y visitó los Santos Lugares de Palestina con tanta devoción, como si los viese con los ojos del cuerpo. En el viaje de vuelta, cuando se hallaba orando exactamente en el mismo sitio en que había sido atacada por la enfermedad, recobró la vista.

El Año Santo de 1525, Angela fue a Roma para ganar la indulgencia del jubileo y tuvo el privilegio de obtener una audiencia privada con el Papa. Clemente VII hubiese querido que se quedara en Roma a dirigir una congregación de religiosas hospitalarias, pero la santa declinó respetuosamente el honor, por humildad y por fidelidad a su verdadera vocación. Volvió, pues, a Brescia. Sin embargo, tuvo que abandonar pronto la ciudad, porque, cuando las tropas de Carlos V estaban a punto de tomarla, pareció conveniente evacuar el mayor número posible de civiles. Angela se trasladó a Cremona con algunas de sus amigas y ahí permaneció, hasta que se firmó la paz. Los habitantes de Brescia la recibieron jubilosamente a su regreso, pues admiraban su caridad, su don de profecía y su santidad. Se cuenta que, poco después, mientras asistía a la misa, fue arrebatada en éxtasis y estuvo largo tiempo suspendida en el aire, a la vista de numerosos testigos.

Algunos años antes, en Desenzano, Santa Angela había tenido una visión de un grupo de doncellas que subían al cielo por una escala luminosa y había oído una voz que le decía: "Ten buen ánimo, Angela, porque antes de morir vas a fundar una compañía de doncellas como las que acabas de ver." Ahora había llegado el tiempo del cumplimiento de esa profecía. Según parece, hacia el año 1533 la santa empezó a formar a varias jóvenes selectas en una especie de noviciado informal. Doce de esas jóvenes se fueron a vivir con ella en una casa de las cercanías de la iglesia de Santa Afra, pero la mayor parte siguió en la casa de sus padres o de sus parientes. Dos años después, veintiocho jóvenes se consagraron al servicio de Dios. Angela las puso bajo la protección de Santa Ursula, la patrona de las universidades medievales, a la que el pueblo veneraba como guía del sexo femenino. Por ello, las hijas de Santa Angela han conservado hasta nuestros días el nombre de "Ursulinas". El 25 de noviembre de 1535, fue la fecha oficial de la fundación de la Orden de las Ursulinas. Sin embargo, en la época de la fundadora, se trataba más bien de una asociación piadosa, ya que sus miembros no llevaban hábito (aunque se les recomendaban los vestidos negros), no hacían votos y no vivían en comunidad. Las Ursulinas se reunían para la enseñanza y la oración, ejecutaban trabajos que se les encomendaban y procuraban llevar vida de perfección en la casa paterna. La idea de una orden femenina de enseñanza era tan nueva, que hacía falta tiempo para que la cristiandad se acostumbrase a ella.

Sin embargo, pese a los cambios y modificaciones que han sufrido, las Ursulinas conservan, hasta el día de hoy, la finalidad para la que fueron creadas: la educación de las niñas, sobre todo de las niñas pobres. En las primeras elecciones, Santa Angela fue nombrada superiora y ejerció ese cargo durante los cinco últimos años de su vida. A principios de enero de 1540, cayó enferma y murió el 27 del mismo mes. En 1544, una bula de Paulo III confirmó la Compañía de Santa Ursula y la reconoció como congregación. La fundadora fue canonizada en 1807.

Las fuentes sobre la vida de Santa Angela pueden verse, en inglés, en la minuciosa obra de la hermana M. Mónica, *Angela Merici and Her Teaching Idea* (1927). El P. Cozzano, secretario de la santa, nos dejó un manuscrito que contiene las reglas, el "testamento" y los consejos de la sierva de Dios. Un notario llamado G. B. Nazari escribió en 1560, la primera biografía de Santa Angela; puede verse en el apéndice de la obra de Giuditta Bertolotti, *Storia di S. Angela Merici* (1923). La primera biografía que se publicó fue, probablemente, la de Ottavio Gondi (1600) que está plagada de datos legendarios. La biografía de Carlo Doneda, compuesta con miras a la canonización, vio la luz en 1768 y es un poco más fidedigna que la anterior. Ver la obra de Postel (1878), en dos volúmenes, la de W. E. Hubert (en alemán), y la obra titulada *Saint Angèle Merici et l'Ordre des Ursulines* (2 vols., 1922); también M. Aron, *Les Ursulines* (1937) y la biografía de G. Bernoville (1947). En inglés existe una biografía del siglo pasado, *St Angela Merici and the Ursulines* (1880), de B. O'Reilly, y una biografía de tipo popular más reciente: *St Angela of the Ursulines*, de la madre Francis. La obra de la hermana Mónica es, sin duda, la mejor; pero hay que confesar que resulta desconcertante el apéndice en que la autora cita la monografía de J. H. Kessel (1863), como una autoridad en la cuestión de las once mil vírgenes. Más inteligentemente hubiese podido citar el artículo *Ursula* de la *"Catholic Encyclopedia"* (cf. nuestro artículo del 21 de oct.).

SAN PANFILO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES (309 P.C.)

EN LA sección de la "Historia Eclesiástica" dedicada a los confesores de Palestina, Eusebio describe a su maestro Pánfilo como al "más ilustre mártir de su época, por sus vastos conocimientos filosóficos y por todas las virtudes que le adornaban". Esta vez no se trata de un mero panegírico convencional, porque hay un inconfundible tono de sinceridad en las palabras que utiliza el historiador cuando habla de "su señor Pánfilo", puesto que siempre hace esta aclaración: "no sería conveniente que yo mencionara el nombre de ese santo y bendito hombre, sin darle el título de 'mi señor'." Con agradecida veneración, se auto-impuso lo que él llama "un nombre triplemente amado para mí", firmándose Eusebius Pamphili al escribir la biografía de su héroe, en tres volúmenes que conoció San Jerónimo, pero que ya no existen.

Pánfilo, vástago de una familia rica y honorable, nació en Berytus (Beirut), en Fenicia. Tras distinguirse en todas las ramas de la enseñanza secular que se impartía en su ciudad natal, tan renombrada como centro del saber, se fue a Alejandría para estudiar en la famosa escuela catequética, donde cayó bajo la influencia de Pierio, el discípulo de Orígenes. El resto de su vida lo pasó en Cesarea, que por entonces era la capital de Palestina. Ahí fue ordenado sacerdote. También ahí formó una magnífica biblioteca que se conservó hasta el siglo VII, cuando fue destruida por los árabes. Pánfilo fue el más notable estudioso de la Biblia en su época y el fundador de una escuela de literatura sagrada. Después de salvar infinitas dificultades, de revisar y corregir miles de manuscritos, hizo una traducción de las Sagradas Escrituras más correcta que cualquiera de las que circulaban hasta entonces. Toda la versión fue transcrita por su mano y distribuída por medio de copias que hizo sacar a los alumnos más dignos de confianza de su escuela. La mayoría de las veces, entregó su trabajo gratuitamente puesto que, a más de ser un hombre muy generoso, estaba ansioso por alentar los estudios sagrados.

Como trabajador infatigable, llevó una existencia muy austera y fue notable por su humildad. A sus criados y empleados los trataba como hermanos; entre sus parientes, amigos y particularmente, entre los pobres, distribuyó las riquezas heredadas de su padre. Una vida tan ejemplar tuvo su merecida culminación

en el martirio. En el año 308, Urbano, el gobernador de Palestina, lo mandó aprehender, lo sometió a crueles torturas y lo encerró en prisión, por negarse a sacrificar ante los dioses. Durante su cautiverio, colaboró con Eusebio, que tal vez fuera su compañero de prisión, para escribir una "Apología de Orígenes", cuyas obras había copiado y admiraba grandemente.

Dos años después de haber sido detenido, Pánfilo fue llevado ante el gobernador Firmiliano, sucesor de Urbano, para un examen de su causa y un nuevo juicio. En esa ocasión le acompañaban Pablo de Jemnia, hombre de gran fervor, y Valente, un anciano diácono de Jerusalén que tenía en su crédito haberse aprendido toda la Biblia de memoria. Encontrando a los tres acusados enteramente firmes en su fe, Firmiliano dictó contra ellos la sentencia de muerte. Tan pronto como se dio a conocer el veredicto, Porfirio, un estudiante joven e inteligente a quien Pánfilo amaba como a un hijo, abordó resueltamente al juez para pedirle permiso de recoger y sepultar los restos de su maestro. Firmiliano inquirió si también él era cristiano y, al recibir una respuesta afirmativa, mandó que se le diera tormento. A pesar de que sus carnes fueron desgarradas hasta mostrar los huesos y las entrañas, Porfirio no lanzó ni un lamento. Para matarlo, lo quemaron a fuego lento, mientras él invocaba el nombre de Jesús.

Al mismo tiempo, un capadocio llamado Seleuco, que proclamó en voz alta el triunfo de Porfirio y alabó su constancia, fue condenado a morir decapitado con todos los demás. El tirano estaba enfurecido, que ni siquiera la servidumbre de su casa escapó a su cólera; por un simple informe de que el anciano Teódulo, su criado favorito, era cristiano, puesto que había besado el cadáver de uno de los mártires, Firmiliano lo mandó crucificar inmediatamente. El mismo día, en la tarde, por una ofensa similar, un catecúmeno llamado Juliano fue quemado a fuego lento. Los otros confesores, Pánfilo, Pablo, Valente y Seleuco murieron decapitados. Sus cadáveres, arrojados por los verdugos en las afueras de la ciudad, fueron respetados por las aves de rapiña y las fieras salvajes, de manera que los cristianos pudieron recogerlos intactos y darles sepultura.

La principal fuente de información es el *De Martyribus Palaestinae*, de Eusebio, cuyo texto griego con anotaciones, se editó en *Analecta Bolandiana*, vol. XVI (1897) pp, 113-139; también cf. vol. XXV (1906), pp. 449-502. Véase también a Violet, en *Texte und Untersuchungen*, vol. XIV, parte 4 (1895); Harnack y Preuschen, *Altchrist. Literaturgerschichte*, vol. I, pp. 543-550 y vol. II, pp. 103-105; DCB. vol. IV, pp. 178-179. Se conmemora a San Pánfilo tanto en el primitivo *Breviario Sirio* como en el *Hieronymianum*, pp. 100-101 del comentario de Delehaye. Su día propio es el 16 de febrero y, como los dos años de prisión mencionados por Eusebio no habrían terminado en 309, algunas autoridades sitúan el martirio al año siguiente; pero Harnack sostiene la fecha en 309. También se pueden hacer comparaciones con la obra de Bardenhewer, *Altkirchliche Literatur*, vol. II, pp. 287-292

SANTA CANDIDA, VITA o WITE (Fecha desconocida)

SE INCLUYE aquí a esta santa desconocida por la misma razón que a San Afan (16 de Noviembre), es decir, porque en una fecha contemporánea existió en Gran Bretaña una tumba con ese nombre.

La aldea de Whitchurch Canonicorum, en Dorset, mencionada en el testamento del rey Alfredo como Hwitan Cyrcian, tomó su nombre presumiblemente de Santa Wite, y su iglesia estuvo dedicada a ella (el nombre latino de Cándida para designar a esta santa, no se comenzó a usar antes del siglo XVI). Entre

el altar y el coro de la iglesia está su pequeña capilla; en una fosa abierta por tres lados, que data del siglo XIII, está el ataúd cubierto por una losa de mármol; el sepulcro es muy sencillo y no tiene inscripciones, pero en el lugar se le ha considerado siempre como la tumba de la santa patrona. En 1900, cuando se hacían reparaciones al crucero de la iglesia, se abrió el mencionado ataúd y, dentro, casi cubierto con pedazos de huesos, dientes, trozos de madera y de metal, se encontró un gran féretro de plomo. Sobre él, en letras realzadas que datan del siglo XII o del XIII, había esta inscripción: *Hic Reqesct Reliqe Sce Wite;* dentro había una considerable cantidad de huesos, que los descubridores no tocaron, por respeto. Una vez limpio y sellado de nuevo, el féretro volvió a su lugar.

¿Quién fue Santa Wite? ¿Quién es (si las reliquias son suyas en realidad) la que comparte con San Eduardo el Confesor, el privilegio de descansar todavía en su propio féretro, sin que la perturbaran las tormentas de la Reforma protestante? No se sabe y no hay suficientes datos como para especular al respecto. Generalmente se da por hecho que fue una notable mujer del territorio occidental de los sajones, de quien se han perdido todas las otras huellas que pudiera haber. Asimismo se ha sugerido que, entre los años 919 y 920, algunos bretones huyeron hacia Inglaterra, llevando consigo reliquias de santos y que el rey Athelstan distribuyó esas reliquias entre varias iglesias del Wessex; las de una cierta Santa Gwen (*i.e.* Blanca) Teirbron, las dejó el rey Alfredo en la aldea de Whitchurch, fundada por su abuelo. De ser cierta esta suposición, se plantearía un nuevo problema: ¿Quién era el santo o santa en cuyo honor edificó la iglesia el rey Alfredo? ¿La llamó "blanca" por la santa o por alguna otra razón?

Hay una tercer sugerencia que hace de Santa Wite un hombre (Guillermo de Worcester se habría confundido en cuanto al sexo del santo), identificándola con San Witta (Albino), un monje anglosajón que murió siendo obispo de Buraburg, en Hesse alrededor de 760. A este respecto se invocan nombres de sitios en la comarca, como por ejemplo, la granja y la colina de San Reyne que, al parecer, adquirió su nombre de un contemporáneo de San Witta, Reginfredo o Reinfredo, obispo de Colonia. Esta teoría se funda parcialmente en la idea errónea de que Witta y Reginfredo fueron martirizados junto con San Bonifacio, habiéndose llegado a sugerir que los tres cuerpos fueron traídos a Wessex para sepultarlos.

Véase la obra de Guillermo de Worcester, *Itinerary*, pp. 90-91 de la edición de 1778; la del Dr. Hugh Norris, *Proceedings of the Somerset Archaeological Society*, vol. XXXVII (1891), pp. 44-59; un folleto sobre la iglesia de Santa Wite, por el Revdo. E.H.H. Lee (*c.* 1928); y LBS. vol. III, pp. 169-171. Hay una referencia interesante a las reliquias de Santa Wite, en la autobiografía de John Gerard, edición de 1951, p. 50

SAN PROCULO, "EL SOLDADO" y SAN PROCULO, OBISPO DE BOLONIA, MÁRTIRES (*c.* 304 y 542 P.C.)

LA VENERACIÓN popular al "soldado" San Próculo de Bolonia, se remonta a una fecha muy antigua, cuando se le consideraba como al principal santo patrono de la ciudad. Alrededor del año 304, posiblemente, fue martirizado por la fe de Cristo. De acuerdo con una de las tradiciones, se le decapitó; pero San Paulino de Nola, en uno de sus poemas, afirma que fue crucificado. Por

regla general se admite que Próculo era un oficial en el ejército de Diocleciano y que fue Maximiano, el colega de Diocleciano, quien mandó matarle; sin embargo, no se sabe nada en concreto de su historia.

Cerca de doscientos cincuenta años después de la muerte del "soldado santo", un segundo Próculo fue martirizado en Bolonia. Se trataba de un sacerdote natural de la ciudad que, en 540, se había hecho cargo del obispado. Dos años más tarde, el obispo Próculo, junto con otros muchos católicos, fue condenado a muerte por Totila, el invasor godo. A fines del siglo XIV, los benedictinos construyeron una iglesia sobre el sitio donde se hallaba la capilla subterránea de San Sixto; su superior, el abad Juan, decidió que las reliquias de los dos santos fueran trasladadas a la nueva basílica que recibió el nombre de San Próculo. Los dos cuerpos se hallaban en la misma tumba y, en 1536, sus restos fueron depositados en un nicho especialmente construido. Dieciocho años después, en 1584, el Papa, Gregorio XIII estableció la fiesta anual para ambos el 1o. de Junio, fecha de la traslación.

El culto de San Próculo se extendió a otras ciudades italianas. El padre Delehaye sugiere que tal vez, San Próculo de Pozzuoli y San Próculo de Ravena se identifiquen con el santo soldado Próculo de Bolonia, en tanto que San Próculo, obispo de Terni, de quien se dice que también fue condenado a muerte por el rey Totila, no sería otro que Próculo, el santo obispo de Bolonia.

En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, se ha coleccionado la escasa información recogida sobre estos dos santos; pero el asunto se trata más extensamente, en el prefacio al primer volumen de julio (véanse pp. 47-65 en la edición original de 1719). Delehaye se refiere a ellos en su obra *Origines du Culte des Martyrs*, pp. 300-301, 316, 328; así como en su CMH., pp. 482 y 563.

SAN CAPRASIO (430 P.C.)

EL MAESTRO y guía espiritual de San Honorato de Lérins era un hombre de grandes dotes y muy vasta cultura que renunció a las brillantísimas perspectivas que le ofrecía el mundo para entregarse a una vida de soledad y penitencia, en Provenza. El futuro San Honorato y su hermano Venancio, muy jóvenes por entonces, figuraban en el grupo que más asiduamente visitaba a Caprasio en su retiro con el objeto de recibir sus instrucciones para avanzar por el camino de la perfección. Los dos jóvenes llegaron al convencimiento de que estaban llamados a seguir el ejemplo del patriarca Abraham y resolvieron abandonar hogar y patria para dirigirse al oriente. Caprasio consintió en abandonar su retiro y acompañarlos. Partieron todos de acuerdo, pero muy pronto, las penurias y privaciones del viaje quebrantaron seriamente la salud de los peregrinos, sobre todo la de Caprasio. Al llegar a Modon, en Grecia, Venancio sucumbió y, tras la muerte del muchacho, sus compañeros regresaron a las Galias. Se establecieron en la desolada isla de Lérins, se entregaron a una existencia de tanta austeridad, que rivalizaba con la que llevaban los padres en el desierto. Cuando comenzaron a acudir los discípulos, San Honorato fundó para acogerlos un monasterio y una regla, que más tarde habrían de ser famosos en toda la cristiandad. A San Caprasio se le reconoce por lo general como a uno de los abades de Lérins, tal vez porque continuó siendo el guía de San Honorato y, en consecuencia, el superior indirecto de la comunidad. Pero en realidad, parece que no llegó siquiera a ostentar el título de superior, puesto que a San Honorato,

el primer abad, sucedió San Máximo que todavía era abad en 430, cuando murió San Caprasio. La santidad de este último fue exaltada por San Euquerio, obispo de Lyon y por San Hilario de Arles, quienes estuvieron presentes cuando murió. En un panegírico que éste último entregó a San Honorato, alude a Caprasio como a un santo que ya está en el cielo.

Ya se ha mencionado a San Caprasio en el artículo dedicado a San Honorato (16 de enero). Todo lo que sabemos sobre él, proviene de la "laudatio" de San Hilario de Arles; conviene ver también el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I; H. Moris, *L'Abbaye de Lérins* (1909); A. C. Cooper-Marsdin, *History of the Islands of the Lérins* (1913).

SAN SIMEON DE SIRACUSA (1035 P.C.)

La historia de San Simeón parece un cuento de aventuras, sin embargo, está respaldada por una excelente autoridad, puesto que fue escrita, poco tiempo después de la muerte del santo, por su amigo Eberwin, abad de Tholey y de San Martín, en Trier, a pedido de Poppón, arzobispo de Trier, quien se hallaba comprometido en activar la causa de canonización en Roma.

Simeón nació en la ciudad siciliana de Siracusa, de padres griegos que, desde la edad de siete años, llevaron al niño a Constantinopla para que se educara. Al llegar a la juventud, Simeón emprendió una peregrinación a Tierra Santa y decidió establecerse allá. En un principio vivió con un ermitaño, a orillas del Jordán; pero muy pronto tomó el hábito de monje en Belén y, desde entonces, ingresó a un monasterio al pie del Monte Sinaí. Con la autorización de su superior, pasó dos años viviendo en la soledad de una estrecha cueva, frente al Mar Rojo y de ahí se trasladó a una ermita, en la cumbre del Monte Sinaí. Cuando decidió regresar a su monasterio, se le encomendó una tarea que no lo entusiasmaba en lo absoluto, pero que al fin aceptó realizar, de mala gana. Se trataba de ir con otro monje a Normandía, con el propósito de recoger un tributo que había prometido pagar el duque Ricardo II, dinero éste que necesitaba la comunidad con toda urgencia para sostenerse. Simeón y su compañero emprendieron, pues, el viaje con tan mala fortuna, que apenas se había alejado el barco de las costas de Palestina, cuando fue interceptado por los piratas que lo abordaron y, tras una espantosa matanza de pasajeros y tripulantes, se apoderaron de él. Simeón logró salvarse gracias a que saltó al mar y llegó nadando a tierra. Una vez repuesto, emprendió la marcha y llegó caminando hasta la ciudad de Antioquía. Ahí se encontró con Ricardo, abad de Verdún y con Eberwin, abad de San Martín, que regresaban de un viaje a Palestina y se dirigían a sus respectivos monasterios en Francia. Rápidamente se estableció entre ellos una profunda amistad que los indujo a continuar el viaje los tres juntos.

Pero la Providencia tenía otros planes: en Belgrado se vieron obligados a separarse, porque el gobernador mandó detener a Simeón y a otro monje llamado Cosmas que se había unido al grupo en Antioquía, por considerar que aquellos dos eran indignos de ir junto con los peregrinos franceses. Tan pronto como los dejaron salir de la prisión, los dos religiosos decidieron desandar su camino con rumbo a la costa. En esa jornadas, los solitarios peregrinos tuvieron que hacer frente a innumerables peligros, incluyendo los asaltos de los bandoleros, antes de encontrar un barco que, por fin, los condujo con bien a las costas de Italia. Desde Roma prosiguieron su camino hasta llegar al sur de

Francia, donde murió el monje Cosmas. Simeón continuó caminando solo y arribó a Rouen para recibir la funesta noticia de que el duque Ricardo había muerto y, su sucesor, se negaba rotundamente a pagar el prometido tributo. No queriendo regresar a su monasterio con las manos vacías, Simeón fue en busca de sus amigos, el abad Ricardo de Verdún y de Eberwin, el abad de San Martín, en Trier. Hallándose con ellos, conoció al arzobispo Poppón quien, adivinando sin duda que en Simeón habría de encontrar un guía capaz y muy experimentado, acabó por convencerlo a que le acompañara en una peregrinación a Palestina. Aquella vez, Simeón fue y regresó con el arzobispo y, una vez en Trier, sintió de nuevo el imperioso llamado hacia la vida solitaria. Obedeció, y buscó refugio en una torre derruida y abandonada que se hallaba cerca de la Puerta Negra, la misma que después se conoció con el nombre de Puerta de San Simeón. El propio arzobispo procedió a verificar su enclaustramiento. Ahí pasó el santo el resto de su vida en oración, penitencia y contemplación, no sin haber tenido que resistir muchos ataques, tanto del diablo como de los hombres. En cierta ocasión, el populacho de Trier, haciendo caso a los rumores de que Simeón practicaba la magia negra, atacó la torre solitaria con una lluvia de piedras y otros proyectiles. Sin embargo, desde mucho tiempo antes de su muerte, ya se le veneraba como a un santo dotado con poderes maravillosos. Al saberse que había muerto, el abad Eberwin acudió a la torre para cerrarle los ojos; a su funeral asistió la población entera. Siete años después, fue elevado al honor de los altares por la Iglesia. Su canonización fue la segunda que proclamó el Pontífice Romano en una ceremonia solemne, teniendo en cuenta que la de San Ulrico, obispo de Augsburgo, fue la primera.

La biografía escrita en latín por el abad Eberwin, fue impresa por Mabillon y por los bolandistas en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I. Debe consultarse también a Hauck, en *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. III, así como la contribución de Levison sobre la localidad de Tholey, en *Historische Aufsätze Aloys Schulte gewidmet* (1927). También se incluyen algunas discusiones sobre sus reliquias y otros documentos de Trier, en la obra de E. Beitz, *Deutsche Kunstführer an Rhein und Mosel*, vol. IX (1928). Respecto a la canonización de San Simeón, véase a E. W. Kemp en *Canonization and Authority* (1948), pp. 60-61. Ver asimismo un papel muy importante que fray Maurice Coens introdujo en *Analecta Bollandiana*, vol. LXVIII (1950), pp. 181-196.

SAN IÑIGO o ENECO, ABAD (1057 P.C.)

ALREDEDOR del año 1010, Don Sancho, conde de Castilla, fundó una casa de religiosas en Oñá y la dejó al cuidado de su hija Tigrida, venerada como santa. Posiblemente se trataba de un monasterio doble, para hombres y mujeres, aunque no nos han llegado noticias más que de las monjas; pero de todas maneras, sucedió que, a poco de existir, la observancia del claustro cayó en un profundo relajamiento. El rey Sancho el Grande, muy preocupado por aquel estado de cosas en la casa religiosa fundada por su suegro, decidió poner fin al desorden. El monarca era un decidido partidario de las reformas hechas en Cluny y ya las había introducido en sus dominios. En la abadía de San Juan de la Peña, el primer monasterio que adoptó la regla reformada, hizo el rey un reclutamiento de monjes para reemplazar a todas las religiosas de Oñá, alrededor del año 1029. Para dirigirlos, nombró a un discípulo de San Odilio, apellidado García, que murió sin haber comenzado a realizar la difícil tarea. Por consiguiente, era de vital importancia conseguir a un sucesor capaz de desempeñar

el cargo con eficacia. Por aquel entonces vivía en las montañas de Aragón un ermitaño muy virtuoso, llamado Iñigo, que gozaba de una enorme reputación por la austeridad que practicaba y los milagros que obraba. Era oriundo de Calatayud, en la provincia de Bilbao y había tomado el hábito en el monasterio de San Juan de la Peña. Se afirma que ya ocupaba el cargo de prior, cuando se sintió llamado a reanudar la vida de soledad que había llevado antes de ingresar al convento. Se hallaba de nuevo en su amado retiro de los montes agrestes, cuando el rey Sancho descubrió que Iñigo reunía todos los requisitos necesarios para gobernar a los monjes de Oñá y le envió a sus embajadores con mensajes apremiantes. Pero fueron en vano súplicas y mandatos: Iñigo se negaba resueltamente a abandonar su retiro. Fue necesario que el rey, en persona, se llegara a aquel lugar inaccesible para que el ermitaño se aviniera a aceptar el cargo.

Muy pronto se comprobó que la elección había sido acertada. Bajo el gobierno de Iñigo, la abadía prosperó notablemente, tanto en santidad de vida como en el número de novicios que acudían a solicitar su ingreso. El rey Sancho, muy complacido con los resultados, colmó de donaciones y privilegios a la fundación de su suegro.

Entretanto, la favorable influencia de San Iñigo sobrepasaba los muros del convento de Oñá: gracias a sus buenos oficios y a su ejemplo, se restableció la paz entre diversas comunidades religiosas que hasta entonces, estuvieron divididas por enconadas disputas; las muchas personas que acudían a confiarle sus querellas, volvían apaciguadas; la bondadosa dulzura del santo, domesticó a varios hombres de pasiones violentas. Cierta vez en que una prolongada sequía amenazaba con arruinar las cosechas, las oraciones de San Iñigo atrajeron las lluvias copiosas. Se dice que, en otra ocasión, dio de comer a una multitud con tres piezas de pan. Hallándose a dos leguas de su abadía, cayó presa de un súbito mal que habría de ser funesto. Dos monjes, que salieron a buscarle alarmados porque ya era de noche y el abad no aparecía, le llevaron en vilo hasta el convento. Al llegar, impartió la orden de que se dieran refrescos a los muchachos que habían escoltado a la comitiva alumbrando el camino con antorchas y, como nadie más había visto a los muchachos ni las antorchas, se dio por sentado que San Iñigo había visto a los ángeles. Poco después, murió, en el día 1o. de junio de 1057, y su desaparición fue llorada por todos, aun por moros y judíos. San Iñigo fue canonizado por el Papa Alejandro III un siglo más tarde.

Existe una breve biografía de San Iñigo escrita en latín, que Mabillon y los bolandistas reimprimieron en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I; pero es mucho más digna de confianza la información que sobre él nos proporciona Fray Fidel Fita, en dos colaboraciones suyas para el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, vol. XXVII (1895), pp. 76-136 y vol. XXXVIII (1901), pp. 206-213. En esos artículos se encuentran pruebas de que existió un culto litúrgico en fecha muy antigua. Véase también a Flórez, *España Sagrada*, vol. XXVII, pp. 284-350. No son muy claros los datos referentes a la forma y la fecha de la canonización, pero sí se tiene la certeza de que, en 1259, el Papa Alejandro IV concedió indulgencias a los que visitaran la iglesia de Oñá "durante la fiesta del Bendito Iñigo, confesor, antiguo abad del mencionado monasterio"; véase también la obra de E. W. Kemp *Canonization and Authority* (1948), pp. 83-85. Parece ser que, por devoción al genial abad que organizó e hizo famoso a Oñá, se impuso a San Ignacio de Loyola en la pila bautismal el nombre de Iñigo. Muchas de las firmas del gran santo en sus primeros escritos, conservan ese apelativo. Ver la *Analecta Bolandiana*, vol. LII (1934), p. 448 y vol. LXIX (1951), pp. 295-301.

SAN TEOBALDO DE ALBA (1150 P.C.)

A Teobaldo Roggeri se le honra en todo el Piamonte como patrón de los zapateros remendones y los cargadores, pero con particular devoción en Vico, el lugar donde nació, y en Alba, la población donde pasó la mayor parte de su vida.

Sus padres eran personas acomodadas que le dieron una buena educación; pero el respeto que se dispensaba a la buena posición de su familia, le parecía a Teobaldo incompatible con las condiciones de humildad que debe observar todo buen cristiano. Por ese motivo abandonó el hogar y fue a vivir en la ciudad de Alba, donde fue admitido en el taller de un zapatero para aprender el oficio. Se desempeñó con tanta honradez y destreza, que su amo, en el lecho de muerte, le pidió que se casara con su hija única y siguiera al frente del negocio como dueño. Como Teobaldo no quería apenar a un anciano con sus horas contadas, le dio una respuesta rápida y evasiva que él pudiera tomar como afirmativa; pero no eran esos los planes del piadoso joven que había hecho votos de guardar la castidad y, tan pronto como su amo fue sepultado, se despidió de la viuda, entregándole todas sus ganancias para que las distribuyera entre los pobres y partió. Sin ningún bien en este mundo, atenido a las limosnas que recibía, emprendió una peregrinación a Santiago de Compostela. De regreso en Alba, no trató de reanudar su oficio de zapatero, sino que buscó la labor más penosa y dura que pudiera realizar y se ofreció a cargar las bolsas de cereales y otras mercancías. Desde entonces vivió en las calles y las plazas, junto a los mendigos y los menesterosos de toda especie, para quienes era como un ángel de consuelo. Invariablemente, las dos terceras partes de todo lo que ganaba, eran para sus pobres. A pesar de la naturaleza agobiante de su trabajo, practicaba con frecuencia ayunos y otras austeridades; hasta el día de su muerte, durmió siempre sobre el duro suelo. A fin de expiar la culpa de haber proferido una maldición cuando otro hombre lo provocó, se propuso barrer todos los días las naves de la iglesia de San Lorenzo y mantener ardiendo sus lámparas. Se afirma que en su tumba se obraron muchos milagros, lo que dio enorme incremento a su culto.

A pesar de que todavía se venera devotamente a San Teobaldo en la diócesis de Alba, debemos admitir que no existe material digno de confianza sobre la santidad de su vida. Los bolandistas se limitan a reproducir en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, la traducción latina de un relato escrito en italiano, en 1626, por D. Passoni. El autor afirma que tuvo en sus manos documentos auténticos, pero como éstos desaparecieron misteriosamente el mismo año en que escribió la obra, es imposible dejar de considerar la narración con cierta desconfianza. Hay muchos folletos y devocionarios que se refieren al santo, pero todos vienen de la misma fuente.

BEATO JUAN PELINGOTTO (1304 P.C.)

Juan Pelingotto era hijo de un próspero mercader de Urbino, pero él mismo, desde su infancia, no mostró ningún interés por los bienes de este mundo. Desde muy temprana edad se hizo terciario franciscano y se habría retirado a vivir en la soledad como ermitaño, a no ser por la decidida oposición de sus padres; en consideración a sus deseos, se quedó con ellos en el hogar, pero enteramente entregado a la oración y la penitencia. Durante algún tiempo, permaneció encerrado en su habitación, sin abandonarla más que para asistir a la iglesia.

Después, obedeciendo a un llamado celestial para servir a Dios atendiendo a los hombres que sufrían, salió de su enclaustramiento. Durante todo el resto de su existencia anduvo por los hospitales para atender y consolar a los enfermos y buscó a los pobres más abandonados, a quienes socorría con todo lo posible, dándoles aun sus propios alimentos y la ropa que llevaba puesta. No obstante la gran vergüenza que hacía pasar a los miembros de su familia, con frecuencia salía a la calle sin más vestido que una especie de túnica andrajosa, hecha con el yute de las bolsas y remiendos de tela. Como se consideraba a sí mismo como la más vil de las criaturas, recurría a los medios más extravagantes para incitar el desprecio de sus prójimos. En un Domingo de Pasión, se presentó en la iglesia como un criminal, con una cuerda atada al cuello; sin embargo, todos vieron cómo, al estar en oración en la capilla de la Virgen cayó en un éxtasis que duró varias horas y del que le despertaron con mucha dificultad. En otra ocasión, eligió el día más frío del crudo invierno, para pasarlo en la plaza del mercado, entre los mendigos cubiertos de harapos como él, hasta que sus familiares lo encontraron aterido y más muerto que vivo y lo llevaron a la casa. A pesar de todos sus esfuerzos por humillarse, Juan llegó a ser muy venerado en su ciudad natal como un hombre santo, profeta y hacedor de milagros. Cuatro años antes de su muerte, fue a Roma para el jubileo con dos compañeros terciarios y, en la gran ciudad, varias personas que nunca le habían visto, le saludaron como "al santo de Urbino".

Un contemporáneo de Juan escribió la biografía que fue impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I; véanse también las *Acta Ordinis Fratrum Minorum* de 1918 y 1919, así como a Wadding *Annales Ord. Min.*, vol. VI, pp. 38-42. El culto al Beato Juan Pelingotto fue confirmado en 1918. El decreto oficial, que contiene una biografía resumida, se encuentra en el *Acta Apostolicae Sedis*, vol. X (1918), pp. 513-516.

BEATO HERCULANO DE PIEGARO (1451 P.C.)

UNO DE los más destacados predicadores del Siglo XV fue el Beato Herculano, natural de Piegaro, en la provincia de Emilia. Ingresó al convento franciscano de estricta observancia de Sarteano, donde llevó temporalmente una vida de oración y retiro. Después de recibir la ordenación sacerdotal, fue enviado a predicar y, en seguida, desplegó sus extraordinarios poderes para conquistar almas para Dios. A dondequiera que iba, hablaba sobre los sufrimientos de Nuestro Señor con tanta elocuencia, que a menudo, su auditorio se echaba a llorar. El ejemplo de su santidad personal inspiraba a los demás a reformar sus vidas. Hallábase en Lucca para predicar durante la Cuaresma, cuando la ciudad fue sitiada por los florentinos. Las provisiones comenzaron a escasear, y los habitantes estaban resueltos a rendirse, pero el beato Herculano les pidió que esperaran un poco, asegurándoles que la situación iba a mejorar después de la Pascua, si hacían penitencia y reformaban su manera de vivir. El vaticinio se cumplió, puesto que los florentinos levantaron el sitio y la ciudad quedó libre. Pero si el beato pedía que sus fieles hiciesen penitencia, era porque él ponía el ejemplo imponiéndose grandes austeridades. Pasaba largas temporadas sin comer y, cuando lo hacía, se limitaba a alimentarse con un poco de pan y legumbres. Murió en el convento de Castronovo, que él mismo había fundado en Toscana. Cinco años después de su muerte, se descubrió su cadaver incorrupto, a pesar de que había sido sepultado en un lugar húmedo. El

Papa Pío IX beatificó al virtuoso fraile en 1860.

Hay una breve noticia sobre el Beato Herculano en el *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VI; y una relación más amplia en la *Analecta Juris Pontificii*, vol. V (1861), pp. 134-139. Toda nuestra información proviene de las crónicas de Mariano de Florencia, de quien la tomaron S. Razzi, Luke, Wadding y otros escritores de fechas más recientes. Ver también a Léon, en *Auréole Séraphique*, vol. II, pp. 297-300.

LOS MARTIRES DEL JAPON, II (1617-1632 P.C.)

EN EL AÑO de 1614, se desató en el Japón una era de terrible persecución contra los cristianos, anunciada con un decreto de Ieyasu, antiguo *shogun* (pero que aún gobernaba), por el que se expulsaba del país a todos los maestros cristianos. Con el correr del tiempo se fueron dictando medidas cada vez más severas y, si bien hubo gloriosas excepciones, el gran número de apóstatas entre los miembros de las familias cristianas de los *daimyos* fue motivo de escándalo. Hidetada, hijo y sucesor de Ieyasu, lanzaba edicto tras edicto, a cual más cruel e implacable. A todos los japoneses se les prohibió tener el más mínimo trato con los sacerdotes, bajo la amenaza de que serían quemados vivos si desobedecían. El tremendo castigo se imponía a hombres, mujeres y niños por igual y todavía se amplió hasta comprender a los vecinos de los que se hubiesen atrevido a quebrantar la ley. A los *daimyos* se les hacía responsables, si llegaban a descubrirse actividades cristianas en los territorios que dominaban.

Uno de los *daimyos* que más destacaron a principios del siglo XVII, fue un ciudadano de Sendai, llamado Date Masamune. Algunos de los misioneros le consideraban como un ferviente catecúmeno, pero si bien es cierto que favorecía al cristianismo, nunca llegó a recibir el bautismo. Sin embargo, es evidente que tuvo gran amistad con el franciscano español fray Luis Sotelo (quien murió martirizado), puesto que éste, en una carta que escribió en fecha muy posterior, al Papa Gregorio XV, se refería a Date como a un hombre de buena voluntad, francamente ansioso de que se predicase la fe cristiana en sus dominios. No se sabe hasta qué punto era sincero el poderoso *daimyo*, pero lo cierto es que hacia el año de 1623, ya fuera por iniciativa propia o a instancias de fray Luis, Date envió, por su cuenta y riesgo, una comisión para entrevistarse con el rey de España y con el Sumo Pontífice. El propio fray Luis y Hasekura Rokuyemon, servidor de confianza de Date, iban al frente de la comitiva integrada por 250 japoneses que pretendían ser representantes del "rey" del Japón. Sin duda que semejantes embajadores causaron una considerable impresión en la corte española y en la corte pontificia; pero aun antes de que llegasen a Europa, ya había estallado la persecución en su lejano país. Cuando Ieyasu se enteró de que una embajada japonesa, enviada sin haberle consultado previamente, hacía gestiones en favor de los cristianos, se indigno sobremanera; él, que había dedicado la labor de su gobierno a terminar con el poder feudal de los *daimyos*, decidió hacer sentir a Date Masamune todo el peso de su descontento. Tal vez pensó que aquella embajada iba a iniciar la realización de un proyecto de Date para fortalecer a su clan contra la autoridad del *shogun*, concertando una alianza con Europa; pero de todas maneras resolvió que su audaz vasallo no habría de seguir sosteniendo una política tolerante hacia los cristianos y los trabajos de misión; así se lo hizo saber a Date

con toda claridad. Por ese motivo, en cuanto los embajadores (con excepción de fray Luis Sotelo que se detuvo varios meses en México) regresaron al Japón, en 1620, el jefe Hinekura (que había sido bautizado en Madrid, en presencia del rey de España), actuando al parecer por órdenes de Date, renegó del cristianismo junto con todos los otros miembros de la comitiva. Además, en el curso de los años que siguieron, se llevaron a cabo sistemáticamente los intentos para cercar y atrapar a los cristianos en el territorio de Masamune.

La impresionante lista de doscientos cinco mártires de aquella persecusión, cada uno citado por su nombre y beatificados todos por el Papa Pío IX, el 7 de Julio de 1867, incluye a muchos dominicos. Entre éstos, el primero que se menciona es el español BEATO FRAY ALFONSO NAVARRETE. En 1611, abandonó las Filipinas por el Japón, buscando un campo de acción más peligroso para su misión. Con la cooperación de varios miembros de otras órdenes religiosas, fray Alfonso organizó en Nagasaki, entre diversas obras de beneficencia, las hermandades para atender a los enfermos y rescatar de la muerte a los niños recién nacidos que abandonaban sus desalmados padres. Animado por un fervor ardiente, el dominico se enfrentaba a menudo con el peligro, sin cuidarse de las consecuencias. En una ocasión, increpó valientemente y aun detuvo a una muchedumbre de rufianes japoneses que estaban maltratando a una pobre mujer cristiana. Cuando llegaron a Nagasaki las noticias de que la persecución había arreciado en Omura, muchos de los fieles vieron a fray Alfonso que, al orar, cayó en un éxtasis que lo levantó varios palmos del suelo. Durante aquel arrobamiento se sintió llamado a alentar la fe de los cristianos perseguidos y, sin dilación, partió a Omura. Ahí, verdaderas muchedumbres acudían a buscar consuelo en el ministerio sacerdotal de fray Alfonso y de otra fraile agustino, el BEATO FERNANDO DE AYALA. El inusitado movimiento de tanta gente llamó la atención del gobernador, quien mandó poner bajo custodia a los dos religiosos. Al principio fueron tratados con cierta consideración, pero en vista de que los cristianos de los alrededores, incluyendo a varias encumbradas damas, asediaban el lugar de la reclusión para acercarse a los presos, el gobernador ordenó que fueran ejecutados. El 1o. de junio de 1647, los dos frailes fueron decapitados, junto con un catequista japonés.

Hubo muchos otros heroicos dominicos que sufrieron por la fe de Cristo, sobre todo en la fecha memorable del 10 de septiembre de 1622. Cinco sacerdotes y cuatro novicios de esa orden perecieron entonces por la cruel tortura del fuego lento, entre un total de veintidós religiosos europeos, contando a varios franciscanos y jesuitas. En aquella matanza fueron decapitados, además, treinta cristianos, japoneses convertidos en su mayoría, sin exceptuar a las mujeres y los niños. La terrible escena, una de las más dramáticas en los anales del martirologio, presenciada por cerca de treinta mil espectadores, se narra en el santoral del 10 de septiembre, cuando la Iglesia conmemora a los mártires franciscanos y jesuitas.

El BEATO JUAN BAUTISTA MACHADO, de origen portugués y nacido en las islas Azores, era apenas un niño, que al oír hablar a sus mayores del Japón, se hizo el propósito de ir allá algún día como misionero. Su decisión nunca le abandonó y pudo realizarla en 1609, cuando ingresó en la Compañía de Jesús y fue enviado a la misión japonesa. Durante ocho años trabajó empeñosamente en Nagasaki, y después se le encomendó la tarea de ir a predicar a las islas Goto. Al desembarcar ahí, lo detuvieron e inmediatamente fue de-

vuelto al Japón y encerrado en la cárcel de Omura. En medio de las insufribles condiciones de la prisión, tuvo el consuelo de estar en la misma celda con el BEATO PEDRO DE CUERVA, un franciscano español que se había distinguido por la extraordinaria rapidez con que aprendió el idioma, cuando se preparaba a misionar en el Japón, doce años antes. Los dos sacerdotes pudieron celebrar la misa diariamente, hasta la fecha señalada para su ejecución. Aquel día se confesaron uno a otro, recitaron juntos la letanía de los santos y, empuñando sendos crucifijos, marcharon alegremente al sitio de la ejecución, sobre el camino entre Omura y Nagasaki, seguidos por una gran muchedumbre. Después de que fray Pedro habló al pueblo, los dos mártires se abrazaron y, sin la menor vacilación, colocaron sus cabezas sobre el madero para que se las cortara el verdugo. Junto con ellos fue decapitado un muchacho japonés llamado Leo, que era siervo del Beato Juan Bautista. Era el 22 de Mayo de 1617; el sacerdote jesuita, el fraile franciscano y el criado japonés, habían sido los primeros mártires en la segunda gran persecución.

Las circunstancias en que el BEATO LEONARDO KIMURA y sus cuatro compañeros dieron testimonio de su constancia en la fe, deben haber sido un remedo de aquellas crueles escenas en las que entregaron sus vidas los primeros mártires, sobre la arena del Circo de Roma. Se afirma que acudieron veinte mil personas desde Nagasaki y sus alrededores, a presenciar el espectáculo. Las cinco víctimas fueron quemadas por etapas sobre un altozano, frente al mar. Eran tres cristianos japoneses, un coreano y un portugués; pero entre ellos no había ningún sacerdote, puesto que Leonardo Kimura sólo era un hermano lego de la Compañía de Jesús que, por humildad, había rehusado ordenarse. A raíz de las investigaciones que se hicieron sobre su historia, se descubrió que, entre sus antecesores se hallaba el otro Kimura, que fue uno de los primeros en brindar su amistad a San Francisco Javier al llegar al Japón, veinticinco años antes. En 1619, Leonardo Kimura tenía cuarenta y cinco años de edad y, desde su juventud, se había ocupado en catequizar e instruir en la religión a sus herejes compatriotas. Aun durante los dos años y medio que estuvo en la prisión, se las arregló para bautizar a noventa y seis personas, entre las que compartían su encierro y las que se atrevían a visitarlo. Sus cuatro compañeros de martirio eran laicos, detenidos por haber dado ayuda y refugio al padre Carlos Spíndola y a otros sacerdotes. En el curso de su prolongado encareclamiento, fueron vanas las amenazas y las promesas para doblegar su constancia y, cuando al fin se les comunicó la cruel sentencia de que iban a morir quemados vivos, todos la recibieron con demostraciones de júbilo. Se ha declarado que, aun hallándose entre las llamas, se mostraron serenos, sin dar a conocer su angustia. Los restos carbonizados se arrojaron al mar, pero los cristianos pudieron recoger fragmentos, aunque nunca se llegó a saber a cuál mártir pertenecían esas reliquias. El día de su pasión fue el 18 de Noviembre de 1619.

En el segundo intento que hizo el padre Carlos Spíndola para llegar al Japón en los primeros años del siglo XVII, logró sus propósitos. En esa ocasión, venía acompañado por el BEATO JERONIMO DE ANGELIS S.J., un siciliano que abandonó la carrera de leyes para ingresar en la Compañía de Jesús y fue ordenado sacerdote en Lisboa. Durante veinte años desarrolló con éxito su labor de misionero en el Japón, sobre todo en la isla central de Hondo. Al culminar la persecución iniciada por Hidetada, el padre Jerónimo se encon-

traba en Yedo (Tokio), donde fue denunciado y arrojado en la prisión junto con el franciscano español BEATO FRANCISCO GALVEZ, O.F.M. y muchos otros. Mientras este último hacía sus estudios en Valencia, ofreció sus servicios a los franciscanos y, a su debido tiempo, éstos lo enviaron a las islas Filipinas, donde aprendió el idioma japonés. Tres años más tarde, fue enviado al Japón y ahí desarrolló su tarea de misionero, traduciendo varios escritos religiosos. Bien pronto fue exilado a Manila y, después de un tiempo, obtuvo la autorización de sus superiores para volver al Japón, si podía. En 1618, haciéndose pasar por un negro que trabajaba en los muelles, consiguió que lo aceptaran a bordo de un buque, si pagaba su pasaje con trabajo; así pudo embarcarse en Macao y llegar al Japón, donde ejerció su ministerio en secreto y sorteando los mayores peligros durante cinco años, hasta que fue capturado.

El 4 de Diciembre de 1623 salió de Yedo una cuerda de cincuenta prisioneros cristianos para ser quemados lentamente sobre una colina cercana. A la cabeza del grupo iban los dos sacerdotes. Se cuenta que, en el camino, detuvo su caballo un noble japonés para preguntar quiénes eran aquellos criminales y qué habían hecho; al saberlo, el noble jinete desmontó exclamando que él también era cristiano y debía estar entre los reos. Su ejemplo incitó a muchos otros cristianos de entre los que presenciaban la escena, a caer de rodillas y hacer en voz alta su profesión de fe. Ante semejante alboroto, los oficiales que conducían a los presos, temerosos de que se produjera un motín, apresuraron la ejecución. De entre estos cincuenta mártires, el padre Jerónimo y fray Francisco, fueron beatificados por un decreto emitido en Julio de 1867, En el mismo se agregó al BEATO SIMÓN YEMPO, martirizado en aquella ocasión. Simón era uno de los numerosos monjes japoneses de un monasterio budista, que se convirtió, recibió el bautismo y llegó a ser catequista de los misioneros jesuitas.

Hubo dos sacerdotes jesuitas con el apellido de Carvalho, beatificados tras de haber muerto martirizados en el Japón en el año de 1624 (así como un fraile Agustino del mismo apellido que sufrió el martirio en 1623). Ambos eran portugueses, pero no estaban emparentados. Los sitios de su ejecución estaban a varios kilómetros de distancia uno del otro; en febrero murió el primero, expuesto al frío, y en agosto pereció el segundo en la hoguera. El BEATO DIEGO CARVALHO (llamado a menudo Didacus, en latín), nació en Coimbra en 1578. A los veintidós años abandonó Portugal para trasladarse al Extremo Oriente, fue ordenado sacerdote en Macao y durante cinco años trabajó en los alrededores de Kioto, o de Miyako (*i.e.* capital) como se le llamaba entonces, hasta 1614, cuando estalló la terrible persecución. No se sabe a ciencia cierta si el padre Diego fue deportado o si se retiró por órdenes de sus superiores, pero el caso es que, al finalizar aquel año, partió de Macao con el padre Buzomi para iniciar una misión en Conchinchina. Pero en 1617, regresó al Japón y pasó el resto de su vida bajo condiciones muy arduas, en los distritos más boreales de la isla central. Por lo menos en dos ocasiones llegó hasta Yezo (llamada ahora Hokaido) y fue el primer sacerdote cristiano que ofició la misa en aquel lugar. También ahí tuvo contacto con los aínos, de quienes dejó una interesante descripción en una de sus cartas.

La persecución hizo crisis en el invierno de 1623 a 1624. El padre Diego y otros cristianos fugitivos, escondidos en un remoto valle entre las colinas, fueron al fin descubiertos por las huellas que dejaron sobre la nieve. Existe un

terrible relato sobre la brutalidad con que aquellos hombres fueron tratados después de su captura. A pesar de que se había desatado una tormenta de nieve y el frío era muy intenso, se les despojó de sus ropas hasta dejarlos medio desnudos, aguardando durante horas a la intemperie. Se les reunió atándolos en cuerda y fueron arriados para caminar a pie durante varios días, hasta Sendai. Dos cristianos del grupo, incapaces de seguir adelante, fueron decapitados ahí mismo y los soldados de la escolta probaron el filo de sus espadas, cortando en pedazos los cadáveres desnudos.

Cuando llegaron a Sendai, el frío era intensísimo. El 18 de febrero, el padre Diego y unos nueve japoneses fueron despojados de las escasas vestiduras que aún les cubrían y les ataron sus manos por detrás a unas estacas clavadas dentro de agujeros llenos de agua helada. El tormento consistía en obligar a los mártires a sentarse en el agua y volverse a levantar a fin de que el hielo se formara sobre sus carnes. Al cabo de tres horas de este suplicio, se les sacaba de los agujeros y se les invitaba a renegar de su religión. Después de la primera etapa, dos de los mártires, imposibilitados para moverse, murieron sobre el suelo, a donde habían caído agonizantes. El padre Diego, quizá por habérsele dispensado algunas consideraciones durante la jornada, mostró mayor resistencia que los demás. Tras de aquella primera prueba, se puso en cuclillas a la manera japonesa y se concentró en la oración. Durante los cuatro días siguientes se hicieron nuevos intentos para convencer a los mártires de que renunciaran al cristianismo, pero sin resultado alguno. El 22 de febrero se reanudó el tormento. Durante toda la mañana estuvieron en los charcos, rezando lo más alto que podían, alentados por el sacerdote que no cesaba de consolarlos con sus palabras. En el curso de la tarde, siete cadáveres colgaban de las estacas y, al caer el sol, únicamente el padre Diego seguía con vida. De acuerdo con el testimonio de algunos fieles que osaron acercarse a contemplar la horrible escena, murió a la medianoche.* A la mañana siguiente, los cuerpos de las víctimas fueron cortados en pedazos y arrojados al río, pero la cabeza del padre Diego y las de otros cuatro mártires fueron recuperadas y conservadas como reliquias.

EL BEATO MIGUEL CARVALHO, nacido en Braga (Portugal), en 1577, ingresó al noviciado de la Compañía de Jesús veinte años después y, en 1602, a pedido suyo, fue enviado a la India. Allá, en el Colegio de Goa, se mostró tan útil para la enseñanza que, por obediencia, se quedó quince años, preparando a otros para el trabajo de las misiones que él tanto anhelaba desempeñar. Cuando por fin pudo realizar sus deseos, emprendió una travesía extremadamente accidentada (el barco naufragó en Malaca; desde ahí, el sacerdote pudo llegar a Macao, pero entonces se le llamó para que regresara a Manila, en las Filipinas) y, tras muchas peripecias, tocó tierras japonesas con el disfraz de soldado. A pesar de la persecución, se las arregló para ejercer su ministerio entre los cristianos de la isla de Amakusa, frente a Nagasaki. Cierta vez, cuando acudió a un llamado para oír confesiones en otra provincia, fue traicionado por un espía y capturado.

* Basta mirar el mapa para comprobar que Sendai se encuentra más o menos en la misma latitud que Córdoba, Messina o San Francisco. Además, hallándose en la costa, no puede estar a mucha altura sobre el nivel del mar. En consecuencia, no hay razones para suponer que la temperatura sea tan extremadamente baja en el mes de febrero. Sin embargo, debe haberlo sido, ya que los tres testigos afirman que el hielo se formaba sobre la superficie del agua. Para aquellos hombres exhaustos, la exposición a un frío más intenso, habría significado una muerte rápida y menos cruel.

Durante más de un año estuvo en la prisión, encadenado y con grilletes, pero se las arregló para enviar cartas, algunas de las cuales se conservan todavía, para poner de manifiesto, tal vez involuntariamente, su ardiente deseo de entregar la vida a la causa de la fe, en cualquier forma que los perseguidores pudieran inventar.

Su reclusión fue compartida por el sacerdote dominico español BEATO PEDRO VASQUEZ y por tres franciscanos que se llamaban Luis. El japonés, BEATO LUIS SASANDA (cuyo padre, Miguel, también fue mártir) ingresó a la Orden de Frailes Menores en México y fue ordenado sacerdote en Manila, en 1622. EL BEATO LUIS BABA era un catequista japonés que había estado en Europa con el padre Sotelo. Al BEATO LUIS SOTELO se le menciona en otra parte de este artículo. El catequista Luis Baba, sin ser franciscano, vestía el hábito de esos monjes en la prisión. Los cinco mencionados fueron quemados lentamente el 25 de agosto de 1624.

El 20 de junio de 1626, un grupo de nueve mártires, miembros de la Compañía de Jesús o relacionados con ella, perecieron en la hoguera en Nagasaki. El jefe, BEATO FRANCISCO PACHECO, nacido en Portugal, había albergado desde pequeño la intensa esperanza de alcanzar la corona del martirio en el campo de las misiones. En 1584, se ordenó como sacerdote jesuita y fue enviado al Japón; pero su estancia ahí duró muy poco, porque fue llamado a Europa en seguida; sin embargo, cuando el padre Luis Cerqueira fue nombrado obispo de aquella diócesis, se llevó al padre Pacheco consigo, como vicario general. En 1614, murió el obispo y, casi inmediatamente después, las autoridades japonesas expulsaron a los sacerdotes cristianos. El padre Pacheco regresó, haciéndose pasar por un mercader. Durante once años prosiguió su trabajo, a escondidas y en constante peligro de perder la vida, soportando grandes penurias y viéndose obligado con frecuencia a cambiar la sede de su ministerio. Poco antes de que le detuvieran, recibió una ordenanza del Papa nombrándole administrador episcopal para toda la Iglesia en el Japón. Los compañeros del padre Pacheco en el martirio fueron el BEATO BALTASAR DE TORRES y el BEATO JUAN BAUTISTA ZOLA, jesuitas, español e italiano respectivamente. Junto con ellos murieron un catequista coreano, el BEATO VICENTE CAUN, dos jesuitas japoneses (uno de ellos novicio), el BEATO JUAN KINSACO y el BEATO GASPAR SADAMAZU, así como tres catequistas japoneses, el BEATO PEDRO RINXEI, el BEATO PABLO XINESUKI y el BEATO MIGUEL TOZO.

El 6 de septiembre de 1627, sufrió el martirio otro jesuita, el BEATO TOMAS TZUGI, descendiente de una noble familia japonesa de Umura, que era cristiano desde su niñez. Durante la persecución, ejerció su ministerio bajo el disfraz de un cargador de bultos en el mercado. Fue entonces cuando tuvo un momento de debilidad y pidió que le permitieran renunciar a sus votos; pero, veinticuatro horas después, ya se había arrepentido y reanudó su trabajo con más celo que antes. A fin de cuentas, el padre Tomás fue traicionado por un apóstata y, tras un año de cárcel en condiciones insufribles, fue condenado a morir en la hoguera en Nagasaki. Se negó tenazmente a que su familia pagara por su rescate o intentara sobornar a las autoridades. El valor con que hizo frente a la muerte, cantando el "Laudate Dominum omnes gentes" en medio de las llamas, produjo una muy honda impresión entre los espectadores. Junto con él murió el BEATO LUIS MAKI, un japonés en cuya casa había celebrado el padre Tomás los sagrados misterios.

El BEATO LUIS SOTELO, quemado vivo en Simabura el 25 de agosto de 1624, era un hombre muy notable y un misionero muy hábil. En 1603 llegó al Japón y, después de haber predicado ahí durante diez años para obtener gran número de conversiones y abrir vastos territorios vírgenes a la enseñanza del Evangelio, emprendió el viaje de que ya hemos hablado: el poderoso *daimyo* Date Masamune envió al sacerdote junto con Hasekura Rokuyemon a la cabeza de una numerosa delegación, para entrevisar al rey de España y al Papa Paulo V. Al pasar por México en ruta hacia Europa, el Sábado de Gloria de 1614, setenta y ocho miembros de la delegación recibieron el bautismo (después, todos ellos renegaron de la fe). El padre Sotelo acompañó a los embajadores durante todo su recorrido por España e Italia, desempeñando una tarea que requería mucho tacto y que mereció elogios para el sacerdote franciscano, ya que la misión de la embajada comprendía importantes consideraciones tanto eclesiásticas como de la política secular (esta última *vis-à-vis* de la dominación de los holandeses en el Lejano Oriente). Pero el padre Sotelo se detuvo en México a su regreso y no volvió al Japón hasta 1622, cuando la persecución alcanzaba su punto culminante; dos años después obtuvo la corona del martirio. Sobre otro franciscano, el BEATO ANTONIO DE TUY, el superior general en el Japón, escribió lo siguiente: "Era un trabajador infatigable que conquistó muchas almas para Dios. Trabajaba de día y de noche para confesar, bautizar, catequizar y sostener a los que se habían debilitado por temor. En poco tiempo reconcilió con la fe a más de dos mil fieles, muchos de los cuales perseveraron en el martirio. En aquellos días tan difíciles, cuando en todas partes se denigraba y se suprimía el cristianismo, el padre Antonio llegó a bautizar a más de mil paganos. Durante los diez años en que ejerció su ministerio, nada pudo disminuir su celo". El Beato Antonio de Tuy fue quemado vivo en Nagasaki, el 8 de septiembre de 1628, después de haber permanecido en prisión durante varios meses. Entre los terciarios seculares incluídos en la matanza general, hubo algunos que reclaman para su orden tanto los frailes menores como los frailes predicadores, como por ejemplo, los Beatos JUAN TOMAKI y sus cuatro hijos, todos menores de dieciséis años; los Beatos LUIS NIFAKI y sus hijos de cinco y dos años de edad; y la BEATA LUISA, una mujer ya entrada en años que pereció en la hoguera con su marido y su hija.

Los últimos mártires del Japón, por orden cronológico de su beatificación, decretada en 1867, fueron el BEATO ANTONIO IXIDA y sus compañeros. Antonio había nacido en el Japón en 1569. Después de su ordenación como sacerdote en la Compañía de Jesús, trabajó asiduamente en hacer conversiones, tras la persecución de 1597. Durante la segunda, que empezó en 1614, prosiguió en el ejercicio de su ministerio entre las víctimas en toda la extensión de la provincia de Arima, hasta 1629, cuando fue capturado mientras iba a atender el llamado de un enfermo en Nagasaki.

En seguida se le envió a la prisión de Omura y pareció que se habían olvidado de él, puesto que le dejaron ahí durante dos años, hasta que, por fin, le trasladaron a Nagasaki con otros presos. Una vez ahí, los jueces decidieron obligar a la apostasía a aquellos cristianos, mediante la aplicación de feroces torturas. Entre Nagasaki y Simabara hay un volcán apagado, el Unsen, con fuentes de aguas sulfurosas muy calientes, que tienen la propiedad de causar úlceras en la carne humana. Hasta ahí se condujo a los cristianos para salpicar sus cuerpos con el agua corrosiva, hasta que estuvieron cubiertos de llagas; entonces se les obligó a acostarse sobre paja. Al ver que las víctimas

se mantenían firmes en la fe, un médico les limpiaba y curaba las úlceras, hasta que comenzaban a sanar y, entonces, volvían a salpicar sus cuerpos con el agua venenosa. Esta forma de tortura se prolongó durante treinta y tres días, hasta que los verdugos, sin esperanza de doblegar la constancia de aquellos héroes, terminaron con ellos por el fuego, el 3 de septiembre de 1632. Los cinco compañeros del Beato Antonio, fueron tres agustinos: los Beatos BARTOLOME GUTIERREZ (mexicano), FRANCISCO ORTEGA y VICENTE CARVALHO; y dos franciscanos: un sacerdote japonés, el BEATO JERONIMO y un hermano lego, el BEATO GABRIEL DE FONSECA.

El objetivo de los perseguidores que perpetraron los crímenes que hemos relatado, era destruir el Cristianismo, no a los cristianos. Por lo tanto, a semejanza de lo que sucedió en otras persecuciones, no escatimaron esfuerzos para infligir a los fieles toda suerte de torturas, físicas y morales, para obligarles a la apostasía. A veces recurrieron a inventar con este objeto tormentos tan terribles, que causa repugnancia leer su descripción y no se puede menos que calificarlos de diabólicos. Muchos fueron los que cedieron ante el sufrimiento, pero otros muchos sacerdotes, religiosos, hombres, mujeres, muchachos, jovencitas y aun niños pequeños, permanecieron fieles hasta el fin glorioso y terrible.

Bajo las fechas del 5 de febrero y el 10 de septiembre, hay otros artículos sobre los mártires del Japón.

Véase a G. Boero, *Relazione della Gloriosa Morte di 205 B. Martiri nel Giappone* (1897); la traducción francesa: *Les 205 Martyrs du Japon* (1868); L. Deplace, *Le Catholicisme au Japon* (2 vols. 1869); L. C. Profillet, *Le Martyrologe de l'Église du Japon* (3 vols. 1897); L. Pagès, *Histoire de la Religion Chrétienne au Japon* (2 vols. 1869). En relación con el Beato Navarrete, ver a Procter, *Lives of the Dominican Saints*, pp. 159-162; para el Beato Machado, consultar a Broeckaert, *Vie du B. Charles Spindola*, pp. 133, 225 y 226; y para el Beato Carvalho, ver a Guilhermy, *Ménologe de l'Assistance de Portugal*, vol. II, pp. 172-174. Ver también a C. R. Boxer, *The Christian Century in Japan* (1951).

BEATO FELIX DE NICOSIA (1787 P.C.)

FÉLIX NACIÓ en la ciudad siciliana de Nicosia, donde su padre era un pobre zapatero. Sus padres eran muy devotos y el niño que, por así decirlo, había mamado la piedad en el pecho de su madre, tuvo desde su primera infancia, un horror casi instintivo por el menor vestigio de pecado. Desde los siete años se puso a trabajar en el taller del zapatero y experimentaba un sufrimiento tan profundo al oír el lenguaje soez de los clientes y empleados, que a menudo se taponaba las orejas con algodones para no escuchar. Por lo que se refiere a esto se puso un gran remedio, gracias a un milagro que, al parecer, realizó Dios por intermedio del chiquillo inocente. Uno de los trabajadores, que accidentalmente cortó el cuero en la parte superior de un zapato, lanzó un terrible juramento. El pequeño aprendiz, que estaba sentado junto al otro, se encogió como si hubiese recibido un golpe. Inmediatamente reaccionó; se puso de pie, tomó el zapato roto y pasó el dedo mojado en su saliva por la cortadura; en seguida devolvió la prenda, intacta y sin que se advirtiera en ella marca alguna, al que había blasfemado, en presencia de sus azorados compañeros.

Cuando Santiago, para darle el nombre que recibió en la pila bautismal, tenía veinte años, murió su padre y, sin pérdida de tiempo, fue a pedir su admisión en el convento de los capuchinos, de donde fue rechazado. Desilusio-

nado, pero sin renunciar por ello a sus propósitos, el joven se entregó al trabajo, las plegarias y la mortificación, renovando de tanto en tanto su solicitud en el convento. Por fin, al cabo de siete años, fue admitido en la casa de los capuchinos en Mistreta, donde recibió el hábito junto con su nombre de Félix.

Un año después, hizo su profesión y fue llamado a Nicosia para que ayudara al hermano limosnero en sus rondas por la ciudad. En privado, Félix practicaba grandes austeridades; en público, su amor a Dios se manifestaba en la caridad hacia sus semejantes. El cielo recompensó su piedad, dotándolo con poderes para curar las enfermedades temporales y los males del espíritu. Innumerables fueron los pecadores que volvieron al buen camino por sus esfuerzos, incluidos algunos delincuentes presos a quienes el beato socorría con alimentos y palabras de consuelo. A donde quiera que iba hacía el bien; trabajaba, oraba y ofrecía sus penitencias por todos, sin distinción. Cuando se declaró una epidemia que diezmaba a la población de Cerami, en marzo de 1777, los superiores locales de la orden, ansiosos de aliviar los sufrimientos de las gentes, pidieron los servicios del hermano Félix. Por entonces, tenía ya más de sesenta años, pero respondió prontamente al llamado. Sin temor al contagio, infatigablemente, estuvo atendiendo a los enfermos, y sus fatigas quedaron recompensadas con muchas curaciones. "Así sea, por el amor de Dios", era la frase que pronunciaba al comprobar que había realizado una curación maravillosa. Bien se puede decir que, por amor de Dios, vivió toda su existencia. Después de la virtud de la caridad, tenía la de obediencia. Nunca se supo que hiciera algo sin permiso de sus superiores y, cuando cayó presa de su postrera enfermedad, pidió al padre guardián su permiso para morir. Pasó a recibir su recompensa en el cielo, el 31 de mayo de 1787, a la edad de setenta y ocho años.

El padre Seebök hace un breve relato sobre la vida de Félix de Nicosia, en *Die Herrlichkeit der Katolischen Kirche in ihren Heligen und Seligen des 19 Jahrhunderts* (1900), pp. 330 ss. Fue beatificado en 1888 y en esa ocasión se publicó una biografía suya más extensa, gracias a fray Gesualdo da Bronte.

2 : SANTOS MARCELINO y PEDRO, MÁRTIRES (304 P.C.)

MARCELINO Y Pedro se encuentran entre los santos romanos que se conmemoran diariamente en el canon de la misa. Marcelino era un prominente sacerdote en Roma durante el reinado de Diocleciano, mientras que Pedro, según se afirma, era un exorcista. Debido a un error de lectura del *Hieronymianum*, se llegó a la conclusión de que otros mártires perecieron con ellos, en número de cuarenta y cuatro, pero no hay ninguna prueba concreta que respalde esta aseveración. Un relato muy poco digno de confianza sobre su "pasión", declara que ambos cristianos fueron aprehendidos y arrojados en la prisión, donde tanto Marcelino como Pedro mostraron un celo extraordinario en alentar a los fieles cautivos y catequizar a los paganos, para obtener nuevas conversiones, como la del carcelero Artemio, con su mujer y su hija. De acuerdo con la misma fuente de información, todos fueron codenados a muerte por el magistrado Sereno o Severo, como también se le llama. Marcelino y Pedro fueron conducidos en secreto a un bosquecillo que llevaba el nombre de Selva Negra, para que nadie supiera el lugar de su sepultura y se les cortó la cabeza.

Sin embargo, el secreto se divulgó, tal vez por medio del mismo verdugo que posteriormente se convirtió al Cristianismo. Dos piadosas mujeres, Lucila y Fermina, exhumaron los cadáveres y les dieron conveniente sepultura en la catacumba de San Tiburcio, sobre la Vía Lavicana, no sin recoger antes algunas reliquias. El Papa Dámaso, autor del epitafio para la tumba de los dos mártires, declaró que siendo niño, se enteró de los pormenores de su ejecución por boca del propio verdugo. El emperador Constantino mandó edificar una iglesia sobre la tumba de los mártires y quiso que ahí fuera sepultada su madre, Santa Elena. En el año de 827, el Papa Gregorio IV hizo donación de los restos de estos santos a Eginhard, antiguo hombre de confianza de Carlomagno, para que las reliquias fueran veneradas en los monasterios que había construido o restaurado; por fin, los cuerpos de los mártires descansaron en el monasterio de Seligenstadt, a unos veintidós kilómetros y medio de Francfort. Todavía se conservan los relatos donde se registraron minuciosamente todos los detalles de los milagros que tuvieron lugar durante aquella famosa traslación. La prueba de que en la Roma antigua se rendía mucho culto a estos dos santos, está en que abundan inscripciones para conmemorarlos, como ésta: "*Sancte Petr* (e) *Marcelline, suscipite vestrum alumnum*".

La legendaria *pasión* y otros datos, fueron impresos en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I. Consúltese especialmente a J. P. Kirsch, *Die Märtyrer der Katakombe ad duas lauros* (1920), pp. 2-5; a Marucchi, en el *Nuovo Bullettino*, 1898, pp. 137-193; a Wilpert, en el *Römische Quartalschrift*, 1908, pp. 73-91. En las traducciones, puede leerse la de M. Bondois, con muchas reservas; véase *Analecta Bollandiana* vol. XXVI (1907), pp. 478-481. Un buen estudio sobre esta cuestión es el de K. Esselborn, *Die Ubertragung*... (1925). La versión inglesa sobre la historia de la traslación, fue publicada por B. Wendell (1926).

SAN ERASMO, OBISPO Y MÁRTIR (¿303? P.C.)

SAN ERASMO, llamado también San Elmo, muy venerado en la antigüedad como patrón de los marineros y como uno de los "Catorce Auxiliadores Celestiales", se une a los dos mártires mencionados arriba, en la misa y el oficio de la Iglesia de occidente, en la actualidad. En el *Acta Sanctorum* se le describe como obispo de Formia, en la Campania y, por San Gregorio el Grande sabemos que sus reliquias se conservaban en la catedral de la ciudad, en el siglo VI. En 842, los sarracenos destruyeron Formia, y el cuerpo de San Erasmo fue trasladado a Gaeta, ciudad ésta que le considera todavía como su patrón principal. Nada en concreto se sabe de su historia, puesto que sus llamadas "actas" son recopilaciones posteriores de leyendas donde se le confunde con un obispo y mártir de Antioquía. De acuerdo con la más antigua de estas biografías espurias, San Erasmo de Formia era un obispo sirio que huyó durante la persecución de Diocleciano para refugiarse en el Monte Líbano, donde vivió como un ermitaño solitario a quien alimentaba un cuervo. Al descubrírsele, compareció ante el emperador, quien le mandó azotar y apalear con garrotes claveteados; luego se le envolvió en pez a la que se prendió fuego. Como a pesar de todo aquello, el obispo seguía ileso, se le arrojó en un calabozo para que muriera de hambre. Sin embargo, un ángel lo sacó de la prisión y lo condujo a la provincia romana de Iliria. Ahí consiguió convertir a muchos, pero también fue sometido a otras torturas incluídas la silla y las corazas de hierro calentadas al rojo. De nuevo quedó indemne, y el ángel volvió a salvarlo, llevándolo a Formia donde al fin

murió, a consecuencia de sus heridas.

En Bélgica, Francia y otras partes, las representaciones populares de San Erasmo lo muestran con una enorme cortadura en su costado, por la cual le salen los intestinos para enredarse en un molinete que está junto a él. En consecuencia, se le invoca contra los calambres y los cólicos, especialmente entre los niños. Pero en la historia legendaria de San Erasmo, no hay ningún dato o indicio que lo relacione con esta forma de tortura. Las linternas de color azul que suelen encenderse en el tope de los mástiles cuando amenaza una tormenta y después de que ésta ha pasado, eran conocidas por los marinos napolitanos como signos de la protección de su santo patrono, y por eso se las llama hasta hoy "fuegos de San Elmo" y "fuegos de San Telmo".

No hay razones para dudar de que el nombre de San Elmo o San Telmo se derive del de San Erasmo, puesto que éste se transformó en Eramo, en Elamo y finalmente en Enermo. De ahí se extrajo el apelativo de Elmo, así como el de Catalina proviene de Catarina. En la actualidad, las descargas eléctricas de color azul que se producen bajo ciertas condiciones atmosféricas especiales sobre los mástiles y palos mayores de los barcos, se llaman oficialmente en el lenguaje de la navegación, "fuegos de San Telmo", porque San Erasmo, honrado al principio como patrono de navegantes, mostraba su protección de esta manera, según era creencia arraigada entre las gentes de mar. Cuando los navegantes portugueses adoptaron al Beato Pedro González como patrón, los "fuegos de San Telmo" se convirtieron en "luces de Pedro"; pero los marineros portugueses optaron por sostener que el Beato Pedro había sido el verdadero San Telmo y siguieron llamando a los fuegos como siempre.

La iglesia parroquial del pequeño puerto de Faversham, en Kent, tenía, hasta antes de la Reforma, un altar dedicado a San Erasmo y, por aquel entonces, había un dicho popular muy arraigado en el que se afirmaba que "un hombre está condenado a vivir mientras tenga algo que dar, a menos que haga un legado para que se mantengan encendidas las luces que arden ante el altar de San Erasmo".

El texto que más ha circulado sobre la historia legendaria de San Erasmo, está impreso en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I. Una reseña más amplia sobre las varias revisiones de esta narración mítica, se encuentra en BHL., nn. 2578-2585. Véase también a F. Lanzoni, *Le Diocesi d'Italia*, pp. 163-164; R. Flahault, *S. Erasme* (1895); E. Dümmler, en *Neues Archiv*, vol. V (1880), pp. 429-431; y M. R. James. *Illustrations to the Life of St. Alban* (1924), pp. 23 y 27. El aspecto artístico del asunto, lo trata Künstle en *Ikonographie wörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. II, cols. 791, 866. En épocas posteriores surgió una confusión entre San Elmo, el patrón de los marineros y el dominico, Beato Pedro González: ver el 14 de abril. No puede haber dudas de que San Erasmo existió realmente, por muy improbables que sean les leyendas que se contaron después sobre él. Su nombre se conmemora en el *Hieronymianum*, lo mismo que en el *Félire* de Oengus y su historia se relata en el *Antiguo Martirologio Inglés* del siglo nueve. Para la confusión entre San Erasmo y San Agapito, con el nombre de "Agrappart" o "Agrapau", ver los escritos en *Etudes d'histoire et d'archéologie Namuroises*, dedicados a F. Courtoy (1952), por Fr. B. de Gaiffer, quien amablemente proporcionó al editor una copia de su obra.

SANTOS POTINO Y SUS COMPAÑEROS, LOS MÁRTIRES DE LYON Y DE VIENNE (177 P.C.)

LA CARTA donde se relatan los sufrimientos de los mártires de Vienne y de Lyon, durante la terrible persecución de Marco Aurelio, en el año 177, ha sido calificada por un eminente escritor francés, como "la perla de la literatura

cristiana en el segundo siglo". Los sobrevivientes de la matanza dirigieron aquella carta a las Iglesias de Asia y de Frigia; gracias a Eusebio de Cesarea, se conservó para la posteridad. Su mayor mérito radica en su irrefutable autenticidad, en su interés intrínseco y en el excelso espíritu cristiano que hay en ella. Además, nos ha proporcionado la prueba más antigua sobre la existencia de una comunidad de la Iglesia católica en las Galias. La ciudad de Lyon, sobre la orilla derecha del Ródano, y Vienne, en la ribera izquierda, marcaban los límites occidentales en la ruta comercial hacia el oriente y, sus congregaciones cristianas comprendían a muchos griegos y levantinos, incluyendo a su obispo Potino, quien era posiblemente el más anciano de toda la comunidad, puesto que su sucesor, San Irineo, al hablar de él, afirma que "era de los que escuchó a los que habían visto a los apóstoles".

"Es imposible haceros llegar con palabras o por escrito", dice el preámbulo de la carta, "la magnitud de las tribulaciones, el furor de los herejes contra los santos y todo lo que soportaron los benditos mártires". La persecución comenzó extraoficialmente con el ostracismo social a los cristianos: "y se nos excluía de las casas, de los baños y del mercado"; prosiguió con la violencia popular: se les apedreaba, atropellaba, golpeaba, insultaba "y todo lo que una muchedumbre enfurecida gusta de hacer a los que odia"; después, la persecución se inició oficialmente. Los cristianos prominentes fueron llevados al foro, interrogados en público y sumariamente condenados a prisión. La forma tan injusta con que el magistrado trató a los que comparecían ante él, provocó la indignación de un joven cristiano, llamado Vetio Epagatho quien, levantándose entre el auditorio, pidió que se le permitiera defender a sus hermanos contra los cargos de traición y de impiedad que se les imputaban. Al ver la audacia de aquel joven, muy bien conocido en la ciudad, el juez le preguntó si también él era cristiano. La firme respuesta afirmativa de Vetio le valió una promoción en su dignidad y fue a ocupar su puesto en las filas de los mártires. A esta conmoción sucedió un período de crisis que puso a prueba la serenidad de los que estaban encerrados y el celo de algunos valientes que acudían a consolar a los prisioneros". En esos días, cedieron más o menos diez de los confesores, incapaces de soportar por más tiempo la tensión en que vivían. "Entonces se apoderó de nosotros una gran inquietud", prosigue la carta, "no por temor a los tormentos que seguramente nos aguardaban, sino porque aún veíamos lejano el fin de la jornada y nos preocupaba la idea de que otros de los nuestros pudieran fallar. Sin embargo, todos los días llegaban a la prisión aquellos que tenían méritos para ocupar el sitio que los desertores dejaban vacante, hasta que estuvieron reunidos en el calabozo, los miembros más virtuosos y activos de nuestras dos Iglesias".

"El gobernador había dado órdenes estrictas para que ninguno de nosotros escapase y, a fin de que no pudiésemos recibir ayuda, muchos de nuestros servidores paganos fueron encarcelados también. Como nuestros esclavos tenían miedo de que se les infligieran las mismas torturas que a los santos, fueron instigados por Satanás y por los soldados a lanzar acusaciones de que comíamos carne humana, lo mismo que Tiestes, de que cometíamos incestos, como Edipo, y de otras atrocidades sobre las que ni siquiera nos estaba permitido pensar, sin quebrantar la ley y que nos parecía increíble que alguna vez hubiesen sido cometidas por los hombres. Al hacerse públicas aquellas cosas, las gentes se irritaron contra nosotros, aun algunas que nos habían demostrado su amistad ... El furor de la plebe, del gobernador y de los soldados se descargó con toda

su fuerza sobre Santos, un diácono de Vienne; sobre Maturo, a quien apenas acababan de bautizar, pero que demostró ser noble luchador; sobre Atalo, natural de Pérgamo, quien siempre había sido un pilar de nuestra Iglesia; y sobre Blandina, la esclava en quien Cristo puso de manifiesto que los seres pequeños, pobres y despreciables para los hombres, tienen muy alto valor a los ojos de Dios, quien los reclama para Su gloria, puesto que Su amor está centrado en la verdad y no en las apariencias. Viéndola como frágil mujer según la carne, a ella que fue una atleta entre los mártires, nos embargó el temor de que Blandina, por simple debilidad corporal, no pudiese llegar a hacer su confesión con firmeza; pero fue dotada con un poder tan grande, que no desmayó, aun cuando los verdugos que la torturaron de la mañana a la noche se fatigaron hasta el extremo de caer rendidos". Todos quedaron maravillados de que Blandina pudiese sobrevivir con todo su cuerpo desgarrado y roto. Pero ella, en medio de los sufrimientos, parecía hacer acopio de bienestar y de paz, al repetir continuamente estas palabras: "Soy cristiana; nada malo se hace entre nosotros".

También el diácono Santos soportó crueles tormentos con un valor indoblegable. A todas las preguntas que se le hicieron, dio la misma respuesta: "Soy cristiano". Agotadas en él todas las formas conocidas de tortura, se le aplicaron las hojas de las espadas, calentadas al rojo vivo, en las partes más tiernas de su cuerpo, hasta dejarlas tumefactas, convertidas en una masa informe de carne macerada. Tres días después, cuando el mártir había recuperado el conocimiento, se repitió la tortura.

Entre los renegados que seguían en la prisión con la esperanza de que consiguieran alguna prueba condenatoria en contra de sus antiguos cofrades, estaba una mujer llamada Biblis, de reconocida fragilidad y timidez. Sin embargo, cuando fue sometida a la tortura, "pareció despertar de un profundo sueño y, en seguida, desmintió rotundamente a los calumniadores con estas palabras: '¿Acaso podéis acusar de comer niños a los que tienen prohibido hasta probar la sangre de las bestias?' Desde aquel momento, Biblis se confesó cristiana y fue agregada a la compañía de los mártires".

Muchos de los prisioneros, sobre todo los jóvenes sin experiencias previas, murieron en la cárcel a causa de las torturas, del ambiente infecto que respiraban o por las brutalidades de los carceleros; pero algunos otros que ya habían sufrido terriblemente y parecían hallarse a punto de sucumbir, permanecieron con vida para consolar a los demás. El obispo Potino, a pesar de sus noventa años y sus múltiples achaques, fue arrastrado hacia el tribunal por la calle abierta entre el populacho. El gobernador le preguntó quién era el Dios de los cristianos, a lo que el obispo repuso serenamente: "Si fueras digno de conocerlo, ya lo sabrías". Inmediatamente fue golpeado con las manos, los pies y los palos, hasta perder la conciencia. Dos días más tarde, murió en la prisión.

Los cristianos que aún quedaban vivos, fueron martirizados de distintas maneras. Para decirlo con las bellas palabras de la carta: "Entre todos ofrendaron al Padre una sola guirnalda, pero tejida con diversos colores y toda clase de flores. Era necesario que los nobles guerreros hicieran frente a los más variados conflictos y salieran siempre triunfantes para obtener el derecho de recibir, al fin de la jornada, el premio supremo de la vida eterna".

Maturo, Santos, Blandina y Atalo fueron arrojados a las fieras en el anfiteatro. Maturo y Santos fueron obligados a participar en luchas con manoplas

y látigos, enfrentados a las fieras y maltratados en todas las formas que el público exigía. Por fin, se les sujetó a las sillas de hierro que se fueron calentando gradualmente, hasta que el olor de sus carnes asadas hartó el olfato de la multitud. Pero no hubo flaqueza en su valor, ni se consiguió convencer a Santos para que dijera otras palabras, fuera de las que había usado en su confesión desde un principio. Durante todo aquel día, los mártires no sólo proporcionaron el entretenimiento que reclamaba el público del circo, sino un espectáculo para el mundo y después, se les permitió, por fin, ofrendar sus vidas. Pero el fin misericordioso no había llegado aún para Blandina. A ella se le colgó de un travesaño para que fuera presa fácil de las fieras hambrientas. El espectáculo de Blandina colgada por las muñecas, con los brazos extendidos como si la hubiesen crucificado, el murmullo continuo de sus fervientes plegarias, llenó de ardor a los otros combatientes. Ninguno de los animales se atrevió a tocar a la santa, de manera que fue devuelta a la prisión para esperar un nuevo intento. La muchedumbre vociferó para pedir que compareciera Atalo, un hombre de nota en la ciudad y sus clamores fueron atendidos. El reo fue obligado a pasear por la arena del anfiteatro, colgado al cuello un cartel que anunciaba: "Este es Atalo, el cristiano". Pero de ahí no pasó la cosa, puesto que el gobernador se había enterado de que el reo era ciudadano romano y pensó que era conveniente no hacerle daño, por lo menos hasta conocer con certeza los deseos del emperador.

El conjunto de los confesores había dado hasta entonces pruebas extraordinarias de su caridad y su humildad. Si bien se mostraban dispuestos a dar explicaciones de su fe ante cualquiera, no acusaban a nadie y, en cambio, oraban por sus perseguidores, como San Esteban, lo mismo que por sus hermanos desertores. Lejos de adoptar una actitud de superioridad, solicitaban las oraciones de los otros cristianos para que Dios les diera la fuerza de mantenerse firmes. Y al fin de cuentas, aquella firmeza y la amorosa preocupación que mostraban por los hermanos más débiles, quedaron ampliamente recompensadas. La carta lo dice con estas palabras: "Por medio de los vivos, los que estaban muertos recuperaron la vida y, los mártires fortalecieron y animaron a los que habían fracasado en el martirio." En efecto, cuando llegó el escrito del emperador que condenaba a muerte a los cristianos confesos y ordenaba poner en libertad a los que hubiesen abjurado, todos los que antes renegaron de su fe, la confesaron después resueltamente y se sumaron sin vacilaciones a la orden santa de aquellos que habían dado testimonio de la verdad. Sólo quedaron fuera los pocos que nunca fueron cristianos de corazón.

Había un médico llamado Alejandro, frigio por nacimiento, que presenció el examen de los cristianos ante el tribunal. Vivía desde hacía años en las Galias, donde se había dado a conocer por su gran amor a Dios y su decisión para difundir el Evangelio. Permaneció de pie contra el muro en el corredor por donde tenían que pasar los presos, de manera que todos pudieran verlo y recibir sus palabras de aliento. La muchedumbre, irritada ante la confesión de los cristianos que antes renegaban de sus creencias, clamó para que se interrogara al médico Alejandro, al que acusaba de ser el instigador del cambio en la actitud de los reos. El gobernador lo hizo comparecer y le interrogó. "Soy cristiano", fue la única respuesta que obtuvo. Se le condenó a ser arrojado a las fieras. Al día siguiente, apareció en la arena junto con Atalo, a quien el gobernador hizo comparecer por segunda vez para complacer al público. Los

dos fueron sometidos a todas las torturas que se practicaban en el anfiteatro y, al fin, se les sacrificó. Cuando Atalo se asaba en la silla de hierro, exclamó: "¡Este sí es, en verdad, un banquete de carne humana y eres tú el anfitrión! ¡Nosotros no devoramos hombres ni hemos cometido nunca una enormidad semejante!"

"Después de todo esto", dice más adelante la carta, "en el último día de los combates por parejas, Blandina fue presentada de nuevo en el anfiteatro junto con Póntico, un muchacho de quince años. Hasta entonces, los dos habían tenido que presenciar, día tras día, las torturas de los demás y, se les instaba para que juraran por los ídolos si no querían sufrir la misma suerte. Como se negasen, fueron llevados ante la multitud, que no tuvo compasión de la frágil femineidad de Blandina ni de la juventud de Póntico. Ambos fueron sometidos a todos los tormentos, con breves períodos de descanso, durante los cuales se les exhortaba en vano a que juraran. Póntico, alentado por las palabras que Blandina pronunciaba en alta voz para que todos las escucharan, soportó dignamente las torturas y murió pronto. La bendita Blandina fue la última; como una madre valerosa que hubiese alentado y preparado a todos sus hijos para que se presentaran victoriosos ante su Rey, se dispuso a seguirlos, una vez terminada su tarea, regocijada y triunfante al emprender la marcha final, como si fuera a una fiesta de bodas y no a las fauces de las fieras que la aguardaban. Después de los garfios, los ataques de las bestias, el potro y las parrillas, fue por fin envuelta en una red y colgada para que la embistiera un toro. Luego de que la bestia hubo zarandeado el bulto a su placer, como Blandina permaneciese tan afianzada a su fe y en una comunión tan íntima con Cristo, que ya era insensible e indiferente a lo que pudieran hacerle, los verdugos decidieron inmolarla, habiendo llegado a la conclusión de que nunca habían visto a una mujer que resistiera tanto".

Arrojaron los cuerpos de los mártires al Ródano para que no quedara reliquia ni recuerdo de ellos sobre la tierra. Sin embargo, los registros de su glorioso triunfo sobre la muerte, iban ya a través del mar hacia el oriente y, desde entonces, fueron transmitidos por la Iglesia en el curso de los siglos. Al citar una vez más las palabras de la epístola, diremos, para terminar, que aquellos mártires "clamaban por la Vida que El les concedió; compartieron la gracia con sus prójimos y volaron hacia Dios, completamente victoriosos. Así como siempre amaron la paz y nos la recomendaron, se fueron en paz a la morada de Dios, sin dejar ninguna pena en el corazón de su Madre ni separación o disgusto entre sus hermanos, sino alegría, paz, concordia y amor.

La personificación de la Iglesia cristiana con el nombre de "Madre", ilustra de manera interesante la costumbre de utilizar símbolos, que tan extensamente practicaban los fieles en los primeros siglos y que mantuvo la *disciplina arcani*. En otra parte de la carta aparece esta frase: "Hubo gran regocijo en el corazón de la Virgen Madre (i.e. la Iglesia), al recuperar vivos los hijos prematuros que había alumbrado muertos". Palabras como éstas nos permiten comprender que las frases empleadas en las inscripciones de Abercius y las representaciones de Dios pastor que se hicieron en las catacumbas, estaban llenas de sentido para los fieles cristianos de aquellos tiempos.

Todo nuestro relato depende principalmente de la *Historia Eclesiástica* de Eusebio, lib. v, c. i. Para los nombres de los mártires, ver a H. Quentin en *Analecta Bollandiana*, vol. xxxix (1921), pp. 113-138 y cf. CMH., pp. 297-298. Consúltese también a Hirschfeld en

Sitzungsberichte der Berliner Akademie, 1895, pp. 38-409. Parece que hubo un total de cuarenta y ocho mártires, cuyos nombres se conservan. Véase también a A. Chagny *Les Martyrs de Lyon* (1936). Hay una traducción de la carta, hecha por E.C.E. Owen en *Some Authentic Acts*... (1927). Acerca de las controversias sobre la fecha, ver sobre todo a H. I. Marrou en *Analecta Bollandiana*, vol. LXXI (1953), pp. 5-20.

SAN EUGENIO I, PAPA (657 P.C.)

EUGENIO FUE un romano que había sido educado en el servicio de la Iglesia y que, al parecer, se distinguió por su bondad, su generosidad y su gentileza. Más o menos un año después de que el Papa San Martín I había sido llevado fuera de Roma, pero cuando aún estaba con vida, se nombró a Eugenio para que ocupase su lugar y San Martín aprobó el nombramiento antes de morir. Se dice que Eugenio era candidato del emperador Constancio II, adicto al monotelismo; pero de ser cierta tal afirmación, el emperador debe haber quedado muy desilusionado por la actitud de su protegido. A raíz de su elección, el Papa Eugenio envió delegados a Constantinopla, pero Constancio los hizo regresar a Roma con la exigencia de que el Papa manifestara públicamente estar de acuerdo con Pedro, el patriarca de Bizancio. Los delegados eran portadores de una carta del jerarca bizantino, llena de ambiguos propósitos teológicos. Dicha epístola fue públicamente discutida en la iglesia de Santa María la Mayor y causó tal indignación a los clérigos y laicos presentes, que impidieron al Papa Eugenio celebrar la misa, a menos que se comprometiera a responder con una rotunda negativa a las pretensiones del emperador. Tal vez se mostraron exigentes hasta este extremo, como una compensación por la ligereza con que habían aceptado a Eugenio, si éste era, efectivamente, el candidato de Constancio. De todas maneras, es muy posible que Eugenio hubiese corrido con la misma suerte que su antecesor, de no haber sido porque el emperador estaba muy ocupado en la guerra contra los árabes. Probablemente fue este Papa quien recibió a San Wilfrido cuando el futuro santo, aún muy joven, partió de Inglaterra para hacer su primera visita a Roma.

Ver el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I; Duchesne, *Liber Pontificalis*, vol. I, p. 341; y A. Clerval en DTC., s. v. Eugenio I.

SAN ESTEBAN, OBISPO DE SUECIA, MÁRTIR (¿1075? P.C.)

NADA SE sabe en concreto sobre el lugar de nacimiento, la familia y los primeros años de vida de San Esteban, el "Apóstol de los Helsings"; y en resumidas cuentas, es poquísimo lo que de él se conoce. Era un monje en la abadía de New Corbie, en Sajonia, donde recibió la ordenación sacerdotal y, al parecer inmediatamente después, ya fuera por mandato de San Anskar o de San Adalgar de Bremen, partió a Suecia con el cargo de obispo regional. Todo esto, sin embargo, es muy impreciso y no hay duda de que tiene mayores visos de autenticidad la versión de que sólo hubo un San Esteban, sueco y obispo de Suecia, quien vivió dos siglos después de San Anskar. Se dice que tuvo mucho éxito en su misión y que fue el primero en plantar la simiente del Cristianismo en las costas del Sund. Como había tomado medidas demasiado enérgicas para acabar con el culto al dios Wotán, los paganos lo mataron; unos afirman que sufrió el martirio cuando llegó a Uppsala a predicar el Evangelio, y otros aseguran

que lo mataron en la población de Norrala, en Helsingland. Es posible que su historia se haya confundido con la de otro obispo Esteban, que participó activamente en el restablecimiento del cristianismo en Suecia y que también murió martirizado. Pero de todas maneras, lo cierto es que el primer intento de evangelizar al país no tuvo ningún efecto permanente. La tumba de San Esteban se veneraba en Norrala hasta antes de la Reforma.

Véase el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I y a *Adam of Bremen* en Pertz, MGH. *Scriptores*, vol. VII, pp. 366 y 378. Consúltese también a Ihre, *Dissertatio de S. Stephano* (1748); a Strunck, *Westfalia Sancta*, vol. I (1854), pp. 98-102.

SAN NICOLAS EL PEREGRINO (1094 P.C.)

LAS HISTORIAS tradicionales sobre diversos peregrinos santos llamados Nicolás son muy poco dignas de confianza, y puede decirse que casi todo lo que relatan sobre la vida del personaje es una fábula. Lo único cierto es que, a comienzos del siglo once, un joven griego llamado Nicolás, de espíritu simple y corazón piadoso, llegó a las costas de Italia. Al encontrarse solo y desamparado en tierra extraña, no sabía qué hacer y, después de pasar algún tiempo en Otranto, se dedicó a vagar de un lado para el otro, por toda la región de Apulia, hasta que cayó enfermo y murió en Trani. Cubierto únicamente con una túnica que no le llegaba más abajo de las rodillas, andaba por todas partes y gritaba ante cualquiera con toda la fuerza de su voz: "¡Kyrie eleison!", mientras levantaba una cruz en su mano derecha. En una alforja guardaba siempre manzanas y golosinas que gustaba de repartir entre los niños que en todo momento le rodeaban para corear su canto. A menudo fue maltratado como vagabundo o como un loco, pero después de su muerte llegó a ser muy venerado a causa de los milagros que, según se dice, se obraron por su intercesión. Con fundamento en las curaciones realizadas en su sepultura, fue canonizado por el Papa Urbano II.

Todo el material legendario de que disponemos, fue impreso por los bolandistas en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, así como por Ughelli en *Italia Sacra*, vol. VII, pp. 894-906. Ver además A. di Jorio, *Della vita di S. Nicola Pellegrino* (1879) y H. Günter, *Die christliche Legende des Abendlandes* (1910), pp. 15-22. Respecto a su canonización, véase A. W. Kemp, *Canonization and Authority* (1948), pp. 67-68 y 163-165.

SANTA MARIANA DE JESUS, DE QUITO, VIRGEN (1645 P.C.)

LA ACTUAL capital del Ecuador era, en 1618, una ciudad del virreinato del Perú. En dicho año, nació en Quito Mariana de Jesús Paredes y Flores, "la Rosa de Quito". Los padres de Mariana, que descendían de nobles familias españolas, murieron cuando ella era muy joven y la dejaron al cuidado de su hermana y su cuñado, quienes la quisieron como a una hija. Mariana se distinguió, desde niña, por su piedad; con frecuencia invitaba a sus sobrinas, más jóvenes que ella, a rezar el Rosario o el Viacrucis y acostumbraba fabricarse disciplinas con ramas espinosas. Era tan precoz, que su hermana consiguió permiso de que recibiese la primera comunión a los siete años de edad, cosa excepcional en aquella época. A los doce años, Mariana resolvió partir a evangelizar el Japón con algunas compañeras; como naturalmente eso resultó imposible, Mariana persua-

dió a sus compañeras para que se fuesen con ella a vivir, como anacoretas, en una montaña de los alrededores de Quito. Su hermana y su cuñado, un tanto inquietos por la piedad excesivamente emprendedora de Mariana, decidieron poner a prueba su vocación en un convento; pero una intervención de la Providencia frustró el plan, en las dos ocasiones en que estuvo a punto de realizarse. Así pues, Mariana, bajo la dirección de su confesor, un sacerdote jesuita, empezó a llevar vida de soledad en la casa de su cuñado, de la que nunca volvió a salir más que para ir a la iglesia.

Poco a poco agregó a su programa nuevas penitencias. Tanta severidad debió ser terrible para una joven educada delicadamente, y no podemos menos que preguntarnos cómo su confesor no le marcó el alto. Santa Mariana dormía, los viernes, en un sarcófago que tenía en su cuarto; los otros días de la semana, colocaba almohadas dentro del ataúd para simular un cadáver a fin de recordar constantemente la muerte. Llevaba cilicios en los brazos, en las piernas, en la cintura y vestía una camisa de pelo. Los viernes, se ponía sobre la cabeza dos coronas: una de espinas y otra de picos de hierro. Practicaba además otras mortificaciones cuya descripción no sería, precisamente, edificante. Se cuenta que jamás dormía más de tres horas; el resto del tiempo lo empleaba en prácticas de devoción, según la distribución detallada que se descubrió después de su muerte. Poco a poco redujo su ración de alimentos y llegó a sostenerse solamente con un poco de pan que comía una vez al día. Hacia el fin de su vida, se privó del agua para compartir la sed que Cristo había padecido en la cruz; para hacer todavía más aguda la tortura, se acercaba a los labios un vaso de agua en los días calurosos del verano y no la probaba. Según se dice, Dios le concedió muchas gracias y los dones de profecía y milagros.

En 1645, la ciudad de Quito se vio asolada por una serie de terremotos, a los que siguió una epidemia en la que murieron muchos de los habitantes. El cuarto domingo de cuaresma, Santa Mariana, después de oír un elocuente sermón que predicó su confesor en la iglesia de los jesuitas, se sintió movida a ofrecerse públicamente como víctima por los pecados del pueblo. Los temblores cesaron inmediatamente. En cuanto la epidemia empezó a desaparecer, la santa contrajo una serie de enfermedades que la llevaron rápidamente al sepulcro. Toda la ciudad lloró a la que consideraba como su salvadora. Santa Mariana de Jesús fue canonizada en 1950, noventa y seis años después de su beatificación.

El P. Boero publicó una biografía de Santa Mariana en italiano y en francés (1854). En español existen las biografías de M. Morán de Bertrán (1854) y A. Bruchez (1908).

3: SAN CECILIO (*c.* 248 P.C.)

EN EL Martirologio Romano se conmemora en este día a San Cecilio, como a "un sacerdote de Cartago que logró la conversión de San Cipriano a la fe de Cristo". Alban Butler dedica casi diez páginas a este santo, pero se funda en una suposición incierta: la de que este Cecilio es el mismo cuya conversión al cristianismo relata Minucius Felix en el tratado apologético que ha llegado hasta nosotros con el nombre de *Octavius*. En dicho libro se desarrolla una discusión sobre la religión cristiana en forma de diálogo; los interlocutores son el propio Minucius, su amigo Octavio y el todavía pagano

Cecilio. La argumentación termina felizmente, cuando los dos amigos convencen al tercero sobre las verdades del cristianismo. Es muy probable que este Cecilio Natalis haya sido un personaje histórico, magistrado principal en Cirta, ciudad del Africa, por el año 210 P.C.; pero hay razones poderosas que impiden identificarlo con el Cecilio que fue instrumento para la conversión de San Cipriano.

A pesar de la frase que adopta el Martirologio Romano, tomada del *De Viris Ilustribus* de San Jerónimo, hay pruebas concretas, extraídas de entre los mejores manuscritos de la biografía de San Cipriano, escrita por su diácono Poncio, en el sentido de que era Ceciliano y no Cecilio el nombre del maestro cristiano que conquistó la voluntad y la razón de Cipriano con sus argumentos y su ejemplo. Se puede dar por cierto que se trataba de un hombre de edad avanzada y que San Cipriano vivió en su casa durante algún tiempo después de su conversión, puesto que, lleno de veneración y de respeto, suele llamarle "el padre de mi nueva vida". Por otra parte, Poncio nos dice que Ceciliano, en su lecho de muerte, confió a su esposa y a sus hijos al cuidado de su amado converso. Aunque es muy posible que Alban Butler esté equivocado al aferrarse a la idea de que el "Octavius" de Minucius Felix tiene que ver con el sujeto de su artículo, pone fin a su relato con una reflexión profunda que merece ser considerada por todos aquellos que emprendan una discusión.

Es una gran prueba de verdadera virtud, dice, un triunfo bello aunque raro sobre el orgullo, el que un hombre culto e instruido se confiese vencido por la verdad en una controversia. El orgullo se rebela ante la oposición y, por mucho que el entendimiento pueda llegar a convencerse, la voluntad se torna por ello más adversa a ceder y más se obstina en el error. Si se tiene esto muy en cuenta, aquél que trate de atraer a otro hacia la verdad, deberá tener mucho cuidado de no despertar o poner en guardia a un enemigo tan peligroso como el orgullo y hacer, en cambio, el intento de insinuar su buen razonamiento por medios tan indirectos y sutiles, que su oponente llegue a sentirse como el dominante en la discusión. Nuestros tres oponentes (en el *Octavius*) resultan al fin vencedores, porque los tres entraron a la disputa armados con la docilidad, la caridad y la humildad; ninguno era como esos estudiosos llenos de vanidad que gustan de sostener una opinión, no por amor a la verdad, sino porque, como lo dice San Agustín, la opinión es suya. En aquella amable reunión, a pesar de que todos podían ufanarse de haber hecho una conquista, ninguno más que Cecilio, el vencido, tenía razones para regocijarse por su victoria. Cecilio, al doblegar su orgullo y reconocer sus errores, consiguió un triunfo incomparable. De acuerdo con la máxima de un gran hombre: "Cuando nuestra voluntad consienta en admitir plenamente la verdad, sólo entonces podremos considerarnos vencedores".

Véase el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I; y DCB. vol. I, pp. 366-367 (*cf.* idem. vol. III, p. 924). Consúltese también el artículo de Desseau en *Hérmes*, 1880, p. 471.

SANTOS PERGENTINO y LAURENTINO, MÁRTIRES (251 P.C.)

LA PERSECUCIÓN que se desarrolló al mediar el siglo tercero, fue el ataque más grande y general de cuantos había tenido que soportar hasta entonces la cristiandad, porque el emperador Decio ocupó el trono, decidido a exterminarla. Entre las muchas víctimas que perecieron en Arezzo de Umbría, los hermanos

Pergentino y Laurentino, patronos de dicha ciudad, han sido los que, hasta hoy, reciben mayor veneración.

De acuerdo con la leyenda, eran de noble cuna y todavía asistían a las escuelas, cuando fueron detenidos y arrastrados ante el cónsul Tiburcio, bajo la acusación de ser cristianos y proselitistas. A pesar de que admitieron los cargos y se confesaron culpables, el magistrado les anunció que los dejaría ir, en consideración a su noble linaje (tal vez también a su juventud). Pero antes de que se retiraran de su presencia, les rogó que considerasen su posición y renegasen de su fe; al despedirlos, los amenazó con someterlos a la tortura si volvía a tener quejas de ellos. Lejos de atemorizarse, los dos jóvenes multiplicaron sus actividades. Su "pasión" afirma que hubo numerosas conversiones, gracias a sus prédicas y a los milagros que realizaban. Aprehendidos nuevamente, se negaron a sacrificar y fueron decapitados. Las "actas" de estos santos son recopilaciones de antiguas hagiografías fantásticas sin ningún valor histórico; contienen tantos detalles improbables, que se llega a la incertidumbre sobre la misma existencia de esos mártires.

El único vestigio de algo que pudiera llamarse una prueba del antiguo culto a estos santos, consiste en una frase en el *Hieronymianum* que dice: "apud Arecium civitatem Tusciae Laurenti diaconi..." Delehaye, entre otros, piensa que toda la historia surgió porque un 3 de marzo se dedicó alguna iglesia de Arezzo en honor de San Lorenzo (Laurentio), el diácono mártir, y se confundió el nombre de Laurentius con el de Laurentinus. En cuanto a Pergentinus, ocurrió que un "Expergenti", cuya fiesta se celebraba al día siguiente, agregó su nombre al de Laurentinus en la fecha anterior. Ver CMH., p. 300 y también a Mons. Lanzoni en *Diocesi d'Italia*, pp. 567-568; H. Quentin, *Les Martyrologes Historiquès*, p. 273 y Dufourcq, *Etudes sur les Gesta Martyrum romains*, vol. III, pp. 172-175. El breve texto de la "pasión", se encuentra en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I.

SAN LUCINIANO Y SUS COMPAÑEROS. MÁRTIRES (273 P.C.)

DE ACUERDO con el menologio del emperador Basilio, San Luciniano era un sacerdote pagano de Nicomedia, convertido al cristianismo a una edad avanzada y que murió martirizado. Se le aprehendió durante el reinado del emperador Aureliano y compareció ante el magistrado Silvano. Porque rehusó negar a Cristo, le golpearon el rostro con piedras, lo azotaron y lo arrastraron con una cuerda atada al cuello. En la prisión donde posteriormente se le encerró, tuvo el consuelo de encontrar a cuatro jóvenes cristianos: Claudio, Hipacio, Pablo y Dionisio, a quienes fortaleció en la fe con tanto éxito, que en cuanto los reos comparecieron ante el tribunal, hicieron una firme confesión de sus creencias. Entonces metieron a San Luciniano en un horno caliente del que, sin embargo, salió indemne. Al fin, los cinco fueron enviados a Bizancio donde se crucificó a Luciniano y se cortó la cabeza a los demás.

Paula, una cristiana que llevaba alimentos a los mártires en la prisión y les curaba las heridas, fue también detenida, torturada en el horno y finalmente decapitada. La población de Constantinopla tenía gran devoción por estos santos. En la ciudad subsisten diversas versiones sobre su historia en las que, tan pronto encontramos a San Luciniano representado en un virtuoso sacerdote cristiano, como en el esposo de Paula y en el padre de sus jóvenes compañeros de prisión y de martirio. Otra leyenda afirma que todos eran naturales de Egipto y que ahí murieron. Y a decir verdad, es muy poco probable que San Luciniano y sus compañeros hayan sido martirizados en Bizancio. Su culto en

Constantinopla se debe a que sus reliquias fueron trasladadas ahí, tal vez desde otra ciudad de la Tracia o desde Nicomedia, que muy bien pudo haber sido el lugar de su martirio.

Los bolandistas en el *Acta Sanctorum* (junio, vol. I) reproducen el texto griego de un panegírico sobre Luciniano, escrito por un cierto Focio. En la *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), publicó Delehaye una *pasión* de los mismos mártires, en griego: ver pp. 187-192 y los comentarios del editor en pp. 232-235. La historia no puede considerarse sino como un cuento piadoso.

SANTA CLOTILDE, VIUDA (545 P.C.)

CLOTILDE, una burgundia cristiana, habia contraído matrimonio, alrededor del año 492, con Clovis, rey de los francos salianos. El monarca era un hereje, pero Clotilde llegó a ejercer una gran influencia sobre su esposo y no escatimó esfuerzos para ganarlo a la religión de Cristo. "Ya habrás oído hablar de cómo tu abuela, la reina Clotilde de feliz memoria, escribía San Niceto de Trier a la princesa Clodovinda de Francia, atrajo a la fe a su real esposo y de cómo él, un hombre de clara inteligencia, no quiso ceder hasta que estuvo convencido de la verdad". En efecto, Clovis permitió que fuera bautizado su hijo primogénito, un niño que murió a los pocos meses, y toleró que su segundo vástago, Clodomiro, recibiera las aguas bautismales; pero él, personalmente, todavía vacilaba en declararse cristiano. Al fin tomó la decisión, cuando libraba una furiosa batalla. Se hallaba en una situación desesperada: las huestes de los alemanes avanzaban inconteniblemente y sus propias tropas retrocedían; en ese momento, el rey Clovis apeló "al Dios de Clotilde" para que le ayudase y le prometió hacerse cristiano si le daba la victoria. Aquel mismo día, venció a los alemanes y, en la mañana de la Navidad del año 496, fue bautizado por San Remigio en la catedral de Reims. Poco es lo que agrega la historia sobre la vida matrimonial que Santa Clotilde llevó de ahí en adelante; los reyes fundaron juntos en París la iglesia de los Apóstoles Pedro y Pablo, que después llevó el nombre de Santa Genoveva. Ahí sepultó Clotilde al rey Clovis, quien murió en 511.

Desde entonces, la existencia de Clotilde estuvo amargada por las disputas de familia y las peleas entre hermanos, con la participación de sus tres hijos, Clodomiro, Childeberto y Clotario, así como por el infortunio de su hija, también llamada Clotilde, maltratada y vejada por su marido, el visigodo Amalarico. Clodomiro, el hijo mayor, atacó a su primo, San Segismundo y, tras de vencerlo en un encuentro, lo mató villanamente, junto con su mujer y sus hijos; pero no tardó en recibir su castigo, puesto que el hermano de San Segismundo lo atacó a su vez y, en la primera oportunidad, lo asesinó. Una vez muerto Clodomiro, la reina Clotilde recogió a sus tres pequeños nietos, con el propósito de educarlos para que llegaran a ocupar el trono algún día. Sin embargo, ni Childeberto, ni Cloderico estaban dispuestos a renunciar a la herencia de su padre y, por medio de la astucia, convencieron a su madre, la reina, para que dejara a los tres niños con ellos. Tan pronto como tuvieron en su poder a los príncipes, Clotario en persona mató a sus dos sobrinos de mayor edad. A Clodoaldo, el más pequeño, se le perdonó la vida y, con el tiempo, fue a terminarla convertido en monje, en el monasterio de Nogent, cerca de París, el que tomó el nombre de Saint-Cloud en honor del infortunado príncipe.

Amargada y entristecida por todas aquellas tragedias familiares, Santa Clo-

tilde abandonó París y se refugió en Tours para todo el resto de su vida, dedicada a socorrer a los pobres y consolar a los afligidos. Ahí se enteró de que sus dos hijos habían reñido, se hallaban en guerra y a punto de enfrentarse en el campo de batalla. Llena de angustia por las funestas nuevas, la reina Clotilde corrió a la iglesia de San Martín y se entregó durante toda la noche a la oración, para rogar a Dios que le concediera la gracia de terminar con aquel conflicto entre los dos hermanos y, según nos dejó dicho San Gregorio de Tours, la respuesta del cielo no se hizo esperar: al alba, mientras la reina rezaba aún y los dos ejércitos se hallaban frente a frente, en espera de la orden de ataque, se desató de pronto una tempestad tan violenta y prolongada, que fue necesario abandonar las operaciones militares.

Pero ya para entonces, estaban a punto de terminar las pruebas para Clotilde. La reina murió a los treinta días de aquel suceso venturoso, luego de haber permanecido viuda durante treinta y cuatro años. Sus dos hijos, que tantas pesadumbres le habían causado, quedaron reconciliados y, juntos, llevaron a enterrar a su madre en el mismo sepulcro del rey Clovis, cerca de su otro hijo y de sus nietos.

Recientes investigaciones históricas han relegado al reino de la fantasía muchos pintorescos incidentes relacionados con Santa Clotilde que los cronistas de varias generaciones tenían por ciertos, después de haberlos tomado de las páginas de San Gregorio de Tours y de otras fuentes similares. Gracias a dichas aclaraciones, la santa reina quedó reivindicada de algunos cargos de ferocidad y perversos deseos de venganza que se formularon contra ella, y que no se hubiesen conformado con el carácter virtuoso de la dama. En aquellas leyendas, la buena reina desempeñaba a veces el papel de una despiadada intrigante que incitaba a su esposo y a sus hijos para que mataran a su tío Gundebaldo, junto con su hijo San Segismundo, para vengar el asesinato del padre y la madre de Clotilde, cometido por Gundebaldo. Ahora ha quedado establecido con bastante certeza que Gundebaldo, lejos de haber intentado matar a su hermano, el padre de Clotilde, lamentó sinceramente su muerte, y que Caretana, la madre, no fue arrojada al Sena con una piedra atada al cuello, como se decía, sino que sobrevivió a su esposo varios años y acabó sus días en forma natural, en el año de 506.

La única biografía antigua de Santa Clotilde no tiene mucho valor como documento histórico, puesto que no fue recopilada antes del siglo diez. Ese escrito fue editado por Bruno Krusch en el segundo volumen del MGH, *Scriptores Merov*, pero depende casi por completo del documento que se conoce con el nombre de *Gesta Regum Francorum* o *Liber Historiae*, que escribió un monje de Saint Denis, un par de siglos antes. La historia de Santa Clotilde tuvo que ser formada con trozos dispersos entre las páginas de autores dignos de confianza, como San Gregorio de Tours, Fredegario y algunas biografías de santos. El relato más fiel sobre la vida de aquella pobre reina madre que tanto sufrió, es el que escribió Godofredo Kurth, en su libro *Clovis* y, en forma más concisa, en *Santa Clotilde*, obra con la que ese autor contribuyó a la serie *Les Saints*. Véase también la bibliografía adjunta al artículo dedicado a San Remigio, el 1o. de octubre. Hay otras biografías en francés, como la del arzobispo Darboy, la de V. de Soucy y la de G. Rouquette, pero todas se publicaron en fecha anterior a la de Kurth y sus disertaciones críticas sobre el asunto, son poco satisfactorias.

SANTOS LIFARDO y URBICIO, ABADES (Siglo VI)

LIFARDO o Liefardo era un tribuno de mucha reputación por su honradez. Ocupaba uno de los más altos puestos en la magistratura de Orléans, cuando

decidió tomar los hábitos. Al adoptar la decisión de hacerse monje, tenía cuarenta años de edad. Algunos escritores sostienen que pudo haber sido hermano de San Maximino, abad de Micy, y sobrino de San Euspicio, el fundador del monasterio. También pudo haber sido el hermano de San Leonardo de Vandoeuvre; pero ciertamente que no fue hermano de San Leonardo de Limoges, como se ha dicho algunas veces. El caso es que San Lifardo partió de Orléans para quedarse durante algún tiempo en la abadía de Saint Mesmin, en Micy. El deseo de vivir en mayor soledad le indujo a retirarse, con su compañero San Urbicio, a un sitio poco frecuentado, entre las ruinas de un viejo castillo, donde ambos construyeron sus chozas. Largo tiempo vivieron ahí, sin más alimento que un trozo de pan de centeno y un sorbo de agua cada tres días. Pero no tardaron en llegar los discípulos a reunirse en torno a los ascetas y, el obispo de Orléans, que tenía en muy alta estima a Lifardo, no sólo lo autorizó a formar una comunidad religiosa, sino que le ordenó como sacerdote y le ayudó a edificar una iglesia. Sobre las ruinas del castillo se levantó un monasterio que gozó de una gran prosperidad; en el lugar donde estuvo se encuentra ahora la ciuda de Meung-sur-Loire. San Lifardo murió alrededor del 550, a los setenta y tres años de edad, después de haber nombrado a San Urbicio para sucederle.

En el valioso artículo de A. Poncèlet, *Les Saints de Micy* (*Analecta Bollandiana*, vol. XXIV, 1905, pp. 1-97), señala el autor que todas las biografías relacionadas con Micy, son indignas de confianza. La de San Lifardo no es una excepción. No pudo haber sido escrita antes del siglo nueve; fue impresa por Mabillon en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I. Por otra parte, el hecho de que existiera un culto casi contemporáneo a San Lifardo, queda atestiguado por la inclusión de su nombre, en esta fecha, en el *Hieronymianum*.

SAN KEVIN o COEMGEN, ABAD DE GLENDALOUGH (¿618? P.C.)

A LA VANGUARDIA del grupo de santos que dieron gloria a Irlanda en el siglo sexto, está San Kevin, uno de los principales patronos de Dublin. Fue él quien fundó ahí la célebre abadía de Glendalough, que llegó a ser uno de los cuatro grandes centros de peregrinación en Irlanda y dio origen a la máxima de que siete visitas a Glendalough equivalen a una peregrinación a Roma.

La historia de San Kevin se relata en distintas versiones escritas en latín y en irlandés, ninguna de las cuales es verdaderamente antigua. Sólo por conjeturas se podrían extraer los sucesos reales ocultos bajo las pintorescas leyendas y las interesantes descripciones de costumbres. Se dice que el santo, descendiente de reyes, nació en Leinster, precisamente en el Fuerte de White Fountain. San Conan lo bautizó con el nombre de Coemgen, que los anglos convirtieron en Kevin, el "bien habido". Desde los siete años, sus padres lo mandaron a instruirse con los monjes y se quedó con ellos hasta llegar a la juventud. Después de su ordenación, se sintió movido a buscar la soledad, y, entonces, se le presentó un ángel para conducirlo hacia las alturas de Glendalough, al Valle de los dos Lagos. En aquella hermosa región agreste, vestido con pieles de animales, sin otro lecho que las piedras ni más alimento que las ortigas y acedrillas, plantas éstas que se conservaban verdes en todas las estaciones, permaneció siete años largos. Durante aquel período de existencia tan austera, "las ramas y el follaje de los árboles solían entonar dulces cantos para él, y una música celestial aliviaba la severidad de su vida". Al fin, fue descubierto por un pastor de ganado que se llamaba Dima, quien acabó por convencer al santo para que aban-

donara la soledad. "Por respeto al asceta y para honrarlo", el pastor y sus hijos hicieron una litera sobre la cual transportaron al santo a través del espeso bosque. Los árboles se inclinaban para abrirles paso y, cuando la litera y sus portadores habían pasado, se enderezaban de nuevo. En la localidad de Disert-Coemgen, donde hoy se encuentra la iglesia de Refert, San Kevin se estableció con los discípulos que acudieron a reunirse en torno suyo. Durante largo tiempo, dice la leyenda, una nutria bondadosa llegaba a diario con un salmón en el hocico para proveer de alimento a los ascetas. Pero una vez se "le ocurrió a Cellach", hijo de Dima, "que con la piel de la nutria podría hacerse un magnífico par de guantes". La nutria, "a pesar de que sólo era un animal, adivinó los pensamientos de Cellach y, desde aquel momento, dejó de prestar servicios a los monjes". Tal vez por causa de la escasez de alimentos, San Kevin trasladó su comunidad a otro punto más alto del valle, "donde se juntaban dos riachuelos de aguas limpias". Ahí, en Glendalough, hizo su fundación permanente, a la que muy pronto comenzaron a acudir numerosos discípulos. A fin de implorar las bendiciones del cielo para él y para sus monjes, San Kevin emprendió una peregrinación a Roma, y dice su historia que, "gracias a las santas reliquias y la tierra bendita que trajo consigo, ningún santo del Erin obtuvo más favores de Dios que Coemgen, si se exceptúa tan sólo a Patricio".

El rey Colman, de Ui Faelain, dejó a su hijo pequeño a cargo de San Kevin, después de que sus otros hijos "habían sido destruidos por las gentes mundanas de las ricas cortes". Como no había "vacas" ni "boolies" * en el valle, el santo llamó a una cierva que vio con sus cervatillos, para que diera la mitad de su leche al pequeño hijo del rey. Pero un lobo vino a devorar los cervatillos. Entonces Coemgen obró grandes milagros. Comenzó por ordenar al perverso lobo que ocupase el lugar de los cervatillos, y así lo hizo la fiera, que se ahijó mansamente a la cierva. Y de esta manera se crió el pequeño Faelan, por las maravillosas obras de Dios y de Coemgen".

En el *Félire* de Oengus, se hace una referencia a Kevin en una cuarteta que dice:

"Soldado de Cristo en tierras del Erin,
el eco de las olas dice tu nombre duro,
noble Coemgen, guerrero recio y puro,
en el valle de los lagos, con un rumor sin fin."

El santo abad estuvo en términos de íntima amistad con San Kieran de Clonmacnois. San Kevin lo visitó en su lecho de muerte donde yacía inconsciente, pero tan pronto como llegó el abad, recuperó el sentido para mantener con él una larga conversación y darle una campanilla como regalo de despedida. Cuando San Kevin había alcanzado ya una edad muy avanzada, manifestó su deseo de emprender una nueva peregrinación, pero le disuadió un sabio anciano al que consultó. "Las aves no incuban sus huevos cuando andan en vuelo", le dijo el consejero, y San Kevin se quedó en su monasterio. Se dice que murió a la edad de 120 años. Su fiesta se celebra en toda Irlanda.

*"Boolie" es un vocablo reconocido por el diccionario inglés: deriva del irlandés y no se conoce fuera de Irlanda. Significa corral.

Hay cinco versiones sobre la fábula de San Coemgen: tres en irlandés (para las cuales véase a C. Plummer en su edición de *Bethada Náem Érenn*, vol. I, pp. 125-167, con el prefacio y la traducción) y dos en latín. De éstas, la más importante fue editada también por Plummer, en VSH., vol. I, pp. 234-257, mientras que la otra se encuentra en el *Codex Salmanticensis*, impreso por Fr. de Smedt en 1888. Parece que aun en la más antigua de estas biografías, no se puede fijar una fecha anterior al siglo diez o al once. "Los textos, dice el Dr. J. F. Kenney (*The Sources for the Early History of Ireland*, I p. 404), "tienen muy poco valor histórico... sólo ilustran el desarrollo de las ideas sobre el ascetismo extremado, si no en los siglos sexto o séptimo, sí en el décimo y los siguientes". Véase también a Gougaud, en *Christianity in Celtic Lands, passim*"; Ryan, *Irish Monasticism*, p. 330.

SAN ISAAC DE CORDOBA, MÁRTIR (852 P.C.)

EN LOS antiguos martirologios españoles se ha dado un sitio prominente, entre los mártires de Córdoba, a San Isaac, un hombre que, a pesar de haber sido siempre un cristiano devoto, llegó a conocer tan a fondo la lengua y las costumbres de los árabes, que obtuvo un nombramiento como notario, bajo el gobierno de los moros. No ocupó el puesto largo tiempo, ya que lo abandonó para refugiarse en un monasterio donde vivió algunos años con su pariente, el abad Martín. Después sintió el deseo de regresar a la ciudad de Córdoba, con el propósito de retar a una discusión sobre religión, al jefe de los magistrados árabes. El reto fue aceptado, pero, en el curso del debate, un panegírico sobre Mahoma provocó la indignación de Isaac, quien comenzó a proferir improperios contra el falso profeta. Sus interlocutores, enfurecidos por los ultrajes, se precipitaron sobre Isaac y le detuvieron. Fue juzgado, torturado y condenado a muerte. Después de su ejecución, fue empalado, y los palos que le atravesaban el cuerpo fueron encajados en la tierra, sobre una altura a orillas del Guadalquivir, para exhibir el cadáver en una posición grotesca y siniestra.

Casi todo lo que sabemos sobre San Isaac, proviene del *Memoriale Sanctorum* de San Eulogio, quien fue conciudadano y contemporáneo del santo. Los bolandistas en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, extrajeron todo lo que San Eulogio había registrado en relación con el mártir. Véase también a Sánchez de Feria en *Santos de Córdoba*, vol. II, pp. 1-24; *cf.* F. Simonet, *Historia de los Mozárabes de España*; J. Pérez de Urbel, *San Eulogio de Córdoba* (1928).

SAN MORAND (*c.* 1115 P.C.)

AL PARECER, los padres de Morand eran nobles personajes que vivían en el valle del Rin, cerca de Worms, donde el joven recibió su educación, en la escuela de la catedral. Tras de su ordenación sacerdotal, emprendió una peregrinación a Santiago de Compostela. Por el camino, se detuvo en Cluny y quedó tan profundamente impresionado por la santa vida de los monjes que, al regresar de Compostela, tomó los hábitos de manos de San Hugo. Ahí siguió avanzando por el camino de la perfección tan rápidamente, que en poco tiempo se consideraba que Morand sobrepasaba a la mayoría de sus hermanos en santidad y fidelidad a la regla. Pasó los primeros años de su vida religiosa en una u otra de las casas de Cluny en Auvernia, pero no estaba destinado a permanecer en Francia. Al iniciarse el siglo doce, el conde Frederick Pferz, magnate de Sandgau de la baja Alsacia, reconstruyó la iglesia de San Cristóbal, edificada por sus antepasados cerca del sitio donde ahora se encuentra la ciudad de Altkirch.

El conde solicitó a San Hugo que le enviara algunos monjes de Cluny para atender la iglesia y a los fieles. Cuando llegó el grupo encabezado por el abad Constancio, éste cayó en la cuenta de que, si se trataba de desarrollar un trabajo de misión, era indispensable conocer bien el alemán. Al informar de esto a Cluny, los superiores destinaron a Morand, que conocía el francés tan bien como el alemán, para hacerse cargo del puesto.

Pronto se comprobó que la elección había sido muy acertada, porque Morand estaba dotado con el espíritu del misionero y las gentes le escuchaban y le seguían con gusto. Sin cuidarse de las fatigas, de la nieve o de la lluvia, se iba a campo traviesa, sin capuchón y con ropas de peregrino, en busca de pecadores para devolverlos al redil. Sus virtudes y su elocuencia fueron los motivos que crearon su reputación de obrar milagros. El conde Frederick, que sufría de parálisis facial, quedó sano gracias a San Morand y, desde entonces, no hacía nada sin consultar previamente al santo. Se afirma que tan sólo con hacer el signo de la cruz, extinguió un incendio que amenazaba destruir el monasterio y por ese mismo procedimiento devolvió la salud a numerosos enfermos. Todos los viernes visitaba el santuario de Nuestra Señora de Gildwiller, que tiene fama de ser el más antiguo de Alsacia; en honor suyo, las gentes del lugar llamaron Fuente de San Morand a un arroyo junto al cual descansaba el santo en su peregrinación semanal. Murió alrededor del 1115. Tal vez en razón de la creencia tradicional de que San Morand ayunó durante toda una Cuaresma sin otro alimento que un racimo de uvas, se le considera como patrón de los cultivadores de la vid.

La biografía medieval de San Morand, presentada en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, muestra demasiada parcialidad en favor del personaje; debe haber sido escrita menos de medio siglo después de su muerte, cuando la devoción popular hacia el santo estaba en su apogeo en toda Alsacia. Hay considerable material literario sobre el aspecto arqueológico y sobre el culto. Véase sobre todo a J. Clauss, *Historisch-topographisches Wörterbuch des Elsass*, pp. 974 y ss; una obra más reducida del mismo autor. *Die Heiligen des Eslass* (1935). Consúltese también a J. Levy, *Wallfahrten der Heiligen in Eslass* (1926), pp. 203-210; Grandidier-Ingold, *Alsatia Sacra*, vol. I (1899), pp. 325-335; F. Fues, *Vie de S. Morand* (1840). Las representaciones en el arte han sido tratadas por Künstle, *Ikonographie*, vol. II, p. 445; el aspecto folklórico, en *Archives Suisses des Traditions Populaires*, vol. VIII (1904), p. 220 y ss.

BEATO JUAN "EL PECADOR" (1600 P.C.)

JUAN GRANDE nació en la pequeña población andaluza de Carmona, en 1546. Cuando el joven tenía quince años, perdió a su padre y se fue a vivir con un pariente que tenía una tienda de ropa en Sevilla. Poco después, el muchacho estableció un negocio similar por su cuenta, en Carmona, y comenzó a prosperar. Sin embargo, las cosas de este mundo no tenían ningún atractivo para Juan y, al cumplir los veintidós años, distribuyó todos sus bienes entre los pobres y se retiró a vivir en una ermita, cerca de la ciudad de Marchena. A pesar de que desde su infancia había observado una conducta irreprochable, él se consideraba como el más vil y despreciable de los hombres; debido en parte a ese sentimiento y al temor de que los demás le considerasen como a un hipócrita, transformó su apellido en un sobrenombre y por todas partes se presentaba, ya no como Juan Grande, sino como "el Grande Pecador". Con el apelativo de Juan "El Pecador" se le venera hasta hoy, en Andalucía. Cierto día encon-

tró a dos vagabundos que estaban enfermos y yacían junto al camino; lleno de compasión, condujo a los desamparados a su choza, los atendió y salió a pedir limosna para alimentarlos. Muy pronto se presentaron otros casos similares, y a Juan le pareció que Dios le llamaba a servirle en el suministro de socorros y afectuosa solicitud a los afligidos y desamparados. Entonces abandonó su retiro y se trasladó a Jerez, donde obtuvo la autorización para atender a los prisioneros. Durante tres años vivió y trabajó en condiciones terribles entre la hez de la humanidad, para ayudar a los presos, alimentarlos con limosnas que salía a pedir de puerta en puerta y ablandar el corazón de criminales endurecidos, con dulces palabras de consuelo. Armado de infinita paciencia, soportó los desprecios, los insultos, la ingratitud y hasta los golpes.

Después prestó sus servicios en los hospitales y ahí debió sufrir una persecución en regla, por parte de los directores, empleados y enfermeros, quienes veían en la devoción con que Juan cuidaba a los enfermos, un silencioso reproche a su propia negligencia y dureza de corazón. En cambio, hubo otros que observaron a Juan y quedaron impresionados por su abnegación; tanto fue así, que una acaudalada pareja de la ciudad fundó un hospital, que dejó en manos de "El Pecador". Inmediatamente la casa se llenó de pacientes y acudieron también muchos jóvenes, movidos por el ejemplo de Juan y ansiosos por servir. Con el fin de que su obra no muriera con él, afilió su hospital al grupo que estaba al cuidado de la Orden de Hospitalarios, cuyo fundador, San Juan de Dios, había muerto en Sevilla cuando Juan "El Pecador" era un niño de cuatro años. También él ingresó a la orden.

A pesar de que su preocupación principal eran los enfermos, otorgaba su ayuda y su afecto a todos los afligidos. Reunía en torno suyo a las esposas abandonadas y les proporcionaba alimentos para sus cuerpos y buenos consejos para guía de sus almas. También solía juntar dinero para proporcionar una dote a las muchachas casaderas de pobre condición. Aún le quedaba tiempo para hacer frecuentes visitas a los prisioneros, a quienes nunca olvidó. A raíz de la toma de Cádiz por los ingleses, trescientos soldados españoles fugitivos llegaron a Jerez; el beato se hizo cargo de todos ellos y, por verdadero milagro, como admitían los propios soldados llenos de asombro, distribuyó comida y ropa entre todos, sin faltar ninguno. La actividad física de su existencia no le impedía alcanzar los altos niveles del espíritu; a menudo caía en arrobamientos, y, algunas veces, los éxtasis le sorprendían mientras realizaba sus obras de misericordia. En esos casos, al recuperar el conocimiento, se encontraba rodeado por los transeúntes curiosos que, tomándole por un loco o un borracho, le insultaban o se burlaban de él. Pero Juan sólo respondía con una humilde súplica para que le perdonaran sus rarezas y continuaba su camino, cabizbajo. Asimismo, se le atribuían dones proféticos, y se asegura que vaticinó la destrucción de la "Invencible Armada" española. A causa de la peste que contrajo al dedicarse a cuidar a las víctimas de una terrible epidemia que azotó a Jerez, murió Juan "El Pecador" en el año 1600, a la edad de cincuenta y cuatro años. Fue beatificado en 1853.

Una *Vie abrégé du B. Jean Grande* fue publicada en la fecha de la beatificación y otra biografía anónima, en italiano, la *Vita del Ven. Fra Giovanni Peccatore*, había aparecido ya en Milán, en 1727. Véase también a Seeböck, *Die Herrlichkeit der Kat. Kirche*, 1920 y el *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXIII (1931) pp. 18-19.

SANTOS CARLOS LWANGA, JOSE MKASA Y SUS COMPAÑEROS. LOS 22 MÁRTIRES DE UGANDA (1886 P.C.)

LA HISTORIA de los mártires de Uganda consiste en un relato conmovedor que vivifica los corazones cristianos al revelarles el poder de la gracia de Dios. Es un hecho por el cual se demuestra que aquellos milagros de constancia, que nos asombran al leer los sufrimientos de los mártires en las primeras persecuciones, se han renovado en nuestros tiempos, entre los pueblos incultos del centro del Africa, donde los Padres Blancos del cardenal Lavigèrie establecieron las primeras misiones católicas en 1879. Las misiones progresaron en Uganda, gracias a que el regente local, Mtesa, mostraba cierta amistad hacia los cristianos. En cambio Mwanga, su sucesor, parecía decidido a desarraigar el cristianismo de su pueblo, sobre todo cuando uno de sus súbditos, un católico servidor del palacio SAN JOSÉ MKASA, le hizo reproches por los abominables vicios que practicaba y por haber mandado matar al misionero protestante James Hannington, junto con todos los miembros de su caravana. Mwanga era adicto a un vicio contra natura (una perversión inculcada por los árabes entre aquellos africanos relativamente decentes) y su indignación hacia el cristianismo, ya encendida por la actitud de José Mkasa y los consejos de algunos ambiciosos funcionarios, estalló ante la negativa de ciertos muchachitos cristianos a su servicio, para complacer sus perversidades.

El propio José Mkasa fue la primera víctima: el 15 de noviembre de 1885, Mwanga se valió de un pretexto cualquiera para ordenar que fuera decapitado. Después de la ejecución pública y, para asombro del caudillo, los cristianos, lejos de mostrarse atemorizados, continuaron con sus actividades. En mayo del año siguiente, se desató la furiosa tempestad. Mwanga mandó traer a uno de sus pajes, un chico llamado Mwafa; pero cuando lo tuvo a su lado, se enteró de que el jovencito rechazaba sus proposiciones, en razón de que había sido instruido en la religión por otro de los pajes, SAN DENIS SEBUGGWAWO. El reyezuelo, furioso, ordenó que Denis fuera llevado a su presencia, y en cuanto lo tuvo delante, le atravesó el cuello con su espada.

Aquella noche, los guardias fueron apostados en torno al palacio real, con instrucciones de no dejar escapar a ninguno de los pajes cristianos. Los brujos fueron convocados y retumbaron los tambores de guerra para que acudieran los verdugos profesionales a prestar sus servicios. Mientras tanto, en un rincón del palacio y dentro del mayor secreto, SAN CARLOS LWANGA, que ocupaba el puesto de José Mkasa como jefe de los pajes, bautizó a cuatro de éstos que eran catecúmenos. Entre ellos se hallaba SAN KIZITO, un chiquillo de trece años, a quien Lwanga había salvado a menudo de caer en los perversos designios del rey. Al otro día por la mañana, todos los pajes llamados por el rey, estaban en fila ante Mwanga, quien mandó a los cristianos que diesen dos pasos hacia adelante. Lwanga y Kizito, el mayor y el más pequeño, encabezaron con decisión al grupo de quince muchachos, todos con menos de veinticinco años de edad, que confesaron su fe al desprenderse de la fila. Ahí mismo se unieron a ellos dos jóvenes, anteriormente detenidos, y dos soldados. El rey Mwanga se acercó a ellos y les preguntó si tenían la intención de seguir siendo cristianos. "¡Hasta la muerte!", respondieron a coro. "¡Que se les dé pronto la muerte!", dijo el rey despectivamente.

El lugar señalado para la ejecución, Namugongo, se encontraba a unos

sesenta kilómetros de distancia; hacia allá partió inmediatamente la caravana de diecinueve víctimas. "El grupo de jóvenes héroes estaba a unos pasos de mí, escribió el padre Lourdel, superior de la misión de los Padres Blancos. "Kizito, el más chiquillo, charlaba y reía... Yo experimenté una angustia tan grande, que hube de apoyarme en la barda para no caer... No me estaba permitido dirigirles una sola palabra, y tuve que contentarme con leer en sus rostros y en los ojos que me miraban, la resignación, la alegría y el valor de sus corazones".

A tres de los jóvenes se les quitó la vida cuando iban por el camino; los restantes fueron encerrados en la estrecha prisión de Namugongo, bajo condiciones infrahumanas, durante siete días, mientras se preparaba la enorme pira. El 3 de junio de 1886, día de la Ascensión, fueron sacados de la mazmorra; frente al montón de ramas secas se les despojó de sus vestidos, se les ató de pies y manos y, uno a uno, fueron envueltos en esteras de juncos;* los paquetes enrollados con las víctimas dentro, se acomodaron en hileras sobre la pira (a un muchacho, el SANTO MBAGA, lo mataron antes con un golpe en la cabeza, por orden de su padre que era el jefe de los verdugos) y le prendieron fuego. En un tono más alto que el del cántico ritual de los verdugos, surgieron algunas vocecillas de entre las llamas y el humo para repetir el nombre de Jesús.

La persecución se extendió, y tanto protestantes como católicos perdieron sus vidas antes que renegar de Cristo. Uno de los más destacados entre los confesores, fue el SANTO MATTHIAS MURUMBA, a quien se le martirizó con repugnante crueldad; era un hombre de edad madura, magistrado auxiliar del jefe provincial, quien oyó hablar de Jesucristo por primera vez a los misioneros protestantes y más tarde fue bautizado por el padre Livinhac, P. B. Otro hombre de mayor edad, SAN ANDRÉS KAGWA, gobernador de Kigowa, instrumento en la conversión de su esposa y que había reunido a un numeroso grupo de catecúmenos en torno suyo, fue decapitado por negarse a dejar su fe. Este Andrés Kagwa, junto con Carlos Lwanga y Matthias Murumba y otros diecinueve jóvenes (diecisiete de los cuales eran pajes del rey), fueron solemnemente beatificados en 1920. El 18 de octubre de 1964, el Papa Pablo VI canonizó a los 22 mártires de Uganda, por lo que son los primeros negros que, en la época contemporánea, han alcanzado el honor de los altares. Una vez más, las tantas veces citadas palabras de Tertuliano el africano: "La sangre de los mártires es semilla de cristianos", se realizaron, puesto que el número de bautizados en Uganda aumenta constantemente.

* El hecho recuerda las anotaciones de Julio César sobre los sacrificios humanos de los galos, quienes metían a sus víctimas en cestos de mimbre antes de quemarlos. (Guerra de las Galias, VI).

La carta apostólica del Papa Benedicto XV, que incluye una declaración detallada de los nombres y de las brutalidades que se practicaron, se encuentra en el *Acta Apostolicae Sedis* vol. XII (1920), pp. 272-281. Ver Mons. C. Salotti, *I Martiri dell'Uganda* (1921); M. Hallfell, *Uganda eine Edelfrucht* (1921); Mons. H. Streicher, *The Blessed Martyrs of Uganda* (1928); J. P. Thoonen, *Black Martyrs* (1941); y A. E. Howell, *The Fires of Namugongo* (1948).

4: SAN FRANCISCO CARACCIOLO, Fundador de los Clérigos Regulares Menores (1608 p.c.)

EL SANTO a quien la Iglesia honra especialmente en este día, nació el 13 de octubre de 1563, en Villa Santa María, en los Abruzos. Su padre pertenecía a la rama de los Pisquizio, en el árbol genealógico de los príncipes napolitanos de Caracciolo. La familia de su madre podía ufanarse de su parentesco con Santo Tomás de Aquino. En la pila bautismal recibió el nombre de Ascanio. Bien educado por sus padres, respondió cabalmente a las esperanzas que tenían puestas en él y creció hasta convertirse en un joven modelo, devoto y caritativo. En otros aspectos, llevaba la existencia de los muchachos de la nobleza; era aficionado a los deportes, sobre todo a la caza. Al cumplir los veintiún años, padeció una enfermedad de la piel, parecida a la lepra, que rápidamente adquirió una virulencia tal, que su caso se consideraba perdido. Con la muerte frente a él, hizo el voto de dedicar su vida al servicio de Dios y del prójimo, si recuperaba la salud. Y desde ese momento comenzó a sanar con tanta prisa, que todos consideraron su curación como un milagro. Ansioso por cumplir su promesa, en cuanto estuvo bien, se fue a Nápoles a seguir la carrera del sacerdocio. Inmediatamente después de su ordenación, se unió a una hermandad llamada los "Bianchi della Giustizia", cuyos miembros se ocupaban de manera especial de cuidar a los presos y de preparar a los criminales condenados a muerte a recibirla santamente. Aquel era el preludio indicado para la carrera que iba a revelarse al joven sacerdote.

En el año de 1588, Giovanni Agostino Adorno, un patricio genovés que había ingresado a las órdenes religiosas, quiso poner en práctica su idea de fundar una asociación de sacerdotes dispuestos a mezclar la vida contemplativa con la activa. Para ello consultó a Fabriccio Caracciolo, diácono de la iglesia colegiata de Santa María la Mayor, en Nápoles. Este envió una carta para pedir la colaboración de un tal Ascanio Caracciolo, pariente lejano, carta ésta que fue entregada, por equivocación, a nuestro santo. Sin embargo, las aspiraciones del decano Adorno coincidían de manera tan perfecta con las suyas, que el sacerdote reconoció la mano de Dios en aquel error aparente y se apresuró a asociarse con Adorno. A manera de preparativo, los nuevos socios hicieron un retiro de cuarenta días en el establecimiento de los camaldulenses de Nápoles y ahí, tras un riguroso ayuno y oración continua, esbozaron las reglas para la orden. Tan pronto como el grupo pudo contar con doce miembros, Caracciolo y Adorno partieron a Roma con el propósito de obtener la aprobación del Sumo Pontífice. El 1o. de junio de 1588, Sixto V ratificó solemnemente la nueva sociedad bajo el título de Clérigos Regulares Menores. El 9 de abril del año siguiente, los dos fundadores hicieron su profesión; Ascanio Caracciolo tomó el nombre de Francisco, por devoción al gran santo de Asís. Además de los tres votos acostumbrados, los miembros de la nueva sociedad hicieron otro: no procurar nunca algún puesto alto o dignidad, dentro o fuera de la orden. A fin de dejar asegurada la penitencia constante, se estableció que cada día un hermano debía ayunar a pan y agua, otro debería usar la disciplina y un tercero, la camisa de cerdas. De la misma manera, Francisco decretó, en aquel período de formación o cuando llegó a superior, que todos los clérigos debían pasar una hora al día en oración ante el Santísimo Sacramento. No habían acabado de aco

modar a los hermanos en una casa situada en un suburbio de Nápoles, cuando los fundadores, Francisco y Adorno, partieron hacia España, en respuesta a un deseo expreso del Papa para que establecieran allá su orden, en vista de que Adorno estaba muy relacionado en aquel país. Sin embargo, no era aquel un momento oportuno: la corte de Madrid no les permitió hacer fundación alguna, y los dos tuvieron que regresar, sin haber logrado su objetivo. En el viaje de regreso tuvieron un naufragio; pero en cuanto llegaron a Nápoles, vieron recompensadas sus penurias con noticias muy gratas sobre su fundación. Durante su ausencia, la casita del suburbio había resultado insuficiente para albergar a todos los que querían ingresar en la orden, y se había invitado a los clérigos para que ocuparan Santa María la Mayor, ya que el superior de la iglesia colegiata, Fabriccio Caracciolo, también se había hecho miembro de la nueva sociedad. Los Clérigos Regulares Menores trabajaban sobre todo como misioneros, pero algunos de entre ellos desempeñaban su ministerio sacerdotal en prisiones y hospitales. También contaban con lugares apartados, que ellos llamaban ermitas, para que los ocuparan aquellos que se sintieran llamados a la soledad y la contemplación.

Francisco contrajo una grave enfermedad y, apenas se había restablecido, cuando sufrió la pena de perder a su amigo Adorno, quien murió a la edad de cuarenta años, a poco de haber regresado de un viaje a Roma, relacionado con los asuntos del instituto en el que era superior. Enteramente contra su voluntad, Francisco fue elegido para ocupar el puesto vacante; se creía indigno de tomar el cargo y, desde entonces, firmaba a menudo sus cartas como "Franciscus Peccator." Asimismo, insistió en conservar su turno para barrer los cuartos, tender las camas y lavar la loza en la cocina, lo mismo que los demás. Las pocas horas que concedía al sueño, las pasaba sobre una mesa o en las gradas del altar. Sus amados pobres sabían que todas las mañanas podían encontrar a su benefactor en el confesionario. Para socorrerlos, Francisco pedía limosna por las calles, con ellos compartía buena parte de su frugal comida y, algunas veces, en el invierno, se despojaba de sus ropas de abrigo para dárselas. Para el bien de su sociedad, hizo dos visitas más a España, en los años de 1595 y 1598, y consiguió fundar casas en Madrid, Valladolid y Alcalá.

Francisco se vio obligado a desempeñar el cargo de superior general durante siete años, a pesar de que sus actividades le resultaban extremadamente fatigosas, no sólo por su salud delicada, sino, sobre todo, porque al establecer y extender la orden, tuvo que hacer frente a oposiciones, desprecios y, a veces, maliciosas calumnias. Cuando al fin obtuvo el permiso del Papa Clemente VIII para renunciar, se constituyó en prior y maestro de novicios en Santa María la Mayor. El trabajo apostólico lo desarrollaba en el confesionario y desde el púlpito; sus sermones, ardientes y conmovedores, versaban tan a menudo sobre la inmensidad de la misericordia divina hacia los hombres, que llegó a llamársele el "Predicador del Amor de Dios". También se afirma que, con el signo de la cruz, devolvió la salud a innumerables enfermos.

En 1607 se le desligó de todas las obligaciones administrativas y se le permitió entregarse a la vida contemplativa, como una preparación para la muerte. Escogió su celda en un cuartucho, bajo la escalera de la vieja casa napolitana, y con frecuencia se le encontró ahí, tendido en el suelo, con los brazos extendidos y perdido en sus arrobamientos. Fue en vano que el Papa le ofreciese obispados; Francisco nunca había deseado las dignidades y menos entonces,

cuando su mente y su corazón estaban puestos en el cielo. Sin embargo, no estaba destinado a morir en Nápoles. San Felipe Neri había ofrecido a los Clérigos Regulares Menores una casa en Agnone, en los Abruzos, para el noviciado, y se propuso que San Francisco fuese a vigilar los pasos iniciales de la nueva fundación. Durante su viaje se detuvo en Loreto, donde se le otorgó la gracia de pasar toda la noche en oración en la capilla de la Santa Casa. Cuando invocaba la ayuda de Nuestra Señora en favor de su grey, se le apareció Adorno, ya fuera en un sueño o en una visión, para anunciarle su próxima muerte. Llegó a Agnone aparentemente sano, pero en su fuero interno no se hacía ilusiones. El primer día de junio cayó postrado, presa de una fiebre que aumentó de continuo. Tuvo tiempo de dictar los términos fervorosos de una carta en la que pedía a los miembros de la sociedad que permanecieran fieles a la regla. Después pareció quedar absorto en la meditación, hasta el ocaso, cuando levantó la voz para clamar: "¡Vámonos! ¡Vámonos!" "¿A dónde quieres ir, hermano Francisco?", inquirió uno de los que le cuidaban. "¡Al Cielo, al Cielo!", repuso el santo con voz clara y acento triunfante. Apenas había pronunciado estas palabras, cuando su deseo se vio realizado, y Francisco Caracciolo, a la edad de cuarenta y cuatro años, pasó a recibir su recompensa en una vida mejor.

San Francisco fue canonizado en 1807. Su orden de Clérigos Regulares Menores llegó a ser una institución floreciente, pero en la actualidad casi es desconocida fuera de Italia, donde aún quedan algunas pequeñas comunidades.

En los siglos diecisiete y dieciocho, se publicó un número considerable de biografías de San Francisco Caracciolo, por ejemplo, las de Vives (1654), Pistelli (1701) y Cencelli (1769). En épocas más recientes, tenemos una biografía de Ferrante (1862) y, en 1908, G. Tagliatela publicó un libro titulado: *Terzo Centenario di S. Francesco Caracciolo.* Un relato acertado sobre la iniciación y el desarrollo de los Clérigos Regulares Menores, es el de M. Heimbucher en su libro, *Orden und Kongregationen,* tercera edición.

SAN QUIRINO, OBISPO DE SISCIA, MÁRTIR (308 P.C.)

ENTRE los muchos mártires que ofrendaron su vida en las provincias del Danubio durante el reinado de Diocleciano, uno de los más célebres fue Quirino, cuyas alabanzas escribieron San Jerónimo, Prudencia y Fortunato. Las "actas" en las que se registró su proceso, sus sufrimientos y su muerte, son esencialmente auténticas, a pesar de que estuvieron sujetas a ampliaciones e intercalaciones por los copistas.

Quirino fue obispo de Siscia, población de la Croacia que ahora se llama Sisak. Cuando recibió noticias de que habían llegado las órdenes para aprehenderlo, huyó de la ciudad, pero fue capturado tras una corta persecución y entonces se le condujo ante el magistrado Máximo. Este comenzó por interrogarle sobre su intento de fuga que el acusado explicó sencillamente, al indicar que sólo había obedecido el consejo de su Señor Jesucristo, el verdadero Dios, quien dijo: "Cuando te veas perseguido en una ciudad, huye a otra".

—¿No sabías que el poder del emperador te habría encontrado en cualquier parte?, inquirió el magistrado. — A ése que tú llamas el verdadero Dios, no le puedes pedir que te ayude ahora, una vez que el emperador te ha atrapado, como vas a comprobarlo en seguida en carne propia.

—Dios está siempre con nosotros y puede ayudarnos en cualquier momento, repuso humildemente y con entera serenidad el obispo. — Estaba conmigo

cuando me atraparon y está conmigo ahora. Es El quien me fortalece y el que habla por mi boca.

—¡Habla demasiado, por lo visto!, cortó Máximo con cierta impaciencia. — Y con tanta charla hace que te olvides de obedecer los mandatos de nuestro soberano. ¡Lee los edictos y haz lo que te ordenan!

Entonces se irguió Quirino para contestar resueltamente que nunca consentiría en hacer lo que ordenaban los edictos, puesto que lo consideraba como un sacrilegio.

—¡Los dioses que tú adoras no son nada!, exclamó con vehemencia. — Mi Dios, al que yo sirvo, está en el cielo, en la tierra y en el mar, pero se encuentra por encima de todo, porque todas las cosas están contenidas en El, todas las cosas fueron creadas por El y sólo por El existen.

—Tú debes ser tan simple como un niño, para creer en esas fábulas, declaró el juez en tono despectivo. — Acepta el incienso que te ofrecen mis hombres, quémalo ante los dioses y serás bien recompensado; pero si te niegas, te sujetaremos a las torturas y recibirás una muerte horrible.

Sin alterarse en lo más mínimo, Quirino repuso que aceptaba los dolores y la muerte como una gloria para él y, a continuación, Máximo ordenó que le apalearan. Mientras los soldados descargaban los golpes sobre el cuerpo del anciano, el magistrado le aconsejaba que ofreciera sacrificios y le prometía hacerlo sacerdote de Júpiter, si accedía.

—Aquí, ahora mismo ejerzo mi sacerdocio, al ofrecerme a Dios, clamó el mártir sin doblegarse. — Te agradezco los golpes; no me hacen daño. Con gusto soportaría un tratamiento peor a fin de dar ánimos a todos aquellos que son de mi rebaño, para que me sigan por este atajo hacia la vida eterna.

Como Máximo no tenía la autoridad para dictar sentencia de muerte, dispuso que el reo fuera enviado a Amancio, el gobernador de la provincia de Pannonia Prima. Los esbirros condujeron al obispo a través de varias ciudades sobre el Danubio, hasta llegar a Sabaria (la actual Szombothely, en Hungría), que pocos años más tarde sería la cuna de San Martín. Ahí compareció ante Amancio, quien, luego de leer en voz alta el informe sobre el juicio previo, preguntó al acusado si lo encontraba correcto. Este repuso afirmativamente y agregó:

—He confesado al verdadero Dios en Siscia y aquí haré lo mismo, porque nunca adoré a otro. A El lo llevo en el corazón y no hay hombre sobre la tierra que pueda separarlo de mí.

Amancio admitió que se sentía inclinado a perdonar; que no deseaba someter a la tortura ni mandar matar a un anciano tan venerable como el acusado y rogó encarecidamente al obispo que cumpliese con los requisitos que le exigían para tener la dicha de acabar sus días en paz. Pero en vista de que ni los halagos, ni las promesas, ni las amenazas surtieron efecto, el gobernador no tuvo otra alternativa que la de condenar al reo.

La sentencia de muerte consistía en atar una piedra al cuello del obispo y arrojarlo al río Raab. Así se hizo, en presencia de numerosos espectadores, pero el cuerpo del anciano tardó en hundirse y todos los presentes pudieron oírle rezar y pronunciar palabras de aliento para su grey, antes de que desapareciera bajo la corriente. A corta distancia, río abajo, los cristianos rescataron el cadáver. A principios del siglo quinto, los fugitivos que huían de Pannonia, invadida por los bárbaros, llevaron las reliquias de San Quirino a Roma. Ahí

quedaron guardadas en la Catacumba de San Sebastián, hasta el año de 1140, cuando se las trasladó a Santa María en Trastévere.

El texto de la *pasión* fue impreso por Ruinart en las *Acta Sanctorum*, junio, vol. I. Gran interés se despertó en torno a San Quirino, a raíz de las investigaciones de Mons. de Waal en la región de Platonia, donde se descubrieron los restos de una gran inscripción en honor del santo. Ver la monografía de de Waal *Die Apostelgruft ad Catacombas*, impresa como un suplemento al *Römische Quartalschrift* (1894); véase también a Duchesne en *La Memoria de los Apóstoles de la Via Apia*, en sus *Memorie della Pontificia Academia romana di Archeologia*, vol. I (1923), pp. 8-10; junto con CMH. p. 303.

SAN METROFANES, OBISPO DE BIZANCIO (*c.* 325 P.C.)

MUY POCO, por no decir que casi nada, es lo que sabemos de San Metrófanes, aparte de que era obispo de Bizancio en los días del emperador Constantino; probablemente fue el primer obispo en aquella ciudad, que antes se hallaba comprendida en la diócesis de Heraclea. Gozó de gran reputación de santidad entre los cristianos de oriente, quienes construyeron una iglesia en su honor, poco después de la muerte de Constantino; iglesia ésta que reconstruyó Justiniano en el siglo sexto, cuando ya estaba en ruinas. Los "sinaxarios" griegos y un "menaión", que nunca fueron tomados como fuentes de información bien documentadas, relatan su historia como sigue:

Metrófanes era el hijo de Domecio, hermano del emperador Probo. Aquel se convirtió al cristianismo y se fue a vivir a Bizancio, donde cultivó una profunda amistad con el obispo Tito. Este le confirió las órdenes y, al morir, invistió a Domicio con la dignidad episcopal. El obispado pasó a manos de los dos hijos de éste último: Probo, quien ocupó la sede durante quince años y, luego, Metrófanes. La vida de santidad del obispo fue, al parecer, uno de los factores que indujeron a Constantino a elegir la ciudad de Bizancio como su capital; el otro factor fue la inmejorable situación de la ciudad.

La avanzada edad y los achaques de Metrófanes le impidieron asistir al Concilio de Nicea, pero envió a su presbítero Alejandro para representarle. Al regreso del emperador y los clérigos que habían asistido al Concilio, el obispo Metrófanes anunció a todos, como si hiciera una profecía, que el presbítero Alejandro sería un sucesor y que era su deseo que Pablo, un jovencito, lector del obispo, sucediera a Alejandro. Pocos días más tarde, murió.

El texto de una biografía indigna de confianza de San Metrófanes, escrita mucho tiempo después de su muerte, fue impresa por I. Gedeon en
hay otro texto inscrito en BHG. Véanse además las noticias en *Acta Sanctorum*, junio. vol I y en Nilles, *Kalendarium Utriusque Ecclesiae*, vol. I, p. 172. Ver también *Texte und Untersuchungen*, vol. XXXI, parte 3 (1903), p. 188 y ss. El Martirologio Romano conmemora a San Metrófanes, al que describe como *confessor insignis*.

SAN OPTATO, OBISPO DE MILEVIS (*c.* 387 P.C.)

UNO DE los más ilustres paladines de la Iglesia durante el siglo cuarto, fue San Optato, un obispo de Milevis, en Numidia. San Agustín lo describe como a un prelado de venerable memoria que fue, por sus virtudes, ornamento de la Iglesia católica; en otro pasaje, lo compara con San Cipriano y San Hilario, convertidos, como Optato, del paganismo. San Fulgencio no sólo le honra con el

título de santo, sino que llega a colocarlo en el mismo nivel que a San Ambrosio y a San Agustín. Optato fue el primer obispo que hizo el intento de refutar por escrito los errores de los donatistas, quienes minaban a la Iglesia en Africa con un cisma y habían establecido una jerarquía rival, que rechazaba la validez de las órdenes y de los sacramentos de los católicos y declaraba ser la única y verdadera Iglesia de Cristo. Las teorías de los donatistas fueron publicadas y distribuidas en un tratado que escribió uno de sus obispos, un hombre muy hábil, llamado Parmenio. Con el propósito de exponer la falsedad de esas teorías, San Optato publicó un libro, alrededor del año 370, al que revisó e hizo algunos agregados, quince años más tarde. El tratado de Parmenio dejó de ser leído desde hace siglos; la obra de Optato aún está en vigor. Se trata de un libro escrito con palabras claras, frases enérgicas y llenas de espiritualidad; mantiene su tono de conciliación de principio a fin, porque si bien el obispo denuncia el cisma como un pecado tan grande como el parricidio, su propósito principal es el de ganarse a sus oponentes con razonamientos irrefutables.

En su escrito hace una distinción muy clara entre los herejes, a quienes llama "desertores o falsificadores del credo" y, en consecuencia, carecen de verdaderos sacramentos y de culto, y los cismáticos, que son "cristianos rebeldes con verdaderos sacramentos derivados de una fuente común". Si bien el autor se muestra de acuerdo con Parmenio en que la Iglesia es una sola, hace hincapié en que uno de sus distintivos esenciales es la universalidad o, por extensión, su catolicidad. Se pregunta cómo pueden asegurar los donatistas que ellos son la Iglesia, si están agrupados en un aislado rincón del Africa y en una pequeña colonia en Roma. Sostiene que otra de las prerrogativas de la Iglesia es la silla (sedia) de "San Pedro, que está en nuestro poder". "Pedro, dice, fue el primero en sentarse sobre esa silla y a él le sucedió Lino". A continuación, da una lista (incorrecta) de los papas, desde los primeros tiempos hasta San Siricio, el pontífice reinante por entonces, "con el cual estamos unidos, nosotros y el mundo". "Fue a Pedro, dice más adelante, a quien dijo Jesucristo: 'Yo te daré las llaves del Reino de los cielos y las puertas del infierno no prevalecerán contra ti'. ¿Con qué derecho reclamáis vosotros esas llaves, vosotros los que pretendéis luchar contra la silla de Pedro? No podréis negar que la silla episcopal se le dio a Pedro originalmente, en la ciudad de Roma; que él fue el primero en ocuparla como cabeza de los Apóstoles; que su silla es única y que la unidad se mantiene mediante la unión con ella; que los otros apóstoles no pensaron en establecer sedes rivales y que sólo los cismáticos se han atrevido a hacer semejante cosa". A las enseñanzas de los donatistas, opuso la doctrina católica, donde se afirma la santidad de los sacramentos por sí mismos, ya que su esencia no depende del carácter de las personas que los administran.

Respecto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, indica que éste no se encuentra en aquélla, sino que la Iglesia está en el Estado (es decir en el Imperio Romano). Al abordar el tema del pecado original y la necesidad del bautismo regenerador, alude a los exorcismos y a la unción que se realizan en el bautismo. También describe las ceremonias de la misa, a la que alude como sacrificio, menciona las penitencias que la Iglesia proponía en su tiempo y la veneración tributada a las reliquias.

Nada más se sabe sobre la historia de San Optato; aún vivía en el año 384, pero la fecha de su muerte no se registró. Baronio agregó su nombre al Martirologio Romano.

Hay una breve nota sobre San Optato en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, pero en relación con su historia personal, apenas si hay información. Sus escritos presentan muchos puntos interesantes que, en épocas recientes, han discutido los estudiosos. Véase por ejemplo a O. R. Vasall-Phillips, en *The works of S. Optatus against the Donatists* (1911); L. Duchesne, *Mélanges d'Archeologie et d'Histoire* (1890), pp. 589-650; N. H. Bynes en *Journal of Theological Studies* (1924), pp. 37-94 y (1925), pp. 404-406; P. Monceaux, *Histoire Littéraire de l'Afrique Chrétienne*, vol. V; y A. Wilmart en *Recherches* (1922), pp. 271-302 y en *Revue Bénédictine*, vol. XLI (1929), pp. 197-203; Gebhardt, *Acta Martyrum Selecta* (1902), pp. 187 y ss; y Abbot Chapman en *Catholic Encyclopedia*, vol. XI.

SANTA VICENTA GEROSA, VIRGEN, COFUNDADORA DE LAS HERMANAS DE LA CARIDAD DE LOVERE (1847 P.C.)

MÁS ADELANTE, en la fecha del 26 de julio, se encontrará el artículo correspondiente a Santa Bartolomea Capitanio, fundadora de las "Suore della Caritá" de Lovere, un instituto que se asemeja tanto en su espíritu como en sus actividades a la mundialmente famosa institución de Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul. En la tarea de dar vida a su proyecto, Bartolomea contó con la ayuda y la colaboración de una compañera de mayor edad que ella y también nacida en Lovere. Caterina Gerosa (el nombre de Vicenta lo adoptó al tomar el hábito de monja) había nacido en 1784 y, durante cuarenta años, llevó una vida muy virtuosa, casi exclusivamente dedicada a obras de caridad y al trabajo doméstico, que debió de desempeñar desde muy temprana edad, cuando perdió a sus padres. Fue entre los años 1823 y 1824 cuando entró en estrechas relaciones con Bartolomea Capitanio, al sentirse las dos íntimamente conmovidas por un llamamiento hecho por Mons. Nava, obispo de Brescia, quien pedía voluntarios para un trabajo de rescate de almas, particularmente por medio de la educación de los jóvenes, terriblemente descuidada en toda la parte de Italia que, por entonces, se hallaba bajo la dominación de Austria. A pesar de que Caterina Gerosa se inclinaba más a cuidar a los enfermos y servir a los pobres, quedó convencida desde un principio, de que debía sumar sus fuerzas a las de aquella amiga más joven que se sentía llamada a educar a los niños.

A fin de cuentas, las dos tendencias se fundieron en la institución que ambas mujeres proyectaron, de acuerdo con la Regla de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul. Con gusto se habrían afiliado a la gran orden francesa, pero las ideas políticas del momento, que se negaban a reconocer cualquier organización que dependiese del extranjero, se los impidió. Sin embargo, la tarea prosperó de manera asombrosa, no obstante la falta de recursos y a pesar de que, en 1833, la más joven y activa de las fundadoras, murió a la temprana edad de veintitrés años. Vicenta tuvo que cargar sola con todo el trabajo, pero dio muestras de una extraordinaria entereza, como si estuviese poseída por el espíritu de Dios. Fue una organizadora admirable y, bajo su gobierno, aumentaron los reclutamientos, y las fundaciones se multiplicaron. Ella, en lo personal, era la más humilde de las criaturas y, a duras penas, soportaba las muestras de respeto que se le prodigaban. Siempre que sentía necesidad de fortaleza o de guía, apelaba a los sufrimientos de Nuestro Señor en la cruz. Sobre esa devoción solía decir: "El que no haya aprendido cuál es el significado del crucifijo, nada sabe, y el que conozca a su crucifijo, nada más tiene que aprender". Tras una larga enfermedad que soportó con paciencia inquebrantable, la madre Vicenta murió el 29 de junio de 1847. Fue canonizada en 1950.

En 1905, Luigi Mazza, S. J. publicó un detallado relato sobre la Beata Bartolomea Capitanio y su institución, complementado en 1910 con una *Vita della Madre Vincenza Gerosa*. El decreto de beatificación se encuentra en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. xxv, 1933, pp. 300-303 e incluye un resumen biográfico. Ver también a Kempf, *The Holiness of the Church in the Ninteenth Century*, pp. 204-207.

5: SAN BONIFACIO, ARZOBISPO DE MAINZ, MÁRTIR (754 P.C.)

EL TITULO de "Apóstol de Alemania" corresponde particularmente a San Bonifacio, porque si bien Baviera y el Valle del Rin ya habían aceptado el cristianismo antes de su época y algunos misioneros habían predicado ya en otras partes, sobre todo en Turingia, a él le pertenece el crédito por haber evangelizado y civilizado sistemáticamente las grandes regiones centrales de Alemania, por haber fundado y organizado iglesias y por haber creado una jerarquía bajo la jurisdicción directa de la Santa Sede. Otra de las grandes obras del santo, casi tan importante como la anterior, aunque no tan generalmente reconocida, fue la regeneración de la Iglesia de los francos.

Bonifacio o Winfrido, para darle el nombre que se le impuso en el bautismo, nació alrededor del 680, probablemente en Crediton del Devonshire. A la edad de cinco años, luego de escuchar la conversación de algunos monjes que se hospedaron en su casa, decidió llegar a ser como ellos y, al cumplir los siete, sus padres le enviaron a estudiar a un monasterio cerca de Exeter. Unos siete años más tarde, se trasladó a la abadía de Nursling, en la diócesis de Winchester. Ahí se convirtió en el discípulo dilecto del sabio abad Winberto y, luego de completar sus estudios, se le nombró director de la escuela. Su habilidad para la enseñanza, unida a su simpatía personal, aumentaron el número de alumnos, para cuyo beneficio el santo escribió la primera gramática latina que se haya hecho en Inglaterra. Sus alumnos le respetaban y le escuchaban con entusiasmo; durante sus clases, tomaban notas que luego estudiaban asiduamente y hacían circular entre sus compañeros. A la edad de treinta años Winfrido recibió las órdenes sacerdotales y entonces encontró nuevos campos para desarrollar su talento, en los sermones e instrucciones que indefectiblemente extraía de la Biblia, un libro que leyó y estudió con deleite durante toda su vida.

Sin embargo su vocación no estaba colmada con las actividades de la enseñanza y la predicación; cuando creyó cumplida su tarea en su tierra natal, se sintió llamado por Dios a emplear sus energías en el terreno de las misiones extranjeras. Todo el norte y gran parte del centro de Europa se hallaban hundidos todavía en las tinieblas de la herejía; en Frieslandia, San Willibrordo había luchado durante largo tiempo contra enormes dificultades para inculcar las verdades del Evangelio a las gentes. Winfrido pensó que debía dirigirse a Frieslandia y, tras de arrancar con súplicas y ruegos, una autorización de su abad, se embarcó junto con dos compañeros y tocó tierra en Duunstede, en la primavera de 716. Sin embargo, el momento era inoportuno para iniciar la tarea y Winfrido, al ver que serían inútiles sus esfuerzos, regresó a Inglaterra en el otoño. Sus fieles y discípulos de Nursling, dichosos de tenerle de nuevo entre ellos, recurrieron a todos los medios para hacerlo quedar, incluso le nombraron abad a la muerte del sabio Winberto, pero nada de eso apartó a Winfrido de su decisión. El fracaso de su primer intento le había convencido de que, si deseaba

triunfar, necesitaba obtener un mandato directo del Papa. En 718, se presentó resueltamente ante San Gregorio II en Roma, para solicitarlo. A su debido tiempo, el Pontífice lo despachó con la misión de llevar la palabra de Dios a los herejes en general. Fue entonces cuando cambió su nombre de Winfrido por el de Bonifacio. Sin pérdida de tiempo, el santo partió con destino a Alemania, cruzó los Alpes, atravesó Baviera y llegó al Hesse.

Apenas comenzaba a desarrollar su misión, cuando recibió noticias de la muerte del pagano Rodbord, el regente local, y sobre las poquísimas esperanzas que había de que sucediese al extinto algún gobernante que favoreciera a los cristianos. Obedeciendo a lo que él consideró como un segundo llamado a su misión original, Bonifacio regresó a Frieslandia, donde trabajó enérgicamente bajo la dirección de San Willibrordo durante tres años. Pero cuando éste, que ya era muy anciano, le anunció su decisión de nombrarle su auxiliar y sucesor, San Bonifacio rehusó a aceptar y recordó que el Papa le había confiado una misión general, no limitada a una sola diócesis. Al poco tiempo, temeroso de verse obligado a aceptar, regresó al Hesse. Los dialectos de las diversas tribus teutonas del noroeste de Europa, tan semejantes a la lengua que, por aquel entonces se hablaba en Inglaterra, no ofrecieron ninguna dificultad a Bonifacio para darse a entender y, a pesar de que hubo otros tropiezos, la misión progresó con notable rapidez. En poco tiempo, Bonifacio pudo enviar a la Santa Sede un informe tan altamente satisfactorio, que el Papa hizo venir a Roma al misionero, con miras a confiarle un obispado.

El día de San Andrés del año 722, fue consagrado obispo regional con jurisdicción general sobre Alemania. El Papa Gregorio le confió una carta para que la llevara al poderoso Carlos Martel. Gracias a la misiva que el recién consagrado obispo entregó personalmente cuando pasó por Francia, camino de Alemania, se le concedió un pliego sellado para que gozara de absoluta protección. Armado así con la autoridad de la Iglesia y del Estado, Bonifacio regresó al Hesse y, como primera medida, se propuso arrancar de raíz las supersticiones paganas que constituían el principal obstáculo para el progreso de la evangelización y para la estabilidad de los primeros convertidos. En una ocasión, ampliamente anunciada de antemano y en medio de la muchedumbre azorada y expectante, Bonifacio y sus cristianos la emprendieron a hachazos contra uno de los objetos de mayor veneración popular: el encino sagrado de Donar, que se hallaba en la cumbre del monte Gudenberg, cerca de Fritzlar, en Geismar. Bastaron unos cuantos golpes para que el árbol enorme cayera al suelo, desgajado el grueso tronco en cuatro partes y las gentes, que esperaban ver llover fuego del cielo sobre los autores de tan nefando ultraje, debieron reconocer que sus dioses eran impotentes para proteger sus propios santuarios. Desde aquel momento, la tarea de la evangelización avanzó constantemente. Para el celo de Bonifacio, los éxitos alcanzados en un lugar eran una señal para buscar otro y, por lo tanto, en cuanto consideró que podía dejar solos a sus fieles del Hesse, se trasladó a Turingia.

Ahí encontró un pequeño núcleo de cristianos, incluyendo a unos pocos sacerdotes celtas y francos, pero éstos fueron un obstáculo más que una ayuda. En Ohrdruf, cerca de Gotha, estableció su segundo monasterio, con el propósito de crear ahí un centro misional para Turingia. Por todas partes encontró a las gentes ansiosas por escucharle; era evidente que faltaban maestros para tantos alumnos. A fin de obtenerlos, Bonifacio tuvo la brillante idea de solicitar el

envío de monjes a los monasterios de Inglaterra, con los cuales había mantenido una correspondencia regular. Los ingleses, por su parte, no habían dejado de interesarse en el trabajo del misionero, a pesar del tiempo transcurrido. Es innegable que el entusiasmo y la energía del santo resultaban contagiosos, y que cuantos le trataban o colaboraban con él, se sentían impulsados a trabajar al mismo ritmo; pero sin duda que la respuesta a su pedido a los ingleses sobrepasó sus cálculos más optimistas. Durante varios años consecutivos, nutridos grupos de monjes y monjas, los más selectos representantes de las casas religiosas del Wessex, cruzaron el mar para ponerse a las órdenes del santo, quien les enviaba a predicar el Evangelio a los herejes. Hubo necesidad de ampliar los dos monasterios que habían fundado para dar cabida a tanto misionero. Entre los monjes ingleses, venían personajes como San Lull, que habría de ser sucesor de San Bonifacio en el obispado de Mainz; San Coban, quien compartió con Bonifacio la gloria del martirio; San Burchardo y San Wigberto; entre las mujeres, descollaron también algunas, como Santa Tecla, Santa Walburga y la hermosa y culta prima de San Bonifacio, Santa Lioba.

En el año 731, murió el Papa Gregorio II, y su sucesor, Gregorio III, a quien San Bonifacio había escrito, le envió el palio y el nombramiento de metropolitano para toda Alemania más allá del Rin, con autoridad para crear obispados donde lo creyera conveniente. Unos cuantos años más tarde, el santo fue a Roma por tercera vez con el fin de tratar asuntos relacionados con las iglesias que había fundado. En esa ocasión, se le nombró delegado de la Sede Apostólica. También entonces, en la abadía de Monte Cassino, descubrió a un nuevo misionero para Alemania en la persona de San Willibaldo, hermano de Santa Walburga. Valido de su dignidad de legado apostólico, organizó su jerarquía en Baviera, destituyó a los malos sacerdotes y puso remedio a los abusos. De Baviera pasó a sus centros de misión, donde procedió a crear los nuevos obispados de Erfurt, en Turingia; Beraburg, en Hesse; Würzburg, en Franconia; y posteriormente creó también una sede episcopal en Nordgau, para la región de Eichstätt. Cada una de esas diócesis la dejó a cargo de uno de sus discípulos ingleses. En el año de 741, San Bonifacio y su joven discípulo San Sturmi, fundaron y comenzaron a construir la célebre abadía de Fulda que, con el tiempo, llegó a ser lo que San Bonifacio había deseado que fuese: el Monte Cassino de Alemania.

Mientras la evangelización de los alemanes seguía progresando al mismo paso, la situación de la Iglesia en Francia, bajo el reinado del último monarca merovingio, iba de mal en peor. Los más altos puestos eclesiásticos permanecían vacantes, cuando no se vendían al mejor postor; los clérigos no sólo eran ignorantes e indiferentes, sino que, a menudo, adolecían de pésimas costumbres o eran herejes; y habían transcurrido ochenta y cinco años sin que se celebrase un solo concilio eclesiástico. El mayordomo de palacio, Carlos Martel, se decía el paladín de la Iglesia y, sin embargo, no cesaba de explotarla y aun saquearla, a fin de obtener fondos para continuar sus interminables guerras, sin hacer absolutamente nada por ayudarla. Pero, en 741, murió Carlos Martel y ascendieron al trono sus hijos, Pepino y Carloman; con esto, se presentó una oportunidad favorable, que San Bonifacio no dejó de aprovechar. Carloman era muy devoto y, en consecuencia, era fácil, sobre todo para San Bonifacio, a quien el regente admiraba y veneraba, convencerlo a que convocase un sínodo que pusiera término al relajamiento y los abusos. Así fue; a la primera asamblea siguió una segunda, celebrada en 743. Para no ser menos, Pepino convocó al año

siguiente, un sínodo para las Galias, al que siguió un concilio general para las dos provincias. San Bonifacio presidió todas estas reuniones y tuvo éxito en realizar todas las reformas que creyó necesarias. Se infundió nuevo vigor al cristianismo y se pudo decir que, al cabo de cinco años de arduo trabajo, San Bonifacio devolvió su antigua grandeza a la Iglesia en las Galias. La fecha del quinto concilio de los francos, año de 747, fue también memorable para Bonifacio en otros aspectos. Hasta entonces, su misión había sido general y consideró llegado el momento de tener una sede metropolitana fija. Para ello eligió a la ciudad de Mainz, y el Papa San Zacarías le consagró primado de Alemania, así como delegado apostólico para Alemania y las Galias.

Apenas se acababa de completar este acuerdo, cuando Bonifacio perdió a su aliado, Carloman, que decidió retirarse a un monasterio. Quedaba Pepino, quien había reunido a Francia bajo su régimen y que, si bien era un hombre de otras ideas, siguió dando al santo el apoyo que aún necesitaba. "Sin el patrocinio de los jefes de Francia", decía en una carta a uno de sus amigos ingleses, "no podría gobernar al pueblo ni imponer la disciplina a clérigos y monjes, así como tampoco acabar con las prácticas del paganismo". En su carácter de delegado del Papa, coronó a Pepino en Soissons; pero no hay absolutamente ninguna prueba para sostener la teoría de que Pepino asumiese la autoridad nominal y virtual, con el beneplácito o siquiera el conocimiento del santo.

Ya por entonces, Bonifacio era y se sentía viejo; él mismo admitía que la administración de una provincia tan vasta como la suya requería el vigor de un hombre joven. Hizo gestiones para que se nombrase a su discípulo, San Lull, como sucesor; pero no por dejar el alto cargo que desempeñaba, pensó en descansar. El celo misionero ardía en él con la fuerza de siempre, y estaba decidido a pasar los últimos años de su vida junto a sus primeros convertidos, los frieslandeses, que, desde la muerte de San Willibrordo, estaban cayendo de nuevo en el paganismo. Así, a la edad de sesenta y tres años, se embarcó con algunos compañeros para navegar río abajo por el Rin. En Utrecht se unió al grupo el obispo Eoban. Al principio, los misioneros se limitaron a predicar en la parte del país que ya había sido evangelizada antes; pero a comienzos de la primavera del año siguiente, decidieron cruzar el lago que dividía a Frieslandia, por la mitad y se internaron en la región del noreste, donde hasta entonces no había penetrado ningún misionero. Sus esfuerzos parecían tener éxito, a juzgar por el gran número de paganos que acudían a pedir el bautismo. San Bonifacio hizo los arreglos para una confirmación en masa, en la víspera de Pentecostés, en un campamento levantado sobre la planicie de Dokkun, en la ribera del riachuelo Borne.

En el día señalado, el santo estaba leyendo dentro de su tienda, en espera de los nuevos convertidos, cuando una horda de hostiles paganos apareció de repente con evidente intención de atacar el campamento. Los pocos cristianos que se encontraban ahí rodearon a San Bonifacio para defenderle, pero éste no se los permitió. Les pidió que permanecieran a su lado, los exhortó a confiar en Dios y a recibir con alegría la posibilidad de morir por la fe. En eso estaba, cuando el grupo fue atacado brutalmente por la horda furiosa. San Bonifacio fue uno de los primeros en caer, y todos sus compañeros sufrieron la misma suerte. El cuerpo del santo fue trasladado finalmente al monasterio de Fulda, donde aún reposa. También se atesora ahí el libro que estaba leyendo el santo

en el momento del ataque. Se afirma que el mártir levantó en alto aquel libro, para que no sufriera tanto daño como él mismo y, en efecto, las pastas de madera del pequeño volumen tienen muescas causadas por los cuchillos y algunas manchas que se supone sean las de la sangre del mártir.

El juicio asentado por Christopher Dawson, de que San Bonifacio "ejerció una influencia más profunda en la historia de Europa que cualquier otro de los personajes inglesas de la época" (*The Making of Europe*, 1946, p. 166), es difícil de contradecir. A su notable santidad, a su inmensa energía y maravillosa previsión de misionero y reformador, a su gloria de mártir, habría que agregar su gentileza personal y la modestia y sencillez de su carácter que se adivinan, sobre todo, a través de sus cartas. Aun sus contemporáneos, como el arzobispo Cutberto de Canterbury, escribían sobre él grandes alabanzas como ésta: "Con un sentimiento de honda gratitud, nosotros, en Inglaterra, lo contamos ya entre los mejores y más grandes maestros de la verdadera fe"; el mismo arzobispo agrega que la fiesta de San Bonifacio deberá celebrarse cada año en Inglaterra, como la de uno de sus patronos, igual que las de San Gregorio el Grande y San Agustín.

Hay numerosas biografías antiguas de San Bonifacio, pero la más importante es la de Willibaldo; varias de entre ellas se encuentran en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I; pero existe un texto crítico mucho mejor, inserto en MGH., especialmente en el volumen editado por W. Levison, *Vitae Sancti Bonifacii epis. Moguntini.* Una cantidad considerable de literatura, la mayoría de origen alemán, centrada en San Bonifacio, existe en diversas obras que es imposible citar aquí. Una fuente de información de máxima importancia es la colección de cartas del propio santo, editada por Tangl en MGH., *Epistolae Selectae*, vol. I. Las mejores biografías alemanas son las de G. Schnürer (1909) y J. J. Laux (1922); véase también un excelente libro sobre su trabajo misional, escrito por F. Flaskamp (1929). Hay asimismo un admirable estudio escrito en francés por G. Kurth, así como una buena biografía del obispo anglicano G. F. Browne, *Boniface of Crediton* (1910). Véase también, *England and the Continent in the Eighth Century* de W. Levison (1946); a E. S. Duckett, *Anglo-Saxon Saints and Scholars* (1947). Hay una traducción con notas de la biografía de Willibaldo, hecha por C. H. Talbot, con el título de *Anglo-Saxom Missionaries in Germany* (1954). Debemos aclarar que el autor no fue Willibaldo el santo.

SAN DOROTEO DE TIRO, MÁRTIR (¿362? P.C.)

EL MÁRTIR San Doroteo que conmemora el Martirologio Romano el 5 de junio, era un sacerdote de Tiro y obispo de esa diócesis, según algunas autoridades en la materia. Durante el reinado de Diocleciano, tras de haber sufrido toda suerte de penurias por la causa de la fe en su ciudad natal, fue por fin desterrado. Un alivio en el rigor de la persecución le permitió regresar al seno de su rebaño y asistir al Concilio de Nicea, en 325. Pero en cuanto Juliano el Apóstata ocupó el trono, se reanudó la persecución y entonces Doroteo huyó de nuevo para refugiarse en Odissópolis, en la Tracia, donde ahora se encuentra el puerto búlgaro de Varna. Sin embargo, hasta ahí le acosaron sus perseguidores, que le descubrieron, le aprehendieron y le apalearon tan brutalmente, que murió a consecuencia de los golpes. Se dice que, por entonces, tenía 107 años. No hay que confundir a este santo con otro del mismo nombre, quien era mayordomo en el taller donde se teñían las telas, en Tiro, que también murió martirizado durante el reinado de Diocleciano y cuya fiesta se celebra el 9 de septiembre en el Martirologio Romano.

A decir verdad, el nombre de Doroteo era muy común, puesto que los

griegos honran a varios santos del mismo apelativo, y hasta hay cierta confusión en las historias de unos y otros. De entre éstos, no menos de tres, aparte del que nos ocupa, fueron colocados por los bolandistas el 5 de junio, a pesar de que ninguno de ellos parece estar asociado con esa fecha. Lo que es más: dos de los santos con el nombre de Doroteo, no han tenido nunca ningún culto. Estos son: Doroteo el Tebano, de quien Paladio escribió un breve relato en el segundo capítulo de su *Historia Lausiaca*, y el archimandrita Doroteo, un monje de Gaza (cf. San Dositeo, 23 de febrero), cuyos escritos sobre el ascetismo fueron tan estimados por el abad de Roncé, que los hizo traducir al francés por sus trapenses. El cuarto Doroteo tiene su artículo en esta obra el 5 de enero, día en que le conmemoran los griegos.

Este es el único San Doroteo que conmemora el Martirologio Romano en este día. A pesar de que su historia se encuentra en la *Chronographia* de Teófanes, parece ser enteramente apócrifa. Es posible que se le haya sugerido escribirla a un redactor de oficio, de acuerdo con las referencias que Eusebio hizo sobre (*Hist. Ecles*., lib. VII, c. XXXII; lib. VIII, c. VI) un sabio Doroteo que vivió en Siria en su tiempo, y que fue nombrado mayordomo en los talleres para el teñido de las telas. Sin embargo, los intentos de identificación resultan inútiles. Bajo el nombre de este supuesto Doroteo de Tiro, circularon algunos escritos relacionados con los Profetas, los Apóstoles y los setenta y dos discípulos. Ver DTC., vol. IV (1911), cc. 1786-1788; y T. Schermann, *Propheten und Apostellegenden*. Para datos sobre el Tebano, ver al abad Butler, *Lausiac History* (1904), vol. II; y para el archimandrita, ver *Echos d'Orient*, vol. IV (1901), pp. 359-363 y el *Byzantinische Zeitschrift*, vol. XIII (1904), pp. 423 y ss.

SAN SANCHO, MÁRTIR (851 P.C.)

SANCHO nació en Albi, al sur de Francia. Era todavía muy niño, cuando los moros de España hicieron una incursión, lo secuestraron y lo llevaron como prisionero de guerra, hasta la ciudad española de Córdoba. Ahí fue obligado a ingresar en las filas de los jóvenes cadetes que se entrenaban en el uso de las armas, para convertirse en "*doncellos*" o genízaros del ejército moro. Inspirado, al parecer, por el ejemplo de San Isaac de Córdoba (ver 3 de junio), el joven Sancho hizo una abierta declaración de su cristianismo y negó con valor la divinidad del profeta Mahoma. Inmediatamente fue sometido a juicio y condenado a muerte. Varios otros cristianos perecieron al mismo tiempo y por la misma causa; pero parece ser que solamente Sancho, sin duda para escarmiento de los que presenciaron el suplicio, sufrió la horrible tortura de ser empalado en vida. Se le acostó boca abajo en el suelo y se le atravesó el cuerpo con estacas que luego, con el cadáver ensartado en ellas, fueron clavadas en un sitio concurrido para exhibir al ajusticiado durante varios días, tal como habrían de hacerlo después los moros con San Isaac. El cadáver de Sancho fue por fin incinerado y las cenizas se dispersaron en el río Guadalquivir.

De nuevo en este caso, como en el de San Isaac (3 de junio), toda nuestra información deriva de los escritos de Eulogio. Véanse las notas bibliográficas en el artículo de San Isaac. Otros de los mártires de esta persecución, se conmemoran el 7, 13, 14 y 28 de este mes en el Martirologio Romano.

BEATO FERNANDO DE PORTUGAL (1443 P.C.)

COMO EL príncipe Fernando el Constante, héroe en una de las piezas más bri-

llantes del gran dramaturgo español Calderón de la Barca, es como mejor conoce el mundo al Beato Fernando de Portugal. El príncipe Fernando nació en Santarem, el 29 de septiembre de 1402. Su padre fue el rey Juan I de Portugal. Su madre, Felipa, era hija de Juan de Gante y por consiguiente, el príncipe resultaba ser el bisnieto del rey Eduardo III de Inglaterra. Desde pequeño fue muy devoto y, a pesar de su débil constitución y sus frecuentes enfermedades, llevó siempre una vida austera y disciplinada. Desde la edad de catorce años rezaba con regularidad las horas canónicas, de acuerdo con el libro *Use of Sarum* (una práctica que debe haber aprendido de su madre inglesa) y no se dejó arrastrar por las tentaciones y la vida disipada de la corte.

La súbita muerte de su padre le dejó tan desprovisto, que su hermano mayor, Eduardo (Duarte), le confirió el título de gran maestre de los Caballeros de Aviz, una orden originalmente establecida con el nombre de "Nueva Milicia" para combatir a los moros. El Papa había otorgado a los príncipes de Portugal una dispensa que, a pesar de ser laicos, les permitía ocupar ese puesto eminentemente eclesiástico. Fernando se mostraba rehacio a aceptarlo, pero al fin se avino a ocuparlo. Por ese entonces, manifestó su deseo de ir a establecerse en Inglaterra, donde tenía asegurada una cariñosa acogida por parte de sus primos en Lancaster; pero el rey Eduardo de Portugal se negó a autorizar a su hermano para que abandonase el país. Poco después, el Papa Eugenio IV envió a un delegado para que ofreciera al príncipe el capelo cardenalicio y, de nuevo, los escrúpulos de Fernando le impidieron aceptar. Declinó el honor con el pretexto de que no podría soportar el peso de tamaña dignidad sobre su conciencia.

Quizá se debió en gran parte a la insistencia de Fernando, contraria a los consejos de su otro hermano, Don Pedro, y del Papa Eugenio, que el rey Eduardo se decidiese a enviar una expedición contra los moros en Africa, al mando de sus dos hermanos menores, Enrique el Navegante y Fernando. A pesar de que éste último se hallaba enfermo en el momento de embarcar, lo disimuló para no retrasar la partida. La expedición llegó a Ceuta donde encontró sólo a la mitad del número de hombres que el rey le había destinado, pero la impaciencia de los príncipes hizo que se continuara la navegación, sin aguardar la llegada de los refuerzos. Su primer objetivo era tomar a Tanger, y hacia allá se dirigieron para atacar el puerto con singular audacia. Pero sus fuerzas eran reducidas y el resultado fue desastroso. Los portugueses, vencidos, pudieron salvar la vida gracias a que aceptaron los términos más humillantes que los moros eligieron para imponerles y se retiraron, dejando a Fernando como rehén en poder del enemigo. El príncipe, cautivo con otros doce hombres, entre los que se hallaba su secretario Alvarez, quien más tarde habría de escribir la biografía del beato, fue internado en la población de Arzilla, donde padeció una enfermedad que lo dejó postrado durante siete meses. Parece ser que, al principio, los prisioneros recibieron un trato relativamente benigno; sin embargo, cuando los moros se enteraron de que Portugal se negaba a ratificar el tratado por el cual se les entregaría la ciudad de Ceuta, descargaron su indignación sobre los rehenes.

En mayo de 1438, el grupo, con el príncipe a la cabeza, fue trasladado a Fez, donde quedó prisionero en condiciones insufribles. Cargado de cadenas y constantemente amenazado con proceder a su ejecución, pasaba los días en los trabajos más rudos y denigrantes, como el de limpiar letrinas, barrer los establos y los jardines; las noches eran una tortura, en el hacinamiento, la incomodi-

dad y el ambiente fétido del calabozo. Sin embargo, nunca se le oyó quejarse ni pronunciar una palabra dura contra los moros. Se preocupaba mucho más por la suerte de sus compañeros de infortunio que por la suya propia; varias veces se rehusó a aprovechar la oportunidad de escapar; tan sólo por no abandonar a los otros ni exponerlos a un tratamiento más cruel. El rey y los príncipes sus hermanos hicieron repetidos esfuerzos para rescatarlo, pero los moros se negaron a dejarle en libertad bajo otra condición que la entrega de Ceuta.

Durante los últimos quince meses de su vida, tuvo que soportar pruebas aún más duras. Fue separado de sus compañeros y arrojado a un calabozo estrecho y sin ventilación. Hacia el sexto año de su cautiverio, ya era evidente que sus días estaban contados. Aún se le mantenía en el calabozo, pero se había permitido que lo visitaran un médico, un sacerdote y algunos de sus compañeros cristianos. Poco antes de su muerte, tuvo el consuelo de una visión de Nuestra Señora, el arcángel San Miguel y San Juan el Evangelista. Pasó de la pestilente oscuridad del calabozo a la eterna luz del cielo, el 5 de junio de 1443. Su cadáver fue expuesto, cabeza abajo, en la muralla de la ciudad. En 1451, el secretario Alvarez recuperó la libertad y llevó consigo de regreso a Portugal el corazón del príncipe. Doce años más tarde, los huesos de Fernando de Portugal se trasladaron al reino y se los depositó en la iglesia de Nuestra Señora de la Batalha, en la diócesis de Leira. El culto al Beato Fernando de Portugal fue autorizado por la Santa Sede en 1470.

Juan Alvarez, el fiel secretario del príncipe, escribió en portugués una biografía del beato con el título de *Chronica dos feitos vida e morte do Iffante D. Fernando* (Lisboa, 1577); la traducción latina de esta vida se insertó en *Acta Sanctorum*, junio, vol. I. Véase también la biografía de M. Gloning (1916). A Sánchez Moguel, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, vol. XX (1892), pp. 332 y ss. Se pueden obtener algunas informaciones sobre el particular en las biografías de Enrique el Navegante, por ejemplo, en las que escribieron R. H. Major (1868) y J. P. Oliveira Martins.

6: SAN NORBERTO, Arzobispo de Magdeburgo, Fundador de los Canónigos Regulares de Prémontré (1134 p.c.)

EL LUGAR de nacimiento de San Norberto fue la ciudad de Xanten, en el ducado de Cléves. Su padre, Heriberto, conde de Gennep, estaba emparentado con el emperador; su madre, Eduviges de Guisa, descendía de la noble casa de Lorena. No obstante que el noble jovencito parecía no ambicionar nada más que una vida de diversiones y placeres, decidió de pronto abrazar la vida religiosa, recibió las órdenes menores, incluyendo el subdiaconato, y se le dio una canonjía en la iglesia de San Víctor, en Xanten, así como otros beneficios. En la corte del emperador Enrique V, quien le nombró su limosnero, Norberto participó en las diversiones, pero ya con cierto desgano, como si le preocuparan otros asuntos más serios. Cierto día, cuando cabalgaba a campo traviesa, en las proximidades de la aldea de Wreden, en la Westfalia, fue sorprendido por una tempestad violentísima. El caballo, asustado por el fulgor de un rayo, hizo caer a su jinete y Norberto quedó tirado, sin conocimiento, durante casi una hora. Las primeras palabras que pronunció al volver en sí, fueron las de San Pablo en el camino a Damasco: "¡Señor! ¿Qué quieres que yo haga?" A esta pregunta respondió una voz interior: "Apártate del mal y

haz el bien: busca la paz y persíguela".

La conversión fue tan repentina y absoluta como la del gran Apóstol de las Gentes. Norberto se retiró inmediatamente a Xanten para entregarse a la oración, el ayuno, la meditación y el examen de su vida pasada. Después, hizo un retiro en la abadía de Siegburg, en Colonia, donde quedó bajo la benéfica influencia del abad Conon. Estaba entonces en la etapa de preparación para recibir las órdenes sacerdotales, las que hasta entonces se había mostrado rehacio a tomar, pese a su canonjía. Frederick, el arzobispo de Colonia, le confirió el sacerdocio y el diaconato en 1115. En esa ocasión apareció vestido con una zalea atada a la cintura con una cuerda, a fin de manifestar públicamente su determinación de renunciar a las vanidades del mundo. Al cabo de otros cuarenta días de retiro, regresó a Xanten, decidido a no apartarse ni un ápice de la vida evangélica. La forma vigorosa que usaba en sus exhortaciones, sumada a ciertas aparentes excentricidades en su comportamiento, le crearon enemigos y, durante el Concilio de Fritzlar, en 1118, fue denunciado ante el delegado del Papa, como un hipócrita y un reformador, llegándosele a acusar de haberse dedicado a predicar sin tener licencia y sin que nadie le hubiese asignado esa misión. La actitud que asumió entonces Norberto, debe haber disipado todas las dudas respecto a su sinceridad. Vendió todas sus propiedades en casas, campos y terrenos; el producto de la venta, junto con el resto de sus bienes, lo distribuyó entre los pobres y no reservó para sí más que cuarenta marcos de plata, una mula (que murió pronto), un misal, las vestiduras indispensables, un cáliz y una patena. Entonces, en compañía de dos asistentes, servidores suyos que se habían negado a abandonarle, viajó a pie y descalzo hasta Saint Guilles, en el Languedoc, donde residía el exilado Pontífice Gelasio II. A los pies del Vicario de Cristo hizo una confesión general de sus errores e irregularidades y ofreció cumplir cualquier penitencia que se le impusiera. En respuesta a su solicitud, el Papa le autorizó a predicar el Evangelio en cualquier parte que eligiese.

Provisto de su licencia, San Norberto reanudó su marcha, descalzo sobre la nieve, puesto que era pleno invierno, e insensible, al parecer, a las inclemencias del tiempo. Al llegar a Valenciennes, sus dos compañeros cayeron enfermos y murieron. Pero no por eso Norberto quedó solo; aún se hallaba en Valenciennes cuando recibió la visita de Burchardo, arzobispo de Cambrai y su joven capellán, el Beato Hugo de Fosses. El arzobispo se mostró asombrado ante el cambio que se había operado en el hombre a quien conoció como un cortesano frívolo, mientras que la impresión de Hugo fue tan profunda, que en aquel momento decidió seguir a Norberto. Con el correr del tiempo, llegó a ser el discípulo más fiel del santo y, eventualmente, le sucedió como superior de su orden.

En 1119, cuando el Papa Calixto II ocupó el puesto que dejó vacante Gelasio II, San Norberto fue a Reims, donde el Pontífice asistía a un concilio, para obtener una renovación de las sanciones recibidas del Papa anterior. A pesar de que el santo no llegó a realizar los propósitos que perseguía, Bartolomé, el obispo de Laon, obtuvo permiso para retener al misionero en su diócesis, a fin de que le ayudara a reformar al grupo de canónigos regulares de San Martín, en Laon. Pero como los canónigos no se mostraban bien dispuestos a aceptar las estrictas reglas impuestas por San Norberto, el obispo ofreció a la elección del santo varios sitios en los que podía fundar su propia comunidad religiosa. Norberto escogió un valle solitario, llamado de Prémontré, enclavado en el bosque de

Coucy, que había sido abandonado antes por los monjes de San Vicente de Laon, a causa de la infertilidad del suelo. Ahí empezó con trece discípulos, pero el número creció rápidamente y fueron cuarenta los que hicieron su profesión el día de Navidad de 1121. Llevaban hábito blanco y seguían la regla de San Agustín, con algunos reglamentos adicionales. Su manera de vivir era extremadamente austera, pero en realidad, su institución no era tanto una nueva orden religiosa, como una reforma a los cánones regulares. Con extraordinaria prontitud se extendió la institución a otros países, y muchas personas distinguidas de ambos sexos se ofrecieron como postulantes e hicieron donaciones de terrenos para nuevas fundaciones. Entre estos reclutas se hallaban el Beato Godofredo de Kappenberg, el Beato Evermondo y el Beato Waltman.

Cuando la nueva organización contaba con ocho abadías y uno o dos conventos de monjas, San Norberto manifestó el deseo de asegurar una aprobación más formal de sus constituciones. Con este propósito, emprendió un viaje a Roma, en 1125 y obtuvo todo lo que pidió del Papa Honorio II. Los canónigos de San Martín, en Laon, que no habían querido someterse antes a las reglas, se colocaron voluntariamente bajo el mando de San Norberto, lo mismo que los monjes de la abadía de Vervins.

Otro hombre de grandes riquezas y calidad, Teobaldo, conde de Champagne, aspiraba a ingresar en la orden, pero San Norberto, al comprobar que le faltaba la vocación, le disuadió, instándole en cambio a que se casara y continuase cumpliendo con los deberes de su alta posición. Al mismo tiempo, le entregó un pequeño escapulario blanco para que lo llevara siempre al cuello y le impuso la obligación de cumplir con ciertas reglas y devociones. Esta fue, al parecer, la primera ocasión en que una orden religiosa reconoció la afiliación de un laico que habría de seguir viviendo en el mundo exterior, y se cree que la idea de crear terciarios seculares proviene de los Premonstratenses de Santo Domingo. Cuando el conde partió a Alemania para casarse, en 1126, se llevó al santo consigo. Los viajeros visitaron, de paso, la ciudad de Speyer, donde el emperador Lotario realizaba una dieta y, al mismo tiempo que ellos, llegaron los miembros de una delegación de Magdeburgo para solicitar al monarca que nombrase un obispo para su sede vacante.

Lotario eligió a San Norberto. Los mismos delegados lo condujeron a Magdeburgo, y el nuevo prelado entró a la ciudad descalzo y tan pobremente vestido que, según se cuenta, el portero de la residencia episcopal le impidió la entrada y le mandó a colocarse en la fila de los mendigos que aguardaban su limosna.

—¡Pero si este hombre es nuestro obispo!, clamaron indignados algunos de los que acompañaban al santo.

—Es verdad; pero no te preocupes —explicó Norberto al azorado portero—. Tú, querido hermano, me has juzgado mejor que aquellos que me trajeron aquí.

En su nueva dignidad conservó las prácticas austeras del monje, y la residencia episcopal adoptó el severo aspecto de un claustro. Pero si bien en lo personal mantenía su humildad y no pedía más que lo estrictamente necesario para vivir, se mostró exigente e inflexible en sus resoluciones para resistir y combatir cualquier intento de despojar a la Iglesia de sus derechos. Muchos laicos poderosos y magnates locales habían aprovechado la debilidad de las anteriores autoridades eclesiásticas para adueñarse de gran parte de las pro-

piedades de la Iglesia. San Norberto no vaciló en emprender una enérgica campaña contra ellos, considerándolos como ladrones comunes. Buen número de clérigos llevaban una existencia disipada y a veces escandalosa, dejando abandonadas sus parroquias y desentendiéndose de su obligación de mantenerse célibes. Cuando no querían entender por razones, el obispo recurría a métodos enérgicos, imponía castigos a algunos y expulsaba a otros, y a éstos los reemplazaba, a veces, con sus canónigos premonstratenses.

Como siempre, sus reformas tuvieron muchos enemigos; sus opositores unieron sus fuerzas para desacreditarlo y para instigar al pueblo a atacarlo. En dos o tres ocasiones, el obispo estuvo a punto de perecer asesinado y, una vez, la plebe le atacó mientras oficiaba en su catedral. La rebelión llegó a tal extremo, que el santo decidió alejarse de la ciudad y dejar a las gentes que se las arreglaran como mejor pudieran. La medida resultó acertada, porque el pueblo se encontró de pronto bajo la censura eclesiástica y, en poco tiempo, una delegación de ciudadanos fue a pedir a San Norberto que regresara, no sin haberse comprometido a mostrar mayor sumisión a sus mandatos en el futuro. Antes de que terminaran los días de San Norberto, ya había conseguido realizar con éxito la mayor parte de sus proyectadas reformas. Durante todo el tiempo, no cesó de dirigir sus casas premonstratenses, con la ayuda de su fiel discípulo, el Beato Hugo y, durante varios años antes de su muerte, desempeñó un papel de importancia en la política de la Santa Sede y del imperio.

Al morir el Papa Honorio II, un infortunado cisma dividió a la Iglesia. Parte del Colegio de Cardenales había elegido al cardenal Gregorio Papareschi, quien adoptó el nombre de Inocencio II, mientras que el resto escogió al cardenal Pierleone. Este último, que se hizo llamar Anacleto II, contaba con las simpatías de los romanos, de manera que Inocencio se vio obligado a huir a Francia. Ahí se le aceptó como al Pontífice legal, gracias a los esfuerzos de San Bernardo y San Hugo de Grénoble. Al concilio que este Papa convocó en Reims asistió San Norberto, quien abrazó la causa del Pontífice desterrado y le conquistó tantos partidarios en Alemania, como San Bernardo le había conseguido en Francia. Fue Norberto quien convenció al emperador para que declarase su apoyo a Inocencio. A pesar de que tanto Francia como Alemania, Inglaterra y España, reconocían al Papa exilado, era imposible enviarlo a Roma sin el respaldo de las fuerzas armadas; fue entonces cuando, por influencia directa de San Norberto, el emperador Lotario consintió en conducir un ejército hacia Italia. En mayo de 1133, el emperador y el Papa Inocencio II entraron a la Santa Sede, acompañados por San Norberto y San Bernardo.

Como una muestra de reconocimiento a sus notables servicios, San Norberto recibió el palio, pero ya para entonces sus actividades iban a cesar definitivamente. Al regresar a Alemania, tras el triunfo en Italia, el emperador Lotario rogó al santo, con más insistencia que nunca, que asintiera en ser su canciller, pero Norberto persistió en su negativa, y el emperador ya no le instó, puesto que evidentemente su salud declinaba con alarmante rapidez. En los veinte años que habían transcurrido después de su ordenación había acumulado el trabajo de toda una vida y ya era un moribundo cuando llegó a Magdeburgo. Expiró el 6 de junio de 1134, a los cincuenta y tres años de edad. En 1627, el emperador Fernando II trasladó sus reliquias a la abadía Premonstratense de Strahov, en Bohemia. El Papa Gregorio XIII lo reconoció oficialmente como santo en 1582.

La biografía medieval de San Norberto, impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, es menos digna de confianza que otra biografía, más antigua, editada por R. Wilmans, en MGH., *Scriptores*, vol. XII, pp. 663-703. Las biografías modernas son muy numerosas, especialmente las escritas en alemán y en flamenco; tal vez la mejor sea la de A. Zak, *Der Heilige Norbert* (1930). En francés se recomienda la de E. Maire (1922) y la de E. Madelaine (1930). Véase también a C. F. Kirkflet, *History of S. Norbert* (1916); F. Petit *La Spiritualité des Prémontrés aux XII et XIII siècles* (1947); asimismo conviene ver un importante artículo sobre los orígenes de Prémontré, por C. Dereine, en *Revue d'histoire ecclésiastique*, vol. XLI, pp. 352 y ss. Cf. M. Colvin, *The White Canons in England* (1951)) pp. 1-25.

SAN FELIPE, EL DIACONO (Siglo I)

TODO LO que en realidad se sabe acerca de San Felipe, se encuentra en los Hechos de los Apóstoles. Su nombre sugiere que era de origen griego, pero San Isidoro de Pelusium afirma que había nacido en Cesarea. Su nombre figura en segundo lugar en la lista de los siete diáconos especialmente destinados, en los primeros días de la Iglesia, a cuidar al núcleo de fieles necesitados de protección e instrucción, a fin de que los Apóstoles quedaran desligados de esa obligación y pudieran dedicarse exclusivamente a difundir la "Palabra". Sin embargo, no tardó en ampliarse la tarea de los diáconos, puesto que asistían al sacerdote en el ministerio de la Eucaristía, bautizaban en la ausencia del sacerdote y también ellos predicaban el Evangelio. San Felipe, especialmente, ponía tanto entusiasmo en la misión de extender la nueva fe, que se le dio el sobrenombre de "Evangelista". Cuando los discípulos se dispersaron, después del martirio de San Esteban, él llevó la luz del Evangelio a Samaria. El gran éxito que obtuvo indujo a los Apóstoles a enviar, desde Jerusalén, a San Pedro y a San Juan, para confirmar a los conversos. Entre éstos se hallaba Simón Mago, a quien Felipe había bautizado. Probablemente, el diácono se encontraba aún en Samaria, cuando un ángel le dio instrucciones para que se dirigiese al sur, hacia el camino que llevaba de Jerusalén a Gaza. Ahí encontró Felipe a uno de los altos funcionarios de la reina Candace de Etiopía. El hombre, que sin duda era un africano prosélito de los judíos, iba en viaje de regreso luego de una peregrinación al Templo de Jerusalén y se hallaba sentado sobre una carreta, abstraído y desconcertado por las profecías de Isaías que estaba leyendo. San Felipe se le acercó para explicarle que los vaticinios del profeta ya se habían cumplido totalmente, con la encarnación, el nacimiento y la muerte de Jesucristo. El etíope creyó y fue bautizado. El Espíritu de Dios condujo después a San Felipe hacia Azotus, donde predicó lo mismo que en todas las ciudades por las que pasaba, hasta llegar a Cesarea, que tal vez era su lugar de residencia. Unos veinticuatro años después, cuando San Pablo visitó Cesarea, se hospedó en la casa donde San Felipe vivía con sus cuatro hijas solteras, que eran profetisas. De acuerdo con una tradición griega posterior, San Felipe llegó a ser obispo de Tralles, en Lidia.

Ver el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I y *cf.* lo que se dice en el artículo dedicado a San Felipe, el Apóstol, el 1º, de mayo. La conmemoración del diácono Felipe en este día parece haber sido la consecuencia de una equivocación del martirologista Ado, quien identificó a otro mártir, Felipe de Noviodunum, en Moesia, cuyo nombre se menciona en el *Hieronymianum*, con el diácono mencionado en el Nuevo Testamento.

SAN EUSTORGIO II, Obispo de Milán (518 p.c.)

Es un orgullo, aunque en cierto modo mal entendido, para la diócesis de Milán, poderse ufanar de que no menos de treinta y seis de sus arzobispos y obispos figuren entre los santos.* De entre éstos, dos se llamaron Eustorgio. El segundo de los portadores de ese nombre sucedió al primero, en 512, y gobernó la sede durante cerca de siete años. Algunos escritores dicen que fue de origen griego, lo mismo que Eustorgio I y que vivió en Roma durante el reinado de los Papas Gelasio, Simmaco y Hormisdas. En el curso de su episcopado no parece que hubiera acontecimientos dignos de mención; a él, personalmente se le describe como a un hombre de grandes virtudes, un excelente pastor de su pueblo y un decidido defensor del patrimonio de la Iglesia. Asimismo, se le acredita el embellecimiento y quizá la ampliación del bautisterio que construyó su antecesor. El obispo Eustorgio recibió en su casa, instruyó en la religión, bautizó y ordenó a un joven natural de Panonia, llamado Florian. Más tarde, predicó el Evangelio en Berry y, con el nombre de Lauriano, le veneraban los franceses como a un santo martirizado por los arrianos cerca de Vatan; también los españoles tienen devoción por el mismo San Lauriano, que fue obispo en Sevilla. A San Eustorgio le sepultaron en la iglesia de San Lorenzo, en Milán, donde aún se conservan sus reliquias.

* Eso no significa que los treinta y seis hayan sido canonizados por un proceso oficial, sino que los nombres de varios obispos que ocuparon antiguamente la sede, aparecen en las listas episcopales con el prefijo de "*sanctus*". Nada sabemos sobre los que formaron esas listas ni sobre su autoridad para pronunciar semejantes juicios.

En la breve nota dedicada a este Eustorgio II en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, se citan dos documentos de Cassiodoro donde se demuestra que el rey Teodorico el Grande, tenía un gran respeto por el santo obispo. También contamos con una carta a él dirigida por San Avito de Vienne; pero aparte de unas breves frases del Breviario, eso es todo lo que sabemos sobre el obispo de Milán. Véase, además, a Savio en *Gli antichi Vescovi d'Italia: La Lombardia* (1913), pp. 6-10, 108-114, 217-221.

SAN CLAUDIO, Obispo de Besançon (*c.* 699 p.c.)

Se dice que Claudio nació en el Franco-Condado de una familia senatorial y, que después de su ordenación, pasó a formar parte de la clerecía de Besançon. De acuerdo con la tradición generalmente aceptada, al cabo de doce años, se retiró al monasterio de Condate (que ahora se llama de Saint Claude), en las montañas del Jura, donde llevó una vida de austeridad y santidad. Elevado al cargo de abad, impuso o impulsó la regla de San Benito e hizo composturas a los edificios del monasterio. En 685, fue elegido obispo de Besançon; pero como ya era un hombre viejo y cansado, trató de rehusar la dignidad. Sin embargo, a fin de cuentas, tuvo que aceptarla y gobernó la diócesis con mucha prudencia durante siete años. Después renunció y volvió a Condate, cuya dirección retuvo durante su temporada de obispo. Murió en el año 699, a una edad muy avanzada. En otra tradición se muestra a San Claudio como a un sacerdote secular que mantuvo su puesto hasta que fue elegido obispo y se retiró al monasterio, dejando vacante el puesto.

El culto a San Claudio se extendió de manera extraordinaria en el siglo doce, al descubrirse que su cadáver permanecía incorrupto. Su sepulcro fue

durante siglos un lugar de peregrinación donde ocurrieron curaciones milagrosas.

Hay dos textos medievales, de una fecha posterior, que pretenden contarnos la historia de San Claudio. Uno de ellos está impreso en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I. No está muy claro si el abad de Condate era el mismo que el obispo de Besançon. Hubo un Claudius, obispo de Besançon que participó en el Concilio de Epson, en 517 y en el de Lyons en 529; éste, por supuesto, no pudo haber sido el abad de Condate, puesto que murió en el siglo siete; pero la existencia de un obispo con ese nombre puede haber sido el motivo de la confusión. Véase también a Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 212 y G. Gros, *Louis XI, pèlerin á Saint-Claude.*

SAN AGOBARDO, OBISPO (840 P.C.)

AGOBARDO nació a fines del siglo VIII, por el año de 779; es probable que su tierra natal haya sido España o la Galia. Cuando joven, lo llevaron a Narbona, donde se ganó la amistad del arzobispo de Lyon, Leidrade. Este lo ordenó sacerdote en 804 y lo ungió obispo en 813, como su auxiliar. Aunque su consagración, según las reglas, la hicieron tres obispos, entre los cuales se hallaba San Bernardo, a la muerte de Leidrade, en 816, se levantaron numerosas protestas, porque Agobardo lo iba a reemplazar. Alegaban que los cánones prohibían a un obispo escoger a su sucesor y establecer dos titulares para la misma sede. Agobardo, después de haber obtenido, a pesar de todo, el gobierno de su diócesis, asistió en 821, a la elección de Treuctesinde para reemplazar a San Benito de Anian; en 822, se presentó al Concilio de Attigny, en donde habló contra la usurpación de los bienes de la Iglesia por los laicos; en 825, participó en la asamblea de París reunida para tratar el asunto del culto a las imágenes. El tratado que escribió en esta ocasión no parece probar, a pesar de algunas durezas e inexactitudes del lenguaje, que él fuera iconoclasta; al parecer, sólo atacaba el culto de adoración que se tributaba a las imágenes, que en aquella época, como en la nuestra, constituía todo el sentido religioso de algunos fieles poco cultivados.

El carácter combativo de Agobardo, al mismo tiempo que su amor por la ortodoxia, le incitaron, desde el comienzo de su episcopado, a luchar contra el adopcionismo. Esta herejía, propagada principalmente por Félix, obispo de Urgel, en España, pretendía que Nuestro Señor, en cuanto hombre, no era Hijo de Dios por naturaleza, sino únicamente su hijo adoptivo. Esta doctrina, lógicamente, conducía al dualismo y resucitaba, en forma indirecta, la antigua herejía nestoriana. Agobardo la combatió vigorosamente. De igual manera, actuó con energía respecto a la cuestión de los judíos: éstos protestaban en razón de que tenían esclavos paganos, quienes al convertirse al cristianismo, se creían libres y se fugaban. A instancias de los judíos, que no querían verse desposeídos de sus servidores, se emitió una ley que prohibía bautizar a un esclavo sin el consentimiento del amo. Agobardo protestó repetidas veces contra esta decisión y, en sus numerosas obras sobre las prácticas de los judíos y la clase de relaciones que podían establecerse con ellos, hizo comprender los peligros que corría la fe en su diócesis.

También le preocuparon otros asuntos que afectaban la moral de su grey, como la aprobación de la ley Gombette o de Gondebaud, que autorizaba los duelos legales y que, gracias a sus esfuerzos, se abrogó; asimismo, luchó contra diversas supersticiones populares, sobre todo, las pruebas del agua y del fuego,

que se tomaban, a pie juntillas, como juicios de Dios. Se opuso con vehemencia a la opinión, admitida en su tiempo, de que las tormentas que se desencadenaban con tanta frecuencia sobre Lyon, debido a la confluencia de valles y montañas, eran provocadas por los brujos, que sacaban provecho de las tempestades.

Agobardo estaba vinculado con el primo hermano de Carlomagno, San Adelhardo, quien llegó a ser abad de Corbie y fundador de la Nueva Corbie.

En 829, Agobardo presidió el Concilio de Lyon, como arzobispo de la sede; pero no se han conservado pormenores sobre sus decisiones. De mayores consecuencias fue la actitud de Agobardo en la asamblea de Compiègne (833), cuando capitaneó al grupo de obispos que favorecían la deposición de Luis el Bueno, reprochando al emperador que se dejase llevar por los malos consejos y las intrigas de la emperatriz Judith. Cuando la monarquía volvió a adueñarse del poder, en 835, Agobardo se retiró a Italia para buscar amparo junto a Lotario, pero aun así fue depuesto durante el Concilio de Thinville. En su ausencia, la administración de su diócesis se confió a Amalario, obispo auxiliar de Metz, en momentos en que la unidad litúrgica no se respetaba; por indicaciones del emperador, Amalario combinó las tradiciones romanas con las costumbres mesinas y con sus propias invenciones. Introdujo sus reformas en Lyon durante el exilio de Agobardo (838), pero cuando éste volvió a tener gracia y retornó a su cargo episcopal, luchó contra las innovaciones de Amalario. Se opuso sobre todo a los escritos que aquél confeccionó a fin de quitar del oficio divino los párrafos que no están tomados de las Sagradas Escrituras.

La reconciliación de Agobardo con Luis el Bueno fue tan completa, que el emperador lo asoció a los asuntos públicos. Durante uno de sus viajes con él, murió Agobardo en la localidad de Saintes, el 6 de junio de 840. Luis el Bueno le siguió a la tumba dos semanas después.

El primer tratado de Agobardo, escrito en 818, combate a Félix de Urgel y está dedicado a Luis el Bueno. El prefacio indica que la obra fue compuesta con extractos de San Hilario de Poitiers, San Jerónimo, San Cirilo de Alejandría, de los Papas Símaco y San Gregorio el Grande. Su tratado contra las imágenes incluye, igualmente numerosas citas de los Padres de la Iglesia: la carta contra la ley de Gondebaud está dirigida también a Luis el Bueno. Entre sus escritos contra los judíos se pueden citar, *De judaicis superstitionibus* y *De cavendo convictu et societate Judeorum*. Sobre la reforma litúrgica escribió, *De divina psalmodia, De correctione antiphonarii* y *Contra libros IV Amalarii abbatis*. Estas obras dan numerosas informaciones sobre la liturgia lyonense del siglo IX y son lo mejor de sus obras junto con algunos tratados de pastoral y moral.

Se cuenta que un día, a fines del siglo XVIII, Papiro Masson, estando en casa de un encuadernador, lo encontró a punto de cortar un manuscrito en pergamino (eran las obras de Agobardo) para encuadernar otros libros; las compró, inmediatamente las descifró y las hizo imprimir en 1605. La segunda edición la hizo Baluze, en 1666. Después se aumentó el tratado contra los cuatro libros de Amalario y se reimprimió en la *Patrología Latina* (vol. CIV, pp. 1 a 350). Se encuentra la traducción francesa de algunos textos en la *Histoire de Lyon* del P. Menèstrier.

El estilo de Agobardo es, habitualmente, natural, vivo, sencillo, agradable, vigoroso; algunas veces duro y agrio. Sus ensayos de poesía (epitafio a Carlomagno, poemas sobre el martirio de San Cipriano de Cartago, de San Esperanto

y San Pantaleón), no son sino malos versos en prosa.

Los martirologios de Lyon y de San Claudio nombran a San Agobardo. El breviario de Lyon contiene un oficio de nueve lecciones bajo el nombre popular de San Agobardo. También es honrado en la Saintonge, pero la Iglesia no ha ratificado su culto.

Dictionaire d'histoire et de geographie ecclésiastique, vol. I, col 998-1001. *Acta sanct.*, 6 de junio, pp. 748-749. *Histoire littèraire de la France*, vol. III, pp. 567-583. Hoefer, *Biographie universelle*. Cayré, *Patrologie et Histoire de la Théologie*, vol. II, p. 379. *Gallia Christiana*, vol. IV, pp. 55-59. Longueval, *Hist. de l'Eglise Garloüe*, 1826, vol. VI y VII, passim.

BEATO GERARDO DE MONZA (1207 P.C.)

MONZA, LA antigua capital de la Lombardía, venera a uno de sus ciudadanos, Gerardo Tintorio, como su patrón principal. Más de dos siglos y medio después de su muerte, San Carlos Borromeo revivió su culto al promover su causa y obtener la confirmación de la misma, en 1518. No sólo se le honra en su ciudad natal, sino en toda la diócesis de Milán y también en la de Como.

El santo, que procedía de una familia de ciudadanos acomados, perdió a sus padres cuando era muy joven. Al llegar a la mayoría de edad, gastó su patrimonio en la construcción de un hospital para los enfermos sin recursos y, a decir verdad, dedicó toda la vida a su cuidado. Salía en busca de los enfermos pobres y los llevaba a su hospital; lavaba a los leprosos con sus manos y daba la bienvenida a los recién llegados con el beso de la paz. No retrocedía ante ninguno de los servicios que pudiera prestarles, por desagradables y pesados que fueran. No es de extrañar que, gracias a la solicitud del beato, o quizá a sus poderes de hacer milagros, como se creyó, innumerables enfermos recuperaron la salud. Gerardo puso a su institución bajo la protección de los canónigos de la catedral y, para su administración, redactó reglamentos muy prudentes y prácticos, que aún pueden leerse en la copia que se conserva del texto original. En una época posterior, el personal del instituto estaba formado sobre todo, si no es que enteramente, por terciarios franciscanos.

No sólo los enfermos recibían los beneficios de su caridad, porque no había mendigo que se alejara de su puerta con las manos vacías. En una ocasión se declaró el hambre en la ciudad y, las demandas eran tan numerosas, que los almacenes del hospital quedaron vacíos, y el encargado acudió muy alarmado a informar a Gerardo que estaban condenados a morir de inanición. El beato dijo que iba a hablar con Dios y se entregó a la oración. Cuando el encargado volvió a los almacenes, los encontró tan colmados de grano, que a duras penas pudo abrir la puerta y, en la bodega había una reserva de buen vino. Otro de los milagros que se atribuyen a Gerardo, explica el ramo de cerezas que lleva en la mano, en las pinturas e imágenes que le representan. Cierta vez, en mitad del invierno, pidió permiso para pasar la noche en oración dentro de la iglesia de San Juan Bautista. Los sacristanes no se mostraban bien dispuestos a concederle esa autorización, pero uno de ellos, por burla, le dijo que le permitiría quedarse, a condición de que le consiguiera algunas cerezas. Gerardo aceptó y, se afirma que, al día siguiente, se presentó en la iglesia con un ramo de cerezas frescas y maduras para cada uno de los sacristantes. El Beato Gerardo de Monza murió el 6 de junio de 1207.

No parece haber abundancia de informaciones sobre el Beato Gerardo por parte de sus contemporáneos. En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. I, los bolandistas publicaron un relato extraído de los manuscritos que coleccionó San Carlos Borromeo cuando gestionaba la confirmación del culto. Véase también a Frisi en *Memorie Storiche di Monza* (1841), pp. 292-304; A. Lesmi, *La Vita del V. Gherardo di Monza* (1647); F. Meda, *S. Girardo Tintore* (1896).

BEATO LORENZO DE VILLAMAGNA (1535 P.C.)

LORENZO perteneció a la noble familia de los Mascoli. Nació en Villamagna, en los Abruzos, el 15 de mayo de 1476 y, desde muy joven ingresó al convento franciscano de Santa María de la Gracia, cerca de Ortona, donde recibió las órdenes sacerdotales y llegó a ser uno de los más grandes predicadores de la época. Habló desde los púlpitos más importantes de Italia. Antes de pronunciar cada sermón, lo estudiaba minuciosamente desde todos los ángulos, gestos, ademanes y entonación de las palabras y, en consecuencia, al predicarlo, hacía llorar a todo el auditorio. Se cuenta de él una historia de cerezas maduras cortadas en enero, muy similar a la del Beato Gerardo de Monza que figura en el artículo anterior. La muerte sorprendió al Padre Lorenzo en Ortona, el 6 de junio de 1535; su culto se confirmó en 1923.

Es bien poco lo que se sabe de Lorenzo de Villamagna. La *Vita del Beato Lorenzo da Villamagna*, de Fr. Giacinto d'Agostino (1923), ofrece una escasez extraordinaria de datos históricos. Véase también a Mazzara, *Leggendario Francescano* (1676), vol. I, p. 679; *Acta Ordinis Fratrum Minorum*, 1906, pp. 21-24; y el decreto de "confirmatio cultus" en el *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XV (1923), pp. 170-173.

BEATO MARCELINO CHAMPAGNAT, FUNDADOR DEL INSTITUTO DE LOS PEQUEÑOS HERMANOS DE MARÍA (1840 P.C.)

JUAN BAUTISTA Champagnat, un agricultor y molinero de la aldea de Rosey, en el municipio de Marlhes (Loira), tuvo con su mujer, María, diez hijos; el octavo, Marcelino-Benito-José, nació el 20 de mayo de 1789 y fue bautizado al día siguiente. Creció sin asistir a la escuela y estaba siempre con una tía suya religiosa, refugiada en casa de su padre, que le contaba las vidas de los santos y lanzaba anatemas furiosos contra la Revolución. El pequeño Marcelino, que no había experimentado los efectos de la conflagración, no sabía si se trataba de una persona mala o de una bestia feroz. Hizo su primera comunión en la primavera de 1800. Desde muy joven, ayudó a su padre y, como era muy diestro, aprendió numerosos oficios, en particular el de albañilería. Tenía también el sentido de los negocios: habiéndole regalado su padre dos o tres corderos, los crió y los vendió, con ganancias, las que usó para comprar otros, hasta que logró reunir, rápidamente, un capital de 600 francos.

Tan bien dotado como estaba para los negocios y para los oficios manuales, cierto día oyó una proposición para seguir un camino muy diferente. Cuando fue promovido al arzobispado de Lyon, el cardenal Fresch, tío de Napoleón, se preocupó por reclutar a sus seminaristas y, con el objeto de despertar vocaciones, envió sacerdotes al campo. Uno de ellos pasó por Marlhes y habló de vocación a los hijos de Champagnat. Marcelino se dicidió al punto: sería sacerdote.

Su padre no se oponía, en principio, pero tenía sus dudas, porque sabía

que su hijo no tenía facilidad para aprender. Su padre murió el 3 de junio de 1804. Su viuda, más optimista, decidió valientemente ayudar a su hijo a realizar sus esperanzas; lo confió a su yerno, Arnoldo, maestro en Saint-Sauveur, quien, elogiando la aplicación de su discípulo, declaró en breve que no tenía la capacidad para emprender largos estudios. Ni Marcelino, ni su madre aceptaron con docilidad la declaración de Arnoldo y partieron a La Louvesc, donde Marcelino solicitó su admisión en el pequeño seminario de Verrières, cerca de Montbrison. Ahí ingresó, en octubre de 1805. El dinero que había ganado criando ovejas le permitió adquirir su ajuar, sin ser gravoso para el presupuesto familiar.

El pequeño seminario de Verrières era una de esas escuelas eclesiásticas, improvisadas después de la Revolución por sacerdotes llenos de buena voluntad y de confianza en Dios. Allí, los jóvenes aprendían a ejercitar la piedad, estudiaban el francés y el latín. Mal alojados, casi sin calefacción, alimentados como espartanos, obedecían un reglamento bastante vago, que dejaba mucho lugar a lo imprevisto. Los comienzos de Marcelino fueron dolorosos. De mayor edad que sus condiscípulos, tenía menos memoria que ellos, y el superior, que le estimaba por su piedad y su virtud, le anunció que se vería obligado a despedirlo por su ineptitud para los estudios. Se salvó de la expulsión por su obstinado esfuerzo para aprender y la ayuda de un amigo suyo muy querido: Juan-Luis Duplay, que como él, había tardado para seguir su vocación. El 24 de junio de 1810, Marcelino tuvo el dolor de perder a su madre, que le había sostenido tan valerosamente. No por eso dejó sus estudios ni disminuyó en su aplicación. Principió su curso de filosofía en Verrières, junto con dos condiscípulos que habrían de ser ilustres: Juan Claudio Colin, que ostentaba, brillantemente, el primer lugar de su clase, y Juan María Vianney, quien aparecía menos apto que Marcelino para los estudios y no pudo entrar con él, al gran seminario de Lyon, en octubre de 1813.

Las necesidades urgentes de la Iglesia parecían justificar los estudios rápidos. El 6 de enero de 1814, el cardenal Fesch confirió a Marcelino Champagnat la tonsura, las órdenes menores y el subdiaconato. Fue ordenado diácono el 23 de junio de 1815, y sacerdote, el 22 de julio de 1816. Había doce seminaristas que, durante sus años de estudio, acariciaban el proyecto de fundar una congregación bajo el patrocino de María, con la aprobación del director. Tan pronto como aquellos doce, entre los que se encontraba Marcelino, recibieron su ordenación, hicieron el pacto de realizar el proyecto, si era posible.

Marcelino fue nombrado vicario de La Valla, cerca de Saint Chamon (Loira). El párroco del lugar, de edad avanzada e incapaz de hablar en público, se sintió muy contento con la llegada de un auxiliar para el gobierno de la extensa parroquia, situada entre montañas y en un estado moral análogo a la de Ars, cuando fue nombrado para ella Juan María Vianney: los feligreses gustaban de pasar las noches en las tabernas, los jóvenes se reunían para bailar de manera no siempre conveniente, los adultos y sus niños sabían muy poco de religión y experimentaban cierto recelo hacia los sacerdotes. Marcelino Champagnat se dedicó a solucionar todos estos problemas a la vez: organizó el catecismo, primero en la iglesia parroquial y después en los poblados vecinos; aparecía bruscamente en medio de los bailes, poniendo en fuga a los danzantes; hacía reuniones para la gente principal y les prestaba libros, cambiándoselos por las difundidas ediciones impías del siglo XVIII.

Un día, el vicario fue llamado para asistir a un niño de doce años que estaba gravemente enfermo. Queriendo confesarlo, tuvo el dolor de constatar que el pobre chiquillo moribundo ignoraba todo acerca de la religión. Lo instruyó en dos horas sobre los principales misterios para poder prepararlo a la muerte, que no tardó en sobrevenir. Este incidente trágico hizo sentir hondamente a Marcelino el abandono en que vivían los campesinos.

Dos jóvenes de la parroquia deseaban llevar vida religiosa; el padre Champagnat compró una casa y los instaló en ella, el 2 de enero de 1817, sin asignarles ninguna función apostólica, ni explicarles siquiera lo que él se proponía. Ante todo quería darles una formación sólida. Les trazó un reglamento austero: en la mayor pobreza y en el más perfecto recogimiento, alternaban las oraciones con los trabajos manuales. El cultivo de un huerto y un sembrado de especies les aseguró su subsistencia. Otros jóvenes vinieron a reunirse con los dos primeros. Todos estaban animados por la misma buena voluntad. El padre Champagnat, que quería hacerlos maestros, descubrió a un profesor, el cual durante algunos meses les dio lecciones. Muy pronto, ellos mismos pudieron abrir una escuela elemental que recibió a los niños del pueblo y recogió a algunos huérfanos.

Las necesidades eran tantas y la buena voluntad de los nuevos profesores tan manifiesta, que el éxito fue completo e inmediato, al grado de que el fundador llegó a temer que se les subiera a la cabeza a sus hermanos y que se disiparan con perjuicio para la vida religiosa. Para evitar este relajamiento, se instaló él mismo en la casa y los vigiló de cerca.

Apenas se abrió la escuela de La Valla, cuando comenzaron a llegar al padre Champagnat solicitudes para el envío de hermanos. El primero que dejó la casa fue al poblado de Bessat, el más distante de la iglesia parroquial, a enseñar catecismo a sus habitantes desheredados. Después, el párroco de Marlhes solicitó hermanos, y el padre Champagnat se sintió feliz de poder beneficiar a su parroquia natal. Desgraciadamente, el párroco de Marlhes no tuvo confianza en su antiguo feligrés: después de haber intentado retener al hermano Luis contra la voluntad de su superior, que lo llamaba, se obstinó en mantener la escuela en una casa en ruinas, sin importarle el enojo de los padres de los alumnos y arriesgándose a que se resintiera la salud de éstos y la de sus profesores. Ante esta mala voluntad, el fundador no quiso transigir y llamó a todos sus hermanos.

Nunca tuvo peligro de verlos sin trabajo: durante toda su vida recibió más demandas de las que podía satisfacer. El día de Todos Santos, de 1820, inauguró una escuela en Saint-Sauveaur-en-Rue, después otras en la gran población de Bourg-Argental; en Saint Symphorian-le-Château, en Beaulieu, Vanosc, etc.

Y todas estas partidas de hermanos parecían atraer más vocaciones. Muy pronto la casa madre fue demasiado pequeña. Siempre desprovisto de dinero, el padre Champagnat se transformaba en arquitecto y en albañil para agrandar él mismo la casa, sin otra ayuda que la de sus novicios.

El incidente de Marlhes no fue sino un signo precursor de oposiciones más feroces. Todos los sacerdotes de los alrededores sabían que el padre Champagnat no era precisamente una lumbrera en temas de seminario. Que él hubiera tenido la audacia de fundar una congregación de enseñanza para los labriegos mal educados, era original; pero que hubiera llegado a tener éxito en la empre-

sa, era una insolencia. El párroco de La Valla, tan favorable al principio, se puso a la cabeza de la corriente de oposición: contradecía a su vicario en público, introducía cantos para obligarlo a suspender sus sermones, discutía el valor teológico de sus enseñanzas. Los sacerdotes se lamentaban de la conducta del padre Champagnat, que degradaba la dignidad sacerdotal al trabajar como un albañil, y que conducía a esos desgraciados jovencitos hacia el desastre.

La campaña de oposición llegó a su fin, a raíz de una denuncia dirigida pérfidamente a un gran vicario de Lyon, que también era fundador de una congregación de hermanos maestros, M. Bochard. Fue intolerable para este alto personaje el descubrir a un rival en un insignificante vicario de aldea, por lo que no omitió nada para acabar con él. Felizmente, el padre Champagnat había dejado un recuerdo excelente entre sus antiguos directores de seminario, quienes se opusieron a las maniobras del gran vicario. Bien pronto, la situación de la diócesis cambió: monseñor de Pins, nombrado administrador apostólico, quedó favorablemente impresionado por el sacerdote Champagnat, en tanto que M. Bochard no le inspiraba ninguna confianza.

La Valla se convirtió para el fundador en un sitio inhabitable. El aumento de los hermanos exigía su presencia continua, lo cual era incompatible con sus otras funciones. La casa era ya, definitivamente, muy pequeña y tenía que ser reemplazada por otra. Marcelino escogió un terreno cerca de Saint-Chamond, lo compró y emprendió, esta vez con la ayuda de albañiles de oficio, la construcción de la gran casa de Notre-Dame-de-l'Hermitage. El día de Todos Santos de 1824, Marcelino dejó definitivamente La Valla.

Tenía ahora una casa nueva, llena de hermanos y de novicios. Todo marchaba a las mil maravillas. Dos sacerdotes lo ayudaban. Desgraciadamente llegó un tercero. Desde que se hicieron en el seminario los proyectos de la fundación de la congregación de María, el padre Courville había desempeñado el papel de portavoz, y se le consideraba más o menos como el jefe del grupo. Después llegó al sacerdocio; en el que no había obtenido gloria, sino algunos éxitos de poca monta, por lo que tenía deseos de ensayar sus talentos en otra parte. Juzgó que era el momento oportuno para tomar la dirección de los hermanos reunidos por el padre Champagnat, a quien él consideraba como su inferior, y vino a establecerse al Hermitage. Ahí fue bien recibido, porque el padre Champagnat no se había olvidado de él, ni de los proyectos del seminario; no deseaba otra cosa sino vivir humildemente en obediencia. El padre Courville no tuvo ningún reparo en adjudicarse para sí el primer lugar de la casa, aunque se sintió un poco contrariado al ver que los hermanos no abandonaban a su verdadero padre. Inmediatamente quiso reformar la casa a su gusto y se mostró altanero y displicente. Por entonces el padre Champagnat enfermó gravemente, y su casa cayó en un desorden descomunal: los acreedores se inquietaron; los dos sacerdotes auxiliares del fundador, partieron; muchos de los más antiguos hermanos dejaron el instituto, y otros más pensaban seriamente en imitarlos. Ante tal tempestad, monseñor de Pins se preguntaba si debía dejar que continuara una tan triste experiencia. Apenas convaleciente, el padre Champagnat tuvo que prodigarse excesivamente para restablecer la paz a su grey dispersa.

Las consecuencias de esta crisis duraron mucho tiempo. La carencia de la autoridad había dejado crecer un relajamiento solapado. El fundador siempre había castigado duramente los desvíos y jamás había dudado en despedir a los

individuos que no tenían el suficiente espíritu religioso. No podía ahora, a pesar de la reputación de excesiva severidad que le crearan los sacerdotes de los alrededores, dejar que su instituto se derrumbara: hizo frente, atacando sobre todo los abusos en el trato con la gente del mundo e imponiendo la práctica de la pobreza. Sus consignas fueron mal recibidas. Muy pronto se formó un verdadero grupo de oposición con miras a provocar un cambio; los cabecillas lanzaron el ataque con críticas y acusaciones sobre tres puntos que, a su parecer, bastaban para demostrar el autoritarismo arbitrario del fundador: la ropa remendada, la sotana con desgarrones y el empleo de un método nuevo para enseñar a leer a los niños. Pero, de hecho, se trataba de otra cosa: ¿Los hermanos eran religiosos o simples maestros? Ante la inminencia del peligro, el padre Champagnat organizó una manifestación de fidelidad que terminó con la expulsión de los dos principales culpables.

Para garantizar a sus hermanos una mayor seguridad, el padre Champagnat quiso obtener para su congregación la autorización legal. Los primeros pasos emprendidos no tuvieron éxito, a causa de la Revolución de julio de 1830. Su anticlericalismo no afectó, sin embargo, al instituto, en donde las vocaciones continuaron floreciendo. La autorización legal tenía por efecto exceptuar a los religiosos del servicio militar y el padre Champagnat no quería pasarse sin este privilegio, por lo que reiteró sus demandas por carta. No habiendo obtenido ninguna respuesta, se decidió, en enero de 1838, a ir a París. Multiplicó sus visitas, solicitó y obtuvo numerosos apoyos. Cuando salió de París, en mayo, no había podido vencer la resistencia del ministro de Educación Pública. Un acuerdo con el padre Mazelier, fundador de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux, congregación mucho menos floreciente que la suya, pero que tenía la autorización legal, permitió que los hermanos del padre Champagnat no tuvieran que alistarse en el servicio militar.

Esta negación de autoridad dio un pretexto a los consejeros infatigables para que sugirieran a M. Champagnat la fusión de su congregación con alguna otra. El siempre se rehusó a ello y, después de su muerte, su congregación fue la que absorbió a otras muchas.

Llegado a fundador sin haberlo buscado, M. Champagnat no había olvidado los proyectos formados en 1816, en el seminario de Lyon. El pseudo jefe del grupo, el padre Courville, después de haber fracasado en sus intentos para demoler su obra, hizo otras tentantivas ridículas; pero entretanto, el padre Colin, en silencio, había conseguido fundar la Asociación de María en la diócesis de Belley y, venciendo muchas dificultades, la había establecido también en Lyon. El padre Champagnat contribuyó a su extensión, dirigiendo hacia la nueva institución a nueve sacerdotes que el arzobispo administrador le había dado sucesivamente como auxiliares. El mismo fue admitido en la Sociedad de María y aceptó, de buen grado, no ser ya la cabeza de sus hermanos, sino el delegado del superior general.

Sin que este hecho disminuyera su amistad, el padre Colin había comprendido que las dos fundaciones eran tan diferentes, que nunca podrían ser fusionadas enteramente. El padre Champagnat enviaba como auxiliares a las casas de los padres maristas, a los hermanos que no eran capaces de enseñar, pero esta solución no daba los resultados esperados y el padre Colin, después de haber tomado el consejo de sus religiosos, creó una nueva rama de hermanos. El padre Champagnat se apenó por ello; no sin amargura veía que los hermanos maestros

aumentaban en el seno de la Sociedad de María y pensaba que, con esto, se acercaban a una separación total. El quería permanecer marista y su ferviente deseo era sincero, pero no era lógico: considerando que el Instituto de los hermanos no podía contentarse con la dirección oral de los comienzos de la congregación, redactó e hizo imprimir, en 1837, la Regla de los Pequeños Hermanos de María. No veía en esto una pretenciosa conducta de superioridad. Tuvo el gozo de morir marista, pero la Santa Sede exigió más tarde al superior general de los maristas el abandono de toda autoridad sobre los hermanos.

El padre Champagnat no era todavía viejo, pero estaba muy acabado. Después de su enfermedad grave de 1825, sufrió de una gastritis crónica, cuyas crisis lo debilitaban bastante. Los exámenes clínicos mostraron que padecía un cáncer estomacal. Era tan humilde y tan desligado de todo, que no se enorgullecía de su obra y aceptó dócilmente preparar a su sucesor.

El padre Colin reunió a los 99 hermanos profesos y les hizo elegir un superior general, escogido de entre ellos. Los votos recayeron sobre el hermano Francisco, uno de los primeros discípulos del fundador, a quien éste quería mucho. El hermano Francisco empleó su autoridad para mantener la congregación en su línea original, tanto antes como después de la muerte del padre. Legalmente propietario de los inmuebles del Instituto, el padre Champagnat los hizo transferir, por acta notarial, a los hermanos del consejo.

La perpetuidad de su obra estaba asegurada. No le quedaba sino dar a sus "Pequeños Hermanos" los consejos de vigilancia y de paciencia en los crueles sufrimientos. El 8 de mayo de 1840, celebró la misa por última vez; el 11, pidió la extremaunción. Una cierta mejoría alentó las esperanzas, pero los vómitos se repitieron con tanta violencia, que no le pudieron dar la comunión. El 4 de junio, una leve mejoría le permitió, por última vez, recibir el santo viático. Murió en la mañana del sábado 6 de junio de 1840.

Marcelino Champagnat fue beatificado por Pío XII, el 29 de mayo de 1955.

Acta apostolicae Sedis, vol. XLVII, 1955, pp. 439-444. *Vie de Joseph Benoit-Marcellin Champagnat, prêtre fondateur de la Société des Petits Frères de Marie* por uno de sus primeros discípulos, 2 vol., Lyon, 1856. Laveille, *Marcellin Champagnat* (1789-1840), París, 1921. G. Chastel, *Marcellin Champagnat*, París, 1939.

7: SAN PABLO I, OBISPO DE CONSTANTINOPLA (350 ó 351 P.C.)

SAN PABLO era nativo de Tesalónica, pero desde su niñez fue secretario del obispo Alejandro, en Constantinopla. Era todavía muy joven cuando tenía el cargo de diácono en aquella iglesia, y el anciano jerarca, en su lecho de muerte (al parecer en el año 336), recomendó a Pablo como sucesor suyo. Los electores confirmaron la elección. En consecuencia, los más altos prelados ortodoxos consagraron obispo a San Pablo. Todo lo que prácticamente se sabe de él y de su vida es que su episcopado se vio sacudido por algunas tempestades causadas por los herejes arrianos, que habían apoyado la candidatura de un diácono de mayor edad llamado Macedonio. A instancia de los rebeldes, el emperador Constancio convocó a un concilio de obispos arrianos, quienes acabaron por deponer a Pablo. La sede vacante no fue ocupada por Macedonio, sino por el metropolitano Eusebio, de la vecina diócesis de Nicomedia. San Pablo se refugió en el

occidente y no pudo recuperar su sede hasta después de la muerte de su poderoso antagonista que, por otra parte, no tardó mucho en ocurrir. El regreso del obispo Pablo a Constantinopla, fue recibido con regocijo popular. Los arrianos que aún se negaban a reconocerle, instalaron a un obispo rival en la persona del anciano Macedonio; muy pronto el conflicto estalló abiertamente, y las calles de la ciudad fueron el escenario de violentos tumultos. Constancio intentó restablecer el orden y ordenó a su general Hermógenes que expulsara a Pablo de Constantinopla. Pero el populacho, enfurecido ante la perspectiva de perder a su obispo, incendió la casa del general, lo atrapó cuando huía, lo asesinó y arrastró su cadáver por las calles. El ultraje hizo que el propio Constancio se presentase en la ciudad. Perdonó al pueblo, pero envió a San Pablo al exilio. Por otra parte, se negó a confirmar la elección de Macedonio, puesto que, lo mismo que la de su rival, había tenido lugar sin la sanción imperial.

Una vez más encontramos a San Pablo en Constantinopla en el año 344. Por entonces, Constancio accedió a restablecerlo en su puesto, por temor a incurrir en el descontento de su hermano Constante, quien se había aliado con el Papa San Julio I para apoyar a Pablo. Pero al morir el emperador de occidente, en 350, Constancio envió a Constantinopla al prefecto pretoriano Felipe, con instrucciones precisas para que expulsara a Pablo e instalase a Macedonio en su lugar. Para no correr una suerte tan trágica como la del general Hermógenes, el astuto Felipe recurrió a una estratagema. Invitó a San Pablo a encontrarse con él en los baños públicos de Zeuxippus y, mientras el pueblo, que sospechaba alguna mala jugada, se apiñaba frente al edificio, sacó a Pablo por una ventana posterior, sus hombres se apoderaron de él y lo embarcaron al instante. El infortunado obispo fue desterrado a Singara, en Mesopotamia; de ahí se le trasladó a la ciudad siria de Emesa y, por fin, a la de Cucusus, en Armenia.* Ahí le dejaron encerrado en un siniestro calabozo durante seis días con sus noches, privado de alimento, y luego fue estrangulado. Este, por lo menos, es el relato que hizo Filagrio, un funcionario que estaba de servicio en Cucusus por entonces.

* Cincuenta y cuatro años después, otro obispo de Constantinopla, San Juan Crisóstomo, fue exilado al mismo lugar.

La vida y los hechos de San Pablo I de Constantinopla, pertenecen a la historia eclesiástica en general y a obras como *Histoire des Conciles*, de Hefele-Leclercq, *History of the Early Church*, de L. Duchesne, *Histoire de l'Eglise* de Fliche y Martin, libros éstos que deben ser consultados para conocer los incidentes en su propio escenario y ambiente. Sobre la vida privada de San Pablo como hombre y como pastor de almas, no sabemos casi nada, a pesar de que hay dos biografías griegas posteriores, impresas en Minge, PG. (ver BGH., nn. 1472, 1473). Los bolandistas en *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, reunieron todas las informaciones que pudieron encontrar en la antigua literatura cristiana. Ellos le dan el título de mártir, que no se le confiere en el Martirologio Romano; pero en las Iglesias de oriente se le venera como mártir. Su fiesta, que griegos y armenios celebran el 6 de noviembre, está señalada para el 5 de octubre entre los coptos. Hay que señalar que el *Hieronymianum* conmemora a San Pablo y, de ahí pasó su nombre al "Félire" de Oengus. Ver también DCB., vol. IV, pp. 256-257; y asimismo, vol. III, pp. 775-777, bajo el nombre de Macedonio.

SAN VULFLAGIO o WULPHY (c. 643 P.C.)

CUANDO era muy joven, Vulflagio contrajo matrimonio y se estableció en su ciudad

natal de Rue, una pequeña población cercana a Abbeville. Ahí, con su esposa y tres hijas, llevó una existencia tan ejemplar que, a la muerte del párroco, los habitantes de Rue eligieron a Vulflagio para que fuese su pastor. Con el previo consentimiento de su esposa, recibió la ordenación sacerdotal de manos de San Richarius (Riquier). Pero al cabo de un período de abstención, reanudó sus relaciones con su mujer, por la cual sentía un profundo afecto.* Muy pronto, sin embargo, se arrepintió de su debilidad, decidió expiar su culpa y, como parte de la penitencia, emprendió una peregrinación a Tierra Santa. A su regreso, se consideraba aún como un ser indigno de conducir las almas de sus feligreses y, en consecuencia, se retiró a un lugar solitario para vivir como ermitaño. Con frecuencia se sintió fuertemente tentado a abandonar la soledad, pero supo resistir con firmeza y el cielo le recompensó con el don de ciencia y el poder de obrar milagros. Desde cerca y de muy lejos acudían las gentes a pedirle instrucción o alivio para sus dolencias. Probablemente murió hacia el año de 643. Sus reliquias fueron trasladadas, en el siglo nueve, a Montreuil-sur-Mer, donde aún se las venera.

* Debe recordarse que, en aquella época se recomendaba el celibato en el sacerdocio, pero no era una obligación general.

Son muy escasas las pruebas serias en la historia de San Wulphy (cuyo nombre se ha escrito de muchas maneras distintas), pero no hay duda de que se le rindió un culto muy vigoroso en Montreuil. Su antigua leyenda se encontrará incluida en el *Acta Sanctorum,* junio, vol. II. Véase a Braquehay, *Le Culte de S. Wulphy* (1896) y a Corblet en *Hagiographie d'Amiens* (1874), vol. IV, pp. 96-106. Al parecer se identificó a Wulphy o por lo menos se le confundió con San Walfroy. Véase *Analecta Bollandiana,* vol. XVII (1898), p. 307 y vol. XXI, p. 43.

SAN WILLEBALDO, OBISPO DE EICHSTÄTT (786 P.C.)

WILLEBALDO nació alrededor del año 700, en el reino del occidente de Sajonia. Fue hijo de San Ricardo (7 de febrero) y por lo tanto, hermano de los santos Winebaldo y Walburga. A los tres años de edad, se desesperaba de que conservase la vida, porque había sido atacado por una gravísima enfermedad. Cuando todos los remedios naturales resultaron inútiles, sus padres le tendieron al pie de una gran cruz que se levantaba en un lugar público, vecino a la casa de la familia; ahí hicieron, ante Dios, la solemne promesa de que, si el niño vivía, le consagrarían a su divino servicio. La criatura quedó curada inmediatamente. Ricardo dejó a su hijo al cuidado del abad del monasterio de Waltham, en Hampshire. Willebaldo no volvió a salir de ahí, hasta el año de 720, cuando acompañó a su padre y su hermano en una peregrinación, como se relata en la vida de San Ricardo (7 de febrero).

En Roma, padeció de fiebre palúdica y, tras de permanecer algún tiempo en la ciudad, partió de nuevo con sus compañeros para visitar los Santos Lugares que Cristo había bendecido con su presencia mientras vivió en la tierra. El viaje comenzó con la travesía hasta Chipre y de ahí prosiguió hacia Siria. En Emesa (Homs) los sarracenos sospecharon que San Willebaldo era un espía y lo apresaron, junto con sus compañeros, pero al poco tiempo, todos fueron puestos en libertad, porque el magistrado dijo al quedar frente a ellos: "Con frecuencia he visto hombres de la parte de la tierra de donde éstos vienen a visitar nuestro país. Os aseguro que no tratan de hacernos ningún daño y sólo

desean cumplir con sus leyes". Después de aquella aventura, se fueron a Damasco y de ahí a Nazaret, Caná, el Monte Tabor, Tiberíades, Magdala, Cafarnaún, las fuentes del Jordán (donde Willebaldo advirtió que el ganado mayor era distinto al del Wessex, puesto que tenía "lomos muy largos, patas cortas, los cuernos largos y hacia arriba y eran todos de un solo color"), el desierto de la Tentación, Galgal y por fin, Jerusalén. Ahí se detuvo Willebaldo durante algún tiempo para venerar a Cristo en los lugares donde había obrado tan grandes misterios, y para ver las maravillas que hasta hoy se muestran a los piadosos peregrinos. También visitó famosos monasterios, "lauras" y ermitas, con el deseo de aprender e imitar las prácticas de la vida religiosa, a fin de adoptar los medios que le pareciesen más convenientes para la santificación de su alma. Luego de una corta permanencia en Belén, visitas a las ciudades de la costa, a Samaria, a Damasco y varias más a Jerusalén, se embarcó por fin, en Tiro, permaneció largo tiempo en Constantinopla y llegó a Italia antes de que terminara el año de 730.

Willebaldo decidió establecerse en el célebre monasterio de Monte Cassino, que acababa de ser reparado por órdenes del Papa San Gregorio II. El ejemplo del peregrino inglés contribuyó a reintegrar a los monjes en el espíritu original de su santa regla, durante los diez años que vivió ahí; a decir verdad, todo indica que Willebaldo desempeñó un papel muy importante en el restablecimiento de la observancia en Monte Cassino. Después de aquel período, estuvo de visita en Roma, donde fue recibido por el Papa San Gregorio III, quien se interesó en sus viajes y se sintió atraído por el carácter sencillo y apacible de Willebaldo y le pidió que fuese a Alemania para unirse a la misión de su compatriota San Bonifacio. Tan pronto como pudo, partió hacia Turingia donde el santo lo ordenó sacerdote. Desde aquel momento, emprendió su tarea en la región de Eichstätt, en Franconia, con tanto empeño, que el éxito más extraordinario coronó sus esfuerzos.

En vista de que no era menor su poder en las palabras que en las obras, poco después de haber llegado, San Bonifacio le consagró obispo y le puso a cargo de una nueva diócesis cuya sede se instaló en Eichstätt. El cultivo de un terreno espiritual tan árido como aquel, fue una tarea ardua y penosa para Willebaldo; pero su paciencia y su energía superaron todas las dificultades. Comenzó por fundar, en Heidenheim, un monasterio doble, cuya disciplina era la de Monte Cassino, y en el que su hermano, San Winebaldo, gobernaba a los monjes y su hermana, Santa Walburga, a las monjas. Aquel monasterio fue el centro desde el que se organizó y condujo el cuidado y la evangelización de la diócesis. En él, Willebaldo encontró refugio para descansar de los trabajos de su ministerio. Pero su deseo de soledad no menguaba la solicitud pastoral por su rebaño. Estaba siempre atento a todas sus necesidades espirituales; a menudo visitaba cada aldea e instruía a sus gentes con celo y caridad infatigables, hasta que aquel "campo tan árido e inculto, floreció pronto como una verdadera viña del Señor". Willebaldo vivió más tiempo que su hermano y su hermana; gobernó a su rebaño durante unos cuarenta y cinco años, antes de que Dios le llamara a su seno. Innumerables milagros fueron los premios a su virtud, y su cuerpo fue sepultado en su catedral, donde yace todavía. La fiesta de San Willebaldo se observa en este día en la diócesis de Plymouth, pero el Martirologio Romano inscribió su nombre el 7 de junio.

El material literario sobre la vida de San Willebaldo es extraordinariamente abundante y digno de confianza. Contamos, sobre todo, con la narración de sus primeros años de existencia, de sus viajes y observaciones (el *Hodoeporicon*), cuidadosamente escrito por Hugeburca, una inglesa, parienta del santo y que fue monja en Heidenheim. El mejor de los textos, se encuentra en Pertz, MGH. *Scriptores*, vol. XV. Pero hay además varias biografías cortas y muchas referencias en cartas, estudios, etc. Todos los datos de mayor importancia se encontrarán en Mabillon, vol. III y en los bolandistas, *Acta Sanctorum*, julio, vol. II. La traducción inglesa del *Hodoeporicon*, es de C. H. Talbot, en *Anglo-Saxon Missionaries in Germany* (1954) y en las publicaciones de la *Palestine Pilgrims'Text Society* (1891). Hubo muchas discusiones sobre algunos puntos oscuros de la cronología. Véase también a Hauck, en *Kirchengeschichte Deutschland*, vol. I; H. Timeding, *Die Christliche Frühzeit Deutschlands*, parte 2 (1929); *Analecta Bollandiana*, vol. XLIX (1931), pp. 356-397; el abad Chapman en *Revue Bénédictine*, vol. XXI (1904), pp. 74-80 y *Saint Benedict and the Sixth Century* (1929), p. 131; W. Levison, *England and the Continent in the Eighth Century* (1946).

SAN PEDRO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (851 P.C.)

SAN EULOGIO de Córdoba nos narra la pasión de seis mártires que fueron decapitados por los musulmanes, en 851, en aquella ciudad.

Eran el sacerdote Pedro, originario de Astigni (ciudad de la Bética) y el diácono Wallabonse, originario de Llipa, quienes habían venido a Córdoba para estudiar y se les encomendó la dirección de un convento de religiosas, situado en un barrio, al oeste de la ciudad; Sabino, venido de las montañas vecinas y Wistremundo de Astigni, dos monjes que, después de su juventud habían ingresado al monasterio de San Zoilo; Havencio, monje de San Cristóforo, monasterio situado al sur de Córdoba y Jeremías, quien después de haber estado casado, fundó un monasterio para él y su familia sobre las alturas "hacia el aquilón" a siete millas de Córdoba. En tanto que los otros mártires fueron decapitados, Jeremías sufrió el suplicio del fuego.

Sus cuerpos fueron quemados y sus cenizas arrojadas al Guadalquivir. Mabillon cree que todos estos monjes militaban bajo la regla de San Benito.

Acta Sanctorum, junio, vol. II, pp. 37-39. P. L., vol. CXV, cols. 771-851-770; Florez, *España Sagrada*, vol. X, p. 371.

SAN GOTESCALCO, MÁRTIR (1066 P.C.)

GOTESCALCO FUE un príncipe wendo que repudió al cristianismo cuando su padre fue asesinado por un sajón cristiano. Luchó al servicio de Canuto de Dinamarca, se trasladó a Inglaterra con Sweyn, con cuya hija se había casado, y abrazó de nuevo la fe cristiana. Con el tiempo, recuperó sus perdidos territorios y se esforzó por convertir a las gentes que los habitaban. Para ello hizo traer misioneros sajones y fundó monasterios; pero en el año 1066, su cuñado inició una rebelión contra los cristianos y contra los sajones. En las batallas murió mucha gente; Gotescalco fue uno de los primeros en caer, cuando los rebeldes le atacaron y le dieron muerte en Lenzen, sobre el Elba.

Parece ser que, en la antigüedad hubo un culto esporádico a San Gotescalco, pero no existe ninguna razón concreta para considerarle como santo o como mártir.

No existe una biografía medieval de Gotescalco, y su historia tiene que ser reconstruida

con los datos recogidos aquí y allá, como por ejemplo en *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, pp. 39 ss. Entre las crónicas, la más notable es la de Adán de Bremen. Para sus servicios a la Iglesia, consultar a E. Kreusch, *Kirchengeschichte der Wendenlande* (1902), pp. 28 y ss. y A. Hauck en *Kirchengeschichte Deutschlands*, vol. III, p. 654, junto con el *Cambridge Medieval History*, vol. III, pp. 305-306.

SAN ROBERTO, ABAD DE NEWMINSTER (1159 P.C.)

GARGRAVE, localidad del distrito de Craven, en Yorkshire, fue el lugar de nacimiento de San Roberto. Tras de haber recibido las órdenes sacerdotales, fue rector en Gargrave durante un tiempo y después tomó el hábito de los benedictinos en Whitby. Algo más tarde, obtuvo el permiso de su abad para unirse a otros monjes de la abadía de Saint Mary, en York, quienes se habían agrupado, autorizados por el arzobispo Thurston, y en los terrenos que le habían sido cedidos, con el propósito de dar nueva vida a la estricta regla benedictina. Ahí, en la mitad del invierno, en condiciones de extrema pobreza, sobre el desnudo suelo del valle de Skeldale, fundaron los monjes un monasterio que, más tarde, llegaría a ser famoso como Fountains Abbey (Abadía de las Fuentes), nombre que se le dio en relación con unos manantiales que había en las proximidades. Por su expreso deseo, los monjes estaban afiliados a la reforma del Cister, y Fountains se convirtió, con el tiempo, en una de las casas más fervientes de la orden. El espíritu de la santa alegría imperaba sobre una vida de ejercicios de devoción, alternados con los duros trabajos manuales. En un sitio prominente entre los monjes se hallaba San Roberto, en razón de su santidad, su austeridad y la dulzura inmutable de su carácter. "En sus modales era extremadamente modesto", dice la "Crónica" de Fountains, "lleno de gentileza cuando estaba en compañía, misericordioso en los juicios y ejemplar en la santidad y sabiduría de sus conversaciones".

Ralph de Merly, el señor de la región de Morpeth, visitó la abadía en 1138, cinco años después de su fundación, y quedó tan hondamente impresionado por la virtud de los hermanos, que decidió construir un monasterio para el Cister en sus propiedades. Para habitar en la nueva casa, conocida con el nombre de abadía de Newminster, lord Morpeth sacó de Fountains a doce monjes y, para gobernarlos, se nombró abad a San Roberto. El santo conservó el puesto hasta su muerte; a fuerza de trabajo constante, logró que la abadía floreciese de manera tan extraordinaria, que, para 1143, pudo fundar una segunda casa en Pipewell, en Northamptonshire y, más tarde, otras dos en Sawley y en Roche.

Como hombre entregado a la meditación y a la plegaria que era, escribió un comentario sobre los Salmos que, desgraciadamente, no ha sobrevivido. Se le habían otorgado dones sobrenaturales y tenía poder sobre los malos espíritus. Hay una anécdota que ilustra el espíritu de mortificación de que estaba dotado. Se sometía a ayunos tan rigurosos durante la Cuaresma, que, en una ocasión, al llegar la Pascua, ya había perdido enteramente el apetito. "¡Ay, padre mío! ¿Por qué no queréis comer?", le preguntó entristecido el hermano encargado del refectorio. "Creo que me comería un panecillo de avena con mantequilla", repuso el abad. En cuanto le trajeron lo que había pedido, no se atrevió a tocarlo, por considerar que, si lo hacía, era como ceder a la gula y, a fin de cuentas, ordenó que se diera el panecillo a los pobres. En la puerta del convento

recibió el pan un joven y hermoso peregrino, quien inmediatamente desapareció, con todo y el plato. Cuando el hermano tornero trataba de dar explicaciones plausibles sobre la desaparición del recipiente, el mismo plato quedó de pronto sobre la mesa, frente al abad. Todo el mundo afirmó que el hermoso peregrino que se comió el panecillo era un ángel.

Afirman las crónicas que, en su juventud, San Roberto estudió en París, y registran un segundo viaje suyo al continente, cuando fue blanco de algunas críticas por parte de sus monjes, en relación con ciertos informes falsos sobre mala administración de su abadía, y decidió ir a visitar a San Bernardo para ponerle en claro las cosas. Pero éste, que evidentemente conocía a fondo a San Roberto, resolvió que no había necesidad de desmentir las necias acusaciones ni de defenderse contra los cargos. La mencionada visita debe haber tenido lugar en 1147 o 1148, puesto que por entonces y antes de regresar a Inglaterra, se entrevistó San Roberto con el Papa Eugenio III. El abad de Newminster visitaba a menudo al ermitaño San Godrico, por quien sentía particular afecto. La noche en que San Roberto murió, San Godrico vio ascender su alma al cielo como una bola de fuego. La fecha era el 7 de junio de 1159. La fiesta de San Roberto se conmemora en la diócesis de Hexham.

El relato, extraído de la *Nova Legenda Angliae* de Capgrave, que los bolandistas incluyeron en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, no es más que un resumen de una biografía más extensa que se conserva en Lansdowne MS. 436, en el Museo Británico. Cuando Dalgairns escribió la vida de San Roberto para incluirla en la serie de santos ingleses que editó Newman, utilizó el manuscrito mencionado y agregó algunos detalles de otros relatos en existencia. El manuscrito, con algunas notas adicionales, fue impreso por Fr. P. Grosjean, en *Analecta Bollandiana*, vol. LVI (1938), pp. 334-360. Hay una biografía resumida, de W. Williams en la *Downside Review*, vol. LVII (1939), pp. 137-149.

SAN ANTONIO GIANELLI, OBISPO DE BOBBIO, FUNDADOR DE LOS MISIONEROS DE SAN ALFONSO Y LAS HERMANAS DE SANTA MARÍA DEL HUERTO (1846 P.C.)

ANTONIO GIANELLI nació en la diócesis de Génova, en 1789, entre una familia de la clase media. Desde niño fue notable por su gentileza, docilidad y un espíritu industrioso que dejaba adivinar a un hombre de inteligencia poco común. Una generosa benefactora le costeó los estudios en Génova y, muy pronto, el muchacho se dejó llevar por su inclinación e ingresó en el seminario eclesiástico, donde progresó tanto en los estudios que, sin ser todavía más que un subdiácono, recibió la autorización de predicar; lo hizo con tan grande elocuencia, que eran verdaderas multitudes las que acudían a la iglesia para escucharle. Por dispensa especial, fue ordenado sacerdote en 1812, antes de haber alcanzado la edad canónica.

A pesar de que constantemente se le empleaba en importantes tareas educativas, siempre encontraba tiempo para pronunciar sus sermones y realizar misiones, que producían abundantes cosechas de almas, así como para desempeñar las funciones comunes de un párroco y, sobre todo la de atender al confesonario, asediado en todo momento por una multitud de penitentes. Antes de llegar a la edad de cuarenta años, ya había organizado dos congregaciones religiosas: una de sacerdotes, conocidos como Misioneros de San Alfonso María de Ligorio, la otra de mujeres que, sin ser profesas, vivían bajo una regla

precisa y dedicaban sus actividades a educar niños sin recursos y cuidar a los enfermos; esa congregación de hermanas se había puesto bajo el amparo de Santa María del Huerto. Estas hermanas son muy conocidas en Italia y tienen casas en otras partes de Europa, lo mismo que en Asia y América.

En el año de 1838, el padre Antonio fue nombrado obispo de Bobbio y, en ese cargo, dio extraordinarios ejemplos de virtud, prudencia y firmeza para gobernar. Murió en 1846, con poco más de cincuenta años de edad y fue canonizado en 1951.

Hay una biografía italiana de L. Bodino (1924) y otra de L. Sanguinetti (1925); ésta última es un volumen ilustrado con más de 600 páginas. El derecho de beatificación está impreso en el *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XVII (1925), pp. 176-179. La canonización del santo fue motivo para la publicación de otras biografías.

BEATA BAUTISTA VARANI, Virgen (1527 p.c.)

Camilla Varani, hija única del señor de Camerino, tendría unos ocho o diez años cuando fue con sus familiares a la iglesia para oír predicar al Beato Marco de Montegallo. Muchos años después, Camilla escribía al beato y le revelaba que, sin duda, se sorprendería al saber que su sermón de aquel día memorable había sido el fundamento de toda su vida espiritual. Por entonces, el Beato Marco habló de la Pasión de Cristo y concluyó por instar a su auditorio para que cada viernes meditara sobre los sufrimientos de Nuestro Señor y se condoliese de ellos. Poco después de la prédica, la niña hizo el voto de derramar por lo menos una lágrima cada viernes, por amor a su Salvador, y cumplió fielmente su promesa, a pesar de que, a veces, le resultaba difícil llorar. Su padre, que preveía un brillante matrimonio para Camilla, le dio una excelente educación que incluía los cursos de literatura general y latín, así como las clases de música, costura y otras materias. Durante la etapa de su crecimiento, mostraba inclinaciones a llevar una vida devota y, a veces, se entregaba a rigurosas penitencias; pero una vez que hizo su entrada en sociedad, se olvidó de todo para entregarse de lleno a las diversiones. "A excepción de los momentos que dedicaba a meditar en la Pasión, escribió posteriormente, todo el resto de mi existencia transcurría entre músicas y bailes, paseos, ropas y muchos otros de los vanos placeres del mundo; experimentaba una especie de repugnancia por la piedad y la devoción e incluso sentía una aversión tal por los frailes y las monjas, que me volvía para no verlos, si acaso me encontraba con alguno". Esta etapa duró tres años. Después, impulsada por una íntima sensación de peligro para su alma y avergonzada por la vanidad de su vida, tras de haber oído un sermón que predicó otro franciscano sobre el tema del "temor de Dios", hizo una confesión general y abandonó sus pasadas frivolidades.

Poco a poco fue cayendo en la cuenta de que Dios la llamaba a la vida religiosa. Tras una amarga lucha espiritual, se rindió a la voluntad divina, y entonces, para decirlo con sus propias palabras, "el Señor le dio tres lirios: la aversión al mundo, la conciencia de su propia bajeza y un deseo tan vehemente de sufrir que, si Dios le hubiese concedido la gracia de alcanzar el Cielo sin dolor, ella nunca hubiera creído merecerlo. En consecuencia, la dolorosa enfermedad que le sobrevino por entonces y que duró muchos años, fue considerada por Camilla como una respuesta a sus ardientes deseos. Llegado el

momento en que superó aquella primera prueba, le quedaba aún por superar la oposición de su padre: fueron necesarios dos años de continua lucha para ello.

El 14 de noviembre de 1481, tomó el hábito en el convento de las Clarisas Pobres de Urbino y adoptó el nombre de Bautista. Inmediatamente después comenzó a tener revelaciones místicas sobre la Pasión, revelaciones éstas que, por obediencia a sus superiores, registró en un libro titulado "Los Sufrimientos del Corazón de Jesús Agonizante". "Durante los dos años que pasé en Urbino, escribió, una maravillosa gracia del Espíritu Santo me condujo a las profundidades del Corazón de Jesús; un ilimitado mar de amargura en el que yo me habría ahogado a no ser por la ayuda de Dios". Sus consejeros le habían dicho que la meditación sobre los sufrimientos interiores de Nuestro Señor era mucho más provechosa que la contemplación de sus tormentos físicos. Después de su profesión, la hermana Bautista se vio obligada a abandonar Urbino porque su padre, decidido a tenerla cerca, construyó en la localidad de Camerino, un convento para Clarisas Pobres, al que fue trasladada su hija junto con varias otras monjas de la familia Varani.

Desde aquel momento, el Beato Pedro de Mogliano fue su director espiritual y, durante tres años, la hermana Bautista recibió con frecuencia extraordinarios favores del cielo. Por ejemplo, durante dos semanas pudo gozar de la presencia constante de Santa Clara; dos meses enteros estuvo, en espíritu, postrada a los pies de la Cruz y, por espacio de tres meses, pareció consumida por el amor seráfico. Su alma era impulsada a contemplar, en un vasto mar de luz, el amor de Dios por sus creaturas, y la paz interior de que gozaba era perfecta. A este período de alegría espiritual, siguió otro en el que abundaron las pruebas. Al principio, las tentaciones adoptaron la forma de apariciones vagas y momentáneas; después fueron verdaderos asaltos de los invisibles poderes de las tinieblas, acompañados de una terrible desolación espiritual, que debió soportar sola, sin ayuda de nadie. El Beato Pedro, su antiguo director, ya no estaba cerca y, a pesar de que, para regocijo de la hermana, se le volvió a nombrar ministro provincial de las Marcas, murió a los pocos meses de haber regresado a Camerino. Inmediatamente después, la hermana Bautista se sintió movida a escribir sus experiencias espirituales en forma de carta, la que envió el Beato Marco de Montegallo. Ocho años más tarde, para beneficio de un sacerdote español que la consideraba como su "madre espiritual", redactó una serie de instrucciones sobre la manera de alcanzar la perfección. En esos escritos se pone de manifiesto el estilo sencillo, lleno de sentido común y con algunos rasgos de buen humor, que es característico de los grandes místicos. A pesar de que dichas instrucciones fueron escritas por una monja del siglo quince, contienen excelentes reglas de vida para cualquier católico del Siglo XX.

Muy poco más tiene que decirnos la historia sobre la Beata Bautista. Su vida continuó hasta 1527; tuvo la pena de perder a su padre y tres hermanos mayores en circunstancias trágicas, puesto que fueron asesinados durante una rebelión de sus súbditos, provocada por César Borgia. Posteriormente, la localidad de Camerino fue devuelta al único de sus hermanos que aún vivía, por mandato del Papa Julio II. El mismo Pontífice comisionó a la beata para que estableciese una nueva casa de su orden en Fermo. Ahí permaneció ella tres años y luego regresó a su convento de Camerino, que siguió gobernando hasta su muerte. Mientras vivió, había insistido en mantener a su comunidad dentro de la más absoluta pobreza, pero al morir. su hermano le costeó un funeral lleno

de pompa y magnificencia. Su culto fue aprobado oficialmente en 1843.

La mayoría de las informaciones relacionadas con la Beata Bautista provienen de sus propios escritos. Muchos de ellos fueron impresos por los bolandistas en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. VII, en su traducción al latín, así como la mayor parte de la biografía, escrita en italiano, por Fr. Pascucci, en 1680. Desde entonces, han aparecido innumerables biografías y estudios sobre el espíritu de la Beata Bautista. Basta con mencionar la que escribió la condesa de Rambuteau, en francés, en 1906, así como las de Marini (1882), Puliti (1915), Jörgensen (1919) y Aringoli (1928). Los escritos de la beata fueron editados en el italiano original, por Santoni en *Le opere spirituali della ba. Battista Varani* (1894), lo mismo que por Venanzio della Vergiliana en, *Beata Battista Varani* (1926). Entre sus escritos tiene mayor importancia el que se titula *I Dolori mentali di Gesú*, por la forma explícita en que describe los sufrimientos internos del Corazón de Jesús. Fue escrito en 1488 y publicado en 1490 por primera vez, aunque de ahí en adelante, las ediciones se multiplicaron a veces presentando el escrito como un apéndice al popular libro de Scupoli *Combate Espiritual*. La difusión general de este pequeño tratado, contribuyó seguramente a abrir el camino de la devoción al Sagrado Corazón. Para este particular véase a J. Heerinck, *Devotio SS. Cordis in scriptis B. Baptistae Varani*, artículos que aparecieron en el periódico *Antonianum* (1935), enero a abril. También hay una relación muy completa sobre la Beata Bautista en *Auréole Séraphique*, de Léon, vol. II, pp. 315-348.

BEATA ANA DE SAN BARTOLOME, VIRGEN (1626 P.C.)

EN LOS escritos de Santa Teresa de Avila se pueden encontrar varias alusiones a una joven hermana lega, llamada Ana de San Bartolomé, compañera suya predilecta y a quien describió como "una muy buena sierva de Dios".

Ana era la hija de Fernando García y Catalina Manzanas, matrimonio de campesinos de la localidad de Almendral, situada a unos seis kilómetros de Avila. La muchacha fue pastora hasta los veinte años, cuando consiguió que la admitiesen en el convento de carmelitas de San José de Avila; fue entonces cuando conoció a Santa Teresa, y ésta se interesó por Ana a tal punto, que durante los últimos siete años de su vida la llevó consigo a todas partes y declaró que, para sus trabajos de fundaciones y reformas, no había mejor compañera que Ana. En diversas ocasiones insistió la santa para que la joven tomara el velo negro de las profesas, pero ella rehusó siempre, porque prefería ser hermana lega. La propia Ana nos ha dejado una crónica muy gráfica de la jornada que hizo, en compañía de la "Doctora de Avila", de Medina hasta Alba de Tormes, así como una narración sobre los últimos momentos de la santa, en la que registró, con tono patético, su honda alegría al ver la gratitud de su santa madre agonizante, por los cuidados que le prodigaba. "La madre le tenía un gran amor a la limpieza y al orden, nos cuenta la hermana lega. El día de su muerte, ya no podía hablar. Yo le mudé las sábanas y fundas de su cama, así como la toca y las mangas del hábito. Entonces, la madre se examinó en silencio y pareció muy satisfecha al verse tan limpia, después me buscó con los ojos, me miró sonriente y me demostró su agradecimiento por señas". Fue en los brazos de Ana de San Bartolomé donde Santa Teresa exhaló su último aliento.

La hermana lega continuó su tranquila existencia en el convento de Avila durante otros seis años, y luego se produjo un acontecimiento que ocasionó un cambio radical en su vida. Varios importantes personajes de Francia, especialmente "madame" Acarie y Pierre de Bérulle, habían decidido, luego de muchos intentos, establecer en su país a las Carmelitas Descalzas y, con ese objeto, solicitaron la ayuda de las monjas españolas para hacer su fundación.

Ana de Jesús, la sucesora de Santa Teresa, partió hacia Francia a la cabeza de un grupo de cinco monjas, entre las que figuraba la Beata Ana de San Bartolomé. Al llegar a París y mientras la princesa de Longueville y otras damas de la corte daban la bienvenida a las hermanas, Ana se escabulló hacia la cocina, con el pretexto de preparar la comida para la comunidad. Sin embargo, la superiora había decidido que la compañera inseparable de Santa Teresa estaba destinada a obras más altas y, sin más trámites, sin tomar en cuenta la evidente poca voluntad de la muchacha, la sacó de la cocina y la hizo hermana de coro. Ana firmó su acta de profesión con una simple cruz, pero, según afirman autoridades en la materia, ya para entonces sabía escribir, puesto que actuó como secretaria de Santa Teresa durante largo tiempo; otros sostienen, en cambio, que, en el momento de hacer su profesión aprendió milagrosamente a escribir; lo cierto es que, al tener que enfrentarse con nuevas y más complicadas responsabilidades, pareció repentinamente dotada, no sólo con el arte de la escritura, sino con otras muchas ciencias necesarias para realizar con éxito su cometido. El establecimiento de las carmelitas en Francia tropezó con tantas dificultades que cinco de las seis monjas españolas se trasladaron a Holanda en busca de un ambiente más propicio. Ana se quedó en Francia y fue nombrada superiora en la casa de Pontoise y luego en la de Tours. Al principio, la perspectiva de gobernar a una comunidad, la hundió en un amargo desconsuelo: hecha un mar de lágrimas, oró ante el Santo Cristo; en su ferviente plegaria, insistía en su incapacidad y en su indignidad para desempeñar el cargo y repetía, una y otra vez, que ella no era más que un poco de paja. Ahí mismo, al pie de la cruz, recibió una contestación que la dejó llena de consuelo y fortaleza. "Con la paja yo enciendo mis hogueras", respondió el Señor.

A los pocos días se anunció que ya se habían abierto casas de carmelitas en los Países Bajos. La Beata Ana fue enviada a Mons, donde parmaneció un año. En 1612, hizo su propia fundación en Amberes, y ahí acudieron pronto y en gran número las herederas de las más nobles familias holandesas,* ansiosas todas de emprender la marcha por el camino de la perfección, conducidas por una religiosa que, aun en vida, era considerada como una santa, dotada con los dones de profetizar y hacer milagros. En dos ocasiones en que Amberes quedó sitiada por las fuerzas del príncipe de Orange y a punto de ser capturada, la madre Ana estuvo en oración toda la noche y la ciudad quedó a salvo. A raíz de esto, la monja carmelita fue declarada, por aclamación popular, defensora y protectora de Amberes. Su muerte, ocurrida en 1626, dio motivo a una extraordinaria demostración de duelo, en la que más de veinte mil personas desfilaron ante su cadáver, expuesto durante tres días, para tocarlo con rosarios y otros objetos de devoción. Muchos años más tarde, la ciudad seguía venerando su memoria con procesiones anuales en las que los miembros del Concejo Municipal, con velas en las manos, encabezaban la marcha hasta el convento. Ana de San Bartolomé fue beatificada en 1917.

* Entre éstas se contaba a Anne Worsley (Ana de la Ascensión), que fue la primera inglesa que tomó el hábito de las carmelitas de Santa Teresa. Fue la madre Ana la que, en 1619, estableció la comunidad de monjas inglesas en Amberes, la misma que ahora se encuentra en Lanherne, en Cornwall. Véase a A. Hardman en, "English Carmelites in Penal Times" (1936).

La carta apostólica que anuncia el decreto de beatificación, fue impresa en el *Acta*

Apostolicae Sedis, vol. IX (1917), pp. 257-261; en ella se encuentra la acostumbrada biografía resumida. La Beata Ana escribió una autobiografía por mandato de sus superiores; el escrito se remonta a los primeros años de su estancia en Amberes y, el manuscrito original se conserva en el convento de carmelitas de aquella ciudad. Una incompleta traducción francesa del mismo se publicó en 1646, y Fr. Bouix apenas si utilizó esa obra cuando hizo una narración sobre la vida *purement édifiante* de la beata, en 1872. Véase también la obra de Fr. Bruno, *La Belle Acarie* (1942). C. Henríquez publicó una biografía en español en 1632; en tiempos más modernos, Florencio del Niño Jesús escribió otra que apareció en 1917; esta última fue adaptada al francés, por el abad L. Aubert (1918). Ver también a H. Brèmond, *Histoire Littéraire*, vol. II, pp. 299-319.

8: SAN MAXIMINO DE AIX (¿Siglo V?)

LAS investigaciones históricas han fracasado hasta hoy en los intentos de conseguir informaciones concretas respecto a San Maximino de Aix, a quien el Martirologio Romano conmemora en este día, pero cuyo culto no se encuentra registrado en ninguno de los documentos antiguos. Ni siquiera se sabe con certeza en qué siglo vivió. Por otra parte, abundan los datos sobre el santo en las leyendas de Provenza sobre el arribo de las "Tres Marías" y sus compañeros, una tradición que se consideraba auténtica hasta fines de la Edad Media, pero que, según datos fidedignos, no se conocía en Provenza antes del siglo once. En nuestra época, esa tradición proporcionó al poeta Mistral el tema para algunos de los más hermosos pasajes de sus obras "Mireya" y "Mes Origines".

De acuerdo con la leyenda, Maximino fue uno de los setenta y dos discípulos de Nuestro Señor que partieron de Palestina después de la Ascensión, en compañía de Santa María Magdalena, Santa Marta, San Lázaro, Santa María Cleofas, Santa María Salomé y otras gentes que conocieron a Cristo, para evangelizar la región de Provenza. Maximino se estableció en Aix, de donde llegó a ser el primer obispo. Cuando Santa María Magdalena estaba en la agonía, fue llevada desde la cueva de Sainte Baume, donde había vivido hasta entonces, hacia un lugar sobre el camino, conocido ahora como el "Saint Pilon", a donde llegó San Maximino para darle el viático. A corta distancia del "Saint Pilon" se encuentra la iglesia de San Maximino, que fue construida en reemplazo de otra más antigua dedicada al mismo santo y que, al parecer, contenía sus reliquias y las de María Magdalena. El cuerpo de San Maximino fue trasladado en 1820 a la ciudad de Aix, de la que es patrón principal. Se dice que la supuesta cabeza de Santa María Magdalena aún se conserva en la antigua cripta de San Maximino.

En esta obra, bajo las fechas del 22 y el 29 de julio, se encontrará una narración sobre la leyenda de Santa María Magdalena y sobre la presencia de Santa Marta en Provenza. En cuanto a la iglesia de San Maximino, el lector puede referirse a H. Leclercq, en su artículo de DAC., vol. X (1932), cc. 2798-2819. La leyenda de Maximino y Sidonio parece haber sido originada por la traslación a la Provenza de ciertas reliquias que se encontraban en Aydat, cerca de Billom, en Auvernia. Véase también a Duchesne, en *Fastes Episcopaux*.

SAN MEDARDO, OBISPO DE VERMANDOIS (*c.* 560 P.C.)

MEDARDO ES el santo favorito entre los campesinos del norte de Francia, y su culto se remonta a la época de su muerte, en el siglo sexto. Ese culto recibió alientos por las leyendas que se fabricaron en torno al nombre del santo, así como por la veneración que siempre se le ha tributado como benefactor y protector de los sembradores y los viñateros.

Medardo nació en Salency, localidad de Picardía, alrededor del año 470; su padre era un noble franco, y su madre una galo-romana. El chico fue enviado a recibir su educación a un lugar que ahora se conoce con el nombre de Saint Quentin, donde permaneció algún tiempo en el estado laico; pero a la edad de treinta y tres años fue ordenado sacerdote. Los poderes de Medardo como predicador y misionero fueron tan extraordinarios, que se le eligió como sucesor del obispo Alomer, a la muerte de éste. Se afirma, aunque sin el respaldo de alguna autoridad, que San Medardo fue consagrado por San Remigio de Reims, cuando éste era ya un anciano. También San Medardo debe haber sido un hombre entrado en años, pero su energía era la de un muchacho joven, puesto que, a pesar de que su diócesis era muy extensa, la recorrió siempre que se le presentó la oportunidad de aumentar la gloria de Dios y combatir la idolatría.

Muy probablemente, el resto de la historia del santo no sea más que pura invención. Se dice que, a raíz de una incursión de los hunos y los vándalos, trasladó su sede de Saint Quentin a Noyon y que, eventualmente, se hizo cargo de la diócesis de Tournai. A partir de entonces, y durante quinientos años, Noyon y Tournai estuvieron unidas bajo el mismo obispo. De entre los datos legendarios, se puede extraer uno que es histórico: fue San Medardo quien impuso el velo a la reina Santa Radegunda y la bendijo como diaconesa, en circunstancias que se detallan más adelante en esta obra, bajo la fecha del 13 de agosto. La muerte de San Medardo, ocurrida en una fecha completamente incierta, enlutó a toda su provincia, donde era considerado como un verdadero padre en Dios. Por noticias de Fortunato y de San Gregorio de Tours sabemos que la fiesta de San Medardo se celebraba en aquellos días con gran solemnidad.

Las tradiciones populares en Salency, ciudad natal del santo, le atribuyen la institución de una antiquísima costumbre que aún se practica, conocida como el "Rosière". Cada año, el día de la fiesta de San Medardo, la doncella que haya observado la conducta más ejemplar en todo el distrito, marcha escoltada por doce muchachos y doce jovencitas hasta la iglesia, donde se la corona con rosas y se le ofrece un regalo. A veces se presenta a San Medardo con un águila que extiende las alas por encima de su cabeza, como una alusión a la leyenda de que, cierta vez, cuando el santo era muy joven, un águila lo protegió de esta manera contra la lluvia. Tal vez por aquel acontecimiento se relaciona a San Medardo con las variantes del clima. Los campesinos tienen la firme creencia de que si llueve el día de San Medardo, habrá lluvia en los cuarenta días siguientes; pero en cambio, si el 8 de junio es un día sereno y despejado, habrá cuarenta días consecutivos de buen tiempo. A este respecto, San Medardo tiene su equivalente en Inglaterra con San Swithin. En ocasiones se representa al santo en compañía de San Gilardo, a quien, erróneamente se señalaba como su hermano gemelo y que, como a tal conmemora el Martirologio Romano en la misma fecha. Por alguna razón desconocida, en la Edad Media, las imágenes

de San Medardo aparecían con la boca muy abierta, como si estuviese riendo a carcajadas ("le rire de Sain Médard"), y también por entonces se le invocaba para aliviar el dolor de muelas. Resulta imposible saber con certeza si la actitud riente de las imágenes tiene algo que ver con los padecimientos dentales.

A juzgar por el número de las notas inscritas en el BHL., del No. 5863 al 5874, se podría pensar que el material para la biografía de San Medardo era abundante. Sin embargo, la mayoría de esas fuentes de información son poco dignas de confianza. A pesar de que el poeta Venancio Fortunato era amigo de Santa Radegunda y más o menos contemporáneo del santo, es poquísimo lo que dice en su poema sobre la historia, aunque se extiende en demasía sobre una serie de hechos triviales y de milagros improbables. La antigua biografía en prosa (*c* 600 P.C.) que también se atribuye a Fortunato, no es suya, pero parece mucho más digna de confianza. El mejor de los textos es el que editó Bruno Krusch en MGH., *Auctores Antiquissimi*, vol. IV, parte II, pp. 67-73. Otra vida anónima del siglo nueve agrega bien poco a nuestros conocimientos. En cambio, la biografía que escribió Radbod alrededor del 1080, está colmada de informaciones, pero todas son también muy sospechosas. El propio Radbod era un obispo en la doble diócesis de Noyon y Tournai; y hay razones para pensar que, en su tiempo, se enfrentó con algún partido poderoso que se oponía a la unión de las diócesis y creía afirmar su posición al demostrar que la unidad de las dos sedes databa de varios siglos atrás y se fundaba en un precedente establecido por el muy venerable San Medardo. Parece increible que, si en realidad San Medardo llegó a ser obispo de Tournai, hayan dejado de mencionar el hecho Gregorio de Tours, Venancio y muchos otros cronistas antiguos. Ni siquiera se sabe con certeza si la transferencia de la sede a Noyon haya tenido lugar en los tiempos de San Medardo. Existe un resumen bastante explícito, hecho por H. Leclercq, en DAC, vol. XI, cc. 102-107; véase también a Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. III, p. 102; R. Hanon de Louvet, *Histoire de la ville de Jodoigne* (1941), cap. VII.

SAN CLODULFO o CLOUD, OBISPO DE METZ (*c*. 692 P.C.)

CLODULFO Y Ansegis fueron dos hijos de San Arnoul, obispo de Metz y de su esposa Doda, quien tomó el velo al mismo tiempo en que su marido se ordenó como sacerdote. Lo mismo que su padre, los dos hijos desempeñaron cargos importantes en la corte de los reyes de Austria. Ansegis se casó con Begga, una de las hijas de Pepino de Landen, y así llegó a ser el ancestro de los reyes carlovingios de Francia; pero Clodulfo había llevado una vida ejemplar, dedicada a los ejercicios de devoción y las buenas obras, de manera que, en el año 656, después de la muerte de San Godo, el obispo de Metz, fue elegido para ocupar la sede episcopal que antaño estuvo a cargo de su padre. Si como laico Clodulfo era muy virtuoso, como sacerdote y como obispo llegó a ser un modelo de pastores: gobernó sabiamente a su diócesis, distribuyó limosnas con liberalidad y avanzó siempre por la senda de la santidad. Como un ejemplo ilustrativo de su humildad, se registró el caso de que, al escribirse una biografía de su padre, a pedido del propio Clodulfo, éste insistió para que el escritor mencionase un hecho que había omitido: en cierta ocasión, sucedió que San Arnoul, tras de haber distribuido limosnas con prodigalidad, encontró vacía su bolsa y recurrió a sus hijos, a fin de obtener de ellos más dinero para los pobres; Clodulfo, al que se dirigió primero, se mostró disgustado y no dio nada más que una malhumorada respuesta a su padre; en cambio, Ansegis puso generosamente a disposición de su progenitor todo lo que pudiera necesitar.

San Clodulfo gobernó a la iglesia de Metz durante cuarenta años y murió ya muy anciano, en el año 692 o en el 696.

La biografía impresa en *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, es del tipo legendario acos-

tumbrado y fue escrita mucho tiempo después de ocurridos los sucesos que relata. Paulus Diaconus, en su *Gesta Episcoporum Mettensium* (editada por Pertz, MGH. *Scriptores*, vol. II, proporciona un material mucho mejor. Véase también a Weyland en *Vie des Saints du diocèse de Metz*, vol. III (1909), pp. 322-347; J. Depoin, en la *Revue Mabillon*, 1921-1922: y Duchesne, *Fastes Episcopeaux*, vol. III, p. 56.

SAN GUILLERMO, ARZOBISPO DE YORK (1154 P.C.)

GILLERMO FITZHERBERT, conocido también como Guillermo de Thwayt, fue, según se afirma, el hijo de una hermanastra del rey Esteban, llamada Emma y del conde Herbert, tesorero de Enrique I. Desde su temprana juventud, se dice, Guillermo fue nombrado tesorero de la iglesia de York. Al parecer, en su trabajo fue un tanto indolente, pero en lo personal era simpático y gozaba de una gran popularidad, por lo cual, en 1140, a la muerte del arzobispo Thurston, de York, se le eligió para ocupar el puesto vacante. Sin embargo, se puso en tela de juicio la validez de la elección a instancias de Walter, el archidiácono de York, y varios abades del Cister y priores de los agustinos, quienes acusaban a Guillermo de simonía, de faltas a la castidad y de haberse valido de una indebida influencia por parte del rey. Esteban lo invistió con los poderes temporales de la sede, pero Teobaldo, el arzobispo de Canterbury, no se atrevió a consagrarlo; las partes en disputa llevaron el caso a Roma, donde los acusadores recurrieron sobre todo al cargo de intromisión en la sede. El Papa Inocencio decidió que la elección podría declararse válida, si el dean de York, que también se llamaba Guillermo, se avenía a comparecer ante un tribunal presidido por el obispo de Winchester y el delegado pontificio, Enrique de Blois, para jurar que el Capítulo no había recibido ningún mandato del rey.

El dean Guillermo, que por entonces acababa de ser consagrado obispo de Durham, no prestó el juramento (probablemente no lo hizo para evitar el perjurio). Sin embargo, como consecuencia de otra carta del Papa, cuyos orígenes son inciertos y algo sospechosos, Guillermo Fitzherbert pudo dar las satisfacciones pedidas por Enrique de Winchester, quien lo consagró debidamente. Los clérigos y el pueblo de York le dieron una calurosa bienvenida, y gobernó a su diócesis relativamente bien, con la preocupación principal de mantener la paz entre sus fieles, sin que por ello fuese capaz de conservarla para sí. Sus opositores no habían perdido de vista la oportunidad de combatirlo, y Guillermo, como dice un cronista, por su manera de tomar las cosas a la buena de Dios y sus principios de no pensar mal de los demás, cometió un error del que inmediatamente se valieron sus enemigos. No hizo ningún arreglo para recibir el palio que el Papa Lucio II le había enviado por manos de su delegado, el cardenal Imar de Tusculum. El Pontífice Lucio murió cuando el palio no había sido entregado aún, y el cardenal se lo llevó de regreso a Roma. Con el fin de obtener el palio, Guillermo se vio obligado a viajar a Roma y vendió o empeñó algunas de las riquezas de York para pagar sus gastos. Pero el nuevo Papa, Eugenio III, pertenecía al Cister y se hallaba enteramente bajo la influencia de San Bernardo de Clairvaux, quien siempre había apoyado vigorosamente la causa de los opositores de Guillermo. Así, a pesar de que la mayoría de los cardenales estaban en su favor, Guillermo fue suspendido, en base a que el obispo de Durham no había tomado el juramento prescrito por Inocencio II. Después de aquel veredicto, el suspendido arzobispo de York

se acogió a la hospitalidad de su pariente, el rey Rogelio de Sicilia. Pero en Inglaterra, los partidarios de Guillermo, tan pronto como las noticias sobre la decisión del Papa llegaron a York, se agruparon para lanzar un ataque en forma a la abadía de Fountains, en la que tanto Enrique Murdac como el Papa Eugenio habían sido monjes, dañaron los edificios e incendiaron los campos; los atacantes se apoderaron del archidiácono Walter y, después de maltratarlo, los mutilaron. Estos actos criminales perjudicaron más todavía la causa de Guillermo y, en 1147, el Papa lo depuso. Inmediatamente después, Enrique Murdac fue designado arzobispo de York en su lugar.

Al regresar a Inglaterra, Guillermo se refugió en la casa de su tío, Enrique de Winchester, quien le trató con todos los honores; pero el infortunio había regenerado al prelado depuesto. A partir de entonces, despreció el lujo y la riqueza a que estaba acostumbrado y decidió llevar una austera vida de penitencia en el monasterio de la catedral. Así permaneció en Winchester durante seis años. Posteriormente, en el año 1153, murieron en un lapso de tres meses, el Papa Eugenio, San Bernardo y Enrique Murdac. Inmediatamente, Guillermo se fue a Roma para suplicar al Papa Anastasio IV que le devolviese la sede. El Pontífice le otorgó la petición y además le confirió el palio antes de que regresara a Inglaterra.

En mayo de 1154, San Guillermo hizo su entrada en York entre las demostraciones jubilosas del pueblo. Por el peso de la multitud que se había congregado para darle la bienvenida, se rompió el puente de madera sobre el Ouse, y mucha gente cayó al río. En vista de que todas las víctimas del accidente fueron rescatadas sin haber sufrido el menor daño, se proclamó que el hecho había sido un milagro obrado por las oraciones del restablecido arzobispo. Guillermo no demostró ningún resentimiento contra sus adversarios y, casi en seguida, hizo una visita a la abadía de Fountains y prometió hacer las reparaciones a todos los daños que sus violentos partidarios habían causado. Sin embargo, no vivió lo bastante para realizar sus proyectos. Hacía apenas un mes que estaba de regreso en York, cuando le atacaron fortísimos dolores después de celebrar una misa y, en pocos días, el 8 de junio, murió. El nuevo archidiácono de York, llamado Osberto, debió comparecer ante el tribunal del rey, acusado de haber suministrado veneno al arzobispo. El caso llegó hasta la Santa Sede, pero no hay ningún indicio sobre la decisión: la culpabilidad o la inocencia de Osberto seguirá siendo un misterio para siempre.

En 1284, el cuerpo de San Guillermo fue trasladado desde una capilla a la nave central de la catedral, en presencia del rey Eduardo I y la reina Eleonora. A pesar de que las reliquias no fueron destruidas en la época de la Reforma y se pudieron conservar hasta el siglo XVIII, después desaparecieron por completo. En su catedral se conserva su memoria en un ventanal inmenso, uno de los tres famosos "muros de cristal" de York, en él se plasmaron, con vidrios de colores, escenas de la vida y milagros de Guillermo, complementadas con otras imágenes que pertenecen a la historia de San Juan de Beverly y a la de San Juan de Bridlington. El Papa, Honorio III canonizó a San Guillermo en 1227, luego de hacer una detenida investigación de las mil y una maravillas que, supuestamente, se han producido en su tumba. En las diócesis del norte de Inglaterra, se celebra su fiesta hasta hoy.

Véase la continuación a la *Historia Regum* de Simeón de Durham, escrita por Juan de Hexham, así como la *Historia Regum* de Guillermo de Newburgh (las dos en la *Rolls*

Series); la *Narratio Foundations*, contenida en *Memorial of Fountains*, vol. I (edición de J. Walbran, 1863); *La Vida de San Aelred*, de Walter Daniel (edición de F. M. Powicke, 1950) y las cartas de San Bernardo, en Minge, PL, vols. CLXXXII-CLXXXV. Una *Vida de San Guillermo*, anónima, es muy pobre y falsa en su mayoría; fue impresa por J. Raine, en *Historians of the Church of York*, vol. II. Entre los relatos modernos, véase a T. F. Tout, en DNB., vol. XIX; otras más recientes como, R. L. Poole, en la *English Historical Review*, 1930, pp. 273-281 y D. Knowles, en el *Cambridge Historical Journal*, 1936, pp. 162-177 y 212-214 (con bibliografía y notas). Resulta curioso que, en un calendario del siglo trece, grabado en los muros de la iglesia de Quattro Coronati, en Roma, aparezca anotado el nombre de Guillermo de York el 4 de febrero.

BEATO PACIFICO DE CERANO (1482 P.C.)

PACÍFICO RAMOTA nació en la ciudad de Novara, en el Piamonte, en el año de 1424. Sus padres murieron cuando era muy joven y quedó al cuidado de los benedictinos, quienes le educaron en su abadía de Novara. Pacífico salió de ahí para tomar el hábito en el convento franciscano de la estricta observancia, a la edad de veintiún años. Pronto se destacó como uno de los clérigos más sabios de su tiempo. Después de su ordenación, trabajó principalmente como predicador en toda Italia, donde realizó misiones entre los años 1452 y 1471, y con mucho éxito. Su trabajo de evangelización se interrumpió por una visita a Cerdeña, a donde fue con una comisión del Papa Sixto IV, para poner término a ciertos desórdenes e irregularidades que se habían producido entre el clero. Se le aconsejó que escribiese un tratado sobre teología moral, que fue publicado en Milán en 1475, y que durante mucho tiempo se consideró como un modelo del género, puesto que trata de simplificar las explicaciones y usa un lenguaje enteramente claro. El beato tituló su obra como "Sometta di Pacifica Concienza", pero se la conoce por lo general como "Somma Pacifica". El beato reanudó su trabajo de misionero, sobre todo en las regiones del norte de Italia, donde utilizó como cuartel general el convento de Vigevano que él mismo fundó dentro de la diócesis de Novara.

En 1480, le llegó un segundo mandato para que se trasladase a Cerdeña, como visitador e inspector general para los conventos de la estricta observancia, así como nuncio apostólico, encargado por el Papa Sixto II de proclamar una cruzada contra Mahoma II. La orden llegó cuando el beato predicaba en Cerano. Ya para entonces, sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida y, en consecuencia, pronunció un sermón como despedida, en el que decía entre otras cosas: "Os pido que me hagáis este favor: cuando tengáis noticias de que he muerto, traed mis pobres despojos a estas tierras para que sean sepultados en esta amada iglesia que yo construí en honor de la Santísima Virgen". Partió a Cerdeña, pero apenas había comenzado a predicar la cruzada cuando cayó enfermo. Murió en Sassari, el 4 de junio de 1482. Para cumplir con su última voluntad, su cadáver fue llevado a Cerano, donde más tarde se construyó una iglesia en honor suyo. En 1745 se confirmó el culto al Beato Pacífico.

Un relato sobre el Beato Pacífico aparece en el apéndice del vol. I, de junio, del *Acta Sanctorum*. También figura el beato en lugar destacado en el *Scriptores* de Wadding y en los *Annales Ordinis Minorum*, vol. XIV. Véase también la *Miscellanea Francescana*, vols. III y VII, así como a Léon en *Auréole Séraphique*, vol. II, pp. 352-355. Se han publicado breves biografías por separado, escritas por M. Cazzola y otros autores anónimos.

9: SAN COLOMBA o COLUMKILL, Abad de Iona* (597 p.c.)

EL MAS famoso de los santos escoceses, Colomba, era en realidad un irlandés de las regiones boreales de Uí Néill y, probablemente, nació en el año 521, en Gartan de County Donegal. Por parte de padre y por parte de madre era de linaje real, porque el progenitor era Fedhlimiddh o Phelim, bisnieto de Niall el de los "Nueve Rehenes", gran señor de Irlanda, mientras que su madre, Eithne, a más de estar emparentada con los príncipes de la Dalriada escocesa, era descendiente directa de un rey de Leinster. En el bautismo, que le suministró su padrino, el sacerdote Cruithnechan, el niño recibió el nombre de Colm, Colum o Colomba. Más adelante, se le llamó por lo general Columkill, una denominación que, de acuerdo con Beda, deriva de los términos irlandeses "*cella et Columba*", nombre éste que seguramente le vino de las muchas celdas (cells) o fundaciones religiosas que estableció. Tan pronto como se le consideró con la edad suficiente para valerse por sí mismo, se le apartó de los cuidados del sacerdote a quien se le había puesto como guardián en Temple Douglas y se lo llevaron a la gran escuela que tenía San Finiano en Moville. Ahí debió pasar muchos años, puesto que, al partir, ya era diácono. De Moville pasó a estudiar a Leinster, bajo la dirección de un anciano bardo, a quien llamaban maestro Gemman. Los bardos conservaban las crónicas de la historia y la literatura de Irlanda, y no es extraño que el propio Colomba fuese un poeta bastante aceptable. De Leinster se fue a otra famosa escuela monástica, la de Clonard, gobernada por otro Finiano, a quien se conoce con el título de "tutor de los santos del Erin". Colomba figuró en el grupo de los más sabios y aprovechados discípulos de Finiano, reconocidos más tarde como los "doce apóstoles del Erin". Probablemente mientras se hallaba en Clonard fue ordenado sacerdote, o si acaso un poco más tarde, cuando vivía en Glasnevin con San Comgall, San Kieran y San Canice, bajo la guía de su antiguo compañero de estudios, San Mobhi. En el año 543, la súbita propagación de una epidemia de peste obligó a Mobhi a deshacer su floreciente escuela, y Colomba, que por entonces tenía veinticinco años y un entrenamiento muy completo, regresó a la región del Ulster, donde había nacido.

En aquella época, su aspecto físico era impresionante: de gran estatura, dotado de una musculatura formidable y de un carácter dulce y apacible, poseía "una voz tan fuerte y sonora, que se podía oír a más de un kilómetro de distancia". Aquel hombre formidable pasó los quince años siguientes en un incesante recorrido de todo el territorio de Irlanda, donde predicó el Evangelio y fundó innumerables monasterios, entre los cuales fueron los más notables el de Derry, el de Durrow y el de Kells. Como hombre aficionado al estudio, Colomba amaba los libros y no escatimaba esfuerzos para obtenerlos. Entre los muchos manuscritos preciosos que su antiguo maestro, San Finiano, había traído de Roma, figuraba la primera copia del salterio de San Jerónimo que llegó a Irlanda. San Colomba pidió prestado aquel manuscrito, del que sacó sigilosamente una copia para conservarla. Pero no tardó San Finiano en enterarse y se apersonó para exigir la entrega del escrito que le pertenecía. Como

* Puesto que la fiesta de San Colomba se celebra en toda Escocia (con misa propia), Irlanda, Australia y Nueva Zelandia, se le ha puesto al principio en este día.

el discípulo se negase rotundamente a devolver su copia, el caso se llevó ante el rey Diarmaid, señor de Irlanda. La sentencia fue desfavorable para Colomba. "A cada vaca su ternero", concluyó el monarca; "en consecuencia, a cada libro su libro vástago. Por lo tanto, Columkill, el manuscrito que tú hiciste de un libro de Finiano, le pertenece a Finiano".

San Colomba quedó muy resentido por aquella sentencia; pero muy pronto recibió un agravio mucho mayor por parte del rey. Un tal Curnan de Connaught, después de haber participado en una reyerta en la que hirió mortalmente a un contrincante, buscó refugio junto a San Colomba, quien en seguida le brindó su amparo; pero de ahí a poco, fue materialmente arrebatado de los brazos de su protector y apuñalado por los hombres de Diarmaid, que no respetaron el derecho de asilo en el santuario. A raíz de este sucedido, estalló la guerra entre los partidarios de Colomba y los súbditos leales de Diarmaid; en la mayoría de las crónicas antiguas de Irlanda se afirma que esa contienda fue instigada por San Colomba y se asienta que, tras la batalla de Cuil Dremne, en la que perecieron más de 3 000 hombres, se hizo al santo responsable moral por su muerte. El sínodo de Telltown, en Meath, aprobó una moción de censura contra Colomba que habría culminado en la excomunión, a no ser porque San Brendano intervino en favor del acusado. Por otra parte, debe señalarse que Colomba no tenía tranquila la conciencia y, por consejo de San Molaise, decidió expiar las ofensas que hubiese cometido, con un exilio voluntario y con la promesa de obtener la salvación de tantas almas como las que hubiesen perecido en la batalla de Cuil Dremne.

Ese es el relato tradicional sobre los acontecimientos que culminaron con la partida de San Colomba de las tierras de Irlanda y, es probable que así fuese. Al mismo tiempo, es necesario admitir que el celo misionero y el amor a Cristo fueron los únicos motivos que, según sus biógrafos (especialmente San Adamnan, principal autoridad sobre su historia), le movieron en todos sus actos posteriores. En el año de 563, Colomba se embarcó con doce compañeros, todos ellos emparentados entre sí, en una frágil canoa de cuero que condujo al grupo, en la víspera de Pentecostés, a la isla de I o de Iona. Por aquel entonces, Colomba tenía cuarenta y dos años. Su primera obra fue la construcción de un monasterio, donde habría de pasar el resto de su vida y que fue famoso durante siglos entre los cristianos de occidente. El terreno le fue cedido por su pariente Conall, rey de la Dalriada escocesa, quien le había invitado a refugiarse en Escocia. La isla de Iona, situada entre la región de los pictos hacia el norte y la habitada por los escoceses hacia el sur, proporcionaba el sitio ideal para establecer el centro de las misiones que beneficiaran a los dos pueblos. Al principio, Colomba dedicó todos sus esfuerzos a la instrucción de los cristianos de la Dalriada, que apenas habían recibido las primeras nociones sobre su religión, y la mayoría de los cuales era de ascendencia irlandesa; pero al cabo de unos dos años, concentró su atención en la evangelización de los pictos escoceses. Cierto día, acompañado por San Comgall y San Canice, se dirigió al castillo del temible rey Brude, de Inverness.

El monarca pagano había dado órdenes estrictas para que los misioneros no fueran admitidos; pero en cuanto Colomba levantó la diestra e hizo el signo de la cruz, cayeron las trancas, rechinaron los cerrojos, se abrieron solos los grandes portones y los cristianos entraron sin que nadie se atreviese a detenerlos. Impresionado por aquella sensacional demostración de poderes sobrenatu-

rales, el rey Brude se mostró dispuesto a escuchar lo que tuviesen que decir los misioneros y, a partir de aquel momento, profesó una alta estima a San Colomba. Asimismo, en su calidad de señor de aquellas tierras, confirmó al santo en la posesión de la isla de Iona. Por las crónicas de San Adamnan, sabemos que en dos o tres ocasiones Colomba cruzó las montañas que dividen la región oriental de la occidental de Escocia y que su celo misionero lo llevó a sitios tan distantes como Ardnamurchan, Skye, Kintyre, Loch Ness y Lochaber y tal vez, hasta Morven. También se le acredita al santo el establecimento de la iglesia en Aberdeenshire y la evangelización de toda la tierra de los pictos, aunque esto último ha sido motivo de controversias. Cuando los descendientes de los reyes de Dalriada llegaron a ser los gobernantes absolutos de Escocia, trataron, como era natural, de exagerar la gloria de San Colomba y, posiblemente, tuvieron la tendencia de adjudicar al santo algunos laureles que pertenecían a otros misioneros de Iona y diversos centros.

San Colomba no dejó nunca de estar en contacto con Irlanda. En 575, asistió al sínodo de Drumceat, en Meath en compañía de Aidan, el sucesor de Conall, y ahí defendió con éxito el status y los privilegios de sus fieles de Dalriada, impidió que se llevase a cabo la propuesta de abolir la orden de los bardos y aseguró que las mujeres quedaran eximidas de prestar cualquier servicio militar. Diez años más tarde, estuvo de nuevo en Irlanda y, en 587, volvió a considerársele como prácticamente culpable de otra batalla, la de Cuil Feda, cerca de Clonard. Cuando no se hallaba comprometido en expediciones misioneras o diplomáticas, su cuartel general seguía establecido en Iona, a donde acudían visitantes de todas las condiciones sociales, algunos en busca de ayuda espiritual o corporal, atraídos otros por su reputación de santidad, sus milagros y sus profecías. Llevaba una vida de extrema austeridad, pero no por eso trataba de imponer sus penitencias a los demás. Montalembert hace notar en su biografía que, "de entre todas las virtudes, Colomba carecía especialmente de gentileza". Evidentemente era un hombre rudo y brusco, pero con el correr de los años, se endulzó su carácter. En la descripción que hace San Adamnan sobre los últimos años de su vida, lo pinta como un anciano sereno, amante de la paz, que recibía con gentileza la visita de los hombres y de las bestias. Cuatro años antes de su muerte, sufrió una enfermedad que lo puso al borde del sepulcro, pero conservó la vida gracias a las plegarias de su comunidad. A medida que se agotaban sus energías, pasaba la mayor parte del tiempo en la transcripción de libros. El día anterior al de su muerte, copiaba el salterio y había escrito la frase que decía: "A aquéllos que aman al Señor, nunca les faltará ninguna cosa buena..." Cuando hubo copiado esas palabras, declaró: "Aquí debo detenerme; que Baithin escriba el resto..." Baithin era un primo suyo al que había nombrado su sucesor.

Aquella noche en que los monjes fueron a la iglesia para cantar los Maitines, encontraron a su bienamado abad en el suelo, ante el altar, ya agonizante. En el momento en que su fiel asistente Diarmaid le tomó de los brazos para incorporarlo, Colomba levantó su mano como si intentase bendecir a sus monjes e inmediatamente después expiró. Colomba había muerto, pero su influencia sobrevivió y aun se extiendió hasta que llegó a dominar las iglesias de Escocia, Irlanda y Nortumbria. Durante más de tres cuartos del siglo los cristianos celtas de aquellas tierras conservaron las tradiciones impuestas por Colomba en ciertos aspectos del orden y el ritual, opuestas incluso a las de Roma;

las reglas que Colomba redactó para sus monjes fueron observadas en muchos de los monasterios de Europa occidental, hasta que las ordenanzas más benignas de San Benito suplantaron a las otras.

Adamnan, el biógrafo de San Colomba, no lo conoció personalmente, puesto que nació por lo menos treinta años después de su muerte, pero como era de su misma sangre y fue sucesor suyo en el cargo de abad de Iona, debió conocer a fondo, sin duda, las tradiciones que una personalidad tan fuerte como la de San Colomba tiene que haber dejado tras de sí. De todas maneras, merece ser roproducida aquí la descripción que Adamnan hace de San Colomba: "Tenía el rostro de un ángel; era de excelente disposición, cuidadoso en el hablar, virtuoso en el proceder, efectivo en el consejo. Jamás dejó pasar una hora sin dedicar una parte de ella a la plegaria, la lectura, la escritura o cualquier otra ocupación provechosa. Soportaba las penurias del ayuno y la vigilia sin descanso, de día y de noche; el peso de una sola de sus tareas parecería insoportable para cualquier hombre. Y, en medio de tantos trabajos, siempre aparecía amable con todos, sereno y santo, como si gozara en todo momento de la gracia del Espíritu Santo en lo más profundo de su corazón". Por otra parte, la postrera bendición de San Colomba a la isla de Iona, resultó ser un vaticinio que se cumplió: "En este lugar, por pequeño y pobre que parezca, se rendirá todavía mucho mayor homenaje al Señor, no sólo por parte de los reyes y los pueblos de los escoceses, sino también por parte de los regidores de naciones bárbaras y remotas y por sus pueblos. Aun los santos de otras iglesias lo mirarán con un respeto y reverencia poco comunes".

La fuente de información más importante, aunque no sea la más cercana al personaje en cuanto a su fecha, es sin duda, la biografía de Adamnan. Su edición de 1920, revisada por J. T. Fowler ofrece un buen texto, aunque el texto y las notas de Reeves también son de valor, así como la transcripción hecha por Wentworth Huyshe (1939). Ninguna de las dos biografías en latín, de origen irlandés y que se encuentran en el *Codex Salmanticensis*, está completa. A éstas las imprimieron los bolandistas, pero hay además otras tres biografías irlandesas, todas las cuales se hallan descritas, con abundancia de referencias, por C. Plummer, en *Miscellanea Hagiographica Hibernica*. Otra valiosa fuente es la *Ecclesiastical History* de Beda. Mas, para un panorama general de los materiales sobre el particular, debe consultarse a J. F. Kenney en *Sources for the Early History of Ireland*, así como el artículo del *Catholic Historical Review* (Washington, D. C., 1926), pp. 636-644. El notable aumento de libros, artículos y escritos relacionados con San Colomba, se debe sin duda al estudio del Dr. D. W. Simpson, *The Historical St. Colomba* 1927 y *The Celtic Church in Scotland*, 1935, que pusieron en tela de juicio la creencia tradicional de que Colomba fue el verdadero apóstol del norte de Escocia. Los puntos de vista del Dr. Simpson despertaron mucha oposición y, para ella, véase a P. Grosjean en *Analecta Bollandiana*, vol. XLVI (1928), pp. 197-199 y vol. LIV (1936), pp. 408-412; L. Gougaud, *Scottish Gaelic Studies*, vol. II (1927), pp. 106-108 y J. Ryan en *The Month*, octubre, 1927, pp. 314-320. *Cf.* Leclercq en *Iona*, en DAC, vol. VII, cc. 1425 y ss. y *Analecta Bollandiana*, vol. LV (1937), pp. 96-108. Para la cuestión de cómo el nombre I, Y o Hi se convirtió en Iona, ver a plummer en *Bede*, vol. II, p. 127.

SANTOS PRIMO Y FELICIANO, MÁRTIRES (*c.* 297 P.C.)

LOS HERMANOS Primo y Feliciano eran patricios romanos que abrazaron el cristianismo y se dedicaron a las obras de caridad, sobre todo a visitar a los confesores en las prisiones. A pesar de su celo, escaparon a la aprehensión durante muchos años, pero alrededor de 297, durante el reinado de los emperadores Diocleciano y Maximiano, fueron por fin capturados. Al negarse a ofrecer

sacrificios a los ídolos, se les azotó y se les dejó en la prisión. Poco tiempo después, fueron conducidos a Nomentum, una ciudad situada cerca de veinte kilómetros de Roma, donde se los sometió a juicio en un tribunal presidido por el magistrado Promotus. Durante el interrogatorio se mantuvieron firmes en su resolución y, de nuevo, se los sometió a torturas. Después, ambos fueron condenados a morir decapitados. Tras la ejecución de Primo, que era un anciano de ochenta años, el juez trató de vencer la constancia de Feliciano por medio del ardid de hacerle creer que su hermano había cedido. Feliciano no se dejó engañar y él mismo animó a los verdugos para que le condujesen pronto al lugar de la ejecución. El mismo día fue decapitado. Sobre la tumba de los dos mártires, en la Vía Nomentana, se edificó posteriormente una iglesia. En el año 640, el Papa Teodoro hizo llevar sus reliquias a San Stefano Rotondo, y se dice que aquella traslación fue la primera que se hizo de los restos de mártires desde una iglesia dedicada a ellos, fuera de los muros de Roma, a una basílica dentro de la ciudad.

La pasión de estos mártires, impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, tiene un carácter legendario, pero no hay duda de que los mataron por la fe y de que los otros cristianos los enterraron en el sitio señalado. Su fiesta se conmemora en el texto más antiguo del *Sacramentario Gelasiano*. Cuando se trasladaron las reliquias a Roma, bajo el pontificado de Teodoro, se representó a los dos mártires en un mosaico colocado detrás del lugar donde se veneraban sus restos; el mosaico existe todavía. Ver CMH., p. 311 y también J. P. Kirsch, *Der Stadtrömische christliche Festkalender* (1924), pp. 59-60.

SAN VICENTE DE AGEN, MÁRTIR (*c.* 300 P.C.)

SAN VICENTE fue un diácono que vivió en Gascuña, probablemente hacia fines del siglo tercero. Al parecer, tan sólo por haber interrumpido una ceremonia pagana, que pudo haber sido una fiesta de los druidas, fue detenido en Agen y conducido ante el gobernador. Se le colocó boca abajo en el suelo, con brazos y piernas atados a estacas clavadas en tierra; en esta posición se le azotó brutalmente y luego se le cortó la cabeza. Sus restos fueron enterrados en Mas d'Agenais. San Gregorio de Tours y Fortunato de Poitiers afirman que durante los siglos sexto y séptimo grandes multitudes acudían en peregrinación a su tumba, desde todos los puntos de Europa.

Los hechos que se refieren al martirio son bastante inciertos y el Padre Delehaye expresa sus dudas de que haya ocurrido en realidad la supuesta tragedia de Agen; se inclina a creer que la historia fue fabricada con el fundamento de algún culto especial, cuyo origen y forma se desconocen, que se le tributaba al gran mártir español San Vicente. A pesar de todo esto, las referencias que hacen San Gregorio de Tours y Fortunato sobre el particular son bastante antiguas. En resumidas cuentas, el asunto de la autenticidad es demasiado complicado y extenso para tratarlo aquí.

Existen varios textos de la pasión de este mártir, incluidos en *Acta Sanctorum*, junio, vol. II; y el BHL., nos. 8621-8625. Para mayores detalles, ver a Delehaye en CMH., p. 312; L. Saltet, *Etude critique de la Passio S. Vincentii Aginensis*, en la *Revue de Gascogne*, 1901, pp. 97-113; Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 142-144; y la marquesa de Maillé, *Vincent d'Agen et Vincent de Saragosse* (1949). Véase especialmente a Fr. B. de Gaiffier en *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1952), pp. 160-181.

SANTA PELAGIA DE ANTIOQUIA, Virgen y Mártir (*c.* 311 p.c.)

El nombre de Santa Pelagia destaca en el canon de la misa ambrosiana de Milán, y le dedicaron alabanzas San Ambrosio y San Juan Crisóstomo, además de que este último le tributó una, y posiblemente dos, de sus homilías.

Pelagia era una jovencita cristiana de quince años nacida en Antioquía y discípula tal vez de San Luciano. Se hallaba sola en su casa cuando llegaron los soldados para aprehenderla, en tan gran número, que rodearon todo el sector, como si se tratase de un peligroso criminal. Algunos soldados entraron a la casa, y Pelagia, con la seguridad de que antes de darle muerte abusarían de ella, recurrió a una estratagema para salvar el honor: graciosamente pidió permiso para cambiarse de ropa y volver a ellos mejor presentada. Los soldados accedieron muy complacidos y la joven corrió escaleras arriba hasta llegar a la azotea de su casa y, desde ahí, sin el menor titubeo, se echó a la calle. Los soldados, que esperaban abajo, la mataron en el mismo lugar donde había caído. Pelagia había salvado su castidad que, evidentemente, apreciaba más que la vida. San Juan Crisóstomo afirma que la jovencita actuó inspirada por Dios a quien llevaba en su corazón y que la exhortaba, la fortalecía y le evitaba sentir temor.

Esta es la Santa Pelagia histórica cuyo nombre fue utilizado por dos biógrafos, o mejor dicho, novelistas, para fabricar sobre él un par de historias enteramente distintas e igualmente fantásticas. Sobre estas leyendas, véase a Delehaye, *Légendes Hagiographiques* (ed. 1927), pp. 186-195. La verdadera historia de Santa Pelagia queda atestiguada, no sólo por la homilía de San Juan Crisóstomo, sino también por una nota dedicada a ella en el antiguo *Breviarium* sirio, en la fecha del 8 de octubre. También en ese día se conmemora a la santa en el *Hieronymianum*, para lo cual, consúltese el comentario de Delehaye, en la p. 546. Una segunda homilía de Santa Pelagia le fue atribuida a San Juan Crisóstomo, pero es posible que no se trate de una obra del santo; véase a Franchi de Cavalieri en *Studi e Testi*, vol. lxv, pp. 281-303.

SAN RICARDO, Obispo de Andria (¿Siglo XII?)

Todas las informaciones están de acuerdo en que el San Ricardo que se conmemora el 9 de junio, era un inglés que, por primera vez, ocupó el cargo de obispo en la sede de Andria, en la Apulia. Sin embargo, sus supuestas "actas" son espurias y aun es incierta la época en que vivió. Las tradiciones locales afirman que llegó a Andria, procedente de Roma, alrededor del año 453, cuando los hunos de Atila devastaban Italia. En aquella localidad se le eligió obispo y fue uno de los tres prelados a quienes el Papa San Gelasio I confirió la misión de dedicar el santuario de Monte Gargano, después de la famosa visión de San Miguel. Por otra parte, no hay ninguna prueba de que existiese un obispado en Andria antes del año de 1118 y, además, es positivamente cierto que en el siglo quinto la mayoría de los ingleses, si no es que todos, eran herejes. Es mucho más razonable identificar al santo de hoy con el obispo Ricardo de Andria que asistió al tercer Concilio de Letrán en 1179, y quien trasladó las reliquias de San Erasmo y San Ponciano desde Civitella a Andria, en 1196. Posiblemente fue consagrado obispo por el Papa Adrián IV, quien también era inglés. Los restos de San Ricardo, que estuvieron perdidos durante mucho tiempo, fueron descubiertos en 1434, con diversos documentos que

daban testimonio de su antiguo culto. El Papa Eugenio IV consintió en que se reanudara y continuara ese culto. San Ricardo es el patrón principal de Andria.

La llamada *Vida de San Ricardo* fue impresa por Ughelli en *Italia Sacra*, vol. VII, cc. 1248-1255; véase también el *Acta Sanctorum*, junio, vol. II. En años comparativamente recientes, el asunto de San Ricardo fue discutido y examinado de nuevo por R. Zagaria en *San Riccardo nella legenda, nella storia* (1929), *cf.* la *Analecta Bollandiana*, vol. I (1932), pp. 206-207.

BEATAS DIANA, CECILIA y AMATA, VÍRGENES (1236 y 1290 P.C.)

CUANDO SANTO Domingo buscó un campo más amplio para las actividades de su orden en Italia, eligió de manera muy especial la región de Bolonia, porque preveía que su famosa Universidad habría de proveerle con la clase de reclutas que necesitaba. No tuvo dificultades en hallar un lugar para establecer su priorato, pero al mismo tiempo se encontró con la furiosa oposición de la familia d'Andalo, propietaria del terreno elegido. A fin de cuentas, los d'Andalo cedieron, debido a las súplicas insistentes de Diana, la hija única de la familia, una piadosa chica que, desde el arribo de los frailes, había escuchado sus prédicas con profunda emoción. El propio Santo Domingo recibió en privado, casi en secreto, los votos de Diana para conservar su virginidad, junto con un compromiso para ingresar a la vida de religión, tan pronto como le fuese posible. Durante algún tiempo, Diana siguió viviendo en su casa; pero a escondidas de sus padres, se levantaba antes del alba para rezar sus devociones y practicar sus penitencias. Por aquel entonces, Diana pensaba que no habría mayores dificultades para convencer a su familia a que fundara un convento para monjas dominicas en el que ella pudiese ingresar; pero en cuanto abordó al asunto con su padre, éste se negó terminantemente a considerar aquella fundación y mucho menos a autorizar a su hija para que fuera religiosa. Entonces, Diana decidió hacerse justicia por sí misma. Con el pretexto de visitar a sus amistades, se fue a Roxana, se entrevistó con la canonesa de las agustinas y tanto rogó y discutió, que acabó por convencerla a que le impusiera el velo.

Tan pronto como sus familiares se enteraron de lo que había hecho, fueron a Roxana decididos a sacarla del convento por la fuerza, si fuese necesario; y por cierto que debieron recurrir a la fuerza y utilizaron métodos tan violentos, que, en la reyerta, le rompieron una costilla a la infortunada Diana y, materialmente a rastras, la sacaron del convento. Tras de devolverla a casa, la encerraron con llave, pero no por eso iba a desistir la valiente muchacha; en cuanto se restableció de los golpes recibidos, escapó de su encierro y regresó a Roxana. Parece que, desde entonces, sus familiares no volvieron a hacer el intento de disuadirla y, por el contrario, todos acabaron por responder con creces a los deseos de la joven. El Beato Jordán de Sajonia se ganó la voluntad del señor d'Andalo y la de sus hijos en forma tan completa, que entre todos fundaron un pequeño convento para monjas dominicas. Ahí, en 1222, se instaló Diana con otras cuatro compañeras. Como ninguna de ellas tenía experiencia en la vida de religión, se llamó a cuatro monjas del convento de San
quedaron desde entooces íntimamente asociadas con Diana; las dos fueron
Sixto de Roma para que las intsruyesen. Dos de estas monjas, Cecilia y Amata,
sepultadas en su tumba, y las tres fueron beatificadas al mismo tiempo, en 1891.

De Amata no se sabe nada, pero sí de Cecilia, que era descendiente de la noble familia romana de los Cesarini y, en todos sentidos, una mujer notable. Cuando era una muchacha de diecisiete años y se encontraba en el convento de Trastevere, antes de trasladarse a San Sixto, se distinguió por haber sido una de las primeras religiosas que respondió a los esfuerzos de Santo Domingo para reformar las órdenes y fue ella quien convenció a la abadesa y a las otras hermanas para que se sometieran a la regla del santo. Como fue Cecilia la primera mujer que recibió el hábito de las dominicas, era la indicada para gobernar el pequeño convento de Santa Inés, en Bolonia, durante sus primeros tiempos de existencia. El Beato Jordán sentía especial afecto por aquella pequeña comunidad que él mismo había fundado y, aparte de sus frecuentes visitas, mantuvo siempre una activa correspondencia con Diana. A menudo, en sus cartas, decía que los rápidos progresos de la orden podían atribuirse a las oraciones de las monjas de Santa Inés. Asimismo, con frecuencia les recomendaba que no pusiesen demasiado a prueba sus fuerzas con penitencias exageradas. La Beata Diana murió el 9 de enero de 1236, cuando no tenía más de treinta y seis años. Cecilia la sobrevivió mucho tiempo, puesto que era ya anciana cuando dictó a una escribiente sus recuerdos de Santo Domingo. En ese escrito figura una descripción muy gráfica del retrato del santo fundador.

Hay una biografía en latín de la Beata Diana, que se encontrará impresa en el volumen de H. M. Cormier, *La b. Diane d'Andalo* (1892). Las cartas del Beato Jordán fueron reeditadas en 1925 por B. Altaner, en *Die Briefe Jordans von Sachsen* y hay una traducción francesa de las cartas, escrita por la Beata Diana, que editó M. Aron en 1924. Véase también a M. C. de Ganay, en *Les Bienhereuses Dominicaines* (1913), pp. 23-48; Procter, *Lives of the Dominican Saints*, pp. 168-170; y N. Georges, *Bd. Diana and Bd. Jordan* (1933).

BEATO SILVESTRE DE VALDISEVE (1348 P.C.)

SILVESTRE, CUYO nombre de bautismo fue Ventura, nació cerca de Florencia y, desde pequeño, trabajó en el oficio de cardar y limpiar la lana. Ya era un hombre maduro cuando quedó bajo la influencia de un religioso, un cierto hermano Jordán y, a la edad de cuarenta años, ingresó en el convento camaldulense de Santa María, en Florencia, como hermano lego, a cargo de la cocina. A pesar de que no tenía ni las más rudimentarias nociones de cultura, el cielo le había dotado generosamente con la ciencia infusa y, se le consideraba tan sabio, que a menudo acudían a consultarle hombres de mucho estudio, sobre todo el Beato Simón de Cascia, quien declaraba que el hermano Silvestre le había iluminado para entender por lo menos un centenar de complicados puntos de la teología. Con frecuencia, el mismo prior del convento le solicitaba consejo, al igual que los otros monjes, quienes atesoraban las máximas y los dichos del beato. Este acostumbraba aconsejar a sus hermanos para que se abstuviesen de practicar penitencias exageradas y prolongadas, porque ésas eran muestras de una inclinación hacia el orgullo; les proponía más bien, que practicasen las disciplinas con moderación, humildad y devoción. Cuando un monje le confesó que le perturbaban los pensamientos carnales, el Beato Silvestre no le dio mucha importancia al asunto y se limitó a indicar que eso era lo menos que se podía esperar; en cambio, cuando otro de sus hermanos admitió que había murmurado, Silvestre tomó la cuestión muy en serio. Lleno

de indignación, se preguntó cómo un siervo de Dios misericordioso podía murmurar de su prójimo y aconsejó al monje que hiciese todo lo posible para curarse de ese vicio en esta vida, para no tener que responder por él en la eternidad. Silvestre no aprendió a leer nunca, pero tenía una devoción tan grande al oficio divino, al que a diario oía recitar, que se maravillaba de que los corazones de los hombres no se abriesen tan sólo ante el sonido de palabras tan dulces y sublimes. De acuerdo con sus propias predicciones, el buen hermano lego murió el mismo día en que una hermana muy amada, que se llamaba Paula, entregó el espíritu en el vecino convento de Santa Margarita. El hermano Silvestre tenía setenta años.

En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, se encuentra una breve biografía del Beato Silvestre, traducida del italiano por Fr. Zenobio, así como un interesante poema en el italiano original, que relata los rasgos y los hechos más notables del carácter y la historia del Beato Silvestre.

BEATA ANA MARIA TAIGI, MATRONA (1837 P.C.)

TAL VEZ no hubo en toda Roma, durante el siglo diecinueve, una mujer más notable que Ana María Taigi, la abnegada y trabajadora esposa de un criado y la madre ejemplar de muchos hijos, quien fue honrada con la particular estimación de tres sucesivos Pontífices, y cuya pobre casa fue el centro de reunión para muchos de los altos personajes de la Iglesia y el Estado, que buscaban su intercesión, su consejo y su opinión, en las cosas de Dios.

Ana María Antonia Gesualda nació el 29 de mayo de 1769, en Siena, donde su padre era boticario. La familia perdió sus bienes y, reducida a la pobreza, emigró a Roma, donde los padres de Ana trabajaron en el servicio doméstico en casas particulares, mientras que la joven se internaba en una institución que se encargaba de educar a los niños sin recursos. A la edad de trece años, Ana comenzó a ganarse el pan con su trabajo. Durante algún tiempo estuvo empleada en una fábrica de tejidos de seda y después entró al servicio de una noble dama en su palacio. Al convertirse en mujer, experimentó una fuerte inclinación por los vestidos ostentosos y el deseo de ser admirada, lo que, en ocasiones la puso al borde del mal y, si no cayó en los abismos del pecado fue por sus buenos principios. Además, en 1790, cuando tenía veintiún años, se salvó de las tentaciones al casarse con Domenico Taigi, un servidor del palacio Chigi. Aun entonces seguían atrayéndola las cosas del mundo, pero poco a poco, la gracia se iba adueñando de su corazón y sintió remordimientos de conciencia que la impulsaron a hacer una confesión general. Su primer intento de abrir el corazón ante un sacerdote, chocó con una seca negativa; pero la segunda tentativa tuvo éxito.

En seguida encontró la guía espiritual que necesitaba, en un fraile servita, el padre Angelo, quien habría de ser su confesor durante muchos años. El sacerdote se dio cuenta desde un principio, que estaba tratando con un alma elegida, y ella, por su parte, siempre consideró el momento en que conoció al padre Angelo, como la hora de su conversión. Desde aquel día, renunció a todas las vanidades del mundo, se contentó con vestir las ropas más sencillas, no volvió a tomar parte en diversiones mundanas, a menos que su esposo se lo pidiera especialmente. Su mayor consuelo y alegría los encontró en la oración, y su generoso deseo de someterse a mortificaciones externas, tuvo que

ser moderado por su confesor, quien lo adaptó a los límites en que no afectara los deberes de su vida diaria. Su marido era un buen hombre, pero de escasas luces y muy quisquilloso; si bien apreciaba las evidentes cualidades de su mujer que le beneficiaban a él y a su familia, nunca pudo comprender los heroicos esfuerzos de Ana para alcanzar el noble ideal de la completa renunciación, ni darse cuenta de que el cielo la recompensaba con un caudal de gracia. Por eso, el testimonio de Domenico sobre la abnegación y la estricta precisión con que ella cumplía los cotidianos deberes del hogar, resultan más que convincentes sobre las extraordinarias virtudes de Ana.

Con referencia a la época en que la beata comenzaba ya a ser conocida y admirada, Domenico declaró: "Con frecuencia sucedía que, al regresar a casa, me la encontraba llena de gente desconocida. Pero en cuanto Ana me veía, dejaba a cualquiera, ya fuese una gran señora o tal vez un prelado el que estuviese con ella, se levantaba y acudía a atenderme con el afecto y la solicitud de siempre. Se podía ver que lo hacía con todo el corazón; se habría arrodillado en el suelo a quitarme los zapatos, si yo se lo hubiese permitido. En resumidas cuentas, aquella mujer era una felicidad para mí y un consuelo para todos... Con su maravilloso tacto, era capaz de mantener una paz celestial en el hogar, a pesar de que éramos muchos, de muy distinto temperamento y había toda clase de problemas, sobre todo cuando Camilo, mi hijo mayor, se quedó a vivir con nosotros durante los primeros tiempos de su matrimonio. Mi nuera era una mujer que se complacía en crear la discordia y se empeñaba en desempeñar el papel de ama de casa para molestar a Ana; pero aquella alma de Dios sabía cómo mantener a cada cual en el puesto que le correspondía y lo hacía de una manera tan gentil, tan suave, que no la puedo describir. A veces llegaba yo a la casa cansado, de mal humor y hasta enojado, pero ella siempre se las arreglaba para aplacarme y hacerme alegre la existencia." La familia que Ana debía cuidar estaba formada por sus siete hijos, dos de los cuales murieron cuando eran pequeños, su marido y sus padres, que vivían con ella. Cada mañana, los reunía a todos para orar; a los que podían, los llevaba a oír misa y por la noche, volvían a reunirse todos para escuchar lecturas espirituales y rezar las plegarias. Ana se preocupaba, sobre todo, de vigilar la conducta de los niños.

También tenía tiempo la beata para trabajar en sus costuras con las que, muchas veces, complementó el escaso salario de su marido, y, otras, pudo socorrer a los más pobres que ella, porque siempre fue extraordinariamente generosa y enseñó a sus hijos a serlo. Se diría que un trabajo doméstico tan excesivo hubiese monopolizado las energías de cualquier mujer; sin embargo, las obligaciones familiares no la privaban de entregarse a experiencias místicas de gran altura. Para dar una idea de lo que era aquello, recurrimos a las memorias sobre la beata, escritas después de su muerte por el cardenal Pedicini, a quien conoció por intermedio de su confesor y con quien compartió, durante treinta años, la dirección espiritual de aquella alma elegida. Muy posiblemente, a través del cardenal se dieron a conocer las excelsas virtudes y dones sobrenaturales de la beata. Desde el momento de su conversión, Dios la gratificó con maravillosas intuiciones sobre sus designios respecto a los peligros que amenazaban a la Iglesia, sobre acontecimientos futuros y sobre los misterios de la fe. Estas cosas se le revelaron a Ana en un "sol místico" que reverberaba ante sus ojos y en el que vio también las iniquidades que los hombres

cometían continuamente contra Dios. En aquellas ocasiones, sentía que era su deber dar satisfacciones al Señor por aquellos agravios y ofrecerse como víctima.

Por eso sufría Ana verdaderas agonías físicas y mentales cuando se entregaba a la plegaria por la conversión de algún pecador endurecido. Con frecuencia leía los pensamientos y adivinaba los motivos entre las gentes que la visitaban y, en consecuencia, podía ayudarlas de una manera que parecía sobrenatural. Entre las personalidades que estuvieron relacionadas con ella, debe mencionarse a San Vicente Strambi, a quien ella pronosticó la fecha exacta de su muerte. En los primeros años después de su conversión, Ana María tuvo abundantes consuelos espirituales y arrobamientos, pero más tarde, especialmente durante los últimos años de su vida, sufrió grandemente por los ataques de Satanás y la desolación espiritual. Estas pruebas, aunadas a los quebrantos de su salud y a las murmuraciones y calumnias, le dieron ocasión para mostrar su resignación y soportarlas alegremente. El 9 de junio de 1837 murió, al cabo de nueve meses de agudos sufrimientos, a la edad de sesenta y ocho años. Fue beatificada en 1920, y su sepulcro se encuentra en la iglesia de San Crisógono de los trinitarios, en cuya orden, la beata era terciaria.

Las declaraciones de los testigos en el proceso de beatificación (en el que compareció Domenico, a los noventa y dos años de edad) resultan particularmente interesantes y valiosas como material biográfico. Las biografías son numerosas. Una de las más antiguas fue la de Luquet (1854); la escrita por Fr. Calixto (traducción inglesa), tuvo mucha circulación, así como otra escrita en francés por Fr. G. Bouffier. Tal vez la más completa sea la que publicó, en italiano, Mons. C. Salotti, en 1922 y que fue traducida al alemán. La biografía francesa de A. Bessières, *Epouse, mère et mistique* (1953), tiene un tono exagerado y sin discriminaciones. Debemos hacer notar que las profecías atribuidas a Ana María por sus primeros biógrafos, sobre todo la que se relaciona con "los tres días de tinieblas" que iban a producirse sobre la tierra, no tienen pruebas suficientes.

10: SANTA MARGARITA DE ESCOCIA, MATRONA *
(1093 P.C.)

MARGARITA era una de las hijas de Eduardo d'Outremer ("El Exilado"), pariente muy cercano de Eduardo el Confesor, y hermana del príncipe Edgardo. Este último, cuando huía de las acechanzas de Guillermo el Conquistador, se refugió junto con su hermana, en la corte del rey Malcolm Canmore, en Escocia. Una vez ahí, Margarita, tan hermosa como buena y recatada, cautivó el corazón de Malcolm y, en el año de 1070, cuando ella tenía veinticuatro años de edad, se casó con el rey en el castillo de Dunfermline. Aquel matrimonio atrajo muchos beneficios para Malcolm y para Escocia. El rey era un hombre rudo e inculto, pero de buena disposición, y Margarita, atenida a la gran influencia que ejercía sobre él, suavizó su carácter, educó sus modales y le convirtió en uno de los monarcas más virtuosos de cuantos ocuparon el trono de Escocia. Gracias a aquella admirable mujer, las metas del reino fueron, desde entonces, establecer la religión cristiana y hacer felices

* En Escocia, la fiesta de Santa Margarita se celebra en el aniversario de su muerte, el 16 de noviembre.

a los súbditos. "Ella incitaba al monarca a realizar las obras de justicia, caridad, misericordia y otras virtudes", escribió un antiguo autor, "y en todas ellas, por la gracia divina, consiguió que él realizara sus piadosos deseos. Porque el rey presentía que Cristo se hallaba en el corazón de su reina y siempre estaba dispuesto a seguir sus consejos". Así fue por cierto, ya que no sólo dejó en manos de la reina la total administración de los asuntos domésticos, sino que continuamente la consultaba en los asuntos de Estado.

Margarita hizo tanto bien a su marido como a su patria adoptiva, donde dio impulso a las artes de la civilización y alentó la educación y la religión. Escocia era víctima de la ignorancia y de muchos abusos y desórdenes, tanto entre los sacerdotes como entre los laicos; pero la reina organizó y convocó a sínodos que tomaron medidas para acabar con aquellos males. Ella misma estuvo presente en aquellas reuniones y tomó parte en los debates. Se impuso la obligación de celebrar los domingos, los días de fiesta y los ayunos. A todos se les recomendó que se unieran en la comunión pascual y se prohibieron estrictamente muchas prácticas escandalosas, como la simonía, la usura y el incesto. Santa Margarita se esforzó constantemente para obtener buenos sacerdotes y maestros para todas las regiones del país y formó una especie de asociación de costura entre las damas de la corte, a fin de proveer de vestiduras y ornamentos a las iglesias. Junto con su esposo, fundó y edificó varias iglesias, entre las que destaca, por su grandiosidad, la de Dunfermline, dedicada a la Santísima Trinidad.

Dios bendijo a los reyes con seis varones y dos hijas, a quienes su madre educó con escrupuloso cuidado; ella misma los instruyó en la fe cristiana y, ni por un momento, dejó de vigilar sus estudios. Su hija Matilde se casó después con Enrique I de Inglaterra y pasó a la historia con el sobrenombre de "Good Queen Maud" (la buena reina Maud),* mientras que tres de sus hijos, Edgardo, Alejandro y Davir, ocuparon sucesivamente el trono de Escocia. Al último de los nombrados se le venera como santo. Los cuidados y la solicitud de Margarita se prodigaban entre los servidores de palacio, en el mismo grado que entre su propia familia. Y todavía, a pesar de los asuntos de Estado y las obligaciones domésticas que debía atender, mantenía su espíritu en total desprendimiento de las cosas de este mundo y enteramente recogido en Dios. En su vida privada, observaba una extrema austeridad: comía frugalmente y, a fin de que le quedara tiempo para sus devociones, se lo robaba al sueño. Cada año observaba dos cuaresmas: una en la fecha correspondiente y la otra antes de la Navidad. En esas ocasiones, dejaba el lecho a la media noche y asistía a la iglesia para oír los maitines; a menudo, el rey la acompañaba. Al regreso a palacio, lavaba los pies a seis pobres y les daba limosnas.

También durante el día empleaba algunas horas en la oración y sobre todo, en la lectura de las Sagradas Escrituras. El librito en que leía los Evangelios, cayó en cierta ocasión al río; pero no quedó dañado en lo más mínimo, aparte de una mancha de agua en la cubierta; ese mismo volumen se conserva todavía entre los tesoros más preciados de la Biblioteca Bodleiana en Oxford. Quizá

* Por este matrimonio, la actual Casa Real Británica desciende de los reyes de Wessex y de Inglaterra, anteriores a la conquista.

la mayor virtud de la reina Margarita era su amor hacia los pobres. Con frecuencia salía a visitar a los enfermos y los cuidaba y limpiaba con sus propias manos. Hizo que se construyeran posadas para los peregrinos y rescató a innumerables cautivos, sobre todo a los de nacionalidad inglesa. Siempre que aparecía en público, lo hacía rodeada por mendigos y ninguno de ellos quedaba sin una generosa recompensa. Nunca llegó a sentarse a la mesa, sin haber dado de comer antes a nueve niños huérfanos y a veinticuatro adultos. Muchas veces, especialmente durante el Adviento y la Cuaresma, el rey y la reina invitaban a comer en palacio a trescientos pobres y ellos mismos los atendían, a veces de rodillas, y con platos y cubiertos semejantes a los que usaban en su propia mesa.

En 1093, el rey Guillermo Rufus tomó por sorpresa el castillo de Alnwick y pasó por la espada a toda la guarnición. En el curso de la contienda que siguió a aquel suceso, el rey Malcolm fue muerto a traición y su hijo Eduardo pereció asesinado. Por aquel entonces, la reina Margarita yacía en su lecho de muerte. Al enterarse del asesinato de su marido, quedó embargada por una profunda tristeza y, entre lágrimas, dijo a los que estaban con ella: "Tal vez en este día haya caído sobre Escocia la mayor desgracia en mucho tiempo". Cuando su hijo Edgardo regresó del campo de batalla de Alnwick, ella, en su desvarío, le preguntó cómo estaban su padre y su hermano. Temeroso de que las malas noticias pudiesen afectarle, Edgardo repuso que se hallaban bien. Entonces, la reina exclamó con voz fuerte: "¡Ya sé lo que ha pasado!". Después alzó las manos hacia el cielo y murmuró: "Te doy gracias, Dios Todopoderoso, porque al mandarme tan grandes aflicciones en la última hora de mi vida, Tú me purificas de mis culpas. Así lo espero de Tu misericordia". Poco después, repitió una y otra vez estas palabras: "¡Oh, Señor mío Jesucristo, que por tu muerte diste vida al mundo, líbrame de todo mal!". El 16 de noviembre de 1093, cuatro días después de muerto su marido, Margarita pasó a mejor vida, a los cuarenta y siete años de edad. Fue sepultada en la iglesia de la abadía de Dunfermline, que ella y su marido habían fundado. Santa Margarita fue canonizada en 1250 y se la nombró patrona de Escocia en 1673.

Las bellas memorias de Santa Margarita, que probablemente debemos a Turgot, prior de Durham y posteriormente obispo de Saint Andrews, quien conoció bien a la reina, puesto que, durante toda su vida oyó sus confesiones, nos hacen una inspirada descripción de la influencia que ejerció sobre la ruda corte escocesa. Al hablarnos sobre su constante preocupación por tener bien provistas a las iglesias con manteles y ornamentos para los altares y vestiduras para los sacerdotes, dice:

> Aquellas labores se confiaban a ciertas mujeres de noble linaje y comprobada virtud, que fueran dignas de tomar parte en los servicios de la reina. A ningún hombre se le permitía el acceso al lugar donde cosían las mujeres, a menos que la propia reina llevase un acompañante en sus ocasionales visitas. Entre las damas no había envidias ni rivalidades, y ninguna se permitía familiaridades o ligerezas con los hombres; todo esto, porque la reina unía a la dulzura de su carácter un estricto sentido del deber y, aun dentro de su severidad, era tan gentil, que todos cuanto la rodeaban, hombres o mujeres, llegaban instintivamente a amarla, al tiempo que la temían, y por temerla, la amaban. Así sucedía que, cuando ella estaba presente, nadie se atrevía a levantar la voz para pronunciar una palabra dura y

mucho menos a hacer algún acto desagradable. Hasta en su mismo contento había cierta gravedad, y su cólera era majestuosa. Ante ella, el contento no se expresaba jamás en carcajadas, ni el disgusto llegaba a convertirse en furia. Algunas veces señalaba las faltas de los demás —siempre las suyas—, con esa aceptable severidad atemperada por la justicia que el Salmista nos recomienda usar siempre, al decirnos: "Encolerízate, pero no llegues a pecar". Todas las acciones de su vida estaban reglamentadas por el equilibrio de la más gentil de las discreciones, cualidad ésta que ponía un sello distintivo sobre cada una de sus virtudes. Al hablar, su conversación estaba sazonada con la sal de su sabiduría; al callar, su silencio estaba lleno de buenos pensamientos. Su porte y su aspecto exterior correspondían de manera tan cabal a la firme serenidad de su carácter, que bastaba verla para sentir que estaba hecha para llevar una vida de virtud. En resumen, puedo decir que cada palabra que pronunciaba, cada acción que realizaba, parecía demostrar que la reina meditaba en las cosas del cielo.

Con mucho, la fuente de información más valiosa para la historia de la vida de Santa Margarita, es el relato del que tomamos la cita anterior, el cual, casi seguramente fue escrito por Turgot, natural de Lincolnshire y que descendía de una antigua familia sajona. El texto latino incluido en el *Acta Sanctorum,* junio, vol. II, debe consultarse, lo mismo que una excelente traducción del mismo al inglés, hecha por Fr. W. Forbes-Leith (1884). El resto del material nos lo proporcionan cronistas como Guillermo de Malmesbury y Simeón de Durham; la mayoría de estas crónicas han sido resumidas con provecho por Freeman, en *Norman Conquest.* Se encontrará un interesante relato sobre la historia de sus reliquias, en DNB., vol. XXXVI. Hay modernas biografías de Santa Margarita, como la de S. Cowan (1911), L. Menzies (1925), J. R. Barnett (1926) y otras. Para la fecha de su fiesta, ver el *Acta Sanctorum, Decembris Propylaeum,* p. 230.

SANTOS GETULIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES (*c.* 120 P.C.)

GETULIO, el marido de Santa Sinforosa, había sido un oficial en el ejército romano bajo los reinados de Trajano y Adriano, pero abandonó las filas tan pronto como se convirtió al cristianismo, y se retiró a sus propiedades en los Montes Sabinos, cerca de Tívoli. Ahí vivió aislado, en compañía de un reducido número de cristianos a quienes instruía y protegía. Cierta vez estaba ocupado en la enseñanza de sus discípulos, cuando le sorprendió Cerealis, el enviado imperial, quien le hacía una visita inesperada para sorprenderle y tomarle preso. Sin embargo, Cerealis se olvidó de las órdenes imperiales ante la elocuencia de Getulio y se dejó conquistar por la fe de Cristo. También Amancio, hermano de Getulio que a pesar de ser ferviente cristiano, mantenía su puesto de tribuno en el ejército romano, influyó decididamente en la conversión de Cerealis. Muy pronto se enteró el emperador de los acontecimientos que habían tenido lugar en los Montes Sabinos y, acto seguido, ordenó al cónsul Licinio que fuese a aprehender a Getulio, a su hermano y al recién bautizado Cerealis y los condenara a muerte si no consentían en renegar de su fe y sacrificar a los dioses. Los tres confesaron firmemente sus creencias y, luego de pasar veintisiete días en la infecta prisión de Tívoli sometidos a diversas torturas, fueron decapitados o quemados en la hoguera sobre la Vía Salaria. Con ellos murió otro cristiano, llamado Primitivo. Las reliquias de los mártires fueron recogidas por Santa Sinforosa y sepultadas en un "*arenarium*" en sus propiedades.

A San Getulio se le honra con un "elogio" desacostumbradamente extenso en el Martirologio Romano, pero su *pasión*, impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, es del mismo tipo legendario; su nombre no figura en la *Depositio Martyrum* y en otros registros antiguos. También hay datos contradictorios en cuanto al sitio de su sepultura. Es posible, sin embargo, que la fecha tan remota del martirio, haya planteado esas dificultades. Véase a Dufourcq, *Etudes sur la Gesta Martyrum*, vol. I, pp. 197-199 y 227; H. Quentin, *Martyrologes historiques*, p. 542; F. Scavini, *Septem Dioeceses Aprutienses*, (1914), ver el índice.

SAN ITHAMAR, OBISPO DE ROCHESTER (*c.* 656 P.C.)

SAN ITHAMAR llama poderosamente nuestro interés, porque fue el primer inglés que ocupó un obispado de Inglaterra. Por desgracia, es poquísimo lo que sabemos sobre él. San Honorio, arzobispo de Canterbury, lo consagró en la sede de Rochester, después de la muerte de San Paulino y Beda nos dice que, "a pesar de que era un hombre de Kent", tanto en piedad y devoción como en sabiduría, se igualaba a sus predecesores, San Justo y San Paulino, que fueron ambos misioneros italianos traídos por San Agustín. En 655, San Ithamar consagró a un compatriota, Firthona o Diosdado, como arzobispo de Canterbury. Parece que su muerte tuvo lugar al año siguiente. Debido a la fama de haber poseído el don de obrar milagros, varias iglesias fueron dedicadas en su honor y sus reliquias fueron colocadas en un santuario, en 1100.

Lo poco que sabemos sobre San Ithamar deriva casi completamente de Beda, en su obra *Ecclesiastical History;* ver la edición y las notas de C. Plummer. Hay una considerable lista de milagros obrados en su santuario, que se recopiló en el siglo doce; el texto completo nunca se ha editado, pero los bolandistas en *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, imprimieron un compendio que fue incorporado por Capgrave. Ver a T. D. Hardy, *Catalogue of Materials for British History* (*Rolls Series*), vol. I, pp. 251-252.

SAN LANDERICO o LANDRY, OBISPO DE PARÍS (*c.* 660 P.C.)

DURANTE el reinado de Clovis II y en el año 650, San Landerico se convirtió en obispo de París. Era un hombre muy sencillo, de profunda devoción, que se distinguió particularmente por su gran amor a los pobres. Para aliviar sus penurias durante una época de hambre, no sólo vendió todas sus posesiones personales, sino también algunos vasos y muebles de la Iglesia. Antes de que San Landerico gobernase la diócesis, no había en París otras facilidades para atender a los pobres que unas cuantas hospederías y "matriculae" que, para sostenerse, día con día, dependían exclusivamente de las cotidianas limosnas. A San Landerico se le atribuye la fundación del primer hospital propiamente dicho que hubo en París, cerca de la catedral de Notre Dame y dedicado a San Cristóbal. Posteriormente, aquel pequeño centro de beneficencia se desarrolló hasta convertirse en la gran institución del Hôtel-Dieu, que durante muchos siglos fue famosa en todo el mundo. En el año 653, el obispo Landerico eximió de su jurisdicción episcopal a la abadía de Saint Denis. La fecha de la muerte de San Landerico es incierta, pero no hay duda de que ocurrió antes del 660, puesto que aquel año, un monje llamado Marculfo, le dedicó una colección de fórmulas eclesiásticas que él mismo había reunido por instrucciones del extinto obispo.

Es escasa la información que se puede obtener sobre San Landerico, pero los bolandistas en *Acta Sanctorum*, juio, vol. II, consiguieron reunir un relato, tomado sobre todo

de las lecciones del breviario, de fechas muy posteriores. Sobre la fundación y los primeros años de existencia de Saint Denis, véase a J. Havet, en la *Bibl. de l'Ecole des Chartres*, vol. II (1890), pp. 5-62. *Cf.* también Duchesne, *Fastes Episcopeaux*, vol. II, p. 472.

SAN JUAN DOMINICI, ARZOBISPO DE RAGUSA Y CARDENAL (1419 P.C.)

ENTRE LOS registros casi contemporáneos del Beato Juan Dominici que han llegado hasta nosotros, hay una breve biografía escrita por uno de sus más famosos hijos, San Antonino, arzobispo de Florencia, así como un retrato pintado por otro de más fama, Fra Angelico, en los muros de la catedral de San Marcos.

Era un florentino de origen humilde que vino al mundo en 1376. A la edad de dieciocho años recibió el hábito de los dominicos, en el priorato de Santa María Novella, pese a cierta oposición causada por su falta de educación y su tendencia a tartamudear. Pero aquellas carencias quedaron ampliamente recompensadas por su extraordinaria capacidad de retener en la memoria lo que aprendía y ello le bastó para convertirse, en poco tiempo, en uno de los teólogos más reputados de su época y en un predicador elocuente. Aparte de los comentarios a las Sagradas Escrituras y uno o dos tratados, escribió los "*laudi*" o himnos en la lengua vernácula. Después de completar sus estudios en la Universidad de París, dedicó doce años a la enseñanza y la predicación, en Venecia. Después se le nombró prior en Santa María Novella y sucesivamente ocupó otros prioratos. En Fiésole y en Venecia fundó nuevas casas para monjes y, en la última de las ciudades nombradas, estableció un convento para monjas dominicas, llamado de Corpus Christi. Desde ahí trabajó grandemente para introducir o restablecer la estricta regla de Santo Domingo en varios prioratos, con la aprobación del maestro general, el Beato Raimundo de Capua. Asimismo es necesario hacer notar que se preocupó muchísimo para que se impartiese una educación cristiana a la juventud y que fue el primero en adivinar y combatir las perniciosas tendencias hacia la nueva herejía que comenzaba ya a ser un grave peligro: el humanismo. En 1406, asistió al cónclave que eligió al Papa Gregorio XII. Después fue el confesor y consejero del Pontífice, y éste le consagró arzobispo de Ragusa y cardenal de San Sixto.

Al dar alientos al Papa Gregorio para que abdicase, como único medio posible para inducir a los antipapas a renunciar a sus reclamaciones, el Beato Juan fue el instrumento en la terminación del gran cisma. Fue él mismo quien llevó la renuncia del Papa Gregorio al Concilio de Constanza. El siguiente Pontífice, Martín V, le nombró legado en Bohemia y Hungría, con la misión especial de combatir la influencia creciente de los husitas. El beato encontró a Bohemia en un estado caótico; la opinión pública se hallaba encendida hasta el frenesí, a causa de la ejecución de Juan Huss, y el rey Wenceslao no se atrevía a tomar las enérgicas medidas aconsejadas por el nuncio. En vista de que no podía hacer nada en Bohemia, el beato pasó a Hungría y, casi inmediatamente después de llegar, fue atacado por una fiebre que resultó fatal. Murió en Buda, el 10 de junio de 1419. Su culto fue confirmado en 1832.

En el *Acta Sanctorum* fueron impresas dos biografías: una es la breve memoria de San Antonino de Florencia; la otra, de mucho mayor extensión, es de Juan Caroli, pero desgraciadamente no es muy segura ni digna de confianza. Sin embargo, aparte de eso, es mucho lo que se ha escrito sobre la vida del Beato Juan Dominici y su obra, particularmente

sobre las últimas etapas del gran cisma. Ver, sobre todo, los artículos de J. Hollerbach en el *Römische Quartalschrift*, de 1909 y 1910; H. Finke, *Acta Concilii Constantensis*. Los dos trabajos del Beato Juan sobre la educación, *Lucula Noctis* (editada ahora en los EE. UU. por E. Hunt, 1940) y *Regola del governo di cura familiare*, son de grandísima importancia en la historia de la pedagogía. También escribió un tratado muy edificante sobre una personalidad ascética, *Il Libro d'Amore de Caritá*. Consúltese asimismo el prefacio de Fr. Coulun a su edición de la *Lucula Noctis* (1908) y la *Histoire des Maîtres Généraux, O.P.*, vols. III y IV de Fr. Mortier, así como el *Catalogus Hagiographicus O.P.*, de Taurisano.

BEATA OLIVA DE PALERMO, VIRGEN Y MÁRTIR (¿Siglo IX?)

LA HISTORIA de la Beata Oliva, o Santa Oliva, como vulgarmente se la conoce, pertenece al reino de las fábulas piadosas y fue por medio de los dramas religiosos o autos de fe como se propagó su culto en Italia. A pesar de todo esto, su fiesta se observa hasta nuestros días en las diócesis de Cartago y de Palermo. En un códice del siglo quince que se conserva en la biblioteca de la catedral de Palermo, se relata su leyenda en nueve lecciones.

Era una hermosísima doncella cristiana de trece años de edad, a quien los sarracenos raptaron de su casa, en Palermo, y la llevaron a Túnez. Al principio, y en consideración a su noble linaje, se le permitió vivir sola en una cueva vecina a la ciudad; ahí puso de manifiesto sus poderes sobrenaturales y realizó varias curaciones milagrosas. Pero en cuanto circuló la noticia de que algunos mahometanos habían sido convertidos al cristianismo por Oliva, la muchacha fue sacada a rastras de su cueva, sometida a diversas torturas y encerrada en la prisión oscura, sin que se la proveyera de alimentos; se la desgarró con los garfios hasta que sus carnes dejaron los huesos al descubierto, se la extendió en el potro y en el torno, se la sumergió en el aceite hirviente. Cuando la sacaron de aquel baño, sin una sola quemadura, pero cubierta por una capa de aceite, fue colgada de los postes y se ordenó a los verdugos que le prendieran fuego. Sin embargo, cuando los verdugos se acercaban con las antorchas encendidas, éstas cayeron de sus manos y todos los presentes se convirtieron al cristianismo. Por fin, Oliva fue decapitada y todos vieron cómo le salía el alma del cuerpo en forma de paloma que se elevó al cielo.

Esta es la fantástica historia que los bolandistas resumieron de los escritos de Cayetano en *Die Vitis Sanctorum Siculorum*, quien asegura que extrajo su material de antiguos manuscritos. Sin embargo, hay un texto de la supuesta *pasión*, impreso en *Analecta Bollandiana*, vol. IV (1885), pp. 5-10. Resulta curioso que la Beata Oliva haya sido venerada por los mahometanos de Túnez; la gran mezquita de la ciudad lleva el nombre de Jama as Zituna, es decir, mezquita de Santa Oliva, y parece que entre los árabes existe la creencia de que todo el que habla mal de la beata será víctima de alguna calamidad. Ver a S. Romano en el *Archivio Storico Siciliano*, vol. XXVI (1901), pp. 11-21. Hay varias pequeñas biografías populares de la Beata Oliva que se publicaron en Sicilia y otras partes. Véase también a A. d'Ancona, *Origine del Teatro Italiano*, vol. I, pp. 436-437 y a C. Courtois en *Miscellanées G. de Jerphanion* (1947), vol. I, pp. 63-68.

BEATO ENRIQUE DE TREVISO (1315 P.C.)

EL BEATO Enrique de Treviso, o San Rigo, como a menudo se le llama en Italia, nació en Bolzano, en la región del Trentino. Sus padres eran muy pobres y nunca aprendió a leer y escribir. Era muy joven todavía cuando se fue a vivir a Treviso, donde trabajó como jornalero para ganarse el pan; sin embargo,

todo lo que podía ahorrar de su escaso salario, lo distribuía entre los pobres. Durante toda su vida su principal objetivo fue el de servir a Dios. Oía misa diariamente, comulgaba con frecuencia y se confesaba todos los días, no por escrúpulos, sino para conservar limpia su conciencia. El tiempo que no ocupaba en el trabajo y en los deberes necesarios a la existencia, lo consagraba a sus ejercicios de devoción, ya fuera en la iglesia o en privado; los instrumentos de penitencia que usaba para disciplinarse, se conservaron en la catedral después de su muerte. Las gentes se maravillaban por su extraordinaria ecuanimidad que nada podía alterar. Las gentes groseras y los chiquillos mal educados solían molestar o burlarse de aquel hombrecillo bajo, de anchas espaldas y cubierto de harapos; su rostro ancho, de pequeños ojos hundidos, nariz larga y ganchuda y boca torcida, tenía, en verdad, un aspecto feroz que no cuadraba con su natural mansedumbre. Aceptaba las burlas y malos tratos con una sonrisa y jamás respondía más que con oraciones por los que le ofendían.

Cuando ya le fue imposible trabajar, un ciudadano llamado Jaime Castagnolis le cedió una habitación en su casa y el alimento necesario cuando le faltase. Sin embargo, el beato vivía de las limosnas que las gentes caritativas le daban con generosidad y que él compartía con los otros mendigos, sin guardar nunca nada para el día siguiente. Ni siquiera su extrema debilidad, causada por sus penurias y lo avanzado de su edad, le impedía visitar la casa de Dios; con la mayor frecuencia posible visitaba todas las iglesias de la ciudad y las que estuviesen en las proximidades de Treviso. Murió el 10 de junio de 1315. El cuartucho donde vivió, quedó inmediatamente colmado por los visitantes que deseaban manifestar su veneración y apoderarse de algún fragmento de sus posesiones, que solamente consistían en una camisa o túnica de cerdas, un tronco que le servía de almohada, cuerdas, hojas secas y paja que formaban su colchón. Cuando el cadáver fue llevado a la catedral, ocurrieron escenas extraordinarias. Las gentes se metían a la iglesia por la noche y, tanto el obispo como el *podestá* (alcalde), tuvieron que dejar el lecho para proteger el cuerpo del beato. Como las tentativas se repitieron, fue necesario levantar un cerco en torno al catafalco. Después de la muerte del beato, no menos de 276 milagros obrados por sus reliquias en unos cuantos días fueron registrados por los notarios que designaron los magistrados; las listas de estos prodigios ocupan treinta y dos columnas impresas en el *Acta Sanctorum*. El culto al Beato Enrique fue confirmado por el Papa Benedicto XIV.

La vida del Beato Enrique escrita por su contemporáneo, el obispo Pierdomenico de Baone, fue impresa por los bolandistas, junio, vol. II. Véase también a R. degli Azzoni Avogaro, en *Memorie del B. Enrico* (2 vols., 1760); A. Tschöll (1887), *Austria Sancta, Die Heiligen und Seligen Tirols*, vol. II (1910) pp. 41 y ss.; e *Il B. Enrico*, Treviso, 1915).

11: SAN BERNABE, Apóstol (Siglo I)

A PESAR de que San Bernabé no fue uno de los doce elegidos por Nuestro Señor Jesucristo, es considerado Apóstol por los primeros padres de la Iglesia y aun por San Lucas, a causa de la misión especial que le confió el Espíritu Santo y la parte tan activa que le correspondió en la tarea apostólica.

Bernabé era un judío de la tribu de Leví, pero había nacido en Chipre; su nombre original era el de José, pero los Apóstoles lo cambiaron por el de Bernabé, apelativo éste que, según San Lucas, significa "hombre esforzado". La primera vez que se le menciona en las Sagradas Escrituras es en el cuarto capítulo de los Hechos de los Apóstoles, donde se asienta que los primeros convertidos vivían en comunidad en Jerusalén, y que todos los que eran propietarios de tierras o casas las vendían y entregaban el producto de las ventas a los Apóstoles para su distribución. En esa ocasión se menciona la venta de las propiedades de Bernabé. Cuando San Pablo regresó a Jerusalén, tres años después de su conversión, los fieles sospechaban de él y le evitaban; fue entonces cuando Bernabé "le tomó por la mano" y abogó por él ante los demás Apóstoles.

Algún tiempo después, varios discípulos habían predicado con éxito el Evangelio en Antioquía, y se pensó que era conveniente enviar a alguno de los miembros de la Iglesia de Jerusalén para instruir y guiar a los neófitos. El elegido fue San Bernabé, "un buen hombre, lleno de fe y del Espíritu Santo", como afirman los Hechos de los Apóstoles. A su llegada, se regocijó en extremo al comprobar los progresos del Evangelio y, con sus prédicas, hizo considerables adiciones al número de convertidos. Cuando tuvo necesidad de un auxiliar diestro y leal, se fue a Tarso donde obtuvo la cooperación de San Pablo, quien le acompañó de regreso a Antioquía y pasó ahí un año entero. Los dos predicadores obtuvieron un éxito extraordinario; Antioquía se convirtió en el gran centro de evangelización y fue ahí donde, por primera vez, se dio el nombre de Cristianos a los fieles seguidores de la doctrina de Cristo.

Un poco más tarde, la floreciente iglesia de Antioquía recolectó fondos para la ayuda a los hermanos pobres de Judea, durante una época de hambre. Aquel dinero fue enviado a los jefes de la iglesia de Jerusalén por conducto de Pablo y Bernabé, quienes cumplieron con su cometido y regresaron a Antioquia acompañados por Juan Marcos. Por aquel entonces, la ciudad estaba bien provista de sabios maestros y profetas, entre los que descollaban Simón, llamado el Negro, Lucio de Cirene y Manahen, el hermano político de Herodes. Cierta vez en que estos maestros y profetas estaban adorando a Dios, el Espíritu Santo habló por boca de algunos de los profetas: "Separad a Pablo y Bernabé, dijo, para una tarea que les tengo asignada". De acuerdo con esas instrucciones y, tras un período de ayuno y oración, Pablo y Bernabé recibieron su misión por la imposición de manos y partieron a cumplirla, acompañados por Juan Marcos. Primero se trasladaron a Seleucia y después a Salamina, en Chipre. Luego de predicar la doctrina de Cristo en las sinagogas, viajaron hacia la localidad de Pafos, en Chipre, donde convirtieron al procónsul romano Sergio Paulo, de quien Saulo tomó el nombre para ir a predicar con un apelativo latino entre los gentiles. De nuevo se embarcaron en Pafos para navegar hasta Perga en Pamfilia, donde Juan Marcos los abandonó para regresar solo a Jerusalén. Pablo y Bernabé prosiguieron la marcha hacia el norte, hasta Antioquía de Pisidia; ahí se dirigieron principalmente a los judíos, pero al encontrarse con una abierta hostilidad por su parte, declararon que, de ahí en adelante, predicarían el Evangelio a los gentiles.

En Iconium, la capital de Licaonia, estuvieron a punto de morir apedreados por la multitud, azuzada contra ellos por los regidores de la ciudad. Al refugiarse en Listra, San Pablo curó milagrosamente a un paralítico y, en consecuencia, los habitantes paganos proclamaron que los dioses los habían visitado. Todos acla-

maron a San Pablo como a Hermes o Mercurio, porque era el que hablaba y, a San Bernabé, tal vez por su aspecto noble y majestuoso, lo tomaron por Zeus o Júpiter, padre de todos los dioses. A duras penas consiguieron los dos santos evitar que la población ofreciese sacrificios en su honor y, entonces, con la proverbial veleidad de la multitudes, los ciudadanos de Listra pasaron al otro extremo y comenzaron a lanzar piedras contra San Pablo, al que dejaron maltrecho. Tras una breve estancia en Derbe, donde convirtieron a muchos, los dos Apóstoles retrocedieron para pasar por todas las ciudades que habían visitado previamente, a fin de confirmar a los convertidos y ordenar presbíteros. Después de completar así su primera jornada de misiones, regresaron a Antioquía de Siria, muy satisfechos con los resultados de sus esfuerzos.

Poco después, surgió una disputa en la Iglesia de Antioquía, en relación con el cumplimiento de los ritos judíos: algunos de los judíos cristianos, contrarios a las opiniones de Pablo y Bernabé, sostenían que los paganos que entrasen a la Iglesia no sólo deberían ser bautizados, sino también circuncidados. Como consecuencia de aquella desavenencia, se convocó al Concilio de Jerusalén y, ante la asamblea, San Pablo y San Bernabé hicieron un relato detallado sobre sus labores entre los gentiles y obtuvieron la aprobación de su misión, el Concilio declaró terminantemente que los gentiles convertidos estaban exentos del deber de la circuncisión. Sin embargo, persistió la división entre judíos y gentiles convertidos, hasta el grado de que San Pedro, durante una visita a Antioquía, se abstuvo de comer con los gentiles, por deferencia a la susceptibilidad de los judíos, ejemplo que imitó San Bernabé. San Pablo reconvino a uno y a otro y expuso claramente sus postulados sobre la universalidad de la doctrina cristiana. No tardó en surgir otra diferencia entre él y San Bernabé, en vísperas de su partida a un recorrido por las iglesias que habían fundado, porque quería llevar consigo a Juan Marcos y San Pablo se negaba, en vista de que el joven había desertado ya una vez. La discusión entre los dos Apóstoles llegó a tal punto, que ambos decidieron separarse: San Pablo emprendió su proyectada gira en compañía de Silas, mientras que San Bernabé partió hacia Chipre con Juan Marcos. De ahí en adelante, los Hechos no vuelven a mencionarlo. Parece evidente, por las alusiones que se hacen a Bernabé en la Epístola I a los Corintios (IX, 5 y 6), que aún vivía y trabajaba en los años 56 ó 57 P.C.; pero la posterior invitación de San Pablo a Juan Marcos para que se uniese a él, cuando estaba preso en Roma, demuestra que, alrededor del año 60 ó 61, San Bernabé ya había muerto. Se dice que fue apedreado hasta morir, en Salamina. Otra tradición nos lo presenta como predicador en Alejandría y en Roma y además como el primer obispo de Milán. Tertuliano afirma que fue él quien escribió la Epístola a los Hebreos, mientras que otros escritores (igualmente equivocados) creen que fue él quien escribió en Alejandría la obra conocida como Epístola de Bernabé. En realidad, no se sabe sobre él nada más de lo que dice el Nuevo Testamento.

Los bolandistas, en *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, reunieron todas las referencias sobre San Bernabé que se pudieron obtener a principios del siglo dieciocho. Desde entonces, es poco lo que se ha agregado, excepción hecha del conocimiento más profundo que ahora se tiene sobre la antigua literatura apócrifa. El texto ahí incluído, o sea la llamada *Acta de Bernabé*, fue editado con comentarios críticos y adaptado de mejores manuscritos, por Max Bonnet (1903), como una continuación del *Acta Apostolorum Apocrypha*, de R. H. Lipsius. Este documento pretende haber sido escrito por Juan Marcos, pero en realidad es una obra que data de fines del siglo quinto. Se trata de un relato sobre los hechos de San

Bernabé, que describe su martirio en Chipre y los milagros obrados posteriormente en su tumba. Un documento apócrifo mucho más antiguo es el llamado *Epístola de San Bernabé*, que data de la primera mitad del siglo segundo, probablemente del año 135 P. C. Durante mucho tiempo, nadie dudó de que se trataba efectivamente de una obra de San Bernabé y, algunos de los primeros Padres llegaron a incluirla en los cánones de las Sagradas Escrituras. Los que la rechazaron, llamándola "espuria", sólo trataban de dar a entender que no la recibían como la palabra inspirada por el Espíritu Santo. Ni ellos mismos dudaban de que San Bernabé la hubiese escrito. En la actualidad, sin embargo, se reconoce, por lo general, que no puede estar relacionada con él y que tal vez fue hecha por algún judío convertido de Alejandría. No hay pruebas concretas que confirmen la creencia de que San Bernabé fue el primer obispo de Milán; véase a Duchesne en *Mélanges* (1892), pp. 41-71 y también a Savio, *Gli antichi vescovi d'Italia* (Milán, vol. I). Este último da buenas razones para afirmar que las pretensiones de Milán al decir que San Bernabé fue su primer obispo, se originaron en una invención de Landulfo, durante el siglo once. También hay una obra, que durante algún tiempo circulaba ampliamente entre los mahometanos, bajo el título de *Evangelio de Bernabé*; sobre este particular, véase a W. Axon, en *Journal of Theological Studies*, abril, 1902, pp. 441-451.

SANTOS FELIX y FORTUNATO, MÁRTIRES (¿296? P.C.)

EN ESTE día conmemora el Martirologio Romano a los mártires Félix y Fortunato, en estos términos: "En Aquilea, la pasión de Santos Félix y Fortunato, que perecieron durante la persecución de Diocleciano y Maximiano. Después de colgarlos en los postes, les aplicaron antorchas encendidas en los costados, pero el poder de Dios las extinguió: se les arrojó entonces aceite hirviente y, como ellos insistieran en confesar a Cristo, fueron, por fin, decapitados". El mismo calendario honra el 23 de abril a los mártires Félix, Fortunato y Aquileo, pero la fecha, la forma y el lugar de su martirio, son completamente distintos a los de este caso. No se puede dudar de que el Fortunato en cuestión haya sido un auténtico mártir. No sólo le localiza claramente el *Hieronymianum* como un residente de Aquilea, sino que el poeta Venancio Fortunato (*c.* 590) se refiere a los dos mártires con estos versos:

Felicem meritis Vicetia laeta refundit
Et Fortunatum fert Aquileia suum.

Además, en Vicetia (Vicenza) se descubrió una antigua inscripción con las palabras: "Beati martyres Felix et Fortunatus". De acuerdo con sus "actas", ambos hermanos fueron naturales de Vicenza, pero fueron martirizados en Aquilea. Los cristianos de Aquilea recuperaron sus cuerpos y los sepultaron en lugar honorable; pero los fieles de Vicenza acudieron al punto a reclamar las reliquias y, para arreglar la disputa, se llegó al compromiso de que los restos de Fortunato quedasen en Aquilea y los de Félix fueran trasladados a su ciudad natal.

La breve pasión se encuentra en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. II. Las dificultades creadas por las varias menciones que aparecen en el *Hieronymianum*, se discuten en los comentarios de Delehaye y en su libro *Origines du culte des Martyrs*, pp. 331-332. Ver también a Quentin, *Martyrologes Historiques*, pp. 532-533 y 335.

SAN PARISIO (1267 P.C.)

TANTO Bolonia como Treviso reclaman el honor de haber sido la cuna de San

Parisio. El Martirologio Romano afirma que nació en Bolonia; sin embargo, las investigaciones de los bolandistas han venido a demostrar, con certeza casi absoluta, que fue natural de Treviso, donde pasó toda su larga existencia.

Desde su infancia, Parisio demostró una vocación tan evidente hacia la vida religiosa que, a la edad de doce años, se le permitió recibir el hábito de los camaldulenses. A pesar de su juventud, desde un principio entró de lleno en la existencia del claustro y muy pronto se convirtió en un modelo de fervor y obediencia a la regla. En 1190 fue ordenado sacerdote, a la edad de treinta años, e inmediatamente después se le nombró director espiritual de las monjas de Santa Cristina; se dice que ejerció ese puesto, con abundantes y magníficos frutos para la comunidad, durante setenta y siete años. Parece que la existencia del santo no tuvo acontecimientos fuera de lo común y probablemente se le habría olvidado, a no ser por sus profecías y los milagros que ocurrieron durante su vida y después de su muerte. Se cree que vivió hasta la edad de ciento siete años. Su cadáver fue sepultado en la iglesia del convento al que había servido durante tanto tiempo, y las gentes comenzaron a rendirle culto desde su muerte; su sucesor, Alberto, obispo de Treviso, extendió su devoción.

Los bolandistas, que escribían en el año de 1698, se quejaban de que no podían obtener informaciones satisfactorias respecto al santo, entre las autoridades camaldulenses, ni tampoco sobre el supuesto proceso que se elaboró para su canonización. Los investigadores tuvieron que referirse al mediocre relato de A. Florentinus, impreso en la *Historiae Camaldulenses* (1575). No proporciona muchos detalles más G. B. Mittarelli en su *Memorie della Vita di San Parisio* (1748).

BEATA PAULA FRASSINETTI, Virgen, Fundadora de las Hermanas de Santa Dorotea (1882 p.c.)

Después de la Revolución Francesa y de la marejada de impiedad que ésta desató sobre Europa, todos los que verdaderamente tenían a Dios en su corazón, comprendieron que era indispensable restablecer la educación cristiana, si querían salvar algo de lo bueno que quedaba. Así, durante la primera mitad del siglo diecinueve comenzaron a florecer numerosos institutos religiosos dedicados a esta tarea en todas partes; muchos de ellos fueron fundados por almas perseverantes y devotas que parecen haber sido guiadas por Dios en sus esfuerzos para responder a aquella imperiosa necesidad. Uno de aquellos seres valientes fue Paula Frassinetti, hermana de un sacerdote muy conocido como autor de numerosos libros de devoción y que fue también un entusiasta trabajador apostólico.

Paula nació en Génova, el 3 de marzo de 1809. En los primeros años de su vida, su salud era delicadísima y, con la esperanza de que un cambio de clima le resultara benéfico, sus padres la enviaron a vivir con su hermano, que por entonces era párroco de Quinto. Ahí pareció mejorar bastante, pudo dedicarse a instruir niños pobres y, en poco tiempo, encontró su verdadera vocación. Se sintió inspirada a reunir a otras gentes en torno suyo y a fundar un instituto que se dedicase enteramente al trabajo de instrucción. Se encontró, desde luego, con muchas dificultades, y la completa falta de recursos no fue el menor de los obstáculos en su camino. Pero su tacto, su espíritu de sacrificio y su ardiente devoción (a menudo pasaba la mayor parte de la noche en oración) triunfaron al fin. Las Hermanas de Santa Dorotea, como se llamó la congregación, se

extendió y multiplicó, no sólo en muchas partes de Italia, sino que atravesó el mar y llegó a establecerse en Portugal y en Brasil. En 1863, la Santa Sede aprobó formalmente esta institución. Se afirma que la Beata Paula tenía un maravilloso poder para leer en los pensamientos y una gran sabiduría sobre los secretos del corazón humano. Tras una serie de ataques y agotada por el incesante trabajo, murió tranquilamente en el Señor, el 11 de junio de 1882.

Véase el acta de beatificación en el *Acta Apostólicae Sedis*, vol. XXII (1930), pp. 316-319; también la *Analecta Ecclesiastica* de 1907. Hay una biografía en italiano escrita por A. Capecelatro (1901) y otra en inglés, de J. Unfreville, publicada en los EE. UU. *c* 1944, bajo el título *A Foundress in the Nineteenth Century.*

12: SAN PLACIDO, ABAD (1248 P.C.)

PLACIDO nació en Rodio, cerca de Amiterne, en los Abruzos. Sus padres eran agricultores y él les ayudó desde que fue capaz de trabajar. Muy piadoso, quería conocer los Salmos e instruirse en la religión, pero jamás supo leer. Así, cuando se encontraba con algunos estudiantes, los detenía y les preguntaba sobre lo que habían aprendido; después, durante sus labores, recordaba lo que le habían dicho y llegaba, por este método, a grabarlo en su memoria.

Sentía que su vocación no era la de cultivar la tierra, por lo que se escapó para emprender una peregrinación a Santiago de Compostela, en donde permaneció un año. A su regreso, cayó enfermo de tanta gravedad, que estuvo en cama largo tiempo sin poderse levantar, ni aun siquiera mover la cabeza sin ayuda. Como desconfiaba de las medicinas, no aceptó ninguna y no quiso tomar los baños, que en esa época eran siempre parte del tratamiento de todas las enfermedades. Sin embargo, sanó al cabo de cinco años y reinició sus peregrinajes. Fue a Roma para visitar las tumbas de los santos apóstoles; al monte Gargano, para orar a San Miguel y a los santuarios de numerosos mártires.

Bien pronto pensó que era mejor dejar el mundo y establecerse en algún sitio retirado. Sobre el monte Corno vivía un ermitaño al que se unió para imitarlo; le pidió un hábito monástico y se instaló en una celda, cerca de la cumbre. Este ensayo no tuvo éxito, y Plácido descendió al monasterio de San Nicolás, situado al pie del mismo monte. Allí pasó un año. Entró después al servicio de la iglesia del Santo Salvador. Una mujer se fijó en él y comenzó a importunarle a tal grado, que Plácido creyó no poder escapar al pecado sino por medio de la huída y se escondió en una caverna vecina. Al cabo de cinco meses, tuvo que huír de nuevo, hasta que encontró un escondite sobre una roca muy escarpada, cerca de la ciudad de Ocre. Allí permaneció doce años, pero no consiguió pasar completamente inadvertido. Las gentes de los alrededores que conocían su santidad y le atribuían milagros, querían verlo y trataban de llegar hasta su refugio, pero pocos podían lograrlo porque estaba en un lugar de difícil acceso. Un día, un sacerdote llamado Simeón se cayó a un precipicio y se mató. A fin de que no se repitieran tan infortunados accidentes entre las gentes que iban a visitarle, Plácido dejó su amada soledad y se instaló en una montaña arbolada.

Sus austeridades severísimas, ayunos frecuentes, abstinencia perpetua y maceraciones de todas clases, no impidieron que sus discípulos tratasen de imi-

tarlo. Plácido los aceptaba y, con miras a darles un conveniente acomodo, recurrió al conde Bérard para que le permitiese ocupar una colina pedregosa y desierta que dominaba la ciudad de Ocre. La toma de posesión tuvo lugar en noviembre de 1222. Muy pronto, los monjes acondicionaron el terreno para establecer sus dominios, plantaron árboles y construyeron un monasterio al que pusieron bajo la invocación del Espíritu Santo.

A petición general, Plácido quedó a la cabeza de la comunidad, cargo que desempeñó muy bien. Cuando se sintió morir, quiso asegurar la continuidad de su fundación. Razonablemente, consideró que un monasterio aislado no podría sostenerse y sometió la abadía del Espíritu Santo del Valle de Ocre al monasterio cisterciense de Casa-Nova, en la diócesis de Penne que, debido a San Vicente y San Anastasio, estaba afiliado a los de Claraval.

Murió en el curso de ese mismo año, el 12 de junio de 1248, asistido por el abad de Casa-Nova, a quien Plácido le había predicho la prosperidad de ambas casas.

Los milagros que se realizaron después de su muerte, popularizaron su culto.

Su vida fue escrita por un monje de Casa-Nova, Pablo de Celano, *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, p. 608-616.

SAN JUAN DE SAHAGUN (1479 P.C.)

HUBO EN la antigua España un mártir llamado Facundo que parece haber sido adoptado como patrono por la abadía de Sahagún o de San Facundo, en el reino de León. Esa localidad fue el lugar de nacimiento de Juan y de ella deriva su apellido. Los monjes benedictinos del mencionado monasterio le educaron durante sus primeros años. Aún era un niño, cuando su padre, Don Juan González de Castrillón, le procuró un pequeño beneficio eclesiástico. Al cumplir veinte años, el obispo de Burgos, por su parte, le otorgó una canonjía en su catedral, a pesar de que el abad de Sahagún ya le había otorgado otros tres beneficios. El pluralismo era uno de los grandes abusos de la época, pero en muchos círculos se le toleraba con complacencia, como un mal necesario, en vista de la supuesta escasez de los estipendios. Ahora bien, Juan, desde los primeros años de su juventud, llevó una vida de absoluta rectitud moral, verdaderamente ejemplar a los ojos de los cristianos comunes y corrientes. A medida que crecía y razonaba mejor, comprendió las muchas imperfecciones de su conducta y, ayudado por la gracia divina, decidió seriamente enmendarse. En 1445, había recibido las órdenes sagradas y, desde entonces, su conciencia le reprochaba la desobediencia a las ordenanzas de la Iglesia contra las pluralidades y así, de acuerdo con su criterio, renunció a todos sus beneficios, a excepción de la capilla de Santa Agata, en Burgos. Ahí celebraba a diario la misa, catequizaba periódicamente a los ignorantes y predicaba, mientras que, en lo particular, llevaba una existencia de piedad y mortificación, dentro de la estricta pobreza evangélica.

Fue por entonces cuando entendió que para servir mejor a Dios, necesitaba un conocimiento más amplio de la teología y, en seguida, obtuvo permiso de su obispo para ir a estudiar a la Universidad de Salamanca. En cuatro años completó su curso y ya para entonces se había ganado una magnífica reputación como predicador y director de almas, en la parroquia de San Sebastián, en

Salamanca, donde ejercía su ministerio, al mismo tiempo que en la capellanía del Colegio de San Bartolomé. Así pasaron nueve años. Entonces, San Juan enfermó y debió enfrentarse con la alternativa de someterse a una delicada operación quirúrgica o perder la vida. Decidió operarse e hizo votos de que, si salvaba la existencia, adoptaría el hábito religioso. Como a fin de cuentas salió con bien, solicitó su ingreso a la comunidad de frailes agustinos de Salamanca; el superior lo admitió inmediatamente porque sus méritos eran bien conocidos. Un año más tarde, el 28 de agosto de 1464, hizo su profesión. Ya había adquirido tan completamente el espíritu de su regla, que ninguno de los otros frailes se mortificaba más, ni era más obediente, más humilde o más desprendido que Juan. Al predicar, lo hacía con tanta elocuencia y tan grande fervor, que sus sermones y sus exhortaciones privadas realizaron el milagro de reformar enteramente las costumbres en toda Salamanca. Poseía el don maravilloso de reconciliar a los desavenidos y restableció la concordia en numerosas disputas familiares que eran la comidilla de la sociedad, particularmente entre la juventud de la nobleza. No solamente inducía a sus penitentes a perdonar las injurias y olvidar la venganza, sino que a muchos de ellos los llevó a devolver bien por mal.

Poco después de su profesión, San Juan fue nombrado maestro de novicios, un puesto que desempeñó con notable destreza. Siete veces sucesivas fue *definidor* y también ejerció el puesto de prior en Salamanca. El convento de agustinos era famoso por su disciplina y esa regla la mantuvo y acrecentó San Juan, más por su ejemplo que por su severidad, puesto que la sincera opinión que todo el mundo tenía de su santidad, daba extraordinario peso a sus consejos y admoniciones. Por lo demás, estaba dotado de un juicioso discernimiento y de un notable poder para leer los pensamientos de sus penitentes. Oía las confesiones de todos los que se lo solicitaban, pero era muy estricto en negar, o por lo menos diferir la absolución, en los casos de los pecadores reincidentes, o de los eclesiásticos que no vivían de acuerdo con el espíritu de su profesión. Su fervor en la celebración del divino sacrificio edificaba a todos los asistentes, a pesar de que sus superiores le reconvenían a veces por el largo tiempo que empleaba en celebrar la misa. También se dice que San Juan era uno de esos seres privilegiados a quienes les ha sido dada la gracia de contemplar, con sus ojos, la forma humana de Nuestro Señor en el momento de la Consagración. Las gracias que recibió por sus plegarias y comuniones lo revistieron de valor y elocuencia en el púlpito. Sin miramientos en cuanto al grado o la calidad de las personas, combatía el vicio con un vigor tal, que muchas veces le acarreó persecuciones y hasta violencias físicas. Cierta vez pronunció en Alba un sermón en el que denunciaba y condenaba firmemente a los ricos terratenientes que oprimían a sus pobres trabajadores; la prédica tocó tan en lo vivo al duque de Alba, que ciego por el furor, pagó a dos asesinos profesionales para que mataran al atrevido predicador. Sin embargo, los dos esbirros, al quedar en presencia de su presunta víctima, se sintieron atenazados por un profundo remordimiento, y ahí mismo confesaron sus intenciones y pidieron perdón humildemente. En otra ocasión, cierta mujer cuyas liviandades había reprobado el santo, comenzó a lanzarle piedras cuando lo encontró en la calle y, si no llegó a causarle graves heridas, fue porque apareció oportunamente una ronda de arqueros que la detuvo. Un prominente personaje, cuyas descaradas relaciones con una mujer que no era su esposa provocaban el mayor escándalo en Salamanca, llegó a romper abrupta y definitivamente su ilícita relación, gracias a las amonestaciones de San Juan.

La mujer abandonada juró que tomaría venganza en el santo varón; y es creencia general que la dolorosa enfermedad estomacal que le llevó a la tumba, fue provocada por el veneno que se le administró a instigaciones de la despechada mujer. San Juan murió el 11 de junio de 1479. Numerosos milagros le dieron gloria, antes y después de su muerte. Fue canonizado en 1690.

La fuente de información más digna de crédito para la biografía de San Juan de Sahagún, es un relato escrito por Juan de Sevilla en forma de cartas dirigidas al duque Gonzalvo de Córdoba. Esas cartas fueron traducidas al latín, del original español, y se imprimieron en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. III. Los bolandistas coleccionaron también alguna información de otros escritores posteriores. Hay asimismo un resumen escrito alrededor de cien años después de la muerte del santo por un monje agustino, el famoso predicador, Beato Alfonso de Orozco. Este resumen se encontrará impreso en *Agustinos de Salamanca*, vol. I (1751), pp. 51 y ss., de M. Vidal. Entre las biografías modernas, la mejor es la de T. Cámara (1891), en español. Las biografías de personajes del siglo diecisiete, escritas en español y en francés, son muy numerosas y casi todas ellas se mencionan en el libro de U. Chevalier, *Bio-Bibliographie.*

SAN BASILIDES y Compañeros, Mártires (¿Fines del Siglo III?)

En vista de que los santos Basílides, Quirino (o Cyrinus), Nabor y Nazario, se conmemoran en este día en el calendario y el Martirologio romanos con colectas en su honor, como parte de la liturgia de la misa, dondequiera que se siga el rito romano, es imposible omitirlos en una obra como la presente. Pero es necesario advertir que las supuestas "actas" de estos cuatro mártires son absolutamente espurias. El mencionado Cyrinus no es otro que Quirino, cuyo artículo figura en la fecha del 4 de junio en esta obra. Es opinión de los entendidos que toda la historia de estos santos surgió como consecuencia de una confusión de nombres en el *Hieronymianum* y que fue inventada para explicar la conjunción de los cuatro mártires, en el mismo día. También se encuentra esta misma combinación en algunos antiguos manuscritos del *Sacramentarium Gelasianum,* así como en el calendario de Fronto. Existen tres "pasiones" diferentes y, en una de ellas, Basílides aparece solo, en lo que respecta a su martirio y a su sepultura, situada en un lugar a cuatro hitos sobre la Vía Aurelia. Posiblemente en los datos de este escrito haya alguna autenticidad. Al mencionarse a Nabor y a Nazario en el culto a los mártires, se advierte la posibilidad de que éstos dos hayan muerto en Milán. Pero en resumidas cuentas, las contradicciones de los datos son tan intrincadas, que no admiten ninguna solución.

Tres series distintas de supuestas *actas* sobre San Basílides y sus compañeros, fueron impresas por los bolandistas en el tercer volumen de junio del *Acta Sanctorum.* La exposición más satisfactoria del problema es quizá la de Delehaye, en su CMH., pp. 315-316; pero conviene ver también a J. P. Kirsch, en *Der stadtrömische christliche Festkalendar* (1924), pp. 60-63.

SANTA ANTONINA, Mártir (¿304? p.c.)

La Santa Antonina que conmemora en este día el Martirologio Romano, era una mujer que posiblemente fue martirizada por mandato del gobernador Prisciliano, durante la persecución de Diocleciano. Se cree que esta Antonina es la misma santa que el Martirologio Romano honra el 1o. de marzo, e idéntica también a la que celebra el 4 de mayo. Parece indudable que fue cruelmente

torturada, pero no es posible afirmar en que forma murió. De acuerdo con uno de los relatos, permaneció colgada por un brazo durante tres días con su noches, arrojada luego a la prisión y, por fin, quemada en la hoguera. De acuerdo con otra versión, se la extendió en el potro de hierro, le fueron desgarrados los costados con los garfios y ahí mismo fue muerta por la espada; la tercera tradición relata que tras de sufrir muchos tormentos, fue metida en una bolsa o en un cofre y arrojada a un estanque. Se dice que su cabeza fue llevada a Praga en 1673. En tanto que el *Menaion* griego asegura que Antonina recibió el martirio en Nicaea (Cea), en Bitinia, los españoles la veneran como una virgen y mártir de Ceja, en Galicia y, los isleños del Egeo consideran que murió en la isla de Cea. Es muy posible que, en realidad, Antonina sufriese el martirio en Nicomedia, puesto que esa es la ciudad mencionada en el antiguo *Breviarium* de Siria, a pesar de que ahí se hace mención de un hombre llamado Antonino. Los sinaxarios griegos están de acuerdo en conservar el apelativo en femenino, a Nicaea como el lugar de su muerte y el nombre de Prisciliano como el del gobernador que la mandó matar. Es curioso que en el caso de una mártir de historia tan oscura y para la que no existe ninguna "pasión", el *Hieronymianum* proporcione abundancia de datos y detalles que no se encuentran en otras fuentes de información.

Delehaye, en su CMH., p. 229, discute ampliamente la cuestión. Ver asimismo *Analecta Bollandiana*, vol. xxx (1911), p. 165. El *Sinaxario de Constantinopla* (editado por Delehaye), cc. 500 y 746.

SAN ONOFRE (*c.* 400 P.C.)

ENTRE los muchos ermitaños que vivieron en los desiertos de Egipto durante los siglos cuarto y quinto, había un santo varón llamado Onofre. Lo poco que sabemos sobre él procede de un relato, atribuido a cierto abad Pafnucio, sobre las visitas que hizo a los ermitaños de la Tebaida. Al parecer, varios de los ascetas que conocieron a Pafnucio le pidieron que escribiera esa relación de la que circularon varias versiones, sin que por ello se desvirtuara la esencia de la historia.

Pafnucio emprendió la peregrinación con el fin de estudiar la vida ermítica y descubrir si él mismo sentía verdadera inclinación a ella. Con este propósito dejó su monasterio y, durante dieciséis días, recorrió el desierto y tuvo algunos encuentros edificantes y algunas aventuras extrañas; pero en el día décimo séptimo quedó asombrado a la vista de un ser al que se habría tomado por animal, pero era un hombre: ¡Era un hombre anciano, con la cabellera y las barbas tan largas, que le llegaban al suelo! ¡Tenía el cuerpo cubierto por un vello espeso como la piel de una fiera y de sus hombros colgaba un manto de hojas! ... La aparición de semejante criatura fue tan espantable, que Pafnucio emprendió la huida. Sin embargo, el extraño ser le llamó para detenerle y le aseguró que también él era un hombre y un siervo de Dios. Con cierto recelo al principio, Pafnucio se acercó al desconocido, pero muy pronto ambos entablaron conversación y se enteró de que aquel extraño ser se llamaba Onofre, que había sido monje en un monasterio donde vivían con él muchos otros hermanos y que, al seguir su inclinación hacia la vida de soledad, se retiró al desierto, donde había pasado setenta años. En respuesta a las preguntas de

Pafnucio, el ermitaño admitió que en innumerables ocasiones había sufrido de hambre y de sed, de los rigores del clima y de la violencia de las tentaciones; sin embargo, Dios le había dado también consuelos innumerables y le había alimentado con los dátiles de una palmera que crecía cerca de su celda. Más adelante, Onofre condujo al peregrino hasta la cueva donde moraba y ahí pasaron el resto del día en amable plática sobre cosas santas. De repente, al caer la tarde, aparecieron ante ellos una torta de pan y un cántaro de agua y, tras de compartir la comida, ambos se sintieron extraordinariamente reconfortados. Durante toda aquella noche Onofre y Pafnucio oraron juntos.

Al despuntar el sol del día siguiente, Pafnucio advirtió alarmado que se había operado un cambio en el ermitaño, quien evidentemente se hallaba a punto de morir. En cuanto se acercó a él para ayudarle, Onofre comenzó a hablar: "Nada temas, hermano Pafnucio, dijo; el Señor, en su infinita misericordia, te envió aquí para que me sepultaras". El viajero sugirió al agonizante ermitaño que él mismo ocuparía la celda del desierto cuando la abandonase, pero Onofre repuso que no era esa la voluntad de Dios. Instantes después suplicó que le encomendasen el alma a las oraciones de los fieles, por quienes prometía interceder y, tras de haber dado la bendición a Pafnucio, se dejó caer en el suelo y entregó el espíritu. El visitante le hizo una mortaja con la mitad de su túnica, depositó el cadáver en el hueco de una roca y lo sepultó con piedras. Tan pronto como terminó su faena, vio cómo se derrumbaba la cueva donde había vivido el santo y cómo desaparecía la palmera que le había alimentado. Con esto comprendió Pafnucio que no debía permanecer por más tiempo en aquel lugar y se alejó al punto.

No habría dificultad en reunir una larga bibliografía sobre San Onofre. Los textos griegos y latinos están señalados en el BHG., nos. 1378-1382 y en BHL., nos. 6334-6338; pero en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. II, se encontrará una selección más que suficiente. También hay otras versiones orientales, sobre todo las escritas en copto y en etíope. Véase sobre todo a W. Till en *Koptische Heiligen und Martyrer-legenden* (1935), pp. 14-19; E. A. Wallis Budge en *Miscellaneous Coptic Texts* (1915); W. E. Crum, *Discours de Pisenthios* en *Revue de l'Orient chrétien*, vol. X (1916), pp. 38-67. A pesar de que Pisenthios no dice nada nuevo sobre Onofre, su sermón demuestra que ya por el año 600 P. C., se celebraba con solemnidad su fiesta. Asimismo se discute extensamente al santo en el ensayo de C. A. Williams, *Oriental Affinities of the Legend of the Hairy Anachorite* (*Illinois Studies*, vols. X y XI, 1926); pero también conviene ver notas críticas en *Analecta Bolladiana*, vol. XLVII (1929), pp. 138-141. No se da por cierta la tesis de que los nombres de Onfroi y Humfrey y sus derivados, que tanto se popularizaron en Francia e Inglaterra durante la Edad Media, se debiesen al culto a San Onofre, importado a Europa por los cruzados: *cf.* E. G. Withycombe, *Oxford Dictionary of English Christian Names* (1950).

SAN PEDRO DEL MONTE ATHOS (¿Siglo VIII?)

MUCHOS años antes de que se comenzara a construir el primero de los varios famosos monasterios del Monte Athos, en Macedonia, ya vivía en sus faldas un santo anacoreta llamado Pedro. Se dice que él fue el primer ermitaño cristiano que se instaló en aquella región, pero nada se sabe sobre su verdadera historia. Después de su muerte, sus reliquias fueron llevadas al monasterio de San Clemente y, en el siglo décimo, se trasladaron a Tracia, donde se propagó mucho su culto.

La leyenda de San Pedro, tal como la cuenta Gregorio de Palamás, arzobispo de Tesalónica, se asemeja a muchas otras de las historias relatadas en las

Menaia griegas, y se la puede considerar como una fábula edificante. En su juventud, Pedro tomó las armas contra los sarracenos y, tras no pocas batallas, fue capturado y encarcelado. Pero San Nicolás y San Simeón, a quienes apeló en su infortunio, acudieron en persona a ayudarle: Simeón le abrió las rejas de la prisión y Nicolás le condujo fuera de ella hasta dejarle a salvo. Una vez libre, Pedro se fue a Roma, donde volvió a encontrarse con San Nicolás, quien le presentó al Papa. El Pontífice, impresionado sin duda por tan alta recomendación, le impuso a Pedro el hábito de monje. Este se embarcó inmediatamente en una nave que tenía como destino la costa de Asia Menor. Apenas había comenzado la navegación, cuando Nuestra Señora se apareció a Pedro para manifestarle su deseo de que pasase el resto de su vida como ermitaño en el Monte Athos.

Por consiguiente, cuando dejaron atrás las costas de Creta, el capitán desembarcó al fraile lo más cerca posible de su objetivo, y desde entonces se entregó a la vida de penitencia en las faldas del monte. Además de soportar innumerables penurias, tuvo que hacer frente a los ataques del diablo. Primero fue atacado por legiones de demonios que se burlaban de él, le disparaban flechas y le arrojaban piedras. El ermitaño consiguió vencer a la horda maligna con el poder de la oración. Más adelante, los espíritus infernales tomaron la forma de serpientes que perseguían a Pedro y le llenaban de horror; pero él insistió en sus oraciones, todavía más fervorosas y los reptiles desaparecieron. Después, Satanás se apareció en la figura de uno de los antiguos criados de Pedro que sólo había acudido para rogarle, con una insistencia irritante, que volviese al mundo donde todos sus amigos lo extrañaban y donde podía hacer más bien por el prójimo que en la soledad de su retiro. Acosado por aquellas súplicas y profundamente perturbado, Pedro imploró el auxilio de la Virgen María, quien se hizo presente y obligó al tentador a mostrarse con su verdadera forma ante el ermitaño y luego lo hizo desaparecer. Pero no para siempre, porque el "maligno" volvió transformado en un ángel de luz. En aquella ocasión, a Pedro le bastó su humildad para vencer al espíritu del mal. El supuesto ángel le aconsejaba que retornase al mundo, pero el ermitaño insistía en que él no era digno de acercarse a los demás hombres y mucho menos podía esperar que le visitase un espíritu celestial. En consecuencia, se negó rotundamente a escuchar los consejos de su sobrenatural visitante.

Ya había vivido durante cincuenta años en el Monte Athos, sin ver criatura humana alguna, cuando un cazador le descubrió por casualidad. El ermitaño relató su historia con lujo de detalles y, a pesar de que el cazador, edificado, rogaba que le dejase permanecer ahí, Pedro insistió en que volviese a su país y que, un año más tarde, le visitara de nuevo. Doce meses después, el cazador, acompañado por un amigo, acudió a la cita, pero sólo encontró el cadáver de Pedro.

He aquí otro ejemplo del conjunto de fantasías piadosas al que también pertenece la leyenda de San Onofre (ver el artículo anterior). Se han conservado dos textos en griego, en BHG. nos. 1505-1506. Sería como tomarnos demasiadas atribuciones si, por todo lo antedicho, llegásemos a considerar que Pedro es un personaje imaginario que nunca existió. El ensayo de C. A. Williams que, bajo el título de *Studies*, vol. XI, pp. 427-509, publicó la Universidad de Illinois demuestra en su artículo *Oriental Affinities of the Legend of the Hairy Anachorite* que la existencia de Pedro está muy débilmente afirmada en la hagiografía cristiana. Hay un estudio mejor y más digno de crédito sobre la historia de Pedro de Athos, en *Early Days of Monasticism in Mount Athos* de Kirsopp Lake.

SAN LEON III, Papa (816 p.c.)

El mismo día en que murió el Papa Adrián I, los electores procedieron a nombrar a un sucesor. La elección unánime recayó sobre el cardenal párroco de Santa Susana y, al otro día, 27 de diciembre de 795, se le consagró y entronizó en la sede de San Pedro, con el nombre de León III. Pero en Roma había un sector hostil al nuevo Papa, formado en su mayor parte por turbulentos jóvenes de la nobleza a quienes encabezaba el sobrino del extinto Papa Adrián que ambicionaba el trono pontificio y otro joven oficial amigo suyo. En el año de 799, los revoltosos fraguaron un complot para recurrir a todos los medios a fin de impedir que el Papa León desempeñase sus deberes pontificios. El día de San Marcos, durante la procesión tradicional que encabezaba el Papa montado en su caballo, fue elegido por los conspiradores para atacar. Frente a la iglesia de San Silvestre, se arrojaron sobre el Pontífice, lo derribaron del caballo, le arrastraron por el suelo, trataron de sacarle los ojos y cortarle la lengua y, a fin de cuentas, le dejaron inconsciente, bañado en sangre y molido a golpes en mitad del arroyo. El hecho de que San León se recuperase con extraordinaria prontitud de los terribles golpes y las graves heridas que sufrió durante el ataque, se tuvo por un milagro.

Durante algún tiempo, el perseguido Pontífice se refugió en la corte de Carlomagno, rey de los francos, quien por entonces se hallaba en Paderborn. Pero no tardó en regresar a Roma, donde el pueblo le dispensó una cordial acogida y, sin tardanza, se formó una comisión para investigar las circunstancias del ataque contra la persona del Pontífice. Los rebeldes respondieron con una serie de acusaciones contra el Papa, tan graves, que los miembros de la comisión se sintieron obligados a remitir el caso al rey Carlomagno. Pocos meses después, el monarca de los francos viajó a Roma y, el 1o. de diciembre, se convocó a un sínodo en la basílica del Vaticano con la presencia del rey y la de los acusadores que fueron invitados a comparecer. Ninguno lo hizo, pero a pesar de aquel *nolle prosequi*, el sínodo consideró conveniente que el Papa León hiciese un juramento de inocencia de los cargos formulados en su contra. El 23 de diciembre, el Pontífice hizo el juramento ante la asamblea.

El día de Navidad, durante la celebración de la misa en San Pedro, el Papa León coronó con toda solemnidad a Carlomagno, que se hallaba arrodillado ante el altar de la Confesión de los Apóstoles. La congregación aplaudió con entusiasmo y el coro entonó loas en honor del rey, por este estilo: "Larga vida de triunfos para Carlos, el más devoto protector de la religión, el augusto coronado por Dios, el magno emperador pacífico de los romanos". El mismo Papa se arrodilló ante Carlomagno para rendirle el homenaje temporal. De esta manera quedó establecido el Santo Imperio Romano de Occidente, al que muchos de los más entendidos en la materia, durante la misma época y en posteriores, consideraron como la realización del ideal expresado por San Agustín en su *De civitate Dei*. Aquel suceso espectacular, tan colmado de signos prometedores, apareció rodeado por una serie de mistificaciones, muchas de ellas innecesarias. Pero ese es un asunto que pertenece por entero a la historia general civil y eclesiástica, que no tiene cabida en esta obra.

Para San León, la alianza con el monarca resultó muy benéfica. No sólo le permitió recuperar buena parte del perdido patrimonio de la Iglesia Romana y mantener sujetos a los elementos perturbadores en el Estado pontificio, sino

que también le condujo a intervenir con éxito en las disputas internacionales y a reforzar la disciplina eclesiástica en tierras distantes. Pero en cuanto el emperador hizo el intento de meterse en los terrenos del dogma, al presionar al Papa para que introdujese la cláusula "Y el Hijo" (*Filioque*) en el Credo de Nicea, éste le detuvo con toda firmeza. Se negó a admitir innovaciones en la liturgia, por muy genuinamente doctrinales que fuesen, y sobre todo hechas con precipitación y a instancias del poder secular; asimismo, consideró con razón que, por aquel acto, causaría el descontento de la grey bizantina, cuya importancia siempre tuvo presente.

Mientras Carlomagno estuvo vivo, San León pudo mantener el orden en la Santa Sede, pero tras la muerte del emperador, en 814, comenzaron las tormentas. Los sarracenos desembarcaron en las costas de Italia y se llevó a cabo otra conspiración para asesinar al Papa. Cuando por fin quedó restablecida la calma en la Santa Sede, era evidente que la salud del Pontífice se hallaba muy quebrantada. El 12 de junio de 816, murió San León, tras veinte años de pontificado. Su nombre se agregó al Martirologio Romano en 1673.

El pontificado de San León III pertenece, en gran parte, a la historia general. No existe ninguna biografía sobre él, ni más datos de los que se encuentran en el *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne, vol. II, pp. 1-34). Hay una colección de cartas de este Papa: sobre todo, los informes que escribió a Carlomagno. Hay un relato sobre San León, extraído de los materiales mencionados y de crónicas posteriores, en *Acta Sanctorum*, junio, vol. III. Véase la obra de Mons. Mann, *Lives of the Popes*, vol. II (1906), pp. 1-110, donde se encuentra una bibliografía muy adecuada. El trabajo de Mons. Duchesne, *Les premiers temps de l'état pontifical* (1904), merece atención; entre las obras más recientes, véase en particular *Das Kaisertum Karls d. Gr.* (1928), de K. Heldmann y el *Rendiconti della Pontificia Accademia Romana di Archeologia*, vol. I (1923), pp. 107-119, así como un artículo de C. Huelsen sobre la vida de León III, en el *Liber Pontificalis*.

SAN ODULFO (*c.* 855 P.C.)

ENTRE los misioneros que ayudaron a San Federico en la evangelización de Frieslandia, el que obtuvo mayores triunfos fue, sin duda, San Odulfo. Hasta la fecha se encuentran todavía iglesias dedicadas a él, en Bélgica y Holanda.

Odulfo nació en Oorschot, en la región norte de Brabante; una vez ordenado sacerdote, se hizo cargo de la parroquia en su ciudad natal; pero al poco tiempo fue trasladado a Utrecht, donde atrajo la atención de San Federico, el obispo de la diócesis. Su elocuencia como predicador y su amplia cultura indujeron a Federico a enviarlo a la Frieslandia, cuyos habitantes sólo se hallaban parcialmente convertidos. Muchos años pasó San Odulfo en aquellas tierras y trabajó con muy buenos frutos. De acuerdo con las viejas crónicas, convertía a sus auditorios por medio de reiteradas instrucciones, prédicas, pláticas y admoniciones que condujeran a las gentes por el camino de la verdad, "hasta que, aquellos mismos hombres que podían haberse comparado con lobos feroces, se transformaron, por virtud de la doctrina del bien, en mansos corderos". A pesar de que anduvo por todas las regiones de la Zanlandia, su centro de operaciones quedó establecido en Stavoren; ahí tenía una iglesia y fundó un monasterio. A pesar de las reiteradas invitaciones para que regresase a su país, perseveró en su tarea de misionero hasta una edad muy avanzada. Sólo entonces regresó a Utrecht, donde murió alrededor del año 855. Su cuerpo desapareció de la sepultura, quizá robado durante una incursión de los nórdicos y

llevado a Inglaterra donde fue sepultado de nuevo, en la abadía de Evesham, en el año de 1034.

A principios del siglo trece, apareció una historia muy desagradable en un manuscrito inglés (Rawlinson A. 287, en la Bodleiana), comprendido en las Crónicas de Evesham. Se relata ahí que San Odulfo se hallaba en el acto de celebrar la misa el día de Pascua, cuando un ángel le ordenó que se apresurase a tomar un barco que habría de conducirlo al lugar donde su amigo San Federico se disponía a oficiar la misa, no obstante haber cometido un terrible pecado. El barco navegó hasta Utrecht con increíble rapidez, puesto que Odulfo tuvo tiempo de advertir a su amigo, de oír su confesión y de celebrar el santo sacrificio en su lugar. Inmediatamente después, San Federico desapareció para entregarse a la más rigurosa penitencia durante diez años y, en ese lapso, Odulfo ocupó el cargo de obispo de Utrecht. Al cabo de los diez años, Federico, transformado en un modelo de todas las virtudes, reanudó sus deberes episcopales y, a fin de cuentas, murió entre la veneración general por los milagros realizados. Por supuesto que, en la historia seria, no existe el menor fundamento para certificar ese acontecimiento tan escabroso, pero la inclusión de semejante narración es una curiosa ilustración sobre la tendencia medieval a dar crédito a cualquier fábula en la que, los personajes venerables, apareciesen como pecadores.

La biografía de San Odulfo impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. III, no es muy digna de confianza. Pertz la reeditó en parte, en MGH, *Scriptores*, vol. XV, pp. 356-358. Véase también a Macray, *Chronicle of Evesham* (*Rolls Series*), pp. 313-320 y a Stanton, en *English Menology*, pp. 265-267.

BEATO ESTEBAN BANDELLI (1450 P.C.)

UNO DE los predicadores más distinguidos de la orden dominicana durante la primera mitad del siglo quince, fue Fray Esteban Bandelli.

Nació en 1369, en la región norte de Italia, y recibió el hábito de Santo Domingo en Piacenza. Desde el principio, su piedad y su obediencia fueron un ejemplo y una inspiración para los monjes; sus ciencias le proporcionaron el grado de doctor en leyes canónicas y una cátedra en la Universidad de Pavía. Pero sus mayores triunfos los obtuvo desde el púlpito y en el confesionario. Ya fuera que predicase en Liguria o en otra región cualquiera de Italia, verdaderas multitudes acudían a escucharle y eran innumerables los pecadores que, arrepentidos, emprendían con firmeza el camino del bien. A la edad de ochenta y un años murió en Saluzzo, en la diócesis de Turín, e inmediatamente fue honrado como santo y realizador de milagros. Treinta y siete años después de su muerte, cuando Saluzzo quedó cercada por fuerzas enemigas, se vieron aparecer figuras extrañas sobre el cielo, y la población afirmó que eran las sombras de la Santísima Virgen y del Beato Esteban que habían acudido a protegerles. El enemigo se retiró sin haber puesto el sitio, y todos los agradecidos habitantes de Saluzzo instituyeron desde entonces una procesión anual en honor del beato. El Papa, Pío IX confirmó su antiguo culto en 1856.

Véase a Seeböck, en *Die Herrlichkeit der katholischen Kirche*, pp. 127 y ss.; Procter, *Lives of Dominican Saints*, pp. 174-175; Taurisiano, *Catalogus Hagiographicus O. P.*

13: SAN ANTONIO DE PADUA, DOCTOR DE LA IGLESIA (1231 P.C.)

A PESAR de que Antonio era de nacionalidad portuguesa y había nacido en Lisboa, adquirió el apellido por el que lo conoce el mundo, de la ciudad italiana de Padua, donde vivió hasta su muerte y donde todavía se veneran sus reliquias.

Vino al mundo en 1195 y en la pila bautismal se le llamó Fernando, nombre éste que cambió por el de Antonio al ingresar en la Orden de Frailes Menores, por devoción al gran patriarca de los monjes y patrono titular de la capilla en que recibió el hábito franciscano. Sus padres, jóvenes miembros de la nobleza de Portugal, dejaron que los clérigos de la Catedral de Lisboa se encargaran de impartir los primeros conocimientos al niño, pero cuando éste llegó a la edad de quince años, fue puesto al cuidado de los canónigos regulares de San Agustín, que tenían su casa cerca de la ciudad. Dos años después, obtuvo permiso para ser trasladado al priorato de Coimbra, por entonces capital de Portugal, a fin de evitar las distracciones que le causaban las constantes visitas de sus amistades. Una vez en Coimbra, se dedicó por entero a la plegaria y el estudio; gracias a su extraordinaria memoria retentiva, llegó a adquirir, en poco tiempo, los más amplios conocimientos sobre la Biblia. En el año de 1220, el rey Don Pedro de Portugal regresó de una expedición a Marruecos y trajo consigo las reliquias de los santos frailes-franciscanos que, poco tiempo antes, habían obtenido allá un glorioso martirio. Fernando que por entonces había pasado ocho años en Coimbra, se sintió profundamente conmovido a la vista de aquellos despojos y, al mismo tiempo, nació en lo íntimo de su corazón el anhelo de dar la vida por Cristo. Fernando comprendió al punto que, como canónigo regular, nunca llegaría a realizar su aspiración y, desde aquel momento, buscó ansiosamente una oportunidad de poner en práctica sus deseos. La ocasión se presentó poco después, cuando algunos frailes franciscanos llegaron a hospedarse en el convento de la Santa Cruz, donde estaba Fernando; éste les abrió su corazón y fue tan empeñosa su insistencia, que a principios de 1221, se le admitió en la orden. Casi inmediatamente después, se le autorizó para embarcar hacia Marruecos a fin de predicar el Evangelio a los moros. Pero no bien llegó a aquellas tierras donde pensaba conquistar la gloria, cuando fue atacado por una grave enfermedad que le dejó postrado e incapacitado durante varios meses y, a fin de cuentas, fue necesario devolverlo a Europa. La nave en que se embarcó, empujada por vientos contrarios, se desvió de la ruta y Fray Antonio se encontró en Messina, la capital de Sicilia. Con grandes penalidades, viajó desde la isla a la ciudad de Asís donde, según le habían informado sus hermanos en Sicilia, iba a llevarse a cabo un capítulo general. Aquella fue la gran asamblea de 1221, el último de los capítulos que admitió la participación de todos los miembros de la orden; estuvo presidido por el hermano Elías como vicario general y San Francisco, sentado a sus pies, estaba presente. Indudablemente que aquella reunión impresionó hondamente al joven fraile portugués. Tras la clausura, los hermanos regresaron a los puestos que se les habían señalado, y Antonio fue a hacerse cargo de la solitaria ermita de San Paolo, cerca de Forli. Hasta ahora se discute el punto de si, por aquel entonces, Antonio

era o no era sacerdote; pero lo positivo es que nadie ha puesto en tela de juicio los extraordinarios dones intelectuales y espirituales del joven y enfermizo fraile que nunca hablaba de sí mismo. Cuando no se le veía entregado a la oración en la capilla o en la cueva donde vivía, estaba al servicio de los otros frailes, ocupado sobre todo en la limpieza de los platos y cacharros, después del almuerzo comunal.

Mas no estaban destinadas a permanecer ocultas las claras luces de su intelecto. Sucedió que al celebrarse una ordenación en Forli, los candidatos franciscanos y dominicos se reunieron en el convento de los Frailes Menores de aquella ciudad. Seguramente a causa de algún malentendido, ninguno de los dominicos había acudido ya preparado a pronunciar la acostumbrada alocución durante la ceremonia y, como ninguno de los franciscanos se sentía capaz de llenar la brecha, se ordenó a San Antonio, ahí presente, que fuese a hablar y que dijese lo que el Espíritu Santo le inspirara. El joven obedeció sin chistar y, desde que abrió la boca hasta que terminó su improvisado discurso, todos los presentes le escucharon como arrobados, embargados por la emoción y por el asombro, a causa de la elocuencia, el fervor y la sabiduría de que hizo gala el orador. En cuanto el ministro provincial tuvo noticias sobre los talentos desplegados por el joven fraile portugués, lo mandó llamar a su solitaria ermita y lo envió a predicar en varias partes de la Romagna, una región que, por entonces, abarcaba toda la Lombardía. En un momento, Antonio pasó de la oscuridad a la luz de la fama y obtuvo, sobre todo, resonantes éxitos en la conversión de los herejes, que abundaban en el norte de Italia, y que, en muchos casos, eran hombres de cierta posición y educación, a los que se podía llegar con argumentos razonables y ejemplos tomados de las Sagradas Escrituras.

Además de la misión de predicador, se le dio el cargo de lector en teología entre sus hermanos. Aquella fue la primera vez que un miembro de la Orden Franciscana cumplía con aquella función. En una carta que, por lo general, se considera como perteneciente a San Francisco, se confirma este nombramiento con las siguientes palabras: "Al muy amado hermano Antonio, el hermano Francisco le saluda en Jesucristo. Me complace en extremo que seas tú el que lea la sagrada teología a los frailes, siempre que esos estudios no afecten al santo espíritu de plegaria y devoción que está de acuerdo con nuestra regla". Sin embargo, se advirtió cada vez con mayor claridad que, la verdadera misión del hermano Antonio estaba en el púlpito. Por cierto que poseía todas las cualidades del predicador: ciencia, elocuencia, un gran poder de persuasión, un ardiente celo por el bien de las almas y una voz sonora y bien timbrada que llegaba muy lejos. Por otra parte, se afirmaba que estaba dotado con el poder de obrar milagros * y, a pesar de que era de corta estatura y con cierta inclinación a la corpulencia, poseía una personalidad extraordinariamente atractiva, casi magnética. A veces, bastaba su presencia para que los pecadores cayesen de rodillas a sus pies; parecía que de su persona irradiaba la santidad. A donde quiera que iba, las gentes le seguían en tropel para escucharle, y con eso había para que los criminales empedernidos, los indiferentes y los herejes, pidiesen confesión. Las gentes cerraban sus tiendas, oficinas y talleres para asistir a sus sermones; muchas veces sucedió que algunas mujeres salieron antes del alba

* Se ha discutido muy ampliamente la cuestión de si San Antonio realizó milagros durante su vida. Véase a Felder, "Die Antonius Wunder" (1933), p. 156.

o permanecieron toda la noche en la iglesia, para conseguir un lugar cerca del púlpito. Con frecuencia, las iglesias eran insuficientes para contener a los enormes auditorios y, para que nadie dejara de oírle, a menudo predicaba en las plazas públicas y en los mercados. Poco después de la muerte de San Francisco, el hermano Antonio fue llamado, probablemente con la intención de nombrarle ministro provincial de la Emilia o la Romagna. En relación con la actitud que asumió el santo en las disensiones que surgieron en el seno de la orden, los modernos historiadores no dan crédito a la leyenda de que fue Antonio quien encabezó el movimiento de oposición al hermano Elías y a cualquier desviación de la regla original; esos historiadores señalan que el propio puesto de lector en teología, creado para él, era ya una innovación. Más bien parece que, en aquella ocasión, el santo actuó como un enviado del capítulo general de 1226 ante el Papa, Gregorio IX, para exponerle las cuestiones que hubiesen surgido, a fin de que el Pontífice manifestara su decisión. En aquella oportunidad, Antonio obtuvo del Papa la autorización para dejar su puesto de lector y dedicarse exclusivamente a la predicación. El Pontífice tenía una elevada opinión sobre el hermano Antonio, a quien cierta vez llamó "el Arca de los Testamentos", por los extraordinarios conocimientos que tenía de las Sagradas Escrituras.

Desde aquel momento, el lugar de residencia de San Antonio fue Padua, una ciudad donde anteriormente había trabajado, donde todos le amaban y veneraban y donde, en mayor grado que en cualquier otra parte, tuvo el privilegio de ver los abundantísimos frutos de su ministerio. Porque no solamente escuchaban sus sermones multitudes enormes, sino que éstos obtuvieron una muy amplia y general reforma de conducta. Las ancestrales disputas familiares se arreglaron definitivamente, los prisioneros quedaron en libertad y muchos de los que habían obtenido ganancias ilícitas las restituyeron, a veces en público, dejando títulos y dineros a los pies de San Antonio, para que éste los devolviera a sus legítimos dueños. Para beneficio de los pobres, denunció y combatió el muy ampliamente practicado vicio de la usura y luchó para que las autoridades aprobasen la ley que eximía de la pena de prisión a los deudores que se manifestasen dispuestos a desprenderse de sus posesiones para pagar a sus acreedores. Se dice que también se enfrentó abiertamente con el violento duque Eccelino para exigirle que dejase en libertad a ciertos ciudadanos de Verona que el duque había encarcelado. A pesar de que no consiguió realizar sus propósitos en favor de los presos, su actitud nos demuestra el respeto y la veneración de que gozaba, ya que se afirma que el duque le escuchó con paciencia y se le permitió partir, sin que nadie le molestara.

Después de predicar una serie de sermones durante la primavera de 1231, la salud de San Antonio comenzó a resentirse y se retiró a descansar, con otros dos frailes, a los bosques de Camposampiero. Bien pronto se dio cuenta de que sus días estaban contados y entonces pidió que le llevasen a Padua. No llegó vivo más que a los aledaños de la ciudad. El 13 de junio de 1231, en la habitación particular del capellán de las Clarisas Pobres de Arcella recibió los últimos sacramentos y pasó a recibir su recompensa en la vida eterna. Al morir tenía tan sólo treinta y cinco años de edad. Durante sus funerales se produjeron extraordinarias demostraciones de la honda veneración que se le tenía. Los paduanos han considerado siempre sus reliquias como el tesoro más preciado.

San Antonio fue canonizado antes de que hubiese transcurrido un año desde su muerte; en esa ocasión, el Papa Gregorio IX pronunció la antífona "O doc-

tor optime" en su honor y, de esta manera, se anticipó en siete siglos a la fecha del año 1946, cuando el Papa Pío XII declaró a San Antonio "Doctor de la Iglesia". En este relato tan suscinto ha sido imposible describir o discutir algunos de los muchos milagros atribuidos al santo; pero ya sea que los hiciera o no, durante su vida en este mundo, lo que verdaderamente le ha otorgado el título de "Milagroso San Antonio" es la interminable lista de favores y beneficios que ha obtenido del cielo para sus devotos, desde el momento de su muerte. Por regla general, a partir del siglo XVII, se ha representado a San Antonio con el Niño Jesús en los brazos; ello se debe a un suceso que tuvo mucha difusión y que ocurrió cuando San Antonio estaba de visita en la casa de un amigo. En un momento dado, éste se asomó por la ventana y vio al santo que contemplaba, arrobado, a un niño hermosísimo y resplandeciente que sostenía en sus brazos. En las representaciones anteriores al siglo XVII aparece San Antonio sin otro distintivo que un libro, símbolo de su sabiduría respecto a las Sagradas Escrituras. En ocasiones se le representó con un lirio en las manos y también junto a una mula que, según la leyenda, se arrodilló ante el Santísimo Sacramento que mostraba el santo; la actitud de la mula fue el motivo para que su dueño, un campesino escéptico, creyese en la presencia real. San Antonio es el patrón de los pobres y, ciertas limosnas especiales que se dan para obtener su intercesión, se llaman "pan de San Antonio"; esta tradición comenzó a practicarse en 1890. No hay ninguna explicación satisfactoria sobre el motivo por el que se le invoca para encontrar los objetos perdidos, pero es muy posible que esa devoción esté relacionada con un suceso que se relata entre los milagros, en la "Chronica XXIV Generalium" (No. 21): un novicio huyó del convento y se llevó un valioso salterio que utilizaba San Antonio; el santo oró para que fuese recuperado su libro y, al instante, el novicio fugitivo se vio ante una aparición terrible y amenazante que le obligó a regresar al convento y devolver el libro.

Lo que se ha escrito en torno a San Antonio de Padua es tan abundante, que se puede decir, sin temor a errores, que sólo lo supera en cantidad lo que se ha escrito en torno a San Francisco de Asís. En 1931, el padre Pou y Marti, publicó un sumario de las fuentes de información más importantes, en el periódico *Antonianum*, vol. VI, pp. 225-252; pero aun esta lista tuvo que ser complementada como se hizo en *Analecta Bollandiana*, vol. LI (1933), pp. 451-456. A pesar de todo esto, los conocimientos positivos que tenemos sobre la vida detallada de San Antonio, son extremadamente escasos y su biografía depende casi exclusivamente de las narraciones anónimas, cuya colección se titula con la primera palabra del escrito: *Assidua* y que fueron editadas originalmente en la *Portugalliae Monumenta Historica*, vol. I (1856), pp. 116-130. Todo esto se puede consultar con mayor comodidad en la edición de L. de Kerval, *S. Antonii de Padua Vitae Duae* (1904). De esta fuente, ampliada por varias adiciones, proceden la mayoría de los documentos coleccionados en BHL, n.n. 587-602. Probablemente, el más importante de los textos que han salido a luz recientemente, sea el del obispo Jean Rigaud, *Vita B. Antonii*; fue editada en 1900 por F. M. d'Araules y, tal vez sea el único texto que nos suministre informaciones auténticas sobre las predicaciones del santo en el sur de Francia. La leyenda que se conoce con el nombre de la *Laurentiana*, publicada en 1902 por Fr. Lemmens, es digna de tomarse en cuenta, puesto que, según las investigaciones realizadas, se ha comprobado que fue escrita a mediados del siglo trece. Hay asimismo una obra útil en el estudio de F. Conconi (1930), quien publicó los mejores textos de las leyendas más antiguas. También existe la posibilidad de que algunos de los sermones atribuidos al santo que se han conservado, nos proporcionen la esencia de sus discursos y un testimonio del espíritu que le inspiraba. En tiempos modernos se han publicado numerosas biografías de San Antonio; una de las más voluminosas, pero no de las más críticas, es la de D. M. Sparacio, *S. Antonio di Padova, taumaturgo* (1923); tiene más de un millar de páginas en dos volúmenes a cuarto. Una obra

más corta, pero bastante aceptable, es la que escribió en italiano N. Dal-Gal con el título de *San Antonio di Padova, taumaturgo francescano* (1907). Un tratamiento más amplio del asunto bajo otro título: *Il santo di Padova nella storia*, es la obra escrita por el padre Dal-Gal en 1933. Entre las biografías en francés, citaremos la de L. de Chérancé (1906), I. Boucard (1897), W. Vian, con traducción inglesa en 1936 y otras. El libro *Antonius von Padua in Leben und Kunst* (1931), de B. Kleinschmidt, es un trabajo muy valioso por la atención con que se trata el aspecto artístico de la devoción a San Antonio. En inglés hay una excelente traducción de la biografía escrita por el canónigo A. Lepitre en la serie *Les Saints*; también hay trabajos originales en inglés, como los de C. M. Antony (1911), E. Guillat-Smith (1926), R. Maloney (1931), R. M. Huber (1949) y Alice Curtayne (1950). En 1949, los frailes conventuales de Padua publicaron un volumen de estudios para conmemoración del santo.

SANTA FELICULA, MÁRTIR (*c.* 90 P.C.)

EL CULTO a Santa Felícula está estrechamente relacionado con el que se tributa a Santa Petronila, y aun se ha llegado a afirmar que ambas eran hermanas adoptivas. Tanto una como la otra vivieron y fueron martirizadas en Roma hacia fines del siglo primero. La leyenda afirma que, tras de la muerte de Santa Petronila, el pretendiente que aspiraba a su mano, Conto Flaccus, puso a Santa Felícula en la alternativa de aceptar el matrimonio con él u ofrecer sacrificios a los ídolos. Como la muchacha rechazó indignada las dos proposiciones, Conto la denunció como cristiana a un funcionario que la detuvo y la encerró en un siniestro calabozo donde estuvo siete días, privada de agua y alimentos. Después fue entregada a las vestales, con instrucciones para que quebrantaran su resistencia a obedecer. Pero Felícula se mantuvo firme y no tocó las suculentas comidas que le ofrecieron si adoraba a los dioses y prefirió soportar el hambre otros siete días más. Entonces se le dio tormento en el potro y, al fin, fue ahogada en uno de los desaguaderos de la ciudad. San Nicomedes, un sacerdote romano, recuperó el cuerpo de la mártir y lo sepultó en la Vía Ardeatina, a la altura del séptimo hito. Varias iglesias de Roma, incluidas las de Santa Práxedes y la de San Lorenzo en Lucina, declaran poseer sus reliquias, pero no se sabe a ciencia cierta dónde se encuentran. Hubo otras santas llamadas Felícula en la misma ciudad y, si acaso llegan a descubrirse los restos de alguna de ellas, se le adjudicarán sin duda a la más famosa, a la hermana adoptiva de Santa Petronila.

Las *actas* de los Santos Nereo y Aquileo, de las que el relato anterior sobre Santa Felícula forma una especie de suplemento, están impresas en *Acta Sanctorum*, mayo, vol. III. Véase también el comentario de Fr. Delehaye en el *Hieronymianum*, p. 317 y *cf.* ibid. p. 306. Se encontrarán otras referencias en la bibliografía correspondiente a los Santos Nereo y Aquileo, el 12 de mayo.

SANTA AQUILINA, MÁRTIR (¿Fines del Siglo III?)

EN LAS primeras épocas del cristianismo los fieles de oriente profesaron gran veneración a Santa Aquilina, y su nombre aparece en casi todos los martirologios. San José el Himnógrafo compuso un oficio especial en su honor, con un himno en acróstico, es decir que la letra inicial de cada verso forma, en sucesión vertical, una loa a la santa, a la que el autor llama su madre espiritual. Aquilina era natural de Biblios, en Fenicia, hija de padres cristianos y bautizada por Eutalio, el obispo de aquella diócesis. Al cumplir los doce años, estalló

la persecución de Diocleciano y la niña fue detenida y conducida ante el magistrado Volusiano. Ahí confesó abiertamente su fe y, cuando los halagos y las amenazas resultaron inútiles para doblegar su constancia, fue abofeteada por los soldados, azotada con látigos y, al fin, decapitada. Sus supuestas "actas", escritas en griego varios siglos después de su muerte, son poco dignas de confianza, aunque posiblemente contengan un fondo de verdad. La cabeza y el cuerpo de la pequeña mártir fueron arrojados a unos campos, lejos de la ciudad, y entonces apareció un ángel que volvió a reunirlos y devolvió la vida a Aquilina quien regresó a la ciudad y, al día siguiente, se presentó ante el juez Volusiano. Este, al ver viva a su víctima, se quedó paralizado y mundo de asombro, pero en cuanto se repuso de la sorpresa, mandó que metieran en prisión a la niña y volviesen a decapitarla. Sin embargo, al otro día, cuando los soldados entraron a la celda para cumplir con la sentencia, encontraron a Aquilina muerta. El juez insistió en que se llevase a cabo la ejecución y, cuando cortaron la cabeza al cadáver, de la herida salió leche en vez de sangre.

La *pasión*, en griego, se halla impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. III.

SAN TRIFILO, Obispo de Nicosia (*c.* 370 p.c.)

Durante el siglo cuarto, la iglesia de Chipre tuvo entre sus jerarcas a dos hombres muy notables: San Espiridón y San Trifilo. (Spiridion y Triphillius, como se escriben sus nombres en el Martirologio Romano). El primero había sido un pastor de ovejas, en tanto que Trifilo, destinado por su familia a la profesión legal, había recibido una excelente educación en Beirut, en Siria. Era todavía muy joven cuando cambió de idea y se unió a San Espiridón, un hombre mucho mayor que él, como su discípulo y constante compañero. Juntos asistieron al Concilio de Sárdica, en 347, donde combatieron con ardor la herejía arriana. Se ignora en qué fecha se convirtió Trifilo en obispo de Leucosia (Nicosia). Aparte de haber sido un hombre muy instruido, fue un elocuente predicador y, al parecer, también escribió mucho. San Jerónimo, al referirse a sus facultades de orador y escritor, le describe como "el más elocuente de su época y el más celebrado durante el reinado de Constancio". El mismo autor se refirió en otra parte a "Trifilo el de Creta, que de tal manera llenó sus escritos con las doctrinas y máximas de los filósofos, que no se sabe si admirar más su erudición secular o sus conocimentos de las Escrituras". A veces, el buen obispo se adentraba por los terrenos de la poesía y así registró los milagros de su maestro, San Espiridón, en versos yámbicos. Se cree que su muerte ocurrió en el año 370. La iglesia hodigitria de Nicosia, venera todavía sus reliquias.

Véase el *Acta Sanctorum*, junio, vol. III, donde se imprimió un texto bastante extenso tomado de un antiguo MS. del *Synaxario* de Constantinopla. Es conveniente comparar, sin embargo, la edición de Delehaye de este *Synaxario*, p. 173. En la revista chipriota *Apostolos Barnabas* (1934, pp. 181-188), aparece una "akolouthia" en honor del santo.

SAN FANDILAS, Mártir (c. 852 p.c.)

San Fándilas nació en Cádiz, España, al principio del siglo IX, en tiempos de la ocupación musulmana. Después de haber hecho sus estudios en Córdoba, buscó seguir la vida religiosa y entró al monasterio de Tabán. Como se señaló

por la santidad de su vida y dio ejemplo de las más altas virtudes, los religiosos del monasterio vecino de San Salvador solicitaron sus servicios como sacerdote. A pesar de su enérgica resistencia, fue elevado a la dignidad sacerdotal y prosiguió con mayor fervor sus penitencias, sus vigilias y sus oraciones; se aplicó a la humildad y a la práctica de todas las virtudes.

Abrasado por un celo ardiente para defender la fe, se presentó un día ante el juez y le predicó, elocuentemente, la doctrina del Evangelio. Expuso la perversidad de Mahoma y declaró que todos aquellos que se adhieren a su religión corrompida, serán castigados con suplicios eternos. El juez lo hizo arrestar inmediatamente y dio cuenta del incidente al rey. Este mostró una exagerada indignación, dio rienda suelta a una cólera desmesurada, ordenó el arresto del obispo, la matanza de cristianos y la venta de las mujeres en subasta pública. Felizmente, los gobernadores, estimando que no había proporción ninguna entre esta sentencia y la causa que la había motivado, se abstuvieron de ejecutarla. Sólo Fándilas fue arrestado y llevado a la muerte. Le cortaron la cabeza, y su cuerpo fue colgado de una horca al borde del Guadalquivir. Esto pasó hacia el año 852.

La vida de este santo nos fue conservada por San Eulogio, sacerdote de Córdoba, quien también fue martirizado, el 11 de marzo de 859, en su *Memorial de Santos*, vol. III, c. VII; P. L. CXV, col 804-805.

BEATO GERARDO DE CLAIRVAUX (1138 P.C.)

EL HERMANO menor y el favorito de San Bernardo, el joven Gerardo, no formaba parte del grupo de muchachos, parientes y amigos, que acompañaron al primero a Cîteaux y recibieron el hábito junto con él. Por aquel entonces Gerardo estaba demasiado preocupado en ver la mejor manera de realizar sus proyectos de entrar en el ejército, para prestar atención a las exhortaciones de Bernardo. Sin embargo, poco tiempo después, cuando el joven soldado fue gravemente herido durante el sitio a Grancy y luego pasó largo tiempo en la prisión, reflexionó en cosas más serias, reconoció en su fuero interno la vanidad de la gloria de este mundo y, al quedar libre, fue en busca de su santo hermano y se puso a sus órdenes. Al tomar los hábitos, se convirtió en la mano derecha de San Bernardo, a quien acompañó a Clairvaux. En su cargo de celador, no se limitó a cumplir con eficacia los trabajos domésticos de la abadía, sino que adquirió una extraordinaria habilidad técnica en los diversos oficios y, tanto los albañiles como los herreros, labradores, zapateros y tejedores, recurrían a él para recibir instrucciones y dirección. Semejantes actividades exteriores no intervenían para nada en su vida espiritual; Gerardo era un modelo de obediencia y de fervor religioso. Cierta vez, en 1137, cuando iba camino de Roma con San Bernardo, cayó gravemente enfermo en Viterbo; su estado se hizo crítico y todos pensaban que iba a morir; pero San Bernardo se puso en oración y pidió que su hermano recuperase la salud, por lo menos para ir a morir a casa, y la petición fue concedida. Gerardo quedó sano temporalmente y, al año siguiente, volvió a enfermar. Poco antes de morir, exclamó con voz fuerte y una sonrisa feliz en los labios: "¡Oh, cuán bueno es que Dios sea el Padre de los hombres y cuánta gloria tienen los hombres en ser hijos de Dios!" En un sermón que aún se conserva, San Bernardo rindió un tributo elocuente y conmovedor a la memoria de su hermano Gerardo.

Los bolandistas extrajeron los mejores pasajes del *Magnum Exordium*, para imprimirlos en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. III.

14: SAN BASILIO EL GRANDE, ARZOBISPO DE CESAREA, DOCTOR DE LA IGLESIA Y PATRIARCA DE LOS MONJES DE ORIENTE (379 P.C.)

BASILIO nació en Cesarea, la capital de Capadocia, en el Asia Menor, a mediados del año 329. Por parte de padre y de madre, descendía de familias cristianas que habían sufrido persecuciones y, entre sus nueve hermanos, figuraron San Gregorio de Nissa, Santa Macrina la Joven y San Pedro de Sebaste. Su padre, San Basilio el Viejo, y su madre, Santa Emelia, poseían vastos terrenos y Basilio pasó su infancia en la casa de campo de su abuela, Santa Macrina, cuyo ejemplo y cuyas enseñanzas nunca olvidó. Inició su educación en Constantinopla y la completó en Atenas. Allá tuvo como compañeros de estudio a San Gregorio Nazianceno, que se convirtió en su amigo inseparable y a Juliano, que más tarde sería el emperador apóstata. Basilio y Gregorio, los dos jóvenes capadocios, se asociaron con los más selectos talentos contemporáneos y, como lo dice éste último en sus escritos, "sólo conocíamos dos calles en la ciudad: la que conducía a la iglesia y la que nos llevaba a las escuelas". Tan pronto como Basilio aprendió todo lo que sus maestros podían enseñarle, regresó a Cesarea. Ahí pasó algunos años en la enseñanza de la retórica y, cuando se hallaba en los umbrales de una brillantísima carrera, se sintió impulsado a abandonar el mundo, por consejos de su hermana mayor, Macrina. Esta, luego de haber colaborado activamente en la educación y establecimiento de sus hermanas y hermanos más pequeños, se había retirado con su madre, ya viuda, y otras mujeres, a una de las casas de la familia, en Annesi, sobre el río Iris, para llevar una vida comunitaria.

Fue por entonces, al parecer, que Basilio recibió el bautismo y, desde aquel momento, tomó la determinación de servir a Dios dentro de la pobreza evangélica. Comenzó por visitar los principales monasterios de Egipto, Palestina, Siria y Mesopotamia, con el propósito de observar y estudiar la vida religiosa. Al regreso de su extensa gira, se estableció en un paraje agreste y muy hermoso en la región del Ponto, separado de Annesi por el río Iris, y en aquel retiro solitario se entregó a la plegaria y al estudio. Con los discípulos, que no tardaron en agruparse en torno suyo, entre los cuales figuraba su hermano Pedro, formó el primer monasterio que hubo en el Asia Menor, organizó la existencia de los religiosos y enunció los principios que se conservaron a través de los siglos y hasta el presente gobiernan la vida de los monjes en la Iglesia de oriente. San Basilio practicó la vida monástica propiamente dicha durante cinco años solamente, pero en la historia del monaquismo cristiano tiene tanta importancia como el propio San Benito.*

Por aquella época, la herejía arriana estaba en su apogeo y los emperado-

*Las "*nuevas ideas*" de San Basilio fueron brillantemente expuestas por C. Butler en *Cambridge Medieval Hist.*, vol. I, pp. 528-529.

res herejes perseguían a los ortodoxos. En el año 363, se convenció a Basilio para que se ordenase diácono y sacerdote en Cesarea; pero inmediatamente, el arzobispo Eusebio tuvo celos de la influencia del santo y éste, para no crear discordias, volvió a retirarse calladamente al Ponto para ayudar en la fundación y dirección de nuevos monasterios. Sin embargo, Cesarea lo necesitaba y lo reclamó. Dos años más tarde, San Gregorio Nazianceno, en nombre de la ortodoxia, sacó a Basilio de su retiro para que le ayudase en la defensa de la fe del clero y de las Iglesias. Se llevó a cabo una reconciliación entre Eusebio y Basilio; éste se quedó en Cesarea como el primer auxiliar del arzobispo; en realidad, era él quien gobernaba la Iglesia, pero empleaba su gran tacto para que se diera crédito a Eusebio por todo lo que él realizaba. Durante una época de sequía a la que siguió otra de hambre, Basilio echó mano de todos los bienes que le había heredado su madre, los vendió y distribuyó el producto entre los más necesitados; mas no se detuvo ahí su caridad, puesto que también organizó un vasto sistema de ayuda, que comprendía a las cocinas ambulantes que él mismo, resguardado con un delantal de manta y cucharón en ristre, conducía por las calles de los barrios más apartados para distribuir alimentos a los pobres. El año de 370 murió Eusebio y, a pesar de la oposición que se puso de manifiesto en algunos poderosos círculos, Basilio fue elegido para ocupar la sede arzobispal vacante. El 14 de junio tomó posesión, para gran contento de San Atanasio y una contrariedad igualmente grande para Valente, el emperador arriano. Por cierto que el puesto era muy importante y, en el caso de Basilio, muy difícil y erizado de peligros, porque al mismo tiempo que obispo de Cesarea, era exarca del Ponto y metropolitano de cincuenta sufragáneos, muchos de los cuales se habían opuesto a su elección y mantuvieron su hostilidad, hasta que Basilio, a fuerza de paciencia y caridad, se conquistó su confianza y su apoyo.

Antes de cumplirse doce meses del nombramiento de Basilio, el emperador Valente llegó a Cesarea, tras de haber desarrollado en Bitinia y Galacia una implacable campaña de persecuciones. Por delante suyo envió al prefecto Modesto, con la misión de convencer a Basilio para que se sometiera o, por lo menos, accediera a tratar algún compromiso. Sin embargo, ni las propuestas de Modesto, ni la amenazante intervención personal del emperador, lograron que el obispo accediese a callar sus objeciones contra el arrianismo o tolerar la admisión de los arrianos en la comunión. Promesas y amenazas fueron inútiles. "Nada menos que la violencia podrá doblegar a un hombre semejante", según las propias palabras con que Modesto informó a su señor; pero éste no quería, tal vez por temor, recurrir a la violencia. El emperador Valente se decidió en favor del exilio y se dispuso a firmar el edicto; pero en tres ocasiones sucesivas, la pluma de caña con que iba a hacerlo, se partió en el momento de comenzar a escribir. Como el emperador era un hombre de carácter débil, quedó sobrecogido de temor ante aquella extraordinaria manifestación, confesó que, muy a su pesar, le admiraba la firme determinación de Basilio y, a fin de cuentas, resolvió que, en lo sucesivo, no volvería a intervenir en los asuntos eclesiásticos de Cesarea. Pero apenas terminada esta desavenencia, el santo quedó envuelto en una nueva lucha, provocada por la división de Capadocia en dos provincias civiles y la consecuente reclamación de Antino, obispo de Tiana, para ocupar la sede metropolitana de la Nueva Capadocia. La disputa resultó desafortunada para San Basilio, no tanto por haberse visto obligado a ceder en la división

de su arquidiócesis, como por haberse malquistado con su amigo San Gregorio Nazianceno, a quien Basilio insistía en consagrar obispo de Sasima, un miserable caserío que se hallaba situado sobre terrenos en disputa entre las dos Capadocias. Mientras el santo defendía así a la Iglesia de Cesarea de los ataques contra su fe y su jurisdicción, no dejaba de mostrar su celo acostumbrado en el cumplimiento de sus deberes pastorales. Hasta en los días ordinarios predicaba, por la mañana y por la tarde, a asambleas tan numerosas, que él mismo las comparaba con el mar. Sus fieles adquirieron la costumbre de comulgar todos los domingos, miércoles, viernes y sábados. Entre las prácticas que Basilio había observado en sus viajes y que más tarde implantó en su sede, figuraban las reuniones en la iglesia antes del amanecer, para cantar los salmos. Para beneficio de los enfermos pobres, estableció un hospital fuera de los muros de Cesarea, tan grande y bien acondicionado, que San Gregorio Nazianceno lo describe como una ciudad nueva y con grandeza suficiente para ser reconocido como una de las maravillas del mundo. A ese centro de beneficencia llegó a conocérsele con el nombre de Basiliada, y sostuvo su fama durante mucho tiempo después de la muerte de su fundador. A pesar de sus enfermedades crónicas, con frecuencia realizaba visitas a lugares apartados de su residencia episcopal, hasta en remotos sectores de las montañas y, gracias a la constante vigilancia que ejercía sobre su clero y su insistencia en rechazar la ordenación de los candidatos que no fuesen enteramente dignos, hizo de su arquidiócesis un modelo del orden y la disciplina eclesiásticos.

No tuvo tanto éxito en los esfuerzos que realizó en favor de las iglesias que se encontraban fuera de su provincia. La muerte de San Atanasio dejó a Basilio como único paladín de la ortodoxia en el oriente, y éste luchó con ejemplar tenacidad para merecer ese título por medio de constantes esfuerzos para fortalecer y unificar a todos los católicos que, sofocados por la tiranía arriana y descompuestos por los cismas y las disensiones entre sí, parecían estar a punto de extinguirse. Pero las propuestas del santo fueron mal recibidas, y a sus desinteresados esfuerzos se respondió con malos entendimientos, malas interpretaciones y hasta acusaciones de ambición y de herejía. Incluso los llamados que hicieron él y sus amigos al Papa San Dámaso y a los obispos occidentales para que interviniesen en los asuntos del oriente y allanasen las dificultades, tropezaron con una casi absoluta indiferencia, debido, según parece, a que ya corrían en Roma las calumnias respecto a su buena fe. "¡Sin duda a causa de mis pecados, escribía San Basilio con un profundo desaliento, parece que estoy condenado al fracaso en todo cuanto emprendo!"

Sin embargo, el alivio no había de tardar, desde un sector absolutamente inesperado. El 9 de agosto de 378, el emperador Valente recibió heridas mortales en la batalla de Adrianópolis y, con el ascenso al trono de su sobrino Graciano, se puso fin al ascendiente del arrianismo en el oriente. Cuando las noticias de estos cambios llegaron a oídos de San Basilio, éste se encontraba en su lecho de muerte, pero de todas maneras le proporcionaron un gran consuelo en sus últimos momentos. Murió el 1o. de enero de 379, a la edad de cuarenta y nueve años, agotado por la austeridad en que había vivido, el trabajo incansable y una penosa enfermedad. Toda Cesarea quedó enlutada y sus habitantes lo lloraron como a un padre y a un protector; los paganos, judíos y cristianos se unieron en el duelo. Setenta y dos años después de su muerte, el Concilio de Calcedonia le rindió homenaje con estas palabras: "El gran

Basilio, el ministro de la gracia quien expuso la verdad al mundo entero". Indudablemente que fue uno de los más elocuentes oradores entre los mejores que la Iglesia haya tenido; sus escritos le han colocado en lugar de privilegio entre sus doctores. En la Iglesia de oriente la fiesta principal de San Basilio se celebra el 1o. de enero.

Muchos de los detalles relevantes en la vida de San Basilio se encuentran en sus cartas, de las cuales se conserva una extensa colección. En una de ellas nos cuenta que él pedía un cumplimiento estricto de la disciplina, lo mismo entre clérigos que entre laicos, y que cierto diácono, que no era malo, pero sí rebelde y un poco alocado y que solía presentarse en medio de un grupo de muchachas que cantaban himnos y bailaban, tuvo que vérselas con él; con igual determinación combatió la simonía en los puestos eclesiásticos y la admisión de personas indignas entre el clero; luchó contra la rapacidad y la opresión de los funcionarios y llegó a excomulgar a todos los complicados en la "trata de blancas", una actividad muy difundida en Capadocia. Podía reconvenir con temible severidad, pero prefería las maneras suaves y gentiles; como un ejemplo, están sus cartas a una muchacha descarriada y a un clérigo colocado en un puesto de gran responsabilidad, que se estaba mezclando en política; muchos ladrones que sólo aguardaban ser entregados a los jueces para sufrir un castigo terrible, fueron amparados por el santo y devueltos a sus casas en completa libertad, pero con una imborrable amonestación sobre sus conciencias. Pero tampoco se quedaba callado Basilio cuando eran los acaudalados y poderosos quienes quebrantaban sus deberes. "¡Os negáis a dar con el pretexto de que no tenéis lo suficiente para vuestras necesidades!", exclamó en uno de sus sermones. "Pero en tanto que vuestra lengua os excusa, vuestra mano os acusa: ¡ese anillo que resplandece en vuestro dedo os denuncia como mentiroso! ¡Cuántos deudores podrían ser rescatados de la prisión con uno de esos anillos! ¡Cuántas pobres gentes ateridas por el frío se cubrirían con uno solo de vuestros guardarropas! ¡Y sin embargo, vosotros dejáis ir a los pobres de vuestras puertas, con las manos vacías!" No era únicamente a los ricos a quienes imponía la obligación de dar. "¿Dices que tú eres pobre? Bien; pero siempre habrá otros más pobres que tú. Si tienes lo bastante para mantenerte vivo diez días, aquel hombre no tiene suficiente para vivir uno . . . No tengáis temor de dar lo poco que tengáis. No coloquéis nunca vuestros propios intereses antes que la necesidad común. Dad vuestro último mendrugo de pan al mendigo que os lo pide y confiad en la misericordia de Dios".

En cierto sentido, el material informativo para la vida de San Basilio el Grande es muy abundante. Su correspondencia, las cartas de San Gregorio Nazianceno y otros contemporáneos, las crónicas de historiadores como Sócrates, Sozomeno y otros posteriores, las oraciones fúnebres de los dos Gregorios, los panegíricos de San Efrén, de Anfiloquio, etc., sumados a los escritos teológicos y ascéticos del propio San Basilio, son múltiples datos que iluminan su historia. En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. III, los bolandistas le dedican un artículo de más de 100 páginas y aun imprimen la biografía apócrifa que se le atribuye, erróneamente a San Anfiloquio. Hay una traducción inglesa de las cartas de San Basilio, hecha por R. J. Deferrari, en la *Loeb Classical Library*, 3 vols. (1926-1930); desgraciadamente, no tuvieron ahí la debida atención las cuestiones críticas de autenticidad y de fechas. Sobre las enseñanzas ascéticas de San Basilio y sobre su llamada "Regla", se encontrarán informaciones en *La Doctrine ascétique de S. Basile* (1932), en *S. Basil and Monasticism*, de M. G. Murphy (1930) y sobre todo en *Die Beiden Regeln des Basilius* que escribió F. Laun, en *Zeistchrift f. Kirchengeschichte*, vol. XLIV (1933), pp. 1-61. Véase a W. L. Clarke, en *S. Basil the Great* (1913) y *Ascetic Writings* (1925), así como *L'ascése monastique de*

S. Basile (1949). Hay un buen artículo de G. Bardy en DGH., vol. VI (1931) y otro de Berdenhewer, titulado, *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. III y en DCB, vol. I, además de un estudio de M. Bessières, *La Correspondence de S. Basile* (1923), que completa los artículos publicados por el mismo autor en el *Journal of Theological Studies* (1920-1922). Hay un breve estudio del P. Allard (serie de *Les Saints*), así como los esbozos del Dr. A. Fortescue en *The Greek Fathers* (1908) y el *Eastern Saints* de D. Attwater.

SANTOS VALERIO Y RUFINO, MÁRTIRES (*c.* 287 P.C.)

CASI TODOS los martirologios que existen en el occidente, hacen mención de los santos Valerio y Rufino, martirizados en Soissons o en sus proximidades, a fines del siglo tercero. De acuerdo con algunos de los relatos, eran dos misioneros que formaban parte del grupo enviado desde Roma para evangelizar aquella región de las Galias. Pero otras narraciones afirman que fueron dos muchachos galo-romanos que desempeñaban el cargo de guardianes en los graneros de alguno de los puestos del imperio a lo largo del río Vesle. De cualquier manera, lo que interesa es que Valerio y Rufino eran cristianos y practicaban su religión abiertamente. Al desatarse la persecución de Diocleciano, los dos jóvenes, al tanto de que eran hombres marcados para un destino fatal, huyeron a esconderse en una cueva de alguno de los bosques vecinos. Ahí se les descubrió y fueron aprehendidos. Después de haber confesado sus creencias, fueron brutalmente azotados y sometidos a diversas torturas que soportaron con entereza; al fin, se les condenó a morir degollados. En el sitio donde fueron sepultados se erigió una iglesia y, con el tiempo, surgió ahí la ciudad francesa de Bazoches.

Los dos breves textos de la supuesta *pasión* de estos santos están impresos en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. III, pero hay otro, mucho más extenso, escrito por Pascasio Radbertus. El hecho de que los dos nombres figuren en este día en el *Hieronymianum*, nos permite suponer que, desde tiempos antiguos, se veneró a los dos mártires, pero eso es todo lo que se puede saber sobre ellos, en concreto.

SAN METODIO, PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA (847 P.C.)

LOS GRIEGOS profesan una gran veneración a San Metodio, patriarca de Constantinopla, debido a la importancia del papel que desempeñó en la lucha contra los iconoclastas y su derrota final, así como por la heroica resistencia con que soportó las persecuciones y, en consecuencia, le honran con los títulos de "el Confesor" y "el Grande".

Metodio era natural de Sicilia y, en Siracusa, su ciudad natal, recibió una excelente educación. Se trasladó a Constantinopla con el objeto de conseguir un puesto en la corte, pero ahí conoció a un monje que llegó a tomarle gran afecto y, por consejo de éste, decidió abandonar el mundo por la vida religiosa. Construyó un monasterio en la isla de Kios, pero apenas comenzaba a formar su comunidad, cuando fue llamado a Constantinopla por el patriarca Nicéforo. En 815, durante la segunda etapa de la persecución iconoclasta, bajo el reinado de Leo el Armenio, adoptó una actitud firme y valiente en favor de la veneración a las imágenes sagradas. Inmediatamente después de la deposición y el exilio de San Nicéforo, partió Metodio a Roma, probablemente con el encargo de informar al Papa, San Pascual I, sobre la situación y ahí se quedó hasta la muerte del rey León V de Constantinopla. Se alentaban grandes es-

peranzas de que el sucesor, Miguel el Tartamudo, favoreciese a los cristianos y, en 821, San Metodio regresó a Constantinopla con una carta del Papa San Pascual al emperador, en la que pedía la reinstalación de San Nicéforo. Pero tan pronto como Miguel el Tartamudo leyó la misiva, montó en cólera; acusó a Metodio de agitador profesional que buscaba crear la sedición, y mandó que fuese desterrado, luego de recibir una tunda de azotes.

Se afirma que, en vez de desterrarlo, se le encerró durante siete años en una especie de tumba o mausoleo junto con dos ladrones; uno de estos murió pronto, pero el santo y su compañero de infortunio fueron abandonados en su estrecha prisión hasta cumplir la condena. En este punto debemos aclarar que hay pruebas contradictorias sobre el lugar en que fue hecho prisionero San Metodio y la naturaleza del edificio que le sirvió de cárcel. El caso es que Metodio, al quedar en libertad, era un esqueleto en el que apenas quedaba un soplo de vida; sin embargo, conservaba entero su espíritu y, en poco tiempo se restableció. Entonces se inició una nueva persecución, propiciada por el emperador Teófilo, y Metodio fue llevado a su presencia. Ahí se le echaron en cara sus pasadas actividades subversivas y se le acusó de haber incitado al Papa a escribir la famosa carta. El santo repuso con firmeza que todo era falso y aprovechó la ocasión para manifestar su punto de vista sobre el culto a las imágenes, con estas palabras: "Si una imagen tiene tan poco valor a vuestros ojos, ¿por qué cuando renegáis de las imágenes de Cristo no condenáis también la veneración que se rinde a vuestras propias representaciones? ¡Lejos de renegar de vuestras imágenes, las multiplicáis continuamente!"

La muerte del emperador, en 842, hizo que ascendiera al trono su viuda, Teodora, como regente de su pequeño hijo Miguel III; la emperatriz se declaró favorecedora y protectora de las imágenes. Cesaron las persecuciones, los clérigos desterrados volvieron del exilio y, en un lapso de treinta días, las sagradas imágenes quedaron reinstaladas en las iglesias de Constantinopla, entre el regocijo general. Juan el Gramático, un iconoclasta, fue depuesto del patriarcado, y se instaló a San Metodio en su lugar.

Entre los principales acontecimientos que señalaron el patriarcado de San Metodio, figura la realización de un sínodo en Constantinopla para confirmar los decretos promulgados en el Concilio de Nicea sobre los iconos; la institución de una ceremonia religiosa, llamada la fiesta de la ortodoxia, que todavía se celebra en el primer domingo de Cuaresma; y el traslado de los restos de su antecesor, San Nicéforo, a Constantinopla. Por otra parte, aquel período de reconciliación quedó empañado por una acre disputa con los monjes estuditas, que antes habían sido los partidarios más ardientes de San Metodio. Al parecer, una de las causas de la desavenencia fue la condenación de ciertos escritos de San Teodoro el Estudita, por parte del patriarca. Tras de haber ocupado el puesto durante cuatro años, San Metodio murió de hidropesía, el 14 de junio de 847. En vida fue un prolífico escritor, pero de las muchas obras poéticas, teológicas y de controversia que se le atribuyen, sólo quedan algunos fragmentos que tal vez no sean auténticos. Sin embargo, en tiempos modernos y gracias a ciertas pruebas manuscritas recientemente descubiertas, las autoridades en la materia se inclinan a creer que realmente fue San Metodio el autor de algunos escritos hagiográficos que aun se conservan, especialmente "La Vida de San Teófanes".

Las fuentes de información para la historia de San Metodio son muy considerables. Para empezar, tenemos una biografía anónima, escrita en griego, que se encuentra en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. III. En unos tres o cuatro documentos biográficos hay abundancia de datos sobre distintas etapas de su carrera: un estudio de San Miguel Syncello, publicado por el Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla en 1906; las *Actas* de los santos David y compañeros, en la *Analecta Bollandiana*, vol. XVIII (1899), pp. 211-259; dos extensos escritos de San Juanico, impresos en el *Acta Sanctorum*, noviembre, vol. II. También hay otros materiales que pertenecen más bien a la historia secular, sobre todo la continuación de Teófanes. El artículo sobre San Metodio de V. Laurent, en DTC., vol. X (1928), cc. 1597-1606, contiene una bibliografía notablemente precisa y clara. Ahí se llama la atención sobre los artículos publicados por el P. Pargoire en los *Echos d'Oriente*, vol. VI (1902); véase también ahí, en pp. 385-401 (1935), las observaciones de Fr. Grumel. Conviene consultar a Dobschütz, en *Methodius und die Studiten*, del *Byzantinische Zeitschrift*, 1909, pp. 41-105 y el *Regestes des Patriarches de Constantinople*, 1935, fascículo 2.

SANTOS ANASTASIO, FELIX Y DIGNA, MÁRTIRES (*c.* 852 P.C.)

SAN ANASTASIO era un sacerdote de Córdoba, hombre venerable que había sido elevado al sacerdocio después de largos años pasados en el estado monástico. Al día siguiente del martirio de San Fándilas (ver el 13 de junio), se presentó ante los cónsules de la ciudad y atacó también él, en términos vehementes, a los enemigos de la fe. Inmediatamente le cortaron la cabeza. Al mismo tiempo ejecutaron a un monje llamado Félix, originario de Getulia, en Africa, que había venido por azar a España; allí se había convertido y abrazado el estado monástico. Ambos cuerpos, decapitados, se exhibieron junto al río, como el de San Fándilas.

En la tarde de ese mismo día, martirizaron igualmente a una joven religiosa, llamada Digna. Esta que, a causa de su profunda humildad, se consideraba la última de todas sus hermanas, decía con frecuencia de la manera más emocionante: "No me llaméis Digna, sino Indigna, porque mi nombre debe expresar lo que soy". Durante un sueño vio a Santa Agata deslumbrante de belleza y con lirios y rosas en sus manos. La santa mártir le dio una rosa roja, exhortándola a combatir valerosamente por Cristo. Desde entonces, Digna sintió un vivo deseo de martirio y, cuando los rumores de la ejecución de Anastasio y de Félix llegaron hasta ella, comprendió que su hora había llegado. Salió secretamente del monasterio y se presentó ante el juez para reprocharle abiertamente los asesinatos que acababa de cometer con hombres sin más culpa que la de adorar al verdadero Dios y de confesar a la Trinidad Santísima.

A su vez, Digna fue decapitada y colgada, como los mártires que le precedieron. La Iglesia ha reunido a estos tres mártires el día 14 de junio para rendirles culto.

Estas historias nos han sido conservadas, como la de San Fándilas, por el sacerdote Eulogio de Córdoba, *Memorial de Santos*, vol. III, c. VIII. P. L. vol. CXV, col. 805-806.

BEATA CASTORA GABRIELLI, VIUDA (1391 P.C.)

CASTORA, descendiente de una de las principales familias de Gubbio, en Umbría, era una jovencita muy hermosa, devota e inclinada a la vida de retiro y soledad. Para obedecer a sus padres, se casó con un hombre de su clase, un doctor en leyes que vivía en la población de Sant'Angelo, en la región de

Vado. El abogado resultó ser un hombre quisquilloso y de carácter violento, que hizo sufrir mucho a su mujer la que, sin embargo, soportó las pruebas con inquebrantable paciencia. Todos los momentos que podía robar a sus obligaciones domésticas, los pasaba en la oración, casi siempre en la iglesita local de San Francisco, santo éste por el que tenía gran veneración. Gracias a sus enseñanzas y su ejemplo, su único hijo, llamado Odo, fue un hombre muy recto y de intachables costumbres. Después de la muerte de su marido, la Beata Castora ingresó a las terciarias franciscanas, vendió sus propiedades y distribuyó el producto entre los pobres. Desde entonces pasó el resto de su vida en la plegaria y las mortificaciones.

Hay un breve relato sobre esta sierva de Dios en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. III y está tomado, en gran parte, del libro de Jacobilli, *Sancti Umbriae*. Véase también el *Heiligen Lexikon* de Stadler. No parece haber pruebas de que el culto a Castora Gabrielli haya recibido la sanción pontificia. Su fiesta no se conmemora entre los franciscanos.

15 : SANTOS VITO, MODESTO y CRESCENCIA, MÁRTIRES (*c.* 300 P.C.)

EL CULTO a estos tres santos se remonta a tiempos muy antiguos; sus nombres aparecen en el llamado martirologio de San Jerónimo, o *Hieronymianum*, y puede darse por cierto que eran tres cristianos que dieron su vida por la fe en la provincia romana de Lucania, en el sur de Italia. Nada se sabe, en realidad, sobre su historia o las circunstancias de su martirio; incluso la fecha de su muerte es muy incierta. Posiblemente, como lo afirma la tradición, eran naturales de Sicilia, pero sus leyendas son fabulosas recopilaciones que datan de tiempos muy posteriores. En 775, se llevaron a París las supuestas reliquias de San Vito, y de ahí se trasladaron a Corvey, en Sajonia, en 836. Desde entonces se extendió tanto la veneración por este santo en Alemania, que se incluyó su nombre entre los Catorce Santos Protectores y se le consideró como patrono especial de los epilépticos y de los afectados por esa enfermedad nerviosa que se conoce con el nombre de "Baile de San Vito"; tal vez por eso se le tiene también por protector de los bailarines y actores. Asimismo, se le invocaba contra el peligro de las tormentas, contra el exceso de sueño, las mordeduras de perros rabiosos y de serpientes y contra todos los daños que las bestias puedan hacer a los hombres. En consecuencia, a menudo se le representa acompañado de alguna fiera.

La historia que refieren las leyendas populares puede resumirse como sigue: Vito era el hijo único de un senador siciliano, llamado Hylas. Entre la edad de siete y doce años, fue convertido al cristianismo y se le bautizó sin el consentimiento de sus padres. Las numerosas conversiones que consiguió y los espectaculares milagros que realizó llamaron la atención de Valeriano, gobernador de Sicilia, quien se confabuló con Hylas para obligar al muchacho a que renunciara a su fe. Pero ni los halagos, ni las amenazas, ni aun los sufrimientos físicos, doblegaron la constancia de Vito. A impulsos de una inspiración divina, escapó de su casa y de Sicilia, junto con su tutor Modesto y su sierva Crescencia. Un ángel llevó con bien la frágil embarcación en que huyeron hasta las costas de Lucania; ahí permanecieron durante algún tiempo,

ocupados en predicar el Evangelio a las gentes del lugar y sostenidos por el alimento que, a diario, les traía un águila. Después caminaron hasta Roma, donde San Vito curó al hijo del emperador Diocleciano, al lanzar fuera, en nombre de Cristo, los malignos espíritus que le poseían; pero en vista de que Vito y sus compañeros se negaron rotundamente a ofrecer sacrificios a los dioses, las gentes atribuyeron sus poderes sobrenaturales a la magia, a pesar de las protestas de los cristianos, quienes aseguraban que les venían del único Dios verdadero. A pedido de la muchedumbre, Vito fue sumergido en un caldero con plomo derretido, alquitrán y resinas, del que salió tan ileso como si hubiese tomado un baño de agua fresca. Entonces metieron al joven a la jaula de un león hambriento que no hizo más que lamerle mansamente los pies. Decididos a terminar con Vito, los verdugos le ataron al potro de hierro, lo mismo que a Modesto y Crescencia; tiraron de sus miembros hasta descoyuntarlos y se disponían a darles muerte con la espada, cuando se desencadenó una tempestad furiosa que destruyó muchos templos de ídolos y acabó con la vida de multitud de paganos. En medio de la tormenta bajó del cielo un ángel que cortó las ligaduras que ataban a los tres mártires al potro. El mismo espíritu celestial los sacó de Roma y los condujo a Lucania, donde murieron los tres tranquilamente, agotados por sus sufrimientos.

Los varios textos del *acta* de San Vito y compañeros, se hallan debidamente registrados en BHL., junto con los relatos sobre las traslaciones de sus reliquias (nos. 8711-8723). Los más importantes de esos documentos se encuentran impresos en *Acta Sanctorum*, junio, vol. III. También existe una versión en griego sobre la historia y, de ella se extrajeron las notas que figuran en los sinaxarios. Véase la edición de Delehaye del *Constantinopolitanum*, c. 751. Todos estos documentos indican que, al principio, se veneró sólo a San Vito y que los nombres de Modesto y Crescencia se unieron al suyo, después de que algún escritor fabricó la historia que ahora conocemos. Mucho se ha escrito sobre el culto a estos mártires. Véase, por ejemplo, a Lanzoni, en *Le Diocesi d'Italia*, pp. 320-322 y a Huelsen, en *La Chiesa di Roma nel medio evo*, pp. 499-500. En Corvey sobre todo, debido a la presencia de las supuestas reliquias, se le dedicó mucho interés a San Vito, como puede verse, por ejemplo, en *Abhandlungen über Corveyer Geschichtsschreibung* (1906), pp. 49-100 y en *Die Reichsobtei Corvey* (1928). En Sicilia, las gentes acuden todavía a la pequeña iglesia de Regalbuto, a rogar a San Vito que devuelva la cordura a los locos, como lo cuenta en un folleto Mons. Salvatore, bajo el título de *Breve Storia di S. Vito*, publicado en 1934.

SAN HESIQUIO, MÁRTIR (¿302? P.C.)

TODO LO que sabemos sobre San Hesiquio proviene de las "Actas" —consideradas auténticas— de San Julio, un mártir de Durostorum, en Moesia (la actual Silistria, en Bulgaria), alrededor del año 302. Cuando San Julio era conducido al lugar de su ejecución, Hesiquio se le acercó para decirle: "Ruego a Dios, Julio, que llegues a cumplir felizmente tu sacrificio, que recibas tu corona y que pueda yo seguirte pronto. ¡Lleva mis cariñosos saludos a Pasicrates y a Valencio!". (Estos eran otros dos cristianos, amigos suyos, que habían sido martirizados muy poco tiempo antes).

Julio se apresuró a abrazar a Hesiquio, al tiempo que le respondía: "¡Apresúrate a venir, hermano! Nuestros amigos ya oyeron tu mensaje; yo puedo verlos de pie, a mi lado, como te veo a ti".

La ejecución de San Hesiquio tuvo lugar poco tiempo después del martirio de San Julio. Al primero se le honra como "mártir de Durostorum" en el

Hieronymianum, el 15 de junio, lo mismo que en el actual Martirologio Romano. El P. Delehaye lo identifica con el San Hesiquio que la Iglesia de oriente venera el 19 de mayo, junto con otros compañeros anónimos, todos los cuales fueron martirizados en Constantinopla. Es muy probable que los restos de San Hesiquio fueran llevados a Constantinopla, cuyos habitantes (lo mismo que los de otros lugares) tenían derecho a proclamar santo local a cualquier mártir, cuyos restos hubiesen sido trasladados a la ciudad.

Véase a Delehaye, *Les Origines du Culte des Martyrs,* pp. 248-249 y 285-286; asimismo puede consultarse su artículo, *Saints de Thrace et de Mésie,* en la *Analecta Bollandiana,* vol. XXXI (1912), pp. 161-300. Para San Julio, ver la fecha del 27 de mayo.

SAN TATIANO DULAS, MÁRTIR (¿310? P.C.)

ALREDEDOR DEL año 310, un prefecto de Silicia llamado Máximo presidió un tribunal en el promontorio de Zefirio. El primero de los prisioneros que compareció ante él era un cristiano muy bien conocido en la región, que había sido detenido por su fe. Al pedírsele que diera sus pormenores, dijo llamarse Tatiano, a pesar de que todos sus conocidos le llamaban Dulas y, por cierto que era un δοῦλος (*dulos,* siervo), un verdadero siervo de Cristo. Como se negase a adorar a los dioses, el magistrado ordenó que fuese apaleado hasta que entrara en razón. Mientras se le administraba el castigo, profería alabanzas en alta voz, por habérsele concedido el privilegio de confesar el santo nombre de Cristo. Posteriormente fue sometido a un riguroso interrogatorio durante el cual, mantuvo el santo un alto espíritu de dignidad y entereza y no tuvo escrúpulos en denunciar a los dioses paganos como trozos de madera y de piedra trabajados por las manos del hombre. "¿Te atreves a decir que el gran dios Apolo es una obra de las manos del hombre?", le preguntó el prefecto gravemente. Como respuesta, Dulas citó la fracasada persecución de Apolo a la bella Dafne y, con un marcado tono de ironía, preguntó cómo era posible que a un ser tan sensual y licencioso y además tan impotente, se le considerase como a un dios. Ante aquella salida, el juez, hondamente indignado, mandó que le azotaran en el vientre y le asaran luego en una parrilla. Pero ni aun aquellas horribles torturas doblegaron al confesor. Al otro día, cuando fue conducido de nuevo ante el tribunal, reanudó sus críticas a los dioses, y se castigó su osadía con el tormento de colocarle brasas sobre la cabeza y obligarle a sorber pimienta por la nariz. A pesar de que se negó a tocar los alimentos que habían sido previamente ofrecidos a los dioses, le metieron en la boca grandes porciones y le obligaron a tragar, de manera que casi se ahogaba. Inmediatamente después, se le colgó por los brazos y se desgarraron sus carnes con garfios de acero. Al otro día, Máximo debía regresar a Tarso y había dado órdenes para que todos los prisioneros cristianos, encadenados, fuesen llevados en la comitiva; pero Dulas, completamente agotado por sus sufrimientos, cayó muerto en cuanto la caravana se puso en marcha. Su cuerpo fue arrojado en una zanja y ahí lo descubrió poco después el perro de un pastor. Los cristianos rescataron las reliquias y les dieron honorable sepultura.

Este mártir parece ser el mismo "Dulas" ejecutado en Nicomedia un 25 de marzo y a quien mencionan todos los textos del *Hieronymianum.* Véase el comentario de Delehaye en p. 160. Sobre esta cuestión, contamos también con los testimonios, más dignos de confianza, del antiguo *Breviarium* sirio, de nuevo el 25 de marzo y con la mención de

Nicomedia como el lugar de su martirio. De aceptarse esta identificación, resulta claro que la *pasión* griega, impresa por los bolandistas en el siglo dieciocho, bajo la fecha del 15 de junio, en el *Acta Sanctorum* (junio, vol. III) y resumida en el artículo anterior, no es auténtica, como lo afirman sus editores, sino muy sospechosa. Sin embargo, no se ha podido comprobar la identidad del mártir de Nicomedia con Tatiano Dulas. Resulta significativo que el *Sinaxario* de Constantinopla (véase la edición de Delehaye, cc. 750-751) relata la misma historia, pero sólo habla de Dulas y omite el nombre de Tatiano.

SAN LANDELINO, ABAD (*c.* 686 P.C.)

SAN LANDELINO fue honrado durante varias generaciones como el fundador de las grandes abadías de Lobbes y de Crespin y otras dos menos conocidas. Pero es muy poco lo que sabemos sobre su vida. Nació alrededor del año 625 en Vaux, cerca de Baume, de padres francos, quienes confiaron la educación del pequeño a San Auberto, obispo de Cambrai. Pero al cumplir los dieciocho años, Landelino se emancipó de toda tutela, escapó de casa y se unió a malas compañías que le llevaron a cometer robos y otros delitos. La muerte repentina y trágica de uno de sus asociados, despertó en él la conciencia del peligro que corría su alma. Inmediatamente decidió volver al lado de San Auberto como un humilde penitente y, poco después, anunció su determinación de retirarse a Lobbes, un lugar donde había vivido con sus antiguos amigos, para purgar con la penitencia y la soledad sus pasadas culpas. Pero muy pronto se encontró rodeado por discípulos que deseaban seguir su ejemplo; de aquel grupo surgió la famosa abadía de Lobbes.

San Landelino, que se consideraba absolutamente indigno de gobernar una comunidad religiosa, constituyó a su discípulo, San Ursmar, como el primer abad, y él mismo partió, primero hacia Aulne y de ahí a Wallens donde, según algunos de sus biógrafos, nacieron otras comunidades en torno suyo. Todavía en busca de soledad, penetró junto con San Adelino y San Domiciano, en el extenso bosque que ocupaba el territorio entre Mons y Valenciennes. Hasta ahí le siguieron nuevos discípulos que fundaron la abadía de Crespin, a la que el propio Landelino se vio obligado a gobernar. Sin embargo, todo el tiempo que le dejaban libre sus obligaciones, lo pasaba en la oración y penitencia, en una celda alejada del resto de la comunidad. Al parecer, murió alrededor del año 686.

Hay dos breves biografías de San Landelino que pretenden ser de fecha muy antigua, pero la primera de ellas fue escrita más de un siglo después de su muerte y no se la puede considerar como segura. Esa biografía fue editada críticamente en el MGH. *Scriptores Merov,* vol. VI, pp. 433-444. Tal vez encontremos material más digno de confianza en la biografía en verso de San Ursmar y en la *Gesta Abbatum Labbiensium.* Sobre la vida de San Ursmar escribió K. Strecke un bien documentado artículo, en el *Neues Archiv* de 1933, pp. 135-158. Véase también a J. Warichez en *L'Abbaye de Lobbes* (1909), pp. 5 y ss.; U. Berlière, en *Monasticisme Belge,* vol. I, pp. 200 y ss.; Van der Essen, *Etude critique sur les Saints mérovingienes* (1907), pp. 126-133.

SANTA EDBURGA DE WINCHESTER, VIRGEN (960 P.C.)

EN LOS calendarios de los santos se hallan incluidas tres princesas anglosajonas con el nombre de Edburga. La monja que se venera en este día fue la nieta del rey Alfredo y la hija del rey Eduardo el Viejo con su tercera esposa, Edgiva.

Parece que sus padres la destinaron a la vida religiosa desde la cuna y decidieron poner a prueba su vocación cuando sólo tenía tres años: su padre la sentó sobre sus rodillas, le mostró una estampa donde aparecía la figura de un cáliz y el libro de los Evangelios y otra ilustración que representaba un monte de joyas resplandecientes; entonces, le preguntó a la niña cuál de las dos cosas le gustaría tener. La pequeña Edburga observó los collares y brazaletes con evidente disgusto, pero extendió los brazos ansiosamente hacia los objetos sagrados. En consecuencia, Edburga ingresó en la abadía que su abuela, la viuda del rey Alfredo, había fundado en Winchester. Con el tiempo, llegó a ser abadesa y adquirió gran fama por la generosidad de sus caridades, su humildad y sus milagros. Se cuenta que frecuentemente se levantaba en mitad de la noche, cuando todas las monjas dormían, y hacía una ronda por las celdas para recoger calladamente las sandalias de cada una, limpiarlas y volverlas a dejar en su sitio, junto al lecho.

Santa Edburga, cuyo nombre, al igual que otros apelativos anglosajones, se escribe y se pronuncia de muy distintas maneras, recibió un culto considerable en toda la región de Worcestershire y las comarcas vecinas, debido quizá a que sus reliquias, o parte de ellas, se conservaban en Pershore. Véase la lista de menciones en el santoral hecha por Stanton en su *Menology*, p. 271. El relato que hicimos en nuestro artículo, proviene casi exclusivamente de los escritos de Guillermo de Malmesbury, pero también existe una biografía, que aún no ha sido impresa, escrita por Osberto de Clare, un contemporáneo de Malmesbury. Asimismo, en el *Gotha MS*, hay una biografía sin publicar: para ella, véase *Analecta Bollandiana*, vol. LVIII (1940), p. 100, no. 54. La fama de Santa Edburga radica principalmente en los milagros que, según se cree, han obrado sus reliquias; hay un breve resumen de ellos en uno de los manuscritos de Harley, en el Museo Británico.

SAN BARDO, ARZOBISPO DE MAINZ (1053 P.C.)

BARDO NACIÓ alrededor del año 982 en la ciudad de Oppershofen, en la comarca de Welterau, sobre la ribera derecha del Rin. Sus padres, que estaban emparentados con la emperatriz Gisela, le enviaron a la abadía de Fulda para que se educara; ahí mismo tomó el hábito. Posteriormente, sus antiguos compañeros de estudio recordaban que a menudo le encontraban absorbido por la lectura de los escritos de San Gregorio relacionados con los deberes de los pastores (*Regula Pastoralis*) y, en esas ocasiones, solía indicar a sus sorprendidos amigos: "Pues ya lo ven; es posible que alguna vez se le ocurra a uno de tantos reyes tontos hacerme obispo, si no encuentran a otro mejor para desempeñar el puesto: por lo tanto, procuro aprender cómo ser obispo, por si llega el caso". Alrededor del año 1029, el emperador Conrado II le nombró abad de Kaiserswerth y, poco después, superior en Horsfeld. Pero aún se le reservaban puestos más altos. En 1031, después de la muerte de Aribo, fue elegido para ocupar la importante sede metropolitana de Mainz. En su alto cargo conservó la sencillez y la austeridad del monje, sin dejar por ello de distribuir espléndidas limosnas y ofrecer magnífica hospitalidad, como correspondía a un obispo. Todas las clases sociales le tenían en grande estima, pero le amaban sobre todo los pobres que entraban a la residencia episcopal como a su casa y a quienes Bardo protegió y defendió siempre contra sus opresores.

El arzobispo desempeñó un papel sobresaliente en dos sínodos realizados en Mainz y que presidió el Papa León IX, para refrenar la simonía e imponer el celibato eclesiástico. En una de aquellas visitas, el Papa convenció a Bardo

para que redujese sus mortificaciones y austeridades, puesto que afectaban su salud y amenazaban con acortarle la vida. Si bien siempre fue extraordinariamente severo para consigo mismo, mostraba una misericordia inagotable hacia los demás; nunca expresó una palabra de reconvención o resentimiento contra los que le insultaron o le hicieron daño deliberadamente. Cierta vez, en su propia mesa, hablaba contra el vicio de la intemperancia, cuando advirtió a un jovenzuelo que se mofaba de él e imitaba sus gestos y ademanes. Calló el arzobispo y se quedó mirando fijamente al majadero durante unos instantes; luego, en vez de pronunciar la amonestación indignada que todos los comensales esperaban, tomó uno de sus platos más finos y hermosos, puso en él algunos alimentos y lo extendió al jovenzuelo al tiempo que le instaba a comer y a quedarse con el precioso recipiente. Un hombre de tan buen corazón como Bardo no podía dejar de ser compasivo con los animales. Tenía una colección de aves raras; a muchos de sus pajarillos los domesticó, y era de verse cómo todos acudían a comer en su mano. Murió el 10 de junio de 1053 y su desaparición fue lamentada por todos los habitantes de la comarca, lo mismo cristianos que herejes y judíos.

Hay una breve biografía escrita por Fulkold, capellán del sucesor de Bardo en la sede de Mainz. Pertz la editó en MGH., *Scriptores*, vol. XI, pp. 317-321. Como fuente de información es mucho mejor que la biografía más extensa de un monje anónimo de Fulda, que tuvo acceso a Mabillon y los bolandistas, pero prefirió extenderse en los lugares comunes biográficos. Véase a H. Bresslau, en *Jahrbücher des Deutschen Reichs unter Konrad II* (1879), pp. 473-479; F. Schneider, *Der H. Bardo* (1871); C. Will, *Regesten sur Gesch der Mainzer Erzbischöfe*, vol. I (1877), pp. 165-176; Strunck y Giefers, *Westfalia Sancta* (1855), pp. 143-153.

SANTA ALEYDIS o ALICIA, VIRGEN (1250 P.C.)

HE AQUÍ la historia de una vida sin complicación alguna, escrita con un estilo muy sencillo que deja la impresión de absoluta sinceridad, por un contemporáneo, posiblemente un monje del Cister, confesor de la comunidad. Alicia era una niña frágil y encantadora, natural de Schaerbeek, villa cercana a Bruselas, que, por voluntad propia, desde la edad de siete años, quedó al cuidado de la comunidad de monjas del Cister, en un convento cercano llamado "Camera Sanctae Mariae", nombre éste que aún subsiste en el bosque de la Cambre, en las afueras de la ciudad. Entre las virtudes de la niña, destacaban la humildad, la mansedumbre y una decidida inclinación a la piedad. Se relatan algunos milagros sencillos realizados por ella, como el encendido espontáneo de una vela que se había apagado al caer. Por otra parte, desde su ingreso al convento se entregó por entero a servir a sus hermanas en religión. Cuando era todavía muy joven contrajo la lepra y, para gran pena de toda la comunidad, tuvo que ser separada. Sin embargo, aquella fue una fuente de consuelo para Alicia, puesto que, según dijo ella misma con simplicidad, pudo refugiarse más completamente en los sufrimientos de Cristo. Su mayor felicidad era recibir diariamente la Sagrada Comunión. En estas ocasiones, no se le permitía recibirla en las dos especies como todas las demás religiosas, a causa del posible contagio si sus labios tocaban el cáliz. Aquello era motivo de gran contrariedad para Alicia, hasta que el mismo Señor le aseguró que no perdía nada con ello. "Donde está una parte, se le dijo, está el entero". El día de la fiesta de San Bernabé, del año 1249,

Alicia estuvo tan enferma, que recibió los Santos Oleos, pero en una visión se le reveló que permanecería en la tierra precisamente un año más. Continuó su existencia de siempre, aunque en medio de grandes sufrimientos: quedó completamente ciega y su cuerpo se cubrió de llagas. Ella ofrecía todos sus dolores por las ánimas del purgatorio y, a medida que se acercaba su fin, recibía cada vez con mayor frecuencia, el alivio de los éxtasis y las revelaciones. Precisamente un año más tarde, un viernes 10 de junio, estuvo tan enferma, que de nuevo le pusieron la extremaunción, pero hasta el amanecer del día siguiente, la fiesta de San Bernabé, entregó su alma al Señor.

La biografía está impresa en *Acta Sanctorum*, junio, vol. III, así como en el *Quinque Prudentes Virgines*. En 1907, el Papa Pío X autorizó oficialmente su culto. La orden del Cister celebra su fiesta lo mismo que la diócesis de Malinas, el 15 de junio.

SANTA GERMANA DE PIBRAC, VIRGEN (1601 P.C.)

"UNA muchacha sencilla, humilde, de pobre cuna, pero tan extraordinariamente iluminada por los dones de la sabiduría y el entendimiento y tan notable por sus trascendentales virtudes, que brilló como una estrella de gran magnitud, no sólo en su Francia natal, sino en toda la Iglesia católica". Tal es la descripción de Santa Germana Cousin asentada en el breve apostólico que la colocó en el número de los bienaventurados.

Fue la hija de Lorenzo Cousin, un labrador. Nació alrededor del año 1579, en la localidad de Pibrac, un villorrio cercano a Toulouse. Su madre, María Laroche, murió antes de que la pequeña diera sus primeros pasos. Desde la infancia sufrió continuas enfermedades: era escrofulosa y tenía la mano derecha deformada y sin fuerzas. Su padre no la amaba y su madrastra la detestaba sinceramente. La segunda esposa de Lorenzo trataba a su hijastra con desprecio, desde un principio, pero después del nacimiento de sus propios hijos, el desprecio se transformó en crueldad. Germana vivía en la casa como una criada, o mejor dicho, como una esclava, enteramente separada de sus hermanastros y hermanastras. La pobre muchacha se veía obligada a dormir en el establo, a alimentarse con las sobras de la comida y, como no querían tenerla cerca, la mandaban a cuidar las ovejas, desde el alba hasta el ocaso. Parecía destinada a ser pastora durante el resto de su vida.

Germana aceptaba aquel destino que le había tocado en suerte como si lo mereciera, y Dios se valió de su resignación y su humildad para conducirla a la máxima perfección. En la soledad de los campos, ante la naturaleza, aprendió a comunicarse con su divino Creador y por El supo todo lo que necesitaba. Dios hablaba a su alma, como habla siempre a los pobres y limpios de corazón, y ella vivía conscientemente en Su presencia. Por nada de este mundo hubiese perdido la misa. Si oía repicar las campanas cuando estaba en los campos, plantaba su cayado en el suelo, confiaba el cuidado del rebaño a su ángel custodio y corría hacia la iglesia. Y nunca sucedió que, durante su ausencia, alguna oveja se hubiese apartado del rebaño, o que alguno de los lobos que merodeaban en el vecino bosque de Boucône, se hubiera atrevido a devorar un cordero. Comulgaba con la mayor frecuencia posible, y todos los habitantes de la aldea se admiraban de su fervor. A pesar de que no tomaba parte en la vida social de sus vecinos y nunca alternó con las muchachas de su edad, solía reunir en torno suyo a los niños pequeños para enseñarles las sencillas verdades

de la religión y hacerles amar a Dios. Las gentes del lugar tomaron, al principio, el partido de la familia de Germana y se mostraron dispuestas a despreciarla y burlarse de ella; pero gradualmente comenzaron a circular rumores, cada vez más insistentes, sobre cosas sobrenaturales que le sucedían y que llenaban de admiración a todo el mundo. Para llegar a la iglesia, desde los campos de pastoreo, tenía que cruzar la muchacha un arroyo que muchas veces venía crecido a causa de las lluvias. En cierta ocasión, el arroyo, convertido en torrente, cerraba el paso a hombres fuertes y valientes que no se atrevían a vadearlo; en la aldea, las gentes aguardaban ante la iglesia y corría de boca en boca esta noticia: "¡Germana no vendrá hoy a la misa! ¡Es imposible que venga!". Sin embargo, la muchacha apareció a tiempo para el santo sacrificio y dos campesinos que vigilaban junto al arroyo, afirmaron que la habían visto cruzar y que las aguas se habían abierto ante ella, lo mismo que las del Mar Rojo se abrieron para dar paso a Moisés y al pueblo de Israel.

Sin duda se pensará que, para alguien tan pobre como Germana, era materialmente imposible realizar obras físicas de misericordia; sin embargo, el amor siempre encuentra la manera de mostrarse, y el escaso alimento que se le daba era compartido siempre con los mendigos. Y aun eso se le reprochó. Cierta fría mañana de invierno, la madrastra persiguió a Germana con un palo en la mano y gritando que era una ladrona, porque llevaba escondidos unos mendrugos de pan en su delantal. Cuando la mujer le dio alcance, todos los vecinos que se habían congregado, vieron que Germana dejó caer su delantal y lo que había en él no eran trozos de pan, sino flores blancas y frescas. A partir de entonces, el desprecio se convirtió en veneración, y todos los habitantes de Pibrac cayeron en la cuenta de que vivía entre ellos una santa. Hasta su padre y su madrastra modificaron su proceder y pidieron a Germana que ocupase el lugar que le correspondía en el hogar; pero la muchacha prefirió continuar su vida como hasta entonces. Pero ya no vivió mucho tiempo más. Su cuerpo frágil estaba agotado; su trabajo en la tierra se había cumplido; y una mañana se encontró su cadáver que yacía sobre la paja, bajo el hueco de la escalera. Acababa de cumplir veintidós años. Su cuerpo, sepultado en la iglesia de Pibrac, fue accidentalmente exhumado en 1644, cuarenta y tres años después de su muerte y se le encontró perfectamente bien conservado. Entonces se le puso dentro de un sarcófago que se colocó en la sacristía; dieciséis años más tarde, se conservaba intacto y flexible. Esta circunstancia y los muchos milagros que se le atribuyeron, fueron las razones por las que se pidió un reconocimiento oficial de su culto. Sin embargo, debido a la Revolución Francesa y otros obstáculos, se postergaron su beatificación y su canonización hasta el pontificado de Pío IX. El 15 de junio, día de la fiesta de Santa Germana, se realiza cada año una peregrinación a la iglesia de Pibrac, donde aún se conservan sus reliquias.

Louis Veuillot escribió una cuidadosa biografía, que fue revisada para la serie de *Les Saints* por François Veuillot, sobrino del autor. Véase también el interesante esbozo de H. Géon, *La Bergère au pays des Loups* (1923). La fuente de informaciones más auténticas es la obra de D. Bartolini, *Comentarium actorum omnium canonizationis... Germanae Cousin...* (2 vols. 1868).

SAN LUIS MARIA PALAZZOLO, Fundador (1886 p.c.)

Nació en Bérgamo, el día 10 de diciembre de 1827, hijo de Octavio y Teresa Antonia.

Fue el último de los doce hijos de este ejemplar matrimonio. Recibió las aguas bautismales en la iglesia de San Alejandro de su ciudad natal.

Su piadosa madre fue la que tuvo el cuidado de su primera instrucción. Después pasó al colegio de San Alejandro, bajo el cuidado del P. Valsecchi, nombrado poco después obispo, quien lo dirigió espiritualmente por cuarenta años.

Desde tierna edad, mostró tan gran afecto por los pobres y enfermos, que su madre tenía que irle a la mano para que no se excediera. Gustaba mucho de ir a la iglesia.

Pronto sintió el llamado al estado sacerdotal e ingresó al seminario, donde hizo sus estudios con notable aprovechamiento.

Fue ordenado sacerdote el día 23 de junio de 1850. Entonces tuvo oportunidad de dar rienda suelta a su fervor para propagar la doctrina cristiana en el oratorio de la calle Foppa. Ahí instituyó obras sociales y asistenciales para los rudos y analfabetas. Construyó la iglesia y amplió la casa; tuvo especial cuidado de los niños que mostraban vocación a quienes sostenía con limosnas, hasta que se ordenaban presbíteros.

El éxito de su oratorio llegó a ser encomiado por las autoridades civiles. Sin embargo, en el año 1859, por razones políticas, tuvo que clausurar tan benéfica obra. Incansable en su trabajo, el P. Luis María volvió a abrir dos años después otro oratorio, cercano al anterior.

Lo dedicó a San Felipe Neri y construyó iglesia, con escuela, atrios, teatro y casa para los pobres. Poco después, en 1863, recibida la herencia de su madre, adaptó la villa "Torre Boldone" para huérfanos y niños abandonados. Para el cuidado de ellos, fundó el instituto de los "Hermanos de la Sagrada Familia".

No quiso que las niñas quedaran sin cuidado. El día 6 de enero de 1864, fundó una obra que pronto transformó en un oratorio para niñas; obras que entregó después a las "Hermanas de los Pobres". El mismo hizo las reglas del nuevo instituto, que fue aprobado por el ordinario en 1886 y por la Santa Sede en 1912.

Su familia de huérfanos creció rápidamente. Para el año 1886, había alimentado e instruido a 1204 pequeños. De ahí el título que le dieron de "Padre de los Pobres".

Su labor fue amplia en todos sentidos. Su humildad profunda; no quería que le llamaran fundador. Siguió siempre el consejo de los que le dirigían espiritualmente. Abrió sus puertas a los más desgraciados entre los pobres: huérfanos, deformados, idiotas, ulcerosos.

Por fin, más bien cargado de dolores que de años, después de recibir los últimos auxilios, descansó en el Señor el día 15 de junio del año 1886, a la edad de 59 años. Fue canonizado por el Papa Juan XXIII.

Los datos biográficos están tomados del decreto de Beatificación y Canonización, *Acta Apostolicae Sedis*, 23 de marzo, 1963, p. 181, vol. IV.

BEATA YOLANDA, VIUDA (1299 P.C.)

YOLANDA (Jolente o Helena, como la llaman los polacos), hermana de la Beata Cunegunda (o Kinga), sobrina de Santa Isabel de Hungría, era hija de Bela IV, rey de Hungría y terciario franciscano. Era también bisnieta de Santa Eduviges y pariente de los reyes San Esteban y San Ladislao de Hungría.

A la edad de cinco años, fue confiada a su hermana Cunegunda, esposa del rey de Polonia, Boleslao el Casto. Yolanda se casó con Boleslao el Piadoso, duque de Kalisz (al oeste de Lodz). Estos dos santos esposos rivalizaban en el amor a Dios y a los pobres. Su matrimonio fue bendecido por Dios, quien les concedió tres hijas.

En 1279, Yolanda perdió a su marido y, después de casar a dos de sus hijas, se retiró con la tercera al convento de las clarisas de Sandeck, cerca de donde vivía su hermana Cunegunda, que también había quedado viuda. Esta murió el año de 1292. Yolanda, para evitar las incursiones de los bárbaros, se trasladó a vivir cerca del convento de las clarisas de Gnesen (al este de Poznan), fundado hacía tiempo por su esposo. Las religiosas la eligieron abadesa. Yolanda murió en 1299. Su culto fue aprobado por Urbano VIII.

Ver J. B. Prileszky, *Acta Sanctorum Hungariae*, vol. II, 1744, en el apéndice, p. 54: R. P. Léon, *Vies des saints... de l'ordre de S. François*, París, 1887, pp. 336-338 (10 de junio).

16: SANTOS FERREOL Y FERRUCIO, MÁRTIRES (*c.* 212 P.C.)

SAN IRENEO, obispo de Lyon, ordenó como sacerdote a Ferreol y como diácono a Ferrucio (Ferjeux) y, en seguida, los envió a predicar el Evangelio en Besançon y las comarcas vecinas. Tal vez hayan sido griegos, aunque lo más probable es que fueran dos jóvenes galos que estudiaron en occidente, donde quedaron bajo la influencia del cristianismo. (Su historia legendaria afirma que fueron convertidos por San Policarpio). Después de trabajar con éxito en su misión durante unos treinta años, fueron detenidos a causa de su fe, sometidos a diversas torturas y, por fin, condenados a morir decapitados. La ejecución se llevó a cabo alrededor del año 212, probablemente durante el reinado de Caracalla. Se dice que sus reliquias fueron descubiertas en el año 370, en Besançon, y se sepultaron en un lugar de honor por disposición del obispo Aniano. Los restos de los mártires eran objeto de gran veneración en los días de San Gregorio de Tours, quien afirma que su cuñado se alivió de una grave dolencia, por un favor de los santos. La hermana de San Gregorio había ido a orar a la tumba de los mártires y, al apoyarse en el sarcófago para ponerse de pie, terminadas sus plegarias, cogió distraídamente las hojas de un ramo que se encontraba ahí. Pensó que se trataba de un aviso providencial y, en cuanto llegó a casa, puso a hervir las hojas y dio a beber la infusión a su marido que, gracias a eso, recuperó la salud. No debe confundirse a este San Ferreol con otro santo del mismo nombre, martirizado en Viena (18 de septiembre), y a quien menciona más de una vez el propio San Gregorio de Tours. Hay un importante testimonio sobre el culto que se

rendía a San Ferreol y a San Ferrucio, en el "Missale Gothicum" (*c.* 700 P.C.), donde aparece una misa propia en honor suyo. En vista de que esa misa se encuentra justamente antes de la que corresponde a San Juan Bautista, parece muy probable que desde aquella época se hubiese señalado el 16 de junio como el día de su fiesta.

Hay dos o tres breves textos de la *pasión* de estos santos (ver, por ejemplo, el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV); pero ninguno de los documentos tiene valor histórico. Ferreol y Ferrucio están citados en el *Hieronymianum* como mártires de Besançon, pero en la fecha del 5 de septiembre. Véase también a Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 48-62; W. Meyer, en la *Abhandlugen* de la Sociedad Científica de Göttingen, n.s., vol. VIII (1904), parte I, pp. 69 y ss. ; y *Les Martyrologes Historiques*, p. 74 (la nota), de Quentin.

SANTOS CIRIACO y JULITA, MÁRTIRES (¿304? P.C.)

CUANDO LOS edictos de Diocleciano contra los cristianos se aplicaban con la máxima severidad en Licaonia, una viuda llamada Julita, que vivía en Iconio, juzgó prudente retirarse de un distrito donde ocupaba una posición prominente y buscar un refugio seguro bajo un régimen más clemente. En consecuencia, tomó consigo a su hijo Ciríaco o Quiricio,* de tres años de edad, a dos de sus servidoras y escapó hacia Seleucia. Ahí quedó consternada al descubrir que la persecución era todavía más cruel, bajo la dirección de Alejandro, el gobernador y, por lo tanto, continuó su huída hasta Tarso. Su arribo a la ciudad fue inoportuno, puesto que coincidió con el de Alejandro; algunos de los miembros de la comitiva del gobernador reconocieron al pequeño grupo de peregrinos. Casi inmediatamente, Julita fue detenida y encerrada en la prisión. Al comparecer ante los jueces del tribunal que iba a juzgarla, llevaba a su hijo de la mano y denotaba una absoluta serenidad. Julita era una dama de noble linaje con muy vastas y ricas posesiones en Iconio, pero en respuesta a las preguntas sobre su nombre, posición social y lugar de nacimiento, sólo afirmó que era cristiana. En consecuencia, el proceso no tuvo lugar y se la condenó a recibir el castigo de los azotes atada a las estacas. Antes de que se cumpliera con la sentencia, le fue arrebatado su hijo Ciríaco, a pesar de sus lágrimas y sus protestas. En la leyenda sobre estos santos se dice que Ciríaco era un niño muy hermoso y que el gobernador lo tomó en sus brazos y lo sentó sobre sus rodillas, en un vano intento para que dejase de llorar. La criatura no quería más que volver al lado de su madre y extendía sus brazos hacia ella mientras la azotaban y, cuando Julita gritó, en medio de la tortura: "¡Soy cristiana!", el niño repuso como un eco: "¡Yo soy crisitano también!".

En un momento dado, a impulsos de la ansiedad por librarse de las manos que le retenían y correr hacia su madre, el chiquillo comenzó a debatirse y, como Alejandro se esforzaba por contenerle, le propinó algunas patadas y le rasguñó la cara. La actitud del niño, completamente natural en aquellas circunstancias, encendió la cólera del gobernador. Se levantó hecho una furia, alzó a la criatura por una pierna y lo arrojó con fuerza sobre los escalones, al pie de su tribuna; el cráneo se le fracturó y quedó muerto al instante.

* El nombre aparece escrito de muy diversas maneras: Cirico, Ciricio, Ciríaco. En el Martirologio Romano se halla registrado ahora como Quirico. En francés se cambia por Cyr o Cirgues.

Julita lo había presenciado todo desde las estacas donde estaba atada, pero en vez de manifestar su dolor, levantó la voz para dar gracias a Dios por haber concedido a su hijo la corona del martirio. Su actitud no hizo más que aumentar el furor de Alejandro. Este mandó que desgarrasen los costados de la infortunada mujer con los garfios, que fuese decapitada y que su cuerpo, junto con el de su hijo, fuera arrojado a los basureros en las afueras de la ciudad, con los restos de los malhechores. Sin embargo, después de la ejecución, el cadáver de Julita y el de Ciríaco fueron rescatados por las dos criadas que habían traído desde Iconio, quienes los sepultaron sigilosamente en un campo vecino. Cuando Constantino restableció la paz para la Iglesia, una de aquellas servidoras reveló el lugar donde se hallaban enterrados los restos de los mártires, y los fieles acudieron en tropel a venerarlos. Se dice que las supuestas reliquias de San Ciríaco se trasladaron de Antioquía durante el siglo cuarto, por iniciativa de San Amador, obispo de Auxerre. Esto extendió el culto por este niño santo, en Francia, con el nombre de San Cyr, pero en realidad no hay ninguna prueba concreta para relacionar a los santos históricos Julita y Ciríaco, si aceptamos su existencia, con la ciudad de Antioquía. A pesar de que posiblemente fueron martirizados un 15 de julio, fecha en que se conmemora su fiesta en el oriente, el Martirologio Romano los festeja el 16 de junio.

Es una pena tener que descartar una historia tan conmovedora y a la que tanto crédito se dio durante la Edad Media en oriente y occidente; pero la leyenda, tal como se ha conservado en todas sus formas, es positivamente una ficción. Las "Actas de Ciríaco y Julita" fueron proscritas en el decreto de Pseudo-Gelasio en relación con los libros que no debían ser leídos y, a pesar de que esta ordenanza no procedía del Papa San Gelasio, llega hasta nosotros revestida con la autoridad de su antigüedad y de haber sido generalmente aceptada. El padre Delehaye favorece la opinión de que Ciríaco fue el verdadero mártir y el personaje central de la leyenda fabricada posteriormente. Tal vez procedía de Antioquía, como se afirma en el *Hieronymianum*, pero lo cierto es que su nombre aparece solo y no unido al de Julita en muchas inscripciones y dedicatorias de iglesias y lugares diversos, en toda Europa y el Cercano Oriente.

Las muy diversas formas en que se ha conservado la leyenda hasta nuestros días, son un testimonio de su popularidad. En las tres divisiones de la *Bibliotheca Hagiographica* que publicaron los modernos bolandistas, se encontrarán coleccionados los diversos textos. En la *Graeca* se mencionan cinco de esos documentos (n.n. 314-318), en la *Latina* figuran ocho (n.n. 1801-1808) y en la *Orientalis* dos (n.n. 193-194). Más de uno de esos textos se imprimió en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV. Sobre toda la cuestión conviene consultar a Delehaye en *Origines du culte des Martyrs*, pp. 167-168 y su CMH., pp. 321 y 254. Ver también el *Sitzungsberichte* de la Academia Prusiana, escrito por Dillmann en 1887, vol. I, pp. 339-352; el *Zeitschrift f. Kirchengeschichte*, 1910, pp. 1-47, de H. Stocks; *Röm. Mosaiken und Malerein* (1924), vol. II, parte II, pp. 685-694 y vol. IV, pp. 179-181, de Wilpert.

SAN TICON, Obispo de Amato (¿Siglo V?)

Todo lo que se puede afirmar con certeza sobre San Ticón, es que, en épocas muy antiguas, ocupó la sede episcopal de Amato, el sitio donde ahora se encuentra la ciudad de Limassol, en Chipre, y que durante varios siglos gozó de gran veneración por parte de los habitantes de la isla, quienes le llaman

"el Milagroso" y le consideran el patrón de los viñadores. Los dos puntos de su vida que subrayan sus biógrafos, son estos: era hijo de un panadero y, cuando niño, acostumbraba a distribuir entre los pobres el pan que su padre le mandaba a vender; al enterarse el panadero, se indignó; pero al abrir la puerta de la bodega donde guardaba su harina, la encontró, por un milagro, llena a reventar, de manera que sus pérdidas quedaban ampliamente recompensadas. El segundo punto se relaciona con la época en que Ticón era obispo; por entonces poseía una pequeña viña, pero no tenía cepas qué plantar en ella. Cierto día tomó la rama de la vid que otro viñador había arrojado por considerar que estaba muerta y la plantó en sus tierras, mientras elevaba una plegaria para solicitar de Dios cuatro mercedes: que la savia volviese a circular por la rama seca, que la cepa produjese abundante fruto, que las uvas fuesen dulces y que maduraran pronto. Desde entonces, en la viña del obispo Ticón los racimos maduraban mucho tiempo antes que en cualquiera de los otros viñedos de la comarca, y esa fue la razón por la que se celebra la fiesta de San Ticón y se procede a la bendición de los viñedos, el 16 de junio, pero sólo en la región de Limassol, porque en otras comarcas de Chipre no se celebra la vendimia sino varias semanas después.

A pesar de que no se puede dar ningún crédito a su legendaria historia, y no obstante los esfuerzos que han hecho recientemente algunos escritores alemanes, sobre todo H. Usner, para identificarlo con el dios pagano Príapo, se puede aceptar como cierto que San Ticón fue un personaje real y un prelado de la Iglesia cristiana. Basándose en la tradición de que las uvas de Limassol maduraron antes de tiempo gracias a San Ticón, desde tiempos remotos y como parte de las ceremonias que se realizan el 16 de junio, se exprime el jugo de un racimo dentro de un cáliz. Hasta el fin del siglo sexto, la tumba de San Ticón era un sitio muy visitado por los peregrinos y, durante el siglo nueve, San José el Himnógrafo, compuso un oficio en su honor.

Hay una biografía en griego sobre San Ticón, impresa y editada por H. Usener, en *Der Heilige Tychon* (1907). Esta biografía fue escrita por San Juan el Limosnero (véase el 23 de enero) y, desde el punto de vista literario, es un elegante ejemplo de la composición greco-bizantina, pero en el campo de los hechos históricos, es muy poco lo que dice. Previamente había sido impreso un resumen de ese texto en la *Analecta Bollandiana,* vol. XXVI (1907), pp. 229-232 del MS., París, 1488. Véase a Delehaye en *Analecta Bollandiana,* vol. XXVIII (1909), pp. 119-122, el *Rheinisches Museum* (1908), pp. 304-310, de A. Brinkmann, así como la nota sobre San Ticón en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV.

SAN AURELIANO, Obispo de Arles (551 p.c.)

San Aureliano llegó a ocupar el obispado de Arles en 546 y, por entonces, recibió el palio que le envió el Papa Vigilio, así como un nombramiento de vicario pontificio en las Galias. Aureliano fundó un monasterio para monjes, al que enriqueció con muchas reliquias y para el cual estableció una regla; asimismo estableció en Arles un convento para mujeres. Cuando el Papa Vigilio se hallaba de visita en Constantinopla, el obispo de Arles le escribió una carta para pedirle que, en bien de la doctrina, explicase la condenación que había formulado y que se conoce con el nombre de los "Tres Capítulos". El emperador Justiniano había hecho presiones sobre el Papa a fin de que proclamase esa condenación, pero en el occidente se la miraba con cierta desconfiaza

y se decía que afectaba la validez del Concilio de Calcedonia. La respuesta del Papa llegó en otra carta, donde afirmaba amablemente que no había motivos para preocuparse, pero sin dar explicaciones más que en términos muy vagos. San Aureliano murió en Lyon, donde se descubrió su tumba en el año 1308.

Hay una nota sobre San Aureliano en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV. Una carta del santo, dirigida al rey Teodeberto, se editó con comentarios críticos en MGH., *Epistolae*, vol. III, p. 124. Sobre la controversia de los "Tres Capítulos", ver a Hefele-Leclercq, vol. III, pp. 1-67. Sobre el lugar del santo en la lista de obispo de Arles, consúltese a Duchesne en *Fastes Episcopaux*, vol. I, pp. 258-259.

SAN BENON, OBISPO DE MEISSEN (*c.* 1106 P.C.)

LO POCO que la historia contemporánea tiene que decirnos sobre San Benón, obispo de Meissen, consiste en algunas referencias aisladas sobre él, en crónicas y archivos. En el año 1066, era uno de los canónigos en la iglesia colegiata imperial de Goslar, cuando fue nombrado obispo de Meissen. Debido a que se mostró favorable a los nobles sajones en su rebelión contra Enrique IV, estuvo encarcelado un año, a pesar de que no parece haber tomado parte activa en la lucha. Al quedar en libertad, se identificó con los partidarios del Papa Gregorio y, en 1085, durante el sínodo de Mainz, fue depuesto de su sede por la asamblea de los prelados alemanes que, en su mayoría, estaban sujetos al emperador. Sin embargo, tres años más tarde volvió a ocupar la sede, gracias a los buenos oficios del antipapa Guiberto, a quien Benón había prometido sumisión. En 1097, cuando ya había decaído el poder del emperador y se afirmaba el del Papa Urbano III, Benón volvió a cambiar de actitud y se declaró partidario del verdadero Papa.

Hasta ahí lo que nos dicen de él los historiadores de su tiempo, pero los de épocas posteriores produjeron extensas y pintorescas biografías, fundadas sobre todo en la tradición y la leyenda. Según éstos nació en el año 1010 en Hildesheim y fue hijo del conde Federico de Bultenburg, quien confió la educación de Benón a su pariente San Bernward, obispo de Hildesheim. Con el tiempo, le nombraron obispo de Meissen y se dice que lo consagró San Annon de Colonia. Los biógrafos se deshacen en loas a San Benón por los múltiples beneficios que procuró para su diócesis. Jamás había tenido Meissen un prelado tan magnífico. Vigiló con diligencia a su rebaño, impuso la disciplina a sus clérigos, visitó regularmente sus iglesias, dio con liberalidad a los pobres, puso el ejemplo con su santa vida de asceta, restableció el canto del oficio divino por parte del público e introdujo en su iglesia los cánticos que se acostumbraban en Hildesheim. Como era muy afecto a los bellos sonidos de la música, cierto día en que caminaba por los campos, se sintió molesto por el áspero croar de las ranas y, con tono imperioso les mandó callar. Inmediatamente le vino a la memoria el versículo de un cántico: *Benedicite, cete, et omnia quae moventur in aquis, Domino* (Vosotras, ballenas y todos los que os movéis en las aguas, bendecid al Señor). Entonces se dirigió a las ranas y los sapos, ahora silenciosos, les retiró la prohibición y les pidió que cantasen alabanzas a Dios, a su manera.

Sus benéficas actividades quedaron suspendidas durante algún tiempo a causa de la pena de prisión que le impuso el emperador, pero las reanudó tan pronto como estuvo en libertad. Se dedicó con empeño a combatir la simonía que, junto con la cuestión de las investiduras, constituía el centro de la disputa

entre Enrique IV y el Papa Gregorio VII. No obstante que se le llamó, al igual que a los otros prelados alemanes, para que asistiera al Concilio de Worms, donde, bajo la presión del emperador, tuvo la osadía de deponer al Papa, no tomó parte en los debates; pero entonces cayó en la cuenta de que eran inútiles los esfuerzos para oponerse a tan poderosos enemigos y decidió escapar de Alemania para refugiarse en Roma, en donde fue calurosamente recibido. Antes de partir, envió un mensaje a los canónigos de Meissen, con instrucciones para que echasen al río Elba las llaves de su catedral, tan pronto como se enterasen de que, como él lo preveía, el emperador Enrique había sido excomulgado. Los canónigos obedecieron; pero en cuanto la tormenta se apaciguó lo bastante para que San Benón pudiese regresar a su sede, se dice que las llaves fueron recuperadas, gracias a que un pescador llevó a la cocina del obispo un pez atrapado en el Elba, que había guardado las llaves prendidas en su aleta.

San Benón murió alrededor del año 1106 y fue canonizado en 1523. Esta canonización provocó una violenta diatriba de Martín Lutero, titulada "Contra el nuevo ídolo y el viejo diablo, que tratan de instalar en Meissen". Cincuenta y tres años más tarde, cuando Meissen era ya una ciudad protestante, las reliquias de San Benón fueron trasladadas a Munich, ciudad ésta de la que sigue siendo el patrón principal.

Los materiales para la biografía de San Benón no son, de ninguna manera, satisfactorios. La extensa vida escrita por Jerónimo Emser, que ocupa veinticuatro folios en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV, fue escrita a principios del siglo dieciséis y, a pesar de que pretende estar fundada en datos antiguos y auténticos, no inspira mucha confianza. Hay también un epítome de origen incierto, al que también le falta la adecuada confirmación. Posiblemente se haya investigado con mayor cuidado la cuestión de la carrera de San Benón, por O. Langer en *Mitteilungen des Vereins f. Geschichte Meissens*; véase el vol. I, parte III (1884), pp. 70-95; vol. I, parte V (1886), pp. 1-38; vol. II, parte II (1888), pp. 99-144. También cf. *Neues Archiv für sächs Geschichte*, vol. VII (1886), pp. 131-144; E. Machatschek, *Geschichte der Boschöfe der Hochstifter Meissen* (1884), pp. 65-94, así como un estudio de E. Klein (1904). Estos dos últimos parecen estar fundados en la declaración de Emser.

SANTA LUTGARDA, VIRGEN (1246 P.C.)

ENTRE LAS místicas más notables de los siglos doce y trece, no hay otra figura más amable y simpática que la de Santa Lutgarda. Fue hija de un ciudadano de Tongres, en Holanda, donde nació en 1182. A los doce años de edad fue encomendada a las monjas benedictinas del convento de Santa Catalina, cerca de Saint-Trond, no por piedad, sino porque el dinero que se conservaba para su dote matrimonial había sido perdido en un mal negocio de su padre y, sin él, era muy dudoso de que pudiese hallar un marido conveniente. Lutgarda era una muchacha bonita que gustaba de las ropas elegantes y de las diversiones inocentes, sin ninguna vocación religiosa aparente, y en el convento vivía como una especie de pensionista, libre para entrar y salir cuando quisiera y para recibir las visitas de sus amigos y amigas. Sin embargo, cierto día en que charlaba con una de sus amistades, tuvo una visión de Nuestro Señor Jesucristo que le mostraba sus heridas y le pedía que lo amase sólo a El. Lutgarda lo aceptó al instante como su Prometido celestial y, desde aquel momento, renunció a todas las preocupaciones de este mundo. Algunas de las monjas que observaron

su cambio repentino y súbito fervor, vaticinaron que aquello no duraría; pero estaban equivocadas. Su devoción aumentaba por momentos y llegó a sentir tan vivamente la presencia del Señor que, al rezar, lo veía con sus ojos corporales, hablaba con El en una forma casi familiar y, si acaso la llamaban sus hermanas para cumplir con algunas de las obligaciones monjiles, decía sencillamente: "Aguárdame aquí, mi Señor; volveré tan pronto como termine esta tarea". Con frecuencia se le aparecía Nuestro Señor y una vez tuvo una visión de Santa Catalina, la patrona de su convento; en otra ocasión vio a San Juan el Evangelista con el aspecto de un águila. A menudo, durante sus éxtasis, se alzaba un palmo del suelo o bien irradiaba de su cabeza una extraña luz.

Tuvo la gracia de que se le permitiera compartir, místicamente, el sufrimiento de nuestro Salvador, cuando meditaba sobre Su Pasión; en esas ocasiones, aparecían sobre su frente y en sus cabellos minúsculas gotas de sangre. Su amor comprendía a todos los que Cristo había venido a redimir, y sentía como propios los dolores y penurias de cualquiera de los seres humanos. Y en verdad, eran tan ardientes y tan apasionadas sus intercesiones por otros, que le pedía a Dios quitarle la vida antes que rehusar su misericordia al alma por la que suplicaba.

Hacía doce años que Lutgarda vivía en el convento de Santa Catalina, cuando se sintió inspirada a abrazar la regla más estricta de los cistercienses. Hubiese querido entrar a un convento donde se hablara el alemán, pero por consejo de su confesor y de su amiga, Santa Cristina, que también se hallaba en el convento de Santa Catalina, decidió ingresar a la casa del Cister en Aywières. Ahí no se hablaba más que el francés, una lengua que Lutgarda nunca dominó, pero gracias a su ignorancia del idioma, pudo rehusar diversos altos cargos que le ofrecieron en Aywières y en otras partes. En todo momento, su humildad fue extraordinaria; continuamente se quejaba de su impotencia para responder como era debido a las gracias que el cielo le concedía. Cierta vez, fueron tan vehementes las plegarias en las que ofrecía su vida a Dios que, por el impulso de su pasión, se reventó una de sus venas y tuvo una fuerte hemorragia. En aquel momento, le fue revelado que, en el cielo, su efusión de sangre se aceptaba como un martirio.

Dios le concedió poderes para curar enfermedades, para profetizar y para conocer, en su fuero interno, el significado de las Sagradas Escrituras. A pesar de su desconocimiento del francés, sabía impartir consuelos espirituales, y la Beata María de Oignies aseguraba que nada había tan eficaz para lograr la conversión de los pecadores y la liberación de las almas del purgatorio, como las oraciones de Santa Lutgarda. Once años antes de morir, perdió la vista y recibió esa desgracia con evidente regocijo, como una gracia de Dios para desprenderla más del mundo visible. Poco después de haber quedado ciega, emprendió el último de sus prolongados ayunos. En el curso de aquella penitencia, se le apareció Nuestro Señor para anunciarle su próxima muerte y las tres cosas que debía hacer para prepararse a recibirla. Ante todo, tenía que dar gracias a Dios, sin cesar, por los bienes que había recibido; con igual insistencia, tendría que orar por la conversión de los pecadores: y para todo, debería confiar únicamente en Dios, en espera del momento en que habría de poseerlo para siempre. Tal como lo había predicho, Santa Lutgarda murió en la noche del sábado posterior a la fiesta de la Santísima Trinidad, precisa-

mente cuando comenzaba el oficio nocturno para el domingo. Era el 16 de junio de 1246.

Tomás de Cantimpré, quien murió en 1270, escribió la biografía de Santa Lutgarda. El texto de este contemporáneo, tomado de una colección de tres o cuatro de sus manuscritos, se encuentra impreso en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV. Es un registro muy valioso, a pesar de que la credulidad del autor, puesta de manifiesto en éste y en otros de sus escritos, resta confianza a la certeza de sus informaciones sobre los incidentes sobrenaturales. Casi enteramente faltan otras fuentes de información, aunque parece haber una traducción de algunos trozos de su biografía, en las trovas y poemas nativos de la baja Alemania, que posiblemente datan del mismo siglo trece. Estas versiones se han atribuido, con cierta razón, a Guillermo de Affighem, abad de Saint-Trond. Véase a Van der Veerdeghem, en el *Bulletin de l'Academie de Belgique*, vol. XXXIV (1897), pp. 1055-1086. Hay otros relatos más modernos sobre Santa Lutgarda, en *Vies de quelques-unes de nos grandes Saintes au pays de Liége* (1898), de H. Nimal y la obra de Jonquet (1906). Ver los artículos de S. Roisin en *Collectanea Ordinis Cisterciensium Reformatorum*, nos. 3 y 4 y el estudio de Fr. Thomas Merton, *¿What are This Wounds?*, (Milwaukee, 1950).

SAN JUAN FRANCISCO REGIS (1640 P.C.).

EN LA ciudad de Fontecouverte, de la diócesis de Narbona, nació Juan Francisco Regis, en el año de 1597, de una familia que acababa de salir de la clase burguesa para colocarse en las filas de los pequeños terratenientes. Desde pequeño recibió instrucción en el colegio de los jesuitas de Bèziers y, en 1615, solicitó su admisión en la Compañía de Jesús. Desde el momento en que se le permitió iniciar su noviciado, su conducta fue ejemplar: era tan evidente la severidad para consigo mismo y su misericordia hacia los demás que, al hablar de él, decían sus compañeros que se rebajaba a lo máximo, pero canonizaba a cualquiera. Al terminar su primer año de noviciado, siguió los cursos de retórica y filosofía en Cahors y Tournon. Mientras estuvo en Tournon, cada domingo acompañaba al sacerdote que iba a oficiar en la aldea de Andance y, mientras éste oía las confesiones, Juan Francisco se dedicaba a enseñar el catecismo; lo hacía con tanta eficacia, que muy pronto se ganó los corazones de los niños y de su mayores. Por aquel entonces, no tenía más de veintidós años.

En 1628, se le envió a Toulouse para iniciar su curso de teología. El compañero que compartía su habitación, informó al superior que Regis pasaba la mayor parte de la noche en oración en la capilla; la respuesta que recibió fue profética: "Cuídate de perturbar sus devociones", dijo el padre François Tarbes; no pongas obstáculos a su comunicación con Dios. Es un santo y, si no me equivoco, algún día la Compañía celebrará una fiesta en su honor". En 1631 recibió las órdenes sacerdotales y, el domingo de la Trinidad, 15 de junio, celebró su primera misa. Ya desde antes, sus superiores le habían destinado al trabajo de las misiones, en el que habría de ocupar los últimos diez años de su existencia: empezó a predicar en Languedoc, prosiguió a través de Vivarais, para terminar en Velay, cuya capital era la ciudad de Le Puy. La estación veraniega la pasaba en las ciudades, pero en los meses de invierno se dedicaba a visitar las aldeas y los caseríos de la campiña. Se puede decir que el padre Juan Francisco inició su trabajo en el otoño del mismo año de 1631 al predicar una misión en la iglesia de los jesuitas de Montpellier. A diferencia del estilo retórico en boga por entonces, sus sermones eran sencillos, directos, incluso vulgares, pero tan elocuentemente expresivos del fervor que ardía dentro de él, que conmovían y atraían a las multitudes formadas por represen-

tantes de todas las clases sociales. Se dirigía particularmente a los pobres; solía decir que entre los ricos nunca faltan penitentes. Se dedicaba en cuerpo y alma a sus humildes protegidos, ofreciéndoles todos los consuelos que pudiera procurarles y, cuando se le advertía que sus exagerados afanes le estaban poniendo en ridículo, respondía: "Tanto mejor. Se nos bendecirá doblemente sí consolamos a un hermano pobre a expensas de nuestra dignidad". Pasaba las mañanas en el confesionario, en el altar y en el púlpito; las tardes, las dedicaba a visitar cárceles y hospitales. Con frecuencia estaba tan ocupado en estos menesteres, que se olvidaba de comer. Antes de partir de Montpellier, ya había convertido a numerosos hugonotes y católicos indiferentes, había formado una comisión de damas para atender a los presos y había rescatado a innumerables mujeres de la vida de pecado. A los que criticaban sus métodos y señalaban que rarísima vez era sincero el arrepentimiento de semejantes mujeres, les replicaba: "Si mis esfuerzos no consiguen más que impedir una sola culpa, los daré por bien empleados". De Montpellier trasladó su centro de operaciones a Sommières desde donde penetró hasta los sitios más recónditos y se ganó la confianza de las gentes al charlar con ellas y al instruirlas en el "patois" que se hablaba en la región.

Los éxitos alcanzados en Montpellier y en Sommières decidieron a Mons. de la Baume, obispo de Viviers, a solicitar los servicios del padre Regis y de otro sacerdote jesuíta en su diócesis. Ninguna de las regiones de Francia había sufrido más a causa de las luchas civiles y religiosas como la comarca yerma y montañosa del sureste que comprendía el Vivarais y el Velay. Parecía que ahí hubiesen desaparecido por completo la ley y el orden; los habitantes, acosados por la miseria, comenzaban a recurrir a los métodos salvajes para poder comer, y los nobles acaudalados se conducían, la mayor parte de las veces, como vulgares bandidos. Los prelados se mantenían a prudente distancia y los sacerdotes negligentes habían dejado que las iglesias se deshicieran en ruinas; había parroquias enteras que estaban privadas de los sacramentos desde hacía veinte años o más. Cierto que una gran proporción de los habitantes eran calvinistas por tradición, pero casi siempre, su protestantismo no era más que un nombre; de todas maneras, la relajación de la moral y la indiferencia religiosa abarcaba a todos por igual y, entre católicos y protestantes, no había a quien escoger. Con la compañía de sus auxiliares jesuítas, el obispo de la Baume, emprendió una minuciosa gira por toda su diócesis. Infaliblemente, el padre Regis se adelantaba uno o dos días al obispo para preparar el terreno que iba a visitarse, con una especie de misión previa. Aquellas tareas fueron el preludio de un ministerio de tres años, gracias al cual pudo el padre Regis restablecer la observancia de la religión y convertir a gran número de protestantes.

Era imposible que una campaña tan vigorosa dejase de encontrar oposición y por cierto que la hubo: llegó un momento en que todos aquéllos que resentían sus actividades estuvieron a punto de triunfar con sus intrigas y calumnias para que el padre Regis fuera retirado. El, por su parte, jamás dijo una palabra para defenderse; pero afortunadamente, el obispo abrió los ojos a tiempo y cayó en la cuenta de que los cargos formulados contra el sacerdote estaban desprovistos de fundamento. Por aquel entonces, el padre Regis hizo la primera de varias solicitudes para que le enviasen a las misiones del Canadá a predicar el Evangelio a los indios del norte de América. Sus pedidos fueron siempre inútiles, porque sin duda, sus superiores estaban contentos con el trabajo que realizaba

en Francia; pero el padre Regis consideró como un castigo por sus pecados, el que no se le diese la oportunidad de conquistar la corona del martirio en las tierras de ultramar. Como compensación, extendió su misión a las regiones más salvajes y retiradas de aquel montañoso distrito, una comarca en la que ningún hombre penetraba sin estar bien armado y provisto, y donde el invierno era particularmente riguroso. En una ocasión quedó aislado durante tres semanas por un alud de nieve, sin más alimento que unos mendrugos de pan ni otro lecho que el duro suelo.

En las declaraciones que se reunieron para la canonización del santo, hay muchas descripciones muy gráficas y conmovedoras de aquellas aventuradas expediciones, escritas por los que aún podían recordarlas. "Después de la misión, afirmó el señor cura de Marlhes, mis parroquianos habían cambiado a tal punto, que ya no era capaz de reconocerlos. Ni el frío, ni la nieve que cerraba los caminos de la montaña, ni las lluvias que hinchaban los arroyos hasta convertirlos en torrentes, pudieron detener nunca al padre Regis. Su fervor era contagioso y animaba el valor de los demás; a donde quiera que fuese, una gran muchedumbre iba tras él y otra igualmente numerosa salía a su encuentro, a pesar de los peligros y dificultades. Yo mismo le vi detenerse en mitad de un bosque para satisfacer a un puñado de campesinos que querían escucharle. También le vi permanecer de pie, todo el día, sobre un montículo de nieve, en la cumbre de una montaña, para predicar e impartir la instrucción y después pasó toda aquella noche en el confesionario". Otro de los testigos viajaba por la comarca cuando observó una procesión que serpenteaba por el sinuoso camino de la montaña. "Es el santo, le informó un hombre del lugar; toda la gente le sigue". Cuando el testigo llegó a la ciudad de Saint André, encontró cerrado el paso por la multitud que se apiñaba frente a la iglesia. "Aguardamos la llegada del santo que viene a predicarnos", fue la explicación que recibió el viajero. Hombres y mujeres estaban dispuestos a caminar diez, doce y más leguas para buscarle, puesto que tenían la seguridad de que, por muy tarde que llegasen, el padre Regis los atendería con la amabilidad de siempre. El, por su parte, solía emprender la marcha a las tres de la madrugada, con unas cuantas manzanas en la alforja, para visitar un remoto caserío. Nunca dejó de cumplir con una cita. En cierta ocasión, cayó accidentalmente y se rompió una pierna; pero eso no fue obstáculo para que se alzase del lecho y, con el apoyo de un báculo y el hombro de su compañero, caminara hasta el sitio distante donde tenía una cita para oír confesiones. Al término de la jornada, accedió a que le examinaran los médicos y éstos constataron, asombrados, que la pierna estaba completamente sana.

Los últimos cuatro años en la vida del santo, transcurrieron en Velay. Durante todo el verano trabajó en Le Puy, donde la iglesia de los jesuítas resultó pequeña para contener a congregaciones que, a veces, eran de cuatro mil y cinco mil personas. Su influencia alcanzó a todas las clases sociales y produjo una reavivación espiritual efectiva y perdurable. Estableció y organizó un servicio social muy completo que contaba con visitadores a las prisiones, enfermeras para los hospitales y administradoras de la ayuda a los pobres, extraídas de entre aquellas pobres mujeres a quienes rescató de la mala vida. Precisamente esta empresa le acarreó múltiples dificultades. Algunos hombres perversos del lugar, privados de aquellas mujeres fáciles, descargaron su rencor sobre el padre Regis y le atacaron por todos los medios posibles, sobre todo

por medio de las calumnias y la difamación, hasta el extremo de que muchos de los mismos fieles que le conocían, llegaron a poner en tela de juicio su prudencia. Durante algún tiempo, sus actividades fueron estrechamente vigiladas por un escrupuloso superior; pero el padre Regis no hizo el menor intento para justificarse. Dios, que se complace en levantar a los humildes, manifestó su aprobación por los trabajos de su siervo, al otorgarle el poder de obrar milagros. Con la imposición de su mano realizó numerosas curaciones, incluso devolvió la vista a un niño y a un hombre que había estado completamente ciego durante nueve años. Durante una época de escasez, cuando las gentes acudían en tropel a los graneros del padre Regis en demanda de ayuda, hubo tres ocasiones en que la reserva de grano quedó milagrosamente renovada, para asombro de las buenas mujeres que estaban a cargo del almacén.

Los trabajos de la misión continuaron hasta el otoño de 1640, cuando el padre Juan Francisco pareció caer en la cuenta de que sus días estaban contados. Hacia fines del Adviento, tuvo que hacer un viaje a la región de La Louvesc. Antes de emprender la marcha, hizo un retiro de tres días en el colegio de Le Puy y liquidó algunas deudas pequeñas. En vísperas de su partida, sus compañeros le invitaron a permanecer con ellos hasta la época de la renovación de votos, a mediados del año, pero el padre Regis se rehusó. "El Maestro no quiere que sea así", respondió a los ruegos. "Su voluntad es que yo parta mañana; no regresaré para la renovación de los votos; pero mi compañero sí vendrá". Partieron los dos con un tiempo tormentoso; la tempestad les hizo perder el rumbo y los sorprendió la noche en medio del bosque. Buscaron refugio en una casa destruida y abierta a los cuatro vientos. Aquella noche, el padre Regis, completamente exhausto, contrajo una pulmonía. Sin embargo, al día siguiente hizo un esfuerzo sobrehumano y llegó hasta La Louvesc, donde inició su misión. Pronunció tres sermones el día de la Navidad y otros tres en la fiesta de San Esteban; el resto del tiempo lo pasó en el tribunal de la penitencia. Después de su último sermón, cuando se disponía a entrar al confesionario, sufrió dos desvanecimientos. Se le transportó a la casa del párroco y se comprobó que estaba agonizante. El 31 de diciembre, estuvo mirando fijamente al crucifijo durante todo el día; al caer la tarde, abrió la boca para exclamar súbitamente: "¡Hermano! ¡Veo a Nuestro Señor y a Su Madre que abren el Cielo para mí!". Calló unos instantes y luego murmuró las palabras: "En Tus manos encomiendo mi espíritu . . ." y expiró. Tenía cuarenta y tres años de edad. Sus restos siguen sepultados hasta hoy en La Louvesc, donde murió, y cada año visitan su tumba unos cincuenta mil peregrinos procedentes de todas las partes de Francia. Fue durante una peregrinación a La Louvesc, cuando San Juan Vianney, el Cura de Ars, se sintió movido por el ejemplo de San Juan Francisco Regis y decidió realizar su vocación al sacerdocio.

Hay numerosas y excelentes biografías de San Juan Francisco Regis (quien fue canonizado en 1737), especialmente en francés. La que escribió C. de la Broüe, publicada diez años después de la muerte del santo, tiene un encanto particular, pero se encontrarán más detalles y datos históricos en las obras modernas, sobre todo en las de Curley y de L. J. M. Cros. Una biografía breve y magnífica es la que publicó J. Vianney en la serie *Les Saints*. Véase también a L. Pize, en *La Perpetuelle Mission de St. Jean François Regis* (1924); otro admirable relato es el de Fr. Van Ortroy en la *Catholic Encyclopedia*, vol. VIII, pp. 464-465, así como el de Fr. Martindale en un capítulo de su libro titulado *En el Ejército de Dios.*

17: SAN GREGORIO BARBARIGO, Cardenal y Obispo de Padua (1697 p.c.)

NACIDO EN Venecia en 1625, de una familia de antiguo y noble linaje, Gregorio Luis Barbarigo recibió la educación en su ciudad natal. Acababa de cumplir veinte años, cuando el gobierno veneciano le escogió como acompañante de su embajador, Luigi Contarini, al famoso Congreso de Münster, donde los representantes plenipotenciarios de Alemania, Francia y Suecia, firmaron el Tratado de Westfalia, el 24 de octubre de 1648, y así pusieron fin a la Guerra de Treinta Años. Durante su estancia en Münster, Barbarigo tuvo amistad con el nuncio apostólico, Fabio Chigi, quien quedó tan favorablemente impresionado por el joven, que, aun después de haber sido ascendido al trono pontificio con el nombre de Alejandro VII, le dio numerosas muestras de su estimación y de su decidido apoyo. En 1657, el Papa nombró a Gregorio Barbarigo obispo de Bérgamo y en 1660, le consagró cradenal; cuatro años más tarde, fue transferido al obispado de Padua.

El celo con que Gregorio llevó a cabo sus deberes pastorales, le valió ser considerado como un segundo Carlos Borromeo. A decir verdad, su conducta fue ejemplar en todos los aspectos. Su prodigalidad era famosa y se sabe que distribuyó en limosnas la cantidad de ochocientas mil coronas. Era benigno y misericordioso con todos y no usaba de severidades más que consigo mismo; su piedad se mostraba sobre todo hacia los que sufrían o estaban en desgracia. Con el propósito de fomentar la cultura, fundó un colegio y un seminario que obtuvieron gran renombre. A las dos instituciones las dotó con imprenta propia y con una biblioteca muy bien surtida, particularmente con los escritos de los Padres de la Iglesia y los estudios sobre las Sagradas Escrituras. Murió pacíficamente el 15 de junio de 1697 y fue beatificado en 1761 y canonizado por S.S. Juan XXIII, el 26 de mayo de 1959.

Hay una biografía escrita en latín y traducida al italiano, debida a A. Ricchini. En 1877, P. Uccelli publicó los hasta entonces inéditos escritos de San Gregorio, así como un relato de sus visitas pastorales que escribió A. Coi, en 1907. Los grandes esfuerzos del obispo para lograr la unión con los griegos, fueron descritos por G. Poletto en tres artículos aparecidos en *Bessarione* de 1901 a 1902. Véanse las referencias sobre el santo en *Geschichte der Päpste*, vol. XIV; véase a P. Bergamaschi en su biografía titulada *Marc'Antonio Barbarigo* (1919). Fueron publicados nueve estudios para la biografía de San Gregorio, por el Prof. F. Serena, de Venecia, entre 1929 y 1940.

SAN ISMAEL y Compañeros, Mártires (*c.* 297 p.c.)

El Martirologio Romano dice para el 17 de junio: "En Calcedonia los santos mártires Manuel, Sabel e Ismael, que habiendo llegado como embajadores del rey de Persia para concluir la paz con Juliano el Apóstata, éste quiso forzarlos a venerar a los ídolos. A causa de su negativa inquebrantable, el emperador los hizo perecer por la espada."

La "pasión" de estos mártires, citada por el Martirologio Romano, no tiene ningún valor histórico. El origen de estos mártires, cuyos nombres no indican la ascendencia persa, queda para nosotros en la obscuridad. *Acta Sanctorum*, 17 de junio, vol. III, pp.

289-296; *Synax. de Constantinople*, p. 753; *Analecta Bollandiana*, 1912, vol. XXXI, pp. 232-233.

SANTOS NICANDRO y MARCIANO, MÁRTIRES (Siglo IV)

ALBAN BUTLER puso su confianza en Ruinart y aceptó como auténticas las "actas" de estos santos. Por cierto que la narración no puede considerarse como un documento histórico, pero sí es una favorable demostración del arte del biógrafo que se propuso embellecer un hecho trivial con detalles ficticios. Si seguimos, más o menos la presentación que le dio Butler, la historia es como sigue:

Hacía tiempo que Nicandro y Marciano prestaban sus servicios en el ejército romano, cuando se proclamaron los edictos contra los cristianos y, como ambos lo eran, renunciaron a la carrera militar. Su renuncia fue considerada como una deserción y, los dos soldados, perseguidos como criminales, fueron aprehendidos y llevados ante Máximo. el gobernador de la provincia. El magistrado les informó que había una orden imperial para que todos los ciudadanos ofreciesen sacrificios a los dioses. Nicandro repuso que semejante mandato no rezaba para los cristianos, quienes consideraban contrario a su ley renegar de su Dios inmortal para adorar figuras de piedra y de madera. Daría, la esposa de Nicandro, presente en el proceso, se dirigió a su esposo para alentarlo, pero Máximo la interrumpió bruscamente. "¡Calla, mujer malvada!, le dijo. ¿Por qué te empeñas en que muera tu marido?". "Yo no deseo su muerte, replicó Daría, sino que viva en Dios para que nunca muera". El magistrado desvirtuó el sentido de las palabras de la mujer e insinuó que, en realidad, Daría buscaba la manera de deshacerse de Nicandro para tomar otro marido. "Si eso es lo que sospechas, dijo indignada; manda que me maten a mí primero".

A Máximo le pareció inútil prolongar la discusión con la apasionada Daría, le ordenó que callase y se dirigió a Nicandro: "Tómate el tiempo necesario para deliberar contigo mismo, le dijo, si prefieres vivir o morir". "Ya tengo tomada mi decisión, respondió Nicandro: "estoy cierto de que mi salvación es lo primero". El juez comprendió que había decidido salvar la vida y estaba dispuesto a ofrecer sacrificios a los dioses, pero no tardó en desengañarlo el reo, quien comenzó a orar en voz alta y expresó su alegría ante la perspectiva de morir y librarse para siempre de los peligros y tentaciones de este mundo. "¿Qué estás diciendo?, inquirió el gobernador. ¿Hace apenas unos instantes querías vivir y ahora pides la muerte?". Nicandro replicó inmediatamente: "Deseo la vida que es inmortal, no la pasajera existencia en este mundo. A ti te entrego voluntariamente mi cuerpo; haz con él lo que te plazca. ¡Soy cristiano!". "¿Y qué dices tú a todo esto, Marciano?, inquirió el juez dirigiéndose al otro acusado. Marciano declaró que su opinión era enteramente igual a la de su compañero. Entonces Máximo, exasperado, mandó que los dos reos fuesen arrojados a un calabozo y suspendió la sesión.

Veinte días pasaron los dos soldados en un agujero estrecho sin aire ni luz, del que fueron sacados para comparecer de nuevo ante el gobernador. Este les preguntó si ya estaban dispuestos a obedecer el edicto del emperador y Marciano se encargó de responderle: "Nada de lo que puedas decir hará que abandonemos nuestra religión o neguemos a Dios. Por la fe le tenemos presente ante nosotros y sabemos que nos llama a Sí. Te suplicamos que no nos detengas

por más tiempo y que nos mandes rápidamente a Aquél que fue crucificado, al que tú no conoces, puesto que te atreves a blasfemar de Su nombre; pero al que nosotros honramos y adoramos". El gobernador declaró que estaba obligado a obedecer las órdenes del emperador y pidió disculpas a los reos por tener que condenarles a morir decapitados. Los mártires expresaron su gratitud con estas palabras: "La paz sea contigo, juez clemente".

Marcharon alegremente al lugar de la ejecución; entonando a coro alabanzas al Señor. Detrás del cortejo iba Daría, la esposa de Nicandro y el hijo pequeño de éste en los brazos de Papiniano, hermano del mártir San Pasicrates. También la esposa de Marciano seguía al cortejo, pero ella no mantenía la misma serenidad de los demás, antes bien gemía y se mesaba los cabellos con desesperación. Ya para entonces, había hecho todo lo posible para apartar a Marciano de su resolución; sobre todo, había tratado de conmoverle por medio del cariño al hijo pequeño que iba a dejar desamparado. En el lugar de la ejecución, Marciano tomó en brazos a su hijo, lo besó con ternura y clamó, con los ojos levantados al cielo: "¡Señor mío, todopoderoso; toma Tú a este niño bajo tu protección!" Después lo entregó a su esposa y, como un reproche por su falta de fe, le pidió que se alejara pronto de ahí, porque seguramente no podría soportar verle morir. La esposa de Nicandro, en cambio, no se apartaba de su lado y le exhortaba de continuo a conservar su entereza y su alegría frente a la muerte. "Mantén fuerte tu corazón, mi señor, le decía. Yo he vivido diez años en la casa sin tenerte conmigo y nunca dejé de orar para que se me concediera la dicha de verte de nuevo. Ahora tengo ese consuelo: estoy al lado tuyo en el camino a la gloria y seré la esposa de un mártir. Entrega a Dios, como se debe, tu testimonio de la Verdad, a fin de que también a mí me libre de la muerte eterna". Se apartó de él con una última súplica para que sus sufrimientos y sus plegarias sirviesen al propósito de obtener para ella la misericordia divina. El verdugo cubrió los ojos de los dos reos arrodillados y, con certeros golpes de su espada, les cortó la cabeza. Era un 17 de junio, según se afirma en las "actas" de estos mártires.

El intento de desacreditar esta narración tan natural y tan sobria, podría parecer la acción de algún apasionado iconoclasta, pero el caso es que entre los numerosos relatos diferentes sobre el mismo episodio, no hay el más mínimo acuerdo en cuanto al sitio donde tuvo lugar el martirio, en cuanto a los nombres de los ejecutados (puesto que Nicandro y Marciano se hallan colocados a menudo junto con otros mártires) y en cuanto a la fecha en que se les conmemora. Nadie ha dudado jamás de que las "actas" tienen algún fundamento histórico, ni de que hayan existido realmente Nicandro y Marciano; pero hay cuatro regiones distintas en diversos países que reclaman la gloria de haber sido el escenario de su martirio: Durostorum, en Moesia o sea Bulgaria; Tomi o Constanza, en lo que hoy es Rumanía; Alejandría, en Egipto; y Vanafro, en Italia, donde todavía se veneran sus supuestas reliquias. El padre Delehaye, bolandista, comparte la creencia de que los santos fueron martizados en Durostorum. En su opinión, el culto de Nicandro y Marciano fue importado a Italia; respecto a la inclusión de esos nombres en la lista de mártires de Egipto en el *Hieronymianum*, Delehaye sugiere que algún copista descuidado, que conocía la historia de los dos mártires de Durostorum, leyó el nombre de Marciano, lo asoció en su mente con el de Nicandro y escribió juntos los dos apelativos, aunque no se tratase de los mismos personajes.

El Martirologio Romano conmemora en la fecha de hoy a los Santos Nicandro y Marciano, martizados en "Venafro", pero también el 5 de junio, celebra a los Santos Marciano, Nicanor y compañeros, que sufrieron el martirio en "Egipto".

La *pasión* de la que Alban Butler tomó su relato, se halla impresa en el *Acta Sincera* de Ruinart. Hay otra versión en latín y griego en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV y otra más en el vol. I. Los demás textos están en BHL., n.n. 5260, 6070-6074 y BHG., n.n. 1194-1330; B. Latysev, *Menologii bysantini saeculi x quae supersunt*, vol. II, pp. 16-17 y 27-30. Consúltese también a Delehaye en *Analecta Bollandiana*, vol. XXXI (1912), pp. 268-272 y vol. XI (1922), pp. 54-60; sus *Origines du culte des Martyrs*, pp. 249-250, etc.; y su CMH., pp. 305 y 323; y los *Studi e Testi*, del P. Franchi de Cavalieri, vol. XXIV (1912), pp. 141-157.

SAN BESARION (Siglo IV)

SE PROFESA una gran veneración a San Besarion en el oriente, donde su nombre, con algunas variantes, se impone a menudo en la pila bautismal; por ejemplo, el padre de José Stalin se llamaba Vissarion. Nuestro santo era natural de Egipto y, en cuanto se sintió llamado a seguir el camino de la perfección, se fue a vivir al desierto. Primero fue discípulo de San Antonio y después de San Macario. Se dice que no vivía bajo techo, sino que pasaba el tiempo en marcha de un sitio a otro para quedarse a descansar donde le sorprendía el cansancio; observaba un estricto silencio y mortificaba su carne con ayunos y penitencias; se afirma que, en una ocasión, resistió los cuarenta días de la Cuaresma de pie sobre una zarzas y sin probar bocado. Su caridad hacia todos los que se acercaban a él en busca de consuelo, le condujo tan cerca de la perfección, que el cielo le dotó con el poder de obrar milagros, como el de hacer potable el agua salada y provocar la lluvia en tiempos de sequía, caminar sobre las aguas del Nilo y vencer a los demonios. Lo mismo que otros muchos padres del desierto, San Besarion vivió hasta una edad muy avanzada. Sus admiradores le compararon con Moisés, Josué, Elías y San Juan Bautista.

El Martirologio Romano cita en el día de hoy a San Besarion, pero en el oriente, se le conmemora el 6 de junio.

Los datos que hemos dado se tomaron de un panegírico sobre el santo de su nombre, escrito por el gran cardenal Besarion. Ese mismo texto fue impreso, con una introducción, por Peter Joannou en *Analecta Bollandiana*, vol. LXV (1947), pp. 107-138. El cardenal tomó sus datos de los *Sinaxarios* griegos. Véase el *Acta Sanctorum*, junio, vol. III. Los tres Besarion que se mencionan en DHG., vol. VIII, cc. 1180-1181, son la misma persona, al parecer.

SAN HIPACIO, ABAD (¿446? P.C.)

EN EL suburbio de Calcedonia llamado La Encina que dio su nombre al infame seudo-sínodo que condenó a San Juan Crisóstomo, cierto funcionario consular cuyo nombre era Rufino, construyó una iglesia dedicada a San Pedro y San Pablo, junto con un monasterio adyacente. La comunidad que vivió ahí y atendió la iglesia, tuvo su época de prosperidad, pero a la muerte del fundador los monjes se dispersaron, el convento y la iglesia quedaron abandonados y muy pronto adquirieron la reputación de que albergaban fantasmas y ánimas en pena. Como nadie se atrevía a penetrar ahí, los edificios quedaron abandonados

durante años, hasta que un santo asceta llamado Hipacio y sus dos compañeros, Timoteo y Mosquion, se decidieron a ocuparlos, luego de haber recorrido la Bitinia en busca de un sitio a donde retirarse. Llevaban poco tiempo de habitar entre las ruinas, cuando comenzaron a llegar los discípulos y muy pronto se reunió una gran comunidad que reparó los daños del tiempo en la iglesia y el monasterio. Hipacio gobernó el convento durante muchos años y, después de su muerte, el lugar tomó su nombre.

La vida de San Hipacio ha llegado hasta nosotros en la forma de una biografía escrita por Callinico, uno de los monjes que, en su deseo por glorificar al abad, con frecuencia da rienda suelta a su imaginación o a su credulidad. De acuerdo con el biógrafo, San Hipacio nació en Frigia y fue educado por su padre, un hombre culto y estudioso que tenía la ambición de que su hijo siguiese sus pasos. Sin embargo, Hipacio se inclinó siempre hacia la vida religiosa. A la edad de dieciocho años, tras una despiadada paliza que le propinó su padre, escapó de la casa y, a impulsos de una admonición sobrenatural, se dirigió hacia la Tracia. Ahí trabajó como pastor durante un tiempo bastante largo. Un sacerdote que le oyó cantar, se interesó por él y le enseñó el Salterio y los cánticos. Tal vez por consejo de aquel sacerdote, Hipacio se unió a un solitario, un antiguo soldado llamado Jonás, con quien vivió entregado a la oración y una penitencia tan rigurosa, que, según cuenta la leyenda, ambos se abstenían de comer o de beber, a veces, durante cuarenta días consecutivos. Por fin, un día, el padre de Hipacio descubrió el escondite de su hijo y hubo una patética reconciliación.

Posteriormente, Hipacio y Jonás se trasladaron a Constantinopla, donde éste último se quedó a vivir. Hipacio cruzó los estrechos para ir al Asia Menor otra vez e, instalado en las ruinas del monasterio de Rufino, emprendió una misión para revivir la práctica de la religión. Cuando llegó a gobernar a una gran comunidad de monjes, se constituyó en un paladín de la ortodoxia. Aun antes de que los errores de Nestorio fuesen condenados por la Iglesia, el abad hizo que se borrara el nombre del jerarca de los libros oficiales de su iglesia, a pesar de las protestas del obispo Eulalio de Calcedonia. Cuando San Alejandro Akimetes y sus monjes huyeron de Constantinopla a Bitinia, fue Hipacio quien les dio hospitalidad generosa en su monasterio. Asimismo, cuando estaban a punto de realizarse los proyectos para reanudar los Juegos Olímpicos en Calcedonia, sin ninguna oposición por parte del obispo Eulalio, la vehemencia con que Hipacio declaró que él y sus monjes perderían la vida antes que permitir el restablecimiento de semejantes prácticas paganas, acabó por deshacer los planes.

Debemos decir que los comentaristas y los críticos ponen en tela de juicio la autenticidad histórica de estos relatos. Incluso se duda de la existencia de Eulalio, puesto que no se ha podido encontrar ningún registro sobre ese obispo de Calcedonia; su nombre no aparece entre los signatarios del Concilio de Efeso, en 431, ni en los del "Concilio del Latrocinium", en 449. Por otra parte, es cierto que, en el año 451, hubo un Eleuterio, obispo de Calcedonia. San Hipacio, apodado "el estudioso de Cristo", se hizo famoso por sus supuestos milagros y profecías. Al parecer, murió a mediados del siglo quinto, a la edad de ochenta años. Se cita su nombre en esta fecha en el Martirologio Romano, donde se dice que era natural de Frigia.

La extensa biografía escrita por Callinico, en griego, se imprimió en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV, pero desgraciadamente, el texto se encuentra incompleto. Los discípulos de H. Usener, hicieron una edición crítica (1895) de otro manuscrito completo.

Consúltese a H. Mertel, en *Die Biograph. Form der griech, Heiligenlegenden* (1909). Parece que Hipacio fue particularmente invocado en la iglesia griega, como protector contra las bestias feroces; véase a Franz, *Kirchlichen Benediktionen*, vol. II, p. 143.

SAN AVITO, ABAD (¿530? P.C.)

AL FIN de un artículo de estudio sobre San Avito y los santos de Micy, en la *Analecta Bollandiana*, el padre Albert Poncelet S. J. insta a sus lectores para que lleguen a la convicción de que existe una amplia diferencia entre las "pruebas del culto" y las narraciones biográficas. "La primera, es decir, la prueba del culto, atestigua la existencia real del santo y el hecho de que se le rinde devoción desde hace tiempo. Pero hacemos frente a un asunto enteramente distinto, al tratar con biografías recopiladas dos o tres siglos después de la muerte del héroe, que a menudo contienen una colección de tradiciones muy dignas de confianza. Por el honor del santo y en el interés de una buena y auténtica biografía, hay que ir con extremo cuidado para no dejarse arrastrar por aquéllos que, no contentos con venerar a los santos, imaginan que el respeto por ellos incluye una especie de canonización de las fábulas con que la posteridad ha pretendido enaltecer su gloria; desgraciadamente, no siempre corresponde la recopilación de los hechos con la piedad del autor".

Es indudable que San Avito fue un personaje real. San Gregorio de Tours nos informa que era un abad en la región de Francia que formaba la antigua provincia de Perché, que suplicó en vano al rey Clodomiro para que perdonara la vida a San Segismundo de Burgundia, a su esposa y a sus hijos, a quienes el monarca tenía presos, y que fue enterrado cerca de Orléans, donde se le veneraba grandemente. San Gregorio visitó la Iglesia que se había erigido en su honor; él mismo indica, al hablar de los milagrosos poderes atribuídos al santo, que un ciudadano de Orléans, al negarse a observar la fiesta de Avito porque necesitaba trabajar en su huerto, fue castigado con una penosa enfermedad de la que no sanó hasta que hubo visitado la iglesia del santo para rendirle el homenaje que le debía. Esto es todo lo que sabemos sobre San Avito, a pesar de sus numerosas biografías, ninguna de las cuales es anterior al siglo noveno. Todas ellas forman parte de una tentativa que se hizo cuando la abadía de Micy recuperó su prestigio bajo el gobierno de los benedictinos, para dar lustre y esplendor a una poco gloriosa época de su historia pasada, por el procedimiento de incluir en la lista de sus antiguos abades a varios santos venerados en las regiones de Orléans y Le Mans, pero de quienes apenas si se sabía algo.

La leyenda de San Avito aparece con muchas variaciones en las supuestas biografías y afirma que ingresó a la abadía de Micy como hermano lego. Su ignorancia, rayana en la simpleza, fue el motivo de que todos le despreciaran, a excepción del abad, San Maximino, que reconoció la santidad de Avito y le nombró celador. Pero éste prefirió abandonar la abadía y buscar la soledad. A la muerte de Maximino, los monjes de Micy buscaron a Avito y le eligieron abad. Pero tras una breve estancia en la abadía, escapó de nuevo y se llevó consigo a San Calais (Carilefus), para vivir en la reclusión en los límites del Perché. Cuando llegaron otros monjes para imitarlos, San Calais se retiró a los bosques de Maine; pero el rey Clotario construyó una iglesia y una abadía para San Avito y sus compañeros, en el lugar que ahora se conoce como Châ-

teadun. Ahí murió en el año 530 (?).

Para el texto sobre la vida de San Avito, véase el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV; los bolandistas imprimieron otro texto completo en su catálogo de manuscritos hagiográficos de la Biblioteca de Bruselas, vol. I, pp. 57-63. B. Krusch reeditó algunos trozos de ese texto en MGH., *Scriptores Mèrov.*, vol. III, pp. 380-385. El artículo de Albert Poncelet al que nos referimos arriba, se halla en la *Analecta Bollandiana*, vol. XXIV (1905), pp. 5-97.

SAN NECTAN (¿Siglo VI?)

EL SEPULCRO de San Nectan, que se encuentra en Hartland de Devonshire, fue el centro de un culto que parece haber sido impulsado por los canónigos agustinos, guardianes de la tumba en la Edad Media. También se le veneraba en Cornwall, especialmente en Launceston, donde todavía se celebra una feria el 17 de junio, día de su fiesta. Se erigieron o dedicaron capillas en su honor, con el nombre de San Nighton, en las vecindades de Lostwithiel, de Newlyn y tal vez de Tintagel, que está cerca del famoso lugar de recreo llamado "Estanque de San Nighton". Guillermo de Worcester y otros escritores de épocas posteriores, como Nicholas Roscarrock, dicen que el santo fue el mayor de los veinticuatro hijos de Brychan, rey de Gales, en cuyo honor se nombró Brecknock a una ciudad irlandesa. Es posible que el santo haya sido un misionero irlandés que llegó a Inglaterra y fundó iglesias en Devon y en Cornwall. Pero en realidad no se sabe nada de su verdadera historia. Todo lo que el de Worcester puede decirnos sobre él, se concreta a esto: "... Y el venerable Nectan, al abrirse paso a través de un cerrado bosque, con la intención de hacer exploraciones en aquellos distritos, se encontró con los bandoleros en el sitio que hasta hoy se conoce como New Town (es decir New Stoke), donde más tarde se erigió una iglesia en su honor. Porque aquel día, el décimo quinto antes de las calendas de julio, los bandidos le decapitaron; pero el venerable Nectan recogió su propia cabeza y, con ella en sus brazos, caminó una distancia de medio estadio, hasta la fuente junto a la cual moraba. Ahí depositó la cabeza, bañada por su sangre, sobre una piedra; las huellas sangrientas de aquel crimen y de aquel milagro se ven todavía sobre la misma piedra". Esta es la transcripción de un trozo de la biografía del santo.

La vida de San Nectan escrita en el siglo doce, que salió a la luz en el Gotha, M. S. I, 81, en el año de 1937 y que fuera traducida por el canónigo Doble (ver la nota al final), aporta pocos datos nuevos; no obstante, contiene informaciones interesantes sobre el sepulcro del santo y algunas valiosas descripciones de la vida y costumbres en Hartland durante la Edad Media.

El mejor de los intentos hechos para reunir el incoherente material informativo sobre San Nectan, es el del canónigo Doble en el no. 25 de sus *Cornish Saints*, titulado *St. Nectan and the Children of Brychan* (1930); la traducción que hizo de la biografía aparece en *A Book of Hartland* (1940), editado por L. D. Thornley y que fue reimpreso el mismo año. Véase también DCB., vol. IV, pp. 10-11 y LBS., vol. IV, pp. 1-2. Sobre todo, consultar *Analecta Bollandiana*, vol. LXXI (1953).

SAN HERVE o HARVEY, ABAD (Siglo VI)

HERVÉ es uno de los santos más populares en Bretaña y figura ampliamente en las trovas y baladas del folklore local. En una época, su fiesta era de obligación

en la diócesis de Léon. Su culto, centrado al principio en Lanhouarneau, Le Menez-Bré y Porzay, se extendió mucho en el año 1002, gracias a una distribución de sus reliquias, y llegó a ser general en toda la región de Bretaña. Con la excepción del nombre de Yves, ningún otro apelativo se impone más que el de Hervé a los niños bretones en la pila bautismal. Los juramentos solemnes se hacían sobre las reliquias del santo hasta el año de 1610, cuando el "Parlamento" impuso la obligación de que los juramentos en declaraciones legales se hiciesen únicamente sobre los Evangelios. Desgraciadamente, por falta de informaciones concretas, es imposible reconstruir la verdadera historia de San Hervé. Su leyenda, tal como se relata en un antiguo manuscrito en latín, dice lo siguiente:

Durante los primeros años del reinado de Childeberto, llegó a la corte de París un bardo bretón llamado Hyvarnion, a quien los sajones habían expulsado de su país. Inmediatamente se conquistó el afecto y el favor de todos, por el encanto de sus trovas y de su música, pero los halagos del mundo no tenían atractivo para él. Después de pasar dos o tres años en la corte, se retiró a Bretaña, donde se casó con Rivanon, una muchacha del lugar. A su debido tiempo, tuvo un hijo que nació ciego y a quien se le puso el nombre de Hervé. La criatura, abandonada en su infancia por su padre, fue criada por su madre hasta cumplir los siete años, cuando lo confió al cuidado de un santo varón llamado Arthian. Este se hizo cargo de Hervé durante algún tiempo y lo dejó más tarde con un tío suyo que había fundado una escuelita monástica en la localidad de Plouvien, donde el chico ayudó a cuidar la granja y a los alumnos. Cierto día, mientras Hervé trabajaba en los campos, vino un lobo y devoró al asno que tiraba del arado; Hervé se puso inmediatamente en oración para pedir a Dios que remediara aquella desgracia y entonces el lobo, con toda mansedumbre, metió la cabeza bajo el yugo y comenzó a tirar del arado hasta terminar con el trabajo, en vez del asno que había devorado. Durante aquellos años, la madre de Hervé, la infortunada Rivanon, había vivido en el corazón de un espeso bosque, sin haber visto otro ser humano más que a su sobrina, quien la atendía y la acompañaba. Cuando Rivanon estaba en la agonía, Hervé emprendió la búsqueda de su madre y la encontró precisamente a tiempo para recibir su postrera bendición y cerrarle los ojos.

El tío de Hervé le confió el gobierno de la comunidad de Plouvien y el monasterio floreció extraordinariamente; pero al cabo de tres años, el superior se sintió inspirado a establecerlo en otra parte. Rodeado por sus monjes y novicios emprendió la marcha hacia Léon. Ahí recibió una cordial acogida por parte del obispo, quien hubiese ordenado sacerdote a Hervé, de no ser por la humildad del santo que le impedía aceptar cualquier ordenación mayor que la de exorcista. La comitiva prosiguió su marcha desde Léon hacia el oeste, y todavía puede verse, junto al camino a Lesneven, la fuente que San Hervé hizo brotar para apagar la sed de sus compañeros. Todos llegaron por fin al lugar que hoy se conoce como Lanhouarneau, donde el santo fundó un monasterio que fue famoso durante todo el siglo. Aquella fue su casa durante el resto de su vida, a pesar de que, a veces, se alejaba de ahí para predicar al pueblo y ejercer su oficio de exorcista, en cuya calidad realizó la mayoría de sus maravillosos milagros. Cuando todos le veneraban por su santidad y sus poderes milagrosos, el abad ciego vivió retirado durante muchos años. A la hora de su muerte, los monjes que rodeaban el lecho oyeron una música celestial y las voces de un coro de ángeles que le daban la bienvenida al cielo.

A San Hervé se le representa, por lo general, junto al lobo y acompañado por Guiharan, un niño que le auxiliaba en las faenas del campo. Se invoca al santo para toda suerte de enfermedades de los ojos; al lobo de San Hervé lo utilizan las madres bretonas para asustar a los niños traviesos.

La llamada *Vida de San Hervé*, que según el valioso juicio de A. de la Borderie, no pudo haber sido escrita antes del siglo trece, fue publicada por primera vez en 1892, por el mismo de la Borderie, en sus *Mémoires de la Soc. d'Emulation des Côtes du Nord*, vol. XXIX, pp. 251-304. Hay un relato en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV, fundado en el de Albert Le Grand. Vésae LBS., vol. III, pp. 270 y ss.; pero el canónigo Doble afirma positivamente que no hay ninguna base para relacionar a Hervé con Cornwall o con Gales; no tuvo culto en Gran Bretaña. Cf. Duine, *Memento*, p. 91.

SAN RAINERIO DE PISA (1160 P.C.)

LAS RELIQUIAS del santo patrono principal de Pisa se hallan depositadas en la capilla de San Rainerio, en el extremo sur del cruce de la catedral. Entre los famosos frescos que adornan los muros del antiguo camposanto, hay ocho escenas de la vida y milagros del santo. Poco después de su muerte, escribió su biografía el canónigo Benincasa, un amigo personal que se consideraba su discípulo. Rainerio, descendiente de una acaudalada familia de Pisa, desperdició los primeros años de su juventud en frivolidades y disipaciones. Sin embargo, a través de la influencia de una tía o una prima suya, entró en relaciones con Alberto Leccapecore, un religioso del monasterio de San Vito, quien le hizo comprender el error en que vivía. Tan apasionado fue el arrepentimiento por su existencia de pecados, que se negaba a probar bocado y lloraba sin cesar, lo que divertía a sus antiguos amigos de juerga y angustiaba a sus padres, quienes llegaron a creer que se había vuelto loco. Al cabo de un período de tres días de continuo llanto, no brotaron más lágrimas de sus ojos: estaba ciego. Su madre estuvo al borde de la desesperación; pero Dios, que ya había iluminado el alma de Rainerio, le devolvió también la luz a sus ojos.

Poco tiempo después de aquel suceso, emprendió un viaje de negocios a Palestina y, al visitar los Santos Lugares y seguir los pasos de Nuestro Señor, se santificó su espíritu. Se hallaba en Tierra Santa cuando tuvo una extraña visión: se contempló a sí mismo, con la bolsa de cuero adornada con bordados y piedras finas en que guardaba el dinero; pero la bolsa no contenía monedas, sino trozos humeantes de pez y azufre que, de pronto ,se encendieron; Rainerio no podía extinguir las llamas hasta que vertió sobre ellas un poco de agua de un vaso que, súbitamente, apareció en su mano. El significado de aquella visión lo explicó una voz misteriosa que decía: "La bolsa es tu cuerpo; el pez, el azufre y el fuego, son los deseos desordenados que sólo esa agua puede extinguir y limpiar". Rainerio había purgado hasta entonces, con su arrepentimiento y sus lágrimas, las culpas de su vida pasada, pero desde aquel momento, multiplicó sus penitencias y austeridades y, como un medio de mortificarse, emprendió el viaje de regreso a pie, descalzo y sin otro sustento que el de las limosnas. El cielo le premió al otorgarle el poder de obrar milagros. Se dice que en el camino al Monte Tabor domesticó a las fieras al hacer la señal de la cruz, y que multiplicó el pan que una buena mujer distribuía entre los pobres.

Al regresar a Pisa, permaneció algún tiempo con los canónigos de Santa María. A pesar de que nunca llegó a recibir las órdenes sacerdotales, decidió

llevar la vida del claustro e ingresó primero en la abadía de San Andrés y luego en el monasterio de San Vito, donde murió en el año de 1160. Debido a que algunas veces predicó, se supuso que debió ser sacerdote, pero el hecho es muy dudoso y nunca ha llegado a comprobarse. Su gran reputación se debe principalmente a las muchas curaciones maravillosas que realizó durante su vida y después de su muerte. Debido a que acostumbraba salpicar con agua bendita a los enfermos que sanaba, se le dio el sobrenombre de "De Aqua". El cardenal Baronio inscribió a este santo en el Martirologio Romano.

La extensa biografía de Rainerio, complementada con la lista de los milagros que se le atribuyeron antes y después de su muerte, parece haber sido compuesta por un contemporáneo. Se la encontrará impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV. La devoción popular por San Rainerio en Pisa se comprueba por el número muy considerable de libros sobre él que se editaron e imprimieron en esa ciudad. Véase a G. M. Sanminiatelli en *Vita di S. Ranieri*, publicada por primera vez en 1704 y seguida por otras ediciones; G. Sainati, *Vita di S. Ranieri Scacceri* (1890).

SANTAS TERESA y SANCHA DE PORTUGAL
(1250 y 1229 P.C.)

EL REY Sancho I de Portugal tenía tres hijas: Teresa, Sancha y Mafalda, todas las cuales alcanzaron los honores de la Iglesia. Teresa, la mayor, casó con su primo Alfonso IX, rey de León, con quien tuvo varios hijos; sin embargo, al cabo de algunos años, el matrimonio se declaró inválido, puesto que marido y mujer eran consanguíneos y se habían unido sin una previa dispensa de la Iglesia. Teresa amaba a su marido y se negaba a dejarlo, pero a fin de cuentas y tras muchas discusiones, ambos acordaron separarse de común acuerdo. Al regresar a Portugal, Teresa descubrió en Lorvao, donde tenía propiedades, un monasterio de benedictinos con muy escasos monjes, quienes, por negligencia habían dejado de observar sus reglas. En consecuencia, Teresa hizo retirar a los frailes y puso en su lugar a una comunidad de monjas de la regla del Cister. Teresa reparó y amplió el edificio para acomodar a 300 monjas y reconstruyó la iglesia. A pesar de que se quedó en el convento y tomaba parte activa en la vida de las religiosas, no hizo profesión para tener la libertad de administrar la casa y de ir y venir cuando quisiera.

Sancha, la hermana de Teresa, que nunca había contraído matrimonio, vivía, desde la muerte de su padre, en la casa de campo de Alenquer, donde se dedicaba a las buenas obras. Ella dispensó una cordial y generosa bienvenida a los frailes franciscanos y dominicos a su arribo a Portugal y los ayudó en todo lo posible. Sancha fundó el convento de Cellas para las monjas agustinas; pero en una visita que hizo a su hermana Teresa quedó tan impresionada por la existencia que llevaba la comunidad de Lorvao, que decidió convertir a Cellas en una abadía cisterciense. Ahí mismo tomó ella el hábito. Sancha murió en 1229, a la edad de cuarenta y siete años. Al enterarse de su muerte, Teresa acudió a Cellas, por la noche y sin anunciarse, para llevarse sigilosamente el cadáver de su hermana, que yacía dentro del féretro en el coro de la iglesia, y sepultarlo en Lorvao. La última de las apariciones de Teresa en público, ocurrió dos o tres años más tarde. Salió de su retiro a ruegos de Berengaria, la viuda del rey Alfonso IX, el que había estado casado, primero, con Teresa, a fin de que ésta buscase la manera de arreglar las disputas entre

sus respectivos hijos, sobre la sucesión al trono de León. Gracias a la mediación de Teresa, se llegó a un acuerdo equitativo y se restableció la paz en la familia. Al partir, declaró que ya estaba cumplida su tarea en este mundo y que ya nunca volvería a salir del convento. Posiblemente fue por entonces cuando se decidió a tomar el velo. Vivió hasta el año de 1250 y, a su muerte, fue sepultada junto a Santa Sancha. El culto a estas santas fue aprobado en 1705.

La biografía de Santa Teresa de Portugal, escrita por Francisco Macedo, no obstante que data del siglo diecisiete, contiene auténticos materiales de información, especialmente los que se recogieron con vistas al proceso de canonización. Esta biografía se reprodujo en *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV y los bolandistas le agregaron algunos documentos, tomados también del proceso de canonización, así como los relatos de algunos milagros atribuidos a la intercesión de Teresa. También Henríquez cuenta su historia detalladamente, en su libro *Lilia Cistercii* (1633), vol. II, pp. 131-144. El *Portugal glorioso e ilustrado* de J. P. Bayao (1727), narra la historia de las tres hijas del rey Sancho.

SANTA EMILIA DE VIALAR, VIRGEN, FUNDADORA DE LAS HERMANAS DE SAN JOSÉ "DE LA APARICIÓN" (1856 P.C.)

ANA MARGARITA Adelaida Emilia de Vialar fue la mayor y la única mujer entre los hijos del barón Jacques Augustine de Vialar y su esposa Antoinette, hija de aquel barón de Portal que fue médico oficial de Luis XVIII y Carlos X de Francia. Nació en la ciudad de Gaillac, en el Languedoc, en 1797. A la edad de quince años fue retirada del colegio en París, a fin de que hiciera compañía a su padre, que había quedado viudo. Vivió algún tiempo en la casa de Gaillac, pero bien pronto surgieron profundas diferencias entre padre e hija, porque Emilia se negaba a considerar un conveniente matrimonio. En cierta ocasión, el señor de Vialar, en el colmo de la indignación, lanzó una jarra a la cabeza de su hija y ordenó que, a partir de aquel momento, quedase la joven relegada a un puesto secundario en el hogar. Las dificultades aumentaron para Emilia, en vista de que en varias leguas a la redonda, no había un sacerdote ni persona alguna capaz de aconsejarla y guiarla en aquellos penosos momentos. "Pero Dios acudió en mi ayuda y fue mi director", declaró la santa posteriormente; pero aun así, no siempre era fácil distinguir la voz de Dios de la propia voz. Sobre las experiencias religiosas de Emilia de Vialar en aquella época, la más importante fue una visión de Nuestro Señor que mostraba las heridas de Su Pasión y que impresionó a la santa de tal manera que, hasta hoy, se conmemora a diario el acontecimiento en la congregación que fundó.

En 1818, cuando tenía veintiún años, visitó la casa de Gaillac un joven sacerdote (posteriormente rector), el padre Mercier, en quien Emilia encontró a un amigo que la comprendió y trató de ayudarla. El sacerdote comenzó por poner a prueba su vocación religiosa y, por su consejo, Emilia se dedicó a atender a los niños abandonados o descuidados por sus padres y a socorrer a los pobres en general. Eso le provocó nuevas dificultades con su padre, que protestaba de que se utilizara la terraza de su residencia como una especie de refugio para los enfermos, los desheredados y los abandonados. Pero Emilia soportó con paciencia todos los reproches y, durante quince años, fue el ángel bueno de Gaillac. Entonces (en 1832), ocurrió el acontecimiento que indicó, tanto a ella como al padre Mercier, que había llegado el momento de actuar: murió el barón de Portal, abuelo materno de Emilia; la parte de la herencia

que a ésta le correspondió, sumaba una fortuna considerable.

Al momento, adquirió Emilia una gran mansión en Gaillac y, en la Navidad de 1832, tomó posesión de la casa junto con tres compañeras: Victoria Teyssonnière, Rose Mongis y Pauline Gineste. Pronto se les unieron nuevas aspirantes y, tres meses después, el arzobispo de Albi autorizó al padre Mercier para que impusiera el hábito religioso a doce postulantes. La comunidad adoptó el nombre de Congregación de las Hermanas de San José de la Aparición, con referencia a la aparición del ángel a San José para revelarle el misterio de la encarnación divina (Mateo I, 18-22); su trabajo consistía en cuidar a los necesitados, especialmente a los enfermos y ocuparse de la educación de los niños desamparados. No sólo actuaban en Francia, sino también en el extranjero y participaban en las misiones; en realidad, la congregación fue primeramente misionera. Las Hermanas de San José se enfrentaron con las críticas y oposiciones acostumbradas,* cuyos detalles han llegado hasta nosotros en las amenas crónicas de Eugénie de Guérin: las postulantes son demasiado jóvenes y bonitas para exponerlas al cuidado de los enfermos pobres; el hábito es muy favorecedor, por eso lo toman; ¿una nueva Orden? ¡Bah! ¡Es un desorden! Esa muchacha Vialar... y cosas por el estilo. Pero la cronista de Guérin opinaba que la hermana Emilia habría de hacer muchas cosas buenas y el arzobispo de Albi, Mons. de Gualy, estaba de acuerdo con ella; el propio arzobispo recibió la profesión de Emilia y de otras diecisiete hermanas y aprobó formalmente la Regla de la Congregación, en 1835.

En los años anteriores se había hecho una segunda fundación en Argelia, a donde las religiosas fueron insistentemente invitadas a trasladarse, por Agustín de Vialar, hermano de Emilia, que era uno de los consejeros municipales en Argel y deseaba que las Hermanas de San José se hiciesen cargo de un hospital. Eugenia de Guérin cita las palabras de una hermana que, en una de sus cartas a la cronista, habla de "la conquista de Argelia por Emilia de Vialar"; sin embargo, aquella empresa sólo fue temporal. Después del gran establecimiento de Argelia, se hizo una tercera fundación en Bône que, a su vez, dio origen a los conventos en Constantina y en Túnez; el convento de Túnez tuvo un afiliado en Malta y de ahí nacieron las nuevas casas en los Balcanes y el Cercano Oriente. Las Hermanas de San José fueron las primeras monjas católicas que se establecieron en Jerusalén en los tiempos modernos, invitadas por el padre guardián de los franciscanos en Tierra Santa. Cuando Mons. Dupuch, el primer obispo de Argelia, celebró la misa en la colina de Hipona de San Agustín, la madre Emilia y algunas de las hermanas estaban presentes. Desgraciadamente, sus relaciones con el prelado quedaron dañadas por un profundo desacuerdo sobre las jurisdicciones: Roma se puso de parte de las hermanas, pero Mons. Dupuch contaba con el apoyo de los poderes civiles, y las monjas tuvieron que ceder. A pesar de la gran pérdida que significaba para ellas, abandonaron el establecimiento de Argelia. Fue entonces cuando la madre Emilia dedicó su atención a Túnez primero y después a Malta. La fundadora llegó a las costas de esta isla a nado, lo mismo que San Pablo, porque el barco en que viajaba, naufragó.

* Hubo una oposición desacostumbrada por parte de una banda de malhechores que, al decir de las gentes, habían jurado estrangular a todas y cada una de las hermanas.

Su amigo y auxiliar, el padre Mercier, había muerto en 1845 y, cuando Emilia regresó a Gaillac, a mediados del año siguiente, encontró su centro de operaciones en gran confusión y desorden por falta de un director, y con sus finanzas desquiciadas a causa de la negligencia de un administrador poco escrupuloso. Las reclamaciones legales que llovieron sobre el convento de Gaillac, empeoraron la situación y, a fin de cuentas, la casa matriz tuvo que ser trasladada a Toulouse, luego de que varias de las monjas más antiguas se separaron de la congregación y se vio seriamente amenazada su propia existencia. "Ya he recibido mi lección, escribía la madre Emilia. Ahora sé que la firme y tranquila confianza en Dios vale más que cualquier esfuerzo por salvaguardar las ventajas materiales". Después de dejar establecidas en Toulouse a sus monjas, partió a Grecia y fundó otro convento en la isla de Syra.

La visita a Grecia fue el último de los largos viajes de la madre Emilia (agotadoras empresas que provocaron comentarios desfavorables entre algunos eclesiásticos de alto rango); pero no dejaron de hacerse nuevas fundaciones mientras vivió. En 1847, se recibió un llamado desde Birmania y hacia allá partieron seis hermanas; en 1854, el obispo de Perth, en Australia, visitó especialmente a la madre Emilia para solicitarle ayuda y, en consecuencia, un grupo de monjas partió para Freemantle. De esta manera, en el transcurso de veintidós años, la fundadora vio crecer su congregación hasta contar con unas cuarenta casas, la mayoría de las cuales habían sido fundadas por ella misma. Dos años antes, la casa matriz fue trasladada por segunda vez, en aquella ocasión a Marsella (donde se encuentra hasta hoy). Ahí, el famoso obispo Mons. de Mazenod, fundador él mismo de una congregación de misioneros llamada de los Oblatos de María Inmaculada, dispensó una calurosa acogida a la madre Emilia.

Santa Emilia de Vialar era de una naturaleza apasionada, pronta a la exaltación, pero perfectamente equilibrada; estas cualidades se mostraban lo mismo en su rostro que en los actos de su vida; su intelecto estaba gobernado y dirigido por una fuerza de voluntad excepcional. Gracias a ello, fue capaz de realizar la obra monumental que levantó durante su vida, que inició cuando ya tenía cerca de treinta y cinco años y a la que se opusieron incontables dificultades durante sus etapas iniciales y su desarrollo. La santa se mostró particularmente firme cuando la integridad constitucional o canónica de su congregación se vio amenazada; esa fue la causa del rompimiento con Mons. Dupuch y del abandono de Toulouse como sede de la casa matriz, cinco años después de haberla establecido. Aquellas dificultades, sumadas a las que se produjeron en Gaillac en 1846, no la desalentaron, pero en sus cartas se reflejan sus luchas interiores y las dudas que la asaltaban. La correspondencia de Santa Emilia es muy voluminosa y en toda ella se advierte su estilo peculiar, vigoroso y conmovedor, sobre todo cuando alguna emoción profunda ponía un toque de elocuencia a sus escritos; hay un claro ejemplo de este caso en el memorial que la madre Emilia escribió al mariscal de campo Soult, después del desastre de Argelia.

Santa Emilia escogió deliberadamente la actividad de Marta, pero no por eso dejó de participar en la contemplación de María. En el relato que escribió por instrucciones de su confesor, podemos ver la estrecha, la íntima relación en que vivía con Dios; también contamos con los testimonios de sus hijas en religión, sobre los progresos que hizo en el sendero de la contemplación. "Me

han sometido a muchas pruebas, pero siempre encontré la ayuda de Dios, escribía ¡Con cuánta frecuencia viene el Señor a compartir conmigo las largas vigilias! Las manifestaciones de Su amor están siempre al alcance de mi mano y yo trato de seguirle siempre, aun cuando caigan sobre mí nuevas tribulaciones... A medida que aumentan los problemas, crece mi confianza en El..." Se ha dicho con sabiduría que "la civilización es una cuestión de espíritu"; el espíritu de Santa Emilia, inspirado en un amor que el cardenal Granito di Belmonte califica de "sabio, comprensivo y muy considerado". Su congregación, "hizo más por la civilización en Africa, Asia y Australia durante los últimos cien años, de lo que pudieran haber hecho los conquistadores y colonizadores".

El despliegue de energía física de que hizo gala Santa Emilia para realizar obras tan inmensas, resulta todavía más notable si se tiene en cuenta que, en su juventud, se le formó una hernia al hacer un gran esfuerzo, precisamente, durante una de sus obras de caridad. A partir de 1850, la hernia le produjo trastornos cada vez más serios y, a fin de cuentas, fue la causa de su muerte, ocurrida el 24 de agosto de 1856. El lema de su testamento a las Hermanas de San José de la Aparición, era el precepto: "Amaos las unas a las otras". Su canonización tuvo lugar en 1951 y su fiesta se conmemora el 17 de junio.

En la obra *La vie militante de la B. Mère Emilie de Vialar* por el canónigo Testas, reeditada en 1939, se encuentra la clásica biografía de la santa. El propio autor escribió, en 1938, una *Historia Abreviada* de Santa Emilia. Las cartas de Eugénie de Guérin (1805-48), a su hermano Mauricio, a las que nos referimos antes, se publicaron en París a mediados del siglo anterior; hay una traducción al inglés de este *diario*, hecha por Noemi Roy de Smith, bajo el título *The Idol and the Shrine* (1949). Lo mismo que Santa Emilia, Eugenia era de Languedoc. Véase también a G. Bernaville en *Emilie de Vialar* (1953).

BEATO PEDRO DE PISA (1435 P.C.)

EL FUNDADOR de los Ermitas, o Hermanos Pobres de San Jerónimo, nació en Pisa en 1355, cuando su padre, Pietro Gambacorta, gobernaba aquella república. Al cumplir los veinticinco años, el joven Pedro huyó en secreto de la corte, con el disfraz de un peregrino y se refugió en las soledades de Monte Bello, en Umbría. Ahí subsistió con las limosnas que le daban en las poblaciones vecinas. En 1380, buscó los medios para construir un oratorio y las celdas necesarias para dar albergue a una docena de compañeros que se habían agrupado en torno suyo (de acuerdo con la tradición popular, eran doce asaltantes de caminos a quienes el santo había convertido). Pedro elaboró una regla para su comunidad, complementada por algunas constituciones tomadas de los escritos de San Jerónimo, a quien se había elegido como patrón de la nueva congregación. Los monjes observaban cuatro cuaresmas al año, ayunaban los lunes, miércoles y viernes y diariamente, después de los maitines, oraban durante dos horas. Pedro, por su parte, dedicaba su tiempo a la plegaria y los ejercicios de penitencia. Se le atribuyeron numerosos milagros.

En 1393, a raíz de una disputa, Giacomo Appiano asesinó al padre y los hermanos de Pedro, y éste se sintió fuertemente tentado a abandonar su retiro para castigar al que había perpetrado el crimen; sin embargo, venció las tentaciones de venganza y siguió el ejemplo de su hermana, la Beata Clara Gamba-

corta (17 de abril) para perdonar generosamente al asesino. En 1421, el Papa Martín V aprobó la congregación del Beato Pedro y, en seguida, ésta comenzó a extenderse por Italia. El fundador vivió catorce años más: murió en Venecia, en 1435, a la edad de ochenta años, y fue beatificado en 1693. Hubo una época en que se contaron cuarenta y seis casas de los Hermanos Pobres en las provincias de Ancona y Treviso; varios grupos pequeños de ermitaños o terciarios se afiliaron a la orden y, en 1668, el Papa Clemente IX unió la comunidad de San Jerónimo de Fiésole, que habia sido fundada por Carlos Montegranelli, a la regla del Beato Pedro. Pero en 1933 eran tan pocos los miembros de la orden que fue suprimida por la Santa Sede.

En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV, hay un relato fundado en materiales de información muy antiguos; pero conviene consultar además el *Kirchenlexikon*, vol. V, cc. 2016-2017; la *Hist. Mon. Ord. S. Hieron. Cong. S. Petri di Pisa*, vol. I, pág. 100 y ss.; el *Orden und Kongregationen*, vol. I, pp. 592-596. El breve para la supresión, se encuentra en *Acta Apostolicae Sedis*, vol. XXV (1933), pp. 147-149.

18: SAN EFREN, DOCTOR DE LA IGLESIA (¿373? P.C.)

SAN EFREN que, durante su vida, alcanzó gran fama como maestro, orador, poeta, comentarista y defensor de la fe, es el único de los Padres sirios a quien se honra como Doctor de la Iglesia Universal, desde 1920. En Siria, tanto los católicos como los separados de la Iglesia lo llaman "Arpa del Espíritu Santo" y todos han enriquecido sus liturgias respectivas con sus homilías y sus himnos. A pesar de que no era un hombre de mucho estudio,* estaba empapado en las Sagradas Escrituras y parecía tener un conocimiento intrínseco de los misterios de Dios. San Basilio le describe como "un interlocutor que conoce todo lo que es verdad"; San Jeronónimo, al recopilar los nombres de los grandes escritores cristianos, le menciona con estos términos: "Efrén, diácono de la iglesia de Edessa, escribió muchas obras en sirio y llegó a tener tanta fama, que en algunas iglesias se leen en público sus escritos, después de las Sagradas Escrituras. Yo leí en la lengua griega un libro suyo sobre el Espíritu Santo; a pesar de que sólo era una traducción, reconocí en la obra el genio sublime del hombre". Sin embargo, para mucha gente, el mayor interés en San Efrén radica en el hecho de que a él le debemos, en gran parte, la introducción de los cánticos sagrados en los oficios y servicios públicos de la Iglesia, como una importante característica del culto y un medio de instrucción. Rápidamente, la música sacra se extendió desde Edessa por todo el oriente y, poco a poco, conquistó a occidente. "A los himnos que le dieron fama, dice un escritor anglicano, debe el ritual sirio en todas sus formas, su vigor y su riqueza; a ellos se debe también, en gran parte, el lugar de privilegio que la himnología ocupa ahora en las iglesias de todas partes" (el Dr. John Gwynn, en el vol. XIII de "Nicene and Post-Nicene Fathers").

Efrén nació alrededor del año 306, en la población de Nísibis, de Mesopo-

* Según otro Doctor de la Iglesia, San Roberto Bellarmino, nuestro santo era "más piadoso que sabio".

tamia, región ésta que todavía se encontraba bajo el dominio de Roma. Por estas palabras que se atribuyen a Efrén, sabemos que sus padres eran cristianos: "Nací en los caminos de la verdad y, a pesar de que mi mente de niño no comprendía su grandeza, la conocí cuando llegaron las pruebas". En otra parte de ese mismo escrito que puede o no ser auténticamente suyo, nos dice: "Desde temprana edad, mis padres me mostraron a Cristo; ellos, los que me concibieron según la carne, me educaron en el temor de Dios... Mis padres fueron confesores ante el juez: ¡Sí! ¡Yo soy descendiente de la raza de los mártires!" A pesar de todo esto, se tiene generalmente por cierto que el padre y la madre de Efrén eran paganos y que hasta expulsaron al hijo pequeño de la casa, cuando éste, en su niñez, abrazó al cristianismo. A la edad de dieciocho años recibió el bautismo y, desde entonces, permaneció junto al famoso obispo de Nisibis, San Jacobo, con quien, se afirma, asistió al Concilio de Nicea, en 325. Tras la muerte de San Jacobo, el joven Efrén mantuvo estrechas relaciones con los tres jerarcas que le sucedieron. Probablemente era maestro o director de la escuela episcopal. Efrén se hallaba en Nisibis las tres veces en que los persas pusieron sitio a la ciudad, puesto que en algunos de los himnos que escribió ahí, hay descripciones sobre los peligros de la población, las defensas de la ciudad y la derrota final del enemigo en el año 350. Si bien los persas no pudieron tomar a Nisibis por los ataques directos, consiguieron entrar sin lucha a la ciudad trece años después, cuando Nisibis se les entregó como parte del precio de la paz que pagó el emperador Joviano, después de la derrota y la muerte de Juliano. La entrada de los persas hizo huir a los cristianos, y Efrén se refugió en una caverna abierta entre las rocas de un alto acantilado que dominaba la ciudad de Edessa. Ahí vivió con absoluta austeridad, sin más alimento que un poco de pan de centeno y algunas legumbres; y fue en aquella soledad inviolable donde escribió la mayor parte de sus obras espirituales.

Su aspecto era, por cierto, el de un asceta, según dicen las crónicas: de corta estatura, medio calvo y lampiño, tenía la piel apergaminada, dura, seca y morena como el barro cocido; vestía con andrajos remendados, y todos los parches habían llegado a ser del mismo color de tierra; lloraba mucho y jamás reía. Sin embargo, un incidente que relatan todos sus biógrafos, nos demuestra que a pesar de su seriedad, sabía apreciar una agudeza, aun cuando le afectara a él. La primera vez que bajó de la cueva para entrar en Edessa, una mujer que lavaba ropa junto al río, levantó la cabeza y se le quedó mirando con una fijeza irritante. Efrén se le acercó, la reconvino severamente por su audacia y le dijo que, en su condición de mujer, lo que convenía era bajar la vista modestamente al suelo. Pero ella no se inmutó y repuso con presteza: "¡No! Eres tú quien debe mirar al polvo puesto que de ahí vienes. Yo no procedo mal al mirarte, puesto que eres hombre y yo vengo de un hombre". Efrén quedó sorprendido por el ingenio rápido de aquella mujer y exclamó: "¡Si las mujeres de esta ciudad son tan listas, cuánto más sabios deben ser los hombres!"

Si bien la solitaria cueva era su morada y su centro de operaciones, no vivía recluido en ella y con frecuencia bajaba a la ciudad para ocuparse de todos los asuntos que afectaban a la Iglesia. A Edessa la llamaba "la ciudad bendita" y en ella ejerció gran influencia. Predicaba a menudo y, al referirse al tema de la segunda venida de Cristo y el juicio final, usaba una elocuencia tan vigorosa, que los gemidos y lamentos de su auditorio ahogaban sus palabras.

Consideraba como su principal tarea combatir las falsas doctrinas que

surgían por todas partes y, precisamente al observar el éxito con que Bardesanes propagaba erróneas enseñanzas por medio de las canciones y la música populares, Efrén reconoció la potencialidad de los cánticos sagrados como un complemento del culto público. Se propuso imitar las tácticas del enemigo y, sin duda, gracias a su prestigio personal, pero sobre todo al mérito grande de sus propias composiciones, las que hizo cantar en las iglesias por un coro de voces femeninas, consiguió suplantar los himnos gnósticos por sus propios himnos. A pesar de todo esto, no llegó a ser diácono sino a edad más avanzada. Su humildad le obligaba a rehusar la ordenación y, el hecho de que a veces se le designe como a San Efrén el Diácono, apoya la afirmación de algunos de sus biógrafos en el sentido de que nunca obtuvo una dignidad eclesiástica más alta. Por otra parte, en su escritos hay pasajes que parecen indicar que desempeñaba un puesto de sacerdote.

Alrededor del año 370, emprendió un viaje desde Edessa a Cesarea, en la Capadocia, con el propósito de visitar a San Basilio, de quien tanto y tan bien había oído hablar. San Efrén menciona aquella entrevista, lo mismo que San Gregorio de Nissa, el hermano de San Basilio, quien escribió un encomio del venerable sirio. Una de las crónicas declara que San Efrén extendió su viaje y que visitó Egipto, donde permaneció varios años, pero semejante declaración no está apoyada por alguna autoridad y no concuerda con los datos cronológicos de su vida, ampliamente reconocidos. La última vez que tomó parte en los asuntos públicos fue en el invierno, entre los años 372 y 373, poco antes de su muerte. Había hambre en toda la comarca y San Efrén se hallaba profundamente apenado por los sufrimientos de los pobres. Los ricos de la ciudad se negaban a abrir sus graneros y sus bolsas, porque consideraban que no se podía confiar en nadie para hacer una justa distribución de los alimentos y las limosnas; entonces, el santo ofreció sus servicios y fueron aceptados. Para satisfacción de todos, administró considerables cantidades de dinero y de abastecimientos que le fueron confiadas, además de organizar un eficaz servicio de socorro que incluía la provisión de 300 camillas para transportar a los enfermos. Según las palabras de uno de sus biógrafos más antiguos, "Dios le había dado la oportunidad de ganarse una corona al término de su existencia". Evidentemente, agotó sus energías en aquellos menesteres, puesto que, terminada su misión en Edessa, regresó a su cueva y sólo vivió treinta días más. Las "Crónicas" de Edessa y las máximas autoridades en la materia, señalan el año de 373 como el de su muerte, pero algunos autores afirman que vivió hasta el 378 o el 379.

San Efrén fue un escritor prolífico. Entre las obras suyas que han llegado hasta nosotros, algunas están escritas en el sirio original y otras son traducciones al griego, al latín y al armenio. Se las puede agrupar como obras de exégesis, de polémica, de doctrina y de poesía, pero todas, a excepción de los comentarios, están en verso. Sozomeno afirma que San Efrén escribió treinta millares de líneas. Sus poemas más interesantes son los "Himnos Nisibianos" (*carmina Nisibena*), de los que se conservan setenta y dos de un total de setenta y siete, así como los cánticos para las estaciones, que todavía se entonan en las iglesias sirias. Sus comentarios comprenden todo el Antiguo Testamento y muchas partes del Nuevo. Sobre los Evangelios no utilizó más que la única versión que circulaba por entonces en Siria, la llamada Diatessaron, la que, en la actualidad no existe más que en su traducción al armenio, no obstante que, en fechas

recientes, se descubrieron en Mesopotamia, algunos fragmentos antiguos escritos en griego.

A pesar de que es poquísimo lo que sabemos sobre la vida de San Efrén, no poco es lo que nos ayudan sus escritos a formarnos una idea sobre el hombre que fue. Lo que más impresiona al lector es el espíritu realista y cordialmente humano con que discurre sobre los grandes misterios de la Redención. Se diría que se anticipa a esa actitud de emocionada devoción ante los sufrimientos físicos del Salvador, que no llegó a manifestarse en el occidente antes de la época de San Francisco de Asís. Es conveniente dar aquí algunas muestras del lenguaje de San Efrén. Por ejemplo, en uno de sus himnos o comentarios (es difícil clasificar de una u otra manera a estas composiciones métricas), el poeta habla del aposento donde tuvo lugar la Ultima Cena, de esta manera:

> ¡Oh tú, lugar bendito, estrecho aposento en el que cupo el mundo! Lo que tú contuviste, no obstante estar cercado por límites estrechos, llegó a colmar el universo. ¡Bendito sea el mísero lugar en que con mano santa el pan fue roto! ¡Dentro de ti, las uvas que maduraron en la viña de María, fueron exprimidas en el cáliz de la salvación!
> ¡Oh, lugar santo! Ningún hombre ha visto ni verá jamás las cosas que tú viste. En ti, el Señor se hizo verdadero altar, sacerdote, pan y cáliz de salvación. Sólo El bastaba para todo y, sin embargo, nadie era bastante para El. Altar y cordero fue, víctima y sacrificador, sacerdote y alimento . . .

O bien, leamos esta descripción del momento en que Jesucristo fue azotado:

> Tras el vehemente vocerío contra Pilatos, el Todopoderoso fue azotado como el más vil de los criminales. ¡Qué gran conmoción y cuanto horror hubo a la vista del tormento! Los cielos y la tierra enmudecieron de asombro al contemplar Su cuerpo surcado por el látigo de fuego, ¡El mismo desgarrado por los azotes! Al contemplarlo a El, que había tendido sobre la tierra el velo de los cielos, que había afirmado el fundamento de los montes, que había levantado a la tierra fuera de las aguas, que lanzaba desde las nubes el rayo cegador y fulminante, al contemplarlo ahora golpeado por infames verdugos, con las manos atadas a un pilar de piedra que Su palabra había creado. ¡Y ellos, todavía, desgarraban sus miembros y le ultrajaban con burlas! ¡Un hombre, al que El había formado, levantaba el látigo! ¡El, que sustenta a todas las criaturas con su poder, sometió su espalda a los azotes; El, que es el brazo derecho del Padre, consintió en extender sus brazos en torno al pilar. El pilar de ignominia fue abrazado por El, que sostiene los cielos y la tierra con todo su esplendor. Los perros salvajes ladraron al Señor que con su trueno sacude las montañas y mostraron los agudos dientes al Hijo de la Gloria.

El documento conocido con el nombre de "Testamento de San Efrén", nos revela más ampliamente todavía el carácter del santo escritor. A pesar de que, posiblemente, haya sufrido alteraciones y agregados en fechas posteriores, no hay duda de que en gran parte, como afirma Rubens Duval, considerado como una autoridad en la materia, es auténtico, sobre todo los pasajes que

reproducimos aquí. San Efrén hace un llamado a sus amigos y discípulos, en el tono emocionado y de profunda humildad que encontrará el lector en los versos que siguen:

No me embalsaméis con aromáticas especias,
porque no son honras para mí.
Tampoco uséis incienso ni perfumes;
el honor no corresponde a mí.
Quemad el incienso ante el altar santo:
A mí, dadme sólo el murmullo de las preces.
Dad vuestro incienso a Dios,
y a mí cantadme himnos.
En vez de perfumes y de especias
dadme un recuerdo en vuestras oraciones...

Mi fin ha sido decretado y no puedo quedarme.
Dadme provisiones para mi larga jornada:
vuestras plegarias, vuestros salmos y sacrificios.
Contad hasta completar los treinta días
y entonces, hermanos haced recuerdo de mí,
ya que, en verdad, no hay más auxilio para el muerto
sino el de los sacrificios que le ofrecen los vivos.

Hay varios documentos, tanto en sirio como en griego, que pretenden ser biografías o notas biográficas de San Efrén. Los textos griegos fueron impresos por J. S. Assemani, en su introducción al primer volumen de *S.P.N. Ephraem Syri Opera* pp. 1-33, y en el prefacio al volumen tercero, pp. 23-35. A los textos sirios se los encontrará en *Bibliotheca Orientalis*, vol. I, p. 26, de Assemani y en *S. Ephraem Syri Hymni et Sermones*, vol. II, pp. 5-90, de Lamy. También hay dos textos similares, de origen nestoriano, impresos en *Patrologia Orientalis*, vol. IV, pp. 293-295, y vol. V, pp. 291-299. Por regla general se afirma que no puede depositarse ninguna confianza en las informaciones que proceden de esas fuentes. La discusión del carácter o la autenticidad de los trabajos que le han sido atribuidos a San Efrén, no tiene cabida en esta obra. El *Testamento de San Efrén*, un escrito muy interesante, fue traducido y editado con comentarios críticos por Rubens Duval en el *Journal Asiatique* de 1901, pp, 234-318. Véase también a C. W. Mitchell, en *St. Ephraem's Prose Refutations of Mani, Marcion and Bardesanes* (1912-1924); los artículos sobre San Efrén, con sus bibliografías, en *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. IV, pp. 342-375; DTC., vol. V, cc. 715-718; E. Emerau, *S. Ephraem, le Syrien* (1919); y G. Ricciotti, *Sant'Efrem Siro* (1925).

SANTOS MARCO Y MARCELIANO, MÁRTIRES (*c.* 287 P.C.)

EL INTERÉS por los santos Marco y Marceliano se ha reavivado en los tiempos modernos, gracias al descubrimiento de sus tumbas, junto con un fresco que representa a los dos mártires en el momento de su "coronación" y la de sus compañeros, en una parte de lo que fue la Catacumba de Santa Balbina y que lleva el nombre de los dos santos. Eran dos hermanos, ambos diáconos de la Iglesia romana, que perecieron al principio de la persecución de Diocleciano. Para tomar detalles de sus sufrimientos y su muerte, no hay otra fuente de información más digna de confianza que la llamada "Pasión de San Sebastián", una colección de tradiciones y leyendas del siglo quinto. De acuerdo con esos datos, Marco y Marceliano eran gemelos y de noble cuna, convertidos

al cristianismo desde su temprana juventud y ambos casados. Durante la persecución que estalló poco después de que Diocleciano ascendiera al trono imperial, los hermanos fueron arrojados en la prisión y condenados a morir decapitados, por sentencia de Cromancio, auxiliar del prefecto de Roma. Gracias a las súplicas de sus amigos, se postergó la ejecución de la sentencia y se dio a los prisioneros un plazo de treinta días, con la esperanza de que, en ese lapso llegasen a convencerse de que era necesario ofrecer sacrificios a los dioses, si querían salvar la vida. Con ese fin, se les trasladó de la prisión a la casa de Nicostrato, el escribano público y ahí acudieron sus esposas, sus hijos pequeños y sus parientes Tranquilino y Marcia, para doblegar su constancia con súplicas, razones y lágrimas; pero todo fue en vano, porque San Sebastián, quien era por entonces un oficial en la guardia del emperador, los visitaba a diario a fin de alentarlos a perseverar.

El resultado de aquella prueba y de las entrevistas y discusiones que tuvieron lugar, fue la conversión al cristianismo de los parientes y amigos paganos de los dos santos, de Nicostrato, el escribano, y hasta del mismo Cromancio, quien dejó en libertad a los prisioneros, renunció a su puesto y se retiró a vivir al campo. Marco y Marceliano se fueron a vivir en la casa de San Sebastián; sin embargo, y a pesar de hallarse al amparo de un servidor de la casa imperial, fueron traicionados por un renegado y capturados nuevamente. Fabiano, el auxiliar del prefecto que había reemplazado a Cromancio, los condenó a ser atados a postes de madera, con los pies clavados a ellos. Durante veinticuatro horas, los dos hermanos estuvieron expuestos en esta forma atroz, y luego los soldados los acribillaron con sus lanzas. Sus reliquias se trasladaron de las catacumbas a la iglesia de Santos Cosme y Damián. Ahora se las venera en la basílica romana de Santa Práxedes.

La parte de la *Pasión de San Sebastián* que se refiere a los Santos Marco y Marceliano, está impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV. Mucho se ha escrito sobre la cripta del cementerio de Santa Balbina desde su descubrimiento. Ver el estudio de G. Wilpert en el *Nuovo Bolletino di arch, crist.*, 1903, pp. 43-58; Wilpert, en *Römische Quartalschrift*, 1908, pp. 124-164 y 1930, pp. 1-5; O. Marucchi, en *Nuovo Bolletino*, 1909, pp. 221-235 y 1910, pp. 120-130; J. P. Kirsch en *Der Stadtrömische Christ Festkalendar* (1924), pp. 155-156; el CMH. de Delehaye, pp. 324-325 y el DAC, de Leclercq, vol. X (1932), cc. 1749-1753.

SAN AMANDO, Obispo de Burdeos (*c.* 431 p.c.)

En las cartas de San Paulino de Nola leemos que San Amando estuvo al servicio de Dios desde la infancia, que se amamantó con el conocimiento de las Sagradas Escrituras y que jamás se contaminó con los pecados de la carne y del mundo. Pero en cambio, no se sabe nada sobre su nacimiento ni sobre su familia. Se tienen informes de que San Delfino, obispo de Burdeos, le ordenó como sacerdote y le retuvo consigo para el servicio de su iglesia. Desde un principio, Amando desplegó un gran celo para glorificar a Dios. Fue él quien dio las instrucciones necesarias a San Paulino de Nola para prepararlo al bautismo y, a partir de entonces, hubo una gran amistad entre ellos. Con frecuencia le escribía San Paulino y, por las cartas que aún se conservan, sabemos que tenía una muy alta opinión de su piedad y sabiduría. A la muerte de San Delfino, en el año de 400, fue elegido San Amando para ocupar la sede vacante.

Renunció algunos años más tarde, en favor de San Severino; pero éste murió, e inmediatamente se convenció con ruegos a San Amando para que ocupase su antiguo puesto. "Si queréis ver obispos dignos de Dios", escribió San Gregorio de Tours, citando las palabras de San Paulino, "sólo tendréis que mirar a Exuperio de Toulouse, a Simplicio de Vienne, a Amando de Burdeos . . .". Se dice que San Amando conservó los escritos de San Paulino, pero hay dudas sobre el particular. Es incierta la fecha exacta de su muerte.

No contamos con otros materiales fuera de los mencionados antes para la biografía de San Amando. En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV, hay una breve nota sobre él. En cuanto a sus relaciones con San Paulino de Nola, consúltese a P. Reinelt, *Studien über die Briefe der hl. Paulinus* (1904), pp. 17 y ss.; Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 59; y el DHG., vol. II, c. 938.

SANTA ISABEL DE SCHÖNAU, VIRGEN (1164 P.C.)

TRES MONASTERIOS alemanes han llevado el nombre de Schönau: la comunidad de monjes cistercienses vecina a Heidelberg; un convento de monjas en Franconia; y una doble casa de benedictinos, no lejos de Bonn, cuyos dos edificios fueron construidos a expensas de Hildelino, quien fue su primer abad, en 1125. En el gran convento para monjas ingresó, a la edad de doce años, una chiquilla humilde llamada Isabel. Unos seis años después, en 1147, hizo su profesión. Desde entonces se entregó con gran fervor a las actividades religiosas del convento y, a pesar de su mala salud, usaba una camisa de cerdas, se disciplinaba con cadenas y practicaba otras mortificaciones. Al referirse a sí misma en uno de sus libros, dice: "La más vil de Sus pobres creaturas, agradece a Dios que, desde el momento en que entró a la orden hasta hoy, Sus manos la han empujado con tanta insistencia, que nunca dejó de sentir sus dardos en el cuerpo". Desde que cumplió ventitrés años en adelante, estuvo sujeta a extraordinarias manifestaciones sobrenaturales, visiones celestiales y persecuciones diabólicas. En una carta dirigida a su amiga Santa Hildegarda, describe Isabel la forma en que un ángel le mandó que anunciara la serie de calamidades que habrían de afligir a las gentes, a menos que hiciesen penitencia, y como ella tardó en cumplir con el mandato, el ángel se presentó de nuevo y la golpeó con un látigo, tan furiosamente, que estuvo enferma tres días. Pero algunas de las profecías hechas por boca de Isabel no se cumplieron y entonces volvió a aparecer el mensajero celestial para indicar que las gentes habían hecho penitencia y así se habían evitado las calamidades.

Por aquel entonces y durante largo tiempo, asaltaron a la santa terribles tentaciones; la mantenían en continuo sobresalto las súbitas apariciones en su celda o en otras partes del convento, de los demonios con hábitos de monjes, que se burlaban de ella y proferían horribles amenazas. En cierta ocasión vio al diablo en la forma de un gran toro negro que, al arrojarse sobre ella, se transformó en un haz de llamas de las que surgió un rebaño de cabras pestilentes. Pero aquel período de prueba sólo fue el preludio a una época de grandes consuelos y visitas de seres celestiales. Especialmente los domingos y fiestas de guardar, Isabel entraba en éxtasis durante la celebración de la misa. Según sus confesiones durante los arrobamientos recibía admoniciones y mensajes de un ángel o del santo cuya fiesta se conmemoraba. Veía a sus visitantes celestiales con tanta claridad que, pasado el éxtasis, describía con

lujo de detalles su aspecto, su vestimenta y la forma en que aparecían. De la misma manera, como si se representaran ante sus ojos corporales, presenciaba escenas de la Pasión, la Resurrección y la Ascensión del Señor. Algunas de sus visiones las reprodujo en cera, sobre tablillas y, a pedido del abad Hildelino, las enviaba a su hermano Egberto, un canónigo de Bonn, que posteriormente tomó el hábito en Schönau y sucedió a Hildelino en el cargo de abad. Esas notas, complementadas con sus explicaciones orales, aparecen en tres libros sobre las visiones de Isabel, compilados y publicados por Egberto, con un prefacio propio y una lista cronológica de las experiencias religiosas de su hermana.

El primero de esos libros está escrito con un estilo sencillo, como el que hubiera podido usar la propia Isabel; pero los otros tienen mayores complicaciones, tanto en el lenguaje como en las ideas y, en ocasiones, se pone en evidencia cierta inclinación a la teología que, sin duda pertenece a Egberto y no a Isabel. El caso se pone todavía en mayor evidencia en otro de sus trabajos: "El Libro de los Caminos de Dios", que fue escrito, al parecer, como una imitación al "Scivias" de Santa Hildegarda. En él aparecen advertencias muy severas y rigurosas, dirigidas a varias clases del clero y a los laicos; contiene una advocación del antipapa "Víctor IV", a quien favorecían los amigos de Egberto; y de acuerdo con los términos de la denuncia contra el Cathari y de las invectivas contra los prelados mundanos y los sacerdotes infieles, se ponen claramente de manifiesto la mente y la pluma de Egberto. El último de los libros de Isabel y el más famoso, fue una contribución suya a la Leyenda Ursulina. El libro tiene una historia singular. Las excavaciones practicadas en diversas ocasiones desde los principios del siglo doce, en uno de los distritos de Colonia, dieron como resultado el descubrimiento de una cantidad considerable de restos humanos. El sitio recibió el nombre de "Ager Ursulinus" y se creyó que, entre las osamentas, se encontraban los restos de Santa Ursula y de sus once mil vírgenes. Sin embargo, entre los huesos había esqueletos masculinos, así como gran número de tablillas (ahora se ha comprobado que todas eran falsificadas), que ostentaban los nombres de supuestos mártires. Gerlac, el abad de Deutz, quien tomó parte activa en el traslado de las supuestas reliquias de Santa Ursula, en 1142, y que pasó nueve años buscando los restos de las vírgenes, sus compañeras, recurrió a Egberto con la esperanza de que por medio de las visiones de su hermana Isabel, se aclarase el asunto que tanto le preocupaba.

Parece ser que Egberto insistió tenazmente para que su hermana accediera a ayudarlo y, presionada de esta manera, escribió una nueva versión fabulosa de la ya fantástica historia de Santa Ursula y la de todos los mártires recientemente "descubiertos" con la introducción de un tal Papa Ciríaco, que nunca existió. Que esta fábula extravagante, plagada de datos históricos, que con toda facilidad podía haberse comprobado que eran falsos, conquistase inmediatamente una amplia aceptación, ilustra de nuevo la inmensa e infortunada credulidad de la época. Por otra parte, esa rápida aceptación es también una prueba de la estima que se tenía por Isabel.

Sin duda que fue, en realidad, una mujer de buen juicio para los asuntos de la vida diaria, puesto que, de lo contrario, no habría podido soportar, como lo hizo, el cargo de superiora de su comunidad durante los últimos siete años de su vida. Su cargo era el principal, después del abad, quien gobernaba la doble comunidad. Isabel murió el 18 de junio de 1164, a los treinta y ocho

años de edad. Una confusión entre las abadías con el mismo nombre de Schönau, motivó que se considerase a Isabel como una monja del Cister y como a tal la registrase Molanus, en 1568, en la nueva edición del Usuardo. De ahí se trasladó su nombre al Martirologio Romano en 1584 y, desde entonces, sigue en su lugar, sin referencia alguna a sus escritos. Nunca se ha llagado a canonizar o siquiera a beatificar formalmente a Isabel y hay muchos puntos de vista divergentes, en cuanto a la naturaleza de sus visiones. Sin embargo, todos los críticos admiten que la propia Isabel, su hermano y quienes la conocieron bien, estaban firmemente convencidos de que aquellas experiencias espirituales procedían de lo alto.

Lo que sabemos sobre la vida de Isabel procede, sobre todo, de unas memorias que su hermano Egberto escribió y agregó a la mencionada colección de sus visiones. Este material biográfico, junto con una carta del propio Egberto, se halla impreso en *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV. La mejor de las ediciones sobre sus escritos y visiones, es la de F. W. E. Roth (1884). Este mismo editor sacó a la luz en 1886, lo que él llama *Libro de Oraciones* (*Gebetbuch*) de Isabel; sobre éste, cf. Omont, en el vol. XXXVIII (1905) de *Notices et Extraits des MSS. de la Bib. Nationale*. Las visiones sobre Santa Ursula, se hallan impresas también en el *Acta Sanctorum*, octubre, vol. VIII, pp. 165-173. Véase además a Nebe, en los *Annalen das Nassau Verein f. Alt...*, vol. VIII (1866), pp. 157-292; a Preger en *Deutsche Mystik*, vol. I, pp. 37-43 y L. Oliger, quien, en el vol. I (1926) de *Antonianum* ha demostrado que ciertas revelaciones atribuídas por Montalembert a Santa Isabel de Hungría, fueron tomadas, en realidad, de los escritos de Isabel de Schönau. Hay una biografía de tipo popular y con una selección de sus visiones, escrita por J. Ibach con el título de *Das Leben der hl. Jungfrau Elizabeth von Schönau* (1898). Véase también al P. Schmitz, en la *Revue Bénédictine*, vol. XLVII (1935), pp. 181-183; y *Analecta Bollandiana*, vol. LXXI (1953), pp. 494-496, donde se pasa revista a dos importantes estudios sobre la falsificación de las inscripciones.

BEATA OSANNA DE MANTUA, VIRGEN (1505 P.C.)

SI ESTUDIAMOS la historia interna de los estados italianos en los últimos años de la Edad Media, no podremos dejar de advertir el papel tan importante que desempeñaron varias santas mujeres de la época, a quienes los gobernantes y el pueblo en general solicitaban consejos e intercesiones y que llegaron a ser vistas, aun durante su vida terrena, como protectoras de la comunidad y mediadoras entre Dios y los hombres. Una de aquellas mujeres fue la Beata Osanna.

Nació el 17 de enero de 1449, en Mántua; fue hija de Nicola Andreasi y de Luisa Gonzaga, cuyo apellido indica que estaba relacionada con la familia ducal reinante. Osanna fue la mayor de una prole numerosa, y durante largas temporadas tuvo que hacerse cargo de la casa y de velar, durante toda su vida, sobre varios de sus hermanos menores.

A los cinco años de edad tuvo su primera experiencia religiosa: cierto día, mientras paseaba sobre la ribera del Po, a la altura de Carbonarola, escuchó una voz misteriosa que hablaba quedamente pero con toda claridad: "Niña, niña...: la vida y la muerte consisten en amar a Dios." Inmediatamente cayó en un arrobamiento, y su espíritu fue conducido por un ángel hasta el paraíso, donde vio a todas las creaturas que alababan a Dios a su manera. El ángel le explicó que los actos de adoración, los cuales habrán de ser nuestra actividad principal en la eternidad, deben ser también nuestra preocupación esencial y nuestra dicha en esta vida. Era una revelación extra-

ordinaria para una niña tan pequeña, pero Osanna respondió con la entrega total de su ser a Dios.

Desde aquella temprana edad comenzó a dedicar muchas horas a la plegaria y la penitencia. A menudo caía en éxtasis, para angustia de sus padres, quienes, al principio, atribuían los trances a la epilepsia. La niña pidió que le enseñasen a leer, a fin de conocer su religión, pero su padre se negó a permitirle que estudiara, con el pretexto de que las ciencias no estaban hechas para las mujeres. A pesar de la estricta prohibición, la chiquilla aprendió muy pronto a leer y a escribir, caso éste que algunos de sus biógrafos atribuyen a la intervención directa de Nuestra Señora, pero que se explica sin necesidad de milagros, por el hecho de que Osanna era una criatura inteligente, muy capaz de aprender por sí misma mientras asistía a las lecciones que los maestros impartían a sus hermanos. A la edad de catorce años, pidió permiso para ingresar a la tercera orden de Santo Domingo, pero de nuevo se enfrentó a la tenaz oposición de su padre que deseaba casarla con algún buen partido. Poco tiempo después, sin embargo, la autorizó para tomar el hábito de los dominicos, como una muestra de acción de gracias por haber sanado de una grave enfermedad. La autorización paterna comprendía una breve temporada en el convento, pero al cumplirse el plazo, Osanna anunció que se había comprometido a permanecer ahí para toda la vida y, a fin de cuentas, el señor Andreasi, tuvo que dominar su enojo y resignarse a dejar a su hija en el convento.

Por extraño que parezca, Osanna no hizo su profesión como terciaria y vivió treinta y siete años en la comunidad como novicia, dichosa de ocupar el último lugar en las reuniones y las ceremonias de los terciarios. Se desconocen las razones que tuvo para demorar tanto tiempo su profesión; es probable que, en su fuero interno, se sintiese incapaz de realizar las tareas y las salidas al mundo que realizaban sus hermanas. Era bastante joven todavía cuando murieron sus padres, y ella vivió enclaustrada en su casa, dedicada a cuidar a sus hermanos y sus familiares, sin solicitar jamás nada para sí misma, como si fuese la última de las sirvientas. Los momentos que hubiera podido dedicar al descanso los empleaba en ejercicios de penitencia y devoción.

A la edad de dieciocho años, Osanna recibió otro señalado favor del cielo: en una visión, presenció cómo Nuestra Señora la desposaba con su Hijo Divino y el propio Jesús le colocaba un anillo en el dedo. Osanna sintió siempre la presión de aquel anillo que era invisible para los demás. Por aquel entonces, parece haber sido víctima de una especie de persecución. En sus cartas, se mostraba reticente y dispuesta a culparse a sí misma por todas sus desventuras; pero al parecer, sus hermanas terciarias le habían juzgado mal y la acusaban de falsedad y de haber inventado las extraordinarias manifestaciones espirituales que, no obstante sus esfuerzos por ocultarlas, se adivinaban fácilmente. Sus contrarios llegaron hasta el extremo de denunciarla ante el duque de Mántua y de amenazarla con la expulsión de la orden. Largo tiempo duró la animosidad contra ella. Entre los años de 1476 y 1481, tuvo una serie de experiencias que le permitieron participar en los sufrimientos de la Pasión de Cristo: primero la coronación con espinas, después la herida en el costado y, por fin, las heridas en las manos y en los pies. Las llagas no aparecieron en sus carnes, pero la hacían sufrir dolores muy intensos.

La gran estimación que profesaba el duque Federico de Mántua por la

beata, se puso de manifiesto a fines de 1478. En vísperas de partir a la campaña militar en Toscana, el duque la mandó llamar para pedirle no sólo que velase por el bienestar de la duquesa y sus seis hijos, sino que ocupara su puesto de jefe de familia y gobernante durante su ausencia. Al principio, Osanna se resistió, alegando su inexperiencia y su juventud, puesto que aún no cumplía los treinta años; pero ante la insistencia del duque, terminó por ceder con aquella sencillez y absoluta confianza en la ayuda de Dios que la caracterizaron toda su vida. A pesar de que su morada era la casa de los Andreasi, pasaba la mayor parte del tiempo en el palacio ducal, donde atendía con tanta habilidad y cordura los diversos asuntos que, aun después del regreso de Federico, éste la consultaba de continuo sobre cuestiones de gobierno. Por cierto que, cuando al duque le pareció que se prolongaba demasiado un viaje que Osanna tuvo que hacer a Milán por mandato de los superiores de su orden, la mandó llamar con toda premura. Tanto él como la duquesa y sus hijos consideraban a Osanna como a la amiga más íntima y, cuando el heredero Francisco II sucedió a su padre en el trono de Mántua, él y su esposa, Isabel d'Este, conservaron la tradición. En cartas que se conservan, se advierte la confianza que tenía Osanna en el afecto de los duques para conseguir que socorriesen a todos los necesitados: a veces, pedía que hiciesen justicia a alguna víctima del infortunio; otras, solicitaba merced para un acusado o un prisionero. Por fin, en el año de 1501, hizo su profesión completa como terciaria y, durante los cuatro años que aún vivió, sobre todo en los períodos en que estuvo enferma, parecía haber perdido todo contacto con este mundo. Murió a la edad de cincuenta y seis años, el 20 de junio de 1505. Los duques de Mántua, que estaban a su lado cuando expiró, le costearon un espléndido funeral y eximieron de pagar impuestos a todos los miembros de la familia Andreasi durante veinte años.

No estará de más, aunque sólo sea como un tributo a la memoria de Edmund Gardner, calificado como "el bienamado y santo investigador", por el profesor R. W. Chambers, reproducir aquí algunos párrafos del ensayo que escribió y que imprimió en privado sobre Osanna de Mántua, bajo el título de *Una Mística del Renacimiento.* Al referirse la visión que tuvo la beata en su niñez, el profesor Gardner nos revela que ella misma confesó "el gran temor que la embargaba al pensar que ella no amaba a Dios de una manera tan absoluta y perfecta como era necesario amarlo" y cómo aspiraba a llegar a aquel estado de perfección y oraba para conseguirlo.

Aquella su plegaria, así como otros escritos y cartas, nos fueron conservados por un monje amigo de Osanna, cuyas relaciones con ella nos recuerdan las del fraile dominico Pedro de Dacia con la estigmatizada Cristina de Stommech, dos siglos antes. El profesor Gardner se refiere a aquel curioso período del desarrollo espiritual de la beata en el siguiente párrafo:

> En la vida mística de Osanna, el elemento peculiar es la parte que desempeñó en ella el sentimiento de una amistad intensa y puramente espiritual hacia un hombre diez años menor, Girolamo da Monte Oliveto. El nos revela que era un muchacho de quince años y se dirigía a escuchar una conferencia, en Mántua, cuando entró a la iglesia y la vio arrobada en la contemplación. Desde entonces, Girolamo llevó aquella imagen grabada en su corazón y quedó a tal punto conmovido que, con el correr

del tiempo, tomó el hábito religioso, se hizo sacerdote y, luego de muchos ruegos y circunloquios, convenció a Osanna para que le aceptara como hijo espiritual. Los "coloquios espirituales" que Girolamo publicó después de la muerte de la beata, constituyen un registro de las conversaciones que sostenían, "de corazón a corazón y sólo Dios entre nosotros", como él dice. "¡Qué gran bondad la de Dios!", exclama a continuación. "Nuestros corazones estaban unidos con una sola voluntad, en Su presencia. Tan grande era el amor innato entre nosotros, que no puedo hablar de él, y recordarlo sin llorar. La doncella amaba a su hijo en Cristo como a su alma. ¡Oh, gran caridad de Dios! Seguramente que él hizo nacer aquel amor en nuestros corazones, antes de que hubiese una conversación espiritual entre nosotros y aun antes de conocernos". En algunas visiones que tuvo Osanna, contempló a su alma junto a la de Girolamo, en presencia de Dios; y sus cartas, dirigidas al amigo cuando éste tenía que ausentarse de Mántua, tienen la forma de la epístola amorosa espiritualizada. "He recibido una tierna y amable carta tuya: no soy capaz de expresar con las palabras la dicha que me produjo..." "Mi alma se regocija con cada uno de tus consuelos, como si tú y yo fuésemos un solo espíritu y un solo corazón, como lo somos en verdad, por medio del vínculo y el efecto de la caridad del dulce Jesús". El caso se repite en las ocasiones en que Osanna recibe la noticia de que su "caro amante in Cristo", como lo llama, había regresado a Mántua, por lo que ella da rienda suelta a su júbilo: "Sin duda que no podrás imaginarte cómo, al saber que estabas de vuelta, sentí que perdía el aliento a causa de la inmensa alegría. ¡Padre y único hijo mío, concebido en la gran fuente de la Divina Bondad, si hubieses visto mudar de color a tu indigna madre! ¿Dónde se podría encontrar un amor más sincero? Yo te respondo que sólo se encuentra en el santo costado de nuestro Salvador. Y este amor espiritual ha crecido con tanta lozanía, que estoy segura de que, con la ayuda divina, ni el ángel ni el arcángel, ni el demonio ni cualquier otra creatura podrá romperlo, sino que, por el contrario y con la gracia de Dios, llegará a la perfección en nuestra bendita patria eterna".

Las relaciones de Osanna con el mundo exterior, con aquella sociedad de su época, corrompida en gran parte y empapada en el semi-paganismo del Renacimiento, estuvieron, según piensa el profesor Gardner, profundamente alentadas por la influencia de Savonarola. Es verdad que, en ninguna de sus cartas o escritos de la época menciona el nombre del gran reformador; pero "estoy convencido", dice Gardner, "de que ello se debe a una deliberada supresión por parte de sus biógrafos".

Se registró el hecho de que, en sus vigilias nocturnas, leía continuamente *El Triunfo de la Cruz,* la obra más importante de Savonarola. También pertenecen al espíritu del fraile reformador las visiones que tenía Osanna sobre los horrores que el cielo le tenía reservados a Italia, así como sus oraciones para que el rayo de la cólera divina no cayese sobre el país. "Una y otra vez", dice el profesor Gardner, "hizo vaticinios sobre el fantasma calamitoso que amenazaba a Italia, por los pecados de los italianos, y que dejaría caer sobre la tierra mil desventuras, a menos que el pueblo hiciese penitencia; especialmente en los años iniciales del siglo dieciséis, la beata observaba con angustiosa preocupación

el gobierno del Papa, al tanto del daño que acarrearía a la Iglesia la corrupción que crecía en su seno. Girolamo nos dice que "vivía en constante temor por la Iglesia", y es evidente que, por prudencia, no se extiende más sobre el asunto. Por otra parte, al mismo tiempo que Osanna creía a pie juntillas en la inminente condenación de numerosísimos pecadores, también veía almas que se salvaban y, frecuentemente, a las mismas personas que trataba.

> Hay una excepción: la del Sumo Pontífice Alejandro IV. Tras una de sus revelaciones, le dijo a Girolamo que había orado tres veces por la salvación del Papa. En las dos primeras ocasiones, Dios parecía bien dispuesto a mostrar misericordia; la tercera vez no obtuvo respuesta. "Pero mi alma perseveraba en la demanda y entonces apareció Nuestra Señora, la santa Madre de Dios, y comenzó a suplicar ante Su hijo y así consolaba mi alma angustiada por la salvación del Papa y la renovación de la Santa Iglesia. Después llegaron todos los Apóstoles, que se formaron en semicírculo ante el Señor y rogaron para que mostrara su misericordia hacia él. ¡Lástima, pecadora de mí! Dios se mantenía inmóvil, con el aspecto y el porte de la cólera; y no dio respuesta alguna a los que suplicaban: ni a la Madonna, ni a los Apóstoles, ni a mi alma."

Para finalizar, el profesor Gardner insiste en que Osanna no era una de esas místicas que vuelven enteramente la espalda al mundo para absorberse en su propio desarrollo espiritual y en sus progresos hacia la perfección.

> Nunca fue feliz, nos dice Girolamo; ni aun en aquellos días en que se dedicaba a las obras de misericordia temporales de visitar a los enfermos, dar socorro a los pobres, consolar a los afligidos. Siempre la vimos en el acto de proteger a los débiles y oprimidos por el rigor de la ley y en el de utilizar su influencia para remediar las injusticias. Lo mismo nobles que plebeyos, ricos o pobres, acudían a su casa en busca de consuelo y de consejo y, en el libro de Girolamo nos encontramos a menudo con graciosos pasajes de lo que ocurría cuando sus coloquios espirituales quedaban interrumpidos por la llegada intempestiva de ciertos personajes importantes del barrio aristocrático". Su espíritu generoso, no le impedía preocuparse por los intereses de sus hermanos, en donde quiera que se hallase; hay una breve carta encantadora que Osanna escribió en ocasión del cantamisa de un sobrino suyo, para informar al marqués de Mántua que después de la ceremonia recibiría a los frailes, e invitándole a formar parte del grupo.

La biografía de la Beata Osanna, escrita en latín por su confesor, Francesco Silvestri, se publicó algunos meses después de su muerte. El monje Dom Girolamo, al que hicimos referencia, publicó sus coloquios y sus cartas en 1507, en un volumen. Pero el material informativo sobre su historia, se encuentra en el libro de G. Bagolini y L. Ferretti, *La Beata Osanna Andreasi di Mantova* (1905). En esa obra, los autores incluyen los materiales a que nos referimos antes y agrega una considerable cantidad de cartas originales de Osanna. Véase también a M. C. de Ganay, *Les Bienhereuses Dominicaines* (1924), pp. 369-412.

19: SANTA JULIANA FALCONIERI, VIRGEN. FUNDADORA DE LAS MONJAS SERVITAS (1341 P.C.)

SANTA Juliana fue una de las dos glorias de la noble familia de los Falconieri, junto con su tío, San Alejo, uno de los Siete Santos Fundadores de la Orden Servita. Su padre, Chiarissimo, y su madre, Riguardata, formaban una pareja muy devota y de gran riqueza, que costeó la construcción total de la magnífica iglesia de la Annunziata, en Florencia. Tanto él como ella habían pasado de la edad madura después de largos años de matrimonio sin haber tenido hijos, cuando nació Juliana, en 1270, como respuesta a la oración constante de la pareja. Después de la muerte de Chiarissimo, ocurrida cuando Juliana era muy pequeña, su tío Alejo compartió con Riguardata la tarea de educarla. Juliana nunca se preocupó por las diversiones y ocupaciones que interesaban a las niñas de su edad y prefería pasar el tiempo en la iglesia o en ejercicios de devoción. Su madre solía decirle que, si descuidaba la aguja y la rueca, le sería difícil encontrar marido. Pero aquella amenaza no provocaba ningún temor en Juliana y, al descubrir que su familia estaba en tratos con otras para arreglarle un matrimonio de conveniencia, llamó a solas a su tío y a su madre y les anunció su decisión inflexible de consagrarse a Dios y renunciar el mundo. Por entonces, sólo tenía quince años. Luego de recibir minuciosas y profundas instrucciones por parte de San Alejo, recibió el hábito de las servitas de manos de San Felipe Benizi, en la iglesia de la Annunziata y, un año después, hizo su profesión como terciaria de la orden.

Al parecer, el ritual empleado en aquella ocasión fue idéntico al que se utilizaba para recibir la profesión de un monje servita. Juliana continuó en su casa, y Riguardata, que en un principio se había opuesto a la profesión de su hija, acabó por ponerse bajo su dirección. Juliana tenía treinta y cuatro años cuando perdió a su madre, en 1304, y entonces abandonó su casa para trasladarse a otra, donde llevó una vida comunitaria con otras varias mujeres que se dedicaban a la plegaria y las obras de misericordia. Su hábito se asemejaba al de los monjes de la Orden Servita, sólo que, para facilitar sus trabajos manuales, llevaban mangas un poco más cortas por lo que se les puso el sobrenombre de "Mantellate", un término que, posteriormente, se aplicó a las terciarias en general. Luego de reiteradas negativas y a causa de los ruegos de sus compañeras, Juliana aceptó desempeñar el puesto de superiora y redactó un código de reglamentos que fue confirmado oficialmente por el Papa Martín V, ciento veinte años más tarde. De la misma manera como la Orden de las Siervas de María se adjudica a San Felipe Benizi, porque fue él quien redactó su constitución, también se venera a Santa Juliana como fundadora de todos los sectores para religiosas de la Orden Servita, a pesar de que no fue ella la primera en figurar en sus filas.

Sus contemporáneos y las monjas que tuvieron el privilegio de ser conducidas por ella, dan testimonio de que su celo, su caridad y sus austeridades eran extraordinarios. Todos los que tuvieron alguna relación con ella, gozaron de su afectuosa bondad; nunca dejó escapar una oportunidad de ayudar a otros, sobre todo cuando se trataba de reconciliar a los enemigos, rescatar a los pecadores y aliviar a los enfermos. Sus mortificaciones llegaron a afectar gravemente

su salud y, hacia el fin de su existencia, sufrió mucho a causa de los trastornos gástricos. Había adquirido la costumbre de comulgar tres veces a la semana y le causó una pena muy honda dejar de hacerlo durante su última enfermedad, porque sus frecuentes vómitos le impedían recibir el sacramento. Juliana murió en 1341, a los setenta y un años de edad y fue canonizada en 1737.

En la colección de datos para la canonización de Santa Juliana, se hace referencia al hecho milagroso con que la Sagrada Eucaristía la consoló en sus últimos momentos. Asimismo, en memoria de aquel acontecimiento, las monjas de la orden llevan, en la parte superior izquierda de su hábito, sobre el pecho, la figura de una hostia circundada por rayos. Se declaró que todavía existe un documento que fue redactado a los dieciocho días de la muerte de Santa Juliana, en presencia de numerosos testigos que rodeaban su lecho. El original está en latín y su traducción es ésta:

> "El dejó memoria de sus maravillosas palabras" (Sal. cx-4). Pongamos nosotros en un registro cómo, hace dieciocho días, murió nuestra hermana Juliana y voló al cielo para reunirse con su esposo Jesús. Sucedió de esta manera:
>
> Tenía más de setenta años de edad y su estómago se había debilitado a tal extremo, a causa de las penitencias que se imponía voluntariamente, a causa de los ayunos, las cadenas, los cinchos de acero, a causa de las disciplinas, las vigilias, las mortificaciones y abstinencias, que no podía ingerir ni retener ningún alimento. Al saber que, por aquella razón, estaría privada del viático del Sacratísimo Cuerpo de Cristo, nadie puede imaginar lo mucho que se lamentó y lloró, hasta el grado de que todos cuantos la observaban temieron que fuera a morir por la vehemencia de su dolor.
>
> Con toda su humildad, suplicó al padre Giacomo de Campo Reggio que, por lo menos le trajese al Santísimo Sacramento en una píxide y lo colocase frente a ella. Así se hizo; pero en cuanto apareció el sacerdote que portaba el Cuerpo de Nuestro Señor, ella se arrojó de bruces al suelo, extendió los brazos en cruz y adoró a su Maestro.
>
> Todos vieron entonces que se le iluminó la cara, como la de un ángel. Suplicó entre sollozos que si no se le permitía unirse a Jesús, se la autorizara al menos a besarlo; pero el sacerdote se rehusó. Sin que cesaran sus gemidos, pidió que sobre la hoguera de su pecho extendiesen un velo y dejasen encima la hostia consagrada. Esta gracia le fue otorgada; pero entonces, ¡oh prodigio maravilloso!, la hostia que acababa de tocar el sitio bajo el cual latía su amante corazón, se perdió de vista y nunca más pudo ser hallada. Y en el preciso momento en que la hostia desapareció, Juliana, con una expresión de indescriptible júbilo en el rostro, como si estuviera arrobada en éxtasis, murió en el beso a Su Señor para asombro y admiración de todos los que estaban presentes: testigos: hermana Juana, hermana María, hermana Isabel, el padre Giacomo y otros de la casa."

La mencionada hermana Juana llegó a ser Beata Juana Soderini (1o. de septiembre), quien sucedió a la fundadora en el cargo de superiora general. Lo más curioso del caso es que no se mencione en el escrito el dato de haberse encontrado sobre la carne, en la parte izquierda del pecho de la santa, una marca redonda, con la forma de la hostia, como se comprobó después. Ninguna

de las autoridades en la materia hizo mención de este prodigio antes de 1384, fecha en que apareció un manuscrito titulado "Giornale o Ricordi", escrito por el monje servita Nicola Mati, que trae una frase al respecto. El monje dice textualmente, al referirse a la Beata Juana Soderini: "Ella fue la dichosa discípula que descubrió, antes que la hermana Isabel o cualquier otra, sobre el pecho de Santa Juliana, la increible maravilla de la figura de Cristo en la cruz, grabada sobre su carne, dentro de un círculo como una hostia." Debe admitirse, sin embargo, que el padre Mati habla del prodigio como de algo que, en su tiempo, era bien sabido por todos.

A pesar de lo que pueda suponerse, las informaciones que pueden obtenerse sobre la vida de Santa Juliana, son muy escasas. Los promotores de la causa de su beatificación parecen haberse conformado con obtener pruebas sobre un culto antiquísimo y sobre los milagros obrados por sus reliquias. Los bolandistas tuvieron que darse por satisfechos con reproducir en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV, una breve biografía traducida del italiano por el Padre Archangelo Giani. Hay otra breve biografía escrita en francés por Fr. Soulier y otra más, en el mismo idioma, por el cardenal Lépicier; en italiano existen las de Poletti (1903), Barbagallo (1912) y Panichelli (1928); existe una vida de tipo popular, escrita en inglés, en 1951, por M. Conrayville. La copia del original latino de la declaración citada arriba, fue impresa por el P. V. de Buck en el *Acta Sanctorum*, octubre, vol. XII, pp. 403-404, en la nota correspondiente a la Beata Juana Soderini.

SANTOS GERVASIO Y PROTASIO, MÁRTIRES (Fecha desconocida)

SAN AMBROSIO, en una carta dirigida a su hermana Marcelina, relata las circunstancias en que fueron encontradas las reliquias de los Santos Gervasio y Protasio quienes, desde aquel entonces hasta nuestros días, han sido venerados como los primeros mártires de Milán. San Ambrosio cuenta que, terminada la construcción de la famosa basílica que lleva su nombre, se preparaba para la ceremonia de la dedicación, cuando se le acercaron algunas gentes del lugar para pedirle que diese mayor solemnidad al acto y repitiese el ceremonial con el que había consagrado en Roma, recientemente, una iglesia dedicada a los Apóstoles; al mismo tiempo, solicitaron que se conservaran en la nueva iglesia de Milán, algunas reliquias de santos. "Así lo haré", repuso San Ambrosio, "si es que puedo encontrar esas reliquias". Con el propósito de cumplir con su promesa (San Agustín dice que actuó de acuerdo con las informaciones que había recibido durante una visión), ordenó que se procediera a excavar en el sector de la iglesia y cementerio de Santos Nabor y Félix. No tardaron en ser descubiertos los restos de dos hombres muy altos que habían sido enterrados uno junto al otro. Las cabezas estaban separadas de la columna vertebral, pero el resto de los esqueletos se halló completo. Aquellas osamentas se identificaron como los restos de los santos Gervasio y Protasio, de quienes no se recordaba nada más que sus nombres y una vaga tradición de su martirio. Las reliquias fueron trasportadas en literas a la basílica de Fausto, a donde acudió a venerarlas una gran multitud y de ahí se trasladaron a la basílica Ambrosiana, entre las aclamaciones regocijadas de la población de Milán. Las noticias que se propalaron respecto a numerosos milagros que tuvieron lugar durante la traslación de las reliquias, se consideraron como testimonios sobre la autenticidad de las mismas. Por aquel entonces se hallaban en Milán, junto a San Ambrosio, su secretario Paulino y San Agustín, y los tres mencionan en particular, el caso de un carnicero llamado Severo que estaba

ciego y recuperó la vista al tocar la orla del manto con que iban cubiertos los restos de los santos mártires. El carnicero, agradecido, hizo el voto de entregarse, durante el resto de su vida, al servicio de la iglesia donde se conservaban las reliquias y ahí se encontraba todavía en 411, cuando Paulino se dedicaba a escribir la biografía de San Ambrosio.

No se puede dar crédito a las llamadas "actas" de estos dos santos, ya que están fundadas en una carta que, si bien pretende haber pertenecido a San Ambrosio, está universalmente considerada como espuria. Las "actas" dicen que Gervasio y Protasio eran gemelos, hijos de los mártires Vitalis y Valeria; sufrieron el martirio cuando estaba a punto de terminar la persecución de Nerón, diez años después de la muerte de sus padres. Se afirma que para matar a Gervasio, los verdugos utilizaron látigos armados con puntas de hierro; a Protasio, lo decapitaron.

Estos dos mártires han sido objeto de muchas discusiones por parte de los historiadores. El Dr. J. Rendel Harris hizo el atrevido intento de identificarlos con los dioses paganos Cástor y Polux, en tanto que otros estudiosos, se han contentado con negar su existencia. Sin embargo, la mayoría de los hagiógrafos modernos los consideran como auténticos mártires que perecieron durante el reinado del emperador Antonino, o en época anterior, y cuya historia se desconoce. Por expreso deseo de San Ambrosio, sus restos mortales fueron sepultados junto a los de Gervasio y Protasio y, uno de sus sucesores en la sede de Milán, Angilberto II, hizo tallar un suntuoso sarcófago de pórfido para los tres cadáveres, en el siglo noveno. Hubo una época en que, a raíz de la desaparición de los restos, se supuso que el emperador Federico Barbarroja se los había llevado para distribuirlos en numerosas iglesias de Francia y Alemania, pero llegó a comprobarse que esa idea era falsa. En la actualidad, descansan en paz bajo el altar mayor de la basílica de San Ambrosio, en el mismo sitio donde fueron descubiertos en 1864. En aquel entonces se construyó una cripta para que los devotos pudiesen llegar hasta el sitio en que se ven los restos a través de un muro de cristal. Desde fechas muy antiguas, casi todos los calendarios y martirologios contienen la nota que conmemora a los santos Gervasio y Protasio en este día, 19 de junio.

Los párrafos más importante en los escritos de San Ambrosio, San Agustín, Paulino, etc., con referencias a estos santos, se encuentran en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV, así como la supuesta carta de San Ambrosio en que se relata su historia. Para la cuestión del descubrimiento de los restos por parte de San Ambrosio, véase a F. Savio, *Gli Antichi Vescovi d'Italia, Milano*, pp. 788-810; a F. Lanzoni, *Diocesi d'Italia*, vol. II, pp. 1000-1007; y CMH., pp. 325-326. Hay cierta dificultad para hacer coincidir las declaraciones de San Ambrosio y San Agustín respecto a la fecha y el día de la semana en que fueron descubiertos y trasladados los restos de los mártires; para este asunto, véase a Delehaye en *Analecta Bollandiana*, vol. XLIX (1931), pp. 30-34. El P. Franchi de Cavalieri en el *Nuovo Bolletino di archeologia cristiana*, vol. IX (1903), pp. 427-432, se refiere a los intentos de identificación de Gervasio y Protasio con el Dioscuri.

SAN DEODATO o DIDIER, Obispo de Nevers (¿679? p.c.)

San Deodato, conocido en su tierra natal como Didier o Dié, fue muy venerado en Francia, y se registraron no menos de nueve traslaciones de sus reliquias, entre los años 1003 y 1851. Deodato llegó a ser obispo de Nevers alrededor del año 655 y, en 657, asistió al sínodo de Sens, junto con San Amando de

Maestricht, San Eligio de Noyon, San Owen de Rouen, San Paladio de Auxerre y San Faro de Meaux. Tras de ocupar la sede episcopal durante varios años, renunció a ella y se trasladó a los Vosgos para llevar una vida de soledad y mortificación. Desde aquel momento, su historia queda a merced de las tradiciones inciertas que vinculan su nombre al de otros santos varones, muchos de los cuales, ni siquiera fueron sus contemporáneos. De acuerdo con sus biógrafos, fue obligado a abandonar el sitio que había elegido para vivir, a causa de la hostilidad de las gentes de la comarca; entonces se refugió en una isla, frente a Estrasburgo, donde ya se habían instalado otros solitarios. Todos reunidos llevaron vida comunitaria, dedicada a la oración y la penitencia. San Deodato llegó a ser el superior y, con la ayuda del rey Childerico, construyó una iglesia.

Aquella comunidad fue el núcleo del que surgió, posteriormente, la abadía de Ebersheim. San Deodato, que sólo anhelaba entregarse a la contemplación, decidió apartarse de aquella existencia activa, para buscar un sitio donde pudiese servir a Dios sin otras preocupaciones. Sin embargo, a donde quiera que iba, se encontraba con la oposición y aun la persecución de los habitantes del lugar. A fin de cuentas, regresó a su primitivo retiro de los Vosgos y ahí, en el sitio llamado Valle de Galilea, conocido ahora como Valle de Saint Dié, se estableció definitivamente. No tardaron en acudir los discípulos y Deodato fundó para ellos un monasterio que fue llamado "Jointures", porque se hallaba en el punto donde se juntaban los ríos Rothbach y Meurthe. La comunidad adoptó la regla de San Columbano. No lejos de Jointures (el actual Saint Dié) estaba Moyenmoutier, donde otro obispo retirado, San Idulfo de Trier, gobernaba a otro grupo de ermitaños. Los dos santos se hicieron amigos y periódicamente visitaban sus respectivos monasterios. Fue San Idulfo quien acudió desde Moyenmoutier para administrar los últimos sacramentos a San Deodato, y éste le encomendó a aquél su comunidad. A su muerte, San Deodato era muy anciano y durante muchos años compartió el trabajo de dirigir su comunidad con largas horas de meditación en una celda vecina al monasterio.

La extensa biografía escrita en el siglo décimo e impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV, no tiene valor histórico. El papel desempeñado por Deodato en la fundación de Jointures, es también de dudosa autenticidad. Véase a Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, p. 484.

SAN BRUNO o BONIFACIO DE QUERFURT, OBISPO Y MÁRTIR (1009 P.C.)

ESTE santo monje misionero, descendiente de una noble familia sajona, vino al mundo alrededor del año 974, en Querfurt y fue bautizado con el nombre de Bruno. Recibió su educación en Magdeburgo, la ciudad de San Adalberto y de ahí pasó a la corte del rey Otto III, quien le profesaba mucho afecto y le dispensaba su confianza. El monarca lo nombró capellán de la corte; en el año 998, cuando Otto viajó a Italia, se llevó consigo a Bruno y éste, lo mismo que el rey, quedó bajo la saludable influencia de San Romualdo. Con el recuerdo de San Adalberto de Praga, martirizado el año anterior, fresco en su memoria, Bruno quiso seguir su ejemplo y, a instancias de San Romualdo, tomó el hábito de monje en la abadía de los santos Bonifacio y Alejo, en Roma. Alrededor del año 1000, se unió a San Romualdo y, con la generosa ayuda del emperador,

fundaron los dos el monasterio de Pereum, cerca de Ravena.

Fue en aquel lugar donde Bonifacio (desde que tomó los hábitos le cambiaron el nombre de Bruno por el de Bonifacio) se sintió llamado a llevar el mensaje del Evangelio a los valetianos y prusianos. En consecuencia, resolvió volver a unirse a San Adalberto, cuya biografía comenzaba a escribir por entonces y, tras de recibir la aprobación imperial, envió a dos monjes a Polonia para que aprendieran la lengua eslovaca, mientras él se trasladaba a Roma para obtener la comisión del Papa. Cuando realizaba aquellas gestiones, el 10 de noviembre de 1003, llegaron las noticias funestas de que aquellos dos monjes, Benedicto y Juan, junto con otros tres que los acompañaban, habían sido brutalmente asesinados por una banda de asaltantes en Kazimierz, cerca de Gniezno. Bonifacio, que se disponía a unirse a aquel grupo de avanazda, quedó profundamente impresionado e hizo el proyecto, que más tarde realizó, de escribir la historia de aquellos monjes como un homenaje, bajo el título de "Los Cinco Hermanos Mártires". Poco tiempo después, con la autorización del Papa Silvestre II, emprendió el viaje hacia Alemania en mitad del invierno y con un frío tan riguroso, que muchas veces tenía que detenerse porque sus botas, congeladas y endurecidas, le impedían caminar. Al llegar a Regensburgo, se entrevistó con el nuevo emperador, San Enrique II, y se trasladó a Merseburgo, en Magdeburgo, cuyo arzobispo lo consagró como obispo misionero. Tal vez sería más correcto decir "arzobispo misionero", puesto que Bonifacio había recibido el palio de manos del Papa y el propio Pontífice había sugerido que Bonifacio podría llegar a ser el metropolitano del oriente de Polonia. Debido a las dificultades políticas, tuvo que trabajar durante algún tiempo entre los magiares, en la comarca del bajo Danubio; como no progresaba su obra, partió hacia Kiev, donde obtuvo la protección de San Vladimiro y pudo predicar el Evangelio de Cristo a los pechenegs.

Poco después, San Bonifacio hizo un nuevo intento de llegar a los lugares habitados por los prusianos, desde los territorios polacos de Boleslao el Valiente, luego de escribir una carta muy elocuente pero inútil al emperador San Enrique, para suplicarle que no llegase a realizar la alianza con los herejes en contra del cristiano Boleslao. A pesar de que hay muchos puntos oscuros en la carrera de San Bonifacio, podemos aceptar sin vacilaciones lo que relatan las crónicas de Thietmar, obispo de Merseburgo, quien llevaba amistad con Bonifacio. El obispo nos dice que su amigo encontró una tenaz oposición en sus esfuerzos por evangelizar a los pueblos de las regiones fronterizas al oriente de Masovia; el mismo cronista nos informa que, no obstante la hostilidad demostrada y las continuas amenazas, Bonifacio persistió en sus propósitos y acabó por ser cruelmente asesinado, junto con otros dieciocho compañeros, el 14 de marzo de 1009. Los restos del santo fueron rescatados por Boleslao, quien los llevó a Polonia; posteriormente, los prusianos honraron su memoria al bautizar a la ciudad de Braunsberg con su nombre, ya que fue fundada en el sitio mismo en que Bonifacio sufrió el martirio. San Bonifacio fue un misionero de grandes ideales que comprendían incluso la evangelización de los suecos, a quienes envió dos de sus monjes auxiliares; pero desde el punto de vista humano, todas sus empresas culminaron en el fracaso.

Debido a que algunas veces se le llama Bruno y otras tantas Bonifacio, muchos historiadores, incluso el cardenal Baronio en el Martirologio Romano (19 de junio y 15 de octubre), cometieron el error de considerar a Bonifacio

y a Bruno de Querfurt, como dos personas distintas.

No abundan las informaciones para esta biografía. Hay un párrafo en la crónica de Thietmar de Merseburg, otro en la *Vida de San Romualdo*, de San Pedro Damián y una breve *pasión* atribuída a Wibert, quien asegura haber sido compañero del mártir; existen también varias leyendas, recopiladas en el *Breviario* de Halberstadt. H. G. Voigt publicó un documento muy poco digno de confianza que, si bien procede de un manuscrito de fecha antigua, pretende conservar los datos de una biografía mucho más antigua, de la que nada más se sabe. Este documento se publicó por primera vez en el periódico *Sachsen und Anhalt*, vol. III (1927), pp. 87-134; desde entonces, lo incluyó Pertz en el MGH., *Scriptores*, vol. XXX, parte II. Véase a H. G. Voigt *Bruno von Querfurt* (1907) y *Bruno als Missionar der Ostens* (1909); la *Historisches Jahrbuch*, vol. XIII (1892), 493-500; el *Stimmen aus Maria-Laach*, vol. LIII (1897), pp. 266 y ss.; F. Dvornick *The Making of Central and Eastern Europe* (1949), pp. 196-204; y la *Cambridge History of Poland*, vol. I (1950), pp. 66-67.

BEATO ODON, Obispo de Cambrai (1113 p.c.)

Entre los distinguidos maestros que impartían sus enseñanzas en las grandes escuelas francesas durante el siglo once, uno de los más sabios e influyentes fue Odón, el futuro obispo de Cambrai. Se ignora dónde recibió su educación, pero se sabe que nació en Orléans y que, en su juventud, escribió un poema a la Guerra de Troya que obtuvo gran difusión. Hacía ya varios años que impartía la enseñanza en Toul, cuando los canónigos de Tournai le dieron el cargo de "scholasticus" (director, en realidad) en la escuela de su catedral. Muy pronto quedó en evidencia su genial habilidad para enseñar, cualidad que, sumada a su personalidad poderosa y atractiva, llenó la escuela de jóvenes procedentes, no sólo de las ciudades vecinas, sino también desde Normandía, Sajonia e Italia. Favorecía las ideas de Boecio y la filosofía realista; combatió con tanto éxito al nominalismo que enseñaba Raimbert de Lille que, a fin de cuentas, se atrajo a todos los partidarios de Raimbert. Además de filosofía, retórica y dialéctica, enseñaba también astronomía y, a menudo se le encontraba, en las noches claras, sentado sobre la escalinata de la catedral y rodeado por sus discípulos, para explicarles la posición de las constelaciones y el movimiento de los planetas.

Tan dedicado estaba a los estudios seculares, que no tenía tiempo para el estudio de la teología o de los escritos de los Padres de la Iglesia. Había pasado cinco años en Tournai cuando tuvo que consultar las obras de San Agustín para documentarse para unas conferencias que dictaba. Por primera vez abrió el libro del Obispo de Hipona sobre la voluntad libre y, desde aquel momento, toda la atención de su inteligencia quedó concentrada en el escrito. Al terminar la lectura se echó a llorar, mientras pensaba en la vanidad de su vida pasada. Su caso fue el de una conversión súbita y total. Inmediatamente redujo el tiempo que dedicaba a la instrucción, distribuyó todo su dinero entre los pobres, pasó largas horas en la iglesia y se impuso tan rigurosas mortificaciones que, en pocos meses, quedó en los huesos. Como era natural, se negó a llevar una existencia secular, pero el arzobispo y los ciudadanos de Tournai, ansiosos por retenerlo en su medio, le entregaron la abandonada abadía de San Martín para que viviese. Al principio, San Odón y algunos de sus antiguos discípulos vivieron ahí como canónigos, pero al cabo de tres años, por consejo de su amigo Aimeric, abad de Anchin, impuso a la comunidad la regla de los bene-

dictinos.

Habían transcurrido trece años desde que Odón fue elegido abad de San Martín, cuando se le escogió para obispo de Cambrai en reemplazo de Gaucher, a quien el Papa Pascual II había excomulgado y depuesto, bajo los cargos de simonía y de aceptar investiduras de parte de Enrique IV. El partido del emperador era muy poderoso en Cambrai y, en consecuencia, Odón no pudo hacerse cargo de su puesto hasta un año más tarde, cuando murió Enrique IV. Pero tampoco entonces pudo retener la sede; al poco tiempo de ocuparla, fue condenado al exilio por haberse negado a aceptar la cruz y el anillo de manos de Enrique V. Junto con su amigo, Aimeric buscó un refugio en Anchin, donde se ocupó en escribir. Parece ser que hacia el fin de su vida regresó a Cambrai; pero si en realidad lo hizo, fue durante una temporada muy corta, puesto que murió en Anchin y ahí fue sepultado. Entre sus numerosos libros debemos mencionar una exposición del canon de la misa, un tratado sobre el pecado original, otro sobre la venida del Mesías, un estudio para armonizar los Evangelios y un salterio en cuatro idiomas.

A pesar de que no existe una biografía de fecha antigua, contamos con una carta de Amando de Castello, prior en Anchin, que proporciona datos sobre la carrera de Odón y otra narración, atribuída a Herman de Tournai. Ambas se imprimieron en Pertz, MGH., *Scriptores*, vol. XV, pp. 942-945, y vol. XIV, pp. 210-211 y *cf.* pp. 274-318. Véase especialmente, *Histoire Littéraire de la France*, vol. VIII, pp. 399-400; Berlière, *Monasticon Belge*, vol. I, pp. 273-275; Auger, *Etude sur les Mystiques du Pays Bas*, pp. 66-71 y tres artículos de Labis en la *Revue Catholique de Louvain*, vol. XIV (1856).

20: SAN SILVERIO, PAPA Y MÁRTIR (*c.* 537 P.C.)

SILVERIO, el hijo del Papa San Hormisdas, no era más que un subdiácono el 22 de abril del año 536, día de la muerte del Pontífice San Agapito I, en Constantinopla; pero en aquella fecha, Teodehad, el rey ostrogodo de Italia, que temía la aparición de un candidato bizantino, le obligó a ocupar el cargo de Obispo de Roma. A pesar de semejante imposición, el clero romano aceptó de buen grado a Silverio, después de su consagración. La emperatriz Teodora le escribió inmediatamente para pedirle que reconociese a los monofisitas Antino y Severo como patriarcas de Constantinopla y Antioquía respectivamente; el Papa Silverio repuso con una rotunda negativa, aunque expresada con gentil lenguaje diplomático, y se afirma que, al sellar el sobre con la carta de respuesta, declaró que acababa de firmar su sentencia de muerte. Estaba en lo cierto: Teodora era una mujer implacable que no toleraba la oposición; pero sí sabía aguardar una oportunidad para castigarla.

El general ostrogodo Vitiges, en su intento por tomar a Roma, llegó hasta los suburbios y los arrasó; en la ciudad, el Papa y los miembros del senado, para evitar la catástrofe, abrieron sus puertas a un enemigo de los ostrogodos, el guerrero bizantino Belisario; y entonces se le presentó a Teodora su oportunidad. Primero se valió de la astucia: fraguó una carta en la que el Papa Silverio aparecía como un traidor en tratos con los godos y la hizo circular. Sin embargo, aquella estratagema fracasó y, entonces, la emperatriz recurrió a la violencia: el Papa Silverio fue secuestrado y conducido hasta Patara de Licia, en el Asia Menor. Durante el día siguiente al del rapto, el bizantino

Belisario, presionado por su esposa Antonina, proclamó Papa al diácono Vigilio, el candidato designado por la emperatriz Teodora. Así dio principio un período funesto para el Papado.

En apariencia, se había mantenido en la ignorancia al emperador Justiniano de lo que sucedía en Roma; pero en cuanto el obispo de Patara le entrevistó para informarle con lujo de detalles, no pudo por menos que tomar cartas en el asunto: mandó que se hiciera una investigación y que Silverio partiese inmediatamente a Roma para hacerse cargo de la sede. Tan pronto como el Papa tocó tierras de Italia, los partidarios de Vigilio le cerraron el paso y lo capturaron. Antonina, la esposa de Belisario, ansiosa por halagar a Teodora, convenció a su marido para que ordenase a los captores del Papa que hicieran lo que buenamente les pareciera con el cautivo. En consecuencia, Silverio, vejado y golpeado por la soldadesca, fue escoltado hasta la solitaria isla de Palmarola, en el Mar Tirreno, frente a Nápoles y abandonado ahí a su suerte.

Pocos días más tarde, en aquella isla, o quizá en la vecina de Ponza, murió el Papa a causa de los malos tratos recibidos y la falta de recursos en aquella soledad. De acuerdo con Liberato, quien escribió lo que había oído decir, murió de hambre; pero Procopio, un contemporáneo de Silverio, asegura que el Papa fue asesinado al llegar a la isla, por uno de los soldados que llevaba instrucciones de Antonina en este sentido. Como quiera que haya sido, a San Silverio se le conmemora como a un mártir.

No se ha puesto en claro cómo fue regularizado el nombramiento de Vigilio a la Sede Pontificia; pero sí se sabe que, tan pronto como ocupó el trono de San Pedro, su protectora, la emperatriz, dejó de favorecerlo, en vista de que se mostraba reacio a apoyar sus intrigas en favor de los monofisitas, se proclamó partidario de la ortodoxia e hizo todo lo que podía esperarse de un Papa.

Véase el *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I, pp. 290-295, donde el editor, en su introducción (pp. 36-38), señala que hay una curiosa diferencia de tono, entre la parte más antigua y la posterior de ese escrito. Duchesne saca la conclusión de que fue recopilado por dos escritores distintos y que el primero era hostil a Silverio y el segundo le tenía simpatías. Las otras fuentes de información tienen una notable escasez de datos, pero a falta de algún material mejor, no son despreciables: el *Breviarium*, de Liberato; el *De Bello Gothico*, de Procopio; y los documentos de Vigilio en el libro de Mansi, *Concilio*, vol. IX. Véase también en *Geschichte Roms und der Päpste*, vol. I, pp. 502-504; Lévèque, *Etude sur le Pape Vigilius*; DCB., vol. IV, pp. 670-675; y E. Amann en DTC., s. v. *Silvère*. Ver también la comisión de Benedicto XIV para proponer que fuese eliminada la fiesta de San Silverio del calendario general.

SAN ADALBERTO, ARZOBISPO DE MAGDEBURGO (981 P.C.)

MAGDEBURGO, la capital de la Sajonia Prusiana, debe su fundación, como ciudad y como arzobispado, al emperador Otto el Grande. Al caer en la cuenta del valor estratégico del lugar, Otto emprendió la construcción de una ciudad con enormes fortificaciones, destinadas a atemorizar a los pueblos eslavos que vivían cerca; pero también quiso que fuese un centro de las misiones cristianas y, con tal objeto, construyó, dentro de las murallas, un monasterio, con la activa colaboración de su esposa, la princesa inglesa Edith, hermana del rey Athelstan y nieta de Alfredo el Grande. En el año 937, los emperadores dedicaron la abadía, ya terminada, a los apóstoles San Pedro y San Pablo y a San Mauricio. Por diferentes motivos políticos y religiosos, Otto llegó a ser un ardiente pro-

pulsor de la evangelización de los eslavos, los magiares y otros pueblos del oriente de Europa. Por consiguiente, se sintió muy complacido cuando la princesa rusa Santa Olga, después de abrazar el cristianismo a la edad de setenta años, en Constantinopla, pidió al emperador que le proporcionara misioneros para evangelizar a sus súbditos rusos. Prontamente eligió Otto a un grupo de monjes y nombró como jefe de ellos a Adalberto, un religioso de la abadía de San Maximino, en Trier, cuyos antecedentes se ignoran, pero que sin duda era un hombre de nota en aquellos tiempos.

Los monjes partieron en el año 961, pero no acababan de pisar el territorio ruso, cuando comprendieron que sus esfuerzos serían vanos, puesto que la princesa Olga se vio obligada a entregar el trono y la autoridad al hereje de su hijo Sviatoslav. Tan pronto como éste subió al trono en Kiev, lanzó la persecución contra los cristianos; varios de los monjes perdieron la vida, pero Adalberto consiguió escapar y regresó a su país. Durante cuatro años permaneció en la corte imperial de Mainz, hasta que se le nombró superior en la abadía de Weissenburg. Fueron considerables los esfuerzos que hizo ahí para que progresara la cultura: él mismo, con la ayuda de alguno de los monjes más eruditos, continuó las crónicas históricas de Reginald von Prüm, que relatan los acontecimientos entre los años 907 y 967. Ya para entonces, Magdeburgo se había convertido en una ciudad de mucha importancia y, por varias y poderosas razones, el emperador Otto deseaba verla convertida en una gran sede arzobispal. Luego de vencer la oposición del arzobispo de Mainz y de otros prelados, logró que el Papa sancionara su solicitud, en el año de 962; y Adalberto fue nombrado primer arzobispo de Magdeburgo, con jurisdicción sobre todos los pueblos eslavos. Como un verdadero apóstol, trabajó incansablemente por extender el Evangelio entre los wendos, que habitaban en la ribera opuesta del Elba, y se mostró muy estricto en cuanto a la observancia de la disciplina en las casas religiosas. Cuando murió Otto el Grande, en 973, San Adalberto le sepultó junto a los restos de su primera esposa, Edith, en la iglesia de San Mauricio, que se había consagrado como catedral. Ocho años después, el santo arzobispo cayó enfermo y murió, cuando hacía una visita a la diócesis de Magdeburgo.

Nuestros conocimientos sobre la carrera de San Adalberto, proceden principalmente de la "Crónica" de Thietmar y de la *Gesta Episcoporum Magdeburgensium*. Consúltese a Pertz, MGH., *Scriptores*, vol. I, pp. 613-629 y vol. XIV, pp. 381-386. Hay una nota sobre San Adalberto en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. V. Véase a Hauck, en *Kirchengeschichte Deutschland*, vol. III; y F. Dvornik, *The Making of Central and Eastern Europe* (1949), pp. 60 y 68-70.

SAN JUAN DE MATERA, ABAD DE PULSANO (1139 P.C.)

EL FUNDADOR de la congregación benedictina en Pulsano, nació en Matera, una ciudad de la región de Basilicata, que formaba parte del reino de Nápoles. Cuando era todavía un niño, Juan soñaba con vivir como un ermitaño y, tan pronto como llegó a la mayoría de edad, decidió realizar su sueño: abandonó la casa paterna y viajó hasta una isla, frente a Taranto, donde había un monasterio al que ingresó en calidad de pastor de los rebaños de los monjes. Su carácter adusto, su retraimiento que le impedía unirse a los hermanos en cualquiera de sus diversiones o paseos, le valieron la antipatía y aun la hostilidad de los demás, hasta el grado de verse obligado a abandonar el monasterio y la

isla para refugiarse en Calabria y luego en Sicilia. Poco tiempo después, en procura de realizar lo que él consideraba como un llamado divino, regresó a Italia y se quedó en Ginosa durante dos años y medio sin pronunciar una sola palabra y sin revelar su presencia a sus padres que, como consecuencia de las guerras, se habían refugiado en las vecindades de Ginosa. Por aquel entonces tuvo una visión de San Pedro, quien le pidió que reconstruyese una iglesia arruinada que llevaba su nombre y se encontraba a unos tres kilómetros de la ciudad. Gracias a la tenacidad de sus esfuerzos y a la ayuda de algunos compañeros, pudo llevar a cabo con éxito la tarea. Pero entonces se le acusó de haber descubierto un tesoro oculto en la vieja iglesia y de haberse apropiado de él. Los acusadores lo llevaron ante el gobernador de la provincia, quien no quiso creer en su inocencia y le mandó a la cárcel.

A poco de estar en la prisión, escapó en una forma que nadie podía explicarse, por lo que se dijo que había sido liberado por un ángel. Llegó hasta Cápua y tuvo que seguir su camino, porque los pobladores no le permitieron quedarse. En la soledad de la noche, oyó de nuevo la voz interior que le instaba a regresar a su comarca natal y así lo hizo. De nuevo en la Basilicata, consiguió ingresar en la comunidad religiosa de San Guillermo de Vercelli, en Monte Laceno. Ahí permaneció Juan hasta que un incendio destruyó las viviendas de los monjes; la mayoría se trasladó a la abadía de Monte Cagno, pero Juan se fue a Bari, donde comenzó a predicar con maravillosos resultados. Su éxito fue tan grande, que suscitó la envidia y, de nuevo, sus enemigos trataron de combatirlo con acusaciones falsas: aquella vez se le acusó de hereje. Sin embargo, se defendió brillantemente en los tribunales y, a fin de cuentas, salió libre de culpa y cargo entre las aclamaciones triunfales del pueblo. Después regresó a Ginosa, donde sus antiguos discípulos le dispensaron una calurosa bienvenida y, en la iglesia reconstruida de San Pedro, predicó una misión que rindió abundantes frutos. Sus constantes viajes estaban a punto de terminar: siempre dirigido por la misteriosa voz interior, se encaminó al Monte Gargano y, en Pulsano, a poco más de diez kilómetros del sitio bendecido por la aparición de San Miguel Arcángel, se dedicó a construir un monasterio. Desde todas partes acudieron los discípulos a ayudarle y, una vez terminado el edificio, albergó a sesenta monjes que tuvieron por superior a Juan hasta su muerte. Venerado por todos en razón de su ciencia, sus milagros, sus profecías y sus virtudes, pasó a mejor vida el 20 de junio de 1139. Posteriormente, otras casas de religión se afiliaron a la suya y, en una época, la congregación de Monte Pulsano formó parte de la gran familia Benedictina; pero desde hace mucho tiempo desapareció.

Existe una biografía escrita en latín y con abundancia de detalles, que fue escrita antes de que finalizara el siglo doce. Se encuentra impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. v. El relato en verso, del que los bolandistas extrajeron algunas líneas, puede leerse completo en la *Chroniche de Monte Vergine* (1640), pp. 520-527, de G. Giordano. En fechas recientes se publicó otra biografía escrita por M. Morelli (1930). Ver *Analecta Bollandiana*, vol. LVII (1939), pp. 174-176.

BEATA MICAELINA DE PESARO, VIUDA　(1356 P.C.)

LA CIUDAD de Pésaro, sobre la costa oriental de Italia, profesa una devoción muy especial a esta santa viuda, que fue una de sus habitantes. Micaelina

Metelli, que vino al mundo en una familia distinguida y acaudalada, se casó a la edad de doce años con un descendiente de la conocida familia Malatesta, de Rimini. La unión fue muy feliz pero muy breve: cuando Micaelina cumplió veinte años, quedó viuda y con un hijo pequeño, aunque no por eso pareció abrumada por la pena. Siempre se había mostrado afecta a las diversiones y continuó en la misma vida de antes, sin preocuparse para nada de la religión. Pero en aquella época residía en Pésaro una terciaria franciscana, de origen y antecedentes desconocidos, llamada Ciríaca; vivía de las limosnas, pasaba la mayor parte del tiempo en oración y, para dormir bajo techo, dependía únicamente de las personas caritativas que quisieran dárselo. Micaelina, que era generosa y abría las puertas de su casa a los mendigos, cayó gradualmente bajo la influencia de aquella pobre y virtuosa mujer.

Con el correr del tiempo creció entre ellas una profunda y sincera amistad que culminó en la completa conversión de Micaelina. Las diversiones y placeres terminaron para ella y no la ataba al mundo más que su hijo pequeño y, cuando éste murió, a causa de una enfermedad infantil, la joven madre decidió renunciar para siempre a su antigua vida. Por consejo de Ciríaca, tomó el hábito de las terciarias franciscanas, distribuyó sus bienes entre los pobres y pidió limosna de puerta en puerta para su sustento. Para una mujer rica y mimada que siempre había vivido en la abundancia, debe haber sido muy difícil acostumbrarse a una existencia miserable y a sustentarse con los restos que le daban. Cierta vez, durante los primeros días de su nueva vida, confesó a uno de sus antiguos amigos que, en realidad, sentía un gran deseo de comer un trozo de carne de cerdo asada. El amigo que la había conocido en tiempos mejores, quiso darle aquel gusto y la convidó a cenar; pero en cuanto trajeron de la cocina el cerdo asado y el sabroso olor llenó la estancia, Micaelina sintió un remordimiento de conciencia: se levantó prontamente de la mesa, presentó sus excusas y se retiró a su mísera vivienda para disciplinarse con cadenas hasta que la sangre brotó de sus carnes. A cada golpe que se propinaba, se apostrofaba a sí misma con estas palabras: "¿Todavía deseas comer puerco asado, Micaelina? ¿Todavía quieres más?"

Aún tuvo que soportar muchas otras pruebas interiores y externas. Sus parientes y amistades de antaño le reprocharon duramente su conducta, calificándola de desequilibrada y, llegaron incluso a mandarla encerrar en un asilo, como loca. Sin embargo, la paciencia, la humildad y la bondad de Micaelina acabaron por desarmar a sus enemigos, quienes llegaron a la conclusión de que, si bien su comportamiento era el de una demente, no era capaz de hacer daño alguno; en consecuencia, la sacaron del asilo y la dejaron en paz. Micaelina pasó el resto de su vida en la oración, la penitencia y las buenas obras. Atendía a los leprosos y a otros enfermos de males repugnantes, con una abnegación edificante: los lavaba, curaba sus llagas y hubo ocasiones en que llegó a besarlas. Hacia el fin de su existencia, Micaelina hizo una peregrinación a Roma. Se encontraba en la ciudad cuando tuvo la experiencia de una participación mística en los sufrimientos de Nuestro Señor. Murió el domingo de la Santísima Trinidad del año 1356, a una edad que se calcula en cincuenta y seis años. Desde el momento de su muerte, sus conciudadanos la veneraron como a una santa y mantuvieron constantemente encendida una lámpara en su tumba de la iglesia franciscana. En 1580, la casa de Pésaro donde había vivido, se convirtió en una iglesia y, en 1737, se aprobó oficialmente su culto.

Hay un breve relato en *Acta Sanctorum*, junio, vol. IV y en los *Annales Ordinis Minorum*, de Wadding, vol. VIII, pp. 140-143; durante el siglo dieciocho aparecieron varias biografías de esta beata, escritas por Bonucci, Matthaei, Ermanno, Bagnocavallo y otros. Véase también a Léon, en *Auréole Séraphique*, vol. II, pp. 422-426.

21: SAN LUIS GONZAGA (1591 P.C.)

EL PATRON de la juventud católica, San Luis Gonzaga, nació el 9 de marzo de 1568, en el castillo de Castiglione delle Stivieri, en la Lombardía. Fue el hijo mayor de Ferrante, marqués de Castiglione, y de su esposa Marta Tana Santena, dama de honor de la reina de la corte de Felipe II de España, donde también el marqués ocupaba un alto cargo. La gran ambición de Ferrante era la de que su hijo llegase a ser un buen soldado y, en consecuencia, desde que el niño tenía cuatro años jugaba con cañones y arcabuces en miniatura y, a los cinco, su padre lo llevó a Casalmaggiore, donde unos tres mil soldados se ejercitaban en preparación para la campaña de la expedición española contra Túnez. Durante su permanencia en aquellos cuarteles, que se prolongó durante varios meses, el pequeño Luis se divertía en grande al encabezar los desfiles y en marchar al frente del pelotón con una pica al hombro; en cierta ocasión, mientras las tropas descansaban, se las arregló para cargar una pieza de la artillería, sin que nadie lo advirtiera, y dispararla, con la consiguiente alarma en el campamento. A fuerza de encontrarse siempre rodeado por los soldados, aprendió varias de las palabras soeces de su rudo vocabulario y, al regresar al castillo, las repetía cándidamente. Pero desde el momento en que su tutor lo reprendió, haciéndole ver que aquel lenguaje no sólo era grosero y vulgar, sino blasfemo, Luis se mostró sinceramente avergonzado y arrepentido; a decir verdad, durante toda su vida no dejó de lamentarse por haber cometido lo que siempre consideró como un gran pecado.

Apenas contaba siete años de edad cuando experimentó lo que podría describirse mejor como un despertar espiritual o un súbito desarrollo de sus facultades religiosas. Siempre había dicho sus oraciones matinales y vespertinas, pero desde entonces y por iniciativa propia, recitó a diario el oficio de Nuestra Señora, los siete salmos penitenciales y otras devociones, siempre de rodillas y sin cojincillo. Su propia entrega a Dios en su infancia fue tan completa y absoluta que, según su director espiritual, San Roberto Bellarmino, y tres de sus confesores, nunca, en toda su vida, cometió un pecado mortal. En 1577, Ferrante llevó consigo a Luis y a su hermano Rodolfo a Florencia y ahí dejó a sus dos hijos, al cargo de varios tutores, para que aprendiesen el latín y el idioma italiano puro de la Toscana. Cualesquiera que hayan sido sus progresos en estas ciencias seculares, no impidieron que Luis avanzara a grandes pasos por el camino de la santidad y, desde entonces, solía llamar a Florencia, "la escuela de la piedad". Obligado por su rango a presentarse con frecuencia en la corte del gran ducado, se encontró mezclado con aquellos seres que, según la descripción de un historiador, "formaban una sociedad para el fraude, el vicio, el crimen, el veneno y la lujuria en su peor especie". Pero para un alma tan piadosa como la de Luis, el único resultado de aquellos ejemplos funestos, fue el de acrecentar su celo por la virtud y la castidad. A fin de librarse de las

tentaciones posibles, se sometió a una disciplina rigurosísima, tal vez un remedo de la que practicaban los padres del desierto, aunque nadie pueda imaginar que, precisamente, esas mortificaciones eran las que deseaba imitar un niño de nueve años. Se dice, por ejemplo, que hacía un esfuerzo para mantener baja la vista siempre que estaba en presencia de una mujer y que a nadie, ni aun a los criados que le atendían, les permitía ver siquiera su pie descubierto.

Hacía poco más de dos años que los jóvenes Gonzaga vivían en Florencia, cuando su padre los trasladó a la corte del duque de Mántua, quien acababa de nombrar a Ferrante gobernador de Montserrat. Esto ocurría en el mes de noviembre de 1579, cuando Luis tenía once años y ocho meses. A pesar de que ya había recibido sus investiduras de manos del emperador, mantenía la firme intención de renunciar a sus derechos de sucesión sobre el marquesado de Castiglione en favor de su hermano. Una dolorosa enfermedad renal que le atacó por aquel entonces, le sirvió de pretexto para suspender sus apariciones en público y dedicar todo su tiempo a la plegaria y la lectura de la colección de "Vidas de los Santos" hecha por Surius. Pasó la enfermedad, pero su salud quedó quebrantada por trastornos digestivos tan frecuentes, que durante el resto de su vida tuvo dificultades en asimilar los diarios alimentos. Otro de los libros que leyó en aquel período de reclusión, sobre las experiencias de los misioneros jesuitas en la India, le suscitó la idea de ingresar en la Compañía de Jesús a fin de trabajar por la conversión de los herejes. Como primer paso en su futuro camino de misionero, aprovechó las vacaciones veraniegas que pasaba en su casa de Castiglione para enseñar el catecismo a los niños pobres del lugar. En Casale-Monferrato, donde pasaba el invierno, se refugiaba durante horas enteras en las iglesias de los capuchinos y los barnabitas; en privado comenzó a practicar las mortificaciones de un monje: ayunaba tres días a la semana a pan y agua, se azotaba con el látigo de su perro, se levantaba a mitad de la noche para rezar de rodillas sobre las losas desnudas de una habitación en la que no permitía que se encendiese fuego, por riguroso que fuera el tiempo.

En 1581, se dio a Ferrante la comisión de escoltar a la emperatriz María de Austria en su viaje de Bohemia a España. La familia acompañó a Ferrante y, al llegar a España, Luis y su hermano Rodolfo fueron designados pajes de Don Diego, príncipe de Asturias. A pesar de que Luis, obligado por sus deberes, atendía al joven infante y participaba en sus estudios, nunca omitió o disminuyó sus devociones. Cumplía estrictamente con la hora diaria de meditación que se había prescrito, no obstante que para llegar a concentrarse, necesitaba a veces varias horas de preparación. Su seriedad, espiritualidad y circunspección, extrañas en un adolescente de su edad, fueron motivo para que algunos de los cortesanos comentaran que el joven marqués de Castiglione no parecía estar hecho de carne y hueso como los demás.

Por aquella época, ya estaba completamente resuelto a ingresar en la Compañía de Jesús. Primero, comunicó sus proyectos a su madre, quien los aprobó en seguida, pero en cuanto ésta los participó a su esposo, Ferrante montó en cólera a tal extremo, que amenazó con ordenar que azotaran a su hijo hasta que recuperase el sentido común. A la desilusión de ver frustrados sus sueños sobre la carrera militar de Luis, se agregaba en la mente de Ferrante la sospecha de que la decisión de su hijo era parte de un plan urdido por los cortesanos para obligarle a retirarse del juego en el que había perdido grandes cantidades de dinero. De todas maneras, Ferrante persistía en su negativa hasta que,

por mediación de algunos de sus amigos, accedió de mala gana a dar un consentimiento provisional. La temprana muerte del infante Don Diego vino entonces a librar a los hermanos Gonzaga de sus obligaciones cortesanas y, luego de una estancia de dos años en España, regresaron a Italia en julio de 1584.

Al llegar a Castiglione se reanudaron las discusiones sobre el futuro de Luis y éste encontró obstáculos a su vocación, no sólo en la tenaz negativa de su padre, sino en la oposición de la mayoría de sus parientes, incluso el duque de Mántua. Acudieron a parlamentar eminentes personajes eclesiásticos y laicos que recurrieron a las promesas y las amenazas a fin de disuadir al muchacho; pero no lo consiguieron. Ferrante hizo los preparativos para enviarle a visitar todas las cortes del norte de Italia y, terminada esta gira, encomendó a Luis una serie de tareas importantes, con la esperanza de despertar en él nuevas ambiciones que le hicieran olvidar sus propósitos. Pero no hubo nada que pudiese doblegar la voluntad de Luis. Luego de haber dado y retirado su consentimiento muchas veces, Ferrante capituló por fin, al recibir el consentimiento imperial para la transferencia de los derechos de sucesión a Rodolfo. Inmediatamente después, Luis partió hacia Roma y, el 25 de noviembre de 1585, ingresó al noviciado en la casa de la Compañía de Jesús, en Sant'Andrea. Acababa de cumplir los dieciocho años. Al tomar posesión de su pequeña celda, exclamó espontáneamente: "Este es mi descanso para siempre; aquí habitaré, pues así lo he deseado" (Salmo CXXXI-14). Seis semanas después murió Don Ferrante: desde el momento en que su hijo Luis abandonó el hogar para ingresar en la Compañía de Jesús, había transformado completamente su manera de vivir.

No hay mucho más que decir sobre San Luis durante los dos años siguientes, fuera de que, en todo momento, dio pruebas de ser un novicio modelo. Al quedar bajo las reglas de la disciplina, estaba obligado a participar en los recreos, a comer más y a distraer su mente. Además, por motivo de su salud delicada, se le prohibió orar o meditar fuera de las horas fijadas para ello; Luis obedeció, pero tuvo que librar una recia lucha consigo mismo para resistir el impulso a fijar su mente en las cosas celestiales. Pensaba que un aristócrata por nacimiento como él, tendría que ser considerado ajeno a la humildad y, en consecuencia, suplicaba que se le permitiera trabajar en la cocina, lavar los platos y ocuparse en las tareas más serviles. Cierto día, hallándose en Milán, en el curso de sus plegarias matutinas, le fue revelado que no le quedaba mucho tiempo por vivir. Aquel anuncio le llenó de júbilo y apartó aún más su corazón de las cosas de este mundo. Por consideración a su precaria salud, fue trasladado de Milán para que completase en Roma sus estudios teológicos. Sólo Dios sabe de qué artificios se valió para que le permitieran ocupar un cubículo estrecho y oscuro, debajo de la escalera y con una claraboya en el techo, sin otros muebles que un camastro, una silla y un estante para los libros. Durante esa época, con frecuencia en las aulas y en el claustro se le veía arrobado en la contemplación; algunas veces, en el comedor y durante el recreo caía en éxtasis. Los atributos de Dios eran los temas de meditación favoritos del santo y, al considerarlos, parecía impotente para dominar la alegría desbordante que le embargaba.

En 1591, atacó con violencia a la población de Roma una epidemia de fiebre. Los jesuitas, por su cuenta, abrieron un hospital en el que todos los miembros de la orden, desde el padre general hasta los hermanos legos, prestaban

servicios personales. Luis desplegó una actividad extraordinaria. Instruía, exhortaba y consolaba a los enfermos, los lavaba, hacía sus camas y trabajaba con entusiasmo en el desempeño de las tareas más repugnantes del hospital. Muchos de los padres cayeron víctimas del mal, y Luis no fue la excepción. Pensó que iba a morir y, con grandes manifestaciones de gozo (que más tarde lamentó por el escrúpulo de haber confundido la alegría con la impaciencia), recibió el viático y la unción. Contrariamente a todas las predicciones, se recuperó de aquella enfermedad, pero quedó afectado por una fiebre intermitente que, en tres meses, le redujo a un estado de gran debilidad. En todas las ocasiones que le fue posible, se levantaba del lecho, por la noche, para adorar de hinojos al crucifijo, para besar una tras otra, las imágenes sagradas que guardaba en su habitación y para orar, hincado en el estrecho espacio entre la cama y la pared. Con mucha humildad pero con tono ansioso, preguntaba a su confesor, San Roberto Bellarmino, si creía que algún hombre pudiese volar directamente a la presencia de Dios, sin pasar por el purgatorio. San Roberto le respondía afirmativamente y, como conocía bien el alma de Luis, le alentaba a tener esperanzas de que se le concediera esa gracia. En una de aquellas ocasiones, el joven cayó en un arrobamiento que se prolongó durante toda la noche, y fue entonces cuando se le reveló que habría de morir en la octava del Corpus Christi. Durante todos los días siguientes, recitó el "Te Deum" como acción de gracias.

Algunas veces se le oía gritar las palabras del Salmo: "Me alegré porque me dijeron: ¡Iremos a la casa del Señor!" (Salmo CXXI - 1). En una de esas ocasiones, agregó: "¡Ya vamos con gusto, Señor, con mucho gusto!" Al octavo día parecía estar tan mejorado, que el padre rector habló de enviarle a Frascati. Sin embargo, Luis afirmaba que iba a morir antes de que despuntara el alba del día siguiente y recibió de nuevo el viático. Al padre provincial, que llegó a visitarle, le dijo:

—¡Ya nos vamos, padre; ya nos vamos... !

—¿A dónde, Luis?

—¡Al Cielo!

—¡Oigan a este joven! —exclamó el provincial—. Habla de ir al cielo como nosotros hablamos de ir a Frascati.

Al caer la tarde, se diagnóstico que el peligro de muerte no era inminente y se mandó a descansar a todos los que le velaban, con excepción de dos. A instancias de Luis, el padre Bellarmino rezó las oraciones para la muerte, antes de retirarse. El enfermo quedó inmóvil en su lecho y sólo en ocasiones murmuraba: "En Tus manos, Señor..." Entre las diez y las once de aquella noche se produjo un cambio en su estado y fue evidente que el fin se acercaba. Con los ojos clavados en el crucifijo y el nombre de Jesús en sus labios, expiró alrededor de la medianoche, entre el 20 y el 21 de junio de 1591, al llegar a la edad de veintitrés años y ocho meses. Los restos de San Luis Gonzaga se conservan actualmente bajo el altar de Lancellotti en la Iglesia de San Ignacio, en Roma. Fue canonizado en 1726.

Consideramos necesario confesar que las cartas de San Luis que se han conservado, no brindan una lectura atractiva. Tal vez esto se deba, en parte, a la estricta censura a que estaba sujeta la correspondencia de todos los jóvenes religiosos y también, en parte, al despego de los vínculos familiares y hogareños que se inculcaba como una virtud, pero el caso es que en las comunicacio-

nes del santo con los suyos, aun en las cartas a su madre, priva un extraño tono seco, frío y formal. Sin embargo, en algunas de sus últimas cartas, escritas desde su lecho de muerte, prácticamente hablando, aparece un tono definido y emocionado que nos hace comprender hasta qué profundidad habían penetrado en él las verdades eternas que formaban parte de su vida misma.

Los materiales para la biografía de este santo son muy abundantes y enteramente dignos de confianza. La biografía del padre Virgilio Cepari, contemporáneo y amigo de Luis, fue escrita, por lo menos su primera parte, durante la vida del santo, a pesar de que fue impresa y publicada hasta el año de 1606, a causa de que la obra fue sometida al examen de numerosos críticos, incluso San Roberto Bellarmino, que habían conocido al santo y vivido con él durante largo tiempo. Desde la fecha de su primera publicación, la obra de Cepari ha sido reimpresa en múltiples ediciones y traducciones. Desde el punto de vista de la exactitud de todos los detalles y la inclusión de pruebas y documentos, se recomienda la edición de la biografía de Cepari preparada por el padre Frederick Schroeder en 1891, que fue, sin duda, la fuente de información más digna de confianza. Hay, por supuesto, muchas otras obras de consulta. Para el relato impreso en *Acta Sanctorum*, junio, vol. v, los bolandistas y el propio Cepari tuvieron acceso a los procesos de beatificación y canonización. Se recomiendan las obras de Meschler, Lambrette y Fournier; para los lectores ingleses, la obra del padre C. C. Martindale, *The Vocation of Aloysius Gonzaga* (1927). Véase también *S. Louis de Gonzague et la renaissance italienne*, de Fray Delepierre y Fray Noché (1945). Las cartas y escritos espirituales de San Luis fueron coleccionados por E. Rosa. F. Crispolti, en *San Luigi Gonzaga, Saggio* (1924), reivindicó hábilmente al santo de las críticas y acusaciones de Gioberti y otros. También debe hacerse notar que la forma exagerada con que el santo evitó a las mujeres, hasta a su propia madre, con la que nunca sostuvo una conversación *tête-à-tête* (las declaraciones de Cepari al respecto fueron mal interpretadas a causa de una traducción errada), constituían una actitud que, posiblemente adoptó Luis para imitar devotamente lo que había leído sobre su patrono, San Luis de Anjou, en la obra de Surius ("nolebat sorores suas nec matrem propriam osculare. Omnino colloquis et aspectus mulierum evitabat"). Ver *The Month*, agosto, 1924, pp. 158-160.

SAN EUSEBIO, OBISPO DE SAMOSATA (*c.* 379 P.C.)

NO SE sabe nada sobre el origen y la primera parte de la vida de San Eusebio. La historia le menciona por primera vez hacia el año 361, cuando ya era obispo de Samosata y como tal asistió al sínodo convocado en Antioquía para elegir al sucesor del obispo Eudoxio. Precisamente por los esfuerzos del obispo Eusebio, la elección recayó sobre San Melecio, antiguo obispo de Sebaste y un hombre muy venerado por su piedad y sabiduría. Gran parte de los electores eran arrianos y tenían la esperanza de que, si votaban en favor de Melecio, éste favorecería sus doctrinas, por lo menos tácitamente. Pero los arrianos quedaron decepcionados. En el primer discurso que pronunció el nuevo obispo de Antioquía, en presencia del emperador Constancio, que también era arriano, reafirmó la doctrina católica de la Encarnación, tal como había sido expuesta en el Credo de Nicea. A raíz de aquel sermón, los arrianos, enfurecidos, buscaron la manera de deshacerse del obispo y el emperador Constancio envió a uno de sus funcionarios a entrevistar a San Eusebio para pedirle que entregase las actas sinodales de la elección que habían sido confiadas a su cuidado. San Eusebio respondió que no las entregaría sin el previo consentimiento y autorización de todos y cada uno de los signatarios. Se le amenazó con mandar que le cortaran la mano derecha si persistía en su actitud, y entonces el santo extendió sus dos manos y dijo que estaba dispuesto a perderlas, antes que faltar

a la confianza que se había depositado en él. El emperador quedó muy impresionado por el valor del obispo y ya no insistió.

Durante algún tiempo más, después de aquel incidente, San Eusebio tomó parte en los concilios y conferencias de los arrianos y semiarrianos, a fin de sostener la verdad y con la esperanza de obtener la unidad; pero, a partir del Concilio de Antioquía, en 363, San Eusebio dejó de aparecer en las reuniones, porque comprendió que su actitud escandalizaba a los ortodoxos. Nueve años después, urgentemente solicitada su presencia por el anciano Gregorio de Nazianzo, fue a Capadocia para ejercer su influencia y su experiencia en favor de San Basilio, en la elección para ocupar la sede vacante de Cesarea. Tan notables fueron los servicios que prestó en aquella ocasión, que el joven Gregorio, en una carta escrita por aquel entonces, se refiere a Eusebio como "columna de la verdad, luz del mundo, instrumento de los favores de Dios hacia su pueblo, apoyo y gloria de toda la ortodoxia". Entre San Basilio y San Eusebio se estableció una sincera amistad que, más tarde, se mantuvo a través de las cartas.

Al estallar la persecución de Valente, San Eusebio, no contento con proteger a sus propios fieles de la herejía, hizo, de incógnito, varias expediciones a Siria y Palestina para fortalecer la fe de los católicos, para ordenar sacerdotes y para ayudar a los obispos ortodoxos a nombrar verdaderos y meritorios pastores que ocuparan las sedes que quedaban vacantes. Su celo extraordinario despertó la animosidad de los arrianos y, en 374, el emperador Valente promulgó la orden que lo condenaba al destierro en Tracia. Cuando el oficial encargado de hacer cumplir el decreto se presentó ante Eusebio, el obispo le rogó que procediera con discreción, porque si el pueblo veía que le arrestaban, se lanzaría sobre los captores para matarlos. Por consiguiente, aquella noche, después de rezar el oficio como de costumbre, salió tranquilamente de su casa cuando todos dormían y, en compañía de uno de sus servidores, partió hacia el Eufrates y se embarcó. A la mañana siguiente, cuando las gentes se dieron cuenta de que había partido, se emprendió su búsqueda; algunos de sus fieles le dieron alcance y le suplicaron, con lágrimas en los ojos, que no los abandonara. El también lloró ante las muestras de afecto de aquellas gentes, pero les explicó que era necesario obedecer las órdenes del emperador y los exhortó a confiar en Dios para que todo llegara a arreglarse satisfactoriamente. La grey del obispo Eusebio demostró su fidelidad y, mientras duró el exilio, se negó a tener cualquier trato con los dos prelados arrianos que ocupaban la sede.

A la muerte de Valente, en 378, terminó la persecución, y San Eusebio regresó a su sede y a su rebaño. Su celo y su piedad no habían sufrido menoscabo por los sufrimientos del destierro. Gracias a sus esfuerzos, se restableció en toda su diócesis la unidad católica, y las sedes vecinas fueron ocupadas con prelados ortodoxos. San Eusebio se hallaba de visita en la ciudad de Dolikha, para instalar ahí un obispo católico, cuando una mujer arriana, oculta en la azotea de una casa, le arrojó una pesada piedra sobre la cabeza. El golpe que recibió fue fatal, puesto que, a consecuencias del mismo murió algunos días más tarde, tras de obtener la promesa de sus amigos de que no perseguirían ni castigarían a su atacante.

En el relato que escribieron los bolandistas sobre San Eusebio de Samosata, no incluyeron una biografía propiamente dicha; esa narración se encuentra impresa, en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. v (el 22 de junio), donde también reproducen un cierto

capítulo del historiador Tedoreto. Hay una biografía escrita en sirio que reprodujo Bedjan en *Acta Martyrum et Sanctorum*, vol. VI, pp. 343-349. Ver también DCB., vol. II, pp. 369-372 y a Bardenhewer en *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. IV, p. 388.

SAN ALBANO o ALBINO DE MAINZ, MÁRTIR (Siglo V)

NO ES asunto fácil desenmarañar las narraciones legendarias y, en muchos casos, contradictorias, de este Albano, tal como han llegado hasta nosotros. Se dice que fue un sacerdote griego o albanés, que viajó con San Urso desde la isla de Naxos hasta Milán, en los días en que San Ambrosio se hallaba en la etapa más amarga de su lucha contra los arrianos. (Parece que no hay fundamento que sostenga la tradición en que se hace figurar a Urso y Albano como compañeros de los santos Theomnesto, Taba y Tabrata, martirizados en Altino, cerca de Venecia). El gran arzobispo recibió a los dos viajeros con su acostumbrada cortesía y, luego de comprobar sus sólidas creencias ortodoxas, los alentó a proceder como paladines de la fe en las tierras cristianas más allá de los Alpes, en las Galias o en Alemania. Ambos se mostraron bien dispuestos y emprendieron la marcha; pero San Urso fue asesinado en el Val d'Aosta, en las estribaciones de los Alpes. Entonces Albano continuó solo hasta llegar a Mainz. Ahí estableció su residencia y secundó hábilmente al obispo San Aureo en su lucha contra la herejía. Pero un día, mientras se hallaba en el poblado de Hunum, fue atacado y decapitado, bien por algunos de sus enemigos arrianos o, más probablemente, por los vándalos, en una de sus incursiones. La fecha de su muerte no se ha podido establecer, pero sin duda ocurrió antes del año 451, cuando Mainz fue destruida por los bárbaros. Los católicos lo consideran como un mártir de la fe y hubo varias iglesias dedicadas a él.

En una inscripción en verso que data del siglo noveno y se encuentra en torno a una antigua pintura del santo, en Mainz, se dice que Albano "procedía de tierras distantes" y que llegó a Mainz durante el reinado del emperador Honorio, cuando era obispo San Aureo; que luchó valientemente contra los herejes y que fue decapitado por ellos. La inscripción agrega que, tras la ejecución, San Albano recogió su cabeza cortada y la trasportó hasta el lugar donde fue sepultado. Respecto a esta última afirmación, conviene indicar que, con mucha frecuencia, los pintores de la época solían representar a los mártires que murieron decapitados, de pie y con su propia cabeza en las manos o entre los brazos. La inscripción es interesante, puesto que muestra la tradición que se aceptaba en Mainz unos cuatrocientos años después de la muerte del santo. Cuando la ciudad fue reconstruida, en el último cuarto del siglo quinto, las reliquias de San Albano fueron trasladadas de su tumba, situada fuera de los muros de la antigua Mainz, a una colina que llevaba el nombre de Mons Martis o Mons Martyrum, pero que posteriormente se llamó Albansberg. Hacia fines del siglo octavo, se edificó ahí una abadía de benedictinos que llegó a ser muy famosa.

Dado el material de que disponemos, siempre habrá dificultades en afirmar o negar que haya algún fundamento histórico en esta improbable narración. En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. V, se encontrará la *pasión* recopilada por Gozwin en el siglo XI, y otra *pasión*, en la que figura destacadamente San Theomnesto, se encuentra en el *Acta Sanctorum*, octubre, vol. XIII. Véase también el *Mainzer Zeitschrift*, 1908, pp. 60 y ss. y 1909, pp. 34 y ss.; y a T. D. Hardy, en *Materials for British History* (*Rolls Series*), vol. I, pp. 31-32.

SAN MEVENO, MEEN o MEWAN, Abad (¿Siglo VI?)

El santo abad a quien lo mismo llaman Meveno (Mevennus), como Meen, Main y Mewan, fue muy venerado en toda Francia como el mejor abogado para la curación de toda clase de enfermedades de la piel, durante los tiempos antiguos, la Edad Media y, a decir verdad, hasta épocas relativamente recientes. Una de las especies de erupción cutánea, llevaba el nombre vulgar de Mal de San Meen. Las curaciones de estos padecimientos se atribuían generalmente a las propiedades del agua extraída de los pozos y las fuentes dedicados al santo, pero muy especialmente del agua del manantial que se encontraba en las proximidades del monasterio de Gaël, en Bretaña, donde moraba San Meveno. Incontables peregrinaciones (se llegaron a contar hasta cinco mil peregrinos en un año) acuden continuamente desde todos los rincones de Francia a venerar las reliquias de San Meveno y a recoger agua de su fuente. En la Alta Bretaña crece una planta escabiosa que, hasta hoy, se conoce con el nombre de *l'herbe de St. Méen.* La supuesta historia de este santo no es más que una recopilación de leyendas y tradiciones de entre las cuales, sin embargo, se pueden extraer datos para formar un esbozo de su vida y sus hechos. San Meveno nació en Gwent, localidad del sur de Gales; estaba emparentado con San Sansón, en cuyo monasterio ingresó y a quien acompañó en su primer viaje a Cornwall y de ahí a Bretaña. Meveno se estableció en Gaël, en un monasterio que construyó sobre los terrenos que le fueron cedidos en aquel bosque de Brocéliand que tantas veces se menciona en los romances del rey Arturo. La abadía llegó a ser un centro misional, y sus monjes fundaron otra casa que llegó a ser el gran monasterio de Saint-Méen.

Entre sus amigos y discípulos figuraba su ahijado San Austol, a quien profesaba gran afecto y a quien atendió cuando se hallaba agonizante y le exhortó a morir tranquilo, ya que su separación iba a ser muy breve, puesto que él habría de morir también siete días después. Las reliquias del santo o parte de ellas, se veneran hasta hoy en Saint-Méen. Muchos lugares de Bretaña y aun de Normandía llevan su nombre; en otras partes de Francia se encuentran también algunos sitios dedicados al santo. En Cornwall hay dos parroquias vecinas que llevan los nombres de San Austella y San Mewan, y posiblemente se haya perpetuado su memoria en el nombre de la ciudad de Mevagissey.

Hay un relato sobre San Meveno en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. v, fundado principalmente en la biografía francesa de Albert Le Grand; el texto latino de una biografía medieval, se halla impreso en *Analecta Bollandiana*, vol. III (1884), pp. 141-158. Véase también a F. Duine, en *Memento des Sources...* (1918), pp. 98-99 y al canónigo Doble, en *St. Mewan and St. Austol.*

SAN LEUTFRIDO o LEUFROY, Abad (738 p.c.)

En el período anterior a la conquista de Normandía por los nórdicos, la diócesis de Evreux produjo a un grupo de santos, de los cuales San Leutfrido no es de los menos prominentes. Para delinear a grandes rasgos su carrera, debemos recurrir a una biografía compuesta por un monje de su comunidad, quien echó mano de manuscritos y tradiciones, mucho tiempo después de la muerte del personaje. Leutfrido, descendiente de una familia cristiana, nació en las cercanías de Evreux. Hizo sus estudios con el sacristán de la iglesia de San

Taurino en el mismo Evreux, los continuó en Condat y los terminó en Chartres, donde se distinguió en forma extraordinaria, hasta el punto de suscitar la envidia de sus compañeros. Al regresar a casa, se dedicó especialmente a impartir instrucción a los niños del lugar; pero bien pronto resolvió abandonar el mundo para entregarse a una existencia en el servicio de Dios. Con ese propósito, huyó sigilosamente de su hogar, por la noche; cambió sus ropas finas por los andrajos de un mendigo, y fue a refugiarse en el monasterio de Cailly, donde vivió durante algún tiempo bajo la dirección de un ermitaño. Después se trasladó a Rouen para ponerse a las órdenes de San Sidonio (el irlandés San Saens), de cuyas manos recibió el hábito religioso. San Ansberto, obispo de Rouen, profesó gran estimación a San Leutfrido.

Al cabo de algún tiempo, el santo regresó a su tierra natal y se estableció en un lugar situado a unos cuatro kilómetros de Evreux, en las riberas del Eure, precisamente donde San Owen, el antecesor de San Ansberto, había plantado una cruz como recuerdo de una visión celestial. Ahí mismo, por el año de 690, San Leutfrido construyó un monasterio y una iglesia dedicados a la Santa Cruz. El monasterio que originalmente se llamó La Croix-Saint'Ouen, tuvo posteriormente el nombre de La Croix-Saint-Leufroy. Muchos discípulos se reunieron en torno al fundador, quien los gobernó durante unos cuarenta años. Tenía en tanto aprecio a la pobreza, que en una ocasión, lo mismo que en la anécdota que relata San Gregorio el Grande, rehusó dar cristiana sepultura a un monje que, al morir, dejó una buena cantidad de dinero en sus arcones. San Leutfrido murió en 738.

La vida de San Leutfrido, impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. V, no fue escrita sino despues de haber transcurrido un siglo o más desde su muerte y, por consiguiente, merece poca confianza. W. Levison publicó un texto crítico en MGH., *Scriptores Merov.*, vol. VII, pp. 1-18. Hay una narración moderna, publicada por J. B. Mesnel en 1918 y que se encuentra en *Analecta Bollandiana*, vol. XLI (1923), pp. 445-446.

SAN RAUL o RALPH, ARZOBISPO DE BOURGES (866 P.C.)

SAN RAÚL, cuyo nombre aparece también como Ralph, Rodulphus y Radulfo, era el hijo del conde Raúl de Cahors. Desde su niñez fue confiado a la tutela de Bertrand, el abad de Solignac, de quien aprendió a amar las órdenes monásticas, a pesar de que, se tiene entendido que él mismo nunca recibió el hábito. Pero ya fuese o no religioso, lo cierto es que en varias ocasiones desempeñó el puesto de abad, incluso quizá en los famosos monasterios de Saint-Médard y Soissons, a los que habían hecho donativos y otorgado privilegios los padres de Raúl. En 840, fue elevado a la sede arzobispal de Bourges y, a partir de entonces, desempeñó un papel descollante en los asuntos eclesiásticos, dentro y fuera de su diócesis. Se le consideraba como uno de los clérigos más sabios de su tiempo, y en todos los sínodos se reclamaba su presencia. En una de aquellas asambleas, la de Meaux, en 845, se adoptaron las medidas para salvaguardar los ingresos para los hospicios, particularmente los de Escocia (*i.e.* Irlanda) y se determinó que todo aquel que metiese mano en dichos ingresos, recibiría el estigma de "asesino de los pobres".

San Raúl empleó toda su fortuna personal en la fundación y construcción de monasterios para hombres y mujeres. Entre sus abadías más famosos figuran la de Dèvres, en Berri, la de Beaulieu-sur-Mémoire y la de Végennes, en la

región del Limousin y la de Sarrazac, en Quercy. San Raúl murió el 21 de junio de 866.

No fue el menor de sus muchos servicios a la Iglesia la compilación de un libro de Instrucciones Pastorales destinadas a sus clérigos, y fundado en las capitulares de Teodulfo, obispo de Orléans. Su principal objetivo era el de reanimar el espíritu de los antiguos cánones y corregir los abusos. Por entonces se necesitaban con toda urgencia directivas claras y precisas con respecto al tribunal de la penitencia, a fin de remediar los errores provocados por la ignorancia y por la adopción de normas no autorizadas que se atribuían, equivocadamente, a varios santos y maestros famosos. San Raúl actuó con mucha prudencia al someter a la consideración de sus clérigos aquellas instrucciones, antes de dar su libro a la publicidad. Al cabo de algún tiempo, la obra fue olvidada y no volvió a saberse de ella hasta principios del siglo diecisiete, cuando fue descubierta de nuevo. El escrito demuestra que su autor era muy versado en los escritos de los Padres y en los decretos de los concilios.

No existe, al parecer, una biografía propiamente dicha de San Raúl, escrita en los tiempos medievales. En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. v, hay un relato formado por fragmentos tomados en diversas fuentes de información, incluso algunas lecciones del breviario. Véase, *Histoire Littéraire de la France*, vol. v, pp. 321-324; *Saint Rodolf, archevêque de Bourges* (1905), de Chavanet; el *Catalogue des actes des archevêques de Bourges* (1927), pp. 7-13, de A. Gandilhon; y Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II pp. 20 y 122. Sobre el número y la importancia de los establecimientos escoceses a que nos referimos, ver a Berlière en *Revue Bénédictine*, vol. XIX (1902), pp. 68-70.

SAN RAIMUNDO DE BARBASTRO, Obispo (1126 P.C.)

Raimundo nació en Orbán (Tarn), España. Durante algún tiempo se dedicó a la carrera de las armas, pero todavía joven, solicitó ser admitido entre los canónigos de la iglesia de San Severino de Tolosa. Al cabo de algunos años fue elegido superior por unanimidad. De allí, el rey de Aragón, Pedro I, lo puso en la sede episcopal de Barbastro (1104).

Raimundo fue recibido con entusiasmo en su diócesis. Fue consagrado obispo en la catedral, por Bernardo, obispo de Tolosa y Legado de la Santa Sede, en presencia de los obispos de la provincia.

El suceso que dejó más huella durante el obispado de Raimundo, fue el arreglo de los conflictos entre los obispos vecinos. A medida que los cristianos reconquistaban de manos de los árabes el país, faltaba reorganizar la jerarquía católica y no era fácil conciliar los intereses y los derechos de cada quien. El obispo de Barbastro tenía un doble título: obispo de Barbastro y de Roda. Esta era una segunda diócesis que el obispo de Urgel, Odón, agregó a la primera. El la ocupó, por la fuerza, en 1104. Una orden formal del Papa Pascual II le permitió tomarla y el incidente concluyó.

La situación en Roda era clara. No sucedía lo mismo en Barbastro y, cuando Raimundo obtuvo del Papa la sede de Lérida, desde la recuperación de esta ciudad que había sido reconquistada (2 de mayo de 1110), el obispo de Huesca, Esteban, vio en ello una transgresión a sus derechos y resolvió reconquistar por la fuerza el territorio que se le escapaba. Hacia 1116-1118, con la ayuda de la armada del rey Alfonso I, ocupó Barbastro e hizo conducir a Raimundo a Roda. A pesar de una sentencia de excomunión por parte del

Papa Pascual II y los esfuerzos para ponerla en obra, de sus sucesores Gelasio II y Calixto II, Esteban no dejó Barbastro, la cual no cayó bajo la jurisdicción efectiva del obispo de Roda, sino muchos años después de la muerte de los dos adversarios.

En medio de estas pruebas, Raimundo dio ejemplo de todas las virtudes: usaba cilicio, y su caridad hacia sus pereseguidores no se desmintió jamás. Murió el 21 de junio de 1126, a su regreso de una expedición a Málaga, en la que había tomado parte al lado del rey de Aragón, Alfonso I.

Fue sepultado en la catedral de Roda. Su tercer sucesor, Geofredo, al ver los milagros que se hacían en su tumba, hizo llevar el cuerpo a un lugar más honorable, el 17 de diciembre de 1143, ante la presencia de numerosos obispos, entre los cuales se encontraba el sucesor de Esteban de Huesca. El Papa Inocencio II, diez años después de la muerte de Raimundo, lo canonizó.

Hay una biografía escrita por un contemporáneo, que figura en el *Acta Sanctorum*, el 21 de junio, vol. IV, pp. 125-135. *Dictionaire d'histoire et géographie ecclésiastique, Barbastro*, vol. VI, cols. 601-602.

BEATO JUAN RIGBY, MÁRTIR (1600 P.C.)

A PESAR de que fue hijo de un caballero de rancio linaje del Lancashire, los escasos bienes de la familia obligaron a Juan Rigby a ingresar en el servicio doméstico para ganarse la vida. Era un católico fiel que moraba en el seno de una familia protestante, y a menudo se encontraba en situaciones muy difíciles para practicar su religión, en vista de las rigurosas leyes establecidas para combatir al catolicismo. Por esta causa, algunas veces se vio obligado a asistir a los servicios de la iglesia autorizada, una muestra de debilidad que lamentó con toda sinceridad posteriormente. Al sentir remordimientos por su culpa, fue a pedir confesión a un sacerdote encarcelado en la prisión de Clink y, a partir de entonces, llevó una vida cristiana irreprochable. Juan fue el instrumento de que se sirvió Dios para reconquistar a muchos católicos renegados, incluso su propio padre. Mientras servía como criado de confianza en la casa de Sir Edmund Huddlestone, su amo le envió a la sala de sesiones del tribunal de Old Bailey, para informar que la hija de Sir Edmund, la señora Fortescue, estaba enferma y no podía comparecer ante esa corte, a donde había sido citada para un caso judicial. Hasta aquel momento no había acusaciones en contra de Juan Rigby, pero uno de los magistrados entró en sospechas y comenzó a interrogarle respecto a su religión. El noble criado acabó por reconocer que era católico, que no pensaba poner un pie en las iglesias protestantes y que se negaba a reconocer la supremacía religiosa de la reina. Acto seguido se ordenó que fuese encerrado en la prisión de Newgate.

Un amigo suyo conservó para la historia el interesante relato que escribió Juan sobre sus experiencias en la prisión y las pruebas que debió soportar. Es evidente que algunos de sus jueces, sobre todo el señor Gaudy, quedaron muy favorablemente impresionados por el valor, la resistencia y la sinceridad del reo; aquellos magistrados estaban bien dispuestos a dejarle en libertad, sólo le pedían que hiciese acto de presencia en la iglesia autorizada para cerrar su caso; pero Juan les respondía invariablemente: "Si ése es el único delito que

he cometido y no hay otra manera de remediarlo que la de asistir a la Iglesia, no quisiera dejar a Su Señoría en la creencia de que, tras de haber ascendido algunos escalones hacia el Cielo, esté ahora dispuesto a tropezar y caer escaleras abajo hasta los abismos del infierno. Tengo la firme esperanza de que Jesucristo me fortalecerá para sufrir mil muertes si acaso tengo mil vidas para perder. Deje, Su Señoría, que la ley siga su curso".

Al cabo de prolongadas deliberaciones entre ellos, los jueces decidieron condenarlo. El juez Gaudy, no pudo dominar el temblor de su voz al leer la sentencia de muerte, pero Juan Rigby la escuchó con absoluta serenidad.

El 21 de junio se le informó que iba a ser ajusticiado y él repuso con sencillez, casi con alegría triunfante: "¡*Deo gratias*! Es el mayor premio que se me ha otorgado desde que vine al mundo". Cuando le transportaban dentro de una jaula de cañas, sobre la carreta, hacia Saint Thoma's Waterings, el sitio de la ejecución, el conde de Rutland y el capitán Whitlock se le acercaron para instarle a "hacer lo que la reina mandaba y salvarse", pero fue en vano. Ya en el cadalso, Juan entregó al verdugo una moneda de oro y le dijo: "Toma esto como prenda de que sinceramente te perdono, a ti y a todos los que han sido causa de mi muerte". La ejecución se llevó a cabo con lujo de crueldad, puesto que fue desmembrado y se le sacaron las entrañas cuando aún tenía vida. Sus últimas palabras fueron: "¡Dios los perdone! ¡Jesús, recibe mi alma!". El Beato Juan Rigby tenía alrededor de treinta años de edad cuando fue martirizado.

Contamos con una narración muy interesante y detallada sobre la detención, los procesos y el martirio del Beato Juan. Ese relato que, como ya dijimos arriba, él mismo escribió en la prisión, fue a dar a manos del Dr. Thomas Worthington, rector del Colegio de Douai y fue él quien lo imprimió y editó en el extranjero, a fines del año 1601, en un librito titulado: *A Relation of Sixtene Martyrs glorified in England in twelve months.* El mismo texto de Rigby, con una introducción y notas complementarias, fue admirablemente editado por el padre C. A. Newdigate en un folleto que tituló: *A Lancashire Man: the Martyrdom of John Rigby at Southwark* (1928). Véase también a Challoner, MMP., pp. 238-245.

22: SAN ALBAN, ALBINO o ALBANO, MÁRTIR
(Fecha desconocida)

A SAN Alban se le venera como al protomártir de las Islas Británicas y, hasta hoy, se observa su fiesta en toda Inglaterra y Gales el 22 de junio (solamente en la diócesis de Brentwood se le conmemora el 23). Su historia, o mejor dicho su leyenda, tal como la expone Beda en su *Ecclesiastical History*, puede resumirse como sigue:

Alban era natural de Verulamium, la actual St. Albans, en Hertfordshire. Era un ciudadano prominente y, a pesar de ser pagano, al estallar la persecución de Diocleciano y Maximiano, dio asilo a un sacerdote cristiano que llegó a su puerta. Las conversaciones e instrucciones de su huésped sobre la doctrina cristiana impresionaron tanto a Alban, que se convirtió al cristianismo y recibió el bautismo. Entretanto, el gobernador local había sido informado de que el predicador cristiano al que buscaba afanosamente por toda la región, se hallaba escondido en la casa de Alban. Inmediatamente se envió a una

partida de soldados a investigar, pero el sacerdote ya no estaba ahí. Para facilitar su huida, Alban había cambiado sus ropas con él y fue a Alban, vestido con el amplio manto o "*caracalla*" del sacerdote, a quien los soldados condujeron, atado de manos, ante el juez. Este se hallaba, precisamente, de pie frente a un altar, en el acto de ofrecer sacrificios a los dioses.

Cuando se bajó el capuchón del manto que cubría la cabeza del prisionero y se estableció su identidad, el gobernador quedó muy indignado. Ordenó que Alban fuese arrastrado al pie del altar y, una vez ahí, le dijo: "Puesto que tú optaste por ocultar y proteger a un individuo sacrílego y blasfemo, al que debiste entregar a los guardias que envié, el castigo que le estaba reservado será para ti, a menos que quieras cumplir con los actos de adoración de nuestras creencias". Alban repuso con firmeza que ya nunca volvería a adorar a los dioses. El juez le pidió que le diera pormenores de su familia y entonces, Alban se irritó. "¿Para qué quieres saber de mi familia?, preguntó. Si lo que te interesa saber es mi religión, te diré que soy cristiano". Entonces se le pidió que diera su nombre y otros datos. "Mis padres me llamaron Alban, replicó. Unicamente adoro y sirvo al Dios vivo y verdadero que creó todas las cosas". El magistrado, impaciente, le ordenó que no perdiera más tiempo en declaraciones pretenciosas y que ofreciese inmediatamente sacrificios a los ídolos; pero Alban no se dejó acobardar y repuso: "Tú ofreces sacrificios a los demonios que no pueden proporcionarte ayuda ni otorgar tus peticiones: cualquiera que ofrezca sacrificios a esos ídolos, no recibirá otra recompensa que el eterno castigo del infierno".

El gobernador, atizada su indignación por las palabras del prisionero, mandó que fuese azotado; luego, al ver que soportaba los furiosos latigazos no sólo con resignación, sino con alegría, le condenó a morir decapitado. Toda la población acudió a presenciar la ejecución y, en la ciudad no quedó nadie más que el juez. La comitiva tenía que cruzar el río en un lugar donde la corriente era muy rápida y, era tanta la gente que formaba hileras para pasar por el puente estrecho, que Alban hubiese prolongado su vida un día más, si esperaba para cruzar. Pero el santo no quería retardar su muerte y, en consecuencia, bajó por la ribera hasta la orilla, levantó los ojos al cielo y, como por encanto, la corriente se detuvo, las aguas se dividieron y, en el lecho del río quedó un paso amplio y seco por el que podía cruzar no sólo el mártir, sino toda la muchedumbre que le seguía. Aquella maravilla produjo la instantánea conversión del verdugo, quien arrojó su espada a los pies de San Alban y le suplicó que le permitiese morir con él o, mejor aún, en su lugar. La procesión avanzó entonces sobre una cuesta que era un gran prado verde salpicado por innumerables flores de todas clases. En la cumbre de la colina, como respuesta a una breve oración del mártir, surgió una fuente de aguas claras para calmar su sed.* Otro hombre reemplazó al verdugo convertido y, de un solo golpe de espada, decapitó a Alban; pero en el momento en que la cabeza del mártir cayó al suelo, los ojos del ejecutor se le saltaron de las órbitas y cayeron junto a la cabeza cortada. El soldado que acababa de convertirse, fue decapitado también ahí mismo y, de esta manera, recibió el bautismo de sangre.

* La descripción del lugar del martirio en la colina de Holmhurst es, quizá, parte de la tradición original. Todo concuerda perfectamente con la topografía del lugar, excepto que el río Var no es profundo ni tiene corriente rápida. Había un manantial (ahora cubierto) al pie de la colina de Holmhurst, la actual Holywell.

Es imposible determinar cuánto de verdad contiene esta historia y hay opiniones muy variadas sobre la cuestión. Se sostiene sobre todo el punto de vista de que San Alban nunca existió, puesto que los decretos de Diocleciano y Maximiano contra los cristianos jamás tuvieron efecto en las Islas Británicas. Por otra parte, algunos investigadores afirman que Alban existió y que muy bien pudo haber sido la víctima de alguna persecución local. La existencia de un culto muy antiguo y extenso respalda esta última afirmación. La referencia más antigua sobre San Alban figura en la biografía de San Germán de Auxerre, escrita por Constancio de Lyons en el siglo quinto, cuando se hace referencia a la visita de San Germán a las Islas Británicas y se declara que éste vio la tumba de San Alban (no dice en qué sitio preciso) "y oró piadosamente en ella, por lo que se tiene por cierto que fue la intercesión del bendito mártir San Alban la que permitió que Germán y sus compañeros tuviesen un feliz viaje de regreso a las Galias".

Gildas y Beda recurrieron al manuscrito "passio Albani", que data de los comienzos del siglo sexto, para escribir sus narraciones. La popularidad y difusión de la historia puede calcularse por las muchas variantes de la misma que fueron recogidas por Hardy en su "Materials for British History" (vol. I, pp. 3-30). La veneración por el mártir se propagó más todavía a raíz del traslado de sus reliquias a una iglesia local en 1129. Fue por entonces cuando se escribió una narración enteramente fantástica sobre San Amphibalus, fundada en la interpretación equivocada que Godofredo Monmouth dio a la plabra "*amphibalus*", que significa manto, para bautizar con ella al sacerdote cristiano que se refugió en la casa de Alban. En el relato se dice que aquel sacerdote. "San Amphibalus", fue perseguido y alcanzado y que se le dio muerte a pedradas en Redbourn, a unos siete kilómetros de la casa de San Alban. También se afirma que las reliquias del supuesto santo fueron descubiertas en los terrenos de unos sajones herejes, en el mismo Redbourn.

Por Constancio de Lyons sabemos que, en el año 429, había una iglesia y una tumba de San Alban. Gildas, que escribió cerca del año 540, relaciona a Alban con Verulamium y, en los tiempos de Beda (731), había en Verulamium una iglesia recién construida con una capilla adjunta donde estaban las reliquias de San Alban. La tradición dice que, en 793, Offa de Mercia, construyó ahí una nueva iglesia y fundó un monasterio que, con el tiempo, se convirtió en la famosa abadía benedictina de San Alban, y es posible que la tradición esté en lo cierto.

En los últimos años, el padre A. W. Wade-Evans trató de localizar el sitio del martirio de San Alban, en los alrededores de Caerleon, en Monmouthshire, junto con los de San Julio y San Aarón (3 de julio). La hipótesis recibió mayor consideración en el continente europeo que en las Islas Británicas, y el padre bolandista, Grosjean, considera que "el martirio de estos tres santos en Caerleon no está desprovisto de fundamentos bastante firmes" (*Analecta Bollandiana*, vol. LVII, 1939, pp. 160-161). En cambio, Wilhelm Levison rechaza firmemente esta teoría y dice que "el martirio de San Alban puede ser situado, sin lugar a dudas, en Verulamium y el propio San Alban, dentro de las certezas y las probabilidades, encaja perfectamente en esa tradición".

El asunto se trata detalladamente en *St. Alban and Saint Albans* de W. Levison,

incluido en *Antiquity*, vol. xv (1941), pp. 337-359. El relato de Beda se encuentra en *Ecclesiastical History* lib. I, cap. VII (ver también los caps. XVIII y XX, así como las notas de Plummer); Gildas, en *De Excidio Britanniae*, cap. X, dice que "conjetura" que San Alban fue muerto durante la persecución de Diocleciano. La teoría de A. W. Wade-Evans, se encuentra en su *Welsh Christian Origins* (1934), pp. 16-19, lo mismo que en su traducción de Nennius (1938), pp. 131-132. Hacia fines del siglo sexto, Venancio Fortunato, conmemora al santo con la frase: "Albanum egregium fecunda Britannia profert" ("La fecunda Bretaña venera al gran Albano"): también en el *Hieronymianum* se le menciona y, sobre esta referencia, véase el comentario de Delehaye. A pesar de que algunos detalles en la reedición posterior de los escritos de Constancio sobre San Germán, no pertenecen al original, como lo ha demostrado Levison (MGH., *Scriptores Merov*, vol. VII), subsisten todas las razones para creer que Germán llevó consigo de regreso a Auxerre, reliquias de San Alban y que construyó ahí una basílica en su honor, como lo afirma Heiricus, el autor de la biografía en verso de San Germán. Ver a W. Meyer en *Abhandlungen*, de la Sociedad Científica de Göttingen, vol. VIII (1904) No. 1, para la passio Albani; E. P. Baker, el *Culto de San Alban en Colonia*, en el *Archeological Journal*, vol. XCIV (19-38), pp. 207-256; M. R. James, *Illustrations to the Life of St. Alban* (1924); y H. Delehaye, en *Les Passions des Martyrs* (1921), pp. 403-407.

SAN NICETO, OBISPO DE REMESIANA (*c.* 414 P.C.)

EN LA fecha del 7 de enero, el Martirologio Romano contiene esta nota: "En Dacia, San Niceto, obispo, que con sus prédicas tornó suave y gentil a una nación que fue bárbara y salvaje". No hay duda de que esas palabras se refieren a San Niceto de Remesiana, no obstante que Baronio, debido a su errónea identificación de este Niceto con el Niceto o Niceas de Aquilea, trasladó la conmemoración, del 22 de junio al 7 de enero, al hacer su revisión del Martirologio. Niceto de Remesiana fue amigo íntimo de San Paulino de Nola y, gracias a éste, sabemos de los magníficos triunfos que obtuvo en sus intentos por domesticar a los salvajes entre quienes vivía. Los bessi, sobre todo, como dice el testimonio de Strabo, eran seres desaforados, crueles y bárbaros, "a los cuales condujo Niceto, como a mansos corderos, al redil de Cristo", según afirma San Paulino en su poema.

Nam simul terris animisque duri
Et sua Bessi nive duriores,
Nunc oves facti, duce te gregantur
Pacis in aulam.

A Remesiana se la ha identificado con un lugar de Serbia llamado Bela Palenka. Poco es lo que sabemos sobre la historia de San Niceto, aparte de que, por lo menos en dos ocasiones, viajó desde una comarca que San Paulino consideraba como un país salvaje de nieves y hielo, para visitar a su amigo en Nola, en la Campania. También San Jerónimo habla en tono admirativo sobre la obra de Niceto al convertir al pueblo de Dacia; pero, en realidad, no sabemos absolutamente nada sobre los detalles de sus expediciones misioneras, la forma en que fue ascendido al episcopado o la fecha de su muerte.

Por otra parte, el santo despertó mucho interés entre los eruditos a causa de sus escritos, algunos de los cuales, anteriormente atribuídos a Niceto de Aquilea, han sido devueltos ahora a su verdadero autor, luego de muchas y muy profundas investigaciones. Dom Germain Morin fue uno de los que más empeño puso para atraer la atención sobre la importancia de la obra literaria del santo

y aun llegó tan lejos como a comprobar que es a San Niceto y no a San Ambrosio, a quien debemos la composición de ese magnífico y famoso himno de acción de gracias que llamamos el "*Te Deum*". Este punto de vista no ha conseguido una aceptación universal, pero entre los estudiosos y los investigadores hay muchos que le apoyan.

En dos ocasiones, los bolandistas hicieron un relato sobre San Niceto, valiéndose de la información que pudieron obtener y los incluyeron en *Acta Sanctorum*, enero, vol. I y junio, vol. V. Pero se encontrará una investigación más nueva y más completa, en el volumen de A. G. Burns. *Nicetas of Remesiana, His Life and Works* (1905), que incluye los escritos sobre los restos del santo. Además, el Dr. Burns publicó un cuadernillo titulado *El Himno "Te Deum" y sus autores* (1926). Los artículos de Dom Morin aparecieron sobre todo en la *Revue Bénédictine*, vol. VII (1890), pp. 151 y ss.; vol. XI (1894), p. 49; y vol. XV. (1898), p. 99. Véase a W. A. Patin, en *Niceta, Bischof von Remesiana als Schriftsteller und Theolog.* (1909) y consúltese el DTC., vol. XI, cc. 477-479. Dos de las más importantes disertaciones de Niceto fueron editadas en un lenguaje claro, por el profesor G. H. Turner; los textos fueron acomodados y anotados por él en el *Journal of Theological Studies*, vol. XXII (1921), pp. 305-320; y vol. XXIV (1923), pp. 225-252. El volumen de traducciones al inglés de los escritos de Niceto, hechas por Fr. G. C. Walsh, fue publicado en Nueva York en 1950.

SAN PAULINO, Obispo de Nola (431 p.c.)

San Paulino, cuyo nombre completo era Poncio Meropio Anicio Paulino, fue uno de los hombres más notables de su época, a quien elogian, en términos de afectuoso aprecio o de admiración, San Martín, San Sulpicio Severo, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Euquerio, San Gregorio de Tours, Apollinario, Cassiodoro y otros antiguos escritores. Su padre, prefecto en las Galias, poseía tierras en Italia, Aquitania y España. Paulino vino al mundo cerca de Burdeos. Desde pequeño tuvo como maestro de poesía y rectórica al famoso poeta Ausonio. Guiado por tan magnífico tutor, el muchacho colmó las grandes esperanzas que habían sido puestas en él y, cuando era todavía muy joven, se hizo notar y aplaudir en la tribuna. "Todos, dice San Jerónimo, admiraban la pureza y elegancia de su dicción, la delicadeza y generosidad de sus sentimientos, la fuerza y dulzura de su estilo y la vivacidad de su imaginación." Se le confiaron numerosos cargos públicos y, si bien no sabemos cuáles fueron, hay razones para suponer que desempeñó un alto puesto en Campania y también fue prefecto en el Nuevo Epiro. Sus deberes, cualquiera que fuesen, le mantenían en constante actividad, en viajes continuos y largos y, en el curso de su vida pública, hizo muchos amigos en Italia, las Galias y España.

Se casó con una dama española llamada Terasia y, al cabo de algunos años, se retiró a sus propiedades de Aquitania para descansar y cultivar su espíritu con la lectura. Fue entonces cuando entabló relaciones con San Delfino, obispo de Burdeos, quien posteriormente convirtió y bautizó a Paulino y a su hermano. Después de su conversión, alrededor del año 390, se fue a vivir con su esposa en las tierras que poseía en España, donde nació su primer hijo, luego de varios años de espera; pero aquella criatura murió a los ocho días de nacido. Desde aquel momento, Paulino y su esposa resolvieron llevar una vida más apegada a la doctrina cristiana, con la práctica de la austeridad y la caridad y, sin más trámites, comenzaron a disponer de una parte considerable de sus muchos bienes para beneficio de los pobres. Aquella prodigalidad tuvo un resul-

tado que, al parecer, fue una sorpresa para el matrimonio, sobre todo para Paulino. El día de Navidad, alrededor del año 393, como respuesta a una espontánea, repentina e insistente petición del pueblo, el obispo de Barcelona confirió a Paulino, en su catedral, las órdenes sacerdotales, a pesar de que ni siquiera había llegado a ser un diácono.*

Pero si los ciudadanos habían abrigado la esperanza de retener con ellos a Paulino, quedaron desengañados. Ya desde antes habían resuelto establecerse en Nola, una población pequeña cerca de Nápoles, donde también tenía propiedades. Tan pronto como dio a conocer sus intenciones y trató de vender sus posesiones en Aquitania, como lo había hecho con las propiedades de Terasia en España, surgieron las objeciones de los amigos y las oposiciones de los parientes. Pero no se dejó arredrar por ello y llevó a cabo sus propósitos: se trasladó a Italia, donde San Ambrosio y otros amigos le recibieron cordialmente. En cambio, en Roma tuvo una fría recepción por parte del Papa San Siricio y sus clérigos, los cuales, probablemente, se hallaban resentidos por el carácter anticanónico de su ordenación. Por lo tanto, la permanencia de Paulino en Roma fue muy breve y partió hacia Nola con su esposa. Ahí estableció su residencia en una gran casa de dos pisos, fuera de los muros de la ciudad, no lejos del lugar donde se veneraba la tumba de San Félix. A pesar de sus cuantiosos donativos, aún conservaba bastantes propiedades en Italia y una fortuna considerable.

Pero de todo esto se desprendió también, poco a poco, en obras de caridad y en el patrocinio de proyectos que favoreciesen a la religión y a la Iglesia. Construyó una iglesia en la población de Fondi, dotó a Nola del acueducto que tanto necesitaba y socorrió a un ejército de pobres, deudores, vagabundos, mendigos y enfermos, muchos de los cuales, vivían prácticamente en el piso bajo de su casa. Paulino, con algunos amigos, ocupaba la planta alta donde todos llevaban una existencia dedicada a la oración y la penitencia, muy semejante a la monástica. Se supone que Terasia era el ama de llaves que atendía a todos los moradores de aquel establecimiento. Contigua a él, había una casa más pequeña, con jardín, que servía para hospedar a los visitantes. Entre los que gozaron de aquella hospitalidad, se pueden mencionar a Santa Melania la Vieja y al obispo misionero San Niceto de Remesiana, quien estuvo ahí en dos ocasiones. Es muy notable el relato que se conserva en la biografía de Melania, la Joven, donde describe su llegada a Nola con su esposo y otros fieles cristianos. Cuando San Paulino fijó ahí su residencia, había ya tres pequeñas basílicas y una capilla, en torno a la tumba de San Félix, el que fuera presbítero del lugar; Paulino agregó una iglesia más, cuyos muros hizo adornar con mosaicos, el propio santo escribió, en verso, una descripción del edificio y sus ornamentos. Tres de aquellas iglesias compartían la puerta de entrada y, seguramente estaban comunicadas por el interior, de manera semejante a como se comunicaban las siete antiguas basílicas que forman la iglesia de San Esteban, en Bolonia. Cada

* El caso de conferir las órdenes sagradas por aclamación popular, tiene otros ejemplos. Aparte del bien conocido caso de la elevación de San Ambrosio a la sede episcopal, tenemos un incidente similar que ocurrió al esposo de Santa Melania la Joven (31 de diciembre). Melania y Piniano, no sólo eran contemporáneos, sino amigos personales de San Paulino y, lo mismo que él, se habían desprendido de grandes sumas de dinero para distribuirlas en limosnas.

año, en ocasión de la fiesta de San Félix, Paulino le rendía lo que él llamaba un tributo de su servicio voluntario, en la forma de un poema. Catorce o quince de esas obras se conservan todavía.

A la muerte del obispo de Nola, alrededor del año 409, San Paulino fue señalado, naturalmente, como el único indicado para ocupar el puesto vacante y, en consecuencia, se hizo cargo de la sede episcopal hasta su muerte. Fuera del dato de que gobernó con gran sabiduría y liberalidad, no tenemos otras informaciones que ilustren su carrera como pastor de almas. Una vez al año, en ocasión de la fiesta de San Pedro y San Pablo, iba de visita a Roma; pero de otra manera, nunca abandonaba Nola. En cambio, gustaba de escribir cartas y, por correspondencia, sostenía sus relaciones con todos sus amigos y con los más destacados hombres de la Iglesia en su época, especialmente con San Jerónimo y San Agustín; a este último le consultaba a menudo sobre diversas cuestiones, incluso la aclaración de ciertos pasajes oscuros de la Biblia. Precisamente, para responder a una solicitud de Paulino, escribió San Agustín su libro "Del cuidado a los Muertos", en el que declara que las pompas fúnebres y otros honores ostentosos, sólo sirven de consuelo a los deudos y no al difunto.

San Paulino vivió hasta el año 431 y, los últimos momentos de su existencia quedaron descritos en la carta de un testigo, llamado Uranio. Tres días antes de expirar fue visitado por dos obispos, Símaco y Acindino, con los cuales celebró los divinos misterios, sin alzarse del lecho. Después se le acercó el sacerdote Postumiano para advertirle que se debían cuarenta monedas de plata por la compra de ropas para los pobres. El santo moribundo repuso, con una sonrisa que, sin duda, alguien iba a pagar la deuda de los pobres y, casi inmediatamente, llegó un mensajero portador de un donativo de cincuenta monedas de plata. El último día, a la hora de vísperas, cuando se encendían las lámparas en la iglesia, el obispo rompió su prolongado silencio y, al tiempo que levantaba una mano, musitó estas palabras: "Ya tengo preparada una lámpara para mi Cristo". Pocas horas más tarde, los que le velaban sintieron un estremecimiento bajo sus pies, como el de un ligero terremoto y, en aquel momento, San Paulino entregó su alma a Dios. Fue sepultado en la iglesia que había construido en honor de San Félix. Poco después, sus reliquias fueron trasladadas a Roma, pero, posteriormente, en 1909, fueron devueltas a Nola, por orden del Santo Papa, Pío X.

De los escritos de San Paulino, que parecen haber sido muy numerosos, se conservan treinta y dos poemas, cincuenta y un cartas y unos cuantos fragmentos. Se le considera como el mejor poeta cristiano de su época, después de Prudencio. Su epitalamio para Julián, obispo de Eclanum e Ia, es uno de los poemas cristianos más antiguos que se conocen.

No existe una biografía propiamente dicha de San Paulino, escrita en tiempos antiguos, pero en cambio contamos con la carta de Uranio para describir su muerte y con una breve nota de San Gregorio de Tours. Además, en la correspondencia del mismo Paulino y en las referencias de sus contemporáneos, encontramos una cantidad considerable de material biográfico; éste fue el que se utilizó en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. v. Otra fuente de información que llegó a conocerse en tiempos relativamente recientes, es la *Vida de Melania la Joven*, en textos griegos y latinos, que se encontrarán en la edición del cardenal Rampolla, *Santa Melania Giuniore* (1905). Las biografías modernas mejores son las de A. Buse, F. Lagrange y A. Baudrillart y un buen artículo en DCB., vol. IV, pp. 234-245, lo mismo que en DTC, vol. XII, cc. 68-71. Véase además a G. Boissier en *La Fin du Paganisme*, vol. II, pp. 49-103; F. de Labriolle, *La Correspondence d'Auson et de*

Paulin (1910); C. Weyman, *Beiträge zur Geschichte der Christ-latein Poesie* (1929), pp. 92-103; P. Fabre, *S. Paulin et l'amitié Chrétienne* (1947); y P. Labriolle, *Histoire de la Littérature Chrétienne* (1947), p. 877.

SAN EBERARDO o EVERARDO, OBISPO DE SALZBURGO (1164 P.C.)

LA MADRE de Eberardo fue una mujer muy piadosa y de gran religiosidad, descendiente de familia noble, que vivía en Nuremberg, donde dio a luz a su hijo, entre los años 1085 y 1090. Educado por los benedictinos, recibió una canonjía en la catedral de Bamberga, a la que renunció pronto para ingresar a la abadía de Mont Saint Michel. Sin embargo, el capítulo de Bamberga no consintió que permaneciese en el claustro, y el obispo insistió en enviarle a estudiar a París hasta obtener el grado de maestro. Eberardo completó el curso con altas distinciones y regresó a Bamberga sin que hubiera menguado su deseo de entregarse a la vida religiosa. En vista de que toda oposición parecía inútil, el obispo Otto y los canónigos consintieron en que ingresara al monasterio de Prüfening, cerca de Regensburgo. Ahí encontró Eberardo al guía espiritual que necesitaba, en la persona del abad Erbo, a quien sus contemporáneos, modestamente, compararon con el profeta Elias y con San Juan Bautista. Poco después abandonó Prüfening, al ser llamado para que ocupase el cargo de superior en una nueva abadía que habían fundado en Biburgo, entre Ingoldstein y Regensburgo, sus dos hermanos y su hermana.

Bajo su prudente gobierno, la nueva comunidad creció rápidamente en número y en fervorosa vida espiritual. Las virtudes y habilidades de Eberardo eran reconocidas por todos y, tan pronto como la sede de Salzburgo quedó vacante, en 1146, se le eligió para ocupar la silla episcopal. El primer acto de Eberardo como arzobispo fue el de establecer la concordia en una larga disputa entre el capítulo y dos abadías y, a partir de entonces, actuó constantemente como mediador entre las partes antagónicas. Pero el principal objetivo al que dedicó sus energías, fue el mejoramiento moral de su pueblo, clérigos y laicos por igual y, sobre todo, no escatimó esfuerzo para acabar con ciertos abusos que se practicaban extensamente en su arquidiócesis. Obtuvo tanto éxito en esa empresa, que el emperador Conrado III, al pasar por Salzburgo, felicitó públicamente al arzobispo por los resultados de sus ordenanzas de reforma.

El santo arzobispo convocó a dos sínodos; en uno de ellos puso de manifiesto su devoción por la Madre de Dios, al disponer que las fiestas mayores de la Virgen María fuesen complementadas con octavas. Durante la lucha que tuvo lugar entre Federico Barbarroja y el Papa Alejandro III, Eberardo fue uno de los pocos dignatarios alemanes que se negaron a reconocer al antipapa "Victor IV". Federico se mostró indignado por su actitud, pero era tan grande el prestigio del arzobispo, que no se hizo el menor intento para obligarle a cambiar de parecer ni para intervenir en su posición de alguna manera. La última de las actividades registradas de San Eberardo fue la realización de un viaje con el objeto de restablecer la paz entre dos nobles caballeros en disputa. Consiguió lo que quería, pero en el viaje de regreso cayó gravemente enfermo y murió en el monasterio del Cister en Reihn, en el año de 1164.

Alrededor del año 1180, se escribió la biografía más antigua sobre San Eberardo. Pertz la editó en MGH., *Scriptores*, vol. XI, pp. 78-84 y también se encuentra en el

Acta Sanctorum, junio, vol. v. San Eberardo fue un personaje de importancia en el mundo político de su tiempo; en consecuencia, figura destacadamente en los escritos de todos aquellos que estudiaron y discutieron la situación creada por las campañas de Federico Barbarroja contra el Papa. Véase, por ejemplo a Hauck, en *Kirchengeschichte Deutschland*, vol. IV; a J. Engel, *Schisma Barbarossas in Bisthum Freising* (1930). Debemos advertir que no hay ningún fundamento para afirmar que San Eberardo fue el autor del tracto *Oratio de Hildebrandi antichristiano Imperio*. La causa de la canonización de Eberardo fue insistentemente presentada por el arzobispo Burkhard en 1469, pero nunca se llegó a pronunciar el decreto.

BEATO INOCENCIO V, PAPA (1277 P.C.)

EL PRIMER Papa perteneciente a la Orden de Santo Domingo, Inocencio V, recibió el nombre de Pedro en la pila bautismal y, hasta el momento de su elevación al papado, se le llamó generalmente Pedro de Tarentaise, por el lugar de su nacimiento, Tarentaiseen-Forez (Loire).* Era todavía muy joven cuando recibió el hábito dominicano, de manos del Beato Jordán de Sajonia; con el correr del tiempo, llegó a ser uno de los teólogos más notables de su época. Tras de recibir el grado de maestro, ocupó una cátedra en la Universidad de París, a pesar de que, como sucedió con su amigo y compañero Santo Tomás de Aquino, no había cumplido aún los treinta años. En 1256, colaboró con San Alberto Magno, Santo Tomás y otros dos miembros de la orden, para redactar un "curriculum" de estudios, que es todavía base de la enseñanza de los dominicos. Además de impartir la instrucción oral a sus estudiantes, Pedro escribió varios libros: algunos, especialmente los "Comentarios" a las Epístolas de San Pablo y las "Máximas de Pedro Lombardo", fueron tan estimados por sus contemporáneos como los escritos del propio Doctor Angélico.

A pesar de que Pedro de Tarentaise era ante todo un investigador estudioso, no carecía de notables cualidades prácticas que le hacían muy capaz para gobernar a los hombres y por eso, a la edad de treinta y siete años, fue nombrado prior provincial para Francia. Las periódicas visitas a las cincuenta casas de su provincia representaban largos viajes que, infaliblemente, Pedro hacía a pie; en cada uno de los prioratos bajo su mando, logró que se mantuviera la disciplina de la regla. Al mismo tiempo, desde París (donde Pedro se había visto envuelto en ciertas dificultades) llegaban continuos llamados para que regresara y, cuando Santo Tomás viajó o Roma para atender un llamado del Papa, el capítulo general mandó a Pedro a reemplazarlo a la Universidad de París. En 1272, el Papa Gregorio X, quien anteriormente había asistido a las conferencias del beato en París y le tenía en gran estimación, le nombró arzobispo de Lyon; el año siguiente, Pedro fue promovido al obispado de Ostia y a la consiguiente dignidad de cardenal; pero retuvo sus deberes administrativos en Lyon, ya que el Papa había elegido esa ciudad para convocar el Concilio Ecuménico con que se proponía solucionar el cisma griego.

El cardenal Pedro desempeñó un papel muy importante desde la apertura de la primera sesión. Aparte de su participación en las deliberaciones, en dos

* No debe confundirse con el abad cisterciense y obispo, San Pedro de Terentaise (8 de mayo).

oportunidades pronunció otros tantos brillantes discursos ante los delegados y, gracias en gran parte a la forma clara y precisa con que enunció los dogmas del catolicismo, los enviados griegos acabaron por adherirse a la Iglesia Romana. El Concilio se clausuró en medio del regocijo general, por el brillante éxito obtenido (un triunfo que tuvo muy corta duración), al que sólo empañó la muerte de San Buenaventura. Fue Pedro de Tarentaise quien pronunció el panegírico; adoptó como lema de su discurso, las palabras: "Me conduelo por ti, mi hermano Jonatán" y habló con tanto fervor y emoción del gran franciscano desaparecido, que muchos del auditorio se echaron a llorar. Las tareas de Pedro en Lyon terminaron al nombrarse un nuevo arzobispo, y entonces se trasladó a Italia con el Papa y los otros cardenales. Por lo tanto, se hallaba junto a Gregorio X cuando éste murió en Arezzo, en enero de 1276, poco después de haber llegado a Francia.

En la elección que se realizó inmediatamente no hubo otro candidato digno de ser considerado, aparte del cardenal Pedro de Tarentaise, quien fue elegido por unanimidad para ocupar la Sede Pontificia. Escogió el nombre de Inocencio V. Su breve pontificado se distinguió por los esfuerzos para restablecer la paz entre los estados italianos, que estaban divididos por disensiones internas y externas y por favorecer la unidad con los bizantinos. El Pontífice había hecho los preparativos para enviar a sus delegados a Constantinopla a fin de obtener, por parte del emperador Miguel Paleólogo, la confirmación del pacto elaborado en el Concilio de Lyon, pero los enviados nunca llegaron a su destino. Repentinamente, la tragedia vino a echar por tierra las esperanzas que se habían concentrado en la figura del nuevo Papa. A pesar de que éste era un hombre de espléndida salud física y de una constitución tan robusta que no se había resentido con las fatigas del duro trabajo ni con las austeridades de la vida religiosa, una fiebre maligna que le atacó le llevó al sepulcro en pocos días. Murió el 22 de junio de 1277, a la edad de cincuenta y un años, al cabo de ocupar solamente durante cinco meses la Sede de San Pedro. El culto al Beato Inocencio V fue confirmado en 1898 y se agregó su nombre al Martirologio, como el de un Pontífice "que trabajó por la concordia entre los cristianos".

Hay un relato muy completo, con indicaciones de fuentes de información, en la *History of the Popes*, vol. XVI, pp. 1-22, de Mons. Mann. Véase también a Mortier, en *Histoire des Maîtres Généraux O.P.*, vol. I y II. Hay algunas biografías modernas, como la de J. P. Mothon (1896), Turinaz (1901) y Bourgois (1899). El mejor de los estudios, es el de M. H. Laurent, *Le b. Innocent V et son temps* (1947), incluido en las series *Studi e Testi* de la Biblioteca del Vaticano.

23: SANTA AGRIPINA, VIRGEN Y MÁRTIR (¿262? P.C.)

A SANTA AGRIPINA, virgen y mártir, se la venera extraordinariamente en Sicilia y también, aunque en menor grado, en Grecia. Nada se sabe en concreto sobre su verdadera historia; las "actas" que figuran en las "Menaia" griegas son enteramente indignas de confianza y no hay pruebas sobre su culto en fechas remotas. Se tiene entendido que fue una doncella de noble cuna, a quien, por causa de su fe, se mandó cortar la cabeza, o bien

fue azotada hasta morir, durante el reinado de Valeriano o en la persecución de Diocleciano. Después del martirio, tres mujeres cristianas, Bassa, Paula y Agatónice, recogieron el cuerpo de la doncella y lo llevaron hasta Mineo, en Sicilia, para sepultarlo ahí. Parece que en su tumba se obraron muchos milagros, incluso curaciones de males sin remedio y de personas endemoniadas. Los griegos aseguran que las reliquias de la santa fueron trasladadas de Sicilia a Constantinopla, supuestamente para evitar la profanación por parte de los infieles. Se invoca a Santa Agripina contra los espíritus malignos, la lepra y las tempestades violentas.

La relación que se encuentra en *Acta Sanctorum*, junio, vol. v, no proporciona más datos que los extraídos de las *Menaia* griegas junto con una sospechosa narración traducida al latín, sobre el traslado de los restos a Sicilia. El *Annus Greco-slavicus* de Martynov contiene testimonios sobre su culto en épocas muy posteriores a la de su muerte; también hay una breve historia sobre su martirio en el *Sinaxario de Constantinopla;* ver la edición Delehaye, cc. 704-706. Por ella sabemos que se conmemoraba a Santa Agripina el 23 de junio la misma fecha que figura en el Martirologio Romano.

SANTA ETELREDA o AUDREY, ABADESA DE ELY, VIUDA (679 P.C.)

A JUZGAR por el gran número de iglesias que se le han dedicado en Inglaterra, Etelreda (Aethelthryth), también llamada Audrey, debe haber sido una de las santas anglosajonas más populares. Era hija de Anna, el rey de los anglos del este, y hermana de Santa Sexburga, Santa Etelburga y Santa Witburga. El lugar de su nacimiento fue Exning, en Suffolk. Para satisfacer los deseos de sus padres, se casó con un tal Tonbert, pero se dice que vivió con su marido en absoluta continencia. Tres años después del casorio, murió Tonbert y ella se retiró a vivir en la isla de Ely, cuyos terrenos le habían sido cedidos como regalo de bodas. Ahí, durante cinco años, llevó una existencia solitaria y dedicada a la oración. Pero hasta ahí fueron a buscarla sus familiares para casarla de nuevo, y ella cedió otra vez a los ruegos de sus padres. El segundo marido se llamaba Egfrido y era el hijo menor de Oswy, rey de Nortumbria; en la época del matrimonio no era más que un niño y se conformó a vivir con su esposa como si fuera su hermana. Pero con el correr del tiempo, Egfrido, convertido en un hombre joven y en poderoso monarca, se manifestó descontento y exigió que Etelreda fuese su verdadera esposa.

Etelreda se negó rotundamente, porque desde hacía tiempo había consagrado su virginidad a Dios. Por acuerdo de los esposos se hizo una apelación a San Wilfrido de York para que arreglara las cosas, y Egfrido llegó a hacer el intento de sobornarlo, puesto que le ofreció ricos presentes si convencía a Etelreda para que accediera a sus deseos. Sin embargo, San Wilfrido se puso de parte de la doncella y, por consejo suyo, se refugió Etelreda en el convento de Coldingham, donde recibió el velo de manos de Santa Ebba, la tía de Egfrido. Un año más tarde, se retiró a la isla de Ely, donde fundó, alrededor del año 672, un monasterio doble, al que gobernó hasta su muerte. Su manera de vivir era la de un asceta: con excepción de los días de fiesta grande o cuando estaba enferma, sólo hacía una frugal comida cotidiana, vestía ropas hechas con telas burdas; después de los maitines, que se cantaban a medianoche, no se retiraba a descansar como el resto de las monjas, sino que permanecía en la igle

retiraba a descansar como el resto de las monjas, sino que permanecía en la iglesia para orar hasta el amanecer. Estaba dotada con el don de profecía: pronosticó la epidemia de peste durante la cual ella murió y señaló el número exacto de sus monjas que habrían de sucumbir, víctimas del mismo mal. Etelreda expiró el 23 de junio de 679 y, de acuerdo con sus instrucciones, fue sepultada dentro de un sencillo ataúd de madera. Dieciséis años más tarde, se encontró su cuerpo incorrupto.

La sepultura de Santa Etelreda llegó a ser un gran centro de devoción, en virtud de los milagros que obraban sus reliquias y los trozos de tela que los devotos dejaban sobre la tumba. Hace mucho tiempo que los restos de la santa desaparecieron, pero hasta la fecha se muestra su sepulcro vacío en la catedral de Ely. La palabra inglesa "*tawdry*", una corrupción de Saint Audrey, se aplicaba originalmente a los collares, pulseras y prendedores de oropel y otras quincallas que se vendían durante la gran feria anual de Santa Audrey. Su fiesta se celebra todavía en varias diócesis de Inglaterra.

La mayoría de las referencias sobre Santa Etelreda que hace Beda y también las que hace Thomas of Ely en su *Liber Eliensis,* fueron impresas en el *Acta Sanctorum,* junio, vol. v. Sobre las contradicciones cronológicas, véanse las notas de C. Plummer en su edición de Beda, vol. II, pp. 234-240. También hay relaciones bastante completas en DNB., vol. XVIII, pp. 19-21 y en DCB., vol. II, pp. 220-223.

SAN LIBERTO o LIETBERTO, OBISPO DE CAMBRAI (1076 P.C.)

LIBERTO, LIETBERTO o Liébert, era descendiente de una noble familia de Brabante; su tío fue Gerard, el obispo de Cambrai, con quien se educó y a cuyo servicio estuvo largo tiempo como archidiácono, primero y preboste después. A la muerte del obispo, en 1051, el clero y el pueblo le eligieron como su sucesor. Una vez que el emperador San Enrique ratificó el nombramiento, Liberto fue ordenado sacerdote en Châlons y consagrado obispo por el metropolitano en Reims. Se desempeñó como un verdadero padre hacia su grey y, no sólo trabajó con infatigable celo por su bienestar espiritual, sino que lo defendió de las extorsiones y opresiones del castellano de Cambrai.

En 1054, Liberto emprendió una peregrinación a Jerusalén, acompañado por un grupo de personas. La comitiva había llegado a Laodicea, cuando, para consternación general, se informó que los sarracenos habían clausurado la iglesia del Santo Sepulcro y que, en aquellos momentos, era muy peligroso viajar a Palestina. Por lo tanto, muchos de los peregrinos regresaron al punto de partida, y sólo San Liberto y algunos pocos compañeros resolvieron perseverar. Emprendieron la travesía, pero los vientos contrarios desviaron la embarcación hacia Chipre; los tripulantes, temerosos de caer en manos de los piratas, condujeron la nave de regreso a Laodicea. En vista de que no cesaban de surgir nuevas dificultades, los peregrinos acabaron por abandonar la empresa, sin haber visto la Tierra Santa. Al regresar a Cambrai, San Liberto, para consolarse de aquel fracaso, construyó un monasterio y una iglesia a los que dio el nombre de Santo Sepulcro. A uno de los monjes de aquel monasterio, llamado Rodulfo, debemos la biografía casi contemporánea del fundador. Así sabemos que, desde aquel momento, el obispo dedicó sus días a cumplir estrictamente con sus deberes pastorales y, que a menudo, por las noches, iba descalzo a la iglesia para

ganó muchos enemigos. En una ocasión, los esbirros de Hugo, el castellano de Cambrai, a quien el obispo había excomulgado por los desmanes de su conducta, cayeron sobre él por sorpresa y le encerraron en el calabozo del castillo de Oisy. Arnulfo, el conde de Flandes, rescató al secuestrado y, poco después, Hugo fue expulsado de Cambrai en medio del general contento de la población. Al parecer, el último servicio que realizó San Liberto, en los últimos días de sus veinte años de episcopado, fue éste: la ciudad, cercada por las fuerzas invasoras, estaba en inminente peligro de caer ante un ataque del enemigo; pero el obispo, quien ya por entonces se hallaba muy enfermo, se hizo conducir en una litera hasta el campamento enemigo y, gracias a su presencia, sus elocuentes razones y sus amenazas, convenció a los invasores para que se retirasen sin haber dado el golpe que proyectaban. San Liberto o Lietberto, murió el 23 de junio de 1076.

El monje Rodulfo escribió su biografía de San Liberto, después de tomar los datos de la *Gesta Episcoporum Cameracensium*, a los que agregó abundantes informaciones de su cosecha. Sus textos se publicaron en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. V y en Pertz, MGH., *Scriptores*, vol. VII, pp. 480-497 y 528-538.

SAN JOSE CAFASSO (1860 P.C.)

SE ACOSTUMBRA referirse a San José Cafasso como a un santo de la Congregación Salesiana, y eso se comprende en razón de que José era amigo íntimo y director espiritual de San Juan Bosco; sin embargo, se trata de un error: San José Cafasso fue un sacerdote secular, y su existencia, noble y generosa, estuvo tan desprovista de incidentes externos, como lo están, por regla general, las vidas de los miembros del clero pastoral de la Iglesia.

Nació en el mismo lugar que fue cuna de San Juan Bosco y de otros muchos notables hombres de la Iglesia, la pequeña ciudad de Castelnuovo d'Asti, en el Piamonte. Ahí vino al mundo José, en 1811. Sus padres, Juan Cafasso y Ursula Beltramo, eran campesinos acomodados, y José fue el tercero de cuatro hijos, de los cuales, la menor, María Ana, habría de ser la madre del canónigo José Allamano, fundador de los sacerdotes misioneros de la "Consolata," de Turín. En su niñez, José era el alumno más destacado de la escuela local y siempre estaba bien dispuesto a ayudar a sus compañeros con sus lecciones: varios años más tarde, uno de sus antiguos condiscípulos le recordó que aún le debía un par de urracas vivas que había prometido dar a José por auxiliarle en una tarea de gramática. Juan, su padre, lo envió a la escuela de Chieri al cumplir los trece años y, de aquella casa de estudios pasó al seminario que acababa de abrir en la misma ciudad el arzobispo de Turín. José mantuvo su prestigio de buen estudiante y, durante el último año de los cursos, fue el prefecto del establecimiento. El año de 1833, mediante una dispensa en razón de su poca edad, recibió la ordenación sacerdotal.

Después de su ordenación, el P. José Cafasso alquiló una modestísima habitación en Turín, donde vivió con su amigo y condiscípulo Juan Allamano, a fin de proseguir sus estudios de teología. Pero no tardó en descubrir que las enseñanzas y el ambiente del seminario metropolitano y la universidad no le satisfacían; entonces buscó hasta encontrar su verdadero hogar espiritual en el instituto ("convitto") adjunto a la iglesia de San Francisco de Asís, fundado pocos años antes para instruir a los sacerdotes jóvenes, por el teólogo Luigi

satisfacían; entonces buscó hasta encontrar su verdadero hogar espiritual en el instituto ("convitto") adjunto a la iglesia de San Francisco de Asís, fundado pocos años antes para instruir a los sacerdotes jóvenes, por el teólogo Luigi Guala. Al cabo de tres años de estudio en aquella casa, el P. Cafasso pasó con muchos honores sus exámenes diocesanos, y el propio padre Guala le nombró lector de su instituto.

Cuando el P. Guala preguntó a su auxiliar a quién convendría nombrar como lector, el secretario respondió sin titubeos: "Toma a aquel bajito..." y señalaba a Cafasso. A decir verdad, lo que primero llamaba la atención en el aspecto exterior del P. José, era su corta estatura y cierta deformación causada por un encorvamiento de la espina dorsal. En cambio, las facciones de su rostro eran finas y regulares; sus ojos oscuros conservaron siempre su mirada franca y brillante; tenía el cabello negro y de su boca, generalmente iluminada por una ligera sonrisa, surgía una voz extraordinaria, llena de sonoridad y de matices. A pesar de la pequeñez y deformidad de su cuerpo, el aspecto del P. José era imponente y aun majestuoso. Con frecuencia, sus contemporáneos le comparan con San Felipe Neri y San Francisco de Sales, al referirse a él, y por cierto que el P. José debió tomar como modelos dignos de imitar a los dos grandes santos; de él irradiaba también aquella serena alegría, aquella bondad natural que San Juan Bosco, lo mismo que otros muchos de los que le conocieron, describen como "la tranquilidad inmutable de Don José". Por lo tanto, en poco tiempo se comentaba por doquier que el Instituto de San Francisco en Turín tenía un nuevo lector que era pequeño de cuerpo pero de alma gigantesca. Su tema era la teología moral; no se contentaba con instruir sin educar: no sólo trataba de "enseñar", sino que se esforzaba por iluminar y dirigir el intelecto, a fin de iluminar y dirigir el corazón; no presentaba los conocimientos como algo abstracto, sino como una llama viva que daba luz y vida al espíritu.

Muy pronto se dio a conocer también el padre José como predicador. No recurría a la retórica, porque las palabras le fluían sin dificultad. "Jesucristo, que es la sabiduría infinita, dijo cierta vez a Don Bosco, utilizó las palabras y el lenguaje que habían adoptado para el uso diario las gentes a quienes se dirigía. Hagamos nosotros lo mismo". En consecuencia, él no empleaba las declinaciones oscuras ni las instrucciones veladas por frases rimbombantes, sino que, para dirigirse a la multitud, tanto la de su auditorio como la de sus alumnos, recurría a las palabras y los modismos de la conversación común y corriente. El P. José figuró de manera prominente entre los hombres esforzados que acabaron con los restos del jansenismo en el norte de Italia, por el sencillo medio de alentar la esperanza y la humilde confianza en el amor y la misericordia de Dios, al tiempo que combatía enérgicamente la doctrina moral que miraba la menor falta como un pecado mortal. "Cuando estamos en el confesionario, escribió en cierta ocasión, Nuestro Señor quiere que nos mostremos amorosos y misericordiosos, quiere que seamos como otros tantos padres para todos aquellos que llegan hasta nosotros, sin tener en cuenta quiénes sean ni lo que hayan hecho. Si rechazamos a alguno, si un alma se pierde por culpa nuestra, tendremos que dar cuentas de ella; nuestras manos estarán manchadas con su sangre". Gracias a sus ideas, el padre Cafasso participó activamente en la formación de una generación de sacerdotes que estuvieron siempre prontos a luchar contra las autoridades civiles y nunca admitieron

las teorías de que las relaciones entre la Iglesia y el Estado, consistían en la dominación y la intervención.*

El P. Guala murió en 1848, y el P. Cafasso fue elegido para sucederle como rector de la iglesia de San Francisco y el instituto anexo. Pronto se comprobó que era tan buen superior como subordinado. Su puesto no era fácil, ya que estaban a su cargo unos sesenta sacerdotes jóvenes, procedentes de diversas diócesis, de educación y cultura muy variadas y, cuestión muy importante en aquella época y en aquel lugar, de opiniones políticas muy diferentes. Pero el padre Cafasso formó con ellos un cuerpo, con un solo corazón y una cabeza; y si bien es cierto que la mano firme al imponer la disciplina estricta hizo buena parte de la obra, la santidad y la inteligencia del nuevo rector hicieron mucho más. El amor con que cuidaba a los jóvenes sacerdotes y a los curitas inexpertos, así como su insistencia en señalarles al espíritu mundano como su mayor enemigo, tuvieron una influencia enorme sobre todo el clero del Piamonte; y por cierto que su solicitud no se limitaba a ellos puesto que los religiosos y religiosas de otras comarcas, lo mismo que los laicos, especialmente los jóvenes, acudían a consultarle y compartían su interés y su solicitud. Dada su extraordinaria intuición para tratar con sus penitentes, las gentes de todas las clases sociales, clérigos y laicos por igual, acudían en tropel a su confesionario; el archidiácono de Ivrea, Mons. Fracesco Favero, figuró entre los que dieron testimonio personal sobre los poderes para curar los espíritus abatidos que poseía el padre Cafasso.

Sus actividades, en las prédicas y el ejercicio de su ministerio para todos por igual, o en la dirección y educación de los jóvenes clérigos, no se circunscribían a la iglesia y el instituto de San Francisco, sino que alcanzaban lugares muy distantes, como el santuario de San Ignacio, en las remotas colinas de Lanzo, donde era muy bien conocido y apreciado. Cuando fue suprimida la Compañía de Jesús, aquel santuario quedó a cargo de la arquidiócesis de Turín, y el padre Luigi Guala fue nombrado su administrador, puesto que desempeñó hasta el día de su muerte, cuando el padre Cafasso le substituyó. Ahí continuó su trabajo de predicar y organizar retiros para clérigos y laicos, además de ampliar el edificio para acomodar a los peregrinos y terminar la carretera que el padre Guala había comenzado. Pero entre las muy diversas actividades del sacerdote, ninguna llamaba tanto la atención del público en general, como su solicitud por los prisioneros y condenados a muerte. En aquellos días, las prisiones de Turín eran unos establecimientos espantosos en donde los reclusos vivían apiñados en inmundas salas comunes, en condiciones infrahumanas que, a fin de cuentas, los degradaban más todavía. Aquel estado de cosas era un desafío para el amor del padre José por su prójimo, y él lo aceptó con los brazos abiertos. El más famoso de sus conversos entre aquel conjunto de representantes de la hez de la sociedad, fue un tal Pietro Mottino, desertor del ejército, que llegó a ser el jefe de una banda de malhechores

* Conviene señalar aquí los puntos de vista de Gioberti sobre el instituto de Turín: "Es difícil definir a un instituto como el de San Francisco. Es un colegio, un seminario, un monasterio, un capítulo, una penitenciaría, una iglesia, un estorbo (*cura*), una corte (*curia*), un tribunal, una academia, un concejo municipal, un partido político, un antro de sedición, una oficina de negocios, una comisaría, un laboratorio de casuística, una sementera de errores, escuela de ignorancia, fábrica de mentiras, red de intrigas, nido de fraudes, almacén de murmuraciones, dispensario de necedades, mercado de favores . . ." etc., etc.

muy famosa por sus fechorías. En Turín, las ejecuciones se hacían en público, y siempre hubo testigos que vieron cómo el padre Cafasso acompañó a más de sesenta hombres hasta el cadalso, donde todos ellos murieron arrepentidos y consolados; a los sesenta, el P. José los llamaba sus "santos ahorcados" y, a cada uno, a la hora de su muerte, le pidió que rogara a Dios por él. Entre los ejecutados figuraba el general Jerónimo Ramorino, quien había sido ordenanza de Napoleón I y después un soldado revolucionario de fortuna en España, Polonia e Italia; se le había condenado a muerte por desobedecer órdenes durante la batalla de Mortara y, cuando el sacerdote le invitó a que se confesara, la víspera de su ejecución, repuso orgullosamente: "Las condiciones de mi alma no son tan malas como para verme en la necesidad de pasar por semejante humillación". Pero el padre José no le hizo caso, permaneció con él toda la noche y, al día siguiente, después de haberle confesado y dado la comunión, le acompañó a la horca para verle morir como un buen cristiano.

Juan Bosco y José Cafasso se encontraron por primera vez un domingo del otoño de 1827, cuando aquél era un chiquillo vivaracho y éste un joven sacerdote. "¡Lo vi y hablé con él!", anunció orgullosamente Juan al llegar a casa. "¿A quién viste?", le preguntó su madre. "A José Cafasso. Y yo te digo que es un santo, mamá". Catorce años después, Don Bosco celebró su primera misa en la iglesia de San Francisco, en Turín y, posteriormente, ingresó al instituto para estudiar bajo la dirección del padre Cafasso y colaborar con él en muchas de sus tareas, sobre todo en la educación religiosa de los niños. Fue el padre José quien acabó por convencer al padre Juan de que su vocación era la de trabajar para los niños. Por eso fue que un salesiano, el padre Juan Cagliero, escribió: "Amamos y veneramos a nuestro querido padre y fundador, Don Bosco, pero no amamos menos a José Cafasso, puesto que fue el maestro, consejero, guía espiritual y director material de las empresas de Don Bosco, durante más de veinte años. Yo me atrevería a decir que la bondad, las obras y la sabiduría de Don Bosco, son la gloria de José Cafasso. Por él, Don Bosco se estableció en Turín; por medio de él, comenzaron a reunirse los niños en el primer oratorio salesiano; la obediencia, el amor y la sabiduría que él impartió, dieron luego frutos en cientos de miles de jovencitos de Europa, Asia, Africa y América, donde ahora reciben una buena educación para vivir como se debe en la Iglesia de Dios y en la sociedad humana". Tampoco fue Don Bosco el único que recibió tan grandes beneficios. En José Cafasso encontraron inspiración y aliento, ayuda y dirección, la marquesa Julietta Falletti di Barolo, fundadora de una docena de instituciones de caridad; el padre Juan Cocchi, quien dedicó su vida al establecimiento de un colegio para artesanos y otras buenas obras, en Turín; Domenico Sartoris, iniciador de la institución de las Hijas de Santa Clara, y Pedro Merla, quien se ocupó de los niños delincuentes; los fundadores de las Hermanas de la Natividad y las Hijas de San José, Francesco Bono y Clemente Marchiso, respectivamente; Lorenzo Prinotti, creador de un instituto para los sordomudos; Gaspar Saccarelli, fundador y organizador de un colegio para niñas pobres. Puede decirse que todos estos contribuyeron también a la gloria de José Cafasso.

En la primavera de 1860, el padre José pronosticó que su muerte ocurriría dentro del año siguiente. En seguida empezó a redactar su testamento espiritual, en el que amplió los medios para prepararse a bien morir que tantas veces había expuesto en los retiros, en la iglesia de San Ignacio: una vida virtuo-

sa y recta, despego del mundo y amor por Cristo crucificado. En el testamento agregó una cláusula para disponer de sus bienes y propiedades, que dejó en legado al rector de la Pequeña Casa de la Divina Providencia de Turín, fundada por San José Cottolengo. Entre los otros beneficiarios estaba San Juan Bosco, quien recibió una suma de dinero, terrenos y edificios contiguos al Oratorio Salesiano de Turín. Por aquel entonces, Don Bosco trataba de allanar sus dificultades con el gobernador del Piamonte, contrariedades éstas que preocupaban profundamente al padre Cafasso y llegaron a afectar su salud. El 11 de junio, agotado y enfermo, se levantó del confesionario para meterse en la cama. Se le diagnosticó una pulmonía y, a consecuencias de ella, murió el sábado 23 de junio de 1860, a la hora del Angelus matinal.

Una multitud inmensa asistió a sus funerales en la iglesia de San Francisco y en la iglesia parroquial de los Santos Mártires, donde San Juan Bosco predicó la oración fúnebre. Treinta y cinco años después, el tribunal diocesano de Turín introdujo la causa del padre José Cafasso que fue canonizado en 1947.

He aquí el caso en que la vida de un santo fue escrita por otro santo: *Biografía del Sacerdote Giuseppe Cafasso*, por Don Bosco; sin embargo, la clásica biografía es la *Vita del Ven. G. Cafasso* en dos volúmenes, de Luigi Nicolis di Robilant. Resulta muy conveniente para uso ordinario la obra del cardenal Salotti, *La Perla del Clero Italiano* (1947). Asimismo hay otra biografía del canónigo Colombero *Vita del Servo di Dio Don Giuseppe Cafasso.* Véanse también los libros sobre San Juan Bosco. En inglés no hay nada escrito sobre este santo, aparte de una referencia en la *María Mazzarello*, de Hughes; D. W. Mut (Munich, 1925), escribió una buena biografía en alemán.

BEATO LANFRANCO, Obispo de Pavía (1194 p.c.)

Lanfranco, miembro de la familia Beccaria, nació en Grupello, una pequeña población vecina a Pavía, en la Lombardía. A pesar de que por naturaleza era un hombre de paz, durante la mayor parte de sus quince años de episcopado resistió activamente los intentos de las autoridades civiles para echar mano de las propiedades de la Iglesia. Cierta vez, en lo más recio de la lucha, el obispo desapareció del escenario, porque había ido a refugiarse, provisionalmente, al monasterio de San Sepolcro, en busca de la fortaleza y dirección del cielo para continuar con sus esfuerzos; a su regreso, cesaron las hostilidades. Sin embargo, la paz no duró mucho tiempo, puesto que los regidores municipales exigieron que una buena parte de los ingresos eclesiásticos les fuesen cedidos para terminar la construcción de las fortificaciones de Pavía, a lo que el obispo se negó rotundamente. Como los del municipio no pudieron vencer su resistencia, emitieron una ordenanza que establecía como un delito penado por la ley el suministro de cualquier clase de alimento al obispo y prestarse a hornearle el pan. Ante la amenaza de morir por hambre, el obispo Lanfranco abandonó la ciudad para dirigirse a Roma, donde expuso su caso ante el Papa Clemente III, quien hizo una severa advertencia a los concejales de Pavía y le pidió al obispo que regresara a su sede. Lanfranco obedeció rápidamente y con muy grande complacencia, puesto que había recibido noticias de que Salimbene, un hombre de reconocida piedad y amigo suyo, acababa de ascender a magistrado mayor y, por largo tiempo al menos, era el gobernador de la ciudad. El obispo hizo su entrada en Pavía entre las aclamaciones de la población y, desde entonces, todo fue paz y amistad. Largo tiempo después, cuando el municipio reanudó sus reclamaciones, Lanfranco, ya anciano y enfermo, se

declaró incapaz de emprender la lucha nuevamente. Decidió renunciar al gobierno de la diócesis y tomar el hábito en la orden de Valleumbrosa, pero antes de llevar a cabo sus propósitos, se agravaron sus males y murió. La fiesta del Beato Lanfranco se celebra en Pavía, donde también nació otro Lanfranco, el de Canterbury.

Su biografía fue escrita por Bernardo Balbi, su sucesor en la sede de Pavía, que fue un famoso canonista. Véase el *Acta Sanctorum*, junio, vol. v, donde se imprimió, completa, esta biografía.

BEATA MARIA DE OIGNIES, VIRGEN (1213 P.C.)

EL CARDENAL Jacques de Vitry, quien fue amigo, discípulo y tal vez, durante algún tiempo, el confesor de María de Oignies, escribió la biografía de esta beata. Por influencias de María, el futuro cardenal tomó las órdenes sacerdotales; sin embargo, al examinar, en su libro, las virtudes de su personaje, advierte a los lectores que no es precisamente un ejemplo que él recomendase imitar.

Nació en el seno de una acaudalada familia de Nivelles, en Brabante y, no obstante que todas sus aspiraciones estaban centradas en la vida religiosa, sus padres la dieron en matrimonio a un hombre joven y gentil, de buena posición, tan pronto como cumplió los catorce años. Pero si los padres pensaron que el matrimonio de su hija le haría olvidar su vocación, estaban equivocados. María, joven y hermosa, adquirió una gran ascendencia sobre su esposo, hasta el grado de convencerle a que viviesen juntos en absoluta continencia y a que tarnsformasen su casa en un hospital para los leprosos. La joven pareja se dedicó a cuidar a sus pacientes con una abnegación sin límites: tanto María como su esposo lavaban personalmente a los leprosos, velaban a los más enfermos durante noches enteras y distribuían limosnas entre ellos y todos los pobres de la comarca, con tanta prodigalidad, que continuamente recibían airadas recriminaciones por parte de todos sus parientes.

Estas actividades no impedían a María entregarse a la práctica de rigurosas austeridades. Empleaba las disciplinas, llevaba cuerdas apretadas en torno a su cuerpo y se privaba del sueño y de los alimentos. Se afirma que, durante todo un invierno excesivamente riguroso, desde el día de San Martín hasta la Pascua, pasó todas las noches tendida sobre las losas de una iglesia, con la ropa que llevaba puesta únicamente, sin que durante toda aquella larga penitencia sufriese un resfriado o un dolor de cabeza. Cuando se hallaba en su casa, dedicada a hilar o en otro trabajo manual sedentario, trataba de evitar las distracciones de sus pensamientos, mediante el procedimiento de poner abierto frente a ella, un salterio o libro de oraciones para leer alguna frase edificante, de tanto en tanto. Su biógrafo hace hincapié en la anormal abundancia de sus lágrimas, que tanto él como otros que escribieron sobre la beata, atribuyen a una gracia espiritual. Por nuestra parte, estamos mejor dispuestos a tomar semejante anormalidad, como una reacción física de la tensión nerviosa bajo la cual mantenía constantemente su cuerpo; pero no debe olvidarse que, en aquellos tiempos, la facilidad de llorar y la abundancia del llanto se consideraban como un signo de verdadera contrición. Hasta nuestros días figuran en el misal romano numerosas colectas *pro petitione lacrymarum* y San Ignacio de Loyola, como se puede comprobar en uno de los fragmentos, que aún se conservan, de su diario espiritual, consideraba los días en que no era capaz

de derramar lágrimas durante la celebración de la misa, como períodos de desolación, cuando Dios, por así decirlo, escondía el rostro. María, por su parte, afirmaba que el llanto la aliviaba y la refrescaba.

La fama de santidad de la bendita asceta atrajo a muchos visitantes, y casi todos regresaron a sus hogares, edificados con sus admoniciones y consolados por sus consejos. Poco tiempo antes de su muerte, María se sintió llamada a buscar la soledad. Por lo tanto, con el consentimiento de su esposo, dejó su casa de Williambroux y se estableció en una celda contigua al monasterio de los canónigos agustinos, en Oignies. Si ya en el pasado había tenido visiones y éxtasis, en su vida presente se multiplicaron las manifestaciones celestiales. Tras una larga y penosa enfermedad, que ella misma había vaticinado, murió a la edad de veintiocho años, el 23 de junio de 1213.

Uno de los rasgos más notables en la existencia de María de Oignies, es el hecho de que ella, lo mismo que otros místicos de los Países Bajos, sobre todo las beguinas, parecen haberse anticipado bastantes años a la transformación del espíritu de la devoción católica, cuyo principio data de la iniciación del movimiento franciscano. El cardenal Jacques de Vitry, en el prefacio a su "Vida de la Beata María", apela al obispo Fulk, de Toulouse, testigo ocular del extraordinario acrecentamiento de la piedad, del que Bélgica era el núcleo y, no hay duda de que el biógrafo pensaba en María de Oignies, al dirigirse al obispo Fulk en estos términos:

> Tengo bien presentes vuestras palabras cuando hablásteis de haber dejado el Egipto de vuestra diócesis y, luego de atravesar un árido desierto, descubristeis, en la comarca de Lieja, la Tierra Prometida . . . Ahí encontrasteis también, como os oí decir con acento jubiloso, a muchas santas mujeres de las que moran entre nosotros, quienes lamentan en mayor grado un pecado venial, que todo el pueblo de vuestra comarca pudiese lamentar haber cometido un millar de pecados mortales . . . Vísteis numerosos grupos de esas santas mujeres que despreciaban los deleites terrenales y las riquezas de este mundo, por el anhelo de un reino celestial; que se ataban a su Eterno Esposo con los lazos de la pobreza y la humildad. Las observasteis mientras trataban de ganar su pobre subsistencia con el trabajo de sus manos y, no obstante que sus padres o parientes nadaban en la riqueza, preferían olvidarse de los seres de su misma sangre y de sus hogares, y soportar las estrecheces de la pobreza, a gozar de una abundancia malhabida.

La nota característica del mencionado movimiento de transformación era la afectuosa devoción por la Pasión de Nuestro Señor, y debe recordarse que "cuando María lloraba tan copiosamente, según dice el cardenal Vitry, que podían seguirse sus pasos en las iglesias donde oraba por las manchas de humedad sobre el pavimento, era porque tomaba sus lágrimas en el cáliz inagotable de la Pasión o contemplar un crucifijo, sin caer desvanecida".

Igualmente notable fue su anticipación a la devoción por la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, sobre la cual no hay mención hasta entonces, en la literatura devocional o de culto. Al hablar de la Beata María, dice su biógrafo: "A veces, se permitía tomar un descanso en su celda, pero en otras ocasiones, sobre todo cuando se aproximaba alguna gran fiesta, no

podía encontrar reposo ni tranquilidad más que en presencia de Cristo, en la iglesia".

En fechas posteriores, cualquier duda que pudiese haber sobre el significado de la frase: "en presencia de Cristo, en la iglesia", quedaron disipadas por un breve estudio sobre María de Oignies, hecho por Tomás de Cantimpré, que los bolandistas agregaron como un apéndice a la biografía de Jacques de Vitry. En ese estudio se hace referencia a un hombre muy rico que, en cierto sentido, había vuelto a su religión gracias a los esfuerzos de María. En el momento en que aquel hombre atravesaba por un gran desaliento espiritual, la beata le aconsejó "que entrase en la iglesia más próxima; una vez en el templo, cayó de rodillas ante el altar y clavó la vista en la píxide que contenía el Cuerpo de Cristo, encima del altar". Entonces, el hombre vio que, por tres veces, la píxide se desplazaba de su lugar, atravesaba los aires en dirección a donde él estaba de rodillas y permanecía unos instantes suspendida frente a sus ojos. En la tercera ocasión, el hombre cayó en un arrobamiento y mantuvo una secreta comunión con Dios.

Si tenemos presente la fecha en que fue escrito, el siguiente párrafo puede resultar muy interesante:

> El mayor consuelo y gran deleite de María, hasta la hora en que llegó a la Tierra Prometida, fue el maná de vida que viene del cielo. El Pan Sagrado fortalecía su corazón y el Vino celestial embriagaba de placer su alma. Se saciaba con el santo alimento de la carne de Cristo, y su sangre vivificante la limpiaba y purificaba. Aquel era el único consuelo del que no podía privarse. Recibir el cuerpo de Cristo era para ella lo mismo que vivir y, en su mente morir era apartarse de su Señor al no participar en su bendito Sacramento. El cumplir con las palabras: "A menos que el hombre coma la Carne . . .", lejos de ser, para ella, una dura prueba, como sucedía con los judíos, le resultaba dulce y reconfortante, puesto que no solamente experimentaba el deleite y el consuelo interiores al recibirle, sino también un sabor dulce en la boca, como el de la miel . . . También su sed por la Sangre Regeneradora de su Señor era tan aguda, que a duras penas podía soportarla, y muchas veces suplicaba que se dejase el cáliz vacío sobre el altar, después de la misa, para tener la dicha de mirarlo.

Asimismo, María fue una de las primeras místicas de quienes se haya registrado, con bastantes detalles, las experiencias de lo que nos sentimos tentados a llamar atributos psíquicos. Se afirma que, algunas veces, supo con extraordinaria claridad, lo que en aquel preciso instante sucedía a muchas leguas de distancia; que tenía extrañas premoniciones sobre el futuro y que podía adivinar, con absoluta precisión, la historia pasada de las reliquias, por ejemplo, que todos ignoraban (la hierognosis y la psicometría). Jacques de Vitry, sin duda un testigo presencial, habla admirativamente de un inexplicable relato que hizo la beata, con lujo de detalles, sobre la ceremonia de la ordenación sacerdotal de "un amigo suyo", que en aquellos precisos instantes se desarrollaba en París.

Es importante tener presente que Jacques de Vitry es un testigo digno de toda confianza. Aparte de que pasó cerca de cinco años en compañía de la

beata, desde 1208 hasta su muerte, ocurrida en 1213, toda su carrera y sus escritos ponen de manifiesto que fue un hombre de escrupulosa integridad y muy buen juicio. Siempre vio en María una especie de segunda madre y se sintió sinceramente honrado de que ella le designara como su "predicador" especial y se identificara con su trabajo apostólico. La biografía de la beata parece haber sido escrita poco después de su muerte y antes de que Jacques de Vitry fuese consagrado cardenal, pero es evidente que el autor conservó, hasta el último día de su vida, la devoción que le inspiró su personaje, y la localidad de Oignies, donde vivió. María, por su parte, siempre declaró que la amistad del cardenal se le había dado como respuesta a sus plegarias y que, aparte de ser su amigo, era su delegado, ya que ella, a causa de su sexo, no estaba en condiciones de instruir a los fieles y llevarlos hacia Dios. Ciertamente que, entre ellos, hubo un gran afecto; durante su última enfermedad, la beata oraba sin descanso por Jacques y pedía a Dios que le protegise de todo mal para que, llegado el momento de su muerte, pudiera ofrecer al Señor el alma limpia de su amigo sobre la que ella había velado en vida, para devolverla a su Creador intacta. En su oración mencionaba todas las pruebas, tentaciones y aun pecados de "su predicador" y luego, suplicaba al Señor que le apartase de ellos. El prior que confesaba a María y conocía bien su conciencia, la oyó decir aquellas cosas y fue en busca del cardenal para preguntarle si le había confesado a la beata todos sus pecados, "puesto que en sus "cantos", dijo el prior, María hizo relación de todo lo que tú has hecho, como si lo leyese en un libro". Con la palabra "cantos", el prior se refería a la extraordinaria manifestación que se produjo durante los últimos días de vida de la beata, cuando ésta, como si fuera presa del delirio, hablaba sin cesar de cosas celestiales, pero en prosa rimada y aun en versos.

También eran extraordinarias las condiciones físicas en que vivía. Se nos dice, por ejemplo, que "ni siquiera en lo más crudo del invierno requería el fuego material de la chimenea para evitar el frío, porque incluso cuando la temperatura era tan baja que toda el agua se convertía en hielo, ella, por maravilla de la gracia, tenía encendido el espíritu con un fuego tan vivo, que el calor de su alma, sobre todo durante la plegaria, le calentaba el cuerpo; muchas veces sucedió que, en las noches más frías se la veía traspirar y, de sus ropas húmedas, se desprendía una dulce fragancia. Con mucha frecuencia también, el olor de sus ropas era como el del incienso, en los instantes en que las oraciones ascendían desde el brasero de su corazón".

Semejantes declaraciones podrían parecer sospechosas si procedieran de la tradición; pero el caso es que Jacques de Vitry se encontraba presente y no hay duda de que era un hombre devoto, honesto, sereno, que decía la verdad sin circunloquios.

Prácticamente todo lo que podamos conocer sobre la vida de María de Oignies, se encuentra en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. v. Al texto de la biografía escrita por el cardenal Jacques de Vitry, los bolandistas agregaron unas notas suplementarias de Tomás de Cantimpré. Hay una excelente traducción al inglés de la obra de Vitry, impresa en la serie *Lives of the Saints;* está incluida en el segundo volumen de *Life of St. Jane Francis de Chantal* (1852). Ver a P. Funk en *Jakob von Vitry* (1900), pp. 113-130; para los datos sobre Oignies, consultar a U. Berlière en *Monasticon Belge*, vol. I, pp. 451-452. Hay además un artículo en *The Month*, junio de 1922, pp. 526-537, escrito por Fr. Thurston, del cual se ha extraído lo que escribimos arriba. El importante estudio sobre la beata, hecho por R. Hanon de Louvet, está resumido en *Analecta Bollandiana*,

vol. LXXI (1953), pp. 481-485. La Beata María tuvo mucho que ver con la fundación de la casa de los Canónigos Regulares de la Santa Cruz (Crucistas), por parte de Teodoro de Celles, en la localidad de Clair-Lieu, cerca de Huy, en 1211.

BEATO TOMAS GARNET, MÁRTIR (1608 P.C.)

TOMÁS GARNET fue sobrino del famoso sacerdote jesuita, P. Enrique Garnet, e hijo del señor Ricardo Garnet, católico fiel y alumno distinguidísimo de Balliol Collage, de Oxford. Tomás recibió su primera educación en la Escuela Primaria de Horsham, pero a la edad de dieciséis o diecisiete años, fue enviado a Francia para que completase su educación en el recién inaugurado colegio de Saint Omer. En enero de 1595, Tomás y varios de sus compañeros se embarcaron con destino a España, pero no fue sino hasta catorce meses después, tras una serie de calamidades, incluida una temporada de cárcel en Inglaterra, cuando arribó a su destino: el colegio de los jesuitas ingleses en Valladolid. Ahí terminó su curso de teología y fue ordenado sacerdote. Inmediatamente se le asignó a la misión de Inglaterra, junto con el Beato Marcos Barkworth. Tal como él mismo declaró durante su proceso, su existencia en los seis años siguientes queda cabalmente descrita con sus propias palabras: "Anduve errante de un lugar a otro para rescatar almas que se habían desviado y se hallaban perdidas en el error en cuanto a la doctrina de la verdadera Iglesia católica".

Fue detenido cerca de Warwick, poco después del descubrimiento del "Complot de la Pólvora". Primero, se le encerró en la prisión de Gatehouse, y después, se le trasladó a Newgate. Como se había hospedado en la casa del señor Ambrose Rookwood, quien se hallaba complicado en la conspiración y, en vista de su parentesco con el padre Enrique Garnet, se pensó que podría suministrar importantes informaciones sobre el caso; pero ni las amenazas del tormento, ni el riguroso interrogatorio a que fue sometido, pudieron arrancarle alguna afirmación comprometedora. Al cabo de ocho o nueve meses, los que Tomás pasó en una celda húmeda, sin otro lecho que el duro suelo, fue deportado a Flandes con otros cuarenta y seis sacerdotes. Mientras se hallaba en Inglaterra, el Beato Tomás fue admitido en la Compañía de Jesús por su tío y, durante su destierro, se refugió en Lovaina para hacer su noviciado. Al año siguiente, en septiembre, regresó a Inglaterra. Seis semanas más tarde, fue entregado a sus perseguidores por un sacerdote apóstata.

Aquella vez, inmediatamente después de su detención, fue procesado en el tribunal de Old Bailey, donde se le declaró culpable de alta traición, por haber recibido la ordenación de manos de una autoridad que dependía de Roma y por haber desafiado la ley al regresar a Inglaterra. En el curso del interrogatorio, no llegó a confirmar ni a desmentir que fuese sacerdote, pero se negó resueltamente a hacer el juramento de fidelidad a la supremacía de la reina. Por la declaración de tres testigos en el sentido de que, mientras estuvo preso en la Torre, le habían visto firmar como "Padre" Tomás Garnet, fue declarado culpable y condenado a muerte. Desde el cadalso, proclamó que era sacerdote y jesuita y explicó que, si no lo había admitido durante el juicio, fue en razón de no aparecer como su propio acusador y obligar a los jueces a condenarle contra su conciencia. El conde de Essex y otros personajes hicieron un último intento para convencerlo a que salvara su vida, pero él persistió en su negativa de tomar el juramento. Al retirarse la carreta para dejar al

mártir colgado de la cuerda, aquellos personajes no permitieron que el verdugo comenzara a cortarle el cuerpo, hasta comprobar que estaba muerto.

Pueden encontrarse abundantes informaciones sobre el Beato Tomás Garnet en el REPSJ., vol. II, pp. 475-505, de Foley. Ver también a Challoner, en MMP., pp. 296-299; a Pollen, en *Acts of English Martyrs*, p. 176; y a Testore, en *Il Primato Spirituale di Pietro* (1929), pp. 328-332.

24: EL NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA

SAN AGUSTIN hace la observación de que la Iglesia celebra la fiesta de los santos en el día de su muerte que, en realidad, es el día del nacimiento, del gran nacimiento a la vida eterna; pero que, en el caso de San Juan Bautista, hace una excepción y le conmemora el día de su nacimiento, porque fue santificado en el vientre de su madre y vino al mundo sin culpa. A decir verdad, la mayoría de los teólogos expresan su opinión de que Juan quedó investido con la gracia santificante, impartida por la presencia invisible de nuestro Divino Redentor, en el momento en que la Santísima Virgen visitó a su prima, Santa Isabel. Pero de cualquier manera, es digno de celebrarse el nacimiento del Precursor, ya que fue motivo de inmensa alegría para la humanidad tener entre sus miembros al que iba a anunciar la proximidad de la Redención.*

Zacarías, el padre de Juan, era un sacerdote de la ley judía, e Isabel, su esposa, descendía, como él, de la casa de Aarón. Las Sagradas Escrituras nos aseguran que ambos eran justos, que su virtud era sincera y perfecta y que "los dos marchaban con fidelidad en los mandamientos y las ordenanzas del Señor". Y sucedió que, en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, le tocó en turno a Zacarías la tarea de entrar en el Templo para cumplir con la ceremonia matinal y vespertina de ofrecer el incienso; un día muy especial, cuando se hallaba solo dentro del santuario y el pueblo oraba fuera, tuvo la visión del arcángel Gabriel que apareció de pie, al lado derecho del altar del incienso. Zacarías se sintió turbado y presa del temor, pero el ángel le tranquilizó al hablarle con un tono dulce y sereno para anunciarle que sus plegarias habían sido escuchadas y en consecuencia, su mujer, no obstante que era señalada como estéril, iba a concebir y le daría un hijo. El ángel agregó: "Tú le darás el nombre de Juan y será para ti objeto de júbilo y de alegría; muchos se regocijarán por su nacimiento, puesto que será grande delante del Señor". Las alabanzas al Bautista son particularmente notables porque fueron inspiradas por el mismo Dios. Desde su concepción, Juan fue elegido para que fuese el heraldo, el portavoz del Redentor del mundo, la voz misma que iba a proclamar ante la humanidad la Palabra Eterna, la estrella matutina que iba a brillar como un sol de justicia y la luz del mundo. A menudo, otros santos fueron distinguidos por ciertos privilegios que pertenecían a su carácter especial;

* Actualmente, por supuesto, el día de hoy, es la fiesta de San Juan Bautista y no una simple conmemoración de su nacimiento. Pero, por conveniencia del relato, narramos aquí las circunstancias de su nacimiento y el resto de su vida se encontrará el día en que se conmemora su muerte, el 29 de agosto.

pero Juan los excedió a todos en cuanto a la recepción de gracias que hicieron de él, a un tiempo mismo, maestro, virgen y mártir. Y además, fue un profeta y más que un profeta, puesto que inició su misión al señalar al mundo, abiertamente, a Aquél a quien los antiguos profetas habían pronosticado vagamente y a distancia.

La inocencia inmaculada es una gracia preciosa, y los primeros frutos del corazón se deben entregar a Dios; por consiguiente, el ángel mandó a Zacarías que el niño fuese consagrado al Señor desde su nacimiento y que (un indicio sobre la necesidad de mortificación si se desea proteger la virtud) jamás bebiera vino ni otro licor embriagante. Las circunstancias del nacimiento de Juan, lo señalan como un milagro evidente, porque en aquel tiempo Isabel era ya vieja y, de acuerdo con el curso de las cosas naturales, no estaba en edad de concebir. Pero Dios había ordenado la cuestión de tal manera, que el suceso fuera tomado como el fruto de largos años de fervientes plegarias. No obstante, Zacarías, embargado aún por el asombro que le causó el anuncio y, en tono vacilante, pidió al ángel que le diese una señal o una prenda para asegurarle el cumplimiento de la gran promesa. Para conceder el signo pedido, pero al mismo tiempo para castigar las dudas del sacerdote, el arcángel Gabriel le informó que iba a quedar mudo hasta que llegase la hora del nacimiento del niño. Isabel concibió y, en el sexto mes de su embarazo, recibió la visita de la Madre de Dios, quien llegó para saludar a su prima: "y sucedió que, en el momento en que Isabel oyó la salutación de María, la criatura que llevaba en el vientre saltó de júbilo".

Al cumplirse los nueve meses de su embarazo, Isabel dio a luz un hijo, que fue circuncidado al octavo día. A pesar de que los familiares y amigos insistieron para que el recién nacido llevase el nombre de su padre, Zacarías, la madre exigió que fuera llamado Juan. También Zacarías respaldó la exigencia al escribir en una tablilla: "Su nombre es Juan". El sacerdote recuperó inmediatamente el uso de la palabra y entonó el hermoso himno de amor y agradecimiento conocido como "Benedictus", que la Iglesia repite a diario en su oficio y que considera apropiado para pronunciarlo sobre la tumba de todos y cada uno de sus fieles hijos, cuando sus restos se entregan a la tierra.

El Nacimiento de San Juan Bautista fue una de las primeras fiestas religiosas que encontraron un lugar definido en el calendario de la Iglesia; el lugar que ocupa hasta hoy: el 24 de junio. La primera edición del *Hieronymianum* lo localiza en esta fecha y subraya que la fiesta conmemora el nacimiento "terrenal" del Precursor. El mismo día está indicado en el Calendario Cartaginés, pero en tiempos anteriores ya hablaba del asunto San Agustín en los sermones que pronunciaba durante esta festividad. San Agustín hacía ver que la conmemoración está suficientemente señalada, en la época del año, por las palabras del Bautista, registradas en el cuarto Evangelio: "Es necesario que El crezca y que yo disminuya". El santo doctor descubre la propiedad de esa frase al indicar que, tras el nacimiento de San Juan, los días comenzaron a ser más cortos, mientras que, después del nacimiento de Nuestro Señor, los días fueron más largos. Probablemente Duchesne tenga razón cuando afirma que la relación de esta fiesta con el 24 de junio se originó en el occidente y no en el oriente. "Es necesario hacer notar, expresa Duchesne, que la festividad se fijó el 24 y no el 25 de junio, por lo que podríamos preguntarnos por qué

razón no se adoptó la segunda fecha que hubiese dado exactamente, el intervalo de seis meses entre la edad del Bautista y la de Cristo. La razón es, dice luego, que se hicieron los cálculos de acuerdo con el calendario romano, donde el 24 de junio es el "octavo kalendas Julii", así como el 25 de diciembre es el "octavo kalendas Januarii". Por regla general, en Antioquía y en todo el oriente, los días del mes se numeraban en sucesión continua, desde el primero, tal como nosotros lo hacemos y, el 25 de junio habría correspondido al 25 de diciembre, sin tener en cuenta que junio tiene treinta días y diciembre treinta y uno. Pero de la misma manera que la fecha romana de Navidad fue adoptada en Antioquía (muy posiblemente en razón de la amistad de San Juan Crisóstomo con San Jerónimo), durante los últimos veinticinco años del siglo cuarto, se adoptó también la fecha para conmemorar el nacimiento del Bautista en Antioquía, Constantinopla y todas las otras grandes iglesias del oriente, en el mismo día en que se conmemoraba en Roma.

San Juan Bautista era muy popular en la Edad Media y sería largo citar las órdenes religiosas, instituciones, iglesias y santuarios que fueron puestos bajo su patrocinio; pero absolutamente todo lo que podamos llegar a saber sobre su vida, se encuentra en las páginas de los Evangelios. La historia que se relata en el *Protoevangelio* apócrifo, conocido también como *Evangelio de Santiago*, donde se presenta a Zacarías como Sumo Sacerdote y se dice que tomó parte activa en la ceremonia matrimonial de María y José, es completamente indigna de crédito. Tampoco podemos poner mucha confianza en las pocas informaciones adicionales que proporciona el historiador Josefo; el libro del Dr. Robert Eisler, *The Messiah Jesus and John the Baptist* (1931), que pretende estar fundado en el texto eslavo de la historia de Josefo, despierta tantas dudas y contradicciones, que no se le puede considerar como una contribución seria para el asunto. Hay numerosas obras sobre San Juan Bautista, con un carácter más o menos devoto. La del abad Denis Buzy, *La Vie de St. Jean Baptiste*, que fue traducida al inglés, discute a fondo la cuestión, desde el punto de vista teológico y del de la exégesis, la obra contiene también una bibliografía muy completa. Sobre los aspectos litúrgicos, véase a Duchesne, en *Christian Worship*; a Schuster, en *The Sacramentary*, vol. IV, pp. 265-271; DAC., vol. VII, cc. 2167-2184; en cuanto al aspecto popular, relacionado sobre todo con *La Noche de San Juan*, ver el *Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens*, vol. IV, pp. 704 y ss.

LOS MARTIRES DE NERON (64 P.C.)

AQUELLOS confesores de los que sólo Dios sabe el número y los nombres, se mencionan en el Martirologio Romano como "los primeros frutos con que Roma, tan fecunda en esas cosechas, pobló el Cielo". Es interesante hacer notar que el primero de los césares que persiguió a los cristianos fue Nerón, el más vil, despiadado y falto de principios entre los emperadores romanos.

En el mes de julio del 64, cuando habían transcurrido diez años desde que ascendió al trono, un terrible incendio destruyó a Roma. El fuego nació junto al Gran Circo, en un sector de cobertizos y almacenes atestados de productos inflamables, y de ahí se propagó rápidamente en todas direcciones. Las llamas lo devoraron todo durante seis días y siete noches, cuando pareció que habían sido sofocadas por la demolición de numerosos edificios; pero volvieron a surgir de entre los escombros y continuaron su obra devastadora durante tres días más. Cuando por fin fueron ahogadas definitivamente, las dos terceras partes de Roma eran una masa informe de ruinas humeantes. En el tercer día del incendio, Nerón llegó a Roma, procedente de Ancio, para contemplar la escena. Se afirma que se recreó en aquella contemplación y que, ataviado

con la vestimenta que usaba para aparecer en los teatros, subió a lo más alto de la torre de Mecenas y ahí, con el acompañamiento de la lira que él mismo pulsaba, recitó el lamento de Príamo por el incendio de Troya. El bárbaro deleite del emperador que cantaba al contemplar el fuego destructor, hizo nacer la creencia de que él había sido el autor de la catástrofe y que, no sólo había mandado quemar a Roma, sino que había dado órdenes para que no se combatiese el fuego.

El rumor corrió de boca en boca hasta convertirse en una abierta acusación. Las gentes afirmaban haber visto a numerosos individuos misteriosos arrojar antorchas encendidas dentro de las casas, por mandato expreso del emperador. Hasta hoy se ignora si Nerón fue responsable o no de aquel incendio. En vista de los numerosos incendios que se han declarado en Roma desde entonces, puede decirse que también aquél, quizá el más devastador entre todos, se debió a un simple accidente. Sin embargo, quedaba el hecho de la complacencia de Nerón y, tanto se divulgaron las sospechas contra él, que se alarmó y, para desviar las acusaciones que se hacían en su contra, señaló a los cristianos como autores directos del incendio.

No obstante que, según afirma el historiador Tácito, nadie creyó que fuesen culpables del crimen, los cristianos fueron perseguidos, detenidos, expuestos al escarnio y la cólera del pueblo, encarcelados y entregados a las torturas y a la muerte con increíble cruelad. Algunos fueron envueltos en pieles frescas de animales salvajes y dejados a merced de los perros hambrientos para que los despedazaran; muchos fueron crucificados; otros quedaron cubiertos de cera, aceite y pez, atados a estacas y encendidos para que ardiesen como teas. Muchas de estas atrocidades tuvieron lugar durante una fiesta nocturna que ofreció Nerón en los jardines de su palacio. El martirio de los cristianos fue un espectáculo extra en las carreras de carros, donde el propio Nerón, vestido con las plebeyas ropas de un auriga, divertía a sus invitados al mezclarse con ellos y al manejar a los caballos que tiraban de un carro. Entre muchos de los romanos que presenciaron la salvaje crueldad de aquellas torturas, surgió el sentimiento de horror y el de piedad por las víctimas, no obstante que la población entera tenía encallecidos sus sentimientos, acostumbrada, como estaba, a los sangrientos combates de los gladiadores.

Tácito, Suetonio, Dio, Casio, Plinio el Viejo y el satírico Juvenal, hacen mención del incendio; pero solamente Tácito se refiere al intento de Nerón para que la culpa recayera sobre una secta determinada. Tácito especifica a los cristianos por su nombre, pero Gibbon y otros investigadores sostienen que el historiador incluye a los judíos en la denominación, puesto que, por aquella época, los que habían abrazado la religión de Cristo no eran tan numerosos como para causar alarma entre las autoridades de Roma. Sin embargo, este punto de vista, que parece destinado a disminuir la influencia del cristianismo, no tiene muchos adeptos. En DCB., vol. IV, pp. 24-27, hay un excelente artículo sobre el particular.

SAN SIMPLICIO, Obispo de Autun (Siglo IV o V)

Aparte de que era obispo de Autun, muy estimado por su integridad y caridad, ninguna otra cosa sabemos en definitiva sobre San Simplicio. Parece que sucedió el obispo Egemonio, alrededor del año 390. Por otra parte, es posible que se trate del obispo Simplicio mencionado por San Atanasio como uno de los

signatarios de los decretos del Concilio de Sárdica, en 347. De acuerdo con su leyenda, tal como la relata Gregorio de Tours, descendía de una distinguida familia galo-romana; a temprana edad se casó con una doncella tan joven y rica como él mismo y, desde un principio, ambos esposos hicieron el pacto de vivir en continencia, dedicados a la práctica de las buenas obras. Cuando Simplicio ocupó la sede episcopal en Autun, una ciudad pagana en su mayoría, comenzaron a circular las murmuraciones, que crecieron hasta convertirse en un escándalo, porque el nuevo prelado y su mujer convivían bajo el mismo techo. A fin de vindicarse, Simplicio y su esposa se mostraron dispuestos a someterse a la prueba del fuego. Ambos, con sus propias manos, tomaron carbones encendidos y los sostuvieron en un pliegue de sus túnicas; durante una hora permanecieron así, de pie, ante los pobladores que los observaban, sin que el fuego les causara daño alguno, a ellos o a sus ropas.

Tan convincente fue aquel milagro, que más de un millar de paganos pidieron el bautismo. San Simplicio obró otra maravilla igualmente fructífera en conversiones, el día de la fiesta en honor de la diosa Berecintia, cuando se practicaban tumultuosas orgías. El santo obispo se encontró con la estatua de la diosa que era llevada en una carreta para que bendijera los campos; Simplicio levantó la mano para detener la procesión y, tan pronto como hizo el signo de la cruz, la imagen cayó al suelo y fueron vanos los esfuerzos de muchos hombre para moverla del sitio donde había caído. Además, los bueyes que tiraban de la carreta, se quedaron parados y no hubo poder humano que les hiciera dar un paso más.

La fantástica historia que acabamos de relatar se encuentra en *De Gloria Conf.*, nn. 73-76, de Gregorio de Tours. También hay una breve biografía medieval sobre San Simplicio (impresa en el *Catalogue* del MSS. Hagiográfico de Bruselas, vol. I, pp. 127-129) y se dice que de ahí tomó Gregorio sus informaciones, pero Bruno Krusch (en *Neues Archiv*, vol. XXXIII, pp. 18-19) desmiente esa suposición. El *Hieronymianum* conmemora a un Simplicio, obispo de Autun, no solamente en el día de hoy, sino también el 19 de noviembre y, hay ciertos datos cronológicos para suponer que tal vez hubo en Autun dos obispos con el mismo nombre. Véase también a Duchesne, *Fastes Episcopaux*, vol. II, pp. 174-178.

SAN BARTOLOME DE FARNE (1193 P.C.)

ENTRE los muchos piadosos varones que siguieron el ejemplo de San Cutberto y se hicieron ermitaños en la solitaria isla de Farne, frente a las costas de Nortumbria, Bartolomé fue uno de los más notables, puesto que, durante más de cuarenta y dos años, llevó una vida de santidad y penitencia en aquellas rocas áridas donde anidaban las bandadas de aves marinas. Bartolomé era un hombre de las regiones del norte, natural de Whitby. Sus padres, que tal vez eran de origen escandinavo le llamaron Tostig, pero al ver que aquel apelativo hacía reír a las gentes, lo cambiaron por el de William. En su primera juventud, el muchacho decidió viajar y se fue a Noruega, donde permaneció el tiempo suficiente para recibir la ordenación sacerdotal. Entonces regresó a casa y, poco después, se trasladó a Durham, donde tomó el hábito de monje y el nombre de Bartolomé. Una visión que tuvo de San Cutberto, le inspiró a dedicar a Dios el resto de su vida, en la misma celda que había ocupado el santo en la isla de Farne.

Al llegar a la isla, encontró a otro ermitaño instalado ahí, un tal hermano Ebwin, quien se mostró muy disgustado por el arribo de Bartolomé, le acusó de intruso y emprendió una verdadera persecución para lograr que abandonase

la isla. Bartolomé no hizo ningún intento para responder a las injurias del hermano Ebwin, pero sí le dio a entender claramente que había venido para quedarse y, al poco tiempo, el otro se retiró, dejándole como único dueño de la celda de San Cutberto. Bartolomé llevó desde entonces una existencia de extrema austeridad, semejante a la que practicaban los padres del desierto. Años más tarde, se unió a él un antiguo prior de Durham llamado Tomás; pero fue imposible la convivencia. Es triste decirlo, pero la causa principal de sus disputas era la ración de alimentos. Tomás no se conformaba con lo poco que comía Bartolomé, y las cosas llegaron a tal extremo, que el primero acusó al segundo de hipocresía, de ocultar los alimentos para comerlos a solas y de fingir su extraordinario ascetismo. Bartolomé quedó tan resentido por aquellas críticas, que abandonó la isla y regresó a Durham, no obstante que Tomás le pidió disculpas. Permaneció con los monjes hasta que el obispo le ordenó regresar a Farne, donde tuvo lugar una patética reconciliación entre los dos ermitaños. Bartolomé recibió el anuncio de su próxima muerte, lo comunicó a los monjes de Durham y, varios de ellos acudieron a Farne y le acompañaron cuando murió, en la fecha prevista. Bartolomé fue sepultado en Farne y dejó una gran reputación de santidad y de obrar milagros en su tumba, pero no hay ninguna prueba de que se le haya tributado un culto litúrgico.

Hay una biografía medieval que suministra bastantes detalles sobre la vida de Bartolomé y que, al parecer, fue escrita por un contemporáneo. El escrito se encuentra impreso en *Acta Sanctorum* junio, vol. v. Véase también la *Menology* de Stanton, pp. 287-288; a T. D. Hardy, en el *Catalogue of Materials* (Rolls Series), vol. II, pp. 226-227, donde se menciona una fecha completamente distinta para su muerte; y una breve biografía incluida en *Hermit Saints* (*Anglican series*), editada por J. H. Newman (1844). El texto latino sobre los milagros del santo, está en *Analecta Bollandiana*, vol. LXX (1952), pp. 5-19.

25: SAN GUILLERMO DE VERCELLI, ABAD DE MONTE VERGINE (1142 P.C.)

EL FUNDADOR de la congregación religiosa conocida con el nombre de Ermitaños de Monte Vergine, nació en Vercelli, en 1085, de una familia piamontesa. Tras la muerte de sus padres, a los que perdió cuando era un niño, vivió con algunos familiares hasta la edad de catorce años, cuando abandonó su casa y, como un pobre peregrino, caminó hasta Santiago de Compostela, en España. No satisfecho con las penalidades que significaban una caminata tan larga, se cinchó con dos aros de hierro la cintura. No se sabe a ciencia cierta cuánto tiempo permaneció Guillermo en España y no volvemos a saber de él hasta el año de 1106, cuando se encontraba en Melfi, en la Basilicata italiana, de donde pasó a Monte Solicoli, en cuyas estribaciones pasó dos años entregado a la vida de penitencia y oración junto con otro ermitaño. A este período pertenece el primero de los milagros realizados por San Guillermo: la devolución de la vista a un hombre ciego. Aquella curación le dio gran fama y, para evitar que las gentes le aclamaran como a un santo milagroso, partió de la comarca para refugiarse junto a San Juan de Matera. Como los dos perseguín los mismos fines con igual espíritu, llegaron a ser íntimos amigos. Guillermo tenía la intención

de emprender una peregrinación a Jerusalén y no se dejó convencer por Juan, quien insistía en que se quedase porque Dios le tenía destinada una tarea en aquel lugar. Un día partió, pero no se había alejado mucho, cuando unos asaltantes le atacaron. Guillermo tomó aquello como un signo de que Juan estaba en lo cierto, renunció a su peregrinación y volvió al lado del santo.

No tardó en retirarse a una alta colina situada entre Nola y Benevento, que por entonces se llamaba Monte Virgiliano, en honor del gran poeta, quien se detuvo en aquel sitio. Al principio, Guillermo trató de vivir ahí como ermitaño, pero no tardaron en llegar algunos hombres, sacerdotes y laicos, a solicitar que los tomase como discípulos. Guillermo los aceptó, formó con ellos una comunidad, y entre todos levantaron en el lugar una iglesia consagrada a Nuestra Señora, que quedó terminada en 1124. Desde entonces y hasta nuestros días, la montaña cambió de nombre para llamarse Monte Vergine. La regla instituida por el santo fue muy severa: en las comidas no se permitía el vino, la carne, la leche y sus productos y, durante tres días a la semana, no había otro alimento que verduras y pan seco. Pasado el primer entusiasmo, surgieron las murmuraciones, se puso de manifiesto el descontento y hubo una solicitud general para la modificación de la regla. Guillermo no tenía deseos de contrariar a sus monjes, aunque para sí mismo no buscase ningún alivio. Por lo tanto, eligió a un prior para que gobernara a la comunidad y, con cinco fieles compañeros, partió del monasterio en busca de su amigo San Juan de Matera, con quien hizo una segunda fundación en Monte Laceno, en la Apulia. Sin embargo, la aridez del terreno, la situación del albergue, expuesto a los cuatro vientos, y la gran altura de la montaña, hicieron miserable la existencia para todos, y aun los mejor dispuestos a soportar las penurias, tuvieron dificultades en resistir los vientos helados del invierno. San Juan había insistido para que se trasladasen a otra parte en diversas ocasiones, cuando un incendio destruyó las pobres chozas de madera y paja en que habitaban y todos debieron refugiarse en el valle. Ahí, los dos santos se separaron: Guillermo partió hacia Monte Cognato, en la Basilicata, para fundar otro monasterio, mientras Juan, con la misma intención, se dirigió hacia el este, hasta el Monte Gargano, en Pulsano.

Cuando su comunidad estuvo bien establecida, San Guillermo le impuso la misma regla rigurosa que en Monte Vergine, nombró a un prior y la dejó a que se desarrollara por sí misma. En Conza, en la Apulia, fundó un monasterio para hombres y en Guglietto, cerca de Nusco, estableció dos comunidades, una para hombres y la otra para mujeres. Poco después, el rey Rogelio II de Nápoles lo llamó a Salerno para que fuese su consejero y su auxiliar. La benéfica influencia que ejerció San Guillermo sobre el monarca, causó el resentimiento de algunos cortesanos, quienes no desperdiciaron oportunidad de desacreditarlo y hacerle aparecer como un hipócrita gazmoño. A sabiendas del rey, los cortesanos tendieron una trampa al santo y, con cualquier pretexto válido, le enviaron a una mujer de mala vida, con instrucciones para que le hiciese caer en pecado. Guillermo recibió a su visitante en una habitación con chimenea al fondo, donde ardía un gran fuego. Tan pronto como la mujer empezó a ejercer sus artes de seducción, el santo se encaminó hacia la chimenea, apartó las brasas con sus dos manos de manera que formó una angosta brecha en la hoguera; en aquel espacio se tendió e invitó a la tentadora para que se echara junto a él. Al verlo entre las llamas, la mujer comenzó a proferir gritos de horror; pero instantes después quedó muda de asombro, porque Guillermo se alzó de entre las brasas y salió

de la chimenea completamente ileso. Aquel milagro hizo que la mujer se arrepintiera: renegó de su pasada vida de pecado y no tardó en tomar el velo en el convento de Venosa. El rey Rogelio, por su parte, dispensó su absoluta protección al santo, ayudó generosamente a sus monasterios y él mismo hizo fundaciones nuevas que entregó a San Guillermo para que las gobernase.

San Guillermo murió en Guglietto, el 25 de junio de 1142. No dejó ninguna constitución escrita, pero el tercer abad general de sus comunidades, Roberto, redactó un código de reglamentos y puso a la orden bajo la regla de los benedictinos. El único de los muchos monasterios que fundó San Guillermo que existe todavía, es el de Monte Vergine. En la actualidad, pertenece a la comunidad benedictina de Subiaco y, en su iglesia, conserva una pintura de Nuestra Señora de Constantinopla que es muy venerada.

Hay una biografía, no desprovista de varias observaciones personales, que parece haber sido escrita por un discípulo del santo, llamado Juan de Nusco. Tomándola de un manuscrito que desapareció hace mucho, fue impresa en *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII. Un texto mejor y más completo que llena algunas lagunas dejadas por el más antiguo, fue descubierto en Nápoles a principios de este siglo y fue editado por Dom C. Mercuro en la *Revista Storica Benedictina*, vol. I (1906), vol. II (1907) y vol. III (1908), en varios artículos que incluyen un comentario histórico junto con el propio documento. También *cf.* al P. Lugano, *L'Italia Benedictina* (1929), pp. 379-439; y E. Capobianco, *Sant'Amato da Nusco* (1936).

SANTA FEBRONIA, VIRGEN Y MÁRTIR (¿304? P.C.)

DEBEMOS admitir con toda franqueza que la virgen mártir Santa Febronia tiene todas las probabilidades de ser un personaje enteramente ficticio; pero no se le puede omitir en este libro, puesto que todas las iglesias del oriente la veneran, incluso la de Etiopía, mientras que, en el occidente, se le rinde culto en la ciudad de Trani, en Apulia y la de Patti, en Sicilia, donde se afirma que se conservan algunas de sus reliquias.

Se supone que sufrió el martirio en Nísibis, en Mesopotamia, alrededor del año 304, durante la persecución de Diocleciano. No hay registros auténticos sobre su vida o su pasión, pero sí contamos con una leyenda en forma de atractiva novela, que pretende haber sido escrita por Tomaís, una monja del convento de Febronia que, según dice, presenció los acontecimientos que describe. Sólo un esbozo de esa historia se puede hacer aquí.

Cuando Febronia tenía dos años de edad, sus padres la dejaron al cuidado de su tía Briene, quien gobernaba un convento de monjas en Nisibis. Ahí creció para convertirse en una bellísima muchacha de alma tan cándida, que ignoraba por completo el mundo exterior y, sólo se preocupaba por adornarse con las virtudes que la hiciesen aparecer digna a su Prometido Celestial. La tía Briene cuidó con escrupuloso esmero su educación y, con el fin de resguardarla contra las tentaciones que necesariamente la asaltarían, no permitía que su sobrina comiese más que cada tercer día y la obligaba a dormir sobre un estrecho tablón. Febronia era inteligente y aprovechó tan bien las lecciones que, a la edad de dieciocho años, se le encomendó la tarea de leer y explicar las Sagradas Escrituras a las monjas, cada viernes. Las damas más nobles y señaladas de la ciudad asistían a esas lecturas, pero la madre Briene había tomado la precaución de ocultar a Febronia tras un velo, para que las señoras no advirtiesen su extraor-

dinaria belleza y, al mismo tiempo, para no inquietar a la muchacha que, en toda su vida, no había visto a nadie más que a las otras monjas.

La pacífica existencia del convento quedó brutalmente interrumpida por la persecución. Los crueles edictos de Diocleciano fueron aplicados en Nisibis con especial ferocidad, por el prefecto Seleno. Los clérigos, junto con el obispo, emprendieron la fuga y todas las religiosas imitaron su ejemplo; en el claustro quedaron, únicamente, Briene, Febronia, que estaba en la convalecencia de una grave enfermedad y Tomaís. Cuando llegaron los oficiales de la prefectura a hacer un registro en el convento, no se preocuparon por detener a las dos monjas viejas, pero se llevaron a Febronia.

Al otro día, compareció en el tribunal y el prefecto Seleno encomendó a su sobrino Lisimaco la tarea de interrogarla. El joven procedió a hacerlo con toda cortesía y aun cierta condescendencia, porque la madre de Lisimaco era cristiana y sus simpatías estaban de parte de la prisionera. Pero Seleno intervino intempestivamente y, con cierta malicia, prometió dar a Febronia la libertad y muchas riquezas, si renunciaba a su religión y consentía en casarse con Lisimaco. La hermosa muchacha repuso, sencillamente, que no quería riquezas, porque ya tenía un gran tesoro en el cielo y que no buscaba marido, puesto que estaba desposada con su inmortal Prometido, quien le ofrecía la dote del Reino de los Cielos. Enfurecido ante semejante respuesta, Seleno mandó que la muchacha, desnuda, fuese colgada por los brazos de cuatro postes, encima de un lecho de brasas y que se le azotara. La soldadesca se hizo cargo de ella: le fueron arrancados diecisiete dientes y le cortaron los pechos. Entre las indignadas protestas de la muchedumbre que llenaba la sala, los verdugos se ensañaron más todavía con su víctima a la que cortaron los miembros a pedazos y, por fin, al ver que aún vivía, la remataron con golpes de hacha. Casi inmediatamente después, recibió Seleno la retribución de sus infamias, porque, presa de un súbito ataque de locura, se dio de cabezadas contra las columnas de mármol de la sala y murió con el cráneo destrozado. Por orden de Lisimaco, se reunieron respetuosamente los restos despedazados de Febronia y se les dispensó un magnífico funeral. El espantoso martirio de Febronia consiguió que numerosísimos paganos pidiesen el bautismo, y uno de los primeros fue Lisimaco, quien, posteriormente, en los tiempos del emperador Constantino, tomó el hábito de monje.

La historia que hemos relatado a grandes rasgos, se difundió enormemente. Se la encuentra en antiguos manuscritos en sirio, griego, latín, hasta en el armenio georgiano y en otras lenguas. En un importante artículo de la *Analecta Bollandiana*, vol. LXII (1924), pp. 69-76, J. Simon demuestra con una seguridad casi absoluta, que el original se escribió en sirio. El autor hace las conjeturas de que la población de Nisibis, opuesta a los monofisitas, se afanaba por demostrar que contaba con mártires en la antigua tradición ortodoxa bizantina; por lo tanto, a fines del siglo sexto o principios del séptimo, inventó al personaje de Febronia. Anteriormente a ese período, no existe ningún vestigio sobre la mártir. Los textos griegos y latinos, podrán encontrarse en *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII; el sirio fue impreso por Bedjan, en *Acta Martyrum et Sanctorum*, vol. V, pp. 573-615.

SAN GALICANO (¿352? P.C.)

HUBO un ilustre patricio romano llamado Galicano y posiblemente gran benefactor de la Iglesia, a mediados del siglo cuarto. Sin embargo, no murió martirizado, como lo afirma el Martirologio Romano. Todas las posibilidades indican

que se trata del Galicano que era cónsul en Símaco por el año de 330. En el *Liber Pontificalis* se ha conservado un registro de la generosidad con que Galicano favoreció a la iglesia de San Pedro, San Pablo y San Juan Bautista, que Constantino había construido en Ostia. Entre sus donativos, figuraba una corona de plata, con delfines labrados, que pesaba poco más de ochenta kilos, y un cáliz de plata, con bajo-relieves, que alcanzaba a pesar unos cincuenta y cinco kilos. También dotó a la iglesia con cuatro extensos terrenos. Esto es todo lo que se encuentra registrado sobre el patricio romano llamado Gallico. A pesar de la extensión inusitada del artículo dedicado a él en el Martirologio Romano, se puede afirmar que sus "actas" son espurias: fueron compiladas en épocas muy posteriores y abundan en anacronismos e incoherencias. Según esas "actas", Galicano era un gran general que, en los días de Constantino, derrotó primero a los persas y luego a los escitas, con dos triunfales campañas. Mientras se desarrollaba la segunda expedición, se convirtió al cristianismo y fue bautizado por los santos hermanos Juan y Pablo.

A su regreso a Roma, Galicano abandonó la ciudad y se estableció en Ostia. Ahí construyó una iglesia, dio libertad a sus esclavos y amplió su casa para instalar en ella una hospedería para los peregrinos cristianos. En todas sus buenas obras, le asistía un amigo y compañero, llamado Hilarino. "Su fama, dice el escrito, se extendió por todo el mundo y llegaban las gentes, desde el oriente y el occidente, para ver al que había sido patricio, cónsul y amigo del emperador, que ahora se arrodillaba a lavar los pies de los peregrinos, que les servía a la mesa. Vertía el agua en sus manos, cuidaba a los enfermos y, en todo, daba el ejemplo de virtudes sublimes". Se supone que las piadosas actividades de Galicano terminaron cuando ascendió al trono Juliano el Apóstata, quien le puso en la alternativa de ofrecer sacrificios a los dioses o partir al exilio. El santo prefirió el destierro y se retiró a Egipto para unirse a un grupo de ermitaños. Sin embargo, hasta allá le alcanzó la persecución: murió decapitado y su amigo Hilarino fue azotado hasta morir.

Toda esta historia debe haber sido fabricada en una fecha muy posterior, pero no antes del siglo séptimo. Mons. Duchesne (*Liber Pontificalis*, vol. I, p. 199) ha demostrado que las Actas de Galicano tuvieron su origen en una mala interpretación de los registros de San Silvestre, en relación con los donativos hechos a las iglesias por aquellos tiempos. En realidad, el generoso benefactor que figura con el nombre de Galicano, fue un personaje enteramente distinto: San Pamaquio (30 de agosto) y la mencionada hospedería para peregrinos, es una idea copiada del "xenodochium", organizado y establecido por Pamaquio, no en Ostia sino en Porto. Lo que da pie a esta interpretación, es el hecho de que la historia de Galicano está vinculada con los santos mártires Juan y Pablo, cuya iglesia, en la colina Coeli, de Roma, se conocía como la "titulus Pammachii". También el dato de la donación de los cuatro terrenos, se extrajo del *Liber Pontificalis*, donde se hace mención de ese donativo inmediatamente antes de mencionarse el nombre de Galicano en relación con la basílica edificada en Ostia; pero en realidad, el que hizo la donación no fue Galicano, sino el emperador Constantino. La leyenda de Galicano que, ciertamente forma parte de las actas de los Santos Juan y Pablo, fue impresa por los bolandistas en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII. Véase también a J. P. Kirsh, en *Die Römischen Titelkirchen im Altertum* (1918), pp. 156-158; y H. Quentin, en *Les Martyrologes historiques*, pp. 413 y 533.

SAN PROSPERO DE AQUITANIA (*c.* 465 P.C.)

SAN PRÓSPERO de Aquitania, a quien se conmemora en la diócesis de Tarbés como al "Doctor Aquitano", es bien conocido por sus escritos, pero son muy

escasos los datos sobre su vida, a pesar de que en los antiguos manuscritos abundan las referencias sobre él, con los calificativos de "sabio", "virtuoso", "santo" y otros similares. No fue obispo, ni sacerdote (el Martirologio Romano le llama obispo de Reggio al confundirle con otro Próspero: ver el artículo siguiente); al parecer, siempre fue un laico, muy piadoso eso sí, posiblemente casado. Este punto ha sido muy discutido, en vista de que se le atribuye un "Poema del Esposo a la Esposa" que, cualquiera que haya sido su inspiración, expresa una profunda confianza en Dios.

Próspero se trasladó de Aquitania a la Provenza y, en 428, a instancias de su amigo Hilario, escribió en Marsella una carta a San Agustín, que se hallaba en Hipona. Los asuntos tratados en aquella misiva hicieron que San Agustín escribiese sus tratados *Sobre Predestinación* y *Sobre Perseverancia*, de manera que Próspero se vio envuelto en la controversia semi-pelagiana, en oposición a las ideas de San Juan Casiano y, posiblemente, de San Vicente de Lérins. Próspero y su amigo Hilario fueron a Roma y regresaron con una carta del Papa San Celestino I para los obispos de la Galia, donde se alababa el celo de los portadores y se instaba a lograr la paz. Pero las desavenencias continuaron. Eventualmente, Próspero viajó de nuevo a Roma donde, al parecer, llegó a ocupar el cargo de secretario del Papa San León el Grande. Murió en Roma, alrededor del año 463.

Los escritos de Próspero de Aquitania, tanto en verso como en prosa, están relacionados, sobre todo, con la controversia sobre la gracia y el libre albedrío, en defensa de las doctrinas de San Agustín. Su poema más extenso es un tratado dogmático con unos 1002 versos en exámetro, titulado: "Canto por los Sin Gracia"; pero su obra más conocida, es su "Crónica", que comprende un período de la historia, desde la Creación hasta la conquista de Roma por los vándalos, en el año 455.

L. Valentin, *St. Prosper d'Aquitaine* (1900); G. Bardy, en DTC.; W. H. Phillott, en DCB. Consúltese también el artículo sobre San Próspero, el obispo de Reggio, que figura en seguida. En 1950, se publicó en Nueva York la versión inglesa del tratado de Próspero sobre la Gracia Divina y el Libre Albedrío, contra las teorías de Casiano.

SAN PROSPERO, Obispo de Reggio (¿466? p.c.)

Hay pruebas de que desde el siglo nueve se dispensó muy extensa veneración en la provincia italiana de Emilia a San Próspero, el obispo de Reggio (no se trata de Reggio la de Calabria). Parece que el santo obispo vivió durante el siglo quinto, pero la historia no nos dice nada definitivo sobre él. Una tradición poco digna de crédito afirma que distribuyó todos sus bienes entre los pobres, a fin de cumplir con el precepto del Señor al joven rico y que, tras un episcopado benéfico de veintidós años, murió el 25 de junio de 466, rodeado por sus sacerdotes y diáconos. Fue sepultado en la iglesia de San Apolinar, edificada y consagrada por él, fuera de las murallas de Reggio Emilia. En el año de 703, se trasladaron sus reliquias a una iglesia nueva, levantada en honor suyo por Tomás, el obispo de Reggio y, hasta ahora, es el patrón principal de la ciudad. En este caso, el Martirologio Romano comete una grave equivocación al identificar a Próspero de Reggio con Próspero de Aquitania (arriba). Los dos santos del mismo nombre fueron personas completamente distintas y, con anterioridad al siglo décimo, no se hizo ningún intento para identificar a una con la otra.

Toda esta cuestión ha sido debidamente tratada, en un artículo de Dom Germain Morin, aparecido en la *Revue Bénédictine*, vol. XII (1895), pp. 241-257, bajo el título de *San Prospero da Reggio*. Ninguno de los investigadores defiende, en la actualidad, la identificación de los dos santos Próspero; ni los bolandistas, ni Tillemont hicieron ese intento en el siglo dieciocho. Ver a J. M. Mercatti, en la *Analecta Bollandiana*, vol. XV (1896), pp. 161-256; y a Lanzoni, en *Le Diocesi d'Italia*, vol. I, pp. 615-618.

SAN MAXIMO, Obispo de Turín (*c.* 467 p.c.)

Se conserva la mayor parte de la obra literaria de San Máximo de Turín, pero es muy poco lo que se sabe acerca del autor. Parece que vino al mundo alrededor del año 380 y, por referencias extraídas de algunos de sus escritos, se conjetura que era natural de Vercelli, o de algún otro lugar en la provincia de Recia. El escritor declara que, hacia el año de 397, presenció el martirio de tres obispos misioneros de Anaunia, en los Alpes Réticos. El historiador Genadio, en su "Libro de Escritores Eclesiásticos", que completó hacia los fines del siglo quinto, describe a San Máximo, obispo de Turín, como a un profundo estudioso de la Biblia, un predicador diestro en instruir al pueblo y el autor de muchos libros, algunos de cuyos títulos menciona. La nota concluye al señalar que la actuación de San Máximo floreció particularmente durante los reinados de Honorio y de Teodosio el Joven. En realidad, el obispo sobrevivió a esos dos soberanos, puesto que, en el año 451, asistió al sínodo de Milán, presidido por su metropolitano, San Eusebio y, con la participación de otros prelados del norte de Italia, firmó la carta dirigida al Papa San León el Grande para declarar la adhesión de la asamblea a la doctrina de la Encarnación, tal como se expuso en la llamada "Epístola Dogmática" del Papa. También estuvo presente San Máximo en el Concilio de Roma, en 465. En los decretos emitidos en esa ocasión, la firma de San Máximo, figura inmediatamente después de la del Pontífice San Hilario y, como por aquel entonces se daba precedencia por la edad, es evidente que San Máximo era muy anciano. Se supone que murió poco después de aquel Concilio.

La colección que se hizo de sus supuestas obras, editadas por Bruno Bruni en 1784, comprende unos 116 sermones, 118 homilías y 6 tratados; pero esta clasificación es muy arbitraria y, posiblemente, la mayoría de las obras citadas deban atribuirse a otros autores. Son particularmente interesantes por darnos a conocer algunas costumbres extrañas y pintorescas de la antigüedad sobre las condiciones en que vivían los pueblos de la Lombardía, en la época de las invasiones de los godos. En una de sus homilías describe la destrucción de Milán por las hordas de Atila; en otra, habla de los mártires Octavio, Solutor y Adventus, cuyas reliquias se conservan en Turín. "Debemos honrar a todos los mártires, recomienda; pero especialmente a aquellos cuyas reliquias poseemos, puesto que ellos velan por nuestros cuerpos en esta vida y nos acogen cuando partimos de ella". En dos homilías sobre la acción de gracias inculcaba el deber de elevar diariamente las preces al Señor y recomendaba los Salmos como los mejores cánticos de alabanza. Insistía en que nadie debía dejar las oraciones de la mañana y la noche, así como la acción de gracias, antes y después de las comidas. Máximo exhortaba a todos los cristianos para que hiciesen el signo de la cruz al emprender cualquier acción, puesto que, "por el signo de Jesucristo (hecho con devoción) se pueden obtener bendiciones sin cuento sobre todas nuestras empresas". En uno de sus sermones, abordó el tema de los festejos

un tanto desenfrenados del Año Nuevo y criticó la costumbre de dar regalos a los ricos, sin haber repartido antes limosnas entre los pobres. Más adelante, en esa misma prédica, atacó duramente a "los herejes que venden el perdón de los pecados" cuyos pretendidos sacerdotes piden dinero por la absolución de los penitentes, en vez de imponerles penitencias y llanto por sus culpas.

En el *Journal of Theological Studies*, vol. XVI, pp. 161-176 y pp. 314-322, lo mismo que en vol. XVII, pp. 225-232, el Prof. C. H. Turner se inclina por atribuir a San Máximo ciertos escritos latinos cuyos textos incluye; pero Dom Capelle, en la *Revue Bénédictine*, vol. XXXIV, pp. 81-108, ha demostrado en forma concluyente que, esos escritos son obra de Maximino, el obispo arriano. Hay un breve y substancioso artículo sobre San Máximo, de E. Amann, en DTC., vol., X, cc. 464-466. Ver el DCB., vol. III, pp. 881-882; y a Bardenhewer en *Geschichte der altkirchlichen Literatur*, vol. IV, pp. 610-613. Cf. E. Dekkens, *Clavis Patrum Latinorum.*

SAN ADALBERTO DE EGMOND (¿705 ó 714? P.C.)

ENTRE el grupo de misioneros que partieron del monasterio de Rathmelsigi, en el año de 690, con San Willibrordo a la cabeza, para evangelizar la Frieslandia, se hallaba un diácono llamado Adalberto. Era originario de Nortumbría y, en seguimiento de San Egberto, había llegado a Irlanda, con el propósito de obedecer los consejos del Señor para alcanzar la perfección. Esa misma aspiración, unida a un gran amor por las almas, le impulsó a ofrecerse como voluntario para el trabajo de misiones entre los herejes. Los mensajeros del Evangelio gozaban de la protección de Pepino de Heristal; además, tenían en su favor el hecho de que se les facilitaba aprender la lengua para darse a entender entre los habitantes de Frieslandia; pero, de todas maneras, la personalidad de los misioneros tuvo mucho que ver con el franco éxito de su trabajo. La simpatía personal y la gentileza de Adalberto, su paciencia y su humildad, causaron profunda impresión entre los herejes a quienes convirtió a la fe cristiana. El núcleo de sus actividades era Egmond, donde fueron bautizados casi todos los habitantes. Tal vez a causa de su humildad, Adalberto no solicitó recibir las órdenes sacerdotales. Se dice, por cierto, que San Willibrordo le nombró archidiácono de Utrecht, pero en aquellos tiempos un archidiácono no era más que jefe de los diáconos, y es muy posible que San Willibrordo quisiese confiar alguna autoridad a nuestro santo.

San Adalberto murió en una fecha que se desconoce. En épocas posteriores, su tumba fue un lugar de peregrinaciones y escenario de muchos supuestos milagros. En el siglo décimo, el duque Teodorico construyó en Egmond una abadía benedictina dedicada a San Adalberto y, en tiempos recientes, cuando los benedictinos de Solesmes volvieron a establecer la vida monástica en Egmond, se eligió al mismo titular.

Las fuentes de información de las que dependemos para obtener conocimientos sobre la vida de San Adalberto, son muy poco satisfactorias. La biografía que escribió en latín un monje de Mettlach llamado Ruperto, unos 200 años después de la muerte del personaje, se halla impresa en *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII, no contiene más que generalidades y relaciones de los milagros que, al parecer, se obraron sobre su tumba. Otro relato sobre su vida, escrito en latín, fue publicado por G. Pijnacker Hordijk en *Bijdragen voor Vaderlandsche Geschiedenis* (1900), pp. 145-174, pero no es nada más que un resumen de la primera. La cuestión del título de archidiácono concedido a Adalberto, fue desmentida por Holder-Egger y otros autores, sin embargo, esos mismos escritores

están dispuestos a identificarle con el sucesor de San Willibrordo como abad de Epternach. W. Levison rechaza esta hipótesis. La fecha de la muerte de Adalberto es bastante incierta. Véase el DHG., vol. I, c. 441; y W. Levison, *Wilhelm Procurator von Egmond*, en *Neues Archiv*, vol. XL (1916), pp. 793-804.

SANTA EUROSIA, VIRGEN Y MÁRTIR (¿Siglo VIII?)

EN UN moderno ensayo en alemán, titulado: "Santa Apócrifa de la Edad Media", el erudito autor trata a fondo y de manera convincente el caso de Santa Eurosia y el de la devoción que se tuvo por ella, primero en la comarca española de Jaca, donde tuvo su origen, en el siglo quince, y después, en Lombardía. Las conclusiones del padre Delehaye coinciden con las del citado autor y aun resumen el ensayo en la *Analecta Bollandiana*, no sin hacer este comentario: "Todo resulta sospechoso en cuanto a los orígenes de este culto que se propagó en el norte de Italia, gracias a las relaciones políticas entre España y Lombardía... Un número considerable de sitios en las diócesis de Como, Cremona, Pavía y Novara, poseen capillas, altares, imágenes y reliquias de Santa Eurosia, a la que se honra como protectora de los frutos del campo". Parece ser que la devoción por la santa fue propagada por los soldados españoles y por los miembros de la congregación religiosa de Somaschi, cuya sede central se encontraba en la diócesis de Cremona. De acuerdo con la tradición popular, Eurosia era una noble doncella de la provincia de Bayona, que en algunos de los años del siglo dieciocho se negó rotundamente a desposarse con un jerife moro; como éste tratase de obligarla, la muchacha huyó a buscar refugio en una caverna, donde los esbirros del moro le dieron muerte a puñaladas. A pesar de que hay algunas reliquias que se dan por suyas en la catedral de Jaca, lo más probable es que Eurosia sea un personaje enteramente fantástico. Se la invoca contra el mal tiempo.

Sin ir tan lejos como para decir que Eurosia es puro mito, Fr. Papebroch, en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII, señala la carencia absoluta de datos concretos de época, así como las contradicciones que se advierten en las leyendas que circularon sobre ella. El ensayo al que nos referimos arriba, es del suizo E. A. Stückelberg, *Eine Apokryphe Heilige des Späten Mittelalters*, publicado en *Archiv für Religionswissenschaft*, vol. XVII (1914), pp. 159-164. Parece que, ya en el siglo diecisiete, había una misa y un oficio en honor de Eurosia, a pesar de que las celebraciones se limitaban a la ciudad de Jaca.

BEATO ENRIQUE ZDIK, OBISPO DE OLOMUC (1150 P.C.)

A PESAR de que nunca ha sido oficialmente aprobado el culto al Beato Enrique Zdik, los magníficos servicios que prestó a la Iglesia, a su propia diócesis y más allá, le han valido el honor de ser venerado como un "*beatus*", en todo el territorio de la actual Checoeslovaquia. Se dice que estaba estrechamente vinculado con los regidores de Bohemia, pero no se sabe a ciencia cierta cuáles eran esas relaciones. Lo que se sabe con certeza sobre su origen es que nació en Moravia. En 1126 fue consagrado obispo de Olomuc (Olmütz) y, bajo sus auspicios, el duque Wenceslao I emprendió la reconstrucción de la catedral. Pero la terminación de la iglesia y la decoración del interior fueron obra exclusiva del obispo. En 1137 ó 1138, el Beato Enrique hizo una peregrinación a Jerusalén, y se hallaba en Tierra Santa cuando tomó el hábito de los premonstratenses.

Casi inmediatamente después, experimentó un renacimento espiritual que, según dice su biógrafo, "le hizo regresar a su tierra natal transformado en un hombre nuevo". Desde entonces, se manifestó de muy diversas maneras su celo por beneficiar a la Iglesia. En 1114, se sumó a una misión o cruzada para convertir a los prusianos; pero no sabemos nada sobre los resultados de su empresa. Dos años más tarde, le encontramos asociado con otros para fundar la abadía de Strahov. Al monasterio, le puso el nombre de Monte Sión y llamó a los monjes premonstratenses de Steinfeld, cerca de Colonia, para que lo poblaran. En fecha posterior, restauró el monasterio de Litomerice, del que está reconocido como el segundo fundador. A esa comunidad le dio otro nombre que también recordaba su peregrinación por Tierra Santa: abadia del Monte de los Olivos. Las dificultades que debió sortear para hacer que sus clérigos retornaran a la observancia regular, especialmente para lograr que cumpliesen con la ley del celibato, lo decidieron a visitar Roma para conferenciar con el Papa. Pero el mismo día de su salida, se encontró con una partida de esbirros enviados para matarle, a cuyas manos estuvo a punto de perder la vida. Ya no insistió para llevar a cabo sus propósitos, puesto que la oportuna llegada del legado papal a Bohemia hizo inútil su proyectado viaje. El representante del Papa le dio todo el apoyo y la autoridad que requería para llevar a cabo sus reformas. El Beato Enrique Zdik, murió en 1150 ó 1151 y fue sepultado en Strahov, un monasterio que aún existe.

En el *Acta Sanctorum,* junio, vol. VII, hay una relato sobre la vida del beato, pero no parece que haya una biografía propiamente dicha de este virtuoso obispo, escrita durante la Edad Media. Véase también a I. van Spilbeeck, en *Hagiologium Norbertinum* (1887); y A. Zark, en *Anales de l'Ordre de Prémontré.*

BEATO JUAN EL ESPAÑOL (1160 P.C.)

JUAN nació en 1123, probablemente en Almanza, en León. Fue un joven estudioso y, a la edad de trece años, viajó a Francia con un compañero, en busca de las facilidades para su educación que no podía encontrar en su ciudad natal y en los alrededores. Los dos jóvenes se establecieron en Arles, donde encontraron excelentes maestros y pasaron grandes miserias. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que Juan quedase favorecido por la amistad de un hombre rico que, incluso, lo llevó a vivir en su casa. Al terminar los estudios, Juan se despidió de su generoso amigo y se unió a un ermitaño, con quien estuvo dos años y medio en el aprendizaje para el ejercicio de la vida espiritual. Después consiguió ser recibido en el priorato de los cartujos de Montrieu, o Mons Rivi, y, desde el momento en que ingresó al noviciado, se dedicó con entusiasmo a seguir los pasos de San Bruno. Durante seis años desempeñó el cargo de sacristán y, poco después, se le eligió como prior. Con la autoridad de su puesto, dio gran impulso a la cultura en su convento y él mismo se dedicó a copiar y a corregir manuscritos.

Al término del desempeño de su cargo, al que renució, según se tiene entendido, fue transferido a la Gran Cartuja. San Antelmo, por entonces superior del gran monasterio, tuvo una profunda estimación por Juan. Cuando Haimo de Fulciano pidió el envío de algunos cartujos para hacer una fundación en uno de sus terrenos, cerca del lago de Ginebra, San Antelmo eligió a Juan para que fuese el prior del nuevo establecimiento. Hubo muchos contratiempos para que empezara a funcionar, pero una vez establecido, floreció extraordinariamente;

el prior Juan llamó a su monasterio el "Reposoir" (descanso), por el ambiente de tranquilidad que prevalecía en él. A solicitud de San Antelmo, realizó Juan todavía otra tarea: la recopilación de una constitución para las monjas cartujas. Luego de gobernar la comunidad del Reposoir durante nueve años, el Beato Juan murió hacia el 1160. Por expreso deseo, fue sepultado junto a dos pastores que perecieron durante un alud de nieve y a quienes él mismo había enterrado. Sobre su tumba se erigió una capilla, pero en 1649, se trasladaron sus restos a la sacristía de la iglesia del monasterio. Esta traslación se practicó por orden de Carlos Augusto de Sales, obispo de Ginebra y sobrino de San Francisco de Sales; el propio obispo redactó la orden de traslación y le agregó un relato sobre la manera como se desarrolló el acto, así como una breve narración sobre la vida de Juan. Ese escrito se conserva todavía. El culto al Beato Juan fue confirmado en 1864.

Hay una biografía muy simple y directa que, sin embargo, contiene muy pocos detalles; al parecer, el escrito fue hecho en la Cartuja donde murió el beato. Este se encuentra impreso, tanto en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII, como en los *Anales Ordinis Cartuciensis*, de Dom Le Couteulx, vol. II, pp. 199-212.

26: SANTOS JUAN Y PABLO, MÁRTIRES (¿362? P.C.)

APARTE de su nombre y del hecho que fueron dos cristianos martirizados en Roma, la historia no nos dice nada más sobre los santos Juan y Pablo, a quienes se conmemora juntos en este día. A decir verdad, en algunos círculos se pone en duda su existencia. Esta incertidumbre se debe, en términos generales, a que en una época del siglo cuarto, las supuestas reliquias de estos santos se depositaron en una casa edificada sobre la Colina Coeli, construcción ésta que Bizancio, o su hijo San Pamaquio, amigo de San Jerónimo, transformó en una iglesia cristiana. Es posible que la basílica edificada sobre los cimientos de la vieja construcción, en el siglo quinto, haya sido dedicada originalmente a los Apóstoles San Juan y San Pablo; pero lo cierto es que la iglesia llegó a quedar completamente asociada, por tradición popular, con los dos santos mártires cuyas supuestas reliquias se conservaban ahí y cuyo culto se difundía extraordinariamente, gracias al crédito que se daba a las "actas" que se tenían por auténticas, pero que, en realidad, son espurias. Como resultado de ese culto, los nombres de los "hermanos" Juan y Pablo se insertaron en el canon de la misa, así como en la letanía de los santos; se les acordó una conmemoración con misa y oficio propios, en los sacramentales que se conocen con los nombres de *Gelasianum* y *Gregorianum* y, de ahí, pasaron a ocupar un lugar en la liturgia gala. En el *Gelasianum* se encuentra incluso su fiesta precedida por una vigilia y ayuno, aunque no tardaron en ser anuladas estas prácticas, debido quizá a su proximidad a los ayunos de las fiestas del Nacimiento de San Juan Bautista y los Apóstoles San Pedro y San Pablo. La fama de los dos hermanos se extendió ampliamente: entre los diversos itinerarios que siguió, desde la basílica de la Colina Coeli, durante la Edad Media, señalados por altares, capillas, inscripciones y escritos propiciados por la devoción de los peregrinos que visitaban Roma, figura uno, descubierto en la localidad inglesa de Salisbury, en la forma de una colección de manuscritos del siglo décimo. También Guillermo de Malmesbury, quien escribió durante el reinado de Esteban, hace mención de los santos y, el

Concilio de Oxford, en 1222, dispuso que la conmemoración de los santos Juan y Pablo se celebrase como una fiesta de tercer orden, con la obligación para los fieles de asistir a misa antes de ir a trabajar.

Las llamadas "actas" no son más que una fábula piadosa que sostiene haber sido escrita en base a los informes de Terenciano, el capitán de la guardia que se encargó de ejecutar a los dos mártires. De acuerdo con esta historia, los hermanos Juan y Pablo eran oficiales del ejército, a quienes el emperador Constantino puso al frente de la guardia que velaba por la seguridad de su hija, Constancia. Esta les profesaba una gran estimación, y a uno de los hermanos lo nombró su acompañante, mientras que al otro le dio el cargo de mayordomo. Posteriormente, el emperador los llamó para ponerlos al servicio del general Gallicano, en una fuerza expedicionaria que se envió a la Tracia para rechazar una invasión de los escitas. Los bárbaros invasores eran enemigos formidables y, en un momento dado, parecía inminente la derrota de las fuerzas imperiales. Una de las alas de la vanguardia había quedado aislada, varios oficiales se habían rendido y, en esos momentos, los dos hermanos se aproximaron a Gallicano para asegurarle que obtendría la victoria si se comprometía a abrazar la religión cristiana. El general hizo la promesa requerida y, en seguida apareció una legión de ángeles que puso en fuga al enemigo. Mientras Constantino y sus hijos conservaron la vida, Juan y Pablo siguieron a su servicio y fueron honrados por la familia imperial; pero, en cuanto el emperador Juliano proclamó su apostasía, le demostraron su hostilidad. En consecuencia, Juliano los hizo comparecer ante su tribunal, donde se negaron rotundamente a obedecer sus órdenes de ofrecer sacrificios a los dioses y, además, proclamaron su decisión de mantenerse firmes en la fe cristiana que profesaban y su abominación por la apostasía del emperador. Se les dio un plazo de diez días para que considerasen su negativa. Al cumplirse, llegó Terenciano, capitán de la guardia imperial, con algunos de sus hombres, a la casa donde permanecían los hermanos bajo vigilancia. Ahí mismo se procedió a la ejecución, sin más testigos que los cuatro o cinco guardias presentes. Los cadáveres fueron sepultados en el jardín de la residencia sobre la Colina Coeli, pero Terenciano y sus hombres juraron guardar silencio y hacer creer que los dos cristianos habían sido enviados al exilio. La leyenda agrega que el emperador Joviano construyó la iglesia dedicada en su honor, en el mismo sitio donde se hallaba la casa.

La actual basílica de los Santos Juan y Pablo, con su fachada de estilo románico-lombardo, fue entregada por el Papa Clemente XIV a San Pablo de la Cruz y, a la fecha, está al cuidado de los pasionistas. Las excavaciones practicadas en 1887, bajo los cimientos de la basílica, revelaron la existencia de habitaciones de la antiquísima casa, con restos de frescos, algunos de los cuales pertenecen al siglo tercero.

Fr. Delehaye discute el caso de estos santos en forma muy completa, en su CMH., pp. 336-337. La pasión espuria de los mártires, se halla impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII (*cf.* San Galicano, 25 de junio). Véase también a P. Franchi de Cavallieri, en *Studi e Testi*, vol. IX, pp. 55-65 y XXVII, pp. 41-63; J. P. Kirsch, *Die Römischen Titelkirchen*, pp. 26-33, 120-134, 156-158; Lanzoni, *I Titoli Presbiterali di Roma antica*, p. 46; *Analecta Bollandiana*, vol. XLVIII (1930), pp. 11-16; y DAC., vol. II, cc. 2382-2870, donde se hacen buenas descripciones de la supuesta casa de Juan y Pablo en la Colina Coeli.

SAN VIGILIO, Obispo de Trento, Mártir (405 p.c.)

El patrono principal del Trentino y del Tirol italiano es San Vigilio, quien completó la conversión de los habitantes en esos distritos, al cristianismo. Parece haber nacido en Trento, de una familia romana que, tras largos años de residencia, había adquirido la ciudadanía trentina. Fue educado en Atenas; pero de ahí en adelante no se vuelve a saber de él hasta el año de 385, cuando regresó a su ciudad natal de Trento y fue elegido obispo, no obstante que era relativamente joven para ocupar ese cargo. En una carta que le escribió su metropolitano, San Ambrosio, arzobispo de Milán, y que aún existe, le insta vigorosamente para que combata la usura y los matrimonios de cristianos con paganos y, le recomienda que ejerza la hospitalidad con los extranjeros, especialmente con los peregrinos. Aún había gran número de paganos en las aldeas de la diócesis de Trento y hacia ellos fue San Vigilio en persona para predicarles el Evangelio. Por intermedio de San Ambrosio, obtuvo la ayuda de tres misioneros para su obra: los Santos Sisinio, Martiro y Alejandro. Estos, conquistaron la corona del martirio el 29 de mayo de 395. San Vigilio escribió un relato sobre su muerte, en una breve carta dirigida a San Simplicio, el sucesor de San Ambrosio, y en otra misiva más extensa a San Juan Crisóstomo, a quien probablemente conoció en Atenas. En las epístolas, Vigilio confiesa que siente envidia por la gloria de esos apóstoles que dieron su vida por la fe y lamenta que su pobreza a los ojos de Dios no le haya hecho digno de compartir el martirio con ellos. Sin embargo, pronto habría de ser suya la corona que deseaba. Mientras predicaba una misión en el remoto valle de Rendena, se sintió impulsado a derribar una estatua de Saturno; los aldeanos, indignados, le lapidaron. Hasta hoy, Trento se ufana de poseer sus reliquias, así como las de Santa Majencia, San Claudiano y San Mayoriano, de quienes se dice que fueron la madre y los hermanos de San Vigilio.

Ver el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII, donde se halla impresa la *pasión*. Ese mismo documento u otro semejante, fue enviado a Roma, en la época y, al parecer, ese fue el motivo por el cual, el Papa Benedicto XIV hizo la declaración de que San Vigilio fue el primer mártir canonizado por la Santa Sede. Ver a Perini, en *Cenni della Vita di S. Vigilio* (1863) y *Scriti di Storia e d'arte per il 15 centenaio di S. Vigilio* (1905).

SAN MAJENCIO o ADJUTOR, Abad (*c.* 515 p.c.)

La ciudad francesa de Saint-Maixent, en el departamento de Deux Sèvres, comprende la celda en la que vivió San Majencio y el contiguo monasterio que él gobernó. El santo nació en Agde, sobre el Golfo de Lyon, alrededor del año 445 y, en el bautismo recibió el nombre de Adjutor. Bajo la vigilante solicitud del abad San Severo, encargado por sus padres de cuidarle desde niño, creció como un modelo de virtudes cristianas. La mayoría de sus hermanos en religión lo admiraban y respetaban, pero unos cuantos tenían envidia de él. Sin embargo, para Majencio, las alabanzas eran más desagradables que los insultos o las críticas y, a fin de escapar de la fama en que se trataba de arrojarle, se alejó calladamente de Agde y permaneció oculto dos años. Pero, al regresar de su retiro, se encontró con que ya ocupaba una posición mucho más prominente que antes, porque el mismo día de su regreso comenzó a llover copiosamente después de una prolongada sequía y todos le achacaron el milagro

y le aclamaron como salvador y obrador de maravillas. Para Majencio fue evidente que, si deseaba llevar una vida de soledad y olvido, debía romper con todos los vínculos que le ataban a su pasado. Por segunda ocasión desapareció y, aquella vez, abandonó su nativa Narbona para siempre. Tras un breve período de andar errante, llegó a Poitou, donde entró a una comunidad en el valle de Vauclair, gobernada por el abad Agapito y, a fin de borrar su pasado, se cambió el nombre de Adjutor por el de Majencio.

Pero si bien logró ocultar su identidad, no pudo pasar inadvertida su santidad. Su austeridad era tanta, que jamás probaba otro alimento que no fuera el pan y el agua, y eran tan continuas sus oraciones, que se le encorvaron las espaldas. Además, se le atribuía el poder de obrar milagros. No fue raro que, por votación unánime de sus hermanos, se le eligiese superior, cerca del año 500. Pocos años más tarde, durante la devastadora contienda entre Clovis, rey de los francos, y el visigodo Alarico, los habitantes de Poitou padecieron penurias sin cuento, sobre todo a causa de la violencia y brutalidad de los soldados y los merodeadores. Cierto día, una banda de hombres armados avanzó amenazante sobre el monasterio de Vauclair, y el terror se apoderó de los monjes, que imploraron a su abad San Majencio que los salvara. El los tranquilizó y, con toda calma, salió a recibir a la horda hostil. Uno de los atacantes levantó la espada contra el santo, quien esperó el golpe con absoluta serenidad; pero al presunto homicida se le quedó el brazo en alto, paralizado, hasta que San Majencio le devolvió el movimiento al aplicarle aceite consagrado.

Para seguir el ejemplo de su antecesor, el abad Agapito, San Majencio renunció a su puesto cuando sintió que se aproximaba su muerte y se encerró en una celda, construida a corta distancia del monasterio; ahí murió a la edad de setenta años, alrededor del 515.

Se conservan dos textos o recopilaciones de una biografía de San Majencio que datan de la Edad Media. El más breve fue impreso por Mabillon en el *Acta Sanctorum O.S.B.;* el más extenso lo reprodujeron los bolandistas en el vol. VII, para junio. Ninguno de los dos textos parece muy digno de confianza como documento histórico. Hace algún tiempo, la historia de San Majencio fue objeto de animadas discusiones en la *Revue des Questions Historiques*, de los años 1883, y 1888. Hay varias biografías en francés.

SANTOS SALVIO o SAUVE y SUPERIO (*c.* 768 P.C.)

ALREDEDOR del año 768, llegaron a Valenciennes un obispo regional llamado Salvio, y su discípulo. No se sabe ni se sabrá la autoridad que tenía el prelado, ni de dónde procedía, pero sí hay registros de que era un ardiente misionero y de que, por medio de los vehementes sermones que predicaba en la iglesia de San Martín, logró innumerables conversiones. De acuerdo con la historia que se relata sobre él, cierto día en que iba ataviado con su espléndida capa bordada y su faja ricamente adornada, se encontró en un camino solitario al hijo de un funcionario de la ciudad, quien, para arrebatarle sus magníficos atavíos, asesinó al obispo y al fiel discípulo que le acompañaba. Esta historia no ha sido comprobada.

Los cuerpos de las víctimas fueron rescatados de la zanja donde los dejó el asesino y los trasladaron a la iglesia de San Vedast, en Valenciennes. El nombre del discípulo no se recordaba, si es que alguna vez se supo; pero en vista de que se encontró su cadáver encima del cuerpo del obispo, se le designó

con el nombre de San Superio (Superus). En fecha posterior, los restos de los dos mártires fueron trasladados a la aldea de Brena, que se hallaba en el sitio que ahora ocupa la ciudad de Saint-Sauve.

El hecho de que los santos Salvio y Superio se conmemoren en este día en el Martirologio Romano, no ofrece garantías sobre la veracidad de su historia. Hay una *passio*, que aparece en varios manuscritos, la cual fue impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VIII; otra versión de la misma se encuentra en *Analecta Bollandiana*, vol. II. El autor de ésta afirma que fue contemporáneo de los santos, pero no hay pruebas que lo confirmen. Ver a Van der Essen, en *Etude critique et Littéraire sur les Vitae des saints mérovingiens* (1907), pp. 244-249.

SAN JUAN, Obispo de Goths (*c.* 800 p.c.)

A pesar de que no cuenta con un culto particular en el occidente, este San Juan goza de veneración en las Iglesias de oriente, a causa de la valerosa oposición que enfrentó a los iconoclastas. Fue natural del distrito norte del Mar Negro, que comprende la Crimea y, su abuelo era un legionario armenio. En 761, el entonces obispo de Goths, importante localidad de aquellas regiones, se adhirió a los iconoclastas para quedar bien ante el emperador Constantino Coprónimo, que favorecía esas ideas y se disponía a abolir las sagradas imágenes. La deserción del obispo fue recompensada con una promoción al puesto más elevado de Heraclea; pero los miembros de su grey, más ortodoxos que su pastor, le desconocieron y eligieron en su lugar a Juan. Las autoridades aprobaron la elección, pero los pobladores de Goths tuvieron que esperar a que regresase el nuevo obispo, quien pasó tres años en Jerusalén.

Al hacerse cargo de la sede, escribió una defensa de la veneración que se dispensaba a las imágenes sagradas y a las reliquias, así como de la práctica de invocar a los santos. Sus argumentos estaban apoyados por citas del Antiguo y el Nuevo Testamentos y por referencias a las enseñanzas de los Padres. Bajo la regencia de la emperatriz Irene, se levantó la prohibición contra las imágenes sagradas, y el obispo Juan pudo ir a Constantinopla para asistir al sínodo convocado por San Tarasio; también se hallaba presente en el segundo Concilio de Nicea, en el año 787, durante el cual se consideró el culto a las imágenes sagradas como parte de la doctrina católica. Al regresar a su diócesis, el trabajo del obispo Juan quedó interrumpido por la súbita invasión de los "khazars". A raíz de la denuncia de un traidor, el prelado fue capturado y conducido preso al campamento del guerrero enemigo. Sin embargo, escapó con relativa facilidad y encontró refugio en Amastris, ciudad del Asia Menor, donde fue huésped del obispo local. Ahí pasó los últimos cuatro años de su vida. Al informársele de que el jefe de los invasores "khazars" había muerto en la ciudad sojuzgada, se volvió hacia sus amigos y les dijo: "Yo también partiré de este mundo dentro de cuarenta días y expondré ante Dios mi causa contra el guerrero que nos sojuzgó". La primera parte de su profecía se cumplió al pie de la letra: al cuadragésimo día expiró tranquilamente. Su cuerpo fue trasladado a su país de origen, por el obispo Jorge, de Amastris, y fue depositado en el monasterio de Partenite, en la Crimea.

En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII, se encuentra impresa una biografía en griego sobre este santo obispo, junto con una cantidad suficiente de informaciones sobre sus actividades. También se hace mención de él, en la misma fecha, en el *Sinaxario* de Constantinopla. Véase la edición de Delehaye, cc. 772-773.

SAN PELAYO, Mártir (925 p.c.)

El nombre del niño mártir, Pelayo, es famoso todavía en toda España y muchas son las iglesias dedicadas en su honor. Vivió en los días en que Abderramán III, el más grande de los Omaiadas, reinaba en Córdoba; un tío de Pelayo, para salvar el pellejo, dejó al chico como rehén en manos de los moros. Por entonces, el niño no tenía más de diez años. El cobarde pariente no regresó para rescatar a su sobrino, que pasó tres años cautivo de los infieles. En ese lapso, se había transformado en un buen mozo alto y fornido, siempre de buen humor y sin contaminación alguna de las costumbres corrompidas de sus captores y sus compañeros de cautiverio. Las noticias más favorables sobre el comportamiento del jovencito Pelayo llegaron a oídos de Abderramán quien le mandó traer a su presencia y le anunció que podía obtener su libertad y hermosos caballos para correr por los campos, así como ropas lujosas, dineros y honores, si renunciaba a su fe y reconocía al profeta Mahoma.

Pero Pelayo no se dejó tentar y se mantuvo firme. "Todo lo que me ofreces no significa nada para mí, repuso a las propuestas de Abderramán. Nací cristiano, soy cristiano y seré siempre cristiano". De nada sirvieron las amenazas del rey moro quién, a fin de cuentas, condenó a morir al jovencito. Los relatos varían en cuanto a la forma en que fue ejecutado. De acuerdo con unos, después de haber descoyuntado sus miembros en el potro de hierro, le ataron una cuerda a la cintura y, desde el puente, lo sumergían y lo izaban en las aguas del río, hasta que expiró; otros dicen que fue suspendido de las rejas para recibir el suplicio destinado a los esclavos y criminales, que consistía en ser descuartizado en vida; los miembros despedazados del niño santo fueron arrojados al Guadalquivir. Sus restos fueron rescatados por los fieles y conservados ocultamente en Córdoba, hasta el año de 967, cuando se los trasladó a León; dieciocho años más tarde, para evitar profanaciones, se exhumaron y se los llevó a Oviedo para sepultarlos.

Una breve *passio* en latín fue impresa en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII, junto con algunas noticias sobre datos históricos y el culto al niño santo. La historia de Pelayo fue famosa y despertó el entusiasmo de la poetisa Hroswitha, abadesa de Gandersheim, quien, alrededor del año 962, narró los incidentes del martirio en versos latinos. El mejor de los textos de ese poema es el que editó P. von Winterfeld, en *Deut. Dichter d. Lat. Mittelalters* (1922). Hay una traducción al inglés de ese poema, hecha por C. St. John (1923) y una versión alemana de H. Homeyer (1936).

SAN ANTELMO, Obispo de Belley (1178 p.c.)

A San Antelmo se le considera, con justicia, como uno de los eclesiásticos más importantes de su época, debido a los servicios que prestó a la Iglesia como obispo de Belley, como ministro general de la Orden de los Cartujos en una etapa crítica de su desarrollo, y como un destacado defensor del verdadero Papa en contra de un pretendido Pontífice que contaba con el apoyo de todas las fuerzas del emperador.

Antelmo nació en el año de 1107, en el castillo de Chignin, a unos doce kilómetros de Chambery. Al recibir las órdenes, era un joven sacerdote de sólidos principios, hospitalario y generoso, pero que se interesaba demasiado en las cosas de este mundo. Sin embargo, sus frecuentes visitas al convento de los car-

tujos, en Portes, donde tenía parientes, transformaron radicalmente sus ambiciones. Lo que presenció de la vida en comunidad de los monjes y lo que aprendió en sus pláticas con el prior, bastó para mostrarle su verdadera vocación y, en consecuencia, abandonó el mundo para tomar el hábito de San Bruno, alrededor del 1137. Antes de que hubiese terminado el noviciado, se le envió a la Gran Cartuja, que acababa de perder una buena parte de su edificio, destruida por una alud. En el gran centro cartujo, Antelmo, con su ejemplo y sus cualidades naturales de hombre práctico, favoreció el renacimiento del fervor y la reanudación de la prosperidad del monasterio. Tras la renuncia de Hugo I, en 1139, fue elegido como séptimo prior de la "Grande Chartreuse."

Su primer cuidado fue el de reparar el edificio dañado, al que, una vez renovado, rodeó con una muralla. Mandó construir un acueducto y dio impulso a la agricultura y al pastoreo en los campos de la abadía; mientras tanto, no cesaba de predicar sobre la obediencia a la regla en su sencillez original. Pronto tuvo la satisfacción de ver sus esfuerzos coronados por el éxito. Hasta entonces, los monjes cartujos habían sido independientes uno del otro y cada cual estaba sujeto únicamente al obispo. Antelmo fue el que convocó al primer capítulo general, por el que la Gran Cartuja quedó constituida como la casa madre. De esta manera, él mismo fue de hecho, aunque no de nombre, el primer ministro general de la orden.

No es de sorprender que la reputación de su santidad y de su ciencia atrajesen a numerosos reclutas; entre éstos, que recibieron el hábito de sus manos, figuraba su propio padre, uno de sus hermanos y el conde Guillermo de Nivernais, que no pasó de hermano lego. También fue San Antelmo quien comisionó al Beato Juan el Español para que redactase la constitución para la comunidad de mujeres que desearan someterse a la regla de los cartujos.

Después de gobernar sabiamente durante doce años la Gran Cartuja, pudo renunciar, en 1152, para gran satisfacción propia, a un puesto que nunca había deseado. Inmediatamente se retiró a una celda para vivir en soledad, pero no fue por mucho tiempo. Bernardo, el fundador y primer prior del monasterio de Portes, obligado por lo avanzado de su edad, delegó su cargo y, a solicitud suya, Antelmo fue su sucesor. El trabajo de los monjes había acarreado una inusitada prosperidad al monasterio, cuyos arcones y cuyos graneros estaban llenos a reventar. El nuevo prior consideraba que tanta abundancia era incompatible con la pobreza evangélica y, en vista de la escasez que prevalecía en la comarca circundante, ordenó la libre distribución de granos y dinero, a todo el que acudiese a solicitar ayuda. Los necesitados fueron tantos, que el prior vendió algunos de los ornamentos de la iglesia para dar limosnas. Dos años más tarde, regresó a la Gran Cartuja para entregarse, durante algún tiempo, a la vida de contemplación de un simple monje. Fue entonces cuando le vino a la cabeza la idea de ocuparse de los asuntos de la Iglesia, fuera de su orden.

En el año de 1159, la cristiandad occidental estaba dividida en dos campos: uno favorecía las reclamaciones del verdadero Papa, Alejandro III, el otro apoyaba al antipapa "Víctor IV", protegido por el emperador Federico Barbarroja. Antelmo se lanzó a la lucha, junto con Godofredo, el sabio abad cisterciense de Hautecombe. Ambos tuvieron éxito en el reclutamiento de su propia comunidad de monjes elegidos en diversas órdenes, pero que apoyaban al Papa Alejandro, y organizaron su causa, en Francia, en España y aun en Inglaterra.

Sin duda que, por lo menos en parte debido a su agradecimiento por aquellos esfuerzos, el Papa Alejandro atendió a un llamado de atención que se le hizo para que ocupase la sede vacante en la diócesis de Belley con un partidario suyo y puso aparte a todos los candidatos para nombrar a Antelmo. Fue en vano que el cartujo suplicase, aun con lágrimas en los ojos, que se le dispensara; el Papa insistió, y Antelmo se vio obligado a aceptar. Fue consagrado obispo el 8 de septiembre de 1163.

En su diócesis había numerosos aspectos que necesitaban ser reformados, y Antelmo comenzó a trabajar en ello con su característica energía. En el primer sínodo que convocó, hizo un impresionante llamado a sus clérigos para que cumpliesen con la gran misión que les había sido confiada: la observancia del celibato eclesiástico no se tomaba en cuenta, y no pocos sacerdotes vivían, ostensiblemente, como hombres casados. Al principio, el obispo recurrió tan sólo a las advertencias y a las medidas de persuasión, pero al cabo de dos años, al ver que las cosas seguían más o menos lo mismo en algunos círculos, impuso un castigo ejemplar a los renuentes, privándoles de sus beneficios eclesiásticos. Con igual firmeza trató el desorden y la opresión entre los laicos; ninguno de los anteriores obispos de Belley había sido tan valiente y temerario. Cuando Humberto III, conde de Maurienne, en violación a los derechos de jurisdicción de la Iglesia sobre los clérigos, metió en la cárcel a un sacerdote acusado de malversación, Antelmo envió un prelado para que pusiese en libertad al prisionero. En la reyerta que se produjo cuando el conde Humberto trató de impedir que el prelado se llevase al reo, éste resultó muerto. Ni siquiera por la expresa solicitud del Papa alivió su rigor el obispo Antelmo: cuando supo que Alejandro III, con quien se hallaba el conde Humberto en relaciones amistosas, había anulado la acusación, se retiró indignado al monasterio de Portes y protestó enérgicamente con el alegato de que el Papa había actuado *ultra vires*, puesto que ni el propio San Pedro habría tenido poderes para dejar libre de culpa y cargo y aun de censura, a un pecador impenitente. Con trabajos se le convenció para que retornase a su diócesis, pero nada sirvió para inducirle a que aceptase a Humberto en la comunión. Sin embargo, se mantenían en el mismo plano de excelencia sus relaciones con Roma, y no tardó en encomendársele una misión como legado en Inglaterra, para hacer el intento de reconciliar al rey Enrique II y a Santo Tomás Becket; pero las circunstancias le impidieron partir.

Todavía más notable fue la amistad y el favor de que le dio muestras su antiguo antagonista, el emperador. Pero ni los honores de los más altos dignatarios de la Iglesia y el Estado, ni tampoco los deberes pastorales, que cumplió con tanta prudencia y sabiduría, apartaron su corazón de su amada comunidad y nunca vivió de distinta manera que el más humilde de los monjes cartujos. El tiempo que le dejaban libre sus tareas, lo ocupaba en visitar la Gran Cartuja u otra de las casas de la orden. Tenía gran afecto por otras dos instituciones: una comunidad de solitarias mujeres en un lugar llamado Bons y una casa para leprosos, donde solía atender personalmente a los enfermos. El curso de los años no menguó su actividad; pero en cierta ocasión, cuando se ocupaba en distribuir víveres durante una época de hambre, fue súbitamente atacado por una fiebre que habría de resultarle fatal. Poco antes de entrar en agonía, tuvo la satisfacción de recibir la visita del conde Humberto, quien acudía a solicitar su perdón y a prometer enmienda. San Antelmo murió el 26 de junio de 1178,

a la edad de setenta y dos años. San Hugo de Lincoln, al regresar de su última visita a la Gran Cartuja, poco antes de morir, pasó por Belley y se detuvo a presentar el tributo de su veneración a los restos de su viejo amigo Antelmo, cuya fama de santidad se extendía rápidamente por los milagros que se obraban en su tumba.

En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII, los bolandistas imprimieron una vida de San Antelmo que, al parecer, fue escrita en su época y cuya copia se obtuvo en la Gran Cartuja. Las virtudes y trabajos del santo se discuten detalladamente en los *Annales Ordinis Cartuciensis*, recopilados por Dom Le Couteulx, vols. I y II; también en *Ephemecides Ordinis Cartuciensis*, vol. III, pp. 375-406, de Le Vasseur. Hay una buena biografía del santo, en francés: *Vie de St. Anthelme*, por el P. C. Marchal (1878). Véase el DHG, vol. III, cc. 523-525.

27: NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO.

LA DEVOCION a Nuestra Señora del Perpetuo Socorro se extendió mucho por el año de 1870, gracias al celo de la Congregación del Santísimo Redentor. En las iglesias y en los hogares cristianos se expuso a la veneración la imagen popular de la Virgen del Socorro, con su Hijo, como fruto de las misiones predicadas por los valientes padres redentoristas.

Los hijos de San Alfonso de Ligorio (1696-1787) formaron una congregación muy devota de la Santísima Virgen. Adoptaron como emblema de esta devoción, la imagen de Nuestra Señora del Buen consejo, a quien también tributaron especial honor los ermitaños de San Agustín. En 1866, la Virgen confió a los redentoristas el tesoro de una de sus imágenes milagrosas: Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

Era una pintura en madera, de estilo bizantino (siglo XIII o poco después), de cincuenta y dos centímetros de largo por cuarenta y uno de ancho. La Virgen lleva en su brazo izquierdo al Niño con expresión azorada porque el arcángel Gabriel le presenta cuatro clavos y una cruz. El tema tiene cierta analogía con el poema de Goethe, "El rey de los Aulnes", en el que un padre abraza a su hijo, asustado por una aparición misteriosa.

Esta pintura había sido llevada a Roma, hacia el fin del siglo XV, por un mercader de Creta y colocada en la iglesia de San Mateo in Merulana, en 1499. Allí fue honrada hasta 1812. En esa fecha fue demolido el viejo santuario, por lo que la imagen gloriosa permaneció en la penumbra y el secreto de un oratorio de padres agustinos. En 1866, bajo el generalato del reverendísimo padre Mauron, los redentoristas obtuvieron de Pío IX la imagen venerable que colocaron en su iglesia dedicada a San Alfonso, sobre el Esquilino, entre San Juan de Letrán y Santa María la Mayor. Innumerables han sido las gracias obtenidas por la mediación de esta santa imagen.

La figura de la Virgen tiene una expresión grave y melancólica. Parece decir a los que la contemplan: "Ved cómo mi Jesús tiene miedo: es por vosotros . . . y yo también tengo miedo por vosotros . . . ¿Por qué no me pedís con todo vuestro corazón que os socorra?"

¿No es ella el auxilio de los cristianos, el "socorro de los cristianos", como dicen las letanías marianas? Nuestra Madre del Cielo no demanda sino venir en nuestra ayuda, en todo tiempo, en todo lugar.

La congregación del santísimo Redentor, París, 1922, P. 122-123, Dunoyer, *Notre Dame du Perpétuel sécours*, un escrito sobre el patronato de las misiones y los retiros y, sobre los milagros atribuidos a la imagen, París 1897. N. Maurice-Denis y Robert Boulet, *Rommé ou le pelérin moderne a Rome*, París, Desclée de Brouwer, 1935, p. 385.

SANTOS ZOILO y Compañeros, Mártires (¿304? p.c.)

En este día, el Martirologio Romano conmemora a San Zoilo junto con otros diecinueve mártires de quienes se supone que compartieron su suerte. De acuerdo con las investigaciones, se cree que los veinte hombres perecieron en la ciudad de Córdoba, España, durante la persecución de Diocleciano. Sin embargo, sobre el resto de la historia no hay datos positivos. Se afirma que Zoilo era hijo de un patricio cordobés, cristiano, que bautizó al pequeño y le educó en su religión. Tiénese entendido que Zoilo sufrió el martirio cuando era un jovencito todavía. Durante el reinado de Recaredo, se descubrió un cadáver al que se identificó como el de Zoilo y se edificó una iglesia en su honor para sepultar sus restos. Por el año de 1083, las reliquias de San Zoilo y las de San Acisclo fueron trasladadas por órdenes de Fernando, conde de Carrión, a la abadía benedictina que Tarasia, la madre del conde, había fundado en Carrión. El poeta prudencio une a los dos santos, Zoilo y Acisclo, en una de sus odas. Hay un punto que no ha escapado a la atención de los investigadores: aparecen los nombres de siete compañeros de San Zoilo, colocados en el mismo orden, tanto en las propias actas del santo, como en las "actas" espurias de Santa Sinforosa, donde se afirma que aquellos siete fueron los hijos de la mártir de Tívoli, sacrificados junto con su madre.

En sus discusiones sobre esta conmemoración, los bolandistas, en *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII, no reproducen alguna *passio*, pero si hacen citas extraídas de himnos y trovas de la liturgia mozárabe. Sin embargo, hay dos textos de la *passio* que, si bien tienen poco valor histórico, fueron publicados por Florez en su *España Sagrada*, vol. X, pp. 502-520. Puede darse por cierto que Zoilo fue un auténtico mártir, por el hecho de que Prudencio, en el siglo quinto, ya le consideraba como una de las glorias de Córdoba, así como por haberse encontrado su nombre en el *Hieronymianum*. Véase el *Liber Ordinum*, pp. 468-469, de Dom Férotin y el *Liber Sacramentorum*, pp. 373-377 del mismo autor. Sobre el descubrimiento de las reliquias, ver la *Analecta Bollandiana*, vol. LVI (1938), pp. 361-369.

SAN SANSON DE CONSTANTINOPLA (Siglo V)

En alguna fecha del siglo quinto, probablemente hacia la mitad, un hombre muy rico y generoso, llamado Sansón, fundó por su cuenta y riesgo un gran hospital para los enfermos pobres de Constantinopla. Se dice que Sansón era médico y sacerdote y que se había consagrado a atender con inagotable solicitud, a los que sufrían en el cuerpo o en el alma. Durante su vida, se le honró con los títulos de "el hospitalario" y el "padre de los pobres" y, después de su muerte, se le veneró como a un santo. El hospital de Sansón quedó destruido hasta sus cimientos por un voraz incendio a principios del siglo sexto y, cincuenta años después de la conflagración, el emperador Justiniano emprendió su reconstrucción. En fechas posteriores, con increíble desprecio hacia las exigencias de la cronología, se hizo el intento de vincular a Sansón y a Justiniano como fundadores del hospital. Se trató de representar a San Sansón como un amigo del

emperador, a quien había curado milagrosamente de una grave enfermedad y al que el propio Sansón, cuando Justiniano se ocupaba de construir la iglesia de la Santa Sabiduría, convenció para que edificara al mismo tiempo, un hospital para los pobres. Se afirma que el emperador accedió inmediatamente, porque tenía una gran deuda de gratitud con Sansón y éste no aceptaba otro pago más que la construcción del hospital. Pero en realidad, Sansón murió antes del año 500 y Justiniano ascendió al trono en el 527.

El texto griego de una biografía atribuida al Metafrasto, con una cantidad suficiente de datos, se encontrará en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII. Véase también el *Sinaxario* de Constantinopla (edición de Delehaye), cc. 773-776. En esa obra se dice que Sansón fue un romano, emparentado con el emperador Constantino. Baronio agregó su nombre al Martirologio Romano.

SAN JUAN DE CHINON (Siglo VI)

CUANDO Clotario I era rey de Neustria, vivía en las proximidades de Chinon un santo ermitaño, llamado Juan. Era un extranjero, puesto que había nacido en Bretaña; y eso es todo lo que se sabe de sus antecedentes. Frente a su celda había un jardincillo en el que solía sentarse para leer o escribir, a la sombra de unos laureles que él mismo había plantado. No obstante que llevaba una vida de retiro, recibía a innumerables visitas y había adquirido una enorme reputación como curandero y vidente. Cierto día, llegó hasta su celda un mensajero de Santa Radegunda, con presentes, para preguntarle, de parte de la santa, sobre los rumores que corrían de que Juan hacía penitencias extraordinarias, usaba camisa de cerdas y se arrobaba en las oraciones. Santa Radegunda quería servirse de la santidad del ermitaño, porque en aquellos momentos vivía angustiada al pensar que el rey Clotario, su brutal marido, estaba a punto de arrastrarla fuera de su retiro. El solitario veló durante toda la noche, en busca de las palabras que era necesario decir a Santa Radegunda para consolarla y, a la mañana siguiente, pudo enviar un mensaje tranquilizador a la santa. En él decía que desterrara las angustias de su corazón y de su espíritu, puesto que no tenía nada que temer por parte de Clotario. El ermitaño Juan murió santamente y fue sepultado en su oratorio, cerca de la iglesia de San Máximo.

Este solitario, a quien se conoce también en Francia con los nombres de Saint Jean de Moustier (Monasterii) y San Juan de Tours, tiene fijada su conmemoración en este día, en el Martirologio Romano, donde le insertó Baronio. Sin embargo, los bolandistas, en *Acta Sanctorum*, sitúan su fiesta el 5 de mayo. Aparte de lo que dice Gregorio de Tours en *De Gloria Confessorum* cap. XXIII, nada más sabemos sobre este santo.

SAN JORGE MTASMINDELI, ABAD (1066 P.C.)

ESTE SANTO, cuyo apellido Mtasmindeli quiere decir "de los Montes Negros", fue un Doctor de la Iglesia georgiana(ibera). Nació en el año 1014 y, cuando joven, fue discípulo de un monje famoso por la santidad de su vida, llamado Hilarión Tvaleli; después, vivió como ermitaño en Siria. La fama de San Jorge radica en sus escritos y traducciones a la lengua ibera, sobre todo, sus tratados, "Los Meses" y "Los Ayunos" y sus revisiones a las traslaciones de la Biblia hechas por San Eutimio (13 de mayo). No obstante lo absorbente de su trabajo, llevó una existencia errante, visitó los Santos Lugares de Palestina, durante

algunos años fue abad en el monasterio de Iviron, en el Monte Athos, y pasó una larga temporada en los Montes Negros de Armenia.

Pocos días antes de su muerte, ocurrida el 27 de junio de 1066, respondió a una pregunta sobre el Pan Eucarístico, que le había dirigido el emperador Constantino X Ducas, a quien dijo que "los griegos usan pan sin levadura como un acto de humildad, puesto que muchas veces quedaron manchados por la herejía. Los latinos usan pan sin levadura, para seguir los ejemplos de Nuestro Señor y de San Pedro, como una señal de que han conservado pura su fe, tal como Jesucristo y sus Apóstoles la enseñaron". Cualesquiera que hayan sido las ideas de San Jorge al exponer sus puntos de vista en esta historia de los ácimos, su respuesta nos enseña lo que pensaba sobre los acontecimientos ocurridos en Constantinopla unos doce años antes, cuando la costumbre de la Iglesia romana de emplear el pan sin levadura en la misa (costumbre calificada como "horrible cáncer de la Iglesia"), fue uno de los pretextos para la rebelión del patriarca Cerulario.

No hay datos de los que se pueda echar mano sobre este santo. Las referencias sobre él pueden hallarse en *L'église géorgienne* (1919), de Tamanati; en *Annus Ecclesiasticus greco-slavicus*, de Martynov; en *Menologium* de Maltrev; y en *Bessarione*, vol. II pp. 133 y ss.

SAN LADISLAO DE HUNGRIA (1095 P.C.)

Si es verdad que Hungría debe a San Esteban el establecimiento de su monarquía y la organización de su Iglesia, no es menos cierto que tiene una deuda igual con otro santo rey de la misma casa real de Arpad. Porque Ladislao extendió las fronteras del reino, mantuvo a raya a sus enemigos y, desde el punto de vista político, lo convirtió en un gran Estado. Pero no se canoniza a los hombres por semejantes actividades (si es que alguna vez se canonizó formalmente a Ladislao, lo que parece dudoso), sino por su vida privada y su trabajo por la cristiandad, se rinde la debida veneración a su memoria.

Pasó la niñez y la juventud en un ambiente cargado de intrigas políticas y dinásticas y, sin modificaciones en el estado de cosas, Ladislao ocupó el trono de Hungría en el año 1077. Inmediatamente fueron negados sus derechos reales por su hermanastro Salomón, quien tomó las armas contra él; pero a fin de cuentas, el rey lo derrotó en el campo de batalla. Se afirma que el joven monarca era un dechado de gracias y que, desde temprana edad, dio muestras de poseer todas las virtudes que deben adornar a un hidalgo y noble caballero. A una estatura descomunal, que le permitía sacar la cabeza y hasta los hombros por encima de cualquier muchedumbre, unía la fuerza de un toro y el valor de un león, pero todos estos atributos estaban en él atenuados por una cortés afabilidad, y una gentileza que conquistaba a todos inmediatamente. Su piedad, tan fervorosa como bien equilibrada, se expresaba en su celo por la fe, en el escrupuloso cumplimiento de sus deberes religiosos, en su estricta moral y en la austeridad de su vida. Se había despojado de toda ambición personal y, sólo por su sentido de la obligación, aceptada la dignidad que le habían echado sobre las espaldas. En persecución de una política dictada por sus sentimientos religiosos y patrióticos, Ladislao se vinculó estrechamente al Papa Gregorio VII y a los otros oponentes del emperador Enrique IV de Alemania. Abrazó la causa del rival de Enrique, Ruperto de Suabia, y se casó con Adelaida, la hija del

duque Welfo de Baviera, el más poderoso de los aliados de Ruperto. Dentro del propio territorio de Hungría el rey tuvo que soportar numerosas invasiones por parte de los "kuman" y otras tribus, pero a todas las rechazó triunfalmente e hizo lo más que pudo para atraer a los bárbaros a la civilización y al cristianismo; al mismo tiempo, en su reino otorgó la libertad religiosa a los judíos y los ismaelitas (mahometanos). A solicitud suya, la Santa Sede reconoció como dignos de veneración al rey Esteban I, a su hijo Emeric, así como a Gerardo, el obispo mártir.

Ladislao gobernó con mano firme, tanto en los asuntos civiles como en los eclesiásticos; así se puso de manifiesto en el curso de la dieta de Szabolcs, y en el año 1091, cuando su hermana Elena, la reina de los croatas, le pidió ayuda en contra de los asesinos de su esposo. Ladislao en persona acudió a socorrerla, restableció el orden en Croacia y estableció la sede de Zagreb. Cuando Elena murió sin haber tenido hijos, Ladislao anexó a Croacia y Dalmacia a la República de Venecia y a la Santa Sede, respectivamente, no obstante las promesas y las amenazas del emperador de Constantinopla. Sin embargo, el Papa Urbano II recurrió al emperador en busca de apoyo para organizar la primera Cruzada y, los reyes de Francia, España e Inglaterra, eligieron a Ladislao como el comandante en jefe de la expedición. Pero no tuvo ocasión de partir con los cruzados, porque la muerte le sorprendió repentinamente en la ciudad de Nitra, en Bohemia, a principios del año 1095. Sólo tenía cincuenta y cinco años de edad.

El cuerpo de San Ladislao se llevó a Nagy Varad (Oradea Mare, en Transilvania) para sepultarlo en la ciudad que había fundado y en la catedral que construyó. Desde el momento de su muerte, se le honró como a un santo y a un héroe nacional. Sus proezas dieron el tema para innumerables baladas, trovas y leyendas populares entre los magiares. Sus reliquias fueron solemnemente guardadas en un santuario, en el año 1192.

En el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII, los bolandistas imprimieron una serie de leyendas litúrgicas, acompañadas de las acostumbradas disertaciones históricas. Probablemente sea una fuente de información más digna de confianza, la biografía editada por S. L. Edlicher, de su *Rerum Hungaricarum Monumenta Aspadiana* (1849), pp. 235-244 y 324-338. Véase el *Archiv f. öster. Geschichte* (1902), pp. 46-53 y un artículo, titulado *Saint Laszlo*, en el *Ungarische Revue* de 1885. Hay varias biografías publicadas en magiar, entre las cuales parece ser la mejor la de J. Karacsonyi (1926). Ver *Revue Archéologique*, 1925, pp. 315-327 y C. A. Macartney, *The Medieval Hungarian Historians* (1953).

BEATO BIENVENIDO DE GUBBIO (1232 P.C.)

BIENVENIDO, natural de Gubbio, en Umbría, era soldado de profesión y, como la mayoría de sus congéneres, un iletrado. Pero él tenía un alma buena y, en cuanto quedó bajo la influencia de los franciscanos, se dejó llevar por la paz y el bien y, en 1222, tomó el hábito de los frailes menores. Desde el momento en que entró a la orden, modeló su vida enteramente sobre la de San Francisco. Voluntariamente y por cuenta propia, se hizo cargo de los leprosos y los cuidó con una abnegación sin límites e incluso los lavaba de la cabeza a los pies. Más méritos tenía su entrega total, porque sus cuidados estaban inspirados en un afecto sincero por los que sufrían: los trataba con una delicadeza exquisita aun ante los casos más repugnantes y además, porque él mismo padecía diversas

enfermedades que soportaba sin quejarse jamás. Pasaba gran parte de la noche en oración y a menudo, durante la misa, se le presentaba la visión de un Niño muy hermoso; en esas ocasiones, los frailes veían a Bienvenido que extendía los brazos como si quisiese alcanzar la aparición. Su comportamiento era tan ejemplar, que nadie le hizo jamás un reproche o una reconvención. Sin embargo, en la reclusión de la vida religiosa hubiese pasado inadvertida o ignorada por el mundo su santidad, de no ser porque el cielo le había dotado con gracias sobrenaturales rarísimas que extendieron su fama hasta muy lejos. Bienvenido murió en la localidad de Corneto, en la Apulia, en 1232. Cuatro años después su muerte, los obispos de Venecia y de Amalfi solicitaron a la Santa Sede que sancionase su culto y, para apoyar su propuesta, presentaron una lista de milagros. El Papa Gregorio IX aprobó ese culto en las dos diócesis.

No hay o no se conoce alguna biografía particular del beato; véase el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII; Wadding, *Annales, O.M.*; y Léon, *Auréole Séraphique*, vol. II, pp. 427-429.

BEATAS MAGDALENA FONTAINE Y SUS COMPAÑERAS, VÍRGENES Y MÁRTIRES (1794 P.C.)

ESTAS CUATRO mártires eran Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, en el convento de Arras. Fueron la madre superiora, BEATA MAGDALENA FONTAINE, de 71 años; la BEATA FRANCISCA LANEL, 42 años; la BEATA TERESA FANTOU, una bretona de 47; y la BEATA JUANA GERARD, de 42 años. En plena Revolución Francesa, las cuatro hermanas, de acuerdo con el criterio de su regla, se negaron a prestar el juramento de fidelidad que exigía la Convención a clérigos y religiosas y, por lo tanto, se las apuntó en la lista de sospechosos. Pocos meses más tarde, el 14 de febrero de 1794, fueron detenidas por infidelidad. Con base en cierto documento que había sido introducido clandestinamente en el convento por alguno de sus enemigos, fueron interrogadas sobre "sus actividades contrarevolucionarias". El tristemente célebre sacerdote renegado Joseph Lebon, solicitó a la Convención el envío de las cuatro hermanas a la ciudad de Cambrai, para ser juzgadas por él. Las prisioneras llegaron a Cambrai el 26 de junio y, el mismo día, comparecieron ante el tribunal donde se acusó a la superiora Magdalena de ser "una piadosa contra-revolucionaria" y a las otras tres como sus cómplices, por lo que fueron condenadas a muerte, sin apelación.

Sin tardanza, las cuatro hermanas de la caridad fueron conducidas al cadalso y las gentes se detenían a mirarlas, conmovidas, porque todas ellas iban cantando a voz en cuello el Ave María. Sobre la plataforma de la guillotina se produjo un suceso notable: la madre Magdalena que fue la última en subir, luego de haber visto rodar las cabezas de sus tres hijas, se volvió hacia la multitud y gritó: "¡Oíd, cristianos! Nosotras hemos sido las últimas víctimas. La persecución se detendrá; las guillotinas serán destruidas y los altares de Jesucristo se levantarán de nuevo, llenos de gloria". La profecía se realizó al pie de la letra. Tras la ejecución de las cuatro religiosas y ante críticas tan violentas que amenazaban con transformarse en ataques armados, Lebon se vio obligado a detener la matanza y, menos de seis semanas después, su propia cabeza cayó en el cesto.

Las cuatro hermanas de la caridad fueron beatificadas en 1920 y su fiesta se celebra el 27 de junio.

Ver a L. Misermont, en *Les Bienhereuses Filles de la Charité d'Arras* (1920), en la serie *Les Saints*; y a Baudot, en *Vies des Saints*..., vol. VI (1948), pp. 448-455.

28: SANTOS PLUTARCO, POTAMIAENA Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES (*c.* 202 P.C.)

LA ESCUELA de catequética de Orígenes, en Alejandría, fue un campo de entrenamiento para la virtud, porque el maestro, no contento con enseñar las ciencias, puso gran empeño en inculcar a sus alumnos los principios esenciales de la perfección cristiana. De aquella escuela surgieron varios mártires ilustres de la persecución de Severo, que se desplegó con todo su furor, desde el 202 (el año anterior, Orígenes había sido nombrado catequista) hasta el 211, fecha en que murió el emperador.

Uno de los primeros entre los que perecieron, fue San Plutarco, hermano de San Heraclio, futuro obispo de Alejandría. Aquellos dos hermanos habían sido convertidos a la fe al mismo tiempo, por escuchar las enseñanzas de Orígenes. Como Plutarco era un personaje prominente, se le detuvo casi al iniciarse la persecución. El propio Orígenes lo visitó en la prisión para alentarle, le acompañó hasta el lugar de la ejecución y estuvo a punto de morir en un linchamiento que intentó contra él la muchedumbre, al señalarle como responsable por la muerte de Plutarco. Sereno, otro de los discípulos del maestro, fue quemado en vida; Heraclides, un catecúmeno, y Herón, un neófito, fueron decapitados. Otro confesor llamado también Sereno, murió decapitado después de haber sido sometido a crueles torturas. Las mujeres, lo mismo que los hombres, asistían a la escuela de catequesis y tres de ellas sufrieron el martirio. Herais, una doncella que aún no pasaba de su etapa de catecúmena, "fue bautizada por el fuego", para citar la propia expresión de Orígenes. Las otras dos mujeres, Marcella y Potamiaena, eran madre e hija.

Se hicieron reiterados intentos para inducir a Potamiaena, que era joven, de buen porte y muy hermosa, para que comprase su libertad, al precio de su castidad; pero la doncella rechazó todas las proposiciones con absoluto desprecio. El juez la condenó a ser despojada de sus ropas, exhibida en completa desnudez y arrojada a un caldero de pez hirviendo. Cuando la muchacha comprendió que iban a despojarla de sus vestiduras, apeló al juez con estas palabras: "¡Por la vida del emperador a quien tú sirves, te suplico que no me obligues a aparecer desnuda! Manda más bien que, vestida como estoy, sea metida lentamente en el caldero, a fin de que tú mismo veas la paciencia con que Jesucristo, al que no conoces, reviste a los que confían en Él". El magistrado le otorgó la gracia que pedía y encargó a uno de los guardias, llamado Basilides, que procediese a la ejecución. Aquel guardia trató a la doncella con mucho respeto y la protegió de los insultos, los golpes y empellones de la muchedumbre. Potamiaena le dio las gracias por su gentileza y le prometió que, después de su muerte, le rogaría a Dios por su salvación. Entonces se ejecutó la cruel sentencia. Marcella, la madre de Potamiaena, fue ejecutada al mismo tiempo.

No pasaron muchos días sin que Basilides dejase boquiabiertos de asombro a sus compañeros de la guardia, al negarse a hacer un juramento, como habían ordenado sus superiores: dijo que era cristiano y no podía jurar por los falsos

dioses. Al principio, los guardias creyeron que estaba de broma, pero como insistiese en su negativa, sus mismos compañeros lo arrastraron hacia el prefecto quien mandó que le encerrasen en la prisión. A los otros cristianos que acudieron a visitarle en su celda, les contó que la doncella Potamiaena se le había aparecido en sueños para colocarle sobre la frente una corona que ella había conquistado para él con sus plegarias. Basilides fue bautizado en al prisión y, tras de hacer una patética confesión de fe ante el magistrado, le cortaron la cabeza. Se afirma que numerosas personas de Alejandría se convirtieron al cristianismo en razón de que Santa Potamiaena las visitaba en sus sueños.

La fuente de información más autorizada para esta narración es la *Historia Eclesiástica* de Eusebio, lib. IV, cap. 5. Ver Delehaye en *Analecta Bollandiana*, vol. XL (1922), pp. 9, 23 y 89; y a Augar, en *Texte und Untersuchungen*, N.F., vol. XIII, parte 4 (1905), pp. 17 y ss.

SAN PABLO I, PAPA (767 P.C.)

EL SUCESOR del Papa Esteban III en el trono de San Pedro, fue Pablo, su hermano menor. Los dos habían recibido al mismo tiempo su educación en la escuela de Letrán, juntos fueron elevados a la dignidad de diáconos por el Papa San Zacarías, y Pablo siempre estuvo estrechamente unido a Esteban, a quien cuidó con ternura en su última enfermedad. No es de extrañar que, al ascender al papado, conservase estrictamente la política de su hermano. Un contemporáneo, cuyos escritos figuran en el *Liber Pontificalis*, rinde elocuentes tributos al carácter personal del Papa Pablo y hace resaltar su bondad, su clemencia y su magnanimidad. Siempre estaba dispuesto a ayudar a los necesitados y jamás devolvió mal por mal. A menudo, aprovechaba las sombras de la noche para escurrirse en las prisiones a redimir a los deudores pobres encarcelados; en ocasiones, consiguió devolver la libertad a reos condenados a muerte. Si acaso llegaba a fallar en la justicia, era por exceso de misericordia.

El pontificado de Pablo, que tuvo diez años de duración, gozó de una paz relativa en el extranjero, debido a sus buenas relaciones con el rey Pepino, y una completa tranquilidad en su propia sede, debido a su firme gobierno —no deberíamos decir "firme", porque es una palabra que sugiere la dureza—; pero así fue; la firmeza de la administración de Pablo I ofrece un marcado contraste con la bondad y dulzura de carácter que le atribuye el *Liber Pontificalis*. Al mismo tiempo, los registros de su pontificado, constituyen un largo relato de diplomacia política; en las palabras de Mons. Mann: "Por medio de un incesante esfuerzo de diplomacia, Pablo I evitó que los lombardos por una parte y los griegos por la otra, hiciesen o intentasen hacer algo en contra de los recién adquiridos poderes temporales del Supremo Pontífice; con brillante destreza, consiguió que los grandes y graves acontecimientos quedasen a punto de suceder". Se mantuvo siempre en los mejores términos con el rey Pepino, a quien enviaba cartas extremadamente corteses, regalos (incluso un órgano) y reliquias de los mártires.

En Roma propiamente dicha, las actividades del Papa tomaron una forma más concreta todavía. Como las catacumbas habían quedado reducidas a escombros por la carcoma del tiempo y el paso de los bárbaros, el Papa se dedicó a trasladar las reliquias de muchos santos y mártires a las iglesias de la ciudad. Entre los restos que recuperó, figuraban los de Santa Petronila, la supuesta hija

de San Pedro, que fueron sepultados en un mausoleo recién restaurado que, con el tiempo, llegó a conocerse como Capilla de los Reyes de Francia. El santo Pontífice construyó o reconstruyó una iglesia de San Pedro y San Pablo y también erigió un oratorio en honor de Nuestra Señora dentro de su propia iglesia de San Pedro. En la mansión familiar, que convirtió en monasterio dedicado a los Papas San Esteban I y San Silvestre, instaló a los monjes griegos que habían escapado de la persecución iconoclasta. La iglesia adjunta, reconstruida por el Papa y puesta al servicio de los religiosos refugiados, tomó el nombre de San Silvestre in Capite, porque ahí se guardó una cabeza que los griegos trajeron del oriente y que era, según se afirmaba, la de San Juan Bautista. Once siglos más tarde, la misma iglesia, nuevamente reconstruida, fue entregada para el culto de los católicos ingleses, por el Papa León XIII.

El Papa Pablo I se hallaba en San Pablo Extramuros, a donde había ido para escapar al agobiante verano de Roma, cuando fue atacado por una fiebre que resultó fatal. Murió el 28 de junio de 767.

El *Liber Pontificalis* en la edición de Duchesne (vol. I, pp. 463-467), es la fuente más digna de confianza para una estimación del carácter personal del Papa. Las cartas de Pablo I, se encuentran en MGH., *Epistolae,* vol. III, edición de Gundlach. En inglés, está la obra de Mons. Mann, *Lives of the Popes* (vol. I, parte II, pp. 331-360). Véase el *Acta Sanctorum,* junio, vol. VII; a Duchesne, en *Les Prèmiers Temps de l'Etat Pontifical* (1904), pp. 79-94; a M. Beaumont en *Mélanges d'archéologie et d'histoire* 1930, pp. 7-24; F. H. Seppelt, en *Das Papsttum im Früh-mittelalter* 1934, pp. 137-146; Fliche y Martin, *Histoire de l'Eglise,* vol. VI (1937), pp. 17-31.

SANTOS SERGIO Y GERMANO DE VALAAM, ABADES
(Fecha desconocida)

SANTOS Sergio y Germano son venerados como los monjes griegos que fundaron el gran monasterio ruso de Valaam (o Válamo), en la isla del mismo nombre del lago Ladoga en el extremo sudeste de Finlandia. Desde aquel rincón, los dos monjes evangelizaron a los herejes carelios que ocupaban los territorios en torno al lago. Los historiadores colocan este acontecimiento entre los años de 973 y 992, cuando empezaba la evangelización de los rusos, en Kiev y sus alrededores, pero no hay un fundamento firme para aceptar esa fecha tan antigua. Ciertamente que el monasterio fue fundado antes del siglo quince y que fue reestablecido por el zar Pedro el Grande, en 1718, pero antes de aquella época y durante un siglo, no fue más que un montón de ruinas donde no vivía nadie, a causa de las prolongadas guerras entre suecos y rusos. También las tradiciones escritas y orales se cortan en esa época, sin dejar más que suposiciones evidentemente fantásticas sobre la fundación del monasterio.

Una fecha más probable que la de 992, es la de 1329, cuando los monasterios rusos surgían en la región de Ladoga, como parte de una consolidación política contra los suecos del occidente de Karelia. Uno de los relatos dice que, por entonces, San Sergio estableció su abadía en la caverna de Vaaga, un lugar donde se había practicado el culto pagano; Sergio era un extranjero, procedente de Novgorod o de Bizancio y, según esa versión, había sido el jefe máximo de un poderoso grupo de traficantes y mercaderes en Novgorod. En la caverna atendía solícitamente las almas y los cuerpos de las gentes y, para ganarse la vida y entretenerse, se entregaba a su afición de tallar esculturas en la piedra. Además

de haber llegado a ser el superior de una comunidad monástica, era considerado como la mayor autoridad en cuestiones civiles por las gentes del lugar.

Otra leyenda dice que San Sergio bautizó a un carelio llamado Munga, quien llegó a ser su sucesor en la abadía con el nombre de Germano. Pero, al parecer, esa leyenda surgió de una confusión con un tal Hans Munck, que vivió en el siglo diecisiete y que era un sueco, gobernador de la región y luterano, quien ciertamente no terminó sus días en un monasterio. Todo lo que se sabe acerca de Germano es que fue un contemporáneo de San Sergio y su colaborador. De todas maneras, hasta que estalló la Guerra Mundial en 1939, los santuarios de los dos santos eran muy venerados en el "katholicon" del monasterio de Valaam.

Sergio y Germano figuran entre los santos rusos mencionados en el artículo dedicado a San Sergio de Radonezh, el 25 de septiembre. Su historia es muy vaga; las informaciones que permitieron redactar la narración que figura arriba, fueron proporcionadas por Ragnar Rosén, ex director de los archivos del estado finlandés en Viborg y director de los archivos municipales de Helsinki. El monasterio de Valaam, perteneciente a la Iglesia ortodoxa rusa, es uno de los pocos que reconocieron las autoridades soviéticas desde 1943. Para el relato de su historia, anterior a la Segunda Guerra Mundial, véase un artículo del P.S.M. Quandalle, en *Russie et Chrétienté* No. I (1938); ver a C.F.L. Saint George, en *Eastern Churches Quarterly*, vol. III, No. 3 (1938).

SAN ARGIMIRO, MÁRTIR (856 P.C.)

ARGIMIRO nació de padres cristianos, en Cabra, antiguamente Egabro, en la provincia de Córdoba, Andalucía, en el sur de España, cuando el país estaba bajo la dominación de los moros musulmanes. El rey infiel llamó a Argimiro para que desempeñase la función de censor en Córdoba: era un puesto importante. Después de muchos años de servicio, presentó su dimisión por escrito, en hermoso estilo, y se retiró a un convento de la misma Córdoba para servir a Dios y ganar su salvación eterna, en el reposo de la oración y la contemplación. En la ciudad se desató la persecución contra los cristianos. No tardó Argimiro en ser denunciado y llevado ante el juez, quien le pidió que abjurase de su religión, a lo que se rehusó. Al valiente confesor, que ya estaba entrado en años, se le torturó sobre el potro y ahí mismo se le atravesó con la espada, el 28 de junio del 856, bajo el reinado de Mahoma II (852-886). El cuerpo del santo estuvo varios días expuesto en el patíbulo. Finalmente, fue recogido y sepultado en la iglesia de San Acisclo, cerca del mártir Perfecto.

Noticia de San Eulogio de Córdoba, Memorial de los Santos, vol. III, c. XVI, en L.P., vol. CXV; en su defecto, en Marguerin de la Bigne, *Biblioth, Patrum*, París, 1610, vol. VIII, p. 240, o ed. 1624, vol. IX, p. 284-285. Esto fue lo que se reprodujo, con un breve comentario, en *Acta Sanctorum*, junio, vol. V, 1709, p. 384. *Dictionaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.*, vol. IV, 1930, col. 77. U. Chevalier, *Repertoire..., Bio-bibliographique*, vol. I, col. 309. *España Sagrada*, vol. XII, p. 33-36, de Florez.

BEATO JUAN SOUTHWORTH, MÁRTIR (1654 P.C.)

EL INTERÉS general sobre el Beato Juan Southworth se intensificó notablemente a raíz del descubrimiento de sus restos en Douai, en 1927, y porque fueron sepultados en la capilla de San Jorge y los Mártires Ingleses, de la catedral de Westminster. Los Southworth pertenecían a una familia del Lan-

cashire que permaneció leal a la fe católica durante todo el período en que esa religión estaba prohibida y penada por la ley, a pesar de que muchos de sus miembros sufrieron persecuciones y quedaron en la pobreza por haber tenido que pagar enormes multas. Juan, uno de los miembros más jóvenes de los Southworth, fue enviado al Colegio de Douai, en 1613, a la edad de veintiún años, para llegar al sacerdocio. Cinco años más tarde recibió las órdenes y puso a prueba su vocación durante un corto período entre los benedictinos, pero advirtió que no había sido llamado a la vida monástica y optó por ser solamente un sacerdote secular. El 13 de diciembre de 1619, fue enviado a la misión de Inglaterra. Todo lo que se sabe sobre sus andanzas y actividades en los años siguientes, es que vivía en Londres o sus alrededores, por el año 1623. Al año siguiente, le encontramos de nueva cuenta en Bélgica, primero en Douai y luego en Bruselas, donde fue confesor de las monjas benedictinas. Poco después, sin embargo, estaba de vuelta en Inglaterra, en su Lancashire natal, donde trabajó en su ministerio hasta 1627, cuando fue detenido y procesado bajo los cargos de ser un sacerdote y de haber ejercido sus funciones en territorio inglés. Fue condenado a muerte, pero se suspendió temporalmente la ejecución de la sentencia y, gracias a aquella dilación, tuvo oportunidad de dar la absolución, desde la ventana enrejada de su celda en el castillo de Lancaster, al Beato Edmund Arrowsmith, cuando el mártir era conducido al lugar de su ejecución.

Al cabo de tres años de prisión, el P. Southworth fue transferido a Londres y ahí se le devolvió su libertad, junto con otros quince sacerdotes, a instancias de la reina Enriqueta María. A todos los liberados se les ordenó abandonar el país. Es muy probable que Juan desoyese el mandato, puesto que, con seguridad, estaba en Inglaterra poco tiempo después y, en 1632, se hallaba encarcelado de nuevo, en la prisión de Clink. Sabemos, por las quejas presentadas por un puritano llamado Prynne, que "el prisionero goza de excesiva libertad, hasta el extremo de que, en el momento en que lo desee puede huír al extranjero, como lo han hecho tantos sacerdotes encarcelados". Es cierto que Juan gozaba de una libertad vigilada y que supo utilizarla bien, sobre todo en ocasión de la epidemia de viruela de 1636, cuando andaba por todas partes para asistir a los enfermos. La ayuda que se suministraba a los enfermos más pobres, por intermedio de los funcionarios del distrito, procedía de diversas casas en las que, era bien sabido, vivían familias católicas. El destino de esas familias habría sido trágico, de no ser por la devoción del Beato Juan y de su compañero de martirio, el Beato Enrique Morse, para socorrer a los que sufrían. Diariamente visitaban los dos sacerdotes las casas donde había enfermos en el distrito de Westminster, para distribuir las limosnas y los víveres proporcionados por la reina y otras personas caritativas, además de administrar los consuelos de la religión a los moribundos. De esta manera, recibieron socorros unas cuatrocientas familias. Cuando Morse cayó víctima de la epidemia, Southworth continuó solo con el trabajo, pero no fue por mucho tiempo. El pastor del curato de Santa Margarita, que le había visto salir de la casa de unos enfermos, averiguó que en ese domicilio, el P. Juan había reconciliado con la fe católica a dos hombres moribundos y, en seguida, denunció al sacerdote y le acusó de seducir y de sobornar a las gentes para entregarlas al catolicismo. A raíz de aquella acusación, los movimientos del sacerdote quedaron confinados a los muros de la prisión. Sin embargo, una apelación dirigida a la reina le devolvió sus antiguos privilegios y, poco tiempo después, por influencias de la reina y del secretario de estado, Windebank,

se le otorgó la libertad completa.

"No he podido encontrar ningunos otros datos sobre las labores de misionero del P. Southworth", escribe el obispo Challoner, "por carencia de memorias o cualquier otro registro respecto a él, hasta el año de 1654, cuando, a causa de la denuncia de un tal Jefferies . . . fue bruscamente alzado de su cama, en la noche, por el coronel Worsely y, al confesar que había ejercido su ministerio sacerdotal, desde el momento en que fue puesto en libertad, fue condenado y arrastrado a Tyburn sobre un carro, entre los criminales, acusados de haber acuñado moneda falsa". Tanto los embajadores extranjeros como los propios jueces se esforzaron por salvarle y le instaron a que se declarara inocente; pero el P. Juan no quiso renegar de su sacerdocio y no hubo otra alternativa que la de pronunciar la sentencia de muerte. El martirio de Juan Southworth tuvo lugar en la víspera de la fiesta de San Pedro y San Pablo del año 1654, cuando él tenía la edad de sesenta y dos años. Sus restos mortales fueron comprados por el embajador de España, quien los llevó a sepultar en la capilla del Colegio Inglés de Douai, donde permanecieron hasta 1793, cuando las autoridades revolucionarias confiscaron el establecimiento. Con el objeto de evitar profanaciones a las reliquias del mártir, cuatro estudiantes de Douai sacaron secretamente el ataúd y lo enterraron dentro del edificio. En 1927, un trabajador que hacía excavaciones en los cimientos de lo que había sido el colegio, descubrió el féretro. El cadáver que contenía fue identificado con el del Beato Juan Southworth; se le trasladó a Inglaterra, donde fue provisionalmente sepultado en el St. Edmund's College, cerca de Ware, donde se continúa con la obra del antiguo seminario de Douai. En 1929, fueron beatificados los mártires de Inglaterra y, cuatro meses después del acontecimiento, el ataúd del padre Juan se trasladó a Westminster y, el 1o. de mayo de 1930, fue solemnemente sepultado en el santuario de la catedral donde aún se encuentra.

Todo lo que sabemos sobre el Beato Juan, fue recogido en el volumen publicado en 1930, por Fr. A. B. Purdie, *The Life of Bd. John Southworth.* Ver también a Challoner, en MMP., pp. 504-510.

29: SAN PEDRO, Príncipe de los Apóstoles * (¿64? p.c.)

LA HISTORIA de San Pedro, tal como la cuentan los Evangelios, es muy conocida y no hay necesidad de relatarla aquí en detalle. Sabemos que era Galileo, que tenía su casa en Betsaida, que estaba casado, que era pescador y que era hermano del Apóstol San Andrés. Portaba el nombre de Simón, pero el Señor, en el primer encuentro que tuvo con él, le dijo que se llamaría Cefas, el equivalente, en arameo, de la palabra griega que significa "piedra" y que, en su forma española, derivó hasta convertirse en el apelativo Pedro. Nadie que haya leído, aunque sea superficialmente, el Nuevo Testamento, habrá dejado de advertir el sitio predominante que se le otorga siempre entre los primeros seguidores de Jesús. Fue él quien actuó como portavoz de los

* "Príncipe", del latín *princeps*, significa sencillamente, cabeza principal o jefe supremo. El equivalente griego es χορυφαῖος que en el uso de Bizancio se aplica tanto a San Pedro como a San Pablo; el término se aplicaba al director del coro en los dramas del Atica y, por lo tanto, era a veces el *corifeo*, cabeza de danzarines.

demás, al proclamar una sublime profesión de fe: "¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!" A él personalmente le dirigió el Salvador estas palabras, con una solemnidad que no tiene paralelo en los Evangelios: "¡Bendito seas, Simón, hijo de Jonás, porque no han sido la carne ni la sangre las que te revelaron estas cosas, sino mi Padre que está en los Cielos! Y Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; a ti te daré las llaves del Reino de los Cielos: y todo lo que tú atares en la tierra, atado quedará en el cielo; y lo que desatares en la tierra, quedará desatado en el cielo".

No menos familiar es la historia de la triple negativa de Pedro hacia su Maestro, no obstante la advertencia que El mismo le había hecho sobre el particular. El caso fue relatado por los cuatro evangelistas con una abundancia de detalles que parece exagerada ante la pequeñez del suceso, si se le compara con los otros incidentes en la Pasión de Nuestro Señor y, esta misma singularización aparece como un tributo a la elevada posición que San Pedro ocupaba entre sus compañeros. Por otra parte, si bien las advertencias de Jesús no fueron tomadas en cuenta por el Apóstol, tengamos presente que estuvieron precedidas por otras palabras, asombrosas y desconcertantes por su extraño cambio del plural al singular en la misma frase: "Simón, Simón, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo en la criba; mas yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no parezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos". Igualmente impresionante es la triple reparación que el Señor, con acentos de ternura, pero con una insistencia rayana en la crueldad, le pidió a su avergonzado discípulo junto al Lago de Galilea: "Cuando hubieron comido, Jesús le dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos? El respondió: Sí, Señor, Tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas. Después volvió a decir: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Simón le respondió: ¡Sí, Señor; Tú sabes que te amo! Y El le dijo: Apacienta mis ovejas. Y por tercera vez le repitió: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Y él repuso: ¡Señor! ¡Tú, que sabes todas las cosas, bien sabes que te amo! Jesús volvió a decir: Apacienta mis ovejas". Todavía más maravillosa es la profecía que Jesús hizo a continuación: "En verdad, en verdad, yo te digo: cuando tú eras joven te ceñías a ti mismo e ibas donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás las manos para que otro te ciña y te conduzca a donde tú no quieras". "Y esto", agrega el evangelista, "lo dijo para significar por cuál muerte habría de glorificar a Dios".

Después de la Ascensión, nos encontramos con que San Pedro se halla aún en primer plano. A él se le nombra primero en el grupo de los Apóstoles y se indica que moraba con los demás en "una habitación alta", donde "todos, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración con las mujeres y con María, la Madre de Jesús y, sus parientes", hasta la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés. También fue Pedro quien tomó la iniciativa al elegir un nuevo Apóstol en el lugar de Judas y el que primero habló a la muchedumbre para darle testimonio de "Jesús" de Nazaret, un hombre autorizado por Dios a vuestros ojos, con los milagros, maravillas y prodigios que, por medio de El, ha hecho entre vosotros, a quien Dios ha resucitado, de los que todos nosotros somos testigos". Y se agrega más adelante: "Oído este discurso, se compungieron sus corazones y dijeron a Pedro y los demás: Hermanos, ¿qué es lo que debemos hacer? A lo que Pedro respondió: Haced penitencia y sea

bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo". Entonces, "los que habían recibido su palabra, fueron bautizados" y se agrega que aquel día se añadieron a la Iglesia, "cerca de tres mil personas". También se ha registrado a Pedro como al primero que realizó un milagro de curación en la Iglesia cristiana. Un hombre cojo de nacimiento, se hallaba al borde del camino por donde Pedro y Juan subían hacia el Templo a orar y les rogó que le diesen limosna. "Pedro entonces, fijando con Juan la vista en aquel pobre, le dijo: Mira hacia nosotros. El los miraba de hito en hito, en espera de que le diesen algo. Mas Pedro le dijo: Plata y oro yo no tengo, pero te doy lo que tengo. En el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y camina. Y tomándole de la mano derecha lo levantó, y al instante se le consolidaron las piernas y los pies. Y dando un salto, se puso en pie y echó a andar, y entró con ellos en el templo por sus propios pies, saltando y loando a Dios".

Al iniciarse la persecución que culminó con el martirio de San Esteban en presencia de Saulo, el futuro Apóstol de los Gentiles, la mayoría de los nuevos convertidos a las enseñanzas de Cristo, se dispersaron, pero los Apóstoles permanecieron agrupados en Jerusalén, hasta que llegaron noticias sobre la acogida favorable que habían recibido en Samaria las predicaciones de San Felipe el Diácono. Entonces, San Pedro y San Juan se trasladaron a aquellas comarcas e impusieron las manos (¿confirmaron?) sobre los que San Felipe había bautizado. Entre éstos se hallaba un hombre al que conocemos con el nombre de Simón el Mago, quien presumía de poseer ocultos poderes y había adquirido mucha fama por sus hechicerías. Al ver el Mago lo que sucedía con los recién confirmados, se acercó a los Apóstoles para decirles: "Dadme a mí también esa potestad, para que cualquiera a quien imponga yo las manos, reciba el Espíritu Santo". Pero, aun cuando ofreció dinero, no obtuvo más que una rotunda negativa. Pedro le dijo: "Perezca tu dinero contigo; pues has juzgado que se alcanzaba por dinero el don de Dios."

En la literatura apócrifa conocida como las "Clementinas", se representa a Simón el Mago, en una época posterior, al encontrarse con San Pedro y entablar una larga discusión con él y con San Clemente, mientras viajan de una a otra de las ciudades marítimas de Siria, en su travesía a Roma. Todavía antes que las Clementinas, San Justino Mártir (que escribió por el año de 152), declara que Simón el Mago fue a Roma, donde se le honró como a una deidad; pero debe admitirse que las evidencias citadas por Justino sobre este particular, son muy poco satisfactorias. También en las apócrifas "Actas de San Pedro" hay una dramática historia sobre los intentos del Mago para ganarse la voluntad de Nerón por medio de demostraciones de sus poderes ocultos, de los que pensaba valerse para volar por los aires. De acuerdo con aquella leyenda, San Pedro y San Pablo estaban presentes y, por medio de sus oraciones, anularon los poderes mágicos de Simón que, al emprender el vuelo, cayó a tierra y, poco después, murió a consecuencia de las heridas. Muchos otros relatos contradictorios son relatados por Hipólito (en su *Philosophumena*) y varios escritores antiguos, siempre en torno a una discusión, a un conflicto entre Simón el Mago y los dos grandes Apóstoles, con Roma por escenario. A pesar de la debilidad de las evidencias, hubo una inclinación general entre los escritores cristianos primitivos, como por ejemplo San Ireneo, para considerar a Simón el Mago como "padre de los herejes" y, en eso debe haber algo de simbólico, porque los antagonistas del Mago eran siempre San Pedro y San Pablo, los represen-

tantes de la verdad cristiana en la capital del mundo de entonces.

Casi todo lo que sabemos de cierto sobre la existencia posterior de San Pedro, procede de los Hechos de los Apóstoles y de algunas alusiones en sus propias Epístolas y en las de San Pablo. Tiene particular importancia el relato sobre la conversión del centurión Cornelio, puesto que, a raíz de aquel acontecimiento, surgió el debate sobre la continuación de la práctica del rito de la circuncisión y el mantenimiento de la prescripción de la ley judía para no mezclarse con los gentiles ni comer algunos de sus alimentos. Con las instrucciones que recibió en el curso de una visión, San Pedro, tras algunos titubeos, llegó a admitir que la antigua costumbre había terminado y que la Iglesia fundada por Cristo, iba a ser para los gentiles lo mismo que para los judíos. San Pablo le dirigió algunos reproches, como sabemos por la Epístola a los Gálatas (cap. II), al calificarle de oportunista y falto de corazón por aceptar estrictamente aquellos principios. El incidente parece haber estado en relación con el congreso de algunos Apóstoles y ancianos en el Concilio de Jerusalén, pero no se sabe a ciencia cierta si esta reunión fue anterior o posterior a las réplicas que San Pablo dirigió a San Pedro en Antioquía. De todas maneras, fue la palabra de Pedro la que inspiró las conclusiones que adoptó la asamblea de Jerusalén. Aquella resolución decía que los gentiles convertidos al cristianismo, no necesitaban ser circuncidados ni observar la ley de Moisés. Por otra parte, a fin de no herir la susceptibilidad de los judíos, estos podrían abstenerse de la sangre y de comer carne de seres estrangulados, así como se abstenían de la fornicación y de los sacrificios a los ídolos. Estas decisiones fueron comunicadas a los cristianos de Antioquía y sirvieron para calmar las inquietudes de los numerosos fieles en la gran ciudad.

Es posible, aunque no contemos con datos concretos, que antes del Concilio de Jerusalén (¿49? P.C.), San Pedro hubiese sido, durante dos años o más, el obispo de Antioquía y que también había ido hasta Roma y había tomado posesión de la que habría de ser su sede permanente. Los Hechos registran un incidente trágico al relatar la súbita y violenta persecución de Herodes Agripa I, posiblemente en el año 43. Se afirma que Herodes "mató a Santiago, el hermano de Juan, con la espada" —éste, por supuesto, era Santiago el Mayor, Apóstol, cuya fiesta se celebra el 25 de julio— y que, después, procedió a detener también a Pedro. Pero mientras tanto "la Iglesia, incesantemente, hacía oración a Dios por él" y Pedro, "no obstante que estaba dormido entre dos guardias, atado a ellos con dos cadenas; y los centinelas a las puertas de la prisión, haciendo guardia, "fue puesto en libertad por un ángel" y partió en busca de un refugio seguro", tal vez en Antioquía o quizá en Roma. Desde aquel momento, los Hechos de los Apóstoles no vuelven a mencionar a Pedro.

La "pasión" de San Pedro tuvo lugar en Roma, durante el reinado de Nerón (54-68 P.C.), pero no existe ningún relato escrito sobre el suceso. De acuerdo con una antigua tradición, no comprobada, se encerró a San Pedro en la cárcel Mamertina, donde ahora se encuentra la iglesia de San Pietro in Carcere. Tertuliano, quien murió cerca del año 225, dice que el Apóstol fue crucificado; por su parte, Eusebio agrega que (un dato que tomó del autorizado Orígenes, muerto en 253), por expreso deseo del anciano Pedro, la cruz fue colocada cabeza abajo. El sitio debe haber sido el acostumbrado: los jardines de Nerón, escenario de tantos dramas terribles y gloriosos por aquel entonces. La tradición que otrora se aceptaba por lo común, de que el pontificado de San Pedro duró

veinticinco años, no es probablemente más que una deducción, fundada en datos cronológicos inconsistentes. También hay una hermosa leyenda donde se narra que, a instancia de los cristianos de Roma, ansiosos por salvar a su obispo de una muerte segura, partió San Pedro de la ciudad y, en el camino, se encontró al Señor que venía en sentido contrario; el Apóstol le preguntó: "*¿Quo vadis, Domine?*" (¿A dónde vas, Señor?) Jesús repuso: "Voy a ser crucificado por segunda vez" y, al instante, San Pedro emprendió el regreso a Roma, porque había comprendido que aquella cruz de que habló el Salvador, le estaba destinada. San Ambrosio fue el primero en relatar esta leyenda, en el curso de su sermón contra Auxencio. La coincidencia de algunos puntos del relato con los pensamientos expresados en los versículos 4 y 5 del himno "*Apostolorum Passio*", explica, como lo indica A. S. Walpole, que se haya atribuido ese poema a San Ambrosio.

No es éste el lugar apropiado para discutir las objeciones que, de tanto en tanto, se han hecho contra el episcopado y el martirio de San Pedro en Roma (*cf.* fiesta de la "Cátedra de San Pedro", 18 de enero). Tal vez sea cierto, por otra parte, que ninguno de los investigadores más serios de la actualidad pone en tela de juicio la cuestión, porque consideran que las evidencias de documentos y monumentos, es suficiente y decisiva. Pero sí podemos hacer breves referencias sobre numerosos indicios de una antiquísima y vigorosa devoción popular por San Pedro y San Pablo en la Ciudad Eterna. De acuerdo con un punto de vista aceptado por la mayoría de los arqueólogos, en el año de 258, los cadáveres de San Pedro y de San Pablo fueron exhumados de sus respectivas tumbas en la Vía Ostiense, junto al Vaticano, para sepultarlos en un lugar oculto sobre la Vía Apia. Las excavaciones que se practicaron entre 1915 y 1922, tenían por objeto descubrir ese lugar oculto, o por lo menos algunos vestigios de él, pero las investigaciones no fueron coronadas por el éxito. Sin embargo, ahí se encontró el agujero o pozo de una κύμβη, de donde se derivó el nombre ahora común de catacumba. El lugar se llamó *ad catacumbas*, debido a que su característica más sobresaliente era una serie de tumbas o cámaras sepulcrales, construidas en el muro del pozo o de la depresión natural del terreno.

Junto a aquellos sepulcros, se encontró el muro de una espaciosa sala abierta por uno de sus lados, que pudo haber sido construida alrededor del año 250. Por las decoraciones del muro y otros detalles, se trataba evidentemente de un lugar para las reuniones de carácter comunitario o ceremonial. Hay buenas razones para suponer que aquella sala fue el escenario de las reuniones que hacían los cristianos primitivos y que llamaban ágapes. No hay duda posible de que las placas de yeso que estaban adheridas al muro, tenían *grafiti* o escrituras que, con seguridad, datan de la segunda mitad del siglo tercero. Se podría pensar que los miembros de aquel grupo eran personas de mala educación que se entretenían en garabatear sus expresiones piadosas en las paredes, pero lo cierto es que, en todas y cada una de las inscripciones fragmentarias, se pone de manifiesto la devoción por los Santos Pedro y Pablo, de una manera o de otra. He aquí algunas muestras: "PETRO ET PAULO TOMIUS COELIUS REFRIGERIUM FECI".

El *refrigerium* se llamaba a lo que se ofrecía de comer o de beber en aquellas reuniones y de lo que invariablemente se apartaba algo para los cristianos más pobres. De manera que la inscripción podría traducirse así: "Yo, Tomius

Coelius, ofrecí un refrigerio en honor de Pedro y Pablo".

"DALMATIUM BOTUM IS PROMISIT REFRIGERIUM". "Por juramento, Dalmacio prometió ofrecer un refrigerio para ellos".

Algunos de los escritos son simples invocaciones:

"PAULE ET PETRE PETITE PRO VICTORE". "Pablo y Pedro, pedid por Victor".

"PETRUS ET PAULUS IN MENTE ABEATIS ANTONIUS BASSUM". "Pedro y Pablo, tened presente a Antonio Basso".

Las inscripciones cándidas, espontáneas y escritas, muchas veces, con graves faltas de ortografía, indican que existía un culto muy acendrado por los santos Pedro y Pablo en aquel lugar. La mayoría están escritas en latín y algunas en griego, pero hay muchas frases en latín, escritas con caracteres griegos. Ya dijimos que las placas de yeso estaban rotas y sus inscripciones eran fragmentarias y algunas, ilegibles, pero en ochenta del número total, aparecen los nombres de los santos Apóstoles, a veces el de Pedro primero o viceversa. No hay duda, por lo tanto, de que en la segunda mitad del siglo tercero, de acuerdo, en consecuencia, con una indicación del calendario Filocaliano (del año 324) que conmemora una traslación o una fiesta de los dos Apóstoles, en el 258, y en las catacumbas, de que existía por aquel entonces y en aquel lugar, una gran devoción por los dos Patronos de Roma.

Ya a principios del siglo tercero afirmaba Cayo, según cita de Eusebio, que el lugar del triunfo de San Pedro se encontraba en la colina del Vaticano; el sitio del martirio de San Pablo se veneraba en la Vía Ostiense. El padre Delehaye y algunos otros hagiógrafos distinguidos sostienen que los cuerpos de los dos Apóstoles fueron sepultados ahí desde un principio, y nadie los ha tocado; otros sugieren que fueron temporalmente sepultados en la Vía Apia, inmediatamente después del martirio, hasta que se construyeron sepulcros o santuarios en los mismos lugares de su muerte. En cualquier caso, la inscripción hecha por el Papa San Dámaso I (muerto en 384), en un sitio próximo a San Sebastián, no significa que ahí hubiesen estado sepultados los dos Apóstoles, sino que era la conmemoración de alguna fiesta instituida en 258, que por alguna razón se celebraba en las catacumbas.

En fecha posterior a la época en que se escribió lo anterior, se practicaron excavaciones bajo la basílica de San Pedro. Los resultados de aquellos trabajos, iniciados en 1938, se publicaron profusamente. El sitio y los restos fragmentarios de la tumba del Apóstol San Pedro, habían sido identificados sin lugar a duda; pero entonces, ahora y tal vez para siempre, está en el terreno de las posibilidades la suposición de que los restos humanos hallados en las proximidades de la tumba, sean los de San Pedro. Los descubrimientos en el Vaticano avivaron el interés en los del sitio de San Sebastián; pero, por diversas razones, la teoría de que los restos de San Pedro fueron llevados en el año de 258 a las catacumbas y se quedaron ahí para siempre, es inadmisible.

Al parecer, la fiesta doble de San Pedro y San Pablo ha sido conmemorada siempre, en Roma, el 29 de junio; Duchesne considera que esta práctica se remonta, por lo menos, a los tiempos de Constantino; pero en el oriente, esa conmemoración se asignaba, al principio, al 28 de diciembre. Lo mismo sucedía en Oxyrhynchus, en Egipto, como atestiguan antiguos papiros, hasta el año de 536; pero en Constantinopla y en otras partes del Imperio Romano oriental, la fecha del 29 de junio se aceptó poco a poco. En Siria, a principios del siglo

quinto, como lo sabemos por una nota del "Breviario" sirio que dice así: "28 de diciembre, en la ciudad de Roma, Pablo, el Apóstol y Simón Cefas (Pedro), el jefe de los Apóstoles del Señor", la fecha era la que se observaba en el oriente.

Hay, por supuesto, abundantísima literatura relacionada con San Pedro, con su vida y sus actos, desde cualquier punto de vista. Los comentaristas de los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles suministran la enorme mayoría de los datos con que se practicaron las posteriores investigaciones. El librillo *St Pierre* (en la serie *Les Saints*), por L.C. Fillion, es una excelente introducción para el estudio del asunto, puesto que incluye todos los datos registrados sobre el Apóstol; el *St. Pierre* de C. Fouard es más extenso y detallado, pero sólo se ocupa de los primeros años de la Iglesia y deja de lado lo que dicen de San Pedro los Evangelios. Ver a R. Aigrain, en *St. Pierre* (1938) y una obrilla popular del estadounidense W. T. Walsh, *St. Peter, the Apostle* (1950). Sobre la primacía, deberá consultarse la obra del obispo Besson: *St. Pierre et les origines de la Primauté Romaine* (1929). Entre los investigadores no católicos, ver *Apostolic Fathers* (1877), del obispo Lightfoot; a W. Ramsey, en *The Church and the Roman Empire* (1893); O. Culmann, en *Peter, disciple, apostle, martyr* (1954); y H. Lietzmann, *Petrus und Paulus in Rom* (1927) y *Petrus Römischer Martyrer* (1936). La discusión sobre el problema de las catacumbas podrá estudiarse en el artículo de F. Toletti de *Rivista di archeologia cristiana* 1947-1948; Mons. A. S. Barns, en *The Martyrdom of St. Peter and St. Paul* (1933), incluido en *Analecta Bollandiana*, vol. LII (1934), pp. 69-72; y P. Stieger, *Die römischen Katacumben* (1933). Ver el *Liber Pontificalis* (ed. Duchesne), vol. I y Delehaye, en *Origines du culte des Martyrs* (1933), pp. 263-269. Los informes sobre las excavaciones entre 1938 y 1950, fueron publicados en dos volúmenes de texto y uno de ilustraciones; ver un artículo del P. Romanelli, en el *Osservatore Romano* 19 de diciembre de 1951. Aparecieron numerosos artículos en varios idiomas, para hablar sobre el resultado de las excavaciones: ver el de J. B. Ward Perkins, en *The Listener*, 25 de Sept. 1952 y en el *Journal of Roman Studies*, vol. XLII (1952).

SAN PABLO, APÓSTOL DE LOS GENTILES (¿67? P.C.)

DE ENTRE todos los santos cuyos datos nos proporcionan las Sagradas Escrituras, San Pablo es al que se conoce más íntimamente. No sólo poseemos un registro exterior de sus hechos, proporcionado por su discípulo San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, sino que contamos con sus propias revelaciones íntimas de sus cartas que, si bien tenían el propósito de beneficiar a los destinatarios, ponen al desnudo su alma.* Sin transcribir una buena parte del Nuevo Testamento, sería difícil esbozar un retrato fiel del carácter y la personalidad del Apóstol de los Gentiles; pero suponemos que el Nuevo Testamento está en manos de todos nuestros lectores. En el primer volumen de esta serie, bajo la fecha del 25 de enero, se trató la conversión de San Pablo. En esta nota, nos ha parecido conveniente dejar de lado las treinta y dos páginas que dedica Butler a los viajes misioneros de Pablo y sus escritos, para hacer un resumen de lo que dice San Lucas en los últimos quince capítulos de los Hechos.

Después de que Saulo fue derribado en el camino de Damasco, por la voz de Cristo y, de encarnizado perseguidor de los cristianos, se transformó en el

* También hay algunas descripciones sobre su aspecto físico (ver: 2 Corintios, x, 10). Un documento del siglo segundo, las llamadas "Actas de Pablo y Tecla", dicen que era un hombre de corta estatura, calvo, ligeramente cojo, vigoroso, sin separación entre las dos cejas, nariz larga, de mirada aguda y atractiva. A veces aparecía como un hombre y otras se asemejaba a un ángel.

más fiel de los siervos del Señor, se curó de la temporal ceguera que le aquejaba y se retiró a "Arabia", donde pasó recluído tres años. De regreso en Damasco, comenzó a predicar el Evangelio con fervor. Pero la furia de los enemigos de su doctrina creció a tal punto que, para salvar la vida, tuvo que escapar escondido en un cesto que se descolgó por la muralla de la ciudad. Se dirigió a Jerusalén, donde, lógicamente, los cristianos y los mismos Apóstoles, a quienes hacía poco perseguía, le miraban con mucha desconfianza, hasta que el generoso apoyo de Bernabé disipó sus temores. Pero no pudo quedarse en Jerusalén, puesto que el resentimiento de los judíos hacia él amenazaba con perderle y, advertido por una visión que tuvo mientras se hallaba en el templo, se refugió, durante algún tiempo en Tarso, su ciudad natal. Hasta ahí fue Bernabé para convencerle de que le acompañase a Antioquía, en Siria, donde los dos predicaron con tanto éxito, que pudieron fundar una numerosa comunidad de creyentes que, en aquella ciudad y por vez primera, se conocieron con el nombre de cristianos.

Al cabo de una estadía de doce meses, Saulo hizo su segunda visita a Jerusalén, en el año 44, junto con Bernabé, para llevar socorro a los hermanos que sufrían de hambre. Ya para entonces, todas las dudas respecto a la sinceridad de Pablo habían quedado disipadas. Después de regresar a Antioquía y, por inspiración del Espíritu Santo, él y Bernabé recibieron la ordenación sacerdotal y partieron hacia una jornada de misiones, primero a Chipre y después al Asia Menor. En Chipre convirtieron al procónsul Sergio Paulo y pusieron en ridículo al falso mago y profeta Elimas, por quien el romano se había dejado engañar. De ahí pasaron a Perga y atravesaron las montañas del Tauro para arribar a Antioquía de Pisidia; continuaron la marcha para predicar en Iconio y luego en Listra (donde al sanar milagrosamente a un tullido, se los tomó por dioses): Bernabé era Júpiter y Pablo, Mercurio, porque era el que hablaba). Pero entre los judíos de Listra surgieron los enemigos que provocaron una rebelión contra los predicadores; apedrearon a Pablo (desde su visita a Chipre había cambiado su nombre de Saulo por el de Pablo) y lo dejaron por muerto. Sin embargo, no lo estaba y, con ayuda de Bernabé, escaparon para refugiarse en Derbe; a su debido tiempo, continuaron la marcha hacia el ambiente más tranquilo de Antioquía de Siria. En aquella primera expedición transcurrieron unos dos o tres años, puesto que, al parecer, en el año 49, Pablo fue por tercera vez a Jerusalén y estuvo presente en la asamblea, por la que se decidió definitivamente la actitud de la Iglesia Cristiana hacia los gentiles convertidos. Probablemente fue en el invierno entre los años 48 y 49, cuando ocurrió en Antioquía, el incidente, registrado en el segundo capítulo de la Epístola a los Gálatas, de las reconvenciones hechas a San Pedro por su judaísmo conservador.

El lapso entre los años 49 y 52 encontró a San Pablo ocupado en la empresa de su segundo gran viaje. Acompañado por Silas, pasó de Derbe a Listra, sin preocuparse por lo que le había ocurrido ahí la primera vez; pero en esta segunda ocasión, fue cordialmente acogido por los fieles agrupados en torno a Timoteo, cuyos familiares moraban en la ciudad; por otra parte, Pablo se mostró más precavido y no dio ocasión a que los judíos se irritasen contra él y aceptó al circunciso Timoteo, cuyo padre era griego, pero por parte de madre, era judío. Junto con Timoteo y Silas, continuó San Pablo su jornada a través de Frigia y Galacia, sin dejar de predicar y de fundar

iglesias. Sin embargo, no le fue posible avanzar más por la ruta que seguía hacia el norte, a causa de una visión que tuvo, en la que se le ordenaba devolverse hacia Macedonia. En consecuencia, partió desde la Tróade; al parecer, ya para entonces, el bienamado doctor San Lucas, autor de uno de los Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles, formaba parte del grupo de viajeros. En Filipo ocurrió el interesante episodio de la joven adivina que, al paso del grupo, comenzó a vociferar: "¡Esos hombres son los servidores de Dios Altísimo!" A pesar de que aquella proclamación parecía ayudar a la causa de San Pablo, éste se volvió irritado hacia la joven y ordenó que la abandonase su espíritu de adivinación. Con aquello, la muchacha quedó desprovista de los poderes que la habían hecho famosa y, sus amos, que obtenían de ello pingües ganancias, comenzaron a lamentarse estrepitosamente y acabaron por llevar a Pablo y a Silas ante los magistrados. Los dos misioneros fueron apaleados y arrojados en la prisión, pero muy pronto, quedaron en libertad, por un milagro. No hay necesidad de describir las incidencias en cada una de las etapas de este viaje. La comitiva atravesó Macedonia, tocó Beroea, fue a Atenas y de ahí a Corinto. Se relata que, en Atenas, San Pablo pronunció un discurso en el Aerópago y tuvo ocasión de referirse y hacer comentarios, respecto al altar que se había erigido ahí, "al dios desconocido". En Corinto sus prédicas causaron profunda impresión y se dice que permaneció ahí durante un año y seis meses. Parece que, en el año 52, San Pablo partió de Corinto para hacer su cuarta visita a Jerusalén, posiblemente para estar presente en las fiestas de Pentecostés; sin embargo, su estancia fue breve, puesto que, muy pronto, le volvemos a encontrar en Antioquía.

Su tercer viaje abarcó dos años entre el 52 y el 56. Luego de atravesar Galacia, la provincia romana de "Asia", Macedonia y Acaia, retrocedió camino hacia Macedonia donde se embarcó para hacer una quinta visita a Jerusalén. Es posible que, durante este período, pasara tres inviernos en Efeso y fue ahí donde ocurrió el tumultuoso disturbio creado por Demetrio, el platero y tallador, cuando las prédicas de Pablo arruinaron los lucrativos negocios de los mercaderes en la compra y venta de las imágenes de la diosa Diana. Asimismo, se relata la forma indignada con que le recibieron los ancianos en Jerusalén y la conmoción popular que se produjo, cuando el Apóstol hizo una visita al Templo. Ahí fue detenido, maltratado y cargado de cadenas, pero tuvo oportunidad de defenderse brillantemente ante el tribunal. La investigación oficial quedó en suspenso y el reo fue enviado a Cesarea, porque se descubrió la conspiración de cuarenta judíos que habían jurado "no comer ni beber, hasta que Pablo estuviese muerto". Su cautiverio en Cesarea duró dos años, los mismos que gobernaron el distrito los procónsules Félix y Festo, mientras que el proceso judicial aguardaba, en vista de que los gobernadores no podían encontrar prueba alguna de que el reo hubiese cometido un delito merecedor de castigo y, por otra parte, no querían hacer frente a las protestas y violencias populares, si declaraban inocente al reo odiado por los judíos. Entretanto, Pablo "apeló al César"; en otras palabras, exigió, valido en sus derechos de ciudadano romano, que su causa fuese vista por el propio emperador. Por lo tanto, el prisionero, bajo la vigilancia del centurión Julio, fue enviado a Myra y trasportado de ahí a Creta, en un barco alejandrino con un cargamento de trigo. Aquella nave, sorprendida por un huracán, naufragó frente a las costas de Malta. Tras largas demoras, San

Pablo fue embarcado en otra nave que lo condujo al puerto de Puteoli y, de ahí, se trasladó por tierra a Roma. El libro de los Hechos lo abandona en este punto, en espera de su proceso ante Nerón.

Desde entonces, los movimientos y la historia del gran apóstol son muy inciertos. Parece probable que fue procesado en Roma, tras un largo encarcelamiento y, declarado inocente, quedase en libertad. Hay pruebas de que todavía realizó un cuarto viaje. Algunos sostienen que visitó España, pero nosotros podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que fue una vez más a Macedonia, donde es posible que haya pasado el invierno entre el año 65 y el 66, en la ciudad de Nisópolis. Al regresar a Roma, fue de nuevo detenido y encarcelado. No se sabe con certeza si fue condenado junto con San Pedro, pero sí puede asegurarse que, en su calidad de ciudadano romano, la forma de la ejecución tenía que ser distinta. La tradición firmemente arraigada y, al parecer, digna de confianza, dice que le cortaron la cabeza, en un punto de la Vía Ostiense llamado Aquae Salviae (la actual Tre Fontane), cerca del sitio donde hoy se levanta la basílica de San Pablo Extramuros y donde se venera la tumba del Apóstol. Es creencia común que San Pablo fue ejecutado el mismo día y el mismo año que San Pedro, pero no hay pruebas ciertas sobre ello. Poco antes de su martirio, logró hacer llegar a su fiel Timoteo una emotiva carta que contenía estas famosas palabras: "Aún ahora estoy pronto al sacrificio. Sé que el día de mi tránsito está cerca. Mi sangre va a ser derramada como el vino de una copa. ¡Qué importa! He combatido la buena batalla; he consumado mi carrera. Sólo me resta recibir la corona que me dará, en el último día, el Señor, justo juez; y no sólo a mí, sino a todos los que esperan con amor su venida".

También en el caso de San Pablo hay abundante literatura que sería imposible considerar en detalle. Como guía particularmente valiosa sobre los innumerables problemas que surgen de la obra y los escritos del Apóstol, se recomienda, sobre todo, el breve volumen de Fr. F. Prat, *Saint Paul.* Se publicó en la serie *Les Saints.* El *Saint Paul* de Fouard, es también muy conocido y da amplios detalles sobre la historia del personaje. Habrán de servir de gran ayuda, los comentarios sobre las Epístolas, hechos por el obispo anglicano, Lightfoot, así como los libros de su amigo el explorador arqueológico Sir. W. M. Ramsey, sobre todo, su *Saint Paul, the Traveller* (1908) y *The Church in the Roman Empire* (1893). Necesariamente, todos los comentarios sobre los *Hechos de los Apóstoles* tratan la historia de San Pablo; ver, por ejemplo, a E. Jacquier, *Les Actes des Apôtres* (1926) y a Camerlynck y Van der Heeren, *Commentarius in Actus Apostolorum* (1923). Otros libros útiles son: K. Pieper, *Paulus, siene Missionärische Persönlichkeit* (1926); P. Delatre, *Les Epîtres de S. Paul* (1924-1926); Tricot, *S. Paul* (1928). La indispensable *Teología de San Pablo* de Fr. Prat. Otras publicaciones recientes traducidas al inglés, son *Paul of Tarsus* de Mons. J. Holzner (1944) y *St. Paul, Apostle and Martyr*, de Giordani (1946); hay una extensa biografía en italiano, por D. A. Penna, *San Paulo* (1946); E. B. Allo, *S. Paul, Apôtre de Jésus-Christ* (1946) y el estudio de R. Sencourt, *St. Paul: Envoy of Grace* (1948). Hay muchos escritos apócrifos en los cuales San Pablo figura, incluso cartas que se le atribuyen. *Las Actas de San Pablo* fueron editadas por W. Schubart, quien las tomó de un papiro manuscrito de Hamburgo. Las *Actas de Pablo y Tecla* han sido impresas más de una vez; véase en este libro, el 23 de septiembre, a Santa Tecla, lo mismo que a O. von Gebhardt, en *Texte und Untersuchungen*, vol. VII, parte II (1902); consúltese a L. Vouaux, en *Les Actes de Paul et ses Lettres apocryphes* (1913). Sobre la tumba del Apóstol en el *confessio* de la iglesia de San Pablo Extramuros, ver a Grisar, en *Analecta Romana*, p. 259 y ss. Tal vez nadie haya escrito sobre San Pablo con mayor intuición que el cardenal Newman, quien era especialmente apto para apreciar el secreto del atractivo del Apóstol.

SAN CASIO, Obispo de Narni (538 p.c.)

Lo poco que sabemos sobre San Casio, procede de las páginas de San Gregorio el Grande. En sus "Diálogos", se explaya sobre las virtudes de este obispo de Narni, sobre su vida ejemplar, su vigilancia para su rebaño, su abnegación y generosidad hacia los pobres. Uno de los sacerdotes de su iglesia le reveló que su muerte ocurriría en Roma, el día de la fiesta de San Pedro y San Pablo, y el obispo, muy impresionado por aquel vaticinio, se hizo el propósito de viajar a la Ciudad Eterna, cada año, la víspera de esa conmemoración. En seis ocasiones regresó a su sede, pero al séptimo viaje, se cumplió la profecía. El 29 de junio, luego de oficiar la misa y dar la comunión a los fieles, murió apaciblemente. Con anterioridad, había escrito su propio epitafio, en verso y, de acuerdo con sus deseos, fue enterrado en Narni, en el oratorio de su antecesor, Juvenalis y junto a una cierta Fausta, que bien pudo haber sido su esposa. En el siglo nueve, el conde Adalberto de Toscana se apoderó de Narni e hizo trasladar los restos de San Juvenalis, San Casio y "Santa" Fausta, a la ciudad de Lucca. Ahí se les dio nueva sepultura, en la iglesia de San Frediano. Sin embargo, con el correr del tiempo, las reliquias volvieron a Narni, donde aun se conservan en la catedral.

Sobre la vida de San Casio, no se sabe nada más de lo que cuenta San Gregorio el Grande, tanto en sus *Dialogues* como en un sermón suyo. Los párrafos referentes a este santo obispo se imprimieron en *Acta Sanctorum,* junio, vol. vii.

SANTAS SALOME y JUDIT (¿Siglo IX?)

Al mediar el siglo nueve, Walter, el abad del doble monasterio de Ober Altaich, en Baviera, mandó que se construyese la celda para una ermitaña, en el extremo occidental de la iglesia, con una puerta hacia al coroñ Tras los ritos y ceremonias acostumbradas, enclaustró ahí a una parienta suya, una extranjera venida de Inglaterra, llamada Salomé. De acuerdo con una tradición que circulaba en Altaich, era una princesa doncella, sobrina del rey inglés. Durante el viaje de regreso de uan peregrinación a Jerusalén, tuvo la desventura de perder a sus dos damas asistentes, todas sus posesiones y, temporalmente, la vista. Luego de muchos sufrimientos y largas caminatas, llegó a Passau, donde halló refugio durante algún tiempo; de ahí se fue a Altaich, con el propósito de terminar sus días en la reclusión, entregada a la plegaria y la penitencia. Algún tiempo después de su enclaustramiento, llegó a reunirse con ella una prima o tía, llamada Judit, que era viuda y, según creencia general, había sido enviada por el rey de Inglaterra para buscar a Salomé. Pero sea como fuese, el claustro de Altaich le gustó y ahí se quedó con su pariente. Fue construída una segunda celda, adyacente y ahí vivieron las dos mujeres hasta que la muerte de Salomé dejó a Judit sola. A veces, ésta sufría los ataques del diablo, que acudía a atormentarla por las noches: los gritos de horror que se escapaban de su celda, atraían a los monjes del vecino monasterio para averiguar si la estaban asesinando. A su muerte, fue enterrada junto a Salomé, en Ober Altaich. Se afirma que, en 907, cuando el monasterio fue destruido por los húngaros, las reliquias de las dos reclusas fueron trasladadas a Nieder Altaich donde aún se las venera.

Ninguna princesa inglesa de la época, según los registros históricos, se podrá identificar con Salomé o con Judit, a menos que, como ya se ha sugerido, alguna de ellas fuese Edburga, la hermosa y malvada hija de Offa de Mercia. Edburga se casó con Beortrico, rey de los sajones del oeste y, luego de asesinar, por simple gusto, a muchos de los cortesanos, mató accidentalmente a su esposo con el veneno que había preparado para algún otro. Por sus nefandos crímenes fue condenada al destierro y, al abandonar Inglaterra, se refugió en la corte de Carlomagno. El monarca, como dice Guillermo de Malmesbury, "por la gran belleza y la increible perversidad de Edburga, la entregó a un convento de nobles monjas para que la cuidasen". Pero la conducta de la inglesa en el claustro fue tan reprobable, que las monjas, escandalizadas, la expulsaron ignominiosamente; desde entonces, quedó condenada a ir de un lugar a otro, sin ser recibida en ninguno y con una criada por toda compañía. Asser afirma que muchas gentes la vieron pedir limosna de puerta en puerta, en las calles de Patavium (Pavía). Si acaso Patavium es, como se ha sugerido, el nombre de Patavia o Passau, que algún copista hubiese escrito mal, habría la posibilidad de que Edburga fuera la enclaustrada Judit, puesto que Passau está muy cerca de Altaich. Se supone, naturalmente que, al entrar en religión, se cambió el nombre para romper todo vínculo con su tenebroso pasado.

Hay una detallada narración en latín que trata sobre la historia de estas dos mujeres y que, al parecer, fue escrita por un monje de Nieder Altaich. En 1709, los bolandistas afirman que aquel monje fue casi contemporáneo de las dos mujeres (ver el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII), pero otros investigadores más modernos sostienen que el documento no puede haber sido escrito antes del siglo doce. Además, el abad Walter parece pertenecer más bien al siglo once, a la época de Guillermo el Conquistador. Véase a Holder-Egger en MGH., *Scriptores*, vol. XV, pp. 847 y ss.; y al *Forschungen zur deutschen Geschichte*, vol. XVIII (1898), pp. 551 y ss. Para la historia de Edburga, ver a R. M. Wilson, en *The Lost Literature of Medieval England* (1952), pp. 37 y ss.

SANTA EMMA, VIUDA (*c.* 1045 P.C.)

LA PEQUEÑA ciudad austríaca de Gurk, en la Carintia, que dio su título a un arzobispo, tuvo su origen en un doble monasterio y una iglesia fundados por Emma o Hemma, a mediados del siglo once. Por parte de su madre, Emma estaba emparentada con el emperador San Enrique, en cuya corte se educó bajo la tutela de Santa Cunegunda. Más tarde, se casó con Guillermo, el landgrave de Friesach, y la unión fue muy feliz. La pareja tuvo dos hijos, Guillermo y Hartwig; cuando crecieron, el landgrave los puso a cargo de la administración de las minas que eran base de su fortuna. Los mineros eran hombres rudos, violentos y pendencieros, y los jóvenes hermanos se veían en dificultades para gobernarlos, a no ser que recurriesen a castigos muy severos. Cierta vez en que el conde Guillermo mandó que fuese ahorcado un minero, los compañeros del ajusticiado se rebelaron y, en un motín tumultuoso, asesinaron a los dos hermanos.

La trágica noticia llegó al castillo y, mientras Emma se abandonaba a su profundo dolor, el landgrave enfurecido lanzó improperios a diestra y siniestra y juró que mataría a todos los rebeldes con sus mujeres y sus hijos. Sin embargo, los consejos de sus amigos le calmaron y desistió de su venganza. Emma recurrió al auxilio de Dios con sus fervientes plegarias y logró que su marido perdonase a todos los rebeldes, a excepción de los dos que habían

cometido los asesinatos. Entonces, el landgrave emprendió una peregrinación a Roma, por consejo de Emma; pero en el camino de regreso contrajo una enfermedad y murió, a corta distancia de su castillo. Ya sin esposo y sin hijos, la desventurada Emma entregó sus bienes y el resto de su vida al servicio de Dios y del prójimo. A más de prodigar las limosnas entre los pobres, fundó varias casas religiosas, de las cuales, la principal, fue el monasterio antes mencionado. Se hallaba en los terrenos que eran propiedad de la viuda del landgrave, y el castillo de Gurkhofen formaba parte del edificio de la comunidad. En los dos establecimientos separados por completo se hicieron las instalaciones necesarias para acomodar a veinte monjes y setenta monjas. Las dos comunidades se turnaban para la *laus perennis.** Se dice que la propia Santa Emma recibió el velo en Gurk. Murió alrededor del año 1045 y fue sepultada en la iglesia de Gurk.

No obstante que se sabe a ciencia cierta que fundó el monasterio de Gurk, la existencia de Santa Emma parece haber sido diferente a como se relata en la narración. Era ella la que pertenecía a la familia Friesach y, al quedar viuda del conde Guillermo de Sanngau, en 1015, conservó junto a sí a su hijo. Veinte años después, éste fue muerto en el campo de batalla, y entonces Emma inició sus obras de caridad y sus beneficios a la religión. El antiguo culto por la condesa Emma fue confirmado por la Santa Sede en 1938. En la lista de la Sagrada Congregación de Ritos se le califica de beata, pero generalmente se la llama santa.

* La *laus perennis* (salmodia continua), se acostumbraba en los grandes monasterios, donde se organizaban turnos de monjes y monjas para cantar el oficio, día y noche, sin interrupción. En Gurk subsistió esa costumbre que ya ha desaparecido por completo.

Los bolandistas insertaron la poco satisfactoria biografía medieval, escrita en latín, en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII. Ver A. von Jaksch, *Gurker Geschichtsquellen*, vol. I (1896); J. Löw, *Hemmabuchelin* (1931) y la publicación de la Congregación de Ritos. *Confirmationis cultus servae Dei Hemmae positio* (1937).

30: LA CONMEMORACION DE SAN PABLO

COMO LA misa y el oficio del 29 de junio están consagrados de manera principal a San Pedro, al día siguiente se hace una conmemoración especial de San Pablo. De todas maneras, el 29 de junio es el día de la fiesta de San Pablo, lo mismo que la de San Pedro y, por lo tanto, la nota sobre San Pablo aparece en su fecha.

SAN MARCIAL, Obispo de Limoges (*c.* 250 p.c.)

Todo lo que en realidad se sabe acerca de San Marcial es que fue obispo de Limoges y que es objeto de veneración desde tiempos muy remotos; como apóstol de la región de Limousin y fundador de la sede que ocupó. Es muy probable que haya vivido hacia el año 250. De acuerdo con la tradición que data del

siglo sexto y fue registrada por San Gregorio de Tours, era uno de los siete misioneros enviados desde Roma a las Galias, poco antes del 250. San Gaitán fue a Tours, San Trófimo a Arles, San Pablo a Narbona, San Marcial a Limoges, San Dionisio (Denis) a París, San Saturnino a Toulouse y San Austremonio a la Auvernia. Cada uno evangelizó el distrito que había elegido y fue el primer obispo de la sede. En las más antiguas letanías de Limoges aparece el nombre de San Marcial como el de un confesor, pero al cabo de cierto tiempo, los monjes de la abadía local de San Marcial (que conserva las reliquias del santo), iniciaron una campaña para que se le honrase como apóstol. Ya para entonces, su leyenda se había desarrollado bastante y se le tomaba, no sólo como el apóstol de la Aquitania, sino como a uno de los que conocieron a Jesucristo, tal vez el chiquillo que llevaba el cesto de panes cuando la multiplicación de los mismos, o bien alguno de los setenta y dos discípulos. La cuestión de su título se consideró de tanta importancia, que fue tema de discusión en varios sínodos. En el siglo once, el culto a San Marcial recibió impulso como consecuencia de la reconstrucción de la abadía dedicada a su nombre, la traslación de sus restos a un santuario edificado en la propia abadía y la propagación de narraciones fantásticas que recopilaban las diversas leyendas y las ampliaban y, sin embargo, pretendían ser las "actas" auténticas del santo obispo, tal como las había escrito su sucesor en la sede de Limoges, San Aureliano.

Que esta fábula extravagante, llena de anacronismos e improbabilidades, se haya tenido por cosa cierta en aquella época de credulidad absoltua, no es cosa de extrañar; pero si sorprende que, hasta hoy, se la tenga por cierta en algunos lugares. Se nos dice que Marcial fue convertido al cristianismo a la edad de quince años por las predicaciones de Nuestro Señor; fue bautizado por su pariente San Pedro; estuvo presente en la resurrección de Lázaro; atendió a Jesús en la Ultima Cena y recibió al Espíritu Santo con los otros discípulos, en Pentecostés. San Pedro, a quien acompañó primero a Antioquía y luego a Roma, lo mandó a predicar el Evangelio en las Galias. En nombre de San Pedro, resucitó a su compañero, San Austricliniano, quien había muerto en el viaje. Al llegar a Tulle, curó a la hija de la familia que le había dado hospedaje, al lanzar fuera un mal espíritu que la poseía, y resucitó al hijo del gobernador romano, que había sido estrangulado por un demonio. Estos milagros produjeron la conversión de 3,600 personas. Los sacerdotes paganos que se atrevían a atacarle, quedaban inmediatamente castigados con la ceguera, hasta que las plegarias del santo les devolvían la vista. Otros, que llegaron a golpearle y a encerrarle en la prisión de Limoges, quedaron fulminados por un rayo, pero Marcial les devolvió la vida a ruegos de los ciudadanos. Uno de los sacerdotes que resucitó, era Aureliano, el supuesto autor de estas "actas". Los bautismos en masa siguieron a estos prodigios. Entre los penitentes de San Marcial estaba una noble dama llamada Valeria. Esta anunció su decisión de consagrar su virginidad a Nuestro Señor y fue degollada por los esbirros enviados por el duque Esteban, que era su prometido. Después del asesinato, la doncella recogió su cabeza y la transportó hasta la iglesia donde se hallaba San Marcial. El propio duque Esteban se convirtió e hizo una peregrinación a Roma, donde encontró a San Pedro ocupado en instruir a las gentes en un sitio llamado el Vaticano. El duque informó a San Pedro sobre las actividades de San Marcial y los progresos de las misiones en las Galias. El año cuarenta después de la Resurrección —el setenta y cuatro de nuestra era—, San Marcial

tuvo una visión en que se le anunció su muerte y, quince días más tarde, lanzó el último aliento, rodeado por sus fieles.

Se ha declarado que el Papa Juan XIX autorizó que se diera el título de "apóstol" a San Marcial, pero en 1854, la Congregación de Ritos se negó a ratificar esa denominación y decidió que, en la misa, en las letanías y los oficios se venerase a San Marcial como obispo y confesor. Sin embargo, en el mismo año, el obispo de Limoges reiteró la solicitud del título al Papa Pío IX y obtuvo una respuesta favorable, para que, en la diócesis, San Marcial fuese honrado con los usos y precedencias de un apóstol.

Hay tres relatos antiguos sobre la vida de San Marcial. El primero, con una brevísima biografía y una larga lista de sus milagros, se encuenrta en el *De Gloria Confessorum* (cap. XXVII y cf. *Hist. Francorum,* I, 28) de San Gregorio de Tours. Ahí se establece el arribo de San Marcial, por el año 250. La segunda es más extensa y, posiblemente pertenece al siglo nueve. En ella se dice que el santo fue enviado a Limoges por San Pedro, pero sus trabajos de misionero, coronados por un éxito instantáneo y acompañados de grandes maravillas, se limitan a la diócesis de Limoges. El mejor de los textos de esta biografía, fue el que editó C. F. Bellet, en su libro *L'ancienne vie de St. Martial et la prose rythmée* (1897). La tercera biografía, la más fantástica, pretende haber sido escrita por San Aureliano, el sucesor de Marcial, pero que tiene mucho de la *Historia Apostólica,* un documento apócrifo que fue impreso, bajo el nombre de Abdias. Ahí se presenta a San Marcial predicando en todo el sur de Francia, con el apoyo del duque Esteban. Hay razones para pensar que semejante historia fue fabricada por Adhemar de Chabannes, con el objeto de aumentar la gloria de la abadía de San Marcial, donde había sido educado. Parece que fue Adhemar quien falsificó la bula del Papa Juan XIX, para autorizar el culto a San Marcial como a uno de los auténticos apóstoles; también se sospecha de él en la falsificación de otros documentos semejantes. El asunto fue debidamente investigado por Louis Saltet, en el *Bulletin de Littérature ecclésiastique* (Toulouse, 1925), pp. 181-186 y 279-302; 1926: pp. 117-139 y 145-160; 1931, pp. 149-165. Ver a Duchesne en *Annales du Midi,* vol. IV (1892), pp. 289-339; y su *Fastes Episcopaux,* vol. II, pp. 104-117; y finalmente, un extenso artículo de Leclercq en DAC., vol. IX, cc. 1063-1167, complementado con una amplísima bibliografía. Las declaraciones hechas en este artículo, como lo indica Slatet (L. c. 1931, pp. 163-165), aceptan críticas. Al santo se le da el título de "apóstol" en una letanía de Winchester que data del siglo once (Aroundel MS. 60). Ver *Analecta Bollandiana,* vol. LXIV (1946), pp. 84-86; y *cf.* H. M. Colvin, *The White Canons in England* (1951), pp. 51-52.

SAN TEOBALDO o THIBAUD de PROVINS (1066 P.C.)

ESTE TEOBALDO era de la familia de los condes de Champagne, hijo del conde Arnoul, nacido en Provins, en la región de Brie, en 1017. En su temprana juventud, leyó obras sobre la vida que llevaban los padres del desierto y quedó muy impresionado por los ejemplos de abnegación, renunciamiento, contemplación y perfección cristiana que se le presentaban; la existencia de San Juan Bautista, San Pablo el Ermitaño, San Antonio y San Arsenio en las yermas soledades, le apasionaban y no deseaba otra cosa que imitarlos. Cuando su padre le mandó que se pusiese a la cabeza de un cuerpo de la tropa para emprender una campaña, el muchacho le reiteró, con mucho respeto, que estaría dispuesto a obedecerle a no ser porque había hecho el voto de apartarse del mundo. A regañadientes, el conde Arnoul acabó por dar su consentimiento.

Junto con otro joven de la nobleza, llamado Walter, se refugió en la abadía de Saint Remi, en Reims. Los dos, vestidos como mendigos, salieron a poco del monasterio; se dirigieron, primero hacia Suxy, en las Ardenas y luego, a los bosques de Pettingen, en Luxemburgo, donde encontraron la absoluta

soledad que buscaban. Ahí construyeron dos pequeñas celdas para vivir en ellas. Como el trabajo manual es un deber necesario en la vida de ascetismo o de penitencia, y ellos no sabían tejer esteras ni cestos, iban diariamente a la población más próxima para ofrecerse, por jornadas, como peones de los albañiles, ayudantes de los labradores, o para acarrear piedras, recoger cosechas, cargar y descargar carretas, limpiar los establos o mover los fuelles para los hornos de los herreros. Gastaban sus jornales en comprar un poco de pan de centeno, que era todo lo que comían, y daban el resto a los pobres. Mientras trabajaban con sus manos, tenían el corazón puesto en la plegaria; por las noches, se mantenían en vela para cantar juntos los salmos. La fama de su santidad les molestaba hasta el extremo de que decidieron partir de aquel lugar en que ya no podían vivir ignorados. Emprendieron una peregrinación a Santiago de Compostela y de ahí se fueron a Roma. Luego de visitar todos los lugares de veneración en Italia, eligieron, para retirarse, un bosquecillo llamado Salanigo, cerca de Vicenza. Dos años después, Dios llamó a su seno a Walter. Teobaldo tomó la pérdida de su amigo como una advertencia de que a él mismo le quedaba poco por vivir y, entonces, multiplicó sus penitencias, austeridades y oraciones. Numerosos discípulos se reunían en torno a él y el obispo de Vicenza le elevó a las órdenes sacerdotales para que pudiera atenderlos con mayor provecho.

Su fama se extendió tanto que no tardaron en descubrirse sus antecedentes, su dignidad y su linaje; los padres de Teobaldo recibieron la noticia de que el hijo a quien creían muerto estaba vivo, y que era nada menos que aquel ermitaño de Salanigo, de quien habían oído tantas historias de santidad, milagros y profecías. Tanto el conde como su mujer eran ya muy ancianos, pero inmediatamente emprendieron el viaje a Italia para ver a su hijo. Gisele, la condesa, obtuvo el permiso de su marido para quedarse junto al ermitaño hasta el fin de sus días y Teobaldo construyó para ella una choza a corta distancia de la suya. Poco tiempo después, San Teobaldo cayó enfermo, pero no fue para morir: le sobrevino un mal doloroso y repulsivo que él soportó con infinita paciencia. Poco antes de morir, mandó llamar a un abad de los ermitaños camaldulenses, de cuyas manos había recibido los hábitos. A él le hizo su profesión, le confió a su madre y a sus discípulos y, tras de recibir el viático, murió en paz, el último día de junio de 1066. Menos de siete años después, le canonizó el Papa Alejandro II.

Una muy completa biografía contemporánea, escrita por Pedro, abad de Vangadizza, fue impresa por Mabillon y por los bolandistas en el *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII. Por una confusión muy curiosa, Teobaldo fue honrado, erróneamente, como el fundador de la iglesia y la ciudad de Thann, en Alsacia. Ver *Analecta Bollandiana*, vol. XXIV (1905), p. 150; R. Thompson, en *The Old French Poems on St. Thibaut* (1936). El santo es el patrón de los carboneros y, a veces, se le llama "le Charbonnier".

BEATO ARNULFO DE VILLERS (1228 P.C.)

LA HISTORIA del Beato Arnulfo (Arnoul) Cornebout es, sobre todo, el relato de las heroicas mortificaciones y ejercicios de penitencia que practicó como hermano lego en la abadía del Cister de Villers, en Brabante. Vino al mundo en Bruselas, entre una familia de la clase media, alrededor del año 1180. Fue un chiquillo travieso que al crecer se convirtió en un jovenzuelo juerguista y

amante de las diversiones, hasta que una repentina conversión lo transformó radicalmente. Cada día se levantaba antes del alba para asistir a la misa y, si por casualidad se quedaba dormido, reparaba su pereza al permanecer de pie, frente a la puerta de la iglesia, aunque estuviese nevando o cayese una tempestad. A los veintidós años de edad, tomó los hábitos de hermano lego en Villers. Su deseo de mayores mortificaciones que las prescritas, le impulsó, cuando apenas era un novicio, a atarse en torno al cuerpo cuerdas de cerda de caballo tan apretadas, que le cortaban la carne y le producían heridas muy dolorosas; sin embargo, con toda humildad se sometió a la obediencia, cuando sus superiores le advirtieron que no debía entregarse a semejantes prácticas sin permiso previo. Al terminar el período de prueba, cuando sus virtudes quedaron en evidencia, el abad Carlos y sus sucesores reconocieron que el hermano Arnulfo tenía vocación especial por la penitencia, y no sólo le sancionaron sus austeridades, sino que le perdonaron algunos de los trabajos manuales correspondientes a los legos, a fin de darle más tiempo para la oración.

A diario se azotaba vigorosamente, a veces con varas o con ramas de espinas y también con un garrote recubierto con una piel de puercoespín. Algunos hermanos que, por necesidad de su trabajo, se acercaban a la celda vecina al almacén de la fruta, que era el lugar favorito de Arnulfo, afirmaban que, a cada golpe que se propinaba, pronunciaba el nombre de algún miembro de la comunidad o el de una persona desconocida, por quienes pedía la misericordia de Dios. Siempre inventaba nuevas y más duras formas de disciplina; pero no sólo tenía esa virtud, puesto que amaba a los pobres con una ternura conmovedora. Su mayor alegría era la de ayudarlos, y solía decir, con absoluta sinceridad, que deseaba ser vendido como esclavo a fin de tener dinero para repartirlo en limosnas. Un monje compañero suyo, llamado Goswin, que escribió su biografía, nos relata una anécdota sobre Arnulfo. En cierta ocasión, el abad le había dado permiso de distribuir cuarenta y dos tortas de pan entre los pobres. La comunidad se enteró y citó al lego para que compareciese ante el abad, acusado de excesiva prodigalidad. Como Arnulfo no deseaba exponer a su superior a las críticas adversas, mantuvo en silencio el hecho de que el mismo abad le había dado permiso y se echó la culpa por lo sucedido, pidió perdón por su falta y solicitó un castigo. Este consistió en ocho días de exilio en una celda exterior, situada entre las dos puertas de la abadía. Arnulfo recibió la sentencia con evidente satisfacción y dijo que se sentía muy contento de ser un portero, como San Pedro. (A todo esto, no sabemos por qué el abad se abstuvo de admitir su responsabilidad).

La tensión nerviosa en que le mantenían sus austeridades, fue la causa de que, en sus últimos años de vida, Arnulfo se viera atacado por el mal de San Vito. Cantaba, reía y bailaba al tiempo que se propinaba azotes y, no pocas veces, lanzó estrepitosas carcajadas en la iglesia, para escándalo de los jóvenes novicios que no le conocían y no estaban al tanto de que poseyese los dones de profecía y de hacer milagros. Arnulfo murió el 30 de junio de 1228 y, en 1269, sus reliquias fueron colocadas en un santuario, al mismo tiempo que las de la Beata Juliana de Cornillon y otros.

Lo que se sabe del Beato Arnulfo procede de la biografía escrita por Boswin de Bossut, que era también un monje del Cister en Villers y contemporáneo. Esa biografía está impresa en *Acta Sanctorum*, junio, vol. VII. Hay otra nota, contenida en la *Gesta*

Sanctorum Villariensium, sobre la cual, véase a Pertz, MGH., *Scriptores*, vol. xxv, p. 234.

BEATO FELIPE POWELL, MÁRTIR (1649 P.C.)

FELIPE POWELL nació en Trallwing, cerca de Brecon, en 1594, y se educó en la escuela primaria de Abergavenny. A los dieciséis años, fue enviado a Londres para estudiar leyes, bajo la dirección del distinguido abogado que, más tarde, conquistaría mayor fama como el padre Agustine Baker, el benedictino, escritor y director de almas. Unos dos o tres años después, el joven Powell tuvo que viajar a Douai, por negocios, y ahí mismo se sintió atraído por los benedictinos. En 1619, recibió el hábito en el monasterio de San Gregorio, en Douai y, el 7 de marzo de 1622, se le envió a la misión de Inglaterra. En aquellos tiempos de prohibición religiosa en Inglaterra, los seminaristas y misioneros, como medida de precaución contra los espías, acostumbraban cambiar de nombre; el padre Powell disimuló el suyo con el de Morgan que era el apellido de soltera de su madre. Permaneció dieciséis meses con el padre Baker y luego se trasladó a Devonshire, con una carta de presentación para una familia católica. En el transcurso de veinte años o más, ejerció su ministerio sacerdotal; administraba los sacramentos, reconciliaba a los pecadores y convertía a los herejes, en los condados de Devon, Somerset y Cornwall. En ese lapso, estableció su cuartel general de operaciones, primero, en la casa de la familia a la que había sido recomendado, los Risdon, del sector de Bableight, después, en la residencia de la familia de un hija de los Risdon, la señora de Poyntz, en Leighland Barton, en Somersetshire.

Al iniciarse la guerra civil, las dos familias se dispersaron. El padre Powell, luego de algunas vicisitudes, se unió a las filas del general Goring para servir como capellán para los católicos de su ejército. Pero también aquellas tropas se dispersaron y el sacerdote se embarcó para navegar a Gales. El barco fue interceptado y abordado por las autoridades que buscaban a un funcionario del vice-almirantazgo parlamentario, llamado capitán Crowther. Dos miembros de la tripulación, reconocieron al padre Powell y le denunciaron en seguida como a un sacerdote católico que, según dijeron, "había seducido a la mayoría de los parroquianos de Yarnscombe y de Parkham, en Devonshire, para que quebrantasen su juramento de lealtad a la iglesia protestante". Prosiguió la navegación y, cuando el capitán de la nave le interrogó sobre las acusaciones, frente a las costas de Penarth, el padre Powell admitió francamente que era sacerdote. Inmediatamente se le encerró en las bodegas, bajo la línea de flotación, despojado de sus ropas y apenas cubierto por unos harapos que le arrojaron los marineros. Dos meses después, fue conducido a Londres por mar. Durante corto tiempo estuvo encarcelado en condiciones relativamente benignas; pero en la sala común de la prisión de King's Bench, a donde fue trasladado, tuvo que soportar toda clase de penurias y, no tardó en caer enfermo de pulmonía. Dos o tres veces fue arrastrado ante el tribunal para ser interrogado y juzgado bajo los cargos fundados en su admisión de que era un sacerdote católico.

En la última sesión de su proceso, hizo una brillante defensa de su causa y alegó que la ley contra los sacerdotes no comprendía a los barcos en alta mar, y que, cuando la bandera de Su Majestad se despliega durante una guerra civil, cesan todos los procesos y, todavía más, puesto que la persona del

rey se hallaba ausente, no era posible organizar alguna conspiración contra ella. Pero a pesar de todo se le declaró culpable y, al pronunciarse la sentencia de muerte, el padre Powell dio gracias a Dios, en alta voz y en presencia de todos los asistentes al juicio. Su personalidad y su conducta en la prisión había impresionado tanto a sus compañeros de infortunio, que todos ellos redactaron y firmaron una especie de testimonio o memorándum que exponía sus cualidades y virtudes. Los dignatarios eran veintitrés protestantes y seis católicos; a estos últimos, el padre Powell los había reconciliado con Dios. Los mismos carceleros parecían muy bien dispuestos en su favor.

El hombre que llegó a anunciarle la fecha de su ejecución estaba tan emocianado que no podría leer en voz alta; pero el padre Powell se le acercó, se asomó por encima de su hombro, leyó la nota serenamente y luego pidió un vaso de licor para beber a la salud del buen funcionario de la prisión. "¿Quién soy yo?, exclamó con el vaso en la mano y acento de profunda alegría. ¿Qué soy yo, para que Dios me honre así y acepte que yo muera por Su causa?" Sobre el cadalso pronunció un breve discurso para anunciar que aquel era el día más feliz de su vida y que iba a morir por la única razón de que era sacerdote y monje. Tras una breve plegaria, hizo una señal y recibió la absolución por parte de un sacerdote, Dom Roberto Anderton, que se hallaba entre la muchedumbre. Se le apretó la cuerda al cuello y se le dejó colgado hasta que murió. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio de Moorfields. Uno de sus fieles compró sus ropas manchadas de sangre por cuatro libras esterlinas.

Se encontrará un relato muy completo en Bede Camm, *Nine Martyr Monks* (1931), pp. 318-343; ver a Challoner, MMP:, pp. 474-481; y T. P. Ellis, *Catholic Martyrs of Walles* (1933), pp. 100-102 y *Welsh Benedictines of the Terror* (1936), pp. 166-179.

El ejemplo de Cristo y de sus santos debe servir para alentarnos a soportar nuestras pruebas con paciencia y aun con alegría. Si lo hacemos así, no tardaremos en sentir el consuelo, la dulce serenidad de seguir por las huellas del Dios-Hombre y acabaremos por descubrir que, si nos echamos al hombro, valerosamente, nuestras cruces, El hará que no sintamos su peso, puesto que El mismo las carga por nosotros. El alma se sentirá dichosa al verse abandonada por las criaturas, al comprender que no son más que vanidad y que el hombre mismo suele ser falso y traidor. Entonces, pondrá toda su confianza tan sólo en Dios y tenderá hacia El con toda su fuerza. De ahí en adelante, no encontrará gozo sino en El, que la colma con su gracia, más poderosa mientras más apartada y alejada esté de las cosas terrenales, a fin de que pueda abrazarse más estrechamente a El, que nunca se olvida de los que sinceramente le buscan. "¡Dichoso cambio! exclama San Francisco de Sales ¡A los ojos de los hombres, el alma está sola y desamparada; pero es que ahora tiene a Dios en vez de las criaturas!"

FIN DEL SEGUNDO VOLUMEN

INDICE

(PARA EL INDICE GENERAL DE NOMBRES VER EL VOLUMEN IV)

En este índice se encuentran, además de los santos y beatos titulares de cada día, los nombres de los miembros que quedan incluidos en los grupos de santos y beatos, como en el caso de los grupos de mártires.

A

B

C

D

E

F

G

H

I

M

Q

R

S

T

U

V

W

Y

Z